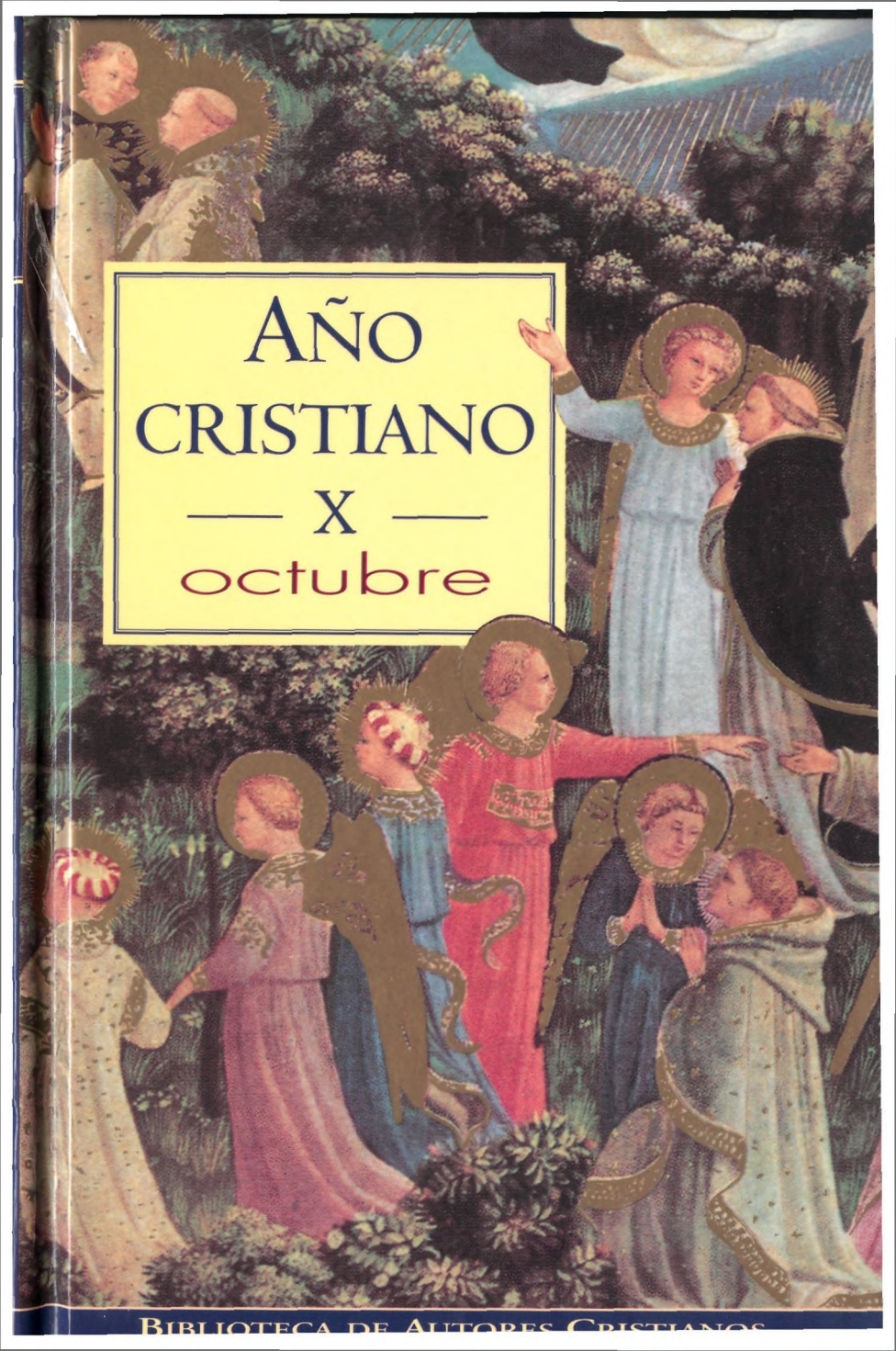


AÑO CRISTIANO

— X —

octubre

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

AÑO CRISTIANO

X

Octubre



COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2006

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2006
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-833-0 (Tomo X)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	Págs
COLABORADORES	IX
PRESENTACION	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de octubre (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	1
APENDICE	781
SANTOS DE LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS	791
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS	801
ÍNDICE ONOMASTICO	803

COLABORADORES

A) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

ALCANTARA MARTÍNEZ, Pedro de
ALDEA VAQUERO, Quintín, SI
ALONSO HERNÁNDEZ, Manuel
ASENSIO, Félix, SI
CARRO CELADA, José Antonio
BEITIA ALDAZÁBAL, Eugenio
BILBAO ARÍSTEGUI, Pablo
BORGES MORÁN, Pedro, OFM
CHICO GONZÁLEZ, Pedro, FSC
CREYTENS, Raimundo, OP
DIAZ FERNÁNDEZ, José María
DIONISIO DE FELIPE, CSSR
ECHEVERRÍA, Lamberto de
FERRI CHULIO, Andrés de Sales
GARCÍA HERNANDO, Julián
GADULF BLASCO, Vicente, OP
GONZALEZ CHAVES, Alberto José
GONZÁLEZ RODRIGUEZ, M.ª Encarnación
GONZALEZ Y MARTÍNEZ DE OLAGUÍBEL, Antonio
HUERGA, Álvaro, OP
JIMÉNEZ DELGADO, José, CMF
JIMENEZ DUQUE, Baldomero
LANGA, Pedro, OSA
LLABRÉS Y MARTORELL, PERE-JOAN
LLORCA, Bernardino, SI
MAÑARICÚA, Andrés E. de
MARTÍN ABAD, Joaquín
MARTÍN ARTAJO, Alberto
MARTÍN NIETO, Evaristo
MARTÍNEZ, José Julio, SI
MORTA FIGULS, Ángel
MUNERA, José, SI
NUÑEZ URIBE, Félix
PALACIO ATARD, Vicente
PAULINO ALONSO DE LA DOLOROSA, CP
PEDROAERENA, José Antonio X., OSB (Leyre)
PERAIRE FERRER, Jacinto
PEREZ SUÁREZ, Luis M., OSB (Leyre)

PORTERO, Luis
REPETTO BETES, José Luis
RODRÍGUEZ, José Vicente, OCD
SÁINZ RODRÍGUEZ, Pedro
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
TABERA ARAOZ, Arturo
TARRAGÓ, Jaime
VACA, César, OSA
VELADO GRAÑA, Bernardo
YZURDIAGA LORCA, Fermín

B) BIOGRAFÍAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo, cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las Iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, por ejemplo *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

X

Octubre

1 de octubre

A) MARTIROLOGIO [1]

1. La memoria de Santa Teresa del Niño Jesús († 1897), virgen y doctora de la Iglesia, de la Orden de Monjas Descalzas de Nuestra Señora del Carmen, cuyo natalicio fue ayer **.

2. En Seclin (Galia), San Piatón († s. III/IV), presbítero y mártir.

3. En Lisboa (Portugal), santos Verísimo, Máxima y Julia († s. III/IV), mártires.

4. En Constantinopla, San Román († 550), diácono, llamado el Melodo *.

5. En Tréveris (Renania), San Nicecio († 566), obispo *.

6. En Gante (Flandes), San Bavón († 654), monje *.

7. En Condé (Austrasia), San Wasnulfo († s. VII), monje.

8. En Canterbury (Inglaterra), beatos Eduardo Campion (Geraldo Edwards), presbítero, y sus compañeros Roberto Wilcox y Cristóbal Buxton, presbíteros, y Roberto Widmerpool († 1588), mártires bajo el reinado de Isabel I *.

9. En Chichester (Inglaterra), beatos Rodolfo Crockett y Eduardo James († 1588), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.

10. En Ipswich (Inglaterra), Beato Juan Robinson († 1588), presbítero y mártir en la persecución de Isabel I *.

11. En Nagasaki (Japón), beatos Gaspar Hikojiro y Andrés Yoshida († 1617), mártires *.

12. En Saronno (Italia), Beato Luis María Monti († 1900), fundador de los Hijos de la Inmaculada Concepción **.

13. En Rotglá y Corbera (Valencia), Beata Florencia Caerols Martínez († 1936), virgen y mártir *.

14. En Villena (Valencia), Beato Álvaro Sanjuán Canet († 1936), presbítero, religioso salesiano y mártir *.

15. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Antonio Rewera († 1942), presbítero y mártir **.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*).

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS

Virgen y doctora de la Iglesia († 1897)

Alençon, 1873. El 2 de enero ha nacido en aquella ciudad normanda una niña; el día 4 se la bautiza en Nuestra Señora. Es el primer encuentro misterioso con Jesús. Se trata de la última hija de Luis Martín y de Celia Guérin, un matrimonio ejemplar, cristianísimo, sencillamente heroico en el conjunto de sus virtudes sinceras. Con su estilo fin de siglo un poco cerrado, un poco romántico, un poco burgués. Él había trabajado como relojero y joyero. Ella dirigía una pequeña artesanía de encajes de Alençon. Es familia modesta, pero acomodada. A la pequeña precedieron otros ocho hermanos, de los cuales murieron cuatro de corta edad. Quedan: María, Paulina, Leona y Celina. A mediados de marzo hubo que enviar a la pequeña a Semallé para que la criase Rosa Taillé, y no volverá al hogar familiar hasta abril del año siguiente. Lo exigió así la debilidad de la niña y la falta de salud de la madre.

En casa se vive una intimidad entrañable y encantadora. La educación de las hijas se realiza cálida, exquisitamente, pero sin mimos. El ambiente es de intensa piedad y de una cultura relativa, pero apropiada a las condiciones de la familia y de los tiempos.

Por cierto, que Teresita ofrece síntomas de nerviosismo exagerado a ratos. De pródromos de amor propio muy significativos. Y de cabeza despierta y de corazón nobilísimo también. Pero el cuidado de los suyos, su esfuerzo despierto desde muy pronto y, sobre todo, la gracia de Dios, han logrado que aquellos defectos queden perfectamente superados y las cualidades magníficas orientadas hacia el bien. Ella podrá afirmar de sí misma con toda verdad esta frase tremenda: «Desde los tres años no he negado nada a Dios.» Es un caso de precocidad sobrenatural pocas veces igualado.

El 28 de agosto de 1877 moría madame Martín. De años venía soportando una dura enfermedad cancerosa. Su muerte fue la de una santa. Teresita, de cuatro años y medio, captó la emoción de aquellos días y de aquel trance. Pero su sensibilidad

quedó afectada: durante diez años padecerá demasiado las impresiones pequeñas de la vida, aparecerá tímida, llorosa por cualquier pequeñez que le acaezca.

Al quedar huérfanas las dos hermanas pequeñas escogieron por madre a las mayores. Celina, a María; Teresa, a Paulina. La influencia de ésta en Teresita será enorme e indeleble, tanto en el mundo como después en el Carmelo.

Por noviembre de aquel año la familia Martín se trasada a Lisieux. Vive allí un hermano de la difunta madre, con su esposa y sus hijas, y así podían estar las cinco jóvenes un poco a la sombra de los tíos y más relacionadas. Don Luis compró una casita con jardín en las afueras casi de Lisieux: los «Buissonnets». Un rincón delicioso y tranquilo, donde transcurrió la juventud de Teresa hasta su entrada en el Carmen. De 1877 a 1888.

Vida intensa familiar. Sin ser mimada será la «reinecita» de la casa, sobre todo para su padre, con quien pasea, a quien adora. Con su hermana Celina la unión es constante. Viven identificadas en ideales, en gustos, en detalles. También intima mucho con su prima María Guérin. Con Paulina... no hay que decir. Algunos viajes con los tíos o con su padre y hermanas a Trouville, a Alençon, a Deauville... En 1879 la primera confesión. Y hacia 1880 una visión misteriosa en el jardín: un hombre como su padre, con el rostro tapado. Proféticamente anunciaba el porvenir.

Desde octubre de 1881 empieza a frecuentar como mediopensionista la abadía de las benedictinas de Lisieux para recibir instrucción más completa, esa formación general que las jóvenes de su clase media recibían por entonces. Pero el 2 de octubre del año siguiente Paulina entraba en el Carmelo. Fue una segunda orfandad para Teresa, suplida en parte por los cuidados de la hermana mayor, María.

Y es entonces cuando surge la extraña enfermedad. Primero dolores continuos de cabeza, luego, desde el 25 de marzo de 1883, la virulencia del mal: obsesiones, ataques violentos, dolores y síntomas que no se saben calificar. Estuvo en peligro de morir. Pero el 13 de mayo, Pentecostés aquel año, se realizó el prodigio: la Virgen, desde la estatua que presidía su estancia, sonrió a Teresita y ésta quedó milagrosamente curada.

El 8 de mayo del año 1884 la primera comunión, que recibe en el colegio. Su preparación fue esmeradísima. Y el suceso íntimamente impresionante.

> «¡Ah, qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma! Fue un beso de amor, me sentía amada, y le decía también: "Yo os amo, me entrego a Vos para siempre [...]" Este día no fue sólo una mirada, sino una fusión, ya no eran dos; Teresa había desaparecido, como la gota de agua que se pierde en el Océano».

Cuando el 14 de junio del mismo año, recibe la confirmación de manos de monseñor Hugonin, obispo de Bayeux, su comunión del Espíritu Santo, fue tan fervorosa como había sido la del Verbo encarnado.

En 1885 y 1886 sufre un largo período de escrúpulos, que maduran su alma. María es su sostén. Pero ésta entra también en octubre en el Carmelo. Y entonces sus hermanitos del cielo, invocados por ella, le obtienen la paz.

Más aún, el 25 de diciembre de aquel año 1886 recibe la gracia que ella llama de su conversión: su hipersensibilidad queda instantáneamente dominada. Para siempre vivirá bajo este aspecto en la más equilibrada normalidad.

Más gracias. En julio de 1887, ante una estampa del Crucificado, se despierta en su alma el deseo de salvar las de sus Hermanos los hombres. Esta sed no hará más que crecer a lo largo de su vida. Con ella morirá abrasada. Ahora desde el cielo la sacia en una lluvia de conversiones maravillosas. La primera por la que se interesa es por la del criminal Prancini, que morirá en el cadalso besando el crucifijo.

El Carmelo. Desde los dos años empezó a sentir la llamada. Ahora ya es apremiante. Es allí, enclaustrada, contemplativa, como siente que Dios la pide ser misionera, ganarle almas, vivir en el Carmelo teresiano el ideal que la gran reformadora española le había consignado. Teresita iba a encarnar el ideal de la madre Teresa como nadie después de ella lo había realizado. «He venido (al Carmen) para salvar las almas y sobre todo a fin de rogar por los sacerdotes».

Pero tenía entonces ¡quince años! Las dificultades no se hicieron esperar. Heroicamente se dispuso a vencerlas. El 29 de mayo de 1887 pide el permiso a su padre, que lo concedió emo-

cionado. Sin embargo, no pudo entrar en el Carmen hasta el 9 de abril de 1888. Los superiores eclesiásticos resistieron. Viajes a Bayeux, a Roma... Porque del 4 de noviembre al 2 de diciembre irá con su padre y Celina en peregrinación a Roma para pedir al Papa el anhelado permiso. El día 20 fue la audiencia papal. Se ha prohibido decir nada al Papa, pero ella habla, insiste, hasta que la arrancan de los pies de León XIII. Éste sólo pudo dejarle caer unas vagas palabras de aliento... Pero el obispo, monseñor Hugonin, daba el 28 de diciembre la deseada autorización. Con todo, hasta el abril siguiente no fue recibida en «el arca santa».

Nueve años en el Carmelo de Lisieux. Después... el cielo. Las fechas de los actos oficiales de su vida monástica son las siguientes: entrada como postulante el 2 de abril de 1888. Toma de hábito (preside monseñor Hugonin) el 10 de enero de 1889. Por cierto que aquella mañana, inesperadamente, nevó, porque la Esposa tuvo aquel capricho y el Esposo, delicadamente, se lo concedió. El 8 de septiembre de 1890 profesión (se la retardaron varios meses porque sí, quizá por sus pocos años todavía). El 24 de septiembre del mismo mes toma del velo negro.

El Carmelo de Lisieux era en conjunto, por aquellos años, mediocre nada más. No relajado, pero tampoco modélicamente fervoroso. Vive aún una de las fundadoras, la madre Genoveva de Santa Teresa, alma santa, pero ya retirada. Es priora la madre María de Gonzaga, mujer corriente y vulgar, susceptible, envidiosa, autoritaria, cambiable. Pero no exageremos. Todo ello en un tono como suele darse con frecuencia en muchas mujeres, al mismo tiempo virtuosas. A Teresita la trató con cierta severidad, e hizo bien, para que así no resultase la niña bonita de la comunidad. En los últimos años de la santa supo estimarla y hasta ponía en ella confianza, lo cual no ha de admirarnos, dada la delicadísima caridad de la hermanita. A Teresita la envolvió un poco, sin ser personalmente contra ella, la animosidad que un grupo de religiosas (las de la madre Gonzaga) abrigaba contra las hermanas Martín, que por sus cualidades estupendas empezaron a pesar en la vida de la comunidad.

La vida externa de Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz en el convento se resume en pocas líneas: observancia perfecta y amorosa de las reglas y constituciones de la Orden. Generosi-

dad hasta en los más mínimos detalles en la obediencia y en la caridad con sus hermanas religiosas. Pobreza delicada y minuciosa. Sonrisa en los labios siempre. Alegría en la recreación. Igualdad de trato con todas. Allí están tres de sus hermanas carnales (Celina entrará en septiembre de 1894). Pero Teresita no concederá ni lo más mínimo a su naturaleza. Y sus hermanas llegarán casi a extrañarse de la aparente indiferencia de su hermanita. Es más: cuando su «madrecita» Paulina, ahora Inés de Jesús, sea priora (1893-1896), Teresa será la religiosa que menos disfrute del trato y conversación de la misma.

A poco de la entrada de Teresa en el monasterio comienza la enfermedad que repercutía en el uso de las facultades mentales de su padre, tan amado. Morirá el 29 de julio de 1894 entre sus cuñados y atendido por Celina, que se ha quedado siempre con él. Todos esos años Teresita sufrió terriblemente con las diversas alternativas. La misión profética, habida en su infancia, se cumplía ahora dolorosamente.

Cuando, en febrero de 1893, fue elegida priora su hermana Inés, ésta nombró maestra de novicias a la madre Gonzaga, pero la dio como ayudante a sor Teresita. Y cuando, en marzo de 1896, vuelve la madre Gonzaga a ser priora, reteniendo el cargo de maestra a la vez, siguió sirviéndose de la santa igualmente. Hasta la confió prácticamente el noviciado. Fue así, sin título, maestra efectiva de novicias hasta morir. En ese cargo delicado dio muestras de una prudencia extraordinaria y sobrenatural.

Poco más puede añadirse si no es la enfermedad y la muerte. El 2 y 3 de abril de 1896 las primeras hemoptisis que denunciaban la tuberculosis pulmonar. Lentamente avanzará ésta hasta quitarle la vida el 30 de septiembre del año siguiente. Luego volveremos sobre ello.

Pero estos datos, ¿no podrían contarse poco más o menos de otras muchas religiosas fervientes? ¿Por qué Teresita de Lisieux es una santa? ¡Una santa! La más célebre de los tiempos modernos, y quizá de toda la historia de la cristiandad. La que ha provocado un «huracán de gloria» como ninguna otra. La de los milagros y conversiones sin número. La de los millones de ejemplares de su autobiografía, vertida en docenas de idiomas, el libro más leído y multiplicado en el siglo actual...

Es un misterio de lo sobrenatural. Pero esta monjita fue enviada por Dios al mundo trayendo en sus manos un mensaje del cielo Así, por este medio tan humanamente humilde Son .. ¡cosas de Dios!... Ese mensaje nos lo ha entregado ella en unas páginas sencillas, literariamente abandonadas: unos cuadernos que la madre Ines de Jesús y la madre María de Gonzaga le hicieron escribir Algunas cartas, sobre todo una de septiembre de 1896, a su hermana María del Sagrado Corazón. También algunos dichos recogidos por las que la rodeaban. Y unas cuantas poesías para los recreos y fiestas de las monjitas. Y todo ello hecho vida en su vida, encarnación de su propio mensaje, la idealidad pura del mismo hecho en ella realidad transparente y maravillosa. Resumirlo aquí y ahora es de una extrema dificultad.

Mensaje de amor. En la carta antes aludida, Teresita ha trazado en unas páginas sublimes su llameante aspiración de amor, alma de su vida Por su vocación de carmelita ella se siente esposa de Jesucristo y madre de las almas Pero eso se explicita en ella en una multitud de vocaciones que le queman el alma: vocacion de guerrero por Cristo, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Era imposible vivirlo externamente todo. Pero los capítulos 12 y 13 de la Carta primera a los Corintios le dieron la solución.

> «Por fin encontre el descanso Analizando el Cuerpo mistico de la santa Iglesia, no me veia incluida en ninguno de los miembros citados por San Pablo, o mas bien pretendia reconocerme en todos La caridad me dio la clave de mi vocacion Entendia yo que, si la Iglesia posee un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podia faltarle el mas necesario, el mas excelente de todos los organos pensaba que ella tenia un corazon y que este corazon ardia en llamas de amor Veia claro que solo el amor pone en movimiento sus miembros, porque, si el amor se apagaba, los apostoles no anunciarian el Evangelio, los martires rehusarian verter su sangre [] Comprendi que el amor abarca todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que el amor trasciende todos los tiempos y lugares porque es eterno Entonces, delirante de gozo, exclame Mi vocacion es el amor Si, he encontrado mi lugar en el seno de la Iglesia, y este lugar, ¡oh Dios mio!, es el que Vos me habeis señalado en el corazon de la Iglesia, mi madre, yo sere el amor [] Asi seran realizados mis ensueños»

¡El amor! A ese amor, a esa caridad misericordiosa del Señor, se había ella consagrado como víctima. Fue el 9 de junio de

1895. Fue una verdadera inspiración: consagrarse no precisamente a la justicia, como otras almas han hecho, sino al amor... Pocos días después —el 14 de junio—, al hacer el ejercicio del vía crucis en el coro, sintió su alma herida, abrasada, sumergida totalmente en el amor. Fue una gracia mística de valor inestimable.

Pero esta vocación Teresa la ha vivido según una fórmula que ella ha hecho universalmente famosa: la de la infancia espiritual. El secreto es viejo como el Evangelio. Pero Teresa ha recibido la misión de llamar la atención en nuestros días sobre ese caminito, que es, en definitiva, el de todos. Reconocernos como niños ante Dios, nuestro Padre. Y, por tanto, ser humildísimos, sencillos, y confiar sin límites en su bondad y misericordia infinitas. Esa infancia espiritual es la pobreza de espíritu de la Sagrada Escritura: es la doctrina de las nadas de San Juan de la Cruz. En el Evangelio y en San Juan de la Cruz —su padre y su maestro preferido— bebió ella a raudales su doctrina del amor y de la humildad perfecta, que con su gracia personal ha ofrecido a nuestro siglo, el cual, con razón ha reconocido allí la quintaesencia de la perfección cristiana en su más pura y exquisita sencillez. Sin accidentalidades, ni extraordinarios, ni nada raro. Solamente lo substancialmente sobrenatural a secas, con toda su belleza y enorme fuerza vital. Y nuestros tiempos, atormentados y en angustia, se han impresionado hondamente ante esa bocanada de aire sano de confianza y de amor que les venía de Lisieux...

Teresita recibió esa misión. Y la vivió en su vida. Su entrega de amor la hizo víctima de amor. Su marco externo será maravillosamente sencillo, humilde, desconocido, nazaretano: un pobre monasterio carmelita sin relieve especial. Allí será ella una monjita perfecta, ideal, que hará por amor purísimo de Dios todas sus acciones sencillas, pero así maravillosamente valiosas. Sufrirá siempre mucho, porque su rica sensibilidad de alma y de cuerpo la han hecho apta para sufrir.

Sin embargo, los últimos años serán terribles de dolor siempre envolvente. Tenía que sufrir para hacer fecundo su mensaje. Tenía que morir el grano para que diese mucho fruto. Tenía que ser corredentora de millares y millares de almas. La tuberculosis

apareció en abril de 1896. Poco a poco, todo lo invadió. Sufrió calladamente cuanto pudo. Llegó en los últimos meses al último extremo Todo estaba herido: pulmones e intestinos Las curas de botones de fuego, la sed abrasadora («¡Cuando bebo agua es como si vertiese fuego sobre fuego!»), la fiebre asfixiante... La consumación llegó al término de perforar los huesos la piel hecha llagas. El cuido ., el de entonces, y la priora más bien fue corta en ello, no, desde luego, por mala intención, sino por criterio miope.

Pero, además, pocos días después de las primeras hemoptisis su alma se vio sumergida en una prueba mística atroz: desapareció de ella todo sentimiento de fe y surgio avasallador el contrario. . Fueron dieciocho meses (hasta morir) de un verdadero martirio La santa de la confianza sin medida se sentía como si tal realidad no existiera. Lo sentía..., porque su fe y su confianza fueron cada día más grandes y esforzadas. En su angustia la sonrisa florecía en su rostro. Y la intención apostólica de tal prueba la alentaba a sufrir. Las páginas en que ella describe su tormento son realmente impresionantes. Y la finalidad heroica expresada del mismo:

> «Pero, Señor, vuestra hija ha comprendido vuestra divina luz, ella os pide perdon por sus Hermanos, ella acepta comer todo el largo tiempo que Vos querais el pan del dolor y no quiere levantar se de esta mesa llena de amargura donde comen los pobres peca dores antes del dia que Vos habeis señalado [] ¡Oh Jesus!, si es necesario que la mesa manchada por ellos sea purificada por un alma que os ame, yo quiero comer sola el pan de la prueba hasta que os plazca introducirme en vuestro reino luminoso La sola gra cia que os pido es la de no ofenderos jamas»

Así, deshecha, crucificada en cuerpo y alma, pero rebosando amor y paz, la encontró la muerte. Su alma vivía y comulgaba al misterio de la Santa Faz, su devoción predilecta. Y se abría proféticamente a los inmensos horizontes de su fecunda futura misión.

> «Yo no he dado a Dios mas que amor Él me devolvera amor Despues de mi muerte hare caer una lluvia de rosas [] Amar, ser amada, y volver a la tierra para hacer amar al amor [] Presiento que mi mision va a comenzar la mision de hacer amar a Dios como yo le amo, de enseñar mi caminito a las almas [] Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra »

Así hasta el final. En el repecho del Calvario ella, que, comentando el salmo 22, había dicho: «Allí estaba toda mi alma!», recorría ahora su senda de la infancia espiritual, de la confianza y del total abandono... El 29 de septiembre pudo exclamar: «Lo he dicho todo [...] Todo está cumplido. ¡Sólo cuenta el amor!»

El 30 fue una larga agonía. «No me explico cómo puedo sufrir tanto si no fuese por mi ardiente deseo de salvar almas [...] No, yo no me arrepiento de haberme entregado al amor...» La Virgen de la sonrisa velaba junto a su hijita. ¡Cuánto y qué delicadamente había ella amado a María! Ahora la miraba con un ansia especial... A las siete y minutos de la tarde el postrer grito: «¡Oh..., le amo! ¡Dios mío..., os amo!» Luego un éxtasis maravilloso, celestial... Duró poco más de un credo. El último golpe ¡lo daba el amor!

Después, la publicación de sus escritos. La lluvia de rosas, de milagros, de gracias de todo género. La beatificación en 1923. La canonización en 1925. El patronato sobre todas las misiones en 1927. La apoteosis universal.

BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE

Bibliografía

CELINA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ, *Sainte Thérese de l'Enfant-Jésus. Conseils et souvenirs* (Lisieux 1952); ed. castellana: *Santa Teresita del Niño Jesús. Consejos y recuerdos* (Burgos 1953).

INES DE JESUS, *Novissima verba* (Lisieux 1927).

TERESA DE LISIEUX, *Histoire d'une âme* (Lisieux 1957), ed. castellana: *Historia de un alma* (Burgos 1958).

— *Lettres de sainte Thérèse de l'Enfant-Jésus* (Lisieux 1948); ed. castellana: *Cartas de Santa Teresita del Niño Jesús* (Burgos 1952).

• Actualización:

MARTINEZ GONZALEZ, E. J. (coord.), *Teresa de Lisieux. Profeta de Dios, doctora de la Iglesia.* Actas del Congreso internacional. Centro Internacional Teresiano-Sanjuanista 1998 (Salamanca 1999).

— *La ternura es el rostro de Dios. Teresa de Lisieux* (Madrid 1997).

OLEA, A., *Creer amando o El mensaje de Teresa de Lisieux* (Burgos 1996)

PARAJON, M., *Santa Teresa de Lisieux* (Madrid 1987).

TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma. Manuscritos autobiográficos* (Madrid 1997).

— *Obras completas* (Burgos ^{2}1997).

VAZQUEZ BORAU, J. L., *Teresa de Lisieux. Un camino evangélico para el siglo XXI* (Madrid 2003).

BEATO LUIS MARÍA MONTI
Fundador († 1900)

El beato Luis María Monti es un religioso italiano del siglo XIX, fundador de los Hijos de la Inmaculada Concepción, dedicados al ejercicio de la caridad en el cuidado de los huérfanos y los enfermos, cuya vida entera, madurada entre dificultades e incomprensiones, es un verdadero ejemplo de celo apostólico, realizado con simpatía, creatividad, competencia profesional y audacia, al servicio siempre de los más necesitados.

Nació el 24 de julio de 1825 en Bovisio, un pequeño pueblo agrícola y de artesanos de la madera cercano a Milán, pobre de recursos pero muy rico en valores religiosos, donde era notoria la devoción a la pasión del Señor y a la Virgen María. Desde 1754, un siglo antes de la proclamación del dogma, se celebraba el 8 de diciembre la fiesta de la Inmaculada y estaba establecida en la iglesia una cofradía «de la Concepción de la Bienaventurada Virgen María». La zona lombardo-véneta en que se enclavaba Bovisio estaba sometida entonces al dominio del Imperio austro-húngaro, integrándose después en el proceso de unificación de Italia concluido en Roma en 1870, cuando Luis María Monti vivía ya en esta ciudad. La diócesis de Milán, gobernada durante más de treinta años por un arzobispo austriaco, el cardenal Carlos Cayetano Gaisruck, contaba con grandes santos y gloriosas tradiciones, que habían renacido después del período napoleónico. Sin embargo, la situación socioeconómica era preocupante: años sucesivos de malas cosechas habían sumido en la pobreza a gran parte de la población.

Luis María fue el octavo de los once hijos del matrimonio formado por Ángel Pancracio Monti y María Teresa Monti, una familia de campesinos que vivía en una casa modesta a las afueras del pueblo. Los padres pertenecían a la Cofradía del Santísimo Sacramento bajo la advocación de la Inmaculada Concepción de María Virgen y educaron a su numerosa prole en las verdades de la fe y en la piedad cristiana. Fue bautizado el mismo día en que nació y le impusieron los nombres de Luis Cayetano. En 1830, cuando aún no tenía 5 años de edad, siguiendo

la costumbre ambrosiana lo llevaron a Milán para ser confirmado por el arzobispo Gaisruck.

Recibió buena formación cristiana de sus padres. Se sabe que de niño era espabilado e ingenioso. Tenía carácter ardiente, imaginación viva y corazón generoso. Su modelo era San Luis Gonzaga, del que colocó una imagen en su casa y a quien veneró siempre. Frecuentó la escuela con provecho hasta el tercer curso elemental, último grado que se impartía en el pueblo, continuando después algunas lecciones privadas con el párroco don Carlos Ciceri.

A los 12 años quedó huérfano de padre y lo enviaron a trabajar con un ebanista a la localidad cercana de Cesano Maderno. Allí encontró en 1843 al sacerdote don Luis Dossi, que tuvo una parte determinante en su formación espiritual y que le señaló la misión para la que le había elegido el Señor. El año anterior, con 17 de edad, había participado en una misión en el pueblo cercano de Varedo, dirigida por el P. Taglioretti, muy estimado por su párroco don Carlos Ciceri, quedando impresionado por algunas de sus palabras. Luis Monti formó entonces el propósito de consagrarse a Dios y de hacerse santo y se puso a vivir como las personas consagradas, agrupando en torno a sí a algunos compañeros para entretenerles después del trabajo con lecturas piadosas, oraciones y meditaciones, haciendo de su taller de artesano el centro de una verdadera comunidad local. Poco después fue con cuatro de estos compañeros al Santuario de Rho a visitar al P. Taglioretti, quien le estimuló a aumentar el grupo. Monti pensó formar en su propia casa un lugar de encuentro y reunión: leerían vidas de santos o las obras de San Alfonso María de Ligorio y luego comentarían sobre ello.

En julio de 1946 murió la madre por deficiente nutrición, el mismo motivo por el que en 1837 había fallecido su esposo. Luis volvió a la casa y, como había pasado ocho años de aprendizaje, instaló su propio taller de ebanistería, con el que pensaba sostener a la familia. También continuó reuniéndose con el grupo de amigos, al que en el pueblo comenzaron a llamar la «Compañía de Hermanos» por la piedad, el celo apostólico y las obras de voluntariado a favor de los pobres que realizaban.

El 8 de diciembre de 1846, aun permaneciendo en su profesión de ebanista, hizo voto perpetuo de obediencia y de castidad según el ceremonial de las antiguas órdenes monásticas en las manos de don Luis Dossi, su director espiritual, acordando con él organizar una verdadera congregación religiosa para la protección de la juventud.

Muerto el párroco de Bovisio, Luis Monti fue llamado por el coadjutor, don Antonio Perrelli quien, por no comprender el espíritu de la Compañía, le sugirió ir dejándola desaparecer. Aquí comenzaron las dificultades, que desde este momento se sucedieron una tras otra. Desconcertado, Monti acudió al Santuario de Rho, donde encontró al P. Angelo Ramassotti, que lo confirmó en su acción apostólica.

Pero la Compañía de Hermanos estaba siendo ultrajada, además, por algunas personas de Iglesia del mismo pueblo, que no dudaron en presentarla calumniosamente a las autoridades austriacas como sociedad secreta y, acusada en 1851 de conspiración carbonaria, a pesar de que el alcalde les defendió, sus miembros fueron arrestados, encarcelados y sometidos a proceso en la Pretura de Desio.

Reconocido inocente y liberado sin ningún proceso después de 72 días de cárcel, Luis Monti fue a Quinto Romano, donde estaba don Luis Dossi. Allí retomó su trabajo y reactivó la Compañía de los jóvenes y, animado por él, el 7 de agosto de 1852, se trasladó con ellos a Saiano para entrar todos en la Congregación de los Hijos de María, fundada hacía poco por Ludovico Pavoni (1784-1848) con los mismos objetivos de elevación moral y buena educación de la juventud pobre y obrera que ellos tenían. En esa fecha se incorporó también don Luis Dossi.

En el noviciado de los Hijos de María, Monti se dedicó intensamente a la vida de piedad. Escribía en 1852: «¡Oh Jesús mío! Os seré fiel. Es más: con vuestra gracia quiero hacerme santo y, si queréis, un gran santo».

El 8 de diciembre de 1852 tomó el hábito en el Instituto San Bernabé de Brescia, casa madre de la congregación. Continuó allí y estudió nociones de cirugía y de farmacia, formándose como enfermero, cualidad que enseguida puso a disposición de

los afectados por el cólera en 1854, dando óptima prueba de su gran caridad en el trato con los enfermos.

En 1857 fue llamado a Bussolengo (Verona) por don Luis Dossi, que continuaba en la idea de iniciar con Monti una obra hospitalaria para la asistencia a los enfermos, inducido por la palabra y por el ejemplo de Santa María Crocifissa Di Rosa (1813-1855), fundadora de las Siervas de la Caridad de Brescia, quien le había presentado, como posible colaborador, al joven enfermero cremonés Cipriano Pezzini. La nueva obra había de establecerse en el Hospital del Espíritu Santo de Roma, y deseaba poner al frente de ella a Luis María Monti. Éste, que llevaba seis años con los Hijos de María, desilusionado porque la vida en el Instituto no respondía como él deseaba a las Constituciones de Pavoni, aceptó la propuesta de Dossi, tratando con Pezzini de la nueva fundación, que en marzo de 1857 llamaron «Hijos de la Inmaculada Concepción». Pío IX aprobó el proyecto presentado por Pezzini diciendo: «Cuando se trata de mejorar las condiciones de los pobres enfermos, es completo nuestro placer».

El 8 de septiembre de 1857 Luis María Monti, que estaba desconcertado sobre su porvenir y por el prolongado silencio de Pezzini, recibió el consuelo de una aparición de Jesús y de María que le infundieron seguridad para el resto de su vida. Consideró esta fecha la inicial del nuevo Instituto y en abril de 1858 dejaba Busssolengo para trasladarse al Hospital del Espíritu Santo de Roma, donde ya estaba Cipriano Pezzini.

Los papas habían mostrado siempre predilección por este Hospital. En él se atendía gratuitamente a los enfermos, los médicos eran de alto nivel científico, el cuidado espiritual estaba confiado a los capuchinos desde 1856 y las Hijas de la Caridad atendían a los huérfanos. El punto débil eran los enfermeros seglares, a los que deseaban sustituir por la nueva fundación religiosa. Por eso Pío IX había aprobado el plan de Monti y Pezzini: una fundación autónoma de Hermanos enfermeros para el servicio corporal de los pacientes, de espiritualidad mariana y dependiendo del Ordinario del lugar. Pero éstos se encontraron allí con una Orden Tercera formada por los capellanes capuchinos quienes, dueños en la práctica del Hospital, expulsaron a

Pezzini, porque deseaba actuar con cierta libertad respecto a ellos, y se retiró a un Hospital de Bérgamo. Monti, sin embargo, decidió permanecer en Roma, fiel a la misión recibida de Dossi.

Convencido de la tarea que debía realizar, en 1859 declaraba ante mons. Narducci, comisario del Hospital del Espíritu Santo, y ante sus directores, que él había sido enviado a Roma para establecer allí a los Hijos de la Inmaculada Concepción, sus hermanos, y difundir después la obra por Lombardía y otros lugares. Pezzini insistía en desistir, por lo que Monti se separó definitivamente de él.

Mientras tanto, entre todas estas dificultades, el nuevo Instituto iba prosperando y cambiando el rostro del Hospital, pero Luis María Monti, reducido a simple miembro del Instituto fundado por él y encargado de trabajos de enfermería y farmacia, cayó enfermo y tuvo que retirarse a Bovisio, con su familia, donde permaneció cuatro meses. Cuando pensaba volver, Dossi lo llamó a Bussolengo y Vicenza, donde él estaba, por no considerarlo aún restablecido para las fatigas de Roma.

Favorecidos por el Papa, los Hijos de la Inmaculada Concepción iban afirmándose en el Hospital, de modo que el 4 de octubre de 1862 obtenían el *Decretum laudis* pontificio, siendo aprobados definitivamente el 10 de mayo de 1865. Convencido de su misión, Luis María Monti insistía en regresar a Roma, donde llegaba de nuevo a comienzos de octubre del mismo año 1865, siendo muy bien acogido por la comunidad y haciéndose cargo de las tareas que tenía cuando partió.

Los siguientes fueron años difíciles para él. Ya desde 1860 lo habían indicado los hermanos para superior general del nuevo Instituto pero, por instigaciones de los capellanes del hospital romano, el Capítulo había nombrado a otro. En 1866 Luis María Monti pasó a ser superior del hospicio de la Inmaculada Concepción para enfermos crónicos en Villa Corsini, a las afueras de Roma, pero a los seis meses fue llamado para dirigir la comunidad del Hospital del Espíritu Santo de Roma.

Las difíciles relaciones entre el comendador y los capellanes y de los capellanes entre sí repercutían en los hermanos, que sentían el peso de muchas autoridades y ningún apoyo de ellas, además de la dureza del servicio y la insalubridad de la vivienda.

Aunque Pío IX mostraba su deseo de que continuara como superior de la comunidad del Espíritu Santo, seguros de su virtud, en pro de la concordia a los pocos meses depusieron a Monti, enviándolo de nuevo a Villa Corsini como el último de todos y apartándolo prácticamente de la vida del Instituto. Allí atendía a los enfermos crónicos y daba clase, comida y medicinas a los niños del entorno. Después de 18 meses de marginación, a los 43 años de edad, estaba dispuesto a permanecer en aquel estado hasta la muerte, con tal de no traicionar su vocación, a la vez que pedía consejo a los hombres de Dios de Roma sobre el camino a seguir. Pero cuando se preparaba para ir a misiones, creyendo que era ésta la voluntad del Señor, fue invitado por el ministro general de los capuchinos, P. Nicolás de Marignano, a abrir un hospital en Orte, al norte de Roma, y a asumir su dirección. Después de 17 años, es decir, desde la «Compañía de Hermanos», volvía a recuperar la libertad de acción.

En Orte pasó Monti una etapa muy fecunda de su vida, realizando plenamente su ideal de trabajador sanitario consagrado a Dios a favor de los enfermos, pobres de Cristo. Fueron más de ocho años en los que brilló su profesionalidad y su entrega.

A la hora de rehacer el hospital no olvidó que había sido carpintero, como demostró restaurando el edificio, viejo monasterio agustino que había pasado al Estado en tiempo napoleónico. También restauró la iglesia del hospital, convertida en centro de oración a María y punto de encuentro de la juventud. Y mostró dotes no comunes de administrador. En cuanto a su gestión, cuatro meses bastaron para que el P. Nicolás pudiera decir que la obra había cambiado de aspecto y los hermanos eran objeto de la simpatía de todos. Se les consideraba como quienes hacían todo lo posible para el bien de la población; acudían a Monti de todos los sitios, seguros de su buen hacer y de su simpatía. Pero su gran popularidad no cambió su modo de comportarse: era un hombre de fe, entregado a todos, que hacía los oficios más humildes junto con el ejercicio de la enfermería y aún de la medicina. En Orte completó sus estudios de flebotomía obteniendo el título en 1870 en la Universidad de Roma. Tampoco le faltaba el buen sentido del humor. Esta era una de sus recetas:

«Para gozar de buena salud de alma y de cuerpo tomad raices de fe, hojas verdes de esperanza, rosas de caridad, violetas de humildad, lirios de pureza, ajenjo de contricion y madera de la Cruz Atadlo todo en un haz con el hilo de la resignación, hacedlo hervir con el fuego del amor en la olla de la oracion junto con el vino de la santa alegria y el agua mineral de la templanza, bien cerrada con la tapadera del silencio Dejadlo por la noche al sereno de la meditacion y tomad una taza por la mañana y otra por la tarde Asi gozareis de buena salud, que de todo corazon os deseo

De la Farmacia, tan acreditada, del amorosisimo Corazon de Jesus, nuestro Salvador»

Monti, hombre muy espiritual, tenía también mente creadora, como puso de manifiesto en todas sus actividades. Su buena formación humana, religiosa, y profesional, sus variadas experiencias y sus prolongados sufrimientos estaban dando sus frutos En realidad, su apostolado iba más allá de los enfermos: tenía gran celo por expandir el Instituto, por lo que quería atraer a los jóvenes a la vida religiosa, iniciándoles en la oración y en el servicio.

El P. capuchino Nicolás de Marignano, a pesar de las graves o injustas decisiones tomadas algunas veces respecto a él, lo amaba sinceramente y también al Instituto. En realidad, le daba la facultad de aceptar novicios y de fundar casas, como si fuera un superior general. El punto de divergencia era la aspiración de Monti a mayor autonomía.

Al retirarse del Hospital de la vecina Civilta Castellana los religiosos de San Felipe Neri que lo atendían, con la complacencia de sus dirigentes en 1871 Monti se hizo cargo de él «primero —son sus palabras— por la gloria de Dios; segundo por el bien de la humanidad doliente; tercero por los pobres Hermanos que, necesitando cambiar de aire para no perder la vida y la vocación, podría venirles bien tener más casas. Por tanto, debemos alabar a Dios». En aquella pequeña comunidad también palpitaba gran vida religiosa.

Sin embargo, continuaba teniendo grandes dificultades con los dirigentes del Hospital del Espíritu Santo de Roma. Monti había sido invitado al Capítulo del Instituto celebrado en 1872, pero no acudió por no haberle llegado la carta. Esto le trajo graves consecuencias pues consideraron su ausencia como una insubordinación. Así las cosas, el nuevo comendador del hospi-

tal mons. Luis Fiorani lo llamó a Roma con la intención de deponerlo como superior de la comunidad de Orte, pero los hermanos, el clero e incluso el obispo de la ciudad se manifiestan a favor de Monti. Este mostró ante el comendador una actitud serena y digna, seguro de haber cumplido con su deber y de haber trabajado y sufrido sólo por amor al Instituto. No obstante, mons. Fiorani sugirió a Pío IX una visita apostólica a Orte, que tuvo lugar, por mons. Perilli y mons. Biffoli, en noviembre de 1874. Conocedor el Papa de que el superior de los Hijos de la Inmaculada Concepción estaba sometido al ministro general de los capuchinos y al comendador del Hospital del Espíritu Santo, en las nuevas Constituciones que se estaban elaborando, él mismo anuló estas dependencias y escribió a mano: «Superior, como en las demás Órdenes». Pero quedó en letra muerta, porque los capellanes capuchinos obtuvieron un decreto de la Congregación de Religiosos que negaba la autonomía del Instituto. Estos pidieron ayuda al Papa quien encargó a don Bosco «dar mejor organización al Instituto de los Concepcionistas». Pero tampoco esta fue la solución, porque éste propuso fusionar el Instituto con los salesianos, quedando los hermanos como cooperadores de la Obra de don Bosco. Finalmente, después de muchas conversaciones y de la intervención directa del Papa, mons. Fiorani y don Bosco se pusieron de acuerdo para designar a Luis M. Monti superior general del Instituto de los Hijos de la Inmaculada Concepción. En consecuencia, en marzo de 1877 Monti dejaba Orte para instalarse en Roma, en el Hospital del Espíritu Santo.

Un paso muy importante para la afirmación del nuevo Instituto fue tener noviciado propio, instalado en una casa mandada construir con este fin por el papa Pío IX el mismo año 1877, independiente de los hospitales que servían los hermanos. No obstante, las dificultades no habían concluido para Monti, ya que siguieron las creadas por el nuevo visitador apostólico mons. Turricia. El virtuoso modo de defenderse ante el cardenal Ferrieri puso de manifiesto el temple espiritual de Luis María Monti, a la vez que en 1878 el nuevo papa León XIII le confirmaba en su cargo y decretaba que el nuevo Instituto, aunque presidido por dicho cardenal, fuera libre como los otros.

Hechos como haber cedido sus colchones 53 hermanos, bajo el ejemplo de Monti, a los enfermos del Hospital del Espíritu Santo en una emergencia, las numerosas vocaciones que se iban agregando o los nuevos hospitales que asumían los hermanos, fueron consolidando la vida del Instituto, que en 1881 se planteó la posibilidad de introducir el sacerdocio. Además, la circunstancia de que un cartujo de Roma les confiara a cinco sobrinos suyos que se habían quedado sin padres, hizo volver a Monti a la idea primera de asociar el cuidado a los enfermos con la acogida a los huérfanos y la atención a la juventud. El 19 de abril de 1882 recibía en la casa romana de la congregación a los primeros huérfanos. Todo ello fue aprobado en el Capítulo general de 1883, que también reconocía la obra realizada por Monti como superior del Instituto. Finalmente, en 1884, el cardenal Ferrieri concedió plena autonomía al Instituto: de presidente, pasaría a ser cardenal protector.

Mientras tanto se desarrollaba la vida del Instituto. Una epidemia de cólera puso de manifiesto que los hermanos estaban realmente dispuestos a ofrecer caritativamente su salud, o su vida, por los enfermos, dando evidentes pruebas de la honda espiritualidad del Instituto. Se asumió el servicio en nuevos hospitales, como el de Nepi, con lo que las actividades se ampliaron. Pero lo más nuevo fue que en 1896 se abrió en Saronno la primera casa dedicada sólo a los huérfanos. «Tenemos que trabajar nosotros para darles de comer a ellos», decía Monti a los hermanos. Le parecía que la Comunidad tenía que estar abierta para acoger a los niños sin hogar, lo cual repercutiría en el bien de todos. En el hospicio de Saronno se favorecía el crecimiento integral de estos niños cultivando en ellos la fe cristiana, la vida de familia y el estudio, y se les preparaba para insertarse en el mundo del trabajo, haciéndoles tipógrafos, carpinteros, encuadernadores, etc. A este hospicio de Saronno solía acudir Luis M. Monti durante el verano en los últimos años de su vida para recuperar su salud. Sin embargo ni la Congregación de Religiosos ni el Papa aceptaron la introducción del sacerdocio en el Instituto. Aunque a él se le llamaba «Padre Luis M. Monti» como fundador y en reconocimiento a su persona, nunca fue ordenado presbítero.

En 1889 el padre Monti recibió con digna firmeza la orden de expulsión de la comunidad del Hospital del Espíritu Santo de Roma después de 32 años de servicio, decretada por los dirigentes, afines a la masonería. Pero mientras tanto el Instituto iba creciendo y era solicitado en muy distintos lugares.

De todos era conocida la extraordinaria virtud del P. Monti que, aún siendo superior general, no dejó los cuidados de enfermería ni de ocuparse de los servicios más sencillos. Hacía turnos de noche, repartía comidas, acompañaba a los más jóvenes o arriesgaba su vida atendiendo a enfermos contagiosos. Dado que era diplomado en flebotomía, también solía dar algunas lecciones de esta materia, enseñando la teoría y la práctica de la misma.

El padre Monti conquistaba a los jóvenes no sólo por su santidad, sino por su seguridad profesional. Se cuenta, por ejemplo, que con su solicitud y sabiduría consiguió que, a pesar de los diagnósticos médicos, a un hermano de 29 años no le amputaran un brazo curándoselo él con acierto y paciencia.

Como evangelizador, estaba convencido de que las tres dimensiones de la pastoral: el anuncio, la celebración de los sacramentos y el servicio de la caridad se unen en una sola finalidad: hacer presente al Señor en cada circunstancia y lugar. La oración, la catequesis e incluso la actividad profesional bien realizada debían alcanzar un gran valor testimonial. Así lo vivió y lo enseñó él desde sus primeros trabajos apostólicos con la «Compañía de Hermanos» y más aún en el Instituto fundado por él, lo mismo siendo uno de los Hermanos que, al final de su vida, como superior general.

A partir de 1892 se resintió la salud del P. Monti, por lo que pasaba algunas temporadas en el hospicio de Saronno donde, como un padre, recibía el afecto de niños y mayores. No obstante su decadencia física, fue confirmado en su cargo de superior general de los Hijos de la Inmaculada Concepción, e incluso en 1899 lo confirmó nuevamente el Papa, aun sin celebración de Capítulo general.

En julio de 1900 dejó Roma para no volver más a esta ciudad. Estaba físicamente muy desgastado por graves sufrimientos hepáticos, por una hernia y por una aguda enfermedad en

los ojos, que con frecuencia le obligaba a estar en la oscuridad. El 15 de agosto, fiesta de la Asunción de nuestra Señora, quiso recibir la profesión de algunos jóvenes religiosos, y poco después mantuvo su promesa de acompañar a los novicios a Bovisio, su pueblo natal. Fue su última salida de casa.

En septiembre cayó gravemente enfermo, siendo él completamente consciente de su situación. «Mi esperanza es ir al cielo», decía al Dr. Negris, su médico y amigo que trataba de ocultarle la enfermedad. El día 23 recibió el santo viático y el 24 sufrió una operación. El lunes 1 de octubre moría santamente en Saronno. Según su voluntad, fue enterrado muy modestamente en el cementerio local, aunque durante toda su enfermedad y en este último momento gozó de la compañía y del afecto de las numerosas personas que se hicieron presentes. Obreros, artesanos, profesionales, parientes, amigos y conocidos venidos de cerca y de lejos se acercaron a visitarle o a rendirle su último homenaje, atraídos por el afecto hacia él y por su fama de santidad.

> «Dios ha recibido en su paz a su fiel siervo —escribía el director de un periódico católico—; tiene el premio de la caridad ejercitada con bondad admirable: la bondad de los santos que no tienen pretensiones».

El 22 de septiembre de 1940 se trasladaron sus restos a la Iglesia del hospicio de Saronno, y en 1941 se instruyó su causa de canonización en la curia de Milán, desarrollándose los procesos pertinentes hasta 1950. La necesidad de estudiar más profundamente sus escritos detuvo la causa en 1963, reanudándose treinta años después. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 9 de noviembre de 2003.

MARIA ENCARNACION GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

BOSSI, F., *Cronistoria della Congregazione dei Figli di Maria Immacolata, Milano 1980* (Trento 1985).

GIORDANI, I., *Un apostolo della carità, Padre Luigi Maria Monti* (Milano 1963).

PERNIOLA, E., *Storia della Congregazione dei Figli dell'Immacolata Concezione,* 2 vols. (Saronno 1976)

— *Luigi Monti, fondatore dei Figli dell'Immacolata Concezione,* 2 vols. (Saronno 1983)

SPREAFICO, E., *Il servo di Dio padre Luigi Maria Monti nella sua vita e nelle sue opere,* 2 vols. (Saronno 1947)

BEATO ANTONIO REWERA
Presbítero y mártir († 1942)

Desde el campo de concentración de Auschwitz fue llevado al de Dachau el 3 de junio de 1942 un prisionero que venía ya maltrecho y delicado de salud a cuenta del trato recibido hasta entonces desde su detención. Este prisionero era el sacerdote monseñor Antonio Rewera, prelado doméstico de Su Santidad. Llegaba a un campo en el que, como decían los propios presos, todo estaba concebido aposta para atormentar a las víctimas indefensas. Los jefes de presos de cada uno de los bloques del *lager,* reclutados ordinariamente entre personas procedentes de ambientes criminales, eran completamente libres para atormentar a los prisioneros. Tenemos la relación de la muerte del beato Antonio Rewera en la declaración del sacerdote Valentín Zasada, que fue compañero suyo en aquel terrible campo:

> «Un día del mes de septiembre de 1942 monseñor no recibió los productos alimenticios de la cantina del dormitorio como le correspondían según su turno [] No habiendo obtenido lo que esperaba según su turno el P Rewera se quejó de forma muy pacífica al funcionario del bloque del IV dormitorio. Éste en un cierto sentido critico el comportamiento irregular de su subordinado, y esto indujo al loco y sádico del jefe del dormitorio a pinchar al P Rewera en el lavabo y a volcar sobre él algunos cubos de agua helada. Los sádicos alemanes con tales experimentos castigaban las presuntas o verdaderas faltas de los prisioneros. Después de este bárbaro baño la salud de monseñor empeoró. Y como los días de otoño eran fríos se resfrió A mis continuas preguntas sobre la salud, monseñor respondía primero con una sonrisa, pero luego reconocio que estaba peor y que se habia resfriado. Y tuvo luego una parálisis Se debilitó de pronto Fue preso de coma. Una vez al mediodía me acerqué a su lecho en el primer piso y lo encontré durmiendo profundamente. Aunque se me apetecio despertarlo y preguntarle por la salud y ayudarlo si era el caso en cualquier cosa, me limité a mirar al enfermo desde lejos. No me gustaba interrumpirle el sueño, consciente de que el sueño para nosotros los prisioneros, especialmente para los más debiles, es la mejor medicina, el alimento y la tranquilidad. Pues sólo durmiendo no se advierte la miseria del campo Por la mañana al alba eché una ojeada al lecho del enfermo. Estaba en la misma posición, parecía dormir. Cuando iba a acercarme, me dí cuenta de que el jefe del dormitorio y los enfermeros, como los buitres, descosían la casaca a listas del vene-

rando P. Rewera. Y comprendí entonces que el P. Rewera estaba muerto».

Antonio Rewera había nacido el 6 de enero de 1869 en Samborzec, junto a Sandomierz, en Polonia, hijo de Wawrzyniec Rewera y de Rosalía Sapielak. Educado cristianamente en su casa, frecuentó en su pueblo la escuela elemental y luego hizo el bachiller. Durante este tiempo fue ya un muchacho tranquilo, bueno y religioso y muy atento y dedicado a sus estudios. Al término del bachillerato, en 1884, entró en el Seminario Eclesiástico de Sandomierz. Aquí estuvo cinco años y luego pasó a la Academia Teológica de Petersburgo, donde consiguió la licencia en 1893. El 2 de julio de ese mismo año se ordenaba sacerdote.

El comienzo de su ministerio sacerdotal tuvo como campo la parroquia de la catedral de Sandomierz, a donde fue enviado como coadjutor. Pero enseguida se le hizo profesor del seminario eclesiástico y un tiempo después vicedirector de este centro. Se acreditó no solamente por su cultura sino sobre todo por su sincera piedad y por sus muchas virtudes, de modo que el obispo, monseñor Zwierowicz, pensó que no tenía un sacerdote mejor para nombrarlo director espiritual de los alumnos, pese a su juventud. Estaría en este cargo hasta 1908. Sobre su trabajo como director espiritual de los alumnos dejó un testimonio el obispo Piotr Golebiowski († 1980) que fue administrador apostólico en la diócesis de Sandormierz y murió con fama de santidad, y que, ordenado sacerdote en 1924, estuvo destinado en el mismo centro:

> «Fue nombrado confesor de los alumnos, y por este motivo tuve la posibilidad de ver con frecuencia a monseñor. Venía puntualmente todas las semanas. Se le había asignado un confesionario, en el que siempre había penitentes esperándolo. Había un conspicuo grupo de alumnos que se servían de su guía espiritual. Monseñor confesaba largamente. En efecto, luego del seminario eclesiástico se iba a la catedral. Se interesaba mucho en el penitente. En aquel momento ya no le importaba nada más. Por muchas que fueran las personas que esperaban, se volcaba en el penitente actual. Era y debía ser —decía monseñor— todo penitente servido en condiciones".

Mientras tanto, el obispo le había mostrado su confianza haciéndolo canónigo en 1903. Dentro del cabildo llegaría con el

tiempo a tener la dignidad de deán. El papa Benedicto XV, en 1916, lo nombró a petición del obispo diocesano de Sandomierz prelado doméstico de Su Santidad. Con este cargo de canónigo simultaneó, a partir de 1912, la administración de la parroquia de San Pablo en la capital diocesana y en 1934 fue hecho párroco de San José, cargo que conservaría hasta su arresto.

Los testigos que han depuesto en su causa de beatificación lo califican con elogiosos epítetos: hombre de fe profunda, sacerdote de alma cristalina y de carácter verdaderamente bello y noble, el colmo de la sencillez, muy humilde, recogidísimo en la oración, con el alma toda vuelta a Dios, asiduo orante, misericordioso con el prójimo, muy sensible a las necesidades de los desgraciados y de los pobres, volcado en la ayuda de los pobres, con la que compartía de buena gana cuanto tenía, gentil, paciente, comprensivo, tranquilo siempre y sonriente, nunca triste sino siempre sereno, modesto y muy activo. Se le llama, igualmente, muy atento a sus deberes sacerdotales y se hace hincapié en su asiduidad al confesionario, de forma que la gente de los contornos venía adrede para confesarse con él, y sobre todo los que querían confesar luego de muchos años de no hacerlo sabían que en el P. Rewera había un confesor acogedor y comprensivo.

Vivía en la casa rectoral con su hermano y una religiosa, sor Elena Kasiel, que hacía los trabajos domésticos. Ella no ocultaba que mucha gente necesitada acudía a él y que él procuraba ayudar a todos, de forma que la casa era algunas veces como un jubileo, en el que unos iban y otros venían.

Como declaró sor Leonor Stec, religiosa, para ella el P. Rewera representaba un modelo de devoción y de figura sacerdotal:

> «Escuchaba yo sus predicaciones que, aunque algo monotonas, eran profundas y trataban sobre la fe, la fidelidad a Dios, la pureza de costumbres, la necesidad de la oracion, el amor a la Madre de Dios, y la familia buena [] Nuestra maestra de novicias, sor Bronislava Rozciszewa, aconsejaba a toda candidata que se aprestaba a hacer los votos confesarse con el P Rewera como modo de hacer los votos con una conciencia limpia, libre de todo pecado Entraba en el corazon, subrayaba particularmente la pureza de corazon, la fidelidad a los votos hasta la muerte, la bondad, la disponibilidad, el amor por los pobres, la benevolencia con el projimo»

Y otra testigo, la señora Irene Borzecka, que era dirigida espiritual del P. Rewera, da un testimonio elocuente acerca de su escrupulosidad como párroco:

> «El siervo de Dios desempeñaba con cuidado los deberes de sacerdote. Todos los años visitaba las familias de la parroquia de modo que conocía a todos los feligreses, como él mismo subrayaba. Escuchaba las quejas y disgustos, mitigaba las controversias entre familias. Era muy consciente en el cumplimiento de sus deberes. Puntual en las celebraciones religiosas. Disponible siempre para oír confesiones, se le encontraba casi siempre en el confesionario. Y aunque no siempre hubiera mucha gente para confesar, pero nunca faltaba alguien que quería hacerlo. La gente se confesaba con gusto con él. Yo era dirigida suya».

Subrayan otros testigos la devoción con que decía la misa y su continua invitación a los fieles a participar en la eucaristía. Aconsejaba a todos ofrecer al Señor desde la mañana todas las acciones del día. Confesaba de la mañana a la noche sin importarle el frío o el cansancio. Se olvidaba de comer si había que confesar, y en su casa le calentaban y recalentaban la comida a ver si salía por fin del confesionario, y cuando llegaba no daba señales de cansancio ni se quejaba sino que se sentaba a comer sereno. Y es que no quería hacer esperar a gentes que venían a confesarse con él de pueblos algo distantes como Samborzec, Zlota y Dwikozy.

Vivía con sencillez y amor la pobreza evangélica. El dinero se lo daba a su asistenta Elena Kasiel y a su hermana terciaria de forma que pudieran ellas dar a los pobres. Especialmente los viernes venían los pobres y se les daba comida o dinero. No mostraba preocupación alguna por los intereses materiales y cuando alguien no tenía para pagar algún servicio religioso él decía que no importaba. En su casa todo era muy modesto, no estando bien arreglado sino el recibidor por respeto a quienes venían a recibirle, pero su estancia personal era sumamente modesta y sin más mobiliario que el estrictamente preciso.

En el despacho parroquial estaba siempre dispuesto a recibir y escuchar a todos, no rehuyendo a las personas pesadas o difíciles. Se mostraba muy amable, muy acogedor y muy interesado en cuanto querían contarle o compartir con él. Era todo

un párroco, se ha dicho de él. Y era muy consciente de que se debía del todo a las ovejas de Cristo que se le habían confiado.

Dedicaba mucho tiempo a la oración y tenía en su dormitorio un reclinatorio en el que se pasaba horas en oración. Y tenía muy vivo el deseo de ser santo pero lamentaba mucho sus faltas y defectos y por ello decía que sólo el martirio le llevaría a la santidad: Así declaró Elena Stepien:

> «Una vez yo le dije que él era muy devoto, y me respondió: Querida mía, desearía ser santo, pero me falta mucho para serlo. Para asemejarme a Cristo le pido obtener la corona del martirio. Lo dijo como reflexionando y era evidente que deseaba el martirio. Y al recordar estas palabras es cuando me he decidido a comparecer como testigo».

Una acción sobresaliente del P. Rewera fue la fundación de lo que llegaría ser la Congregación de Hijas de San Francisco Seráfico. Fue en 1928 cuando monseñor Rewera comenzó a poner por obra una iniciativa que se le había ocurrido y que evolucionaría a ser la actual Congregación de Hijas de San Francisco Seráfico. No puede pasarse por alto su devoción personal a San Francisco de Asís y asimismo su labor pastoral con la venerable Orden Tercera Franciscana. Se fijó el P. Rewera en que había muchas personas solas, mujeres solteras que habían renunciado al matrimonio, personas que al no casarse se quedaban con el resto de la familia sin poner casa propia y no encontrando suficiente tranquilidad. Entonces le vino la idea de reunirlas en una comunidad de terciarias franciscanas que, haciendo votos privados, además de acompañarse mutuamente, podrían acudir a acompañar a las personas solas y prestar servicio doméstico a los sacerdotes sin familia. Encontró una casa donde empezar su proyecto y reunió personas que se adhirieron a su iniciativa. Organizó la «Asociación de la casa del pueblo de San Francisco», que evolucionaría a congregación religiosa y luego de su muerte se llamaría Congregación de las Hijas de San Francisco Seráfico. Él escribió las primeras constituciones y se volcó en dirigir y cuidar la nueva institución. La congregación fue reconocida por el obispo de Sandomierz, monseñor Jan Kanty Lorek, el 3 de octubre de 1959, y continuó desde entonces su ascensión en número de miembros y buenas obras. Actualmente la superiora general es sor Joanna Wróbel y tienen su casa gene-

ralicia en Sandomierz. Esta fundación fue un particular testimonio de su devoción a San Francisco y de su comprensión de la espiritualidad franciscana. Organizando este instituto él quería también difundir la espiritualidad franciscana en el ámbito de las tareas cotidianas y ofrecer a los sacerdotes una ayuda para que pudieran dedicarse de modo más libre y fructuoso al trabajo pastoral.

Son dignos también de notarse los trabajos que publicó. Algunos fueron trabajos bíblico-históricos en *Przeglad Katolicki.* Otros opúsculos trataron de los sacramentos de la penitencia y eucaristía. En 1925 tuvo un discurso en la Academia Papal de Sandomierz, que fue publicado en el periódico diocesano, y que trataba de la teología del primado y de las relaciones de Polonia con la sede romana desde su comienzo como nación. Apoyó con dos artículos la «Cruzada por los moribundos», una acción emprendida en el marco de la «Pía Unión por la salvación de los moribundos», fundada en 1908 por el P. Luis Guanelli. Acudía a la prensa a publicar artículos porque estaba convencido del valor de la prensa y de su influencia. Publicó en 1930 el *Calendario católico de la parroquia catedral de Sandomierz,* con datos muy útiles sobre la liturgia y la pastoral en dicha iglesia. Publicó también un opúsculo titulado *Conversación del sacerdote con el ladron* en que trata la necesidad de guardar el séptimo mandamiento de la Ley de Dios. En el periódico diocesano el P. Rewera publicó una relación muy precisa sobre la participación del grupo polaco en el XXIII Congreso Eucarístico Internacional de Viena (1912). Y, además de publicar numerosos artículos de signo ascético, publicó también sobre San Estanislao, obispo, San Estanislao de Kostka, el Beato Vicente Kadlubek y Santa Eduvigis, canonizada por Juan Pablo II muchos años más tarde, etc. Pero la parte más consistente de sus publicaciones fue la parte histórica. En la citada publicación *Przeglad Katolicki* y en otras partes publicó interesantes y documentados artículos sobre la historia de la Iglesia polaca en diferentes aspectos. Y fue suyo el tomo XVIII de la *Historia universal de la Iglesia católica,* que es la parte final y muy apreciada de la obra del cardenal J. Hergenrother, editada por la «Biblioteca de Obras Cristianas». Los editores debían tener una gran consideración por la cualificación histórico-científ-

fica de mons. Rewera cuando decidieron confiarle este tomo de 245 páginas (Varsovia 1905).

Monseñor Antonio Rewera fue uno de los sacerdotes arrestados a raíz de la invasión nazi. Su arresto se produjo el 16 de marzo de 1942. Tenemos noticia de cómo se produjo. Estaba en la sacristía revestido para la misa. Todos buscaron las puertas de salida, pero se encontraron con que en todas estaban ya apostados miembros de la Gestapo. Dos de ellos entraron en la sacristía. Uno de los dos sacó de la manga un papel y en correcto polaco preguntó: «¿Quién es monseñor Antonio Rewera?» El sacerdote estaba en el reclinatorio y al oírlo se levantó y dijo tranquilamente: «Soy yo». El policía le dijo: «Quítese la casulla y venga conmigo». El sacerdote preguntó: «¿Puedo llevarme mi breviario?» Uno de la Gestapo se lo quitó de la mano y lo tiró sobre la cajonera. Inmediatamente cogieron al sacerdote y fueron a la casa rectoral. En su presencia registraron todas las habitaciones; después se lo llevaron junto con su hermano. Kazimiierz Gajewski, organista de la parroquia, contó también el arresto en la causa de beatificación puntualizando que cuando vio que lo detenían se acercó al P. Rewera y le besó la mano y lo abrazó lleno de terror y hubo de irse por mandato de la Gestapo.

Fue llevado a la cárcel y aquí interrogado. Durante el interrogatorio se le preguntó si había visto los boletines clandestinos de la resistencia antinazi que circulaban. Hubiera bastado decir que no para haberse salvado, pero como era verdad que los había visto, se negó a mentir y respondió que sí. Y añadió: «Todo pueblo tiene derecho por voluntad de Dios a la libertad de prensa y de pensamiento». No hizo falta más, se decretó su inmediata retención en la cárcel. Luego se le preguntó aquella vez y otras muchas veces si sabía quiénes eran los autores y propagadores de los boletines clandestinos. Y dijo que guardaría absoluto silencio al respecto: «Tengo setenta y tres años y no me queda mucho sobre esta tierra. Podéis hacer de mí lo que os plazca. Mis feligreses han puesto en mí su confianza y yo no daré sus nombres». La feligresía quedó admirada de su sacrificio, porque sabían lo que habría ocurrido si hubiese dado nombres. Una testigo de su causa de beatificación, María Prokopowicz, declaró:

> «Estaba al servicio de la gente, trataba a todo el mundo como amigos íntimos, incluso si cometían pecados Sabía que iba a la muerte pero no quiso decir quien le había dado los boletines Si hubiera dado los nombres, habrían muerto tantas personas Yo entre ellas, porque preparaba la matriz del boletín»

En la prisión empezó a pasar muchas penalidades e incomodidades que acabarían con su vida Debían dormir los presos con la luz encendida, estando siempre un gendarme a la puerta y no faltaron presos que perdieron la vida sólo por hablar entre ellos. Él conservó siempre la tranquilidad que se derivaba de su fe en la providencia divina y se acogió a su rosario para rezarlo continuamente y para confesar a cuantos quisieron recibir el sacramento, confortando y consolando a todos los allí detenidos. Estaba prohibido confesar pero él se arriesgaba, nunca fue sorprendido ni nadie sufrió represalia alguna tras haber confesado con él. Lo cambiaron de habitación y en la nueva siguió haciendo su mismo apostolado.

Dos semanas después de su arresto y retención en los calabozos del castillo de Sandomierz fue llevado en un convoy de presos al campo de concentración y exterminio de Auschwitz, tan tristemente famoso. Un compañero de campo, el P. José Natorski, capuchino, dio de él este testimonio:

> «El P Rewera era un hombre extremadamente pacífico y silencioso En el barracón lleno a rebosar de presos el se estaba silencioso en un rincon Cuando distribuían la comida, mientras todos se abalanzaban, el se quedaba tranquilamente esperando Los compañeros lo apreciaban por su silencio y dominio de si mismo Una vez le robaron el pan pero no dijo nada a los guardias Otro fue y lo dijo y le preguntaron que por que no había dicho nada y el dijo que lo había tomado por una broma Y sin embargo la falta de pan en aquellas circunstancias era una cuestion vital, no una broma»

Cuenta José Stepien, sacerdote que fue arrestado al mismo tiempo que el P. Rewera pero que fue puesto en libertad cuando al P. Rewera lo llevaron a Auschwitz, que el segundo día de su llegada al campo (30 de marzo de 1942) un prisionero amigote del jefe de los presos le pinchó y lo insultó. Pero que él no se deprimía y estaba siempre sereno, aunque estaba convencido de que no volvería a Sandomierz. A los más jóvenes les decía que lo sentía por ellos que eran el futuro de Polonia. Y cuando en la

Pascua lo felicitaron otros prisioneros les dijo que él no saldría del campo pero que ellos resistieran porque eran necesarios a la causa de Dios y de Polonia. Y el seglar Wlodomierz Wachiwicz depuso en la causa de beatificación que él en el campo se preguntaba de dónde le venía al P. Rewera toda aquella energía que mostraba en soportar las terribles condiciones del campo, particularmente para los sacerdotes católicos. Siempre con la sonrisa en un rostro sereno dando ánimo a los que se encontraban débiles física y moralmente. Estuvo primero en el bloque 22 pero luego fue trasladado al bloque 23, donde tenía breves conversaciones sobre temas morales con su compañero de dormitorio. El día 3 de junio fue transferido al campo de Dachau, que sería el de su muerte. Konrad Szweda, sacerdote, compañero del P. Rewera en ambos campos de concentración, declaró como testigo de vista que él vio la compasión que el P. Rewera mostraba por los prisioneros más atormentados, por los condenados a muerte, por los torturados. Oraba sin descanso y ofrecía sus sufrimientos por ellos y los invitaba a aceptar la voluntad de Dios y a ofrecer sus dolores por la salvación del mundo.

Muerto el P. Rewera el 1 de octubre de 1942 en las condiciones arriba descritas, su cuerpo fue llevado al horno crematorio. Pero sucedió algo singular. Irena Borzecka cuenta que el año 1969 hizo un viaje a Dachau. Delante del horno crematorio dijo a su amiga Paulina Michta: «Aquí murió mi párroco, padre Antonio Rewera». El guía lo oyó y dijo: «El cuerpo de aquel sacerdote no se quemó. Cuando abrieron el horno crematorio se dieron cuenta de que el cuerpo no estaba carbonizado. Los alemanes estaban consternados y decían: *Heilge* (santo). Y entonces el cuerpo fue enterrado». A mi pregunta de dónde lo enterraron el guía respondió que no lo sabía.

Terminemos esta semblanza biográfica del eximio sacerdote con las palabras que pronunció el 20 de marzo de 1949 Franciscek Jop, obispo luego de Opole, en la parroquia natal del P. Rewera cuando se descubrió una lápida que lo recordaba:

> «Hubiera sido muy difícil encontrar otro sacerdote, otro parroco, capaz de atenerse tan estrictamente a las ordenes y a las recomendaciones de la Iglesia en el cumplimiento de sus deberes, en la formacion de su voluntad y en su comportamiento El P Rewera vivia para Dios, para la Iglesia, para el projimo, a quien deseaba

santificar y éste era el fin de su vida [...] Tenía un corazón que se distinguía por la dulzura, el afecto y la misericordia con que trataba a su prójimo. Ofrecía siempre su ayuda a los necesitados y compartía con ellos cuanto tenía [...] Sobre las cenizas de la buena persona de monseñor Rewera brilla la luz dorada del martirio que anuncia a los hombres un futuro mejor y que está alimentada del amor que este sacerdote tenía para con los hombres y por añadidura para sus carceleros. Este amor sobrevive a todo y es una victoria en el curso universal de las cosas humanas. Anuncia para él y para nosotros la gloria eterna».

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM P.N. 1844. *Vladislavien. Et aliarum. Beatificationis seu declarationis Martyrii servorum et servarum Dei Antonii Juliani Nowowiejski [...] atque centum trium sociorum, in odium fidei, uti fertur, interfectorum, annis 1939-1945. Positio super martyrio. Vols. I-IV* (Roma 1997).

INTERNATIONAL DACHAU COMMITTEE, *The Concentration Camp at Dachau, 1933-1945* (Bruselas 1978)

KACZMAREK, T. - PELOSO, F., *Luci nelle tenebr I 108 martiri della Chiesa in Polonia· 1939-1945* (Varsovia 1999).

REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 587

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ROMÁN EL MELODA

Diácono († 550)

Nacido a finales del siglo V en Emesa, Siria, era de raza y religión judía, pero se convirtió al cristianismo. Marchó al Líbano y allí hizo los estudios pertinentes como para que se le ordenara diácono. Hacia el 510 se trasladó a Constantinopla y fue asignado a la iglesia de La Blanquerna, dedicada a la Madre de Dios. Muy pronto tuvo fama como excelente compositor de himnos litúrgicos, estilo que él perfeccionó inspirándose en la tradición poética y musical de su Siria natal. Se conservan aún muchos de los himnos compuestos por él. Se cuenta que en la vigilia de Navidad se le apareció la propia Virgen María y le dio un escrito

para que él se lo comiera, y como resultado de esta aparición compuso el bello himno que comienza: «En este día la Virgen dio a luz al que es trascendente», que aún se usa. Igualmente se le atribuye el famoso himno *Akátistos,* uno de los más famosos de la liturgia bizantina, y que ha sido también cantado en San Pedro del Vaticano en fechas recientes como homenaje a la Madre de Dios. Muerto durante el imperio de Justiniano no antes del 548, recibe culto en la Iglesia oriental.

SAN NICECIO DE TRÉVERIS
Obispo († 566)

Conocido sobre todo por los escritos de San Gregorio de Tours, que tomó las noticias de testigos directos, se sabe de él que era de origen galorromano y su lugar de nacimiento parece haber sido Limoges. Se educó en un monasterio de su ciudad natal y de ahí le vino la vocación religiosa. Años después y cuando se había acreditado entre los monjes fue elegido abad. El rey Teodorico I lo tenía en gran estima y a ello se debió su elección como obispo de Tréveris en torno al año 525. Hizo una amplia labor pastoral, reglamentando la vida del clero, impulsando el monacato y reconstruyendo numerosas iglesias, entre ellas la propia catedral, que se había arruinado. No tuvo empacho en echar en cara al príncipe Teodeberto sus vicios y en excomulgar al rey Clotario I, que se vengó enviándolo al destierro (561), pero muerto el monarca aquel mismo año, su sucesor, Sigeberto, lo devolvió a su sede. Participó en diferentes sínodos, y se preocupó de los asuntos generales de la Iglesia llegando a escribirle al emperador Justiniano para pedirle que no se excediera en su celo antiherético persiguiendo a verdaderos católicos. Según San Gregorio de Tours fue «fuerte en la predicación, terrible en la argumentación, constante en la enseñanza». Su muerte se calcula hacia el año 566, aunque hay autores que piensan que vivió una veintena más de años.

SAN BAVÓN DE GANTE

Monje († 654)

Nace hacia el 589 en Brabante, en el seno de una familia acomodada de la que recibe tierras en Hesbaye. Llegado a la juventud contrae matrimonio con la hija del conde Adilión, de la que tiene una hija llamada Agletrudis. Lleva una vida disoluta y ajena al buen camino, de la que sólo sale cuando fallece su esposa y se sumerge en una profunda crisis espiritual. Decide preguntar a San Amando, el gran misionero que estaba evangelizando la región de Gante, sobre la orientación que darle a su vida y se le contesta que deje el mundo y se entregue por completo al servicio de Dios. Se desprende de sus bienes e ingresa en el monasterio de Gante, fundado por San Amando, que con el tiempo llevaría el nombre de San Bavón, y profesa en él la vida religiosa. Pasó una temporada acompañando a San Amando en sus correrías apostólicas pero luego, sintiéndose llamado a la contemplación de las cosas divinas, regresa a su monasterio y obtiene licencia para vivir retirado en una celda. La iconografía lo presenta haciendo oración en el hueco de un tronco de árbol. Tres años más tarde moría santamente.

BEATOS EDUARDO CAMPION (GERALDO EDWARDS), ROBERTO WILCOX, CRISTÓBAL BUXTON Y ROBERTO WIDMERPOOL

Mártires († 1588)

El día 1 de octubre de 1588 fueron ejecutados en Canterbury, Inglaterra, en el sitio llamado Oatren Hill, cuatro católicos como traidores, tres de ellos sacerdotes. Lejos de ser traidores, eran auténticos mártires, a quienes llevaba a la muerte la fidelidad a su fe católica y a su conciencia, en medio de la furibunda persecución anticatólica que llevaba adelante la reina Isabel I. Sus nombres son Eduardo Campion, Roberto Wilcox y Cristóbal Buxton, los tres sacerdotes, y el seglar Roberto Widmerpool. Los cuatro fueron ahorcados, destripados y descuartizados.

EDUARDO CAMPION, en realidad se llamaba Geraldo Edwards y había nacido en Ludlow, en Shropshire, el año 1552, en el seno de una familia protestante de posición acomodada. Recibió una buena educación e hizo estudios superiores en el «Jesus's College» de Oxford, pasando luego al servicio de lord G. F. Drake, haciéndose católico cuando entró en contacto con algunos católicos. Tenía 34 años cuando en febrero de 1586 dejó Inglaterra y marchó a Reims para ingresar en el Colegio Inglés, pues deseaba ser sacerdote. Su admiración por San Edmundo Campion le llevó a dejar el nombre suyo originario y a llamarse Eduardo Campion. Solamente un año más tarde, a comienzos de la cuaresma de 1587, fue ordenado sacerdote. Parte entonces, el 18 de marzo, para Inglaterra, pero lleva solamente un mes en el país cuando es arrestado en Sittinbourne, en el condado de Kent, y llevado a un primer examen en el mes de abril. Reconoció haberse convertido al catolicismo y haberse ordenado de sacerdote fuera de Inglaterra, en contra del conocido estatuto de la reina Isabel. No dudó en proclamar herética la religión del Estado inglés y en señalar que la Reina no era la cabeza de la Iglesia, no perteneciendo a su jurisdicción sino las cosas temporales. Tuvo oportunidad de escaparse de la prisión con otros presos pero dijo que no quería perder la corona del martirio. Al conocerse el envío por parte de España de la Armada Invencible, el Consejo Privado de la Reina ordenó que los presos fuesen interrogados. El 15 de agosto de 1588 el P. Campion fue sometido a interrogatorio. Contestó a todo y dijo que era tan traidor como San Edmundo Campion. No respondió directamente a la pregunta sobre su actitud en caso de colisión entre los intereses temporales del reino y la actuación del Papa. Fue declarado traidor al serle aplicado el citado estatuto 27 de Isabel. Su posterior juicio en Canterbury fue una pura formalidad. A la hora de la muerte mostró una gran serenidad.

ROBERTO WILCOX había nacido en Chester en 1558, y se carece de noticias acerca de su familia y su juventud. Es conocido a partir del 12 de octubre de 1583 en que con 25 años llegó al Colegio Inglés de Reims. Dos años más tarde, el 20 de abril de 1585, fue ordenado sacerdote en la catedral de Reims. El 7 de enero de 1586 partía para la misión inglesa. Muy poco después

era arrestado y llevado a la cárcel de Marshalsea por orden del Consejo Privado. Aquí se le hizo el examen preliminar el 15 de agosto de 1588 y seguidamente enviado a Canterbury para el proceso formal, siendo claro ya que se le aplicaba el citado estatuto 27 de Isabel. Confesó que era sacerdote católico y por ello fue condenado a muerte. Fue el primero en subir al cadalso y les dijo a sus compañeros que él diría en el cielo que venían otros detrás de él. Murió con gran serenidad.

CRISTOBAL BUXTON había nacido en el Derbyshire en 1562. Fue alumno en Tideswill del Beato Nicolás Garlick, por cuyo medio vino al catolicismo. Luego decide su vocación y marcha a Reims, donde recibe las órdenes menores el 23 de septiembre de 1583. A continuación es enviado a Roma para que allí prosiga sus estudios sacerdotales. Se ordena sacerdote el 1 de noviembre de 1586. El 12 de septiembre de 1587 deja Roma para ir a Dieppe, desde donde se embarca para Inglaterra, y aquí comienza su tarea misionera. Pero llevaba solamente dos meses de actividad cuando es arrestado en Halowtide, en el condado de Kent. Enviado por orden del Consejo Privado a la cárcel de Marshalsea, estuvo un año en la cárcel, y se dedicó a escribir un Ritual, manuscrito que se conserva. Examinado en orden a obtener una confesión que lo comprometiera, fue interrogado el 15 de agosto de 1588. Llevado a Canterbury, aquí fue procesado y condenado a muerte. Se le ajustició el último en la esperanza de que viendo el horrible suplicio de sus compañeros abjurara de su catolicismo. Pero se mantuvo firme y recibió la corona de la gloria.

ROBERTO WIDMERPOOL nació en Widmerpool el año 1560. Estudió en el Gloucester Hall de Oxford, y fue luego ayo de los hijos de la condesa de Northumberland, y estando desempeñando este puesto fue arrestado en 1588 bajo la acusación de haber acogido a un sacerdote en casa de la condesa y de haber dado hospitalidad a otros varios sacerdotes. Preso en Marshalsea, fue enviado a Canterbury donde fue juzgado y condenado a muerte. Al llegar al patíbulo, besó la escalera y la cuerda y dio gracias a Dios por la gloria del martirio y recordó que en aquella misma ciudad había derramado su sangre por la gloria de Dios Santo Tomás Becket. La gente le impidió continuar hablando y

él entonces se encomendó a las oraciones de los católicos que estuvieran allí presentes, y sufrió la atroz muerte que le estaba destinada.

Estos mártires fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATOS RODOLFO CROCKETT Y EDUARDO JAMES

Presbíteros y mártires († 1588)

Hacia el mediodía del 1 de octubre de 1588 fueron llevados en un zarzo a Brayle Heath, a pocos pasos de la Puerta Norte de la ciudad de Chichester, en Inglaterra, dos insignes campeones de la fe: los beatos Rodolfo Crickett y Eduardo James, acompañados de un tercero que abandonaría el catolicismo al pie de la horca. Los esperaban varios ministros protestantes, pero ambos mártires se negaron a tratar con ellos. Al pie de la horca, Crockett dio la absolución a James, y éste a su vez se la dio a Crockett. Crockett subió primero por la escalera y bendijo al pueblo y dijo que moría por la religión y por haber venido como sacerdote al reino con la única misión de ejercer su ministerio sacerdotal. Se le prohibió seguir hablando, y se le quitó la escalera, quedando así ahorcado. James había permanecido de rodillas en oración. Subió a la escalera y se encomendó a las manos del Señor. Mientras el martirio de ambos sacerdotes, el tercer condenado conferenció con los ministros protestantes y abandonó el catolicismo. Los cuerpos de los mártires, tras ser ahorcados, fueron destripados y descuartizados.

RODOLFO (RALPH) CROCKETT había nacido en Barton on the Hill, en el Cheshire, en 1552. Estudió en el Christ College de Cambridge y luego pasó al Gloucester Hall de Oxford. Fue luego maestro y ejerció como tal en Tibnam y luego en Ipswich. Convertido ya al catolicismo, viajó en 1584 hasta Reims e ingresó en el Colegio Inglés. En la cuaresma de 1585 se ordenó sacerdote y al año siguiente en primavera partía para Inglaterra, encontrándose en Dieppe con el P. James.

EDUARDO JAMES había nacido en Beston, en el Derbyshire, hacia 1559. Estudió durante cuatro años en el St. John's College de Oxford y no se graduó porque tenía mucho escrúpulo en re-

conocer la supremacía religiosa de la Reina. Encontró en Londres un amigo católico, Bradley, que le decidió a abrazar el catolicismo. Partió con otros diez compañeros hacia el Colegio Inglés de Reims el 4 de agosto de 1580; estudió primero, por falta de recursos, como alumno externo, pero luego su amigo Bradley le costeó los estudios y se ordenó de sacerdote en octubre de 1583. Fue a Roma, y de allí salió para Inglaterra en septiembre de 1585, luego de haber sido recibido en audiencia por el Papa que lo bendijo a él y también a los compañeros que partían con él. Después de varios meses en Reims, el 7 de febrero de 1586 partió para Dieppe donde encontró al que iba a ser su compañero de martirio, Rodolfo Crockett.

Aquí, ambos, con otros dos sacerdotes, se arreglaron con el dueño de un barco, llamado Daniell, para que los llevara a Inglaterra y, fuera con la intención de entregarlos, porque hubiera descubierto su condición sacerdotal, fuera por accidente, el caso es que el barco encalló frente a la playa de Littlehampton, en el condado de Sussex, el 16 de abril de 1586. El lugar estaba muy vigilado en orden a detectar la llegada de sacerdotes y luego de que Daniell hubiera ido a la población, y no se sabe si por denuncia suya, el hecho es que el juez Shelley subió a bordo el martes 19 de abril, descubrió a los sacerdotes y los arrestó. Enviados a Londres y detenidos en la cárcel de Marshalsea, fueron interrogados el 30 de abril. Como, propiamente hablando, no habían sido arrestados en tierra sino en un barco, literalmente aún no habían violado el estatuto 27 de la reina Isabel, pero Crockett no dejó de decir que su intención era ejercitar su ministerio en Inglaterra si tenía ocasión. James, por su parte, declaró que venía a cumplir su juramento misionero. En vista de ello Crockett fue enviado de nuevo a Marshalsea y James a Clink. Ambos permanecerían detenidos hasta el 30 de septiembre en que tuvo lugar su proceso en Chichester, proceso cuyas actas se conservan. El juez Thomas Bowyer dijo al jurado que, aunque los presos estaban detenidos en virtud del estatuto 27 de Isabel, éste no era propiamente una nueva ley de traición, pues los acusados eran reos de traición a tenor del estatuto 5 de Eduardo III del año 1352, ley según la cual eran reos de traición los enemigos de Su Majestad. Y subrayó con mucha fuerza que

no habría salvación para Inglaterra si se permitía entrar a los emisarios del Papa. Es claro que negar la supremacía religiosa del rey, establecida por Enrique VIII, no estaba contemplada en la legislación de Eduardo III. El obispo de Chichester se dirigió también al tribunal para hacerle ver que los presos estaban engañados en su religión y que ésta no era más que un manto para encubrir su traición. Los reos se negaron a reconocer ser traidores a la Reina o a Inglaterra. La sentencia del jurado fue a muerte.

Los mártires fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO JUAN ROBINSON

Presbítero y mártir († 1588)

Nació en Ferrensbyre, en el condado de Yorkshire, hacia 1530. Llegado a la juventud se casó y tuvo hijos de su matrimonio y parece que nunca perdió su inicial fe católica. Cuando ya era mayor se quedó viudo y entonces decidió ordenarse sacerdote. Marchó a Reims y tras hacer los pertinentes estudios, se ordenó presbítero el 20 de abril de 1585. El 14 de junio de ese año partió para la misión inglesa. Desembarcó, seguramente en Sussex, y luego volvió a embarcarse, siendo arrestado a bordo en el puerto de Suffolk. Enviado a la prisión Clink, pasó luego a Londres donde se le juzgó y condenó a muerte, pero fue devuelto a la cárcel y allí estuvo hasta que, con motivo de la llegada de la Armada Invencible, el gobierno inglés decidió ejecutar a los sacerdotes católicos que estuvieran en las cárceles. Él había manifestado su deseo ardiente de dar la vida por Cristo para compensar, muriendo por Cristo, lo poco que como sacerdote había podido hacer. Fue enviado a Ipswich y allí tuvo lugar su martirio por ahorcamiento que abordó con notable sinceridad; fue destripado y descuartizado. Su hijo Francisco siguió las huellas del padre y se ordenó sacerdote y trabajó en Inglaterra como tal.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATOS GASPAR HIKOJIRO Y ANDRÉS YOSHIDA
Mártires († 1617)

El 21 de septiembre de 1617 fueron apresados estos dos mártires y llevados a la cárcel de Nagasaki. Aquella primera noche de su detención lograron entrar en la cárcel varios misioneros, quienes los animaron con palabra evangélica y les administraron el sacramento de la penitencia que les sirvió de mucha confortación. Fueron condenados a muerte, pero la noche anterior al martirio logró entrar a animarlos el P. Juan de Rueda, dominico. A la mañana siguiente fueron llevados en barca a una isla situada en la boca del puerto llamado Bocabeo o Tabuco. Fueron rezando por el camino las letanías y otras oraciones y, llegados al sitio, ofrecieron mansamente sus cuellos al verdugo que los degolló.

GASPAR HIKOJIRO O FICOYORO era un cristiano intrépido que alojaba en su casa a los sacerdotes sin miedo a las terribles represalias que esta acción traía consigo. Los acompañaba y los dejaba con la mayor seguridad posible en manos de otros cristianos. Avisado de que su actitud era peligrosa, había dicho que vería como una gran gracia el martirio.

ANDRÉS YOSHIDA O YOXIDA era natural de Tavaxima, en el reino de Fixen, era un cristiano maduro y convencido, que con gran arrojo alojaba y defendía a los sacerdotes. Era cofrade del Santo Rosario y de la Correa de San Agustín. Había acompañado en sus correrías apostólicas a los beatos Fernando de San José y Alfonso Navarrete, a quienes visitó en la cárcel, no resguardándose de decir que él también era cristiano. Poco antes de ser degollado se quitó del cuello una cruz y pidió se la dieran al Beato Francisco de Morales.

Ambos mártires fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATA FLORENCIA CAEROLS MARTÍNEZ

Virgen y mártir († 1936)

Esta obrera católica dio un válido testimonio de Cristo con su vida y con su muerte. Había nacido en Caudete (Albacete) el 20 de febrero de 1890 en el seno de una familia modesta. Su vida discurrió primero en su pueblo natal y luego en Alcoy. Al llegar a la juventud se colocó en la industria textil y las personas que fueron sus compañeras de trabajo pudieron apreciar en ella sus magníficas cualidades y gran servicialidad. Era muy piadosa: cada día acudía a la santa misa y recibía la sagrada comunión y tenía una sólida devoción a Santa Teresita del Niño Jesús. Estuvo inscrita, y era una verdadera militante, en varias organizaciones católicas, como el Sindicato Católico Femenino, que presidió desde 1927 hasta su muerte, la Orden Tercera Franciscana, el Apostolado de la Oración, las Marías de los Sagrarios, la Congregación de Hijas de María y la Vela del Santísimo. En todas las asociaciones esta militante de Acción Católica mostró su temple de verdadera seguidora de Jesucristo. Un trabajo apostólico que llevó adelante en Alcoy con todo celo fue el de catequista en el Patronato de San Mauro. Su apostolado tuvo éxito, logrando el matrimonio de numerosas parejas no casadas por la Iglesia, el bautismo de muchos niños, la recepción de los últimos sacramentos etc., y fomentó con mucho interés la consagración de las personas y las familias al Sagrado Corazón de Jesús, que logró también en la fábrica en la que trabajaba. Por otro lado, se mantuvo al margen de cualquier partidismo político. Llegada la revolución de 1936 fue arrestada el 23 de septiembre y detenida en el antiguo convento de las Esclavas. El 28 de dicho mes fue llevada a la cárcel del partido judicial. Sacada de la misma el día 1 de octubre, fue llevada a Rotglá y Corbera. Ella, al ver que iban a fusilarla, se encomendó al Corazón de Jesús y perdonó a sus asesinos, siendo seguidamente fusilada.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ÁLVARO SANJUAN CANET
Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Alcocer de Planes, diócesis de Valencia y provincia de Alicante, el 26 de abril de 1908 en el seno de una familia modesta. Esta modestia de medios económicos le resultaba una dificultad para entrar en el seminario diocesano y, por ello, un sacerdote amigo lo encaminó a la vida religiosa, y así ingresó en el seminario salesiano de El Campello. Profesó en 1925 y prosiguió sus estudios en el Centro Internacional Salesiano de Turín-Crocetta, ordenándose sacerdote en Barcelona en 1934. Fue destinado al colegio salesiano de Alcoy, donde ejerció con mucho celo su apostolado. Llegada la revolución de julio de 1936 estuvo varios días en una casa con otros salesianos, luego pasó a Concentaina con su familia. Pudo pasar con ella, sin mayores sobresaltos, los meses de agosto y septiembre hasta que hubo un bando del Comité mandando que se presentaran todas las personas llegadas a la población con posterioridad al 18 de julio y así lo hizo Álvaro. El día 27 dos milicianos se presentaron en su casa. Él se despidió de su madre y se fue con ellos. Estuvo detenido en el antiguo convento de las Esclavas del Sagrado Corazón. El día 1 de octubre pudo visitarle una hermana suya, a la que aseguró que estaba seguro de que iban a matarle y le pidió que velara por sus padres. Aquel mismo día fue fusilado por su condición de sacerdote.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

2 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de los Santos Ángeles Custodios **.
2. En Nicomedia de Bitinia, San Eleuterio, mártir († s. III/IV).
3. En Soria, San Saturio († 568), ermitaño *.

4. En la región de Arrás, San Leodegario o Leger († 679), obispo de Autun y mártir, y su hermano San Gerino, mártir *.

5. En Andage (Las Ardenas), San Beregiso († 725), abad.

6. En Retia, San Ursicino († 760), obispo de Chur, fundador y primer abad del monasterio de Disentis.

7. En Constantinopla, San Teófilo († 795), monje, martirizado por defender las sagradas imágenes.

8. En Nagasaki (Japón), beatos Luis Yakichi y Lucía, su esposa, y sus hijos Andrés y Francisco († 1622), mártires *.

9. En Rochefort (Francia), Beato Jorge Edmundo René († 1794), presbítero y mártir *.

10. En Lyón (Francia), Beato Antonio Chevrier († 1879), presbítero, fundador de la Obra de la Providencia del Prado **.

11. En Fianarantsoa (Polonia), Beato Juan Beyzym († 1912), presbítero, religioso de la Compañía de Jesús **.

12. En Castellón, beatos Francisco Carceller Galindo, religioso escolapio, e Isidoro Bover Oliver († 1936), de la Hermandad de Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, presbíteros y mártires *.

13. En Sax (Alicante), beatos Elías y Juan Bautista Carbonell Mollá († 1936), presbíteros y mártires *.

14. En Silla (Valencia), Beata María Guadalupe (María Francisca) Ricart Olmos († 1936), religiosa servita y mártir **.

15. En Stanislawów (Polonia), Beata María Antonina Kratochwil († 1942), virgen, de la Congregación de Hermanas Escolásticass de Nuestra Señora, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS ÁNGELES CUSTODIOS

«La existencia de los ángeles está atestiguada casi por cada una de las páginas de la Sagrada Escritura». Así habla San Gregorio Magno, a quien se da el título de «Doctor de la milicia celeste». Podemos añadir nosotros que el mismo alto origen ha de reconocerse para el culto de estos celestiales espíritus. La devoción a los ángeles aparece casi con espontaneidad en los primeros años de nuestra vida y ya no nos abandona jamás. En una inscripción del cementerio de San Calixto se lee: *Arcessitus ab angelis,* que viene a decir: «Fue llamado por los ángeles» para presentarle al Señor. «Salid al encuentro suyo, ángeles del Señor, para ofrecer su alma en la presencia del Altísimo», canta la Iglesia en el oficio de difuntos.

La fiesta de los ángeles custodios tiene ya existencia multisecular. Se ha recordado que ya en el siglo V se celebraba en España y en Francia, como fiesta particular. Suprimida por San Pío V, fue restablecida por un decreto de Paulo V el año 1608, fijándola para el primer día libre después de San Miguel. Clemente X fue quien la introdujo definitivamente en la liturgia de toda la Iglesia, determinando que se celebrara el día 2 de octubre.

El nombre de «ángel» significa mensajero. Es nombre que significa ministerio y oficio. Pero la perfección de su naturaleza va de acuerdo con ese sublime oficio, que ellos ejercen de una manera más permanente que los demás seres de la creación. Son los «mensajeros» de Dios, por excelencia. Son seres creados, intelectuales, superiores a los hombres, dotados por el Señor de especial virtud y poder.

La humana filosofía apenas había columbrado, de una manera borrosa, la existencia de los ángeles. La fuente primera de nuestra devoción es la Revelación divina, contenida en la Sagrada Escritura. Con ella en la mano evitamos el primer error en que cayeron algunos teólogos combatidos por Orígenes, que, influidos por la filosofía pagana, tuvieron a los ángeles por «dioses». Están al servicio de Dios, pero son seres creados por su omnipotencia. Merecen nuestra veneración por su grandeza sobrenatural, por la gracia que les adorna, por su amor al Señor, demostrado en la prueba, que no supieron superar Lucifer y sus secuaces, los cuales, por su soberbia, fueron convertidos en demonios y padecen las penas eternas del infierno, que fue creado para ellos.

En la vida de Cristo Nuestro Señor y en la vida de la Iglesia primitiva los ángeles ejercen su misión de mensajeros con frecuencia. A veces se designa a los ángeles por su nombre, como a San Gabriel, San Rafael, San Miguel; a veces simplemente se les designa con el genérico apelativo de «el ángel del Señor»; a veces cumplen su misión individualmente, como el ángel que bajaba a la piscina de Betzata, en la puerta Probática, para agitar el agua y comunicar una virtud maravillosa de curación de cualquier enfermedad que tuviere el primero que descendía a sus ondas. Otras veces son dos los ángeles enviados, como los que

vio la Magdalena, vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies del lugar donde había estado el cuerpo de Jesús muerto, antes de la resurrección. Otras veces la Escritura alude a legiones de ángeles, como aquellas «doce legiones» que hubiera enviado el Padre celestial si Cristo hubiera formulado tal petición. Y no falta alguna ocasión en que la Escritura habla de «millares de millares», como aquellos que aparecen en el Apocalipsis alrededor del trono triunfal del Salvador del mundo. Dada la armonía perfecta del mundo, como obra del Creador, podemos pensar en la escala ascendente que va del maravilloso mundo físico que nos va descubriendo en su portentosa complejidad la física nuclear, al mundo de los vivientes, más perfecto aún, siguiendo por esa misteriosa unión de lo somático y lo psíquico, lo material y lo espiritual, representado por la persona humana. Los ángeles son las criaturas que colman esta ascensión hacia el cielo. Por eso decimos que son superiores a los hombres. La Escritura los llama «estrellas de la aurora e hijos de Dios».

Dice fray Luis de León que se les llama «estrellas de la aurora porque sus entendimientos, más claros que estrellas, echaron rayos de sí, saliendo a la luz del ser en la aurora del mundo. Y se les llama hijos de Dios porque, entre lo que él crió, es lo que más se le parece en la perfección de su naturaleza».

Los ángeles han sido creados por Dios, como el universo entero, para su gloria. Es decir, «para alabar, hacer reverencia y servir» al Creador. Cumplen esta finalidad siendo la corona gloriosa del Señor, como le vieron tantos artistas, capitaneados por Lucas della Robbia, el escultor florentino, autor del grupo más delicioso de los ángeles cantores. Estas representaciones artísticas no son arbitrarias, sino que siguen la línea de los libros santos, como el del Apocalipsis, donde se lee:

> «Vi y oí la voz de muchos ángeles en rededor del trono, y de los vivientes y de los ancianos; y era su número miríadas de miríadas, y millares de millares, que decían a grandes voces: Digno es el Cordero, que ha sido degollado, de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición. Y todas las criaturas que existen en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y todo cuanto hay en ellos, oí que decían: Al que está sentado en el trono y al Cordero, la bendición, el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos».

Por ello decimos que los ángeles forman la corte celestial, que primariamente mira al honor de Dios creador y redentor.

Y precisamente porque todo su anhelo es alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor, los ángeles se convierten, por disposición divina, en ángeles custodios. Cuando tengamos el concepto exacto de la religión, que no se ha hecho primariamente para nuestra felicidad, sino para la gloria del Señor, comprenderemos por qué cumplen las criaturas angélicas con este oficio de mensajeros de Dios cerca de nosotros, y de custodios de nuestra pobre vida, destinada, como la suya, «para alabar, hacer reverencia y servir» al Creador. Quieren los ángeles que formemos a su lado en la corte celestial, que conservemos y aumentemos la gracia, que nos da derecho a cantar en sus coros; a repetir, por toda la eternidad, la melodía inefable de los que son gloriosos porque supieron buscar la gloria de Dios.

En el libro del Éxodo, cuando se acaba de promulgar la ley santa, el Señor, que habla en estilo directo a cada uno de los israelitas, anuncia solemnemente la asistencia de los ángeles custodios con estas palabras «Yo mandaré a mi ángel ante ti, para que te defienda en el camino y te haga llegar al lugar que te he dispuesto». Para los israelitas este texto significa la asistencia y la custodia de los ángeles en la peregrinación por el desierto hasta llegar a la tierra prometida. Significa también la asistencia y la custodia de los ángeles para el viaje de esta vida terrenal y la llegada a la gloria del cielo. El acontecimiento histórico del paso de Israel por el desierto fue la ocasión para que el Señor promulgara su Ley y para que se nos anunciara este auxilio de los ángeles custodios en las dificultades que la vida terrena entraña.

Por lo demás, la tutela de los ángeles se anuncia en muchos otros pasajes de la Escritura, pero quizá en ninguno con tanta fuerza expresiva como en el salmo 90, donde dice: «Te encomendará a sus ángeles, para que te guarden en todos tus caminos. Y ellos te llevarán en sus manos para que no tropieces en las piedras. Pisarás sobre áspides y víboras, hollarás al león y al dragón».

San Bernardo comenta así este pasaje bíblico, exponiendo la custodia de los ángeles en la doctrina general de la providencia de Dios para la salvación de los hombres:

> «Aplicas al hombre, ¡oh Señor!, tu corazón y solícito lo cuidas. Le envías tu Unigénito, diriges a él tu Espíritu, le prometes tu gloria. Y para que nada haya en el cielo que deje de participar en nuestro cuidado, envías a aquellos bienaventurados espíritus a ejercer su ministerio para bien nuestro, los destinas a nuestra guarda, les mandas que sean nuestros ayos. Poco era para ti haber hecho ángeles tuyos a los espíritus: háceslos también ángeles de los pequeñuelos, pues escrito está: Los ángeles de éstos están viendo siempre la cara del Padre. A estos espíritus tan bienaventurados háceslos ángeles tuyos para con nosotros y nuestros para contigo».

Los Santos Padres de la Iglesia han predicado esta doctrina, aplicando a los ángeles de la guarda distintos títulos en los que se expresa la importancia de su ministerio. Eusebio de Cesarea les llama «tutores» de los hombres; San Hilario, «mediadores»; San Basilio, «compañeros de nuestro camino»; San Gregorio Niseno, «escudo protector», Simeón Metafrastes, «muralla que rodea por todas partes la fortaleza de nuestra alma, defendiéndola de los asaltos del enemigo»; San Cirilo Alejandrino, «maestros que nos enseñan la adoración y el culto de Dios». No es posible seguir. Hacemos notar solamente que San Agustín y San Gregorio Magno no han perdido ocasión para exaltar el valor de la intervención angélica en nuestra vida. Y la sagrada liturgia en este día de su fiesta les ha saludado con las siguientes palabras:

> «Cantamos a los ángeles custodios de los hombres, que puso el Padre, junto a nuestra frágil naturaleza, como celestiales compañeros para que no sucumbiéramos ante las insidiosas acometidas de los enemigos».

Si consideramos atentamente la letra de la Escritura divina, observaremos que se habla en sus páginas de diversos órdenes de ángeles. Isaías ve a los «serafines» cantando, y uno de ellos purifica los labios del profeta con un carbón encendido. El Génesis nos dice que un «querubín» fue puesto por Dios como guardián del paraíso, y el Éxodo que fueron dos los «querubines» que estaban en el arca santa desde donde promete el Señor hablar a su pueblo. San Pablo nombra a los «principados, potestades y dominaciones», así como los «tronos, virtudes y arcángeles». Existe, pues, una jerarquía celeste con ángeles de orden y oficio superior y ángeles de orden y oficio inferior. Todos, cier-

tamente, excelsos y muy superiores a nuestra humana naturaleza.

Ante esto se han preguntado los teólogos si entra en la providencia ordinaria de Dios destinar para custodia de los hombres a los ángeles de las categorías superiores o se encomienda este oficio a los ángeles de las categorías inferiores. La lectura de los textos sagrados nos persuade que ángeles de todas las categorías, aun de las superiores, San Gabriel, San Rafael, San Miguel, los serafines y querubines, han cumplido misiones cerca de los hombres, como se comprueba con la vida de la Santísima Virgen y San Juan Bautista, el pueblo de Israel, el profeta Isaías, el santo patriarca Tobías, por no citar sino los pasajes más salientes. Pero es posible que los ángeles de los órdenes inferiores sean los que normalmente se designan para ejercer la custodia de los hombres, y así se puede creer que en las jerarquías angélicas unas cumplen la misión de asistir ante el trono del Señor y otras se destinan para la custodia del universo creado, en el que sobresalen los hombres como primero y principal objeto de esa cuidadosa guardia. Los primeros son ángeles «asistentes» al trono celestial; los otros, «ejecutores» de la Providencia en el auxilio a la humanidad caída. Las misiones y disposiciones más destacadas, como la de la encarnación del Verbo anunciada por San Gabriel y otras semejantes, saldrían fuera de la regla ordinaria y general.

Cuando se habla de los ángeles custodios nos referimos primariamente a los que ejercen la salvadora tutela de las personas individuales. Cada uno de nosotros tiene su ángel de la guarda. Dios quiere que todos los hombres se salven y que lleguen al conocimiento de la verdad. Al decir todos los hombres no excluimos a ninguno. Tenemos, por tanto, por más congruente a esta voluntad salvífica de Dios el extender con la misma universalidad el ministerio tutelar de los ángeles. Todas las almas han sido redimidas por Cristo, todas están en el camino de la salvación, todas son defendidas y protegidas por los ángeles. Y muchas almas, nacidas en la paganía y misteriosamente salvadas por la iluminación de la fe, deben esto a los ángeles de su guarda. Lo sabremos el día en que se haga la cuenta universal del paso de los hombres por la tierra. Pero lo columbramos ya des-

de ahora, siguiendo el pensamiento de los teólogos sobre la salvación de los infieles negativos, que guardan la ley natural. El ministerio de los ángeles juega en ellos un papel principal. Este ángel nuestro nos acompaña siempre, no nos abandona jamás en esta vida. En la otra, para quienes hayan alcanzado la gloria, aún quedan vinculados a su triunfo.

Hemos aludido a las narraciones de la Biblia para fundamentar nuestra doctrina sobre los ángeles. Ahora transcribimos una referencia de los Hechos de los Apóstoles, donde, al mismo tiempo, podemos ver a un ángel en acción y palpar la fe de la Iglesia primitiva en la custodia de los ángeles.

San Pedro estaba custodiado en la cárcel y Herodes pensaba exhibirlo al pueblo. La noche anterior a este día del triunfo del perseguidor, San Pedro se hallaba dormido entre dos soldados, sujeto con dos cadenas y guardada la puerta de la prisión por centinelas.

> «Un ángel del Señor se presentó en el calabozo, que quedó iluminado, y, golpeando a Pedro en el costado, le despertó diciendo: "Levántate pronto"; y se cayeron las cadenas de sus manos. El ángel añadió: "Cíñete y cálzate tus sandalias". Hízolo así y agregó: "Envuélvete en tu manto y sígueme". Y salió en pos de él. No sabía Pedro si era realidad lo que el ángel hacía; más bien la parecía que fuese una visión. Atravesando la primera y la segunda guarda llegaron a la puerta de hierro que conduce a la ciudad. La puerta se les abrió por sí misma y salieron y avanzaron por una calle, desapareciendo luego el ángel. Entonces Pedro, vuelto en sí, dijo: "Ahora me doy cuenta de que realmente el Señor ha enviado su ángel y me ha arrancado de las manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo judío". Reflexionando, se fue a la casa de María, la madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde estaban muchos reunidos y orando. Golpeó la puerta del vestíbulo [...] Cuando le abrieron y le conocieron quedaron estupefactos [...] Entonces ellos dijeron: "Será su ángel"» (Hch 12,7-15).

Así vivió la Iglesia primitiva esta verdad alentadora de la custodia de los ángeles, que reclaman también su parte en la feliz difusión del mensaje evangélico.

Todos los hombres tienen su ángel custodio. Pero, además, lo tienen los reinos y comarcas. De San Miguel, como ángel del pueblo de Dios, se habla en el libro del profeta Daniel. Y el pueblo gentil de los persas tenía su ángel. Así podemos aceptar la doctrina de San Jerónimo, que nos dice que, «cuando el Altí-

simo separaba a las razas y se constituían los términos de cada pueblo, numeraba los ángeles que les habían de custodiar». Y si esto se dice de los pueblos, lo diremos, con tanta mayor razón, de la Iglesia católica, difundida de Oriente a Occidente, y de las Iglesias particulares, de las diócesis y colectividades religiosas. Y de esto tenemos un ejemplo patente, según toda la tradición de los Santos Padres griegos, en las cartas que se escriben a los ángeles de las siete Iglesias del Asia proconsular en el libro del Apocalipsis. Los ángeles aparecen aquí unidos en su suerte y en sus aspiraciones a las mismas Iglesias, a los obispos y a los fieles. Ellos reciben y transmiten las alabanzas y las reprensiones que forman parte de los mensajes. Salvando siempre todas las distancias, podemos decir que, como Cristo quiso aparecer como vestido de nuestras flaquezas, así los ángeles de estas Iglesias de Asia, y lo mismo diremos de todas las demás del mundo, parecen ante el Señor unidos a las circunstancias de aquellas cristiandades que en tantas cosas eran dignas de alabanza y en otras habían caído de su primitivo esplendor. Dice a este propósito el gran obispo de Milán, San Ambrosio: «No solamente destinó Dios a los obispos para defender su grey, sino también a los ángeles». Y añade San Gregorio de Nacianzo: «No dudo que los ángeles son rectores y patronos de las iglesias, como nos enseña el Apocalipsis de San Juan».

Los ángeles custodios deben ser venerados e invocados. «Acátale, escucha su voz, no le resistas», dice el libro del Éxodo. Tres frases de San Bernardo resumirán adecuadamente esta doctrina:

> «Anda siempre con circunspección —dice el santo—, como quien tiene presente a los ángeles en todos los caminos».
>
> «Amemos afectuosamente a sus ángeles como a quienes han de ser un día coherederos nuestros, siendo ahora abogados y tutores puestos por el Padre y colocados por él sobre nosotros».

Así amar a los ángeles es amar a Dios mismo. Al amor se añade la confianza.

> «Aunque somos tan pequeños y nos queda tan largo y tan peligroso camino, ¿qué temeremos teniendo tales custodios? Fieles son, prudentes son, poderosos son. Siempre, pues, que vieres levantarse alguna tentación, amenazar alguna tribulación, invoca a tu guarda, a tu conductor, al protector que Dios te asignó para el

tiempo de la necesidad y de la tribulación. No duerme, aunque por breve tiempo disimule alguna vez; no sea que con peligro salgas de sus manos si ignoras que ellas te sustentan».

He aquí la oración propia del día: «¡Oh Dios, que con inefable providencia te has dignado enviar a tus santos ángeles para nuestra guarda!, concede a los que te pedimos el vernos defendidos por su protección, gozar eternamente de su compañía Por Cristo nuestro Señor. Así sea».

EUGENIO BEITIA ALDAZABAL

Bibliografía

BERAZA, B., *Tractatus de Deo Creante* (Bilbao 1921).

DUHR, J., «Anges», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* I: *AA-Abyzance* (París 1937) cols.580-625.

PATRES SOCIETATIS IESU FACULTATUM THEOLOGICARUM IN HISPANIA PROFESSORES, *Sacrae Theologiae Summa,* II (Madrid ^{4}1964).

RIGHETTI, M., *Historia de la liturgia,* 2 vols. (Madrid 1955-1956).

SUAREZ, R. - MARTINEZ, A., «Introducción al "Tratado de los ángeles"», en TOMAS DE AQUINO (STO.), *Suma teológica,* III (Madrid 1950) 3-16.

• Actualización:

BANDERA GONZALEZ, A., «Introducción a las cuestiones 50 a 64 del "Tratado de los ángeles"», en SANTO TOMAS DE AQUINO, *Suma de teología,* I (Madrid ^{4}2001) 489-499.

BERZOSA MARTINEZ, R., *Angeles y demonios. Sentido de su retorno en nuestros días* (Madrid ^{2}2002).

BEATO ANTONIO CHEVRIER

Presbítero y fundador († 1879)

El ministerio sacerdotal, a lo largo de la historia de la Iglesia, ha dado ejemplares de santidad a la comunidad cristiana en muy diversas situaciones y de múltiples estilos, que salían al encuentro de necesidades del pueblo fiel y a la sensibilidad cambiante de la sociedad. En los albores del proletariado industrial, en la Francia agitada, desde el siglo XVIII, por revoluciones de diverso género y con pretensiones dispares, surgió un sacerdote excepcional en la antigua Iglesia de Lyón, cuyo ideal, seguido radicalmente hasta las últimas consecuencias, fue Jesús de Nazaret, pobre y humilde, aquel que no tenía donde reclinar la cabeza (Lc 9,58), solidario con los más pobres y desheredados.

Nació Antonio en Lyón el 16 de abril de 1826, hijo de Claudio Chevrier, empleado municipal de arbitrios, y de Margarita Fréchet, responsable de una pequeña fábrica de seda. Fue bautizado el siguiente día 18 en la parroquia de San Francisco de Sales. Claudio, de carácter suave y bondadoso, dejaba los asuntos domésticos en manos de su esposa, mujer laboriosa y de carácter fuerte, madre autoritaria y más bien severa en la educación de su único hijo.

El muchacho asistió a una escuela de los Hermanos de la Doctrina Cristiana hasta los catorce años. Un coadjutor de la parroquia de San Francisco de Sales propuso al adolescente ser sacerdote, propuesta que el muchacho aceptó, decisión que no debió satisfacer a Margarita. Siguió tres cursos en la escuela parroquial, al cabo de los cuales ingresó como interno en el Seminario menor de l'Argentière. Entre 1846 y 1850 cursó estudios de teología en el Seminario mayor de San Ireneo de Lyón. Durante estos años sintió vocación misionera y quiso ingresar en la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, decisión a la que se opuso resueltamente su madre.

Lyón había presenciado y sufrido las revoluciones obreras, luchas armadas y sangrientas de 1831 y 1834, cuando Antonio aún era un niño, pero en 1848, cuando estalla la revolución que echa del trono al rey Luis Felipe, era ya seminarista mayor y en el seminario tuvo contacto con los clubes populares que se organizaron en aquella ocasión, uno de los cuales se instaló en el seminario mismo. Al joven estudiante le causó una impresión favorable aquella gente del pueblo, que él consideraba no hostil a la Iglesia, engañados muchas veces, proclives al sentimiento religioso si se les sabía amar. No compartía el juicio desfavorable y resentido de gran parte del clero de su época sobre las expoliaciones sufridas a partir de la gran revolución de 1789: con éstas —decía— Dios nos fuerza para practicar la pobreza, ya que no queremos abrazarla voluntariamente. Antonio no sintió miedo del pueblo en aquellos tiempos en que fueron frecuentes los levantamientos obreros, sino que inclinó su corazón a ser un verdadero amigo del pueblo. Del Seminario, siempre le repugnó que indujera un estilo de vida aburguesado en los futuros sacerdotes.

El 25 de mayo de 1850 el Beato Chevrier recibió la ordenación sacerdotal de manos del arzobispo de Lyón, el cardenal De Bonald. Entonces ya se sintió llamado a ser enviado de Jesucristo, como éste lo fue del Padre. Al cabo de tres días, fue nombrado coadjutor de la parroquia de San Andrés en el pueblo, o suburbio popular de Lyón, de la Guillotière, en la orilla izquierda del Ródano. Era una parroquia de reciente creación ante el constante aumento de población que, en aquel momento de la primera industrialización de Francia, experimentaban los suburbios de las grandes ciudades. El nuevo sacerdote constata enseguida cómo los obreros de su parroquia están alejados de la Iglesia y están sumidos en una profunda ignorancia. Empieza a notar y a sufrir la gran diferencia de nivel de bienestar entre el clero y la clase obrera; comprende que la gente lo considera un «señor», extraño para los habitantes normales del barrio. El coadjutor de San Andrés cree que debería eliminarse todo lo que huele a burgués y a bien vivir en la casa de los curas. Él vive en contacto con la gente, conoce sus penalidades y estrecheces. Ve cómo crece la pobreza, cómo disminuye el trabajo, cómo los patronos frecuentemente no pagan los salarios.

En mayo de 1856 las inundaciones en la ribera izquierda del Ródano sumergen aún más en la pobreza el barrio de la Guillotière. El joven coadjutor se distingue por su actividad a favor de los damnificados, por salvar sus vidas de perecer en la riada. Empieza a gozar de cierta popularidad. Esta actividad exterior hace surgir en su interior una sobreabundacia de caridad apostólica.

El gran cambio o conversión se realiza en la Navidad de aquel año. Delante del pesebre, Antonio medita estas palabras del Evangelio de Juan: «El Verbo se ha hecho carne y ha habitado en medio de nosotros». Comprende entonces que Cristo lo llama a una vida más perfecta, más evangélica, más apostólica. Decide seguir a Jesucristo en su caridad infinita hacia los hombres, en su humildad y en su amor a la pobreza. Aquella noche de Navidad, Antonio resuelve dejar instalaciones y comodidades para vivir lo más pobremente posible. El misterio de la Encarnación lo ha cambiado interiormente, lo ha convertido. Desde entonces Antonio recibe el carisma especial de vivir al

lado de los pobres, de vivir pobre como ellos, imitando a Jesucristo, para evangelizar a Jesucristo.

A partir de 1857, el Beato Chevrier emprende el estudio de Cristo, en su vida mortal, en el sacrificio de la cruz, en su vida eucarística, estudio que va a durar toda su vida, del cual sacará las enseñanzas que va a transmitir a sus discípulos en el libro que para ellos va redactando: *El sacerdote según el Evangelio o el verdadero discípulo de nuestro Señor Jesucristo.*

Por aquellos años se encuentra con Camilo Rambaud, un burgués de Lyón, fabricante de seda, muy sensible y preocupado por la miseria de los obreros. Había abandonado su profesión para enseñar catecismo a los niños pobres y desamparados. Para niños enfermos incurables abre la casa del Niño Jesús en 1854; en ella se enseñaba catecismo. Tras las inundaciones de 1856, funda la ciudad del Niño Jesús, para facilitar casas a los obreros que habían quedado sin hogar.

A partir de enero de 1857, Antonio recibe la influencia de San Juan María Vianney. Éste le enseñó el camino de abandono en la divina Providencia. En el anciano cura de Ars (que murió en 1859) Antonio encontró el modelo de un sacerdote pobre, que convivía con sus lugareños sin convencionalismos ni formalidades.

El comportamiento de Antonio, de renuncia y pobreza, choca con la conducta de sus colegas sacerdotes en la parroquia. Al joven coadjutor le repugna sobre todo exigir dinero por los servicios religiosos prestados. Deja la parroquia en agosto de 1857 cuando es nombrado capellán de la ciudad del Niño Jesús, no muy distante de San Andrés. Como sacerdote, va a dirigir la obra social de la ciudad y la catequesis en la casa del Niño Jesús. Aquí le empiezan a llamar «padre», ya que su predecesor había sido un capuchino. En diciembre de 1858, Rambaud y Chevrier viajan juntos a Roma. Aquí el Beato Antonio ingresa en la Orden Tercera de San Francisco, con cuyo ideal de desprendimiento y pobreza comulga íntimamente.

Como la ciudad del Niño Jesús llevaba sus quebraderos de cabeza materiales, Antonio decidió salir de su gestión para entregarse de lleno a su ministerio espiritual: la catequesis y la preparación de los niños para la primera comunión.

El 10 de diciembre de 1860, el padre Chevrier alquiló una casa, llamada «Baile del Prado», que compraría diez años más tarde, donde fue realizando, con total dedicación, su obra personal y carismática de apostolado. La antigua sala de baile y diversión, de dudosa reputación, se convirtió en la «Providencia del Prado», centro de formación para niños y adolescentes pensionistas muy pobres. Desde un principio Chevrier se propone «buscar compañeros de buena voluntad, a fin de que, asociándonos para vivir juntos la misma vida de pobreza y de sacrificio, trabajemos más eficazmente en nuestra salvación y en la de nuestros hermanos». Nace la obra del Prado, que en pocos años va a albergar a doscientas personas. Como predicó Juan Pablo II en la beatificación del fundador:

> Eran niños y adolescentes «no escolarizados y no instruidos en la fe, incapaces de prepararse en otro sitio para la primera comunión. Estaban abandonados, frecuentemente menospreciados, explotados; como él decía, "máquinas de trabajo hechas para enriquecer a sus amos". Hay también toda clase de miserables, de marginados, que son conscientes de no tener nada, de no saber nada, de no valer nada. Los enfermos, los pecadores forman parte de estos pobres».

En el mundo de pobreza de la Guillotière, se había sumergido el Beato Antonio. Conocía a este pueblo, sus valores, su generosidad y también sus miserias, su incredulidad. Ama y aprecia a este pueblo y comparte sus aspiraciones a la justicia.

El P. Chevrier quería asegurar la continuidad de su obra. Quiere reclutar y formar a seminaristas, entre los alumnos del Prado, para que fueran sacerdotes pobres para evangelizar a los pobres. Estaba convencido de que en los seminarios, los alumnos, aunque provinieran de familias obreras y pobres, salían de su clase social, se aburguesaban, encontraban un nivel de vida más alto y acomodado. Chevrier quería que los futuros apóstoles de los obreros se formaran junto a los pobres pensionistas del Prado y que junto a ellos y con ellos maduraran su vocación, para ser sacerdotes pobres que pudieran anunciar el Evangelio a los medios proletarios. Este proyecto, lo irá realizando gradualmente, tras vencer dificultades y resistencias del arzobispado de Lyón.

En septiembre de 1864, Chevrier acude por segunda vez a Roma, donde Pío IX aprueba las intenciones de la empresa del sacerdote lionés y bendice a las personas del Prado; hay que dejar pasar los años para aprobar formalmente la obra del Prado.

En 1865 se crea la escuela clerical del Prado. Sus alumnos siguen las clases en la parroquia de San Buenaventura, en la orilla derecha del Ródano; pero en octubre del año siguiente ya reciben la instrucción en el Prado mismo.

En 1867 el P. Antonio es nombrado párroco de Moulin à Vent, diócesis de Grenoble, pero en el límite de la diócesis de Lyón. Sigue residiendo en el Prado; un colaborador suyo lleva directamente la parroquia. Allí madura su *Obra de los sacerdotes pobres para las parroquias.* Pero en 1871 es cesado como párroco y es sustituido por su colaborador, sin previo aviso.

Por aquellos años sor María Boisson echa los cimientos de lo que será la comunidad religiosa de Hermanas del Prado. El bienaventurado fundador conocía a sor María desde 1857 cuando entró en la ciudad del Niño Jesús, donde esta antigua obrera de la seda trabajaba en la catequesis de los niños.

El padre Chevrier, mientras tanto, prosigue su labor insistiendo en la forma de vida y en los ideales de pobreza y transmisión del Evangelio. Lo que gratis se ha recibido, gratis tiene que ser dado; nada debe exigirse a los fieles por los servicios sacerdotales. Los muchachos no deben trabajar a bajo precio para sostener la casa; han venido para ser educados e instruidos en la religión. Es el sacerdote, no el libro, el que instruye; hay que asimilar el Evangelio para transmitirlo. Por eso la predicación se prolongaba tanto en el Prado, especialmente los domingos.

En 1873 los cuatro primeros seminaristas del Prado entraron en el Seminario teológico de Lyón; antes firmaron un compromiso de adhesión al estilo de vida evangélico que habían conocido y practicado durante su permanencia en la casa; también ingresaron en la tercera orden franciscana. Forman el germen de la «Obra de la primera comunión».

Mientras tanto la obra del padre Chevrier tiene otros centros: Moulin à Vent, Saint Fons, Limonest. Son centros de catequesis y lugares de retiro, para la reflexión y la plegaria.

Entre marzo y mayo de 1874, el fundador del Prado se retira tres meses a Limonest para curar su grave enfermedad. En no-

viembre se instalará allí, en la campiña de Lión, una comunidad de un sacerdote y cuatro hermanas con unos veinte muchachos del catecismo.

Viaja nuevamente a Roma en mayo de 1875 con el fin de obtener la aprobación del Prado como congregación religiosa, pero no recibe el apoyo del arzobispado de Lyón.

Entre julio y agosto de 1876 pasa una temporada en Vichy, por orden de su médico.

En octubre de este año, los cuatro diáconos del Prado van a Roma para terminar sus estudios. Formarán una pequeña comunidad, bajo la dirección del padre Chevrier. Éste acude a visitarles el 19 de marzo de 1877. Durante cuatro meses, el fundador les va explicando sus pensamientos que va recogiendo en el *Verdadero discípulo.* Los cuatro diáconos reciben la ordenación presbiteral el 26 de mayo. Les escribe el Beato Antonio recordándoles que deben ser otros «Jesucristos» en la tierra; deben representar el pesebre, el calvario, el sagrario: «Ser los últimos, los servidores de todos, los esclavos de los demás por la caridad, los últimos de todos por la humildad. Qué hermoso, pero qué difícil».

El 20 de junio regresa a Lyón. El arzobispo le deja los cuatro nuevos sacerdotes para su obra. El 25 de enero de 1878 tuvo el gozo de acoger la primera visita a la casa del cardenal arzobispo Caverot; aprobó el reglamento de vida para los sacerdotes del Prado.

El 6 de enero de 1879 nombra al presbítero Francisco Duret, uno de los ordenados en 1877, superior del Prado. No sin conocer amarguras que ponen en peligro la perseverancia de su obra, el padre Chevrier pasa los últimos meses de su vida en la cama, en Limonest. Pero, cuando ve acercarse la hermana muerte, expresa su deseo de morir entre su gente de la Guillotière: en su pobre barraca, donde había querido estar con los pobres, vivir con ellos, morir junto a ellos. Más de veintinueve años había formado parte de este pueblo. El 2 de octubre de 1879 confió su último aliento en las manos del Padre. Todo el barrio de la Guillotière agradece en sus funerales al sacerdote que se había encarnado tan decididamente en el pueblo pobre: cerca de diez mil personas estaban presentes viendo el cortejo

fúnebre entre la iglesia de San Luis de la Guillotière y la actual calle del padre Chevrier. El «San Francisco de la era industrial» recibió sepultura en la capilla del Prado, donde aún hoy son venerados sus restos, cerca del pesebre de Belén que inspiró el carisma del bienaventurado sacerdote.

Tras la muerte del fundador, la historia del Prado no es una trayectoria triunfal. Sólo sostenida por la fuerza de Dios, sus frutos humildes según las bienaventuranzas de los pobres, de los limpios de corazón y de los misericordiosos, perseveran hasta el día de hoy en la Iglesia de Jesús.

Su fama de santidad motivó la introducción de su causa, iniciada el 11 de junio de 1923. Pío XII aprobó sus virtudes heroicas el 16 de enero de 1953. El 5 de julio de 1986 el papa Juan Pablo II aprobó el milagro que abría las puertas de la beatificación, que el mismo pontífice ofició en Lyón el 4 de octubre de ese mismo año, fiesta de San Francisco de Asís, ante una gran multitud de fieles.

El Papa en su homilía predicó:

> «San Francisco de Asís, con sus compañeros, reveló el amor de Cristo en el corazón del pueblo de las ciudades italianas. El cura de Ars, solo con Dios en su iglesia rural, despertó la conciencia de sus feligreses y de las multitudes ofreciéndoles el perdón de Dios. El P. Chevrier, sacerdote secular en un medio urbano, ha sido, con sus compañeros, el apóstol de los barrios obreros más pobres de los suburbios de Lyón en el momento en que surgía la gran industria. Ha sido este afán misionero que le ha estimulado a adoptar un estilo de vida radicalmente evangélico, a buscar la santidad [...] Viviendo humildemente, con los medios más pobres, es testigo del misterio escondido en Dios, testigo del amor que Dios acerca a las multitudes de los "pequeños" semejantes a él. Él ha sido su servidor y su apóstol».

La herencia espiritual y apostólica del Beato Antonio Chevrier ha sido recogida por numerosos sacerdotes, religiosas y laicos que hoy, en todo el mundo, están comprometidos en ser testigos del amor de Cristo a los pobres. En 1924 el arzobispo de Lyón aprobó la *Obra de la primera comunión,* que el padre Chevrier había iniciado con cuatro sacerdotes. En 1986 los sacerdotes del Prado eran cerca de mil, todos ellos sacerdotes diocesanos. La mayoría de ellos ejercía su ministerio en barrios y entre obreros de las grandes ciudades de Francia, Italia, Espa-

ña y del Tercer Mundo. En 1925 fue aprobado el estatuto de Hermanas del Prado, como sociedad de vida apostólica de derecho diocesano. Congrega unas trescientas hermanas en 64 comunidades presentes en diez países. También están los Hermanos del Prado, laicos que viven en los ambientes populares de Lyón, París y Marsella. Partícipe del espíritu del Beato Chevrier, también existe el Instituto femenino del Prado.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 78 (1986) 1067-1069; 79 (1987) 301-310.
ANCEL, A., *Le Prado. La spiritualité apostolique du père Chevrier* (París 1982); trad. castellana: *El Prado. La espiritualidad apostólica del padre Chevrier* (Bilbao 1986).
«Les points essentiels de la spiritualité pradosienne»: *La Vie Spirituelle* 44 (1935) n.1-2, p.53-64.
— «Les degrés de la vie spirituelle d'après le P. Chevrier»: *La Vie Spirtuelle* 45 (1935), n.4, p.45-64.
— «L'apostolat sacerdotal d'après le P. Chevrier»: *La Vie Spirituelle* 70 (1944) n.6, p.17-28; 71 (1944), n.1, p.42-60.
ANTONIO CHEVRIER (BTO), *Le véritable disciple* (Lyón 1968).
BERTHELON, P., *Antoine Chevrier, prêtre selon l'Évangile (1826-1879)* (París 1986).
Bibliotheca sanctorum. III: *Bern-Ciro* (Roma 1963) cols.1198-1200.
CHAMBOST, C., *Vie nouvelle du vénérable P. Chevrier* (Lyón-París 1920).
— *L'esprit et les vertus du vénérable A. Chevrier* (Lyón 1926).
DELASERRE, M. *Vie du P. Chevrier, fondateur de la Providence du Prado à Lyon* (Lyón 1892).
LESTRA, *Le P. Chevrier* (París 1934).
L'Osservatore Romano (5-10-1986).
SIX, J. F., *Un prêtre, Antoine Chevrier, fondateur du Prado* (París 1965).
VILLEFRANCHE, M., *Vie du père Chevrier, fondateur de la Providence du Prado à Lyon* (Lyón-París ^{20}1919).
WALTZ, H., *Le P. Chevrier* (París 1942).

BEATO JUAN BEYZYM

Presbítero († 1912)

Juan Beyzym había nacido en Polonia en 1850. Era jesuita. Fue educador de jóvenes durante muchos años en los colegios de la Compañía de Jesús en Tarnopol y Chyrow. Pero en 1898 se le ocurrió ir a cuidar a los leprosos de Madagascar.

El padre Damián ya había hecho su aventura en Molokai 21 años antes, en 1877, de forma que esta idea ya tenía suficiente fundamento como para seguirle la pista al gran apóstol de los

leprosos. Y con estos antecedentes, Juan Beyzym dejó su tierra y se fue a cuidar a estos enfermos absolutamente marginados por la sociedad. Tenía 48 años.

El primer puesto de trabajo lo tuvo en la isla Roja, donde había 150 enfermos en total abandono de sus familiares. Vivían en barracones indecentes, sin ventanas, ni piso ni muebles. Así no podían vivir ni los animales. Con este panorama se encontró Juan cuando llegó a Madagascar. Cuando llovía, los enfermos se hundían hasta los huesos y muchos tenían que dormir en el barro. Naturalmente, muchos morían de enfermedades y de hambre.

Al año siguiente de llegar Juan escribía:

> «El Gobierno no los considera seres humanos, sino desechos de la humanidad. Los expulsan a las aldeas y pueblos. Muchos de estos desgraciados deambulan por lugares desiertos mientras son capaces de hacerlo, hasta que, extenuados, caen muertos de hambre. Otros piden limosna por los caminos, pero pocas personas les dan algo; todos los rehuyen».

Pero Juan tenía un corazón de hierro y no se desanimaba ante tan terrible situación. Pedía dinero para los enfermos, les buscaba vestidos, arreglaba las chozas para que tuvieran lo más elemental. Y discurría: no había medicinas para aquellos enfermos; no existía nada para ellos; pero Juan observaba que una sana alimentación, una higiene apropiada, una atención esmerada lograba que la enfermedad no avanzara con tanta celeridad. Y con este tipo de atenciones, buscando arroz por todas partes, logró que de siete fallecimientos semanales, se rebajara la cifra a cinco en todo el año.

Por fin decidió construir un hospital para estos enfermos. El padre superior de la Compañía, P. Martín, explicaba en 1903 que «aquel hospital era una obra grande emprendida para mejorar la vida de aquellos desgraciados, entre los que se hallan quizá los más infelices del mundo».

El P. J. Loiselet, doctor en medicina, decía el 16 de agosto de 1911:

> «Ha sido un trabajo colosal construir y equipar este magno hospital en un país que carece de todo. Aquí llegó sin un céntimo, pero ha encontrado el modo de recoger en Europa, sobre

todo en Polonia, Austria y Alemania, miles de francos para una obra tan lejana».

Juan moría el 2 de octubre de 1912. La prensa recogía la noticia de esta manera: «El mejor elogio de este hombre se halla en este hecho: por amor a Jesucristo pidió y obtuvo estar al servicio de los leprosos a perpetuidad. He aquí un tipo de "trabajos forzados" que jamás elegirían para sí los criminales. El P. Beyzym los ha amado con todo el corazón».

Ad maiorem Dei gloriam. Ése era el lema de San Ignacio para los jesuitas. Para el Padre Juan no había otro motivo de actuación que la gloria de Dios.

«Tengo siempre ante los ojos dos ansias: la mayor gloria de Dios y el bien de las almas y de los cuerpos de los leprosos que me han sido confiados» (28 de marzo de 1902).

La eucaristía era el centro de su vida espiritual. Cuando proyectó el hospital, no soñaba con otra cosa que con abrir en su habitación una ventana que diera a la capilla:

«Yo me gozaba con esa ventana y pedía a la Santísima Virgen llevara a buen fin la adquisición del terreno» (13 de junio de 1901).

Algo específico de los jesuitas era la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Era una imagen plástica de la figura de Jesús, el Salvador. Él se alegra por todas las oraciones que se han dirigido al Divino Corazón pidiendo ayuda ante el peligro de expulsión de los misioneros de Madagascar.

Y ¿cómo no? No podía faltar una ferviente devoción a María. Todos los logros de sus actividades los atribuía a ella y se consideraba cono un indigno instrumento suyo:

«Pertenezco totalmente a la Madre de Dios. De nuevo me he ofrecido a ella y me he puesto a su disposición para cuanto quiera hacer de mí».

Sacaba de la oración la fuerza para trabajar sin descanso. Se podía decir de él que era un contemplativo en la acción. Al P. provincial le cuenta así sus penas:

«Hay que estar en continua unión con Dios y orar sin cesar. Poco a poco uno se debe habituar al hedor, pues aquí no se huele el perfume de las flores, sino la putrefacción de los cuerpos producida por la lepra. Tampoco es muy atrayente la vista de esa putre-

facción. Después de tres o cuatro horas de curas a los enfermos, entro en mi casa, me lavo, me asperjo con ácido fénico y sigo sintiendo que todo huele mal en mí» (18 de abril de 1901).

«Por mi parte, pido a la Santísima Virgen me conceda una buena lepra y muy virulenta, para implorar mejoría para mis enfermos y expiar un poco mis pecados» (13 de mayo de 1900).

La fe de este hombre se transmitía, sin querer, a los enfermos. Se puede decir que, si la enfermedad era contagiosa, más lo era la fe del P. Juan. Al verle a él, los leprosos no tenían más remedio que hacerse unos fervorosos cristianos. Dirigió la enseñanza religiosa según los métodos de San Ignacio. Incluso les daba retiros anuales.

«Preparo a mi buena gente para la confesión y comunión pascual. Procuro por todos los medios ponerme a su nivel. Espero en el Señor que se aprovechen aunque sea un poco» (26 de junio de 1905).

Todos los miércoles elegía a un enfermo para que ofreciera la comunión y el rosario por el bien de los demás. Los viernes rezaban todos por los bienhechores vivos y difuntos. Los sábados por los compañeros difuntos. Se confesaban y comulgaban todos los meses. El escapulario y el Apostolado de la oración se propagaban entre todos los enfermos. Es decir, la imaginación del P. Juan llegaba a todos los momentos del día. A sus oyentes les llama «mis teólogos»: «No es fácil explicarles las cosas. Todos escuchan y dicen haber entendido, pero ¿es así realmente? Ésta es la cuestión».

Tenemos el testimonio de la hermana Ana María, colaboradora del P. Juan en el hospital de Marana:

«Nuestros pobres enfermos vienen casi todos a la santa misa por la mañana, no obstante el frío que tanto les hace sufrir en esta estación. Algunos vienen a espaldas de algún compañero menos enfermo que él; a otros los traen en una silla portátil, de la cual el mismo Padre ha hecho el modelo; comulgan casi todos los días; se confiesan varias veces por semana; algunos, que no son capaces de acercarse al comulgatorio, se quedan en el primer banco y nuestro Padre les lleva la comunión».

El P. Lioselet resume el trabajo de Juan Beyzym en una frase: «Deseaba hacer santos a sus leprosos. Era su idea fija».

El papa Juan Pablo II tuvo mucho gusto en beatificarle en Cracovia el día 18 de agosto de 2002.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

DRAZEK, C., SJ, *El beato Juan Beyzym, apóstol de los leprosos,* en Biblioteca electrónica cristiana: www.multimedios.org/docs.

BEATA MARÍA GUADALUPE (MARÍA FRANCISCA) RICART OLMOS

Religiosa y mártir († 1936)

El 23 de febrero de 1881 el matrimonio formado por Francisco Ricart Garcés y María Olmos Dalmau, vecinos de Alba (Valencia), se vio favorecido con el nacimiento de una niña, a quien se le impuso el nombre de Francisca. La familia, unos modestos labradores, mantenían la práctica de las costumbres cristianas que singularizaban a las buenas gentes de esta localidad. Fue la segunda de cuatro hijos que, desgraciadamente, quedaron muy pronto huérfanos de padre, al fallecer éste durante la epidemia de cólera del año 1885, que produjo una gran mortandad en tierras valencianas. Desde los once años comienza a destacar por su carácter vivo e inquieto, que irá suavizando con los consejos maternos y la práctica de ejercicios piadosos.

Su espontaneidad y viveza de genio quedan de manifiesto el día de la primera comunión de los niños, cuando el párroco les recuerda que deben cumplir siempre los mandamientos de Dios, y de pronto, una niña se pone en pie y en voz alta exclama: «¡Yo siempre seré fiel al Señor!» Quien así hablaba era Francisca Ricart. En su adolescencia se inscribe en las cofradías parroquiales, donde sobresale como una de las jóvenes más piadosas y decididas. Sus compañeras se dejan dirigir por ella, sobre todo en la asociación de Hijas de María. Forma parte también del coro parroquial que dirige la sierva de Dios, Trinidad Peneli Ferreres, más tarde religiosa Esclava de María Inmaculada, que también sufrirá el martirio el 2 de octubre de 1936, en cuyo tiempo ejercía de organista en el monasterio carmelitano de La Encarnación de Valencia.

Sus familiares de desplazan regularmente a la capital del Turia, visitando en el Monasterio de Nuestra Señora al Pie de la Cruz, de Siervas de María, a sor María Carbonell, cuya familia era muy apreciada por los familiares de Francisca Ricart. Aquí encuentra su auténtica vocación religiosa como monja servita de clausura. Obtenido el permiso materno, ingresa en este monasterio el 11 de junio de 1896, contaba entonces con quince años; le acompañan su madre y hermanos y don Vicente Pastor, párroco de Albal, y director espiritual suyo. Durante el trayecto, un transeúnte repara en la comitiva, se dirige a la joven y le dice: «A esta muchacha la llevan engañada», respondiéndole ésta con su proverbial jovialidad: «Sé muy bien lo que hago, y sigo la voz de Jesús que me llama». Al tomar el hábito elige el nombre de María Guadalupe. Nada extraordinario hay en su noviciado donde observa con regularidad ejemplar la regla monástica. El 19 de junio de 1900 hace la profesión solemne. Su aptitud para el trabajo y el progreso en la perfección espiritual hacen de ella una religiosa auténtica.

Por su fuerte e innata iniciativa se le confían los cargos de procuradora (1926), maestra de novicias (1928-1931 y 1934-1936) y priora (1931-1934), dejando siempre testimonio de caridad, atención a las religiosas enfermas y un particular interés en el rezo del oficio divino. Estos encargos, asumidos en la plenitud de su madurez, confirman la estima y el respeto que se había granjeado en la comunidad. Dotada, además, de buena voz y predisposición al canto, instruye a la comunidad para solemnizar las funciones religiosas. Tiene especial devoción al ejercicio del Vía Crucis, la corona de la Dolorosa y otros actos de piedad, siendo observante, hasta rayar en el escrúpulo.

Al proclamarse, en el mes de abril de 1931, la Segunda República, comienza una etapa de miedos y sobresaltos en toda la nación. El 12 de mayo, grupos de incontrolados incendian y saquean distintos edificios religiosos en la ciudad de Valencia, aunque las monjas servitas «no han tenido que lamentar otra cosa desagradable que la salida precipitada del convento en la noche trágica [...] y luego la pena de vivir más de dos meses diseminadas entre sus familias». En esta oportunidad, algunos sobrinos suyos acuden al convento con el deseo de llevarla a

Albal, cosa que finalmente logra su hermana Filomena. Durante el tiempo que pasa en su pueblo natal, anima a sus paisanos a soportar pacientemente las contrariedades que se les presentan a los creyentes. Restablecida la comunidad a su monasterio, tiene lugar en la primera semana de agosto de 1931 la elección de priora, cargo que recae en la M. Guadalupe, como animadora de la comunidad en momentos de incertidumbre:

> «Respecto a las tribulaciones que nos rodean estamos tranquilas, que nos sucederá lo que Jesús permita y no más, y estamos tranquilas y confiadas [...] El Señor nos asista y que ninguna de nosotras (se) vuelva atrás en las promesas hechas [...] Primero morir que ser infieles a su vocación».

Durante estos años prosiguen en España las leyes contra la religión, y la campaña anticlerical no amaina. En estas especiales circunstancias la curia diocesana aconseja a las religiosas dejar la clausura, como así ocurre en varias ocasiones, durante las cuales se acogen en domicilios favorables a las religiosas. La M. Guadalupe y otras dos hermanas permanecen en un piso situado enfrente del convento, donde llegan a estar más de un mes. La vivienda era propiedad de un matrimonio que las favorecía mucho, y éstas bajaban únicamente al piso principal para comer con el matrimonio: «Era excepcional. Tenía una unción que no podía ser sino de Dios». Los tristes acontecimientos que se repetían no le hicieron perder la serenidad y el buen ánimo, que transmitía a la comunidad, hablando a las novicias de la gracia del martirio para la gloria de Dios: «Si Dios nos tiene destinadas para el martirio, él nos dará la fuerza para seguirlo».

Esta fortaleza de ánimo es un bálsamo en aquellas circunstancias, pero los acontecimientos contra la Iglesia se van acrecentando. En febrero de 1936 se suprime la enseñanza religiosa en los colegios, pero lo peor aún está por venir:

> «Desde el 17 de febrero hemos tenido que abandonar nuestro amado claustro tres veces, por las revueltas y amenazas [...] probaron a incendiar nuestra casa [...] gracias al Señor que el incendio no fue nada [...] El Señor nos asista y aumente en nosotras la fe y constancia en nuestra vocación».

En la comunidad servita de este monasterio quedó el recuerdo memorable del Viernes Santo del año 1936, cuya pia-

dosa memoria le duró a la M. Guadalupe tres horas, junto con las penitencias y el uso de cilicios, con los cuales expresa la profundidad de su amor a Dios, a quien se ofrece como víctima.

El 18 de julio la visitan y hablan con ella dos vecinas muy afines al convento, y al manifestarle el miedo de no poder mantenerse fieles en la persecución, les dice: «Yo, por mí, tendría miedo, pero como no me fío de mí, sino de Dios, si él me quiere mártir, me dará lo que necesito para serlo». Es Cristo quien la fortalece. Dos días más tarde, el 20 de julio, las monjas servitas tienen que abandonar definitivamente el claustro, refugiándose en casa de un antiguo portero, que las acoge como un verdadero padre. Aquí permanecen hasta que los milicianos las obligan a marcharse a sus pueblos respectivos. La M. Guadalupe se dirige a Albal, hospedándose en casa de una sobrina suya, desde donde pasa al domicilio de su hermana Filomena, a finales del mes de julio. Aquí permanece hasta el día de su martirio, y durante este tiempo no sale de casa. Reza a diario el oficio divino, practica los ejercicios de piedad habituales y ayuda en los quehaceres de la casa. A sus sobrinos, que la visitan asiduamente, les anima a permanecer fieles en la fe, señalando el valor del martirio como supremo testimonio de amor. Así transcurren los meses de agosto y septiembre. Nunca quiso esconderse ni alejarse de Albal. El día 2 de octubre, hacia la una de la madrugada, un coche se detiene ante su casa, y los milicianos golpean con fuerza en la puerta. El esposo de su hermana, José Muñoz, les franquea la entrada, y una vez dentro, comienzan a registrar toda la casa, buscando armas.

La M. Guadalupe se viste rápidamente, se encomienda a la Virgen y con gran tranquilidad, sale de su habitación:

> —«¿Es usted la monja?», le preguntan.
> —«Sí», les responde; «soy monja y lo sería mil veces».
> —«Pues es preciso que se venga con nosotros», le indican los enemigos.
> Y con ánimo fuerte les dice: «Vamos, entonces».

Sin mostrar resistencia se despide de su hermana y cuñado, a quien le agradece cuanto ha hecho por ella, y sube a un camión:

> «No lloréis por mí, pues me llevan para matar y dar la vida, por aquél que primero la dio por mí. Así se me abrirán las puertas del cielo».

Dicho esto a los suyos, se dirige a los milicianos:

> «¿Me queréis matar porque soy monja? Vosotros ignoráis el bien que me hacéis: en un instante se me abren las puertas del cielo. Siempre os lo agradeceré rezando por vosotros».

Estas palabras producen una gran impresión en los milicianos, admirados por su serenidad y valentía. Viéndoles dudar una miliciana les grita: «¡Cobardes! Si no la matáis vosotros, lo haré yo». La camioneta recoge a otras tres religiosas, todas ellas naturales de Albal, y toma la dirección a Silla, y cerca de la caseta de Sarión, en donde concurren los términos de Silla y Picassent, se detienen y allí mismo martirizan a la M. Guadalupe, que muere al grito de «¡Viva Cristo Rey!» Eran las cuatro de la madrugada. El doctor Delfino Martí, mandado de oficio para verificar estos asesinatos por el comité popular de Silla, certificó que el cuerpo de la M. Guadalupe se hallaba boca arriba, descubierta de la cintura para abajo y presentaba un disparo de fusil en la zona de los genitales. Atrocidades que no sabemos si se cometieron estando en vida o como insultos o escarnios a su cadáver. Las otras tres religiosas sufrieron el martirio en lugar próximo, enterrando los cuatro cuerpos en una fosa común del cementerio de Silla. Al día siguiente, un sobrino de la mártir hizo gestiones para averiguar el paradero de la M. Guadalupe, conociendo que las cuatro monjas habían sido sepultadas en el cementerio indicado. Concluida la Guerra Civil, en el mes de marzo de 1940, los restos de la M. Guadalupe fueron inhumados en el monasterio servita, pero al tener que trasladarse la comunidad al nuevo edificio construido en Mislata, localidad muy próxima a Valencia, se depositaron en el cementerio conventual del nuevo emplazamiento.

El día 24 de enero de 1958 comenzó el proceso diocesano de declaración de martirio, quedando concluido el 21 de junio del mismo año. Los restos de M. Guadalupe se llevaron a la iglesia del convento el 21 de junio de 1959. El 28 de junio del año 1999, y en presencia del papa Juan Pablo II, tuvo lugar la firma del decreto de martirio y, junto con otros mártires valen-

cianos, el Santo Padre Juan Pablo II la beatificó el 11 de marzo de 2001.

> «Su primordial dedicación fue mantener viva la mutua caridad y para lograrlo enriqueció su relación con las hermanas con tal humildad, que no temía pedir perdón, cuando en el cumplimiento de su deber retenía haber sobrepasado la justa medida. Es la primera mártir de la fe en la Orden de los Siervos de María. Tuvo presente la angustia por los trágicos momentos que vivía España, y la necesidad de ser de Cristo y de dar testimonio de él hasta el derramamiento de su sangre si necesario fuera. Y por encima de todo, el conocimiento de su propia debilidad y miseria, la evidente conciencia de que la fuerza viene de Dios, y con él, todo es posible. Incluso morir por serle fiel».

Las otras tres religiosas martirizadas el mismo día 2 de octubre de 1936, junto con la Beata Guadalupe Ricart Olmos, sor Encarnación y sor Refugio Asencio Vila, hermanas, monjas clarisas del monasterio de la Puridad de Valencia, y sor Trinidad Peneli Ferreres, religiosa Esclava de María Inmaculada, todas ellas nacidas en Albal, tienen incoado proceso de beatificación para la declaración de martirio (31 de mayo de 2003).

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

LORENTE PEREZ, V. - BOLUDA MUD, A. M.ª, *A nuestra amada Orden. Cartas inéditas de la Beata María Guadalupe Ricart Olmos, monja Sierva de María, al prior general de los Siervos de María (1931-1934)* (Valencia 2002).

SARTORI, T. M.ª, *Esplendor de una víctima. El martirio de sor María Guadalupe Ricart Olmos* (Valencia 2001).

Vida de la Sierva de Dios madre María Guadalupe Ricart Olmos, monja sierva de María (Valencia 1959).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SATURIO

Ermitaño († 568)

San Saturio es venerado en Soria como patrono de la ciudad. Se le tiene por natural de esta ciudad en la que había nacido hacia el año 493. En su juventud eligió la vida eremítica en una elevada montaña contigua al río Duero, donde labró un

oratorio y donde llevó una vida de total entrega a la divina contemplación y a la penitencia, alimentándose de frutas silvestres y de raíces. Se dice que admitió como discípulo a San Prudencio para introducirlo en la vida contemplativa y que lo tuvo siete años junto a sí. Estando en compañía de este santo le llegó la muerte el año 568 cuando llevaba ya treinta años de vida eremítica. Su memoria se celebra el 2 de octubre.

SANTOS LEODEGARIO Y GERINO

Mártires († 679)

Leodegario o Leger era alsaciano, nació hacia el 615 en el seno de una familia aristocrática y se crió en Poitiers, de cuyo obispo era sobrino. Aquí maduró su vocación eclesiástica y ya ordenado sacerdote estuvo al cargo de la abadía de Saint-Maxence, donde introdujo una profunda reforma al hacer que los monjes aceptaran la Regla de San Benito. Aunque era persona severa y exigente, todos reconocían que era un hombre de conducta intachable y ejemplar. Luego de haber prestado servicios en la corte regia fue elegido obispo de la sede de Autun en 663. La gobernó con su conocida firmeza, se propuso la reforma del clero, la edificación de nuevas iglesias para la atención pastoral de los fieles y organizó el socorro a los pobres, por cuya situación velaba con mucho celo. Cuidó la buena regularidad de los monasterios y su dedicación a la vida de oración. Aunque mostró inicialmente una leal adhesión al rey Childerico II, no dejó de mostrarle su oposición a su irregular situación matrimonial, lo que le atrajo la enemistad del rey y del famoso Ebroino, el cual sitió la ciudad de Autun. Leger se rindió para no causar más derramamiento de sangre y al ser asesinado el rey se le acusó de ser cómplice de esta muerte, siendo arrestado y torturado hasta el punto de perder un ojo. También lo fue su hermano Gerino, que murió lapidado, y es tenido por mártir. Leodegario ofreció de ello un perdón generoso. Dos años más tarde Ebroino, mayordomo del rey Teodorico, volvió a arrestarlo y esta vez no le perdonó la vida sino que lo mandó asesinar. El pueblo lo tuvo por santo y veneró su tumba en Saint-Maxence. No puede extrañar que se le haya tenido por mártir, pero el

nuevo *Martirologio* no le da expresamente este título, que sí se lo otorga a San Gerino, su hermano.

BEATOS LUIS YAKICHI, LUCÍA DONZAI, ANDRÉS YAKICHI Y FRANCISCO YAKICHI

Mártires († 1622)

En Nagasaki, en la «Colina de los mártires», el día 2 de octubre de 1622, año tan pródigo en martirios, dieron la vida por la fe los cuatro miembros de una misma familia: los padres y dos hijos. La esposa, Lucía, y los dos niños, Andrés y Francisco, fueron decapitados ante los ojos del padre, y seguidamente éste, Luis, fue quemado vivo, todos ellos martirizados por su ardiente fe en Jesucristo.

Luis era un cristiano ejemplar y fervoroso, dueño de una barca y no dudó en ponerla al servicio de una causa evangélica: la de alejar al Beato Luis Flores, religioso dominico, de la cárcel de la que acababa de escapar. Llegó Luis con su barca, el P. Flores escapó de la prisión, como estaba preparado, y se montó en la barca de Luis, que a toda prisa dirigió la misma hacia mar dentro. Pero su acción fue descubierta y muy pronto los guardias, en otras barcas, le dieron alcance y lo rodearon. El misionero fue devuelto a la prisión, y Luis arrestado y sometido a tortura para que delatara a los instigadores de su acción. Padeció terribles torturas que lo dejaron maltrecho pero no delató a nadie. Lo amenazaron entonces con matar a su familia y ésta en efecto fue arrestada. Le dijeron que la matarían en su presencia si no hablaba. Luis mantuvo su silencio y fue condenado a presenciar la muerte de sus seres queridos y luego fue quemado vivo.

Lucía, la esposa, mostró gran serenidad cuando fue arrestada. Quisieron los jueces a todo trance que apostatara pero ella se negó con gran entereza, no viniéndose abajo ante la amenaza de que matarían a sus hijos.

Andrés, el hijo mayor, tenía ocho años, y se le quiso hacer apostatar del cristianismo, pero el chico se negó a hacerlo. Francisco tenía cuatro años y fue asesinado por ser un niño cristiano.

Estos cuatro mártires fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia conjunta de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO JORGE EDMUNDO RENÉ

Presbítero y mártir († 1794)

Jorge Edmundo René nació en Vezelay (Francia) el 16 de noviembre de 1748, era hijo de un abogado. Habiendo decidido su vocación eclesiástica, entró en el clero y obtuvo en su propia ciudad un puesto de canónigo. Llegada la revolución y suprimidos los cabildos, él no dejó Vezalay por ser su propia ciudad. Como se negó a prestar el juramento constitucional, se le condenó por incivismo el 21 de febrero de 1793, siéndole confiscados sus bienes, y arrestado y confinado como preso en el antiguo seminario a partir del 4 de abril. Fue condenado a la deportación y salió para Rochefort, donde fue llevado a bordo del Washington el 19 de junio de 1794. A primeros de septiembre se le trasladó a la isla Madame, para entonces su estado de salud era ya desastroso. Prometió al Señor que si sobrevivía se dedicaría por entero a obras de celo apostólico, pero se dio cuenta de que moría y pidió se le recitaran las oraciones de la recomendación del alma. Murió el 2 de octubre de 1794 a las cinco de la mañana, dejando a todos edificados por su santa muerte.

Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

BEATOS FRANCISCO CARCELLER GALINDO E ISIDORO BOVER OLIVER

Presbíteros y mártires († 1936)

El 2 de octubre de 1936 fueron llevados al cementerio de Castellón de la Plana estos dos mártires y allí, ante las tapias, fueron fusilados. Su único delito fue el de ser sacerdotes.

FRANCISCO CARCELLER GALINDO había nacido en Forcall, en la diócesis de Tortosa, provincia de Castellón, el 3 de octubre de 1901 en el seno de una familia muy religiosa. Dos her-

manos suyos fueron religiosos agustinos, otros dos fueron escolapios y una hermana fue religiosa dominica. Desde pequeño tuvo mal una pierna y terminó quedándose rígida. En el seno de esta familia surgió su vocación religiosa y eligió la Orden de las Escuelas Pías, en la que tras hacer la profesión religiosa temporal (10 de agosto de 1919) y la perpetua (8 de diciembre de 1922) y los pertinentes estudios se ordenó sacerdote (19 de septiembre de 1925). Destinado a varios colegios escolapios de Barcelona: el de San Antón, de 1924 a 1930; y el de Nuestra Señora, de 1930 a 1936, se entregó por completo al ideal de su Orden de transmitir a los jóvenes la piedad y la cultura y fue muy estimado por los alumnos que comprendían su gran talla como hombre y como sacerdote. Cuando llegó la revolución, estaba en Forcalla con su familia, supo que lo buscaban y se negó a esconderse y afirmó que la mayor gracia que podía Dios hacerle era la del martirio. Era el 29 de agosto y se despidió con entereza de sus padres y familiares. Llevado a la cárcel de Castellón, allí estuvo hasta el día de su martirio.

ISIDORO BOVER OLIVER nació el 4 de mayo de 1890 en Vinaroz, era hijo de una familia muy religiosa. Fue hermano suyo el jesuita P. José María Bover, célebre por sus trabajos bíblicos. Isidoro pasó su infancia con su tío, el párroco de Benicasim. Ingresó con diez años en el colegio de San José, de Tortosa, se integró en la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos el 12 de agosto de 1910. Estudió teología en Tarragona mientras era prefecto de filósofos. Se ordenó sacerdote en Vinaroz el 8 de septiembre de 1912. Seguidamente fue destinado a México, concretamente al seminario de Cuernavaca, trasladado luego a Tacubaya. Expulsado, como los demás operarios de México en octubre de 1914, es destinado a Tortosa, donde estuvo de prefecto hasta 1934 y luego como director espiritual hasta su muerte, escribiendo mientras tanto mucho en las revistas de su Hermandad y dirigiendo *El Correo Josefino.* En 1928 se doctoró en teología. Llegada la revolución de 1936 marchó a su pueblo el 22 de julio, donde fue arrestado y llevado a la cárcel de Castellón. De allí salió para el martirio.

Juan Pablo II los beatificó el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios y 9 sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

BEATOS ELÍAS Y JUAN BAUTISTA CARBONELL MOLLÁ

Presbíteros y mártires († 1936)

Estos dos mártires eran hermanos, ambos sacerdotes y juntos recibieron la palma del martirio en Sax (Alicante) el 2 de octubre de 1936.

Elías nació en Concentaina el 20 de noviembre de 1869 y su hermano Juan nació en la misma población el 6 de junio de 1874, hijos de un médico, José, y de su esposa, Milagros, que dieron a sus hijos una buena educación cristiana. Fueron confirmados en 1878. Elías hizo los estudios de bachillerato y en 1890 ingresó en el seminario conciliar de Valencia, mientras que Juan ingresaba primero en el seminario de Orihuela y sólo más tarde pasaba también al de Valencia.

Elías hizo el doctorado en teología y se ordenó sacerdote en marzo de 1893, siendo seguidamente nombrado coadjutor de El Salvador, de Concentaina y, un tiempo después, obtuvo el mismo cargo en la iglesia arciprestal de Santa María, desempeñando también el cargo de administrador del hospital y asilo de los Desamparados. También colaboró con la casa-retiro de las hermanas trinitarias y sobresalió como orador sagrado.

Juan, por su parte, se ordenó sacerdote en diciembre de 1898 y siguió los pasos de su hermano: primero coadjutor en El Salvador, de Concentaina, y luego en la iglesia de Santa María. Era un notable organista, lo que utilizó para su apostolado, y se debió a él el esplendor de la Orden Tercera del Carmen, que dirigía con mucho celo. Llegada la revolución de 1936 se le ofreció ir a vivir a una casa que tenía fácil salida para la huida, pero él respondió que no había hecho mal a nadie y que permanecería en su sitio.

Ambos hermanos fueron arrestados el 1 de octubre de 1936 y llevados al convento de clarisas convertido en cárcel y de él, al día siguiente, fueron sacados para ser fusilados en la carretera, en el término de Sax (Alicante). No hubo otro motivo para su fusilamiento que su condición de sacerdotes.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA MARÍA ANTONINA KRATOCHWIL

Virgen y mártir († 1942)

María Ana Kratochwil nació el 21 de agosto de 1881 en Ostrava-Vitkovice, Moravia. Como su padre murió muy pronto, la niña fue internada en el orfanato de Bielsko, regentado por las Hermanas Escolásticas de Nuestra Señora, donde fue muy bien educada. Hizo los estudios de magisterio y en 1906 pudo colocarse como maestra en la escuela de Karwin. Tres años más tarde decidía su vocación religiosa e ingresaba en la dicha congregación de hermanas escolásticas, pronunciando los votos el 27 de septiembre de 1910 con el nombre de sor María Antonina.

Ejerció como maestra en los colegios de Karwin, Lvov y Tlumacz, pasando luego a Lvov como maestra de las candidatas a religiosas de su congregación. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, quedó en la zona sometida a Rusia, soportando las restricciones que se pusieron a los colegios católicos, pero al poco tiempo fue nombrada superiora de la casa de Mikuliczyn, y aquel mismo año las hermanas eran privadas de su casa. Cuando en junio de 1941 las tropas de Hitler ocuparon la zona, las hermanas pudieron volver a su casa de Mikuliczyn, pero en condiciones sumamente difíciles. El 9 de julio de 1942 sor María Antonina y las demás hermanas fueron arrestadas por la Gestapo a causa de una delación falsa presentada contra ellas. Fue llevada a la cárcel de Stanislawów, allí el feroz maltrato que le dieron los guardias, las duras condiciones de la prisión y la enfermedad del tifus que contrajo la llevaron a un lamentable estado. Se le dio libertad y hubo de ser ingresada en el hospital de aquella ciudad, donde murió una semana más tarde, el 2 de octubre de 1942. Todos habían admirado en ella su profunda piedad, su entrega plena a su tarea como religiosa y su entereza y ánimo en la tribulación.

Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

3 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Dionisio Areopagita, discípulo de San Pablo y primer obispo de Atenas († s. I) **.
2. En Roma, en la Vía Portuense, Santa Cándida, mártir (fecha desconocida).
3. En Alejandría (Egipto), la conmemoración de los santos Fausto, Cayo, Pablo, Eusebio, Queremón, Lucio y otros dos que confesaron la fe, y de los cuales Fausto murió mártir († s. III/IV) *.
4. En Mayuma (Palestina), San Hesiquio († s. IV), monje
5. La conmemoración de San Maximiano († 410), obispo de Bagai (Numidia), que confesó la fe y padeció mucho por parte de los herejes *.
6. En Toulón (Provenza), San Cipriano († ca.546), obispo *.
7. Entre los sajones, los dos santos Ewaldos, el Negro y el Blanco († 695), presbíteros y mártires *.
8. En el monasterio de Metten (Baviera), Beato Utón († 829), fundador y primer abad del mismo *.
9. En el territorio de Namur (Lotaringia), San Gerardo († 959), primer abad de Progne *.
10. En Chur (Suiza), San Adalgoto († 1165), obispo, y anteriormente, monje cisterciense.
11. En la orilla del río Uruaçu (Brasil), los beatos Ambrosio Francisco Ferro, presbítero, y sus compañeros Antonio Baracho, Antonio Vilela Cid, Antonio Vilela el joven y su hija, Diego Pereira, Manuel Rodrígues Moura y su mujer, la hija de Francisco Díaz el joven, Francisco de Bastos, Francisco Mendes Pereira, Juan de Silveira, Juan Lostau Navarro, Juan Martín y siete jóvenes, José de Porto, Mateo Moreira, Simón Correia, Esteban Machado de Mirando y sus dos hijas, Vicente de Souza Pereira († 1645), mártires *.
12. En Madrid, Beato Crescencio García Pobo († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN DIONISIO AREOPAGITA

Discípulo de San Pablo († s. I)

Hoy se da ya en Occidente por superada la interesada confusión que se dio a partir del siglo IX entre tres personajes diferentes, dos de ellos ciertamente con el nombre de Dionisio, y el

tercero llamado así también por confundirlo con el primero. Estos tres personajes son: el ateniense convertido por San Pablo, del que nos habla el Libro de los Hechos de los Apóstoles, el obispo de París del siglo III y el autor de unas obras teológicas del siglo V, a quien hoy se le conoce como el Pseudo-Dionisio.

La confusión procedió así: primero se confundió, basándose en ellas, al autor de las obras teológicas con el Areopagita; luego se confundió, en Occidente, al Areopagita con el obispo de París. Y así de tres personajes salió uno solo.

Ya la confusión no es posible: el malentendido ha quedado despejado, y el propio *Martirologio romano* distingue entre Dionisio de Atenas y Dionisio de París. Al primero se le ha fijado la memoria en el día 3 de octubre, como lo hace la Iglesia Oriental, y al segundo se le ha mantenido la fecha del 9 de octubre, que era la tradicional. Ninguno de los dos, uno del siglo I y otro del siglo III, es el autor de los dichos escritos, evidentemente posteriores en el tiempo.

Digamos lo que de San Dionisio Areopagita sabemos por el Nuevo Testamento y por la tradición oriental, y veamos también lo que la leyenda oriental le atribuye sobre la base de dichas obras.

En el Nuevo Testamento sale una sola vez el nombre de Dionisio el Areopagita, y de paso. El capítulo 17 del Libro de los Hechos nos cuenta que el apóstol San Pablo llegó a Atenas y contempló la multitud de altares y de dioses que había por la ciudad y que significaban el hondo sentido religioso de la población: «Los que conducían a Pablo lo llevaron hasta Atenas y se volvieron con el encargo para Silas y Timoteo de que fueran donde él cuanto antes. Mientras Pablo los esperaba en Atenas se consumía su espíritu viendo la ciudad llena de ídolos» (Hch 17,15-16) Para Pablo la ciudad de Atenas era, como todas las demás, una ciudad a evangelizar, y no quería evangelizar solamente a la comunidad judía que allí hubiera sino también a la población mayoritariamente gentil. Por eso —añade el texto sagrado— «disputaba en la sinagoga con los judíos y con los prosélitos, y cada día en el ágora con los que le salían al paso» (ibíd., 17). Se mostró, pues, Pablo dispuesto a transmitir la fe cristiana a los habitantes de la ciudad, no dudando en entablar conversa-

ciones de tipo religioso con quien quisiera escucharle en plena plaza, y aquella fue sin duda la oportunidad de que un grupo de filósofos epicúreos y estoicos conversasen con él. Se ha anotado con razón que ésta es la primera oportunidad en que el naciente cristianismo entabla diálogo con la filosofía clásica, un diálogo que más tarde se mostrará tan fecundo. A algunos, Pablo les pareció un charlatán. A otros, en cambio, el predicador de dos divinidades extranjeras, Jesús y Anástasis, es decir la resurrección. Esto sólo puede proceder del empeño de Pablo en anunciar que Jesús había resucitado. Y entonces fue cuando ese mismo grupo de filósofos decidió llevar a Pablo al Areópago, uno de cuyos componentes era Dionisio.

El Areópago era el nombre de una colina rocosa, dedicada a Ares, el dios de la guerra, y de ahí su nombre, y era, también, el nombre de un salón en el mercado de la alfarería donde los areopagitas o miembros de la institución Areópago se reunían. Originariamente era un consejo de nobles que había privado gradualmente al rey de todos sus poderes, cambiando el régimen político de Atenas en una oligarquía. Se elegían nueve arcontes para regir la Ciudad-Estado. Sus poderes oscilaron según los tiempos. Pero en 462 el dirigente Efialtes privó al Areópago de casi todos sus poderes dejándolo en tribunal encargado de velar por el derecho a la vida y juzgar los homicidios. ¿Por qué aquel grupo de filósofos llevó a Pablo al Areópago? Hay diversas opiniones. Se ha pensado que se llevó a Pablo a este tribunal porque era el único que podía darle licencia para predicar en Atenas su doctrina. Otros han pensado que sencillamente era un mejor espacio para poder oírlo. Pero el texto de Hch 17,22 da a entender muy claramente que los que escuchan a Pablo son los propios areopagitas. La razón que dan los que llevan a Pablo al Areópago es la novedad de la doctrina de Pablo, doctrina que les causaba una gran extrañeza. Y el autor del Libro de los Hechos añade que los atenienses y los no atenienses residentes en Atenas eran sumamente aficionados a escuchar la última novedad. Es en ese clima en el que Pablo habla en aquella institución. En sus labios se pone un discurso bien distinto del que es habitual en él. Como bien se ha dicho, si en Listra Pablo hubo de vérselas con una religiosidad popular politeísta muy primiti-

va y en Filipos con el hecho del ocultismo y la magia, en Atenas su reflexión toma otros vuelos y, buscando la aprobación de sus interlocutores, intenta provocar en sus oyentes una nueva actitud de fe y conversión al Dios vivo. Es un discurso muy bien elaborado, y contiene un tema que estaba presente en las disputas de los judíos helenistas con los paganos, pero que Pablo quiere repensar desde el cristianismo. Acepta el parentesco del hombre con la divinidad, tema en el que se sitúa cerca de las convicciones estoicas, y afirma la capacidad del hombre para llegar a Dios aunque sea a tientas. Aprovecha aquella *divinidad desconocida* a quien se daba culto en Atenas para anunciarles al Dios vivo, el que resucita a Jesucristo. Se ha anotado que no está presente en este discurso la habitual teología de la cruz. Pero no puede olvidarse que como se indica en 1 Tes 1,9-10 en la evangelización de los paganos Pablo partía de anunciarles al Dios vivo para que se alejaran de los dioses muertos, es decir, de los ídolos, y seguidamente les anunciaba a Cristo Resucitado:

> «Pues ellos mismos cuentan de nosotros cuál fue nuestra entrada a vosotros y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios para servir al Dios vivo y verdadero y esperar de los cielos a su Hijo Jesús, a quien resucitó de entre los muertos, y quien nos libra de la ira venidera».

No se pase por alto que anunciar la resurrección supone anunciar la cruz que la precede.

De todos modos parece claro que Pablo no pudo terminar su discurso pues cuando dijo *resurrección,* unos se echaron a reír y otros, más corteses, sencillamente dijeron que lo oirían en otra ocasión. Pero el discurso no fue en vano. Pues Pablo logró la adhesión de algunos que dieron el paso a la fe, y entre ellos se encuentra nuestro Dionisio Areopagita. Por su nombre sólo se cita a otra persona: una mujer llamada Dámaris.

Y éste es el dato escueto que nos transmite el texto sagrado sobre Dionisio: era un areopagita, escuchó a Pablo en aquella ocasión histórica y dio el paso trascendental de abrazar la fe cristiana. Su nombre Dionisio significa perteneciente o consagrado al dios Dionisos, el dios del vino, a quien estaban dedicadas las fiestas dionisíacas.

San Juan Crisóstomo alega la conversión de Dionisio como una prueba de la fuerza de la palabra paulina, queriendo convencer a sus lectores de que Pablo no había sido glorioso sólo por sus milagros sino también por su palabra:

> «Y el Areopagita, originario de aquella ciudad sumamente aficionada a las supersticiones, ¿no lo siguió junto a una mujer solamente a partir del discurso pronunciado ante el pueblo?» (*Sobre el sacerdocio,* IV,7).

¿Qué más sabemos sobre Dionisio? Se le ha querido hacer esposo de Dámaris, pero ello no tiene fundamento alguno. Dionisio, obispo de Corinto, en carta que escribe a los atenienses alrededor del año 175 y de la que nos habla Eusebio (*Historia eclesiástica,* III,4,10; IV,23,3) señala a Dionisio Areopagita como primer obispo de Atenas, noticia ésta que como puede verse tiene antigüedad y peso como para poder considerarla seriamente. Posteriormente se le ha dado el título de mártir, y en el *Menologio* de Basilio se señala este martirio como el de haber sido quemado vivo en Atenas bajo la persecución de Domiciano.

Hacia fines del siglo IV o comienzos del siglo V aparece por primera vez en la historia del pensamiento cristiano una obra original y poderosa que, para darle crédito, el autor la atribuyó a un discípulo de los apóstoles, que se identificaría con Dionisio Areopagita y que estaba llamada a ejercer una enorme influencia en toda la Edad Media, en la que recibiría una veneración sólo superada por la propia Sagrada Escritura. Esta obra es un conjunto de libros y cartas, que hoy se conocen como del Pseudo-Dionisio, pues a nadie le cabe la duda de que estos escritos no se remontan al siglo I en que el Areopagita vivió sino que son una obra difundida por primera vez cuando la Iglesia se debatía en las controversias cristológicas. Los libros son: *Sobre la celeste jerarquía; Sobre la teología mística; Sobre la jerarquía eclesiástica* y *Sobre los nombres divinos,* y diez cartas, de las que tres sólo se conservan en latín. Según la carta VII, Dionisio y el sofista Apolófanes vieron el eclipse solar de la tarde del Viernes Santo, lo que ha tenido repercusión en la iconografía del santo, y según *De los nombres divinos* Dionisio habría asistido a la dormición de la Virgen María (III, 2). Se dice que el primero en afirmar

que se trataba de obras del Areopagita fue el patriarca Severo de Antioquía, monofisita, en una disputa con los ortodoxos de Constantinopla, a comienzos del siglo VI, y que el portavoz ortodoxo, Hipatios, le contestó que si estos escritos fueran del Areopagita auténticamente, no los habrían ignorado los grandes Santos Padres.

Hasta aquí simplemente se había hecho al Areopagita autor de unas obras que evidentemente no pertenecen al siglo I en que el Santo vivió. Pero en el siglo IX llegaría una confusión buscada adrede y que haría fortuna, engendrando un gran error histórico. El abad Hilduino, de la abadía de San Dionisio o St. Denis, de París, publica una *Vida de San Dionisio de París* y lo confunde, basado en un escrito entonces reciente, con San Dionisio Areopagita, lo que le daba origen antiquísimo y semiapostólico a la Iglesia parisina. Como se ha dicho, basada esta vida en materiales espurios e indignos de crédito, es difícil creer en la buena fe del autor y parece que estamos ante la presencia de fábulas interesadas.

A causa de esta confusión, a San Dionisio se le introduce en el *Martirologio romano* con este elogio:

> «En París, el triunfo de los santos mártires Dionisio Areopagita, obispo, Rústico, presbítero, y Eleuterio, diácono. Dionisio, bautizado por el Apóstol San Pablo, fue ordenado primer obispo de Atenas; después pasó a Roma, y de allí el papa San Clemente lo envió a evangelizar a las Galias; llegado a dicha capital y habiendo por algunos años desempeñado fielmente la labor que se le había confiado, por último, de orden del prefecto Fescenino, después de diversos y gravísimos tormentos, junto con sus compañeros pasado a cuchillo consumó el martirio».

No solamente, pues, se introducen falsedades en la biografía del Areopagita, también se las introduce en la del obispo parisino, que en su día reseñaremos.

El nuevo *Martirologio,* restituida la verdad histórica a ambos santos, ha señalado así la memoria del santo Areopagita:

> «La conmemoración de San Dionisio Areopagita, que se adhirió a Cristo, predicado por San Pablo en el Areópago, y fue constituido primer obispo de los atenienses».

Acepta, pues, aparte del dato del Libro de los Hechos, el episcopado ateniense del santo, y no menciona su martirio. Ca-

reciendo Occidente de una fecha para San Dionisio Areopagita distinta de la del santo parisino, el nuevo *Martirologio* ha tomado la del 3 de octubre, en que celebran al santo las Iglesias bizantina y siria. Pero es claro que donde se venía celebrando al santo Areopagita esta celebración se fijaba en el 9 de octubre.

San Dionisio Areopagita es patrono de la ciudad andaluza de Jerez de la Frontera, patronato confirmado por la Santa Sede en 1891 y, debido a que el 9 de octubre de 1264 la ciudad fue conquistada definitivamente a los musulmanes, y como el apelativo Areopagita acompañaba las menciones del Santo, al distinguirse del de París, se ha optado por el ateniense, pero conservando la fecha del 9 de octubre, día festivo en la ciudad.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, IV, p.696-767.
ATTWATER, D., Art. en *A dictionnary of saints* (Londres 1965) 104-105.
Bibliotheca sanctorum. IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.634-637.
Butler's lives of Saints. New full edition, rev. por T. Rodrigues (Minnesota 1998) 53-55.
DUCHESNE, L., *Fastes episcopaux de l'ancienne Gaule,* II (París 1907-1915) 469s.
LOENERTZ, R. I., «La légende parisienne de S. Denys l'Areopagite. Sa genèse et son premier témoin»: *Analecta Bollandiana* 69 (1951) 217-237.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS FAUSTO, CAYO, PABLO, EUSEBIO, QUEREMÓN, LUCIO

Confesores de la fe († s. III/IV)

Según narra el propio San Dionisio, obispo de Alejandría, la persecución contra la Iglesia en aquella gran ciudad se adelantó un año al propio decreto persecutorio de Decio. Y, resumiendo lo que fue aquella persecución, dice el santo prelado que de modo general hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, doncellas y ancianas, soldados y civiles, todo sexo y toda edad, fueron al combate y salieron vencedores de él, padeciendo los tormentos de azotes, fuego, espada, etc.

Dionisio y otros cristianos, Cayo, Fausto, Pedro y Pablo, fueron también arrestados, pero cuando la guardia les llevaba

prisioneros, unos campesinos de la Mareotis los arrebataron de la guardia a su pesar y los llevaron consigo a la viva fuerza, quedándose el obispo con Cayo y Pedro en el desierto de Libia. Pero otros presbíteros se quedaron escondidos en Alejandría para visitar a los fieles. Después de los que murieron en la isla, sólo quedaron supervivientes como los diáconos Fausto, Eusebio y Queremón. Eusebio tomó sobre sí el encargo de visitar osadamente a los encarcelados y sepultar a los mártires. El historiador Eusebio de Cesarea, que es quien transcribe la carta de San Dionisio, nos informa de que el diácono Eusebio fue luego obispo de Laodicea, y que el presbítero Máximo fue el sucesor de San Dionisio, y Fausto por su parte sobrevivió hasta la persecución de Diocleciano en que fue decapitado. Por ello el *Martirologio* sólo a Fausto lo califica como mártir, siendo los demás confesores de la fe.

SAN MAXIMIANO DE BAGAI

Obispo († 410)

El *Martirologio romano* incluye hoy la memoria del obispo San Maximiano, prelado de la sede de Bagai en Numidia, hoy conocida como Ksar Bagai y ya en ruinas. Su figura nos es conocida por los escritos de San Agustín. Maximiano era obispo de la secta donatista, pero cayó en la cuenta de que su confesión de fe no era verdadera y se reconcilió con la Iglesia católica. Presentó su dimisión ante el concilio de Milevi (27 de agosto de 402), el cual se la aceptó pero para encomendarle seguidamente que dentro de la Iglesia católica fuera el pastor de los católicos de la misma ciudad. Es sabido que las relaciones con los donatistas se hicieron muy difíciles por las violencias a que éstos apelaban y, en efecto, en el 404 los donatistas incendiaron una basílica y cuando Maximiano reclamó la propiedad de otra, fue objeto de un atentado personal. Intentó refugiarse junto al altar y los católicos intentaron protegerlo pero los donatistas se hicieron con la persona del prelado y, luego de apalearlo salvajemente, aquella noche lo arrojaron desde una torre y pensaron que lo habían matado, por lo que lo abandonaron. Recogido por los católicos, pudo sanar a duras penas de sus heridas. Mar-

chó a Roma y se presentó al emperador Honorio, que vio con dolor las cicatrices de aquel confesor de la fe; entonces fue cuando se decidió a dicta medidas muy firmes contra los donatistas. No consta que luego Maximiano muriera mártir ni su nombre figura en los antiguos martirologios. Lo introdujo en el *Martirologio romano,* movido de la autoridad de San Agustín, el cardenal Baronio.

SAN CIPRIANO DE TOULÓN

Obispo († ca.546)

En la lucha de la Iglesia por hacer valer la verdadera doctrina acerca de la gracia de Dios, frente a los errores del pelagianismo y del semipelagianismo, intervino con firmeza y prestancia este San Cipriano, discípulo de San Cesáreo de Arlés y obispo de Toulón. No es seguro si era natural del propio Arlés o quizás de Marsella, pero sí es cierto que desde muy joven estuvo al lado del gran prelado arelatense, de quien tomó su magnífica formación religiosa y teológica. San Cesáreo lo ordenó diácono de su Iglesia, a la que sirvió lealmente hasta que en torno al 515 es elegido y consagrado obispo de Toulón.

Se sumó valerosamente a la lucha contra el semipelagianismo y asistió por ello a numerosos concilios, siempre en defensa de la ortodoxia. En 529 participó en la reunión que los obispos de la provincia eclesiástica de Vienne celebraron en Valence y en la que examinaron las famosas definiciones del concilio de Orange sobre el tema de la gracia y el libre albedrío. A esta reunión acudió como representante de San Cesáreo y logró convencer a los obispos reunidos de que la doctrina del concilio de Orange era la doctrina recta y verdadera. Nueva ocasión de defender esta doctrina tendría cuando Provenza fue incorporada al reino franco y tuvo lugar el concilio nacional de Orleáns (541), en el que se confirmó la enseñanza de San Cesáreo.

Muerto este santo, Santa Cesárea, abadesa del monasterio femenino de Arlés, le pidió que escribiera la *Vida* del prelado difunto, como así lo hizo, pidiendo colaboración a quienes mejor podrían informarle. Queda de él una carta escrita al obispo de Ginebra, Máximo. Es seguro que ya en 549 había un sucesor

en la sede tolonesa, por lo que se supone su muerte en torno al 546.

SANTOS EWALDO EL NEGRO Y EWALDO EL BLANCO

Presbíteros y mártires († 695)

A San Wilibrordo en su viaje misionero a Frisia le acompañaron dos sacerdotes ingleses, llamados ambos Ewaldo, a los que se les distinguía con los sobrenombres de «el rubio» y «el moreno», por el color de sus cabellos, frecuentemente traducidos como «el blanco» y «el negro». Procedían de Nortumbria y habían estado una temporada como desterrados en Irlanda «por causa del reino de los cielos». Ellos predicaron el evangelio a los sajones continentales en Westfalia. Su martirio tuvo lugar en Aplerbeke, junto a Dortmund. Pidieron al jefe local los recibiese y mientras los recibía se dedicaron a rezar y celebrar los divinos oficios, lo que hizo al pueblo temer que venían a cambiar su religión y costumbres y que ello enfurecería a los dioses, por lo que los mataron. A uno lo mataron en el acto y al otro lo torturaron primero. Sus cuerpos fueron arrojados al Rhin, de donde fueron sacados y sepultados honrosamente, atribuyéndoseles luego muchos milagros. Son los patronos de Westfalia. Es San Beda el Venerable quien nos habla de su martirio y su culto.

BEATO UTÓN

Abad († 829)

Nace en Milán a mediados del siglo VIII. Lo apadrina en la pila bautismal el Beato Gamelberto de Baviera, párroco de Michaelsbruch, que estaba de paso en su peregrinación a Roma. A su vuelta, pasó otra vez por Milán y pidió a los padres que educasen bien al muchacho y se lo enviasen cuando estuviese en la adolescencia. Así se hizo, y Gamelberto lo enderezó al sacerdocio y, a la muerte de éste en 802, lo sucedió en la parroquia de Michaelsbruch. Fue un buen párroco y se ocupó adecuadamente del cuidado pastoral de sus feligreses. Pero no terminaba de

ver todo el fruto que él esperaba de sus fieles y, además, detestaba la situación de continuas contiendas que había en Baviera; por ello decidió dedicarse a la vida contemplativa. Se marchó a una selva a la orilla del Danubio junto a una fuente que por él se llamó Uttobrunn, se construyó una celda y pasó años entregado a la oración y la penitencia. Pero aunque quiso esconderse a las miradas del mundo, se descubrió su presencia y su fama de santidad empezó a difundirse.

Su encuentro con Carlomagno, que le indicó le pidiese lo que deseara, le llevó a la construcción de un monasterio en Metten, cerca de Daggendorf, bajo la Regla de San Benito, y el propio Carlomagno lo estableció en él como abad. Lo presidió lleno de celo religioso y dando un admirable ejemplo de virtud, confirmándose su fama como santo continuamente. Murió el 3 de octubre de 829, siendo su tumba enseguida objeto de la veneración de los fieles.

El papa San Pío X confirmó su culto el 25 de agosto de 1909.

SAN GERARDO DE BROGNE
Abad († 959)

Gerardo nace en la región de Namur a fines del siglo IX en el seno de una noble familia. Lleno de piedad y devoción, se ordena sacerdote y luego se pone a la construcción de un monasterio en sus posesiones de Borgne, de cuya comunidad es elegido abad. Tras un tiempo de ejercer este cargo, se retira a vivir vida eremítica en una celda, de donde lo sacarán para que reforme la abadía de Saint-Ghislain, lo que hizo introduciendo en ella la Regla de San Benito. El éxito de esta reforma hizo que le llamaran de otros monasterios en el condado de Flandes para implantar allí la necesaria reforma; pero no todos los monjes estaban de acuerdo y algunos de ellos se marcharon. Se ha dicho que sus reformas duraban poco tiempo porque carecían de adaptación a los tiempos y más bien volvían a modelos de tipo eremítico. Hecha su labor reformadora, él se volvió a su celda en Brogne, donde vivió con enorme austeridad entregado por completo a la meditación y dando un ejemplo vivo de santidad.

Murió el 3 de octubre de 959 y su tumba enseguida fue objeto de veneración por parte de los fieles.

BEATO AMBROSIO FRANCISCO FERRO Y BEATOS MÁRTIRES DE URUAÇU

Mártires († 1645)

El martirio de estos bienaventurados protomártires de la Iglesia en Brasil está narrado junto con el del Beato Andrés de Soveral y los beatos mártires de Cunhaú el día 16 de julio, a donde remitimos al lector (cf. *Julio,* p.452-460).

BEATO CRESCENCIO GARCÍA POBO

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Celadas (Teruel) el 15 de abril de 1903, y al quedar huérfano de padre con cuatro años, es internado en el asilo de San Nicolás de Bari, de Teruel, regentado por los religiosos terciarios capuchinos. Aquí nació su vocación religiosa, por lo que ingresó en esa congregación el 15 de septiembre de 1919, en el noviciado de Godella. Dos años más tarde hace su profesión temporal y pasa a Madrid para hacer los estudios pertinentes, tras los cuales se ordena sacerdote en Valencia el 16 de septiembre de 1928 de manos del fundador de la congregación mons. Luis Amigó y Ferrer. Es enviado, sucesivamente, a los reformatorios de Santa Rita y Príncipe de Asturias, ambos en Carabanchel Bajo (Madrid) y, en 1935, pasa a la casa de Sograndio en Asturias.

A comienzos de julio de 1936 regresa al reformatorio Príncipe de Asturias, de Madrid, donde le sorprende el estallido de la guerra. Asaltada el día 20 la casa religiosa, debe dejarla y se queda en Madrid en una pensión. El día 23 es arrestado en la calle e ingresado en la cárcel de Ventas. Se le interroga e invita a renunciar a su fe, a lo que se niega, y recibe malos tratos. Destinado al departamento carcelario, conocido como «de los intelectuales», comparte prisión con Ramiro de Maeztu. Por fin, el

3 de octubre es sacado con otros presos y llevado a Paracuellos de Jarama donde es fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

4 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Asís, San Francisco († 1226), fundador de la Orden de Hermanos Menores **.
2. En Bolonia (Emilia), San Petronio († ca.445), obispo *.
3. En el territorio de Tours (Galia), San Quintín († s. VI), mártir.
4. En París, Santa Áurea († 666), abadesa *.
5. En Nueva Orleáns (Estados Unidos), Beato Francisco Javier Seelos († 1867), presbítero, de la Congregación del Santísimo Redentor **.
6. En Xeraco (Valencia), Beato Enrique Morant Pellicer († 1936), presbítero y mártir *.
7. Junto a Gandía (Valencia), Beato José Canet Giner († 1936), presbítero y mártir *.
8. En Bellreguart (Valencia), Beato Alfredo (Jaime) Pellicer Muñoz († 1936), religioso franciscano, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FRANCISCO DE ASÍS
Fundador († 1226)

«¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti? ¿Por qué todo el mundo viene en pos de ti?» Así le preguntaba cierto día a San Francisco uno de sus discípulos, intrigado por la irresistible atracción que ejercía un hombre externamente tan despreciable como el Pobrecillo de Asís.

Fray Maseo, que tal era el nombre del que preguntaba, se planteó hace ya siete siglos un problema que todavía hay sigue intrigando a cuantos reflexionan sobre él. Prescindiendo de los innumerables simpatizantes que San Francisco tiene, tanto en-

tre los católicos como entre los que no lo son, miles de religiosos, religiosas y terciarios franciscanos están atestiguando que todavía subsiste, actualmente, el hecho observado por fray Maseo. Nuestra sabiduría popular lo ha reflejado en el adagio de que «o por fraile o por hermano, todo el mundo es franciscano». Y esto viene sucediendo así desde hace ochocientos años. ¿Qué tendrá San Francisco para ejercer esta atracción? Cuanto más se estudia la personalidad del santo más claras aparecen estas tres cosas: humanamente considerado, San Francisco poseía una riqueza de dotes intelectuales, morales y psicológicas que hacen atrayente su figura, estas cualidades humanas, lejos de quedar sepultadas, adquirieron bajo el manto de la santidad un matiz nuevo y le infundieron a ésta un carácter extraordinariamente amable; la unión de las cualidades humanas y de la santidad hicieron de San Francisco un santo eminentemente moderno.

La riqueza de sus atractivos humanos se nos presenta desbordante ya en su misma juventud Y es que, además de poseer excelentes cualidades, dispuso también de medios para manifestarlas.

Nacido en Asís entre 1181 y 1182, tuvo la fortuna de poseer una madre piadosa, Madonna Pica, de la que recibió una honda educación cristiana Su padre, Pedro Bernardone, era un rico mercader en telas De carácter jovial, altruista, soñador, caballeresco, Francisco amaba la vida y se entregó a ella Por eso lo encontramos constituido en jefe de la juventud, en organizador de holgorios y bullanguerías, en alma de todas las fiestas juveniles. Le gustaba vestir con elegancia, cultivar el cabello, aparecer limpio, comportarse con finura y cortesía Los historiadores nos lo presentan, también, como generoso hasta el derroche leal con los amigos y liberal para con los pobres. Era un auténtico juerguista, pero no un disoluto. Sus fiestas juveniles eran bulliciosas, pero se mantenían siempre dentro de lo correcto. Se nos dice que nunca perdió la gracia santificante.

Este carácter alegre, jovial, desprendido, volverá a manifestarse con mucha frecuencia a lo largo de su vida. En medio de sus enfermedades cantaba. A sus frailes los quería ver siempre alegres, con esa sana y honda alegría que nace del saber que se

tiene a Dios. En medio de su pobreza daba cuanto tenía a otro tal vez menos pobre que él. A su Orden le imprimió ese sello característico de alegría y de pobreza que se ha hecho proverbial. Pero de una pobreza que, cuando no tiene que dar, se da a sí misma de una manera alegre por amor de Dios.

A los veinte años le sobrevino una crisis. En su ciudad natal se declararon la guerra los nobles y los plebeyos. Aquéllos, aliados con la vecina ciudad de Perusa, vendieron a éstos y Francisco, que había luchado en las filas de los humildes tuvo que soportar en Perusa un año de prisión. Al poco tiempo de verse libre, en 1203, se apoderó de él una fiebre gravísima. Durante la convalecencia se percata, con gran sorpresa suya, de que las fiestas juveniles ya no le llenaban el alma y, entonces, sediento de aventuras, en 1205 emprendió viaje hacia el sur de Italia para luchar contra el Imperio al lado de las fuerzas de Inocencio III. Inesperadamente, desde Spoleto, regresa a Asís cuando apenas había hecho otra cosa que iniciar el viaje. Y es que la mano de Dios había comenzado a trabajarlo de una manera definitiva. Poco a poco va perdiendo el gusto por las diversiones bulliciosas. Poco a poco se va dando cuenta de que algo quiere Dios de él. ¿Qué será?

Años cruciales y difíciles fueron para Francisco los transcurridos entre 1205 y 1208. Abandonado de sus amigos, distanciado de su mismo padre, a quien en presencia del obispo de Asís le entregó hasta los vestidos que llevaba puestos, inició amistad con los pobres y con los leprosos. Su carácter dinámico y resuelto le impulsó a restaurar tres ruinosas ermitas de Asís una vez que en la de San Damián le pareció oír del crucifijo la voz de que restaurase su casa. El nuevo comportamiento del joven no podía menos de parecer absurdo a quienes lo habían conocido antes. Pero lo grave para Francisco no era tanto el hecho de que sus conciudadanos comenzasen a mirarlo como un lastimoso enajenado, cuanto la angustiosa incertidumbre en que vivía respecto de la voluntad de Dios.

Después de tan larga crisis, el 24 de febrero de 1208 le vino la luz repentinamente. Al oír las palabras del Evangelio en que Jesucristo enviaba a sus apóstoles por el mundo a hacer bien a todos, desprovistos de todo y expuestos a cualquier trato que

quisieran darles, Francisco, súbitamente iluminado por Dios, comprendió que esto mismo era lo que el Señor pedía de él. A su característico dinamismo le faltó tiempo para llevar a la práctica el programa evangélico. No importaba que sus conciudadanos se mofasen de él. Descalzo, vestido de túnica y capuchón aldeanos, y ceñido con una cuerda, apareció por las calles de Asís predicando, con el entusiasmo y vigor que le eran propios, la paz, la pobreza y la caridad cristianas.

Si una obra es de Dios, tarde o temprano termina por triunfar. Francisco experimentó muy pronto que la suya era obra divina. Mientras la mayor parte de los habitantes de Asís esperaban que el nuevo apóstol fracasase en su empeño, a los dos meses de su decisión se le comenzaron a unir hombres tan sensatos y respetados en la ciudad como el rico y sesudo Bernardo de Quintaval, el pobre pero honrado Gil de Asís y el noble e ilustrado canónigo de la catedral Pedro Cattani. Incomprensiblemente a los ojos de los prudentes del mundo, estos hombres abandonaron la sabiduría y riqueza humanas para, al igual que Francisco, dedicarse a predicar a los demás el Evangelio viviéndolo ellos personalmente de la manera más radical.

Cuando a estos tres discípulos de la primera hora se le sumaron otros ocho, el santo experimentó la necesidad de trazar para los doce un único programa de vida. Recopiló con este fin varios textos del Evangelio, aquellos precisamente que hablan de la renuncia a todo y del seguimiento decidido de Jesucristo, y con sus discípulos se presentó a Inocencio III para que le aprobase el nuevo modo de vida. La iniciativa de someter previamente al Papa la breve regla de una naciente Orden religiosa era inusitada entonces. Pero más llamativo que este gesto original de Francisco era el contenido de la regla misma. Nadie, ni incluso Inocencio III, creían posible vivir como Francisco y sus compañeros se proponían. ¿Es que entonces, objetaba el santo, era imposible vivir el Evangelio? El Papa comprendió que Francisco tenía razón y aprobó verbalmente su programa de vida. Era el año 1209. El año del nacimiento de la Orden franciscana.

Constituido en padre de una familia religiosa, San Francisco en adelante ya no es sólo él, sino también sus hijos. Pero ni él ni sus hijos se pueden comprender si las cualidades humanas del

padre las seccionamos del elemento divino que comenzó a intervenir a raíz de su crisis.

La gracia no cambia la naturaleza. A sus veintiséis o veintisiete años, Francisco seguía conservando su espíritu idealista y caballeresco de años atrás. Se trataba de aquel espíritu caballeresco de la Edad Media que lo arriesgaba todo por el honor o por la gloria de depositar los laureles a los pies de la amada, y que Francisco no pudo saciar cuando, de camino hacia el sur de Italia para participar en la guerra, la gracia divina le hizo regresar a Asís. Esta misma gracia es la que ahora, apoderándose de su espíritu caballeresco inicialmente contrariado, lo proyectó hacia nuevos ideales. Francisco y sus compañeros se convirtieron en caballeros andantes del Evangelio, porque sin un quijotismo espiritual como el suyo, a nadie se le hubiera ocurrido lanzarse a la conquista de las almas, desprovistos de todo, renunciando a todo, descalzos, burdamente vestidos, dependiendo de la benévola caridad de los demás.

Sorprendentemente, este género de vida obtuvo un éxito que nadie hubiera podido pronosticar. La Iglesia necesitaba entonces de reforma y todos anhelaban un cristianismo más impregnado de Evangelio, sobre todo en el aspecto de la pobreza. Este ambiente dio origen a una verdadera pululación de sectas heréticas que se proclamaban las restauradoras del cristianismo evangélico o apostólico como entonces se llamaba. Reflejando los deseos de todos y oponiéndose a las desviaciones heterodoxas, Francisco ofreció con su Orden la verdadera solución a los problemas de la Iglesia. De aquí que las gentes se volcaran sobre él: a los doce años de su fundación, en 1221, la Orden contaba ya con el sorprendente número de más de tres mil frailes; en 1212 fundó, con Santa Clara de Asís, la rama femenina de las clarisas; en 1221, para dar cabida en la fraternidad a los muchos que lo solicitaban, pero que por diversas circunstancias no podían hacerse religiosos, instituyó la Orden Tercera, es decir, la de los terciarios franciscanos.

La pobreza es lo que externamente resalta más, tanto en San Francisco como en sus frailes, aun actualmente. Incluso, no se puede negar que es un elemento de gran importancia lo mismo en la espiritualidad del fundador que en la de su Orden. Pero se

equivocaría quien sólo, o principalmente, considerase a Francisco en función de esta virtud. Por debajo de la pobreza late otro elemento, el más fundamental de todos: un incondicional amor a Jesucristo, que llevó a Francisco y a sus frailes a identificarse lo más posible con el Salvador. Repercusión inmediata de este amor incondicional, llamémosle caballeresco, es la vivencia del Evangelio de una manera literal, incluso bajo el aspecto de no poseer absolutamente nada, es decir, de la más estrecha pobreza.

Aquí es donde reside el secreto de San Francisco y lo que impulsa todos sus movimientos. Se trata de una proyección espiritual, en cuanto usufructuado por la gracia, de las grandes cualidades afectivas que poseía el santo.

Un ejemplo de esto lo tenemos en el amor que Francisco sentía por la naturaleza. La hermana agua, la hermana alondra, el hermano lobo, el hermano sol, las hermanas aves, los hermanos menores (sus frailes), no son sino modos de expresarse, adoptados por el santo, reveladores de la capacidad y necesidad humanas de amar que encerraba su alma. Sólo que estas cualidades psíquicas estaban ahora espiritualizadas por la gracia.

Enfocada esta capacidad de amar hacia Jesucristo con el nuevo impulso de la gracia, no es extraño que llegara a donde llegó. «¡El Amor no es amado! ¡El Amor no es amado!», repetía frecuentemente el santo, herido en su fina sensibilidad de amante, al comprobar la fría indiferencia de los cristianos ante las amorosas finezas del Redentor.

Este amor a Jesucristo será el resorte mágico que le impulsará a realizar acciones que un hombre superficial tal vez considere como niñerías. Cada vez que oía pronunciar el nombre de Jesús se relamía los labios. Deseaba que sus frailes recogiesen del suelo los fragmentos de pergamino que hallasen porque en ellos podía encontrarse escrito el nombre del Señor. En cierta ocasión se desnudaron él y su compañero para vestir a un mendigo, porque los pobres eran hermanos de Jesucristo. En la Sagrada Escritura se alude al Redentor como a un leproso, razón suficiente para que Francisco reservase para estos desgraciados, a quienes llamaba los hermanos cristianos, sus más finas atenciones. La fidelidad incondicional a la Iglesia y la devoción al papado, una de las grandes virtudes del santo, no frecuentes en una

época minada por pequeñas pero múltiples heterodoxias, obedecía a su firme persuasión de que la Iglesia era la esposa de Jesucristo, y el Papa su vicario en la tierra.

Dotado de una imaginación viva y enemigo de lo abstracto, en el santo este amor iba dirigido a Jesucristo, considerado sobre todo en sus misterios de sabor humano. Para vivir plenamente la fiesta de Navidad, Francisco representó plásticamente en Greccio, en 1223, el nacimiento del Niño Jesús, primera representación origen de nuestros belenes. La Pasión y la Eucaristía constituían el centro de sus pensamientos. San Francisco tiene el mérito de haber introducido en la Iglesia de una manera definitiva la devoción a la humanidad de Jesucristo.

Fue también el amor al Salvador lo que le infundió una sed insaciable de almas, que le condujo a él y a sus frailes a lanzarse desde el primer momento a la predicación, de la misma manera que quería Jesucristo lo hicieran sus apóstoles: «No poseáis oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni zapato, ni cayado» (Mt 10,9-10).

A partir de la fundación de la Orden el santo apenas tendrá un momento de reposo (tampoco lo tendrán sus frailes), acuciado por llevar almas a Jesucristo. Esta será en los doce años que siguen su ocupación más frecuente, y la Italia central su preferido campo de acción. En 1210 lo encontramos evangelizando la Umbría y estableciendo la paz entre los nobles y plebeyos de Asís. Luego pasa a Toscana y pacifica, asimismo, la ciudad de Arezzo, ensangrentada por luchas fratricidas. En 1217 quiere pasar a Francia, pero se vio obligado a detenerse en Florencia. Todavía en 1222, cuando ya sus enfermedades le hacían sufrir no poco, lo encontramos predicando y ofreciendo un testimonio viviente del Evangelio en la parte oriental y meridional de Italia. Sus pláticas eran sencillas, salpicadas de vivas imágenes, de tono cálidamente familiar y al aire libre. Poseía una oratoria personalísima e inconfundible, que ofrecía un marcado contraste con la vigente en aquellos tiempos. Sus historiadores nos aseguran que, atraídos por ella, «hombres y mujeres, clérigos y religiosos, corrían ansiosos de ver y escuchar al hombre de Dios». Y añaden, refiriéndose a la región de Umbría: «Así se vio entonces transformarse en breve tiempo la faz de toda la

comarca y aparecer risueña y hermosa la que antes se mostraba cubierta de máculas y fealdades». Su deseo de dar a conocer a Jesucristo le indujo en cierta ocasión a pararse en mitad del camino y dirigir la palabra a sus hermanas aves, que, solícitas y silenciosas, acudieron a escucharle.

De entre sus viajes apostólicos merecen destacarse dos por el especial significado que entrañan. Como los anteriores a que nos acabamos de referir, también éstos proceden de su insaciable amor a Jesucristo, pero adquieren una expresión nueva, prácticamente inédita hasta entonces. La atracción que sentía hacia la humanidad del Salvador le hizo concebir en 1212 el propósito de llegarse hasta Palestina para visitar los lugares santificados por el Señor. La nave tenía todas las plazas ocupadas y entonces Francisco se arriesga con su compañero a viajar ocultamente en calidad de polizón. Una tempestad impidió al barco llegar a su destino, y el santo tuvo que regresar a Italia. Ante esta contrariedad, su fértil imaginación le sugirió un nuevo proyecto, que tenía la ventaja de ofrecerle una ocasión probable de morir, como buen caballero, por el objeto de sus amores. En 1213 se encamina hacia España, visita el sepulcro de Santiago e intenta trasladarse a Marruecos para anunciar a Jesucristo entre los musulmanes. Tampoco en esta ocasión puede realizar su programa. Pero no ceja. En 1219 consigue, por fin, embarcarse hacia Siria y revivir en Palestina, sobre el mismo terreno que los presenció, los hechos de la vida del Salvador.

Con esta visita a los Santos Lugares, Francisco se convierte en el iniciador de esa epopeya heroica y sangrienta que sus hijos han venido realizando desde hace seis siglos y medio por defender la tierra santificada por Jesucristo. Tanto este viaje a Tierra Santa como el que proyectó a Marruecos significan el primer intento de evangelización pacífica entre los musulmanes, que es también una de las más preciadas herencias que los franciscanos han conservado siempre de su fundador.

Sin embargo, esto no es todo. Desde su regreso de Tierra Santa, es decir, desde 1221, Francisco tendrá que ocuparse preferentemente de los asuntos de la Orden, que iba adquiriendo un rápido desarrollo. Y así como los viajes apostólicos por Italia son la expresión del deseo que le roía de dar a conocer a Jesu-

cristo, su labor de estos años consistirá, sobre todo, en trabajar por mantener dentro de la Orden la pureza de los ideales evangélicos. En los capítulos generales de 1221 y 1223, en las exhortaciones a los frailes, en sus contactos con el cardenal Hugolino, protector de la fraternidad, la meta que perseguía era siempre la observancia estricta del Evangelio. Esto ya era nuevo. Pero aún dio un paso más adelante. Si en el Evangelio se dice que Jesucristo envió a sus apóstoles por todo el mundo, ¿por qué los franciscanos se iban a arredrar ante esto? A imitación del Maestro, Francisco envió también sus frailes a predicar entre los no cristianos, fundando de esta manera las modernas misiones entre infieles. Expuesta era en aquella época esta clase de apostolado, pero el amor no conoce límites, y si gana la muerte, la sufre con alegría.

La correspondencia suprema y tangible por parte del Salvador al amor que Francisco le profesaba sobrevino en la mitad de septiembre de 1224. Encontrándose en el monte de La Verna, Jesucristo se aparece al santo en forma de serafín y lo identifica humanamente consigo imprimiéndole sus cinco llagas. Francisco quedó convertido en un Cristo viviente. Con razón se le ha llamado «el Cristo de la Edad Media».

Enfermo, casi ciego, con el agudo dolor de las llagas, pero siempre alegre (precisamente en esta época compuso y cantaba frecuentemente el hermoso *Cántico de las criaturas* o *del hermano sol),* el santo expiró en Asís el atardecer del 3 de octubre de 1226, junto a su amada capilla de la Porciúncula, centro de todo el movimiento franciscano y testigo, mediante la indulgencia obtenida del Papa por el santo, del oculto retorno a Cristo de tantas almas descarriadas.

Con su atractivo personal, su altísima y austera pero agradable santidad, sus intuiciones y geniales innovaciones en la Iglesia, San Francisco termina siempre ganándose la simpatía de cuantos se acercan a él.

Aun bajo el aspecto puramente humano, su nueva manera de ver las cosas obliga a los historiadores a considerarlo como el primer hombre moderno y el forjador, mediante su Orden, del humanismo cristiano.

PEDRO BORGES MORÁN, OFM

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, II, p.683-723.
BUENAVENTURA (SAN), *Vita o Legenda maior* (Quaracchi 1898).
CHESTERTON, G. K., *San Francisco de Asís. Biografías* (Barcelona [4]1953; nueva ed. Madrid 2005).
CUTHEBERT DE BRITGHTON, *Vida de San Francisco de Asís* (Barcelona [2]1944).
ENGLEBERT, O., *Vida de San Francisco de Asís* (Buenos Aires 1949).
FACCHINETTI, V., *San Francisco de Asís en la historia, en la leyenda y en el arte,* 2 vols. (Barcelona 1942).
HILARINO FELDER O DE LUCERNA, *Los ideales de San Francisco* (Barcelona 1926).
JORGENSEN, L., *San Francisco de Asís* (Madrid 1916).
SARASOLA, L., *San Francisco de Asís* (Madrid 1929).
SELVANESCHI, N., *El juglar de Dios. San Francisco de Asís* (Madrid 1957).
• Actualización:
GUERRA, J. A. (ed.), *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época* (Madrid [2]2003).
KUSTER, N., *Francisco de Asís, el más humano de todos los santos* (Barcelona 2003).
REDONDO, V., *De profesión hermano: Francisco de Asís* (Madrid 2004).
VAIANI, C., *Ver y creer. La experiencia cristiana de Francisco de Asís* (Oñate 2004).

BEATO FRANCISCO JAVIER SEELOS

Presbítero († 1867)

A lo largo de la historia humana, las migraciones han sido una constante en la vida de los pueblos, desplazamientos de personas y de grupos étnicos, motivados por circunstancias políticas o de simple subsistencia. Emigrantes e inmigrados se han sentido tantas veces a la intemperie en el aspecto material, cultural y espiritual. En principio, la emigración coloca al sujeto en una situación débil, que a veces arrastra de su lugar de origen. En la historia de la Iglesia, desde la antigüedad hasta el día de hoy —tiempo el nuestro tan afectado por este fenómeno—, muchos cristianos, llevados de su caridad y de su vocación apostólica, han sabido estar cerca de los emigrantes y les han salido al encuentro en el país donde han arribado como inmigrantes. En esta solicitud fraterna, ha brillado la santidad heroica de muchos discípulos de Jesús, cuya familia tuvo que emigrar desde Palestina a Egipto, cuyo pueblo, el de Israel, tiene por padre a un emigrante, Abrahán, cuya descendencia fue también forastera en la tierra de los faraones. El siglo XIX fue espectador del fenómeno de las migraciones, que transformaron el rumbo de muchos países. Mujeres y varones de vida apostólica estuvie-

ron a la vera de estas personas, sumidas frecuentemente en problemas terribles de índole diversos, entre los cuales no faltaba el del desarraigo cultural y religioso.

Uno de estos misioneros, enviados por Cristo y por la Iglesia, a socorrer a los emigrantes europeos que llegaban a una tierra de promisión para ellos, los jóvenes Estados Unidos de América del Norte, fue un sacerdote religioso, que de su natal Baviera, en Alemania, emigró con hermanos suyos europeos al Nuevo Mundo para acoger y confortar en el cuerpo y en el espíritu a connacionales suyos y de otros países que llegaban a aquel floreciente territorio en busca de trabajo y mejoras sociales.

Su nombre cristiano fue el del gran misionero jesuita, San Francisco Javier, cuyo celo apostólico quiso imitar toda su vida. Había nacido en Füssen, un pueblo bávaro de Alemania, el 11 de enero de 1819, hijo de un modesto tejedor, llamado Magno, y de Francisca Schwarzenbach, que tuvieron once hijos más. El mismo día de su nacimiento fue bautizado en la parroquia local de San Magno.

La piedad del niño floreció en su propia parroquia donde su padre, desde 1830, servía como sacristán. Un sacerdote le ayudó a proseguir sus estudios después de la escuela elemental y así entró en 1832 en el gimnasio de San Esteban de Augsburgo; en 1839 inició un bienio de filosofía en la Universidad de Múnich y el 19 de setiembre de 1842 ingresó en el seminario de San Jerónimo de Augsburgo como alumno de teología.

Desde niño albergaba en su corazón ser sacerdote y, también, misionero. En el seminario decidió ser otro Francisco Javier y, para ello, entrar en una congregación misionera. Conoció entonces la vida apostólica de los redentoristas, la congregación de San Alfonso M.ª de Ligorio, dedicada a la evangelización de los más abandonados y, en aquellos momentos, de los emigrados a Estados Unidos de América. En un periódico católico, *Sion,* había leído cartas de los misioneros redentoristas en que describían la falta de asistencia espiritual a los miles de emigrantes de lengua alemana; fue el testimonio que inclinó definitivamente su vocación. Pidió ser admitido en dicha congregación para trabajar como misionero en Estados Unidos.

Fue aceptada su súplica el 22 de noviembre de 1842. El 17 de marzo del año siguiente ya se embarcaba en el puerto francés de El Havre, sin haberse despedido ni siquiera de sus padres. El 20 de abril llegaba a Nueva York. El 16 de mayo entró en el noviciado de los redentoristas en Baltimore (Maryland). El mismo día del año siguiente emitía los primeros votos religiosos en la iglesia de San Jaime de la misma ciudad. El 22 de diciembre de 1844 recibió la ordenación presbiteral en la misma iglesia.

Pocos meses después de la ordenación fue enviado a la parroquia de Santa Filomena de Pittsburgh, en Pensilvania. Permaneció nueve años en esta parroquia. Fue coadjutor, primeramente, del párroco y superior de la comunidad, San Juan Neumann; los últimos tres años él fue el superior de la casa. Con San Juan Neumann, su guía espiritual y confesor, se dedicó también a la predicación de misiones populares. Su fama de disponibilidad y afabilidad para acoger a todos hizo que acudieran a él desde los pueblos cercanos. Con razón lo llamaban el misionero de la constante sonrisa, del corazón generoso, siempre inclinado a los más necesitados y marginados.

Su ministerio de confesor proporcionaba a los penitentes un cálido encuentro con Cristo misericordioso: oía las confesiones en alemán, inglés y francés; atendía por igual a blancos y negros. Confesarse con el padre Seelos no infundía temor. Sus palabras no eran ásperas ni recriminatorias. Sabía cómo infundir confianza en sus penitentes, les invitaba a reconocer sus pecados y a arrepentirse de sus culpas. Era para todos una imagen del Salvador lleno de amor. Fuera del confesionario se pasaba horas y horas dirigiendo espiritualmente a cuantos buscaban guía y aliento en el seguimiento del Señor. Para él, la dirección espiritual consistía en ayudar a las personas a responder al Espíritu en su propia vida. Muchas de sus 175 cartas que de él conservamos son testimonio de este ministerio en bien del progreso espiritual de cuantos le abrían su espíritu.

En el bienio 1847-1849, el noviciado de los redentoristas se trasladó a Pittsburgh. Francisco Javier fue nombrado su maestro. Entre 1854 y 1857 fue párroco de San Alfonso en Baltimore. De 1857 a 1863 fue sucesivamente maestro de novicios y prefecto de los estudiantes. Alternó su residencia entre Anná-

polis y Cumberland, donde ejerció también su ministerio en parroquias. A los jóvenes de la congregación, les transmitía alegría, espíritu de sacrificio, afán apostólico y sólida doctrina.

Pero su ocupación principal fue la de misionero popular. Urgía entonces construir iglesias, escuelas, asilos, insistir en la instrucción catequética a pequeños y adultos y proporcionar a los inmigrantes, que variaban frecuentemente de domicilio, instrucción y apoyo en la fe católica.

Entre sus obras de apostolado, daba prioridad a la instrucción catequética de niños y jóvenes, que consideraba fundamental para el crecimiento y formación de la comunidad eclesial.

El estilo de su predicación era el propio de su congregación, sencilla y afable para acercarse a las masas populares. Sus sermones estaban impregnados de Palabra de Dios, abundaban en ellos las citas bíblicas, la gente lo escuchaba con agrado, todos, aun los ignorantes, lo entendían.

Tanta era su fama de predicador apostólico y de pastor solícito, que fue presentado al papa Pío IX como candidato a la sede episcopal de Pittsburgh. Pero el Beato Seelos se resistió firmemente a aceptar: prefería trabajar en la viña del Señor como el último de los jornaleros.

Entre 1863 y 1866, pudo dedicarse de lleno a las misiones parroquiales. Desplegó su celo misionero en las inmensas regiones del norte, entre el Atlántico y el Pacífico, capitaneando grupos de predicadores populares: en inglés y alemán predicó en Connecticut, Illinois, Michigan, Missouri, Nueva Jersey, Nueva York, Ohio, Pensilvania, Rhode Island y Wisconsin.

Después de un breve tiempo de actividad parroquial en Detroit, en 1866 fue enviado a Nueva Orleáns como párroco de Santa María Asunta. Otra vez brilló su caridad hacia los más pobres y abandonados. Pero en el mes de septiembre, agotado por las visitas a los enfermos de fiebre amarilla que se había declarado en la ciudad, cayó víctima de esta enfermedad. Con paciencia, serenidad y alegría soportó sus dolores. Descansó de sus trabajos el día 4 de octubre, a la edad de 48 años, en plena madurez espiritual y humana.

Todo el pueblo lo lloró. Cuantos se acercaban a él, escribe un testigo ocular, tenían la impresión de que estaban ante un

santo viviente. Alemanes, ingleses, franceses, criollos, negros, mulatos, todos lo admiraban y amaban. Recorrían largas distancias y esperaban horas ante su confesionario. Con el transcurso de los años, volvíase más celestial. Se consumió en la actividad, en el trabajo y en la mortificación: con todo, siempre fue el más alegre y divertido de la comunidad.

Su sepultura en Santa María Asunta se convirtió en meta de devota peregrinación. Creció de día en día su fama de santidad. Entre los años 1900 y 1903 se desarrollaron los procesos ordinarios en las curias episcopales de Nueva Orleáns, Baltimore y Pittsburgh. Se incoó, asimismo, en Augsburgo. En 1912 fueron aprobados sus escritos. El 27 de enero de 2000 Juan Pablo II lo declaró venerable al aprobar el decreto de virtudes heroicas. El mismo día el Papa aprobó también el milagro obrado por la intercesión del P. Seelos en Nueva Orleáns. El siguiente 9 de abril el venerable redentorista recibió en la plaza de San Pedro del Vaticano los honores de la beatificación. Así presentó el perfil del nuevo beato Juan Pablo II:

> «En su ministerio sacerdotal y en su apostolado misionero, el padre Francisco Javier estaba muy atento para discernir las exigencias espirituales de las comunidades que servía y su dedicación a la predicación y a la celebración de los sacramentos condujo muchas personas a Cristo».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 93 (2001) 741-743.

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.1253-12544; *Appendice seconda* (Roma 2000) col.1308.

CURLEY, M., *Cheerful ascetic. The life of Francis Xaver Seelos C.SS.R.* (Nueva Orleans 1969).

HOGERL, C. W. - STAMWITZ, A. VON, *A life of Blessed Francis Xavier Seelos, redemptorist, 1819-1867* (Liguori, MO 2000).

L'Osservatore Romano (9 y 10-4-2000).

SCHLEINKOFER, J., *Eine Blume aus den Garten des heiligen Alphonsus. Leben des ehrw. Diener Gottes P. Franz Xaver Seelos aus der Congregation des allerheiligsten Erlösers* (Insbruck 1901).

ZIMMER, P., *Leben und Wirken del hochwürdigen P. Franz Xaver Seelos aus der Congregation des Allerheil Erlösers* (Nueva York 1887).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PETRONIO DE BOLONIA

Obispo († h. 445)

Petronio era hijo de otro Petronio que había servido a Roma en las Galias como prefecto del pretorio y él también, antes de decidirse por el sacerdocio, entró en la política y sirvió al Imperio consiguiendo cargos importantes. No se sabe si había nacido en Italia o en las Galias ni si era pariente de otros Petronios que habían tenido altos cargos en la administración romana. Es probable que sí. Debió pasar largo tiempo en las Galias, siguiendo los diversos grados de la magistratura civil, pero se decidió por la vocación eclesiástica. Pertenecía seguramente al clero diocesano de Bolonia cuando, en torno al 432, fue elegido octavo obispo de dicha ciudad como sucesor de San Félix. Se le ha atribuido la reconstrucción de la ciudad, arruinada por orden de Teodosio I, y también la construcción de la catedral de San Esteban y su adjunto monasterio; así como de las reproducciones de los Santos Lugares que él habría visitado en un viaje a Tierra Santa, complejo llamado la nueva Jerusalén. Se le han atribuido diferentes escritos y se entiende que su episcopado duró hasta el 445 aproximadamente, siendo ahora el santo patrón de la ciudad. Hizo una hermosa estatua de él el gran Miguel Ángel.

SANTA ÁUREA

Abadesa († 666)

Se llamaban sus padres Maurino y Quirina y entra en la historia cuando el año 633 San Eloy la pone como abadesa de un monasterio femenino que él mismo había fundado en París. El monasterio estaba muy poblado de religiosas, que llegaban a las trescientas, y seguían, al parecer, la regla de Luxeuil. Áurea rigió santamente el monasterio por espacio de treinta y tres años. Su muerte se debió a una epidemia que se llevó a más de ciento cincuenta religiosas. La fecha que se tiene de su muerte es la del

año 666, pero pudo ser el año anterior. Sus reliquias fueron dispersadas y casi perdidas del todo en la Revolución Francesa.

BEATO ENRIQUE MORANT PELLICER

Presbítero y mártir († 1936)

Enrique nace en el seno de una familia muy cristiana en Bellreguart el 13 de octubre de 1908. Estudia el bachillerato en las Escuelas Pías de Gandía y a su término comienza en Madrid los estudios de arquitectura, pero se decide por el sacerdocio. Terminados los estudios, y tras mostrar durante ellos no sólo una gran aplicación sino un fervoroso espíritu apostólico, se ordena sacerdote el año 1933. Es destinado a la parroquia de Barig, a la que procuró infundir su mismo espíritu de religiosidad y fervor. Formó la biblioteca parroquial y el coro; se cuidó mucho de la catequesis de niños y jóvenes y fomentó ampliamente la participación de los fieles en la liturgia. Su magnífico ejemplo personal animaba mucho a los feligreses en la práctica religiosa. Fundó la Acción Católica para infundir espíritu apostólico en los jóvenes, a los que llamó a mayor vida interior en los ejercicios espirituales de 1935.

Tras las elecciones de febrero de 1936 las autoridades le hicieron la vida imposible; fue trasladado de la parroquia y hubo de ejercer como director del Patronato del Grao de Valencia. Llegada la revolución estaba en Serra, en la residencia veraniega del Patronato, y marchó a su pueblo natal tras tres días de detención en Alcira. Pasó el verano con sus familiares hasta que el día 3 de octubre, a las once de la mañana, fue arrestado. Llevado al Comité, confesó a los allí detenidos, y luego fue devuelto a su casa. Pero al anochecer volvieron a arrestarlo, lo llevaron al término municipal de Jaraco y allí lo fusilaron.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ CANET GINER

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Bellreguart el 24 de agosto de 1903 en el seno de una familia modesta. Estudia en el colegio de vocaciones eclesiásticas y, después, en el seminario de Valencia hasta que es ordenado sacerdote el 23 de diciembre de 1930. Fue destinado como vicario a Catamarruch y, al mismo tiempo, encargado del pueblo de Margarida. Dio ejemplo de humildad, celo apostólico y pobreza evangélica. Fomentó la catequesis, la vida interior de los feligreses y la devoción mariana, así como la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Al llegar la revolución de 1936 hubo de dejar el pueblo y volvió con sus padres a su pueblo. Con ellos estuvo hasta el 4 de octubre cuando lo arrestaron y lo llevaron como si fuera un criminal dándole mal trato. Lo trasladaron al cuartel de las milicias revolucionarias de Gandía y, en el lugar llamado La Pedrera, fue fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ALFREDO (JAIME) PELLICER MUÑOZ

Religioso y mártir († 1936)

Jaime Pellicer Muñoz nació en Bellreguart el 10 de abril de 1914 en el seno de una familia muy cristiana. Tras estudiar en la escuela nacional ingresó en el seminario menor franciscano de Benisa (Alicante), donde estudió el bachillerato. A los 16 años, el 25 de agosto de 1930, tomó el hábito franciscano en el convento del Santo Espíritu del Monte, en Gilet, tomando el nombre de fray Alfredo. Estaba haciendo el noviciado cuando se proclamó la República, con los consiguientes problemas para la Iglesia, y los franciscanos decidieron en mayo suspender el noviciado y enviar a los novicios a sus casas, pero un mes más tarde se reanudaba en dos diferentes sitios. El joven fray Alfredo lo hizo en Pego (Alicante). Allí hizo la primera profesión religiosa el 27 de septiembre de 1931. Se fue luego a Onteniente y estudió filosofía y un curso de teología, haciendo la profesión

solemne el 5 de julio de 1936. De carácter alegre y abierto, religioso humilde y caritativo, todos esperaban de él que fuera un buen sacerdote.

Llegada la revolución de 1936, los religiosos de Onteniente fueron obligados a dejar el convento y fray Alfredo se marchó a su pueblo con su familia. Aquí estuvo con serenidad y buen ánimo, previendo y aceptando el posible martirio, y negándose a abandonar su vocación franciscana. El 4 de octubre, día de San Francisco, estaban todos sus familiares reunidos para comer, como modo de subrayar la fiesta, pero llegaron los milicianos que entraron preguntando quién era el fraile. Antes de que sus hermanos pudieran intentar defenderlo, él se presentó y se identificó. Consoló a su familia y se fue con los milicianos que lo llevaron a La Pedrera y lo fusilaron.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

5 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Tréveris (Galia), los santos mártires que padecieron bajo Diocleciano († 303).
2. En Corico (Cilicia), Santa Caritina († 304), mártir.
3. En Persia, la conmemoración de Santa Manlaca († 343), mártir.
4. En Valence (Galia), San Apolinar o Aiplonay († 520), obispo *.
5. La conmemoración de los santos Mauro y Plácido († s. VI), discípulos de San Benito Abad.
6. En Nevers (Neustria), San Jerónimo († 816), obispo.
7. En Paderborn (Sajonia), San Meinulfo († 857), diácono.
8. En León, San Froilán († 905), obispo, anteriormente ermitaño **.
9. En Zamora, San Atilano († 919), obispo, anteriormente monje **.
10. En Florencia (Toscana), Beato Pedro de Ímola († 1320), caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén *.
11. En Beaulieu (Galia), Santa Flora († 1347), virgen, de la Orden de San Juan de Jerusalén *.

12. En Cora (Lacio), Beato Santos († 1392), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.

13. En Nuremberg (Baviera), Beato Raimundo de Capua († 1399), presbítero, de la Orden de Predicadores, director espiritual de Santa Catalina de Siena **.

14. En Vigebano (Lombardía), Beato Mateo (Juan Francisco) Carreri († 1470), presbítero, de la Orden de Predicadores *.

15. En Londres (Inglaterra), beatos Guillermo Hartley y Juan Hewett, presbíteros, y Roberto Sutton († 1588), mártires bajo el reinado de Isabel I *.

16. En Mindelstetten (Ratisbona), Beata Ana Schäffer († 1925), virgen **.

17. En Pompeya (Nápoles), Beato Bartolomé Longo († 1926), fundador de las Hermanas del Rosario de Pompeya **.

18. En Tepatitlán (México), San Tranquilino Ubiarco Robles († 1928), presbítero y mártir *.

19. En Cracovia (Polonia), Santa María Faustina (Elena) Kowalska († 1938), virgen, de la Congregación de Hermanas de Nuestra Señora de la Misericordia **.

20. En Plonkowo (Polonia), Beato Mariano Skrzypczak († 1939), presbítero y mártir *.

21. En Rímini (Italia), Beato Alberto Marvelli († 1946), joven seglar **.

B) Biografías extensas

DÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS Y DE PETICIÓN

Feria mayor

Ya antes de la reforma conciliar los liturgistas estaban casi seguros de la poca incidencia pastoral de las Cuatro Témporas. Así, pues, en la reforma del año litúrgico fueron muy prudentes a la hora de establecer de nuevo esos días; mas bien podría decirse que algo irresolutos en la materia, y no queriendo suprimirlas del todo, se contentaron con dar una normativa general a las conferencias episcopales a fin de que ellas viesen, atendiendo a la peculiaridad de cada región o nación, cómo y de qué manera convendría que se celebrase.

En España se determinó que fuese el 5 de octubre el día en que se celebrase como «Feria mayor» (sinónimo de obligatoriedad) las «Témporas de acción de gracias y de petición», como así se las tituló, dejando a la pastoral de cada parroquia o iglesia

la libertad de extender las Témporas a uno dos o tres días. Por lo que se sabe, a nivel de lo usual y cotidiano dicha «feria mayor» no tiene especial incidencia en la pastoral parroquial, ni siquiera en los pueblos alejados de la urbe. Y no parece ser que haya un ánimo decido de hacer revivir el sentido de las Témporas, que, como se ha dicho, ya estaba muy mermado hace más de cuarenta o cincuenta años. De todas formas, he aquí unos datos históricos que explican el origen, historia y sentido de estas celebraciones, y alguna que otra reflexion pastoral.

Según algunos las Cuatro Témporas no son sino un rigor especial del ayuno semanal del miércoles y viernes, prolongado el sábado para realzar la vigilia del domingo. Esta afirmación general es ciertamente válida, pero exige explicación: ¿Por qué motivo y en qué fecha se instauraron esos cuatro tiempos característicos? Las opiniones a este respecto son divergentes.

Según unos, la Iglesia, solemnizando ciertos tiempos de ayuno, habría querido guardar el justo equilibrio entre dos posiciones extremas: la de Joviniano, que al fin del siglo IV atacaba el ayuno; y por otro, la de San Jerónimo, que exigía de todos los cristianos el ayuno semanal, varios días a la semana, casi a lo largo de todo el año. El papa Siricio (384-399) habría, pues, conservado el ayuno, pero reduciéndolo a cuatro tiempos o semanas durante el año. Estas fechas podrían ser inciertas por el hecho de que San Agustín, entre el 397-399, considera todavía el ayuno de los cristianos en Roma los miércoles, viernes y sábados, como una costumbre observada todo el año (*Ep* 36,8).

En cuanto a la elección de «cuatros tiempos», probablemente fue determinada por el comienzo de las estaciones. Un benedictino, dom Morin, intentó explicar más bien el origen pagano de nuestras Cuatro Témporas. Éstas serían una simple cristianización de celebraciones paganas. Los romanos conocían tres tiempos de súplica especial para obtener la protección de los dioses sobre los frutos de la tierra: la estación de la sementera *(sementinae);* la estación de la siega *(messis)* o recolección de trigo, y la estación de la vendimia *(vindemiales).* Pero no todos, y especialmente la tradición, están de acuerdo con esa explicación: J. Jungmann se muestra bastante inclinado a admitir su origen apostólico y judío. En efecto, hablando del ayuno, ya San León

había afirmado su origen apostólico: «Se ha de observar con mayor atención ese ayuno, porque fue consagrado por tradiciones apostólicas, tales como nosotros las hemos recibido». Y otras tradiciones, aunque no seguras, tienen el acierto de hacer alusión a una costumbre análoga en el judaísmo precristiano, lo que mostraría, una vez más, que los cristianos, en materia de culto, se inspiraban en el judaísmo con preferencia al paganismo.

En cuanto a la evolución histórica de las Témporas, lo primero que hay que señalar es la introducción de un nuevo ayuno. En Roma, hacia el final del siglo VII, se fijó ese ayuno en marzo en el comienzo de la cuaresma (primera semana). En el siglo XI Gregorio VII impuso esa práctica fuera de Roma. Así se llegó a los cuatro tiempos.

La adopción de esa costumbre de las Cuatro Témporas fuera de Roma tiene una historia de resistencia. Los Papas proponen a los obispos esa costumbre penitencial, pero en vano. Ni siquiera en Italia tienen éxito. Sin embargo, en los siglos VII-VIII, se hallan las Cuatro Témporas en Inglaterra, probablemente gracias a los misioneros enviados por el papa San Gregorio. Los monjes de Inglaterra, llegados para convertir el continente, introducen el ayuno de las Cuatro Témporas, pero no sin dificultades, en Galia y en Germania San Bonifacio insiste en la obligación y, en 769, Carlomagno la recuerda a los países del Imperio franco: ayuno hasta la hora de nona y abstinencia: de ello sólo dispensan las enfermedades.

En Italia, sólo a partir del siglo X se hallan vestigios fuera de Roma. En Milán habrá que esperar al siglo XII; y todavía ese ayuno de las Cuatro Témporas no entraña celebración litúrgica especial. Bajo Gregorio VII, en el siglo XI, España adopta con la liturgia romana el ayuno romano de las Témporas. El gran mérito del papa Gregorio VII consistirá en unificar en este punto la disciplina en la Iglesia romana y en fijar definitivamente las semanas de las Cuatro Témporas.

El significado de las Témporas puede resumirse en tres puntos principales. Las Témporas se presentan como un período de religioso recogimiento durante el cual la Iglesia se renueva con el ayuno, la oración y la limosna; consideradas más par-

ticularmente en relación con las estaciones, ofrecen la ocasión de agradecer a Dios los frutos de la tierra y de pedir su bendición.

La Iglesia necesita tiempos densos de recogimiento y de renovación. Pueden los fieles hacer penitencia individualmente en cualquier época, y esa penitencia contiene ya cierto valor eclesial, pero está bien que la Iglesia entera tenga un tiempo de penitencia. Las Témporas intentaban realizar en la Iglesia una «movilización espiritual del ejército de Cristo».

Tradicionalmente, las grandes prácticas son la oración, el ayuno y la limosna. La oración, que eleva el alma a Dios y la recoge en él, le hace hallar el centro de su equilibrio. El ayuno, al desprendernos de lo creado, nos dispone a buscar el único bien necesario. La limosna por la que el cristiano da sus bienes a los demás, le lleva a olvidarse de sí mismo y a «encarnar» su ofrenda personal a Dios. Así se ve cómo esas tres prácticas contribuyen a centrar al hombre en Dios. Ese recogimiento periódico le orienta de nuevo hacia el término de su viaje terrestre. Puesto que el hombre se deja fácilmente sorprender por las inclinaciones del hombre viejo, era preciso «que la ley de la abstinencia fuera asignada a todas las estaciones».

De esas tres prácticas tradicionales la que más sorprende es sin duda el ayuno. Sin embargo, son las otras dos prácticas, la oración y la limosna, las que aseguran su verdadero sentido al ayuno. Este sólo cobra todo su valor si manifiesta el don de sí mismo a Dios mediante el don hecho a los otros. Así contribuye a perfeccionar el amor de Dios y del prójimo, centro de la espiritualidad cristiana.

A este sentido general de retiro espiritual reconocido a las Témporas hay que añadir el sentido más particular de acción de gracias por la recolección de los frutos de la estación.

> «Es muy conveniente, dice San León, que tras haber disfrutado de la abundancia de la recolección demos gracias al Señor mediante el sacrificio de nuestra liberalidad y la inmolación de nuestro ayuno».

La alegría natural se cambia así en alegría sobrenatural; por el hecho mismo se cristianizan las fiestas paganas.

«Dichosos porque los pobres se aprovechan de nuestra abundancia, nos regocijamos sobre todo de ver reconocida la bendición divina: "Tú pones en mi corazón una alegría mayor que la del tiempo de copiosa cosecha de trigo, vino y aceite" (Sal 4, 8)».

En esta actitud de gozoso reconocimiento y de desprendimiento es como se puede pedir la bendición de Dios sobre los frutos de la tierra. El acento penitencial, al mismo tiempo oración de súplica y acción de gracias por una buena cosecha, pone el acento sobre todo en la acción de gracias a la que se dirige la petición. Con todo, la una y la otra, por encima de su objeto propio, tienden a obtener las bendiciones sobrenaturales.

Las Témporas de septiembre intentaban santificar la fiesta pagana de las vendimias: tal aparece la primera intención de ese ayuno. El otoño es un momento importante del año agrícola, e importa hallar el sentido divino de las cosechas. La de la uva, con la que se hará el vino, tiene una significación particular y profunda para el cristiano. El vino es la bebida de la alegría y de la fiesta que «regocija el corazón del hombre» (Sal 104,15), pero que sólo se obtiene con el trabajo, simbolizado en «la sangre del racimo» (Dt 32,14). La Eucaristía realiza plenamente ese sentido natural y bíblico del vino: «El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?» (1 Cor 10,16).

Así se penetra perfectamente en el sentido litúrgico de las Témporas. La idea de la fecundidad de un año de gracia viene a sublimar la de la fecundidad del año agrícola y nos invitan a terminarlo con espíritu de alegre reconocimiento por la abundancia de gracias recibidas, con espíritu de expiación por las gracias desaprovechadas, con espíritu de esperanza por razón de la gloria que nos está prometida. De esta manera nuestro pensamiento nos lleva hacia la Parusía gloriosa de Cristo que vendrá a consumar su manifestación de Señor, realizada ya en el momento de su encarnación redentora. Esta, en efecto, es ya una Parusía: año tras año se manifiesta Cristo como Señor de la gloria y nos asocia anticipadamente a su resurrección gloriosa renovando sin cesar en su Iglesia la celebración de sus misterios. El ciclo termina para empezar de nuevo, perpetuamente fundado en el tema único de la epifanía del Señor, en un progreso constante

hacia la Parusía final. La antigua fecundidad prepara la nueva, y la fiesta de otoño las enlaza a ambas.

> «Se deja la vertiente soleada de la liturgia que sucede a la primavera pascual y a los fuegos de Pentecostés y del Corpus, para abordar esa nueva pendiente, no menos rica tal vez en perspectivas y en esperanza de recolección, que ha de conducirnos insensiblemente a los temas del Adviento y de Navidad».

Las Témporas ofrecen también una oportunidad pastoral para reflexionar sobre la santificación de los tiempos de la vida humana: ¿A dónde nos conduce el tiempo? ¿Hacia qué destino se dirige la historia? Tal es la cuestión que se plantean todos los hombres. Pocos sistemas se atreven a dar respuestas realmente convincentes. Únicamente la Revelación aporta una respuesta, que da al mismo tiempo sentido y valor a toda la Historia como a todos los instantes que componen la vida del hombre. No hay más historia que la de la salvación de todo el hombre, de todos los hombres y también de todas las cosas.

Ahora estamos en la historia sagrada del Nuevo Testamento, en la historia de la Alianza que el Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, realiza con los hombres. Nuestra historia es, en efecto, la de una intención divina a nosotros revelada: la reunión de todos los hombres en Cristo, por la fuerza del Espíritu, a fin de introducirlos en la vida divina trinitaria. Digamos, en resumen, que la historia está hecha de las intervenciones del amor de Dios que viene sin cesar al mundo para salvar, y de las respuestas del hombre que acepta ese amor o lo rechaza. Está constituida más por las relaciones que se establecen entre Dios y los hombres que por la serie de alianzas y de guerras entre los pueblos o por los grandes acontecimientos registrados por las ciencias históricas.

No hay una historia sagrada yuxtapuesta a una historia profana. Efectivamente, el Padre obra por su Hijo, en el Espíritu, en toda la historia, para conducir a cada hombre a la salvación, y nadie queda fuera de esa economía redentora. Ciertamente, hay en la trama de la historia universal acontecimientos privilegiados que constituyen la historia sagrada en el sentido concreto del término: la del Antiguo y la del Nuevo Testamento. Las intervenciones particulares de Dios, revelando y realizando su plan salvífico, constituyen sus acontecimientos.

El Antiguo Testamento recibe su calificación de historia sagrada porque todo en ella conduce a Cristo. Y todo el tiempo después de Cristo, el nuestro, por consiguiente, es, en su totalidad, el tiempo de la Misión; en otros términos, de la extensión a todos los hombres de la salvación otorgada en Jesucristo: tiempo de la Iglesia, de la reunión de la humanidad en el Hijo de Dios.

Así toda la historia humana aparece como la historia de esa salvación. Profana bajo uno de sus aspectos, en cuanto es objeto de la historiografía, e historia de salvación, porque da cuenta del designio de salvación que Dios realiza en el mundo. Por tanto, no ha de concebirse el tiempo como una línea recta, que se prolongara en un antes y un después indefinidos, y en la que personas o cosas vinieran sucesivamente a ocupar su puesto. No se debe situar la eternidad después del tiempo, pues cada instante es la proyección de la misma en el tiempo.

Nuestro tiempo tiene un valor sagrado. Cada instante tiene valor divino, se integra en la historia Santa que Dios construye con nuestra colaboración. En otras palabras, santificamos el tiempo respondiendo a los mandatos de Dios en la Historia. Dios viene a nosotros en el tiempo. Nosotros respondemos a Dios en el tiempo, y cada instante puede y debe ser sacramento de un encuentro con el Señor. Debemos santificar el tiempo según el consejo del Apóstol: «Puesto que somos cooperadores suyos, os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios [...] Este es el día de la salud» (2 Cor 6,1s). Todo instante es así santo y santificador.

Y la historia está sometida a dos ritmos: uno, regular, el de las horas, de los días, de las estaciones, de los años; el otro, más amplio, el de nuestra propia evolución: nacimiento, infancia, adolescencia, madurez, vejez, muerte. Cada tiempo de esos dos ritmos conjugados tiene un valor propio. Cada uno es «acontecimiento», es decir, momento privilegiado del encuentro con el Señor. Por la fe debemos descubrir la significación espiritual de esos tiempos, todos, a su manera, llamadas de Dios. En todos y por medio de todos debemos dar nuestra respuesta.

La liturgia no conoce nuestra denominación de los días: lunes, martes, etc., que son de origen pagano, sino únicamente la

de «feria», que se contenta con numerar. Distingue los días en ferias, días de fiesta, días de redención, días de gracias. La celebración litúrgica reactualiza cada día el misterio de Cristo. Cristo se hace presente a sus fieles por su Palabra.

Además, la Iglesia experimenta la necesidad de reencontrar a su Señor y de vivir su misterio, en todas las horas del día, porque todas, a título de «sacramentos» de su venida bienhechora, deben convertirse en oración. Por eso la Iglesia ha instituido una oración o liturgia de las horas. Cada mañana, la hora de laudes es una alabanza a Cristo que viene como Salvador. En esa hora estamos en la aurora de un nuevo día de Redención en la que Cristo se presenta al mundo para salvarlo.

Por la tarde, al término de una jornada de gracias, la liturgia nos manda elevar el incienso de nuestra oración y nos hace volver los ojos hacia María, de quien tomamos su *Magnificat* para cantar nuestra acción de gracias por la redención verificada, por las «grandes cosas que el Todopoderoso ha realizado en nosotros y por nosotros». Entre esos dos puntos extremos de la jornada, la hora intermedia destaca la significación de todos los momentos importantes del día.

La noche tiene su misterio: tiempo del reposo confiado, del abandono, evoca el más allá de la muerte por ella simbolizado. Las completas, al comienzo de la noche, nos hacen entrar en ese misterio del reposo y de la muerte, como Simeón que, al atardecer de su vida, canta su acción de gracias, porque ha visto la salvación.

Resumiendo: viviendo en una civilización agrícola, los primeros cristianos eran muy sensibles al ritmo de las estaciones. Por eso la Iglesia instituyó muy pronto oraciones de acción de gracias y de súplica para santificar esos grandes momentos del año. Las Témporas, días de ayuno y de oración más intensa con sus misas propias, «gozan de una presencia especial de Cristo mediador, y disfrutan, por lo mismo, de una fecundidad espiritual propia».

Pero ahora, viviendo en una civilización industrial y técnica, somos menos sensibles a los cambios de estaciones. Quizá deberíamos recordar que la Iglesia consagra menos el ciclo natural de las estaciones —sin descartarlo, sin embargo— que la histo-

ria. El cristiano vive siempre en las fiestas litúrgicas el misterio pascual de Cristo presente en nuestra historia. «Es significativo, escribe dom Casel, que los Padres no vean en la sucesión de las estaciones la expresión de la vida de la naturaleza, sino el símbolo de la resurrección».

Esas horas, esos días y esas noches, esos tiempos de reposo y de trabajo, esas estaciones y esos años tejen nuestra propia historia que, por su parte, se desarrolla según un ritmo enteramente personal. Niño, adolescente, adulto, anciano, franqueamos diferentes etapas, todas las cuales revisten una significación espiritual particular. Cada etapa de la vida del hombre posee un sentido propio que condiciona una espiritualidad apropiada.

La infancia, tiempo del despertar de la conciencia y de la formación de la personalidad, se preocupa de adquirir cosas nuevas. Es también un tiempo esencialmente proyectado hacia el porvenir. El enriquecimiento de su haber con los estudios, el aprendizaje y las experiencias; el enriquecimiento de su ser mediante la lucha contra sus tendencias egoístas y mediante el don de sí, preparan el hombre de mañana que quiere llegar a ser, y, sobre todo, el hombre que Dios y la sociedad esperan. Así se puede definir su manera propia de convertir en oración su tiempo.

El adulto es el hombre o mujer de la acción y de la creación, que quiere realizaciones concretas. Padre o madre de familia, descubre las riquezas del amor y sus exigencias. Tiene el sentido social y quiere hacerse útil en la sociedad. Asume responsabilidades y adquiere compromisos. Su sentido de la historia le hace descubrir bastante pronto que está llamado a desempeñar un papel en la historia de la humanidad, en su puesto, naturalmente, y a su nivel. Sin duda, puede ofrecer a Dios toda esa actividad y santificarla con la oración. Esa actividad es santa y santificadora por sí misma, si sabe captar su sentido profundo y darle la orientación querida por Dios. Mediante su trabajo profesional humaniza la naturaleza, poniéndola al servicio de sus hermanos; mediante sus intervenciones en lo temporal trabaja por instaurar más justicia y más caridad entre los hombres; mediante su acción apostólica colabora más directamente a la obra de salvación realizada por Dios en el mundo. Con todo eso, pone al mundo en estado de acoger a Cristo al fin de los tiempos; prepara activamente la Pa-

rusía, el remate de la historia. Ora verdaderamente. Santifica esa edad que se le concede para la acción.

El anciano, por su parte, siente que disminuye su ardor y puede sufrir por ello. Sin embargo ese tiempo, para quien sabe considerarlo con los ojos de la fe, se presenta rico de significación espiritual y se revela como una fuente abundante de santificación. Considerar la vejez como el tiempo en que se espera la gracia del cielo, es hacer de esa pasividad una oración. El cristiano contempla con serenidad la muerte, consumación de su vida como encuentro definitivo con el Señor; y se abandona a Dios, Dueño de la Historia, sabiendo que Él transfigurará toda su vida pasada, reparará sus faltas, colmará sus omisiones. Tiempo del retiro, tiempo de la esperanza, tiempo del nuevo descubrimiento del primado de la contemplación.

Concluyendo: la celebración de las Témporas podrían hallar su lugar si se convirtieran en uno, dos o tres días de retiro espiritual en el que la oración y cada uno de los temas que el misal propone, apoyándose en la tradición de las antiguas Cuatro Témporas se desarrollaran y se vivieran interior e íntimamente: *a)* Acción de gracias; *b)* celebración penitencial; *c)* petición por las actividades humanas. Y todo ello vivido en el tiempo que hay que santificar tal como se ha expuesto extensamente más arriba.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

ABAD IBAÑEZ, J. A. - GARRIDO BONAÑO, M., *Iniciación a la liturgia de la Iglesia* (Madrid 1988) 799-800.
COFFY, R., en *Asambleas del Señor: catequesis de los domingos y fiestas.* LXXII: *Cuatro temporas...* (Madrid 1966).
PASCHER, J., «Las témporas de otoño», en ID., *El año litúrgico* (Madrid 1965) 340-349.
TAMPERE, P B., en *Asambleas del Señor: catequesis de los domingos y fiestas.* LXXII: *Cuatro témporas...* (Madrid 1966) 89-103.

SAN FROILÁN
Obispo († 905)

San Froilán fue uno de los hombres que forjaron la España medieval en las difíciles horas del siglo IX. Dos grandes tareas

se imponían a los hombres de aquella época para librarse del angustioso aniquilamiento que les amenazaba: la reconquista del suelo patrio de manos de los árabes y la inmensa obra de colonización que a la Reconquista seguía. Era preciso entonces hacerlo todo. Al recobrarse la yerma y asolada geografía hispánica había que imprimir sobre ella, como sobre tabla rasa, el espíritu, el carácter, la cultura y la pasión de la España cristiana, que renacía con sello nuevo tras los montes cántabros. La acción fecunda de Froilán, su vida y su espíritu, lleno de afanes de superación, quedaron tejidos en la trama de la historia de aquella España.

¿Quién era San Froilán y cuál fue la trayectoria de su vida?

Por fortuna, se conserva una corta biografía del ortodoxo varón Froilán, obispo legionense, copiada en elegante minúscula visigótica por el diácono Juan, contemporáneo suyo. Esa copia es del año 920, quince años después de la muerte del santo obispo (905). Ignoramos quién fue su autor. A pesar de su estilo lacónico y de sus adherencias legendarias, podemos reconstruir los rasgos fundamentales de su vida y carácter.

Nace el año 833 en los arrabales de Lugo. Allí recibe durante sus primeros años la enseñanza que los concilios exigían a los candidatos para el sacerdocio. Al llegar a los dieciocho años su vida interior entró en crisis. Dudó entre la vida retirada del desierto o la actividad apostólica. El futuro fundador de cenobios y gran predicador de muchedumbres opta por la soledad de los montes. Los espíritus superiores toman personalmente la iniciativa de su vida y Froilán quiso consagrarla totalmente a la familiaridad íntima con Dios. Buscaba a Dios en aquellos montes y lo encontraba en todas las criaturas, que le hablaban de una belleza arcana y superior. Él podía cantar dulcemente aquellos versos de Berceo:

> Yaciendo a la sombra perdí todos cuidados;
> odí sones de aves dulces e modulados.
> Nunca udieron omnes órganos más temprados,
> nin que formar pudiesen sones más acordados.

Mientras él gozaba de los encantos de la soledad estallaba en la España musulmana una violenta persecución contra los cristianos. El año 850 comenzó a florecer de nuevo con el rito

solemne de la sangre el martirologio cordobés. Rosas purpúreas de esta larga primavera martirial fueron, entre otros, el sacerdote Perfecto, degollado el día de la Pascua mora; el erudito monje Isaac, decapitado y colgado de un palo; el joven Sancho, crucificado; las dos vírgenes Columba y Pomposa, y el más famoso de todos, el bienaventurado Eulogio, «aquel hacedor anhelante de mártires», cuya cabeza cortó el alfanje de un solo golpe, a las tres de la tarde del sábado 11 de marzo del año 859.

Tal vez la voz poderosa de esta sangre inocente retumbó entre los montes donde Froilán se escondía y le empujó a organizar una cruzada. Tal vez en el diálogo familiar con Dios sintió la invitación a la vida activa. Nos cuenta su biógrafo, con la ingenuidad de nuestros cantares de gesta y, sin duda, imitando los inicios de la predicación de Isaías, que al joven eremita le acuciaba la duda de si debía permanecer por más tiempo en aquellas soledades. Para liberarse de ella se sometió a la prueba del fuego. Si Dios suspendía las leyes, era señal evidente de su voluntad divina. Froilán introdujo unas brasas encendidas en su boca. El fuego no le causó la más mínima quemadura. Dios había hablado. De los montes se lanzó a los poblados a propagar entre los hombres otro fuego que le ardía dentro. Su vida nos dice escuetamente que recorría las ciudades predicando sin cesar la palabra divina con gran aplauso de todos.

En sus triunfos pastorales sentía irresistiblemente el atractivo de la soledad para reponer sus energías. Acompañado del sacerdote Atilano torna a su retiro. Ambos se escondieron en los montes de Curueño (León). Pero los pueblos en masa le seguían a su celda solitaria. Con las muchedumbres iban magnates y obispos que anhelaban oír su palabra. Entre sus oyentes se despertaron numerosos seguidores cautivados por sus ejemplos. Ante los ruegos insistentes se ve forzado a bajar a la ciudad de Veseo. Allí erige su primer monasterio, que llenará pronto con 300 monjes. Es el comienzo de una nueva etapa: fundador de cenobios. Su fama salta los montes de León y llega a oídos de Alfonso III en Oviedo. El rey le envía mensajeros ordenándole venir a su corte. Honda impresión causó en Alfonso la presencia de aquel monje. Se fija en él para la gigantesca obra de repoblación que había comenzado su padre,

Ordoño I. Las fronteras del reino asturleonés llegaban por el sur hasta la línea del Duero. De Castilla se podía decir lo del poeta: «Harto era Castilla menguado rincón i cuando Amaya era corte, Hitero el moyón». Zamora, Toro y Simancas eran fortalezas que espiaban posibles asaltos árabes al reino cristiano. Las zonas fronterizas a ambos lados del río estaban despobladas y devastadas por los reyes asturianos. Lo exigía así la táctica militar. Pero había que ir empujando la frontera más abajo. Para eso, en la zona norte del Duero era necesario levantar los poblados destruidos y poner en explotación las tierras abandonadas. Ninguna fuerza más cohesiva para dar vida a estas preocupaciones regias que la acción colonizadora de los monasterios. Esto lo comprendió cabalmente Alfonso III y concedió al santo amplias facultades para visitar todos sus dominios y levantar cenobios a cuyo amparo se acogiesen los nuevos poblados. Estas agrupaciones humanas, así formadas, constituían una unidad política cuyo jefe era el abad, y sus agentes y maestros los monjes, que enseñaban las artes de la paz e infundían el espíritu de cruzada en la guerra de reconquista. Froilán puso en juego de nuevo su capacidad de iniciativa y se dio a recorrer las tierras del reino alfonsino. Su beligerante actitud le llevó a fundar dos grandes monasterios cerca de la frontera, a pocos kilómetros de Zamora. El primero fue el de San Salvador de Tábara. En él se congregaron 600 monjes de ambos sexos. Era uno de esos monasterios llamados dúplices, donde las monjas, aunque rigurosamente separadas, tenían la ventaja de la asistencia sacerdotal y de la defensa en caso de invasión.

Fue éste, en el siglo X, uno de los más famosos monasterios por el arte refinado de su escritorio. La pesadumbre del tiempo, insensible a los afanes del hombre, no nos ha permitido ver en su realidad de piedra la arquitectura de esta fundación. Pero, afortunadamente, un códice de su escritorio nos la conserva parcialmente. En el último folio aparece la torre del monasterio, «alta y lapídea», de sillería policroma, con ventanales de arcos de herradura. Sobre el tejado, dos airosas torrecillas con sendas campanas. A los lados de los últimos ventanales, dos balcones voladizos se asoman al horizonte. Tres hombres suben a la torre por unas escaleras de mano y otro hace sonar las campanas

tirando de una cuerda. Adosado a la torre está el escritorio. Un pergaminero aparece sentado en un taburete cortando el pergamino con grandes tijeras. En un aposento inmediato están el monje Senior, copista, y Emeterio, escriba y pintor, discípulo predilecto de Magio. Fue Magio la gloria cultural más notable del monasterio tabarense. Contemporáneo en su niñez de Froilán, elevó a alturas maravillosas el arte de la miniatura, ese arte «casto, espiritual y apacible a los ojos, y que mueve el ánima a altas consideraciones». Son todos los datos que poseemos de esta espléndida fundación. Del segundo monasterio tenemos aún menos noticias. Según el citado biógrafo, lo levantó en un emplazamiento alto y ameno junto a las aguas del Esla, al parecer cerca de Moreruela (Zamora). Sólo una frase añade a este lacónismo: «Se reunieron allí 200 monjes consagrados a la ascesis de la vida regular».

Aquellos cronistas medievales, avaros del tiempo, no nos cuentan nada de los métodos de dirección espiritual del santo cenobiarca ni del ambiente de perfección que, sin duda, reinaba en estos monasterios. Pero se siente palpitar en estas breves páginas biográficas la dinámica incontenible de Froilán, su temperamento emprendedor, su espíritu sobrenatural lleno de ardorosa elocuencia, su recia personalidad de caudillo espiritual. Esa era la fama que corría de pueblo en pueblo y de comarca en comarca y que cada día ganaba más admiradores. Por eso no es extraño que, al quedar vacante la sede de León, se alzase unánime la voz del clero y del pueblo, reclamando por obispo al abad Froilán. El rey, que no había logrado convencerle para que aceptase el oficio pastoral, se alegró sobremanera. Vencida su resistencia, fue consagrado obispo de León el día de Pentecostés, 19 de mayo del 900. Ese mismo día recibía también la consagración episcopal para la sede de Zamora su inseparable y santo amigo Atilano. Estas dos lumbreras, dice emocionado el autor anónimo, puestas sobre el candelero, iluminaron con la claridad de su luz eterna todos los confines de España.

La Iglesia de León, que estaba dedicada, según una donación de la época, «a los señores, santos, gloriosos y, después de Dios, fortísimos patronos Santa María Virgen, Reina celeste, y San Cipriano, obispo y mártir», recibía ahora clamorosamente

por obispo al que había de ser su patrono hasta el día de hoy. Sólo la gobernó cinco años, pero el heroísmo de sus virtudes y el triunfo de su santidad la aureolaron para siempre.

QUINTIN ALDEA VAQUERO, SI

Bibliografía

Acta sanctorum Octobris, III, p 228-235
FLOREZ, E , *España sagrada,* XXXIV *Vita,* p 422 425, 159-203
GONZALEZ FERNANDEZ, J , *San Froilan de Leon* (Leon 1946)
LOPEZ PELAEZ, A , *San Froilan de Lugo (siglo IX)* (Madrid 1910)
— *Vida postuma de un santo (El culto de San Froilan)* (Madrid 1911)
• Actualizacion
PRADO REVERO, J DF, *Siguendo las huellas de San Froilan* (Salamanca 1994)
— *Santoral leones* (Leon 1991)
XIZ RAMIL, X , *San Froilan* (Santiago de Compostela 1999)

SAN ATILANO
Obispo († 919)

Del que fue grandioso monasterio de Santa María de Moreruela, en Zamora, enriquecido con privilegios de Alfonso VII, Fernando II y aun de sumos pontífices, como Alejandro III; de aquella ilustre abadía junto al Esla caudaloso; de todo aquello que en el siglo XII fue cuna de la Orden del Císter en España, hoy no queda sino desolación y ruina. Aún están en pie algunos paredones del templo gigantesco y la sala capitular. La iglesia, de tres naves, conserva casi intacta la girola, la capilla mayor con su ábside, siete absidiolas y dos aún menores a los costados del crucero.

Esto, y poco más, es cuanto queda de aquel monumento insigne, en el que quizá se inspiró el arquitecto de la bellísima catedral leonesa.

El monasterio de Moreruela está íntimamente ligado a las vidas de San Atilano y San Froilan, prior y abad de aquella fundación de Alfonso III para consolidar la línea defensiva del Esla y del Duero contra los árabes. Las ruinas actuales, dignas de mejor trato, son recuerdo, aunque triste, de la primitiva fundación de los dos santos, al lado opuesto tal vez del mismo río.

De la vida de San Atilano existen muy pocos datos, y algunos improbables; pero los que son ciertos bastan para destacar

la personalidad eminente de uno de los grandes obispos españoles de los años difíciles de nuestra Reconquista.

Había nacido en Tarazona de Aragón, hacia el año 850, y, al parecer, de noble familia. Joven de quince años hace ya vida religiosa en un monasterio benedictino cercano a Tarazona. Es posible que viviese después algunos años en Sahagún, si es cierto que Ambrosio de Morales vio allí un códice de San Ildefonso de Toledo que fue copiado por «Atilano, monje de Domnos Santos (por San Facundo y San Primitivo) y después obispo de Zamora».

Desde Tarazona, en la Villa de los Fayos, o desde Sahagún, el joven mozárabe busca un guía experimentado para su vida de perfección. Él, inexperto, amante de las virtudes y de la ciencia, ha sido ordenado sacerdote y, dedicado a la predicación hasta entonces, desea retirarse a un lugar solitario para hacer oración y penitencia.

Son tiempos difíciles aquellos para la vida anacorética. En la segunda mitad del siglo IX es muy peligroso aquel género de vida, y especialmente para un joven. Odilón de Samos, por mandato de Ordoño I, inspeccionó la vida eremítica en Galicia y demostró la existencia de «muchos monjes sanguimistos, latrones, réfugas, mágicos». No eran pocos los anacoretas que, aparentando religión, cometían toda clase de crímenes y supercherías, eran viciosos, y frecuentemente hasta vulgares espias al servicio del mejor postor, fuera cristiano o fuera moro.

San Atilano acierta en su elección, y, con la bendición de los superiores, busca a un monje que, en expresión de su coetáneo y biógrafo Juan Diácono, «recorría las ciudades, predicando la palabra de Dios; se retiraba a lugares inaccesibles [...]; huía de los favores y alabanzas humanas [...] para hacer vida retirada». El monje solitario se llamaba Froilán, había nacido en Lugo y no era sacerdote. San Atilano no duda en ponerse bajo su cuidado y dirección, viviendo con él en la montaña leonesa. Juntos seguirán ya muchos años, hasta ser elevados en el mismo día a la dignidad episcopal.

Buscaron un lugar solitario para entregarse a la penitencia y a la oración. En el monte que el hagiógrafo contemporáneo llama «Cucurrino», y actualmente se denomina Curueño, cerca de

Valdorria, en la zona norteña de León, ambos santos hallaron el sitio ideal para sus ansias de soledad, que vieron muy poco tiempo satisfechas.

Se extendió pronto el rumor de su vida por toda la comarca. Hombres y mujeres de todas las clases sociales llegaban hasta ellos para escuchar la palabra divina. Los cortesanos que acompañaban al rey cuando estaba en León no se desdeñaban de acercarse a los dos anacoretas del Curueño. Su fama fue el peor enemigo de sus anhelos de retiro y soledad. Ante la piadosa insistencia del pueblo tuvieron que levantar un monasterio en el lugar de Veseo, que posiblemente estaba situado al norte de La Vecilla, y que hoy es solamente un recuerdo, aunque fue tan famoso cenobio que llegó a contar en la época de nuestro santo hasta trescientos monjes, que seguirían quizá la regla monacal de San Fructuoso o de San Isidoro. Número es éste de religiosos que prueba la fama de virtud de San Froilán y San Atilano, fama que llegó a toda España, y, aunque tarde, a la corte de Oviedo, al mismo rey Alfonso III el Magno, que no dudó un momento en colmar de honores al abad Froilán, a quien facultó para construir monasterios en su reino.

Cerca de Zamora o de Benavente, en batalla de cronología dudosa (hacia el año 878), que se denomina de Polvoraria o de Polvorosa, Almondhir, jefe árabe, sufre una fuerte derrota, que nos ha sido recordada en la carta de fundación del monasterio de San Bernardo de Benavente. La línea del Duero quedaba así fortificada, y la Tierra de Campos asegurada contra los moros. Zamora empieza a ser reedificada y repoblada. Es entonces cuando San Froilán y San Atilano fundan el monasterio doble de Tábara, no lejos de Zamora, donde se reunieron hasta seiscientos religiosos, hombres y mujeres, que, en separación completa, estaban sometidos a una severa disciplina.

Era labor colonizadora y cultural, además de religiosa la de ambos santos. En Tábara (su torre es famosa) trabajarían calígrafos y copistas destacados, como Maio y Emeterio. Los campos se roturan y se pueblan, al abrigo del monasterio. Acaso entonces fundaran ambos también varios pequeños cenobios en las riberas del Esla, antes o después de la nueva fundación o restauración de Moreruela, aquel gran monasterio que, cons-

truido en lugar alto y ameno, iba a ser, con sus doscientos monjes, gloria del abad San Froilán y de San Atilano, prior de tan numerosa comunidad.

El pueblo de nuevo pide al rey que eleve aún a más alta dignidad a los dos, siempre unidos en su vida apostólica. Venciendo su humildad, son consagrados obispos en el mismo día de Pentecostés del año 900: el abad será obispo de León y el prior será obispo de la ciudad recientementete repoblada de Zamora. Dos luceros (dice el biógrafo) sobre el candelero, que alumbrarían a España predicando la palabra divina. Con el honor creció la santidad, y recibieron del cielo doble gracia para instruir y enseñar a los fieles de todos los estados: monjes, clérigos y laicos.

Los años del episcopado de San Atilano son oscuros y ciertamente difíciles, en continua repoblación de su sede episcopal y de su diócesis. En julio del 901 Ahmed ben Moaviah (Abul Cassim) pretende destruir la ciudad de Zamora. Alfonso III acude en su socorro y provoca aquella gran derrota de los árabes que ha pasado a la historia con el nombre de «Día de Zamora».

La leyenda ha rodeado, como a casi todos los santos medievales, la figura de San Atilano. Después de afirmar que en su consagración episcopal se hizo visible el Espíritu Santo en forma de paloma, y que, huyendo de los árabes, a su paso se hundió el viejo puente romano sobre el Duero, pereciendo sus perseguidores, ha hecho extraordinariamente popular el sencillo anillo que veneran todos los años los zamoranos en la parroquia arciprestal.

Es vieja tradición que San Atilano peregrinó a Jerusalén, en penitencia por algunos pecados de su juventud. Cruzando el puente, arrojó su anillo episcopal al Duero, con la esperanza de recuperarlo algún día como prenda segura del perdón obtenido. A los dos años, inspirado por Dios, vuelve de incógnito a Zamora y recibe hospedaje muy cerca, en la ermita de San Vicente de Cornu. Preparando su comida, abre un pez recibido de limosna y dentro encuentra su anillo. Las campanas de la ciudad repicaron solas, y ante los zamoranos que acudieron a recibirle jubilosos, avisados por tal prodigio, apareció revestido milagrosamente con los ornamentos episcopales.

Rigió algunos años más su obispado y descansó en la paz del Señor hacia el año 919, el día 5 de octubre.

Sus reliquias, defendidas largos siglos, son muy veneradas en la parroquia arciprestal de San Pedro y San Ildefonso, de Zamora, que lo declaró patrono de su diócesis, de la que fue restaurador ilustre, o acaso fundador, y el único santo de su glorioso episcopologio.

En Milán y en una de las primeras declaraciones de santidad heroica hechas por un Papa, fue canonizado, junto con el mártir San Herlembardo, por Urbano II.

La vida penitente de San Froilán y de San Atilano como eremitas, su labor cultural y colonizadora, su celo pastoral, su espíritu de fundadores, y todas las virtudes de que estuvieron adornados hicieron decir al gran cardenal Baronio que, «por ser dignos de los honores debidos a los santos, estaban justamente inscritos en su catálogo».

MANUEL ALONSO HERNÁNDEZ

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, III, p.235-245.
FLOREZ, E., *España sagrada,* XIV: *Vita,* p.244-346; 408-410.
GONZALEZ FERNANDEZ, J., *San Froilán de León* (León 1946).
LAMERT, A., «Attilan», en A. BAUDRILLAT - R. AUBERT (dir.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclesiastique,* V: *Athéisme-Azzon* (París 1931) cols.169-170.
Vida de San Ildefonso y de San Atilano (inédita), en el Archivo Arciprestal de Zamora, n.43.
• Actualización:
BECARES BOTAS, V., *Los patronos de Zamora San Ildefonso y San Atilano* (Zamora 1990).

BEATO RAIMUNDO DE CAPUA

Presbítero († 1399)

El 15 de mayo de 1899 el papa León XIII aprobaba, con el título de Beato, el culto que durante cinco siglos se había venido tributando a Raimundo de Capua, confesor y director de Santa Catalina de Siena.

Era el refrendo con que la Iglesia avalaba la veneración de que venía rodeada su memoria desde el día de su muerte y la

fama de santidad de que justamente gozaba fuera y dentro de la Orden, de la que fue durante diecinueve años maestro general.

Nació en Capua hacia el 1330, de la noble familia Delle Vigne. Joven todavía entra en la Orden de Santo Domingo y hace sus estudios en las Universidades de Bolonia y Nápoles. Recién terminados éstos, dirige espiritualmente por espacio de más de tres años a las monjas dominicas del monasterio de Santa Inés de Montepulciano.

Después de un tiempo de prior del convento de Santa María de la Minerva, de Roma, es destinado a Siena hacia el 1374 con el cargo de maestro de Sagrada Escritura y regente de estudios de aquel floreciente convento dominicano. Es ésta la época de sus primeros contactos con la humilde terciaria Catalina Benincasa, quince años más joven que él y cuya fama llenaba el convento y rebasaba ya los muros de la ciudad de Siena.

El capítulo general de la Orden de Predicadores, celebrado en Florencia este mismo año, que examinó y aprobó el espíritu y modo de vida de Santa Catalina, confió su dirección espiritual a Raimundo. Su experiencia y ponderación en la dirección de las almas y su sólida preparación científica eran para los superiores garantía suficiente en el caso extraordinario de aquella *mantellata,* asidua feligresa de la iglesia de Santo Domingo.

Desde este tiempo ya no puede considerarse la vida del Beato Raimundo independientemente de Santa Catalina. Ella le llamará «el padre de mi alma, que me ha dado la dulce Madre María», y el Beato Raimundo de Capua confiesa, con ejemplar humildad y reiteración, haber encontrado en Catalina el acicate más eficaz hacia la santidad y el más constante ejemplo de vida virtuosa.

Por dicha nuestra, al escribir Raimundo de Capua, con minuciosa escrupulosidad de cronista, la extensa biografía de su santa dirigida, no pudo hacerlo sin trazar su propio perfil espiritual y hasta psicológico.

¡Qué revelador resulta, por ejemplo, que Raimundo de Capua, preocupado por la naturaleza de los fenómenos extraordinarios y de la misma virtud de Catalina, pusiera como prueba el que la santa le consiguiera de Dios una contrición de los propios pecados mucho mayor de la que hasta entonces había tenido!

Él mismo lo cuenta con un acento de sincera autenticidad difícilmente superable:

> «Tuve una visión de mis pecados con una claridad sorprendente [...], que me puse a derramar sobre mis pecados torrentes de lágrimas; mi dolor era tan profundo que me pareció que me iba a morir.»

Fue Raimundo de Capua infatigable en su celo, no sólo cuando trabajaba junto a Santa Catalina en el tiempo de la peste de Siena, en sus estancias en Pisa, Montepulciano, Aviñón, o en la gran misión que transformó espiritualmente la Val d'Orcia, sino cuando estaba, por su fidelidad inconmovible a la Santa Sede, por su prudencia y ascendiente extraordinarios, al servicio directo de los pontífices Gregorio XI, Urbano VI, Bonifacio IX. Urbano VI le llamaba a menudo, y con ternura agradecida, «su cabeza, sus ojos, su boca, su lengua, sus manos, sus pies».

Hijo humilde de la Iglesia, renunció reiteradamente los honrosísimos cargos y dignidades con que pretendían distinguirle los papas. Vivió entregado, a costa de grandes sacrificios y enormes peligros, a la causa de una verdadera reforma en el seno de la Iglesia misma.

Cuando los piratas que infestaban el Mediterráneo le detuvieron en Ventimiglia, truncando el viaje impuesto por Urbano VI para influir sobre el ánimo del emperador Carlos V de Francia en orden a la aceptación del verdadero papa, Raimundo de Capua dio gracias a Dios por haber escapado providencialmente de la muerte. Santa Catalina creyó más bien que había sido poco valiente y que, por desdicha suya, Dios no le había encontrado digno todavía de un martirio que habría sido mucho más valioso que su vida para la causa de la Iglesia. En realidad, ambos reflejaban un matiz distinto de la santidad: el que correspondía al carácter y a la misión propios en el Cuerpo místico de Cristo.

El ardor y la tenacidad de Raimundo tuvieron magnífica ocasión de ponerse a prueba cuando se trató de llevar a cabo junto a los pontífices, y como general de la Orden —al poco de morir Santa Catalina—, el programa de reforma que la misma santa había inspirado y alentado constantemente.

El Beato Raimundo lo empezó en la propia Orden, con los frailes considerados más o menos directamente discípulos de Santa Catalina primero, y extendiéndola después —en viajes agotadores— a varios conventos de Italia, España, Alemania e Inglaterra. Su tacto y sabiduría sobrenaturales en el gobierno evitaron que se produjera en la Orden de Predicadores la escisión entre observantes y claustrales en que iban desembocando los movimientos reformistas de otras familias religiosas. Con entera justicia se le ha tributado en la historia el título de segundo fundador de la Orden de Santo Domingo.

Los sufrimientos incontables que su pertinaz lucha por la reforma le proporcionaron fueron su martirio, Dios sabe si más fecundo o no que el que le querían proporcionar los piratas a sueldo de los partidarios del antipapa, en aguas del Mediterráneo. A los cincuenta y un años de vida religiosa y sesenta y nueve de edad voló al cielo en el convento observante de Nuremberg, el 5 de octubre de 1399. Allí reposó su cuerpo hasta que, para evitar su profanación por parte de los luteranos, fue trasladado a Nápoles, a la iglesia de Santo Domingo Mayor, en la que actualmente se venera.

ÁNGEL MORTA FIGULFS

Bibliografía

CAPECELATRO, A., *Storia di Santa Caterina de Siena e del papato del suo tempo* (Florencia ^{3}1863).

CORMIER, H. M., *Raymundi Capuani opuscula et litterae* (Roma 1895); trad. española: *El Beato Raimundo de Capua* (Sevilla 1900).

D'URSO, G., «Il B. Raimondo da Capua», en RAIMUNDO DE CAPUA (Bto.), *Legenda maior*, ed. de G. TINAGLI (Siena ^{2}1952) 7-21; nueva ed. 1994.

LECLERCQ, J., *Santa Catalina de Siena* (Madrid 1955) 223-246.

MORTIER, A., *Histoire des maîtres généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs*, III (París 1905) 491-686.

RAIMUNDO DE CAPUA (Bto.), *Vita Sanctae Catherinae de Senis* (Colonia 1553).

• Actualización:

FORCADA, V., *Beato Raimundo de Capua. Maestro general y reformador* (Madrid 2003).

BEATA ANA SCHÄFFER

Virgen († 1925)

Pocos casos como el de esta laica alemana han suscitado tan amplio consenso y tan gran resonancia sobre su vida de santidad. No sólo es conocida y venerada en su Baviera natal y en los países de lengua alemana, sino en un buen número de Estados europeos, en América del Norte y del Sur, en África e incluso en Australia.

La vida de Ana Schäffer, sencilla y breve, puede dividirse en dos etapas principales. La primera transcurrió en su casa y sirviendo a algunas familias; la segunda, enferma en cama con terribles dolores, acompañada de su madre y querida por todos, en su pueblo natal.

Ana Schäffer nació el 18 de febrero de 1882, en la pequeña localidad de Mindelstetten, diócesis de Ratisbona, distrito de Riedenburg, provincia del Palatinado Superior, en el entonces reino de Baviera, al sur de Alemania. Su pueblo estaba enclavado en el típico paisaje bávaro: un valle de colinas en la cuenca del Danubio, rodeado de bosques e incluso selva. Mirando desde los altiplanos que lo rodean, podían verse las casas, bastante confortables, agrupadas en torno a la parroquia. Allí fue bautizada el mismo día de nacer por el párroco don Benno Steiger. Fue su madrina, de la que recibió el nombre, Ana Schäffer, mujer del guardabosque del príncipe Sarching y cuñada del padre de Ana.

Ana era hija del carpintero Miguel Schäffer y de la campesina Teresa Forster, que habían contraído matrimonio en 1879. El padre era también aficionado a la música, lo cual le procuraba algunos ingresos complementarios. En 1880 habían adquirido una casa y había instalado en ella su carpintería. Parece que Miguel, buen trabajador, era algo aficionado a la bebida, lo cual traía consigo algunos disgustos familiares. La madre era tranquila, silenciosa, profundamente cristiana, de gran piedad, laboriosa, diligente, seria, llena de solicitud por los suyos y buena educadora de sus hijos. Ana la amó siempre entrañablemente.

El ambiente familiar era muy humilde pero digno y gozaban de buena fama en Mindelstetten. Vivían casi en la pobreza, pero con admirable espíritu religioso, alimentado por el no común

sentido de piedad que caracterizaba a la madre y que quedó indefectiblemente impreso en Ana, persona muy sensible y receptiva de los verdaderos valores de la vida.

Ana fue la tercera de seis hijos. Sus padres tuvieron también otros dos, que murieron al poco de nacer. De sus dos hermanos mayores, Leopoldo murió el 24 de septiembre de 1914, al comienzo de la I Guerra Mundial, y Miguel heredó la casa paterna. De los tres menores que ella, Juan también fue gravemente herido en la guerra; Catalina, casada con el señor Veith, fue modista y la última, Crescencia, casó con Ruffer. Todos ellos eran buenas personas.

Se sabe poco de la infancia de Ana. Parece que era una joven tranquila, sobria, serena, inclinada a portarse bien en cualquier situación, especialmente en la escuela, donde resultó una alumna muy diligente. Salía poco y solía rezar en una de las habitaciones de su casa. A pesar de que era alta y robusta, resultaba una niña tímida y pasaba desapercibida.

En mayo de 1888 comenzó sus estudios primarios en la escuela elemental del pueblo. Superó brillantemente todo el ciclo, que duraba siete años, concluyendo el 22 de abril de 1895 con los exámenes de licenciatura elemental, en los que obtuvo la máxima calificación en todas las materias. A pesar de las carencias derivadas de la pobreza de la familia, demostró ser una de las mejores alumnas.

Estando todavía en la escuela, cuando tenía 11 años, el 12 de abril de 1893 recibió la primera comunión. Parece que ya entonces se ofreció completamente al Señor: «Yo quiero, Jesús —escribió—, ofrecerte la expiación y, si tú lo quieres, ¡déjame ser una víctima de expiación! Haz conmigo lo que tú quieras». Al año siguiente, el 16 de julio de 1894, con doce de edad, fue confirmada, junto con su hermana Crescencia, por el obispo de Ratisbona mons. Ignacio Senestréy. Para entonces, aún siendo tan joven, Ana Schäffer había orientado ya su vida en una dirección bien precisa: en 1892, con sólo 10 años, había hecho voto privado de castidad.

En 1895, cuando contaba 13 años de edad, Ana dejó su familia para ir a trabajar como empleada doméstica. Parece que esta decisión la tomó ella misma, porque quería ganarse la dote

para que la recibieran en un Instituto religioso: su intención era ser monja misionera. Su primer trabajo fue en Ratisbona, al servicio de la doctora Antonia Eickermann, médica homeópata. Debía atender la casa y a la consulta de los enfermos, y la trataban con gran severidad, tanta que ni siquiera podía ir a verla su hermano, que también vivía en Ratisbona. Su única consolación era que todos los días, de madrugada, podía asistir a la santa misa en una capillita muy cerca de la casa.

Sólo permaneció un año en este trabajo. Fue llamada a casa porque el padre estaba gravísimo y, en efecto, murió el 25 de enero de 1896, a la edad de 40 años, dejando a su mujer y a sus hijos en un estado de extrema pobreza.

Ayudada por el párroco de Mindelstetten, don Carlo Rieger, Ana fue a servir a diversos lugares, pero siempre durante poco tiempo. Estuvo primero con una familia de Ratisbona, luego en Landshut con el juez Cornelio, después en casa del administrador del castillo de Sandersdorf hasta el verano de 1898 y, finalmente, con la familia del señor Kirschbaum, inspector forestal bávaro en Stammham.

Tres años antes de sufrir un gravísimo accidente que la dejó inválida para siempre, estando en Landshut, Ana tuvo un *sueño* que le anunció cuanto había de sucederle. Lo narraba ella de este modo:

> «En el mes de junio de 1898 he tenido un sueño muy extraño. Lo llamo sueño porque no sé expresarme de otro modo. No me había acostado todavía y la luna entraba en mi habitación iluminándola bastante. Rezaba mi oración de la noche y eran cerca de las 10. Apenas había concluido la oración, de repente todo se quedó oscuro en torno a mí y tuve mucho miedo.
>
> De repente todo se puso claro como por un relámpago y ante mí había una persona. Esta persona tenía un vestido azul y un manto rojo encima, como los apóstoles, o como las imágenes que yo había visto de Jesús, el Buen Pastor. Tenía en las manos un rosario. Habló del rosario y dijo que antes de cumplir los veinte años, y después, yo sufriría mucho, mucho. Aquella figura hablaba de que yo sufriría mucho y durante muchos años [...]. Yo tenía entonces 16 años».

El gran cambio en la tranquila vida de Ana tuvo lugar el 4 de febrero de 1901. Tenía 19 años y estaba al servicio del inspector forestal de Stammham. Aquel día, mientras lavaba la

ropa con una compañera de servicio, Wally Kreuzer, le sucedió el accidente que le hirió irreparablemente las piernas: subió a un muro bajo al borde de la caldera donde hervía el agua con lejía para el lavado con el fin de colocar bien el tubo que alimentaba el calor cuando, por tener nieve en los zuecos, resbaló, perdió el equilibrio y cayó dentro de la caldera. Su compañera, aterrorizada, en vez de ayudarla inmediatamente, corrió en busca de ayuda. Cuando llegó con un cochero, Ana tenía las piernas quemadas hasta la rodilla. Ninguna cura pudo librarla de sus horribles heridas.

La llevaron primero en carreta al hospital de Kösching, el más cercano, a unos siete kilómetros. Allí pasó semanas tremendas de fortísimos dolores, con frecuente peligro de muerte y sin ninguna mejoría. A los tres meses concluyó la ayuda del seguro médico y la llevaron a Mindelstetten con su madre, que no podía pagar los gastos del hospital. El 3 de mayo de 1901 comenzó a ocuparse de ella el doctor Wäldin de Pförring, médico local. Intentó curarle las heridas de varias formas: incisiones, cauterizaciones, raspados, transplantes cutáneos y pomadas. A pesar de las anestesias que, cuando podía, le aplicaba, Ana sufrió tremendos dolores.

Después de otros tres meses de martirio, por influencia de su médico una institución para inválidos aceptó ocuparse de Ana y en diciembre de 1901 la internaron en la clínica universitaria de Erlangen, cerca de Nuremberg, que gozaba de excelente fama en el mundo de la medicina. Permaneció allí hasta mayo de 1902, sufriendo también horriblemente por las curas que le realizaban y sin lograr mejoría alguna.

Volvió de nuevo a su casa de Mindelstetten y, al saberlo sus antiguos señores de Stammham, decidieron llevarla con ellos para ofrecerle su ayuda. Pudo asumir algún pequeño trabajo en la cocina, pero fue un intento inviable, que pronto tuvo que ser interrumpido.

Regresó nuevamente con la madre, postrándose en cama para no levantarse ya. Pero se daba la circunstancia de que la casa familiar había sido cedida por la madre a su hijo Miguel que, igual que el padre, era carpintero, y había dejado para ella solamente una habitación muy pequeña. En ella tuvieron que

colocarse la madre y la hija. Además, pronto comenzaron las dificultades, porque el poco dinero que tenía la madre, o que habría ahorrado Ana, se les fue acabando. Crescencia y Catalina, que trabajaban en el servicio doméstico, ayudaban cuanto les era posible, pero la situación era muy precaria, porque la asistencia a Ana, aunque el médico cobrara muy poco, para ellas era demasiado.

Este período se extendió desde mayo de 1902 hasta finales de 1904 o comienzos de 1905. Ana estuvo muy ayudada por el párroco don Carlo Rieger: todos los días le llevaba la comunión, le facilitaba alimentos y consiguió que tuviera una pequeña pensión. A Ana le preocupaba mucho no poder valerse por sí misma, pero poco a poco comenzó a hacer algún trabajo de costura junto con su hermana Catalina, con lo que podían ir pagando, aunque fuera en pequeñas cantidades, las deudas contraídas con el médico.

Como tenían problemas con el hermano Miguel, algo aficionado a la bebida y, además, el espacio de que disponían la madre y Ana era insuficiente para ambas, alquilaron una habitación más amplia en el mismo pueblo, en la casa de los Forchhammer.

Los veinte años que van desde 1905 hasta su muerte continuaron siendo de grandes sufrimientos para Ana Schäffer. Quien más la atendió fue el Dr. Wäldin, que le realizó más de treinta intervenciones quirúrgicas, muchas de ellas, injertos fallidos. También la visitó el médico del distrito de Riedenburg, pero pudo hacer muy poco. Al fin, viendo que ni con pomadas, aguas, o transplantes conseguían curarle las heridas, decidieron vendarle las piernas con gasas estériles impregnadas en una medicina, cura que en adelante le realizaban cada semana, hasta su muerte en 1925. Esto le procuró algún alivio, pero no la curación.

Ana no podía levantarse de la cama. Con ello, la joven vivaz y vigorosa se fue dando cuenta de que debía prescindir de sus planes de futuro, como era el de hacerse religiosa, y asumir el sufrimiento y la cruz, que se prolongarían durante un cuarto de siglo. No le fue fácil aceptar la situación: intentó curarse, gritó por el dolor como cualquier otra joven. Sólo lentamente, en la

dura escuela del sufrimiento, consiguió reconocer la voluntad de Dios y la aceptó con alegría. Poco a poco llegó a percibir que el amor de Dios la había destinado a asemejarse con Cristo doliente y que podría colaborar así a la salvación de los hombres, a la gloria de Dios y a la propagación de la fe más que con cualquier otro género de vida o de trabajo. A medida que iba asumiendo la situación, aprendió incluso a dar gracias a Dios por los sufrimientos y a pedirle el perfeccionamiento de este género de gracia. Ella quería soportar cada vez mejor sus padecimientos unida a Cristo, como Cristo y por Cristo, para salvar su propia alma, para completar el número de los mártires y para servir de este modo a la realización del Reino de Dios.

Este intensísimo sufrimiento corporal, vivido en unión al de Cristo Redentor, se veía atenuado por las íntimas alegrías espirituales derivadas de su relación mística con el Señor, con la Madre de Dios, con los ángeles y con los santos. Ella misma llegó a confesar:

> «Si alguien me hubiera dejado elegir entre estar completamente sana y poder gozar de todas las alegrías inimaginables, pero sin la Santa comunión; o sufrir día y noche los más agudos dolores, sin poder cerrar los ojos, pero recibir cada día la Santa comunión, yo elegiría esto último, porque todos los sufrimientos terrestres nunca podrían llegar a compensar, a equilibrar, o a sopesar lo que yo habría debido sufrir si hubiera tenido que permanecer sin la Santa comunión. Unida con Jesús estoy siempre feliz. E incluso si los dolores convulsionaran todo mi cuerpo, siento, no obstante esto, tal beatitud en mi corazón que no sería nunca capaz de expresarla».

Los sufrimientos externos y la alegría interior mantenían la balanza en equilibrio. Ningún ser humano hubiera podido soportar durante tanto tiempo solamente el sufrimiento y el dolor. De hecho, para quien sufre unido al Señor, los mismos padecimientos se transforman en un profundísimo gozo interior.

Como afirmaba don Carlo Rieger, párroco de Mindelstetten, que le había llevado la sagrada comunión todos los días y la había ayudado espiritualmente, Ana sufrió con la fuerza de una fe heroica; ofrecía sus terribles dolores por toda la Iglesia y particularmente por los moribundos y por cuantos se habían encomendado a su voluntad de sacrificarse. Para ella, ser un alma inmolada en continuo sacrificio constituía una gran alegría.

En sus *Apuntes* espirituales escribe Ana Schäffer:

> «El Buen Dios aprecia más una sola alma que nosotros conducimos a Él con nuestro sufrimiento, oración, penas, fatigas y sacrificios, que todos los otros servicios que podamos ofrecerle. Cuando ante el Santísimo Sacramento y en la Santa comunión le encomendamos fervorosamente un alma perdida y después rezamos y nos sacrificamos por ella, yo creo que tal alma no se perderá, aunque a veces parezca imposible su conversión. Ésta llegará en el momento oportuno, porque ninguna oración y ningún sacrificio se pierde jamás. El amado Salvador no defraudará nunca por toda la eternidad nuestra confianza en él».

Los años de la I Guerra Mundial trajeron consigo para ella una enorme tarea de reparación y de expiación. Escribía, por ejemplo, el 12 de diciembre de 1914:

> «Personalmente, siempre igual. En total, 32 llagas que se encuentran en estado de fuerte supuración y desde el estallido de la guerra forman todavía más pus. Ofrecemos nuestros sufrimientos también por los pecados cometidos en los campos de batalla y para obtener una bendita hora de la muerte para los soldados moribundos».

La espiritualidad de Ana Schäffer se apoyaba en los sólidos pilares de la devoción al Corazón de Jesús y a la Eucaristía, que vivía intensamente en la comunión frecuente. Lo expresaba de este modo:

> «De día y de noche mis pensamientos se entretienen inseparablemente con Aquel a quien yo amo, y que incluso con frecuencia durante el día y la noche, al recibirlo en la Santa comunión espiritual, toma consigo mi corazón. Y muchas veces después de una hora me doy cuenta de que todavía me encuentro en este pobre mundo».

Ana estuvo siempre con el Señor y deseó ardientemente que todos estuvieran con él. Escribía el 19 de marzo de 1917:

> «Con cuánto gusto quisiera sufrir el martirio sólo por este motivo: que el amado Jesús en el Santísimo Sacramento sea más conocido y amado y que verdaderamente muchas almas se inflamen en el deseo del Bien más sublime. Yo no tengo más deseo en esta tierra que el de ser consumida por las llamas de tu Sacratísimo Corazón. Quisiera estar muerta para el mundo, del todo y completamente».

Ana perteneció siempre al Señor, como lo prueba que, junto a sus atroces sufrimientos físicos, recibiera extraordinarias gra-

cias espirituales. Tuvo, ciertamente, una relación esponsalicia con el Señor, fraguada en el misterio de la cruz. Así, el 4 de octubre de 1910 recibió los estigmas de la pasión de modo muy visible y, aunque poco después obtuvo que se le ocultaran, le permanecía el dolor. El 1 de enero de 1915 celebró su matrimonio místico con Jesús y un año después, el 2 de enero de 1916 se consagraba completamente a él. Más tarde, en 1918 experimentó los dolores de la coronación de espinas y en 1920 comenzaron los éxtasis de la pasión. La clave de la espiritualidad de Ana Schäffer es, sin duda, la maravillosa e indisoluble conjunción entre alegría y cruz, sufrimiento y bienaventuranza, armonía de aparentes contrarios —signo de santidad— que se fue haciendo más sólida, fuerte y madura en la medida en que crecían los sufrimientos y el amor.

Con esta intensísima vida interior, Ana llegó a convertirse en polo de atracción para todos los habitantes de Mindelstetten. Era como una fuente de maravillosos ejemplos de amor que fascinaban a los jóvenes, deseosos sólo de estar cerca de ella. Éstos, en principio, se le acercaban para procurarle algún consuelo y, sin embargo, eran ellos quienes salían confortados después de un encuentro con Ana. Su serenidad, su confianza en Dios, su caridad con los niños, la alegría con que soportaba el dolor, su visión religiosa de la vida, hacían de ella un luminoso testimonio para todos.

En los momentos más tranquilos solía hacer labores de punto, bordado o ganchillo, excepto en los tres últimos años de su vida. También solía escribir notas personales y cartas. Sus días pasaban, junto a su madre, en la amplia habitación alquilada desde una de cuyas ventanas veía la iglesia, acompañada por los niños de la casa, recibiendo visitas de personas que más admiraban que lamentaban sus sufrimientos, trabajando cuando podía y dedicando el mejor tiempo a la oración. Todos los días rezaba el rosario y el ángelus. A pesar de los terribles dolores en las piernas y pies, llenos de heridas purulentas que no se le cerraron nunca, Ana estaba siempre de buen humor y en una actitud tranquila. Muchos acudían a ella en busca de consuelo y todos salían fortalecidos de la visita.

En todo momento recibió notable ayuda del párroco, no sólo espiritual, sino también material. Le enviaba diariamente la

comida y le consiguió una pequeña pensión de invalidez de la mutualidad bávara, que cobró desde 1903 hasta su muerte.

Sin moverse de la cama, en el único ambiente de la habitación alquilada que servia de todo, seguía con extraordinaria atención los acontecimientos del entorno y, en particular, la vida litúrgica.

A finales de 1922 todos veían que la vida de Ana iba apagándose. El obispo Rieder de Salzburgo, que la había visitado una vez y con quien mantenía correspondencia, le escribía por estas fechas: «Resiste todavía un poco más, porque tienes preparada la corona de la victoria».

A principios de 1923 se le presentó un nuevo y terrible sufrimiento: atroces convulsiones varias veces al día, que afectaban hasta a sus piernas paralizadas. Era porque la enfermedad estaba llegando a la médula. A ello se añadió una penosa forma de cáncer en el intestino recto, que no pudieron operarle a causa de su debilidad. Todo ello le provocaba aún más fuertes y habituales dolores. «¡Dios mío, no puedo soportarlo más!», se le oía decir alguna vez. Y añadía: «¡Jesús mío, misericordia! ¡Todo por ti, Sacratísimo Corazón de Jesús! Jesús mío, yo quiero sufrir de buena gana todo lo que quieras mandarme aún más doloroso; quiero sufrir bien incluso eso. ¡Solamente dame la fuerza de poder soportar todo para tu gloria!»

Dos meses antes de morir, el 1 de agosto de 1925, fue víctima de una caída del lecho, y se le produjo una lesión cerebral que le afectó al lenguaje.

La muerte le llegó al anochecer del día 5 de octubre de 1925, de modo tranquilo y sereno. Aunque la debilidad suma de las últimas semanas no le permitía expresarse, parece que participó silenciosamente en las oraciones del entorno, hasta que plácidamente descansó en el Señor. Tenía 43 años y 8 meses de edad. Algunos testigos del momento manifestaron que con la muerte desaparecieron del rostro de Ana los signos del sufrimiento, quedando en actitud apacible y serena.

Fue revestida con el hábito de la Orden Tercera Franciscana a la que había pertenecido, y recibió sepultura el día 8 de octubre en Mindelstetten, con grandísima asistencia de fieles, particularmente jóvenes. Se decía que nunca había ocurrido algo se-

mejante pues, al difundirse la noticia de la muerte de Ana, llegaron muchos de todo el entorno, e incluso desde Berlín, hasta el pequeño pueblo de Mindelstetten, deseosos de rezar, procurarse alguna reliquia o encomendarse a la que consideraban santa. Dada la enorme afluencia de gente, para garantizar el orden, las fuerzas de seguridad aconsejaron sepultarla pronto.

Un funeral como el de Ana Schaffer no se había visto nunca en el pequeño pueblo de Mindelstetten, no solo por la grandísima participación de gente, sino por el ambiente festivo que se respiraba

Dada la fama de santidad de que seguía gozando Ana Schaffer, el 26 de julio de 1972 se trasladaron sus restos a la iglesia parroquial de Mindelstetten, y fue beatificada por Juan Pablo II el 7 de marzo de 1999. Refiriéndose a ella, dijo el Papa en esta ocasión:

> «Ciertamente no le fue ahorrada la lucha para abandonarse a la voluntad de Dios Pero si que se le concedio comprender cada vez mas que la debilidad y el sufrimiento son, precisamente, las paginas en las que Dios escribe su Evangelio Su lecho de enferma se ha convertido en la cuna de un apostolado que se ha extendido al mundo entero»

MARIA ENCARNACION GONZALEZ RODRIGUEZ

Bibliografía

BLUML H , *Mit Jesus vereint Beten im Geiste der seligen Anna Schaffer* (Regensburg 1999)
RITTER, E H, *Im leiden habe ich Dich lieben gelernt Die Schriften Anna Schaffer* (Regensburg 1999)
SCHWAGER, G F X (ed), *An sonnigen Gnadenquellen Eucaristischen Gedanken, Betrachtungen und Gedichte der seligen Anna Schaffer* (Regensburg 2000)
— *Schau in das Antlitz Christi! Predigten und Ansprachen am Grab Anna Schaffer* (Regensburg 1999)
WEIGL, A M , *La storia di un amore* (Altotting ^{8}1973)
— *Serenita di spirito e consolazione accanto alla tomba di Anna Schaffer* (Altotting 1975)

BEATO BARTOLOME LONGO

Seglar y fundador († 1926)

Bartolomé Longo nació el 11 de febrero de 1841 en Latiano (Brindis), casi a mitad del trayecto que une Brindis con Tarento, de mar adriatico a mar jónico, justamente en el centro de la pe-

queña península que forma el «tacón de la bota» de la gran península italiana. Sus padres Bartolomé Longo, que era médico, y Antonia Luparelli, familia bien situada económicamente, lo educaron desde niño cristianamente. De niño rezaba en familia el Rosario todas las noches. Se preocuparon también, y mucho, por su formación académica.

Realizó sus estudios humanísticos en el Real Colegio Fernandino, de los padres escolapios, en Francavilla Fontana, la población más grande vecina a Latiano. Destacaba en literatura, oratoria y música. Hasta fue capaz de dirigir la banda de música y la *schola cantorum* del colegio. Cuando terminó la enseñanza media, en vez de acudir a la famosa Universidad de Nápoles —que entonces estaba agitada por revueltas políticas— se fue a Lecce, todavía más al sur de Latiano y, con la ayuda de profesores privados, comenzó estudios de derecho.

Era un joven inquieto y quería probar de todo, hasta se inscribió en lecciones de esgrima y de baile. Le apasionaba la música y, como su familia no le hacía llegar suficiente dinero para poder comprarse una flauta y un piano, estuvo comiendo en esos años siempre patatas —sin que le importara su salud— para ahorrar y así poderlos adquirir.

Cuando el reino de Nápoles se unió a Italia, la ley académica Casati no reconocía valor alguno jurídico a la enseñanza privada, por eso en 1863, con su hermano menor Alceste que era estudiante de medicina, se inscribió en la Universidad de Nápoles. El espíritu anticlerical que dominaba en ella lo conquistó poco a poco y entró en una profunda crisis espiritual. Hasta llegó a tomar parte en manifestaciones contra el Papa y la Iglesia católica.

Atormentado por la duda sobre sus convicciones religiosas, su espíritu insaciable e inquieto se dejó atraer por el espiritismo, que entonces se practicaba en Nápoles incluso con templos y ritos propios, llegando a hacerse consagrar lo equivalente a «sacerdote» espiritista y celebrar ceremonias que imitaban a las de la Iglesia. También buscó una solución a su ansiedad existencial en el ocultismo y el magnetismo. Se dice que hasta tuvo contactos con el demonio, que se le presentaba bajo forma de arcángel San Miguel.

Al verlo así su familia sufría mucho, lo mismo que sus amigos, que querían sacarlo de aquel derrotero por el que iba cayendo. Se valieron de Vicente Pepe, profesor universitario, un paisano suyo y a la vez católico profundamente religioso, con quien trabó amistad. Al comprobar los pasos extraviados que Bartolomé venía dando le sugirió e impulsó para que se confiara a un dominico ejemplar, el padre Alberto Cadente. Gracias a éste, Bartolomé volvió a la fe y a la práctica religiosa que había abandonado.

El 12 de diciembre de 1864 consiguió el doctorado en derecho. Vuelto no sólo a la fe sino también a su familia, llevó desde entonces una vida de piedad sincera y de obras caritativas que él mismo promovía. Comenzó incluso, con los conocimientos que había adquirido, a tener encuentros y conferencias con estudiantes para desenmascarar el ocultismo, el espiritismo y el satanismo y, a la vez, con la ayuda del padre Alberto Cadente fundó un «voluntariado» entre aquellos jóvenes para que, por amor a Dios y por caridad fraterna, atendieran a los pobres de su propia sociedad. En este momento de experiencia espiritual y apostólica comenzó a tener la intuición inspirada de que el Rosario era su clave para la vida cristiana, la caridad fraterna y la acción apostólica.

En 1871, el día 25 de marzo, Bartolomé fue admitido como terciario en la Orden tercera dominicana eligiendo el nombre tan significativo para él de «Hermano Rosario» y aquella intuición por la que había tenido del Rosario como clave de la vida cristiana comenzó a extenderla apostólicamente de diversas formas.

Por dos veces había estado a punto de contraer matrimonio, pero renunció atendiendo a las palabras que un día le dijo el padre redentorista Manuel Ribera: «El Señor quiere de ti cosas grandes; estás destinado a cumplir una misión alta». En consecuencia, decidió abandonar su profesión de abogado, hizo voto de castidad perpetua y quiso volver a Nápoles para dedicarse a promover obras de beneficencia.

Por consejo del franciscano, también beato, Luis de Casoria (Arcángel Palmentieri), fundador de los Hermanos de la Caridad y de las Hermanas Grises Isabelinas de la Tercera Orden de

San Francisco, y por medio de Catalina Volpicceli, trabó una profunda amistad espiritual con Mariana Farnararo, condesa de Fusco.

Este encuentro con Mariana fue decisivo para su futuro, puesto que, además de compañero inseparable en las distintas actividades benéficas de la condesa, llegó a ser encargado por ella como instructor de los hijos y administrador de sus bienes.

Mariana tenía propiedades en el territorio de Pompeya y Bartolomé, siendo administrador, había tenido ocasión de visitar frecuentemente aquellos lugares. Dándose cuenta de la ignorancia religiosa de los campesinos, comenzó a darles lecciones de catecismo, a enseñarles a rezar y especialmente a recitar el Rosario.

María Concepción de Litala le regaló una imagen muy deteriorada de Nuestra Señora del Rosario pintada sobre lienzo. Se trata de un óleo adquirido en 1875 a un anticuario de Roma y restaurado varias veces entre el ochocientos y el novecientos. En él está la Virgen María con el Niño Jesús en su brazo, con Santo Domingo al lado izquierdo y Santa Catalina al derecho, los dos de rodillas. Santo Domingo está en actitud de recibir el Rosario de la mano del Niño y Santa Catalina en la misma actitud de recibir el Rosario de mano de la Virgen.

Nuevamente restaurado el cuadro el 13 de febrero de 1876, fue puesto en un altar de la iglesia parroquial del Valle de Pompeya. La Señora comenzó enseguida a responder a las oraciones sencillas y humildes de los que la invocaban con las gracias solicitadas y la fama se extendió por toda la zona comenzando a peregrinar a Pompeya devotos y peregrinos, progresivamente no sólo de la región sino también de Italia y de otras partes del mundo.

Longo, dándose cuenta del valor evangelizador de la peregrinación y de la oración a la Virgen María, pensó en la conveniencia de edificar un templo más amplio dedicado a la Señora y animado por el obispo de Nola, mons. José Formisano, diócesis a la que pertenecía entonces el territorio pompeyano, el 9 de mayo de 1876 se puso la primera piedra del santuario.

El hecho de una amistad tan cercana con la condesa de Fusco dio origen a distintas habladurías, pero los dos, Bartolomé y

Mariana, confortados por el arzobispo de Nápoles, cardenal Sanfelice, prosiguieron en su camino sin preocuparse de los malos juicios de quienes los calumniaban. Después de algunos años, sin embargo, tuvieron que deshacer aquellas calumnias que podían obstaculizar las obras emprendidas por Bartolomé, como la de la construcción del santuario de Pompeya y, siguiendo el consejo que el papa León XIII en persona les dio en una audiencia particular que mantuvieron con él, se decidieron a casarse, y se casaron en abril de 1885, pero con el propósito de vivir castamente al igual que habían vivido hasta entonces.

En 1887 se concluyó el santuario y el cardenal Monaco La Valletta consagró el altar mayor y la prodigiosa imagen de la Virgen del Rosario, restaurada, fue colocada en un espléndido trono y coronada con una diadema de oro adornada con más de setecientas piedras preciosas habiendo sido bendecida por León XIII.

En poco tiempo el santuario se hizo célebre. Bartolomé quiso que la oración estuviera acompañada de la caridad. Para ello, con la creatividad e inventiva que procede del amor cristiano decidió salir a remediar una necesidad que hasta entonces no estaba atendida ni por la sociedad ni por instituciones de Iglesia, como atender a los hijos e hijas de presidiarios.

Instituyó un Hospicio para hijos de encarcelados. Para su educación pidió a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de La Salle, que se encargaran de la dirección del centro.

Hizo lo mismo también creando otro centro femenino para hijas de presos. Para su educación, fundó un instituto religioso femenino, las «Hijas del Rosario de Pompeya», que pidió fuera agregado a la Orden de Predicadores. Siendo, pues, seglar, fue fundador de un instituto religioso femenino de vida religiosa.

Con estas dos instituciones trataba además de desmentir con los mismos hechos las teorías que entonces estaban muy extendidas de los que aseguraban que los hijos o hijas de criminales están marcados por el mismo destino, pues por descendencia serían instintivamente incorregibles. Quería salir al paso de esa necesidad y a la vez mostrar la confianza en la persona humana y en la educación de la infancia y de la juventud.

Para difundir la devoción mariana, en 1877 editó un libro titulado: *Quindecim sabbata* con una práctica de piedad de quince sabatinas seguidas. También promovió un periódico, bajo el mismo título de *El Rosario* y, después, la *Nueva Pompeya* y otras publicaciones, constituyéndose en «abogado» y «caballero» de María. Glosaba las glorias de la «Reina de las Victorias» en el santuario de Pompeya impulsando a los peregrinos a la recitación del Rosario mientras que con todas esas publicaciones trataba también de explicar la doctrina de la fe y defenderla de los ataques más extendidos en su tiempo.

En 1893 ofreció a León XIII la propiedad del santuario con todas las obras e instituciones que allí había fundado y el mismo Papa lo nombró administrador de todo ese complejo; en 1901 otorgó el título de basílica pontificia al santuario de Pompeya. Más tarde, Bartolomé renunció humildemente ante Pío X a la administración del santuario y obras anejas para que la institución se consolidara por sí misma.

Pompeya, famosa por las ruinas que atestiguan la catástrofe de la erupción del Vesubio, cuando se inició el santuario era un valle medio desierto y, poco a poco, fue convirtiéndose en una nueva ciudad bajo el manto y la protección de la Virgen María, de tal forma que actualmente es un santuario con fama no sólo nacional sino también internacional.

En una empresa tan grande a Bartolomé Longo no le faltaron dificultades, incomprensiones de gentes de buenas intenciones y envidias de otras de no tan buenas. Unos pensaban que estaba loco, otros que era un aprovechado y hasta le tildaron de ladrón. Él, a pesar de esas maledicencias, continuaba trabajando día y noche para la gloria de Dios a la que unía la gloria a la Madre de Dios.

Pero la Santa Sede le mantuvo siempre su apoyo y confianza de tal forma que el 30 de mayo de 1925, en la sala de reuniones del «Hospicio de los hijos de los encarcelados», presente el cardenal Augusto Sili, delegado pontificio para el santuario de Pompeya, tuvo lugar un homenaje a Bartolomé Longo para hacerle entrega de una distinción pontificia significativa y de sus insignias correspondientes como «Caballero de la Gran Cruz del Santo Sepulcro».

En esa ocasión dijo:

> «Hoy en presencia de esta corona de personajes y de mis hijos queridísimos de adopción, quiero hacer mi testamento, sintiendo que se avecina la hora extrema. He recogido y distribuido millones para fundar la basílica pompeyana y las obras de beneficencia, la nueva ciudad de María. No poseo nada, soy pobre. Me quedan las insignias caballerescas, los testimonios de benevolencia de los sumos pontífices y también éstas quiero entregar. A las huérfanas les dejo en recuerdo la "Encomienda de San Gregorio Magno". A los queridos Hijos de los encarcelados la "Espada de la Orden de San Gregorio Magno", símbolo de fortaleza, que a vosotros, mis queridos hijos, recordará el deber de ser fuertes en la virtud y en la religión. A las Hijas de los Encarcelados, último voto viviente y sueño más querido de mi corazón, dejo la "Gran Cruz del Santo Sepulcro" que hoy me da Pío XI».

Y, dirigiéndose al cardenal:

> «Eminentísimo príncipe, a Vos, que sois el jefe del santuario y de las obras fundadas por mí, dejo mis huesos con la petición de que los haga reposar en el santuario al pie del gran trono de mi dulce Reina, servida por mí por más de cincuenta años».

Al año siguiente 1926, el 5 de octubre a consecuencia de una neumonía, entregaba su alma a Dios, a los ochenta y cinco años de edad, con el crucifijo en su mano derecha y el santo rosario entre los dedos de la izquierda. Su cuerpo fue sepultado en la basílica bajo la imagen del Rosario de Pompeya, junto a su esposa.

Por su fama de santidad se inició el proceso informativo en la curia diocesana pompeyana entre los años 1934 y 1935. En 1967 Pablo VI decretó que se podía introducir la causa de beatificación en la Santa Sede y el mismo Papa reconoció las virtudes heroicas del venerable siervo de Dios el 3 de octubre de 1975. Después del proceso sobre el milagro realizado por intercesión de Bartolomé Longo en Carmela Rocco, concluido el 13 de julio de 1979, Juan Pablo II dio el decreto correspondiente sobre ese milagro y fue beatificado por el mismo Papa el 26 de octubre de 1980.

Juan Pablo II en su magisterio se ha referido varias veces al Beato Bartolomé Longo, siempre en relación con la devoción a la Virgen y a la recitación del santo Rosario.

En la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* escribía a toda la Iglesia, en el «Año del Rosario»:

«Un especial carisma como verdadero apóstol del Rosario tuvo también el Beato Bartolomé Longo. Su camino de santidad se apoya sobre una inspiración sentida en lo más hondo de su corazón: "¡Quien propaga el Rosario se salva!" Basándose en ello, se sintió llamado a construir en Pompeya un templo dedicado a la Virgen del Santo Rosario colindante con los restos de la antigua ciudad, apenas influenciada por el anuncio cristiano antes de quedar cubierta por la erupción del Vesuvio en el año 79 y rescatada de sus cenizas siglos después, como testimonio de las luces y las sombras de la civilización clásica. Con toda su obra y, en particular, a través de los "Quince sábados", Bartolomé Longo desarrolló el meollo cristológico y contemplativo del Rosario, que ha contado con un particular aliento y apoyo en León XIII, el "Papa del Rosario"» (n.8).

Y en la visita que hizo al santuario de Pompeya, como clausura del «Año del Rosario», dijo: «La Virgen santísima me ha concedido volver a honrarla en este célebre santuario, que la Providencia inspiró al beato Bartolomé Longo para que fuera un centro de irradiación del santo rosario [...]. Estaba convencido de ello el beato Bartolomé Longo, apóstol del rosario, que prestó especial atención precisamente al carácter contemplativo y cristológico del rosario. Gracias a este beato, Pompeya se ha convertido en un centro internacional de espiritualidad del rosario [...]. El beato Bartolomé Longo tuvo una intuición profética cuando, al templo dedicado a la Virgen del Rosario quiso añadir esta fachada como monumento a la paz. Así, la causa de la paz entraba en la propuesta misma del rosario. Es una intuición cuya actualidad podemos captar al inicio de este milenio, ya azotado por vientos de guerra y regado con sangre en tantas regiones del mundo».

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

AULETTA, G., *Il Beato Bartolo Longo* (Pompeya 1980).

JUAN PABLO II, Carta apostólica *Rosarum Virginis Mariae* (16-10-2002).

— «Discurso durante la peregrinación al Santuario mariano de Pompeya», 7 de marzo de 2003.

— «Venerabili Servo Dei Batholomaeo Longo, Beatorum honores decernuntur»: AAS 73 (1981) 529-532.

LO PICCOLO, S., *Bartolo Longo, l'uomo della valle* (Nápoles 1980).

ORAZIO, B. D', «Longo, Bartolo, servo di Dio», en *Bibliotheca sanctorum.* VIII: *Laadan-Marzi* (Roma 1967) 96-99.

SANTA MARÍA FAUSTINA (ELENA) KOWALSKA
Virgen († 1938)

En su camino espiritual, caracterizado por un progreso constante, sor Faustina aparece como un alma consumada en el deseo del amor de Dios, del celo por su gloria y su misericordia. De esta misericordia se sentirá invadida desde los primeros años de su infancia. Cuando su confesor y padre espiritual, don Miguel Spocko, doctor en Teología, profesor de Pedagogía y hombre de profunda vida interior, le ordena escribir su impresionante diario espiritual, Santa Faustina lo intitula: *La misericordia de Dios en mi vida.*

Nació el 25 de agosto de 1905, la tercera de los diez hijos de Mariana y Estanislao Kowalska, pobres y piadosos campesinos de la aldea de Glogowiec, en el condado de Lodz, en la Polonia central, entonces bajo la dominación zarista. En el bautismo, celebrado dos días después en la iglesia parroquial de Swinice Warckie, diócesis de Wloklawek, se le impuso el nombre de Elena. Desde pequeña se destacó por el amor a la oración, la laboriosidad, la obediencia y una gran sensibilidad ante la pobreza humana. A la edad de siete años la pequeña Elena escuchó la llamada del Señor en su alma invitándola a una vida más perfecta. A los nueve recibió la Primera Comunión. La vivió muy profundamente y, consciente de la presencia del Huésped Divino en su alma, experimentó una fusión íntima con Jesús Eucaristía. Desde entonces, fueron los momentos más dulces los que pasaba en adoración y tras recibir la Comunión. Su educación escolar duró apenas tres años. Al cumplir 16 años abandonó la casa familiar para, trabajando de empleada doméstica en casas de familias acomodadas de Aleksandrów, Lódz y Ostrówek, mantenerse a sí misma y ayudar a los padres.

Aunque desde muy joven sintió la llamada a la vocación religiosa, ante la oposición de sus padres empezó a tratar de acomodarse a las cosas del mundo. A los dieciocho años, una experiencia marcó su vida. Invitada a una fiesta junto con su hermana Josefina, mientras bailaba tuvo una visión de Jesús que, cubierto de heridas y con sus vestiduras rasgadas, se dirigió a ella con estas palabras: «¿Cuánto tiempo aún debo esperarte? ¿Hasta cuando seguirás engañándome?» Al oír esto, Elena no

pudo seguir bailando y lo disimuló con un dolor de cabeza. Se dirigió a la iglesia de San Estanislao de Kostka y, postrada ante el altar, escuchó estas palabras: «Ve a Varsovia, allí entrarás en el convento». Al día siguiente se despidió de sus tíos, con quienes vivía entonces, y con toda determinación se dirigió a Varsovia, llevando únicamente lo puesto. Pidió a la Santísima Virgen que la guiara y le hiciera saber adónde dirigirse. Así llegó a la iglesia de Santiago en las afueras de Varsovia y, al finalizar las misas, habló con un sacerdote que la envió a la piadosa señora Lipzye, que la hospedó con ella. Durante su estancia allí, Elena visitó varios conventos, pero todas las puertas le fueron cerradas, mientras ella pedía al Señor con gran confianza que no la dejara sola. Hallaría respuesta su oración...

Elena llamó a las puertas del convento de las Hermanas de Nuestra Señora de la Misericordia, donde la superiora general la interrogó. Madre Micaela le dijo que fuera a preguntarle al Señor de la casa si él la aceptaba. Elena se dirigió a la capilla y escuchó en su corazón: «Yo te acepto; tú estás en mi corazón». Al decirle a la madre general lo que había oído, ésta repuso: «Si el Señor te acepta, yo también te acepto, esta es tu casa». Pero Elena necesitaba ahora recoger dinero para el ajuar. La superiora le sugirió que siguiera trabajando un año como doméstica. Durante ese tiempo tuvo muchos obstáculos, pero se mantuvo firme en su decisión. Entonces, en la Octava del Corpus Christi, el 25 de junio de 1925, hizo voto de castidad perpetua.

Por fin, el 2 de agosto de 1925, fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles, entró en la congregación como postulante. Pocas semanas después tuvo la tentación de irse del convento. Fue en busca de la madre superiora y al no encontrarla se fue a su celda, donde tuvo una visión de Jesús con el rostro destrozado y cubierto de llagas. Al preguntarle: «¿Jesús quién te ha herido tanto?», él le contestó: «Esto es el dolor que me causarías si te vas de este convento. Es aquí donde te he llamado y no a otro; y tengo preparadas para ti muchas gracias». Ella comprendió que Dios realmente la quería allí, como a la mañana siguiente le confirmó su director espiritual.

Como postulante, además de sus ejercicios espirituales, fue encargada de la cocina, de limpiar el cuarto de la madre Barkie-

wez y de cuidarla durante su enfermedad. A causa de sus conflictos interiores, su gran fervor espiritual, y el cambio de vida, la salud de aquella joven postulante empezó a decaer. Las superioras, alarmadas por el agotamiento que manifestaba, la enviaron a Skolimow, a la casa de descanso, en compañía de dos hermanas.

Estando allí, casi al final de su postulantado, preguntó al Señor por quién debía orar más, y la noche siguiente...

> «Vi a mi ángel de la guarda, quien me pidió que lo siguiera. En un momento me vi en un lugar lleno de fuego y de almas sufrientes. Estaban orando fervientemente por sí mismas pero no era válido, solamente nosotras podemos ayudarlas. Las llamas que las quemaban no podían tocarme. Mi ángel de la guarda no me dejó sola ni un momento. Yo pregunté a las almas qué es lo que más las hacía sufrir. Ellas me contestaron que era el sentirse abandonadas por Dios [...] Vi a Nuestra Señora visitando a las almas del Purgatorio, la llamaban Estrella del Mar. Luego mi ángel guardián me pidió que regresáramos. Al salir de esta prisión de sufrimiento, escuché la voz interior del Señor que decía: "Mi misericordia no quiere esto, pero lo pide mi justicia"».

A comienzos de 1926 fue enviada al noviciado en Cracovia para terminar su postulantado, y el 30 de abril tomó el hábito de novicia y su nuevo nombre: sor María Faustina del Santísimo Sacramento. Durante la ceremonia le fue revelada la magnitud de sus sufrimientos futuros y a lo que se estaba comprometiendo. Esto duró poco; luego el Señor la llenó de una gran consolación. Sus hermanas recuerdan que Faustina fue una grata compañía durante el noviciado; su conducta al orar provocaba en las otras novicias una gran reverencia a la majestad de Dios.

En 1928, sor Faustina emite su primera profesión religiosa y en 1933, la profesión perpetua. Debido a su gran debilidad, ciertas tareas se le dificultaban cada día más como por ejemplo la de escurrir las patatas, que empezó a eludir, lo que al poco tiempo se empezó a notar. La madre superiora no comprendía que, a pesar de su deseo, sor Faustina no podía por su poca fuerza. Un día, cuando ésta hizo su examen de conciencia se quejó al Señor de su debilidad, y escuchó estas palabras: «Desde hoy tendrás más facilidad, pues yo te fortaleceré». A la noche, confiada por lo que el Señor le había prometido, se apresuró a tomar la olla. La levantó con facilidad y la escurrió perfecta-

mente. Cuando levantó la tapa para dejar salir el vapor, en vez de patatas, vio ramos de rosas increíblemente hermosas. Tratando de comprender esta visión escuchó estas palabras: «Yo cambié tu trabajo tan duro en un ramillete de las más bellas flores, y su perfume sube a mi trono». Después de esto, buscaba hacer este trabajo diariamente, aun cuando no le tocara, comprendiendo que le agradaba al Señor.

Faustina sufrió la mayor parte de su noviciado constantes combates interiores. No podía meditar ni sentir la presencia de Dios. Sufrió fuertes tormentos y tentaciones, aun estando en la capilla. En más de una ocasión, estando en la santa misa, sintió incluso tentaciones de blasfemia; no sentía contento con nada. Hasta las verdades más simples de la fe le eran difíciles de creer. Durante todo este tiempo Faustina no estuvo sola, tuvo la ayuda de su maestra de novicias, sor Joseph Brzoza, quien veía en ella grandes gracias de Dios. Cuando sor Faustina se sentía totalmente abandonada por Dios, sor Joseph le decía: «Sepa, querida hermana, que Dios quiere tenerla bien cerca de él en el cielo. Tenga gran confianza en Jesús».

Durante su tercer año de noviciado le fue revelado lo que era ser «alma víctima». Anotará en su diario:

> «El sufrir es una gracia grande; a través del sufrimiento el alma se hace como la del Salvador; en el sufrimiento el amor se cristaliza, mientras más grande el sufrimiento más puro el amor».

Durante una hora particular de adoración, Dios le reveló todo lo que ella tendría que sufrir: falsas acusaciones, la pérdida del buen nombre, y mucho más. Cuando la visión terminó, un sudor frío baño su frente. Jesús le hizo saber que ella se salvaría y él no disminuiría Sus gracias y seguiría manteniendo una relación íntima con ella. Faustina consintió libremente al sacrificio en completo uso de sus facultades. Luego escribió lo siguiente en su diario:

> «De repente, cuando había consentido hacer el sacrificio con todo mi corazón y todo mi entendimiento; la presencia de Dios me cubrió, me parecía que me moría de amor a la vista de su mirada».

En Cuaresma de ese mismo año, 1933, experimentó en su propio cuerpo y corazón la Pasión del Señor, recibiendo invisi-

blemente los estigmas. Únicamente su confesor lo conoció. Ella lo narra así:

> «Un día durante la oración, vi una gran luz y de esta luz salían rayos que me envolvían completamente. De pronto sentí un dolor muy agudo en mis manos, en mis pies, y en mi costado, y sentí el dolor de la corona de espinas, pero esto fue sólo por un tiempo bien corto».

Más tarde, cuando enfermó de tuberculosis, experimentó nuevamente los sufrimientos de la Pasión del Señor repitiéndose todos los viernes y algunas veces cuando se encontraba con un alma que no estaba en estado de gracia. Aunque esto no era muy frecuente; los sufrimientos duraban poco, pero eran dolorosos, y no los hubiera soportado sin una gracia especial de Dios.

Durante un retiro de ocho días en octubre de 1936, se le mostró a sor Faustina el abismo del infierno con sus tormentos. Jesús le pidió que describiera lo que se le permitió ver:

> «Hoy fui llevada por un Ángel al abismo del infierno Es un sitio de gran tormento. ¡Cuán terriblemente grande y, extenso es! Las clases de torturas que vi· La primera es la privación de Dios; la segunda es el perpetuo remordimiento de conciencia; la tercera es que la condición de uno nunca cambiará, la cuarta es el fuego que penetra en el alma sin destruirla —un sufrimiento terrible, ya que es puramente fuego espiritual— prendido por la ira de Dios. La quinta es una oscuridad continua y un olor sofocante terrible. A pesar de la oscuridad, las almas de los condenados se ven entre ellos; la sexta es la compañía constante de Satanás; la séptima es una angustia horrible, odio a Dios, palabras indecentes y blasfemia. Estos son los tormentos que sufren los condenados, pero no es el fin de los sufrimientos. Existen tormentos especiales destinados para almas en particular. Estos son los tormentos de los sentidos. Cada alma pasa por sufrimientos terribles e indescriptibles, relacionado con el tipo de pecado que ha cometido. Existen cavernas y fosas de tortura donde cada forma de agonía difiere de la otra. Yo hubiera fallecido a cada vista de las torturas si la Omnipotencia de Dios no me hubiera sostenido Estoy escribiendo esto por orden de Dios, para que ninguna alma encuentre una excusa diciendo que no existe el infierno, o que nadie ha estado ahí y por tanto, nadie puede describirlo». El Señor preparaba a Santa Faustina para que por su intercesión se salvaran muchas almas.

El 27 de noviembre de 1936, cuando la debilidad la postró en cama, escribió la siguiente visión del cielo:

> «Hoy día, estuve en el cielo en espíritu, y vi sus bellezas incomparables y la felicidad que nos espera para después de la muerte. Cómo todas las criaturas alaban y dan gracias a Dios sin cesar [...] Esta fuente de felicidad es invariable en su esencia, pero es siempre nueva, derramando felicidad para todas las criaturas. Dios me ha hecho entender que hay una cosa de un valor infinito a Sus ojos, y eso es, el amor a Dios; amor, amor y nuevamente amor, y nada puede compararse a un solo acto de amor a Dios. Dios en su gran majestad, es adorado por los espíritus celestiales, de acuerdo a sus grados de gracias y jerarquías en que son divididas, no me causó temor ni susto, mi alma estaba llena de paz y amor; y mientras más conozco la grandeza de Dios, más me alegro de que Él sea Él que es. Me regocijo inmensamente en Su grandeza y me alegro de que soy tan pequeña, ya que siendo tan pequeña, Él me carga en Sus brazos y me aprieta a Su corazón».

Los años de su vida en el convento abundaron en gracias extraordinarias: revelaciones, visiones, estigmas ocultos, la participación en la Pasión del Señor, el don de bilocación, los dones de leer en las almas, de profecía, y los desposorios místicos. Un contacto vivo con Dios, con la Santísima Virgen, con ángeles, santos y almas del purgatorio: todo el mundo extraordinario no era para ella menos manifiesto que el que percibía a través de los sentidos. Colmada de tantas gracias extraordinarias sabía, sin embargo, que éstas no determinan la santidad:

> Ni gracias, ni revelaciones, ni éxtasis, ni ningún otro don concedido al alma la hace perfecta, sino la comunión interior de mi alma con Dios. Estos dones son solamente un adorno del alma, pero no constituyen ni la sustancia ni la perfección. Mi santidad y perfección consisten en una estrecha unión de mi voluntad con la voluntad de Dios.

Trabajó en distintas casas de la congregación. Pasó los períodos más largos en Cracovia, Plock y Vilna desempeñando los oficios de cocinera, jardinera y portera. Viéndola desde fuera, nada desvelaba su singular intensa vida mística. Cumplía sus deberes con fervor, observaba fielmente todas las reglas del convento, era recogida y callada, pero a la vez natural, llena de amor benévolo y desinteresado al prójimo. Su vida, aparentemente ordinaria, monótona y gris, se caracterizó por la extraordinaria profundidad de su unión con Dios.

Pasó por la escuela del sufrimiento durante gran parte de su vida, por su larga enfermedad de tuberculosis, inicialmente no

comprendida por los médicos, que no acertaban a descubrir el origen de aquellos espantosos dolores internos que hacían a la enferma perder el conocimiento. Según la confesión de María Faustina, eran dolores «en reparación a Dios por los niños asesinados en el vientre de sus madres». Los últimos diez años de su vida fueron un largo calvario. El 5 de octubre de 1938 volvió a susurrar lo que ya había predicho: «Hoy el Señor me llevará». Expiró poco antes de las once de la noche, consciente de que su misión sólo había empezado... Su funeral tuvo lugar dos días mas tarde, en la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, que aquel año fue primer viernes de mes. Sus restos yacen en el santuario de la Divina Misericordia de Cracovia-Lagiewniki.

En 1935, Santa Faustina escribía a su director espiritual:

> «Llegará un momento en que esta obra que Dios tanto recomienda parecerá como en ruina completa, y entonces, la acción de Dios seguirá con gran poder, que dará testimonio de la verdad. Esta obra será un nuevo esplendor para la Iglesia».

De hecho, esto sucedió así. El 6 de marzo de 1959, la Santa Sede, por la información errónea que le fue presentada, prohibió la divulgación de imágenes y escritos que propagan la devoción a la Misericordia Divina en la manera propuesta por Faustina Kowalska. Como resultado, pasaron casi veinte años de silencio total. El 15 de abril de 1978, la Santa Sede, tras un examen cuidadoso de algunos de los documentos originales previamente indisponibles, cambió totalmente su decisión y de nuevo permitió la práctica de la Devoción. El primer responsable de la revocación de esta decisión fue el cardenal Karol Wojtyla, arzobispo de Cracovia, la diócesis en que nació Faustina. El 16 de octubre de 1978, Wojtyla, elevado a la Sede de San Pedro, se convertía en papa Juan Pablo II. Durante su pontificado, el 7 de marzo de 1992, se declararon las virtudes heroicas de sor Faustina; el 21 de diciembre de 1992, una curación por medio de su intercesión fue declarada milagrosa; y el 18 de abril de 1993, Juan Pablo II declaraba beata a sor Faustina Kowalska.

El 10 de marzo de 2000 se anunció la fecha para la canonización tras ser aceptado el segundo milagro obtenido por su intercesión: la curación del padre Pytel de una enfermedad congénita del corazón, después de las oraciones hechas por fieles

de su parroquia el día aniversario de la muerte de Faustina, 5 de octubre de 1995. Por fin, en la primera canonización del nuevo milenio, la «secretaria de la misericordia de Dios» fue propuesta como modelo de santidad para la Iglesia universal por el primer Papa polaco, el 30 de abril del 2000, domingo *in albis,* declarado ahora por Juan Pablo II «Domingo de la Divina Misericordia».

El Señor recordaba frecuentemente a Faustina su deseo de establecer la fiesta de la Divina Misericordia. Ella ofreció una novena por esta intención y el 23 de marzo de 1937, martes santo, el séptimo día de la novena, Faustina tuvo la siguiente visión:

> «De pronto la presencia de Dios me invadió e inmediatamente me vi en Roma, en la capilla del Santo Padre y al mismo tiempo estaba en nuestra capilla [...] Yo tomé parte en la solemne celebración, simultáneamente aquí y en Roma [...] Vi al Señor Jesús en nuestra capilla, expuesto en el Sacramento de la Eucaristía en el altar mayor. La capilla estaba adornada como para una fiesta, y ese día todo el que quisiera, podía entrar. La multitud era tan grande que la vista no podía alcanzarla toda. Todos estaban participando en las celebraciones con gran júbilo, y muchos de ellos obtuvieron lo que deseaban. La misma celebración tuvo lugar en Roma, en una hermosa iglesia, y el Santo Padre, con todo el clero, estaba celebrando esta Fiesta, y entonces súbitamente yo vi a San Pedro, que estaba de pie entre el altar y el Santo Padre [...] Entonces de repente vi cómo los dos rayos, como están pintados en la imagen, brotaron de la hostia y se extendieron sobre todo el mundo. Esto duró sólo un momento, pero pareció como si hubiese durado todo el día, y nuestra capilla estuvo repleta todo el día, y todo el día abundó en júbilo. Luego, vi en nuestro altar, al Señor Jesús vivo, tal como luce en la imagen. Luego, en un instante me encontré de pie cerca de Jesús, y me paré en el altar junto al Señor Jesús, y mi espíritu estuvo lleno de una felicidad tan grande [...] Jesús se inclinó hacia mí y dijo con gran bondad: "¿Cuál es tu deseo, hija mía?" Yo contesté: "Deseo que toda adoración y gloria sean dadas a Tu Misericordia". "Yo ya estoy recibiendo adoración y gloria por la congregación y la celebración de esta Fiesta: ¿Qué más deseas?" Entonces yo miré a la inmensa multitud que adoraba la Divina Misericordia y le dije a Jesús, "Jesús, bendice a todos aquellos que están reunidos para darte gloria y venerar Tu infinita misericordia". Jesús hizo la señal de la cruz con su mano y esta bendición fue reflejada en las almas como un rayo de luz».

En esta visión Jesús mostraba a su apóstol los frutos de sus trabajos y sufrimientos.

El Señor Jesús escogió a Santa Faustina por secretaria y apóstol de su Misericordia para, a través de ella, transmitir al mundo su gran mensaje.

> «En el Antiguo Testamento —le dijo— enviaba a los profetas con truenos a mi pueblo. Hoy te envío a ti a toda la humanidad con mi misericordia. No quiero castigar a la humanidad doliente, sino que deseo sanarla, abrazarla con mi Corazón misericordioso» *(Diario 1588).*

La misión de Faustina fue acercar y proclamar al mundo la verdad revelada en la Sagrada Escritura sobre el amor misericordioso de Dios a cada persona, alcanzando la misericordia de Dios para el mundo entero, y especialmente para los pecadores, a través de la práctica de las nuevas formas de culto a la Divina Misericordia, presentadas por el Señor. A estas formas de devoción y a la propagación del culto a la Divina Misericordia, Jesús vinculó grandes promesas bajo la condición de confiar en Dios y practicar el amor activo hacia el prójimo.

La imagen de la Divina Misericordia con la inscripción: Jesús, en ti confío

> «Prometo que el alma que venere esta imagen no perecerá». «A través de esta imagen concederé muchas gracias a las almas». «Los dos rayos significan la Sangre y el Agua. El rayo pálido simboliza el Agua que justifica a las almas. El rayo rojo simboliza la Sangre que es la vida de las almas [...] Ambos rayos brotaron de las entrañas más profundas de Mi misericordia cuando Mi Corazón agonizante fue abierto en la cruz por la lanza. Estos rayos protegen a las almas de la indignación de Mi Padre. Bienaventurado quien viva a la sombra de ellos, porque no le alcanzará la justa mano de Dios». «De todas Mis llagas, como de arroyos, fluye la misericordia para las almas, pero la herida de Mi Corazón es la Fuente de la Misericordia sin límites, de esta fuente brotan todas las gracias para las almas».

La fiesta de la Divina Misericordia

> «Deseo que haya una Fiesta de la Misericordia. Quiero que esta imagen que pintarás con el pincel, sea bendecida con solemnidad el primer domingo después de la Pascua de Resurrección; ese do-

mingo debe ser la Fiesta de la Misericordia». «Hija mía, habla al mundo entero de mi inconcebible misericordia. Deseo que la Fiesta de la Misericordia sea refugio y amparo para todas las almas y, especialmente, para los pobres pecadores. Ese día están abiertas las entrañas de Mi misericordia. Derramo todo un mar de gracias sobre las almas que se acercan al manantial de Mi misericordia». «Deseo conceder el perdón total a las almas que se acerquen a la confesión y reciban la Santa Comunión el día de la Fiesta de Mi Misericordia». «Hija Mía, di que esta Fiesta ha brotado de las entrañas de Mi misericordia para el consuelo del mundo entero». «Deseo que los sacerdotes proclamen esta gran misericordia que tengo a las almas pecadoras. Que el pecador no tenga miedo de acercarse a Mí». «Di a Mis sacerdotes que los pecadores más empedernidos se ablandarán bajo sus palabras cuando ellos hablen de Mi misericordia insondable, de la compasión que tengo por ellos en Mi Corazón».

La coronilla a la Divina Misericordia

El mismo Jesús dictó esta oración a Santa Faustina: «Padre Eterno, Te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Tu Amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, por nuestros pecados y los del mundo entero. Por su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros [...] Esta oración es para aplacar Mi ira, la rezarás durante nueve días con un rosario común, de modo siguiente: primero rezarás una vez el Padre nuestro y el Ave María y el Credo, después, en las cuentas correspondientes al Padre nuestro, dirás las siguientes palabras: Padre Eterno, Te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Tu Amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, como propiciación de nuestros pecados y los del mundo entero; en las cuentas del Ave María, dirás las siguientes palabras: Por su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero. Para terminar, dirás tres veces estas palabras: Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero». «Reza incesantemente esta coronilla que te he enseñado. Quienquiera que la rece recibirá gran misericordia a la hora de la muerte». «A las almas que recen esta coronilla, Mi misericordia las envolverá en vida y especialmente a la hora de la muerte». «Oh, qué gracias más grandes concederé a las almas que recen esta coronilla; las entrañas de Mi misericordia se enternecen por quienes rezan esta coronilla». «Escribe: cuando recen esta coronilla junto a los moribundos, Me pondré entre el Padre y el alma agonizante no como el Juez justo sino como el Salvador misericordioso».

La hora de la Misericordia (las tres de la tarde)

> «A las tres, ruega por Mi misericordia, en especial para los pecadores y aunque sólo sea por un brevísimo momento, sumérgete en Mi Pasión, especialmente en Mi abandono en el momento de Mi agonía. Esta es la hora de la gran misericordia para el mundo entero. Te permitiré penetrar en Mi tristeza mortal. En esta hora nada le será negado al alma que lo pida por los méritos de Mi Pasión [...] Te recuerdo, hija Mía, que cuantas veces oigas el reloj dando las tres, sumérgete totalmente en Mi misericordia, adorándola y glorificándola; suplica su omnipotencia para el mundo entero y especialmente para los pobres pecadores, ya que en ese momento se abrió de par en par para cada alma. En esa hora puedes obtener todo lo que pides para ti y para los demás. En esa hora se estableció la gracia para el mundo entero: la misericordia triunfó sobre la justicia».

* * *

En su encíclica sobre la Misericordia Divina, *Dives in misericordia,* del 30 de septiembre de 1980, Juan Pablo II subraya como función principal de la Iglesia proclamar, practicar y pedir la Misericordia. Poco después, el 22 de noviembre de 1981 el Papa dijo en el Santuario del Amor Misericordioso de Collevalenza (Italia):

> «Desde el principio de mi pontificado he considerado este mensaje como mi cometido especial. La Providencia me lo ha asignado».

En 1997, Juan Pablo II, peregrino a la tumba de la Beata Faustina en Polonia, la llamó «Gran apóstol de la Misericordia en nuestros días», diciendo:

> «El mensaje de la Divina Misericordia siempre ha estado cerca de mi como algo muy querido [...] en cierto sentido forma una imagen de mi pontificado».

En 2002 Juan Pablo II bendijo la Basílica de la Divina Misericordia de Cracovia-Lagiewniki (Polonia). También en ese año se publicó el decreto de la Santa Sede concediendo indulgencias por actos de culto en honor de la Misericordia divina.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

La devoción a la Misericordia Divina (Stockbridge, MA 1993).

MARÍA FAUSTINA KOWALSKA (STA), *Diario: la Divina Misericordia en mi alma* (Stockbridge, MA 1996).

MICHALENKO, S., *Biografía de sor Faustina* (Quito 1987).

L'Osservatore Romano (18 y 19/20-4-1993); (30-4-2000); (1/2-5-2000).

URRUTIA, J. L., *Santa María Faustina Kowalska* (Madrid ^{3}2000).

BEATO ALBERTO MARVELLI

Seglar († 1946)

Copia de Jorge Pedro Frassati, a quien tiene y presenta como modelo, que le ha precedido en la veneración eclesial: también joven; también atraído profesionalmente por la ingeniería; también pletórico de vida, alegre, simpático, bullicioso, divertido, fácil a la amistad; también casto, generoso, caritativo; también decidido, dinámico, emprendedor; también enamorado del mar y de la montaña; también extraordinario deportista: natación, remo, vela, fútbol, tenis, atletismo; también apasionado por la bicicleta; también enamorado de una moza, a quien sueña reina de un hogar como Dios manda y madre de sus hijos; también militante cristiano...

Son recortes de la semblanza de Alberto Marvelli, honrado por el papa Juan Pablo II con la beatificación el 5 de septiembre de 2004, en la loretana explanada serrana de Montorso (Italia).

Comparte liturgia de beatificación con Pedro Tarrés y Pina Suriano, integrando tres glorias —consiliario y militantes— de la Acción Católica. Con la evocación pontificia de la misión seglar en el mundo:

> «A los laicos os corresponde testimoniar la fe mediante las virtudes que son específicas de vosotros: la fidelidad y la ternura en la familia, la competencia en el trabajo, la tenacidad al servir al bien común, la solidaridad en las relaciones sociales, la creatividad al emprender obras útiles para la evangelización y la promoción humana. A vosotros os corresponde también mostrar —en íntima comunión con los pastores— que el Evangelio es actual, y que la fe no aleja al creyente de la historia, sino que lo sumerge más a fondo en ella».

Alberto Marvelli Mayr había estallado a la vida, en Ferrara, aún sangrantes Italia y Europa, cuando la primavera estrenaba sonrisas —21 de marzo de 1918— sobre los campos de la Emilia. Hijo de Alberto y de María. Y segundo de seis hermanos.

Vino al mundo y creció en un ambiente familiar cristiano, sucesivamente, y por exigencias laborales paternas, en escenarios de Mantua, Macerata, Ancona. Hasta anidar definitivamente en Rímini, donde padres e hijos, en 1930, dejaron de ser asiduos veraneantes y fijaron domicilio; en la zona residencial que, saltando murallas, buscaba la proximidad de las amplias playas del Adriático.

Alberto, doceañero, es un chaval de voluntad firme, buen corazón, carácter impetuoso, simpático. Robusto, con una vitalidad exhuberante gracias a los pacientes desvelos maternos que acabaron con la inapetencia, corrigiendo la naturaleza inicialmente débil del chico. Sumamente piadoso. Y solidario.

Ha aprendido de papá, un hombre de ideas firmes, bueno, amable; un cristiano recio, honesto, sacrificadamente generoso, con quien pronto por la mañana acude a la iglesia. Oyen misa y comulgan.

Ha copiado de mamá —según confesión filial— el amor a la verdad, la justicia, la lealtad. Extremadamente caritativa, hasta recortar la ración alimenticia familiar en beneficio del hambriento que, justamente en el momento de la comida, llamara a las puertas de la casa.

En fecha 12 de septiembre de 1939 la retrata en la intimidad escrita:

> «Siguiendo el ejemplo de Cristo lo es todo para todos: familiares, extraños y pobres. No hay nadie que haya llamado a nuestra puerta y se haya ido con las manos vacías [...] Para los pobres siempre encontraba algo. Su lema podría ser la frase de San Pablo: "Charitas Christi urget nos"».

Los salesianos también tendrán parte en la formación humana y religiosa de Alberto, asiduo del oratorio festivo donde pronto adquiere responsabilidades de animación, catequísticas, litúrgicas y recreativas. Distrae a los pequeños, canta y se divierte con ellos; juega al fútbol, hace teatro... Pero siempre dispuesto a ceder el lugar en el campo o en el escenario.

Un reflejo espiritual del apóstol que se insinúa es la anotación, el 8 de diciembre de 1934, en las páginas de su *Diario:*

> «Esta mañana en la Comunión he consagrado mi corazón a María Inmaculada, a fin de que lo mantenga puro e inmaculado como el suyo y me ayude a ser bueno, paciente, caritativo [...] Que donde me encuentre confiese con humildad y firmeza de carácter la fe católica, con el ejemplo, las palabras y las acciones. Que me aleje de los miramientos humanos, que no tienen sentido y limitan mi libertad, que defienda y testimonie mi fe con actos externos sabiendo que esto no es vanidad ni ostentación sino íntima y completa adhesión al programa de vida católica, con el que se corrobora que Cristo está presente en el mundo».

Colaboradora en la formación de Marvelli, aparte los hijos de Don Bosco, es la Acción Católica. En 1936 será presidente del centro parroquial de María Auxiliadora. Cuando ya había cerrado un dramático paréntesis familiar...

Fue el dolor en carne viva. En tres días papá vivo y muerto, fulminado por una meningitis sin piedad. Alberto, en la ocasión quinceañero, se derrumbó. Material y moralmente. Seriamente tambaleada su fe. Momentos sumamente difíciles. Cuando a la espina en el joven corazón vinieron a sumarse un naciente zarandeo pasional y una mayor dureza en la defensa de la fidelidad cristiana.

Pero el muchacho acudió a Dios...

Y, viviendo entonces la necesidad de volcarse interiormente, estrena *Diario.* Páginas nacidas sin periodicidad fija. Y sin espacio para la referencia histórica. Más bien meras impresiones, simple reflejo de una sensibilidad íntima.

Páginas que retratarán una diaria intensa realidad espiritual: oración matinal, frecuencia de sacramentos, visita al Santísimo Sacramento, rezo del rosario, plegarias, meditación y examen de conciencia vespertinos...

Se agarró a la oración y salió espiritualmente curtido de las circunstancias.

Descabezada la familia y el primogénito, Adolfo, en la academia militar de Turín, Alberto vive la responsabilidad de una mayor colaboración doméstica, ayudando a mamá, y de mayor preocupación por los hermanos, menores que él.

Coincidentes sus estudios de enseñanza media, que cursa con brillantez.

Precisamente es cuando florece su sentido de la justicia. Cuando desborda en la sana diversión, en las aficiones deportivas. Cuando brotan tantas amistades...

A propósito se interrogará en sus notas íntimas:

> «¿Qué cosa son las diversiones del mundo en comparación con la alegría que Tú das a quien te ama? ¿Qué es el placer, qué la diversión ficticia en comparación con el puro y sublime bienestar que uno experimenta contemplándote y recibiéndote en su corazón?»

El acceso a la universidad fue traumático. Las aulas de Bolonia —donde compartirá mesa y techo con familiares— constituían un mundo nuevo, impensable. Una realidad moralmente pestilente que Alberto simplemente sufría; no juzgaba ni condenaba. Reaccionó apostando por la personal presencia testimonial cristiana. Decidido a tomarse en serio el ideal de perfección: «Mi programa de vida se resume en una palabra: santidad».

En otras palabras:

> «Una meta me propongo alcanzar, a toda costa, con la ayuda de Dios. Meta alta, sublime, preciosa, deseada desde hace tiempo, pero hasta ahora nunca perseguida: ser santo, apóstol, estudioso, puro, fuerte; no conceder ni un instante a la ociosidad.
>
> Quiero llegar a esta meta no para ser mejor que los demás, no para mirar con menosprecio a los pecadores. Sólo para tu mayor gloria, Señor; para ser humilde siervo de las almas, para llevarlas a Ti; para ser, como San Francisco, juglar de Dios y hacer algo de bien con ayuda de la Virgen y Madre, tan bondadosa».

A su alcance, empujando favorablemente los propósitos, una mayor vida de oración y sacramental, la intensificación del contacto con los suyos y la frecuencia de ambientes favorables.

Nuevamente paso a sus propias palabras:

> «Para realizar mi programa son necesarias la oración, la acción y el sacrificio. Nosotros los jóvenes de Acción Católica tenemos una doble responsabilidad ante Dios y ante el mundo, pues nos vinculan a la Iglesia el bautismo y la Acción Católica, que es la misma Iglesia.»

Y aún el recorte de una referencia a la Eucaristía:

> «Cuando me acerco a comulgar, cuando Jesús con su divinidad y humanidad se pone en contacto con mi alma, ella se enciende en santos propósitos. Noto como si un fuego abrasador penetrara en mi corazón, una llama que arde y consume pero me da felicidad. Una felicidad intensa, solamente empañada al pensar que no soy digna de tanto honor.»

Favorable, en definitiva, la trasplantada militancia apostólica y caritativa a Bolonia. Más ambiciosa. Ahora también miembro de la FUCI —Federación Universitaria Católica Italiana—, esplendorosa y prometedora, bajo la sombra alargada de Juan Bautista Montini, y abrigando en sus banderas a futuras grandes figuras de la cultura y de la política católica italianas; por ejemplo, La Pira, Moro...

Pero años de dureza académica. Más otra dureza. Veraniega. La vivencia laboral, con jornadas de doce horas, en una industria azucarera para ayudar a la economía familiar, ahora no precisamente boyante. Y, aún, el rigor de la vida cristiana, a la que vive abrazado.

Anota en 1938:

> «Abatir la soberbia y el orgullo [...] Alejar la hipocresía, el falso celo, la mentira; decir siempre la verdad [...] Fidelidad a la palabra dada, a cualquier precio [...] Responsabilidad en las promesas, no mentir ni en broma. Ayudar a los pobres y desamparados, material y espiritualmente. La caridad ha de ser otro eje de mi programa de vida [...] Aceptar el dolor como enviado del Señor para probar nuestra fe y purificar nuestra virtud.

Marvelli universitario —insistimos— estudia a conciencia, se nutre espiritualmente, vive la militancia católica, cultiva amistades y las conocidas aficiones deportivas. Protagoniza una actividad frenética que pasa factura al merecido descanso nocturno.

Particularmente desfrenada su pasión por la bicicleta. Fácilmente desplazándose a Florencia, a Rovigo, a Arezzo, para verse con familiares o amigos. Cien kilómetros de pedaleo en una jornada no son sacrificio para él.

Es un gran lector de prensa confesional. Devora publicaciones de Acción Católica y libros, particularmente modernas hagiografías, cuyas páginas llena de subrayados, comentarios al pie y notas marginales. Prácticamente cautivado por las lecturas

con protagonismo o de referencia al militante católico piamontés Pedro Jorge Frassati, muerto en 1925 en olor de santidad, a quien concede honores de modelo personal y de ideal de juventud.

En 1936 deja constancia en sus páginas manuscritas:

> «Mañana cumplo 18 años [...] Me esforzaré en imitar a P. G. Frassati [...] Estoy leyendo su vida que tanto me ayuda. Quisiera poder imitarle en la pureza, bondad, caridad, piedad. Verdaderamente cierta la afirmación: "El mundo no era digno de él". Supo imitar y seguir a Cristo».

En contraste con tantas lastimosas realidades juveniles, a ras de tierra, pegadas al fango, sin ideal. Escribe:

> «Jóvenes sin fe y sin alegría. Almas sin alas. Juventud sin ideales nobles. Hay muchos jóvenes, legión, que no sienten la necesidad de elevar el espíritu, salir del vicio y del pecado, liberarse de los cepos terrenos, para abrazarse a Dios, luz y vida infinitas. Terriblemente triste una juventud sin la pasión de las alturas.»

Toda la juventud, la que vuela y la que se arrastra, obligada por egoísmos y sinrazones humanos a guerrear; sembrando destrucción, sangre y cadáveres sobre Europa en el loco verano de 1940. Cuando Alberto Marvelli llega a Milán.

La referencia en la intimidad de su *Diario:*

> «Esta guerra podía y debía evitarse. ¡Cuántas vidas sacrificadas, cuánta sangre joven derramada, cuánto dolor! Es un castigo por nuestras maldades, por nuestra falta de amor a Dios y a los hombres. No hay espíritu de caridad en el mundo y por eso nos odiamos como enemigos en lugar de amarnos como hermanos, todos redimidos por Cristo [...] Es necesario fundamentar el Derecho nacional e internacional sobre bases cristianas. El Evangelio y las encíclicas pontificias deben ser la norma de vida no sólo de cada individuo, sino también de los pueblos, de las naciones, de los gobiernos, del mundo».

Alberto se hace presente en tierras lombardas para apuntalar, ocasionalmente, la economía doméstica. Como en años anteriores. Pero en el presente habiéndose decidido por una actividad laboral complemento práctico de las disciplinas académicas. De perlas para la tesis en perspectiva...

Vive, en una fundición a escasos kilómetros de la capital, una intensa jornada laboral de nueve horas. Inaugurada con la

misa y la comunión matinales y en la que suma larga dedicación al estudio y espacios para la oración, la caridad y la correspondencia epistolar con los amigos.

Admirado y prestigiado por su intachable profesionalidad, por su gran sentido de la justicia, por su ejemplar compañerismo. Cualidades que le hacen merecedor del respeto y de la confianza y amistad del patrono y de los obreros, predicando a entrambos, ecuánimemente, derechos y deberes y arbitrando en determinada difícil situación empresarial.

Desde Milán, llenando ocios, Alberto viajó al lago de Como y protagonizó algunas otras salidas alpinas, maravillándose con las excelencias de la montaña, descubriéndola personalmente más seductora que el bullicio playero adriático.

Un deseo íntimo, manuscrito:

> «Descienda pronto la paz con justicia para todos los pueblos, desaparezca la guerra para siempre de la faz de los pueblos»

Pero como la pacificación no estalla, ya flamante licenciado en ingeniería mecánica, Marvelli es llamado a filas. Destinado a Trieste. Enrolado en el ejército, él, que juzgaba la mili como una pérdida de tiempo, un paréntesis familiar perjudicial, y condenaba con lucidez y firmeza los conflictos armados. No importa. Sacará tajada. Nada de vagancia ni de lamentos inútiles.

Manos a la obra en aquel ambiente moral y religiosamente enfangado. Manos a la obra a la caza de posibles militantes necesitados de estímulo, desplazándose para oír misa los domingos, desbordándose caritativa y testimonialmente.

Acabará acompañado en sus piadosas salidas festivas y poco menos que llorado cuando, a primeros de diciembre, abandone el cuartel. De baja legal en el ejército por coincidencia de tres hermanos en el frente...

Se va a Turín, empleándose en la FIAT. Es su intención, provisionalmente. Recortada la estancia por culpa de una decepcionante realidad profesional y de la añoranza familiar. No puede soportar tanta lejanía y tanta separación.

Bien es verdad que en la capital del Piamonte sumará buenas relaciones con la militancia católica local y tratará a Luis Gedda, importante figura en la historia contemporánea de la Iglesia italiana... Total que, aún no transcurridos dieciocho me-

ses, tras el hundimiento del fascismo y la ocupación alemana del territorio nacional, se planta en Rímini donde comparte despacho y enseñanza. Donde le responsabilizan de las actividades asistenciales del apostolado seglar, convirtiéndose en auténtico profesional de la caridad.

En 1943, formaliza su condición de laico cristiano en la fundación del profesor Gedda. Un institucionalizado propósito de evangelización del mundo sin salirse del mundo y a través de apóstoles con chaqueta y pantalón. Magnífica ocasión para ensayarse es su segundo llamamiento a filas, en el mismo año.

Ahora con destino en el hospital militar de Treviso, donde se deshace en atenciones y cuidados a los cuerpos rotos llegados del frente. Al menos vivos. Que su hermano Lello —Rafaello— abandonado herido, se ha desangrado sobre la helada estepa rusa...

Coincidentes la muerte de Rafael y la presencia de Carlos en un campo de prisioneros egipcio. A quien epistolarmente estimula:

> «Coraje, Carlos mío; coraje y fe en el Señor. Sólo Él puede darnos serenidad, resignación y tranquilidad en la tierra y felicidad en la otra vida. Lello, que nos ha precedido en el Reino de los cielos y en la posesión de la vida eterna, debe ser nuestro ejemplo y nuestro guía. Roguemos a fin de que en el momento del desconsuelo, de la prueba, de la duda, del dolor, obtengamos del Señor la fuerza necesaria para superar la crisis».

El 8 de agosto de 1943 italianos y angloamericanos pactan la suspensión de hostilidades y nace en Rímini un «Comité de Liberación Nacional». Alberto Marvelli abandona el uniforme y sorprende, con la inesperada presencia, a los suyos.

La capital de Forli, en la Emilia, queda sobre la línea divisoria del país partido. En la geografía bajo bandera alemana. Un desgraciado emplazamiento despiadadamente castigado por la aviación estadounidense. Con la particularidad de que siempre, tras las bombas, corre Alberto en bicicleta, valiente y corajudo, brindando corazón y brazos. Entre las ruinas aún polvorientas, actúa, organiza, decide, va de acá para allá, afronta peligros. Porque, son sus palabras: «Cuando hay necesidad es obligado arriesgarse».

Es la primera persona en ayudar a los heridos, animar a los supervivientes, asistir a los moribundos y desenterrar a los sepultados vivos. Pero, aparte los terribles ataques aéreos, la población sufre los zarpazos de la pobreza y del hambre. Tremendos.

Él y su gastada bicicleta no paran; gestionando, visitando campesinos y comerciantes, adquiriendo alimentos y ropa, transportando la compra. Luego distribuye colchones, mantas, pan, pasta, utensilios de cocina... No raramente regresa al hogar descalzo o sin chaqueta o a pie, sin la bicicleta. Porque se encontró con quienes estaban más necesitados. Y, por otra parte, sólo Dios sabe la de jóvenes salvados de la deportación, durante la dolorosa ocupación alemana, gracias a la bravura del joven ingeniero. Botón de muestra su heroica actuación abriendo los vagones de un tren, estacionado en la ciudad, y liberando la carga humana de hombres y mujeres destinados a los campos de concentración nazis.

Liberada Rímini, el 23 de septiembre de 1945 —destrucción, cosechas sin recoger, cadáveres abandonados, vagabundos desamparados configuran la tremenda realidad ciudadana— Marvelli se ha hecho merecedor de la confianza de sus conciudadanos. Particularmente por su decidida y eficaz actuación a favor de los sin techo.

Difícil papeleta. Ardua la empresa que ha de sacar a flote...

El municipio le responsabiliza nada menos que del hospedaje de quienes perdieron su hogar. Pone también en sus manos el capítulo de la reconstrucción de viviendas.

Aunque sus escasos veintiséis años no restarán al ingeniero militante católico competencia en la concreción y solucion de los problemas ni coraje en las situaciones más difíciles. Dinámico él, puntual y riguroso en la administración, racional, hábil en la organización y con capacidad de decisión. Asequible a todo el mundo. Atento mayormente a los más pobres a quienes, cuando se da la necesidad, avala personalmente. Con una generosidad sin límites.

Total, una maravilla. Nada extraño. Más bien comprensible. Pues se lee, fechado en aquel momento histórico, en su cuaderno íntimo: «Servir es mejor que hacerse servir. Jesús sirve».

Siempre en primera línea de la caridad. Como, cuando la epidemia de tifus, logra ayudas del norte de Italia. Como, cuando descubriendo pobres y enfermos, no para hasta lograr su hospitalización...

Siempre sembrando amor sobre los yermos del rencor, del odio y de la venganza, heridas frescas de la guerra...

Y estalló la paz. En Italia, en Europa y en el mundo.

Alberto Marvelli recupera con renovada ilusión y con entusiasmo nuevo la plenitud de la militancia confesional. Apostólicamente ambicioso, cofunda la ACLI —Asociación Católica de Trabajadores Italianos— que pretende la evangelización del mundo laboral, donde el marxismo ha mordido y propaga la herida. Y aún sueña y estructura una cooperativa para los empleados en la construcción, la primera católica en la zona de Rímini.

No es todo. Pues, encargado por el obispo de la dirección apostólica de los profesionales católicos, sintetiza su compromiso en dos palabras· cultura y caridad. Cultura al abasto de todos. Y, en consecuencia, crea una universidad popular. Justificando que «no es necesario llevar la cultura sólo a los intelectuales sino a todo el pueblo».

Caridad:

> «El campo inagotable da la caridad es una magnifica escuela de perfeccion y de apostolado, nos ayuda a considerar los verdaderos valores de la vida, nos aparta de las cosas materiales, confirmando el dicho evangelico "Da mayor felicidad dar que recibir", nos urge la urgencia de resolucion de los problemas de la justicia social, de acuerdo con las palabras del Maestro "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia"»

Abre un comedor para pobres, a quienes invita a misa y con quienes reza. Después les sienta a la mesa, les alimenta y atiende a sus cuitas y necesidades. Dinámico, incansable, tesonero.

La resurrección de los partidos le tienta y baja a la arena política De la mano de Benito Zacagnini estrena militancia en la Democracia Cristiana. Vive ilusionadamente su compromiso como un servicio a la sociedad organizada. Como la expresión más alta de su fe, de los valores morales que siempre ha pregonado. «Convencido —predicará Juan Pablo II en la misa de bea-

tificación— de la necesidad de vivir plenamente como hijo de Dios en la historia para transformarla en historia de salvación».

Es candidato en las elecciones administrativas del 6 de octubre de 1946. La víspera había sido una jornada dura. Dura y apretada, tras su consabida inauguración piadosa matinal. Apurada la tarde, llegó a casa, cenó apresuradamente, dio un par de besos en las mejillas de mamá y salió precipitadamente. Salieron él y su castigada e inseparable bicicleta. Se hacía la hora de su postrera intervención electoral y el amigo, con el que habían quedado, no llegaba.

No pudo aguardar más. Va solo... Ha corrido aproximadamente unos doscientos metros cuando un camión militar le alcanza, sacudiendo violentamente contra la pared al joven cuerpo y a la escacharrada máquina. Mortal el encontronazo...

Le lloraron la familia, los amigos, la ciudad. Lamentaron la pérdida incontables anónimos ciudadanos secretamente beneficiados por el finado...

La fama de santidad del joven apóstol de Rímini, cuyos restos mortales reciben veneración en la iglesia parroquial de San Agustín, desbordó sin tardanza los límites diocesanos.

Juan Pablo II en el 50 aniversario de «Società Operaia», la fundación de Luis Gedda, punto de referencia en el último período de la vida de Alberto Marvelli, proclamó:

> «Numerosos miembros de vuestra asociación —recuerdo especialmente al ingeniero Alberto Marvelli, apóstol ejemplar en la vida religiosa y en la civil— demuestran cómo, en los distintos momentos y situaciones, los laicos cristianos saben dedicarse sin reserva a la construcción del reino de Dios en la familia, en el trabajo, en la cultura, en la política, poniendo el Evangelio en el corazón de la sociedad».

JACINTO PERAIRE FERRER

Biliografía

ARCO, A., L', *Alberto Marvelli: exalumno salesiano beato* (Madrid 2004).

AZIONE CATOLICA ITALIANA, *Beatificazione* (Montorso di Loreto 2004).

LANFRANCHI, F. - FIORINI, P., *Alberto Marvelli, un beato che resta amico* (Cinisello Bálsamo 2004).

MASSANI, M. (ed.), *Diario di Alberto Marvelli* (Rímini 1996).

L'Osservatore Romano (5 y 6/7-9-2004).

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN APOLINAR DE VALENCE

Obispo († 520)

Era hijo del senador San Isicio, más tarde arzobispo de Vienne, y era hermano mayor de San Avito, igualmente obispo de la misma ciudad, miembro por tanto de una ilustre familia. Nació en Vienne hacia el 453. Su formación eclesiástica la recibió de San Mamerto, el gran prelado viennense, y fue elegido obispo de Valence hacia el 490, con lo que se puso fin a una larga vacante. Mantuvo correspondencia epistolar con su santo hermano y asistió a los concilios de Êpaone (517) y Lyón (516). Se cuenta que estuvo exiliado por orden del rey Segismundo cuando los dichos concilios excomulgaron al oficial real Esteban. Fue un excelente obispo, acompañado de la fama de santidad y milagros. Murió hacia el 520 y su memoria se celebra desde antiguo el 5 de octubre. Sus reliquias se conservaron hasta que las dispersaron los hugonotes.

BEATO PEDRO DE ÍMOLA

Caballero de Malta († 1320)

Nace en Ímola de la noble familia de los Pattarini, señores de Linaro, hijo de Giacomo di Antonio, el año 1250 aproximadamente. Su familia pertenecía al bando gibelino. Dedicado a la carrera jurídica, consta que fue juez (1289) y árbitro de la paz entre güelfos y gibelinos (1299) en la Romaña. Al ser expulsados de esta región los gibelinos en 1311, Pedro se fue a Florencia y aquí se dedicó a las obras de caridad. Ingresó como caballero en la Orden de San Juan de Jerusalén, llamada posteriormente Orden de Malta, y fue elegido gran prior de Roma. Pero luego volvió a Florencia y dirigió la encomienda de San Giacomo in Corbolino. Su vida estuvo dedicada por entero a las obras de caridad y de acogida a los enfermos, dando un alto ejemplo de piedad y amor fraterno. Murió el 5 de octubre de 1320.

SANTA FLORA DE BEAULIEU

Religiosa († 1347)

Nació en Maurs en el seno de una numerosa familia, en la que recibe educación cristiana y que aprueba su ingreso a los 14 años entre las monjas del Hospital de Beaulieu luego de haber intentando inútilmente que la muchacha contrajera matrimonio. Este hospital había sido fundado en 1240 por Guillermo de Thémines y, desde finales del siglo XIII, se observaba por su comunidad de religiosas la Regla de la Orden de San Juan de Jerusalén, llamada posteriormente Orden de Malta. Tuvo ya profesa una profunda crisis interior pues le parecía que no vivía su comunidad en la debida pobreza y que su estancia en ella no le iba a llevar a la salvación. Pero un sacerdote le hizo ver que dependía de ella el saber contentarse con lo necesario y no hacer uso de nada superfluo. Igualmente padeció fuertes tentaciones respecto a la validez del estado religioso ya que en la Biblia manda Dios al hombre que crezca y se multiplique. A lo que se unió la prueba de que sus hermanas de comunidad la tuvieran por loca y la trataran francamente mal. Ella perseveró en su vocación religiosa, procuró cumplir con entrega todos sus deberes, esmerándose en la caridad con los pobres, y el Señor la recompensó con dones místicos, como visiones, la levitación, el discernimiento de espíritus y la profecía. Se hizo muy devota de la Pasión del Señor.

Muerta en 1347, su tumba fue enseguida objeto de la veneración del pueblo, que empezó a decir que Dios ilustraba el sepulcro de la religiosa con muchos milagros. El culto se hizo oficial a partir del 11 de junio de 1360, cuando se levantó su cuerpo de la tierra y se le empezó a tratar como el cuerpo de una santa. Su vida fue escrita por su propio confesor. Desde el siglo XVIII empezó a tener culto litúrgico en la diócesis de Cahors, permitido expresamente por la Santa Sede en 1852.

BEATO SANTOS DE CORI

Presbítero († 1392)

Santos era natural de la población italiana de Cori, diócesis de Velletri, donde nace el año 1339. Llegado a la juventud opta por la vida religiosa e ingresa en la Orden de Ermitaños de San Agustín, en la que profesa y se ordena sacerdote. Sus grandes dotes como predicador movieron a sus superiores a dedicarlo a la tarea de la predicación asidua del evangelio, lo que llevó a cabo con gran celo y éxito apostólico, logrando muchas conversiones.

Murió el año 1392 y su culto popular fue aprobado por la Santa Sede el 1 de febrero de 1888.

BEATO MATEO (JUAN FRANCISCO) CARRERI

Presbítero († 1470)

Juan Francisco Carreri nació en Mantua en el seno de una noble familia. Desde niño dio pruebas de una gran bondad y piedad. Llegado a la juventud optó por la vida religiosa y tomó el hábito dominico, asumiendo el nombre de fray Mateo. En el noviciado se distinguió por su espíritu de fervor y mortificación. Ordenado sacerdote, sobresalió por su observancia regular y gran celo por la salvación de las almas y el socorro de los menesterosos, pidiendo limosnas que luego repartía a manos llenas a los pobres. Excelente predicador, se acreditó tanto en este ministerio que la Santa Sede le pidió recorriera toda Italia predicando. Empezó por Lombardía, donde inculcó a los fieles la observancia de los días festivos y convirtió a numerosas personas, fustigando las costumbres disolutas y atrayendo a muchas almas a una más firme vida cristiana. El maestro general de su Orden le confió la tarea de reformar los conventos de Soncino y Vigebano, donde logró restaurar la observancia regular. Empezó a rodearle la fama de taumaturgo. Devotísimo de la Pasión del Señor, se dice que recibió el carisma de la estigmatización. Murió en Vigebano, rodeado de gran fama de santidad, el 5 de octubre de 1470, recibiendo enseguida culto popular.

Sixto IV concedió a Vigebano la celebración de su fiesta y el 2 de diciembre de 1625 su culto fue confirmado por la Santa Sede.

BEATOS GUILLERMO HARTLEY, JUAN HEWETT Y ROBERTO SUTTON

Mártires († 1588)

El *Martirologio romano* conmemora hoy a tres mártires que en el mismo día —5 de octubre de 1588— dieron su vida por la fe católica. Dos de ellos eran sacerdotes y el tercer o seglar.

GUILLERMO HARTLEY había nacido en Wilne el año 1557 en una familia campesina que aceptó el protestantismo cuando llegó al trono Isabel I. Estudia en Oxford y opta por el ministerio pastoral, ordenándose en la Iglesia anglicana, y recibiendo una capellanía. Pasa al continente y conoce el catolicismo, que le atrae y se convierte, y se queda en Reims en el Colegio Inglés hasta su ordenación sacerdotal. Vuelto a Inglaterra, colabora activamente con San Edmundo Campion, cuya obra escrita difunde con mucho celo. Estaba en la imprenta clandestina cuando fue arrestado y llevado a la Torre de Londres. Aquí se convirtió en apóstol de los otros presos y aun de los visitantes, logrando la conversión de algunos al catolicismo. Acudió a discutir con él el obispo de Londres y al no lograr convencerle le dio un bofetón y logró que la prisión se le hiciera más dura. Al cabo de tres años fue juzgado y enviado al destierro (1584). Sin temor a la muerte, volvió a Inglaterra y en 1588 era nuevamente arrestado y juzgado. Se hizo correr la voz de que había apostatado. Pero perseveró realmente en la fe y por ella fue condenado a muerte y ejecutado en Shoredith junto al teatro. Asistió al suplicio su propia madre que rogaba por él y lo tuvo por mártir.

JUAN HEWETT nació en Tollerton, en el Yorkshire, hacia el año 1555, hijo de un comerciante de tejidos. Estudió en Cambridge, en el Caius College. Él, sin embargo, se sintió llamado al estado sacerdotal y decidió entregar su vida a la causa de la Iglesia católica en Inglaterra. Marchó al Colegio Inglés de Reims y llegó a ordenarse de diácono. Pero entonces enfermó y volvió a su casa. Estando aquí fue arrestado y llevado al calabozo del

castillo de Kingston-upon-Hull el 23 de agosto de 1585, terminando su detención en castigo de destierro. De esta forma volvió a Reims y continuó sus estudios, ordenándose de sacerdote el otoño de dicho año. En enero de 1586 volvió a Inglaterra con el nombre falso de John Weldon y durante todo ese año pudo ejercer con fruto su ministerio pastoral. En enero de 1587 era nuevamente arrestado y desterrado. Marchó a Holanda y aquí el conde de Leicester ordenó su detención y lo envió a Inglaterra preso. Acusado de ser sacerdote católico, afirmó que eso no era un crimen y que propagar el catolicismo era un hecho religioso y no traición política. Condenado a muerte, la sentencia se cumplió en Mile End Green.

ROBERTO SUTTON nació en Kegwell, en Leicestershire, en el seno de una familia protestante. Fue maestro de escuela en Londres, donde tenía un centro docente en Paternoster Row. Llegó al catolicismo no se sabe por qué medio. El hecho trascendió y fue denunciado y arrestado. Llevado a juicio se le ofreció la vida y la libertad si volvía al protestantismo, pero él se negó firmemente, siendo condenado a muerte. Cuando estaba en Clerkenwell a punto de subir al patíbulo le volvieron a ofrecer la libertad y la vida si se conformaba a la religión oficial. El mártir manifestó que sería católico hasta la muerte. Entonces fue ahorcado, destripado y descuartizado.

Los tres fueron beatificados por el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

SAN TRANQUILINO UBIARCO ROBLES

Presbítero y mártir († 1928)

Nació en Ciudad Guzmán el 8 de julio de 1899 en una familia modesta que, a la muerte del padre, pasó por muchas estrecheces. Su madre viuda luchó valerosamente para sacar adelante sus cuatro hijos. A los diez años ingresó en el seminario auxiliar de su pueblo natal y cuando éste se cerró recibió clases particulares de un sacerdote. Por fin pudo ingresar en el seminario de Guadalajara, donde completó sus estudios y se ordenó sacerdote el 5 de agosto de 1923. Enviado primero como coadjutor a Moyahua, hizo una gran labor social con los círculos obreros y

las escuelas dominicales, y organizó la catequesis de niños por todas las rancherías. Trasladado a Lagos de Moreno hizo alguna obra similar y fundó el periódico *Orión*. Empezada ya la persecución fue destinado a Tepatitlán como párroco, donde el movimiento cristero era muy fuerte, pero él no lo alentó. Puso su interés en las obras sociales y logró abrir un comedor de campesinos a fin de paliar la difícil situación económica. Aunque deseaba el martirio, no se expuso de forma imprudente y procuraba no poner en peligro a las familias que lo acogían. Llamado por una familia católica para que bendijera un matrimonio, pernoctaba en ella la noche anterior a la boda cuando fue arrestado (4 de octubre de 1928). Fue llevado a la municipalidad donde se unió a otros presos a los que consoló y animó, confesó a algunos y rezó con ellos el santo rosario. Vino por él un coronel y se lo llevó, rodeado de soldados, a la calzada de acceso a la población. Preguntó con qué arma lo iban a matar y le enseñaron la soga. Él bendijo la soga, y seguidamente lo ahorcaron. Eran las doce de la noche, justo al empezar el 5 de octubre. Cortaron la soga y cayó el cadáver al suelo. Vino su hermana Teodora y lo acompañó desconsolada toda la noche pero al propagarse la noticia, vinieron los soldados al amanecer y se lo llevaron al cementerio. Sin embargo, una feligresa obtuvo licencia para llevárselo a su casa y velarlo unas horas. Temiendo un tumulto, los soldados recibieron orden de disparar contra la multitud y se llevaron de nuevo el cuerpo antes de la hora fijada. Una feligresa lo enterró en una tumba de su propiedad. En 1978 sus reliquias fueron llevadas a la parroquia. Se conservan también como reliquias la soga con que fue ahorcado, la rama de la que pendió y algunas de sus ropas.

Fue canonizado con los otros mártires de México el 21 de mayo de 2000 por el papa Juan Pablo II.

BEATO MARIANO SKRZYPCZAR

Presbítero y mártir († 1939)

Nace en Janowiec (Polonia) el 15 de abril de 1909 en el seno de una familia acomodada. Se traslada con sus familiares a Gniezno, donde hace la enseñanza primaria y el bachiller. En

1930 ingresa en el seminario diocesano. Hechos todos los estudios, se ordena sacerdote el 15 de junio de 1935. Es enviado como auxiliar del párroco de Rugowo que estaba enfermo y a poco se le confía la cura de almas de la parroquia de Glinno, donde debió construir la casa parroquial. Cuando estalla la guerra mundial y ve que los sacerdotes estaban siendo perseguidos, se esconde en las cercanías de Inowroclaw, pero a las pocas semanas volvió a su parroquia y se encontró que el templo había sido incendiado y la casa ocupada por los alemanes. Se fue a Plankowo donde lo acogieron los familiares del párroco que se había visto obligado a huir. Y aquí estaba cuando un grupo de alemanes, alineados con los nazis, asaltó la casa parroquial y lo asesinó. Había sido un buen sacerdote, sensible a las necesidades de los pobres y atento al mejor desempeño de su ministerio.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

6 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En el monasterio de La Torre (Calabria), San Bruno († 1001), presbítero, fundador de la Orden de la Cartuja **.
2. En Laodicea de Frigia, San Sagar († ca.170), obispo y mártir.
3. En Agen (Aquitania), Santa Fe († s. III), mártir.
4. En Sorrento (Campania), San Renato († s. V), obispo.
5. En Auxerre (Neustria), San Román († 564), obispo.
6. En Venecia, San Magno († 670), obispo.
7. En la Bretaña Menor, San Ywio († 690), diácono y monje.
8. En Azogeraia (Creta), San Juan Xenos († s. XI), monje.
9. En Guèret, Limoges (Aquitania), San Pardulfo († 738), abad.
10. En Lambach (Baviera), San Adalberón († 1090), obispo de Würzburgo **.
11. En la cartuja de Arviéres-en-Valromey (Saboya), San Arnoldo o Artaud († 1206), obispo de Belley y monje cartujo *.
12. En Nápoles (Campania), Santa María Francisca de las Cinco Llagas (Ana María) Gallo († 1791), virgen, de la Orden Tercera de San Francisco **.

13. En Rochefort (Francia), Beato Francisco Hunot († 1794), presbítero y mártir *.

14. En Longueuil (Canadá), Beata María Rosa (Eulalia) Durocher († 1849), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de los SS. Nombres de Jesús y María **.

15. En An-Hoa (Annam), San Francisco Phan Van Trung († 1858), mártir *.

16. En Kortrijk (Bélgica), Beato Isidoro de San José de Loor († 1916), religioso de la Congregación de la Pasión del Señor **.

B) Biografías extensas

SAN BRUNO
Presbítero y fundador († 1101)

Fue el siglo XI uno de esos siglos que presentan en la historia de la humanidad una caracterización bien determinada de lucidez e inquietud, de afán de renovación y de reforma.

Se había extendido el vaticinio de que el año mil señalaba el fin del mundo; el año apocalíptico y terrible en el que el mundo se desplomaría bajo el juicio de Dios. La humanidad temblaba ante la llegada de aquel año, en el que el tiempo daría su último latido y la eternidad comenzaría su decurso inacabable.

No sucedió nada de eso. La humanidad respiró a sus anchas ante el augurio fallido. Un nuevo impulso de vitalidad sacudió a las gentes: un afán de creación y de reforma, un loco deseo de sumirse en el gozo y en el placer. Ahuyentado el fantasma del fin del mundo, un reguero de frivolidad, de violencias, de crueldad y hasta de movimientos heterodoxos, que entraban ya de lleno en la herejía y el cisma, invadieron a la sociedad medieval. Añadamos a ello la codicia y la simonía, la venalidad y ligereza de muchos elementos del clero y de las órdenes monacales, que relajaban sus costumbres y la rigidez de sus primeras observancias.

Fue entonces, también, cuando voces poderosas y enfervorizadas por el amor a Cristo y a su Evangelio clamaron por la reforma de las costumbres, por la dignidad eclesiástica, por la libertad e independencia de la Iglesia frente a la codicia y a las intromisiones de los poderes públicos. Fue el siglo del gran Gre-

gorio VII, de Pedro Damiano y de San Norberto. Fue también el de San Bruno, restaurador de la vida solitaria en el Occidente, fundador de una de las más antiguas y santas religiones de la Iglesia de Dios: la Orden cartujana, que desde sus principios hasta hoy ha dado abundantes y óptimos frutos de santidad.

En la ciudad de Colonia, en el lugar donde Agripina, madre de Nerón, había establecido la que se llamó «Colonia Agripina», nació, hacia el año 1030, Bruno, de la noble y esclarecida estirpe de los Ubior. Cristianamente educado, agudo de ingenio y de inteligencia pronta y clara aprendió las primeras letras en su ciudad natal, pasando muy joven, a proseguir sus estudios en las escuelas de Reims, y luego en las de París, famosas en su tiempo. Vuelto a su patria, recibió la dignidad sacerdotal. Fue nombrado canónigo de la colegiata de San Cuniberto, en la que residió hasta que fue llamado por el arzobispo de Reims, que le hizo profesor y maestro de los estudios de aquella metrópoli, de la que poco tiempo después fue nombrado canciller.

Estando allí entró a ocupar la silla arzobispal Manasés, hombre de carácter ambicioso, que, abusando de su autoridad, comenzó a despojar a la Iglesia y a los monasterios de sus bienes en provecho propio, no respetando ni aun los ornamentos ni vasos sagrados. Por oponerse Bruno, valientemente, a los vicios y abusos del indigno arzobispo, denunciándolos ante el Papa, hubo de sufrir las represalias de aquél, que, desobedeciendo al legado pontificio, se resistió a abandonar su puesto hasta que el pueblo, cansado de sus abusos, se amotinó contra él, arrojándolo de la ciudad.

Bruno, que poseyó la virtud de la esperanza, sufrió la persecución, honrado con padecer por la gloria de Dios y de la Iglesia, y esperó el triunfo de la justicia.

Una piadosa tradición, que la Orden de la Cartuja ha conservado siempre entre las suyas, hace partir la vocación de San Bruno al estado religioso del siguiente suceso: celebrábanse en la Universidad de París los funerales de un famoso doctor llamado Raimundo, muy estimado por su saber y apreciado por su gran fama de virtud y santidad. Al llegar a cantarse la cuarta lección del oficio de difuntos, de labios del cadáver, allí presente, salió esta terrible confesión: «Por justo juicio de Dios he sido

acusado». Espantados los circunstantes, resolvieron aplazar la fúnebre ceremonia para el siguiente día. Al llegar, en el oficio, al mismo pasaje volvió a gritar el cadáver con voz más terrible: «Por justo juicio de Dios he sido juzgado». Suspendido el acto y celebrado de nuevo por tercera vez, la muchedumbre, cada día más numerosa, quedó horrorizada al oír de boca del difunto la tremenda sentencia de su eterna condenación: «Por justo juicio de Dios he sido condenado».

Tal impresión causó en Bruno este hecho que le decidió a abandonar el mundo. Comunicó su pensamiento a algunos amigos y compañeros que también lo habían presenciado, y seis de ellos se decidieron a seguirle: Lauduino, doctor teólogo, natural de Luca, en Toscana; Esteban de Bourg y Esteban de Die, ambos canónigos regulares de San Rufo, en Aviñón; Hugo, llamado el Capellán, y dos piadosos seglares llamados Andrés y Guerino.

Sea cual fuere el valor histórico de esta tradición, lo cierto es que el temor a los inapelables juicios de Dios, los atropellos y los abusos que había presenciado y el deseo de huir de las humanas grandezas le movieron a abandonar totalmente el mundo para entregarse todo a Dios.

A través de Colonia, París y Reims, entre los elevados cargos que su bondad y sabiduría le depararon en la Iglesia y en la enseñanza, el ansia de una sabrosa soledad embargaba de continuo su alma ascética y contemplativa. Aspiraba a la vida de unión con Dios en la oración y en el silencio. La vida del mundo, con sus pasiones y luchas, rencillas y locuras, le entristecía y conturbaba. Y un día, juntándose con sus compañeros, y después de haber repartido sus bienes entre los pobres, abandonó la ciudad de Reims donde el clero, de acuerdo con el legado del Papa, quería elevarlo a la dignidad arzobispal. Primero se retiran a la abadía benedictina de Molesmes, en la que, bajo la dirección de San Roberto, hacen sus primeros ensayos de la vida religiosa. Pasan luego a «Seche-Fontaine», dependencia más retirada del mismo monasterio. Pero, deseando Bruno y los suyos buscar un lugar más desierto y totalmente apartado de la vista de los hombres, se dirigen al macizo montañoso del Delfinado, en la diócesis de Grenoble.

No podía explicarse San Hugo, obispo de aquella diócesis, discípulo y amigo de Bruno, aquel misterioso sueño en el que vio descender siete estrellas sobre el desierto llamado de la Cartuja, en los confines de su diócesis, y a unos ángeles que levantaban en medio de él un templo. Se lo explicó, al día siguiente, cuando vio postrarse a sus pies a Bruno y a sus seis compañeros, que venían a pedirle licencia para retirarse a un lugar apartado donde darse de lleno a la oración y a la penitencia.

Su sueño quedaba explicado. Y el día de la Natividad de San Juan Bautista del año 1084, guiados por el santo prelado, partieron Bruno y sus discípulos a tomar posesión de aquellos bosques y quebradas peñas, hasta entonces sólo frecuentados por las fieras, donde levantaron unas celdillas de madera y una pequeña capilla dedicada a Nuestra Señora. Junto a la capilla hizo brotar el Santo, de la sequedad de la tierra, una fuente copiosa y reidora para alegrar la umbría del bosque, dar de beber al sediento y colmar de milagros, años después, a los devotos cartujanos. Así nació la Orden cartujana.

La historia tuvo un gesto de sorpresa y asombro. ¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Qué pretendían aquellos anacoretas que hacían renacer en los montes de la Cartuja la vida solitaria, llena de recogimiento y austeridades de los antiguos padres de la Tebaida? ¿Qué silencio era aquel que buscaban con tanto afán aquellos seres singulares, mezcla de ermitaños y cenobitas, entre los riscos y los bosques casi impracticables de la Cartuja?... Un silencio hondo, maravilloso, los envuelve entre sacrificios y austeridades increíbles. Su abstinencia es rigurosa; el sueño, breve; sus vigilias, prolongadas; las disciplinas con que castigan sus cuerpos, frecuentes y dolorosas. Vestidos con ásperos sayales blancos, exponentes de la blancura y de la pureza de sus almas, alternan con la oración el trabajo manual y se consagran a las más altas contemplaciones...

La vida de San Bruno se hace más angélica que humana. Vive en este mundo como si no viviese en él, porque su unión con Dios por el amor es íntima y continua, y, rebosando su corazón la santa alegría que Dios le comunica, se le oye repetir constantemente aquella tan dulce y para él familiar jaculatoria: *Oh Bontas!* (¡Oh bondad de Dios!). Y como el amor de Dios y el

amor al prójimo, ramas nacidas de un mismo tronco, están tan íntimamente relacionadas, Bruno, que tuvo el primero en tan alto grado, en el mismo poseyó y ejercitó el amor para sus semejantes. Su caridad se dió a todos: su trato fue siempre dulce y apacible, modelo de desprendimiento de sí mismo y de amor a los demás.

Pero la luz no debe ocultarse bajo el celemín. Conocedor el papa Urbano II, que había sido discípulo suyo en las escuelas de Reims, de las altas dotes de virtud y santidad de Bruno, le llama a Roma. Necesita de su consejo y de su colaboración para solventar dificultades que pesan sobre su pontificado. Los tiempos son duros y la nave de Pedro sufre las sacudidas de los temporales, que dificultan su rumbo.

Bruno, obediente a la voz del Papa, tuvo que dejar el desierto y trasladarse a Roma, adonde le siguen algunos de sus discípulos. Asiste a diversos concilios, preside embajadas pontificias cerca de los príncipes normandos establecidos en las costas meridionales de Italia, y hasta es nombrado arzobispo de Reggio. Pero la vida y ocupaciones de la gran ciudad le desazonan. Entre el azacaneo de la corte de Roma su pensamiento vuela de continuo hacia el silencio y la soledad de su Cartuja, adonde han vuelto ya sus compañeros. Él, por obediencia al Papa, permanece en Roma, hasta que, rechazado humildemente el honor de la mitra, logra que el Papa le permita volver a la soledad, pero en la misma Italia, en Calabria, donde funda el monasterio de Santa María del Yermo o de la Torre. Crecen sus discípulos en número y santidad, y se hace preciso levantar otro monasterio, no lejos de allí, bajo el título de San Esteban del Bosque. Ambos reciben pingües dotaciones del conde Roger, a quien el santo, por extraordinaria visión, avisó del peligro que corría su vida, librándole de una segura muerte que le tenían preparada unos soldados de su guardia. Muchedumbres de devotos acuden al Santo solicitando su protección y ayuda. Una nueva luminaria brilla con luz inmarcesible en el cielo de la Iglesia. En las nuevas fundaciones se observan rigurosamente las austeras enseñanzas del fundador, que, en 1127, recopilará Guigo, quinto prior de la Cartuja, dando a su trabajo el nombre de «Costumbres».

La soledad y el silencio forman el ambiente propio en el que se desenvuelve la vida de la Cartuja. Un silencio único en el que sólo se oyen los latidos de la naturaleza y el susurro de las oraciones, el canto de los pájaros y la salmodia de los monjes, y en donde la campana conventual llama constantemente a los montes y a los ocasos a cantar las alabanzas de Dios y de María.

Rodeado de uno de esos silencios maravillosos muere el santo fundador de la Cartuja el 6 de octubre del año 1101. Fue enterrado en su monasterio de Santa María del Yermo, en Calabria, el año decimoséptimo de su vida religiosa, y trasladado, al año siguiente, a la iglesia de San Esteban. Y el agua, que tantas veces dio música a sus soledades con el murmullo y la risa de sus espumas, quiso también acompañarle en su sepulcro, brotando milagrosamente a su lado, en una fuente que tenía la virtud de curar a los enfermos que invocaban al santo.

El papa León X, en 1514, autorizó el culto público de San Bruno, y Gregorio XV, en 1623, mandó incluir su rezo en el *Breviario romano,* extendiendo su culto a toda la cristiandad.

> «Rogámoste, Señor, que nos auxilie la intercesión de tu santo confesor Bruno; y pues gravemente hemos ofendido a tu Majestad con nuestras culpas, por sus méritos y súplicas consigamos el perdón de nuestros pecados. Por Nuestro Señor Jesucristo»

Así dice la oración de la misa del santo fundador de la Cartuja. Que él nos ayude, en todo momento, a perseverar en la vida de la gracia y que nos haga amar, como él amó, la soledad y el silencio, en los que florece la vida interior que conduce a las almas a las cimas de la santidad.

ANTONIO GONZÁLEZ Y MARTÍNEZ DE OLAGUÍBEL

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, III, p.736-763.
Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de theologie catholique.* II/1 *Baader Buzetti* (París ³1923) cols 2279-2282
Vita: PL 152,553-605.
WILMART, A., OSB, «La chonique des premiers chartreux»· *Revue Mabillon* 16 (1926) 77-142.
• Actualización:
JIMENEZ HERNANDEZ, E., *San Bruno: melodía del silencio* (Baracaldo 2003)
RAVIER, A., *San Bruno, primer cartujo (1030-1101)* (Burgos 2001).
UN CARTUJO, *Maestro Bruno, padre de monjes* (Madrid ²1995).
UN CARTUJO, *San Bruno: biografía y carisma* (Madrid 2001).

SAN ADALBERÓN
Obispo († 1090)

Nace en torno al año 1010 en el seno de la poderosa familia de Lambach-Wels sul Traun (Austria), hijo de Arnoldo, conde de Wells y de Lambach, y Regina. Su infancia transcurre en Wurzburgo (Franconia) de donde era oriunda su madre, pasando posteriormente a estudiar a París. Al concluir su estancia en la capital francesa regresa a Wurzburgo, cuya sede episcopal ocupa su tío Bruno, y obtiene una canongía en la catedral. En 1040, a la muerte de su tío, es elegido nuevo obispo de dicha diócesis, consagrándose a la restauración de la disciplina eclesiástica y a la renovación espiritual en los monasterios. En 1047 promueve la llegada de monjes loreneses reformados de Ricardo de Saint-Vanne al convento de Schawrzbach, en la Baja Franconia, y en 1056 introduce monjes benedictinos en la abadía que en 1040 había fundado su padre Arnoldo, en Lambach, con clérigos regulares.

El año 1073 la relación de Gregorio VII —uno de los grandes papas de la Iglesia— con el joven rey de Alemania, Enrique IV, es bastante tensa. El monarca, poco dócil al cumplimiento de la voluntad del Papa, es amonestado y se intenta, con gran prudencia, que reconozca los abusos cometidos. En estas circunstancias el obispo de Wurzburgo marcha a Roma en 1074, donde se entrevista con el Papa, quien, a su vez, le informa de la reforma que está preparando mediante veintisiete proposiciones sobre la nueva concepción de la Iglesia y del papado. Se trata de defender la primacía de la Iglesia sobre cualquier otro poder, señalando el excesivo poder del Estado que pretende controlar la vida civil de los súbditos y, también, la vida espiritual. Para Gregorio VII se trata no solo de una cuestión de poder, sino de la reforma de la Iglesia, que debe liberarse del opresor influjo de reyes y patronos de iglesias, y actuar con las disposiciones canónicas, dejando lugar para la acción divina. Durante unos tres siglos los emperadores, reyes y señores feudales han otorgado obispados y abadías con toda libertad, un poder que pertenece a la Iglesia y cuya autoridad suprema pertenece al Papa. Había que actuar con energía y severidad para librar al poder espiritual de toda tutela, y así se dio inicio a la ex-

presión escolástica: *lucha de las investiduras,* entre el papado y el Imperio.

Esta valiente decisión de Gregorio VII le ocasiona una protesta general. La ruptura con Enrique IV, rey de Alemania, es inevitable porque el monarca no tiene propósito de llevar a la práctica los deseos reformadores del Papa, como queda demostrado al reunir a los prelados alemanes en la dieta de Worms, donde el 24 de enero de 1076 rechaza los *Dictatus papae,* se niega a aceptarlos, se reserva el derecho de poder nombrar todas las dignidades eclesiásticas que había tenido hasta ese momento e intima al Papa a renunciar a su cargo. En el sínodo de Maguncia, celebrado este mismo año, declara al Papa indigno de su autoridad suprema y promueve la elección de un nuevo Papa, declarando a Gregorio VII inepto. En este momento se le abren los ojos al obispo Adalberón, partidario de Enrique IV, rompe con él, se declara contrario al rey y, fiel al Papa, participa en la defensa de la ortodoxia y en la deposición del monarca. Junto con Ermanno de Metz, defiende una protesta contra la abierta violación jurídica que se estaba perpetrando y Gregorio VII, por su parte, responde con la excomunión, excluyendo a los súbditos de Enrique IV del juramento de obediencia. Un acto que no tiene precedente en la historia pontificia, pues nadie antes de él había reclamado el derecho de deponer a un rey, y de eximir a sus súbditos del juramento de fidelidad.

Por todas partes surgen enemigos de la corona y la fuerza moral de la Iglesia queda de manifiesto. La situación en Alemania se agrava y Enrique IV, aconsejado por los suyos, al ver la declarada oposición de los obispos y príncipes se decide a realizar el acto más humillante que recuerda la historia del Imperio. Vestido de peregrino marcha a Italia y llega a Canosa, un castillo inexpugnable de la condesa Matilde, aliada fidelísima del papado donde Gregorio VII ha encontrado refugio. El 25 de enero de 1077 Gregorio VII perdona a Enrique IV y levanta la excomunión. Mientras, en Forchheim, los príncipes de Sajonia y los del sur de Alemania promueven la elección de Rodolfo de Rheinfelden, duque de Suabia, como nuevo rey de Alemania. Los acontecimientos se precipitan. Enrique IV regresa a Alemania y pone asedio a Wurzburgo, donde el obispo Adalberón

defiende con integridad la autoridad del Papa, solivianta a los ciudadanos que se rebelan contra su obispo, lo deponen y es obligado a abandonar la sede diocesana.

En 1080 el Papa reconoce a Rodolfo de Suabia como soberano legítimo de Alemania y las represalias no tardan en llegar. Enrique IV promueve una asamblea de prelados alemanes en donde se depone a Gregorio VII, y eligen, para reemplazarlo, a Guiberto, obispo de Rávena (a quien había excomulgado Gregorio VII en 1076 y depuesto dos años más tarde), partidario incondicional de Enrique IV, que toma el nombre de Clemente III. El 31 de marzo de 1084 Enrique IV es coronado emperador en Roma por el antipapa elegido por él. Ante este desafío, Gregorio VII se refugia en el castillo de Sant'Angelo, aunque tiempo después abandona Roma, camino del exilio, terminando, finalmente, en Salerno, donde muere en 1085. Enrique IV está dispuesto a llegar al final, aunque sea por las armas, y pretende que los alemanes reconozcan a Clemente III como nuevo papa y le obedezcan como pastor de la Iglesia.

La derrota del ejército imperial en Pleichfeld permite a Adalberón regresar a Wurzburgo, aunque por poco tiempo, pues Enrique IV consigue recuperar la ciudad y apresa a su obispo. Por todos los medios intenta lograr su voluntad a cambio de algunas concesiones, pero el anciano prelado permanece fiel al Papa. Su decidida defensa del Papa, la negativa a reconocer la autoridad del emperador en asuntos eclesiásticos y la heroicidad de sus virtudes, le convierten en un campeón del papado en Alemania. Sus amigos, Altmann de Passau y Gebhard de Constanza, más jóvenes que él, influirán activamente en el desarrollo de los posteriores acontecimientos. Es recluido en la abadía de Lambach.

El año 1088 renuncia a la dignidad episcopal y bendice e monasterio de Komburgo (Wurtenberg). Al año siguiente pro mueve la fundación de la abadía de Zwiefalten con monjes de Hirschau, y concluyen las obras de la iglesia del monasterio benedictino de Lambach, que consagra el 15 de septiembre de 1089. Fallece en olor de santidad el 6 de octubre de 1090. En 1205 un monje de Lambach redacta una biografía del obispo Adalberón, relacionando numerosos milagros según su extendida fama de santidad.

Su culto fue aprobado por León XIII el año 1883, reconociéndose sus restos el año siguiente.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.175-177.
Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques. I: *Aach-Albus* (París 1912) cols.439-440.
FLICHE, A. - MARTIN, V., *Historia de la Iglesia.* VIII: *Reforma gregoriana y reconquista* (Valencia 1976) 137-176.

SANTA MARÍA FRANCISCA DE LAS CINCO LLAGAS (ANA MARÍA) GALLO

Virgen († 1791)

Esta santa napolitana, que vivió a lo largo del siglo XVIII y fue canonizada a mediados del XIX, se caracteriza por una intensa vida de penitencia y de ferviente oración y por las abundantes gracias místicas recibidas del Señor. Era una mujer seglar, terciaria franciscana, sencilla y muy austera, que se dedicó siempre al trabajo en las tareas del hogar dentro del ambiente familiar. Aunque su condición de consagrada al Señor en la vida secular la colocaba ante el riesgo de evidentes incomprensiones e incluso de una frecuente marginación, sin embargo fue muy libre para influir positivamente en la familia y en la sociedad que le circundaba.

Santa María Francisca de las Cinco Llagas, nombre que recibió al ingresar en dicha Orden Tercera, nació en Nápoles el 25 de marzo de 1715, fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, cuando este reino aún no formaba parte de Italia, ya que la unificación de la península tuvo lugar casi un siglo después de su muerte. El territorio estaba sometido al señorío de los Habsburgo desde 1707, hasta que en 1734 volvió al trono de Nápoles la dinastía española de los Borbones con el rey Carlos III. Era una época caracterizada por la intensa religiosidad popular, no exenta de sincretismo con algunas creencias y supersticiones. Fue momento también de grandes santos y predicadores que influyeron decisivamente, y de modo muy notable, en la fe

y en la vivencia auténticamente cristiana del pueblo de Dios. Es cuando, por ejemplo, San Alfonso María de Ligorio, doctor de la Iglesia, con la solicitud siempre cercana de San Genaro María Sarnelli, fundó la Congregación del Santísimo Redentor (Redentoristas), dedicada a la evangelización del pueblo sencillo por medio de frecuentes misiones. Una de las familias que gozó de los benéficos contactos con varios santos fue la de María Francisca, y ella misma, de modo muy particular.

Era hija de Francisco Gallo y de Bárbara Basinsi, comerciantes, en discreta situación económica. Él, con un carácter bastante violento, era propenso a la ira, creando un ambiente difícil para la convivencia. Ella padecía resignadamente esta situación, sin poder influir en mejorarla. Aunque en la familia no era intensa la vida de piedad, María Francisca fue bautizada pronto, recibiendo los nombres de Ana María Rosa Nicolasa.

Bárbara, la madre, parece que de no muy buenas costumbres, sufrió mucho antes del nacimiento de la niña a causa de los malos tratos de su marido y por unos sueños que la atormentaban. En su situación desesperada, buscó ayuda en dos santos: el P. franciscano San Juan José de la Cruz y el jesuita San Francisco de Jerónimo. Ambos la escucharon con atención, la atendieron caritativamente, la reconfortaron, la desaconsejaron abortar y profetizaron la santidad de la niña que iba a nacer. Narran los primeros biógrafos que fray Juan José de la Cruz, franciscano de la Orden de los Descalzos de San Pedro de Alcántara, rezó por esta niña aún no nacida y, haciendo un signo de la cruz sobre el vientre de la madre, le dijo: «Ánimo, no tengas miedo; cuida bien a esta niña que está para nacer, porque será una gran santa». Estas, o semejantes palabras, se atribuyen también al célebre predicador de su tiempo San Francisco de Jerónimo, que encomendó a la Santísima Virgen a la criatura. Otros dicen que la predicción fue hecha con estas palabras: «Ten cuidado, porque vas a dar a luz a una niña que será una gran santa».

Las primeras biografías de Ana María Gallo dicen también que, siendo todavía muy niña, se interesaba visiblemente por la práctica religiosa y sentía vivísimo deseo de acercarse a la Eucaristía. La recibió muy temprano, a la edad de siete años.

También fue muy precoz su devoción a la Pasión del Señor, en la que solía meditar con frecuencia, lo cual afectaba bastante a sus sentimientos llegando a veces a derramar abundantes lágrimas. Aún siendo todavía muy niña, de tal modo se hizo ostensible en su entorno su intensa vida de piedad y de práctica de las virtudes cristianas, que comenzaron a llamarla «la santita».

También Ana María tuvo que sufrir bastante a causa del iracundo y violento carácter de su padre. Ávido, además, de mayor bienestar económico, cuando su hija iba a cumplir 16 años, intentó casarla con un pretendiente de buena familia, que se había enamorado de la belleza y de la virtud de la joven. Pero Ana María, decidida a consagrarse a Dios a pesar de la oposicion del padre, rechazó este matrimonio tan ventajoso. Se han transmitido estas palabras suyas:

> «Padre mio, no tengas pena ni te preocupes por mi respecto a este punto, porque no quiero saber nada del mundo Hace tiempo que deseo vestir el habito religioso de San Pedro de Alcantara, y ya desde ahora os pido autorizacion para ello»

No se trataba de asumir la vida religiosa propiamente dicha, sino de llevar el hábito de la Tercera Orden Franciscana seglar, sin abandonar la vida de familia ni retirarse a un convento. No obstante, como ello suponía en Ana María la consagracion personal e íntima a Dios, dejándose llevar de su carácter brutal, Francisco Gallo golpeó a su hija y la encerró en su habitación a pan y agua. Ella aprovechó con gran gozo esta ocasión de sufrir por el Señor.

La madre hacía cuanto podía para persuadir a su marido de que permitiese a Ana cumplir su deseo e ingresar en dicha Tercera Orden de San Francisco. Para ello acudió a un fraile de la Observancia, llamado Teófilo, quien logró hacer ver a Francisco que su conducta era injusta y poco razonable, hablándole de este modo:

«El diablo que tienes en tu casa eres tú mismo, porque quieres impedir a tu hija la vocación santa y perfecta con que él la está llamando».

El padre, conmovido, desistió de obligarla a contraer matrimonio y, según los biógrafos, dijo a Ana María:

> «Hija mía, el Señor me ha iluminado. No quiero ser obstáculo para ti por más tiempo; toma el estado de vida que a ti te agrada y al que te llama el Señor. Sobre esto, te dejo en plena libertad».

El 18 de septiembre de 1731, cuando la joven contaba a penas 16 años de edad, delgada y pálida por las penitencias a que voluntariamente se sometía, tomó el hábito de la Orden Tercera en la iglesia de los franciscanos de la Reforma de San Pedro de Alcántara, en Nápoles, siendo aceptada por el P. fray Félix de la Concepción, definidor de la Orden en la provincia de Nápoles. Ana María Gallo pronunció los votos prescritos de pobreza, castidad y obediencia y, como hemos indicado, cambió su nombre de bautismo por el de María Francisca de las Cinco Llagas de Nuestro Señor Jesucristo, por ser tan devota de la Pasión del Señor. Al hacerse terciaria franciscana asumió la regla y la dirección de los Hermanos Menores o de la Reforma de San Pedro de Alcántara, los cuales habían encontrado un ejemplo y un padre en el anciano San José de la Cruz, del convento de Santa Lucía del Monte. Según se acostumbraba, la joven continuó viviendo en su casa, dedicada a la oración y al trabajo, pero practicando la más estricta observancia de la Regla franciscana.

María Francisca solía acudir a la iglesia para las celebraciones litúrgicas y para el rezo del Vía crucis, que tan profundamente la conmovía. Su vida era sencilla, dedicada a las tareas cotidianas, a la oración y a la penitencia. No obstante haberla permitido seguir su vocación, mientras vivió su padre la acompañaron siempre los sufrimientos debidos al difícil carácter que solía mostrar. A ello se añadían su mala salud y la pena que le causaban su padre y otros miembros de su familia con su actitud tan agresiva. Además, como si esto no fuese suficiente, María Francisca se imponía severas penitencias y pedía a Dios que le permitiese compartir las penas de las almas del purgatorio y las de sus vecinos enfermos. Ella oró y se sacrificó por su padre, cuando este murió. A pesar de cuanto la había hecho sufrir por agresividad e iracundia, no dejó de sentir profundamente su ausencia, «consolándose con fervorosas oraciones y pidiendo al Señor que se dignara librarlo de las penas del purgatorio». Durante los últimos 38 años, exactamente la mitad de su vida, junto con una compañera suya, María Felisa de la Pasión, fue ama de casa de un sacerdote secular llamado Juan Pessiri.

María Francisca experimentó una serie de fenómenos místicos extraordinarios. Cuando rezaba el Vía crucis, especialmente los viernes de cuaresma, sufría los diferentes dolores de la pasión del Señor: la agonía en el huerto, la flagelación, la coronación de espinas, etc. Cada semana se veía sometida a una tortura diferente, en el mismo orden en que las sufrió Cristo, y el último viernes de cuaresma entraba en un trance semejante a la muerte. También se dice que tenía grabados en su carne los estigmas de la pasión.

Pero los hechos más extraordinarios estuvieron relacionados con la comunión, que recibía diariamente con el permiso de su confesor. Dicen sus primeros biógrafos que en tres ocasiones la hostia voló a posarse en los labios de la santa: una se escapó de las manos del sacerdote en el momento en que esta rezaba el *Agnus Dei,* otra salió desde el copón y, en la tercera ocasión, llegó a ella la partícula que el sacerdote se disponía a depositar en el cáliz durante la misa. Además, el religioso barnabita San Francisco Javier María Bianchi, impresionado por la vida de María Francisca y difusor de las gracias que recibía, dio testimonio de otros milagros aún más sorprendentes, relacionados con su don de profecía, con los Santos Ángeles o con la Preciosa Sangre del Señor.

En la Navidad de 1741, María Francisca llegó a las alturas del matrimonio místico, sintiendo esta gracia cuando se hallaba en oración considerando el nacimiento de Jesús. Esta experiencia le produjo una ceguera que le duró hasta el día siguiente. Las visiones y éxtasis de la santa eran tan frecuentes —dicen sus biógrafos— que sería imposible enumerarlos.

Favorecida, además, con varios carismas sobrenaturales, como el don de profecía y de visión, la sorprendieron con frecuencia arrobada en éxtasis. Gozó, además, de la familiaridad con almas santas contemporáneas suyas, como sor Magdalena Sterlicco y el barnabita Francisco Javier María Bianchi, al cual predijo María Francisca el honor de los altares.

Precisamente a causa de esta vida extraordinaria, no le faltaron pruebas y contrastes de todo género: tentaciones del demonio y persecuciones y calumnias por parte de las personas. Fue incomprendida y difamada en cuanto a sus éxtasis y arrobamientos, y, tratada como visionaria, la sometieron a exáme-

nes las autoridades eclesiásticas. Soportó todo con inalterada mansedumbre.

Para probar su virtud, el cardenal arzobispo de Nápoles José Spinelli la confió durante siete años a la dirección espiritual del párroco de Santa María Ignacio Mostillo, que al parecer era de tendencia jansenista. En alguna ocasión debió decirle: «Deja tantas penitencias y ayunos y, en cuanto a la comunión, ya veré yo cuando te la mereces». También se cuenta que, con la misma finalidad de probar su virtud, el día de Jueves Santo la colocó delante del Tabernáculo representando a María Magdalena, de modo que era insultada por los que salían y entraban a visitar el Monumento. Aunque, naturalmente, se trataba de una ficción, dada su exquisita sensibilidad espiritual, no podía dejar de ser humillante para ella. María Francisca confesaba después al P. Cayetano Laviosa, provincial de los teatinos, que había sufrido en su vida cuanto se podía sufrir. Por su parte, el párroco Mostillo no dudaba en afirmar que era «una gran sierva de Dios, una santa viviente»

Los sacerdotes, los religiosos y los laicos acudían a ella en busca de ayuda y consejo. También se cuenta que en varias ocasiones se le aparecieron personas que habían fallecido, para pedirle que orase por ellas. Un día, su confesor le dijo que él se preguntaba algunas veces si había realmente almas en el purgatorio, dada la cantidad de sufragios y penitencias que María Francisca ofrecía por ellos.

Por su parte, sus humillaciones y sufrimientos habían cultivado en ella una gran libertad de espíritu y profunda sensibilidad hacia los demás. Prueba de ello es que en cierta ocasión dijo la santa a San Pedro Bautista, franciscano de la Reforma de San Pedro de Alcántara:

> «Tened cuidado de no fomentar los celos en vuestras penitentes. Nosotras, las mujeres, somos muy inclinadas a ello, como lo sé por propia experiencia. Yo me vi atacada de celos, ya que me ordenó que me confesase después de todos los otros penitentes y, cuando me acercaba yo al confesionario, me decía bruscamente: "Id a comulgar". Entonces el diablo me metió en la cabeza la idea de que mi confesor no me apreciaba y de que no se daba cuanta de lo que me hacían sufrir mi padre y mis hermanas cuando volvía yo a casa de la iglesia. Pero lo que más me angustiaban eran los comentarios de las vecinas, porque me confesaba yo con demasiada

> frecuencia Os cuento esto para que seais amable y bondadoso y tambien para que sepais tratar con cierta severidad a quienes lo necesiten»

Santa María Francisca vivio hasta el principio de la Revolucion francesa y predijo claramente el desarrollo general de los acontecimientos. Mas de una vez afirmó:

> «Lo unico que veo son desastres en el presente y desastres todavia mayores en el porvenir Pido a Dios que no permita que yo los presencie»

Aunque, como hemos dicho, permaneció siempre en el mundo siendo una de las llamadas «monjas en casa», vivió en la más fiel observancia de la estricta Regla franciscana alcantarina, sometiendo su cuerpo, exhausto por el continuo trabajo, a ayunos, vigilias y otras privaciones, y dando testimonio de extraordinaria vida de piedad cristiana. Además de su conocida devoción a la pasión del Señor, María Francisca fue devotísima de la Santísima Virgen, con el título de «Divina Pastora», difundiendo su conocimiento y su culto

En mayo de 1791 enfermó gravemente, sin cesar por ello en su vida de austeridad. El sacerdote diocesano D. Juan Pessiri, cuya casa atendía ella, no dudaba en afirmar:

> «Si toda su vida fue un continuo martirio de voluntarias mortificaciones en cuanto a ayunos, disciplinas y cilicios, en los ultimos tiempos, no contenta con cuanto sufria su cuerpo a causa de las enfermedades, se apresuraba a mortificarlo con otras torturas»

Por su parte, María Francisca, agradecida a quienes la acompañaban, solía repetir:

> «Rezad por mi, miserable pecadora, a la Virgen Santisima, para que me obtenga misericordia de su Santisimo Hijo y fortaleza en este sufrimiento»

Y también, dirigiéndose al Señor, el día anterior a su santa muerte:

> «Esposo mio, haced lo que querais Vos sois el Dueño, haced lo que querais»

Asistida por muchos religiosos fieles, entre ellos D. Antonio Cervellino, su confesor, fortalecida por la Eucaristía que recibió como viático, murió serenamente el 6 de octubre de 1791 a los

76 años de edad. Con gran fama de santidad ya en vida, según los testimonios de la época decía la gente:

> «Vamos a ver a la Santa, a la bienaventurada Francisca, a la Santa viva que ha muerto; ¡la monja santa ha muerto! Ha muerto la Sierva de Dios sor María Francisca. ¡Oh!, qué vida santa ha llevado esta Sierva de Dios. ¡Dichosa ella que, con la paciencia, ha sabido conquistar el Paraíso!»

Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santa Lucía del Monte, en Nápoles, donde es venerada al lado del sepulcro de San Juan José de la Cruz.

Los prodigios continuaron después de su muerte. María Francisca había prometido a San Francisco Javier Bianchi que se le aparecería tres días antes del fallecimiento de éste, y así lo hizo, el 28 de enero de 1815. Este santo religioso barnabita había sido el principal promotor de la causa de canonización de María Francisca y desde 1802 el primer postulador.

La terciaria franciscana fue beatificada el 12 de noviembre de 1843 por Gregorio XVI y canonizada el 29 de junio de 1867 por Pío IX. Su culto permanece muy vivo en Nápoles, donde junto a su casa ha surgido un pequeño santuario y un Instituto de Hermanas Terciarias Franciscanas.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

ADAMI, M. P., *S. Maria Francesca delle Cinque Piaghe di N. Signore* (Bari 1957).
— *Visse l'amore e la croce* (Nápoles 1975).
BUTLER, A., *Vidas de los santos,* traducida y adaptada al español por W. Guinea, sj (México ^{3}1969).
FERRINI, G., OFM - RAMIREZ, J. G., OFM, *Santos franciscanos para cada día* (Asís 2000).
LAVIOSA, B., *Vita della B. Maria Francesca* (Nápoles ^{8}1864).
— *Vita di Santa Maria Francesca delle Cinque Piaghe di Gesù Cristo* (Nápoles 1866).
NERI, F., *Vita di santa Maria Francesca delle Cinque Piaghe di Gesù Cristo, terziaria professa alcantarina* (Nápoles 1895).

BEATA MARÍA ROSA (EULALIA) DUROCHER

Virgen y fundadora († 1849)

El 21 de mayo de 1982, en la Plaza de San Pedro, beatificaba Juan Pablo II a cinco siervos de Dios, entre ellos a María Rosa

Durocher. En la homilía al referirse a ella, la calificaba de «muy apostólica». Nació en el pueblo de St. Antoine-sur-Richelieu (Québec, Canadá), de la diócesis de Montreal, el 6 de octubre de 1811. Bautizada el mismo día de su nacimiento se le impuso el nombre de Eulalia-Melania, nombre que cambió más tarde por el de María Rosa. De familia profundamente cristiana es la última de diez hijos, tres se hicieron sacerdotes y una de sus hermanas religiosa.

Educanda en las Hermanas de Nuestra Señora a los diez años, allí se formó y aprendió el amor a la Virgen y a la eucaristía. Después de dos años en el internado volvió al seno de la familia, y puso todas sus energías a disposición de sus hermanos con toda humildad. Por dos veces entró en Montreal en el colegio de las Hermanas de Nuestra Señora, pero no pudo perseverar a causa de su falta de salud. Llamaba al pensionado «su aprendizaje de la vida religiosa». Todavía hizo un tercer intento de hacerse religiosa en el Hospital Mayor de Québec, pero sin poder lograrlo.

Cuando tenía 18 años murió su madre y toda la responsabilidad de la casa cayó sobre ella. Uno de sus hermanos sacerdote, Teófilo, párroco de Beloeil, la llamó para que le ayudase en sus trabajos; en la parroquia tenía una casa de acogida de sacerdotes enfermos y seminaristas convalecientes. Aquí tuvo que sufrir no poco de las personas de servicio más ancianas. Pero su caridad y paciencia atrajeron junto a ella a numerosas jóvenes. Durante diez años bajo la dirección espiritual del sacerdote J. Odelin vivió entregada a una vida heroica de perfección. Próximo a morir este su director dio un testimonio precioso acerca de su dirigida: «No conozco a nadie que sea más capaz que ella de llevar a los demás a la perfección». Su nuevo director espiritual, después de la fundación de los Oblatos de María en Saint-Hilaire, le permitió emitir los votos religiosos en privado. María Rosa entró en el movimiento de las «Asociaciones de las Hijas de María» que habían difundido los oblatos en Francia. El 26 de mayo de 1842 aceptó la presidencia de la primera Asociación de las Hijas de María, nacida en Canadá. En aquel momento había sólo dos congregaciones religiosas en Canadá que se ocupasen de la educación de las jóvenes: las ursulinas y las Herma-

nas de Nuestra Señora. La experiencia que iba teniendo María Rosa le hacía ver la falta de instrucción religiosa de las jóvenes del ambiente rural. Su director espiritual P. A. Telmon habló al obispo de esta situación. La idea de fundar una nueva congregación en Canadá pareció demasiado audaz, y se optó por hacer venir de Francia, en concreto de Marsella, la congregación de las Hermanas de los Santos Nombres de Jesús y María.

No se llegó a ningún acuerdo sobre el particular y en 1843 se decidió abrir una primera casa en Longueuil con personal de Canadá. A la profesión en los oblatos de Eusebio Durocher, hermano de Eulalia, estuvo presente el obispo. Y, allí mismo, ordenó a Eulalia que fundase en aquella localidad las Hermanas de los Santos Nombres de Jesús y María, adoptando el hábito y las reglas de las de Marsella. Para realizar la obra que se le pedía se asoció con otras dos compañeras. El 28 de octubre de 1843 asumieron la direccion de la escuela de Longueuil. Bajo la dirección de los oblatos se prepararon a la profesión religiosa, que emitieron en diciembre de 1844. «Eulalia, convertida en Madre María Rosa, fue reconocida como fundadora y superiora general de la congregación que aquel mismo día erigió canónicamente monseñor Bourget». Enseguida se entregó en cuerpo y alma a la nueva obra, buscó maestros competentes en toda la línea, envió dos hermanas todavía novicias a informarse bien de los temas pedagógicos y educativos al colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Montreal.

No habían pasado cinco años de la fundación cuando ya contaba con 29 hermanas, 7 novicias, 7 postulantes y 3 casas filiales. La espiritualidad de la congregación era la de San Ignacio de Loyola. Uno de los sacerdotes, que más tarde apostataría, levantó un monte de acusaciones calumniosas e indispuso al párroco contra los oblatos y contra las hermanas, retirándoles también las ayudas económicas. María Rosa, así robada, siguió adelante con su obra en medio de una grande pobreza. Monseñor Bourget, que conocía bien la virtud de la madre, salvó el Instituto y siguió favoreciéndolo.

Murió el 6 de septiembre de 1849, a la edad de 38 años. El obispo Bourget dijo de ella en 1870:

> «La invoco como a una santa y confío en que el Señor la glorificará ante los hombres, haciendo que la Iglesia le tribute los honores de los beatos».

Sus restos mortales reposan en la capilla de la casa generalicia del Instituto en Outremont (Montreal). En 1927 se abrió el proceso diocesano de la beatificación y canonización. Terminadas todas las investigaciones en la causa entregada a la sección histórica de la Congregación de los Santos, María Rosa fue beatificada por Su Santidad Juan Pablo II en 1892. En la homilía, después de dar unas breves pinceladas biográficas, se pregunta el Papa:

> «¿Qué espíritu ha presidido su apostolado, tan bien conjugado con las necesidades de la Iglesia en el momento del "renacimiento católico" en Canadá, en los comienzos del siglo pasado?»

Y se respondía el Papa:

> «Sobre todo la disponibilidad total a seguir los compromisos que le pedía su fe en Jesús, su amor a la Iglesia, el cuidado de los más abandonados. Fueron por otra parte los responsables de la Iglesia quines discernieron sus capacidades y le confiaron su misión: el apostolado auténtico, hoy como ayer, no es sólo cuestión de carisma personal, sino llamada de la Iglesia e inserción en su pastoral. María Rosa Durocher obró con sencillez, con prudencia, con humildad, con serenidad. No se detuvo en sus problemas personales de salud ni en las primeras dificultades de su obra naciente. Su secreto residía en la oración y en el olvido de sí misma que alcanzaba, según las apreciaciones de su obispo, la verdadera santidad».

María Rosa Durocher es un testigo más de la providencia divina que suscita en su Iglesia personas como ella que siembran el Evangelio encarnándolo en el mundo de la pedagogía y del acercamiento a los más necesitados de la sociedad.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

«Decreto de la beatificación»: *AAS* 74 (1982) 1208-1210.
DUCHAUSSOIS, P., *Rose du Canada* (Tours 1932).
«Introducción de la causa de beatificación»: *AAS* 65 (1973) 447-450.
JUAN PABLO II, «Homilía en la beatificación»: *AAS* 74 (1982) 824-825.
PESANT, «Durocher, Eulalie-Mèlanie», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione,* III (Roma 1973) cols.1000-1002.
PRETOT, J. H., *Vie de mère Marie-Rose* (Montreal 1895).

BEATO ISIDORO DE SAN JOSÉ DE LOOR
Religioso († 1916)

«¡No, papá; no lo hagas, pues creo que yo no estaré mucho con vosotros!»

Adiós sueños de Alois y de Camila.

Alois de Loor y Camila Hutsebaut, un matrimonio campesino de Vrasane —una aldea flamenca belga cercana a Saint Gillis-Waas, a un tiro de piedra de la frontera holandesa—, que proyectaba la ampliación de la granja y de la finca familiar. Una propiedad de la que vivían austeramente ellos y sus hijos Isidoro, Frans y Estefanía.

El primogénito, veintiañero, les hería mortalmente la ilusión.

El primogénito —nacido el 18 de abril de 1880— que, con catorce años de edad, había envidiado santamente a un primo hermano; despidiéndole cuando abandonó el pueblo para hacerse religioso: «¡Dichoso tú!...»

Pero Isidoro aún estaría con ellos otras cuatro primaveras y otros cuatro veranos arando, cavando, plantando, segando, recogiendo y cargando heno.

Y, a temporadas, en los periódicos descansos anuales del campo, trabajando de peón a las órdenes de un tío materno contratista de obras viales. Aunque, a decir verdad, era una ocupación que no le resultaba satisfactoria. No le agradaba porque no le permitía las pausas piadosas que intercalaba en su dedicación agrícola; parando a orar al tiempo que descansaba a los bueyes.

Le disgustaba el ambiente laboral. Al respecto la observación de un primo con quien compartía trabajo:

> «Teníamos que comer con los trabajadores en un bar [...] Los descargadores de carbón también se alojaban allí. Nosotros hacíamos, como de costumbre, la señal de la cruz antes de la comida. Los demás se mofaban de nosotros y yo le dije a Isidoro: "Somos el hazmerreír de todos". Él me replicó: "No importa. Cada cual hace libremente lo que quiere. Nosotros seguiremos nuestra costumbre sin tener en cuenta lo que hagan los demás"».

Eran mofas y más. También atrevidas provocaciones femeninas... No le llenaba, pero trabajaba como el que más e, indiscutiblemente, era el mejor operario de la cuadrilla...

También durante cuatro años madrugador en las mañanas domingueras. Combinando cultos y dedicaciones catequísticas en Vrasene y en Saint Gillis. Y aún le sobraba tiempo para estar en familia o pasear y saborear una cerveza en compañía de su hermano.

Cuatro años practicando la misericordia. Por ejemplo, con la viuda enferma y los hijos gandules y dados a la bebida, cuya granja atendía. O con el vagabundo que acomodó en casa y al día siguiente despidió dándole el postre que su madre guardaba para el almuerzo... Un derroche de bondad que, entre sus conocidos, le hizo merecedor del calificativo de «Isidoro el bueno».

Y, entretanto, el amor no correspondido de una muchacha vecina que se le ofreció en matrimonio: «Mi deseo es conservar mi corazón sólo para Dios».

Cuatro años de espera, amante de la oración silenciosa y del trabajo sacrificado, viviendo calladamente ansias de perfección...

Expectantes los padres. Expectante particularmente Isidoro. Todos pendientes de la mili de Frans. El servicio a la patria que no fue porque la rueda de la fortuna favoreció a la familia, evitando el desgarro temporal. Beneficiado el hijo menor, con la exención. Y el primogénito, con la apertura del camino hacia Dios. Pero hasta el último momento en el tajo. Roturando un terreno rebelde, fatigoso.

Recordaría Frans:

> «Habíamos empezado a roturar a azada un prado, próximo a nuestro huerto, y yo era demasiado joven para terminar el trabajo. Papá era viejo y se sentía indispuesto. Era una labor particularmente penosa ya que antes había habido allí una granja deshabitada, ahora demolida. Por todas partes surgían morrillos de piedra. Cada golpe de azada chocaba con un cascote. Ciertamente era un trabajo duro y difícil que Isidoro terminó, sin embargo, el mismo día de su partida».

La separación fue dolorosa. Aún siendo Alois y Camila «las mejores personas de la comarca [...] nadie más religioso que ellos», vivieron momentos dramáticos.

Él, sin ánimos para despedir al hijo.

Ella... De la bíblica mujer fuerte que era Camila escribirá el hijo menor:

> «Mamá, llorosa, iba y venía no sabiendo qué hacer. A papá nadie le vio en el momento de la partida; la pérdida del primogénito le emocionaba demasiado. Un último adiós y un apretón de manos a la madre y a la hermana.»

Camila le advirtió: «Isidoro, hijo mío, si no te encuentras a gusto en el convento vuelve a casa».

En correspondencia: «Espero, mamá, que eso no suceda jamás».

Sigue el cronista fraterno:

> «Yo mismo le llevé hasta la estación de Saint Nicolás, a poco más o menos de hora y media de nuestra casa. A duras penas pudimos ambos, entre dos o tres paquetes de ropa, acomodarnos en la estrecha carreta tirada por un asnillo que habíamos pedido a unos vecinos. Isidoro no quiso de ninguna forma que reveláramos la finalidad del viaje.»

También iba con el corazón sangrando. Como, días después, confesará por carta: «Me resultó muy duro desprenderme de vuestro amor y de vuestro cálido afecto.»

Total que, mediada la tarde del lunes 15 de abril de 1907 —sumando esperas, doble trayecto ferroviario y una buena caminata, con los bultos a cuestas—, el primogénito de Alois y de Camila llegaba al convento de Ere, en la geografía despoblada de Tournai, casi fronterizo con Francia.

Llegaba siguiendo el norte marcado por el redentorista padre Buckaert, predicador de una reciente misión en Vrasene, con quien Isidoro había confidenciado. Y quien había adelantado al provincial de los pasionistas:

> «Acabo de tropezar con un joven excelente (26 años) que desearía entrar en vuestra congregación como Hermano. Irá a presentarse por Pascua o cualquier otro día a vuestra conveniencia».

El postulante Isidoro estrenó, miedoso y desconcertado, la vida claustral.

Grandote él, hombre hecho y derecho, de cuidado bigotillo, recibido como un bicho raro por los imberbes novicios dieciséis añeros. La primera cena, en silencio y aburridísima porque no comprendió nada de la lectura en francés acompañante. En el mismo idioma la comunicación comunitaria... Y las plegarias comunes en latín... Total ni una palabra de flamenco.

Terrible primera jornada conventual. A los cinco días escribe a la familia:

> «Al principio todo me parecía extraño. Se hacen aquí muchas penitencias y actos de humildad. Con suavidad ya empiezo a hacer lo que los demás, pero el primer día sentí miedo».

En la misma misiva abundará:

> «Querida mamá, debería haberte dado las gracias antes de mi partida, pero me faltaron las fuerzas. Tengo que agradecerte todo lo que has hecho por mí en el aspecto material, pero principalmente por cuanto te esmeraste para hacerme digno de ser llamado por Dios a la vida religiosa. Es verdad que fuiste una madre severa, pero doy gracias a Dios por haberte comportado así conmigo».

Afortunadamente a las cuatro semanas el nubarrón se había esfumado y, recobrada la paz interior, confesará a los suyos:

> «¿Cómo no sentirme enteramente feliz y contento aquí, sintiéndome capaz de esto y contando con la gracia de Nuestro Señor?»

Esto: hora y media de oración comunitaria, más otra a medianoche, más la formación específica cultural y religiosa y más la dedicación a la cocina y a la huerta...

El 8 de septiembre Isidoro se afeita el bigote, se despoja el traje seglar y viste el hábito de los pasionistas. Inicia la andadura del noviciado, pidiendo oraciones a sus familiares porque «no abrigo más ardiente deseo que el de consagrarme a Dios, llegando a ser un buen religioso».

Serán doce meses de prueba. Un rosario de duras pruebas, con la particularidad de que resultará un noviciado compartido. A distancia. La madre del aspirante a pasionista, de fe viva y profunda, pero tierna la herida en el corazón, también protagoniza una dolorosa etapa espiritual. Pero sin dejar de importunar al Señor pidiendo la perseverancia de Isidoro.

Protagonista ella del, en comunicación epistolar, reconocido «noviciado de ausencia».

Recibe por respuesta:

> «El hecho de que pienses tanto en mí demuestra a las claras cuánto amas a tus hijos. El que me haya separado de ti produce ciertamente pena, tanto a ti como a mí. Pero no cabe hacer otra cosa, sino abandonarnos plenamente a la voluntad de Dios».

No tan fácilmente. Que, pese a su buena disposición, madre e hijo lo pasaron francamente mal cuando la fugaz visita de Isidoro a Vrasene, en mayo de 1908, para acudir a las urnas en circunstancias de urgencia del voto católico. ¡Qué encuentro! y ¡qué despedida! Peor el desgarro de ahora que cuando la marcha al claustro. ¡Sólo Dios sabe cuánta violencia aquellas dos almas protagonizaron!...

Pero sereno el encuentro del 13 de septiembre de 1908, con motivo de la profesión de Isidoro, feliz, comprometiéndose a vivir en pobreza, castidad y obediencia.

Fechas antes había escrito a la familia:

> «Aprobado por mi director espiritual, por convicción propia y a causa de la dicha y de la paz verdaderas que encuentro en esta forma de vida, daré este importante paso del que depende mi existencia terrena.»

El flamante pasionista seguirá en Ere; formándose, santificándose, encarnando el triple compromiso canónico entre los pucheros de la cocina, las lechugas y las acelgas del huerto y las atenciones al público en la portería. Ocupadísimo, pero sus sanos y robustos veintisiete años daban abasto.

Comunicándose por escrito con la familia comenta:

> «No tengo gran cosa: sólo un crucifijo, un rosario, un cortaplumas y un lapicero. Cuando escribo una carta voy a la sacristía a buscar tintero y pluma. No sé cómo expresar lo que siento. ¡Qué gran comodidad estar desprendido de todo y no tener aficionado el corazón a nadie fuera de Dios Nuestro Señor!»

Pobre, casto, obediente y supermortificado...

Prescindiendo de las dispensas personales del hortelano en la austeridad comunitaria. Simulando extender mantequilla sobre el pan —los mendrugos ajenos— pero comiéndolo solo, sin aditivo alguno. Privándose de beber —dejado para un «más tarde» que no llegaría— el vino que le trae el superior cuando lleva largo rato de siega...

Es cierto que el hombre propone y Dios dispone. El hortelano-cocinero-portero de Ere se había encariñado con la granja. Incluso había llegado a presumirse imprescindible.

Pero la obediencia religiosa es la obediencia. La obediencia en fecha 2 de diciembre de 1910 le ordena traslado, estrenando nuevo destino al día siguiente.

Al otro día informa a los padres y hermanos:

> «Os escribo esta carta para comunicaros que el viernes por la noche (día 2) recibí imprevistamente la orden de partir el sábado para Wezembeek-Oppem. Podéis imaginaros cómo empezó a darme vueltas la cabeza de manera extraña. Apenas pude comer ni dormir por la noche. Nuestro Señor ha visto sin duda que empezaba a aficionarme a la granja de Ere. Incluso llegué a pensar a veces: difícilmente podrán aquí prescindir de mí. Tenía todo previsto para los trabajos de después del invierno, pero de golpe todo ha caído por tierra».

El nuevo cocinero de los pasionistas de Wezembeek-Oppem, en tierras de Flandes, celebra:

> «El convento es más grande y hermoso que el de Ere. Es totalmente nuevo y la iglesia muy bonita [...] Y lo que también me gusta mucho es que aquí todo es en flamenco [...] No me habituaré tan fácilmente a hacer la cocina. Pero estoy persuadido de que Nuestro Señor y mi ángel custodio me echarán una mano. Lo que falte a mi arte culinario intentaré completarlo con mi buena voluntad.»

Mayor ayuda del cielo necesitaría para vivir la humildad, para cargarse de paciencia a lo largo de dos años y ocho meses, el período más penoso de su existencia. Paciencia indecible con el superior, su antiguo vicemaestro en el noviciado. Paciencia con los cinco jóvenes aspirantes a hermanos, teóricamente ayudantes culinarios, que le juegan mil pasadas. Temporada dura, moral y físicamente sacrificada.

En la primavera de 1911, el superior observa que el bondadoso Isidoro a menudo se lleva la mano al ojo derecho, frotándolo como para evitar molestias. Y se interesa.

¿Qué le ocurre, hermano?

Desde un mes atrás me escuece el ojo.

Y es enviado a Bruselas donde un especialista certifica la pérdida de visión, admirándose del espíritu de sacrificio del paciente, protagonista de cuatro semanas de auténtico martirio. Tras nueve días de hospitalización, a plena oscuridad, sin ya esperanza de mejoría, el oftalmólogo considera imprescin-

dible la extirpación a fin de evitar el contagio del órgano ocular izquierdo.

En la pluma de Isidoro enterando a los suyos:

> «La mañana de la operación en la santa comunión ofrecí a Dios el ojo en expiación de mis pecados, por nuestro bienestar espiritual y corporal y por otras muchas intenciones. Me abandoné alegremente a la voluntad de Dios y sin entristecerme por ello [...] A las 11 fui a la sala de operaciones y yo mismo me preparé y me tendí. No sentía el menor temor. [...] Al principio pensé no escribiros para no alarmaros, pero "pienso que esto no estaría bien. No sois unos niños. Y no es para que os inquietéis. Si Nuestro Señor permite esto, yo me someto sin lamentaciones ni gemidos. También entre vosotros debe ser así".»

El Señor ha permitido nada menos que la pérdida del ojo derecho, canceroso, sustituido por uno de cristal inicialmente molesto, doloroso. Admirándose nuevamente el médico oftalmólogo de la heroica capacidad de sufrimiento del paciente, comenta:

> «Forzosamente tiene que ser un santo. Ni un lamento ni un suspiro se le ha escapado de los labios. Su dolor, sin embargo, es insoportable».

Personalmente explicaba: «Por mí solo no podría soportar este dolor, pero sí con la gracia de Nuestro Señor».

Ya con la cruz a cuestas. Tiene 31 años. Fuertes, robustotes, optimistas. Eso sí; condenados a la muerte. El interesado está enterado. Sabe que el cirujano habló de metástasis, alertando sobre la más que probable invasión cancerosa del vientre, preludio de un doloroso e inmediato final.

Un testimonio:

> «El santo religioso recibió la noticia con su calma habitual. Sencillo, rebosando bondad, inteligente, puntual, continuó cumpliendo los deberes de su oficio lo mismo que antes, así como los encargos que le hacían los superiores. Nunca reveló a nadie que sabía que iba a morir en plena flor de la vida».

Comunicándose epistolarmente con los suyos:

> «Me encuentro estupendamente. Tengo buena salud y sigo fuerte [...] Espiritualmente me siento muy feliz y contento de mi estado. No tengo otro deseo ni otro anhelo que el de sacrificarme totalmente por el bien de las almas [...] por la oración y el trabajo.

Aconsejando, en otro envío postal, sabedor que Estefanía estaba enferma y que todos andaban preocupados:

> «Tienen que rezar al buen Dios para que recupere pronto la salud, si es bueno para ella. De lo contrario, que podamos aceptarlo todo abandonándonos a la santa voluntad de Dios [...] Estefanía, sé muy paciente y no te lamentes. Di: "Es Nuestro Señor quien me da esto". Es estupendo ver a un enfermo siempre resignado y abandonado a la voluntad de Dios».

Sólo para eso vivía Isidoro, cerrando cualquier comentario del prójimo a su mala salud: «¡Qué se le va a hacer! Aceptemos la voluntad de Dios».

La aceptó, una vez más, cuando el 12 de agosto de 1912 recibe el destino de Courtrai, también claustro flamenco. Sacrificadamente, pues hay constancia escrita de uno de los religiosos convivientes:

> «Uno de los primeros días de su estancia en Courtrai le pregunté, durante la recreación del mediodía, si no prefería volver a Wezembeek-Oppem. Él nada me respondió, pero vi que una lágrima empañaba sus ojos».

Nuevamente en la cocina pero ahora con más trabajo, pues ha de alimentar a la comunidad religiosa y al centenar de colegiales del centro educativo anejo al convento. Y sin ayuda alguna.

En carta familiar contrasta con los tiempos de hortelano en Ere:

> «Antes mi vida transcurría labrando y cavando; ahora, cocinando, calentando comida, asando sin interrupción [...] Estoy ocupado todo el tiempo en calentar, cocer, freír, fregar y secar, según los momentos de la jornada.

Así todo un año hasta que, en el verano siguiente, la obediencia le releva de la cocina.

Comunica a Vrasene:

> «Desde agosto no estoy en la cocina, sino en la portería. Tengo un trabajo más agradable y apenas tengo que fatigarme, sólo andar de un lado para otro todo el día. Viene mucha gente y hay que atender además a la iglesia. No raramente suenan los dos timbres a la vez.»

Clarines de guerra también sonaron. Era el verano de 1914. A renglón seguido, sucesivamente, fueron la invasión alemana de Bélgica, la incautación del convento, la movilización de algunos religiosos como capellanes, el traslado de otros a Holanda...

El hermano Isidoro figura entre los pocos que han quedado, por propia voluntad, para atender la casa. Voluntariamente abrazado, durante más de dos años, a la incomunicación familiar, a las inevitables molestias derivadas del paso de los soldados y de la cercanía del frente, a la penuria...

El superior le hace mendicante. De puerta en puerta, humildemente; con los pies desnudos y sin más defensa que las sandalias. En pleno mes de noviembre pide no sólo para los religiosos, sino también, y principalmente, para alivio del continuo desfile de hambrientos en la portería.

Reparte gozoso cuanto sacrificadamente ha cosechado. Muy dadivoso el buen hermano, hasta el extremo que, en algunas ocasiones, merece censura su gran generosidad... Significativamente, en un momento dado, sorprendidos por la presencia de otro portero, los mendigos suplicarán: «queremos que salga el "hermano bueno"».

Al «hermano bueno» el cáncer, que no respeta a los santos, le ha apartado de la atención al público. Y, por mucho que disimulara, el mal color y la creciente pérdida de carnes, de energía y de brillo en el ojo sano, delataban un calvario vivido calladamente. Hasta que, en septiembre de 1916, el superior nota que el sufrido religioso tiene dificultades en el rezo comunitario, que ha de descansar tres y cuatro veces para completar una avemaría y que respira fatigosamente.

Isidoro reconoce que, tiempo atrás, le estallaron dolores intestinales rebeldes a la medicación y que realmente se siente muy mal. Consulta de urgencia y diagnóstico: pleuresía líquida. Viene la extracción. Y vienen nuevas investigaciones médicas. Alarmantes. Certificando la realidad de un cáncer intestinal, galopante.

El superior estimó conveniente sincerarse con el enfermo. Comentatía:

> «No sorprendí en su cara el menor gesto ni una palabra en sus labios que pudiera reflejar temor o disgusto. A mi pregunta sobre

si deseaba recibir los santos sacramentos me respondió sencillamente: "Padre, cuando a usted le parezca mejor"».

Fue confortado espiritualmente en la tarde del 26 de septiembre, pidiendo perdón «por los malos ejemplos que he dado a la comunidad».

Avisada telegráficamente la familia, incomunicada desde dos años atrás, en la zona ocupada por los alemanes. Se presentó Frans, quien relatará:

> «Al vernos ninguno de los dos pronunció palabra. Sin embargo fue desapareciendo nuestro embarazo y nos pusimos a hablar de nuestros padres y de nuestra hermana. Él me dijo: "Pronto habrá terminado todo para mí. Es la voluntad de Dios"».

La voluntad divina le mantenía sentado en una silla, con un cojín apoyándole la cabeza y las piernas muy hinchadas. En fase terminal. Sólo cuatro días para compartir los dos hermanos recuerdos, vivencias, ilusiones, añoranzas... Las autoridades militares no autorizaron más al visitante y éste regresaría a Vrasene con un mensaje de consuelo al afligido hogar. Es un escrito del superior donde los familiares leen:

> «Puedo decirles que si el H. Isidoro llega a morir, pueden estar seguros de que irá al cielo. Ha dado en todas partes el más hermoso ejemplo de todas las virtudes. Sólo ha tenido un objetivo: servir y amar a Dios [...] Me atrevo a llamarles padres dichosos por tener un hijo tan bueno y santo. Nosotros nos sentimos también dichosos de contar con un compañero tan santo. Si la voluntad de Dios es que Isidoro deje este mundo será nuestro intercesor ante el Señor».

Fue voluntad divina. Sin tardanza de fechas. A primera hora de la madrugada del viernes 6 de octubre el hermano Isidoro de San José hizo la ofrenda de sus treinta y cinco años, cinco meses y diecisiete días.

Conducido con prisas —el cadáver había entrado en descomposición— al cementerio, más allá de las alambradas que cercaban la ciudad. Era territorio de guerra. Triste sepelio, sin acompañamiento alguno, sin la presencia del capellán, sin plegarias. Más tarde un sacerdote bendeciría la tumba con los despojos mortales de Isidoro de Loor Hutsebaut, en junio de 1952 trasladados a la iglesia de los pasionistas.

El superior de Courtrai telegrafiaría a la comunidad de Wezembeek-Oppem: «Ha muerto el santo Hermano Isidoro».

Virtudes sobrenaturales le reconocieron, desde el primer momento de su desaparición, cuantos le habían tratado; y le reconoce, también, la devota riada anual de peregrinos a su sepulcro; y le atribuyó canónicamente el papa Juan Pablo II, en fecha 30 de septiembre de 1984. De su homilía en la liturgia de la beatificación de «Isidoro el bueno» recortamos:

> «Nos invita a cada uno de nosotros a postrarnos a los pies de Cristo muerto por amor, exhortándonos a unir nuestras fatigas y nuestros sufrimientos a los de Cristo, a fin de encontrar así el sentido salvífico y constructivo del trabajo, del dolor y de las fatigas y recibir respuestas válidas a los interrogantes de la existencia.
>
> Para nuestra época, afectada de independencia, equívoca a veces, el nuevo beato Isidoro de Loor es ciertamente un ejemplar fascinante y providencial de conformidad creciente con la voluntad del Padre celestial en el seguimiento de Cristo Jesús».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

HEMELEN, C. VAN, *El beato Isidoro de Loor, pasionista* (Bilbao 1984).
LIZARRAGA, C., *Beato Isidoro de Loor* (Bilbao 1984).
PIELAGOS, F., *«Isidoro el bueno». Vida del Beato Isidoro de Loor, pasionista* (Zaragoza 1987).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO ARTOLDO DE BELLEY
Obispo († 1206)

Llamado también Artaldo o Artaud y calificado como santo por los cartujos, nació en una noble familia en Valromey hacia el año 1101, sirvió primero en la corte de Amadeo III de Saboya pero en 1120 decidió ingresar en la cartuja de Portes, siendo prior de ella el venerable Bernardo. Llevó con gran devoción su vocación de oración y silencio. Hizo la profesión religiosa y se ordenó de sacerdote. Los monjes admiraban en él su intensa vida interior y lo encontraron, a veces, como en éxtasis en su celda.

Acreditado en la comunidad como monje ejemplar, el prior de la Gran Cartuja, dom Guigo, lo designó para presidir la fundación del nuevo monasterio cartujano de Arvieres-en-Valromey, Saboya, en cuya fundación tenía mucho interés el obispo de Ginebra, Humberto de Grandson. Esta fundación tuvo lugar el año 1140 y vivieron allí Artoldo y un pequeño número de monjes con gran pobreza y retiro hasta que intervino el nuevo obispo de Ginebra, Guillermo de Faucigny, y se pasó a la formación de unas nuevas instalaciones del monasterio en sitio más adecuado, favoreciendo las autoridades civiles y religiosas al monasterio. Aquí pasó muchos años dedicado a la divina contemplación y a guiar a los monjes por el camino de la perfección cristiana hasta que un suceso inesperado vino a sacarlo de su retiro. Habiendo muerto el obispo Rainaldo de Balley, que era cartujo, el clero y el pueblo quisieron como sucesor a otro monje cartujo y eligieron a Artoldo que era ya un octogenario. Hizo cuanto pudo por estorbar esta elección pero hubo de someterse a ella al final.

Consagrado obispo, comenzó a regir con su mejor voluntad la diócesis dándole sobre todo ejemplos de gran virtud. Pero su ancianidad era mucha y comprendía que no tenía salud para la labor que requería el episcopado y, por ello, a los dos años de ser elegido se dirigió al papa Clemente III y le rogó que lo dispensara de esta tarea y le permitiera volver a su retiro en la cartuja. Accedió el Papa y el obispo se sometió a la regla monástica como un monje más. Aquí perseveró en su santo género de vida hasta su muerte, ya centenario, el 6 de octubre de 1206.

Su culto fue confirmado por el papa Gregorio XVI el 2 de junio de 1834.

BEATO FRANCISCO HUNOT

Presbítero y mártir († 1794)

Nace en Brienon-l'Archevêque el 12 de febrero de 1753 y al llegar a la juventud se decide por la vocación eclesiástica. Se sabe que se ordenó de subdiácono en 1775 pero se ignora la fecha de su ordenación sacerdotal. El 13 de abril de 1766, ya tonsurado, había tomado posesión de un canonicato en la iglesia

colegial de su población natal. Llegada la hora de la Revolución, prestó el juramento constitucional (30 de enero de 1791) pero alegando que entendía que con ello no se separaba de la Iglesia católica y, por eso, cuando el papa Pío VI condenó la constitución civil del clero retractó su juramento, fue el 15 de julio de 1792. Esta retractación lo convirtió en objeto de la continua vigilancia de la municipalidad y se le impuso la obligación de devolver sus sueldos. Lo hizo, y a continuación fue presionado y amenazado acerca de lo que le esperaba, de forma que tuvo la debilidad de volver a decir que se atenía a su primer juramento. Sin embargo, era ya demasiado tarde pues la máquina de la represión estaba en marcha contra él. El 16 de abril de 1793 dictó sentencia contraria a él un tribunal de lo criminal alegando que su conducta era inconsecuente y que tenía que ser privado de sus medios de subsistencia. Fue llevado a la casa de reclusión de Auxerre el 30 de octubre de 1793. Desde ella pide se le paguen sus sueldos, lo que se le deniega, y se le tiene por refractario. El 27 de abril se fija su marcha para Rochefort. El 19 de junio está ya a bordo del Washington. Consumido por la fiebre y el escorbuto murió el 6 de octubre de 1794, no sin antes haber recibido con gran fervor el sacramento de la penitencia y haber manifestado de forma persistente que quería morir en plena comunión con la Iglesia católica y, para ello, retractaba de la forma más absoluta el juramento de adhesión que hiciera a la constitución civil del clero. Sus primos Juan y Sebastián compartieron su detención y también morirían en Rochefort, siendo beatificados con él.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

SAN FRANCISCO PHAN VAN TRUNG
Mártir († 1858)

Francisco Phan Van Trung (o Francisco Tran) era cabo del ejército real y tenía 28 años al tiempo de su martirio. Fue arrestado no por ser cristiano sino por intentar sobornar a quien tenía que examinarlo en orden a su ascenso. No se le dio mayor importancia pero se le exigió que reafirmara su fidelidad al rey

Tu-Duc, siendo una de las pruebas la de pisar la cruz en señal de que se estaba de acuerdo en la política anticristiana del soberano. Francisco dijo entonces que él era cristiano, que no pisaba la cruz y que estaba dispuesto a pelear por su soberano pero no a renegar de su religión. Se le amenazó, se le halagó, se le torturó en orden a conseguir su apostasía, pero todo fue en vano. El joven militar mostró una admirable constancia y se negó a renegar de Jesucristo, entonces fue condenado a muerte. La condena fue confirmada por el rey y el mártir de Cristo fue decapitado en An-Hoa el 6 de octubre de 1858.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

7 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Nuestra Señora del Rosario **.
2. En Capua (Campania), San Marcelo († s. III/IV), mártir.
3. En Padua, Santa Justina († s. III/IV), virgen y mártir *.
4. En Rosafa (Siria), santos Sergio y Baco († 303), mártires.
5. En Roma, San Marcos († 336), papa *.
6. En Bourges (Aquitania), San Augusto († 560), presbítero y abad *.
7. En Saintes (Aquitania), San Paladio († ca.596), obispo.
8. En el monasterio de Belofonte, del reino de León, Beato Martín Cid († 1152), abad cisterciense **.
9. En Rochefort (Francia), Beato Juan Hunot († 1794), presbítero y mártir *.
10. En Benaguacil (Valencia), Beato José Llosá Balaguer († 1936), diácono, religioso de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Fangeaux está en un alto, dominando la inmensa llanura de Lauregais. Es un paisaje impresionante, en especial por la inmensidad del horizonte que se descubre. Precisamente Dios Nuestro Señor lo eligió para abrir los ojos de Santo Domingo de Guzmán a otro paisaje más dilatado aún, el de la inmensidad de las almas que estaban esperando quien les mostrara el camino de la auténtica vida cristiana.

Un discreto y sencillo monumento, llamado la Seignadou, marca el lugar en que, estando en oración, recibió el Santo una gracia extraordinaria. Pocos detalles sabemos de ella. Es muy fácil que, como suele ocurrir tantas veces en las vidas de los santos, ni el mismo Santo Domingo percibiera desde el primer momento toda la trascendencia de lo que entonces se le revelaba. Parece cierto que Dios le confirmó en su idea de fundar una Orden de Predicadores, que le confirmó también que eran aquellas tierras del mediodia de Francia el más adecuado escenario para dar comienzo a la tarea, y que la Santísima Virgen mostró mirar con especial predilección este apostolado dominical.

¿Ocurrió entonces la revelación del Santísimo Rosario? Ya hemos dicho que es poco lo que nos queda de fehaciente sobre aquella visión. El santo no fue nunca explícito, pero la tradición unánime hasta tiempos muy recientes ha hecho a Santo Domingo de Guzmán fundador del rosario. Oigamos, por ejemplo, al papa Benedicto XV:

> «Y así —dice hablando de Santo Domingo—, en sus luchas con los albigenses que, entre otros artículos de nuestra fe, negaban y escarnecían con injurias la maternidad divina de María y su virginidad, el Santo, al defender con todas las fuerzas de su alma la santidad de estos dogmas, imploraba el auxilio de la Virgen Madre. Con cuánto agrado recibiese la Reina de los cielos la súplica de su piadosisimo siervo, fácilmente puede colegirse por el hecho de haberse servido de él la Virgen para que enseñase a la Iglesia, Esposa de su Hijo, la devoción del Santísimo Rosario: es decir, esa fórmula deprecatoria que, siendo a la vez vocal y mental (pues al mismo tiempo que se contemplan los principales misterios de la religión

> se recita quince veces la oración dominical con otras tantas decenas de avemarías), es devoción muy a propósito para excitar y mantener en el pueblo el fervor de la piedad y la práctica de todas las virtudes. Con razón, pues Domingo de Guzmán manda a sus hijos que, al predicar a los pueblos la palabra de Dios, se dedicasen constantemente y con todo empeño a inculcar en los ánimos de sus oyentes esta forma de orar, cuya utilidad práctica tenía él harto experimentada».

Este es, por consiguiente, según el parecer unánime de la tradición, robustecida por los documentos pontificios, el celestial origen del Santísimo Rosario. La moderna crítica pone, sin embargo, no pocos reparos a este sentir. Las trazas del rosario como devoción popular son muy posteriores, y aparecen con independencia de la actuación de Santo Domingo.

No es éste el lugar de discutir una cuestión histórica. Como suele suceder en estas ocasiones, hay un desenfoque inicial en la actitud de los críticos: una idea, una institución, una devoción, no nacen nunca enteramente hechas. Piénsese en la devoción al Corazón de Jesús, elaborada durante siglos por el amor hacia la humanidad de Cristo que iba en aumento. O piénsese en la serie de vicisitudes por que pasa una idea, antes de plasmar en una realización práctica, poniendo ante los ojos, por ejemplo, las diversas tentativas y ensayos que precedieron a la configuración jurídica de la Compañía de Jesús. Que Santo Domingo de Guzmán concibió su apostolado y el de sus hijos con un matiz eminentemente mariano no hay quien lo discuta. Que ya en los primeros tiempos de la Orden dominicana encontramos la recitación frecuente del avemaría, utilizando incluso cuerdas con nudos, también parece cierto. Recuérdese el ejemplo de Romeo de Livia, OP († 1261): el de Delfín Humberto, OP († 1356), el de la Beata Margarita Ebner, OP († 1351); el de Juan Taulero, OP († 1361), y otros muchos personajes eminentes de la Orden de Predicadores en los que encontramos elementos que luego han de servir para dar la estructuración definitiva al rosario. Esto sólo puede explicarse, o al menos se explica muy fácilmente, teniendo presente una tradición que arrancara del fundador y que perseverase dentro de la Orden.

A base de estos elementos comienza la devoción del rosario a extenderse en el siglo XV por obra principalmente de dos in-

signes dominicos: Alano de Rupe, forma latinizante de su apellido De la Roche, y Santiago Sprenger. El primero prefería la fórmula «salterio de la Virgen» más que la de rosario, que le parecía un tanto paganizante, y trabajó no poco en los Países Bajos por extenderlo. Sprenger no sólo consiguió extender grandemente el rosario por Alemania y los países del centro de Europa, sino que escribió un folleto de propaganda y consiguió la primera aprobación por parte de la autoridad apostólica el 10 de marzo de 1476, otorgada por el papa Sixto IV. No fue ésta sola la aprobación que obtuvo, sino que antes de morir logró nuevos documentos pontificios y la confirmación de todo lo actuado por parte del maestro general de la Orden. Por eso aunque algunas veces no se valore suficientemente su influencia en la difusión del rosario, es necesario tenerle por uno de los más destacados artífices de la difusión de la misma.

Ya desde entonces puede decirse que la marcha del rosario por todo el mundo es verdaderamente triunfal. Pronto salta de los países de la Europa central a los países latinos, y las concesiones papales se encuentran ya en abundancia. En España mismo vemos cómo el cardenal Gil de Viterbo, legado para España y Portugal, después de definir el rosario en su forma actual, concede gracias en 1519 a la cofradía que se había fundado en Tudela. En Vitoria, en el convento de Santo Domingo, había una capilla y altar bajo la advocación del rosario, a la que Adriano VI concede amplias indulgencias el 1 de abril de 1523, confirmadas luego por Clemente VII y dos veces por Paulo III. Algo parecido se encuentra ya por todas partes, no sólo en Europa, sino también en América, a la que la devoción del rosario es llevada por los dominicos. No se piense solo en el rosario como una devoción exclusivamente dominicana: San Ignacio de Loyola, por ejemplo, y los primeros jesuitas fueron extraordinariamente afectos a ella.

Los papas continuaron alabando esta devoción y cargándola de indulgencias. Pero quien verdaderamente aparece como eminente en la historia del rosario es San Pío V. Tras algunos actos de carácter más bien particular, el día 17 de septiembre de 1569 daba la solemne bula *Consueverunt romani pontífices,* en la que no sólo definía ya con exactitud el rosario, sino que además resu-

mía y ampliaba todos los privilegios e indulgencias unidos a esta devoción. Continúa durante todo su pontificado trabajando por la difusión del rosario. Y el 5 de marzo de 1572 promulga la bula *Salvatoris Domini,* en la que, recordando la victoria obtenida en Lepanto el 7 de octubre, permite a la Cofradía del Rosario de Martorell (Barcelona) que ese día celebren todos los años una fiesta bajo la advocación de la Virgen del Rosario, según lo había pedido don Luis de Requesens, señor de Martorell, que había estado presente en Lepanto. No parece que pueda decirse que fue San Pío V el que insertó en las letanías la invocación *Auxilium christianorum,* sino que tal invocación parece haber tenido origen en sus tiempos en Loreto mismo, por donde pasaron no pocos de los que habían participado en la batalla de Lepanto.

Su sucesor Gregorio XIII, el 1 de abril de 1533, extiende la fiesta del Rosario a todas las iglesias y capillas en que estuviera erigida la cofradía. Clemente XI, en 1716 extendió la solemnidad a la Iglesia universal, unida al primer domingo de octubre. Sólo en 1913, como consecuencia de la reforma litúrgica que quiso descargar de fiestas los domingos, quedó fijada en el calendario de la Iglesia universal esta fiesta en el 7 de octubre, conservando la Orden dominicana el privilegio de celebrar la fiesta el mismo primer domingo de octubre.

Todos estos datos cronológicos y eruditos no son al fin y al cabo más que una manifestación del unánime sentir del pueblo cristiano, que ama extraordinariamente esta devoción. Con el certero instinto que le caracteriza, adivina lo grata que es a la Santísima Virgen. Por eso en cuantas circunstancias, agradables o tristes, se presentan en la vida del cristiano, espontáneamente sube a sus labios esta hermosa oración. Ya se encuentre velando un cadáver, ya se acerque en peregrinación a un santuario famoso, ya trate de ofrecer algo por el éxito de unos exámenes o la resolución de un asunto difícil... en cualquier circunstancia el cristiano recurre al rosario, seguro de hallar en él un obsequio verdaderamente grato a la Santísima Virgen.

Y que tal sentir no es erróneo nos lo demuestra claramente la actitud de la Iglesia. Puede decirse que no hay devoción que de manera tan continuada haya sido recomendada e inculcada

por los Romanos Pontífices. Es más, hay un hecho bien significativo: la devoción al rosario es para los Papas un refugio providencial en las circunstancias difíciles que se presentan a la Iglesia. Ya se trate, como en tiempos de San Pío V, del peligro turco, ya se trate de los espinosos problemas que plantea la fermentación intelectual del siglo XIX, como en tiempos de León XIII, hacia esta devoción se vuelven los ojos de los Papas.

¿En qué está el secreto de la eficacia? Precisamente los mismos Papas nos lo dicen: en tratarse de una devoción que, siendo sencilla, esta, sin embargo, llena de contenido. Sencilla, porque hartos estamos de ver cómo la más humilde mujercita sabe rezar su rosario. Llena de contenido, puesto que sistemáticamente nos obliga a recorrer los principales misterios de la vida de Jesucristo y de su Santísima Madre.

Buena prueba de ello la tuvieron los misioneros que en 1865 descubrieron, viva aún, la fe de no pocos japoneses que ocultamente habían continuado, aislados del resto del mundo, siendo cristianos. La fiesta de Nuestra Señora de Japón, que se celebra allí el 17 de marzo, recuerda precisamente ese descubrimiento. Pues bien, una de las armas que habían servido para mantener viva la fe, había sido el rosario, recitado por aquellos que sobrevivieron a las persecuciones y por sus descendientes, que de ellos lo habían aprendido.

Trabajar, por consiguiente, en el conocimiento y en la difusión del Santísimo Rosario es hacer obra muy grata a Dios Nuestro Señor y contribuir al arraigo y difusión de nuestra santa fe. La aparición de la Santísima Virgen en Lourdes y Fátima, así nos lo confirma. Como nos confirma también la admirable adaptación de esta forma de devoción a los tiempos modernos la asombrosa acogida que ha tenido la cruzada del rosario en familia, nacida en Estados Unidos y difundida por todo el mundo.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Bibliografía

Acta sanctorum Augusti, I, p 422-436, *Octobris,* I, p 787-788
FAUCHER, X, *Les origins du Rosaire* (Paris 1923)
Monumenta Ordinis Fratrum Praedicatorum historica (Roma 1896s)
WALZ, A, OP, *Compendium historiae Ordinis Praedicatorum* (Roma ^{2}1948)

— *De Rosario Mariae a Sixto IV ad S. Pium V* (Roma 1959).
WILLIAM, F. M., *Geschichte und Gebetsschule des Rosenkranzes* (Viena 1948).
• Actualización:
BURGOS VELASCO, A. - MARTÍNEZ CARAZO, R., *El rosario que ama Dios. Historia, rezo y contemplación del rosario* (Valladolid 2000).
FUERTES, M. A., *El rosario, oración de ayer y de hoy. Formas renovadas de culto y devoción* (Salamanca 1993).
JUAN PABLO II, *El rosario de la Virgen María. Carta apostólica «Rosarium Viriginis Mariae»* (Madrid 2002).
LAFRANCE, J., *El rosario. Un camino hacia la oración incesante* (Madrid 2001).
III Congreso nacional del Rosario. Ávila, 11 y 12 de mayo de 1996. PP. Dominicos (Burjassot 1997).

BEATO MARTÍN CID
Abad († 1152)

El *Martirologio romano* lo llama beato, pero los santorales antiguos unánimemente lo llaman santo. Fue en su tiempo un abad estimado y querido por sus monjes y por el pueblo de Dios, con gran prestigio en la corte castellano-leonesa y a quien el propio San Bernardo acogió en su Orden junto con sus compañeros cuando supo de la vida santa y caritativa que llevaba.

Martín se llamaba de apellido Cid y se dice que o bien descendía del famoso Campeador o era de su familia. Había nacido en la ciudad de Zamora en la segunda mitad del siglo XI y era la suya una familia ilustre y acomodada. No hay dudas de que fue criado en las máximas de la religión cristiana pero no se conocen detalles particulares de su infancia, que discurriría en su propia patria y se conformaría a lo que era el uso de los tiempos.

Llegado a la adolescencia se abría ante él el doble camino que por entonces se presentaba a los jóvenes de su clase social: o bien dedicarse como caballero a la profesión de las armas, sirviendo al reino leonés, empeñado en la reconquista de España, o bien la vida religiosa, fuera en el sacerdocio diocesano, donde situarse con algún beneficio, fuera en la vida religiosa, para lo cual la región contaba con acreditados monasterios. Sin que sepamos con qué estudios previos y con qué concreta preparación, pero, como pudo verse luego, con recta intención de servir al Señor, el hecho seguro es que Martín optó por la vida eclesiástica y, pasando por las diferentes órdenes, alcanzó el sa-

cerdocio, desconociéndose cuándo y dónde se ordenó sacerdote, aunque presumiéndose que fue en la propia ciudad de Zamora. ¿Fue párroco o beneficiado de alguna iglesia? No lo dicen así de explícitamente las historias, limitándose a contar que daba magnífico ejemplo a todos con su conducta sacerdotal y que se le tenía por ornamento de la clerecía.

Pero él sentía en su interior la llamada a vivir su sacerdocio en un medio ambiente de retiro y austeridad, ajeno a cualquier comodidad que le pudiera ofrecer la casa de sus padres en la que quizás aún vivía, y por ello maduró la decisión de hacerse solitario y vivir en adelante entregado a la contemplación de las cosas divinas en la soledad de algún monte, guareciéndose en alguna cueva. Supo que era notoria la existencia de una cueva en las cercanías de Paleas, pueblo del obispado de Zamora, en la cual cueva habían tenido su refugio unos bandidos, y se le ocurrió que era buena idea convertir en casa de oración y cristiana la que había sido refugio de ladrones y malhechores. Y así un día abandonó su casa y su ciudad y en seguimiento de los padres del yermo se fue a vivir en la gruta de Paleas. Aquí le faltaba toda comodidad; el frío era muy riguroso, como suele serlo en aquellas tierras; para comer no tenía sino las hierbas y raíces que le ofrecía el suelo del monte; su vida no podía ser sino una continua mortificación y un continuo sacrificio. Martín se decidió a servir al Señor en aquellas circunstancias de tanta austeridad, feliz de haberse desprendido de todo por amor del reino de los cielos.

Pero justo porque vivía una vida tan pobre o más que la de los pobres, comenzó a acordarse de lo que sufren los menesterosos y especialmente si son enfermos, pues la enfermedad impide ganarse el pan a los que la padecen. Y su corazón sensible a los valores evangélicos comenzó a pensar en cuán útil sería a la comunidad cristiana que en aquel retiro suyo junto a la cueva él erigiera un asilo y hospital para los enfermos pobres y cuán conforme era con su dedicación a Dios que en ese hospital se prestaran los servicios de curar, atender y velar a los enfermos para que el bálsamo de la caridad sirviera de consuelo al dolor de la enfermedad. Este santo pensamiento se vio reforzado cuando otros jóvenes acudieron a él a querer compartir su vida

de soledad y retiro y aceptaron su iniciativa de servir a Dios en la persona de los pobres. Allegó Martín los medios suficientes para la edificación del asilo-hospital y éste se construyó para consuelo de los pobres. En cuanto estuvo el asilo abierto, los enfermos pobres se acogieron a él y pudieron ver quienes lo visitaban con qué delicadeza y amor Martín y sus compañeros atendían a los acogidos y cómo estos eran servidos con aquel amor que merece la propia persona sagrada de Jesucristo.

Martín no dejó de reflexionar en que la comunidad reunida en torno a su persona era una comunidad informal: estaban ciertamente unidos por el vínculo de la caridad fraterna y de la voluntad de servir a los enfermos pero no profesaban los votos religiosos y carecían por ello del mérito de la vida religiosa formalmente instaurada. Entonces pensó que lo propio era convertir su familia espiritual en una comunidad monástica. Y pensó: ¿bajo qué regla? No dudaba que la Regla de San Benito se prestaba a una perfecta vida común, pero había oído decir que había una nueva manera de seguir esta regla, y esta nueva manera la practicaban los cistercienses. Se había pasado a cisterciense el monasterio de Moreruela. Este monasterio se había afiliado al del Císter y había adaptado sus formas concretas de vida. No hay duda de que Martín visitó el monasterio y pudo ver por sí mismo el clima de interioridad y regularidad que reinaba en él, apeteciéndosele poder seguir él también con sus compañeros este régimen de vida. ¿Cómo lograrlo? Él no disimuló el destino caritativo de su fundación ni dejó de manifestar que quería seguir ejerciendo la caridad con los enfermos, pero era la comunidad entera del hospital la que quería aprender y profesar las costumbres cistercienses. No fue el abad de Moreruela sino el obispo de Zamora el que se dirigió a San Bernardo recomendando la petición de Martín. Era el año 1145 y San Bernardo respondió afirmativamente enviándole cuatro religiosos que instruyesen a Martín y sus compañeros y los aceptasen en el interior del Císter tras las debidas pruebas. Martín recibió a los monjes con suma alegría y con todos sus compañeros empezó el camino de la vida religiosa, profesando todos cuando llegó el momento oportuno. Organizada la vida monacal, era preciso nombrar un abad y fue elegido Martín para este ministerio, que

él intentó enseguida cumplir con la mayor dedicación y esmero, acreditándose en el cargo abacial como se había acreditado en su servicio a los enfermos.

Y fue entonces cuando pudo poner por obra un proyecto que le era posible desde que en 1137 el rey Alfonso VII de Castilla y León le había hecho donación de las villas de Cubo y Cubeto. Erigió en efecto Martín un monasterio que dedicó a Santa María y que se llamó de Bello-fonte, a causa de una cristalina fuente que había en sus cercanías. A él se trasladó como abad Martín y lo presidió con santidad y pastoral vigilancia hasta su santa muerte el 7 de octubre de 1152. Su cuerpo fue depositado en aquel monasterio de Bello-fonte y su tumba comenzó a ser objeto de visitas por parte de los fieles que invocaban la misericordia de Dios por la intercesión del santo abad y recibían respuesta divina en los muchos favores que se conseguían.

Por concesión del rey San Fernando III, extendida en Ávila el 2 de noviembre de 1232, el monasterio se mudó a otro sitio llamado Valparaíso, y con este motivo se trasladó el cuerpo del bienaventurado Martín a una capilla de la iglesia del nuevo monasterio, capilla puesta bajo su advocación. Allí estuvo hasta que el 7 de octubre de 1619 fue trasladado a un magnífico tabernáculo cerca del altar mayor. Presidió la ceremonia el obispo de Zamora, don Juan de Zapata y Osorio, y asistieron a ella muchos abades y eclesiásticos, y muchos fieles del pueblo de Dios de todas las clases sociales.

La fiesta litúrgica del Beato Martín comenzó a celebrarse en Valparaíso desde 1534, cuando en la dicha capilla se le hizo una nueva tumba, y a partir de 1540 se celebró en todos los monasterios cistercienses de España. En 1870 su nombre fue inscrito en el *Menologio* de toda la Orden cisterciense.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum Octobris, III, p 947-954
Bibliotheca sanctorum VIII *Ladan Marzi* (Roma 1967) cols 1299 1300
CALPENA Y AVILA, L , *La luz de la fe en el siglo XX Libro de la familia cristiana,* X (Madrid 1912-1916) 107-110
CROISSET, J , SJ , *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los dias del ano Octubre* (Barcelona 1854) 128-131
HIDALGO, A , *España, tierra de santos* (Leon 1975) 268 270

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA JUSTINA DE PADUA

Virgen y mártir († s. III/IV)

De esta santa han dicho los bolandistas que es muy conocido su culto pero muy desconocidos sus verdaderos datos personales. Lo que puede decirse de ella es que fue una virgen y mártir que en las persecuciones romanas, probablemente en la de Diocleciano, padeció por Cristo en Padua, donde se ha conservado su memoria y su culto. Ya de fines del siglo V consta la existencia de su basílica y de idéntica fecha es la inscripción de su nombre en el canon de la misa del rito ambrosiano. Desde Padua su culto se difundió por otras zonas de Italia, quedando atestiguado este culto en Como y en Rímini en los siglos VI-VII. La basílica primitiva duró hasta el siglo XII en que se arruinó a causa de un terremoto y adjunto a ella había ya un monasterio benedictino quizás desde el siglo VIII. Se reconstruyó entonces y en ella tuvo su origen la congregación benedictina llamada precisamente de Santa Justina, quien, a lo largo del siglo XVI, construyó un nuevo monasterio y basílica, en cuyo altar mayor quedó depositado en 1627 el cuerpo de la santa. Esta congregación benedictina contribuyó grandemente a la difusión de su culto y devoción por toda Europa, pero singularmente en la República de Venecia que, tras la victoria de Lepanto, sucedida en el día de Santa Justina, la tomó como patrona. Suprimido el monasterio en 1810 pudo reabrirse en 1919.

SAN MARCOS

Papa († 336)

Sucediendo al papa San Silvestre, fallecido el 31 de diciembre del año 335, el papa San Marcos ejerció el ministerio pontifical de enero a octubre del año 336. El *Liber Pontificalis* lo hace romano, hijo de Prisco, y le atribuye la norma de que tenga el palio el obispo de Ostia por ser el encargado de consagrar a los elegidos para el pontificado romano. Igualmente según el mismo libro él edificó la basílica que lleva su nombre y a donde se-

rían llevados finalmente sus restos mortales. En este pontificado, opinan algunos, vieron la luz los famosos documentos *Depositio episcoporum* y *Depositio martyrum*. Su tiempo estaba marcado por la controversia relativa a San Atanasio, el gran defensor del dogma niceno. Inicialmente fue enterrado en el cementerio de Santa Balbina, en la Vía Ardeatina, cementerio localizado en 1867 por De Rossi.

SAN AUGUSTO
Presbítero y abad († 560)

Cuando era un joven enfermo acudió a la tumba de San Martín de Tours y, habiendo alcanzado la salud por intercesión del gran santo, abrazó la vida monástica. Habiendo fundado un monasterio, dedicado a San Sinforiano, el obispo Probiano de Bourges en las cercanías de esta ciudad, nombró como abad del mismo a Augusto, que rigió el monasterio con gran sabiduría y virtud. En su tiempo tuvo lugar el hallazgo de la tumba de San Ursino, primer obispo de la ciudad, y este hallazgo se debió a una visión que tuvo el santo abad. La fecha de su muerte se sitúa en torno al año 560.

BEATO JUAN HUNOT
Presbítero y mártir († 1794)

Juan Hunot nació el 21 de septiembre de 1742 en Brienon-l'Archevêque (Francia) en una familia muy religiosa. Su hermano Sebastián y su primo Francisco también fueron sacerdotes, canónigos como él, de la colegiata de su pueblo y mártires los tres en los pontones de Rochefort. A los 15 años recibió la tonsura y al año siguiente obtenía su canonicato en la citada iglesia colegial. Se ordenó sacerdote el 20 de septiembre de 1766. El cabildo lo nombró tesorero el año 1782 y a su muerte era el párroco de la dicha iglesia colegial. El 30 de enero de 1791 prestó el juramento constitucional pero, una vez condenada la Constitución civil del clero por Roma se volvió atrás de su juramento (15 de julio de 1792). Comenzaron para él los

problemas y no le sirvió el que volviera a expresar su primer juramento pues no le valió y fue enviado a Rochefort tras haber sido arrestado. Consta que el 19 de junio de 1794 estaba ya a bordo del Washington. Su muerte tuvo lugar el 7 de octubre de aquel año 1794.

Fue beatificado con los otros mártires de Rochefort el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ LLOSÁ BALAGUER

Diácono y mártir († 1936)

Nació el 23 de agosto de 1901 en la población valenciana de Benaguacil. Hecha la enseñanza primaria ingresa en la escuela apostólica de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores en Torrente, donde cursa las humanidades. Al término de las mismas ingresa en el noviciado de Godelleta el 15 de octubre de 1917 y a los dos años emite la profesión religiosa. Luego estudia filosofía en Godelleta y en Teruel y en julio de 1923 pasa a Madrid, a la Escuela de Reforma de Santa Rita, donde emite la profesión perpetua el 15 de septiembre de 1925. Posteriormente es enviado a Dos Hermanas, debe hacer también el servicio militar. Vuelve a Madrid para cursar el último año de teología y recibe la ordenación de diácono el 16 de septiembre de 1928. Y entonces vino su decisión de no ordenarse sacerdote porque se creía absolutamente indigno de ello. Destinado a Madrid, aquí estaba cuando la revolución de julio de 1936. Arrestado y llevado a la Dirección General de Seguridad, consigue ser liberado y obtener un salvoconducto y llegar a su pueblo natal. Luego se va a Meliana (Valencia) a casa de un alumno, pero luego se refugia en un molino de su pueblo natal, de donde pasó a Torres de Quart, siempre en busca de seguridad. Pero reconocido el 1 de octubre es denunciado y detenido, interrogado y conducido a un calabozo del Gobierno Civil de Valencia. Confesó allí con el P. Luis Payá y a la mañana siguiente fue llevado a la cárcel celular. Varios días después supo que el comité de su pueblo lo reclamaba para fusilarlo. En efecto, el 7 de octubre los milicianos lo asesinaron en las cercanías del cementerio de Benaguacil.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

8 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Antioquía (Siria), Santa Pelagia († 302), virgen y mártir *.
2. La conmemoración de Santa Reparata, que es venerada como virgen y mártir († s. IV).
3. En Como (Liguria), San Félix († ca.390), obispo *.
4. En Ruán (Galia Lugdunense), San Evodio (s. V), obispo.
5. En el monasterio de Denain (Hainaut), Santa Ragenfredis († s. VIII), abadesa *.
6. En Génova (Liguria), San Hugo († h. 1233), religioso, de la Orden de San Juan de Jerusalén **.
7. En Londres (Inglaterra), beatos Juan Adams, Roberto Dibdale y Juan Lowe († 1586), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN HUGO DE GÉNOVA
Religioso († 1233)

Las noticias llegadas a nosotros sobre Hugo, comúnmente San Hugo de Génova, comendador que fue de la Orden de San Juan de Jerusalén y, en condición de tal, rector que también fue de San Juan en Génova, se remontan a una leyenda cuyos datos resultan harto difíciles de controlar. G. Bosio, en cuya obra incluye una breve biografía del santo, afirma que se limita a reproducir en compendio una relación atribuida al arzobispo genovés Otón Ghiglini († 1239), quien, por encargo de Gregorio IX, habría ordenado hacer una investigación de los testimonios sobre virtudes y milagros de nuestro santo, relación ésta de la que hoy no se tienen más noticias.

Algunos escritores lo han considerado francés. Más probable parece, sin embargo, siquiera sea ello debido a la tradición literaria y biográfica, su origen alejandrino, de la italiana provincia de Alessandria concretamente, de la noble familia de los Canefri. Nacido hacia 1168, lo adscribieron a la Orden de los Caballeros Hospitalarios de San Juan en pleno fervor de las cruzadas y combatió, luego veremos cómo y hasta qué punto, por los intereses cristianos de Tierra Santa. Destinado a regir en calidad de maestre, preceptor o comendador, la encomienda de San Juan en Génova, allí se ejercitó con celo en los elevados oficios de gobierno y de caridad a favor de los menesterosos acogidos al hospital anejo, así como de los peregrinos que hacían en Génova un alto en la marcha antes o después de los viajes por mar a Tierra Santa.

Pese a que algún historiador lo afirme, no parece haber estado adornado del carácter sacerdotal. Las biografías, en cambio, concuerdan en atribuirle varios milagros de considerable resonancia taumatúrgica en su tiempo y, se miren como se miren, de indudable remembranza bíblica siempre. El más conocido, sin duda, es el de haber hecho brotar una fuente de agua de la roca de un pequeño valle cercano al monte de la Encomienda (ahora via S. Ugo); milagro tan popular a la postre que llegó a ser incluso musicalizado en una opereta juvenil de B. Strozzi (cf. Gortari, p.126). Acerca del confesor del siglo XIII, así es conocido también San Hugo, refieren las crónicas, en efecto, un milagro muy similar al de Moisés, cuando éste, golpeando con su bastón una roca en el desierto, hizo que de ella brotase agua para un Israel torturado de sed tras su acampada en Refidim (cf. Éx 17,1-7). «Aquel lugar se llamó Massá y Meribá, a causa de la querella de los israelitas, y por haber tentado a Yahvé» (Éx 17,7). San Hugo de Génova, en cambio, con un matiz no menos caritativo tal vez y, desde luego, sin querella alguna intemperante que le obligara a intervenir, dio rienda suelta al agua para que las lavanderas de un hospital pudiesen lavar la ropa de los enfermos pobres.

Vivió San Hugo en Génova a lomo de los siglos XII y XIII. Era capellán de la Orden religiosa y caballeresca de San Juan de Jerusalén, fundada un siglo antes con intenciones sobre todo

militares, en concreto combatir contra los infieles musulmanes. En realidad los Caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén fueron repelidos por los musulmanes y obligados a dejar el Oriente, refugiándose primero en la isla de Rodas, y después en la de Malta. La célebre Orden de los Caballeros de Malta surgió, pues, en dicha isla mediterránea precisamente de esta emigración de los antiguos combatientes cristianos.

Como capellán de la Encomienda genovesa nuestro diligente San Hugo, en realidad, jamas llegó a empuñar las armas ni para defender ni para atacar Los combates que él libró fueron de muy otro signo, siempre bajo el estandarte de la caridad. Se cuenta que una vez sus oraciones consiguieron salvar del naufragio una nave en peligro por aguas de la costa genovesa Otra vez su milagro volvió a tener como protagonista el líquido elemento, cambiado en vino durante un convite. Si el milagro de la fuente prodigiosa ya señalado lo hacía asemejarse a Moises, con esta conversión del agua en vino claramente nos traslada el santo a la célebre estampa evangélica de la boda en Caná de Galilea (cf. Jn 2,1-11, 4,46), donde «dio Jesus comienzo a sus señales» (Jn 2,11).

Pequeño de estatura, flaco de complexión, con un cilicio sobre la carne, San Hugo era conocido y querido de los genoveses además por su espíritu de mortificación y gran modestia, que venía justo a contrastar con el talante autosuficiente y la soberbia del siglo, de cuyo virus ni se libraban siquiera los Caballeros aquellos de la Orden por él abrazada, casi siempre de origen aristocrático, y para cuyo adelanto en la virtud y señalado valimiento en las luchas de la gracia era él ahora su celoso capellán. A pocos pasos del puerto de Genova existe todavía la iglesia de San Juan de Prè, sobre la plazuela de la Encomienda, junto a la logia de los Comendadores jerosolimitanos *(Commendatori Gerosolimitani),* antiguo templo sagrado junto al cual vivió el capellán de la Orden caballeresca, y donde se le dio cristiana sepultura a raíz de su muerte, que los biógrafos datan por los años 1230-1233. Con nuestro victorioso protagonista en la más meritoria de las batallas, es a saber, la difusión de la fe apostólica y la humilde disponibilidad al amor evangélico, los Caballeros de Jerusalén conquistaban para su blasón un título de gloria más

claro y duradero que el de tantas inciertas empresas militares y políticas, por más que ellas fueran guerras libradas por la fe e inspiradas por el deseo de convertir los infieles a la verdad.

La diócesis de Génova celebró su culto por muchos años, según el *Proprium genuense* de 1645, el 19 de octubre. En el ceremonial de la iglesia mayor conventual de San Juan Bautista en Malta, en cambio, figura el 8 de octubre, la misma fecha del actual *Martirologio romano.* En cualquier caso, siempre como referente y paradigma de la mencionada Orden de San Juan de Jerusalén. De ahí que San Hugo figure representado en litografías y cuadros con las insignias de caballero. Sus cenizas reposan en la iglesia a la que sirvió, cerca de las dependencias donde vivió y a un paso no más de la estancia desde la que voló hasta la casa del Padre. Recientemente fue restaurado un lienzo suyo que bien valía la pena.

> «Como sieneses y como miembros de la Orden —afirmó el padre Humberto Rufino, capellán de la Soberana Orden Militar de Malta el día de su presentación al público— no podemos sino alegrarnos de que su belleza sea de nuevo ofrecida al turista y al ciudadano entre las joyas de esta ciudad y de la antigua iglesia de la Magione in Camollia. Se lo agradecemos a quienes han promovido su restauración y su colocación».

La pintura representa en el centro a nuestro personaje, célebre por haber sido rector de la encomienda genovesa de San Juan de Prè y haber hecho varios milagros, de los que dos figuran representados al fondo del cuadro, a saber: a un lado, salvando una nave del naufragio; y al otro, haciendo brotar el agua de una roca.

> «La expresión de Hugo —explicaba Gabriel Fattorini el día de la reposición del cuadro— es extática y los ojos miran a lo alto, hacia un cielo esplendente de una luz dorada circundada por un grupo de mofletudos angelotes».

La restauración salió adelante gracias al interés de las autoridades eclesiásticas y civiles de Génova, bien dispuestas y sensibles a la iniciativa, pero sobre todo por el párroco mons. Floriano Vassalluzzo y el Grupo Juvenil Sienés de la Soberana Orden Militar de Malta. La tela pudo volver así como nueva al interior de la iglesia de San Pedro alla Magione. La mejora del lienzo, en

resumen, vino a convertirse de esta suerte en acabado testimonio de una estrecha afinidad entre economía, cultura y arte.

Mons. Daniel Ferrari, obispo emérito de Chiavari, capellán *ad honorem* de la Orden de Malta, expuso en su homilía con ocasión de la investidura de nuevos miembros de la Orden de Malta el sábado 29 de enero de 2000, unas ideas que reflejan el espíritu del que estuvo animado en su día nuestro santo. Dijo entre otras cosas:

> «Reflexionar sobre el significado y valor de la pertenencia a la Orden de Malta, que de la Cristiandad nació y en la Cristiandad vive desde siglos, portando una inconfundible nota de fe y de caridad, ni es ocioso ni está fuera de lugar. Diré más aún, es obligado. Pertenecer a la Orden de Malta comporta ya de suyo una nota de honor y distinción. La Orden de Malta, única que comparte esta singular característica jurídica con la Santa Sede, es reconocida en el ordenamiento internacional como sujeto de derecho, habilitado para mantener regulares relaciones diplomáticas con los Estados. El Estado Italiano, a su vez, reconoce, sin ulteriores formalidades, los títulos de pertenencia a la Orden. También la Orden de Malta tiene, como es bien conocido, características exquisitamente religiosas. Desde el vértice de su estructura jurídica de hecho, a partir del Gran Maestre, nosotros tenemos superiores que emiten los votos de consagración. El hábito reservado a los ritos religiosos está en evidente similitud con el benedictino. Y en fin, la Orden mantiene también estrechos lazos con la Santa Sede a través de una estable Representación diplomática. Por tanto, quien pretenda ser digno de su pertenencia a tal Orden, comprenda que asume un compromiso que va mucho más allá de una plena honorabilidad adquirida en el mundo de las profesiones o del arte. Se hace deudor a la Iglesia de un mandato de honor hacia lo sagrado y de devoción hacia los pobres y los últimos de la sociedad. A cada uno de sus miembros va encomendado el programa que tan magníficamente expresa, en su concisión latina, el emblema de la Orden: *Tuitio fidei, obsequium pauperum* (defensa de la fe, obsequio de los pobres)».

La Orden arraiga en este *humus* altamente cristiano, a saber: la defensa de la fe en aquellos siglos en que el corazón de la cristiandad, Palestina, peligraba con irse al garete y acabar en tierra extranjera y prohibida para el mundo cristiano. Pero si la espada se convirtió en la extrema defensa durante aquellos siglos de violencia, la constante y generosa ayuda al peregrino y al menesteroso expresaba, por otra parte, secundar de lleno el pri-

mer precepto de Cristo, que se identificó y sigue identificándose con el pobre y el humillado: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40). No se nos pase por alto, pues, qué trato y qué nobleza de sentimientos le vienen impuestos a la Orden en su relación con los pobres.

El emblema, ciertamente, no habla de *protectio pauperum,* ni *auxilium pauperum:* adopta más bien el término *obsequium.* Lo cual implica que se debe servir a los pobres como si fuesen los superiores a venerar en la Orden, en cuanto destinatarios de un obsequio de mente y de corazón, antes que de obras. San Vicente de Paul decía a sus hermanas, por él fundadas, «los pobres son nuestros señores». Algo semejante ha de ocurrir aquí.

El ingreso en la institución supone la entrega y fidelidad a unos compromisos que instalan al candidato en esa aristocracia del espíritu que Cristo inauguró, y en la cual el único título de grandeza es el escuchar la Palabra de Dios y ponerla en práctica. Y bien, especial protector es San Juan Bautista, que afirmó la fidelidad a su misión con el martirio, víctima de la despótica sensualidad del Tetrarca de Galilea. El Bautista es el santo sobre quien está modelada la espiritualidad melitense (cf. N. Cappo-ni). Pero la espiritualidad de los miembros también descansa, claro es, sobre otros santos propios de la Orden durante su plurisecular andadura, y de modo especial, y ya en concreto, San Hugo, capellán de la Encomienda genovesa, maestro de caridad, noble de aquella virtud que, haciéndonos adherir a Dios, nos permite formar un solo espíritu con él.

Rigió San Hugo la Encomienda genovesa, justo delante del puerto, donde todavía se levanta la iglesia de San Juan de Prè. Ella y el edificio contiguo de la Encomienda constituyen hoy un conjunto arquitectónico bastante relevante en el panorama del románico genovés. Construida hacia el final del siglo XII por maestranzas lombardas de «maestros Antelami», Caballeros Hospitalarios de Jerusalén, la iglesia presenta una singular estructura sobre dos pisos, originariamente comunicados con niveles correspondientes de la Encomienda, y un bello campanario con cinco agujas del *Duecento.* Entre el complejo pictórico figura un «Sant'Ugo» de Lorenzo De Ferrari. Construida junto

a las dos iglesias está la Encomienda, adherida al convento y hospital, cuya fábrica desarrolló funciones de acogida para los peregrinos que se dirigían a Tierra Santa. Con ocasión de las celebraciones colombinas del 1992 fue completamente restaurada para ser destinada a fines expositivos.

Más recientemente aún, entre los días 30 de septiembre y 3 de octubre de 2004, tuvo lugar allí un Convenio acerca de los temas relativos a la historia de la Orden de San Juan y a los asentamientos sanjuanistas. Génova posee todavía hoy, en el centro de su puerto antiguo, el más grande hospital para peregrinos del mundo occidental, gestionado por la Orden de San Juan de Jerusalén que hizo de Génova el punto focal de su organización capilar de asistencia irradiada en toda Europa: convergían sobre dicho puerto, valga recordarlo una vez más, peregrinos y hombres de armas que se detenían en el Hospital de San Juan de Prè antes de partir rumbo a Tierra Santa. Las nuevas investigaciones, por tanto, destacaron particularmente la centralidad de la ciudad en la historia del Occidente europeo y la importancia de su puerto en el sistema político y económico medieval. Un Convenio que abundó también en la figura de nuestro santo, como no podía ser menos.

Fueron los francos quienes llevaron a Italia el nombre Hugo, de origen alemán, derivado de Hugu, cuyo significado es «pensamiento, sabiduría». Hugo significa, pues, en sentido traslaticio, «hombre sabio, prudente». Pasó después al latín medieval como Hugo, que en el genitivo se convirtió en Hugonis, del cual derivó el ya raro Ugone. También el alterado Ugolino tuvo una discreta fortuna, de modo que hasta en la *Divina Comedia* figura. El Hugo santo más famoso, desde luego, fue el abad de la abadía benedictina de Cluny. Ahora bien, si se quiere dar con un santo italiano se puede elegir entre nuestro San Hugo de Génova, cuya memoria celebra la Iglesia este 8 de octubre, o el 17 de noviembre con San Hugo abad de Calabria, enviado por San Bernardo para instituir allí la Orden cisterciense (cf. *Martyrologium,* p.705).

El problema de las falsas órdenes de Malta o de San Juan es de un tiempo a esta parte vivamente sentido también en Escandinavia, por no decir en todo el centro de Europa, donde proli-

feran de hecho grupos sin escrúpulos, que no vacilan a la hora de usurpar el verdadero nombre de tan beneméritas instituciones de la Iglesia. Recientemente tales abusos han cobrado pujanza a base de emprender actividades proselitistas en los países bálticos. El daño, como cabe deducir, es grave. La presencia activa de la orden de Malta en Escandinavia, a medida que prenda y se consolide, así servirá también para que dicho peligro quede cuando menos neutralizado hasta conseguir su total desaparición.

En realidad, los santos de estas órdenes militares, a pesar de su antigüedad, de su contexto tal vez elitista y barroco, de una aureola que puede antojarse con frecuencia punto menos que desfasada, no dejan de ofrecernos su encanto y su mensaje para esta sociedad posmoderna que nos envuelve. En el fondo, y si bien se mira, uno comprende luego que el suyo es un espíritu que arraiga en lo más genuino de la eclesialidad y de la cristología, y muy concretamente que se ajusta a las estampas más bellas y evangélicas de la caridad. He aquí la magnífica lección del lejano San Hugo en nuestros días.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, IV, p.362 364.

BARGELLINI, P., *Mille Santi del giorno* (Brescia 1977).

BOSIO, G., *Dell'historia della Sacra Religione e illustrissima Milizia di San Giovanni Gerosolimitano* (Roma 1594)

CAPPONI, N., «Why Saint John the Baptist»: *Traditio melitensis* [Boletín de la Asociación escandinava de la Soberana Orden Militar de Malta] 2 (2000) [fascículo cuidado por Luigi G. de Anna]

GALLIZIA, P. G., *Atti dei Santi che fiorirono nei dominii della Real Casa di Savoia,* V (Turín 1757) 18.

GORTARI, L., *Bernardo Strozzi* (Roma 1966) 126.

LANGASCO, C. DA, «Ugo», en *Bibliotheca sanctorum.* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.774-775.

LYTZ, B., «Den heliga Hugo av Genua»: *Traditio melitensis* 2 (2000).

Martyrologium romanum, o c , 530, n.6*, 705.

PERSOGLIO, V., *S. Ugo cavaliere ospitaliere di San Giovanni Gerosolimitano* (Genova 1874).

SEMERIA, G. B., *Secoli cristiani della Liguria, ossia, Storia della metropolitana di Genova, delle diocesi di Sarzana, di Brugnato, Savona, Noli, Albenga e Ventimiglia scritti di Gio,* I (Turín 1843) 127-128.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA PELAGIA
Virgen y mártir († 302)

El nuevo *Martirologio romano* sitúa en este día 8 de octubre la memoria de Santa Pelagia de Antioquía, virgen y mártir, señalando que es aquella mártir a la que dedicó grandes elogios San Juan Crisóstomo. Con ello el *Martirologio* deja de situar en esta fecha, como hacía el martirologio anterior, a una Santa Pelagia, penitente en Jerusalén, que no menciona ya en ningún otro día sino que simplemente omite. Seguramente esta Santa Pelagia de Antioquía es la misma que anteriormente conmemoraba el día 19 de octubre pero acompañada de San Beronico y otros cuarenta y nueve mártires, santos que ahora ya tampoco menciona. Nos quedamos, pues, con una Santa Pelagia, virgen y mártir en Antioquía, y a la que San Juan Crisóstomo dedicó sus elogios. La existencia histórica de esta santa está fuera de toda duda.

Dos homilías atribuidas a San Juan Crisóstomo hablan de esta santa. La primera homilía está considerada auténtica, la segunda es objeto de dudas. Según la narración del insigne doctor de la Iglesia, Santa Pelagia era una jovencita cristiana de quince años, de clase social alta, residente en Antioquía, a la que en el imperio de Numeriano (283-284) se le acusó oficialmente de ser cristiana, lo que, como es bien sabido, estaba prohibido por la ley. El gobernador mandó detenerla y para impedir cualquier huida los soldados rodearon la casa. A quienes entraron a intimarle la orden de detención, Pelagia dio una acogida cortés, y con la misma cortesía les pidió que le permitieran ponerse un mejor traje a fin de acompañarles a comparecer ante el gobernador. Le dijeron que sí y entonces ella, pensando en los posibles ultrajes que a manos de su detentores podía padecer su virginidad, se encomendó a la misericordia de Dios, y subiéndose a la terraza más alta de la casa, se precipitó a la calle, huyendo con una muerte voluntaria a las tropelías obscenas de que hubiera podido ser objeto. La Iglesia de su tiempo, como la posterior —ahí está el testimonio de Eusebio de Cesarea— consideraría no suicidio pecaminoso sino verdadero martirio el gesto

de Pelagia, que no sería la única virgen cristiana en huir del deshonor dándose la muerte. El *Martirologio siríaco* (siglo IV) y el *Jeronimiano,* como asimismo los sinaxarios bizantinos, ponen la memoria de esta santa el 8 de octubre, como hace ahora el nuevo *Martirologio romano.* Respecto a la fecha, hay que advertir que el imperio de Numeriano fue en los años 283-284. El nuevo *Martirologio,* no obstante, señala este martirio el 302.

SAN FÉLIX DE COMO

Obispo († ca.390)

Fue el primer obispo de Como, que tomó a su cargo la evangelización de la ciudad, y por una carta de San Ambrosio sabemos que le faltaban los oportunos ayudantes para llevar a cabo su obra. Naturalmente al principio eran pocos los que abrazaron el evangelio, pero San Ambrosio le anima a confiar que con la ayuda de Dios conseguirá evangelizar a muchos más. Todo indica que Félix le era muy conocido y querido a San Ambrosio y que éste le había conferido la ordenación episcopal, seguramente el 1 de noviembre de 386. Lo había enviado a Lodi a consagrar la basílica de los Santos Apóstoles, edificada por San Basiano, obispo de la ciudad, el cual anhelaba la presencia de Félix. En una carta, posiblemente del año 387, San Ambrosio da gracias a Félix por un regalo que le ha enviado y le dice que echa de menos que lo visite con frecuencia. Se le atribuye la apertura de la primera iglesia cristiana de Como, dedicando a San Carpóforo, un antiguo templo pagano dedicado al dios Mercurio. En esta iglesia fue enterrado, conservándose ahora sus reliquias en la iglesia de Santa Brígida y donde sigue teniendo culto popular.

SANTA RAGENFREDIS

Abadesa († s. VIII)

Ragenfredis o Ragenfreda fue la fundadora y primera abadesa del monasterio de Denain, en la diócesis de Cambrai, y consta su culto en el siglo IX. Según la tradición más antigua ella

habría fundado el monasterio a orillas del río Escalda en un terreno del que ella misma era la dueña. Pero otra tradición posterior la hace una de las diez hijas del conde Adalberto de Ostrevant y de su esposa Santa Regina, los cuales serían los verdaderos fundadores del monasterio, en el que ingresaron sus hijas. Esta tradición segunda carece de verdadero fundamento histórico. En el convento de Denain al principio se observó la regla benedictina, y ésta sería la observada por Ragenfredis, pero tras el concilio de Aquisgrán (816) el monasterio benedictino se convirtió en convento de canonesas de San Agustín. El *Martirologio romano* ha recogido su memoria el 8 de octubre, día en que la conmemoran los martirologios benedictinos.

BEATOS JUAN ADAMS, ROBERTO DIBDALE Y JUAN LOWE

Presbíteros y mártires († 1586)

El futuro mártir jesuita San Roberto Southwell escribió el 21 de diciembre de 1586 al preposito general de la Compañía de Jesús, P. Claudio Acquaviva, que «una bella corona de gloria ha sido felizmente ganada por el P. Juan Lowe y por los sacerdotes Dibdale y Adams, los cuales aquí en Londres han sufrido el martirio con constancia».

Y, en efecto, el 8 de octubre de 1586 estos tres sacerdotes seculares, que habían estado juntos en la cárcel y habían sufrido juntos el mismo inicuo juicio, habiendo sido condenados a muerte por delito de lesa majestad al haberse ordenado sacerdotes en el extranjero por la autoridad del Papa, fueron llevados a la plaza londinense de Tyburn y allí ahorcados, destripados y descuartizados, prefiriendo perder la vida temporal antes que ser infieles a la Iglesia de Jesucristo, y abriéndoseles por ello la puerta de la vida eterna

JUAN ADAMS había nacido en Martinstawn, en el condado de Dorset, y había estudiado en Oxford. Cuando se decidió a hacerse católico, optó tambien por el sacerdocio y marchó a Reims, en cuyo Colegio Inglés ingresó el 7 de diciembre de 1579. Recibió las órdenes previas durante el año 1580 y el 15 de diciembre de ese mismo año recibió el sacerdocio. Seguidamen-

te marchó a Inglaterra y pudo trabajar un tiempo en la obra de la Iglesia en medio de los peligros de aquel tiempo hasta que fue arrestado el 7 de marzo de 1584 y encerrado en la prisión de Marshalsea. Año y medio más tarde, el 15 de septiembre de 1585, era condenado al destierro, y en efecto volvía a Reims, a donde llegaba el 14 de noviembre. Pero no se había ordenado sacerdote para ejercer el ministerio en el continente sino en Inglaterra y con gran ánimo volvió al poco a su país. Aquí pudo trabajar apostólicamente hasta el 19 de septiembre de 1586 en que fue arrestado y llevado a la prisión de Clink hasta el tiempo de su juicio y condena a muerte.

ROBERTO DIBDALE nació en una familia católica en el condado de Worcestershire hacia 1560. Siendo un muchacho peregrinó a Roma en 1579 y lo aprovechó para ingresar el 29 de diciembre de aquel año en el seminario inglés de Reims. Aquí hizo los estudios y se ordenó sacerdote el 31 de marzo de 1584. El 2 de agosto de aquel año partía para Inglaterra, trabajando apostólicamente en Londres y sus alrededores. Autorizado a hacer exorcismos sobre personas que se consideraban posesas, este ministerio provocó no pocas diatribas entre los católicos y también los protestantes. Como diría él en los interrogatorios a los que lo sometió Topcliffe, no hizo los exorcismos por engaño del demonio sino en el nombre y con el poder de Cristo y debidamente autorizado. De todos modos cesó en sus exorcismos en el verano de 1586, verano en el cual fue arrestado con anterioridad al 25 de septiembre en que ya ciertamente lo estaba. Encerrado primero en Gatehouse, pasó muy pronto a Newgate, donde estuvo preso hasta su juicio y condena.

JUAN LOWE nace alrededor de 1553 parece que en Londres o en sus cercanías. Tenía 28 años cuando en 19 de noviembre de 1561 entró en el Colegio Inglés de Roma. Se ordenó sacerdote en septiembre de 1582 y continuó un año más los estudios, marchando a Inglaterra en septiembre de 1583, llegando a su patria a finales de diciembre. Aquí trabajó apostólicamente hasta que fue arrestado, detenido en la cárcel, juzgado y condenado a muerte.

Los tres mártires fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

9 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. Junto a París San Dionisio, obispo, y los santos Rústico, presbítero, y Eleuterio († 258), diácono, mártires **.
2. En Roma, San Juan Leonardo († 1609), fundador de la Orden de Clérigos Regulares de la Madre de Dios **.
3. La conmemoración de San Abrahán, patriarca **.
4. En Laodicea (Siria), santos Diodoro, Diomedes y Dídimo, mártires (fecha desconocida).
5. En Borgo San Domnino (Parma), San Domnino († s. IV), mártir.
6. En Antioquía (Siria), Santa Publia († s. IV), monja, confesora de la fe bajo Juliano el Apóstata *.
7. En Barretaine (Jura), San Sabino († s. V), ermitaño.
8. En Città di Castello (Umbría), San Domnino († 610), solitario.
9. Junto a Mons (Henao), San Gisleno († 680), abad.
10. En el monasterio de Montecasino, San Diosdado († 834), abad *.
11. En Brevnov (Bohemia), San Guntero († 1045), ermitaño *.
12. En el monasterio de Montsalvy (Francia), de canónigos regulares, San Bernardo de Rodez († 1110), abad.
13. En Valencia, San Luis Beltrán († 1581), presbítero, de la Orden de Predicadores **.
14. En Turón (Asturias), santos Inocencio de la Inmaculada (Manuel) Canoura Arnau, presbítero, de la Congregación de la Pasión, Cirilo Bertrán (José) Sanz Tejedor, Marciano José (Filomeno) López López, Victoriano Pío (Claudio) Bernabé Cano, Julián Alfredo (Vilfrido) Fernández Zapico, Benjamín Julián (Vicente) Alonso Andrés, Augusto Andrés (Román) Martín Fernández, Benito de Jesús (Héctor) Valdivieso Sáez y Aniceto Adolfo (Manuel) Seco Gutiérrez, religiosos de la Congregación de Hermanos de las Escuelas Cristianas, mártires en 1934 **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ABRAHÁN

Patriarca, padre de los creyentes

El *Martirologio romano* actual señala el 9 de octubre la memoria del patriarca Abrahán con este elogio:

«Conmemoración del Santo Patriarca Abrahán, el padre de todos los creyentes. Siguiendo la llamada del Señor, salió de su patria, la ciudad Ur de los Caldeos, y caminó errante a través de la tierra

prometida por Dios, a él y a su descendencia. Manifestó, además, su total confianza en el Señor, esperando contra toda esperanza, cuando no se negó a ofrecer en sacrificio a su unigénito, Isaac, regalo del Señor, siendo Abrahán ya anciano, y su mujer, estéril» (*Martyrologium romanum,* p.530).

Abrahán es una de las más grandes figuras bíblicas; posee perenne actualidad y merece perpetua gratitud. No en vano es el modelo y «padre de los creyentes» (cf. Rom 4,11), a quien apelan las tres grandes religiones monoteístas, el judaísmo, el cristianismo y el Islam, como a su antepasado común.

Y, para todos los hombres, es el paradigma del peregrino. Encarna la espiritualidad del viaje, de lo transitorio y de la constante adaptación a las circunstancias imprevistas, caminando diariamente en compañía de lo desconocido y provisional. Lo definitivo está sólo al final del camino, y nadie sabe con exactitud de qué se trata. La única certeza y convicción verdadera es que el viaje debe continuar cueste lo que cueste. La salvación está en el propio camino; y la única tentación verdadera sería detenerse.

Ahora que es tan necesario como difícil el diálogo ecuménico interreligioso, será muy conveniente prestar atención a este personaje, cuyo retrato nos ofrece el Antiguo Testamento y al que se refiere repetidas veces el Nuevo.

¿Cuáles son los rasgos más acentuados de este anciano que, en el atardecer de su vida se lanza a una aventura de la que no puede conocer el final: lo que otros emprenden al alba de su juventud?

Los textos del Génesis 11,10 y 25,10 recogen las tradiciones del ciclo de Abrahán, redactadas escalonadamente, de los siglos X a V a. C. Si pensamos que al personaje hay que situarlo al menos ocho siglos antes (hacia 1850 a. C. se calcula la llegada de Abrahán a Canaán), podremos apreciar la fuerza y el destino singular de este hombre cuya historia se pierde en la noche de los tiempos y sigue siendo para centenares de hombres y mujeres que creemos en un solo Dios, el antepasado y el modelo de la fe. Y este reconocimiento es la herencia de docenas de siglos de tradición religiosa.

Es cierto que judíos, cristianos e islámicos interpretamos de modo particular y diferente la vida del modelo, añadiendo cada

uno sus tradiciones propias; pero un fondo común es innegable y útil para el diálogo.

Por lo que se refiere a los cristianos, el Nuevo Testamento cita a Abrahán 75 veces; sólo cinco veces menos que a Moisés. Y Jesús se refirió explícitamente a él cuando exclamó:

> «Vuestro padre Abrahán se regocijó pensando en ver mi día; lo vio y se alegró». Entonces los judíos le dijeron: "¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abrahán?" Jesús les respondió: "En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahán existiera, Yo Soy"» (Jn 8,56-58).

Abrahán vio el «Día del Señor» desde lejos, en un acontecimiento, en el nacimiento de Isaac. Jesús se declara el verdadero objeto de la promesa hecha a Abrahán, la verdadera causa de su alegría, el Isaac espiritual.

Y en otra ocasión, en diálogo con los saduceos que negaban la resurrección, les interpeló:

> «¿No habéis leído lo dicho por Dios?: "Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob" (cf. Ex 3,6). No es un Dios de muertos sino de vivos» (Mt 22,32).

Abrahán, hijo del semita Téraj, hermano de Najor y de Harán, vivía con su clan nómada en la Media Luna fértil de Mesopotamia entre los ríos Tigris y Eufrates, solar de una de las más antiguas y adelantadas civilizaciones, de la que han quedado notables huellas hasta nuestros días. En un primer movimiento emigratorio, su padre, con todo el clan familiar se trasladó de Ur a Jarán, donde Téraj murió.

Es Abrahán el primero y principal de los patriarcas, antepasados del pueblo de Dios: «Reparad en Abrahán, vuestro padre que os dio a luz», clama Isaías (51,2).

El ciclo de Abrahán en el Génesis es el más amplio de las historias patriarcales, y está formado por la yuxtaposición de las tradiciones yahvista, eloísta y sacerdotal. Los episodios se suceden a partir de la vocación:

> «Yahvé dijo a Abrán: "Vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre, y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra".

Marchó, pues, Abrán, como se lo había dicho Yahvé, y con él marchó Lot. Tenía Abrán setenta y cinco años cuando salió de Jarán. Tomó Abrán a Saray, su mujer, y a Lot, hijo de su hermano, con toda la hacienda que habían logrado, y el personal que habían adquirido en Jarán y salieron para dirigirse a Canaán.

Llegaron a Canaán y Abrán atravesó el país hasta el lugar sagrado de Siquén, hasta la encina de Moré. Por entonces estaban los cananeos en el país. Yahvé se apareció a Abrán y le dijo: "A tu descendencia he de dar esta tierra".

Entonces él edificó allí un altar a Yahvé que se le había aparecido. De allí paso a la montaña, al oriente de Betel, y desplegó su tienda, entre Betel al occidente y Ay al oriente. Allí edificó un altar a Yahvé e invocó su nombre. Luego Abrán fue desplazándose por acampadas hacia el Negueb» (Gén 12,1-9).

Obediente a la llamada de Dios, rompiendo todos sus vínculos terrenos, Abrahán sale para un país desconocido, con su mujer estéril (cf. 11,30), porque Dios se lo ha ordenado y le ha prometido una posteridad. Primer acto de fe de Abrahán que volverá a expresarse cada vez en las múltiples ocasiones en que se reafirma la promesa de Dios.

«"No temas, Abrán. Yo soy para ti un escudo. Tu premio será muy grande". Dijo Abrahán: "Mi Señor, Yahvé, ¿qué me vas a dar, si me voy sin hijos...? No me has dado descendencia, y un criado de mi casa me va a heredar". Pero Yahvé le dijo: "No te heredará ése, sino que te heredará uno que saldrá de tus entrañas". Y sacándole afuera, le dijo: "Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas". Y le dijo: "Así será tu descendencia". Y creyó él en Yahvé, el cual se lo reputó por justicia» (Gén 15,1-6).

Abrahán, nacido en ambiente idolátrico politeísta, está en diálogo con Yahvé, el Dios único y verdadero, y le ofrece el obsequio de la fe en esa promesa humanamente irrealizable, dada su ancianidad y la infertilidad de su esposa.

La doble promesa divina: la descendencia y el don de la tierra, son los dos ejes centrales de la vida de Abrahán y el hilo conductor de la esperanza mesiánica de Israel. Y todo está envuelto en bendiciones que se repiten con insistencia en Gén 12,3; 18,18; 22,18; 26,4; 28,14. Todas las gentes se harán eco: «Bendito seas como Abrahán»; «En ti serán benditas todas las naciones».

La biografía de Abrahán está erizada de dificultades. A la paradoja de la aventura emprendida a edad avanzada, se añade la del anciano que ha de buscar una tierra y necesita encontrar

un heredero. La tierra señalada por Dios es Canaán, pero está ocupada por los cananeos. Abrahán solo conseguirá ocupar, por cuatrocientos siclos de plata, la cueva de Macpelá para sepulcro de Sara (cf. 23,16s) y la finca frente a Mambré.

Sólo mucho más tarde, sus descendientes, a duras penas, podrán considerar esta tierra como verdaderamente suya. El antepasado de Israel cambia su propia tierra, no por otra, sino por la «promesa» de una tierra; y se ve obligado a errar y vivir aislado en medio de extranjeros.

El itinerario de Abrahán es también atípico en la búsqueda de heredero, a una edad en que todos esos problemas suelen estar resueltos. Tiene que ir descartando varios candidatos. Lot, el sobrino, elige separarse e ir al valle del Jordán. Dios mismo descarta al siervo Eliecer y también a Ismael, el hijo habido de Agar, la esclava, solución propuesta por Sara, su esposa y excluida también por Dios, Gén 21,12.

El encuentro de Abrahán con Melquisedec después de su victoria contra los reyezuelos que habían hecho prisionero a su sobrino Lot, está lleno de sugerencias simbólicas que la tradición cristiana y los comentarios de los Padres, así como las representaciones artísticas se han encargado de interpretar con horizontes eucarísticos.

> «A su regreso despues de batir a Quedorlaomer y a los reyes que con el estaban, le salio al encuentro el rey de Sodoma en el valle de Save (o sea, el valle del Rey) Entonces Melquisedec, rey de Salem, presento pan y vino, pues era sacerdote del Dios Altisimo, y le bendijo diciendo "¡Bendito sea Abran del Dios Altisimo, creador de cielos y tierra, y bendito sea el Dios Altisimo, que entrego a tus enemigos en tus manos!" Y Abran le dio el diezmo de todo» (Gen 14,17 20)

Por este pasaje interpretado a la luz del Salmo 110,4 y de la Carta a los Hebreos, vemos que Abrahán reconoce su inferioridad con respecto a Melquisedec. Tipo y figura del sacerdote eterno que es Cristo, el único mediador, superior al sacerdocio levítico.

Uno de los episodios más bellos e interesantes en la vida de Abrahán es el de la teofanía de Mambré, llena de encanto y de simbolismo, representada en el arte por Rublev con el icono de la Trinidad:

«Se le apareció Yahvé en la encina de Mambré estando él sentado a la puerta de su tienda en lo más caluroso del día. Levantando los ojos vio que había tres individuos parados a su vera. Inmediatamente acudió desde la puerta de la tienda a recibirlos, se postró en tierra y dijo: "Señor mío, si te he caído en gracia, no pases de largo cerca de tu servidor. Que traigan un poco de agua, os laváis los pies y os recostáis bajo este árbol, que yo iré a traer un bocado de pan, y repondréis fuerzas. Luego pasaréis adelante, que para eso habéis acertado a pasar a la vera de este servidor vuestro". Dijeron ellos: "Hazlo como has dicho".

Abrahán se dirigió presuroso a la tienda, adonde Sara, y le dijo: "Apresta tres arrobas de harina de sémola, amasa y haz unas tortas". Abrahán, por su parte, acudió a la vacada, apartó un becerro tierno y hermoso y se lo entregó al mozo, que se apresuró a aderezarlo. Luego tomó cuajada y leche, junto con el becerro que había aderezado, y se lo presentó, manteniéndose en pie delante de ellos bajo el árbol".

Así que hubieron comido, le dijeron: "¿Dónde está tu mujer Sara?" "Ahí, en la tienda", contestó. Dijo entonces aquél: "Volveré sin falta a ti pasado el tiempo de un embarazo, y para entonces tu mujer Sara tendrá un hijo". Sara lo estaba oyendo a la entrada de la tienda a sus espaldas.

Abrahán y Sara eran viejos, entrados en años, y a Sara se le había retirado la regla de las mujeres. Así que Sara rió para sus adentros y pensó: "Ahora que estoy pasada, ¿sentiré el placer, y además con mi marido viejo?"

Dijo Yahvé a Abrahán: "¿Por qué se ha reído Sara, pensando: Seguro que voy a parir ahora de vieja? ¿Hay algo difícil para Yahvé? En el plazo fijado volveré al término de un embarazo, y Sara tendrá un hijo". Sara negó: "No me he reído", y es que tuvo miedo. Pero aquel dijo "No digas eso, que sí te has reído"» (Gén 18,1-15).

Con los tres enigmáticos personajes, en los que encontró a Yahvé, lució Abrahán todas las galas de la proverbial hospitalidad de los jeques del desierto. A la carrera el anciano se multiplicó en obsequios sin perderse la celestial compañía y el diálogo sabroso.

Yahvé reitera su promesa del hijo que nacerá. Y, en un juego ingenioso con la palabra «risas», le da el nombre al heredero. Es una de esas etimologías populares que tanto abundan para poner nombres a personas y lugares en los relatos patriarcales.

«Yahvé visitó a Sara como había dicho, e hizo por ella lo que había prometido. Concibió Sara y dio a Abrahán un hijo en su vejez, en el plazo predicho por Dios. Abrahán puso al hijo que le había nacido y que le trajo Sara el nombre de Isaac. Abrahán circun-

cidó a su hijo Isaac a los ocho días, como se lo había mandado Dios. Abrahán tenía cien años cuando le nació su hijo Isaac. Dijo Sara: "Dios me ha dado de qué reír; todo el que lo oiga reirá conmigo". Y añadió: "¿Quién le habría dicho a Abrahán que Sara amamantaría hijos?; pues bien, yo le he dado un hijo en su vejez"» (Gén 21,1-7).

El nombre de Isaac vuelve a jugar con la risa y la alegría, pues significa «sonría Dios», «sea propicio» o «ha sonreído», «se ha mostrado propicio». La primera risa de Abrahán y de Sara (cf. 17,17), expresa un tanto la incredulidad y sobre todo la extrañeza ante la novedad sorprendente de la promesa. Finalmente, ante el nacimiento de Isaac, se trueca en risa de alegría (21,6).

La intimidad y la confianza mutua de Abrahán con Yahvé, Dios, hablando con él como un amigo con otro amigo, se expresa de manera encantadora en esta escena en la que se atreve casi a regatear con él, en torno al castigo de Sodoma y Gomorra:

«Partieron de allí aquellos hombres en dirección a Sodoma, y Abrahán los acompañó de despedida. Dijo entonces Yahvé: "¿Cómo voy a ocultar a Abrahán lo que voy a hacer, siendo así que Abrahán ha de ser un pueblo grande y poderoso, y se bendecirán por él los pueblos todos de la tierra? Porque yo le conozco y sé que mandará a sus hijos y a su descendencia que guarden el camino de Yahvé, practicando la justicia y el derecho, de modo que pueda concederle Yahvé a Abrahán lo que tiene apalabrado".

Dijo, pues, Yahvé: "El clamor de Sodoma y de Gomorra es grande; y su pecado gravísimo. Así que voy a bajar personalmente, a ver si lo que han hecho responde en todo al clamor que ha llegado hasta mí, y si no, he de saberlo".

Partieron de allí aquellos individuos camino de Sodoma, en tanto que Abrahán permanecía parado delante de Yahvé. Abrahán le abordó y le dijo: "¿Así que vas a borrar al justo con el malvado? Tal vez haya cincuenta justos en la ciudad. ¿Vas a borrarlos sin perdonar a aquel lugar por los cincuenta justos que hubiere dentro? Tú no puedes hacer tal cosa: dejar morir al justo con el malvado, y que corran parejas el uno con el otro. Tú no puedes. El juez de toda la tierra ¿va a fallar una injusticia?"

Dijo Yahvé: "Si encuentro en Sodoma a cincuenta justos en la ciudad perdonaré a todo el lugar por amor de aquéllos". Replicó Abrahán: "¡Mira que soy atrevido de interpelar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza! Supón que los cincuenta justos fallen por cinco, ¿Destruirías por los cinco a toda la ciudad?" Dijo: "No la des-

truiré si encuentro allí a cuarenta y cinco". Insistió todavía: "Supón que se encuentran allí cuarenta". Respondió: "Tampoco lo haría, en atención de esos cuarenta". Insistió: "No se enfade mi Señor si le digo: Tal vez se encuentren allí treinta". Respondió: "No lo haré si encuentro allí a esos treinta". Volvió a decirle: "¡Cuidado que soy atrevido de interpelar a mi Señor! ¿Y si se hallaren allí veinte?". Respondió: "Tampoco los destruiré en atención a los veinte". Insistió: "Vaya, no se enfade mi Señor, que ya sólo hablaré esta vez: ¿Y si se encuentran allí diez?". Dijo: "Tampoco los destruiría, en atención a los diez". Partió Yahvé así que hubo acabado de conversar con Abrahán, y éste se volvió a su lugar» (Gén 18,16-33).

Plantea Abrahán el problema de todos los tiempos: ¿Han de sufrir los buenos con los malvados a causa de éstos? Era tan fuerte en el antiguo Israel el sentimiento de la responsabilidad colectiva que la pregunta no se refiere a la liberación individual de los justos. De hecho Dios salvará a Lot y a sus hijas (19,15-16), pero el principio de la responsabilidad individual se formula mucho más tarde en la época del Deuteronomio y los profetas.

Ya que todos han de sufrir la misma suerte, Abrahán pregunta si acaso algunos justos no llegarán a conseguir el perdón de muchos culpables. Las respuestas de Yahvé confirman el papel salvador e intercesor de los justos en el mundo. Pero, en su regateo, Abrahán no se atreve a bajar de diez justos.

En Is 53, el sufrimiento del único siervo es el que ha de salvar a todo el pueblo, pero este anuncio no será comprendido hasta que Cristo lo haya realizado. Más injusticia hay en castigar a algunos inocentes, que en absolver a una multitud de culpables (cf. Rom 3,6).

Lo que nos da la medida sin medida de la fe, el episodio cumbre en la vida de Abrahán que da el perfil definitivo a su espiritualidad, la prueba de fuego de su auténtica confianza y entrega en las manos de Dios, esperando contra toda esperanza, es el sacrificio de Isaac, figura espléndida del sacrificio de Jesús:

> «Después de estas cosas, Dios tentó a Abrahán. Le dijo: "¡Abrahán, Abrahán!" Él respondió: "Aquí estoy". Después añadió: "Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moria y ofrécelo allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga".

Abrahán se levantó de madrugada, aparejó su asno y tomó consigo a dos mozos y a su hijo Isaac. Partió la leña del holocausto y se puso en marcha hacia el lugar que le había dicho Dios. Al tercer día levantó Abrahán los ojos y vio el lugar desde lejos. Entonces dijo Abrahán a sus mozos: "Quedaos aquí con el asno. Yo y el muchacho iremos hasta allí, haremos adoración y volveremos donde vosotros".

Tomó Abrahán la leña del holocausto, lo cargó sobre su hijo Isaac, tomó en su mano el fuego y el cuchillo y se fueron los dos juntos. Dijo Isaac: "¡Padre!" Respondió: "¿Qué, hijo mío?" "Aquí está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?" Dijo Abrahán: "Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío". Y siguieron andando los dos juntos.

Llegados al lugar que le había dicho Dios, construyó allí Abrahán el altar y dispuso la leña, luego ató a Isaac, su hijo, y lo puso sobre el ara, encima de la leña. Alargó Abrahán la mano y tomó el cuchillo para inmolar a su hijo.

Entonces le llamó el ángel de Yahvé desde el cielo diciendo: "¡Abrahán, Abrahán!" Él dijo: "Aquí estoy". Continuó el ángel: "No alargues tu mano contra el niño, ni le hagas nada, que ahora ya sé que eres temeroso de Dios, ya que no me has negado tu hijo, tu único".

Alzó Abrahán la vista y vio un carnero trabado en un zarzal por los cuernos. Fue Abrahán, tomó el carnero y lo sacrificó en holocausto en lugar de su hijo. Abrahán llamó aquel lugar "Yahvé provee", de donde se dice hoy en día: "En el monte Yahvé se aparece".

El ángel de Yahvé llamó a Abrahán por segunda vez desde el cielo y le dijo: "Por mí mismo juro, oráculo de Yahvé, que por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos. Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido tú mi voz"» (Gén 22,1-18).

La petición divina es incomprensible. Abrahán se ve obligado a entrar en la noche profunda del olvido definitivo. Después de haber roto con su antepasado, no le queda sino despedirse de su futuro. Morir sin descendientes en el Antiguo Testamento significa morir dos veces, morir sin dejar huella.

Cuando el patriarca parecía llegar al final de sus tribulaciones, este dramático relato pone en cuestión el centro de todas las promesas. Los acontecimientos cruciales no han perdonado a Abrahán. En cada encrucijada Abrahán ha reaccionado con

matizadas respuestas no exentas de preguntas, pero siempre sobresale la audaz y heroica docilidad de Abrahán.

En esa actitud fundamental, por encima de fallos humanos inevitables y progresivamente vencidos, está la base firme del modelo en que se convierte Abrahán para las futuras generaciones. A pesar de las dudas que le asaltan, expresa su fe en las promesas divinas (cf. Gén 15,6) y en la mayor parte de los casos, brilla su docilidad singular, obedeciendo sin titubear las órdenes divinas, aunque sean desconcertantes.

Donde aparece más clara es en los acontecimientos más dramáticos de su existencia: la salida de su patria y el sacrifico de su hijo. La dialéctica de la fe —luz y oscuridad— alcanza el punto culminante en este episodio, paradigma simbólico de todo itinerario de fe para los que caminan con Abrahán. Tres largos días hacia el país de Moria entre el silencio absoluto de Dios y la atadura de Isaac en el altar para el sacrificio. Es una *sublime representación de la fe en su estadio más puro, sin apo*yos humanos.

En apariencia la promesa se revuelve contra sí misma desmintiéndose, sacrificando al hijo. Pero Abrahán está dispuesto a renunciar a todo, confiando únicamente en Dios. El hijo, recibido de nuevo al fin de la prueba, ya no es sólo aquel que había nacido de su semilla, sino en sentido pleno, perfecto y exclusivo, el hijo de la promesa, don absoluto y gratuito de Dios.

La narración implica la condena, repetidas veces pregonada por los profetas, de los sacrificios humanos de niños (Lev 18,21) y justifica el rescate de los primogénitos que, como todas las primicias, pertenecen a Dios, pero no deben ser sacrificados sino rescatados (cf. Éx 13,11).

A la figura gigante y universal de Abrahán, alude con frecuencia toda la tradición judía del Antiguo Testamento declarándola y convirtiéndola en el perfecto modelo del judío piadoso, cumplidor escrupuloso de la Ley, ya antes de Moisés.

El Sirácida, autor del libro del Eclesiástico, hace este retrato:

> «Abrahán fue padre insigne de una multitud de naciones, no se halló quien le igualara en su gloria. Él guardó la ley del Altísimo, y con él estableció una alianza. En su carne selló esta alianza y en la prueba fue hallado fiel. Por eso Dios le prometió con juramento bendecir a las naciones por su descendencia, multiplicarle como el

> polvo de la tierra, exaltar su estirpe como las estrellas y darle una herencia de mar a mar, desde el Río hasta los confines de la tierra» (Eclo 44,19-21).

En la tradición cristiana del Nuevo Testamento Abrahán es el «creyente modelo», pero su paternidad va a mas allá de la carne y la sangre; se extiende por la fe al Israel de Dios. No se contenta el Nuevo Testamento con hacer de Abrahán un modelo de comportamiento cristiano anticipado. Va mucho más allá.

La salvación ya no es un privilegio del pueblo elegido y de los hijos de Abrahán. El verdadero Padre es Dios, el único que salva; y el pueblo, más que de Abrahán, nació por un acto salvador de Dios en el momento del Éxodo libertador. Los lazos de sangre no bastan para asegurar la salvación. Hace falta la fe y la conversión.

El Bautista proclamaba:

> «No creáis que basta con decir en vuestro interior: "Tenemos por padre a Abrahán"; porque os digo que puede Dios de estas piedras suscitar hijos de Abrahán» (Mt 3,9).

Jesús da el paso definitivo cuando afirma ante el centurión romano que le pide la curación de su hijo:

> «Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande. Y os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se pondrán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mientras que los hijos del Reino serán echados a las tinieblas de fuera» (Mt 8,10-12).

En el banquete de la era mesiánica, los que no hayan creído en Cristo serán suplantados por los paganos. Es más importante y decisivo creer en Jesús, que pertenecer al pueblo elegido.

Sobre esa base, la fe de Pablo, tanto en sus cartas a los Gálatas como a los Romanos, asegura que el principio de la salvación es la fe y no la observancia de la ley de Moisés.

La Carta a los Hebreos (11,8-19) elogia a Abrahán entre los grandes modelos de fe en las historia de la salvación:

> «Por la fe, Abrahán, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba. Por la fe, peregrinó hacia la Tierra prometida como extranjero, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de las mismas promesas. Pues esperaba la ciudad asentada

sobre cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Por la fe, también Sara recibió, aun fuera de la edad apropiada, vigor para ser madre, pues tuvo como digno de fe al que se lo prometía. Por lo cual también de uno solo y ya marcado por la muerte, nacieron hijos, numerosos como las estrellas del cielo, incontables como la arena de las playas.

En la fe murieron todos ellos, sin haber conseguido el objeto de las promesas: viéndolas y saludándolas desde lejos y confesándose peregrinos y forasteros sobre la tierra. Los que así hablan, claramente dan a entender que van en busca de una patria; pues si pensaban en la que habían abandonado, podían volver a ella. Por el contrario, aspiran a una mejor, a la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios, pues les tenía preparada una ciudad.

Por la fe, Abrahán, sometido a la prueba, ofreció a Isaac como ofrenda, y el que había recibido las promesas, ofrecía a su único hijo, respecto del cual se le había dicho: Por Isaac tendrás descendencia. Pensaba que poderoso era Dios aun para resucitarlo de entre los muertos. Por eso lo recobró como símbolo» (Heb 11,8-19).

«Estos fueron los días de vida de Abrahán: ciento setenta y cinco años. Expiró, pues, Abrahán y murió en buena ancianidad, viejo y lleno de días, y fue a juntarse con su pueblo. Sus hijos, Isaac e Ismael lo sepultaron en la cueva de Macpelá, al borde de la finca de Efrón, hijo de Sójar, el hitita, en frente de Mambré [...] Allí fue sepultado Abrahán con su mujer Sara» (Gén 25,7-10).

(La semblanza de Abrahán que nos ofrece el Génesis, no disimula sus equivocaciones, ni sus errores y pecados: no idealiza su figura como hacen después los escritos extrabíblicos: el Testamento, el Midrash, el Libro de los Jubileos y otros apócrifos, que se ocupan de rellenar las lagunas sobre la infancia y juventud del gran Patriarca. Pero la Iglesia no canoniza los defectos, sino las virtudes y éstas, heroicas).

Herodes el Grande, edificó un santuario sobre el lugar donde se creía estaba la tumba de Abrahán y los patriarcas, visitado por judíos, cristianos y musulmanes.

En la liturgia cristiana, desde el siglo IX, está en los martirologios el 9 de octubre. Desde San Dámaso, se hace mención de Abrahán en el canon de la misa; y se le invoca en la recomendación del alma. Un pontifical romano del siglo XIII le llama *seminarium fidei nostrae,* «semillero de nuestra fe». En Milán se celebra la realización de las promesas, en el «Domingo» llamado «de Abrahán». La liturgia hispánica evoca la figura de Abrahán a pro-

pósito de Cristo, piedra angular que hace de los judíos y gentiles un solo pueblo. En la misma liturgia se pide que los nuevos bautizados sigan el itinerario glorioso de la fe de Abrahán.

En los dos pulmones de la Iglesia, oriental y occidental, se repite la plegaria pidiendo que los difuntos sean acogidos «en el seno de Abrahán», expresión del lugar donde «esperamos la resurrección» (cf. Lc 16,22) como el pobre Lázaro.

La iconografía cristiana de Abrahán es abundantísima. Invade la historia del arte desde el paleocristiano de las catacumbas donde aparece como orante en el siglo III, y Dura Europos, pasando por los sarcófagos, mosaicos y frescos, por los iconos bizantinos como el de Rublev, las obras maestras del Renacimiento, hasta las geniales de Rembrand, Rouaul y Chagal, de nuestros días.

La iconografía más repetida es la alusiva al sacrificio de Isaac y la del encuentro con Melquisedec, comentados profusamente por las homilías de los Santos Padres. Es incontable la referencia de la literatura universal.

En Mambré, Constantino edificó una basílica; y según el historiador Sozomeno, allí se celebraba la fiesta anual en memoria de las teofanías; reunía a judíos, árabes y cristianos.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

«Abrahan», en P ROSSANO G RAVASI - A GIRLANDA (dirs), *Nuevo diccionario de teología bíblica* (Madrid 1990) 24-31

COLLIN, M , *Abrahan* (Estella, Navarra 1987)

CROCE, E , «Abramo nella teologia e nelle arti figurative», en *Bibliotheca sanctorum* I *A Ans* (Roma 1961) cols 106 111

SIRA, J L , *Abrahan y sus huespedes El patriarca y los creyentes en el Dios unico* (Estella, Navarra 2004)

SPADAFORA, F , «Abramo (en la Escritura, en la tradicion judia, en la liturgia y en el culto, en la tradicion cristiana, en el Islam)», en *Bibliotheca sanctorum* I *A Ans* (Roma 1961) cols 89 106

SANTOS DIONISIO DE PARÍS, RÚSTICO (DE PARÍS) Y ELEUTERIO (DE PARÍS)

Mártires († 258)

La existencia histórica de este San Dionisio está mucho mejor atestiguada que la de sus compañeros; sin embargo el nuevo *Martirologio romano* que ha optado, como no podía ser menos, por diferenciar plenamente a este santo obispo del homónimo Areopagita, como exponemos en su biografía del día 3 de este mes (cf. *supra*), ha decidido mantener la memoria de sus dos compañeros mártires.

No es hasta el siglo VI cuando por diversas fuentes sabemos de la existencia de un San Dionisio, asentado como misionero en París. Habla de él el autor de la *Vida de Santa Genoveva,* compuesta en la primera mitad del siglo VI y que asegura que la santa levantó una capilla el año 475 en honor de San Dionisio. Por su parte el conocido poeta Venancio Fortunato († 600) habla de la iglesia dedicada en París a San Dionisio. Y poco antes, San Gregorio de Tours († 594), en su *Historia de los francos* cuenta que San Dionisio (conocido como Denis o Denys en Francia) era un italiano —bien que con nombre griego— que fue enviado por el Papa con otros seis a misionar en las Galias, los cuales se afincaron en diferentes sitios: Gaciano en Tours, Trófimo en Arlés, Pablo en Narbona, Saturnino en Toulouse, Austremonio en Auvernia, Marcial en Limoges y Dionisio en París. Pero solamente el último de estos autores habla del martirio de San Dionisio, que aparece, pues, inicialmente como el miembro de un equipo o grupo de evangelizadores enviados por el Papa a las Galias, y que establecido en París predica el evangelio y rubrica esta predicación con su sangre, seguramente en la persecución de Valeriano. En el año 250 en que se supone datado este envío misionero, el papa era San Fabián, que muere ese mismo año y le sucede el papa San Cornelio († 253), y éste es sucedido por San Lucio I († 254) y éste por San Esteban I († 257). Si colocamos la muerte de San Dionisio en 258, cualquiera de estos papas ha podido ser el que envió estos misioneros.

Es a fines del siglo VI cuando aparece un documento que asocia al trabajo y la pasión de San Dionisio a dos compañeros, un presbítero y un diácono. Y este documento es la recensión

galicana del *Martirologio jeronimiano.* En este documento al sacerdote se le llama Eleuterio y al diácono Rústico, pero un documento del siglo VIII, la *Passio Sancti Dyonisii,* invierte los nombres y llama Rústico al presbítero y Eleuterio al diácono, y ésta será la versión que llegará a prevalecer. Modernamente se ha pensado que en realidad Eleuterio (que significa libre) y Rústico (que significa perteneciente al campo) eran nombres alternativos o epítetos del dios Dionisos o Baco, y que se hayan tenido por tres personas los nombres equivalentes de una sola.

Por su parte el rey Dagoberto († 639) funda en París un monasterio en honor de San Dionisio, donde se custodian las reliquias del santo, monasterio que progresará en todos los aspectos en las centurias siguientes. De este monasterio era abad a comienzos del siglo IX Hilduino, el cual aceptó la reforma de los monasterios acordada en la asamblea general de Aquisgrán (818), pero no contaba con el apoyo de la corte, y esto trajo consigo su deposición en el 830 y su marcha del monasterio. No obstante pudo volver más tarde y él comenzó a traducir al latín las obras del Pseudo-Dionisio Areopagita y procedió a componer una tercera vida o *Passio Sancti Dyonisii* en la que interesadamente acepta y hace suya la identificación del parisino con el Areopagita que años antes había hecho la que llamamos segunda *Passio,* y se ha dicho que esta identificación de Hilduino, suficientemente culto como para poder distinguir ambos personajes, no fue hecha sin una intención interesada. Parte de ahí la identificación del santo de París con el de Atenas y con el autor de las obras que llamamos del Pseudo-Dionisio. Sitúa la pasión del santo en Montmartre y dice que, decapitado el mártir, su cuerpo tomó la cabeza en las manos y así fue hasta la sepultura. Leyenda ésta que ha tenido muchísima presencia en la iconografía, siendo representado el santo como cefalóforo o portador de su propia cabeza, con la cabeza en las manos o sobre un libro, como lo representó Alberto Durero. Por otra parte el martirio se ha situado también en Catiliacum, aldea próxima a París y que hoy lleva el nombre de St. Denis y es un centro industrial.

Pipino y Carlomagno sustituyeron la iglesia de Dagoberto por una nueva basílica de la que hay vestigios en la cripta de la

iglesia gótica que la sustituyó en los siglos XII-XIII. Esta abadía fue elegida por la dinastía de los Capetos como sitio de su sepultura. La abadía fue suprimida en la Revolución francesa pero su iglesia fue devuelta al culto por Napoleón. Popularmente San Dionisio ha sido tenido por el patrón de Francia y los ejércitos franceses lo invocaban en las batallas, al modo que los españoles invocaban a Santiago.

La fecha tradicional de la fiesta de San Dionisio es la del 9 de octubre en la que el actual *Martirologio* la mantiene. Esta memoria figura en el *Misal romano* no por la importancia del personaje en sí mismo sino sin duda por deferencia a la larga historia cristiana de Francia.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, IV, p.865-887.
BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...,* X (París 1952) 270-288.
Bibliotheca sanctorum. IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.650-661.
BOSSUAT, R., «Traditions populaires relatives au martyre et à la sepulture de S. Denys»: *Le Moyen Âge* 62 (1956) 479s.
DUCHESNE, L., *Fastes episcopaux de l'ancienne Gaule,* II (París 1907-1915) 469s.
The Oxford Dictionary of the Christian Church (Oxford 1974) 405.

SAN JUAN LEONARDO

Fundador († 1609)

San Juan Leonardo pertenece, por la cronología y por su obra, al período de la reforma católica. Nace el año 1541 en Diécimo, pueblo cercano a Lucca, la pequeña república llamada en otro tiempo «religiosísima», y agitada ahora por la crisis protestante.

A la edad de doce años, sus padres, modestos industriales, le enviaron a casa del párroco de Villa Basílica, donde adquirió una cultura elemental e inició su formación religiosa. Hubiera sido tal vez ésta la ocasión para elegir el estado eclesiástico, pero el padre de Leonardo cambió, por ahora, el rumbo de su vida mandándole a Lucca a estudiar farmacia. La profesión de «farmacéutico» o «droguero» en aquellos tiempos bordeaba los límites de la medicina y de la alquimia, de la magia y de la filoso-

fía. En este ambiente moldeó Leonardo su recia personalidad de cristiano seglar militante, cuya característica no fue la de hechos asombrosos, aureolados de milagrosos «golpes de gracia», sino la de una progresiva ascensión hacia el ideal de santidad. Intensifica la frecuencia de sacramentos y la práctica de la mortificación, realiza el apostolado en el ambiente en que vive y se adhiere al grupo de piadosos seglares llamados «colombinos» para asegurar su perseverancia, madurando así su capacidad de entrega a una intensa vida sacerdotal que había de ser su decidida vocación.

Efectivamente, después de la muerte de su padre, a pesar de que la madre le instaba para que se instalase en Diécimo como farmacéutico, inicia sus estudios eclesiásticos. Tiene ahora veintiséis años. Aprobado el latín en las escuelas públicas de Pisa, aprende lógica y teología con el padre dominico Paolino Bernardini que, por prescripción médica, residía en una casa de campo perteneciente a la Orden.

El contacto directo con el maestro dominico produjo en Juan Leonardo cierta preocupación científica, que manifestó luego en los ensayos, inéditos, que escribió sobre diversos tratados teológicos. La perfección que pudiera faltar en su elemental plan de estudios era suplida por la madurez humana y espiritual que Leonardo había adquirido en sus treinta y dos años de vida seglar. Fue ordenado sacerdote en Pisa, el año 1572.

Instalado en Lucca como capellán de la iglesia de San Giovanni dalla Magione, Juan Leonardo comienza su apostolado y su obra de proselitismo, que había de cristalizar en la fundación de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios. Característica relevante del apostolado de Juan Leonardo es la enseñanza del catecismo, que revela el espíritu eminentemente parroquial que había de diferenciar a su Institución. Juan Leonardo es «sacerdote de parroquia», atento siempre a las necesidades concretas e inmediatas de los fieles.

Habiendo conocido el obispo de Lucca su actividad catequística, le encargó realizarla en otras iglesias y parroquias de Lucca. Para sistematizar esta actividad San Juan Leonardo escribió un *Manual de doctrina cristiana,* que estuvo durante mucho tiempo en uso en alguna región de Italia. Queriendo asegurar la

continuidad de este movimiento renovador de la enseñanza del catecismo formó la Compañía de la Doctrina Cristiana, integrada por elementos seglares, y que muy pronto había de extenderse a Siena, Pistoia, Nápoles y Roma. Los pontífices Gregorio XIII, Clemente VIII y Paulo V concedieron a esta Compañía especiales privilegios.

La personalidad de este sacerdote de «vocación tardía» comenzaba a destacarse en la Iglesia briosamente, paralela a la de los coetáneos San José de Calasanz y San Felipe Neri, a quienes especialmente estará muy unido en el andar de su vida de fundador y de apóstol.

A los dos años de actividad sacerdotal, Juan Leonardo había formado un grupo de colaboradores parroquiales íntimos a los que fue preparando para el sacerdocio y con los que inicia su fundación el año 1574.

En realidad, sus proyectos de fundador no eran ambiciosos en cuanto a la organización. La pequeña comunidad de sacerdotes surgía limitada al ámbito de la parroquia. El ideal de Juan Leonardo era hacer de sus colaboradores santos sacerdotes dedicados al ministerio parroquial. Su obra se puede encuadrar en la trayectoria ascendente de movimientos de renovación del clero diocesano.

La nueva Congregación encontró una férrea oposición por parte de las autoridades civiles de Lucca. La pequeña república, celosa de su independencia, seguía con recelo la actividad del santo, a quien comenzó a considerar aliado de potencias extranjeras y posible colaborador de la Inquisición. Sin ninguna responsabilidad personal, Juan Leonardo fue tratado durante toda la vida como un enemigo irreconciliable de su patria.

Tal enemistad ocasionó a los noveles religiosos una precaria situación económica, hasta tal punto que el mismo fundador se vio obligado a pedir limosna.

Estas dificultades, sin embargo, no desalentaron a Juan Leonardo en sus tareas apostólicas. Intensificó en su iglesia el culto al Santísimo Sacramento con la función de las «cuarenta horas» y organizó continuamente ejercicios de reparación y penitencia, con una técnica que se acerca mucho a ciertas «misiones populares» de la actualidad. Los fieles recorrían de noche procesio-

nalmente las calles de Lucca, visitando las iglesias principales, entonando himnos penitenciales, disciplinándose y gritando: «¡Perdón, Señor, misericordia!» El devoto espectáculo ocasionó ruidosas conversiones, no siempre coronados con una fiel perseverancia, y que proporcionaron al celoso predicador algún fracaso apostólico.

Tal fue el de la Compañía de la Paz —agrupación formada con cincuenta bandidos convertidos en masa— que el santo debió disolver a los pocos meses de existencia porque algunos de los conversos habían vuelto a las andadas; los que perseveraron ingresaron en los capuchinos.

Mas afortunado fue con la fundación de las Monjas de los Ángeles, religiosas dedicadas a las muchachas pobres, de las cuales, no obstante, Juan Leonardo se desentendió muy pronto, porque era radicalmente opuesto a los apostolados femeninos, aun los de clausura.

A la sazón el santo andaba preocupado con el traslado de su comunidad de clérigos a la nueva casa de Santa María Contelandini, en Lucca, lo que no se llevó a cabo sin graves disturbios, ocasionados por los fieles de esta parroquia, que llegaron a decir al obispo en señal de protesta: «¡Monseñor, ¿qué hacéis? ¿Habéis alejado de vos aquellos diablos y nos los habéis metido en medio de nosotros?» A pesar de todo San Juan Leonardo tomo posesión de la nueva sede. Era el año 1580. Al año siguiente la congregación recibía la aprobacion oficial del obispo de Lucca, llamándose Clérigos Regulares de la Madre de Dios.

Con razón, Juan Leonardo había ya ganado también la confianza de la Santa Sede y fue nombrado varias veces por Clemente VIII comisario apostólico con la mision de reformar algunas de las órdenes monásticas decadentes. El santo realizó siempre con gran celo y notable éxito esta tarea de reformador, pero la impronta de su personalidad está más grabada en aquellas catequesis y aquella actividad pastoral de Juan Leonardo en las iglesias de Lucca.

Con no menor intensidad el santo se dedica ahora a solidificar su fundación. Aunque no era ideal del fundador multiplicar las nuevas casas, quiso, sin embargo, fundar una en Roma. Lo consiguió gracias al apoyo de algunos cardenales, principalmen-

te el cardenal Baronio, que le estimó y protegió siempre con especial predilección. La nueva comunidad se instaló definitivamente, el año 1662, en Santa María in Campitelli, que aún hoy día es la Casa generalicia de la congregación. Durante su estancia en Roma Juan Leonardo realizó una de las más importantes actividades de su vida: la colaboración con el cardenal Vives en la organización del «Colegio de Propaganda Fide». Durante los últimos siete años de su vida se dedicó con ardor a la naciente Institución misionera, cuyo ideal él había acariciado desde hacía tiempo. Este mérito fue premiado por León XIII, que por especial privilegio le inscribió, siendo aún beato, en el *Martirologio romano,* poniendo de relieve la obra misional realizada por San Juan Leonardo.

Antes de morir, Juan Leonardo tuvo la alegría de ver aprobadas en 1603, por Clemente VIII, las constituciones de la nueva Congregación de Clérigos Regulares. No pudo llegar a verla florecer y brillar pero guardó en su corazón la alegría de una vida entregada al servicio de la Iglesia. Murió entre los suyos, en Lucca, el año 1609.

Fue beatificado por Pío IX en 1861 y canonizado por Pío XI en 1938. Sus restos se veneran en Santa María in Campitelli, de Roma.

San Juan Leonardo encarnó el ideal de un santo sacerdote, que no deslumbra por la magnitud de sus empresas, sino por el perseverante ejercicio de la caridad pastoral.

MANUEL USEROS CARRETERO

Bibliografía

AAS 30 (1938) 369-380; 441.

BONGI, S., *Compendio cronológico della vita de Giovanni Leonardi* (Monza 1909).

ERRA, C., *Vita del venerabile padre Giovanni Leonardi. Fondatore della Congregazione dei Chierici Regolari della Madre di Dio* (Roma 1758).

LAZZARESCHI, E., *L'insegnamento della doctrina cristiana in Lucca* (Lucca 1909).

MARRACCI, L., *Vita del venerabile padre Giovanni Leonardi Lucchese. Fondatore della Congregazione dei Chierici Regolari della Madre di Dio* (Roma 1673).

San Giovanni Leonardi. Fondatore dei Chierici Regolari della Madre di Dio (Roma 1938).

• Actualización:

COMUZZI, A., *San Giovanni Leonardi. Un uomo per tutte le vocazioni* (Cinisello Balsamo 1988).

GORDINI, G. D., «Giovanni Leonardi», en F. CARAFFA (dir.), *Enciclopedia dei Santi.* VI: *Cale-Giust* (Roma ^{2}1996).

PASCUCCI, V., *Giovanni Leonardi. Una scelta radicale per il vangelo* (Lucca 1991).

SAN LUIS BERTRÁN

Presbítero († 1581)

Entre la variedad y multiplicidad de santos que da España a la Iglesia durante nuestro glorioso Siglo de Oro, pocos encarnan tan a lo vivo, con sus virtudes y sus defectos, el espíritu de nuestra raza como el santo valenciano Luis Bertrán.

El carácter aventurero e inconstante, pero noble y ganoso de nobles hazañas del español de entonces; su impetuosidad y arrojo; su religiosidad y temor de Dios, frente a la valentía y hasta temeridad con los hombres; su inquebrantable voluntad en el camino emprendido, su rectitud y firmeza en el cumplimiento del deber y su innata vocación de conductor de hombres, que hace de cada soldado un capitán, virtudes son y defectos que quedan bien patentes en la vida de San Luis, quien vive y muere en pleno Siglo de Oro español.

En Valencia, madre fecunda de santos, nace San Luis el 1 de enero de 1526, reinando en Roma Clemente VII y en España el invicto césar Carlos I, y cuando nuestros teólogos enseñan en Trento, nuestros capitanes se imponen en Europa y corren de boca en boca las noticias maravillosas del fabuloso mundo descubierto por Colón.

Hijo de su siglo, pronto prende en él el ansia de aventura. Asiduo lector de las vidas de los santos, pretende imitarlos. Y un día, a la temprana edad de diecisiete años, abandona la casa paterna —como ha leído de San Roque y de San Alejo— «para servir a Dios donde nadie le conozca». Naturalmente, esta fuga queda en tentativa, porque los criados de su padre le alcanzan antes de trasponer los límites del reino.

Pero él no ceja en su empeño. Ha oído la voz del Señor, que le llama a un estado más perfecto, y un día, contra la voluntad de sus padres, ingresa en el convento de Santo Domingo que los frailes predicadores tienen en Valencia. Pero su padre, don Juan Bertrán, notario del reino, anula esta nueva tentativa. Habla con el padre prior y, exponiéndole la salud precaria y el natural enfermizo de su hijo, le convence para que no le vista el hábito en todos los años de su priorato.

Vano intento. Tres años más tarde está ante el nuevo prior: fray Juan Micó. Éste conoce sobrenaturalmente su vocación, y

le admite. Como ha vuelto a escapar sin permiso, determina presentar los hechos consumados. Y le viste el hábito. Cuando se entera su padre intenta sacarlo del convento por todos los medios. Pero tiene que rendirse ante la inquebrantable voluntad de su hijo y ante las pruebas fehacientes de su vocación. Años más tarde le confesará en el lecho de muerte: «Hijo mío, una de las cosas que en esta vida me han dado más pena ha sido verte fraile; y lo que hoy más me consuela es que lo seas».

Y comienza a recorrer con pasos agigantados el camino de la santidad. Los más ancianos religiosos tienen que reconocer que aquel joven novicio les aventaja en la práctica de la virtud. Y comienza también la vida de austerísima penitencia, que será, a través de los años, el sello distintivo de su santidad, repitiendo constantemente aquellas palabras de San Agustín: «Señor, aquí quema, aquí corta, aquí no perdones, para que me perdones en la eternidad». Y Dios cumple su deseo largamente, pues no vio un día sano desde que entró en la Orden, siendo su existencia un lento y cruel martirio.

Ya sacerdote, y a la inverosímil edad de veintitrés años, le hacen maestro de novicios. Pero eso le parece poco para sus ansias apostólicas. Ha oído que en Trento se está dilucidando el porvenir religioso de Europa, y él también quiere tomar parte en la vanguardia de apóstoles que se aprestan a combatir la incipiente herejía protestante. Y decide ir a estudiar a Salamanca. De nada sirven ruegos, lágrimas, consejos, amonestaciones de superiores, hermanos, amigos y familiares. Con una asignación del padre general en el bolsillo emprende un día el camino de Salamanca. Y tiene que ser Dios quien le salga al paso para anunciarle que su misión está en el convento de Valencia y en el cargo de maestro de novicios.

Se somete. Pero por poco tiempo. Cierto día llega a las puertas del convento de predicadores un joven de pómulos salientes, mirada indecisa, cabellos crespos y el color de su tez fuertemente aceitunado, que indica claramente su procedencia de allende los mares, de aquel mundo nuevo y maravilloso que algunos años antes descubriera Colón. Quiere ser dominico. Pero pasan los días y los religiosos observan que aquel indio no tiene vocación. Sin embargo, el joven maestro de novicios le de-

fiende contra todos, él que es tan riguroso que basta la menor trasgresión para quitarle el hábito a un novicio. ¿De qué hablan en esas misteriosas conversaciones que frecuentemente sostienen el maestro y su extraño novicio?

Pronto se sabe. Meses más tarde se presentan en el convento dos padres misioneros que vienen de las lejanas Indias en busca de voluntarios para evangelizar aquel nuevo mundo. El indio le ha tenido entusiasmado hablándole de su lejano y misterioso país, y, sobre todo, de la multitud de hombres que lo pueblan y que no conocen a Cristo. Ha prendido en su alma de apóstol la llama misionera y, por eso, a nadie extraña que, al conocer la embajada de los misioneros, se presente al día siguiente en la celda del padre prior como primer voluntario.

Tampoco entonces logran ruegos, lágrimas, consejos y amonestaciones disuadirle de su propósito. Y es tanto lo que insiste que el padre prior, mal de su grado, tiene que darle la bendición. Y parte camino de Sevilla para embarcar en la flota que le conducirá a las misiones de América. Es el año 1562.

Siete años dura su misión entre los indios que habitaban la actual Colombia, de los que convierte a la fe de Cristo a muchos millares, hablándoles siempre en su nativa lengua valenciana. Incontables milagros se escapan de sus manos, y Dios tiene que asistirle continuamente porque está solo y entre innumerables peligros. Por dos veces le envenenan y otras cuatro están a punto de acabar con él entre insultos y amenazas. Pero él busca con avidez el martirio y les desafía con intrepidez apostólica. Sin embargo, no será mártir. Dios le reserva para la alta misión que tiene que llevar a cabo allá en su lejana y amada Valencia.

San Luis es un nato conductor de hombres. Toda su vida ocupa cargos de responsabilidad, los máximos dentro de un convento, que son los de prior y maestro de novicios. Como prior, su ideal, que logrará plenamente, es implantar la reforma que propugna la Iglesia y que nace a raíz del concilio de Trento. Tendrá que afrontar situaciones difíciles y padecer innumerables contratiempos, hasta verse destituido temporalmente de su cargo, para llevarla a cabo. Pero, decidido y tenaz como siempre, no temerá poner un letrero en la puerta de su celda con estas palabras de San Pablo, que son un reto y un desafío a la

inobservancia de algunos religiosos: «Si quisiera agradar a los hombres no sería siervo de Cristo». Tres veces será prior y en tres conventos distintos, y en los tres elevará, con su palabra y su ejemplo, a sus hombres a la plenitud de la vida religiosa.

Pero donde culmina su figura es en su misión de educador y formador de la juventud. Nada menos que siete veces es nombrado maestro de novicios. Centenares de jóvenes pasan por su noviciado, para los que San Luis será el maestro sabio y experimentado, forjador de recios caracteres y de santos religiosos. Y tan cumplida será esta formación, tan acabada la obra que realiza en los espíritus su dirección, que sus numerosos discípulos, con su vida santa y ejemplar, llenan un capítulo hermosísimo de la historia de la provincia dominicana de Aragón.

Muchos de aquellos novicios tienen introducida la causa de beatificación. Y de la santidad que alcanzaron habla muy alto este pasaje del padre Antist, que fue novicio suyo y su primer biógrafo:

> «Cierta noche alborotáronse los vecinos de Valencia al ver que altísimas lenguas de fuego salían por las ventanas y tejado de la casa de novicios. A los gritos de "¡Fuego, fuego!" penetraron en el convento. Y cuál no sería su estupor cuando comprobaron que no había tal fuego material. ¡Eran San Luis y sus novicios que estaban en oración!»

Sus discípulos formaron escuela y hoy todavía se la conoce como «Escuela de San Luis». Y tanta fue su labor, y tan perdurable, que la Orden dominicana le ha elegido como patrón de todos sus noviciados.

Dios no se repite en sus santos. Su gracia no necesita destruir su naturaleza para santificarlos. Su genio, su carácter, sus cualidades, en nada estorban su acción. Antes bien, se conjuga maravillosamente con ellas, hasta conseguir esa variedad y riqueza de matices tan patente en la hagiografía cristiana. En cada santo también resplandece de modo peculiar uno de los dones del Espíritu Santo.

En San Luis no podía faltar este don. Es el del temor de Dios. Y hasta tal punto encuadra y define su figura, que el resumen de su vida podía ser esta frase: «El hombre que temió a Dios y no temió a los hombres».

A este propósito dice su primer biógrafo:

> «No tenía cuenta de contentar a los hombres, sino a Dios y Santo Domingo. Jamás tuvo tanta amistad con un religioso que por ella le disimulase defecto alguno. Decía que no quería ir al infierno ni al purgatorio por sus amigos».

O sea, que su temor a Dios está en razón inversa con su temor a los hombres. Cuanto más teme al uno, menos teme a los otros; cuanto mayor es el obstáculo que se opone a cumplir su voluntad, menor el miedo de exponerse al peligro para cumplirla; cuanto más teme desagradar al criador, tanto menos le importa no ser grato a las criaturas.

San Luis, pues, es el santo del temor de Dios. Y este don explica la proyección ascética y terriblemente penitencial de su alma y de su cuerpo a través de toda su vida.

Clemente X le canonizó noventa años después de su muerte, y la Iglesia, por la maravillosa extensión y santidad que alcanzó en todas sus actividades, le proclama en el *Breviario* como idea, cifra y resumen de toda la Orden de Predicadores.

VICENTE GALDUF BLASCO, OP

Bibliografía

ANTIST, V. J., OP, *Verdadera relación de la vida y muerte del padre fray Luis Bertrán* (Valencia 1582). Fue novicio del santo y su primer biógrafo. Su obra tuvo varias reimpresiones. Se encuentra traducida al latín en: *Acta sanctorum. Octobris,* V, p.305-366.

«Proceso de canonización de San Luis Bertrán», mss. en el archivo del convento de Predicadores de Valencia.

VIDAL Y MICO, F., OP, *Historia de la prodigiosa vida de San Luis Bertrán* (Valencia 1743).

WILBERFORCE, B., *Life of S. Lewis Bertrand* (Londres 1882).

• Actualización:

GALDUF BLASCO, V., *Luis Bertrán, el santo de los contrastes* (Barcelona 1961).

GALMES, L., *San Luis Bertrán. Un forjador de hombres y misionero* (Valencia 1982).

PRECIADO MEDRANO, C., *San Luis Bertrán. Patrono de los «Noviciados dominicanos»* (Madrid 1997).

SANTOS INOCENCIO DE LA INMACULADA (MANUEL) CANOURA ARNAU, CIRILO BERTRÁN (JOSÉ) SANZ TEJEDOR, MARCIANO JOSÉ (FILOMENO) LÓPEZ LÓPEZ, VICTORIANO PÍO (CLAUDIO) BERNABÉ CANO, JULIÁN ALFREDO (VILFRIDO) FERNÁNDEZ ZAPICO, BENJAMÍN JULIÁN (VICENTE) ALONSO ANDRÉS, AUGUSTO ANDRÉS (ROMÁN) MARTÍN FERNÁNDEZ, BENITO DE JESÚS (HÉCTOR) VALDIVIESO SÁEZ Y ANICETO ADOLFO (MANUEL) SECO GUTIÉRREZ

Religiosos y mártires († 1934)

La revolución de Asturias de octubre de 1934 fue un intento de los grupos políticos de izquierdas de establecer en España una república socialista soviética al estilo de la URSS. Por eso eligieron el mes de octubre, con el fin de emular aquel «octubre rojo» que sustituyó el absolutismo del zar ruso por la dictadura del proletariado de cuño marxista. Y fue la respuesta utópica de los que en España creían representar la bandera de la liberación proletaria, aprovechando la pobreza y el malestar intelectual y social que impregnaba la vida de la nación a los tres años de establecerse la República.

Los protagonistas soñaban con un sistema social nuevo. En sus esquemas mentales no entraban los valores espirituales ni tenía lugar la Iglesia cristiana. Tampoco estaban dispuestos a compartir ningún tipo de poder, para cuyo objetivo estorbaba cualquier confesión religiosa, sobre todo si tomaba en serio la educación moral y espiritual de los ciudadanos. Era normal esta pretensión, pues su lenguaje era el odio y no podían tolerar un sistema de pensamiento basado en el amor. Sentían hambre de venganza por su ignorancia y pobreza y no podían tolerar que en las escuelas se enseñara a perdonar a los enemigos. Pensaban, con Marx, que la religión era el opio del pueblo y aspiraban a destruir todo símbolo y todo programa orientado a resaltar los valores espirituales del hombre. Para ellos no había otra justicia que la proletaria ni otro dios que la libertad de los obreros.

Su enfrentamiento con los ideales cristianos resultó frontal y sangriento. Quienes no aceptaban sus consignas debían ser exterminados sin más. Y por defender ideas contrarias al ateís-

mo y al materialismo dialéctico habría que pagar un precio de sangre. Los educadores cristianos de Turón, pertenecientes a una institución centenariamente educadora como era la de Juan Bautista de La Salle, entraron en ese torbellino y pagaron con su vida el ser de otra manera, el enseñar a los niños con otros lenguajes, el vivir el Evangelio sin aceptar otro mesías que Jesucristo. El misterioso designio de la Providencia que toleró su sacrificio es la única razón de aquella sinrazón que con ellos se cometió.

El movimiento revolucionario fue preparado con minuciosidad por las fuerzas políticas del socialismo izquierdista de entonces, inspirado en la lucha de clases de Lenin y en la dictadura del proletariado de Stalin. Incluso es seguro que desde el mundo soviético se aportó todo lo necesario para que España fuera el segundo país de Occidente convertido a los sistemas comunistas. Fue una revolución de odio, pórtico de una guerra posterior en la que se cometerían los desmanes más aberrantes y las más sacrílegas matanzas. Con todo, la Revolución del 1934 sólo tuvo un eco sangriento en Asturias, en las cuencas mineras en las que abundaba la dinamita, porque en los demás sitios de España fue rápidamente sofocada por las autoridades republicanas de la nación.

Y sólo triunfó por unos días entre los mineros del carbón, ya que la rápida intervención militar desde el resto de la Península hizo imposible la aventura. Con todo, los desmanes en el principado fueron muchos, las muertes demasiadas y crueles, la saña muy violenta y los resentimientos que quedaron luego resultaron dolorosos. Los combates que los revolucionarios sostuvieron con las tropas que intentaron restablecer el orden fueron violentos y en Turón tuvieron repercusiones de heridos y muertos que irritaron a los dirigentes del momento. En Oviedo el bombardeo de la catedral destruyó la «cámara santa» y los signos sagrados que en ella se conservaban.

Sobre todo, fue en las cuencas mineras donde la violencia fue enorme. Más de mil muertos llevaron el luto a la región. Entre ellos, fueron asesinados de forma rencorosa 34 sacerdotes y seminaristas, algunos tan inocentes como el estudiante pasionista de 18 años, Amadeo Andrés Celada, en Mieres; o como

el padre Eufrasio del Niño Jesús, carmelita de Oviedo. Ni al primero salvó su juventud y su mirada inocente, ni al segundo las múltiples obras de caridad que durante años había promocionado desde su convento. Los dos habían sido alumnos de centros de La Salle y los dos preanunciaron con su muerte el sacrificio de toda la comunidad de Turón, dedicada a educar cristianos de elevados ideales.

La muerte de los educadores de la cuenca minera fue fruto de la represalia rencorosa de los dirigentes revolucionarios «por haber enseñado religión a los niños y haberlos llevado a misa a la parroquia en filas». Antes habían existido las amenazas y las órdenes para que estas prácticas desaparecieran. Desde que la República sectaria inaugurada en 1931 había prohibido en el artículo 26 de su Constitución que los religiosos se dedicaran a la educación del pueblo, en muchos lugares, como fue el caso de Turón, había gran resentimiento al ver que nuevos religiosos con trajes seglares habían sustituido a los ensotanados «Hermanos» anteriores. «Los mismos perros con distinto collares», había dicho mucha gente al ver el modo hábil como se había burlado medida tan injusta dada a un país en el que la mitad de la población era analfabeta. Los centros de la Iglesia eran acusados de ser nidos de fascistas y la idea latente de que era necesario exterminarlos bullía en los más exaltados.

Los desórdenes revolucionarios se iniciaron en la madrugada del día 5 de octubre con el bombardeo de todos los cuarteles de la Guardia Civil. En las cuencas mineras unos cayeron antes y otros después, pero pronto los revolucionarios se hicieron dueños de la situación y proclamaron una república particular y autónoma, por supuesto socialista y comunista. El mismo día 5 los Hermanos de Turón fueron detenidos al amanecer. Junto a ellos lo fue el pasionista P. Inocencio, que se hallaba en su casa por haber venido desde Mieres a confesar a los alumnos. Los Hermanos le habían pedido quedarse para celebrar la eucaristía, pues al día siguiente era «primer viernes de mes». El padre Inocencio había accedido a la demanda.

Al amanecer los Hermanos recibieron aviso de que había estallado la revolución y el consejo de que huyeran, pues iban a venir a detenerlos. Fue la criada del párroco la que trajo la noti-

cia. De acuerdo con el padre Inocencio, y mientras se aclaraba lo que estaba pasando en la calle, cambiaron los planes y decidieron celebrar el santo sacrificio en la capilla de la comunidad a fin de consumir las especies sagradas y evitar profanaciones si algo sucedía Estaban en el ofertorio cuando sonaron gritos en la calle y golpes violentos en la puerta. Mientras el hermano Marciano, que era bastante sordo, bajaba a abrir, el P. Inocencio rogo a los Hermanos le ayudaran a consumir las sagradas formas, lo que hicieron rapidamente

Apenas se abrio se la puerta, una turba irrumpió arrollando al asustado hermano. Uno de los asaltantes lanzó un disparo contra el techo para amedrentar a los otros habitantes de la casa. Los demás intrusos reprendieron tan peligrosa acción, que a ellos mismos podía haber herido. Comenzaron a registrar el colegio y entraron en las habitaciones de los Hermanos y en las aulas y salones. En un armario encontraron una lista de los miembros de la Juventud Católica, que funcionaba en el colegio Celebraron mucho tal hallazgo, pues consideraron que era una lista de espias y de personas de derechas que habría que localizar y detener.

Los Hermanos y el padre Inocencio fueron obligados a salir al patio bajo la amenaza de las armas que les apuntaban. No les permitieron recoger ninguna cosa personal. Alguien les dijo con sorna que no iban a necesitar nada en adelante. Les llevaron a la Casa del Pueblo, que habían habilitado como prisión. Estaba a unos ocho minutos carretera abajo. Al llegar vieron que había varias personas ya detenidas. Entre ellas estaban los tres sacerdotes del valle: el párroco, el coadjutor y el capellán de la empresa Hullera.

Junto con ellos y otros prisioneros quedaron encerrados en la improvisada prisión y en ella tuvieron que pasar, de manera incómoda y con los vigilantes apostados en el entorno, desde aquel amanecer del cinco hasta la noche del ocho al nueve, es decir, cuatro largas jornadas. El edificio del colegio fue requisado y se destinó a sede del Comité revolucionario. En él desvalijaron todo lo que había sido de los Hermanos y a él llevaron todo lo que requisaron en el economato de la empresa.

Lo que conocemos del martirio de los Hermanos se debe al párroco, José Fernández, que redactó días después un precioso

documento. Las conversaciones de los Hermanos versaron sobre el riesgo de muerte y sobre su significado, caso que se produjera. Sabían que sólo por haber sido educadores cristianos serían asesinados. Alguno de los Hermanos se hallaba muy nervioso, pero la serenidad y resignación de los demás pronto se le contagió. El hermano Marciano, con su escoliosis molesta, lo pasaba muy mal al tener que dormir en el suelo. Pidieron un colchón, que uno de los vigilantes, el llamado «El Casín», se negó a conceder. Este personaje fue el más cruel con los detenidos, pues intentaba amedrentar a todos exhibiendo el arma y afirmando que pronto sería usada.

En una de las habitaciones tenían preso al director de la empresa, D. Rafael del Riego. En otras había, bajo especial vigilancia, dos guardias de asalto que habían cogido prisioneros en uno de los combates de Oviedo. Estos presos eran significativos e iban morir al igual que los Hermanos, aunque de momento no lo sabían. El primer día nadie se acordó de darles de comer o de beber. Se enteró de ello el director D. Rafael y exigió que, a cuenta suya o de la empresa, les trajeran lo necesario. Los otros días les sirvieron la comida desde un bar cercano.

Su conversación se fue haciendo cada vez más espiritual y la palabra muerte se les fue haciendo familiar. En la tarde del día 7 se presentaron dos miembros del Comité. Su empeño fue asegurarse que el hermano Marciano, el encargado de la cocina y de las compras, era religioso o sólo asalariado, puesto que era cocinero. Quedaron satisfechos cuando averiguaron la verdad. Los detenidos intuyeron lo que se avecinaba por el tono del interrogatorio. Pensaron que había que estar preparados. Se confesaron con los sacerdotes detenidos y se sintieron aliviados e incluso alegres.

Mientras tanto, en el Comité revolucionario formado en el pueblo se discutió ese día sobre la conveniencia de la ejecución para escarmiento. Su dirigente Silverio Castañón, joven y arrogante, determinó su muerte por su cuenta, ya que el comité no terminaba de decidir la extrema medida. Junto con él, otro exaltado revolucionario, Fermín García (El Casín), tenía prisa por ejecutar la sentencia. No pudieron hacerlo el mismo día 7, por estar el cementerio ocupado por gente que velaba a un joven

muerto en los combates de Oviedo. La muerte de ese joven y de otros revolucionarios en los diversos lugares donde se luchaba con las tropas que avanzaban por Pajares y con las que provenían del desembarco militar que ya había tenido lugar en Gijón y caminaban hacia Oviedo, agrió enormemente los ánimos de los más exaltados.

Varias personas intentaron imponer sensatez, entre ellas los dos médicos de la localidad, varias madres de alumnos y el mismo jefe de la logia masónica que había en la localidad, Leoncio Villanueva. Creyeron haberlo conseguido. Pero en la noche del 8, Silverio Castañón, a falta de voluntarios en Turón, reclutó con sigilo en Mieres y Santullano gente que formara el piquete de ejecución. El párroco, que fue apartado en el último momento del grupo que iba a ser llevado al cementerio, relató luego cómo fueron los emocionantes momentos finales de aquellos educadores.

> «Serían poco más de la una del día 9. Repentinamente se abrió la puerta. Penetraron Silverio Castañón y otro, apodado "El Casín", empuñaban sendas pistolas. Les acompañaban otros dos escopeteros. Dormían todos, excepto el director y el sr. cura, que conversaban en voz baja. Al entrar los del Comité, dijeron: "Aquí hay dos". Ordenaron al director que se quitara el abrigo y entregara todo.
>
> A los demás los despertaron, exigiéndoles hacer lo mismo. Todo se lo quitaron. A los seglares no les molestaron. El pasionista estaba sentado en una silla. Tenía la cabeza tapada con una manta y seguía durmiendo. Los ojos de Silverio Castañón se fijaron en el que dormía. "¿Quién es ése?", preguntó. Le contestamos: "Un pasionista de Mieres, que vino aquí la víspera del movimiento".
>
> Dio orden de despertarle. Descubrió su rostro el padre, en el cual se dibujaba una amplia sonrisa, pues sin duda soñaba con el cielo. Puesto en pie, permaneció sereno, a pesar de tener ante su vista y a hora tan intempestiva unos visitantes semejantes. Fue obligado a entregar todo lo que tenía. Por la tarde había estado escribiendo algo que había guardado en la cartera y que sin duda eran su última voluntad. También le quitaron un relicario de la Santísima Virgen que llevaba siempre consigo y tuvo que entregar ante la amenazadora insistencia de los visitantes.
>
> Agrupados al extremo de la sala y separados de los demás, que no habían sido requeridos, nos preguntaron: "¿Qué armas saben Vds. manejar?" Les contestamos que ninguna. Y entonces nos preguntaron: "¿No han hecho Vds. el servicio militar?" A ello contestaron unos que sí, pero como religiosos enseñando en las acade-

mias militares. Otros contestaron que no. Sólo D. Román (el hermano Augusto) respondió que él había aprendido a manejar el mosquetón. A esto irónicamente respondió "El Casín": "¡Buen arma, buen arma!"

Después de esto nos mandaron formar de tres en tres, diciendo a los Hermanos: "Esto lo sabrán hacer Vds. muy bien" (se refería Castañón al modo como llevaban a los niños a misa a la iglesia del pueblo).

Cumplida la orden y ya en fila, nos dijeron: "¿Saben Vds a dónde van?" Aunque nuestros labios contestaron que no, nuestros corazones intuyeron que íbamos a dar la vida en aras de nuestra fe. A nuestra respuesta negativa, respondió "El Casín" en tono oratorio (para que lo oyeran los otros detenidos): "Van Vds a la línea de fuego a ver si, reconocidos por nuestro enemigos, dejan de disparar al verles a Vds."

Ante esta contestación y después de haber pedido permiso para hablar, cosa que le fue concedido, preguntó el Sr. cura: "Entonces, ¿se nos dejará a los sacerdotes vestir el traje talar? Pues, de seglar, no seremos reconocidos y, por tanto, no se cumplirán sus deseos".

Después de haberlo pensado, respondió "El Casín": "No, eso no, pues creerían que estamos en una monarquía, cuando estamos en una república".

Entonces los del comité se apartaron un poco y cambiaron algunas frases en voz baja. Añadieron después de habernos contado: "Once y los dos carabineros trece. Estos no pueden quedar, pues irán a lo más recio de la pelea. Por tanto sobran dos, pues la camioneta no tiene sitio para tantos y han de ir acompañándoles algunos de los nuestros". A continuación dijeron: "Salgan aquí los dos curas de la parroquia".

Obedecimos y, después de hacernos algunas preguntas como que cuánto tiempo llevábamos detenidos, nuestro nombre, etc. nos dijeron: "Bueno, Vds. quédense". Y añadieron: "Tomen nota de lo que les quitamos para devolvérselo". Dirigiéndose al padre y a los Hermanos, les dijeron: "¡En marcha!"

Nuestras diestras, entonces, se alzaron y nuestros labios pronunciaron sobre ellos la absolución —tan convencidos estábamos de que les llevaban al martirio—. Se dirigieron luego al escenario los del Comité. Se apoderaron de los dos carabineros, del teniente coronel y del comandante, no sin antes despojarles de los correajes y demás objetos que llevaban sobre sí y los unieron a los Hermanos. Así marcharon los once».

El relato es minucioso, pero real. Después de más de medio siglo, no existen palabras más claras que éstas del último sacerdote con el que los mártires hablaron y que jamás pudo olvidar los pormenores de aquella angustiosa despedida. Los demás da-

tos se fueron completando con interrogatorios y suposiciones. Pero lo que pasó en la sala sólo un superviviente pudo convertirlo en testimonio.

Los sacaron al exterior. Los de dentro se quedaron en silencio plomizo y los mártires pudieron ver, a la luz de la única lámpara que iluminaba la fachada, a los 20 escopeteros que les apuntaban con sus armas. Comprendieron que toda la conversación había sido un engaño: ni iban al frente ni había una camioneta. Con una misteriosa valentía que impresionó a los mismos verdugos, atravesaron por medio de las dos filas de aquellos forajidos, que sólo les dejaban un camino: la vereda que subía por la ladera de la montaña hacia el cementerio, que era el camino de la eterna patria de los que mueren por Dios. Los dos guardias carabineros podrían haber tenido algún intento de resistencia. Seguramente quedaron impresionados por la serenidad de sus nueve compañeros de martirio y, con un pensamiento postrero a sus familias, se resignaron ante lo inevitable.

Los revolucionarios del pelotón no eran del pueblo, pues los luchadores locales se habían negado a asesinar a los profesores de sus hijos o Hermanos. Castañón los había traído de lejos y es probable que aquella noche los del pueblo ignoraran la matanza que se preparaba. De lo que sucedió a continuación apenas si quedan referencias seguras. Los que intervinieron en la ejecución confesaron algo después. Pero lo suficientemente confuso para que no les comprometiera con la gente de la localidad, ya que ellos en ese momento no pensaban que su macabra hazaña y su cobarde traición serían luego juzgadas por tribunales especiales, una vez que la acción revolucionaria quedara aplastada por las fuerzas el orden.

En el patio, Silverio Castañón les preguntó con frío cinismo, cuando ya no podían oírles los otros presos: «¿Saben Vds. a dónde van?» El hermano Augusto Andrés, de carácter decidido y de elegante porte, le respondió resueltamente y mirándole a los ojos: «Adonde Vds. quieran. Ya nada nos importa. Estamos preparados para todo». «Pues van Vds. a morir». Fue lo único que se le ocurrió decir.

Oyeron en silencio la sentencia. Sus temores se confirmaban. Pero llevaban preparándose para este momento durante

cuatro días y ni uno solo vaciló. Contagiados por su serenidad, los dos carabineros, el teniente coronel Arturo Luengo Varea y el comandante Norberto Muñoz, se mantuvieron impasibles. Rodeados de escopeteros, pusieron a los militares al frente. Los ocho Hermanos iban después. Luego, el padre Inocencio.

No hubo resistencia en los ocho o diez minutos que tardaron en subir la estrecha senda de cementerio por la vereda de la ladera. Castañón, una vez detenido, confesaría al párroco:

> «Los Hermanos y el padre oyeron tranquilamente la sentencia; fueron con paso firme y sereno hasta el cementerio, sin pronunciar una queja, tanto que yo, que soy hombre de temple, me emocioné por su actitud. Sabiendo dónde iban, fueron como ovejas al matadero».

Los mártires fueron conscientes del momento supremo que estaban viviendo. Rezaban con emoción contenida. Con toda seguridad ninguno de ellos acababa de creer lo que estaban viviendo. Incluso les parecería mentira ver a 200 metros los ventanales del colegio iluminados y la gente dentro, que se movía y celebraba algo. Si eran del pueblo, seguro que no era el asesinato que se iba a cometer en pocos minutos. Si eran de fuera, tal vez bebían para acallar cualquier oposición a la asesina decisión que se había tomado a espaldas de la gente del lugar.

Luego se echó la culpa al jefe de la logia masónica, más bien «triángulo», que funcionaba en Turón. Nada parece comprometer a Leoncio Villanueva, que era de temperamento pacífico y regentaba una ferretería en el lugar. La decisión parece que fue algo personal de Silverio Castañón. El sí tenía una cuenta pendiente con la escuela. Los miembros de la Juventud Católica que funcionaban en los locales del colegio habían tenido fuertes disputas con el Comité socialista que animaba este dirigente local. Con él mismo se habían enfrentado en alguna ocasión, pues no reconocían su autoridad de alcalde pedáneo de la localidad. Joven y presumido, herido en su amor propio, aprovechó para una venganza personal y pasional. Por otra parte, los Hermanos anteriores a los que ahora llevaba al cementerio, se le habían también enfrentado. El director precedente, hermano Isidoro Nicolás, se habían negado a acatar la orden de que los niños no fueran en filas al templo parroquial cuando les llevaban a misa.

El director se había negado a obedecer y el mismo Castañón le había detenido en una ocasión. El director de la empresa Hullera, D. Rafael del Riego, que todavía estaba preso y sería asesinado en el mismo cementerio cuatro días después, había respondido ante la consulta que el citado director le había hecho: «Es cosa de Vds. Tienen confiada la educación de los alumnos. Y lo que Vds. hagan en ese punto deben decidirlo Vds.»

Silverio Castañón vio la Revolución como una ocasión de venganza. Con frialdad y espíritu mezquino buscó el desquite, demasiado sangriento para lo que las polémicas de aldea habían significado en la vida local. Mientras subía con las víctimas por la vereda, debió vacilar ante lo que iba a hacer. Pero ya no tuvo marcha atrás ante el grupo de «valientes asesinos» que había reclutado y ante la zanja ya abierta en el cementerio.

Al llegar a la puerta, el grupo tuvo que esperar unos 10 minutos. Estaba cerrada, pues el enterrador no había llegado. Se quedaron junto a la tapia en silencio y rezando. Castañón envió un conocedor del terreno y en pocos minutos el enterrador llegaba y abría.

El cementerio, en la ladera del monte y en rampa descendente, era nuevo. Prácticamente era una explanada inhóspita. Alguien había abierto durante la tarde una zanja en el pedregoso suelo de tierra, lo que significaba que la acción estaba muy preparada. «El Casín» y Castañón empujaron a las víctimas ante la zanja. Les obligaron a ponerse en fila y, ante las pistolas que llevaban en la mano, obedecieron. Se apartaron del grupo y Castañón dio la orden de fuego. Lo último que vieron los mártires, de espaldas al monte y de cara al valle, fue el colegio abajo, en línea recta. El postrer pensamiento de cada uno sólo Dios lo sabe, pero seguramente todos pensaron en los niños que desde aquel colegio habían salido muchas veces hacia la iglesia en filas y para asistir a misa.

Dos descargas sonaron de inmediato y los cuerpos se desplomaron sangrantes. Varios, que quedaron sólo heridos, se retorcieron o quejaron. Fueron rematados con un tiro de gracia en la cabeza o con un mazazo, pues una maza de hierro emplearon para terminar la carnicería. Silverio dio orden a los asesinos de marchar inmediatamente. El enterrador, que había quedado,

según él, fuera de la tapia por orden de Castañón, quedó encargado, luego que salieron los verdugos por la otra puerta para no ser reconocidos por él, de cubrir con tierra los cuerpos amontonados en la zanja. Cumplió la orden antes de abandonar precipitadamente la escena del crimen.

Pero no todo terminó con los disparos. A menos de medio kilómetro estaba la prisión donde habían pasado el tiempo de detención y donde, insomnes y oprimidos, habían quedado los demás presos. El sonido lejano de las descargas les sacudió con espanto. Un silencio sepulcral que duró hasta el amanecer llenó la estancia carcelaria. Sin embargo, el sonido que retumbó en el valle, que al despuntar la aurora se fue convirtiendo en gemido entre los conocidos y amigos de los Hermanos, entre los padres de los alumnos, entre los mismos niños que supieron el asesinato nocturno de sus profesores, se fue transformando con el tiempo en himno de gloria y admiración.

Comenzaron a preguntarse quiénes eran esos mártires que así despertaban el gesto respetuoso de la gente y por qué habían tenido que venir a Turón a morir.

El hermano CIRILO BERTRAN era el director de la comunidad y de la escuela. Era un capitán sereno y tranquilo. Se llamaba José Sanz Tejedor. Tenía 46 años al morir. Había nacido el 20 de marzo de 1888 en la noble ciudad de Lerma, en Burgos. Su familia era de humildes trabajadores. Desde pequeño fue cariñoso, serio, muy responsable y reservado. A los 17 años ingresó en la casa de estudios de los Hermanos, en Bujedo. Una idea le persiguió toda la vida: dar gracias a Dios por la vocación recibida y hacer que otros la siguieran. Comenzó su apostolado educativo en Deusto, cerca de Bilbao. Luego fue enviado a Madrid, en donde trabajó en tres Centros. Recorrió otros lugares: Badajoz, Sanlúcar de Barrameda, etc. En 1918 se le nombró director de la Escuela de Isla, en Santander, luego de Riotuerto, cerca de La Cavada. Lo fue luego de Anaz y en 1930 de la es cuela de la Sagrada Familia de Valladolid. Si ser profesor le agradaba, ser director le costaba mucho. Fue destinado en 1933 a la Escuela de Turón. Allí estaba aquel comienzo de curso de 1934.

El hermano MARCIANO JOSÉ era el siguiente en edad. Era un educador en retaguardia. Se llamaba Filomeno López López.

Tenía 33 años. Había sido modelo interesante de amor a la vocación. Había nacido en El Pedregal, cerca de Molina de Aragón, en Guadalajara, el día 15 de noviembre de 1900. Sus padres eran sencillos labradores, muy cristianos. Un hermano suyo, Julio, se hizo escolapio. Él prefirió ir a Bujedo con los Hermanos de La Salle. Una prematura sordera por una infección le incapacitó para la clase, pero se mantuvo en su vocación a pesar de todo. Los primeros diez años los pasó en Bujedo en trabajos auxiliares de la casa. En 1928 fue enviado a diversos centros como ayudante o como cocinero: Terán en Santander, Caborana en Asturias, Valladolid, Colunga en Asturias, Gallarta en Vizcaya, Mieres en Asturias. A Turón llegó sólo cinco meses antes de la revolución.

El hermano JULIÁN ALFREDO era un catequista ilusionado. Su nombre era Vilfrido Fernández Zapico. Tenía 31 años. Nació en Cifuentes de Rueda, en León. Su familia, humilde y piadosa, contaba con un tío sacerdote que le orientó hacia los capuchinos de León. En la casa de estos religiosos pasó algún tiempo. Llegó a ir al noviciado de Bilbao, pero cayó enfermo y tuvo que regresar a la casa de los padres. Luego conoció a los Hermanos de La Salle e ingresó en el noviciado de Bujedo cuando ya tenía 22 años. Se entusiasmaba con la catequesis de primera comunión. A ella y a su clase se dedicó los cinco años que pasó en la cercana Caborana. En 1934 le mandaron a Turón.

El hermano VICTORIANO PÍO era un entusiasta animador de grupos cristianos. Su nombre era Claudio Bernabé Cano. Tenía 29 años y había nacido en San Millán de Lara, en Burgos, el 7 de julio de 1905. Sus padres eran labradores piadosos. Llegó a Bujedo a los 13 años, en 1918. Hizo el noviciado y desde el principio resaltaron sus cualidades excelentes para la música, el canto, el dibujo y para la literatura. Tuvo diez años de vida apostólica, todos ellos pasados en el colegio La Salle de Palencia. Sus dotes le servían para granjearse el afecto de los alumnos, a los cuales entusiasmaba con su dedicación y disponibilidad. Llegó a Turón en el último minuto. Fue a reemplazar a otro Hermano que, asustado por el ambiente, se había empeñado en marchar de allí. Sólo llevaba quince días en la cuenca.

El hermano BENJAMIN JULIAN, sembrador de alegría, se llamaba Vicente Alonso Andrés. Tenía 25 años al morir. Había nacido en Jaramillo de la Fuente, cerca de Burgos, el 27 de octubre de 1908. Tenía 12 años cuando llegó a la casa de Bujedo en octubre de 1920. Desde niño fue alegre, noble, valeroso, de carácter sociable. Cuando terminó su formación, fue enviado al colegio La Inmaculada, en Santiago de Compostela. Pronto se ganó el corazón de sus escolares y la admiración de las familias. Siempre dispuesto, caminó con paz hacia Turón en el verano de 1933. Allí le esperaba el sacrificio un año después.

El hermano AUGUSTO ANDRÉS era sin duda el más elegante del grupo. Se llamaba Román Martínez Fernández. Tenía 24 años. Poseía singulares dotes de valentía y de simpatía. Había nacido en Santander el 10 de mayo de 1910. Era expresivo y muy agraciado por su mirar risueño. Al querer ir a Bujedo, halló enorme oposición por parte de su madre. El padre, militar de profesión, había fallecido siendo pequeño. Una enfermedad, que estuvo a punto de costarle la vida, hizo que la madre cambiara de actitud. Hecha su formación en Bujedo, en el verano de 1929 fue destinado al colegio de Lourdes de Valladolid. Se hizo apreciar por su capacidad para atraer a los alumnos. Un año pasó luego en Palencia, mientras realizaba su servicio militar. Más tarde, en el curso de 1933, fue a Turón.

El hermano BENITO DE JESUS estaba destinado a ser el primer mártir de Argentina. Merecería con el tiempos en la nación hermana la gloria de un culto singular, al inaugurar el santoral patrio. Se llamaba Héctor Valdivielso Sáez. Tenía 24 años. Nació en Buenos Aires el 31 de octubre de 1910. Sus padres procedían de La Bureba, en Burgos. Habían emigrado a Argentina, donde nacieron sus hijos. Pronto regresaron a España. El padre optó por ir de nuevo a México para mejorar su situación. Frecuentó la escuela municipal y la que llevaban las Hermanas de la Caridad. En 1931 ingresó, con su hermano José, en la cercana casa de Bujedo. Los estudios le fueron bien, pues era despejado. Se ofreció voluntario para ir a la casa misionera de Lembecq-lez-Hall. Sus fibras internacionales bulleron con fulgor. Sus padres le autorizaron el viaje. Él pensó que así podría ir pronto a «mi patria Argentina», como decía en sus cartas. En

1935 regresó a Bujedo para hacer el noviciado con la idea de marchar para América. Después estudió allí Magisterio. Y el 24 de agosto de 1929 fue destinado al colegio de Astorga. Se granjeó el aprecio de los escolares y de los padres. También se entregó a los grupos apostólicos del colegio y a trabajar como promotor de la buena prensa. En 1933 fue destinado a Turón. Llevaba un año cuando su camino misionero quedó truncado.

El hermano ANICETO ADOLFO era un ángel, modelo de inocencia. Su nombre era Manuel Seco Gutiérrez. Fue el más joven de los martirizados en Turón. Tenía 22 años al morir. Era de ojos limpios, piadoso, lleno de bondad. Había nacido el 4 de octubre de 1912, en Celada Marlante, en Santander. Quedó huérfano de madre muy niño. Su padre era un hombre bueno. Daba todos los días un catecismo a sus hijos. Llegó a la casa de Bujedo siguiendo los pasos de su hermano mayor, Maximino. Manuel fue el segundo que llegó al centro. Y a él mismo le seguiría el pequeño, que se llamaba Florencio. Lo más significativo de su vida fue su amor al trabajo y su piedad admirable. Sólo pudo estar un curso en Valladolid y otro en Turón, en su corta vida de catequista, labor que le entusiasmaba y por la que siempre suspiraba.

El padre INOCENCIO DE LA INMACULADA, educador de almas, cayó en la brecha de Turón por casualidad, aunque es mejor hablar de designios de la Providencia. Se llamaba Manuel Canoura Arnau. Tenía 47 años. Fue un verdadero apóstol y un catequista consumado por medio de sus eucaristías y con el sacramento de la penitencia. Acaso por ello Dios le unió al grupo de Hermanos de Turón. Su convento estaba en Mieres. Toda su vida había estado dedicada al ejercicio de la docencia. Había sabido conjugar la labor de profesor con una intensa actividad sacerdotal y litúrgica. Nació en Santa Cecilia y San Acisclo, en el Valle de Oro, en la provincia de Lugo. Cuando tenía 15 años inició su formación religiosa en Peñafiel, Valladolid, y luego siguió en Deusto, Vizcaya. El 26 de julio de 1905 hizo sus primeros votos y fue ordenado sacerdote el 20 de septiembre de 1913. Se dedicó a la docencia en diversas casas: en Daimiel, Ciudad Real; en Corella, Navarra; en Peñaranda de Duero, en Burgos; y en la casa de Mieres, donde residía en 1934. El día

que estalló la revolución estaba en Turón por haber ido a confesar a los alumnos, a petición de los Hermanos. Al día siguiente pensaba celebrar para ellos la misa del primer viernes. La empezó en la capilla de los Hermanos y la terminó en la patria eterna.

Estos eran los nueve mártires de Turón. Desde el primer momento se tuvo la certeza de que la muerte de los Hermanos de La Salle y del P. Inocencio había sido un martirio auténtico, por ser un atentado a la libertad religiosa y un ataque frontal a la educación de signo cristiano. Nada más terminar la contienda, se exhumaron los cadáveres y se colocaron en dignos ataúdes. Se depositaron de momento en nichos del cementerio y a los pocos meses, en febrero de 1935, se trasladaron: al P. Inocencio se le llevó al cementerio de Mieres; a los Hermanos se les llevó, en viaje apoteósico que cruzó León, Palencia y Burgos, al cementerio de la casa central de formación que desde 1891 el Instituto de La Salle tiene en Bujedo, en Burgos.

Una vez superada la guerra civil que, con su barbarie hizo pequeña la revolución asturiana, se inició el proceso de beatificación de los mártires. El 29 de abril de 1990 el papa Juan Pablo II beatificaba a la comunidad mártir y el 21 de noviembre de 1999 el mismo Papa declaraba santos a los nueve y los proponía como modelos a todos los educadores cristianos.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CHICO GONZALEZ, P., FSC, *Testigos de la escuela cristiana. Mártires de la revolución de Asturias* (Valladolid 1989)

GONZALEZ, N., CP, *Hasta dar la vida... Beato Inocencio de la Inmaculada* (Madrid 1990).

GONZALEZ RODRIGUEZ, M., *San Inocencio Canoura Arnau. Mártir en Asturias, 1934* (Madrid 1999).

JUAN PABLO II, «Homilía en la beatificación»: *Ecclesia* (1990) n.2476, p.15-17.

VALDIZÁN, M., *Mártires de Turón* (Valladolid 1984).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA PUBLIA

Diaconisa († s. IV)

Publia era una dama antioquena, que había estado casada y tenía un hijo, y había quedado viuda. Mientras ella optaba por la vida religiosa y, con el título de diaconisa, era puesta al frente de un monasterio, su hijo, de nombre Juan, se hacía sacerdote. Se acreditó en el clero y se le ofreció el episcopado pero Juan rehusó. Su madre ha pasado a la posteridad por su sonora resistencia a la política paganizante de Juliano el Apóstata. Este emperador pasó en Antioquía los meses que van de junio del 362 a marzo del 363, ya que le pareció el mejor lugar para dirigir las operaciones contra los persas. Publia tomó la determinación de que cada vez que sabía que el emperador pasaba por la casa de las religiosas, éstas cantaran el salmo 108 («Los dioses de los gentiles son oro y plata») y el salmo 67 («Sean semejantes a los ídolos los que los fabrican»). Juliano veía que era una forma de reprocharle su apostasía y su adhesión al paganismo y, pese a intentarlo, no podía conseguir que las religiosas guardaran silencio. Entonces decidió dar un escarmiento y mandó que Publia, la superiora responsable, fuera abofeteada y maltratada. Publia murió años más tarde y su valiente confesión de fe le ha valido ser incluida en los sinaxarios bizantinos. Su historia la cuenta Teodoreto de Ciro en su *Historia eclesiástica.*

SAN DIOSDADO DE MONTECASINO

Abad († 834)

Diosdado o Deusdedit era un monje de Montecasino que por su vida santa y por su cultura religiosa fue elegido como sucesor del abad Apolinar en 828. Gobernaba bien y ejemplarmente la abadía cuando tuvo un conflicto con Sicardo, duque de Benevento, empeñado en apropiarse de bienes del monasterio, cosa que el abad en conciencia no podía dar por buena. Entonces el duque procedió a apoderarse de la persona del abad y a encerrarlo en la cárcel, pasando a deponerlo como tal

abad. En la cárcel lo dejó languidecer de hambre y miseria hasta que falleció. Era el 9 de octubre del año 834. Enterrado en Montecasino, su tumba se convirtió en objeto de veneración de los fieles y corrió la voz de que se obraban milagros con los enfermos en ella. El monasterio comenzó a darle culto como santo.

SAN GUNTERO
Ermitaño († 1045)

Guntero era hijo de una noble familia de Turingia, en cuya población de Käfernburg nació hacia el año 955. Pasó en el siglo los primeros cuarenta años de su vida no precisamente en el camino de la santidad, hasta que Dios le dio la gracia de ver claro el estado de su espíritu e hizo un viaje a Roma, con claro sentido penitencial, y a su vuelta en febrero de 1006 decidió fundar un monasterio en sus posesiones, pero luego decidió entrar como monje en el monasterio de Niederaltaich al tiempo que renunciaba sus bienes temporales a favor del monasterio de Göllingen. Su huida del mundo y abandono de su posición social y sus riquezas causó honda impresión entre sus conocidos. Profesó la regla benedictina y empezó a vivir ejemplarmente como monje. Por consejo del abad Gotehardo pasó al poco al monasterio de Göllingen. Aquí no terminaba de encontrar la paz interior que buscaba pues se sentía llamado no a la vida común sino a la soledad o al menos a un tipo de vida común en la que primase el eremitismo. Obtuvo licencia en 1008 para retirarse a vivir en un bosque de Baviera y en 1011 se estableció en las cercanías de Rinchnach. Muy pronto le llegaron hombres que querían compartir su género de vida, y en efecto con ellos estableció un monasterio de corte eremítico, en el que cada monje vivía en una celda aparte reuniéndose en la iglesia para la oración común. Entendió que este género de vida cabía dentro de la Regla de San Benito que la tenían sus monjes como base, y dedicó la iglesia, bendecida el año 1029, a la Santa Cruz, a la Virgen María y a San Juan Bautista. Su deseo de vida solitaria no le quitó la actividad apostólica. Su prima la reina Gisela, esposa de San Esteban de Hungría, lo llamó para que interviniese

en la evangelización de su reino, lo que hizo en efecto en varios viajes a aquel reino, donde estableció un monasterio eremítico similar al suyo. Tuvo la amistad de Conrado II y Enrique III, y su amistad con los monarcas estuvo dirigida a conseguir siempre la paz y la justicia. Luego de una vida llena de buenas obras pidió pasar los últimos años de su vida en plena soledad y se retiró a Dobravada donde murió el 9 de octubre de 1045, siendo enterrado en el monasterio de Brevnon, junto a Praga.

10 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Pinito († ca.180), obispo de Knosos, Creta.

2. En Nicomedia de Bitinia, los santos Eulampio y Eulampia, hermanos († s. IV), mártires.

3. En Colonia (Alemania), santos Gereón y compañeros († s. IV), mártires.

4. En el territorio de Colonia, los santos Victor y Maloso († s. IV), mártires.

5. En Bonn (Alemania), santos Casio y Florencio († s. IV), mártires.

6. En Nantes (Galia Lugdunense), San Claro († s. IV), primer obispo de la sede.

7. En Populonia (Toscana), San Cerbonio († 575), obispo *.

8. En el territorio de Troyes, Santa Tanca († s. VI/VII), virgen y mártir.

9. En Rochester (Inglaterra), el tránsito de San Paulino († 644), obispo de York, y anteriormente monje **.

10. En el monasterio de Jouarre, junto a Meaux, Santa Telquilde o Teodiquilde († 677), abadesa *.

11. En Ceuta (África), santos Daniel, Samuel, Ángel, León, Nicolás y Hugolino, presbíteros, y Donnino († 1227), religiosos franciscanos, y mártires **.

12. San Juan († 1379), presbítero, prior del monasterio de canónigos regulares de San Agustín *.

13. En Jartum (Sudán), San Daniel Comboni († 1881), obispo, fundador de las congregaciones de Misioneros del Corazón de Jesús y de las Hermanas Misioneras Pías Madres de la Negritud **.

14. En Cracovia (Polonia), Beata María Ángela (Sofía Camila) Truszkowska († 1899), virgen, fundadora de la Congregación Franciscana de San Félix de Cantalicio **.

15. En Dzialdowo (Polonia), Beato León Wetmanski († 1941), obispo auxiliar de Plock y mártir *.

16. En Linz (Austria), Beato Eduardo Detkens († 1942), presbítero y mártir *.

17. En España se celebra hoy la memoria de Santo Tomás de Villanueva, obispo, cuya biografía puede verse en su día natalicio, el 8 de septiembre.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PAULINO DE YORK
Obispo († 644)

Paulino fue el primer misionero cristiano de Nortumbria, que, a finales del siglo VII, era el más extenso de los reinos de Inglaterra. Con él se inaugura la lista de los arzobispos de York.

Alcuino lo llamó «ciudadano romano». Era monje en San Andrés del Monte Celio. San Gregorio lo envió a Inglaterra como refuerzo a los monjes misioneros de San Agustín, junto con Melito —futuro obispo de Londres—, Justo —que le sucederá en Rochester—, y otros compañeros, en 601. Eran los encargados de llevar el palio arzobispal a Agustín de Cantorbery además de muchos otros objetos litúrgicos para tantas necesidades de aquellos misioneros que debían levantar por todas partes capillas e iglesias, aunque fuesen de madera.

Paulino misionó en Kent y quizá, también, en el oeste de Inglaterra. Acompañó a Etelberga, hermana del rey Edbaldo de Kent, cuando marchó a la corte de Nortumbria para casarse con Edwin (Eduino), todavía pagano. San Justo, arzobispo de Cantorbery, había previamente conferido la ordenación episcopal a Paulino. La conversión de aquel reino es el hecho más relevante de la vida de Paulino y un acontecimiento clave en la difusión del cristianismo en Inglaterra.

San Beda con todo detalle nos narra aquella misión evangelizadora. Subraya Beda la amplitud del territorio y la condición impuesta por el rey de Kent para que su hermana, la princesa Etelberga, pueda practicar su fe cristiana. El nuevo obispo, aun-

que había iniciado su camino como confesor y capellán de la futura reina, nunca tuvo dudas de que Dios le enviaba providencialmente a conquistar para Cristo aquellas regiones, tal como había sucedido con la princesa Berta —del país de los francos— que enviada a desposarse con el rey de Kent, Etelberto, logró su conversión y la de todo su pueblo. Beda no deja de afirmar que Paulino «estaba decidido a llevar a toda la nación de Nortumbria al conocimiento de la verdad cristiana».

La Providencia se mostró de parte de Paulino; sucedió primero que, al cabo de unos meses, el propio rey sale indemne de un atentado el mismo día de Pascua y ese mismo día da a luz su mujer una niña, Enfleda, que sería bautizada, con otros neoconversos, el día de Pentecostés. Paulino hace ver al rey que se ha librado milagrosamente de aquel intento de asesinato y que le ha sido otorgado el don de un primer hijo. El rey promete entonces renunciar al paganismo aunque los temores de la superstición no le abandonan ni aun cuando, después de su promesa, sale vencedor en algunas batallas.

En ayuda del rey llegan dos carta del papa Bonifacio, una para él y otra para la reina, a fin de que se decida a dar el paso con la ayuda de su esposa. Las dudas persisten hasta que un día, en una reunión del consejo del rey, uno de los presentes, sabia y prudentemente expuso ante Paulino la siguiente reflexión:

> «Nosotros somos como el pajarillo que, en una noche invernal, atraviesa la sala iluminada y caliente del banquete y regresa a la oscuridad helada; ¿que hay antes de nuestra corta vida? ¿Qué hay después? Si la nueva doctrina que tú traes puede aclararnos esto, estamos dispuestos a seguirla».

Ni que decir tiene que las explicaciones de Paulino aclararon y convencieron. Aquel que había hecho la pregunta fue el primero en lanzar su jabalina contra el templo pagano.

Paulino tuvo el gozo de convertir a Edwin, que fue bautizado en la Pascua de 627. Muchos otros le siguieron imitando a su rey. Con el apoyo de Edwin, Paulino estableció su sede en York y puso manos a la obra para levantar una iglesia, esta vez de piedra. Paralelamente a las conquistas reales, que terminaron con la fundación de Edimburgo en el norte (burgo de Edwin), las misiones de Paulino fueron conquistando para Cristo pueblos y

regiones. Se cuenta que el diacono Santiago, que era un excelente cantor, ayudó mucho atrayendo a las gentes con su voz y su arte, cantado las cantilenas romanas de una liturgia bien celebrada.

En Bernicia, al norte del condado de Nortumberland, Paulino pasó más de un mes catequizando y finalmente bautizó un gentío a orillas del río Glen. Lo mismo hizo en Deira junto al Swale. También el río Yore se convirtió en baptisterio y aún existen numerosas localidades que atestiguan, incluso toponímica o arqueológicamente, el paso de Paulino.

Pero también llegaron las horas de las dificultades. El rey pagano Penda de Mercia entró en lucha contra Edwin y lo mató el 12 de octubre de 633 en Heathfield. Paulino se llevó a Kent a la reina y a sus hijos, perseguidos por la crueldad del rey Penda. Mas viendo que aun allí corrían peligro, viajó por mar a Cantorbery y de allí a Rochester. Las conversiones obtenidas por el poder constituido tienen la fragilidad de que, cambiando el poder, pueden perder su constancia. Así sucedió en la East-Anglia hasta que, años mas tarde, fue reconquistada para el cristianismo por Sigeberto que regresando de su exilio en Francia, y ya cristiano, devolvió a la fe a su pueblo, gracias a la ayuda de Félix, un obispo borgoñón que estableció su sede de Dunwich.

Entretanto, el papa Honorio, sucesor de Bonifacio, desconocedor de todo el drama, le envío el palio como arzobispo de York; pero el caso es que dicho palio nunca cubrió los hombros de Paulino como arzobispo de York. Ese palio trasformó en arzobispado a Rochester donde Paulino murió el 10 de octubre de 644. Discuten los autores posteriores sobre la legitimidad de esa trasformación: un palio arzobispal para York que, *proprio motu* Paulino lo convierte en palio arzobispal de Rochester. San Beda el Venerable lo da por bueno siguiendo una pauta pastoral que da San Gregorio: «Cuando no es posible realizar un trabajo fructífero porque solo hay malas personas que lo rechazan, hay que ir a donde se pueda trabajar con provecho».

Beda, gracias a relatos de personas que le conocieron y que él mismo escuchó, describe a Paulino «como alto y delgado, algo encorvado, con un rostro moreno, de cabellos negros y nariz aguileña. Inspiraba respeto y también temor», tal como su-

giere la palabra inglesa *awe* (temor reverencial) que suele aplicársele. Fue enterrado en la catedral de Rochester y cuando muchos siglos más tarde, se construyó una nueva catedral gótica, sus restos fueron depositados en una urna de plata que se conservó hasta el tiempo de la reforma anglicana. Ya Beda lo inscribió en su martirologio el 10 de octubre.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* X: *Octobre* (París 1950) 318-320.
FARMER, H., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* X: *Pabat-Rafols* (Roma 1968) 163-164.
PEZZINI, D., Art. en C. LEONARDI, - A RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000) 1841, 1849.

SANTOS DANIEL DE BELVEDERE, ÁNGEL Y SAMUEL (DE CASTROVILLARI), LEÓN (DE CARIGLIANO), NICOLÁS (DE SAXOFERRATO), HUGOLINO (DE CERISANO), DONNINO (DE MONTALCINO)

Religiosos y mártires († 1227)

Los siete eran frailes jóvenes y deseosos de la misma evangelización entre musulmanes.

DANIEL FASANELLA nació en Belvedere hacia el año 1200, de una familia noble del reino de Nápoles proveniente de Salerno que se había establecido en Calabria.

Había oído predicar a San Francisco de Asís en Amalfi y en Agropoli y se decidió a seguir su vocación en la Orden franciscana recibiendo el hábito de manos del mismo santo en 1219, quien lo confió para su formación al ministro provincial de Calabria, que lo destinó al noviciado de Corigliano con otros tres frailes. Después de unos años allí, fue enviado, con otros dos padres, por orden de fray Bernardino Puglisi, a fundar otro convento en Santa María del Socorro en un lugar llamado «El Lago» y, posteriormente, a fundar otro, el de Gerace Superior. En 1224 fue elegido ministro provincial de Calabria y en su servicio tuvo que superar toda clase de dificultades, también las

económicas que vivía la Orden desde el momento de su fundación.

Fue ordenado sacerdote y, probablemente, fue párroco de la antigua parroquia de San Nicolás el Grande, en Belvedere, de tal forma que después fue pintado en su iglesia con hábito talar. Predicó no sólo en Calabria sino también en Cerdeña.

San Francisco de Asís, desde la cima del monte de Poggio Bustone, había enviado a siete frailes a predicar el evangelio por todas partes. También él quiso ir a tierras donde pudiera recibir el martirio por la fe, y por eso vino a España y fue también a Siria. Entre 1217 y 1219 envió en una primera misión a Berardo y otros cuatro compañeros que morirían mártires en Marruecos el 16 de enero de 1220; por el mismo tiempo envió a una segunda misión, para evangelizar a los musulmanes del reino de Valencia, a los beatos Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato, que fundaron en Teruel un convento donde reposan sus reliquias y de cuya ciudad son copatronos y santos locales, pues murieron mártires en Valencia el 29 de agosto de 1228. Las misiones de franciscanos tomaron el mar desde Italia hasta el reino de Aragón para llegar luego a tierras de dominación árabe.

Muerto San Francisco el 3 de octubre de 1226, Daniel de Belvedere, y otros seis compañeros, queriendo continuar las misiones de San Francisco y los ejemplos de sus hermanos que habían ido anteriormente a tierras de musulmanes, solicitaron a fray Elías de Cortona, que entonces era vicario general de la Orden de Frailes Menores, la obediencia de ser enviados a Marruecos para anunciar el evangelio. También ellos esperaban poder recibir el don del martirio por el testimonio de la fe.

Por sus dotes, cultura e inteligencia, por su fe ardientemente apostólica y su espíritu de sacrificio, Daniel Fasanella de Belvedere fue nombrado responsable de este tercer grupo compuesto, con él, por Ángel Tancredi y Samuel Ianittelli de Castrovillari, León Sorna de Carigliano Calabro, Nicolas Abenante de Saxoferrato, Hugolino de Cerisano, todos ellos presbíteros, y Donnino (o Dónulo) Rinaldi de Montalcino, religioso laical.

Los siete eran frailes jóvenes y deseosos de la misma evangelización entre musulmanes, pues querían llevar a las tierras de

África la fe de Cristo que da la paz del alma y el bienestar social. Entre todas las regiones de África les había parecido que en Marruecos era mayor la necesidad.

Se reunieron en Belvedere Marítimo desde donde partieron para Livorno en los primeros días de diciembre de 1226 y, desde allí, por el Arno, llegaron a Florencia, donde permanecieron hasta la primavera de 1227, pues fray Elías no quería que corrieran riesgos en un viaje durante el invierno.

En abril de ese año, y desde la Toscana, llegaron al reino de Aragón arribando a Barcelona y después viajaron hasta Tarragona, donde permanecieron algunos meses hasta que se les presentase la ocasión de embarcarse para Ceuta. Lo hicieron en dos expediciones, en la primera viajaron Daniel, Ángel y León, desembarcando en Ceuta el 26 de septiembre de 1227 y alojándose en casas de comerciantes portugueses, franceses e italianos. Allí comenzaron a atender espiritualmente a los cristianos marineros y comerciantes que permanecían o que iban y venían desde el continente europeo. Ocho días después llegaron sus compañeros en otra embarcación desde Tarragona con la alegría de reencontrarse y comenzar la misión con un coraje enorme, pues las autoridades del norte de África habían prohibido cualquier actividad apostólica cristiana.

Durante la noche del 1 de octubre, que pasaron en oración y preparando la predicación del día siguiente, después de haberse confesado y de celebrar la Eucaristía, comenzaron su predicación en medio de plazas y calles entre los musulmanes, en latín y en italiano, ya que no conocían la lengua local.

Aunque los nativos no entendían la lengua ni la mínima parte de todo lo que predicaban, sin embargo, comprendieron que aquel anuncio apasionado y explícito de Jesucristo —Hijo de Dios, Dios y hombre verdadero, el único salvador del mundo— y su mensaje evangélico contrastaban plenamente con las doctrinas mahometanas.

Ante tal osadía las gentes los apresaron y llevaron al gobernador Arbaldo (Mahamet Enazer) quien, pensando que estaban locos los mandó encarcelar. Ocho días estuvieron en prisión y, en distintos interrogatorios, fueron obligados a la vez a renunciar a su fe cristiana y a profesar el Islam.

Primero los halagaron, pero como no consiguieron nada, luego los azotaron. Como, firmes en su fe, fueron fieles a Jesucristo, los condenaron a muerte. La noche anterior a su martirio permanecieron también en oración de alabanza a Dios y Daniel escribió una carta a los cristianos de Ceuta en la que decía:

> «Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en toda tribulación. Él preparó la víctima para el holocausto del patriarca Abrahán. Éste por mandato del Señor había salido de su tierra sin saber a dónde iba. Tal cosa le fue atribuida a justicia, por lo cual fue llamado amigo de Dios. Así el que es sabio hágase tonto para ser sabio, porque la sabiduría de este mundo es tontería ante Dios. Tened presentes las palabras de Jesús, "Id y predicad el evangelio a todas las criaturas", y, "No es el siervo más grande que su amo"; como también: "Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros". Él ha dirigido nuestros pasos por sus caminos para la alabanza, para la salvación de los creyentes, para el honor de los cristianos y para la condena de los infieles, como dice el apóstol: "Somos el buen olor de Cristo", para algunos olor de vida, para otros olor de muerte para la muerte».

El 10 de octubre de 1227 en la llamada «Playa de la Sangre» de Ceuta, después de que Daniel bendijera a sus hermanos para darles fortaleza y morir como cristianos, fueron decapitados. Entregados sus cuerpos a la multitud, fueron destrozados aunque los comerciantes cristianos del continente europeo que los habían conocido pudieron recoger sus restos y sepultarlos, primero, en los suburbios de Ceuta y, más adelante, trasladar sus huesos a España y distribuirlos por distintas regiones no sólo de España sino también de Portugal y de Italia.

En la catedral de Ceuta un relicario guarda reliquias de estos santos mártires y una iglesia de los franciscanos está dedicada a San Daniel. En el lugar donde fueron decapitados fue edificado más tarde un colegio con el nombre del mismo santo.

En Belvedere, en la casa natal de San Daniel, convertida en capilla en 1953, también existen fragmentos de los huesos del santo como consta en una lápida de 1480 puesta por el cardenal don Juan de Aragón, hijo de Alfonso II, rey de Nápoles.

León X, por decreto de 22 de enero de 1516, permitió el culto a estos santos mártires. Se celebra su memoria el 10 de octubre aunque en las diócesis de donde son originarios San Da-

niel y sus compañeros mártires la conmemoran en el día 13 de octubre.

Fueron declarados patronos de la ciudad de Ceuta donde, cada mes de octubre, se vienen celebrando sus fiestas patronales.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

CORREA DE FRANCA, A., *Historia de Ceuta,* mss. Biblioteca Nacional, anterior a 1750, c.15: «Martirio de los santos Daniel y sus compañeros, patronos de Ceuta», fue publicada una copia de José de la Rosa Alcaraz, por el Ayuntamiento de Ceuta en 1946.

GORDINI, G. D., «Daniele e compagni, santi, martiri a Ceuta», en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.469-470.

SAN DANIEL COMBONI

Obispo y fundador († 1881)

Empezaba la colonización de África, poco después unos cuantos exploradores se interesarían románticamente por el África negra y en diversos países europeos prosperaban las sociedades contra la esclavitud, que a lo largo de todo el siglo quedaría abolida, aunque en la costa occidental africana aún se realizasen ventas de negros. Todo esto sucedía en el siglo XIX, mientras vivía Daniel Comboni, el apóstol de la negritud, a quien se ha llamado el «Francisco Javier de África». Este misionero italiano, uno de los más grandes de la historia de la Iglesia, que dedicó su vida a la misión *ad gentes* en el África central, fue beatificado y canonizado por Juan Pablo II el 17 de marzo de 1996 y el 5 de octubre de 2003, respectivamente. En su ceremonia de santificación, celebrada en Roma y compartida con los santos misioneros Arnoldo Janssen y José Freinademetz, el Papa pidió para África un futuro de esperanza y encomendó este logro a la intercesión de San Daniel Comboni, «insigne evangelizador y protector» del continente.

En la localidad de Limone del Garda (Brescia), entonces bajo dominio austríaco, nació el 15 de marzo de 1831 Daniel Comboni, en el seno de una familia campesina que servía en las

posesiones de un hacendado de la zona. Fue bautizado al día siguiente de su nacimiento y recibió el nombre de Antonio Daniel. Era el cuarto hijo del matrimonio formado por Luis y Dominica, pero pronto se convirtió en hijo único al morir sus otros hermanos en edad temprana. Esta situación contribuyó a unir aquel hogar en el que, pese a sus pocos recursos materiales, se vivía una fe arraigada y unos valores humanos profundos. El caso fue que esta pobreza familiar y las excelentes cualidades intelectuales que despuntaban en el joven Daniel lo llevaron a Verona, primero al seminario diocesano en 1842 y al año siguiente a una escuela, fundada por el sacerdote Nicolás Mazza, que abría sus puertas a muchos estudiantes de clara inteligencia, buenas cualidades y exiguos recursos materiales. Allí aprendió Comboni las principales lenguas europeas, también el árabe. Bajo la influencia cultural austríaca y las peculiaridades de la Italia norteña fue naciendo y fogueándose, con muy buenas relaciones europeas, su carisma misionero.

Durante sus años como alumno en esta institución de Verona, conoce Comboni, en 1846, al fundador de la Obra del Rescate, el sacerdote genovés Nicolás Olivieri, que había solicitado a don Mazza la acogida de unas cuantas chicas africanas rescatadas de la esclavitud. La sensibilidad de Mazza por estos problemas maduró y aceleró al mismo tiempo su antiguo proyecto, que consistía en abrir una misión en África central. Ya el 6 de enero de 1849 juró Daniel Comboni entregarse de por vida a las misiones africanas. Con el tiempo explicaría en su diario que «estudiando filosofía, a la edad de 17 años, juré ante mi venerado superior don Mazza consagrar toda mi vida al apostolado del África central». Eran los tiempos en que el misionero Angel Vinco, a su vuelta de África para buscar refuerzos misioneros, contaba a los alumnos noticias sobre la situación del continente negro y encendía en todos ellos el deseo de sacrificarse por la evangelización de la negritud.

En esta atmósfera misionera fue creciendo la personalidad juvenil de Comboni, su «primer amor», descubriendo su vocación sacerdotal y adquiriendo una preparación teológica y cultural muy completa. Culminó sus estudios eclesiásticos en Verona y fue ordenado sacerdote en Trento el 31 de diciembre de 1854,

por monseñor Juan Nepomuceno Tschiderer, beatificado por Juan Pablo II en 1995. Don Mazza, después de la muerte prematura de don Vinco en el Sudán, envía a otros dos sacerdotes de su institución con el fin de traer a Verona negros rescatados de la esclavitud, formarlos y devolverlos instruidos para implantar con ellos centros de animación cristiana y de promoción humana. Por fin, el 4 de septiembre de 1857, con sólo veintiséis años, sale Daniel Comboni de Verona, acompañado por otros cuatro sacerdotes y un colaborador laico, y tras un largo viaje lleno de fatigas e incomodidades llega a Jartum el 14 de febrero de 1858. Comboni había emprendido la marcha con el regusto de lo que le había dicho su madre en la despedida: «Vete, Daniel, y que el Señor te bendiga».

El encuentro con la realidad africana fue tremendo. Tuvieron que aprender la lengua y las costumbres, a la vez que se daban de bruces con la pobreza y el abandono de los nativos. Pronto comprobaron que el clima, las fatigas de su tarea y la malaria hacían mella en la salud de algunos jóvenes misioneros, mas no por ello Comboni se desanimaba, más bien estas dificultades las asumía como un desafío evangelizador. Así se lo había anticipado, por carta, a sus padres:

> «Tendremos que fatigarnos, sudar, morir; pero al pensar que se suda y se muere por amor de Jesucristo y la salvación de las almas más abandonadas de este mundo, encuentro el consuelo necesario para no sucumbir en esta gran empresa».

Habían muerto tres misioneros de su expedición y los demás estaban enfermos, incluso el propio Comboni se vio afectado por la disentería. Obligado a regresar, antes de que terminase el año 1859, renueva su compromiso misionero con el encargo de luchar contra la trata de esclavos y prepararlos como colaboradores de la misión.

En 1860 Mazza le encomienda que vaya a la costa de Arabia al encuentro de un barco inglés que trasladaba jóvenes, rescatados de la esclavitud, y traiga cuantos pueda para Verona. Más adelante escribiría, a propósito de su lucha contra la esclavitud, esta resuelta decisión:

> «A todos los esclavos que se refugien en mi misión, los protegeré, y a todos los esclavos que encuentre en mi camino, los llevaré conmigo y nunca los devolveré a sus amos».

A propósito de este viaje contaría Comboni, años después, que ya le había anticipado al provicario apostólico su nueva estrategia misionera.

Todo había empezado por un chispazo, una intuición, una «inspiración» experimentada un día mientras rezaba ante la tumba de San Pedro de Roma. Era el 15 de septiembre de 1864. Esa iluminación cuajó en la redacción de un ambicioso *Plan para la regeneración de África,* un proyecto misionero que insistía y se resumía en este lema tan difundido: «Salvar África por medio de África». Quería comprometer a toda la Iglesia en su misión evangelizadora, y sobre todo proponía confiar en las capacidades humanas y religiosas de los pueblos africanos creando centros de formación de los negros en la costa africana. El *Plan* fue presentado al papa Pío IX y a Propaganda Fide el 18 de septiembre, que lo vieron con muy buenos ojos, aunque le sugieren darlo a conocer a las Sociedades Misioneras de Francia, Austria y Alemania para que lo examinen y le presten el necesario apoyo.

El *Plan* resultaba novedoso y, a la vez, realista, bien articulado y meditado, fruto de una contrastada experiencia misionera, llena de dificultades y de una sólida convicción: que los africanos, a cuya formación había prestado tanta entrega en la institución de don Mazza, pudieran ser protagonistas de su propia historia, portadores de fe y de civilización. Se trataba de contar con los propios africanos, redimirlos de su abandono y explotación. Había que abrir en la costa africana escuelas de artes y oficios, factorías y talleres de artesanía, colegios y universidades, tanto de teología como de ciencias humanas, con la finalidad de formar sacerdotes y laicos nativos que no fueran sólo simples receptores del evangelio, sino verdaderos evangelizadores. Además, los misioneros europeos, aclimatados a aquella realidad y debidamente inculturados, podrían avanzar hacia el interior del continente, primero en un rápido reconocimiento y después en fundaciones estables. El *Plan* de Comboni se distinguía por su dimensión católica, interpelaba a toda la Iglesia y no a un determinado instituto misionero de un país concreto. Pasaba del objetivo de la mera «conversión» al objetivo más global de la «regeneración» y apoyaba la promoción humana de la negritud

valorando a la mujer. Los misioneros, blancos y negros, debían transmitir no sólo la moral católica sino también enseñar a «leer, escribir, hilar, coser, tejer, cuidar a los enfermos y adiestrarse en las artes domésticas más útiles», tal y como enumeraba Comboni.

Cuando don Mazza conoció el proyecto de Comboni quedó admirado y perplejo pues superaba los límites de su institución. El sacerdote veronés escribió al cardenal Bernabó ofreciendo su ayuda a Propaganda Fide y dando a entender que don Comboni ya estaba fuera de su instituto. Este comunicado ocasionó algunos malentendidos, de tal manera que el 15 de febrero de 1865, en un encuentro a solas, Comboni le pide una explicación a Mazza: que le confirme por escrito que no pertenecía a su instituto. Por toda respuesta, don Mazza le abrazó mientras le decía: «Tu eres mi hijo», es decir «tu has interpretado fielmente mi utopía y a lo grande; por mi parte te encomiendo la responsabilidad de la misión centroafricana». Y firmó este mandato el 25 de junio de 1865, el último que firmaría don Mazza, pues murió el 2 de agosto de aquel mismo año. Unos días antes, Comboni había explicado por carta al cardenal Barnabó que, aclarado todo con Mazza, seguía siendo miembro de su instituto y que tenía preparado un grupo de sacerdotes mazzianos dispuestos a partir para África, conseguidos ya los medios económicos necesarios para la expedición misionera.

Daniel Comboni emprende viaje a Roma el 27 de junio para entrevistarse con el prefecto de Propaganda Fide, el cardenal Alejandro Barnabó, que se muestra partidario de dividir el vicariato centroafricano entre los franciscanos de Luis de Casoria y los mazzianos de Verona, pero al fallecer don Mazza pronto su institución abandona sus proyectos misioneros en África. Por tanto, Comboni debe actuar por si solo, pero cuenta con las ayudas de la Sociedad de Colonia y otras y con el reconocimiento de su obispo diocesano. No tardará en fundar, el 1 de junio de 1867, con la aprobación del obispo de Verona, monseñor Luis Di Canossa, el Instituto para las Misiones de África, en el marco de la Obra del Buen Pastor, asociación de carácter internacional. De aquí derivaría el instituto de Misioneros Combonianos del Corazón de Jesús, cuyo primer superior fue el propio

Comboni y primer rector Alejandro del Bosco, un misionero que sobrevivió a la expedición enviada por el instituto Mazza en 1857.

Mas adelante, el día primero de año de 1872, Daniel Comboni funda en Verona las Pías Madres de la Negritud, más conocidas como Misioneras Combonianas, a las que quería «verdaderamente santas, pero no con el cuello inclinado, pues en África se necesita tenerlo erguido; de alma ardiente y generosa, que sepan padecer por Cristo y por los negros», mujeres serias, buenas y de juicio. La iniciativa misionera había dejado de ser mazziana para convertirse en comboniana. El hijo de Mazza es ahora, a su vez, fundador y con plena autonomía se dedica a la realización de su plan. La empresa era temeraria, sobre todo considerando la enorme distancia entre los desafíos africanos y los escasos recursos humanos y económicos. A pesar de ello, en diciembre de 1867, ya había fundado en El Cairo un colegio masculino y otro femenino, el primero con la colaboración de los camilos y el segundo confiado a religiosos franceses de San José de las Apariciones. Se concretaba así el plan de catolicidad contenido en su gran proyecto. En esta etapa la vida de Comboni se convierte en un ir y venir entre Italia y Africa y en una enfebrecida animación periodística en la prensa europea y en su revista *Nigrizia.*

Al hacerse pública la convocatoria del Concilio Vaticano I, en 1869, se hallaba Comboni organizando su fundación misionera en Egipto. Entonces se le ocurre que podría ser aquella la ocasión idónea para hacer un llamamiento en favor de los pueblos de África utilizando el resonador conciliar. En 1870, cuando comienzan las sesiones, se encuentra en Roma dispuesto a participar como teólogo asesor del obispo de Verona, monseñor Canossa. A propósito de esta experiencia eclesial escribiría más tarde que una noche, estando ocupado y preocupado por la evangelización de los negros, se le pasó como un relámpago el pensamiento de aprovechar el Concilio para dirigir a todos los obispos del mundo católico una *carta* sobre la responsabilidad misionera de toda la Iglesia y presentar en el aula un *Postulatum* en favor de la evangelización de África central. Consiguió que el Papa y más de doscientos obispos participantes en el concilio

avalasen, el 18 de julio de 1870, su *Postulatum pro Nigris Africae Centralis,* un texto que ha pasado a la historia como un hito misionero.

> «Procuren —les decía a los obispos— que algunos de los sacerdotes más jóvenes de su diócesis que estén animados del Espíritu de Dios se unan a nosotros para llevar la Buena Nueva de Cristo al África negra. Hagan que los demás fieles que se sientan movidos por el amor de Cristo presten su ayuda a esta excelsa obra de redención».

El año de 1871 fue muy importante para la institución de Daniel Comboni, pues logró el reconocimiento canónico del obispo de Verona y escribió la *Regla* por la que se regirían sus fundaciones y ya, al comienzo de 1872 —como se ha dicho— crearía el instituto de las misioneras combonianas. Pocos meses después, en mayo de 1872, el papa Pío IX lo nombra provicario para el África central y confía la responsabilidad de este extenso tajo misionero a su fundación. El 2 de julio de 1877 será nombrado vicario apostólico del África central y el 2 de agosto recibirá la consagración episcopal de manos del cardenal Franchi, entonces prefecto de Propaganda Fide. En diciembre del mismo año parte para África con sus misioneros y misioneras, pero aquejado por unas fiebres se ve en la necesidad de regresar a Italia en 1879 para someterse a un tratamiento de aguas termales. Con todo, viaja continuamente y se ocupa de sus fundaciones veronesas, siempre con dificultades, aunque se ve compensado por la cantidad de sacerdotes, de muy diversos países, que quieren alistarse en su tarea misionera.

Intensifica su lucha contra la esclavitud denunciando la política de explotación colonial, la ambigüedad misionera de algunos comportamientos eclesiales de aquel momento, y especialmente la falta de lo que hoy se llama «inculturación». Esto movió numerosas acciones de los esclavistas que lanzaron contra Comboni todo género de difamaciones, una verdadera campaña. Sus últimos años fueron un verdadero calvario, de modo que cuando dice en su epistolario que se refugiaba en el corazón de Cristo traspasado, no estaba aludiendo a una actitud puramente devocional, sino a una vivencia espiritual profunda: en este horno ardiente de caridad encuentra la fuerza para trabajar por la evangelización de la negritud. «La cruz —escribió— tie-

ne la fuerza de transformar a África en tierra de bendición y de salud». En el verano de 1881, mientras hace su último recorrido por las nuevas misiones —en realidad sus expediciones a África, de 1857 a 1881, fueron ocho— abiertas en su inmenso vicariato, se halla pronto para emprender su último viaje.

Una noche del mes de octubre de 1881, en el camino de El Obeid a Jartum (la actual capital de Sudán), le sorprende una lluvia torrencial que afecta gravemente a su salud, ya quebrantada. El 10 de octubre entra en agonía y a las 10 de la noche muere en la sede del vicariato de Jartum. En el momento de su despedida, fatigado por los muchos trabajos y cruces de la misión, quiso tranquilizar a sus misioneros anticipándoles que su obra no acabaría con él, y les animó a continuarla: «Yo muero —decía— pero mi obra no morirá». Tenía 50 años de edad cuando falleció.

Y así se ha cumplido porque la familia comboniana es un árbol frondoso y de tal vitalidad que, cuando Daniel Comboni fue canonizado, su obra se extendía por 40 países de Europa, África, América y Asia, contaba con más de tres mil seiscientos religiosos, entre misioneros y misioneras, y con otros nuevos esquejes nacidos a la sombra de su plan misionero y de su espiritualidad, como los Misioneros Seculares Combonianos y los Laicos Misioneros Combonianos. Muchas otras congregaciones religiosas también se han inspirado en su carisma.

Daniel Comboni, el «apóstol de la negritud», fue enterrado en el jardín de la misión el 11 de octubre de 1881. Pero ni siquiera después de su muerte los enemigos lo dejaron en paz, pues en 1885 su tumba fue profanada por los mahdistas. Cuando, tras la revuelta, los combonianos volvieron a Jartum, recuperaron parte de sus restos, trasladados, primero, a Egipto y, posteriormente, a la casa madre de Verona.

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 86 (1994) 984; 87 (1995) 1152.
AGUILAR, J. J., *San Daniel Comboni, el defensor de los africanos* (Madrid 2003).
DANIEL COMBONI (SAN), *Gli scritti* (Bolonia 1991).
Ecclesia (2003) n.3175, p.28-29.
LOZANO, J. M., *Daniel Comboni, misionero y profeta* (Madrid 1995).

Mundo Negro (1996) marzo, 1-26; (2003) septiembre, 25s.
L'Osservatore Romano (6/7-10-2003) 8-9.
L'Osservatore Romano. Supplemento speciale (5-10-2003) 2-8
SCHIAFFINO, M.ª T., *Destino África. Daniel Comboni (1831-1881), misionero de Cristo en favor de los pobres* (Madrid 1981).

BEATA MARÍA ÁNGELA (SOFÍA CAMILA) TRUZSKOWSKA

Virgen y fundadora († 1899)

La suya fue una espiritualidad arraigada en el amor. En la oración y la humildad encontró la fuerza para dedicarse a los últimos, implantando en la Iglesia un carisma basado sobre la penitencia y la pobreza evangélicas.

Nacida el 16 de mayo de 1825 en Kalisz (Polonia), María Angela fue la hija mayor de José Truzskowski y Josefa Rudzinska. Fue bautizada con los nombres de Sofía Camila. Su padre era hombre de leyes; su madre estaba totalmente dedicada a la educación de los hijos. Eran ambos muy católicos, conjugando la religiosidad con la cultura y con un activo amor al prójimo. El profundo espíritu cristiano de la familia formó el ánimo de la pequeña.

Su familia se trasladó a Varsovia en 1837. Desde su infancia demostró una piedad profunda: participaba todos los días en la misa, recibía con frecuencia los sacramentos, realizaba vigilias de oración y visitaba con asiduidad el Santísimo Sacramento: todo esto desarrolló en ella una espiritualidad intensa.

A los dieciséis años, Sofía, amenazada por la tuberculosis, pasó un año en los Alpes suizos. La majestuosa belleza de aquellas montañas produjo una profunda impresión en el ánimo de Sofía, que comenzó a buscar la soledad y la contemplación. Poco a poco, esto despertó en ella el deseo de consagrarse a Dios.

Regresó de Suiza una Sofía más sana y madura, que se dedicó de lleno al estudio y a la oración. Cada vez más atraída por la vida religiosa, hablaba a menudo de ello con su prima, Clotilde Ciechanowska, que también deseaba entregarse a Dios. En 1848, a sus 23 años, experimentó un gran cambio en su vida espiritual, que ella definió como su «conversión».

Convencida de estar llamada a la vida contemplativa, ya estaba determinada a entrar en la Orden de la Visitación. Sus planes estaban todavía obstaculizados por la enfermedad de su padre, al que ella acompañó a las termas de Salzbrunn en Alemania. Durante el viaje que realizó al volver de Alemania, Sofía, iluminada por el Señor, durante un rato de oración en la catedral de Colonia, intuyó su vocación a estar entre los pobres y necesitados y a servir en ellos a Cristo con la oración y el sacrificio: Dios no la llamaba, pues, a ser salesa. Entonces, ¿qué?

De vuelta en Varsovia, su confesor le aconsejó renunciar a la vida religiosa, al menos, en tanto su padre viviese, porque José Truszkowski no podría soportar la pérdida de aquella hija queridísima. Por tanto, permanecería en su casa cuidando a su padre enfermo. De día trabajaba sin descanso por los pobres y por la noche oraba constantemente, buscando la voluntad de Dios en ella. Por fin, como el padre se diese cuenta de que su hija estaba realmente llamada por Dios a la vida religiosa, le dio su bendición y su permiso para que siguiese su vocación.

La situación social y política de Polonia ocupada por Rusia provocó la pobreza y el abandono de los necesitados. En 1854, a la edad de 29 años, Sofía iba a descubrir su camino. Su deseo de ayudar a los más pobres la llevaría a hacerse miembro de la sociedad de San Vicente de Paúl, que trabajaba sobre todo con la clase obrera de la ciudad, que empezaba a ser industrializada. En su afán de aliviar la pobreza del prójimo, comenzó a buscar y a ayudar a los niños abandonados de los barrios bajos de Varsovia y a las ancianas sin casa.

Después de ferviente oración, escuchando la inspiración divina, con la ayuda económica de su padre y el apoyo de su prima Clotilde, comenzó a hacerse cargo de seis niños en un apartamento alquilado de dos habitaciones, en Varsovia. De esta forma atrajo a muchas voluntarias y floreció el Instituto fundado por la señorita Truszkowska. Sofía, solícita por proveer las necesidades materiales y las actividades educativas, era el alma de la obra, para la que redactó un Reglamento.

Una profunda motivación espiritual acompañó el crecimiento de la actividad externa. Sofía se hizo miembro de la Tercera Orden de San Francisco en la iglesia de los capuchinos, y tomó el nombre de Ángela.

Cuando el año siguiente el Instituto fue trasladado a un local más grande, Sofía y Clotilde resolvieron dejar sus casas para vivir junto a los asilados. Así iniciaron una vida de total entrega a Dios. El 21 de noviembre de 1855, fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, ante el icono de la Virgen de Czestochowa, Sofía y su prima se consagraron a hacer la voluntad del Hijo de María. En este día fue el comienzo de la nueva comunidad. La ya madre Ángela determinó como ideal de su congregación: que en todo y por todo Dios sea conocido, amado y glorificado. Pronto un buen número de jóvenes se unieron a las dos fundadoras en su misión caritativa. El superior provincial de los capuchinos, P. Benjamín Szymanski, observaba con interés el creciente grupo. Conociendo su deseo de una vida de total consagración, las ayudó a organizarse como comunidad religiosa. Tras obtener la aprobación eclesiástica, nombró a un capuchino, el P. Honorato Kozminski —hoy Beato— director de la naciente comunidad para atender a su formación.

El 10 de abril de 1857, viernes santo, Ángela y nueve de sus compañeras, que eran también terciarias, tomaron el hábito franciscano. Clotilde comenzó a llamarse sor Verónica. Enseguida, por la gran devoción de la congregación a la Santísima Virgen, cada hermana añadió al suyo el nombre de María.

Las hermanas no pensaron, en principio, dar nombre a aquella comunidad; fue la gente de Varsovia, que las veía a menudo rezando con los niños ante el altar de San Félix de Cantalicio, comenzó a llamarlas hermanas Felicianas, o de San Félix de Cantalicio. Ellas aceptaron con gusto el nombre y adoptaron como patrono a este santo, capuchino italiano del siglo XVI. Con la ayuda del Beato Honorato, director espiritual de la congregación, María Ángela comenzó a troquelar el espíritu de la joven congregación, por la que más tarde tuvo que sufrir tanto, que llegaría a decir:

> «Hay que haber elevado la Congregación con las propias manos, hay que haber nacido espiritualmente en ella, hay que amarla como se ama la propia alma, hay que estar unida a ella como el alma está unida al cuerpo, para poder comprender lo que se siente al asistir al quebrantamiento de una la Orden que se ha hecho nacer y al contemplar la ruina de lo que se había levantado».

Cuando en 1860, en la comunidad feliciana emergió un grupo que deseaba sólo la vida contemplativa, madre Ángela, pese a su profundo espíritu de contemplación, se mantuvo convencida de que la vocación de las hermanas felicianas se realizaba manteniendo una perfecta armonía entre la oración y el trabajo apostólico, y no tras los muros de un monasterio. Trasladado al convento de las Hermanas Bernardinas de Lowicz, hoy la rama monástica es un grupo independiente conocido como «Hermanas Capuchinas de Santa Clara».

Las religiosas dirigían a las laicas terciarias, instruían a los convertidos, visitaban las prisiones, y administraban también centros sociales rurales. Después del fracaso de la insurrección del pueblo polaco ante los opresores rusos, en 1863, muchos de estos centros se convirtieron en hospitales, donde las religiosas curaban a los heridos, polacos y rusos, indistintamente. La comunidad fue suprimida por el gobierno ruso en 1864, pero continuó en secreto bajo la guía espiritual de la fundadora. Un año después, el emperador Francisco José concedió el permiso para restablecer la Congregación Feliciana en la Polonia austriaca, a condición de que las hermanas se hicieran ciudadanas austriacas.

Madre Ángela, aun deseando formar parte de la comunidad restablecida en Cracovia, no pudo hacerlo hasta 1866, en que, gravemente enferma, obtuvo el permiso de expatriación. En Cracovia comenzó a mejorar, aunque quedando con una salud muy precaria. Aunque fundadora, teniendo siempre en la Congregación diversos cargos de gobierno, siendo sucesivamente directora del Instituto, maestra de novicias, superiora general, y siempre madre espiritual de la nueva comunidad, sólo en 1868, María Ángela emitió sus votos perpetuos. En el año siguiente, 1869, a causa de la enfermedad, a sus 44 años, durante su tercer mandato como superiora general, en el vértice de sus capacidades, la fundadora se retiró a la sombra, dejando la congregacion en otras manos. En sus últimos treinta años, María Ángela llevará una vida reservada, perfumando la comunidad con el aroma silencioso de sus virtudes.

Pasaba su jornada en oración, en el jardín, cultivando las flores para el Señor, o en su celda cosiendo sotanas para los

sacerdotes. Su humildad le dictaba no interferirse jamás en el gobierno de aquella congregación que ella misma había fundado, aunque seguía con sus plegarias, y con interés de verdadera madre, todo lo que sucedía.

El decreto de aprobación de la Santa Sede llegó el 1 de junio de 1874; la apertura de la primera misión en América, para trabajar entre los emigrantes polacos, en el mismo año; el privilegio de la exposición diaria del Santísimo Sacramento en la casa madre de la congregación, en 1882; el decreto de aprobación de las Constituciones y la aprobación definitiva de la congregación, en 1889. En 1893, cinco hermanas partieron a Kenia para ayudar a los pobres y necesitados con la educación, la asistencia sanitaria y los servicios sociales.

Después de 30 años de sufrimiento y atroces dolores, siempre soportados con el rosario en la mano, madre María Ángela murió en la paz del Señor, devorada por el cáncer, el 10 de octubre de 1899, a sus 74 años, en presencia de las religiosas.

La pequeña semilla plantada por su mano había de producir el gran árbol de una congregación de más de 4.000 (hoy unas 2.500) religiosas repartidas por cuatro continentes, con más de 300 casas: escuelas, hospitales, ambulatorios, asilos, orfelinatos, centros de catequesis y de retiros, oficinas diocesanas o parroquiales... En una palabra: están donde hay necesidad de trabajar con fe, amor y piedad. Como quiso madre Ángela, identifican su carisma feliciano con los cuatro aspectos fundamentales de la espiritualidad franciscana: El espíritu evangélico, eclesial, eucarístico y mariano.

Introducido el proceso apostólico para su canonización el 7 de julio de 1966, madre María Ángela Truszchowska fue beatificada el 18 de abril de 1993 por Juan Pablo II quien, en la homilía de la misa de beatificación, oró así a la nueva beata de su amada Polonia:

> «Te saludo, madre María Ángela Truszkowska, madre de la gran familia feliciana. Fuiste testigo de acontecimientos difíciles de nuestra nación polaca y de la Iglesia que allí cumplía su misión. Tu nombre y tu vocación están unidos a la figura del beato Honorato Kozminski, gran apóstol de las comunidades secretas, que hicieron renacer la vida de la sociedad atormentada y alimentaron la esperanza de la resurrección.

Hoy voy en peregrinación espiritual hasta tus reliquias, en mi amada Cracovia, donde se ha desarrollado la familia feliciana y desde donde se ha difundido más allá del océano, para servir a las nuevas generaciones de inmigrantes y americanos.

Cristo condujo a la madre Ángela por un sendero verdaderamente excepcional, impulsándola a compartir íntimamente el misterio de su cruz. Cristo formó su espíritu mediante muchos sufrimientos, que aceptó con fe y sumisión realmente heroica a su voluntad: en recogimiento y soledad, a través de una enfermedad larga y dolorosa, y en la noche oscura del alma.

Su mayor deseo fue el de llegar a ser "víctima de amor". Entendió siempre el amor como entrega libre de sí misma. "Amar significa dar. Dar todo lo que el amor pide. Dar inmediatamente, sin reservas y con alegría, con el deseo de que se nos pida cada vez más". Con esas palabras resume ella misma el programa de toda su vida.

Fue capaz de encender ese mismo amor en el corazón de las religiosas de su congregación. Ese amor constituye la levadura siempre viva de las obras, con las que las comunidades de Felicianas sirven a la Iglesia en Polonia y más allá de sus fronteras.»

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BRONISLAWA DMOWSKA, S., *Matka Maria Angela Truzskowska* (Búfalo 1949).
CEGIELKA, F. A., *The pierced heart. Tthe life of the mother Mary Angela Truzskowska, foundress of the Congregation of Sisters of Saint Felix* (Milwaukee 1955).
GORSKI, A., *Angela Truzskowska i Zgromadzenie SS. Felicianek na tle dziejow mysli religijnej w Polsce XIX w.* (Poznan 1959).
NARUSZEWICZ, P., «Truzskowska, Angela», en *Bibliotheca sanctorum.* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.689-692
L'Osservatore Romano (ed. en español) (16 y 23-4-1993).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CERBONIO DE POPULONIA
Obispo († 575)

Cerbonio era uno de los varios obispos africanos que a causa de la persecución de los vándalos se vieron obligados a dejar África y exiliarse en Italia. Aquí se estableció en Populonia, actualmente Piombino, en la Toscana. Aquí se acreditó por sus virtudes y fue elegido obispo de la población. Guiaba santamente a su nuevo rebaño cuando los lombardos invadieron la

zona y un nuevo exilio lo llevó a la isla de Elba, en la que años más tarde tuvo lugar su muerte. Su cuerpo fue llevado a Piombino a enterrar y dio comienzo su culto. San Gregrio Magno lo menciona en sus *Diálogos* diciéndonos que cuando el rey de los ostrogodos se apoderó del obispo, quiso castigarlo por haber ayudado a los soldados imperiales, y lo echó a un oso, pero la fiera no le hizo daño. Se cuenta de él que vivió en comunidad con su presbiterio.

SANTA TELQUILDE

Abadesa († 667)

Telquilde o Teodelquilde o Telequilde era originaria de la diócesis francesa de Meaux, hija de una noble familia. Su hermano Agilberto fue obispo de París y su tía Balda vivió una vida ejemplar como reclusa en su propia casa. Entra en la historia como abadesa del monasterio femenino de Jouarre, en el que se seguía la Regla de San Columbano. Este monasterio conoció un gran desarrollo bajo el mandato de la santa, saliendo del monasterio varios grupos de monjas para otros conventos. Muerta el 10 de octubre de 667, su hermano Agilberto le dedicó un sarcófago con una inscripción en que la llama virgen sin mancha, de noble origen, luminosa de méritos, ejemplar en sus costumbres, amante de la verdad, madre del monasterio y maestra de las consagradas al Señor.

SAN JUAN DE BRIDLINGTON

Presbítero († 1379)

Juan era natural de Thwing, junto a Bridlington, condado de York, donde nació en el primer tercio del siglo XIV. Con veinte años siguió la vocación eclesiástica e ingresó en el monasterio de canónigos regulares de San Agustín en Bridlington. Ordenado sacerdote, prestó sus servicios con gran ejemplaridad en su monasterio, siendo maestro de novicios, limosnero y subprior. Por su gran celo apostólico y sus buenas cualidades se le confió también el cargo de predicador. En 1361 se le eligió prior de la

casa, y pudo verse cómo a su conocida piedad y vida interior unía una gran aptitud para gobernar la comunidad y ocuparse con eficacia de todos sus asuntos. Bajo su mandato el convento conoció un período de evidente florecimiento. Murió el 10 de octubre de 1379, dejando tras de sí una estela memorable de santidad. Ello llevó a que se dieran los pasos necesarios para su colocación oficial en los altares. Se hizo a partir de 1386 una recogida de información sobre los milagros que se le atribuían y en 1400 uno de los canónigos fue enviado a Roma para procurar su canonización. Concluidos los trámites oportunos, el papa Bonifacio IX procedió a canonizarlo el 24 de septiembre de 1401. Su tumba fue objeto de peregrinaciones y a ella acudió el rey Enrique V tras la victoria de Azincourt (1415).

BEATO LEÓN WETMANSKI

Obispo y mártir († 1941)

Nace en Zuromín (Polonia) el 10 de abril de 1886, siendo sus padres Adán y Cordula. Tras los estudios primarios, se decidió por el magisterio y comenzó los estudios oportunos, pero sintió la llamada al sacerdocio y con veinte años ingresó en el seminario diocesano de Plock. Aquí hizo los estudios oportunos hasta su ordenación sacerdotal el 23 de junio de 1912. Entonces se le envía a la Academia Eclesiástica de Petersburgo, donde hace los estudios del doctorado en teología. Llegada la guerra mundial mostró su interés por los heridos de la guerra y en 1917 se le nombró director espiritual del seminario. Este mismo cargo tuvo en su diócesis al volver a la misma, al tiempo que desarrollaba una apreciable actividad pastoral y caritativa. En esta actividad se acreditó como sacerdote ejemplar y capaz. Por ello la Santa Sede lo nombró obispo auxiliar de Plock, para que prestara su colaboración al obispo diocesano, beato Antonio Julián Nowowiejski. Se comportó de manera ejemplar, estando siempre disponible para lo que el prelado le indicara y realizando todos sus servicios con gran escrupulosidad y dedicación.

Llegada la invasión alemana, tras la declaración de la II Guerra Mundial, ambos obispos perseveraron en su puesto sirvien-

do con gran entrega a su comunidad en tan difíciles circunstancias. Esto provocó su arresto el 28 de febrero de 1940, siendo llevado al campo de concentración de Slupno y dando comienzo a su calvario. El 8 de marzo de 1941 era transferido al campo de extermino de Dzialdowo. Aquí recibió muchos malos tratos y soportó tantas miserias que enfermó a consecuencias de ellas y murió el 10 de octubre de 1941. Hombre ascético en su vida personal, de gran vida interior e intensa espiritualidad, se había volcado como sacerdote y obispo en los más pobres. A él se debió la fundación de Cáritas Diocesana. Se sabe que había deseado la gracia del martirio. Animó mucho a sus compañeros de prisión a aceptar los sufrimientos con espíritu de entrega a la voluntad de Dios.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

BEATO EDUARDO DETKENS

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Varsovia el 14 de octubre de 1885 en el seno de una familia acomodada. Decidida su vocación eclesiástica, estudia en el seminario de Varsovia y se ordena sacerdote en 1913. Se gradúa en teología en la Universidad de Varsovia. Su campo pastoral serían las escuelas y el profesorado. En 1934 es nombrado rector de la iglesia de Santa Ana. Apóstol de la juventud, promotor de la pedagogía cristiana y cultivador de la cultura católica, era un hombre de profunda oración, abierto y alegre de carácter. Llegada la guerra mundial fue arrestado, era el 4 de octubre de 1939 y, con otros muchos sacerdotes, pasa cuatro meses en la cárcel de Pawiak. Poco después es dejado libre, pero por poco tiempo. Nuevamente es arrestado y esta vez se le envía al campo de concentración de Sachsenhausen y de éste pasaría al de Dachau, donde las miserias y padecimientos arruinan su salud. Declarado inválido, es asesinado en la cámara de gas de Linz el 10 de octubre de 1941.

Fue beatificado el 13 de octubre de 1999 por el papa Juan Pablo II.

11 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Felipe, uno de los siete primeros diáconos († s. I) **.
2. En Anazarbo (Cilicia), santos Taraco, Probo y Andrónico († 304), mártires.
3. En Vexin (Galia Lugdunense), santos Nicasio, Quirino, Escubículo y Piencia (fecha desconocida), mártires.
4. En Verdún (Galia), San Santino († s. IV), obispo.
5. La conmemoración de San Sármata († 357), abad en la Tebaida y mártir.
6. En Uzés (Galia Narbonense), San Fermín († 553), obispo.
7. En Ossory (Irlanda), San Cánico o Cainnech o Kenneth († 600), abad de Aghaboe.
8. En la fortaleza de Esquemaris (Cáucaso), San Anastasio († 666), apocrisiario de la Iglesia romana, muerto en el destierro *.
9. En Lierre (Brabante), San Gummaro o Gomer († 774).
10. En Colonia, San Bruno el Grande († 965), obispo **.
11. En Gniezno (Polonia), San Gaudencio o Radzim († ca.1012), obispo *.
12. En Riga, a la orilla del Báltico, San Meinardo († 1196), obispo *.
13. En Bolonia (Emilia), Beato Santiago Griesinger de Ulma († 1491), religioso dominico *.
14. En Calosso (Lombardía), San Alejandro (María) Sauli († 1592), obispo de Pavía, de la Congregación de Clérigos Regulares de San Pablo **.
15. En Hanoi (Tonkín), San Pedro Le Tuy († 1833), presbítero y mártir *.
16. En Madrid, Santa María Soledad (Manuela) Torres Acosta († 1887), virgen, fundadora de la Congregación de Siervas de María **.
17. En Barcelona, Beato Ángel Ramos Velázquez († 1936), religioso salesiano y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FELIPE

Diácono († s. I)

El *Martirologio romano,* en su elogio del 11 de octubre resume la vida de San Felipe en estos términos:

«Conmemoración de San Felipe, uno de los siete diáconos elegidos por los Apóstoles. Convirtió a los samaritanos a la fe de Cristo, bautizó al eunuco de Candace, la reina de los etíopes, y evangelizó todas las ciudades por las que pasó hasta llegar a Cesarea donde, según la tradición, murió» (*Martyrologium Romanum,* p.534).

La primitiva predicación cristiana a partir de Pentecostés suscita numerosas y sorprendentes conversiones en cadena que culminaron en la de San Pablo. Ésta era la misión confiada por Cristo a los apóstoles: «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaría y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8).

La persecución desatada a raíz de la muerte de San Esteban, el protomártir, no hizo más que favorecer la expansión fuera de Jerusalén. Y, así, pasando por los rodeos de la historia humana, es como Dios quiso conducir el desarrollo de su plan universal de salvación.

Uno de estos «testigos» fue San Felipe, íntimamente vinculado a los apóstoles, que le eligieron diácono —uno de los siete con Esteban, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás (cf. Hch 6,5)— para servir a los pobres mientras los apóstoles se dedicaban plenamente a la oración y al ministerio de la palabra.

A Felipe, el segundo después de Esteban, lleno de carismas y poderes taumatúrgicos, le correspondió evangelizar a los samaritanos, cosa a primera vista muy difícil porque aunque hermanos en raza y religión estaban separados de la comunidad de Israel y caídos en la herejía.

«Los que se habían dispersado fueron por todas partes anunciando la Buena Nueva de la palabra. Felipe bajó a una ciudad de Samaría y les predicaba a Cristo. La gente escuchaba con atención y con un mismo espíritu lo que decía Felipe, porque ellos oían y veían los signos que realizaba: pues de muchos posesos salían los espíritus inmundos dando grandes voces, y muchos paralíticos y cojos quedaron curados. Hubo una gran alegría en aquella ciudad» (Hch 8,4-8).

Con naturalidad y sencillez San Lucas narra este paso trascendental en la historia de la Iglesia, que comienza a desprenderse del judaísmo para extender su acción por todo el mundo. Este primer paso, dado por Felipe, va preparando la evangelización del mundo gentil.

Probablemente fue el mismo diácono quien informó a San Lucas. Éste, en los Hechos, cuenta con tantos detalles el ciclo de Felipe que todo hace pensar que ha recibido muy directamente la información, pues no sólo le conocía sino que residió algún tiempo en su casa de Cesarea, en compañía de Pablo.

Así consta por su afirmación expresa en 21,8s, cuando narra la subida a Jerusalén después de los viajes misioneros de Pablo:

> «Al día siguiente partimos (de Tolemaida) y llegamos a Cesarea; entramos en la casa de Felipe, el evangelista, que era uno de los Siete, y nos hospedamos en su casa. Tenía éste cuatro hijas vírgenes que profetizaban» (Hch 21,8-10).

Es claro que se trata de Felipe, no el apóstol sino el diácono, a quien se le da el merecido título de «evangelista», por su predicación. No está claro cuál era la ciudad concreta. Más bien se trata de la región cuya capital era Sebaste, a la que Herodes el Grande había dado el título de «Augusta» en homenaje al Emperador. La mayor parte de sus habitantes eran helenistas paganizados. Y en el versículo 25 del mismo capítulo 8, se nos dice que evangelizó muchos pueblos samaritanos.

Algunos señalan como posible la ciudad de Sicar que tan favorablemente recibió a Jesús en el pasaje de la Samaritana (cf. Jn 4,39-42).

Uno de los convertidos más notables fue Simón el Mago, que tenía gran prestigio entre los samaritanos por sus magias y sortilegios y los tenía a todos embaucados.

> «Sin embargo, ya de tiempo atrás había en la ciudad un hombre llamado Simón que practicaba la magia y tenía atónito al pueblo de Samaría y decía que él era alguien importante. Y todos, desde el menor hasta el mayor, le prestaban atención y decían: "Éste es la Potencia de Dios llamada la Grande". Le prestaban atención porque les había tenido atónitos por mucho tiempo con sus artes de magia.
>
> Pero cuando creyeron a Felipe que anunciaba la Buena Nueva del Reino de Dios y el nombre de Jesucristo, empezaron a bautizarse hombres y mujeres. Hasta el mismo Simón creyó y, una vez bautizado, no se apartaba de Felipe; y estaba atónito al ver los signos y grandes milagros que se realizaban.
>
> Al enterarse los apóstoles que estaban en Jerusalén de que Samaría había aceptado la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan. Éstos bajaron y oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo; pues todavía no había descendido sobre ninguno

de ellos; únicamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.

Al ver Simón que mediante la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero diciendo: "Dadme a mí también ese poder: que reciba el Espíritu Santo aquel a quien yo imponga las manos".

Pedro le contestó: "Que tu dinero sea para ti tu perdición; pues has pensado que el don de Dios se compra con dinero. En este asunto no tienes tú parte ni herencia, pues tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esa tu maldad y ruega al Señor, a ver si te perdona ese pensamiento de tu corazón; porque veo que tú estás con la amargura de la hiel y encadenado por la maldad". Simón respondió: "Rogad vosotros al Señor por mí para que no venga sobre mí ninguna de esas cosas que habéis dicho".

Ellos, después de haber dado testimonio y haber predicado la palabra del Señor, se volvieron a Jerusalén evangelizando muchos pueblos samaritanos» (Hch 8,9-25).

No parece que la conversión de Simón el Mago fuera del todo auténtica, pues se le ve interesado en comprar con dinero los carismas apostólicos de Pedro y Juan con la imposición de las manos que Felipe no podía dar. De ahí el nombre de «simonía» para designar el comercio con las cosas santas. Algunos códices, sin embargo, añaden su petición de oraciones liberadoras del castigo con la expresión «y no deja de llorar copiosamente». Algunos escritores antiguos lo señalan como jefe de una de las principales sectas gnósticas. Tal vez ya era esa su mentalidad, considerándose como emanación privilegiada del ser supremo, uno de aquellos eones intermediarios entre Dios y la materia, no viendo en los apóstoles más que una magia superior a la suya.

El episodio ofrece dos aspectos importantes: la dirección suprema de la marcha y desarrollo de la predicación cristiana y la expansión de la Iglesia que llevan los apóstoles desde Jerusalén con Pedro a la cabeza. Por eso se presentan Pedro y Juan en Samaría, para ver de cerca las cosas y completar la obra del diácono Felipe. El otro aspecto es la separación entre el bautismo que administra Felipe y la imposición de las manos que hacen los apóstoles para el don del Espíritu. Con mucha razón la exégesis tradicional cristiana ha visto en esta imposición de manos,

los primeros vestigios de la existencia de un sacramento que, desde el siglo V, se llamó «de la confirmación».

Otro paso adelante en el camino de la universalidad del evangelio, que ha de llevar la Buena Noticia de la salvación sin fronteras de razas ni lenguas, es la que da Felipe llevado por el Espíritu Santo. El episodio es encantador, tal como lo narra San Lucas:

> «Un ángel del Señor habló a Felipe: "Levántate y marcha hacia el sur por el camino que baja de Jerusalén a Gaza. Es desierto". Se levantó y partió. Y he aquí que un etíope eunuco, alto funcionario de Candace, reina de los etíopes, que estaba a cargo de todos sus tesoros, y había venido a adorar en Jerusalén, regresaba sentado en su carro, leyendo al profeta Isaías.
>
> El Espíritu Santo dijo a Felipe: "Acércate y ponte junto a ese carro". Felipe corrió hasta él y le oyó leer al profeta Isaías, y le preguntó: "¿Entiendes lo que vas leyendo?" Él respondió: "¿Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía?" Y rogó a Felipe que subiese y se sentase con él.
>
> El pasaje de la Escritura que iba leyendo era éste: "Fue llevado como una oveja al matadero; y como cordero, mudo delante del que lo trasquila, así él no abre la boca. En su humillación le fue negada la justicia; ¿quién podrá contar su descendencia? Porque su vida fue arrancada de la tierra".
>
> El eunuco preguntó a Felipe: "Te ruego me digas de quién dice eso el profeta: ¿de sí mismo o de otro?" Felipe entonces tomó la palabra y, partiendo de este texto de la Escritura, se puso a anunciarle la Buena Nueva de Jesús.
>
> Siguiendo el camino llegaron a un sitio donde había agua. El eunuco dijo: "Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?" Y mandó detener el carro. Bajaron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó; y al subir del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y ya no le vio más el eunuco, que siguió su camino. Felipe se encontró en Azoto y recorría evangelizando todas las ciudades hasta llegar a Cesarea» (Hch 8,26-40).

Después de la conversión de los samaritanos, ahora es un extranjero, alto funcionario de la corte de la reina Candace, que regresa a su país por el camino que desciende a Egipto. No se trata de la Etiopía actual, sino de Nubia, situada entre la primera y la sexta catarata del Sur de Egipto, con capital en Meroe. Hoy pertenece al Sudán. El nombre de Etiopía que está en el texto, proviene de la versión de los LXX que traduce con este nombre la región designada por los judíos como Kush.

¿Era un pagano, o más bien un prosélito del judaísmo que tenía numerosas colonias en ese país? Existía cierta tolerancia entonces para recibir a los eunucos, cuya admisión prohibía Dt 23,1. A veces en los documentos el apelativo significaba únicamente funcionario de palacio.

Los rabinos aconsejaban al que viajaba solo, la lectura de la Biblia, que en la antigüedad se leía en alta voz. Por eso oyó Felipe la lectura. El pasaje era difícil. La traducción de los LXX era poco clara, de un texto hebreo oscuro y alterado. Ciertamente mesiánico y alusivo al Siervo de Yahvé en el tema espinoso de la pasión de Isaías.

Sin duda, la catequesis de Felipe fue extensa a lo largo del viaje. Tratándose de un lugar desierto en Oriente, es normal que dos viandantes que se encuentran, aunque sean desconocidos, traben enseguida conversación. Probablemente fue un bautismo por inmersión. Según el texto bíblico de la *Vulgata clementina* y de bastantes códices, el etíope, antes de ser bautizado, hizo una espléndida confesión de fe explícita en la divinidad de Cristo: «Felipe dijo: "Si crees de todo corazón, bien puedes". Y respondiendo dijo: "Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios"» (Hch 8,26.27).

Aunque, probablemente, sea una glosa posterior como nota marginal inspirada en la liturgia del bautismo, pasó más tarde al texto.

San Ireneo refleja este versículo, ignorado por toda la tradición oriental, cuando comenta: «El eunuco, al creer y pedir enseguida ser bautizado, repetía: "Creo que Jesús es el Hijo de Dios"» (*Adv. haer.,* 3,12,8).

El eunuco, según la tradición, se convirtió en apóstol; pero el cristianismo no penetró en su país hasta el siglo IV. En la leyenda del pseudo Epifanio, se le atribuye la evangelización de la Arabia feliz y de Eritrea muriendo allí mártir. Ciertamente se le ha dado culto entre los griegos, con la fiesta el 27 de agosto (cf. *Menologion).*

Felipe, una vez cumplida su misión con el etíope, milagrosamente es traladado a Azoto y de allí, dirigiéndose al Norte, evangelizando las ciudades costeras hasta llegar a Cesarea, en la que parece fija su residencia (cf. Hch 21,8).

Azoto, hoy Esdud, está a 37 km al norte de Gaza. Las llanuras de Secela y Sarón se convirtieron en rutas del evangelio. En Cesarea, la primera de las ciudades construidas por Herodes el Grande, a 115 km de Jerusalén, lugar de la antigua torre de Estratón, vivía Felipe con su mujer y sus cuatro hijas vírgenes, que tenían el don de profecía.

La tradición apócrifa lo hace obispo de Tralle, junto al río Meandro en Libia y le da nombre a sus hijas: Ermione, Caritina, Iraide y Eutiquiana.

En tiempo de San Jerónimo se señalaba en Cesarea la casa de Felipe con las habitaciones de sus hijas. A ella peregrinó Santa Paula.

Los martirologios de Adón y Usuardo ponen su fiesta el 6 de julio. Los abisinios la celebran el 14 de octubre, en memoria de la conversión del etíope. En el arte cristiano, algunos sarcófagos reproducen la escena del bautismo.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

BERTOCCHI, P., «Eunuco, Etiope», en *Bibliotheca sanctorum.* V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.228-229.

EQUIPO «CAHIERS ÉVANGILE», *Los Hechos de los Apóstoles* (Estella 1979).

FLICHY, O., *La obra de Lucas* (Estella 2003).

PLOTINO, R., «Filippo», en *Bibliotheca sanctorum.* V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.719-721.

PROFESORES DE SALAMANCA, *Biblia comentada.* VI: L. TURRADO, *Los Hechos de los Apóstoles y epístolas paulinas* (Madrid 1965) 76-82.

SAN BRUNO EL GRANDE
Obispo († 965)

Digno hermano del emperador alemán Otón I el Grande, Bruno, arzobispo de Colonia, jugó un papel considerable en la historia de su país y en el de la Iglesia de su tiempo. Un día Otón podrá decirle a su hermano:

> «La conformidad de sentimientos que ha existido siempre entre nosotros es mi único consuelo en medio de las intrigas y miserias del palacio. Bendigo la piedad divina, que se ha dignado dar a

> mi Imperio el sostén de un obispo como tú. Nunca te he visto hacer otra cosa que el bien, y nuestros mismos enemigos no podrían encontrar en ti cosa alguna que censurar».

Bruno, tercer hijo de Enrique I y de Santa Matilde, nació el año 925. Su calidad de benjamín de la familia le permitía una libertad que él aprovechó para instruirse con el estudio pasando cuatro años en la escuela episcopal de Utrech bajo el cuidado del obispo Balderico; y cuando regresó a la corte de su hermano Otón, constituido como rey de Germania en 936, pudo de nuevo concentrase en sus estudios con ardor juvenil; fueron sus maestros el obispo irlandés Israel y Raterio de Verona. Aprendió a hablar el latín y el griego y había leído todos los libros que hasta entonces habían podido llegar a sus manos. Haciendo notar diferencias, se sabe que el emperador, su hermano, no sabía latín y hablaba muy mal tanto el eslavo como el francés. Otón se apercibió entonces de las ventajas que le podía suponer tener junto a sí a su instruido hermano, pues, como Augusto y Carlomagno, a quienes quería imitar, gozaba viéndose rodeado de sabios y poetas, y cifraba la mayor gloria de su Imperio en procurar un renacimiento literario.

Bruno, pues, «era —dice su biógrafo— un vaso que Dios había llenado de inteligencia y de sabiduría». Su poeta favorito, su maestro, como él solía decir, era Prudencio, el cantor inmortal de los mártires. A través de él se introdujo en la literatura clásica de Roma y de Atenas. «Este gran vate hispano-romano —decía Bruno a sus amigos—, no sólo encanta por su elegancia en el decir, sino también por la seguridad y profundidad de su doctrina». No se asustaba, sin embargo, de leer las obras de los escritores paganos. Buscaba con avidez el sentido íntimo de las cosas, amaba la filosofía y todo conocimiento que le pusiese por encima de los sentidos.

Bruno, además de instruido, era un cristiano comprometido y piadoso, asiduo a los oficios litúrgicos, y amante del orden y de la claridad en las cuentas. Otón lo nombró abad comendatario de Lorsch, cercano a Worms y Corvey en la Westfalia. Fue, esta vez, un nombramiento excelente. Amaba el saber, pero no por vanagloria, sino porque se dolía de ver los males que la ignorancia había originado en la Iglesia y en la sociedad. Su modestia era tal, que más de una vez, cuando tenía que hablar en las sesiones lite-

rarias de la corte, se negaba a continuar a causa de los aplausos con que eran recibidas sus palabras. Nunca los negocios le tenían tan ocupado que no tuviese tiempo para recibir las audiencias de los pobres y desvalidos. En él, dice un contemporáneo suyo, se juntaron cualidades con frecuencia inconciliables: el lustre del nacimiento real, el prestigio de la dignidad, la plenitud de la ciencia, con la humildad de corazón, la dulzura de carácter y una modestia tal, que pocas veces se habrá visto otra semejante.

Es cierto que, por todo lo dicho, Bruno era un joven de precoz madurez. A sus quince años lo vemos ya firmando un documento en calidad de canciller, cargo que ocupará hasta el 953. Entre 941-942 fue ordenado diácono. Se tomó en serio su promoción eclesiástica y sin dejar de atender con rigor la cancillería del reino a la que organizó con todo detalle, comenzando por estructurar los estudios de los jóvenes que aspiraban a la clericatura, dotándoles de una seria formación intelectual y moral. *Fue un restaurador de las letras. Volvió a poner en uso el estudio* de las siete artes liberales, que en su infancia había encontrado olvidadas. Recogió con avidez todo lo grande y nuevo que pudo hallar de los historiadores, poetas, oradores y filósofos antiguos. A pesar de sus muchas ocupaciones, no se desdeñaba de enseñar en las escuelas del palacio y de escribir sus eruditos y elegantes «Comentarios» del Pentateuco y de los Evangelios. Gracias a estos esfuerzos, la corte se convirtió en una especie de Academia, donde, bajo la dirección de Bruno, se discutía con elegancia y competencia de toda suerte de disciplinas. Allí estaban el historiador Luitprando, Ratero de Verona, teólogo y moralista, cuyos escritos son fiel espejo de la sociedad de aquel tiempo, y otros sabios que hablaban lo mismo en griego que en latín. De cuando en cuando aparecía el monje de Corwey, Widukindo, historiador, miniaturista y escultor, y la monja-poetisa Roswlta, el ruiseñor de Gandersheim.

> «Bruno —dice su biografo— gustaba de leer las comedias y tragedias que nos dejo la antiguedad, aunque nunca le vimos reir con sus jocosas invenciones, sin duda porque lo que ante todo le preocupaba era la belleza del estilo»

Tan orgulloso estaba el sabio prelado de aquella escuela por él formada, que no podía separarse de ella.

> «Aunque la corte se desplazaba constantemente, él no quiso cambiar su modo de vivir. Quieto con el espíritu, aunque no con el cuerpo, llevaba consigo su escuela ambulante, así como su biblioteca, la cual era para él como el arca del Señor. El emperador miraba todo esto complacido, dando gracias a Dios, que si en lo exterior había fortalecido su reino con el consejo y la fortaleza, en lo interior lo vestía con esta nueva gloria».

Posteriormente recogería los frutos de tales esfuerzos y solicitudes, porque muchos de sus discípulos llegarían a ser sus compañeros en el episcopado.

En el año 951, Bruno viajó con su hermano hacia el sur, hacia Italia, para liberar a la reina Adelaida de Borgoña y ceñir la corona real. Otón se casó con Adelaida que le dio un hijo, con gran descontento de Liudolfo su hijo mayor, duque de Suabia, nacido del primer matrimonio de Otón y que veía así escapársele el imperio de las manos. El enfado le hizo rodearse de todos los descontentos, especialmente del duque de Lorena, Conrado el Rojo, marido de Lutgarda, hermana del rey, y del arzobispo de Maguncia, Federico, que no había perdonado a Otón haber preferido a Bruno como canciller en lugar de elegirle a él. El año 953, Conrado fue desposeído de su ducado y buscó refugio en Maguncia atrayendo las iras del emperador que vino a sitiar la ciudad acompañado de sus dos hermanos, Enrique de Baviera y Bruno. Sucedió en aquellos momentos que el arzobispo de Colonia, Wicfrido, murió el 9 de julio, y el cabildo, mostrándose dócil a los deseos del emperador eligió a Bruno como su nuevo prelado. Fue consagrado el 25 de septiembre de aquel año 953. Trató en seguida de reconciliar a los miembros de su real familia y casi lo logra; pero dolorosas circunstancias avivaron las discordias y provocaron una la guerra civil que llegó a extenderse por toda Alemania y que no se calmó hasta que, al año siguiente, todos se vieron obligados a desistir para defenderse de los húngaros, enemigo común de todos.

Otón confió el ducado de Lorena a Bruno, que dirigió su administración hasta su muerte. Supo conducir una gran actividad política al mismo tiempo que no descuidó en ningún momento las actividades pastorales propias de su cargo como arzobispo.

Bruno, pues, se ocupó en primer lugar de la continua reforma de la disciplina del clero, comenzada ya hacía algún tiempo

antes de él, pero todavía necesitada de un gran impulso. Fundó en Colonia la abadía benedictina de San Pantaleón y la colegiata de San Martín que después de su muerte fue entregada a los monjes escotos. Su ascendencia religiosa y eclesiástica sobrepasó con mucho los límites de su vasta diócesis y supo además conciliar los intereses de la política con el bien de la Iglesia. En 962 hizo elegir como obispo de Reims a un canónigo de Metz, Oudrí, que por su inteligencia, piedad y energía era digno de tan alto ministerio y que además podría ser de gran ayuda para la política germana.

Intervino también, Bruno, en la política francesa que, de alguna forma, él dirigió durante algunos años, desde 966, al ser llamado por su hermana Gerberga que había quedado viuda del rey Luis IV. No están de acuerdo los franceses con la política llevada a cabo por Bruno que, al repartir poderes entre la familia real y los hijos de su otra hermana Eudovigis, viuda de Hugo el Grande, no buscaba el bien de Francia sino mantener apartadas las mentes de su ducado de Lorena, que Lotario III reivindicaba justamente para si. Quien al fin recogió los beneficios de tales operaciones fue Hugo Capeto.

Cuando en 961 Otón volvió a descender a Italia, confió el cuidado de su hijo Otón y el gobierno de Alemania a su hermano Bruno y a su sobrino Guillermo, arzobispo de Maguncia. A su vuelta en el año 965, ya emperador del Sacro Imperio Romano, fue recibido como tal por su hermano Bruno en Worms. Los dos hermanos se dirigieron entonces a Ingelheim para celebrar las fiestas de Pascua y posteriormente recalaron en Colonia donde se encontraba su madre Matilde y sus hermanas Gerberga y Eudovigis y el rey carolingio Lotario III.

De la vida de San Bruno hay que manifestar sus deseos de soledad dentro del ambiente de trabajos y negocios. Fue siempre su aspiración como intelectual y como devoto eclesiástico, que, como pocos, supo hermanar el *otium et negotium.* Jamás se notó en él un movimiento de altivez o brusquedad; sus palabras, lo mismo que sus acciones, respiraban una cortesanía y una dulce gravedad que parecían innatas en él. Después de la comida, su recreo consistía en una lectura piadosa o en una meditación. Eterno madrugador, la aurora nunca le sorprendió en

el lecho. Tenía el raro don de abstraerse de todas las cosas exteriores y de estar solo en medio de la muchedumbre. Ni los estudios ni los negocios le arrebataron un solo instante aquel fondo de piedad que era la base de toda su vida. Desde sus años mozos había renunciado a todas las vanidades del mundo. Lloraba con frecuencia de verse separado de Cristo, y sus servidores le oían sollozar en el silencio de la noche.

> «Yo mismo —dice Ruotgero, su biógrafo— le oí decir más de una vez: "¡Quién me diera escapar de la mar tempestuosa de este mundo al puerto bienaventurado de la eternidad!" Otras veces le vi retirarse de los festines suntuosos sin haber probado los más exquisitos manjares».

Entre los cortesanos, vestidos de púrpura y de seda, se le distinguía por sus vestidos de lana grosera; y la misma sencillez libre siempre de toda afectación, quería en sus alimentos, en sus muebles y en todo el equipo de su casa. Sólo Dios sabe los esfuerzos que hubo de hacer para llegar a tan alta perfección.

A finales del verano Bruno retomó el camino de Francia, donde acordó una avenencia entre sus sobrinos Lotario III y Hugo, duque de Francia, tronco de la dinastía de los Capetos. De camino a Colonia fue presa de unos desfallecimientos y tuvo que detenerse en Reims y allí le sorprendió una grave enfermedad. «Es la deseada liberación», dijo él a los suyos; y, en medio de su dolencia, seguía leyendo, rezando y meditando. En los primeros días de octubre dictó su testamento, dejando todos sus bienes a los pobres, a las iglesias y a los monasterios. Poco después, empezando a sentir grandes dificultades en la respiración, aprovechó las fuerzas que le quedaban para recibir públicamente, con todos los ritos, el sacramento de la penitencia. Recibió de rodillas la comunión, y quedó luego largo rato postrado en tierra en adoración silenciosa y profunda. Al volver en sí, viendo a los que le rodeaban deshechos en llanto, les dijo:

> «No os aflijáis de ese modo, hermanos. Es la condición inexorable de las cosas. A las luchas de este mundo suceden las alegrías inmortales. Yo espero estar pronto en la sociedad de los elegidos, en el seno de las misericordias de mi Dios».

Quedó luego sumido en la oración, y poco antes de expirar hizo aún un ligero movimiento, para decir a un obispo que estaba a su lado: «Reza, hermano».

Murió el 11 de octubre de 965 —y la serenidad cristiana de su muerte hace todavía más bella su vida—, cuando apenas contaba con cuarenta años, pero muy trabajados por las muchas fatigas en bien de los suyos y por las asperezas de una vida realmente austera. Según sus deseos su cuerpo fue trasladado a Colonia y depositado en la abadía de San Pantaleón.

Su personalidad es la de un hombre humanista y ecléctico con todo tipo de cualidades positivas. Son también significativas sus actividades como pacificador con un arte inmejorable en dotes persuasivas puestas de manifiesto especialmente con su díscola familia y por la que será denominado con el apelativo de *pacificus.* Supo moderar sus ambiciones y dominar sus cóleras. Los rebeldes encontraban en él un intercesor piadoso para volver a la gracia de su señor, y su lealtad, nunca desmentida, no le impedía hablar a su hermano con la libertad de los hijos de Dios. El monje Ruotgero hace hincapié en sus cualidades humanas de un hombre sabio, prudente, amante del silencio y de las costumbres monásticas. Quiere explicitar que para ser un santo no se necesitan los milagros, sino tener un corazón repleto de interés y afecto para con todos los que le rodean. Bajo esta perspectiva es como el hagiógrafo tilda la muerte de Bruno de *cruel,* pues rompe el afecto y el cariño entre dos hermanos, Otón y Bruno, que tanto se querían.

Si bien Bruno, desde el primer momento fue considerado como un varón santo y recibió los títulos de beato y santo, su culto quedó restringido a la abadía fundada por él en Colonia. A partir de 1870 Roma concedió a toda la diócesis que pudiera celebrarlo públicamente con misa y oficio propios. Su tumba fue abierta y sus restos reconocidos el 23 de enero de 1892. La primera iglesia puesta bajo la advocación de San Bruno de Colonia fue levantada en 1923 en Klettenberg, uno de los nuevos barrios de Colonia.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J CHAUSSIN, L, OSB, *Vie des saints et des bienheureux* X *Octobre* (Paris 1950) 365 368

DELGADO, I, Art en C LEONARDI A RICCARDI G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 1849, 1841

PEREZ DE URBEL, J, *Año cristiano* IV *Octubre Diciembre* (Madrid 1940) 72 77

SAN ALEJANDRO (MARÍA) SAULI

Obispo († 1592)

Después de la disolución moral, social y eclesial del medioevo y de la reacción radical de la reforma luterana, aunque con tardanza y sin grandes osadías —sin duda no podía ser de otra forma— llegó la reforma católica —o contrarreforma—, impulsada por el Concilio de Trento (1545-1563). La reforma era necesaria, reclamada *in capite et in membris:* comenzando por los pastores de la Iglesia para que llegara a todas las ovejas. El Concilio tridentino promovió sobre todo la reforma en la jerarquía eclesiástica. Tal reforma dio el fruto de una pléyade de obispos que, en la vieja cristiandad, la que permaneció unida a la sede romana, restauraron en profundidad la vida cristiana en sus diócesis y, en sí mismos y en muchos fieles, sembraron y cultivaron frutos de santidad que remozaron la faz de la Iglesia, afeada por la decadencia medieval y por nuevos brotes de costumbres paganizantes y de comportamientos contrastantes con el Evangelio, que brotaban en la modernidad. La reforma tridentina proporcionó a la Iglesia católica un grupo numeroso de santos pastores del pueblo de Dios, como Carlos Borromeo, Gregorio Barbarigo, Juan de Ribera y el santo obispo de Alería y Pavía.

De antigua e ilustre familia genovesa, nació Alejandro en Milán el 15 de febrero de 1534, hijo de Domenico Sauli y de Tommasina Spínola. El niño Alejandro creció en el ambiente de debate religioso que agitaba aquella época con ansias de reforma y modernidad; no se dejó cautivar por el fasto y la mundanidad del ambiente que le rodeaba. Demostró enseguida su inclinación a la piedad y a la vida sacrificada, al amor a la pureza y a la humildad, con una devoción filial a la Virgen María, a la que consagró su virginidad.

Cursó los primeros estudios, literarios y jurídicos, en la Universidad de Pavía. Regresó a Milán con el firme propósito de abandonar la carrera jurídica a la que le destinaba su padre, y de abrazar una vida más perfecta. Rehusó entrar en la corte del emperador Carlos V y pidió ser admitido en el convento de San Bernabé, cuna de la recién fundada Orden de los clérigos regulares de San Pablo, llamados «barnabitas». Era el Instituto de cuño tridentino fundado por San Antonio-María Zacarías, un noble sacerdote de Cremona, aprobado en 1533 por Clemente VII. Los padres barnabitas impusieron una dura prueba de humildad y obediencia a aquel joven noble de 17 años que pedía la admisión en la Orden: el domingo de Pentecostés de 1551, ordenaron a Alejandro que cargara con una pesada cruz y la llevara por las calles de Milán, predicando en público el amor de Dios y el desprecio del mundo. Vestido de paje, el joven postulante se dirigió con su cruz a cuestas a la plaza del mercado y subió al palco de un saltimbanqui. Ante el asombro de la gente, soltó su sermón. Fue tal el impacto en la Orden de aquel acto de humildad, que se introdujo la costumbre en el noviciado de rememorar y de reproducir cada año aquel gesto de Alejandro por parte de quienes deseaban profesar la regla de los barnabitas.

Después de su profesión religiosa, el joven milanés se decidió a recorrer con decisión y coraje el camino de la perfección, cultivando especialmente la caridad fraterna. En la Universidad de Pavía cursó filosofía y teología. Profundizó en la *Summa theologica* de Santo Tomás de Aquino y en los escritos de San Buenaventura; se aficionó al estudio de las obras de los Santos Padres, especialmente de San Juan Crisóstomo y de San Gregorio Magno. En el ámbito universitario, gozó de merecida fama por la agudeza de su ingenio, su prodigiosa memoria y sus dotes oratorias. Superó, sin inmiscuirse en ella, la crisis de la naciente Orden, que en los años 1551-1552 provocaron dos «místicos» censurados por la Santa Sede. El 29 de setiembre de 1554 emitió los votos solemnes.

Fue ordenado presbítero el 21 de marzo de 1556. Al año siguiente, fue destinado al nuevo colegio de estudios de Santa María de Canepanova en Pavía. En 1563 obtuvo el grado de

doctor en teología e ingresó en el colegio de teólogos de la universidad. Así, pues, ejerció su ministerio sobre todo en la predicación y en la enzeñanza, en las que desplegó todo su celo. Extendió la devoción de las Cuarenta Horas, que surgía entonces con fervor; promovió la comunión frecuente, explicó —según el carisma de su Orden— las cartas del apóstol Pablo; abrió escuelas de doctrina cristiana; organizó y dirigió una academia universitaria, cuyos miembros, antes de estudiar los textos griegos de Aristóteles, recibían los sacramentos «para hacerlo todo en el nombre del Señor».

Fue nombrado teólogo del obispo de Pavía y decano de su Facultad de teología, censor de obras bíblicas, maestro de moral del clero Para éste reimprimió el *Confessionale* de Savonarola. Uno de sus proyectos fue el de compilar en un texto el derecho canónico que, en el ámbito eclesiástico, hiciera las veces que, en el campo civil, cumplían las Instituciones de Justiniano. Participó en el concilio provincial de Milán, en 1564, convocado y presidido por San Carlos Borromeo.

Tenía sólo 33 años cuando fue elegido prepósito general de su Orden, el 9 de abril de 1567. En otras dos elecciones fue votado por sus hermanos religiosos. Su familia religiosa vivía aún en el fervor de los orígenes. Para sus hermanos de religión fue un padre, un legislador, un modelo. Era muy afable con los jóvenes, los formó con periódicas conferencias espirituales, con ejercicios públicos de humildad, con su ejemplo constante de paciencia, bondad, de piedad y sincera unión con Dios. Para los novicios, escribió una Regla especial que ha sido seguida sustancialmente hasta la actualidad. Estableció un nuevo plan de estudios eclesiásticos y profanos, dio sabias normas para los confesores y predicadores. Disminuyó la abundancia de las oraciones vocales y abolio el canto figurado en la salmodia coral y en las misas solemnes.

Gozó de una gran amistad con San Carlos Borromeo: éste lo eligió como su confesor y consejero, lo tuvo por colaborador en los trabajos sinodales, en la reforma de los conventos de religiosas y en el gobierno de su gran archidiócesis. También fue director espiritual de Nicoló Sfondrati, el futuro papa Gregorio XIV, de varios cardenales y obispos, de prelados y miembros de la nobleza lombarda.

Le ofrecieron la unión de los barnabitas con los «Humillados». Esta Orden singular, formada por frailes, monjas y laicos, surgió en la Italia septentrional a fines del siglo XII; estuvo infeccionada de herejía, pero Inocencio III, a principios del siglo XIII, logró encauzarla. En el siglo XVI estaba muy decaída. Poseía entonces 94 conventos. San Carlos Borromeo fue encargado por la Santa Sede de su reforma. El P. Sauli no aceptó el ofrecimiento de los numerosos conventos de «Humillados» que se le ofrecían, temeroso de que esta unión perjudicara el espíritu propio de los clérigos de San Pablo. En 1571 San Pío V suprimió los frailes de aquella orden medieval.

El P. Salvi abrió nuevas casas de barnabitas en el Piamonte, en el Véneto y en Roma. Aquí gozaban ya de la buena amistad de San Felipe Neri y de San Ignacio de Loyola, pero con la nueva casa podrían establecer relaciones más fluidas con la curia romana.

Por sus grandes cualidades apostólicas y religiosas, el papa San Pío V lo nombró en 1570 obispo de Aleria, en Córcega. San Carlos Borromeo quiso conferirle personalmente la ordenación episcopal.

La diócesis del nuevo pastor no era fácil. No tenía sede estable, pues Aleria, una ciudad episcopal de la antigüedad cristiana, había sido capital de la isla hasta el siglo IX; tras invasiones y saqueos, estaba deshabitada en 1252. La diócesis era sufragánea de Pisa desde 1092. Como tantas otras de Occidente en la época anterior a Trento, había sufrido el absentismo de los obispos titulares. En junio el nuevo obispo llegó a Córcega y fue estableciendo su sede en varias ciudades: Tallone, Bastia, Algaiola y Corte. En 1578 logró construir una modesta residencia episcopal en Cervione. Tuvo que enfrentarse a un ambiente de terrible decadencia. Decidió empezar por la reforma del clero, que malvivía en condiciones morales e intelectuales deplorables. Siguiendo las decisiones tridentinas, realizó las visitas pastorales a través de la abrupta geografía de la isla. En ellas, predicaba al pueblo, explicaba el catecismo a niños y a adultos, administraba los sacramentos, distribuía limosna a los menesterosos, visitaba a los enfermos, ofrecía generosa hospitalidad a los esclavos liberados, a los náufragos, a los peregrinos.

En estas visitas pastorales, él mismo asumía el oficio de párroco y catequista, para instruir y formar a los sacerdotes, tantas veces impreparados para su ministerio y a los feligreses. Personalmente enseñaba teología a los clérigos y a los sacerdotes ancianos; para ellos escribió sabias instrucciones que dieron oportunamente sus frutos. Convocó tres sínodos y publicó sus constituciones para introducir los decretos del Concilio de Trento. Edificó desde los cimientos el seminario, la catedral y la residencia episcopal. Con razón fue aclamado como el segundo fundador de la Iglesia de Aleria.

En una sociedad erizada de conflictos familiares y sociales, fue ministro de paz: aplacó odios y venganzas familiares. Extirpó abusos, escándalos y supersticiones. Obró conversiones de apóstatas y de judíos, promovió cofradías, organizó procesiones de penitencia.

El clima duro, las enfermedades, peligros de diversa índole, las privaciones, amenazaron su delicada salud. El santo obispo era el buen Pastor siempre dispuesto a dar la vida por sus ovejas. Lo demostró su caridad en la carestía y la peste de 1580. Emuló la heroicidad de San Carlos Borromeo en iguales circunstancias. Alejandro mereció ser llamado en aquel trance «ángel tutelar, padre de los pobres, apóstol de Córcega».

Su pobreza y austeridad eran admirables. No tenía medios —afirmaba— ni siquiera para construirse una celda de capuchino.

Sus biógrafos le atribuyen el don de obrar milagros, por su firme fe, según la promesa del Evangelio. Imponiéndoles las manos, curó apestados y enfermos afectados de fiebre; con la señal de la cruz, calmó una tempestad; salvó la isla de incursiones piráticas; sació multitudes hambrientas.

Brilló aún más por sus cualidades espirituales, por el don de la contemplación, de la profecía, del discernimiento de espíritus. Manso e intrépido a la vez, logró el perdón para un desgraciado que atentó contra su vida y, para evitar un derramamiento de sangre, tuvo el coraje de lanzarse en medio de dos facciones que se enfrentaban con armas.

Para instrucción de sacerdotes y fieles escribió y publicó un *Catecismo romano,* muy alabado y recomendado por San Francisco de Sales.

Sus méritos y logros pastorales motivaron que fuera propuesto para ocupar las sedes episcopales de Tortona y de Génova. San Alejandro se opuso a tales candidaturas. Pero cuando subió al solio pontificio su confidente Gregorio XIV, tuvo que aceptar por obediencia el obispado de Pavía. La ciudad que lo había acogido como estudiante, sacerdote y profesor universitario, lo recibió con inmensa alegría y con grandes festejos el 20 de octubre de 1591.

A pesar de sus debilitadas fuerzas, aunque sólo contaba 57 años, se dispuso enseguida a aplicar los decretos tridentinos y vigilar su observancia, referentes a la predicación, catecismo, seminario, formación del clero, religiosidad popular, reforma de las costumbres, visita pastoral. Precisamente mientras estaba realizando la primera visita pastoral a su nueva diócesis, cayó gravemente enfermo. Atacado de una fiebre violenta, vio acercarse su fin. Hizo leer a su confesor la narración evangélica de la Pasión de Cristo. Escuchándola, murió santamente en Calosso d'Asti el 11 de octubre de 1592. No había cumplido su primer año de pontificado en Pavía. Él ya lo había profetizado en su triunfal entrada: «No pasará un año sin que esta manifestación de alegría se convierta en luto». El buen pastor de Aleria y Pavía recibió sepultura en esta su última catedral.

En torno a su sepulcro, creció la fama de santidad y la devoción popular. También sus antiguos diocesanos de Córcega veneraban a su bienaventurado obispo, suplicaban su intercesión y le atribuían favores. El Consejo municipal de Pavía hizo recoger, de acuerdo con el tribunal episcopal, testimonios sobre la vida y los milagros del santo obispo. En 1625 finalizaron estos trabajos. En 1629 se inició en Roma un largo proceso canónico que no terminó hasta 1732 con la convalidación, por Clemente XII, de los procesos canónicos de Pavía y Aleria. En 1741 la Congregación de Ritos aprobó dos de las cuarenta curaciones milagrosas que se le atribuían.

El santo religioso y obispo fue beatificado por el papa Benedicto XIV el 23 de abril de 1741. Este mismo pontífice, gran admirador del beato Alejandro, ordenó la reanudación del proceso apostólico para su canonización, que no llegó hasta el 11 de diciembre de 1904, celebrada por San Pío X.

Numerosas obras, impresas o conservadas en manuscritos, atestiguan la sabiduría y las virtudes pastorales del santo pastor del pueblo de Dios, entre las cuales, además de las citadas, está un comentario sobre los oficios y conducta de los obispos (Roma 1886). Lecciones de filosofía, de teología dogmática y moral, de Sagrada Escritura, explicaciones de evangelios dominicales, guiones de homilías, consideraciones ascéticas, documentos autobiográficos, etc.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.808-812.
BARELLI, F. L., *Vita del venerabile servo di Dio Aledssandro Sauli* (Bolonia 1705).
BOFFITO, G., *Biblioteca barnabitica,* III (Florencia 1934).
FRIGERIO, D., *Alessandro Sauli, vescovo e santo di ieri e di oggi, 1534-1592* (Milán 1992).
GABUZZIO, G. A., *Vita beati Alexandri Sauli* (Milán 1748).
GALLICIO, A., *Alexandri Sauli vita et gesta* (Roma 1661).
MOLTEDO, F. T., *Vita di San Alessandro Sauli* (Nápoles 1904).
PAGANO, S., «Alejandro Sauli», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000) 124-126.
PREMOLI, O. - MANZINI, L. - BARZAGHI, C. - BOFFITO, G., *Alessandro Sauli. Note e documenti* (Milán 1905)

SANTA MARÍA SOLEDAD (MANUELA) TORRES ACOSTA

Virgen y fundadora († 1887)

El 5 de febrero de 1950 hay una bulliciosa y singular animación en la vaticana Basílica de San Pedro. Multitud de personas esperan impacientes la aparición del entonces reinante papa Pío XII para la solemne ceremonia de beatificación de una monja española: Soledad Torres Acosta, madrileña de nacimiento y fundadora de las Siervas de María.

La entrada de la comitiva papal reviste la emoción y el esplendor de siempre: la Guardia Noble *abre* paso y da escolta a la silla gestatoria, desde donde Su Santidad bendice sonriente a los presentes, mientras los altos dignatarios que van a tomar parte en la solemne función cierran la marcha.

Allí muchas de sus hijas religiosas esperan ansiosas el momento del magno acontecimiento y, aunque invisible, la do-

liente humanidad se encuentra también presente en prueba de gratitud a la principal artífice de un instituto exclusivamente a ella dedicado. Siglo y medio ha pasado desde aquella otra fecha en que, con una procesión bien diferente, comenzaba su existencia.

Existe, a mediados del siglo XIX, en la capital de España, un barrio extremo que carece de iglesia y donde trabaja como coadjutor, dependiente de la parroquia de San José, un sacerdote llamado don Miguel Martínez. Por su ministerio sabe cuánta es la indigencia y miseria a que están sometidos la mayoría de los enfermos y cuántos son los que mueren sin sacramentos. Ante este desolador cuadro decide reunir unas cuantas mujeres piadosas para asistir a los enfermos en su propio domicilio y ayudarles a prepararse a bien morir. Animado por muchas personas que ven lo caritativo de su obra, escoge las siete primeras y emprende el difícil camino que supone toda nueva fundación.

Una soleada mañana del agosto madrileño la curiosa comitiva formada por un clérigo con cruz alzada, seguido de siete mujeres y un sacerdote cerrando la marcha, emprende su camino por la calle Recoletos hacia el barrio de Chamberí. Son malos días para manifestaciones religiosas en la real villa, donde los sueños de libertad, revolución y progreso apasionan a los hombres y las luchas dinásticas penden como una amenaza sobre sus habitantes. El no muy lucido desfile prosigue su marcha por diversas calles madrileñas hasta llegar a una casa junto al paseo de Santa Engracia.

Sólo una de las siete mujeres se halla en plena juventud, Viviana Antonia Manuela Torres Acosta, desde entonces sor María Soledad. De físico no muy agradable, poseía, en cambio, unas dotes nada comunes de prudencia y tesón. Dos cualidades que han de llevarla pronto a regentar la nueva comunidad y levantarla en los momentos en que parecía definitivamente acabada.

Porque las vicisitudes para la naciente congregación comienzan bien pronto. Su creación ha sido un poco precipitada y la formación religiosa de las nuevas hermanas un tanto superficial para la nueva vida. Así, casi inmediatamente, surgen los abandonos ante la disciplina y mortificación que suponen sus

diarias obligaciones. Solamente María Soledad, dedicada por entero al cuidado de enfermos, no parece sentir estos desmayos. Sus grandes dotes de laboriosidad y carácter la sostienen a cada momento. Tampoco ella había tenido ese período de preparación o noviciado necesario a toda religiosa, pero su vida en la casa paterna, donde imperaba la obediencia y el trabajo, suplieron esta falta y le hicieron familiar el sometimiento a un reglamento y una vida sin comodidades.

Había nacido en la calle Flor Baja, el 2 de diciembre de 1826, y era hija de un modesto matrimonio dedicado a la pequeña industria. Toda su infancia transcurre pendiente de su precaria salud y en medio de una sencilla atmósfera familiar, donde va aprendiendo los quehaceres propios de la casa. Únicamente los domingos pierde su vida un poco de monotonía cuando sale con sus padres a pasar la tarde a los parques frondosos que entonces rodean la capital: el Campo del Moro, la Casa de Campo, El Pardo, son frecuentes escenarios de estas horas felices.

Su educación cristiana va a fortalecerse en la escuela donde desde muy pequeñita la envían sus padres. Es una que en la calle Amaniel tienen las hijas de San Vicente de Paúl para las niñas pobres. Allí perfecciona su saber en las artes caseras y su carácter va templándose en la disciplina y el orden.

Su juventud transcurre en medio de ese ambiente alegre y bullanguero que posee el Madrid de mitad de siglo, solar luminoso de majas y chisperos. Contemporáneas suyas, viven también en la ciudad otras jóvenes que, cuando mujeres, han de honrarla ante la faz del mundo: María Micaela del Santísimo Sacramento, Vicenta López Vicuña, Rafaela Porras y varias más son un exponente de la comunidad en santos de Castilla.

Es a los veinticinco años cuando oye hablar del proyecto del coadjutor de Chamberí y decide presentarse a él para ayudarle en tan meritoria labor. Mas la primera reacción del sacerdote al verla es francamente desfavorable, impresionado por su, al parecer, delicada salud. Supone que no le permitirá resistir el trabajo de asistencia a los enfermos y sobrellevar las nuevas obligaciones, por lo que la despide bastante fríamente, aconsejándola que piense bien lo que ha de hacer.

Pero ella está decidida a dedicar su vida a fines caritativos. Ya de pequeña, en su período escolar, asistía a algunas señoras que se encontraban solas y enfermas, encontrando en ello gran satisfacción. Así, pues, vuelve a presentarse ante don Miguel y, junto con otras seis compañeras, toma el hábito del nuevo Instituto de Siervas de María el 15 de agosto de 1851. Sus constituciones estipulan que su finalidad es la asistencia totalmente gratuita y a domicilio a los enfermos que lo soliciten.

Poco tiempo después la peste colérica invade Europa y también hace su aparición en Madrid. Los hospitales y establecimientos públicos sanitarios se encuentran totalmente abarrotados de enfermos, y muchos apestados deben ser atendidos en sus domicilios, donde muchas veces son abandonados por temor al contagio. Las nuevas monjas son las que han de acudir en su ayuda y deben multiplicarse para poder atender a tantos necesitados.

Mas todos estos trabajos no bastan para santificar la nueva congregación. Las pruebas se suceden ininterrumpidamente. Hay dentro de la comunidad muchas defecciones e incluso alguna escisión que la debilitan enormemente. Las primeras expansiones al hospital de la Orden Tercera de San Francisco y al hospitalillo de Getafe terminan en un fracaso. El Gobierno se muestra reacio a la aprobación de los estatutos y pone todas las trabas posibles a su posible extensión. Su fundador, don Miguel Martínez, las abandona para marchar a Fernando Poo a evangelizar en aquellas islas. En su lugar queda un joven sacerdote carente de la madurez necesaria para regir una fundación naciente, y su labor no puede ser más desatinada.

Aparte de esto, María Soledad ha de sufrir otras vejaciones. Es depuesta de su cargo de superiora general y apartada de la casa madre y su gobierno. La maledicencia se levantará contra ella en bastantes ocasiones y ha de soportar no pocas incorrecciones aun dentro de la misma comunidad.

Todo ello da lugar a que el Instituto vaya de mal en peor, llegando hasta tal extremo que está a punto de ser firmada su disolución por las autoridades eclesiásticas. No obstante, el nombramiento de un nuevo director, el padre Gabino Sánchez, y la reposición de María Soledad como superiora general, vuelven

poco a poco a consolidar la primitiva obra, que ya marchará en adelante con firmeza. La reina Isabel II las toma bajo su protección, y el 11 de noviembre de 1859 la Junta de Beneficencia de Madrid las encarga del cuidado de todas las casas de socorro del primer distrito. El gobierno aprueba sus constituciones, aunque no así la Iglesia, que no lo hará hasta 1898.

En 1881 varias hermanas embarcan para La Habana y Santiago de Cuba, cuando ya son en España más de 40 las casas fundadas. Casi todas ellas lo han sido personalmente por la madre Soledad, que al mismo tiempo ejerce los más bajos oficios en la casa madre. No le importa en momento alguno lavar, barrer y atender a las hermanas enfermas de cualquier dolencia.

Así transcurre su vida en medio de un trabajo y un ajetreo constante, hasta que, después de una no muy larga, pero sí penosa enfermedad, que la retiene en cama, muere en Madrid el año 1887, a los sesenta y un años de edad.

Cuando ya saben de su caridad más profunda en varios continentes, la Iglesia declara en grado heroico sus virtudes y la eleva al honor de los altares.

Al terminar la ceremonia en la gran Basílica de San Pedro, las sonoras voces del órgano lanzan, llenas una vez más de júbilo, el sacro himno del *Te Deum*. Allá, en el fondo, la figura de sor María Soledad Torres Acosta resalta brillante en la *Gloria* de Bernini.

LUIS PORTERO

Bibliografía

PIO XII, «Discurso en la beatificación»: *AAS* 42 (1950) 182-261.
PRADO, G., *Madre Soledad* (Madrid 1953).
ZUGASTI, J. A., *La madre Soledad Torres Acosta y el Instituto de las Siervas de María. Estudio histórico,* 2 vols. (Madrid 1916).
• Actualización:
JAVIERRE, J. M.ª, *Soledad de los enfermos Soledad Torres Acosta* (Madrid ²1973).
ZUGASTI, J. A., *La madre Soledad Torres Acosta y el Instituto de las Siervas de María* (Salamanca 1978).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ANASTASIO

Apocrisiario († 666)

Anastasio era un discípulo de San Máximo el Confesor con quien condividió los esfuerzos, trabajos y penalidades por el mantenimiento de la verdadera fe. Cuando San Máximo fue procesado en Constantinopla en la primavera de 662, compareció con él ante el prefecto y también ante un sínodo convocado para proteger los intereses de la herejía. Pese a su edad octogenaria, San Máximo se negó a aceptar el Typos, que sostenía era contrario a la recta fe, y con sus discípulos fue azotado y les fue cortada una mano a cada uno de ellos. Seguidamente fueron condenados a exilio perpetuo en las costas orientales del Mar Negro, en la Cólquide, más concretamente en la fortaleza de Esquemaris. Allí el 13 de agosto del 662 asistió a la santa muerte de San Máximo. Perseveró Anastasio en su vida de desterrado, con gran paciencia, piedad y fortaleza espiritual, y el día 11 de octubre de 666, cuando celebraban la santa liturgia, dijo: «Lo santo para los santos» y exhaló el espíritu.

SAN GAUDENCIO DE GNIEZNO

Obispo († ca.1012)

Hijo del señor de Libice (Bohemia) nace hacia el año 970 y era hermano de San Adalberto de Praga, obispo y mártir. En 988 acompañó a su hermano a Roma en lo que pensaba era prólogo de una peregrinación a Tierra Santa, pero estando allí ingresó en el monasterio benedictino de San Alejo en el Aventino y parece que allí recibió el sacerdocio. Fiel acompañante de su hermano Adalberto, fue con él a Praga y Polonia, le acompañó en la obra evangelizadora junto al Báltico y fue testigo de su martirio (23 de abril de 997). Ese mismo año vuelve a Roma donde colabora en la redacción de la vida de su santo hermano y en 999 es consagrado obispo de Gniezno, donde llega en la primavera del año siguiente, rigiendo la diócesis con santidad y

fortaleza hasta su muerte el 11 de octubre de un año entre 1012 y 1019.

SAN MEINARDO
Obispo († 1196)

Meinardo era canónigo regular de San Agustín en un convento de Sigeberg, en el Holstein, y siendo ya un anciano se sintió en el deber de irse a evangelizar el país de los letones. Se embarcó como capellán en una nave de mercancías de Lúbeck y desembarcó en el golfo de Riga. Aquí pidió permiso al príncipe Vladimiro de Polotzk para su proyectada obra evangelizadora. Construyó en 1184 la primera iglesia en Yxkill e hizo sus primeras conversiones. Dos años más tarde iba a dar cuenta de su obra al obispo de Bremen, el cual decidió consagrarlo obispo de los letones. Seguidamente el obispo se dirigió al papa Clemente III quien —el 25 de septiembre de 1188— confirmó a Meinardo como obispo de los letones y lo hizo sufragáneo de Bremen. Pero pronto se manifestaron las dificultades de la empresa: imposibilidad de que Meinardo solo o casi solo llevara adelante la obra evangelizadora de todo un pueblo, la falta del necesario apoyo del obispo de Bremen, expulsado de su diócesis, y la desconfianza que se había creado hacia el grupo de los alemanes. Meinardo acudió al papa Celestino III en petición de ayuda y el papa estaba dispuesto a dársela pero Meinardo murió en Yxkill el 11 de octubre de 1196. La sede episcopal fue fijada luego en Riga.

BEATO SANTIAGO GRIESINGER DE ULMA
Religioso († 1491)

Santiago nació en la región alemana de Suabia, en la ciudad de Ulma, el año 1407, en una familia acomodada y piadosa, que le brindó una buena educación cristiana, aunque, como era común en muchas familias de su tiempo, no lo pusieron a estudiar. Con permiso de sus padres, a los veinticinco años hizo una peregrinación a Roma donde pasó varios meses visitando los

lugares santos de la Ciudad Eterna. Luego pasó a Nápoles y se enroló en el ejército del rey Alfonso V el Magnánimo. No perdió nada de su virtud en medio de la milicia y las burlas de que era objeto por su bondad le llevaron a abandonar su milicia. Se acomodó entonces en Capua como mayordomo de un magistrado, cuyo afecto se ganó en los cuatro años que allí estuvo. Se decidió finalmente por la vuelta a Ulma y en el camino llegó a Bolonia. Aquí visitó el sepulcro de Santo Domingo y estando orando frente a él sintió la llamada a la vida religiosa. Lo consultó con el prior del convento dominico y éste le aseguró que tenía vocación y le dio el santo hábito. Comenzó a vivir la vida religiosa con entrega total, practicando ya en el noviciado todas las virtudes propias del verdadero religioso. Puesto que tenía aptitud para ello, le encomendaron hiciera las vidrieras de la iglesia. Devoto de la Pasión del Señor, de la Virgen María y del Ángel de la Guardia, tenía una gran vida interior, otorgándole el Señor carismas místicos. El Señor lo llamó a su seno a los 84 años, habiendo recibido con mucho fervor los santos sacramentos.

Su culto inmemorial fue confirmado por el papa León XII el 3 de agosto de 1825.

SAN PEDRO LE TUY

Presbítero y mártir († 1833)

Este sacerdote mártir vietnamita había nacido en la población de Banh-So hacia 1770. Estudió en el seminario de Vinh-Tri y se ordenó sacerdote. Fue primero coadjutor de Dong-Thanh y luego de Chan-Loc, pasando luego como párroco a Nam-Duong. Trabajó en los tres sitios con mucho celo, edificando a los fieles. Estaba en el pueblo de Thanh-Trai administrando los sacramentos a un enfermo cuando fue delatado y arrestado. Los cristianos intentaron, sin conseguirlo, obtener su liberación. El detenido fue enviado a Hanoi, recluido en la cárcel y cargado con la canga, lo que llevó con gran paciencia y humildad. Quedó claro que la única posibilidad de salvarlo era ocultar su condición de sacerdote, pero cuando a los tres meses fue juzgado, él no quiso ocultar su ministerio sacerdotal. El juez

no cargó las tintas en su relación al rey Minh-Manh, pero éste, al saber que era sacerdote, confirmó su pena de muerte. Fue decapitado en Hanoi el 11 de octubre de 1833, primera víctima de este reinado. Su cuerpo pudo ser luego enviado a París, al Seminario de Misiones Extranjeras.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATO ÁNGEL RAMOS VELÁZQUEZ

Religioso y mártir († 1936)

Nació en la ciudad de Sevilla el 9 de marzo de 1876. Primero fue colaborador de los salesianos, entrando en las Escuelas profesionales de Barcelona-Sarriá en 1894, atraído por el Beato Felipe Rinaldi, y mostró sus magníficas cualidades como maestro decorador, que le hizo ser muy apreciado. En 1897 se decidió por la vida religiosa e ingresó en la congregación salesiana en la que hizo la profesión religiosa. Alegre, piadoso, sacrificado, humilde y muy trabajador, supo poner sus cualidades de artista al servicio de los fines de la congregación. Cuando llegó la revolución de julio de 1936 buscó refugio en varias pensiones, pero un antiguo alumno lo vio por la calle y lo denunció. El religioso le dijo al denunciante que si le había hecho algún daño, y el joven le dijo que se lo habían hecho otros y que él pagaría por ellos. El religioso le dijo que deseaba que Dios lo perdonara como lo perdonaba él. Seguidamente se lo llevaron y ya no se supo más de él. Era el 11 de octubre de 1936.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

12 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Vía Laurentina, San Hedisto (fecha desconocida), mártir.
2. En Anazarbo (Cilicia), Santa Domnina († 304), mártir.
3. La conmemoración de los santos Cipriano y Félix († 483), obispos, y otros cuatro mil novecientos sesenta y seis entre obispos, presbíteros, diáconos y fieles martirizados en África en la persecución de los vándalos *.
4. En Piacenza (Emilia), San Opilión († s. V), diácono.
5. En Roma, el papa San Félix IV († 530).
6. En Cilli (Estiria), San Maximiliano († 684), obispo de Lorch.
7. En Pavía (Lombardía), San Rotobaldo († 1254), obispo.
8. En Áscoli del Piceno, San Serafín de Montegranaro (Félix de Nicola) († 1604), religioso capuchino **.
9. En Londres (Inglaterra), Beato Tomás Bullaker († 1642), presbítero, religioso franciscano, mártir en el reinado de Carlos I *.
10. En Ribarroja de Turia (Valencia), Beato José González Huguet († 1936), presbítero y mártir *.
11. En Masamagrell (Valencia), Beato Pacífico (Pedro) Salcedo Puchades († 1936), religioso, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir *.
12. En el campo de concentración de Darlewitz (Polonia), Beato Román Sitko († 1942), presbítero y mártir *.
13. En España se celebra hoy la fiesta de Nuestra Señora del Pilar **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SERAFÍN DE MONTEGRANARO (FÉLIX DE NICOLA)

Religioso († 1604)

La Orden franciscana se propuso desde su comienzo seguir las huellas del Serafín de Asís por el camino de la máxima humildad; y se mostró plenamente consecuente al correr de los años logrando la canonización de algunos de sus frailes aparentemente más insignificantes y hasta despreciables a los ojos del mundo: tales los hermanos legos, contemporáneos entre sí, San Pascual Bailón, San Félix de Cantalicio y San Serafín de Montegranaro, los dos últimos pertenecientes a la familia capuchina.

Los tres, por cierto, ni siquiera llegaron a saber leer ni escribir, pero guardando rebaños desde la infancia en la soledad de los campos supieron ver las huellas de Dios en la naturaleza y elevar sus almas a Dios.

El apellido paterno de nuestro santo era Rapagnano. Lo cambió, conforme a la *praxis* de los capuchinos, por el de Montegranaro (Áscoli Piceno), lugar donde nació, de padres muy humildes y fervorosos cristianos, el año 1540, recibiendo en el bautismo el nombre de Félix.

Niño aún, trabajó a las órdenes de un campesino cuidando sus ganados. Al morir su padre, el hermano mayor ya ejercía el oficio de albañil. A él se asoció Félix como peón. Un día mientras trabajaban en una mansión de Loro Piceno escuchó lo que leía en voz alta la hija del dueño. Era una lectura altamente espiritual que lo cautivó desde el primer momento. La joven lectora se convirtió en su mejor ayuda. Siguiendo sus orientaciones y consejos, se encaminó a Tolentino y llamó a la puerta del convento de capuchinos de esta ciudad: sólo tenía 18 años.

Parece que el ingreso en la Orden no le fue del todo fácil. Acogido para profesar un día como hermano lego, hizo el noviciado en la ciudad episcopal de Jesi. Ya en la toma del hábito cambió su nombre de bautismo por el de Serafín. En adelante se había de llamar Serafín de Montegranaro.

¿Cuál fue su vida de fraile profeso? Un continuo ir destinado de convento en convento hasta los 50 años. No se dudaba de su diligencia y buena voluntad, pero en todos partes llegaban a la convicción de su ineptitud para cuantos oficios se le encomendaban: cocinero, portero, hortelano, recaudador de limosnas... Fue objeto frecuente de humillantes reprensiones, pero los superiores se sentían desconcertados por su reacción siempre humilde, cada vez más reafirmado en la bondad, la pobreza, la pureza y la mortificación. Algunos biógrafos desvelan el motivo oculto por el que algunos frailes insistían excesivamente en lo de su ineptitud: fray Serafín resultaba muy incómodo en los conventos por la mucha gente que a él acudía intuyendo su santidad. Su cruz de palo se vio sustituida en sus últimos veinte años por un crucifijo de bronce regalo de otro capuchino que había estado como capellán militar en la batalla de Lepanto.

Este era el libro en que *leyó* horas y horas el fraile analfabeto hasta adquirir la ciencia suprema de la cruz. Bañado con sus lágrimas lo daba a besar y con él bendecía a los enfermos: no raras veces floreció el milagro. Sus devociones se inscriben desde el comienzo en la más genuina tradición de la Orden: la Pasión del Señor y la Eucaristía. Su devoción mariana se cifró especialmente en la Virgen Dolorosa. El Señor le regaló con el don de lágrimas. En fray Serafín hablaba habitualmente el silencio en contraste con algunos frailes tan palabreros como carentes de sustancia. A ellos se dirigía con santa libertad, mostrándoles el crucifijo: «Este es el verdadero libro que hay que estudiar para predicar al pueblo con fruto».

Habida cuenta de esta actitud íntima, fácilmente se comprende la alegría y la paz de San Serafín, peregrino de un convento a otro «por no valer para nada».

Al fin, en 1590, cumplidos los cincuenta años, llegó a su lugar definitivo: Áscoli. Pasados doce años, quisieron mandarlo a otra parte, pero su fama de santidad y el fervor popular eran tales que entraron en juego las autoridades locales. Los superiores de la Orden cedieron, y en Áscoli permaneció hasta la muerte.

De la figura demacrada de fray Serafín dimanaba una inefable paz: endulzaba las situaciones más difíciles, arreglaba conflictos familiares, reducía al amor corazones dominados por el odio. Para la reforma de costumbres y el acrecentamiento de la piedad queridos por el Concilio de Trento, vino a resultar el pobre lego un incomparable artífice en la ciudad de Áscoli. No por ello experimentó el menor apego. Precisamente en estos años estuvo decidido a marchar de misionero a tierras de infieles, alimentando el deseo del martirio. Sin saberlo, había recorrido la escala ascendente que San Buenaventura, el Doctor Seráfico, nos describe en su *Itineratio mentis ad Deum:* el deseo del martirio marca el último escalón. Llegada a él, nos dice, ya el alma descansa en pura paz a la sombra de Cristo crucificado. El pleno descanso le llegó con la hermana muerte el 12 de octubre de 1604. Toda la ciudad se sintió conmovida, sin distinción de clases, acudiendo a venerar sus restos. Y se repitió entonces lo que había sucedido en Siena, siglos antes, a la muerte de San Bernardino: todos querían algún recuerdo de fray Serafín.

«Los señores *ancianos* hablarán esta mañana con el P. guardián de los capuchinos significándole esta resolución. Y se escriba por el primer correo al cardenal Monopoli y al general de los capuchinos dándoles cuenta del dolor de la ciudad por la muerte de este padre [...] y del concurso de gentes que en esta ocasión ha habido en la iglesia y de la determinación de nuestra ciudad para conservar el cuerpo de quien vivo y muerto ha sido considerado como santo.»

La fama de santidad se extendía sin cesar, registrándose cada día extraordinarias gracias y milagros. En seguida el papa Pablo V tuvo conocimiento del fervor popular y autorizó que ardiera continuamente una lámpara sobre su tumba. Así, no se pudo por menos de instruir (1611) el proceso de beatificación cuando sólo habían transcurrido siete años de su fallecimiento. Como sucedió con tantos otros procesos, la celeridad inicial dio paso a largas demoras, sobre todo por la especial normativa impuesta por Urbano VIII. Al fin, el 18 de julio de 1729 el papa Benedicto XIII lo incluía en el índice de beatos. El 16 de julio de 1767 fue canonizado por el papa Clemente XIII, estableciendo su fiesta el 12 de octubre, fecha de su muerte.

Su sepulcro, verdaderamente glorioso, sigue en la iglesia de Santa Maria in Solestà de los padres capuchinos, hermoseada con sucesivas restauraciones hasta comienzos del siglo XX.

Con motivo del IV centenario de la muerte de San Serafín, el papa Juan Pablo II dirigió una carta apostólica al obispo de Áscoli Piceno, el 3 de junio de 2004. De ella ofrecemos los siguientes párrafos:

«San Serafín de Montegranaro forma parte, con pleno derecho, de la multitud de santos que han enriquecido desde el inicio la Orden capuchina. Había asimilado tan profundamente la exhortación evangélica de "orar siempre sin desfallecer" (cf. Lc 18,1; 21,36), que su mente permanecía habitualmente inmersa en las cosas del espíritu, hasta tal punto que a menudo se abstraía de lo que le rodeaba. Se detenía a contemplar la presencia divina en la creación y en las personas, y sacaba de ello inspiración para una unión constante con Dios.

Su oración se prolongaba durante horas en el silencio de la noche a la trémula luz de la lámpara que ardía delante del tabernáculo de la iglesia conventual. ¡Con qué devoción participaba el humilde fraile en la celebración eucarística! ¡Y cuánto tiempo permanecía en estática adoración ante el Santísimo Sacramento, dejando que su oración se elevara como incienso agradable al Señor!

Animado por un intenso amor a la pasión de Cristo, meditaba largamente en los sufrimientos del Señor y de la Virgen santísima. Le gustaba repetir el *Stabat Mater* y, recitándolo, se deshacía en lágrimas en medio de la conmoción de los que lo escuchaban. Llevaba siempre consigo el crucifijo de bronce, aún hoy conservado como preciosa reliquia; con él solía bendecir habitualmente a los enfermos, implorando para ellos la curación física y espiritual».

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

PELISSANNE, C. DA, *Vita di S. Serafino da Montegranaro laico professo dei frati minori cappuccini, grande taumaturgo del secolo XVI* (Loreto 1940).

SANTARELLI, G., *Vita di San Serafino da Montegranaro* (Ancona 2003).

SVAMPA, D., *Vita di S. Serafino da Montegranaro, laico cappuccino* (Bolonia 1904).

TRAINI, V., *Agiologia storico-critica di S. Serafino da Monte Granaro «Felice Pianpiani»* (Ascoli Piceno 2003).

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

Iba el Almirante navegando aquella incertidumbre de sesenta vacías singladuras, mudo y ensimismado en su paisaje interior de aguas y de estrellas. Estaba ungido. Y el Señor se complacía en descubrirle el misterio de aquella geometría de números y de luz en que fueron creadas todas las cosas al principio. ¡Qué riesgo marear los océanos cuando aún no concierta la bitácora con la Polar, los caminos seguros donde resoplan su gozo los ángeles del viento y las sirenas! Pero la corazonada del Almirante le ardía, asomada a los ojos, como un fuego rusiente, para conducir los navíos. ¿No parecían las carabelas, entre el turpial salobre de las olas, tres conchas peregrinas desprendidas del bordón de Santiago? Sí. Después de andar siglos y siglos la dura tierra española, en holocausto de sangre y de batallas, por la unidad de la fe, esta aventura extraordinaria en la inmensidad desconocida de los océanos.

Los Pinzones, grandes capitanes y ambiciosos, tejen, con la fatiga y el descontento de la tripulación, trampas y trifulcas al Almirante: pero él se recoge, con la seguridad de su fe iluminada, en el regazo de la Biblia. Se navega hacia la desesperación. Y, detrás de cada ola, crece el designio del retorno a La Rábida.

De pronto, los pájaros. Inesperadamente, un vuelo de papagayos y de grullas enhebran, con las agujas de los mástiles y el hilo de oro del sol, un soneto de luz a la esperanza. El anochecer de vísperas se cierra, como boca de lobo, sin estrellas, abrasado de vientos tropicales que enloquecen la pasión y la sangre. El mar, en calma. Y rompe la «Salve, Regina» marinera, tan impetuosa, que arranca el milagro al corazón de Dios, en el nombre de María Santísima. ¡Qué prodigio entonces! El Almirante, vestido de negra ropilla penitente, agarra entre sus manos el gobernalle. Quiere rezar, y no puede, porque sus labios se aferran a una palabra sólo: «Tierra». Después se pone a temblar, él, tan endurecido de infinitas navegaciones. Una lágrima de amor enturbia el poder de sus pupilas, que adivinan allí, en la lejana frontera del cielo con las aguas, el resplandor parpadeante de un fuego. ¿Se alucinan aún? El reloj que criba las arenas del tiempo, entre aquellas ampollas que parecen dos corazones de cristal, apunta las dos de la madrugada. Un morterazo y un grito: «¡Tierra a la vista!» Y Rodrigo de Triana, como el bello arcángel de la Anunciación, certifica el milagro del Descubrimiento.

Algarabía, abrazos y canciones; los tamboriles vascongados rizan vítores de gloria al Almirante; y una oración: «Bendita sea la luz; bendita la santa cruz; y el Señor de la verdad; y la Santa Trinidad; bendito sea este día; y el Señor, que nos lo envía». Y allí van solemnes las carabelas españolas, escoltadas de una orla de indios que saltan y juegan, como delfines, con el poder del mar.... y parece el cortejo de los tres Reyes Magos que rinden su homenaje a un nuevo mundo recién nacido para la mayor gloria de Dios. En el diario del Almirante hay esta noticia que resume todos los designios del Descubrimiento:

> «Yo, para que los indígenas nos tuvieran mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra santa fe más por el amor que por la fuerza, les di bonetes colorados y cuentas de vidrio, que se ponían al cuello, con lo que habían mucho placer y quedaron tan nuestros que era maravilla».

Está fechada un 12 de octubre de 1492, el mismo día que allí la España distante, católica y misionera, honra a su patrona de los cielos, Santa María del Pilar. ¿Coincidencia? Pero ésta es otra historia de un estupendo prodigio, en el escenario de las

aguas del Ebro, acaecido un amanecer original, catorce siglos antes.

Os lo quiero referir con todo el perfume intacto de una primera relación, escrita por mano anónima, en las últimas páginas del códice de *Los Morales,* de San Gregorio Magno, según puede leerse en los archivos de Zaragoza. Tiene la suave fragancia espiritual de los *scriptorios* medievales, donde los monjes hilaban la historia, con aquel gozo de oros, azules y bermellones, según los abecedarios de una fe pura y pacífica. Se la creía contemporánea del obispo Tajón, hacia el 631, pero la crítica le ajustó la edad aproximada entre finales del XIII y principios del XIV.

Y fue que Santiago el Mayor, hermano de Juan el Evangelista, vino a España para anunciar la nueva ley de Jesucristo. Cumplía el mandamiento que el Señor les hiciera a los Doce, en su última aparición de resucitado: «Predicad el Evangelio a todas las gentes del mundo». El escritor anónimo inicia su narración dramatizando un coloquio de despedida entre la Virgen y el apóstol, que resulta poco verosímil; y después nos describe la llegada a España, por Asturias; sus viajes misioneros en Galicia; siguiéndole todo su itinerario hasta la España Menor, que es el reino aragonés, que se llama Celtiberia. Dos videntes extraordinarías, las venerables María de Jesús de Ágreda y Ana Catalina Emmerich, coinciden en ver a Santiago partir desde Jaffa, tocar Cerdeña en la ruta del mar Mediterráneo y desembarcar, más lógicamente, en Cádiz o Cartagena, para la evangelización de Andalucía. La madre Agreda coloca en Granada un aprieto de muerte para el apóstol, acorralado por sus enemigos, del que le salva la Virgen María viniendo personalmente en su socorro.

Pero situémosle ya, con el códice gregoriano, en Zaragoza, donde no le acompaña la fortuna en sus trabajos apostólicos. «Aquí predicó muchos días, logrando convertir para Cristo a ocho hombres». ¡Menguada pesca para aquel marino del mar de Tiberíades que había tocado con sus manos las redes abarrotadas de Pedro en aquella pesca milagrosa! Y, cosa muy natural, le rinde el desaliento a Santiago. «Con estos convertidos se entretenía en dulces enseñanzas sobre el reino de Dios, y por la noche iba a una era, cerca del río, donde se echaba en la paja». Ya se presiente el prodigio. Porque, en una de esas largas noches

desveladas por la amargura y la oración instante, percibe en los cielos un camino de luz, sonoro de canciones y de arcángeles. Ave María, *gratia plena.* ¿Es una alucinación de la fatiga o del viento ululante que baja del Moncayo? No. Es una evidencia estremecedora, en sus claridades celestes. La humilde Virgen María, tierna Madre de la Iglesia, que él dejara en Jerusalén, está allí, palpitante, viva, hermosísima, bendiciéndole, hablándole de esta manera: «He aquí, hijo mío Jacobo, el lugar de mi elección. Mira este pilar en que me asiento, enviado por mi Hijo y Maestro tuyo. En esta tierra edificarás una capilla. Y el Altísimo obrará, por Mí, milagros admirables sobre todos los que imploren, en sus necesidades, mi auxilio. Este pilar quedará aquí, hasta el fin de los tiempos, para que nunca le falten adoradores a Jesucristo». Y la cabalgata angélica toma reverente a su Reina, y por un camino de luceros, que será para siempre el Camino de Santiago, le devuelve a su retiro de Jerusalén. Así, tan sencillamente termina el relato de la aparición de María, en su carne mortal, al apóstol Santiago, en Zaragoza.

¿Historia o leyenda?

Cuando, en nuestro tiempo, aquel reducido oratorio, edificado por los primeros creyentes, se ha convertido en un suntuoso templo de la Hispanidad, abrir este interrogante de duda suena a herejía intolerable. Pero acaso sea mejor que la crítica de dentro y de fuera de España haya cribado rigurosamente tan entrañable suceso. Si se niega la evangelización de nuestra Patria por Santiago el Mayor, nada puede quedar de esta prodigiosa venida de la Virgen, ni de su celeste regalo de la columna. Veamos.

Los adversarios argumentan en dos direcciones: una teológica; la otra, científica. Y dicen: No parece honorable a la santidad y seriedad de María este andar funambulesco por los aires, ni tampoco coherente con su carácter humildísimo el pedir, en vida aún, que el apóstol edifique un oratorio a su dedicación y culto. Pues, en respuesta, os abro la teología de la Virgen, en aquella Pentecostés, cuando preside a los Doce, la mañana elegida por el Santo Espíritu para introducir a la Iglesia públicamente en la historia del mundo. Sobre todos caen las llamas misteriosas de fuego, que los transforma, de hombres, en consagrados «testigos del Señor Jesús». Aquí, en este ardiente ce-

náculo, lo veis, se realiza aquella maternidad de gracia —sin estrenar aún— anunciada al mundo por las palabras de agonía de Cristo, en la mutua entrega de su Madre y Juan. Toda maternidad tiene exigencias inviolables y derechos augustos, de sacrificio, de ternuras, de tutelas y socorros cerca de los hijos. Y María, Madre de este pequeño Colegio apostólico y de toda la Iglesia universal. Pues bien; de otro lado, no se pueden negar teológicamente a Nuestra Señora gracias, carismas y dones que hayan sido concedidos a simples mortales, sino que deben atribuírsele en grado eminente. Según la luminosa dialéctica de Santo Tomás de Aquino, María alcanza, en funciones de su divina maternidad, «una grandeza y un poder, de alguna manera, infinitos», pues vive, como si dijéramos, en las mismas fronteras de la deidad. Tanto, que el bello arcángel de la Anunciación la saluda: «Salve, la llena de gracia». Pues la consecuencia será que este don de las traslaciones o bilocaciones, ya concedido a muchos siervos de Dios, hay que reconocérselo realmente a María, que pudo venir a Zaragoza, sin indecoro circense, sino empujada por un amoroso apego que profesaba a Santiago, sin duda porque el apóstol, en su rostro y en su porte, era una estampa viva de su Hijo Jesucristo. Y como Madre de todos los apóstoles.

El tema de la dedicación de un oratorio a su nombre y culto puede plantearse, salvando su exquisita humildad. Las relaciones del prodigio nos aseguran que ella trajo una columna, de origen celeste, como testimonio y signo de fortaleza. Entonces, ¿por qué no pensar que este templo que la Virgen pide a Santiago sea como el Arca de la Alianza antigua, el joyel que guarde el tesoro divino de su pilar? Nos promete una intercesión de gracias, milagros y bendiciones muy acorde con los principios dogmáticos de su maternidad divina. Porque, desde el instante de la Encarnación, para que su consentimiento a la empresa redentora de Cristo fuese racionalmente libre, fue necesario que conociera todo el ámbito de obligaciones y derechos de esa su maternidad, es decir, su condición de corredentora, de intercesora y medianera de todas las gracias. La madre Ágreda describe así el encargo al apóstol: «Hijo mío Jacobo, este lugar ha señalado y destinado el altísimo y todopoderoso Dios del cielo para que en

la tierra le consagres y dediques un templo y casa de oración, donde debajo del título de mi nombre, quiere que el suyo sea ensalzado y engrandecido». Y así, la humilde «esclavita» de Nazaret, María, busca primero el honor y la gloria del que la hizo grande con su poder, porque es el Altísimo

El argumento científico de crítica histórica procede por meras vías de negación. Sin presentar nada positivo, se contenta con calificar de sospechoso que hasta el siglo IX no se encuentran pruebas escritas del prodigio. Más: juzgan inexplicable que los escritores clásicos primitivos omitan su consignación en absoluto: así Idacio, Orosio, San Isidoro de Sevilla, San Julián de Toledo. Y, lo que es más grave, tratadistas aragoneses como San Braulio y Prudencio. Añádase aún el silencio de las liturgias mozárabes, que acostumbran consignar, en sus calendas, las clásicas conmemoraciones de las iglesias españolas, y estará completo todo lo que hay que oponer a esta gloriosa venida de la Virgen del Pilar a España. Bien.

Pero comienzan a enfriarse los quilates del argumento si tenemos en cuenta que Diocleciano mandó destruir, por el fuego, todos los archivos de la Iglesia primitiva. Por otra parte, si examinamos las obras de todos los escritores citados, veremos que ninguna de ellas trata temas en los que lógicamente haya lugar para introducir noticias del suceso Y, entonces, no es demasiado sospechoso que las omitan, máxime, cuando se trataba, sin duda, de un hecho perfectamente conocido y en la conciencia profunda del pueblo fiel. ¿Pueden asegurar honradamente los adversarios de la venida de la Virgen que los naturales testigos del suceso —estos escritores religiosos citados— no se ocuparon del tema porque él no aparece en las obras escritas que conocemos? ¿Y las que se pudieron perder entre la intemperie de los siglos?

Desde el 855 la prueba en favor de la venida y del templo de Zaragoza es abrumadora. Piadosas donaciones que se hacen «a Santa María la Mayor de Zaragoza». La bula del papa Gelasio II concediendo indulgencias para reconstruir el templo, derruido por el musulmán, Inocencio I, Eugenio III y Alejandro III, que acogen advocación y culto bajo su papal amparo Los Alfonsos y los Jaimes, reyes aragoneses; Sancho el Fuerte de Navarra; los

Berengueres, condes de Barcelona; multitud de obispos y fieles distinguidos, todos tuvieron a honra extender privilegios y legados, cubrir de magníficos dones esta angélica capilla, raíz y decoro de España.

Por último, la actitud oficial de la santa Iglesia. En las lecciones del *Breviario romano* para este día acepta «como piadosa y antigua tradición» la visita de María a Santiago. Clemente XII concede el rezo de su oficio litúrgico, señalando la fecha del 12 de octubre. Pío VII lo eleva al rango de «primera clase con octava» para el reino de Aragón. Pío IX extiende a todas las diócesis de España el privilegio del oficio y de la misa del Pilar. Y Pío XII, en una comunicación de la Sagrada Congregación de Ritos —fecha 14 de febrero de 1958—, concede a todas las iglesias y oratorios de España, Iberoamérica e islas Filipinas «la misa propia de la Bienaventurada Virgen María del Pilar». Para nosotros, creyentes y españoles, tiene un peso específico y un orgullo santo este proceder litúrgico de la Iglesia de Roma, como testimonio de reconocimiento, en torno a la venida de la Virgen a nuestra patria.

Pero hay otra congruencia de filosofía de la historia. Los pueblos, en la armonía del mundo, como cada uno de los hombres, tienen asignado un destino en la providencia de Dios. Poniendo a Santiago como raíz de España, ya que él siembra lo permanente del hombre, toda nuestra historia se articula maravillosamente. Apóstol de la verdad del Evangelio como una temperatura «militante», él derrama en la sangre española de nuestro cuerpo nacional aquellos ardores que el mismo Cristo define como «Hijo del Trueno». Vendrá la Reconquista para contrastar ocho siglos de un temple y de constancia aterradores, en holocausto de la unidad de nuestra fe. Y en las más dramáticas ocasiones el «Señor Santiago Caballero» combatirá la victoria de nuestros soldados. Y el mar: la definición de España como una unidad católica universal, adelantada de la fe de Cristo, que bautiza veinte naciones americanas para que recen, en castellano, el padrenuestro, el avemaría, el «Gloria al Padre», en un rosario colosal de alabanzas a la Trinidad, por Cristo Redentor, en el nombre de María Santísima. Y así es.

Iba el Almirante, ensimismado en su paisaje interior de aguas y de estrellas, pero seguro. Allí, en las lejanías originales

de España, gemía Santiago su misionar como inútil, con los pocos creyentes que le siguen. Pero aquella siembra de amarguras y de sangre florece con ímpetu milagroso de fecundidad. Es la hora del premio, la fe de este Almirante, que marca lo imposible en un navío que tiene nombre de Virgen: Santa María. Y así ella, que junto a las aguas del Ebro bautizó el alma de España, ahora arranca del sueño miliario estos millones de indios inocentes, como recién nacidos que España cristianiza a mayor gloria de Dios. Y este 12 de octubre bandean a victoria todas las campanas de las dos orillas, y hay un triunfo de banderas, un murmullo de espumas, un gran vuelo de condores andinos, que cantan, bajo la Cruz del Sur, la gran antífona agradecida de la Hispanidad, con toda la cristiandad arrodillada: Bendita y alabada sea la hora en que la Virgen Santísima vino en carne mortal a Zaragoza. Bendita sea por siempre y alabada. Amén.

FERMIN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

Breviarium romanum Pars autumnalis, 12 de octubre en los propios de España
GARCIA VILLADA, Z., *Historia eclesiastica de Espana,* I (Madrid 1929) primera parte
HOLBEN, H H, *De la leyenda al Descubrimiento* (Barcelona 1942)
LLORCA, B, *Historia de la Iglesia catolica,* I (Madrid ²1955)
MARIA JESUS DE AGREDA, *Mistica ciudad de Dios Vida de Maria* (Madrid 1970) p 3ª 1 7 16 y 17
MENENDEZ PELAYO, M, *Historia de los heterodoxos espanoles,* I (Madrid 1956)
MOURRET, F, *Historia general de la Iglesia,* I (Barcelona 1918) nota del traductor
RISCO, M, OSA, Art en E FLOREZ, *La Espana sagrada,* XXX, c 6
• Actualizacion
GOMEZ, M C, «Pilar, Virgen del (Zaragoza)», en Q ALDEA VAQUERO T MARIN MARTINEZ J VIVES GALETI (dirs), *Diccionario de historia eclesiastica de Espana,* IV (Madrid 1972) 2316 2317
GUTIERREZ LASANTA, F, *Historia de la Virgen del Pilar,* 11 vols (Zaragoza 1971 1985)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTOS MÁRTIRES DE LA PERSECUCIÓN DE LOS VÁNDALOS
(† 483)

Desde que el año 428 los vándalos, procedentes de España, invadieron el norte de África, la Iglesia en esa región pasó de

una situación próspera a una situación de decadencia. El quebranto sufrido por el paso de Genserico no pudo ser adecuadamente superado, máxime por el apoyo prestado a todos los heterodoxos. Pero en los últimos años de este reinado hubo un poco más de libertad para la Iglesia. El siguiente rey, Hunerico, fue al principio tolerante con el catolicismo, pero al final de su reinado persiguió abiertamente a los católicos y se produjeron numerosos mártires. El *Martirologio* conmemora hoy a los 4.966 mártires y confesores de la fe que fueron o exiliados o sacrificados, y entre los que además de fieles había obispos, sacerdotes y diáconos. No faltaban niños, ancianos e incluso ciegos e inválidos. Fueron convocados en Mustis a medio camino entre Cartago y la Numidia y de aquí en dos grupos a Sicca Veneria, y a Larium Colonia, ambas a más de treinta millas de distancia. Uno de los convocados era San Félix, obispo de Abbi, que por ser muy anciano y no poder caminar, hubo de ser llevado a cuestas por otros. Se intentó hacerles suscribir una fórmula arriana y al negarse se les desterró o vendió como esclavos. El obispo Cipriano de Unizibirena compró a los guardias para obtener un poco de sosiego. Algunos de los vendidos como esclavos murieron o fueron muertos en el camino hacia su destino y de otros no se supo nada más.

BEATO TOMÁS BULLAKER

Presbítero y mártir († 1642)

Nació de padres católicos en el condado de Sussex, en la ciudad de Chichester, el año 1604. Decidido por el sacerdocio, pasó a St. Omer en 1622 y de ahí al colegio de Valladolid. Estando aquí sintió la vocación religiosa e ingresó en la Orden franciscana, en la provincia de la Concepción, en el convento del Abrojo. Hizo el noviciado y la profesión religiosa y tras los oportunos estudios se ordenó sacerdote. Pidió ser enviado a las Indias pero su Orden le dijo que era preferible fuese a Inglaterra. A poco de desembarcar en Plymouth fue arrestado y encarcelado en Exeter, pero por influencias pudo ser liberado tras un tiempo de prisión en Londres. Se dedicó a su ministerio y, estando preparándose para volver a España, vio que empezaba de

nuevo la persecución contra los católicos y entonces decidió quedarse en Inglaterra, pasándose, en 1638, a la provincia inglesa de su Orden donde fue nombrado dos años más tarde guardián titular de Oxford. Cuando supo que otro franciscano había sido arrestado, pidió licencia para establecerse en Londres y trabajar allí apostólicamente. Así lo hizo, pero al poco de llegar, el 11 de septiembre de 1642, cuando estaba a punto de celebrar la misa, fue arrestado y encerrado en Newgate. En el proceso confesó ser sacerdote y católico y negó con energía que ello fuera traición. El jurado dudaba en condenarlo pero el juez dictó sentencia de muerte que el mártir recibió con alegría, rezando el *Tedeum* y dándole las gracias al tribunal. Fue ahorcado, destripado y descuartizado en Tyburn el 12 de octubre de 1642.

Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ GONZÁLEZ HUGUET

Presbítero y mártir († 1936)

Este sacerdote valenciano nació en Alacuás el 23 de enero de 1874 e hizo los estudios eclesiásticos en el seminario conciliar de Valencia, acreditándose por sus buenas cualidades morales y magnífica conducta. Obtuvo el doctorado en teología. Se ordenó sacerdote el 26 de marzo de 1898. Fue sucesivamente coadjutor en Sueca y Paterna, luego, cura regente de Puzol y, más tarde, párroco de Cheste donde estuvo veinticinco años, hasta su martirio. Llevaba cuatro años en la parroquia cuando se incendió el templo y con gran riesgo de su vida salvó de las llamas el Santísimo Sacramento, y a base de limosnas logró reconstruir la parroquia. El 19 de marzo de 1936, tras las elecciones en que se alzó con la victoria el Frente Popular, fue conminado a abandonar la parroquia y hubo de hacerlo el 6 de abril tras ser ésta asaltada. Luego de un tiempo refugiado en la Masía de Baló, se escondió en una casa de la feligresía. Pero el 5 de julio de 1936 pudo celebrar misa rodeado de sus feligreses. Llegada la Revolución, hubo de esconderse pero, amenazada la familia que lo escondía, el párroco se presentó voluntariamente a la autoridad. Encerrado en la cárcel y liberado al poco a condición

de no ausentarse, fue posteriormente detenido de nuevo y llevado ante el Comité. Paseó por toda la población mientras lo insultaban, le rasgaban los vestidos y las carnes y lo pinchaban con navajas. Le cortaron las orejas y lo sometieron a otras torturas en la plaza mayor del pueblo. Él, mientras tanto, callaba y oraba. En la madrugada del 12 de octubre de 1936 junto a la vía del tren le dispararon dieciocho tiros y llevaron su cadáver al cementerio de Ribarroja.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO PACÍFICO (PEDRO) SALCEDO PUCHADES

Religioso y mártir († 1936)

Pedro Salcedo Puchades nace en Castellar (Valencia) el 24 de febrero de 1874 en el seno de una familia modesta de hondos sentimientos cristianos. Educado religiosamente por sus padres, desde niño frecuentaba el convento capuchino de Masamagrell, siendo muy pacífico y piadoso. Tenía 25 años cuando se decidió por la vida religiosa e ingresó en el convento capuchino de Ollería, empezando el noviciado el 21 de julio de 1899 con el nombre de fray Pacífico de Valencia. El 25 de junio de 1900 hizo la profesión temporal en las manos del venerable padre Luis Amigó y el 21 de febrero de 1903 hizo la profesión perpetua en calidad de hermano lego. Destinado al convento de Masamagrell, aquí perseveraría hasta su martirio. Era un religioso observante y ejemplar, muy austero y amante de la santa pobreza y se sabe que hacía muchas obras de penitencia. Sus hermanos religiosos lo estimaban mucho así como los fieles que frecuentaban el convento. En julio de 1936 hubo de dejar el convento y se fue a vivir con un hermano. En la noche del 12 de octubre unos milicianos lo reclamaron y se lo llevaron a empujones y golpes de las culatas de los fusiles. Él empezó a rezar su rosario. Lo sacaron fuera de la población y lo fusilaron.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ROMÁN SITKO
Presbítero y mártir († 1942)

Román Sitko era un sacerdote polaco, de la diócesis de Tarnów, creada en 1783 con parte del territorio del arzobispado de Cracovia. Había nacido en 1880. Una vez ordenado sacerdote estuvo dedicado al ministerio pastoral en el que fue un fervoroso pastor de almas hasta que el obispo le confió el cargo de rector del seminario, en el que supo ser un excelente formador de los jóvenes aspirantes al sacerdocio. La Santa Sede lo había honrado con el título de prelado doméstico de Su Santidad. Al ocupar los nazis Polonia su seminario fue cerrado, pero él siguió en la clandestinidad las actividades propias del seminario, lamentando mucho la prisión de tantos hermanos sacerdotes por cuya liberación decía él que ofrecía su vida. La policía nazi lo arrestó el 22 de mayo de 1941. Fue sentenciado a prisión en el campo de concentración de Darlewitz donde se comportó como ángel de consuelo de los otros presos, animando a los que sacaban para ser ejecutados. Incapaz de seguir realizando los duros trabajos forzados que desempeñaba, el 12 de octubre de 1942 cayó al suelo exhausto; al verlo, un guardia del campo lo pisó con su bota, le partió el cuello y le produjo la muerte.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

13 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Teófilo († s. II), obispo de Antioquía *.
2. En Córdoba, santos Fausto, Jenaro y Marcial († s. III/IV), mártires **.
3. En Tesalónica (Macedonia), San Florencio († s. III), mártir.
4. En Kobern, junto al Mosela, San Lubencio († s. IV), presbítero.
5. En Matuziano, en la Riviera, San Rómulo († 641), obispo de Génova.
6. En Tours (Galia Lugdunense), San Venancio († s. V), abad.

7. En Salagnac, junto a Limoges, San Leobono (s. VI/VII), solitario.
8. En el monasterio de Iona (Escocia), San Comgán († s. VIII), abad *.
9. En Augsburgo (Alemania), San Simberto († 809), obispo, abad de Murbach.
10. En Saint-Cirgues (Auvernia), San Geraldo de Aurillac († 909), conde *.
11. En Subiaco (Lacio), Santa Quelidonia († 1152), virgen.
12. En Trino, junto a Vercelli, Beata Magdalena de Panatieri († 1503), virgen, terciaria dominica **.
13. En Balasar (Portugal), Beata Alejandrina María da Costa († 1955), virgen **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATA MAGDALENA DE PANATIERI
Virgen († 1503)

Nace, según una tradición familiar, el año 1443 en Trino Vercellesi, perteneciente en aquel tiempo al marquesado de Monferrato, en el seno de la familia Panatieri-Fondazucca, en donde se la educa en el santo temor de Dios. Siendo aún niña está decidida a consagrarse y en su adolescencia visita asiduamente el convento de monjas de Santa Catalina. Por amor a la perfección renuncia a la vida mundana y recibe el hábito de terciaria seglar del Orden de Penitencia de Santo Domingo de Guzmán, mediante un voto reconocido por la Iglesia. Esta nueva institución eclesiástica —aunque no lo sea su programa penitencial— será el germen en donde arraigará la vida común en algunos grupos de terciarias seglares que se dedican, principalmente, a la educación de las jóvenes. Formando los conocidos beaterios, tan integrados en la vivencia religiosa en la centuria siguiente.

Bajo la vigilante orientación del director espiritual a quien obedece con singular modestia, practica el apostolado, dedicándose a las obras de misericordia espiritual y corporal, donde sobresale con señalada maestría. Ofrece su vida en una constante ofrenda para que la misericordia divina conceda la salvación a todos sus hijos. Los pecadores y los alejados de Dios le producen una inmensa piedad, que vuelca en su oración, pidiendo

que se conviertan de su mala vida y regresen a la comunión eclesial. Numerosas son las conversiones que obtiene, al seguir sus enseñanzas. Algunos alcanzan el consuelo en el propio lecho de muerte, gracias a sus constantes desvelos y continuas oraciones.

Atenta a las necesidades del prójimo, su intimidad con Dios es el manantial que le nutre y le alimenta, animándola a amar a todos los que sufren, en el cuerpo y en el espíritu. Alma contemplativa, se entrega a una dinámica actividad: amar a Dios y al prójimo. Frecuentemente lleva a su casa a los pobres, a quienes sirve su propia comida y les obsequia con grandísima caridad; visita a los enfermos, a quienes conforta y anima a conformarse con la voluntad divina, asistiéndoles a bien morir, logrando que antes se reconcilien con Dios. Con inmensa caridad busca la paz en las familias, alcanzando la dicha de la unidad y el perdón entre hermanos.

Vive en continua entrega a Cristo, a quien ofrece grandes mortificaciones, creciendo en la vida interior. Ejemplar en sus penitencias y en su vida de oración, alcanza la gracia de la contemplación y goza de visiones beatificas, que dejan en suspenso sus sentidos y le unen íntimamente al amor divino. Gracias extraordinarias que recibe a lo largo de su vida. Duerme en el suelo o sobre una tabla, y ciñe su cuerpo con áspero cilicio. En el secreto ámbito de su casa Dios le regala con reflejos del amor divino, pero cuando goza de estos éxtasis en el templo parroquial, sus paisanos quedan absortos, divulgándolos con admiración y señaladas referencias.

La gracia divina le infunde conocimientos sobrenaturales que expresa con sencillas palabras, pero con tan elevados embelesos que causan la admiración de los clérigos, sorprendidos por esos conocimientos teológicos que expone en sus coloquios. El propio maestro de novicios de los dominicos la lleva a sus jóvenes aspirantes para que les edifique en la vocación y en la piedad a los consejos evangélicos. Son famosas sus profecías y numerosos los milagros que se le atribuyen, y predice las desastrosas consecuencias que, años después, tendrán lugar durante la invasión de Italia por las tropas españolas y francesas, durante la cual tuvo lugar el desgraciadamente célebre *saco de Roma.*

Nada deja de regalarle la bondad divina, generosísima con sus almas escogidas, y comparte con ella intimidades espirituales que le confortan y consuelan.

Sufre con paciencia los ataques del enemigo diabólico, que con astucia le provoca numerosas tentaciones, pretendiendo alejarla de la senda de la superación espiritual con crueles golpes, que maceran su cuerpo, y espantosas apariciones, pero le vence con la fuerza del amor divino al invocar el Santísimo Nombre de Jesús. Enamorada de la Eucaristía obtiene la gracia, singular en aquel tiempo, de poder comulgar a diario, disfrutando de suaves experiencias con su amado Señor, y creciendo en la intimidad del amor divino. Devotamente sigue el ejemplo de Cristo humillado y paciente, reviviendo en los días de la Semana Santa los santos lugares de la pasión y muerte de Cristo, acompañando los dolores y sufrimientos del Redentor con renovadas penitencias por su ansia de padecer con él, ofreciéndose por la salvación del mundo.

Tal y como le fue anunciado y colmada de méritos, el día 13 de octubre de 1503, contando sesenta años de edad, pide perdón a sus hermanas terciarias por el mal ejemplo que les hubiera dado, y confortada con una sublime visión celestial, muere santamente con admirable ejemplo de vida. Su cuerpo estuvo expuesto tres días en la iglesia del convento dominicano de su ciudad natal, debido a la gran cantidad de fieles que pasaron a venerarlo, embargando a todos la fragancia de un suave olor.

Entre 1620-1644 desapareció su cuerpo misteriosamente, conservándose sólo una mano. El papa León XII confirmó su culto el 25 de agosto de 1827. Es aclamada patrona de Trino, donde murió en olor de santidad. Uno de sus biógrafos refiere del siguiente modo una de sus numerosos intervenciones con gran misericordia:

> «Fue un religioso a predicar la cuaresma a una ciudad cercana y le hospedaron en casa de un señor considerado como buena persona. El ama de casa tan pronto como pudo expuso al fraile la perversa conducta de su marido, quien compadecido de la mujer encargó a su compañero que fuera a Trino, y encomendara a Magdalena la gracia de la conversión de aquel hombre malvado. Antes de que le fuera expuesto el caso, el fraile oyó con claridad como lo que iba a solicitar ya se había concedido, aunque no le fue revelado el nombre de la infortunada mujer ella la nombró, y al regresar di-

cho religioso a aquella localidad, encontró todo como se le había anunciado».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

ÁLVAREZ, P., OP, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores,* II (Vergara 1920) 246-249.
Bibliotheca sanctorum, X: *Pabai-Rafols* (Roma 1968) cols.77 78.

BEATA ALEJANDRINA MARÍA DA COSTA
Virgen († 1955)

Este nombre femenino, diminutivo del griego Alejandro, significa «vencedora de los hombres» (1904-1955). Alejandrina, laica, cooperadora salesiana, vence porque vive la cruz. Paralítica a los 14 años por preservar su virginidad, desde su cama llevó un maravilloso apostolado como alma víctima de oración, reparación y como consejera espiritual para muchos que la visitaban.

Al este de Balasar, provincia de Oporto y archidiócesis de Braga (Portugal), se encuentra la iglesia de Santa Eulalia, donde el 2 de abril de 1904 fue bautizada Alejandrina María, nacida de campesinos devotos y trabajadores el 30 de marzo, aquel año —todo un presagio...— Jueves Santo. Su padre muere poco tiempo después de su nacimiento. Alejandrina fue educada cristianamente por su madre, junto con su hermana mayor Deolinda, en un ambiente de rústica sencillez y piedad. Disfrutaba sobre todo con las procesiones religiosas, tan llenas de colorido, que atravesaban la aldea en días de gran celebración. Alejandrina permaneció en familia hasta los siete años, después fue enviada a Póvoa do Varzim donde se alojó con la familia de un carpintero, para poder asistir a la escuela primaria que no había en Balasar. Allí hizo la primera comunión en 1911, y el año siguiente recibió el sacramento de la confirmación que le administró el obispo de Oporto. Después de dieciocho meses volvió a Balasar y fue a vivir con su mamá y su hermana en la localidad de Calvario, donde permanecerá hasta su muerte.

A los tres años de edad, cuando reposaba una tarde junto a su madre, vio un frasco de pomada en una mesa cercana. Cuidadosamente, para no despertar a su madre, se levantó para agarrar el frasco y justamente en ese momento su madre la llamó. El frasco entonces cayó al suelo, rompiéndose en muchos pedazos. Perdiendo el equilibrio, Alejandrina también cayó al piso, lastimándose el borde de la boca, donde le quedó una cicatriz el resto de su vida. La niña fue llevada al dispensario clínico más cercano. Mientras su madre, María Ana, ansiosamente limpiaba la sangre que brotaba por su boca, una gentil asistente se acercó para calmar a la niña con una bolsa de dulces, a lo que Alejandrina respondió con patadas, gritos y golpes. «Esta fue mi primera ofensa», escribió años mas tarde en su autobiografía, dictada a su hermana Deolinda, por orden de su director espiritual. Alejandrina fue una niña muy alegre, atractiva y llena de vida, pero sin comprometer jamás, con su jovialidad y espontaneidad, su precoz espiritualidad. Una de sus experiencias más formativas fue vívidamente descrita por ella años después:

> «Al morir nuestro tío, Deolinda y yo nos quedamos en la casa de su familia por siete días después de su muerte para asistir a las Misas de funeral. Una mañana se me pidió que fuera a buscar una bolsa de arroz en la habitación donde se encontraba el cuerpo de mi tío. Cuando llegué a la puerta no tenía el coraje para entrar. Estaba aterrorizada, por lo que mi hermana tuvo que buscar el arroz. Esa misma noche me ordenaron que fuera y cerrara la ventana de ese cuarto. Mientras me acercaba a la puerta, sentí mis rodillas temblar y, nuevamente, no pude entrar. Así que me dije a mi misma: Tengo que luchar en contra de esto, tengo que sobrepasar este miedo, abrí la puerta y lentamente caminé por el cuarto donde yacía mi tío. Desde ese día, y con la ayuda de Dios, he sido capaz de manejar mis miedos».

Para el tiempo de hacer su primera comunión, a los siete años de edad, Alejandrina ya había adquirido un profundo amor a la eucaristía, visitando el Santísimo Sacramento con inusual frecuencia y haciendo comuniones espirituales cuando no le era posible asistir a misa diaria. En una ocasión, una tía suya que sufría de cáncer le pidió que se acordara de ella en sus oraciones. La niña respondió con tal perseverancia y fervor, que el hábito de la oración echó raíces desde entonces en su tierna alma.

«Siempre he tenido gran respeto por los sacerdotes —escribirá más tarde—. Algunas veces me sentaba sobre las escalinatas en la entrada del pueblo y veía a los sacerdotes caminar por la calle [...] Acostumbraba a levantarme con respeto cuando ellos pasaban frente a mi. Ellos se quitaban el sombrero y decían el tradicional "¡Que Dios te bendiga!" Me di cuenta que las personas me miraban por lo que algunas veces me sentaba en el mismo lugar, a propósito, para poder levantarme en el momento apropiado y mostrar mi reverencia por los sacerdotes».

Debido a las privaciones de la vida rural de aquellos días y después de solo 18 meses asistiendo a la escuela, Alejandrina, a sus nueve años, fue enviada a trabajar en el campo. Era un trabajo forzoso y estaba expuesta al mal comportamiento y el vocabulario penoso de quienes compartían sus labores. Su constitución robusta le permitía tener a raya a los hombres y ganar tanto como ellos. Su adolescencia fue muy vivaz: dotada de un temperamento feliz y comunicativo, era muy amada por las compañeras. Sin embargo a los doce años se enfermó: una grave infección (quizá una tifoidea) la llevó a un paso de la muerte.

Al cabo de tres años, un empleado del lugar trató de atacarla y acosarla, lo que el Señor impidió dotándola de una fuerza inexplicable mientras ella sostenía su rosario.

Después de este serio incidente, la niña fue llevada de regreso a su casa. Esto le dio la oportunidad de renovar su amor y devoción al Santísimo Sacramento. Mas adelante, ese mismo año, enfermó peligrosamente de tifoidea. Una de las veces que su madre le daba el crucifijo para que lo besara, Alejandrina inmediatamente movió su cabeza y murmuró: «Quiero a Jesús en la eucaristía». Finalmente se recuperó y fue trasladada a un sanatorio de Povoa, en la costa Atlántica. Superó el peligro, pero después de esto su salud quedará marcada para siempre; como al regresar a Balasar todavía se encontraba débil y virtualmente inválida, Alejandrina se dedicó a la costura en compañía de Deolinda.

Como una nueva María Goretti, la mártir italiana de la pureza, también Alejandrina se expone a la muerte antes de ceder al pecado. Fue en el aniversario de su bautismo, Sábado Santo de 1918, cuando ocurrió este acontecimiento que marcó su vida para siempre. Se encontraba en una habitación de la planta alta de su casa en compañía de Deolinda y otra joven; tres hombres

se acercaron y exigieron con voz sugestiva que les dejaran pasar. Alejandrina, asomándose por la ventana reconoció a uno de los hombres: era quien la había acosado años atrás cuando trabajaba en el campo. Rápidamente cerró la puerta, pero los hombres lograron entrar por una puerta de escape que había en el techo. Deolinda y la otra joven pudieron escapar pero Alejandrina quedó acorralada por el malvado en la esquina de la habitación. Ella gritaba: «¡Jesús, ayúdame!», azotándolo con su rosario. Detrás de ella había una ventana, a cuatro metros de altura sobre la planta baja. Era su única salida, y prefirió lanzarse a una posible muerte antes que consentir a la pasión baja de aquel hombre.

El golpe de la caída fue terrible. Rechinando sus dientes de dolor, agarró un trozo de madera y se arrastró hacia la casa. Su columna vertebral había sido lastimada irreparablemente. Alejandrina tenía 14 años. Fueron largos los años de un dolor que aumentaba incesantemente, la incapacidad y la depresión se incorporaron, pero jamás consintió la desesperación o el desfallecimiento.

Hasta los diecinueve años pudo aún arrastrarse hasta la iglesia, donde, totalmente contrahecha, permanecía gustosa, con gran maravilla de la gente. Después la parálisis fue progresando cada vez más, hasta que los dolores se volvieron horribles, las articulaciones perdieron sus movimientos y ella quedó completamente paralítica. El 14 de abril de 1924 quedó postrada en cama de por vida, a los 20 años de edad. Su familia, desconsolada, oraba por ella todas las noches. Alrededor de su cama, encendían dos velas ante la estatua de la Santísima Virgen y rezaban el rosario de rodillas. Alejandrina pasaba el día meditando, orando y clamando a la Madre de Dios por su sanación; le pedía a Jesús «su bendición desde el cielo y desde todos los tabernáculos del mundo».

Creció en ella el amor a la oración, y abandonó sus distracciones. Empezaba a añorar una vida de mayor unión con Jesús y así fue orientando toda su incapacidad y enfermedad al amor de Jesús. La idea de que el sufrimiento fuera su vocación no tardó en suscitarse. Al final de ese mismo año, Alejandrina se encontraba consumida por el deseo de ofrecerse a Dios como alma víctima por la conversión de los pecadores. Nuestro Se-

ñor la estaba llamando a vivir una vida de amor y reparación, ofreciéndole voluntariamente todos sus sufrimientos al Amado. Como San Pablo, Alejandrina podía decir: «Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24).

Comenzaron a llegar a la aldea las noticias de la aparición de la Santísima Virgen en Fátima, al sur de Balasar. Había muchas curaciones milagrosas en aquel lugar. Se organizó una peregrinación en Balasar. Alejandrina, deseosa de estar completamente segura de la voluntad del Señor en relación a su vocación al sufrimiento, le pidió a Nuestra Señora que le permitiera acompañar a los peregrinos. Pero el párroco y su médico insistieron en que el viaje sería suicida debido a sus condiciones, y tuvo que renunciar a ir. Cuando los peregrinos habían partido hacia Fátima, Alejandrina cerró sus ojos y comenzó a orar, ofreciendo al Señor el sacrificio de su abandono y desolación. Mientras oraba se transportó en espíritu junto al Santísimo Sacramento en la iglesia de Santa Eulalia, cercana a su aposento. Entendió entonces que Nuestro Señor también se encontraba prisionero en el tabernáculo, y le dijo: «Jesús, tú estás prisionero en el Sagrario y yo en mi lecho por tu voluntad. Nos haremos compañía», iniciando desde entonces una vida de gran unión con Jesús en los Sagrarios, por medio de María Santísima. Comenzó así su primera misión: ser como una lámpara viva del Sagrario. Pasaba sus noches como peregrinando de Sagrario en Sagrario. En cada misa se ofrecía al Eterno Padre como víctima por los pecadores, junto con Jesús y según Sus intenciones, visitándole en espíritu y permaneciendo constantemente en Su presencia, amándole incesantemente, orando, ofreciéndose como víctima de inmolación para consolar su Sagrado Corazón y obtener la conversión de los pecadores. Sumamente conmovida y sobrecogida en lágrimas, Alejandrina suplicó a Nuestro Señor le permitiera sufrir hasta el límite de su resistencia para librar a los pecadores del fuego del infierno. Crecería en ella más y más el amor al sufrimiento, conforme su vocación de víctima se hacía sentir de manera más clara. Hizo el voto de hacer siempre lo más perfecto.

No había podido ir a Fátima, pero María consiguió para ella poder entender y vivir en la forma más perfecta sus mensajes, uniéndose estrechamente con el deseo de la Virgen expresado en aquel lugar. Alejandrina, ofreciendo así su pasión se convierte en alma víctima por amor a la eucaristía y la consagración al Inmaculado Corazón de María, mensajes fundamentales de Fátima. Hasta el año 1928 ella no había dejado de pedirle al Señor, por intercesión de la Virgen, la gracia de la curación, prometiendo que, si se curaba, se haría misionera. Pero, en cuanto comprendió que el sufrimiento era su vocación, la abrazó con prontitud. Decía: «Nuestra Señora me ha concedido una gracia aún mayor. Primero la resignación, después la conformidad completa a la voluntad de Dios, y en fin el deseo de sufrir».

En respuesta a su valiente petición, los dolores se empezaron a agudizar hasta convertirse en casi insoportables. Noche tras noche, con fiebre muy alta, Alejandrina permanecía despierta, recostaba la cabeza sobre su almohada y con sus manos apretaba fuertemente el rosario como exprimiendo alivio de sus cuentas: «Oh, Jesús —exclamaba en sollozos repitiendo la oración enseñada por Nuestra Señora en Fátima— es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por las ofensas al Inmaculado Corazón de María».

«Amar, sufrir, reparar» fue el programa que le indicó el Señor. Desde 1934 —por mandato del padre jesuita Mariano Pinho, que la dirigió espiritualmente, hasta 1941— Alejandrina ponía por escrito todo lo que cada vez le decía Jesús. En 1936, por orden de Jesús, ella pidió al papa Pío XII, por medio del P. Pinho, la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María. Esta súplica fue varias veces renovada hasta 1941, por lo que la Santa Sede interrogó por tres veces al arzobispo de Braga sobre Alejandrina. El 31 de octubre de 1942 Pío XII consagró el mundo al Corazón Inmaculado de María con un mensaje transmitido a Fátima en lengua portuguesa. Este acto lo renovó en Roma en la Basílica de San Pedro el 8 de diciembre del mismo año.

Del viernes 3 de octubre de 1938 al 24 de marzo de 1942, por 182 veces, vivió cada viernes los sufrimientos de la Pasión. Alejandrina, superando su estado habitual de parálisis, bajaba

del lecho y con movimientos y gestos acompañados de angustiosos dolores, reproducía los diversos momentos del Vía Crucis, por tres horas y media. Con diálogos que recuerdan los de la mística italiana Santa Gemma Galgani, a fines del siglo XIX, los éxtasis de Alejandrina eran precedidos por muchas horas de terror que se hacían sobrecogedoras a medida que el mediodía del Viernes Santo se acercaba. El miedo era generalmente acompañado por una inmensa tristeza, náusea y una sensación de terrible aislamiento. Por siete años no pudo olvidar su primera crucifixión. Escribe: «Todo parecía estar presente frente a mi, sentía el miedo y el horror de esas horas amargas, la ansiedad de mi director espiritual a mi lado y las lágrimas de mi familia aterrorizada».

Minutos después del mediodía del 3 de octubre, de 1938, Nuestro Señor la invito a sumergirse en su pasion: «Ves hija mía, el Calvario está listo, ¿aceptas?» Alejandrina valientemente aceptó. Los testigos aguantaban la respiración mientras ella entrando en éxtasis y recobrando el uso de sus miembros paralizados, casi levitando de la cama, reproducía los movimientos de Jesus en su agonía, de Getsemaní al Calvario. Los éxtasis de la Pasion fueron filmados y las imágenes han formado parte del proceso de su beatificación.

Al terminar uno de los extasis a las 3.00 p. m., Alejandrina levantó sus brazos en accion de gracias e inmediatamente, agotada y horrorizada, lloro:

> «¡¡¡No Jesus, no Jesus, crucificame!!! ¡¡¡Perdon, perdon, perdon!!! Ellos tienen el mismo derecho que tengo yo, porque tu moriste en la cruz por ellos, como lo hiciste por mi Jesus, no quiero que ningun alma vaya al infierno Te amo por ellos Perdonalos, Jesus, acuerdate de mi en mi crucifixion El infierno es la mas terri ble bajeza»

Días después, Alejandrina sufrió dolores atroces, empezó a vomitar sangre y fue torturada por una sed tan fogosamente intensa que el agua no la saciaba, no podía ni siquiera tragar una gota. Empezó a percibir, literalmente, el «fuerte olor del pecado»:

> «Eran olores increíblemente repugnantes —recuerda en su autobiografia— Me traian violetas y perfumes para acercarlos a mi

nariz, pero los apartaba porque todavía estaba atormentada por ese vil olor. Sólo el recuerdo de estas cosas me hace sufrir».

Un día escuchó la voz del Señor que le decía:

«No te alimentarás más con comida en la tierra. Tu comida será mi carne, tu bebida será mi divina sangre, tu vida será mi vida. Tú la recibes de Mí cuando uno mi Corazón al tuyo. No tengas miedo, ya no serás más crucificada como en el pasado, ahora te esperan nuevas pruebas que serán las más dolorosas. Pero al final yo te llevaré al cielo y la Santísima Madre te acompañará».

Su último éxtasis de la pasión ocurrió el 27 de marzo de 1942, viernes de Dolores. Se atestigua que, a partir del 27 de marzo de 1942 y hasta su muerte —los últimos trece años de su vida—, no comió ninguna bebida ni alimento aparte de la Eucaristía diaria. Su sed sólo podía ser saciada por Dios mismo. Fue sometida a muchos estudios médicos, el último firmado por el profesor João Marques, maestro de ciencias médicas en la Universidad de Pernambuco, conferenciante cualificado para la facultad de dicha institución, profesor de la rama de nutrición de la Escuela de Servicio Sociales y presidente de la Sociedad de Gastroenterología y Nutrición en Pernambuco. En 1943 por cuarenta días y cuarenta noches fueron estrictamente controlados por excelentes médicos su ayuno absoluto y su anuria, en el hospital de la Foz do Douro cerca de Oporto.

Alejandrina compartió a su director espiritual lo que Nuestro Señor le había dicho:

«Estás viviendo solo de la Eucaristía porque quiero mostrarle al mundo entero el poder de la Eucaristía y el poder de Mi vida en las almas».

Durante su larga agonía escuchó la voz del Señor que le decía:

«Dame tus manos porque quiero clavarlas con las mías. Dame tu cabeza porque quiero coronarla con mis espinas como me hicieron a Mí. Dame tu corazón porque quiero traspasarlo con una lanza, como me traspasaron el Mío. Abandónate completamente en mí [...] Ayúdame en la redención de la humanidad».

En 1944 su nuevo director espiritual, el salesiano padre Humberto Pasquale, animó a Alejandrina para que siguiera dictando su diario, después que constató la altura espiritual a la que

había llegado; lo que ella hizo con espíritu de obediencia hasta la muerte. En el mismo año 1944 Alejandrina se inscribió a la Unión de los Cooperadores Salesianos. Quiso colocar su diploma de cooperadora «en donde pudiera tenerlo siempre a la vista», para colaborar con su dolor y con sus oraciones a la salvación de las almas, sobre todo juveniles. Rezó y sufrió por la santificación de los cooperadores de todo el mundo:

> «Me siento muy unida a los salesianos y a los cooperadores de todo el mundo ¡Cuantas veces reafirmo mi testimonio de pertenencia y ofrezco mis sufrimientos, unida a todos ellos, por la salvacion de la juventud! Amo a la congregacion y no la olvidare jamás, ni en la tierra ni en el cielo»

A pesar de sus sufrimientos, ella seguía además interesándose e ingeniándose en favor de los pobres, del bien espiritual de los parroquianos y de otras muchas personas que recurrían a ella. Promovió triduos, cuarenta horas y ejercicios cuaresmales en su parroquia. Especialmente en los últimos años de vida, muchas personas acudían a ella aun de lejos, atraídas por su fama de santidad; y no pocas atribuían a sus consejos su conversion.

En 1950 Alejandrina festeja el XXV aniversario de su inmovilidad. El 7 de enero de 1955 se le anuncia que éste será el año de su muerte. El 12 de octubre quiso recibir la unción de los enfermos. Poco después de recibir la sagrada eucaristía, a las 19,30 del 13 de octubre de 1955, en el 38 aniversario de la última aparición de la Virgen de Fátima y del milagro del sol, Alejandrina expiró. Sus últimas palabras, como un susurro antes de morir, fueron: «No lloren por mí, hoy soy inmensamente feliz... por fin me voy al cielo». Y a los sacerdotes, peregrinos y periodistas que abarrotaban el lugar, les dio un mensaje que debe mover a toda la humanidad: «No pequen más. Los placeres de esta vida no valen nada. Reciban la Comunión; recen el Rosario todos los días. Esto, lo resume todo». En Oporto aquella tarde de octubre las floristerías se vieron privadas de rosas blancas: todas fueron vendidas para llevarlas a Alejandrina, la rosa blanca empurpurada en la Sangre de Jesús.

Poco antes de morir, Alejandrina pidió se le enterrara mirando hacia el tabernáculo de la Iglesia, diciendo:

> «En la vida siempre deseé estar unida a Jesús en el Santísimo Sacramento y mirar hacia el tabernáculo cuantas veces me fuera posible, después de mi muerte quiero seguir contemplándole, teniendo por siempre mi mirada fija en Nuestro Señor Sacramentado».

También dictó a su hermana Deolinda su epitafio, el que actualmente se encuentra grabado sobre su tumba:

> «Pecador: Si las cenizas de mi cuerpo pueden ser útiles para salvarte, acércate. Si es necesario pisotéalas hasta que desaparezcan pero no peques nunca más. No ofendas más a Nuestro amado Señor. Conviértete. No pierdas a Jesús por toda la Eternidad. ¡¡Él es tan bueno!!»

Era la síntesis de su vida gastada exclusivamente para salvar las almas.

En 1978 sus restos fueron trasladados del cementerio a una capilla lateral de la iglesia parroquial de Balasar, donde hoy reposa el cuerpo de Alejandrina. El proceso para su canonización fue solemnemente abierto por el arzobispo de Braga, en 1973. Completado exitosamente, tuvimos el gozo de asistir en Roma, el 25 de abril de 2004 a la beatificación de Alejandrina, de cuya preciosa vida Juan Pablo II, también inmolado y sufriente, aseveró que se podía resumir como un permanente diálogo de amor entre el Señor y ella.

Jesús, que se complace en las almas sencillas y humildes, tantas veces ignoradas, olvidadas y despreciadas por los hombres, se dignaba así exaltar a su sierva Alejandrina, que siempre ardió en deseos de vivir escondida del mundo y ajena a sus grandezas y alabanzas. El Señor ofrece así a nuestros tiempos, infectados de materialismo, la lección heroica de la santidad, que es la realización plena de toda vocación humana y cristiana, la elevación de la criatura a la suprema belleza moral.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

PASQUALE, H., SDB, *Venerábel Alexandrina* (Portugal 1973).

— *Fátima e Balasar, duas terras irmàs* (Portugal 1975).

— *La passione di Gesù in Alexandrina M. da Costa, una mistica del nostro tempo* (Leumann, Turín 1977).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN TEÓFILO DE ANTIOQUÍA

Obispo († s. II)

Nace probablemente en Mesopotamia hacia el año 120 en el seno de una familia pagana acomodada, que pudo darle una excelente educación literaria. Era ya un adulto cuando alguien le dio las Sagradas Escrituras y por su lectura llegó a la fe, convirtiéndose al cristianismo. El año 169 es elegido obispo de Antioquía de Siria, sexto sucesor de San Pedro y cuarto de San Ignacio. Por sus obras sabemos que vivía a la muerte de Marco Aurelio, el año 180, calculándose que moriría unos años más tarde, hacia el 185. Se nos ha conservado sólo su obra *Los tres libros a Autólico* pero por ella sabemos que escribió otras, y aluden a esas obras otros escritores antiguos como Eusebio y San Jerónimo. En su obra aparece el obispo, el pastor de almas, testigo de la tradición de la Iglesia. No tuvo en mucho aprecio la filosofía pagana y se basa en la Escritura para su enseñanza. Su obra es apologética. En el primer libro insiste en las condiciones subjetivas de la fe, afirmando la influencia de la pureza del corazón sobre la fe. Insiste en que Dios es invisible pero se le conoce por sus obras, y afirma con mucho énfasis la esperanza de la resurrección. En el segundo libro pretende demostrar la puerilidad de las creencias paganas y en el capítulo 15 usa por primera vez la palabra Trinidad para señalar las tres personas en Dios. En el tercer libro refuta las acusaciones de antropofagia e inmoralidad que se lanzaban contra el cristianismo e insiste en la antigüedad de las tradiciones bíblicas. Incluida su memoria en el *Martirologio de Adón,* de ahí pasó al *Martirologio romano.*

SANTOS FAUSTO, JENARO Y MARCIAL

Mártures († s. III/IV)

No hay duda de la antigüedad del culto a estos tres santos mártires de la ciudad de Córdoba, mencionados por Prudencio como «las tres coronas» y que tenían en Córdoba una basílica titulada de los Tres Santos, mencionada por San Eulogio en sus

obras. Existe una «passio» que Ruinart no descalifica como fabulosa bien que no parezca ser contemporánea de los santos. Según ella los confesores de la fe fueron primero atormentados y al no renegar del cristianismo fueron quemados vivos. Probablemente se trata de mártires de la persecución de Diocleciano.

SAN COMGAN

Abad († s. VIII)

Comgan era hijo del príncipe Kelly, gobernante de la provincia de Leinster, al que sucedió pero hubo de defenderse del ataque armado de varios príncipes enemigos, contra los que presentó batalla, que perdió. Herido en la batalla, huyó a Escocia con siete compañeros más su hermana y sobrinos, uno de ellos el futuro San Filano, abad. Se decidió entonces por la vida religiosa y levantó un monasterio en Lochals, en el que ingresaron como primeros monjes sus siete compañeros. Puesto al frente del monasterio como abad, dio a todos los monjes el ejemplo de una vida austerísima y llena de grandes penitencias, granjeándose fama de santo. Después de su muerte, empezó su culto enseguida y se le dedicaron numerosas iglesias.

SAN GERALDO DE AURILLAC

Conde († 909)

Geraldo nace en el condado de Aurillac, en Auvergne, hacia el año 855. Educado como correspondía a su nobleza, la enfermedad le impidió empuñar por sí mismo la espada. Desde joven floreció en él el espíritu de piedad y de caridad con los pobres. Habiendo sucedido a su padre en el condado de Aurillac, ejerció su autoridad con un gran sentido de la justicia, procurando en todo el bien de las personas. Llevaba una vida ordenada y piadosa, modesta y frugal, evitando toda violencia y toda injusticia. Tras hacer una peregrinación a Roma, erigió una iglesia en honor de San Pedro y le adjuntó un monasterio (ca.890), donde a él le hubiera gustado tomar el hábito y profesar, pero la propia autoridad de la Iglesia le dijo que su sitio estaba en el

mundo y que allí haría mayor bien. Los últimos siete años de su vida los pasó ciego, llevando esta desgracia con gran paciencia, muriendo en Saint-Cirgues el año 909. Su vida fue escrita por San Odón de Cluny.

14 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La deposición de San Calixto († 222), papa y mártir **.
2. En Capua (Campania), San Lúpulo (fecha desconocida), mártir.
3. En Rímini (Emilia), San Gaudencio († s. IV), primer obispo de la ciudad.
4. En Brujas (Bélgica), San Donaciano († 389), obispo de Reims.
5. En Todi (Umbría), San Fortunato († s. V), obispo.
6. En Champaña (Galia), Santa Manequilde († 490), virgen.
7. En Luna (Liguria), San Venancio († s. IV), obispo.
8. En Beauvais (Neustria), Santa Angadrisma († 695), abadesa *.
9. En San Severino, del Piceno (Italia), Santo Domingo Loricato († 1060), presbítero, de la Orden Camaldulense **.
10. En Angers (Francia), Beato Santiago Laigneau de Langellerie († 1794), presbítero y mártir *.
11. En el Picadero de Paterna (Valencia), Beata Ana María Aranda Riera († 1936), virgen y mártir *.
12. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), beatos Estanislao Mysakowski y Francisco Rosalaniec († 1942), presbíteros y mártires.
13. En Lvov (Ucrania), Beato Román Lysko († 1949), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CALIXTO

Papa y mártir († 222)

El papa San Calixto es, indudablemente, uno de los romanos pontífices que más sobresalieron a fines del siglo II y principios del III, en un tiempo en que multitud de corrientes más o menos peligrosas trataban de desviar a la Iglesia del verdadero

camino de la ortodoxia y del justo medio de la disciplina eclesiástica. Por desgracia, la mayor parte de las noticias que sobre él poseemos nos han sido transmitidas por su apasionado enemigo y contrincante, San Hipólito. Sin embargo, combinando estas noticias con las que nos transmiten el *Liber Pontificalis* (o historia oficial de los Papas) y otras fuentes, podemos estar bastante seguros de la objetividad de nuestra información.

Según el *Liber Pontificalis,* Calixto nació en Roma, y su padre, llamado Domicio, residía en el barrio denominado Ravennatio. Era de condición esclavo; mas, dotado, como estaba, de extraordinarias cualidades, supo levantarse poco a poco hasta llegar a ser obispo de Roma, rigiendo con notable acierto a la Iglesia durante los cinco años que duró su pontificado (217-222).

De su actuación durante los primeros años de su vida nos comunica Hipólito algunos datos, que justamente podemos poner en duda, pues, siendo Hipólito tan apasionado, y tratando de denigrar en lo posible a Calixto, pudo inventar, o al menos exagerar, las noticias que sobre la vida de Calixto conocía. Ante todo, se complace en ponderar su condición de esclavo. Según él, en efecto, era esclavo de un cristiano, llamado Carpóforo, y, habiendo dado pruebas de sus cualidades naturales, su amo puso toda su confianza en él y le encargó de algunos asuntos comerciales o financieros de particular importancia. El resultado fue que, habiendo perdido él gran cantidad de dinero, se encontró en grande apuro frente a su amo Carpóforo. Naturalmente, Hipólito supone que esto sucedió por malversación o mala administración de Calixto; pero no existe ningún indicio que lo confirme; antes, por toda su conducta posterior, debemos más bien admitir que las pérdidas sufridas no se debieron a ninguna causa deshonrosa para Calixto.

Perseguido, pues, por su amo, logró Calixto escapar de Roma; pero fue alcanzado en Porto cuando intentaba huir por mar, y poco después se le impuso un denigrante castigo, propio de esclavos, obligándole a mover la rueda de un molino. Pero entretanto, como insistieran los acreedores para que se le pusiera en libertad, con la esperanza de poder recobrar sus pérdidas, hizo Carpóforo que le levantaran el castigo, y así intentó Calixto entablar negocios en una sinagoga de judíos; pero, temiendo és-

tos ser envueltos en sus engaños, reales o supuestos, le llevaron ante el prefecto de Roma, el cual le hizo azotar y le sentenció luego a ser deportado a las minas de Cerdeña.

Dejando a un lado, como sospechoso, todo lo que signifique mala conducta en Calixto, podemos afirmar, en conclusión, que durante estos años, como sucedía a veces con los esclavos que se mostraban particularmente inteligentes y bien dotados, le encomendó su amo Carpóforo algún asunto delicado, y, habiendo salido mal, fuera de quien fuera la culpa, fue castigado a las minas de Cerdeña.

Y aquí comienza una nueva etapa en la vida del esclavo Calixto. Como en Cerdeña se encontraban multitud de cristianos condenados a los trabajos forzados de las minas, Calixto fue considerado como uno de ellos. Por esto, cuando, por el año 190, Marcia, la favorita del emperador Cómmodo, que era de corazón cristiana, obtuvo la libertad para los cristianos castigados en las minas de Cerdeña, vencidas algunas dificultades, consiguió también ser librado Calixto, y, al ser conducido a Roma, recibió la orden del papa Víctor (189-199) de permanecer en Ancio.

No se sabe con toda seguridad si ya desde un principio, siendo esclavo del cristiano Carpóforo, era cristiano, o si abrazó después el cristianismo, tal vez por el contacto con los deportados de Cerdeña. En todo caso, desde este momento aparece como cristiano, a las órdenes de los Romanos Pontífices. Tampoco aparece cuándo dejó de ser esclavo, recobrando públicamente su libertad. Si es que en realidad fue esclavo, como lo afirma Hipólito, a partir de su vuelta de Cerdeña, se presenta como cualquier otro hombre libre, desarrollando una actividad cada vez más intensa. Tampoco conocemos el motivo por el que el papa Víctor, al volver Calixto de Cerdeña hacia el año 190 ó 191, le ordenó que se retirara a Ancio. De hecho, allí se detuvo Calixto hasta el principio del pontificado de San Ceferino (199-217), aprovechando este tiempo de retiro para intensificar más y más su formación religiosa, preparándose para los grandes problemas para los que le destinaba la Providencia.

El papa Ceferino fue quien puso finalmente a Calixto en situación de poder realizar una obra positiva en beneficio de la

Iglesia y dar claras pruebas de sus extraordinarias cualidades. Efectivamente, conociendo sus dotes naturales y los inagotables recursos de su ingenio, apenas elevado al solio pontificio llamó a Calixto a Roma y le encargó de la catacumba de la Via Appia, que posteriormente recibió el nombre de San Calixto. Entonces, según suponen algunos, recibió oficialmente la libertad, entregándose con toda su alma a la organización y embellecimiento de aquella catacumba, lo que constituye la primera de las importantes obras en que intervino este gran Papa.

Su principal empeño consistió en unificar las diversas partes iniciales, como eran la cripta de Lucina y otras existentes en sus proximidades, dando a todo el conjunto una extensión mayor y convirtiéndolo en el principal cementerio cristiano. Sobre todo, fue obra suya el destinar una de las partes principales de esta catacumba para sepultura de los Papas. Es lo que, desde entonces, se designó como Cripta de los Papas, donde fueron sepultados, durante todo el siglo III, todos los romanos pontífices, excepto Cornelio y el mismo Calixto. No es, pues, de maravillar que posteriormente este cementerio o catacumba fuera designado como cementerio o catatumba de San Calixto. De hecho fue el primero que pasó a ser plena propiedad de la Iglesia. El mismo papa San Ceferino ordenó de diácono a Calixto y le tomó como su principal auxiliar y secretario.

Teniendo, pues, presentes las extraordinarias dotes personales de Calixto, a la muerte de San Ceferino, el año 217, fue elevado al solio pontificio como su sucesor. Y, por cierto, las circunstancias eran bien difíciles para la Iglesia, por lo cual constituye un mérito muy especial de San Calixto el haber resuelto, con su autoridad pontificia, algunos problemas sumamente agitados durante su pontificado.

Dos fueron las cuestiones, a cuál más importante, en las que intervino el nuevo Papa, a las que va unido su nombre en la historia de la Iglesia: la cuestión dogmática sobre la Trinidad, representada por el sabelianismo, que afirmaba una unidad exagerada en la esencia divina y destruía la distinción de personas, y la cuestión del rigorismo exagerado de los montanistas o los defensores de Tertuliano. En ambos problemas tomó Calixto importantes decisiones, que marcaron el punto medio de la verda-

dera ortodoxia católica. Pero también en ambas cuestiones se aprovecha su rival Hipólito para calumniarlo y desacreditarlo ante la Iglesia universal.

Por lo que se refiere al problema del sabelianismo, es bien conocido el hecho de que, a fines del siglo II y principios del III, los discípulos de Noeto y Práxeas, y sobre todo Sabelio, defendían obstinadamente la teoría de la absoluta unidad de la sustancia o esencia divina, de tal manera que no admitían en la Trinidad otra distinción que la meramente modal. Así, según Sabelio, el Hijo y el Espíritu Santo no eran más que diversas modalidades o, como él decía gráficamente, diversos rostros *(prósopa)* de la esencia divina, con lo cual destruía por completo la Trinidad. Frente a un error tan craso y estridente levantáronse en África Tertuliano y en Roma Hipólito; pero, al refutar éste aquellos errores, insistía de tal modo en la distinción del Hijo respecto del Padre, que parecía hablar de dos dioses o dos divinidades. Por eso los sabelianos le echaban en cara que, al quererlos refutar a ellos, defendía un biteísmo igualmente reprensible.

Así se explica que durante el pontificado del papa San Ceferino había reinado gran confusión en esta materia. Por esto se vio Calixto obligado a intervenir con decisión; pero en su impugnación del sabelianismo tomaba el término medio de la ortodoxia, sin aceptar la doctrina de Hipólito. Por esto, con su acostumbrado apasionamiento, le acusa éste de defender la doctrina sabeliana. En realidad no fue así, sino que rechazaba por un lado a Sabelio y por otro a Hipólito, sin determinar explícitamente en qué consistía la verdadera doctrina. Por esto Hipólito se levantó contra Calixto como antipapa y luchó tenazmente contra él: pero al fin, desterrado él mismo por la fe cristiana, reconoció su error, se reconcilió con el sucesor de San Calixto y murió mártir.

Entretanto San Calixto, bien informado de la peligrosa propaganda de los sabelianos, llamados también monarquianos o modelistas, lanzó la excomunión contra Sabelio y sus partidarios, pero al mismo tiempo, sin condenar propiamente a Hipólito, rechazó las teorías que tendían a subordinar al Logos, es decir, a Cristo, a Dios, con lo cual favorecían cierto dualismo en la

divinidad, y juntamente se exponían al peligro de un verdadero subordinacianismo que niega la igualdad del Hijo con el Padre y, por consiguiente, su divinidad. Precisamente de esta tendencia se derivó despues el arrianismo.

Con semejante visión certera de las cosas, y con idéntica prudencia y energía, el papa San Calixto intervino en las cuestiones disciplinares y prácticas, suscitadas en este tiempo por el rigorismo de los montanistas, a los que se juntó luego el fogoso Tertuliano desde Cartago. Efectivamente, esta secta de fanáticos y rigoristas, capitaneada por Montano desde mediados del siglo II, so pretexto de aspirar a la mayor perfección y pureza de los cristianos ante la próxima venida o parusía del Señor, defendían el principio de que los que cometían ciertos pecados mayores, llamados capitales (apostasía, homicidio, fornicación o adulterio), no podían obtener perdón y por lo mismo dejaban de pertenecer a la Iglesia, pues estos pecados eran imperdonables, ya que la Iglesia no tenía poder para perdonarlos.

Pues bien: estos y semejantes principios rigoristas, que, por una parte, por su apariencia de mayor perfección, fascinaban a muchos incautos, y por otra eran fatales para la verdadera doctrina cristiana, adquirieron gran extensión e intensificaron su propaganda a principios del siglo III, en que, con su apasionada y arrolladora elocuencia, se puso de su parte el gran escritor Tertuliano. Por esto el papa San Calixto se vio obligado a intervenir en favor de la misericordia de Dios para con los pecadores y del poder de la Iglesia de perdonar los pecados. Precisamente en este punto su contrincante y mortal enemigo Hipólito acusa a Calixto de un laxismo exagerado, llegando a lanzar contra él la calumnia de que admitía sin distinción a todos los tránsfugas de las sectas; que admitía entre los clérigos a los bígamos o casados por segunda vez, a los fornicarios, etc.

Despojando estas acusaciones de todo lo que es evidentemente exagerado y calumnioso, la realidad era que San Calixto trató de oponerse con toda energía a aquella corriente de extremado rigorismo que todo lo invadía, propugnando con decisión los principios de la verdadera misericordia e indulgencia cristiana. En la práctica defendió con todo empeño la doctrina ortodoxa, tan claramente expresada en el Evangelio, sobre el

poder de la Iglesia de atar y desatar, es decir, conceder o no conceder el perdón de todos los pecados sin excepción, y, por consiguiente, estableció el principio de admitir a penitencia a los reos de apostasía o de pecados contra la carne que, verdaderamente arrepentidos y cumplidas las condiciones impuestas, acudieran en demanda de absolución.

Contra esta práctica, establecida, o mejor dicho, renovada por el papa Calixto, se levantó Tertuliano con su acostumbrada vehemencia, designándola como «decreto perentorio» del Papa, por el que se perdonaba a todos los adúlteros y fornicarios, En realidad, esto era sacar de quicio las cosas. No consta que Calixto publicara ningún edicto propiamente tal. Pero, fuera lo que fuera, lo que ordenó y la manera como creyó conveniente restablecer la práctica cristiana, en realidad, la disciplina que estableció, era la que respondía a la verdadera doctrina de la Iglesia. Por otra parte, al restablecer esta práctica, Calixto insistió siempre en que era la observada por la Iglesia desde un principio.

Tal fue, en conjunto, la actuación del gran papa San Calixto. El *Liber Pontificalis* le atribuye un decreto sobre el ayuno, pero no tenemos noticias ulteriores que confirmen o aclaren esta disposición pontificia. Su gloria descansa, por tanto, en el hecho de que, siendo un simple esclavo de nacimiento, por sus propios méritos se elevó a los más encumbrados cargos y aun al mismo Pontificado, y, además, en su extraordinario acierto en la organización de la catacumba que por lo mismo es conocida como de San Calixto, y en haber defendido el dogma católico frente a los sabelianos antitrinitarios, y la disciplina cristiana del perdón de los pecados contra el rigorismo montanista y de Tertuliano.

Dios premió los grandes méritos que había contraído con su Iglesia concediéndole el honor de la palma del martirio, si bien no tenemos noticias ciertas sobre él. De hecho, la tradición, desde la más remota antigüedad, lo venera como mártir. Murió probablemente durante el reinado del emperador Alejandro Severo (222-235), el año 222; pues, aunque este emperador no persiguió a los cristianos, pudo originarse su martirio por algún arrebato popular promovido por los fanáticos paganos.

En torno a su muerte existen algunas tradiciones o leyendas antiguas que han dado ocasión a algunos monumentos, todavía existentes en nuestros días. Las actas de su martirio, compuestas en el siglo VII, transmiten la leyenda de que, por efecto de la furia popular, fue arrojado por una ventana a un pozo en el Trastevere y su cuerpo sepultado con todo secreto en el vecino cementerio de Calepodio. Tal vez esto explique el hecho sorprendente de que el papa Calixto no fuera sepultado en el cementerio de su nombre, cuya «cripta de los Papas» él mismo había preparado y donde fueron enterrados los demás romanos pontífices del siglo III. Los cristianos, en medio de la revuelta producida con su martirio, lo enterraron en el lugar más próximo.

Muy pronto se levantó la preciosa Basílica de Santa María in Trastevere, iuxta Calixtum, atribuida al papa Julio I (337-352). Según De Rossi, es el primer ejemplo de una basílica construida junto al sepulcro de un mártir. La memoria de este Papa se conserva asimismo en aquel lugar por el Palacio de San Calixto.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Acta. SS. Boll., 14 octubre: *Auctar,* 81s; 179.
ALES, A. d', *L'édit de Calliste. Étude sur les origines de la pénitence chrétienne* (París 1914).
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (París 1886) 92s.
— *Histoire ancienne de l'Église,* I (París ^{3}1908) 294s; 314s.
LEBRETON, J., Art. en FLICHE, A. - MARTIN, V. (dirs.), *Historia de la Iglesia.* II: *La Iglesia en la penumbra* (Valencia 1976) 101s; 106s.
— *La théologie de saint Hippolyte* (París 1906).
GALTIER, P., «Le véritable édit de Calliste»: *Revue d'Histoire Ecclésiastique* 23 (1927) 465s.
• Actualización:
SINOUE, G., *La pourpre et l'olivier ou Calixte 1er le pape oublié* (París 1992).

SANTO DOMINGO LORICATO

Presbítero († 1060)

«La severidad con que este fervoroso penitente emprendió la penitencia por un pecado o falta en que había incurrido engañado, es una increpación justísima de aquellos que, después de haber ofendido a Dios con pleno conocimiento y por mera malicia, se

atreven todavía a esperar un fácil perdón sin atender a las circunstancias que requiere el verdadero arrepentimiento».

Con estas palabras introduce el P. Juan Croisset la vida de Santo Domingo, quien va a pasar al martirologio como un modelo de arrepentimiento vivido en grado heroico, durante toda su existencia, acompañado además de espantosas penitencias. Por una de ellas, la más prolongada y quizás la más dolorosa, recibe el sobrenombre de «loricato» o «encorazado» y se le recuerda en el año cristiano, como Domingo Loricato, traducido del latín y que significa enmallado, vestido de coraza, pero de una coraza o malla de puntas aceradas, que aplicaba directamente a su cuerpo, como si se tratara de una camisa que no se quitaba sino para darse disciplina.

Domingo, nacido de unos padres cristianos que ambicionaban para su hijo una brillante carrera eclesiástica y en la línea bastante frecuente de la época, regalaron al obispo varios presentes, entre ellos una piel de cabra, para que lo ordenase.

Cuando el joven sacerdote se enteró del hecho castigado por las leyes divinas y eclesiásticas, llevando incluso anejas penas y censuras muy severas de la Iglesia, se sintió acometido de tan graves remordimientos que se creía indigno de celebrar la eucaristía. No quiso volver a celebrar la misa ni ejercer los ministerios sacerdotales, a pesar de no ser él quien había cometido los hechos sino solamente el beneficiado.

En tal situación anímica tuvo noticias de que en un desierto llamado Montfeltre o Montefeltro, perdido entre las fragosidades de los montes Apeninos, un santo varón llamado Juan de Montefeltro vivía acompañado de dieciocho fervorosos discípulos, recluidos en sus celdas y dedicados a la penitencia y la contemplación. Era una vida de subido ascetismo: ninguno bebía vino, ni comía carne, ni siquiera laticinios. Ayunaban todos los días a excepción de los jueves y domingos. Guardaban silencio excepto en las máximas necesidades y sólo los domingos, entre vísperas y completas, podían relajarse comunicándose entre sí. Estaban obligados a tomar penitencias de flagelaciones o disciplinas. Un régimen penitencial que hoy nos parece imposible. Y, sin embargo, era la vida propia y normal de esos eremitas.

Domingo pidió ser admitido en la comunidad y Juan de Montefeltro lo aceptó gustoso. Allí se entregó en alma y vida a tan rigurosas penitencias.

Pasados algunos años, hacia 1042, con permiso de su superior, se retiró al desierto, al eremitorio de Fontavellano o Fuente Avellana, a los pies del Apenino en Umbría, gobernado por San Pedro Damián, donde se seguía la regla de San Benito, que se sustituyó después por la de los camaldulenses en el siglo XVI.

El abad, a pesar de estar acostumbrado a ver ejemplos de virtudes y penitencias heroicas, quedó atónito con el fervor del nuevo penitente. Domingo llevaba incrustada en sus carnes la túnica de malla trenzada con alambre acerado, que jamás se quitaba sino para recibir la disciplina o voluntaria flagelación. A todo esto añadía el alimentarse de pan, hierbas y agua. Dormía de rodillas. Y acostumbraba a permanecer con los brazos en cruz hasta que se agotaba su resistencia.

Estando enfermo tuvo que mezclar un poco de vino con agua a modo de reconstituyente, pero no fueron capaces de persuadirlo de que siguiera cuando ya se hallaba restablecido.

En su última enfermedad, lejos de abatirse el espíritu penitencial, parecía haber recobrado mayor vigor. En la última noche de su vida rezó maitines y laudes con sus hermanos y expiró mientras cantaba la prima del oficio divino. Era el 14 de octubre del año del Señor de 1060.

Es una pena que no conozcamos mucho de su vida. Prácticamente todo lo que sabemos de un tan excepcional santo se lo debemos a San Pedro Damián, que escribió su vida. Aunque luego Tarchi, en 1751 y en Roma publicó otra más extensa y con disertaciones. Estos datos se hallan publicado también en el *Acta sanctorum* y en los *Anales camaldulenses.*

No olvidemos que San Pedro Damián consideró siempre la vida eremítica como el vértice y culminación de la experiencia monacal y que el ejemplo penitencial de Santo Domingo se sublima si tenemos en cuenta que durante ese siglo la Iglesia luchó con todas sus fuerzas contra las intromisiones simoníacas.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, IV.
Annales camaldulenses, II.
Biografía universal, IV (Madrid 1851) 104-105.
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* IV (Madrid) 99.
ZIMMERMANN, A. M., *Kalendarum benedictinum,* III (1937) 178-181.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA ANGADRISMA
Abadesa († 696)

Nace en las primeras décadas del siglo VII en Thérouanne hija de Roberto, refrendario del rey Clotario II. Le buscó su padre un ventajoso matrimonio, pero ella deseaba consagrarse a Dios y se cuenta que entonces le vino la enfermedad de la lepra y por ello se deshizo el compromiso matrimonial. El novio ingresó luego en un monasterio y llegó a obispo. Ella, curada milagrosamente de la lepra, pudo ingresar en el monasterio del Oratorio, en Beauvais, del que por su piedad y altas dotes sería elegida abadesa. Este monasterio se le llamaba del Oratorio porque tenía varios sitios de oración donde se alababa a Dios continuamente. Se le atribuyeron muchos milagros, entre otros el de haber apagado las llamas de un incendio con la reliquia de San Ebrulfo, el fundador del monasterio. Murió hacia el año 695. Es patrona de Beauvais.

BEATO SANTIAGO LAIGNEAU DE LANGELLERIE
Presbítero y mártir († 1794)

Nació en La Flèche (Francia) el 19 de abril de 1747 en una familia de clase media. Decidido por el sacerdocio, fue enviado tras su ordenación a Bailleul donde estuvo como vicario durante diez años. Posteriormente ejerció de párroco en La Breyère, pero su salud no era muy buena y consiguió que le dispensaran de cargos directamente pastorales y lo trasladaran, en 1789, a la propia capital diocesana, Angers, como capellán segundo de las carmelitas. Llegada la Revolución, al no ser funcionario público,

no estaba propiamente obligado a prestar el juramento constitucional, pero eso no le evitó ser detenido y recluido en el seminario el 17 de junio de 1792. De ahí fue llevado a Nantes y se libró de momento de la deportación y de haber terminado en los pontones de Rochefort porque los médicos certificaron su mal estado de salud. Siguió en prisión hasta que logró escaparse el 27 de julio de 1793. Se hizo pasar por carretero y así volvió a Angers donde hizo cuanto bien pudo. Reconocido el 11 de octubre de 1794 cuando llevaba los sacramentos a un enfermo, hubo de comparecer ante el Comité que lo reenvió al tribunal de lo criminal, que lo sentenció a muerte alegando como causas no haber prestado el juramento constitucional y haberse escapado cuando estaba designado para la deportación. Subió con serenidad las escaleras del cadalso y recordó que era la víspera de Santa Teresa. Fue guillotinado en la plaza de Angers el 14 de octubre de 1794.

Fue beatificado el 19 de febrero de 1984 por el papa Juan Pablo II.

BEATA ANA MARÍA ARANDA RIERA

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Denia el 24 de enero de 1888 en el seno de una familia acomodada que cuidó mucho su educación. Recibió la enseñanza primaria en el colegio de las Hermanas Carmelitas. Piadosa desde joven, militó con mucho celo en las Hijas de María, en la Acción Católica y en el Ropero de San Vicente de Paúl. Era muy devota de la eucaristía y de la Virgen María y asistía a la misa y comulgaba diariamente. No le había hecho daño a nadie ni había dado motivo alguno para que nadie la odiase y fue sólo su acendrado catolicismo y su decidida defensa de los derechos de la Iglesia lo que provocó su detención en la cárcel de mujeres de Valencia cuando llegó la revolución de 1936. Lo llevó con gran paciencia y humildad y se dedicó a la oración y al consuelo de sus compañeras de prisión, con las que diariamente rezaba el santo rosario. Fue fusilada en el Picadero de Paterna el 14 de octubre de 1936.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ROMÁN LYSKO

Presbítero y mártir († 1949)

Nace en Horodok (Lvov) el 14 de agosto de 1914, hijo de un sacerdote greco-católico que lo educó con esmero. Sintiendo el muchacho la vocación sacerdotal, estudió en la Academia Teológica de Lvov en la que se graduó en teología. En 1938 contrajo matrimonio con Neonila Hunioska, joven de 16 años, con la que tuvo tres hijos. El 28 de agosto de 1941 se ordenó sacerdote en la archieparquía de Lvov de los ucranios. En 1944 fue nombrado párroco de Belzets. Terminada la guerra el gobierno soviético exigió a los greco-católicos que se pasasen a la ortodoxia. El padre de Román asistió al llamado sínodo que acordó este pase, negándose él a pasarse a la ortodoxia, por lo que fue condenado a diez años de trabajos forzados en Siberia. Román igualmente se negó a abandonar su catolicismo y continuó ejerciendo su ministerio en la clandestinidad. Bautizaba en el patio de su casa, celebraba bodas en el bosque, decía misa en los pueblos en las casas de los fieles con las ventanas cerradas simulando que era una fiesta de amigos por si llegaba la policía. El 9 de septiembre de 1949 Román fue arrestado sin que se le dieran explicaciones, en medio de las lágrimas de su esposa e hijos. Fue llevado a la cárcel de Lvov destinada a presos políticos, situada en la calle Lontskoho. En la cárcel se dedicó a la oración y cantaba en alta voz los salmos, pareciéndoles a los guardias que había perdido la cabeza. Su esposa le llevaba cada quince días un paquete con comida, y se le daba un recibo firmado por Román como garantía de que había recibido el envío. Pero en la primavera de 1950 ella se dio cuenta de que la firma estaba falsificada. No se le dio noticia oficial de la muerte de su esposo hasta seis años más tarde y se le dijo que había muerto de paro cardíaco. Circularon diversas noticias sobre su muerte, fechada el 14 de octubre de 1949. Algunos prisioneros dijeron que los guardias lo golpearon brutalmente. Y otras voces que corrieron

aseguraban que fue colocado sobre una rejilla ardiente y encerrado vivo entre cuatro paredes de cemento.

El papa Juan Pablo II beatificó a este joven sacerdote de 35 años, fiel a la Iglesia, como mártir, el 27 de junio de 2001 en su viaje pastoral a Ucrania. A la emotiva ceremonia asistió su esposa octogenaria.

15 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Alba de Tormes, Santa Teresa de Jesús († 1582), virgen, doctora de la Iglesia, reformadora de la Orden del Carmen **.
2. En Edesa (Siria), San Barsén († 379), obispo y mártir.
3. En Tréveris (Galia), San Severo († ca.455), obispo *.
4. En Kitzingen (Alemania), Santa Tecla († 790), abadesa, de la Orden de San Benito *.
5. En el monasterio de Trebnitz (Silesia), Santa Eduvigis († 1243), religiosa, anteriormente duquesa de Polonia, cuya memoria se celebra mañana.
6. En Torres Vedras (Portugal), Beato Gonzalo de Lagos († 1422), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín **.
7. En Nagasaki (Japón), Santa Magdalena († 1634), virgen y mártir **.
8. En Valencia, Beato Narciso Basté y Basté († 1936), presbítero, religioso jesuita, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA TERESA DE JESÚS
Doctora de la Iglesia († 1582)

¿Qué tiene esta mujer que, cuando nos vemos ante su obra, quedamos avasallados y rendidos? ¿Qué fuerza motriz, qué imán oculto se esconde en sus palabras, que roban los corazones? ¿Qué luz, qué sortilegio es éste, el de la historia de su vida, el del vuelo ascensional de su espíritu hacia las cumbres del amor divino? Con razón fundada pudo decir Herranz Estables que «a

Santa Teresa no acaba de conocerla nadie, porque su grandeza excede de tal suerte nuestra capacidad que la desborda, y, como los centros excesivamente luminosos mirados de hito en hito, deslumbra y ciega».

Teresa de Cepeda nace en Ávila, el 28 de marzo de 1515. En el admirable *Libro de la Vida,* escrito por ella misma, nos refiere cómo fueron sus primeros años en el seno de su hidalga familia. Sabemos, además, por testimonio de quienes la trataron, que Teresa de Cepeda era una joven agradable, bella, destinada a triunfar en los estrados del mundo, y, como ella confiesa, amiga de engalanarse y leer libros de caballería; y aún más, son sus palabras, «enemiguísima de ser monja» (*Vida,* II,8). Pero el Señor, que la había creado para lumbrera de la cristiandad, no podía consentir que se adocenara con el roce de lo vulgar espíritu tan selecto, y así, la ayudó a forjarse a sí misma. Venciendo su natural repugnancia, Teresa se determinó, al fin, a tomar el hábito de carmelita en la Encarnación de Ávila. «Cuando salí de casa de mi padre para ir al convento —nos dice ella— no creo será más el sentimiento cuando me muera» (*Vida,* IV,1).

¡Qué emoción tiene, al llegar este punto, ese capítulo octavo del *Libro de la Vida,* en que ella relata los términos por los que fue perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho! Teresa de Jesús, ya monja, quería conciliar lo inconciliable, vida de regalo con vida de oración, afición de Dios y afición de criaturas, que, como más tarde diría San Juan de la Cruz, no pueden caber en una persona a la vez, porque son contrarios, y como contrarios se repelen.

Nuestro Señor, que vigilaba a esta alma, no había ya de tardar en rendirla por entero a su dominio. Y acaeciole a Teresa que, cierto día que entró en el oratorio, vio una imagen que habían traído a guardar allí. Era de Cristo, nos dice ella, muy llagado, un lastimoso y tierno *Ecce Homo.* Al verle Teresa se turbó en su ser, porque representaba muy a lo vivo todo lo que el Señor había padecido por nosotros. «Arrojéme cabe él —nos cuenta— con grandísimo derramamiento de lágrimas» (*Vida,* IX,1). ¿Cómo no había de ser así, si aquel corazón generoso, magnánimo de Teresa estaba destinado a encender en su fuego, a través de los siglos, a miles y miles de almas en el amor de Cristo?

Y ya, desde este trance, el espíritu de Teresa es un volcán en ebullición, desbordante de plenitud y de fuerza Su alma, guiada por Jesucristo, entra a velas desplegadas por el cauce de la oración mental. ¿Qué es la oración para Teresa? ¿Será un alambicamiento de razones y conceptos, al estilo de los ingenios de aquel siglo? No, mucho más sencillo: «No es otra cosa oracion mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (*Vida,* VIII,5). En ese «tratar de amistad» vendrán a resolverse todos los grados de oración que su alma y su pluma recorran, hasta las últimas «moradas», hasta el «convite perdurable» que San Juan de la Cruz pone en la cima del «Monte Carmelo». ¿Y quién no se siente con fuerzas para emprender el camino de la oración mental? Teresa esgrimirá el argumento definitivo para alentar a los irresolutos: «A los que tratan la oración el mismo Señor les hace la costa, pues, por un poco de trabajo, da gusto para que con él se pasen los trabajos» (*Vida,* VIII,8).

Esta es la oración de Santa Teresa, elevada, cordial, enderezada al amor, porque, son sus palabras, «el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho» (*Fund.,* V,2). ¿Quién se imagina que el fruto de la oración son los gustos y consolaciones del espíritu? En otro lugar nos avisará Santa Teresa que «no esta el amor de Dios en tener lágrimas [...] sino en servir con justicia y fortaleza de ánima y humildad» (*Vida,* XI,13).

Es el año 1562. Teresa de Jesús, monja de la Encarnación de Ávila, siente dentro de sí la primera sugestión del Señor que ha de impulsarla a la gran aventura de la reforma carmelitana. ¿Por qué no volver al fervor y rigor de la regla primitiva? Y, desde este punto, Teresa de Jesús pone a contribución todas sus fuerzas en la magna empresa. Ella ha comprendido muy bien el mandato del Señor y el sentido de aquellas palabras del salmista: «obra virilmente», y se lanza con denuedo a la lucha.

Una marea de contradicciones va a oponerse al tesón de su ánimo esforzado. No importa. Ella seguirá adelante, porque es el mismo Jesucristo quien le dirá en los momentos críticos: «Ahora, Teresa, ten fuerte» (*Fund.,* XXXI,26). No importa el parecer contrario de algunos letrados, la incomprensión de sus

confesores, el aborrecimiento, incluso, de sus hermanas en religión, todo un mundo que se levanta para cerrarle el paso. No importa. Es Santa Teresa la que escribe para ejemplo de los siglos venideros esta sentencia bellísima: «Nunca dejará el Señor a sus amadores cuando por sólo él se aventuran» (*Conceptos,* III,7).

Espoleada por esta convicción, Teresa de Jesús vence todos los obstáculos y sale, por fin, de la Encarnación para fundar, en la misma Ávila, el primer palomar de carmelitas descalzas. Se llamará «San José», pues de San José es ella rendida devota. ¿Sabéis cuál es el ajuar que de la Encarnación lleva a la nueva casa, y del que deja recibo firmado? Consiste en una esterilla de paja, un cilicio de cadenilla, una disciplina y un hábito viejo y remendado.

«Andaban los tiempos recios» (*Vida,* XXXIII,5), cuenta la fundadora. Las ofensas que de los luteranos recibía el Señor en el Santísimo Sacramento le impelían a levantar monasterios donde el Señor fuese servido con perfección. Y así, desprovista de recursos, «sin ninguna blanca» (*Vida,* XXXIII,12; *Fund.,* III,2), como ella dice donosamente, fiada sólo en la Providencia y en el amor de Cristo que se le muestra en la oración, funda e irán surgiendo como llamaradas de fe que suben hasta el cielo los conventos de Medina del Campo, Malagón, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba de Tormes, Segovia, Beas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Jara, Palencia, Soria, Granada y Burgos. «Para esto es la oración, hijas mías —apunta la madre Teresa a sus descalzas—; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras» (*7 Moradas,* IV,6). Paralelamente, su encuentro con San Juan de la Cruz, a quien gana para la reforma del Carmelo, señala un jalón trascendental en la historia de la espiritualidad. Estas dos almas gigantes se comprenden en seguida, las dos que, más tarde, habrán de ser los reyes de la teología mística, gloria de España.

Teresa de Jesús desarrolla una actividad enorme, asombrosa, tan asombrosa como lo variado de su personalidad. No hay más que asomarse a la fronda de su incomparable epistolario —cuatrocientas treinta y siete cartas se conservan— para calibrar el talento y fortaleza excepcionales de esta mujer, que, en

un milagro de diplomacia y de capacidad de trabajo, lleva sobre sus frágiles hombros el peso y la responsabilidad de un negocio tan vasto y dilatado como es el de la incipiente reforma del Carmelo.

Su diligencia se extiende a los detalles más nimios. A sí misma se llama «baratona y negociadora» (*Epist.,* I,52), porque llega hasta entender en contratos de compraventa y a discutir con oficiales y maestros de obras.

Por pura obediencia, sólo por pura obediencia, escribe libros capitales de oración, ella, que, de sí misma, dice «cada día me espanta más el poco talento que tengo en todo» (*Fund.,* XXIX,24). Y, mientras escribe páginas inimitables, confiesa —y no podemos por menos de leer estas palabras con honda emoción—: «me estorbo de hilar por estar en casa pobre, y con hartas ocupaciones» (*Vida,* X,7). Sus obras quedan ya para siempre como monumentos de espiritualidad y bien decir. El castellano de Santa Teresa es único. En opinión de Menéndez Pidal, «su lenguaje es todo amor; es un lenguaje emocional que se deleita en todo lo que contempla, sean las más altas cosas divinas, sean las más pequeñas humanas: su estilo no es más que el abrirse la flor de su alma con el calor amoroso y derramar su perfume femenino de encanto incomparable».

Santa Teresa de Jesús, remontada a la última morada de la unión con Dios, posee, además, un agudísimo sentido de la realidad, el ángulo de visión castellano, certero, que taladra la corteza de las cosas y personas, calando en su íntimo trasfondo. En relación con el ejercicio de la presencia de Dios, adoctrina a sus monjas de esta guisa: «Entended que, si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior» (*Fund.,* V,8).

¡Ay la gracia y donaire de la madre Teresa! En cierta ocasión, escribiendo al jesuita padre Ordóñez acerca de la fundación de Medina, dice estas palabras textuales: «Tengo experiencia de lo que son muchas mujeres juntas: ¡Dios nos libre!» (*Epist.,* I,109). Otra vez, en carta a la priora de Sevilla, refiriéndose al padre Gracián, oráculo de la santa y puntal de la descalcez: «Viene bueno y gordo, bendito sea Dios» (*Epist.,* II,87). Y en otro lugar, quejándose de algún padre visitador, cargante en

demasía, escribe a Gracián: «Crea que no sufre nuestra regla personas pesadas, que ella lo es harto» (*Epist.,* I,358). Con sobrado motivo el salero de la fundadora ha quedado entre el pueblo español como algo proverbial e irrepetible.

Teresa de Jesús ya ha consumado su tarea. El 4 de octubre de 1582, en Alba de Tormes, le viene la hora del tránsito. Su organismo virginal, de por vida asendereado por múltiples padecimientos, ya no rinde más. «¡Oh Señor mío y Esposo mío —le oyen suspirar sus monjas—, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos. Señor mío, ya es tiempo de caminar!» Muere, como los héroes, en loor de muchedumbre, porque muchedumbre fueron en España los testigos de sus proezas y bizarrías, desde Felipe II y el duque de Alba hasta mozos de mulas, posaderos y trajinantes. Asimismo la trataron, asegurando su alma, San Francisco de Borja, San Pedro de Alcántara, San Juan de Ávila y teólogos eminentes como Báñez.

> «Yo no conocí, ni vi, a la madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra —escribiría años después la egregia pluma de fray Luis de León—, más agora, que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros».

Cinco siglos más tarde, sin perder un ápice de su vigencia, muy bien podemos hacer nuestras las palabras del insigne agustino.

El cuerpo de Santa Teresa y su corazón transverberado se guardan celosamente en Alba. No hay más que decir para entender que, por derecho propio e inalienable, señala Alba de Tormes una de las cimas más altas y fragantes de la geografía espiritual de España.

PABLO BILBAO ARÍSTEGUI

Bibliografía

OTILIO DEL NIÑO JESÚS, OCD - EFREN DE LA MADRE DE DIOS, OCD - STEGGINK, O., O CARM, *Obras completas de Santa Teresa de Jesús.* Nueva revisión del texto original con notas críticas. 3 vols. (Madrid 1951-1959).

RIBERA, Fr. DE, SI, *La Vida de la Madre Teresa de Jesús, fundadora de las Descalzas y Descalzos, compuesta por el Doctor F. de R., la Compañía de Jesús, y repartida en cinco libros* (Salamanca 1590).

SILVERIO DE SANTA TERESA, OCD, *Vida de Santa Teresa de Jesús,* 5 vols. (Burgos 1935-1937).

YEPES, D. DE, *Vida, virtudes y milagros de la Bienaventurada Virgen Teresa de Jesus, Madre y Fundadora de la nueva Reforma de la Orden de los Descalços y Descalças de Nuestra Señora del Carmen* (Zaragoza 1606).

• Actualización:

ALVAREZ, T. (dir.), *Diccionario de Santa Teresa de Jesús* (Burgos 2001).

EFREN DE LA MADRE DE DIOS, OCD - STEGGINK, O , O CARM, *Tiempo y vida de Santa Teresa* (Madrid ^{4}1996).

JAVIERRE, J. M^{a}, *Teresa de Jesús Aventura humana y sagrada de una mujer* (Salamanca 1982).

MARTINEZ BLAT, V , *La andarrega Biografía intima de Santa Teresa de Jesus* (Madrid 2005).

SANTA TERESA DE JESUS, *Obras completas.* Transcripción, introducciones y notas de EFREN DE LA MADRE DE DIOS, OCD y O. STEGGINK, O CARM (Madrid ^{9}2003)

BEATO GONZALO DE LAGOS

Presbítero († 1422)

Gonzalo de Lagos vino al mundo en el turístico reino del Algarve, sur de Portugal, concretamente en la villa de su apellido, hoy ciudad principal de aquella región. Corría el año 1360. Desconocemos el nombre de sus padres, de quienes sí consta, en cambio, que eran marineros, pescadores, fervorosos cristianos y, como tales, los encargados de educar al pequeño en el santo temor de Dios y en las letras y artes que a esa madrugadora edad ocupan la escuela, pero de modo especial en la escritura, vocación deliciosa y apasionante que luego, de religioso, habría de practicar mucho con libros para el servicio del coro. Altamente dotado, pues, en buenas costumbres y en piedad cristiana, Gonzalo, pese a ello, hubo de sufrir ya de adolescente los fieros embates del enemigo, que siempre contrarrestó a base de fiarse del buen Dios, al que no cesaba de pedir ayuda con poderoso clamor y lágrimas y duros ejercicios ascéticos. Gracias a esa comunicación con el cielo fue saliendo adelante sin jamás perder, ni exterior ni interiormente, la pureza de alma recibida cuando el santo bautismo.

Y es que Gonzalo nunca bajó la guardia, consciente de los peligros que en el mundo corría. Determinó, pues, redoblar ayunos, oraciones y disciplinas, pero al propio tiempo no dejar de pedir al Dios de las luces ayuda para encontrar el camino de su futuro. El próvido auxilio divino le ganó pronto el corazón. En efecto, durante un viaje a Lisboa, ciudad entonces con mu-

chos monasterios y religiosos donde probar, el Espíritu Santo encaminó sus pasos hacia la benemérita Orden de San Agustín. Impulsado por tan extraña fuerza y resplandeciente de tan divina luz, se llegó hasta una iglesia agustiniana de la capital con ánimo de hacer la visita. Allí sintió de repente la llamada interior: era la iglesia del monasterio de Nuestra Señora de Gracia, de la mencionada Orden agustiniana. Fue en el año 1380 cuando el hijo de pescadores y pescador él mismo, nuestro simpático protagonista, tomó el hábito dentro de aquellos silenciosos muros. Bien pronto empezó a sobresalir por su entrega al estudio. Gran teólogo al fin, llegado el momento rehusaría, humilde de espíritu como él era y pese a su indudable capacidad intelectual, el título de maestro en teología. Se ejercitó mucho, eso sí, ya antes de ser ungido sacerdote, en practicar la sencillez evangélica y el espíritu interior, virtudes de las que llegó a ser eminente figura.

Ordenado sacerdote, se dio pronto al incansable ejercicio del ministerio, lo que le valió ganarse a la gente lo mismo de predicador que de pastor: su caridad con las almas parecía no tener límites. Altamente dotado para la oratoria, le encantaba no obstante llevar la religión a los humildes, y sobremanera el catecismo a los niños, obreros e ignorantes. Extraordinariamente virtuoso en el desempeño de su cargo, según permite deducir su gestión en las grandes causas que hubo de acometer, cultivó con denuedo la oración y la contemplación, y fue depurando con progresiva dedicación el alma hasta acabar engolfado por completo en la mística de los santos misterios. Quería que su vida fuera, y lo fue, un surtidor de espiritualidad sacerdotal, y que sus manos hechas a la diaria celebración eucarística irradiaran por doquier, y lo consiguieron, sencillez y bondad. Con tal recogimiento y fervor celebraba la santa misa, tal era el afecto y unción que en ella ponía, que mientras el santo sacrificio más parecía estar entre ángeles en el cielo que ser hombre mortal en la tierra.

Por toda cama tenía en el suelo sarmientos secos y un humilde cobertor, y su celda no pasaba de ser estratégico y secreto campo de adiestramiento en las rigurosas penitencias. Pasaba la mayor parte del día en el coro, bien haciendo oración, bien en-

tregado a otros ejercicios piadosos, y el resto lo invertía en escribir libros corales, menester que los prelados le encomendaban a menudo por ser consumado especialista en ese oficio. Mucho se alegraba Gonzalo con tan singular ocupación de escritor, copista o amanuense, contento de poner en ella elevado espíritu y devota entrega, ávido siempre de grabar dentro del alma o de la mente, como si de una invisible grafía se tratara, el sentido de las palabras que la pluma iba luego plasmando en el pergamino. Alegría indecible la suya de acertar a servir para que los demás alabasen a Dios. Muchos de estos libros, de hecho, alcanzaron considerable difusión por Salamanca, Santarem, Lisboa y tantas otras ciudades. En esta actividad literaria ocupaba las horas dichas del día: las de la noche, en cambio, discurrían entre oración, lágrimas, suspiros y disciplinas, cuando no macerando su carne con áspero cilicio. Todo lo cual iba haciendo de sí un claro ejemplo de penitencia y mortificación.

Su fama de santo crecía de día en día, lo que terminó por atraer las miradas de la Orden para encomendarle oficios de gobierno. Su gran capacidad para administrar la vida monástica con mano firme no exenta de caridad, hizo que se pusieran sucesivamente bajo su dirección los conventos de Lourinan, Lisboa, Santa Irene (Santarem) y Torres Vedras. Se empleó a fondo en educar a los niños y en la instrucción de los campesinos, a los que tanto amaba. Citan sus hagiógrafos el milagro en vida de la curación de un niño ciego, y muchos otros después de muerto, como luego diré. La verdad es que no buscaba en ello sino servir con amor a los hermanos en humildes servicios comunitarios: lo mismo hacía de portero, que de enfermero y, llegado el caso, hasta de cocinero. Bien aleccionado por el divino Maestro, «que no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mt 20,28), le pareció a Gonzalo no diré ya lo más natural del mundo, porque el mundo sabe poco o nada de esas cosas y tiene el paladar del alma estragado para dichos menesteres, sino lo más sublime y ajustado a la caridad evangélica el ejercer tan sencillos oficios conventuales con el estilo del propio Jesús de Nazaret. Y como en este tiempo los conventos de la provincia eran pobres y padecían necesidades sin fin, él mismo procuraba remediarlas en lo posible echándo-

se al hombro las alforjas y haciendo leguas por donde fuera, si el tiempo y otros amargos desmanes no lo impedían. Había que pedir para el sustento de sus frailes.

Recibía con sencillez y reconocida gratitud las limosnas que buenamente le daban, considerándose indigno de aquel pequeño bien, y con santo gozo festejaba los pedazos de pan que iban cayendo en las alforjas. Era tan de buen conformar que con bien poco se contentaba, volviéndose al convento como si consigo llevase las riquezas todas del mundo. Aconteció siendo prior de Torres Vedras: tenía que celebrarse allí, en su convento, el capítulo provincial, y él, viendo la suma pobreza de la casa, falta de todo lo necesario para el mantenimiento de los capitulares, no vaciló en acercarse a Lisboa en busca de auxilio ante su viejo amigo el arzobispo, el cual, naturalmente, mandó que se le diese todo lo necesario, es decir, cuanto Gonzalo pidiese. El siervo de Dios se limitó a cuanto podían admitir sus alforjas, y se volvió a Torres Vedras, siete leguas de tortuoso camino, cantando alegre las alabanzas del Señor en acción de gracias porque podía subvenir con ello a las necesidades del convento. El arzobispo, claro es, por no herir la sencillez del religioso, le dejó hacer, pero luego mandó un montón de acémilas cargadas de pan, vino, aceite, carnes y demás útiles necesarios para el capítulo, ofreciéndose con generosa liberalidad a correr incluso con los gastos capitulares a la vez que se encomendaba a las oraciones de los religiosos, en especial las de su devoto fray Gonzalo.

No sólo en vida, también después de muerto acudió no pocas veces aquel hombre de Dios en socorro de sus religiosos. Se prodigó en el de Santarem y en otros conventos a base de portentos cuya sola relación alargaría demasiado esta semblanza. Siendo prior de Torres Vedras, por ejemplo, se propuso dedicar el tiempo después de las completas en el coro, antes del reposo nocturno, a catequizar a la gente que pasara por delante del convento camino de casa: hombres, mujeres, labradores, todos eran objeto de paternal solicitud, a todos sabía servir, a todos exhortar para la vida eterna. Torres Vedras acabó así convertido en un pueblo con gente obrera y trabajadora tan pendiente del Evangelio, tan entregada y dispuesta, que más parecían religio-

sos de retiro que trabajadores volviendo del trabajo. Y esto mismo que muchas veces hacía a la puerta del convento, lo practicaba también a menudo por caseríos y aldeas, a veces en el umbral de la casa, otras dentro con la familia. Tan ardiente deseo por salvar almas le impulsaba de igual manera a rebajarse hasta los pequeñuelos con el propósito de enseñarles la sana doctrina y las buenas costumbres. Solía rebajarse a ellos haciéndose uno más, alegre, juguetón, cercano, comunicativo, con mucha familiaridad para aficionarles a Dios. Y cuando alguien quería impedir que los pequeños se le acercasen, sus palabras eran infaliblemente las mismas que el Señor Jesús pronunció rodeado de los apóstoles: «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis porque de los que son como éstos es el Reino de los Cielos» (Mt 19,14).

No sólo por sus obras y ejemplos era la santidad del humilde religioso Gonzalo conocida y celebrada, contribuían a ello también las incontables maravillas que Dios hacía por él. A título de muestra, valga citar, dentro de los muchos casos dados, el de una pobre anciana desde muchos años atrás al servicio de la iglesia del convento, la cual, debido a una misteriosa enfermedad, había terminado ciega y así llevaba ya años. Oídas las buenas nuevas que el siervo de Dios obraba en las personas, le dijo un día como quejándose:

> «Padre fray Gonzalo, con quienes os lo piden hacéis maravillas, a todos curáis, a todos remediáis, sólo a mí, que soy vieja y pobre y que desde tanto tiempo sirvo en vuestra casa, no me queréis devolver la salud, no me queréis poner las manos en estos ojos y darme la vista en ellos».

Compadecido de aquella buena mujer y lleno de honda pesadumbre, nuestro siervo de Dios respondió:

> «Hermana, estáis engañada; yo no hago maravilla alguna de las que vos decís; no las puedo hacer; soy siervo sin provecho y el mayor pecador de todos. Es Dios quien hace los milagros a quienes tienen fe viva y verdadera y con un corazón contrito y humilde y confiado se unen a él. No es cosa de que yo ponga las manos en los ojos, que mis manos son manos de pecador, no poderosas para bien alguno, mas si tuviereis fe viva y verdadera y confiareis en Dios, podéis ir a lavaros los ojos con agua de sardinas, con eso sanaréis y volveréis a ver».

Aquella respuesta le pareció a la anciana como venida de un ángel del cielo. Así que no bien hubo vuelto a casa, obediente a cuanto el siervo de Dios le había dicho, se lavó los ojos con agua de unas pocas sardinas saladas, pero lo hizo con tal fervor pidiendo al Señor la gracia de la curación por los merecimientos de fray Gonzalo, resignada ella a lo que Dios dispusiera y fuese servido hacer, que fue todo cosa repentina: de pronto se le abrieron los ojos y empezó a ver y a dar gracias a Dios por la merced recibida a ruegos de su siervo, quien atribuía tales maravillas a la fe de los agraciados.

Los años habían pasado, como suelen, de forma vertiginosa. Ya él muy mayor, lleno de fatigas y consumido por las mortificaciones y el desgaste de las disciplinas, después de haber corrido también él «al alcance de la justicia, de la piedad, de la fe, de la dulzura» (1 Tm 6,11), luego de haber combatido largamente «el buen combate de la fe» (1 Tm 6,12), era tiempo de viajar al santo descanso, de conquistar la vida eterna, objeto de su vocación bautismal, y de la que también él había hecho aquella solemne profesión delante de muchos hermanos. Era llegada la hora del premio a tanto servicio. Y así, el 1 de octubre de 1545, en efecto, se puso malo de una grave dolencia, lo que le hizo presentir próximo el momento de su partida para celebrar con Jesús la Pascua eterna. Recibió los sacramentos de la Eucaristía y de la Unción tan lleno de confianza en Dios que no parecía sino que estuviera gozando ya en la tierra de la gloria que de allí a poco había de recibir en el cielo.

Tras haberse despedido de él, uno por uno, todos los religiosos, y luego de haberles recomendado encarecidamente amar a Dios y guardar la santa *Regla de San Agustín,* les impartió la bendición como buen padre y comenzó a rezar con ellos la recomendación del alma, según acostumbra la Orden con los que están al borde de la muerte. Con sano juicio y perfectos sentidos interiores, entre salmos y versos de los religiosos junto a su lecho, dejándolos de pronto con la palabra en la boca, con mucha quietud, el 15 de octubre de 1422, se fue a gozar del Señor, a quien con tanta fidelidad y amor había servido. Recibió cristiana sepultura en la iglesia conventual de Torres Vedras, llamada de Nuestra Señora de Gracia. Venerado ya en vida como

santo, su culto rompió a divulgarse con inusitada rapidez nada más morir. La gente empezó a recabar su protección visitando el sepulcro, y el Señor a obrar milagros lo mismo en las personas que hacían dicha visita que en quienes se llevaban tierra y reliquias de su siervo.

Su entrega en lo social, religioso y pedagógico había sido admirable, igual que su cariño a los pobres, llenos de filial afecto por su persona. De ahí el afán de visitar sus restos, trasladados en 1492 junto al sitio del evangelio de la iglesia, dado el multitudinario fervor de los peregrinos: los religiosos aprovecharon esta circunstancia para meterlos en una caja cerrada con llave. Mas en vista de que aquello, lejos de venir a menos, iba en aumento y la gente no cesaba de acudir en busca de tierra de la sepultura, fueron devueltos a en 1518 a un pequeño sepulcro de piedra en su anterior enterramiento, con la imagen y figura del santo esculpida en la piedra, y con un orificio en la misma sepultura por donde meter los enfermos cabeza, brazos y manos y tirar de la tierra para sus enfermedades.

Tantos milagros continuó el Señor obrando en el nuevo sepulcro, tanto abundaron los exvotos y las ofrendas ya de la comarca, ya del reino del Algarve, que los traslados fueron sucediéndose acompañados de nuevos prodigios. Especial relieve merece el obrado con uno de los criados de don Gaspar, obispo de Santo Tomé, religioso de la Orden, el cual, herido de la peste de Lisboa, encontró curación visitando el sepulcro. El 18 de diciembre de 1580, día de la «Expectación de Nuestra Señora», llegaron las reliquias en solemne procesión al nuevo monasterio, donde están depositadas con la debida reverencia, obrando el Señor cada día muchas maravillas y nuevos prodigios. Cuentan los biógrafos incluso apariciones del Beato Gonzalo muy parecidas a las de Jesús en el Evangelio: calmar una tempestad en el mar, verbigracia, aparecerse a devotos en trance de extrema necesidad o riesgo al límite, curaciones de la vista, de gota, de numerosas otras dolencias, en fin.

Un renovado interés por el Beato Gonzalo de Lagos floreció en escritos sobre su persona y su obra por los años 1957-62, aprovechando el VI centenario de su nacimiento. Varios estudiosos portugueses y escritores de la religión algarvina publica-

ron por entonces aportaciones monográficas considerables, y su recuerdo se mantiene muy vivo todavía hoy entre sus paisanos, para quienes no es el Beato, sino San Gonzalo, «su santo», protector de la gente del mar y patrono de la juventud. Un grupo de agustinos de visita en Lagos a primeros de junio de 2000 así lo pudieron comprobar venerando su imagen en la iglesia parroquial, cuyo cuidado y apertura corre a cargo de un grupo de señoras que se turnan en tan laudable oficio. El papa Pío V confirmó su culto el 2 de mayo de 1778, y sus reliquias reposan hoy en la mencionada iglesia ex-agustiniana de Nuestra Señora de Gracia.

Gonzalo es nombre germánico, cuyas formas antiguas serían *Gundisalvus* o *Gonzalvus*. Los etimologistas convienen en hacerlo derivar de *Gundi* (lucha), más *all* (todo), más *vus* (dispuesto), es decir, «totalmente dispuesto a la lucha». Lo importaron a la Península Ibérica los visigodos y muy pronto se extendió sin límite de fronteras a juzgar por las ramificaciones del apellido González, patronímico de Gonzalo. Actualmente es nombre que aprecian mucho quienes aman la herencia cultural del pasado. Los Gonzalo celebran su onomástica, según el nuevo ordenamiento del *Martirologio romano* (cf. p.702) el 10 de enero, 6 de febrero, 15 de julio, 4 de agosto, 10 de septiembre, 15 de octubre, día de nuestro Beato Gonzalo de Lagos, y 10 de diciembre, fechas todas con un Gonzalo adornando los cielos azules del santoral. En nuestro caso, hasta el ditirambo estrófico ha reconocido su grandeza en estos versos: «Mostrando su valor, esfuerzo y arte, / con Gonzalo de Lagos el valiente / honor y gloria de su ilustre gente». Las palabras del Concilio Vaticano II en la constitución *Lumen gentium* suministran la clave para interpretar con acierto su exquisita espiritualidad:

> «El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que Él es iniciador y consumador: *Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* [Mt 5, 48]» (LG 40).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, IX, p.421-427.
Bibliotheca sanctorum. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma ²1988) cols.101s.
ALONSO, C., OSA, «Vida del Beato Gonzalo de Lagos por Alejo de Meneses, OSA, arzobispo de Goa»: *Archivo Agustiniano* 72 (1988) n.190, p.275-298.
ASUNCION, J. DE LA, OSA, *Martyrologium augustinianum,* II (Lisboa 1749) 393; 396; 426-428.
Comemoraçoes do VI Centenário do Sao Gonzalo de L. I Coloquio Gonçalino. Discursos e comunicaçoes (Lagos 1962).
GIORGI, T., «Bto. Gonzalo de Lagos († 1422)», en F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 103s.
GUTIÉRREZ, D., OSA, *Historia de la Orden de San Agustín.* 1/2: *Los agustinos en la Edad Media, 1357-1517* (Roma 1977) 130-131.
MARTÍNEZ, H., OSA, *Sao Gonzalo de Lagos* (Braga 1992).
Martyrologium romanum, o. c., 541, n.6*; 702.
MEIJER, A. DE, OSA - SCHRAMA, M., OSA, «Bibliographie historique de l'Ordre de Saint Augustin, 1945-1975»: *Augustiniana* 16 (1976) 186-187.
NOBRE, A., *Algunas peças do processo de beatificaçao de S. Gonzalo de Lagos* (Lagos 1962).
— *O Pescador que quis ser monge e foi santo [S. Gonzalo de L.]* (Tavira 1957).
PURIFICACIÓN, A. DE LA, OSA, *Cronología monastica lusitana* (Lisboa 1642) 101-102.
SACRA RITUUM CONGREGATIO, *Ulyssiponenensis beatificationis et canonizationis ven. Servi Dei Gundisalvi de Lagos. Positio super introductione causae* (Roma 1777).
— *Ulyssiponen. Super cultu immemorabili* (Roma 1778).
— *Ulyssiponen. Super approbatione offitii* (Roma 1779).
TORELLI, S., *Secoli Agostiniani,* VI (Bolonia 1680) 531-538.

SANTA MAGDALENA DE NAGASAKI

Virgen y mártir († 1634)

A finales del siglo XVI budistas y confucionistas empezaron a recelar del favor que el pueblo nipón dispensaba a los católicos. Instigado por su médico el exbonzo Seyakuin Zenso, furibundo enemigo, el sogún Hideyoshi, favorable al principio, dicta el 27 de enero de 1614 un edicto que se hace público el 14 del mes siguiente proscribiendo «sin pérdida de tiempo a todos los cristianos, de manera que no tengan lugar donde poner los pies». Cuantos resistan lo pagarán con la muerte. Los misioneros extranjeros deberán abandonar inmediatamente el país. Tiene Japón entonces 116 jesuitas, 14 franciscanos, 6 dominicos y 3 agustinos. Tras la salida a Macao y Manila, quedan escondidos 42. Sigue luego la destrucción de iglesias, cruces, cementerios y toda clase de símbolos cristianos. En 1644 sólo quedaba un misionero: más de 200.000 cristianos habían sido torturados o expoliados de sus bienes, y no menos de 4.000 degollados, decapi-

tados, crucificados, quemados a fuego lento, o eliminados con el tormento de la horca y hoya. La diabólica prueba, pese a todo, no pudo con el cristianismo, y hoy Japón constituye una esperanza para la Iglesia gracias, entre otros, a Santa Magdalena.

Nagasaki, parte occidental de la isla de Kiu-shiu, hoy ciudad moderna surgida de las cenizas de la destrucción atómica, con más de 500.000 habitantes, industria floreciente, universidad, astillero de primera y febril actividad, no pasaba de ser en el siglo XVI una pequeña aldea de pescadores con pocas casas, todas de madera y paja. En 1567 la visitó por primera vez el hermano jesuita Luis de Almeida: ofrecía óptimas condiciones para construir un puerto de naves comerciales portuguesas, y ciudad refugio para los cristianos. El también jesuita padre Cosme de Torres, antiguo compañero de San Francisco Javier, se lanza a la difícil aventura de la nueva Nagasaki. En pocos años su puerto se habrá convertido en el principal centro comercial entre Portugal y Japón.

A Nagasaki afluyen los cristianos desterrados. Es ciudad abierta, centro cultural y, sobre todo, de expansión misionera. Conocida como «La pequeña Roma», surgen en su casco urbano iglesias y conventos, se instituyen cofradías, se abren parroquias y un gran hospital. Goza de cierta independencia y tiene floreciente comercio. Por sus calles, alegres y bulliciosas, pululan comerciantes portugueses, españoles y japoneses. Crece a ritmo vertiginoso, aunque en 1587 pierde su independencia y pasa a la administración central, a resultas de lo cual los cristianos empiezan a conocer las primeras trabas. No obstante, los católicos pasarán de 50.000 en 1609. El cristianismo se siente seguro y una gran paz reina en la ciudad hasta la mencionada expulsión de 1614: es el principio de las desventuras. La pequeña Magdalena forjará su espíritu afrontando aquellos amargos y desoladores días con asombrosa fortaleza.

Nació probablemente el año 1611 en un pueblecito cercano a Nagasaki. Sus padres, de alto linaje, se desvelaron por darle buena educación —contaban con grandes extensiones de tierra en Arima— y la niña respondió a sus desvelos. Era bella, afectuosa, de mirada dulce, inteligencia precoz, amiga de rezar y asistir al culto. Pronto aprendió a leer en caracteres latinos. Le

gustaban las vidas de santos, mártires sobre todo: en Japón había obras de espiritualidad que ella habría de conservar hasta el momento de su prisión. Su niñez discurrió serena dentro de la familia. Pero aquello duró poco.

Con la predicha deportación Nagasaki se queda muerta. Sólo aguantan en pie cuatro templos, objeto pronto de expolios y abandono. Un silencio abrumador invade a los cristianos: son un rebaño sin pastor. Hasta la imprenta se han llevado, y se ha echado el cerrojo al grandioso hospital, al seminario y al colegio de los jesuitas. No faltan espías por la ciudad. Más de 20.000 cristianos, temerosos de otra inmediata persecución, han preferido huir a los campos o a otras regiones. Mientras este paréntesis de relativa calma, la familia de Magdalena instruye a los hijos frente al peligro. Los preciosos consejos de las *Exhortaciones para el martirio,* libro de lectura, suenan oportunos en Magdalena:

> «El martirio es una gloria. No puede haber excusas para apostatar de la fe. Cuando el martirio es inminente, debes prepararte por medio de la confesión [...] Nunca abrigues malos pensamientos hacia los oficiales que comunican la sentencia de muerte, o hacia los verdugos, sino ruega a Dios que sean conducidos al camino de la verdad, ya que son sus acciones las que te llevan por la vía del Paraíso [...] Mientras eres torturado, visualiza la Pasión de Jesús, piensa atentamente que la Virgen María y muchos ángeles y bienaventurados están contemplando tu combate desde el cielo. Di cualquier cosa que pueda beneficiar a las almas de los espectadores. Dios ciertamente te guiará sobre lo que tienes que decir y hacer, y así encomiéndalo todo a su dirección».

Rompe por fin la tormenta en agosto de 1616 llevando a Nagasaki el luto, el llanto y la desolación. Pelotones policiales registran las casas y hacen redadas de misioneros y cristianos. En una caen el 19 de diciembre de 1619 dos jesuitas, dos dominicos y todos los miembros de las familias anfitrionas. Llenas las prisiones, grupos de cristianos son conducidos a la ejecución, maniatados y con el correspondiente cartel a las espaldas: «por haber escondido a un misionero»; «por predicar el evangelio»; «por conservar cosas de culto». Magdalena suele acompañar con sus padres a esos cristianos hasta el lugar del suplicio. El acceso es libre y asisten miles de cristianos entonando, a una con los mártires, cantos al Señor, mientras las víctimas son de-

capitadas, crucificadas o quemadas a fuego lento. La crucifixión y la muerte a fuego duran a veces muchas horas, tiempo que las pías mujeres, Magdalena entre ellas, aprovechan para confortar, animar, rezar.

Un aciago día los esbirros se llevan a toda su familia menos a ella, tal vez ausente de casa en esos momentos, o quizás por muy pequeña todavía. Lo cierto es que se queda llorando desconsolada: niña como quien dice, también ella quiere morir por Cristo. ¿Por qué ha elegido Dios a toda su familia y no a ella? ¿Indigna del martirio acaso? Sabe que el martirio es un don de Dios, a quien no cesa de pedírselo insistente, convencida de que su hora, de momento, no ha llegado pero llegará. Jamás olvidará la horrible escena del martirio de los suyos, aquella última sonrisa, aquellos cánticos mientras subían al patíbulo... Una vez huérfana, sólo desea consagrarse al Señor y derramar un día la sangre por él. Hace penitencia, practica la caridad y pasa muchas horas en alta contemplación de la pasión de Cristo; sus ojos entonces son un mar de lágrimas.

Pese a la estrecha vigilancia de las costas, el 20 de junio de 1623 logran desembarcar en Ichiki once nuevos misioneros. Vienen de Filipinas. El 14 de octubre del mismo año entran en Nagasaki vestidos de comerciantes. Entre los recién llegados llaman pronto la atención Francisco de Jesús, 33 años, de Villamediana (Palencia), fuerte y fornido, y Vicente de San Antonio, portugués, de la misma edad, pequeño y delgaducho. Son los primeros agustinos recoletos que llegan a Japón. Se rigen por la *Forma de vivir los frailes agustinos descalzos,* escrita por el famoso fray Luis de León. Vicente se queda en Nagasaki. Francisco, por el contrario, sigue hasta la isla de Hiroshima para aprender la lengua, desde la que volverá a Nagasaki en septiembre de 1624.

La joven Magdalena, ganada por la espiritualidad de aquellos frailes, se hace terciaria recoleta. Encuentra con ello consuelo y ánimo en el camino hacia la santidad. Ya no está sola. Otros terciarios y terciarias van engrosando las filas, y ella va a servir de enlace entre aquellos religiosos y los cristianos. Su buena formación religiosa, su natural simpatía, su ardiente amor a Cristo la convierten en catequista ideal, mensajera

de paz, ángel de Dios. Pero el sogún Dietada quiere acabar con lo que él entiende como pesadilla de Nagasaki y en 1625 nombra gobernador a Minuzo Kawachi (1625-29), uno de los más feroces perseguidores, cuya tarjeta de presentación será quemar vivos a nueve misioneros jesuitas y a un buen número de cristianos.

Para evitar que los atrapen juntos, Vicente y Francisco deciden separarse en 1626. Magdalena se queda en Nagasaki, junto al primero: visitan a sus bienhechores y comerciantes portugueses. Magdalena lleva su hábito negro ceñido con una luciente correa, regalo del padre Vicente. Así la recordarán cuando declaren en el proceso. El 17 de agosto de 1627 el fuego acaba con diez prisioneros y los ocho restantes son degollados. Y 1628 no será mejor, pues Kawachi condena a muerte a los irreductibles, y el 8 de septiembre de 1628, por ejemplo, Magdalena asiste de nuevo al atroz espectáculo que presencian impasibles Kawachi con sus satélites. Pero ni las torturas, ni las amenazas, ni la diabólica saña de Kawachi logran erradicar el cristianismo de la ciudad. La principal ocupación de Magdalena será dar ánimo a los condenados. Sus palabras son ascuas encendidas en el brasero de aquellos corazones, y bálsamo cauterizador para tantas heridas sin sentido. Con la constante ayuda de la incansable Magdalena, los padres Vicente y Francisco, venido éste del norte a finales de 1628 para echar una mano, logran sostener a la dispersa cristiandad nagasakiense y enrolar a cientos de terciarios y de cofrades en la cofradía de la correa, consiguen incluso que varios hermanos emitan los tres votos religiosos ante el padre Francisco en la cárcel de Omura.

En la primavera de 1629, el cerco es prácticamente total. El sogún Iemitsu nombra en su lugar a Unemedono Takenaka, cuyo solo nombre hace que muchos cristianos huyan despavoridos a los montes antes de su llegada: no en vano es conocido como el «demonio encarnado». El padre Vicente entiende algo de medicina: cura a los enfermos y asiste a los moribundos. La inseparable Magdalena hace de enfermera. Sus blancas y delicadas manos, su tierna sonrisa, su serenidad facilitan el ejercicio de tan caritativa misión. Como medida de prudencia, los padres Francisco y Vicente deciden separarse de nuevo. El día de San

Agustín, 28 de agosto, después de celebrar la fiesta en compañía de los íntimos, de Magdalena y de algunos terciarios, se despiden para siempre. Entre incesantes sobresaltos pasan Magdalena y el padre Francisco los meses de septiembre y octubre de aquel 1629. Esta vez no podrán escapar de los rabiosos perseguidores.

La situación en noviembre de 1632 es insostenible. Los esbirros de Unemedono recorren palmo a palmo los montes cercanos a Nagasaki. Debidamente autorizados, pasan los límites de la provincia y baten también los montes de Ómura y de Arima. Rastrean cuevas, registran cavidades excavadas en rocas del mar, escalan riscos inaccesibles, talan o queman la maleza cuando esta obstruye su paso. Durante la batida capturan al padre Francisco, y pocos días después a Vicente, el padre espiritual e inseparable compañero de fatigas de Magdalena. El rastreo se cobra también 100 cristianos, casi todos terciarios o cofrades agustinos recoletos. Tan negras noticias llenan de infinita pesadumbre y amargura a la pobre Magdalena, completamente sola en las montañas de Nagasaki, desde las que le corresponderá asistir a la última y más cruel embestida de la persecución. Los conocimientos de medicina aprendidos junto al padre Vicente, van a serle ahora muy útiles para curar enfermos, aunque presiente muy cercano el fin.

En efecto, el sogún Iemitsu, en la primavera del 1633 destituye al gobernador Unemedono, acusado de negligencia en el exterminio de los cristianos y los nuevos gobernadores traen el terrible tormento de la horca y hoya. Han generalizado el *efumi,* es decir, la práctica de pisar el crucifijo o la imagen de la Virgen María. En los montes nagasakienses no es posible hallar ya a sacerdote alguno. Magdalena, cual si fuera una sacerdotisa, trata de suplir su falta. Mientras, la persecución arrecia hasta límites increíbles. Durante el suplicio de la horca y hoya las apostasías se multiplican. No basta ya la palabra encendida de Magdalena; es preciso una víctima que devuelva la fortaleza a los pusilánimes, y esa víctima va a ser ella. Su ejemplo podrá contribuir a poner freno en tanta claudicación. Quiere además humillar a los tiranos, ella, que no logra borrar de su recuerdo a la familia, ni a sus padres espirituales, ni a tantos terciarios que están gozando

ya de la dulce compañía de Dios. Una extraña fuerza interior parece empujarla irresistiblemente hacia Cristo.

Así es como un buen día de septiembre, a primera hora de la mañana, se viste de terciaria, se arregla como quien va de fiesta, y, tras despedirse de terciarios y cristianos, baja decidida a la ciudad. En su mano lleva un hatillo con el que va a presentarse, en un verdadero alarde de provocación, a los guardias. Estos no tendrán más remedio que apresarla. Dicen, temerosos, «que es mujer moza y flaca, y no puede sufrir tan terribles tormentos», pero Magdalena no se da por vencida. También ella tiene derecho a derramar su sangre por Cristo. Así que se presenta directamente a los jueces. Alega que es cristiana, que los guardias no han querido apresarla y ella, en cambio, quiere ser juzgada. Los jueces registran el misterioso hatillo y dan con «un libro espiritual escrito por fray Luis de Granada [seguramente *Guía de pecadores,* publicada pocos años antes en Nagasaki] y un calendario para saber las fiestas de precepto». Le hacen ver que todo aquello está prohibido por las leyes y se lo confiscan. Esa misma mañana ordenan meterla en una de las jaulas.

Las autoridades tienen sumo interés en hacer apostatar a la joven. A las promesas siguen las amenazas y las torturas, que van recrudeciéndose hasta el tormento más terrible de las «cañas tostadas entre las uñas de los dedos de las manos, ordenándole que con los dedos así clavados y acañaverados are o arañe la tierra». Los verdugos pierden la paciencia y una y otra vez la introducen boca abajo en una tinaja llena de agua, hasta dejarla extenuada y sin respiración. Acto seguido le aplican el tormento del agua ingurgitada. Le hacen beber grandes cantidades de agua, introduciéndosela a presión con un embudo, hasta que queda «como una pipa llena». Después presionan saltando sobre su vientre. El agua vuelve a salir teñida de sangre, según refiere un cronista, «por boca, oídos, ojos y narices».

A principios de octubre de 1634 recibe Magdalena la sentencia: es condenada a morir en el terrible tormento de la horca y hoya. Y con ella, sus compañeros de prisión. En una mañana fresca de octubre sacan los soldados a los condenados a muerte y los colocan cada uno en un caballo. Las víctimas llevan una soga al cuello y las manos atadas. Como es costumbre, abre la

comitiva un alguacil, proclamando a voz en grito el bando de la sentencia de muerte. Sigue Magdalena, encabezando el grupo «como una capitana», vestida con su hábito negro y la correa de las terciarias agustinas recoletas. De sus espaldas cuelga un letrero: «condenada a muerte por no querer renegar de la ley de Cristo». Su juventud y belleza, su intrepidez, sus encendidos discursos a los verdugos y a los cristianos que han acudido a ver pasar la comitiva, atraen la mirada de todos. Llegada la comitiva al lugar del martirio, los verdugos cuelgan en la horca a Magdalena cabeza abajo y con los brazos atados contra el cuerpo, como si de una momia se tratase. Medio cuerpo hasta la cintura queda introducido en el pozo que está debajo de la horca. Con un cuchillo le hacen unas incisiones en la sien, para que no muera enseguida por congestión. Tapan el pozo para dificultar la respiración y la sangre empieza a fluir hacia la cabeza. Los ojos y la nariz están para estallar. Los verdugos esperan inútilmente alguna señal. No se oyen sino los débiles suspiros de la víctima, que «invoca a la Virgen María, madre de Dios, y a Jesús». Pasan las horas y los días y allí sigue, viva, sumida en oración, incluso con humor para decir a los verdugos: «¿Queréis oír una cantiga?» Y canta en lengua japonesa las alabanzas del Señor.

Como a Jesús en la cruz —refiere otro testigo—, se le oyó decir: «Tengo sed». Los soldados, compadecidos, le acercaron un vaso de agua. Ella respondió «que su sed no era de esa agua, y que Cristo nuestro Señor le daría del agua que ella deseaba». Pasados trece días, los gobernadores, nerviosos y sospechando de los verdugos, prohibieron prestar ningún auxilio a la víctima. Estaban todos maravillados de tanta resistencia. Para los cristianos era un prodigio de Dios. Dicen documentos antiguos que los verdugos, para evitar las sospechas de las autoridades, le dieron aquel día por la tarde un golpe en la cabeza y, para que todo se pareciese más a la muerte de Cristo, el cielo se llenó de oscuros nubarrones. Esa noche —añaden testigos del proceso— un fuerte aguacero inundó el pozo y Magdalena murió ahogada. Los soldados quemaron el cuerpo y esparcieron las cenizas por el mar, para impedir que cayesen en manos de los cristianos.

La muerte de Magdalena causó profunda impresión no sólo en los cristianos, sino también en los paganos de Nagasaki. Un sentimiento de temor se apoderó de las autoridades, y los soldados de guardia durante el martirio empezaron a contar, llenos de estupor, el sorprendente comportamiento de la joven. Hablaron incluso de prodigios ocurridos durante aquellos interminables trece días. El martirio de la terciaria agustina recoleta siguió recordándose por mucho tiempo, y en la colonia portuguesa deportada a Macao no se hablaba de otra cosa. Todos empezaron a encomendarse a su intercesión. Los agustinos recoletos misioneros por Filipinas no podían permitir que tanta heroicidad y tanto derramamiento de sangre por Cristo, cayese en el olvido. Así que, corriendo 1637, hicieron llegarse hasta Macao al entonces postulador de la Orden, padre Agustín de Jesús María. Muchos soldados y comerciantes portugueses y japoneses en Macao habían asistido a diversos martirios en Japón, desde donde una gran colonia portuguesa había sido deportada en 1636. Oídos cientos de testigos directos, el postulador comprendió la conveniencia de hacer un capítulo aparte con el martirio de Magdalena. Todos hablaban de ella impresionados aún y enamorados de su figura.

Así que, no bien hubo concluido a finales de 1637 el proceso general sobre los diversos mártires agustinos (terciarios y religiosos), se instruyó uno especial sobre la joven catequista. Lo contado por quienes la habían conocido y habían asistido a su martirio era tan excepcional que merecía tratarse por separado. Con ello podría quizás obtener más rápidamente su beatificación. Hasta se pidió al entonces administrador de la diócesis de Macao, el dominico Pedro de San Juan, que, «dada la gravedad de la causa», asistiese personalmente al interrogatorio de los testigos. El postular padre Agustín se contentó con interrogar a 41 testigos directos, pero advirtiendo que había tenido que renunciar a más de 200.

Con gran solicitud discurrió el proceso desde el 1 de febrero hasta el 20 de marzo de 1638 en el convento de los dominicos de Macao. Pudieron declarar los 41 testigos dichos, asistentes a su martirio. Todos recordaban a Magdalena vestida con el hábito negro y correa de las terciarias agustinas recoletas. La habían

visto muchas veces en compañía del padre Vicente, pues era su catequista. También prestaron declaración importantes gentes de negocios y militares de rango residentes en Nagasaki. Muchos afirmaron haberla visto personalmente mientras era conducida al lugar del martirio, y algunos contaron detalles interesantísimos sobre su apostolado. Dijeron, entre otras cosas, que andaba predicando el Evangelio por los montes, que «no conoció varón», que era una especie de sacerdotisa, que se entregó voluntariamente a los jueces, así como las promesas de los tiranos para que renegase de la fe, y los tormentos con tal fin, y las circunstancias de su prisión y martirio. Se oyó asimismo decir que estaba alegre y contenta en la cárcel; que iba al lugar del martirio «capitaneando» al grupo de mártires y cantando salmos de alabanza a Dios; que pidió a los cristianos la encomendasen al Señor; que, metida cabeza abajo en el pozo, invocaba a la Virgen y a Jesús y entonaba cánticos al Señor. Tampoco se pasó por alto, en fin, que durante su martirio muchos testigos habían presenciado maravillas; que duró en el tormento, sin desfallecer, 13 días largos; y que murió ahogada en una noche de grandes aguaceros.

Entre los dieciséis mártires del Japón canonizados el 18 de octubre de 1987 destaca, pues, nuestra simpática joven Magdalena de Nagasaki, terciaria agustina recoleta de 23 años, a quien Juan Pablo II había beatificado en Manila el 18 de febrero de 1981. Joven, virgen y mártir, murió entre los horribles tormentos referidos, entonando con melodiosa y delicada voz bellos cánticos al Señor. Durante siglos fue inspiración de poetas y pintores, aunque su vida, en realidad, tenga muy poco de legendaria. Consta que era grácil y delicada, dulce y atractiva por su hermosura, pero todo ello no era, en verdad, sino el porte externo de un espíritu interior recio e indomable, hecho a la lucha y a los sufrimientos. Fe profunda la suya, herencia de familia, igual que su encendido amor a Cristo, que ella luego acreció con la meditación y sus vivas ansias martiriales.

Por Cristo murió Magdalena en Nagasaki un luminoso día de octubre de 1634. En medio de un ambiente hostil, de persecución y exterminio, colmó su existencia de caridad e inundó su alegre trato de luz, y hoy su tierna figura brilla como lucero col-

gado del firmamento de la historia, pregonando incansable al mundo todo que «la predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan —para nosotros— es fuerza de Dios» (1 Col 1,18). Con Santa Magdalena de Nagasaki el carisma agustiniano floreció prodigiosamente en las remotas tierras del Japón para gloria de Dios y corona de la Iglesia. En ella se cumplió una vez más la inmortal doctrina de San Agustín sobre los mártires:

> «Mucho amaron a Dios nuestros mártires. Como poseían la caridad perfecta, no temieron la crueldad del perseguidor. La caridad perfecta, por tanto, hizo que no temieran nada. Por doquier se ensañaban contra ellos los perseguidores. Por doquier sufrían las tormentas y tempestades de este mundo. Eran fuertes en Dios y en Cristo. Más los perseguían quienes lloraban por ellos que los enemigos que se encolerizaban contra ellos [...]. Honremos, pues, dentro de la Iglesia católica a los mártires, que tienen la gracia, no la audacia; la piedad, no la temeridad; la constancia, no la pertinacia; que recogen, no que dispersan» (*Sermón* 335 G).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Nagasakien. Seu Macaonen. Seu Manilen. Beatificationis seu declarationis martyrii Servorum Dei Dominici Ibade Erquicia, O. P. et XVI sociorum. Positio super introductione causae et martyrio* (Roma 1979).

GONZÁLEZ TEJERO, P., «Mártires de Japón», en C. PUEBLA PEDROSA, *Testigos de la fe en Oriente* (Madrid 1987) 97-126.

GONZÁLEZ VALLES, J., Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000) 646.

HERRERA, A., *Alphabetum Augustinianum,* II (Madrid 1644; reimp. Roma 1989) 69.

IOANNES PAULUS II, «[Homilia I] In foro Sancti Petri habita ob decretos ven. Servo Dei Laurentio Ruiz et Sociis eius Beatorum Caelitum honores [Die 18 m. Octobris a. 1987]»: *AAS* 80 (1988) 586-591.

JESÚS, L. DE, OAR, *Historia general de los religiosos descalzos del Orden de San Agustín,* 2 (Madrid 1681) 271-276.

Martyrologium romanum, o. c., 541, n.7; 726.

RODRIGO, R., OAR, *Una mártir japonesa. Santa Magdalena de Nagasaki, terciaria agustina recoleta* (Roma 1987).

— «Santa Magdalena de Nagasaki (1611-1634)», en: F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 203s.

RODRIGO, R. - MARTÍNEZ CUESTA, A., OAR, *Beata Magdalena de Nagasaki, terciaria agustina recoleta* (Salamanca 1981).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SEVERO DE TRÉVERIS

Obispo († ca.455)

Anteriormente a su ascensión al episcopado Severo, discípulo de San Lupo de Troyes, viajó a Inglaterra con San Germán de Auxerre en la lucha contra la herejía pelagiana. También sabemos de él que fue misionero en la zona de Maguncia donde hizo labor evangelizadora. Elegido obispo de Tréveris hacia 447 dejó clara estela de santidad en el régimen de su diócesis, que no ocupó por mucho tiempo, pues murió hacia el 455.

SANTA TECLA DE KITZINGEN

Abadesa († 790)

Tecla era monja en el monasterio de Wimborne, en Essex, cuando fue elegida por su abadesa Tetta para que marchara a Alemania para ayudar a San Bonifacio en su trabajo misionero. Estuvo en el monasterio de Bischofeim, siendo abadesa del mismo Santa Lioba. Fue el mismo San Bonifacio el que puso a Santa Tecla como abadesa del monasterio de Ochsenfurt, y luego la transfirió con idéntico cargo al de Kitzingen. Muy pronto tanto las monjas como el pueblo tuvo de ella una excelente opinión debido a su humildad, caridad y demás virtudes. San Bonifacio solicitaba con mucha confianza sus oraciones como apoyo a su trabajo misionero. Murió hacia el 790.

BEATO NARCISO BASTÉ Y BASTÉ

Presbítero y mártir († 1936)

Este celoso sacerdote jesuita, muy comprometido con la causa de los pobres, había nacido en la provincia de Barcelona, en San Andrés de Palomar, el año 1866. Tenía 24 años cuando en 1890 decidió su vocación religiosa e ingresó en la Compañía de Jesús, realizando con gran fervor su noviciado y pronunciando los primeros votos religiosos al término del mismo.

Continuó los estudios y en 1899 era ordenado sacerdote, siendo admitido a la profesión perpetua el año 1901. Desempeñó ejemplarmente su ministerio y estuvo destinado como director del Patronato de la Juventud Obrera, que hacía un enorme bien entre los muchachos trabajadores de la capital valenciana. Su interés y entrega a la juventud obrera no le libraron del odio de los revolucionarios de 1936, que lo asesinaron en Valencia el 15 de octubre de 1936.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

16 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. Santa Eduvigis, religiosa, anteriormente duquesa de Polonia, cuyo tránsito fue ayer **.
2. En Paray-le-Monial (Francia), Santa Margarita María de Alacoque († 1690), virgen, de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora, cuyo tránsito fue el día de mañana **.
3. En Jerusalén, la conmemoración de San Longinos, al que se tiene por el soldado que abrió con la lanza el costado de Jesús *.
4. En Toul (Francia), San Elifio, al que se tiene por mártir († s. IV).
5. La conmemoración de los santos Martiniano y Saturiano, con dos hermanos suyos, martirizados todos ellos por los vándalos; y Santa Máxima, virgen, que los atrajo a la fe cristiana y murió en un monasterio († s. V) *.
6. En territorio de Limoges (Aquitania), santos Amando y Juniano († s. VI), ermitaños.
7. Junto a Bregenz (Alemania), San Galo († ca.645), presbítero y monje **.
8. En Noyon (Neustria), San Mummolino († 686), obispo.
9. En el monasterio de Hersfeld (Franconia), San Lulo († 786), obispo *.
10. En el territorio de Retz, junto a Nantes, San Vital († s. VIII), ermitaño.
11. En el territorio de Mirepoix, en los Pirineos, San Gauderico († 900), labrador *.
12. En Brioude, junto a Alvier (Aquitania), Santa Bonita, virgen († s. IX/XI).
13. En Doydes (Francia), San Anastasio († 1085), monje *.

14. En Comminges, en los Pirineos, San Bertrán († 1123), obispo *.
15. En el monasterio de Igny (Francia), Beato Gerardo de Claraval († 1177), abad.
16. En Muro Lucano, San Gerardo Mayella († 1755), religioso redentorista **.
17. En el campo de concentración de Auschwitz, beatos Aniceto Koplinski, religioso capuchino, y José Jankowski († 1941), palotino, presbíteros y mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA EDUVIGIS
Religiosa († 1243)

Esta maravillosa mujer nació en Baviera (Alemania) y era hija del conde Bertoldo de Andechs, marqués de Moravia (en la actual República Checa) y de Inés. Eduvigis tuvo una hermana, Santa Gertrudis, y ésta fue madre de Santa Isabel de Hungría. O sea, que entre santos andaba la familia.

Cuando era pequeñita, sus padres enviaron a Eduvigis al convento de Kintingen, en Franconia. Se trataba de que la chica tuviera una educación esmerada. No se pretendía que se hiciera monja. Tan es así, que cuando sólo tenía 12 años la destinaron en matrimonio a un joven de 18, para que formara con él un hermoso matrimonio. Se llamaba Enrique, duque de Polonia. Estamos ya en el año 1186. Y Dios los bendijo con tres hijos y tres hijas.

Inmediatamente después de la boda, Eduvigis convenció a su esposo para que levantara un gran monasterio en Trebnitz, a cinco kilómetros de Breslau. Y se dice que a todos los presos de Silesia que desearon los llevó a las obras de este monasterio para que, con sus trabajos, redimieran las penas de cárcel que tenían.

Y no sólo fundaron este monasterio de Trebnitz, sino otros muchos; por medio de ellos propagaron la vida religiosa y la cultura germana por todo el país. Eran monasterios cistercienses, de canónigos de San Agustín, y también de dominicos y franciscanos.

El esposo fundó el hospital de Breslau y ella hizo una leprosería en Neumarkt, donde atendía a los enfermos personalmente.

La familia iba creciendo, los hijos se hacían fuertes y sanos; en 1209, después de nacer el último hijo, toman la decisión de hacer voto de continencia perpetua. Siguieron después 30 largos años en este estilo voluntario de vida en castidad perfecta.

¿Qué fue de los hijos? Éstos hicieron sufrir mucho a sus padres. En 1212, el esposo repartió sus bienes entre sus hijos Enrique y Conrado, pero ninguno estaba contento con el reparto. Y cosas que suelen ocurrir en las familias también ocurrieron en ésta.

Empezaron a discutir, llegaron a las manos y montaron una guerra. Eduvigis hizo todo lo que pudo por evitar el conflicto, pero no logró nada. Ellos se liaron en una tremenda batalla y ganó Enrique. Esto supuso para nuestra santa una enorme decepción.

Pensó que los bienes de este mundo no valían para nada si no servían para hacer el bien. Fue una experiencia durísima que le marcó para toda la vida. Quizá por ello tomó más tarde resoluciones drásticas con respeto al uso de los bienes materiales de este mundo.

Todos tenemos la sensación de que los años en que vivió Eduvigis fueron inmovilistas, atrasados y cavernícolas. Era la Edad Media. Sí es verdad que la velocidad con que el mundo avanzaba era muy lenta; no había medios de comunicación ni de transporte ni de propaganda. Pero eso no significa que en los tiempos de esta santa el mundo estuviera parado.

San Francisco de Asís (1181-1227) funda la Orden de los franciscanos (1210).

Santa Clara vive entre 1194-1253.

Santo Domingo de Guzmán (1171-1221) crea la Orden dominicana (1216).

San Pedro Nolasco (1180-1250) funda la Orden de la Merced (1218).

Se organizan tres cruzadas para conquistar Tierra Santa. La tercera (1189-1192), la cuarta (1202-1204) y la quinta (1217- 1221).

Inocencio III (1198-1216) pone al pontificado en el apogeo del prestigio mundial.

El papa Honorio III confirma a los carmelitas en 1226 como una orden de carácter eremita.

Hemos visto que en 1209 hicieron voto de castidad perpetua estos dos piadosos esposos. Y entonces, ella fijó su residencia, casi constante, en el convento de Trebnitz.

Al principio se acercaba en plan de visita; acudía a aquellas mansiones que ella misma había levantado. Más tarde, casi de forma seguida, pasaba grandes retiros entre las religiosas que estaban allí acogidas. Y empezó a vivir de la forma más austera que uno se puede imaginar.

Dormía con las monjas en la sala común. Observaba la misma distribución horaria que todas las demás mujeres del convento. Usaba una túnica y un manto en invierno y en verano. Sobre sus carnes llevaba una camisa de pelo que le mortificaba constantemente; pero le ponía mangas de seda para que nadie se enterara de su mortificación.

Iba por la calle con los pies descalzos, lo mismo en verano que en invierno. Y, para que nadie se enterara de su sacrificio, llevaba siempre unos zapatos en su alforja para ponérselos si se encontraba con alguien en el camino.

Un día le regalaron unos zapatos. Cuando le llamaron la atención porque no se los ponía, los sacó de su manto y dijo: «Siempre los llevo conmigo».

En 1227 su esposo Enrique se alió con Ladislao de Sadomir para defenderse del rey de Pomerania. Éste se lanzó por sorpresa contra los dos y Enrique apenas pudo salvar la vida. Su esposa acudió en su ayuda, pero, cuando llegó hasta él, se encontró con que el marido ya había salido a defender a su aliado, que murió en la batalla. Luchando a brazo partido venció al rey de Pomerania y se estableció en Cracovia.

Poco duraban las paces en aquellos tiempos y sobrevino una nueva guerra: Conrado de Plock cogió prisionero a Enrique. Y de nuevo acudió Eduvigis para proteger a su esposo. Logró que ambos contendientes llegaran a un acuerdo.

La solución vino con un par de matrimonios: dos nietas de Enrique se casarían con dos hijos de Conrado. Asunto concluido.

En 1238, cuando Eduvigis tenía 64 años, murió Enrique. Fue sucedido por su hijo Enrique, que fue apodado «el bueno». Eduvigis estaba en el monasterio de Trebnitz.

Cuando llegó al convento la noticia de la muerte del esposo, todas las monjas lloraron estrepitosamente. Sólo Eduvigis les daba valor: «¿Por qué os quejáis de la voluntad de Dios? Nuestras vidas están en sus manos. Todo lo que él hace está bien hecho, lo mismo si se trata de nuestra muerte como de la muerte de nuestros seres queridos». La única que tenía serios motivos para llorar era el paño de lágrimas de todas las demás mujeres del monasterio.

Entonces, la santa tomó el hábito religioso de Trebnitz; se hizo religiosa de verdad. Pero no hizo de momento los votos para poder repartir entre los pobres todos los bienes que tenía. Y se dedicó con cuerpo y alma a atender a los más necesitados de todo el contorno.

El año 1240, los tártaros invadieron Ucrania y Polonia. El hijo de Eduvigis, Enrique II, les presentó batalla. Murió entre los gases venenosos que lanzaban los enemigos. Tres días antes de que el joven duque muriera, ella tuvo la sensación de ver que iba a morir. Y le dijo a una amiga suya llamada Demudis: «He perdido a mi hijo; se me ha escapado de las manos como un pajarito y jamás volveré a verle». Llegó la noticia y, de nuevo, Eduvigis tuvo que consolar a su hija Gertrudis y a Ana, la esposa del Enrique II.

Dicen que hizo milagros. Por ejemplo, que curó a una religiosa ciega, la cual recobró la vista cuando Eduvigis hizo sobre ella la señal de la cruz. También se dice que hizo diversas profecías, entre ellas la de su propia muerte.

Murió en octubre de 1243 y fue sepultada en su querido Trebnitz. Tenía 69 años. Fue beatificada en 1267 por Clemente IV (1265-1268), veinticuatro años después de su muerte. Los polacos le tienen una gran devoción.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año. Octubre* (Madrid 1867).

MARTÍNEZ PUCHE, J. A., «Santa Eduvigis», en ID. (dir.), *Nuevo año cristiano. Octubre* (Madrid 2001) 382-384.

VILLANUEVA, J. de la C., *Santa Eduvigis, princesa de Polonia* (Caravaca de la Cruz 1972).

www.ewtn.com/spanish/Saints/Eduvigis.htm

SANTA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE
Virgen († 1690)

La primera comunión de una niña de nueve años pasó inadvertida en aquel mundo francés del siglo XVII, deslumbrado por la creciente majestad de Luis XIV, que se había hecho declarar mayor de edad y había comenzado a reinar a los catorce años.

El nacimiento de este rey, 1638, coincidía con la muerte del holandés Cornelio Jansenio, obispo de Ypres, cuya obra principal, el *Augustinus,* había de producir en Francia una revolución contra la piedad debida a Dios, contra la obediencia debida al Papa.

Frente al mundo del poder, del placer y de las herejías, aquella primera comulgante de 1656 iniciaba una cadena de comuniones y visitas íntimas con el Señor sacramentado, que habían de repercutir en toda la Iglesia y habían de contribuir a llenar muchos comulgatorios.

Era hija del notario real Claudio Alacoque, que desempeñaba su cargo en la ciudad de Lhautecour, actual diócesis de Autun. Nació el 22 de julio de 1647, la quinta entre sus hermanos, y fue bautizada con el nombre de Margarita.

Su primera infancia transcurrió en el placentero castillo de su madrina. Prevenida por la gracia de Dios, se sentía como obligada a repetir: «Dios mío, te consagro mi pureza y te hago voto de perpetua castidad». Perdió a su padre cuando tenía ocho años. Su madre la llevó interna con las clarisas urbanistas de Charolles, que la permitieron comulgar a los nueve años, y esta comunión le puso amargor en las diversiones mundanas. Le encantaba la vida religiosa.

Imitaba los buenos ejemplos que veía en las clarisas, y muy gustosa se hubiera quedado con ellas para siempre. Pero el Señor manifestó su voluntad iniciándola en el misterio de la cruz. A los diez años fue presa de una enfermedad que le duró hasta los catorce, produciéndole la impresión de que los huesos le perforaban la piel. Tuvo que volver a casa de su madre y prometió a la Virgen Santísima ser una de sus hijas si recobraba la salud.

La Madre de Dios atendió a sus ruegos, y en el corazón de Margarita se entabló entonces el combate de la juventud: la ale-

gría de verse curada, su temperamento muy afectuoso y las atracciones del mundo, por un lado; por otro, el recuerdo de su promesa y los interiores atractivos de la gracia...

Los planes de Dios se hicieron más definidos, y sus invitaciones más apremiantes. Un día, después de comulgar, respondió a su Señor que, aunque hubiese de costarle mil vidas, sólo sería religiosa. Luego declaró, resueltamente, este deseo a sus familiares, pidiéndoles que despidieran a todos los pretendientes. Tenía veintidós años. El obispo de Chalons la confirmó en sus deseos y, por devoción a la Santísima Virgen, solicitó y obtuvo de este prelado permiso para añadir al suyo propio el nombre de María.

Dudaba qué instituto religioso había de escoger; mas el 25 de mayo de 1671 visitó a las religiosas salesas, en su monasterio de Paray-le-Monial, y enseguida oyó a su divino esposo que le aseguraba: «Aquí es donde te quiero».

Una vez en el noviciado pidió a su maestra que le enseñase cómo había de hacer oración. «Id a poneros ante nuestro Señor como un lienzo delante del pintor». Hízolo así Margarita María, y Nuestro Señor Jesucristo le dio a entender que quería reproducir la imagen de su propia vida terrestre en el alma de la nueva religiosa: los rasgos principales serían el amor a Dios y el amor a la cruz.

Tomó el hábito el 25 de agosto de 1671, y en las conversaciones del noviciado la hermana Margarita María contaba con cándida sencillez los grandes favores que su Señor le dispensaba. Las superioras temieron por el bien de toda la comunidad ante una novicia de caminos tan extraordinarios y decidieron probarla, imponiéndole faenas humillantes y penitencias muy opuestas a su extremada sensibilidad. Margarita María temió desfallecer antes de llegar a su profesión religiosa. Pero Nuestro Señor la sostuvo y la animó a vencer las propias debilidades y repugnancias, buscando por sí misma ocasiones de humillarse y sufrir más.

El 6 de noviembre de 1672 hace su profesión: ya es religiosa en la Orden de la Visitación de Nuestra Señora, y ya le ha descubierto el divino esposo la mayor parte de las gracias que disponía para ella, sobre todo las que se refieren a su amable

corazón, en cuya llaga le ha prometido una mansión actual y perpetua.

Cuatro se consideran como principales entre aquellas maravillosas comunicaciones de Jesucristo a Santa Margarita María: en la primera le descubrió el abismo de su amor a los hombres (día de San Juan, 1673). En la segunda, al año siguiente, el Corazon de Jesús se le mostró herido por las espinas de nuestros pecados, que lo rodeaban y oprimían. El mismo año 1674, cuando la hermana Margarita María se hallaba ante el Santísimo Sacramento expuesto solemnemente, el Señor se deja ver y le pide que comulgue siempre que se lo permita la obediencia, especialmente todos los primeros viernes. Le pide además la hora santa en la noche del jueves al viernes, «para acompañarme en la humilde oración que hice entonces a mi Padre en medio de todas mis congojas...»

Absorta Margarita en su larga oración, la tienen que hacer volver en sí, y la llevan a la superiora. Esta responde negativamente a las peticiones que ella le hace de parte del Señor: hora santa, comunión más frecuente, comunion especial de los primeros viernes...

La superiora se pregunta ansiosa qué espíritu será el que guía a esta hermana tan singular, y hace que la examinen algunas personas doctas. El resultado es deplorable: la tienen por visionaria, condenan su gusto por la oración, prohíben a la hermana y a la superiora hacer caso de esas maravillas y dan la orden de obligarla a comer sopa.

La heroica religiosa se somete a la obediencia, mas persevera en su deseo de cumplir lo que con toda certeza considera designios de Dios. Esta es la gran cruz interior de su vida. Cuando parece que humanamente no podía resistir más, Jesucristo le anuncia formalmente: «Yo te enviaré a mi siervo. Descúbrete a el por completo y él te dirigirá según mis designios».

Este escogido del divino corazón era un padre jesuita, el Beato Claudio de la Colombière, que llegó a Paray-le-Monial el año 1675, como superior de la residencia que allí tenía la Compañía de Jesús. Poco después visitó el monasterio de las salesas para dar ejercicios espirituales. Confortó a la confidente del Sagrado Corazón y reanimó su confianza, después de oírla bondadosamente.

Así llegó la gran revelación del Corazón de Jesús a su mensajera. Mientras ella adoraba al Santísimo Sacramento en uno de los días de la infraoctava del Corpus (junio de 1675), Nuestro Señor se le apareció mostrándole su divino corazón y le dijo:

> «Mira este corazón que tanto ha amado a los hombres y que nada ha perdonado hasta consumirse y agotarse para demostrarles su amor; y, en cambio, no recibe de la mayoría más que ingratitudes, por sus irreverencias, sacrilegios y desacatos en este sacramento de amor. Pero lo que me es todavía más sensible es que obren así hasta los corazones que de manera especial se han consagrado a mí. Por esto te pido que el primer viernes después de la octava del Corpus se celebre una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando en dicho día y reparando las ofensas que he recibido en el augusto sacramento del altar. Te prometo que mi corazón derramará en abundancia las bendiciones de su divino amor sobre cuantos le tributen este homenaje y trabajen en propagar aquella práctica».

Santa Margarita María entiende bien el mensaje que debe transmitir a toda la Iglesia de parte de su divino Salvador.

«Entonces yo —cuenta la misma santa en la carta 103— postrándome en tierra, le dije con Santo Tomás: "¡Señor mío y Dios mío!"» Era la profunda humildad que aceptaba sin condiciones los planes divinos; era la generosidad heroica que se entregaba a realizarlos.

En lo exterior aparecía la hermana Margarita María como una religiosa inteligente, flexible, buena para todo y apta para desempeñar cualquier cargo que se le confiara. Fue sucesivamente enfermera, profesora del grupo de alumnas procedentes de familias distinguidas que vivían en el convento, maestra de novicias, otra vez enfermera, por segunda vez con las pensionistas, asistente de la comunidad y propuesta para superiora.

Mas presintiendo todas las actividades de esta vida exterior, animada siempre por su ardentísima caridad hacia el Corazón de Jesucristo, triunfa por todas partes su incontenible deseo de darlo a conocer y hacerlo amar. Es abrumadora la actividad apostólica que revelan sus escritos, especialmente sus cartas, abundantes y algunas larguísimas. En ellas lo mismo atiende a las pequeñas propagandas de estampas y cuadritos del Corazón de Jesús que procura se conceda la misa propia del Sagrado Corazón; lo mismo escribe al capellán de Luis XIV para que éste le

consagre su persona y su palacio, que comunica los ardores de su devoción con varios sacerdotes jesuitas; lo mismo repite cómo se siente apremiada a promover el reinado de su único amor que anuncia increíbles gracias de salvación y santificación a los que se entreguen a él; lo mismo refiere los favores y carismas celestiales con que la regala el Hijo de Dios, nunca oídos hasta ahora, que expone el sincerísimo convencimiento de su propia nulidad o su anhelo insaciable de sufrir por imitar a Jesús.

El mensaje de Margarita suscitó explosiones de entusiasmo, efluvios de santidad, y al mismo tiempo tempestades de contradicción, ataques enconados. Lo mismo que el mensaje de Jesús en el Evangelio, del que era copia fiel y renovación viviente.

El libro *Augustinus* había sido solemnemente condenado el 31 de mayo de 1653. Poco antes de morir su autor había declarado: «Me someto a lo que ordena la santa Iglesia, en la que he vivido hasta mi última hora». Pero la muerte impidió a Jansenio retractar los errores contenidos en el libro, y espantarse ante los daños que causaban sus afirmaciones y las de sus fanáticos discípulos.

El Dios de los jansenistas es un Dios que no ha amado tanto a los hombres como para morir por todos: un Dios que contempla impasible cómo la voluntad del hombre obra irresistiblemente el bien o el mal; un Dios alejado, un Dios juez más que un Dios padre. ¡Qué distinto del Dios que Santa Margarita ha visto en la Hostia Santa, con un corazón incontenible de bondad y de amor para todos: un Dios tan cercano a los hambres que pide amor, frecuencia de comuniones, entrega personal! Y pide consuelo en su agonía de Getsemaní.

Jesús, no sólo en cuanto Dios, sino también en cuanto hombre por medio de su ciencia infusa, preveía durante su vida mortal todos los pecados de los hombres, todas sus tragedias, todas las sentencias de eterna condenación... Y esto le hacía sudar sangre por la fuerza de la pena interior, ya que amaba tanto a esos mismos hombres que iba a morir por ellos. Pero preveía también las obras buenas, las horas santas. Las comuniones, las obediencias, los sacrificios voluntarios de sus amigos, y esto le hacia sentirse acompañado, le consolaba. Nuestros pecados de

hoy le hicieron sufrir entonces; nuestras buenas obras de hoy le consolaron entonces. Participar en las penas y alegrías de un amigo es el gran recurso que fomenta la verdadera amistad. Por eso los consagrados al Corazón de Jesús desarrollan toda su vida espiritual y tal vez sin darse cuenta, que es lo más bello en ese ambiente santificador de la familiar amistad con Jesús.

Mas la consideración de Dios ofendido por los pecados suscitaba también en Santa Margarita una reacción menos sentimental si se quiere, pero más torturante y más purificadora: más espiritual y más difícil de comprender; un dolor insufrible por las ofensas de Dios y la perdición de los hombres con un anhelo nobilísimo de tributar gloria a Dios, en compensación de la deshonra que tiende a infligirle el pecador, y de salvar a los hermanos.

Este anhelo explica el heroísmo que alcanzó Santa Margarita María en orar, en trabajar, en obedecer, y, compendio de todo, en sufrir por amor. Se consagra al Corazón de Jesús en una entrega absoluta de todo, exceptuando la voluntad «de estar por siempre unida a este divino Corazón y amarle puramente por amor de él». Graba sobre su propio corazón con un cortaplumas el nombre sacrosanto de Jesús. Hace el voto de inmolarse perfectamente al Sagrado Corazón de Jesucristo, escribiendo una fórmula de 19 puntos, cuya sola lectura aterra a la pobre naturaleza humana.

Sufre con dulce paciencia la marcha a Inglaterra de su director espiritual, el Beato Claudio de la Colombière, y, cuando regresa, le anuncia con perfecta sumisión: «Él me ha dicho que quiere aquí el sacrificio de vuestra vida». Acepta el martirio de pedir a la comunidad, de parte de su divino Maestro, que se corrija de algunas faltas. Y vive muriendo en deseos de hacerse pedazos para glorificar a Dios y salvar a los hombres, contrarrestando la obra destructora del pecado.

Jesucristo Nuestro Señor tributó a Dios la suma gloria, al mismo tiempo que redimía y salvaba a los hombres. Pero sólo en la cruz, como víctima divina, consumó su obra. También Margarita María será víctima, esta es su vocación especial.

La devoción al Corazón de Jesús es para todos: mas cada uno la practicará según los dones de gracia y naturaleza que Dios le haya comunicado. Santa Margarita ha sido llamada para

ser víctima al mismo tiempo que mensajera. Por eso lo acepta todo, se inmola en todo, con tal de glorificar a su rey y pasar ella completamente inadvertida, «gozándose en su inutilidad».

Precisamente de esta inutilidad se sirvió Nuestro Señor Jesucristo para demostrar al mundo que el establecimiento de la devoción a su Corazón Sagrado no se funda en cualidades humanas, sino en la Providencia divina.

Salida de Paray-le-Monial, se extiende primero por las comunidades salesas de Dijon, Moulins y Saumur; llega enseguida a Lyón y Marsella; salta hasta Inglaterra, avivando los gérmenes allí sembrados por el Beato Claudio. Una circular de la superiora de Dijon lleva la buena nueva a ciento cuarenta y tres monasterios de la Visitación. El fuego divino va conquistando Francia, Saboya, Italia, Bolonia, Borgoña, Canadá... Varios obispos permiten en sus diócesis la misa propia. Circulan algunos libros y miles de estampas. Aquellas recatadas confidencias del Divino Corazón a Margarita María, y de ésta a su director, han salvado las distancias y resuenan en muchos oídos cristianos. La primera fiesta del Corazon de Jesus (21 de junio de 1075, viernes siguiente a la infraoctava del Corpus), en la que se consagraron fervorosamente al Divino Corazón Santa Margarita y el Beato Claudio, empieza a repetirse a lo largo de los años siguientes. El primer cuadro del Corazon de Jesús, dibujado a tinta en un papel por Santa Margarita María para la fiesta de 1685, es la semilla de miles de cuadros, a los que seguirán miles de estatuas, monumentos, templos ..

Las contradicciones habían sido fuertes, sobre todo de los jansenistas, mas también de buenos católicos recelosos ante cualquier devoción nueva. Pero Jesucristo cumple la promesa que hiciera a su santa confidente: «Reinaré a pesar de mis enemigos». Las ansías de este reinado consumen la vida mortal de la fidelísima mensajera.

En junio de 1690 la nueva superiora le prohíbe la hora santa y todas sus austeridades. Margarita María se somete dulcemente como siempre; pero dice: «Ya no viviré mucho, porque ya no sufro».

El 2 de julio, fiesta de la Visitación, comienza un retiro interior que ha de durar cuarenta días, porque quiere «estar prepara-

da para comparecer ante la santidad de Dios». El 8 de octubre se siente acometida por una fiebre que la obliga a guardar cama, aunque el médico no le da importancia especial. Ya había confesado otras veces que para las enfermedades de Margarita, ocasionadas por la fuerza del divino amor, no encontraba remedio.

Pasan pocos días. Una de las hermanas conoce que Margarita María sufre extraordinariamente y muestra deseos de aliviarla.

> «Muchas gracias —responde la santa enferma— pero son muy cortos los instantes de vida que me restan para desperdiciarlos. Sufro mucho; mas no lo bastante para satisfacer mis ansias de padecer».

Pasan dos días más. Pide a su superiora el Viático; mas no se lo conceden, por creer todos que no se trata de enfermedad grave. Margarita María no insiste; pero el 16 por la mañana, estando aún en ayunas, manifiesta deseos de comulgar y hace intención de recibir a Jesús como viático para el gran viaje. Al atardecer empeora, y deciden velarla por la noche. Así hubo testigos de las jaculatorias, oraciones y coloquios que le inspiraban su impaciente deseo por abismarse en el Corazón de Jesucristo.

Persevera hasta el fin en su función de victima. A la mañana siguiente parece sentir por unos instantes el peso abrumador de la santidad de justicia, ofendida por los pecados. Es un pavor de Getsemaní: ¿Me salvaré, me condenaré? Las miradas a Jesús crucificado, el clamor: ¡Misericordia, Dios mío!, la confianza en los méritos del Corazón de Jesús le devuelven la paz.

Y horas después, rodeada de la comunidad, mientras el capellán le administra la santa unción, pronuncia en un supremo esfuerzo de amor el nombre de Jesús, y en ella se cumple lo que tantas veces había repetido: ¡Qué dulce es morir, después de haber tenido una tierna y constante devoción al Corazón de Aquel que nos ha de juzgar!

Era el 17 de octubre de 1690. Pronto corrió por la pequeña ciudad, con inmensa conmoción y edificación de todos, la noticia de que había muerto la santa.

Fue canonizada por Benedicto XV el 13 de mayo de 1920. Este Papa, en la bula de canonización, consigna la promesa de la perseverancia final hecha por el Corazón de Jesús a Santa

Margarita en favor de los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos. León XIII consagra todo el género humano al Corazón de Jesús. Pío XI reproduce en la encíclica *Miserentissimus* la doctrina de Santa Margarita acerca de la reparación y de la consagración personal. Pío XII, en la *Haurietis aquas,* vuelve a presentarla como confidente del Divino Redentor para divulgar la devoción a su Corazón Sagrado.

No hay santo cuyas revelaciones privadas hayan ejercido en toda la Iglesia influencia tan profunda y tan bienhechora como las de Santa Margarita María de Alacoque.

JOSÉ JULIO MARTÍNEZ, SI

Bibliografía

GAUTHEY, L., *Vie et oeuvres de la bienheureuse Marguerite-Marie Alacoque,* 4 vols. (31915-1918).
HAMON, A., *Vie de la bienheureuse Marguerite-Marie d'après les manuscrits et les documents originaux* (París 1908).
— «Coeur (Sacré)», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* II: *Cabasilas-Cyrille de Scythopolis* (París 1953) cols.1023-1051.
Vie de Sainte Marguerite-Marie Alacoque, écrite par elle-même. Texte authentique (Paray-le-Monial 1920).
Vie de Sainte Marguerite-Marie Alacoque, de l'ordre de la Visitation Sainte-Marie (Paray-le-Monial 1947).
• Actualización:
DARRICAU, R. - PEYROUS, B. (eds.), *Sainte Marguerite-Marie Alacoque et le message de Paray-le-Monial* (París 1993).
DESCOULEURS, B. - GAUD, Ch., *A corazón abierto. Margarita María de Alacoque* (Bilbao 1999).
LE BRUN, J., «Marguerite-Marie Alacoque», en *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique.* X: *Mabille-Mythe* (París 1977) cols.349-355.
SAENZ DE TEJADA, J. M.ª, *Vida y obras principales de Sta. Margarita M.ª de Alacoque* (Madrid 1977).
Vie et oeuvres de sainte Marguerite-Marie Alacoque (París 1990-1993).

SAN GALO

Presbítero y monje († ca.645)

No resulta nada fácil escribir la vida de San Galo, entre otras razones porque conservamos los datos biográficos derivados generalmente de las noticias de una biografía del santo muy mezcladas con los milagros obrados en su sepulcro. Una vida además que no se escribió de una sola vez sino que fue amplia-

da y mezclada a medida que avanzaba la popularidad, más que del santo, de los milagros que se obraban en su sepulcro. Y, para remate, unas hagiografías conservadas fragmentariamente, con noticias unidas a las de su maestro San Columbano, normalmente centradas en noticias escuetas y lapidarias que se vienen repitiendo desde hace siglos. Por otro lado, existen algunos que piensan, además, en otro San Galo o simplemente en un tal Galo que presta sus hechos a nuestro santo, posibilidad que rechazamos de plano.

Galo fue irlandés de familia distinguida, nacido hacia la segunda mitad del siglo VI, entregado ya en su primera infancia al monasterio de Bencor, situado en el país de Ultonia, para que fuera educado por San Columbano, quien gozaba de un prestigio excepcional como maestro y educador. Aquí adquirió profundos conocimientos de la Sagrada Escritura. Era abad de ese monasterio San Congal, quien prendado de las virtudes del joven quiso que recibiera las órdenes sagradas. Sin embargo, Galo sólo aceptó el diaconado para preparase así, con lentitud, al sacerdocio.

En esta situación San Columbano concibió la idea de pasar al continente para potenciar allí las grandes virtudes de penitencia, soledad, oración que providencialmente florecían generosas en Irlanda. Para ello, con el beneplácito del abad San Congal, Columbano seleccionó doce monjes para que lo acompañaran, entre los que se hallaba como muy predilecto Galo.

Pasaron a Inglaterra y desde allí a Francia por los años 589, recalando en los Estados de Childeberto II rey de Austrasia, que deseaba tener en sus dominios este tipo de religiosos.

Los recién llegados, fieles a su vocación, pidieron y encontraron un lugar apartado en el monte Vosga, que separa la Lorena de la Borgoña y de la Alsacia, en los confines de los obispados de Toul y Besançon. Dos años permanecieron en este lugar casi desértico. La fama de los penitentes se popularizó entre el pueblo hasta el punto de que Agnoaldo, padre de San Ayl y otras personas virtuosas les rogaron que pasasen al territorio de Borgoña, ofreciéndoles una casa vieja llamada Luxeu, en la diócesis de Besançon, situada al otro lado del monte Vosga. En ella fundó San Columbano un monasterio y Galo fue de los primeros en seguirlo y abrazar todas sus reglas y dictámenes.

En tan dulce soledad pasó Galo muchos años junto a los suyos hasta que Thierry, rey de Borgoña y sucesor de Childeberto, excitó contra Columbano y sus monjes toda su animadversión a instancias de Brunequilda, la esposa, irritada porque Columbano afeaba al rey los desórdenes que la misma reina autorizaba. Llegaron las cosas a tal extremo que Columbano fue sacado por la fuerza de su monasterio y desterrado a Nantes para, desde allí, hacerlo volver a Irlanda.

En esta situación Galo no se sentía seguro, dada su popularidad y la intimidad con San Columbano. Por eso, acompañado de San Eustaquio, amigo y monje también en Luxeu, no considerándose seguros contra las insidias de la princesa, se refugiaron en Austrasia, bajo la protección del rey Teodoberto.

En la corte de este príncipe encontró a su maestro Columbano que, arrojado por una tempestad a las costas de Flandes, había venido a buscar refugio en ella. Teodoberto, a pesar de que el propósito de sus protegidos era marchar a Italia, no quería perder para sus Estados la presencia de tan virtuosos varones y les rogó encarecidamente que eligiesen el lugar de su territorio que más les agradase para servir en paz al Señor. Aceptaron los huéspedes y se dirigieron a las orillas del Rhin, entraron en las tierras que ahora pertenecen a Suiza y siguiendo las márgenes de Limat llegaron al término del lago de Zúrich y allí, en el territorio de Zug, encontraron el sitio que les pareció más adecuado para vivir en soledad.

Estas regiones eran aún paganas y sus habitantes se resistieron a su evangelización, incluso intentaron arrojarlos de su lado. Ellos persistieron en sus ideales de evangelización. En un arrebato de santa indignación Galo, para demostrar que sus dioses y sacrificios eran falsos, destruyó ofrendas e ídolos. Una acción que irritó a los paganos de tal manera que concibieron el propósito de quitarle la vida. Enterado San Columbano de aquellas intenciones, obligó a Galo y a sus compañeros a marchar a otro lugar más propicio.

Llegaron así a un sitio llamado Arbon, donde encontraron a un sacerdote por nombre Willimar, quien informado de su situación, les dio noticias de la existencia de un desierto, donde se conservaban unas ruinas que les podrían servir de celdas. Allí,

en aquel desierto, muy desierto, encontraron una capilla dedicada a San Aurelio, que los nativos paganos habían profanado colocando en ella sus ídolos. Asentados en el lugar estaban convencidos de que se preparaban más que nada para un martirio posible. Sin embargo, Galo entendía que era el lugar adecuado para sus propósitos ya que conocía la lengua de los naturales. Y allí, otra vez Galo con su intrepidez santa volvió a estimular a los suyos, a comprometerse con sus predicaciones y muy pronto el lugar se transformó en un verdadero monasterio. Se arreglaron celdas, se limpió la capilla, los gentiles comenzaban a aceptar su doctrina y San Columbano pudo bendecir la capilla y celebrar el santo sacrificio de la misa.

Fue en esta situación cuando San Columbano obligó a Galo a que aceptara el sacerdocio y, como tal, le confirió las órdenes sagradas, cobrando así el recién ordenado nuevos bríos para sus compromisos apostólicos. San Columbano pasó a Italia y San Galo quedó allí en Bregentz, pero una grave enfermedad le obligó a ordenar que lo llevasen a Arbon, a la casa del virtuoso sacerdote Willimar.

Cuando se sintió reconfortado, habiendo oído de uno de los diáconos que lo acompañaban —Hiltibod— que existía un desierto aún más solitario que el de Bregentz, se retiró a él, para comenzar en solitario otra nueva andadura penitencial.

Sus primeros pasos en el nuevo desierto fue levantar una cruz e idear una iglesia dedicada a la Santísima Virgen, a quien profesaba una especial devoción. Mas a pesar de la soledad las gentes llegaron a enterarse de la presencia del penitente y pronto se le juntaron algunos seguidores.

La fama de su santidad creció hasta el extremo de que el duque de Cunzon, señor del país, tenía una hija poseída del demonio, quien conociendo la virtud de Galo la llevó ante él para que la aplicara los exorcismos, algo que el santo consiguió con admirable eficacia. Un hecho que el duque tomó por milagroso, venido de la mano de un santo. Por eso, cuando quedó vacante el obispado de Constancia el noble quiso que Galo lo sucediera. Pero quien se consideraba indigno del sacerdocio, mucho más indigno se creía del obispado. Como no pudo conseguirlo, le rogó que, al menos, le señalara alguno de

sus discípulos y Galo le propuso al diácono Juan, a quien el santo había tomado de su mano. Galo sería el predicador en el día de su consagración.

Todavía permaneció unos días con el nuevo obispo, pero luego volvió a su amada soledad, erigió la iglesia concebida, levantando a su alrededor doce celdas para sus discípulos. Éste fue el origen del famoso monasterio o abadía de San Galo, actual Sank Gallen, tan celebrado siempre en el país de los suizos, donde incluso surgió un poblado. La regla aplicada fue la de San Columbano, de quien siempre se sintió discípulo.

Habiendo muerto San Eustaquio, el abad de Luxeu, todos los monjes reclamaron a Galo por abad, pero el que se distinguía por rechazar dádivas eclesiales ahora lo repitió una vez más.

Murió algunos años después de San Columbano, en Arbon, el 16 de octubre del año 645 o quizás en el 650. Se calcula que tendría unos 95 años. Fue enterrado en el monasterio que él mismo había construido. Todos desde los primeros momentos lo aclamaron como santo.

Durante la época carolingia el monasterio de San Galo se convirtió en uno de los más importantes centros de espiritualidad de su época y hasta se afirma que ante el sepulcro de San Galo se realizaban numerosos milagros.

La iconografía posterior lo ha consagrado como monje, vistiendo el hábito benedictino y portando en la mano el bastón abacial. A veces aparece acompañado por un oso ya que, según la leyenda, este animal le ayudó en las obras de su primer monasterio. Hoy se le conoce como el evangelizador de Suiza.

Hemos seguido en nuestro relato fundamentalmente la historia del P. Juan Croisset, porque nos ha parecido la más fiable y lógica, rechazando leyendas muy poco fundadas, encontradas incluso en medios de comunicación moderna. Tampoco hemos hecho caso de quienes hablan de formales y profundas discrepancias con su maestro San Columbano. Se comprenderá fácilmente que todo hay que interpretarlo bajo la renuncia expresa que actuaba siempre en el alma de quien, ante todo, estaba guiado por la humildad, amaba la soledad y tenía en las profundida-

des de su alma el gran espíritu de los monjes, que tanto bien ha hecho en la Iglesia.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* IV (Madrid 1853) 108s.

SAN GERARDO MAYELA

Religioso († 1755)

San Gerardo Mayela es uno de los más extraordinarios taumaturgos del siglo XVIII. Nació el 6 de abril de 1726 en la pequeña ciudad de Muro Lucano, provincia de Potenza, en el reino de Nápoles. Su vida fue muy breve: vivió exactamente veintinueve años, seis meses y siete días, según su primer biógrafo, el padre Tannoia, que descontaría los días incompletos del nacimiento y de la muerte. Pero en tan poco tiempo este buen obrero de Dios levantó un grandioso edificio de santidad.

Su padre, Domingo Mayela, tenía una humilde sastrería de barrio que sacaba la casa adelante; la madre, Benita Galella, ayudaba trabajando en el campo las horas que le dejaban libre las faenas domésticas.

Gerardo fue a la escuela desde los siete años hasta los doce; por su aplicación y buen ejemplo era el preferido del maestro: la doctrina cristiana se la sabía perfectamente, casi antes de comenzar a ir a la escuela.

Cuando tenía doce años perdió a su padre; Benita se quedaba viuda con Gerardo y tres hijas. Había que trabajar para ayudar a la madre; por eso le sacó ésta de la escuela y le puso de aprendiz de sastre con el maestro Martín Pannuto, con vistas a que pudiera establecerse por sí mismo en la que fue sastrería de su padre.

Pannuto era bueno, pero tenía un oficial que era una cosa mala; mal encarado, brutote y de mala entraña. En cuanto se percató que el chiquillo era bueno, manso y que «olía» a beato se le revolvió la bilis: con cualquier motivo le injuriaba, le abo-

feteaba y hasta le golpeaba con la vara de medir. Con razón se lee en una lápida de mármol puesta encima de lo que fue sastrería de Pannuto: «Aquí estuvo el taller de Pannuto, del cual hizo Gerardo escuela de virtudes».

Debió de estar hasta los quince años de aprendiz de Pannuto. A esa edad los milagros y las virtudes habían dado al muchacho fama de algo extraordinario: unos decían que era un santo; otros que era un loco. Como en tiempo de Cristo y... como siempre.

El primer milagro conocido es el que tuvo lugar varias veces en la pequeña iglesia de Capodigiano, dedicada a la Virgen de las Gracias.

No tendría Gerardo más de seis años: iba solito a rezar en aquella iglesita de las afueras; el Niño Jesús se bajaba de los brazos de su Madre y jugaba al escondite con el hijo de Benita: ¡cosas de niños! Luego, al despedirse, le daba un pan blanquísimo que puso en la pista a la madre y las hermanas para comprobar el hecho. Ahora la iglesia de Capodigiano es parroquia; la Virgen no es artística, pero tiene una gracia campesina propia del ambiente rural en que vive...

La afición de Gerardo a la oración, al ayuno, a la soledad y a los dolores de la pasión despertaron en él desde niño y cada día iban en aumento. La madre se desesperaba al ver que casi no comía y lo poco que tomaba lo mezclaba con hierbas amargas.

A los siete años, sin encomendarse a nadie más que a su amor a Jesús Sacramentado, se acercó a comulgar, pero el cura le puso mala cara y pasó de largo. Gerardo se quejó a Jesús y por la noche le dio la primera comunión nada menos que el arcángel San Miguel. La primera comunión oficial no la pudo hacer hasta los doce años, según costumbre de la época.

Cuando estuvo de aprendiz con Pannuto, el tiempo que no podía dar a la oración por el día lo daba por la noche. Era tío suyo el llavero de la catedral y se lo ganó para que le dejara las llaves, y se pasaba las noches enteras algunas veces. Allá oraba, se disciplinaba, cantaba y dormía; y hasta luchaba con los demonios que le querían asustar. Desde el sagrario le dijo Jesús: «¡Loquillo, loquillo!» Gerardo le respondió: «Más loco eres tú, que estás ahí encerrado por mi amor».

Tuvo la santa obsesión de reproducir en su cuerpo los tormentos de la pasión: tomaba disciplinas de sangre, hacía que otros le azotaran y que le arrastraran los mozalbetes por las calles empedradas de Muro. Lo más difícil era que le crucificaran; pero también lo logró con motivo de representarse en la catedral el Viernes Santo cuadros vivos de la Pasión: a los verdugos les rogó que le ataran fuerte para que resultara más al natural.

Su ilusión era hacerse religioso; pero le rechazaban por su aspecto enfermizo, hasta los capuchinos, donde tenía cierta esperanza por ser provincial un hermano de su madre, fray Buenaventura de Muro.

A falta de convento aprovechó la oportunidad para ponerse a servir al obispo de Lacedonia, monseñor Albini, que era muy bueno, pero tenía un genio que no había quien resistiera en palacio más de dos meses. Gerardo, encantado, con tal de huir del mundo y tener una capilla con su Amigo encarcelado, como llamaba a Jesús sacramentado. Y estuvo unos tres años, hasta la muerte de su señor. Fue célebre el milagro que hizo cuando, al ir a sacar agua del pozo público, se le cayó la llave de palacio dentro del pozo. Para que no se enfadara monseñor descolgó a un Niño Jesús con la cuerda del pozo y el Niño le hizo limpio el mandado, subiendo del pozo con la llave en la mano: todavía se llama aquel pozo el Pozo de Gerardito.

Se puso otra vez a trabajar en varias partes y por fin pudo abrir la sastrería; pero los impuestos se la echaron abajo cuando la Real Cámara, con nuestro Carlos III, impuso un régimen implacable de tributación.

El año 1749 se le presentó ocasión de forcejear de nuevo por entrar en un convento: fue la misión de Muro predicada por 15 misioneros de los recientemente fundados por San Alfonso María de Ligorio, dirigidos por el venerable padre Cafaro. Gerardo se pegó a los misioneros con idea de ganárselos para que le admitieran; el padre Cafaro, austero y de voluntad férrea, le dio una rociada de negativas tajante. Avisada por él la madre encerró a Gerardo el día de la marcha de los misioneros para que no se fuera con ellos; pero saltó por la ventana y los alcanzó y logró su intento. Para quitárselo de encima el padre Cafaro lo mandó al convento de Deliceto, convencido de que no duraría una semana.

Pero se engañó. Creían que, como estaba siempre en oración o en éxtasis, no valdría para trabajar; pero trabajaba por cuatro. Lo cual no le impedía escalar las alturas de la contemplación y de todas las experiencias místicas.

Su obsesión de copiar la pasión de Cristo se hizo más impresionante: eran espantosas las disciplinas de sangre y la crucifixión, ayudado por los criados del convento, a los que convencía para que hicieran de verdugos diciéndoles que no le dolía, sino que sentía mucho gusto.

El teatro de estas escenas solía ser una gruta, o mejor una chabola, que todavía se conserva, aunque casi inaccesible, y que ya en el siglo XV sirvió para los mismos menesteres al Beato Félix Consano.

A pesar de su altísima oración desempeñaba a la perfección todos los oficios, aunque la sastrería fue siempre su oficina propia. Sobre todo fue el recadista ideal que recorrió los pueblos sembrándolos de milagros, de ejemplos de santidad y de celo de apóstol.

Por amor a la obediencia adivinaba las órdenes o los deseos de sus superiores; la llevaba tan a la letra que había que andar con cuidado; un día en que un superior le dijo la expresión: «Ande y métase en un horno», se metió en el horno del pan y se hubiera achicharrado allí si no le levantan la obediencia.

Simple lego como era se lo disputaban los párrocos, los conventos y los obispos para que fuera a arreglarles los asuntos de las almas. A veces iba con los misioneros ligorianos y confesaban éstos que hacía él con sus oraciones y con sus palabras y sus virtudes a veces con sus milagros más que todos los misioneros juntos. En los ejercicios que se predicaban en las residencias, Gerardo era un elemento decisivo; descubría con frecuencia las conciencias y no había pecador que se le resistiera. Fue una especialidad suya el enfervorizar los conventos de monjas, a veces bastante relajados, y ganar a muchas doncellas para esposas del Señor. Hay quien ha llamado a esta actividad de su celo su segunda vocación. En una ocasión llevó él mismo de una vez siete doncellas al convento. Con ocasión de sus salidas, para recados, para la postulación o para las misiones, a todas las jóvenes que podía las encaminaba a los conventos como medio para llevarlas a la perfección.

En mayo de 1754 fue víctima de una calumnia por parte de una joven; San Alfonso le llamó y, pareciéndole que la acusación presentaba indicios de verdadera, le impuso severos castigos; el más doloroso, privarle de la comunión. Hasta entonces había estado en residencia en Deliceto; con este vendaval de la calumnia fue de casa en casa sometido a encierro y vigilancia. Cuando, al mes y medio aproximadamente, apareció la verdad por retractación de los autores de la calumnia, le volvió a llamar San Alfonso y le preguntó con emoción: «¿Pero por qué no defendió su inocencia?» Gerardo replicó con dulzura: «Es que la regla prohíbe excusarse cuando reprende el superior». Aquella respuesta conmovió al santo fundador hasta las lágrimas y, entonces, más que por la fama de los milagros, comprendió que tenía un hermanito entre los suyos que era un santo de cuerpo entero.

Del paso por las casas en esta época dejó recuerdo indeleble por sus virtudes y por sus continuos éxtasis y milagros; fue célebre el que hizo en Nápoles metiéndose en el mar con capote y todo, para traer hasta el puerto una barca de la mano, como a una criatura, cuando ya la daban por perdida en un galernazo imponente.

Su última residencia fue Materdómini, levantada en un alto sobre el pueblo de Caposele. Inmortalizó la portería con su caridad, que le valió el título de padre de los pobres, que le daban en toda la comarca. Entraba a saco por la despensa, la panadería y la cocina del convento; y cuando los encargados se iban a quejar al superior se encontraban con que había más abundancia que antes. Parecía que jugaba con Dios y su providencia a los milagros; así que el superior, padre Caione, le dejó seguir los vuelos de su caridad. Delante de los pobres se extasió mientras un ciego tocaba la flauta y cantaba una letrilla piadosa. Todavía hoy se conmemora el milagro en la comida a los pobres en Materdómini, servida con frecuencia por algún prelado.

Murió víctima de la obediencia, saliendo a la postulación en pleno verano y con fiebre hética. Tuvo en un pueblo una hemoptisis y volvió a Materdómini deshecho; para morir. Esto era en la segunda mitad de agosto de 1755: el 16 de octubre entregó su alma a Dios. Su enfermedad fue una serie de prodigios; dieron entonces su más vivo resplandor sus grandes amores: la pasión, la eucaristía, la Santísima Virgen.

Después de su muerte siguió prodigando los milagros. Su sepulcro es un imán de peregrinaciones. La del año 1955, segundo centenario de su muerte, doy fe de que fue... una locura. Aun cuando la abundancia de milagros hacía esperar su pronta canonización, por circunstancias adversas no llegó hasta el año 1904.

Aunque sin tener una aprobación oficial, se le llama patrono de las madres; ya las primeras imágenes, luego de morir, llevaban la inscripción: *Insignis parturientium protector* (Insigne protector en el trance de la maternidad).

Para terminar debo declarar que esta semblanza de San Gerardo está sacada de mi *Vida de San Gerardo Mayela,* documentada y crítica, publicada con motivo de los jubileos gerardinos de 1954 y 1955. Allí puede ver el lector la abundante bibliografía y los archivos consultados en Roma y Nápoles. Por no pasar los límites de esta semblanza, no traslado la nota bibliográfica y el detalle de los archivos consultados, además del abundante de su canonización, guardado en el Archivo de la postulación de la Congregación del Santísimo Redentor, en la casa generalicia de Roma. Pero por ahí puede deducir el lector que todo está basado en documentación auténtica y abundante, y que esta semblanza no es una florecilla franciscana, aunque la figura del santo es una tentación para pergeñarla.

DIONISIO DE FELIPE, CSSR

Bibliografía

DIONISIO DE FELIPE, CSSR, *Vida de San Gerardo Mayela* (Madrid 1954).

LEON XIII, *Acta,* III (Roma 1893) 314-322.

PIO X, *Acta,* II (Roma 1907) 229-245.

SAINT-OMER, E., *Le thaumaturge du XVIII^e siècle, ou la vie, les vertus et les miracles de S. Gérard Majella, frère servant* (Lille 1905).

TANNOIA, A. M., CSSR, *Vita del venerabile servo di Dio Fr. Gerardo Majella, laico della Congregazione del Santissimo Redentore* (Nápoles 1811).

Vita del Beato Gerardo Majella, laico professo della Congregazione del SS. Redentore scritta da un padre della medesima congregazione (Roma 1893).

• Actualización:

GALVIN, J., CSSR, *The story of St. Gerard Majella CSSR* (Nueva York 1981).

GARCIA BLANCO, M., *San Gerardo Mayela. Semblanza biográfica y novena en su honor* (El Prat de Llobregat 2001).

RIO, J. M. DEL, *San Gerardo Mayela: «amigo de los niños, amigo de Cristo». Patron de las madres gestantes y de los niños* (Madrid 1994).

TELLERIA, R., *Un santo popular. San Gerardo María Mayela, hermano redentorista* (Madrid 1993).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LONGINOS

Soldado († s. I)

Según el cuarto evangelio (19,34), una vez muerto el Señor y antes de ser descendido de la cruz, vinieron los soldados y rompieron las piernas de los dos crucificados con Jesús pero a él como lo hallaron ya muerto no le rompieron las piernas sino que «uno de los soldados con la lanza le atravesó el costado, y al punto salió sangre y agua». Es a este personaje al que conmemora el *Martirologio* en el día de hoy, situando la memoria en Jerusalén. ¿Era este soldado el mismo que, muerto el Señor, dijo de él: «Verdaderamente este hombre era justo» (Lc 23,47), o «Verdaderamente este hombre era hijo de Dios» (Mc 15,39) o hacía esta confesión en compañía de los que con él guardaban a Jesús (Mt 27,54)? Este segundo personaje era centurión, según los tres evangelios, lo que no se dice del soldado que abrió con la lanza el costado de Jesús. Tanto a uno *(Actas de Pilatos)* como al otro se le ha dado el nombre de Longinos. Mientras la tradición oriental se ha fijado más en el centurión que confesó a Jesús como hijo de Dios, en la occidental se ha insistido más en el traspaso del costado. Una tradición que ya en el siglo IV recoge San Gregorio Niseno hace de Longinos posteriormente un obispo que evangelizó Capadocia, pero esta tradición no siguió adelante. También se le ha presentado como mártir en Cesarea de Capadocia. Y se encuentra su nombre en diversos martirologios antiguos.

SANTOS MARTINIANO, SATURIANO CON SUS DOS HERMANOS Y MÁXIMA

Mártires (s. V)

Los cinco eran esclavos de un rico propietario vándalo del norte de África. Máxima era una bella joven a la que su amo casa con Martiniano, pero ella logra convencerlo de que guarde castidad y, asimismo, sus hermanos se deciden por una vida enteramente devota. Los cinco decidieron huir. Los hombres se

fueron al monasterio de Thabraca y Máxima a un convento de monjas. Pero el dueño los buscó y encontró, y los llevó cautivos con intención de obligarles a pasarse al arrianismo, y el rey Genserico, que supo el episodio, animó al propietario a torturarlos hasta que abjurasen. No abjuraron y, además, salieron milagrosamente ilesos de la tortura. Muerto el propietario, su viuda los regaló primeramente a otro dueño y luego el rey Genserico los envió al rey de Mauritania. Aquí hicieron apostolado con éxito y llegaron a pedir a Roma misioneros. Pero al saberlo Genserico los mandó torturar y matar. Máxima había sido dejada libre y llegó a abadesa de un monasterio.

SAN LULO
Obispo († 786)

Había nacido en Essex hacia el 710 y profesó como monje en el monasterio de Malmesbury. Se unió a su pariente San Bonifacio como misionero en Alemania. Lo ordenó de presbítero San Bonifacio y lo envió a Roma a evacuar ciertas consultas con el papa San Zacarías. Vuelto de Roma, fue consagrado obispo el año 752 y dos años más tarde se le asignó la sede de Maguncia. Al año siguiente tuvo lugar el martirio de Bonifacio, y Lulo se encargó de ir por el cuerpo del mártir y traerlo a Fulda para enterrarlo en el monasterio que el propio santo mártir había fundado. Precisamente con este monasterio y a cuenta del tema de exención del mismo tendría no pocos problemas San Lulo. Como tal obispo, fue un pastor excelente. Tenía un gran empeño en la formación cultural y espiritual de su clero y por la promoción de la vida monástica, fundando él varios monasterios en la diócesis. Amante de la corresponsabilidad episcopal, no se dispensaba de asistir a los concilios que se celebraban en Francia y Alemania para la salvaguarda de la fe y la toma de normas disciplinares comunes. El año 781 su sede adquirió de nuevo la categoría de metropolitana y el Papa le envió el palio. Sintiéndose anciano se retiró al monasterio de Hersfeld, fundado por él, y allí esperó la muerte con gran piedad y espíritu de humildad. Murió el año 786. Su culto se difundió por toda Alemania.

SAN GAUDERICO
Seglar († 900)

Gauderico fue un seglar que vivió en la segunda mitad del siglo IX como trabajador del campo en una aldea de la zona de Mirepoix, en la diócesis de Carcasona, y que dejó fama de santidad por sus virtudes, adquirida en el desempeño humilde de su trabajo manual. Se conocen pocos detalles de su vida pero su culto está bien atestiguado en las diócesis del mediodía de Francia, donde los campesinos lo invocaban en tiempos de sequía, y el pueblo se encomendaba a él en las epidemias.

SAN ANASTASIO DE CLUNY
Monje († 1085)

Anastasio era natural de Venecia, donde nace a comienzos del siglo XI en el seno de una familia acomodada que le proporciona la oportunidad de estudiar y hacerse una persona culta. Era ya adulto cuando entró en la abadía de Mont-Saint-Michel. Pero cuando el abad del monasterio fue acusado de simonía, Anastasio dejó el monasterio y se fue a vivir como ermitaño a una isla de las costas de Normandía. Fue San Hugo de Cluny el que logró atraerlo a que viviera en este monasterio, y estando allí el papa Gregorio VII lo envió a España, seguramente con el tema de la abolición del rito mozárabe y su sustitución por el romano. Hizo otros varios intentos de vida eremítica que alternó con estancias en el monasterio. Allí estaba cuando murió en 1085. Enseguida se le dio culto como santo.

SAN BERTRÁN DE COMINGES
Obispo († 1123)

Pariente de los condes de Toulouse nace en l'Isle-Jourdain hacia 1050. Su padre esperaba de él que fuera militar pero él sentía la vocación eclesiástica y se hizo sacerdote, obteniendo por sus méritos una canonjía en la catedral de Toulouse de la que llegó a ser dignidad de arcediano. En 1075 fue elegido obis-

po de Comminges, ciudad entonces con muchas ruinas, y que él procuró ante todo que fuera restaurada convenientemente. Construyó la catedral y él mismo la consagró, poniéndole a Nuestra Señora como titular. Partidario de la reforma gregoriana intentó, con gran fortaleza, imponerla en su diócesis, hallando resistencia en los menos fervorosos. Predicó por sí mismo en toda la diócesis, sin exceptuar las zonas más montañosas y alejadas. Estableció en la catedral una comunidad de canónigos regulares de San Agustín, cuya vida él compartía cuando estaba en la ciudad. Se le atribuyeron numerosos milagros. Murió en 1123, y enseguida se le dio culto. Le tuvo devoción el papa Clemente V, que se llamaba Bertrán de Got, y que había sido obispo de Comminges. Parece que lo canonizó el papa Honorio III.

BEATOS ANICETO KOPLINSKI Y JOSÉ JANKOWSKI

Presbíteros y mártires († 1941)

En el tristemente famoso campo de concentración de Auschwitz murieron por la fe el día 16 de octubre de 1941 dos sacerdotes ejemplares que habían soportado con entereza la persecución con que la autoridad nazi les había oprimido y subieron aquel día juntos al reino de los cielos.

Uno de ellos era el religioso capuchino P. ANICETO KOPLINSKI. Su nombre de pila era Alberto Antonio y había nacido en Debrzno, hijo de un polaco y una alemana, aquél católico, ella luterana, el 30 de julio de 1875. Tuvo una buena educación católica. Llamado familiarmente Adalberto, a los 18 años entró en la Orden capuchina, en la provincia de Renania-Westfalia. Hizo el noviciado con el nombre de fray Aniceto y pronunció los primeros votos el 24 de noviembre de 1894. Tres años más tarde hacía la profesión solemne. Hechos los pertinentes estudios, se ordenó sacerdote el 5 de agosto de 1900. Los superiores le indicaron que se ocupara pastoralmente de los polacos que había en Renania y Westfalia. Llegada la guerra mundial se le encargó atender a los prisioneros y los heridos. En 1918 fue trasladado a Varsovia, pero sin dejar de pertenecer a su provincia alemana ni de tener la ciudadanía alemana, pero logró hablar el polaco de forma suficiente como para no tener problemas en

su apostolado. Se ocupó mucho de los pobres para los que pedía asiduamente limosnas. Los vagabundos y los parados eran sus preferidos. La noche del 26 de julio de 1941 la Gestapo rodeó su convento y arrestó a 22 religiosos, entre ellos fray Aniceto. Llevados primero a la cárcel de Pawiak en Varsovia, luego, el 4 de septiembre, pasaron al campo de concentración de Auschwitz. No pudo resistir las terribles condiciones del campo y cayó agotado, siendo llevado a la cámara de gas en el citado día. No había querido alegar su nacionalidad alemana para salvarse, y ofreció su vida por la causa de la Iglesia.

El otro era JOSÉ JANKOWSKI, que había nacido en Pomerania, en la localidad de Czyczkowy, el 17 de noviembre de 1910. Alumno de los padres palotinos de 1924 a 1929, en este año ingresó en esta congregación, la Sociedad del Apostolado Católico. Luego de hacer el noviciado en Oltarzew, pasó a Wadowice para terminar el bachillerato. El 5 de agosto de 1931 hizo la primera profesión y el 2 de agosto de 1936 se ordenó sacerdote en Suchary. Su dedicación fundamental tras ordenarse fue la catequesis en Oltarzew y sus contornos. Estallada la II Guerra Mundial, continuó su apostolado, siendo elegido en marzo de 1941 maestro de novicios. El 16 de mayo de aquel año era arrestado y llevado a la cárcel Pawiak de Varsovia, de donde fue llevado a Auschwitz. El 16 de octubre de ese mismo año lo mataba la guardia del campo. Sacerdote humilde y celosísimo, dejó una clara estela de santidad.

Ambos fueron beatificados el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

17 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Ignacio († 107), obispo de Antioquía y mártir en Roma **.
2. La conmemoración de San Oseas, profeta **.
3. La conmemoración de los santos Rufo y Zósimo († 107), mártires.

4. En el África Proconsular, los Mártires Volitanos († s. III).
5. En Licópolis (Egipto), San Juan († s. IV), ermitaño.
6. En Agen (Aquitania), San Dulcidio († s. V), obispo.
7. En Orange (Provenza), San Florencio († 524), obispo.
8. En Toulouse (Francia), San Gilberto († 1167), abad del Císter *.
9. En Binasco (Lombardía), Beato Baltasar Ravaschieri de Chiavari († 1492), presbítero, religioso franciscano *.
10. En Wrexham (Gales), San Ricardo Gwyn († 1584), mártir bajo el reinado de Isabel I.
11. En Roma, Beato Pedro de la Natividad de María Casani († 1647), presbítero, religioso escolapio **.
12. En Paray-le-Monial (Francia), Santa Margarita María de Alacoque, cuya memoria fue ayer.
13. En Petit-Coudray de Champgeneteux, junto a Laval (Francia), Beato Santiago Burin († 1794), presbítero y mártir **.
14. En Valenciennes (Francia), beatas María Natalia de San Luis (María Luisa Josefa) Vanot y sus compañeras: María Lorenza de San Estanislao (Juana Regina) Prin, María Úrsula de San Bernardino (Jacinta Agustina Gabriela) Bourla, María Luisa de San Francisco (María Genoveva) Ducrez y María Agustina del Sagrado Corazón (María Magdalena) Déjardin, religiosas de la Orden de Santa Úrsula, mártires en 1794 *.
15. En Hué (Anam), San Francisco Isidoro Gagelin († 1833), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir *.
16. En Suna (Italia), Beato Contardo Ferrini († 1902), seglar, de la Tercera Orden Franciscana **.
17. En Ciudad Real, Beato Fidel Fuidio Rodríguez († 1936), religioso marianista, mártir *.
18. En La Nucia (Alicante), Beato Ramón Esteban Bou Pascual († 1936), presbítero y mártir *.
19. En Algemesí (Valencia), Beata Társila Córdoba Belda († 1936), madre de familia y mártir *.

B) Biografías extensas

SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA
Obispo y mártir († 107)

Si pudiera hablarse de patronazgos en el martirio o se tratara de elegir un modelo perfecto, como símbolo del testimonio máximo del cristiano, habría que proponer para ocuparlo a San Ignacio de Antioquía. Su amable figura, amasada de dulzura, de mística y de valentía que desconoce el miedo al dolor y a la muerte, resplandece, desde los tiempos apostólicos, como un

faro y una invitación a cuantos tienen que sufrir por ser fieles a Jesucristo. Su estampa está envuelta en luz celestial, no por lo extraordinario de los milagros o de cualquiera forma de prodigios, sino por la sobrenatural sencillez de su conducta, moviéndose totalmente en el mundo de la fe, desde el cual adquiere una lógica incontrastable lo que, a nuestros ojos humanos, parecen aterradoras perspectivas de dolor.

Además de esto, San Ignacio es, sin pretenderlo, el cantor de su propio martirio. Sus cartas apasionadas, de estilo único, siguen vivas, estremeciendo al lector, que percibe en ellas el rugido de las fieras, el zarpazo sangrante, el crujir de los huesos triturados, todo el horror del circo romano, en el que perecían las primicias del cristianismo, convertidas en simiente de sangre, cuya espléndida cosecha recogió la historia. Pero estos horrores pierden en San Ignacio sus tonos repulsivos, para convertirse en canto de gloria. No es la muerte cruel, sino el martirio por Jesucristo; no es el sufrimiento, sino la ofrenda de una hostia pacífica lo que allí se retrata. La crueldad queda sepultada en la caridad, la muerte es entrada triunfal en la vida eterna, la ignominia de la condenación queda convertida en apoteosis de inmortalidad. Las cartas del santo obispo de Antioquía, que hoy nos conmueven, ciertamente constituyeron, para los cristianos de los siglos de persecución, para aquellos que se sabían destinados a la muerte violenta, una arenga de combate, una fuente pura de fortaleza y de esperanza, porque en ellas estaba presente la eternidad, iluminando el tránsito tenebroso de esta vida hacia la otra.

Ignacio lleva como sobrenombre *Theophoros,* portador de Dios. El *Martyrium* que relata su vida atribuye al santo obispo, al presentarse voluntariamente en Antioquía a Trajano, orgulloso por su triunfo militar sobre los dacios, el siguiente diálogo, que, si históricamente no parece genuino, refleja la verdad de su vida.

> «Trajano le pregunta:
>
> ¿Quién eres tú, demonio mísero, que tanto empeño pones en transgredir mis órdenes y persuades a otros a transgredirlas, para que míseramente perezcan?
>
> Respondió Ignacio:
>
> Nadie puede llamar demonio mísero al portador de Dios, siendo así que los demonios huyen de los siervos de Dios. Mas, si por

ser yo aborrecible a los demonios, me llamas malo contra ellos, estoy conforme contigo, pues teniendo a Cristo, rey celeste, conmigo, deshago todas las asechanzas de los demonios.

Dijo Trajano:

¿Quién es el *Theophoros* o portador de Dios?

Respondió Ignacio:

El que tiene a Cristo en su pecho...»

Nada sabemos con certeza de los primeros años de Ignacio. La leyenda, sin embargo, aureolando su figura, vio en él aquel niño que cuenta San Mateo:

> «En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién será el más grande en el reino de los cielos? Jesús, llamando a sí a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, si no os mudáis haciéndoos como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos, y el que por mí recibiere a un niño como éste, a mí me recibe; y al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mi, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino de asno y le arrojaron al fondo del mar» (Mt 18,1-6).

San Juan Crisóstomo, que cantó en Antioquía las glorías del mártir, ante sus reliquias, afirma que convivió con los apóstoles. Tampoco esto parece cierto. Pero nada estorba la rigurosa crítica histórica a la realidad espiritual de nuestro Santo: su fe sencilla y vigorosa es la fe de niño que el Evangelio exige para el seguidor de Cristo, y el alma de San Ignacio es apostólica en la máxima pureza primera, bebida en la fuente fresca de Pentecostés. El evangelista San Juan, el apóstol de la caridad, y San Pablo, el batallador ardiente de Jesucristo, se aúnan en el espíritu que llenó el alma de San Ignacio. Sus cartas están dictadas como glosa y fruto de ambas doctrinas entrelazadas. El amor joanístico inspira su holocausto de hostia viva. Cristo y su Iglesia constituyen el *leitmotiv* de sus exhortaciones a los cristianos, a quienes dirige sus cartas.

La fe en San Ignacio es completa, con formulaciones de un credo que preludia ya el símbolo de Nicea:

> «Así, pues, cerrad vuestros oídos, escribe a los trallenses, cuandoquiera se os hable fuera de Jesucristo, que es del linaje de David e hijo de María; que nació verdaderamente y comió y bebió: fue verdaderamente perseguido bajo Poncio Pilato y verdaderamente

> crucificado y muerto, a la vista de los moradores del cielo y de la tierra y del infierno. El cual verdaderamente también resucitó de entre los muertos por virtud de su Padre, quien, a semejanza suya, nos resucitará también a nosotros que creemos en Él. Sí, su Padre nos resucitará en Jesucristo, fuera del cual no tenemos la vida verdadera» (*Trall.* IX).

Sus cartas pueden considerarse como la «segunda formulación doctrinal cristiana»; en ellas se refleja lo que pensaban los cristianos de la segunda generación, la inmediatamente posterior a los apóstoles. Hay en ellas toda la doctrina evangélica y paulina, elaborada, profundamente compartida y aceptada, matizada ante los ataques de las primeras desviaciones heréticas deseosas de romper la unidad, tanto jerárquica como doctrinal. La semejanza de doctrina no es tanto una repetición de textos cuanto un espíritu idéntico, del cual brotan las fórmulas sin citas, pero con la coincidencia exacta de quien vive en el alma la misma fe y las mismas verdades, todas emanadas de la misma fuente, Jesucristo.

Por eso, el pensamiento de San Ignacio está centrado en la unión con Cristo dentro de la Iglesia:

> «Como el amor no me consiente callar acerca de vosotros, de ahí que he determinado exhortaros a que corráis a una hacia el pensamiento de Dios. Y, en efecto, al modo de Jesucristo, vida nuestra inseparable, es el pensamiento del Padre, así los obispos, establecidos por los confines de la tierra, están en el pensamiento de Jesucristo» (*Eph.* III,3).

Él es el inventor de la palabra *católica* aplicada a la Iglesia:

> «En las cartas de Ignacio —escribe Grandmaison— se enlaza por primera vez el epíteto glorioso de católica al nombre de la Iglesia: "Donde apareciere el obispo, allí está también la muchedumbre, al modo que, donde estuviere Jesucristo, allí está la Iglesia católica"» (*Smyrn.* VIII,2). De esta manera, el obispo encarna su iglesia particular, absolutamente como la gran Iglesia es la encarnación continuada del Hijo de Dios. ¿No creeríamos estar leyendo uno de los campeones de la unidad eclesiástica de nuestro tiempo, a un Adán Moehle, un Jaime Ralmes, un Eduardo Pie?» (*Jésus Chist,* II p.634).

Nos demuestra así San Ignacio que en su tiempo, fines del siglo I, la estructura y el pensamiento sobre la Iglesia es completo y maduro. Obispos, presbíteros y diáconos constituyen la je-

rarquía tripartita, sobre la cual se apoya toda la realidad del cristianismo. Es preciso permanecer unidos a esta jerarquía para vivir dentro del espíritu de Cristo.

> «Por consiguiente, a la manera que el Señor nada hizo sin contar con su Padre, hecho como estaba una cosa con él —nada, digo, ni por sí mismo ni por sus apóstoles—; así vosotros nada hagáis tampoco sin contar con vuestro obispo y los ancianos; ni tratéis de colorear como laudable nada que hagáis a vuestras solas, sino reunidos en común; haya una oración, una sola esperanza en la caridad, en la alegría sin tacha, que es Jesucristo, mejor que el cual nada existe» (*Mag.* VII,1).

Sin esta jerarquía no existe la Iglesia:

> «Por vuestra parte, escribe a los trallenses, todos habéis también de respetar a los diáconos como a Jesucristo. Lo mismo digo del obispo, que es figura del Padre, y de los ancianos (presbíteros), que representan el senado de Dios y la alianza o colegio de los apóstoles. Quitados éstos, no hay nombre de Iglesia» *(Trall.* III,1).

Ignoramos los años que rigió la iglesia de Antioquía, como segundo sucesor de San Pedro, lo mismo que los motivos concretos que provocaron su detención y condenación a muerte, Nerón había puesto a los cristianos fuera de la ley. Cualquier delación o el capricho de un gobernador bastaba para hacerles sufrir el rigor de la persecución: la acusación de ser cristiano era suficiente para ello. Plinio el Joven, gobernador, por aquellos años, de Bitinia, escribía a su amo Trajano: «A los que fueron delatados les interrogué si eran cristianos; si confesaban que sí, los sometía a nuevo interrogatorio, con amenaza de suplicio. A los que aun así perseveraban los mandé ejecutar».

San Ignacio fue detenido y condenado a ser devorado por las fieras en Roma. Oída la sentencia, el santo contesta:

> «Te doy gracias, Señor, porque te dignaste honrarme con perfecta caridad para contigo, atándome, juntamente con tu apóstol Pablo, con cadenas de hierro» (*Mart.* II,8).

No hay en esta actitud nada parecido al orgullo del revolucionario o al tesón del rebelde. No existe la menor partícula de protesta contra los poderes temporales, ni siquiera contra las leyes. La disposición del mártir cristiano es algo inédito y único en la historia. Es la serenidad y el valor mantenidos por una vi-

sión sobrenatural interna, en la conciencia de cumplir una misión: la de ser testigos —eso significa mártir— de Jesucristo, haciéndose semejantes a él en su sacrificio. Así lo afirma nuestro obispo escribiendo a los fieles de Éfeso:

> «Apenas os enterasteis de que venía yo, desde la Siria, cargado de cadenas, por el nombre común y nuestra común esperanza, confiando que, por vuestras oraciones, lograré luchar en Roma contra las fieras para poder de ese modo ser discípulo, os apresurasteis a salirme a ver» (*Eph.* I,1).

Desde el momento de su detención, podemos seguir paso a paso los de San Ignacio, gracias a la preciosa colección de sus siete cartas auténticas, escritas durante su peregrinación encadenada. Con Zósimo y Rufo, otros dos cristianos condenados como él, y custodiados por un pelotón de soldados, embarcan en Seleucia, puerto de Antioquía, para arribar a las costas de Cilicia o Panfilia, siguiendo desde allí el viaje por tierra. Estos ásperos caminos del Asia Menor, pocos años antes recorridos por San Pablo, haciendo sementera de cristiandades, serían para San Ignacio nuevas pruebas de su ansiada semejanza con el gran apóstol. Las fervorosas comunidades de aquellas tierras convierten el viaje en ronda triunfal de admiración y de caridad.

Al llegar a Esmirna, toda la comunidad cristiana, presidida por su obispo San Policarpo, discípulo personal de San Juan Evangelista, sale a recibirle y le rinde homenaje como si fuera el mismo Jesucristo. Por este recibimiento les escribirá más tarde:

> «Yo glorifico a Jesucristo. Dios, que es quien hasta tal punto os ha hecho sabios; pues muy bien me di cuenta de cuán apercibidos estáis de fe inconmovible, bien así como si estuvierais clavados, en carne y en espíritu, sobre la cruz de Jesucristo, y qué afianzados en la caridad por la sangre del mismo Cristo. Y es que os vi llenos de certidumbre en lo tocante a nuestro Señor» (*Esm.* I).

Otras comunidades vienen a saludarle y ayudarle con máxima caridad. Algunas de ellas quedan enriquecidas con sus cartas: Efeso, Trales, Magnesia. Desde la misma Esmirna las escribe, junto con la enviada a los fieles de Roma. Esta carta, documento único e impresionante de la literatura universal, merece mención aparte.

Tuvo San Ignacio conocimiento de que los romanos trataban de interponer toda su influencia para salvarle la vida y se

alarma profundamente, porque esa caridad es apartarle de su martirio, de su anhelada meta. Para conjurar esta posibilidad escribe la famosa carta, Renán mismo se vio obligado a escribir:

> «La más viva fe, la sed ardiente de la muerte, no han inspirado jamás acentos tan apasionados. El entusiasmo de los mártires, que fue, por espacio de doscientos años, el espíritu dominante del cristianismo, ha recibido del autor de esta pieza extraordinaria su expresión más exaltada» (*Les huangiles,* p.489, cit. por D. Ruiz Bueno, *Los Padres apostólicos,* p.425).

Sería necesario transcribir la carta entera, pero, no siendo posible, unos párrafos darán idea de su altura celestial.

Después de saludar a la Iglesia de Roma, testimoniando su jerarquía, al decirla que «preside en la capital del territorio de los romanos y puesta a la cabeza de la caridad», títulos preciosos para probar que la Iglesia de Roma era considerada ya como cabeza de la cristiandad, dice:

> «Por fin, a fuerza de oraciones a Dios, he alcanzado ver vuestros rostros divinos, y de suerte lo he alcanzado, que se me concede más de lo que pedía. En efecto, encadenado por Jesucristo, tengo esperanza de iros a saludar, si fuere voluntad del Señor hacerme la gracia de llegar hasta el fin. Porque los comienzos, cierto, bien puestos están, como yo logré gracia para alcanzar sin impedimento la herencia que me toca. Y es que temo justamente vuestra caridad, no sea ella la que me perjudique. Porque a vosotros, a la verdad, cosa fácil es hacer lo que pretendéis; a mí, en cambio, si vosotros no tenéis consideración conmigo, me va a ser difícil alcanzar a Dios [...] El hecho es que ni yo tendré jamás ocasión semejante de alcanzar a Dios, ni vosotros, con sólo que calléis, podéis poner vuestra firma en obra más bella. Porque, si vosotros calláis respecto de mí, yo me convertiré en palabra de Dios; mas, si os dejáis llevar del amor a mi carne, seré otra vez una mera voz humana. No me procuréis otra cosa fuera de permitirme inmolar por Dios, mientras hay todavía un altar preparado, a fin de que, formando un coro por la caridad, cantéis al Padre por medio de Jesucristo, por haber hecho Dios la gracia al obispo de Siria de llegar hasta Occidente después de haberle mandado llamar de Oriente. ¡Bello es que el sol de mi vida, saliendo del mundo, trasponga en Dios, a fin de que en él yo amanezca!
>
> Por lo que a mí toca, escribo a todas las iglesias, y a todas las encarezco que yo estoy pronto a morir de buena gana por Dios, con tal que vosotros no me lo impidáis. Yo os lo suplico: no mostréis para conmigo una benevolencia inoportuna. Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios. Trigo

soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo. Halagad más bien a las fieras, para que se conviertan en sepulcro mío y no dejen rastro de mi cuerpo, con lo que, después de mi muerte, no seré molesto a nadie. Cuando el mundo no vea ya ni mi cuerpo, entonces seré verdadero discípulo de Jesucristo. Suplicad a Cristo por mí, para que por esos instrumentos logre ser sacrificio para Dios. No os doy mandatos como Pedro y Pablo. Ellos fueron apóstoles; yo no soy más que un condenado a muerte: ellos fueron libres; yo, hasta el presente, soy un esclavo. Mas si lograre sufrir el martirio, quedará liberto de Jesucristo y resucitará libre en ti. Y ahora es cuando aprendo, encadenado como estoy, a no tener deseo alguno.

Desde Siria a Roma vengo luchando ya con las fieras, por tierra y por mar, de noche y de día, atado que voy a diez leopardos, es decir, un pelotón de soldados, que hasta con los beneficios que se les hacen, se vuelven peores. Ahora que, en sus malos tratos, aprendo yo a ser mejor discípulo del Señor, aunque no por esto me tengo por justificado.

¡Ojalá goce yo de las fieras que están para mí destinadas y que hago votos por que se muestren veloces conmigo! Yo mismo las azuzaré para que me devoren rápidamente, y no como algunos, a quienes, amedrentadas, no osaron tocar. Y si ellas no quisieren al que de grado se les ofrece, yo mismo las forzaré. Perdonadme, yo sé lo que me conviene. Ahora empiezo a ser discípulo. Que ninguna cosa, visible ni invisible, se me oponga, por envidia, a que yo alcance a Jesucristo. Fuego y cruz, y manadas de fieras, quebrantamientos de mis huesos, descoyuntamientos de miembros, trituraciones de todo mi cuerpo, tormentos atroces del diablo, vengan sobre mí, a condición sólo de que yo alcance a Jesucristo.

Porque ahora os escribo vivo con ansias de morir. Mi amor está crucificado y no queda ya en mí fuego que busque alimentarse de materia; sí, en cambio, un agua viva que murmura dentro de mí y desde lo íntimo me está diciendo: "Ven al Padre". No siento placer por la comida corruptible ni me atraen los deleites de esta vida. El pan de Dios quiero, que es la carne de Jesucristo, del linaje de David; su sangre quiero por bebida, que es amor incorruptible».

¿Qué se puede añadir a estas expresiones sublimes? Cualquier glosa las empobrecería: son para meditar en silencio, con sobrecogida consideración de lo que es el amor sobrenatural llevado hasta las cumbres de la mística más pura.

Partiendo de Esmirna, toca en Alejandría de Troas, desde donde escribe a los filadelfios, a los esmirniotas y a Policarpo, su obispo. Sigue su viaje, parándose también en Filipos; atraviesan Macedonia. Vuelven a embarcar en Dirraquio, rodean el sur de Italia, desembarcando en Ostia.

En Roma tocaban a su fin unas fiestas nunca vistas, para conmemorar el triunfo de Trajano sobre los dacios en el año 106. Duraron ciento veintitrés días y en ellas murieron diez mil gladiadores y doce mil fieras. El 18 de diciembre del año siguiente, 107, fueron arrojados a las fieras Zósimo y Rufo, los dos compañeros de San Ignacio, y a los dos días siguientes, el 20 de dicho mes, el santo obispo de Antioquía.

Sus pocas reliquias corporales fueron enviadas a Antioquía. Pero sus verdaderas reliquias inmortales fueron sus cartas, de las cuales escribe el padre J. Huby:

> «Ignacio, entregado a las fieras bajo Trajano, es el tipo del pontífice entusiasta y el modelo del mártir Es la realización viva de las palabras apostólicas: *Vivo, pero no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí... Deseo ser disuelto* y *estar con Cristo.* Sus acentos no conmovieron a la Iglesia menos que los de San Pablo, y en ciertas frases, mil veces citadas, parece estar concentrado todo el espíritu de los mártires» (*Christus,* p.1031-1032).

CÉSAR VACA, OSA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 1 de febrero, diversas *Actas.*
FUNK, F. X. (ed.), *Patres apostolici,* 2 vols. (Tubinga 1901-1913).
HUBER, S., *Los Padres apostólicos* (Buenos Aires 1949).
LIGHTFOOT, J. B., *The Apostolic Fathers.* II: *S. Ignatius. S. Polycarp,* 3 vols. (Cambridge ^{2}1889).
MONTAÑA, I., *San Ignacio mártir y sus cartas* (Madrid 1934).
RUINART, T., *Acta primorum martyrum sincera* (París 1689).
RUIZ BUENO, D., *Padres apostólicos* (Madrid 1950) 375s.
YABEN, H., *Cartas camino del martirio* (Madrid 1947).
• Actualización:
AYAN, J. J. (ed.), *Ignacio de Antioquía. Policarpo de Esmirna. Carta de la Iglesia de Esmirna a la Iglesia de Filomeno* (Madrid 1999) 33-189.
— *Padres apostólicos* (Madrid 2000).
LLOPIS, J., *Ignacio de Antioquía, testigo de Jesús* (Barcelona 2004).
RUIZ BUENO, D., *Padres apostólicos y apologistas griegos* (Madrid 2002) 305-465.

SAN OSEAS

Profeta (Antiguo Testamento)

Oseas (en hebreo «Yahvé salva») es el profeta del amor esponsal; probablemente el primero en utilizar esta imagen para hablar de las relaciones de Dios con Israel. Su mensaje, más allá

de todos los reproches y amenazas, en definitiva es el del cariño eterno y la misericordia entrañable.

Especial relieve expresivo cobran las imágenes proféticas y poéticas, porque están tomadas de su propia existencia, vivida con enorme intensidad, trascendiendo sus peripecias conyugales y convirtiéndolas en bellísimos símbolos teológicos que nos descubren el rostro de Dios.

En la línea de las acciones simbólicas de los profetas, es aquí la vida misma de Oseas, por extraña y sorprendente que parezca, la que revela el misterio de los designios de Dios.

Nada sabemos de la fecha y del lugar de su nacimiento ni de su muerte, pero su libro nos precisa el momento histórico en que vivió: cuando reinaba en Israel, al Norte, Jeroboán II (782-753) y en el reino de Judá, al Sur, Ozías, Jotán, Ajaz y Ezequías. Su actividad profética se desarrolló en el reino del Norte hasta que desapareció, reinando su homónimo y contemporáneo el rey Oseas (731-722).

Su padre se llamaba Beerí y su esposa, Gómer, hija de Dibláyim. Sus tres hijos, dos niños y una niña, reciben nombres simbólicos. El primero, Yizreel, que significa «Dios siembra»; la niña «No-compadecida»; y el tercero, «No-mi-pueblo».

Aunque algunos han pensado que el matrimonio de Oseas, por orden de Dios, con una prostituta, fue puramente simbólico, hoy la mayor parte de los exégetas lo interpretan no como una parábola sino en sentido real, por las expresiones inequívocas de «tomar mujer», dar su nombre y apellido, e incluso el precio pagado por Oseas.

Además, los relatos de acciones simbólicas en los profetas siempre son reales, no meras parábolas. Oseas ha amado y ama todavía apasionadamente a una mujer que no ha respondido a este amor más que con la infidelidad y la traición.

Pero ¿quién es realmente este profeta, casado con una prostituta para obedecer las órdenes de Dios? ¿Cuáles son sus raíces? ¿Cuál su itinerario? ¿Cómo se explica su rigor violento al desvelar el pecado de Israel, con el amor al pueblo a quien transmite la esperanza? ¿De qué modo respondió a los desafíos de su tiempo como enviado del Señor? Y, por encima de todo, ¿el mensaje de Oseas, tiene actualidad y vigencia para nosotros? ¿Su teología profética, sigue influyendo?

El ambiente político y religioso en el que se desarrolló su actividad profética nos ayudará a comprenderlo mejor. Estamos en el reino del Norte, el de Israel, desgajado dos siglos antes del de Judá. Es contemporáneo del profeta Amós, «el cultivador de higos», que ha sido recientemente expulsado del reino por su valiente predicación.

El reinado de Jeroboán II es uno de los pocos períodos de esplendor y prosperidad material del reino del Norte, desde que se rompió la unidad con el de David y Salomón, con Jeroboán I (753). En la política exterior Jeroboán II restableció las fronteras nacionales desde el paso de Hamat hasta el Mar Muerto, reconquistado el reino trasjordánico de Moab; y, en las relaciones con Damasco, Asiria y Egipto, salió airoso.

Con la paz y la abundancia de bienes, crecieron las diferencias sociales, el lujo y la corrupción de costumbres. Pero también florecieron las artes. En este siglo se abre una nueva edad de oro en la literatura, con páginas maestras: una época clásica que culmina con Isaías.

Oseas no es ajeno a este florecimiento. Su obra se comprende y sintetiza en dos poemas sublimes: Israel, la esposa, Israel el hijo: Dios como esposo fiel y padre solícito.

A Oseas le tocó también vivir el reverso de la medalla, pues al morir Jeroboán (753), después de treinta años de reinado, se amontonaron durante otros treinta las violencias y las catástrofes, con tragedias de guerras civiles.

Zacarías, hijo de Jeroboán, es asesinado, tras seis meses de gobierno, por Salún, que a su vez es asesinado un mes más tarde por Menajén (cf 2 Re 15,8-16). Hay datos escalofriantes: Menajén castigó a Tifsaj y su comarca pasando a cuchillo a todos sus habitantes, porque no le abrieron sus puertas. La ocupó y abrió en canal a las mujeres embarazadas.

La guerra civil subdividió el reino del Norte en dos territorios que Oseas llama Israel y Efraín. Y el horizonte internacional se pobló de rebeliones. El año 745 subió al trono de Asiria Tijlatpileser II, gran caudillo que impulsó la formación de un gran imperio. Israel hubo de pagar un enorme tributo: mil pesos de plata, en 742. La crisis se agudiza. Pecajías, hijo de Menajén, será asesinado a los dos años de gobierno por su oficial, Pe-

caj (740-731) que lo suplanta en el trono y se lanza a la absurda aventura de declarar la guerra a Judá en unión con Damasco, no sabemos por qué motivo.

El caudillo asirio acude en ayuda de Judá, arrasa Damasco y arrrebata gran parte de Israel, deportando a Asiria a sus moradores. La decepción fue enorme. Oseas, hijo de Elá, tramó una conspiración y asesinó a Pecaj y le sucedió en el trono (cf. 2 Re 15,29-30). Este Oseas, contemporáneo y homónimo del profeta, que vio todas estas calamidades fue el último rey de Israel (731-722). Se había negado a pagar el tributo y con ello provocó el asedio de Salmanasar V. Samaria cae en manos de los sitiadores en 722 y desaparece de la historia el reino de Israel.

Todas estas circunstancias calamitosas, contempladas por el profeta explican su visión amarga de la monarquía y de sus alianzas con los extranjeros.

En la dimensión religiosa de la vida, el panorama era más que preocupante, desolador. Tanto en la prosperidad material como en las desgracias, Israel acudía más a Baal, el dios de los cananeos, que a Yahvé.

Cuando eran pastores nómadas, el culto se dirigía exclusivamente a Yahvé, el Dios de los padres que los guiaba y protegía y acompañaba en la peregrinación, aunque siempre estuvieron asediados por los extranjeros de Egipto y las tentaciones de la idolatría.

Pero al asentarse en Canaán y hacerse agricultores, rudos como eran, no acertaban a concebir que ese Dios de pastores pudiese ayudarles a cultivar la tierra, proveerles de lluvia y garantizarles unas estaciones propicias. Entonces se vuelven al culto del Dios cananeo, importado, Baal. Es el Dios de la tempestad, de la lluvia, y por tanto, el Dios de la fertilidad y la fecundidad, el engendrador por excelencia, simbolizado, de ordinario, por un toro.

El culto a Baal implicaba prácticas inmorales como la prostitución sagrada, que míticamente expresaba y aseguraba la comunión con el poder divino y la fertilidad. Baal aparece en muchos lugares de la Biblia (aquí en Oseas siete veces: 2,10.15.19; 9,10; 11,27; 13,1, y otras alusiones; extensamente en los ciclos de Elías y Eliseo), como el enemigo número uno del Dios de

Israel, como su competidor más formidable. Por algo Oseas ataca repetidas veces al toro de Samaria (Os 8,5-6; 13,2).

Aunque Yahvé seguía siendo el Dios de Israel, los israelitas acudían a Baal en la prosperidad y en la adversidad, porque él concedía el pan y el agua, el vino y el aceite, etc., era la solución de todas las necesidades primarias.

Si de otros pueblos y dioses se trataba, no habría problema, pues el eclecticismo politeísta e irénico se hubiera mostrado tolerante con ambos cultos en connivencia pacífica. No así en el caso de Israel y Yahvé, que es intransigente y celoso. No permite competencia de ninguna clase.

Este es el mensaje que proclama Oseas con imágenes clarísimas y expresivas, proféticas y pletóricas de poesía, a la vez. Dios es el esposo y marido enamorado y fiel. Israel, la esposa infiel que le ha abandonado por irse con otro, Baal; o con otros: Asiria y Egipto.

Por eso, los pecados del pueblo son calificados como adulterio, fornicación, prostitución. El amor de Dios es apasionado como el de un esposo capaz de perdonarlo todo y de volver a comenzar. Así ama siempre Yahvé a su esposa infiel, y tras haberla probado, le devolverá las alegrías del primer amor, hará que el amor de su esposa sea fiel e indefectible (cf. Os 1-3).

Además de tener que soportar su tragedia matrimonial, Oseas chocó también con la oposición frontal de sus oyentes que lo tachaban de necio y ridículo (Os 9,7), pero nadie le prohibió hablar, ni fue expulsado como Amós.

Su predicación se desarrolló en Samaria, probablemente en Betel y Guilgal. Sólo habla de ciudades del Norte, nunca de Jerusalén ni de ciudades judías. Sin embargo, en Judá hallaron eco sus oráculos y creció su prestigio al ver cumplidas muchas de sus premoniciones. Allí se hizo la redacción definitiva del libro.

Probablemente ya antes de Oseas se denunciaba el culto que los cananeos daban a sus ídolos como «prostitución» aludiendo a las prácticas inmorales que llevaba consigo (cf. Ex 34,15-16). Sin embargo Oseas es el primero en representar bajo la imagen de la unión conyugal las relaciones de Yahvé con su pueblo desde la alianza del Sinaí; y en calificar la traición idolátrica de Israel no sólo como prostitución sino como adulterio.

Después de él recogen el tema y lo desarrollan los profetas Isaías (1,21) y Jeremías 2,2; 3,1.6-12. Ezequiel lo amplia con dos grandes alegorías, c.16 y 23. La segunda parte de Isaías (c.50s.), presenta la restauración de Israel como la reconciliación de una esposa infiel.

En esa perspectiva han de verse también las relaciones amorosas de Yahvé y de Israel bajo las imágenes nupciales del Cantar de los Cantares y el salmo 45, un verdadero epitalamio real: «Un bello tema bulle en mi corazón [...] Prendado está el rey de tu belleza» (Sal 45,1.12).

El Nuevo Testamento presenta la era mesiánica como «era de nupcias» (Mt 22,1-14; 25,1-13). Cristo es el esposo (Mt 9,15; Jn 3,29), mientras que la alianza nupcial entre Yahvé y su pueblo se realiza en su misma persona.

San Pablo sigue la misma línea temática: «Os tengo desposados con un solo esposo» (2 Cor 11,2), que recogerá finalmente el Apocalipsis 21,2: «Y vi la ciudad santa, la Nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como un novia ataviada para su esposo». Y en 19,7 y 8: «Alegrémonos y regocijémonos dándole gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura, el lino son las buenas acciones de los santos».

Es un gran mérito de Oseas el haber abierto esa corriente que ya no se abandona en la tradición bíblica cristiana y llega a inspirar la mística de todos los tiempos.

El mensaje de Oseas denuncia las injusticias y la corrupción reinante, con toda valentía: «No hay fidelidad ni amor, ni conocimiento de Dios en la tierra; sino perjurio y mentira, asesinato y robo, adulterio y violencia, sangre y más sangre» (Os 4,1-2).

Critica duramente el culto por lo que tiene de superficial y falso: «Vuesto amor es como nube de mañana, como rocío matinal que pasa [...] porque yo quiero amor, no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos» (Os 6,4.6).

Ante todo condena con toda la fuerza la idolatría en sus dos vertientes, la cultual y la política: la adoración de Baal con sus ritos de fertilidad y la del becerro de oro instalado por Jeroboán en el año 931, cuando Israel se separó de Judá.

Símbolo de la presencia de Dios, al principio no planteó problemas, pero más tarde fue causa de equívocos confundiendo a Yahvé con el toro, quedándose en una religión naturista, la de Baal. Con ello se quebrantaba el primer mandamiento, pues Yahvé no tolera rivales. Y el segundo, que prohibía fabricar imágenes de la divinidad, precisamente por el peligro de caer en la idolatría, que pretende sustituir o dominar a Dios.

La vertiente política de la idolatría está en buscar la salvación fuera de Dios, en las alianzas con las grandes potencias militares del momento, Egipto y Asiria. A los ojos del Profeta se presentan como nuevos falsos dioses que pretenden salvar.

Es Oseas original en la visión crítica del pasado. Desmitifica la historia y los grandes personajes. Dios intenta siempre salvar, pero encuentra siempre la oposición del pueblo y de las instituciones con sus pecados (cf. 9s). Considera el mismo origen de la monarquía como fruto de ira de Dios (Os 13,11: «Rey te doy en mi cólera y te lo quito en mi furor»).

El poema del capítulo 2,4-25 indica tres reacciones ante la infidelidad persistente de la esposa:

a) Ponerle obstáculos para impedirle ir en busca de sus amantes:

> «Por eso, yo cerraré su camino con espinos, la cercaré con seto y no encontrará más sus senderos; perseguirá a sus amantes y no los alcanzará, los buscará y no los hallará. Para que diga: "Voy a volver a mi primer marido, que entonces me iba mejor que ahora"» (Os 2,8-9).

b) Castigarla públicamente y con dureza:

> «No sabía ella que era yo quien le daba el trigo, el mosto y el aceite virgen, ¡yo le multiplicaba la plata. Y el oro lo empleaban en Baal! Por eso volveré a tomar mi trigo a su tiempo y mi mosto en su estación, retiraré mi lana y mi lino con que cubría su desnudez. Y ahora descubriré su vergüenza a los ojos de sus amantes, y nadie la librará de mi mano. Acalla ré todo su alborozo, sus fiestas, sus novilunios, sus sábados, y todas sus solemnidades. Arrasaré su viñedo y su higuera, de los que decía: "Ellos son mi salario, lo que me han dado mis amantes": los convertiré en matorral y los devorará la bestia del campo. La visitaré por los días de los Baales, cuando les quemaba incienso, cuando se adornaba con su anillo y su collar y se iba detrás de sus amantes, olvidándose de mí —oráculo de Yahvé—» (Os 2,10-15).

c) Perdonarla por puro amor:

«Por eso voy a seducirla; voy a llevarla al desierto y le hablaré al corazón. Allí le daré sus viñas, convertiré el valle de Acor en puerta de esperanza; y ella responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que subía del país de Egipto. Y sucederá aquel día —oráculo de Yahvé— que ella me llamará "Marido mío", y no me llamará más "Baal mío". Retiraré de su boca los nombres de los Baales, y nunca más serán invocados por su nombre. Sellaré un pacto en su favor aquel día con la bestia del campo, con el ave del cielo, con el reptil del suelo; arco, espada y guerra, los quebraré lejos de esta tierra, y los haré reposar en seguro. Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad y tú conocerás a Yahvé. Y sucederá aquel día que yo responderé —oráculo de Yahvé— responderé a los cielos, y ellos responderán a la tierra; la tierra responderá al trigo, al mosto y al aceite virgen, y ellos responderán a Yizreel. Me la sembraré en la tierra, me compadeceré de "No-compadecida" y diré a "No-mi-pueblo": tú eres "Mi pueblo", y él dirá: "¡Dios mío!" (Os 2, 16-25).

«Seducir», en su fuerte sentido, es la actitud de quien aparta a otro del camino que debería haber seguido. La vida en el desierto aparece como un ideal perdido. El de Israel cuando era joven y no conocía los dioses extranjeros, sino que seguía fielmente a Yahvé. El paso de «Baal mío», dueño mío, a «marido mío», pone el acento más en el vínculo conyugal, que en la subordinación de la esposa.

«Yo te desposaré conmigo para siempre» utilizado en la Biblia siempre a propósito de una joven virgen, suprime así el pasado adúltero de Israel, que se convierte en un criatura nueva. La dote que el novio ofrece a la novia, lo que Dios da a Israel en estas nupcias nuevas, no son ya los dones materiales de la alianza antigua sino las disposiciones interiores requeridas para que el pueblo sea en adelante fiel a la alianza nueva y eterna con un corazón nuevo, que dirá Ezequiel.

«La fidelidad de Dios» crea en el hombre la confianza, el abandono, la ternura, la piedad, el amor que se traduce en amistad con Dios y caridad con el prójimo.

«El conocimiento de Yahvé» no es puramente intelectual. Así como Dios se da conocer por una alianza manifestada en amor con sus beneficios, así conocer a Dios implica la fidelidad

a la alianza y el reconocimiento de sus beneficios, el amor verdadero.

Oseas emplea veinte veces la expresión «conocimiento de Dios», y en su contexto conyugal significa quizá la rúbrica del desposorio, el amor y fidelidad absoluta de un matrimonio-alianza que será ya único y definitivo porque habrá logrado ese conocimiento íntimo de total entrega y posesión recíprocas.

El amor de Dios va a cambiar los nombres simbólicos, presagio de desgracias, de los hijos de Oseas. «Me la sembraré», alude al nombre de Yizreel. «Me compadeceré» alude al de «No-compadecida». Y diré a «No-mi-pueblo» es lo contrario de «Tú eres mi pueblo». Y él dirá: «¡Dios mío!» (cf. 2,1 y 3).

Junto a la imagen de Israel, la esposa, Oseas pone la paralela y complementaria: Israel, el hijo. Después de la parábola del amor conyugal despreciado y recreado en el amor, viene ahora la del cariño y desvelo paterno, no reconocido:

> «Cuando Israel era niño, lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: ofrecían sacrificios a los Baales e incienso a los ídolos. Yo enseñé a caminar a Efraín, tomándole por los brazos, pero ellos no sabían que yo los cuidaba. Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor; yo era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer» (Os 11,1-4).

La elección de Israel se debe al amor de Dios. Para Oseas, con la liberación de Egipto comienza la verdadera historia del pueblo elegido. Evoca la edad de oro del desierto a donde condujo también a la esposa (cf. 2,16). La pedagogía divina educando a Israel. Dios como padre ama, llama, enseña a andar, mira, atrae, se inclina para dar alimento.

Pero Israel, el hijo, se aleja, no le comprende, no confía en su padre, sino en los amigos. Es el prototipo del hijo rebelde que, según la ley, debe morir (Dt 21,18-21). Ante la inminencia del castigo paterno, Israel pide auxilio a Baal, pero sin éxito. Y cuando parece que la situación es totalmente desesperada, Dios lucha consigo mismo. Y la misericordia vence a la cólera:

> «Pues volverá al país de Egipto, y Asur será su rey, porque se han negado a convertirse. La espada hará estragos en sus ciudades, aniquilará sus cerrojos y devorará por sus maquinaciones. Mi pueblo está acostumbrado a apostatar de mí; cuando invocan a lo alto,

> nadie los levanta. ¿Cómo voy a entregarte, Efraín, cómo voy a soltarte, Israel? ¿Voy a entregarte como a Admá, y a tratarte como a Seboín? Mi corazón se convulsiona dentro de mí, y al mismo tiempo se estremecen mis entrañas. No daré curso al furor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque soy Dios, no hombre; el Santo en medio de ti, y no volveré con ira» (Os 11,5-9).

Ni en la imagen de la esposa ni en la del hijo se habla de la conversión previa y necesaria. El acento recae con toda su fuerza sobre el amor gratuito de Dios. Lo mismo hace Oseas en el poema final:

> «Vuelve Israel a Yahvé tu Dios, pues tus culpas te han hecho caer. Preparaos unas palabras, y volved a Yahvé. Decidle: "Quita toda culpa; acepta lo bueno; y en vez de novillos ofrecemos nuestros labios, Asiria no nos salvará, no montaremos a caballo, y no diremos más 'Dios nuestro' a la obra de nuestras manos, oh tú, en quien halla compasión el huérfano".
>
> Yo sanaré su infidelidad, los amaré graciosamente; pues mi cólera se ha apartado de él, seré como rocío para Israel: florecerá como el lirio, y hundirá sus raíces como el Líbano. Sus ramas se desplegarán, su esplendor será como el del olivo y su fragancia como la del Líbano. Volverán los que habitaba a su sombra; harán crecer el trigo, florecerán como la vid, su fama será como la del vino del Líbano. Efraín [...] ¿qué tengo yo que ver con los ídolos? Yo respondo y lo protejo. Yo soy como un ciprés siempre verde, y de mí procede tu fruto» (Os 14,2-9).

La exhortación del profeta a la conversión auténtica no sigue la lógica de la liturgia penitencia: pecado-conversión-perdón. La gran novedad de Oseas, que prepara para la plena revelación del Nuevo Testamento, es que invierte sorprendentemente el orden: el perdón antecede a la conversión. Dios perdona antes de que el pueblo se convierta; aunque no se haya convertido.

En esta línea escribe Pablo a los Romanos 5,8: «La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros». Y la carta primera de Juan 4,10: «En eso consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados». La conversión, siempre necesaria, se produce como respuesta al amor reconocido de Dios, no como previa condición.

El lenguaje de Oseas, de gran calidad literaria, se caracteriza ante todo por su magistral empleo de las imágenes, no sólo para describir las actitudes del pueblo sino también la acción y hasta el ser de Dios. Son innumerables, tomadas de las relaciones humanas y del mundo animal o vegetal. Israel es la esposa y el hijo, pero también una cándida paloma, una novilla domesticada, una viña, unos racimos...

Los jefes políticos se comparan a un horno; la conversión del pueblo, con el rocío del amanecer, la niebla de la mañana.

En las imágenes aplicadas a Dios, Oseas es innovador, pero subraya que no hay que confundir la imagen con lo que pretende significar. Dios no puede reducirse a imágenes. Si Dios reacciona finalmente en favor de su pueblo rebelde en contra de lo que cabría esperar, se debe a que él es Dios y no hombre, mucho más que el mejor de los hombres y el más perfecto de los padres. Dios es la fuente de todos los frutos (Os 4,9). Pero el profeta lo compara con un ciprés, que no da frutos comestibles. Él mismo es el fruto.

La predicación de Oseas es teológica, un discurso sobre Dios con el lenguaje creativo, no gastado, de la experiencia y del ambiente contemporáneo. Su mensaje es actual y nos recuerda la necesidad de proclamarlo en los términos de nuestros días, con valiente fidelidad.

Un santuario y un monte recuerdan a Oseas en la Transjordania, cerca de Es-alt. Su fiesta se celebra en distinta fecha entre los coptos y los palestino-georgianos. Su iconografía aparece en manuscritos parisinos del siglo XIII.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ASURMENDI, J. M., *Amós y Oseas* (Estella 1989).
ALONSO SCHOKEL, L. - SICRE DIAZ, J. L., *Profetas. Comentario,* 2 vols. (Madrid 1980) 859-921.
STRAMARE, T., «Osea», en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.1278-1281.
MONLOUBOU, L., *Los profetas del Antiguo Testamento* (Estella 1983).

BEATO PEDRO DE LA NATIVIDAD DE MARÍA CASANI

Presbítero († 1647)

El padre Pedro de la Natividad de María fue, y sigue siendo, una de esas figuras legendarias de las Instituciones religiosas que no se olvidan con el paso de los siglos. Cuatro han pasado hasta nuestros días y su recuerdo sigue vivo en quienes aman el apostolado de la educación. Su eco histórico hilvana con una ráfaga refrescante de fraternidad a las dos familias religiosas a las que perteneció y que tuvieron la suerte de tenerlo como emblema y estímulo de piedad, de pobreza y celo apostólico.

Nació en Lucca, en el centro de la Toscana, el 18 de septiembre de 1572. Era hijo de un hombre bueno, Gaspar Casani, descendiente de antigua nobleza, que se quedó viudo al poco de nacer el niño. Ese hombre, piadoso, serio, muy responsable y entusiasmado con el único hijo que le dejó su amada esposa, nunca quiso nuevo matrimonio al quedar sólo en el mundo con su pequeño niño. Se dedicó a la educación de Pietro y le proporcionó todo el calor de su corazón tierno. Le consagró sus modestas posesiones y su excelente cultura. Por eso la piedad sincera y el amor al estudio fueron los rasgos comunes del padre y del hijo.

Quedan pocos datos acerca de la infancia y de la juventud de Pedro Casani. Pero se sabe que Lucca, la capital de la zona en los años renacentistas, era bulliciosa en todos los sentidos. A 16 kilómetros de Pisa y en la ribera derecha del Arno, estaba llena de afanes culturales y de vida. La noble y bella catedral gótica, remozada en los años anteriores, y el Palacio ducal, ostentosamente concebido por B. Ammannati y terminado en el año 1581, eran los ejes religiosos y políticos de la patriarcal comarca. La infancia y la juventud de Pietro se impregnó del amor al arte y de la fidelidad a la Iglesia en esos elementos de referencia. Las galas de la convivencia, afición típica de los jóvenes urbanos del renacimiento, fueron pronto menospreciadas por Pietro. La alegría de su carácter y su serena personalidad impulsaron su nave por otros derroteros más importantes.

A nadie sorprendió que, a los 22 años, con la base de piedad y de seriedad que su padre supo inculcarle, se volviera muy sen-

sible a los valores espirituales y a los reclamos divinos. Y todos vieron como natural que, cuando un hombre excepcional se cruzó en su camino, una ráfaga ardiente de amor apostólico le invadió con naturalidad. Ese hombre fue San Juan Leonardi (1541-1609), el fundador de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios en 1592 y el cofundador del colegio romano de Propaganda Fide. Había nacido también en las cercanías de su Lucca y casi toda su vida actuó en aquella noble capital.

Algo singular debió brillar en el joven Pedro que atrajo la atención de Leonardi. Desde su entrada en el grupo religioso recién fundado, sintonizó perfectamente con el celoso Fundador, que para entonces tenía ya 52 años y estaba en la plenitud de su arrolladora vida apostólica. Pedro se entregó en cuerpo y alma a colaborar con tan singular personaje desde su ingreso en 1594. Y con el vigor de su juventud, se dedicó de lleno a las obras de catequesis, de asistencia a enfermos y pobres y todo lo que su admirado maestro le hacía resplandecer ante sus ojos.

Su mismo padre se sintió contagiado por el celo de su hijo. No tardó en seguirle por el mismo camino. Y también ingresó en 1610 en la misma Institución de los Clérigos de la Madre de Dios, como lego. Pasó el resto de sus días, que ya no fueron muchos, en las obras humildes de este Instituto benemérito.

San Juan Leonardi tuvo desde el principio una intuición asombrosa para ver en el joven Pedro sus cualidades: su carácter hábil para la negociación, su recto sentido de la justicia en los compromisos, su prudencia para lograr la avenencia en los pleitos, y el prudente trato con los hombres más diversos. Al mismo tiempo supo ver, y en ocasiones alabar, su austeridad de vida y su amor a la pobreza, que fueron los signos que intentó imprimir en sus obras y en sus servicios apostólicos. Por eso le tomó pronto como compañero, más que como secretario y amanuense, en las diversas misiones delicadas y complejas que le confiaron sucesivos pontífices. Incluso, antes de ser ordenado sacerdote, le hizo su compañero de viajes y de negociaciones diplomáticas delicadas y difíciles.

Pedro llevaba el registro escrito de cuantas visitas y conversaciones tenía su maestro. Lo hacía con claridad y sobre todo con singular delicadeza y discreción. Tal fue el caso de la ave-

nencia que hubo de buscar por encargo de Clemente VIII con la congregación de benedictinos de Montevergine, en el Reino de Nápoles, que se negaban a reformar sus abadías en la línea de los decretos tridentinos. Y algo semejante aconteció cuando Leonardi tuvo que mediar en diversos pleitos y rebeldías o cuando fue nombrado visitador de la Orden de los servitas de Montesenario. Hasta en una ocasión entre ambos tuvieron que pacificar una diócesis entera, que fue la Aversa, cuyo obispo mons. Morroa se la confió durante unos meses para que la pusiera en paz y en orden. El fiel compañero Pedro Casani observaba, discernía, oraba, aconsejaba, silenciosamente intervenía, para que todo saliera conforme al espíritu del Evangelio y a la reforma de los santuarios o de las congregaciones religiosas según el Concilio de Trento había decretado unos años antes.

Al consolidarse el instituto de los clérigos al que pertenecía, fue también Pedro Casani el que ayudó al fundador a redactar las Constituciones y el que escribió materialmente el documento. Después lo presentó al papa Clemente VIII, quien lo aprobó el 24 de junio de 1604.

San Juan Leonardi falleció el 9 de octubre de 1609 en la casa de Santa María del Pórtico, en la epidemia de peste que azotó Roma en el otoño de este año. Y con esa muerte culminó la primera etapa de la vida de Casani. Durante 23 años fue un seguidor fiel y dinámico de su maestro y fundador. Sin embargo, una medida no acertada de la curia pontificia iba a cambiar su vida a la mitad de su fecunda existencia terrena.

En 1614 el Papa determinó la fusión de su Instituto con el de las Escuelas Pías fundado por San José de Calasanz (1588-1648) y cuya primera escuela databa de 1597 en Roma. Aparentemente ambos estaban orientados al mismo objetivo que el perseguido por los Clérigos de la Madre de Dios y la unificación parecía una medida prudente para reforzar la acción benéfica de ambos. Se centraban los dos en la catequesis y en la educación religiosa de los niños y jóvenes. Pero el Papa, mal aconsejado por los miembros de su curia romana, no supo ver las diferencias.

Los seguidores de San Juan Leonardi tenían más espíritu clerical y se preparaban casi todos para el sacerdocio. Miraban

con preferente interés la vida de la parroquia. Sin embargo, los nacidos al amparo del celoso San José de Calasanz, sacerdote español residente en Roma, caminaban más por las vías de los centros escolares, de las «escuelas de piedad». Era el eco de la gracia fundacional, pues Calasanz, conmovido por los niños abandonados de Roma, había elegido el templo de la escuela para orar, el púlpito de las aulas para predicar, los libros de las ciencias profanas como los mejores guiones para el sermón de la vida.

Vivían ambas instituciones en admirable austeridad y fecunda pobreza, pero no era suficiente para considerarlas iguales. Los clérigos de las Escuelas Pías preferían el trabajo escolar como emblema de pobreza y dejaban la predicación de los templos para los demás. La fusión no podía dar buenos resultados. Y ello a pesar de que ambos Institutos se movían con sinceridad en la línea de la reforma de la Iglesia que se vivía en la cristiandad después del Concilio de Trento (celebrado entre 1545 y 1569). La fusión que se le impuso por una bula pontificia no triunfó, pues el espíritu de ambos era diferente y las tensiones que se originaron entre los que querían escuelas de piedad y los que preferían catequesis y predicaciones parroquiales fueron ahondándose hasta hacer difícil la convivencia de las personas y de los grupos.

A los cuatro años, la curia romana dio marcha atrás y un nuevo documento pontificio determinó que cada uno volviera a sus orígenes y que los escolapios se orientaran hacia la instrucción escolar y los Clérigos de la Madre de Dios se abrieran cada vez más a las obras de Iglesia. En 1617 se volvieron a formar dos grupos separados y cada miembro pudo elegir con libertad el mejor camino según su espíritu y preferencia.

Pedro Casani participó como persona influyente en la empresa. Era incluso soñador, como se refleja en algunos de sus proyectos de reforma, al estilo de uno que escribió con el título de *Pussilis gregis idea.* Este escrito refleja una especie de programa para la reforma de la Iglesia. En él se armonizaba cierta radicalidad espiritual y el reclamo a la exigencia ascética. Rezumaba fuerte sabor evangélico, pero acaso olvidaba las limitaciones reales de los destinatarios.

Las dificultades que por aquellos años experimentaban los seguidores de Calasanz eran fuertes, hasta el punto de que abundaban las deserciones. Por ejemplo, de los primeros 80 maestros que habían iniciado las escuelas pías con el fundador, sólo 4 ó 5 quedaban un decenio después en la obra. La mayor parte había huido ante lo arduo y lo humilde, en ocasiones humillante, de aquellas escuelas de caridad para niños pobres. Acaso fue la dureza y la dificultad lo que impulsó a Casani a quedarse al lado del sacerdote aragonés, firme en sus ideales y aferrado al rigor del Evangelio.

En 1614 Casani fue designado rector del colegio romano de San Pantaleón, que llegó a tener más de un millar de escolares. La confianza que había tenido con San Juan Leonardi quedó renovada ampliamente con San José de Calasanz. Cuando el 6 de marzo de 1617 el papa Pablo V autorizó con documento pontificio de nuevo el grupo calasancio como congregación autónoma, la denominó «Congregación Paulina de los pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías». Pedro Casani fue uno de los primeros que tomaron el nuevo hábito religioso designado por el fundador. Adoptó el nombre de Pedro de la Natividad de María. Dejó de llamarse Clérigo de la Madre de Dios y se entregó a su tarea docente y directiva como escolapio, con humildad de santo, prudencia de gobernante y celo de gigante espiritual.

No se asustó por las dificultades por las que atravesó en aquellos años en el ambiente clerical de Roma y de Italia. Estaba curtido en la lucha, en las negociaciones y era, por naturaleza, sembrador de la paz, promotor del trabajo, experto en la convivencia. La obra calasancia no era entendida por todos. La inestabilidad de los maestros obstaculizaba la empresa. Los desasosiegos suscitaban deserciones y condenas en las oficinas romanas. Casani, hábil en el trato, fiel en las promesas, diplomático por sus experiencias anteriores y persuadido del bien que se hacía a los escolares, fue el soporte que José de Calasanz encontró en las dificultades y hasta en las persecuciones que no cesaban en ningún momento, a pesar de promover una obra tan necesaria para la Iglesia y para la sociedad entera.

Los más cercanos colaboradores de la obra siempre creyeron que su permanencia sólo era posible bajo la dirección de

San José de Calasanz. La fidelidad de muchos, desconcertados por la calumnia, se debió al amor de Casani al trabajo y a la pobreza, junto con la austeridad de vida de que siempre dio sorprendentes muestras con hechos más que con palabras. Esa fue la causa de que, al iniciarse el primer noviciado del Instituto, el fundador le designara como maestro de novicios y que durante años ejerciera ese cargo con eficacia y con verdadera riqueza espiritual. La obediencia a su segundo fundador, San José de Calasanz, se hizo el distintivo de su vida. La fidelidad a la obra escolapia y la disponibilidad que hasta su muerte manifestó como escolapio hizo que pronto entre los miembros del Instituto se le designada como «Pedro el santo» o «Pedro el pobre».

Su actividad como formador de novicios fue prudente, humana, moderada, pero muy sincera, evangélica y espiritual. A él se le atribuye *La Regla de los novicios de las Escuelas Pías,* que inspiró durante muchos decenios los noviciados escolapios que fueron surgiendo en diversos lugares en que el Instituto abrió «sus escuelas de piedad».

En 1623 San José de Calasanz le nombró Provincial del norte de Italia. Visitó las casas con espíritu abierto, con grandes dotes para el trato con las personas. Pero pronto Calasanz le destinó al sur y le encargó la obra recién inaugurada en Sicilia, donde le esperaba una amarga desilusión. Los jesuitas se le opusieron cuando intentó iniciar en Ísola una casa nueva con algunos novicios y hubo de retirarse en bien de la paz. En Messina hizo un segundo intento fundacional, pero no obtuvo mejores resultados, pues no logró la autorización de la curia romana, a pesar de sus grandes dotes para tratar con las personas y los organismos eclesiásticos.

Por ello el 14 de abril se dirigió a Nápoles. En la capital de aquel reino el mismo San José de Calasanz había acudido y abierto una obra escolar en el barrio de la Duchesca. Cuando estuvo iniciada, para consolidarla y extenderla, reclamó la presencia del padre Pedro Casani y le designó primer provincial de la Provincia calasancia napolitana. Esta elección de la ciudad partenopea para otra excelente obra fue providencial, pues resultó el origen de un hermoso renacimiento de la piedad en muchas personas de la ciudad, tanto de la gente sencilla que escuchó algunos de sus sermones, como de los personajes nobles

de la localidad. El tema de la pobreza y la necesidad de atender a los pobres atrajeron a muchas personas distinguidas que se pusieron en disposición de ayudarle.

Ejerció el cargo de rector de aquella «Casa de la Duchesca». Las ayudas y los dones llovieron con abundancia y la obra quedó suficientemente dotada y consolidada para la acción escolar y para la atención incluso recreativa de los acogidos a ella. Luego se edificaría en la casa la hermosa iglesia de la Anunciación y de Santa Ana. Nada menos que 30 religiosos y 600 escolares llegó a tener la obra durante los años que él actuó como Provincial en la región napolitana.

Diversas obras se fueron abriendo y consolidando en Nápoles durante su gobierno. Tal fue el caso de la «Casa de Bisignano», abierta en 1627, la de «Campoi Salentina» en 1628 y las diversas congregaciones juveniles abiertas en Nápoles con el fin de acoger a seglares que querían practicar la caridad con los necesitados. La Congregación de la Purificación de María para los comerciantes fue de las más hermosas. Pero también promovió otras para artistas, para jóvenes, para nobles.

Desde 1625 la Orden calasancia se había comenzado a extender por los países de Europa Central. Calasanz pensó que, como buen diplomático, Casani era el más indicado para acudir a estas regiones. Le nombró su representante personal y visitador de los centros que se fueron abriendo. Por orden suya ordenó su primer viaje a Viena, aunque hubo de demorarlo por las circunstancias. La primera casa abierta en 1631 surgió en Nikolsburg. En ella se conservan las primeras cartas de Casani.

En 1638 hizo un viaje por toda la Europa Central. Tenía ya entonces 68 años, pero fue nombrado visitador general de todos los centros. Con su espíritu juvenil intacto, organizó noviciados, se entrevistó con personajes influyentes, alentó a todos los miembros destacados que iban a iniciar las diversas empresas. Aconsejó hablar a todos el latín sencillo, para que polacos, germanos, bohemios y moravos se entendieran con facilidad y fraternidad. En una de las cartas escribía a San José de Calasanz entonces:

> «Hablé con todos y les di consejos saludables en público y en privado. Los encontré a todos, según me pareció, alegres, tranquilos, humildes, modestos, asiduos en la oración, deseoso de perfec-

ción religiosa, con excepción de uno que, por ser muy niño y de débil complexión, vacilaba un poco en su vocación. Me dieron grandes esperanza y bendije a Dios».

Su eficaz consejo y sus sabias normas de gobierno consolidaron la obra en estos lugares del Instituto. Su espíritu observador y diplomático fue causa del fortalecimiento de las personas y de las tareas educadoras. De manera especial consolidó el noviciado, para que las vocaciones fueran propias de cada lugar. Aquel primer noviciado fuera de Italia, sería al poco tiempo la salvación de la obra calasancia, pues determinados elementos rebeldes y ambiciosos pretendieron descaminarla y hasta destruirla. En su estancia en las tierras centroeuropeas se dedicó también al ejercicio de la docencia, explicando a los jóvenes estudiantes filosofía y teología con admirable competencia y con sorprendente profundidad.

Cuando el 18 de noviembre de 1621 Gregorio XV reconoció y aprobó como Orden religiosa el Instituto por la bula *In supremus apostulatus solio* eran 500 los religiosos, 40 las obras en funcionamiento y 70 los novicios. Sin embargo, todo se vino abajo en un triste y desafortunado proceso. Casani había sido el principal soporte de la naciente obra calasancia, no sólo en Italia, sino también en Germania. Regresado a Italia, se mantuvo cerca del fundador como consejero humilde, silencioso y eficaz, incluso cuando la hora de la prueba llegó para el Instituto.

En 1642 el rebelde y ambicioso padre Mario Sozzi promovió contra el gobierno de San José de Calasanz diversas acusaciones y calumnias. El llamado Santo Oficio ordenó la prisión del fundador y la destitución de todo el consejo del Instituto. También el padre Pedro Casani fue víctima de la intriga y destituido de su cargo de consejero y de asistente. El Instituto y todos sus miembros quedaron bajo la vigilancia de un visitador apostólico, que lo fue el jesuita Silvestre Pietrasanta. Pedro Casani aceptó con humildad la deposición y la humillante vigilancia a la que fue sometido. Recomendó a todos: fe, paciencia y confianza en la Providencia. Permaneció fiel al fundador y al espíritu del Instituto en medio de los amargos acontecimientos, incluso cuando llegó la prueba más dolorosa, reservada para el día 17 de marzo de 1646, en que el papa Inocencio X, por el decreto *Ea quae pro felici* disolvió el Instituto como Orden y la re-

dujo a una asociación piadosa. En ese momento estaba constituido ya por 57 casas en 6 provincias. Los escolapios eran 600 y los novicios 120.

Las últimas penas acompañaron a Pedro Casani en el lecho de muerte, después de un año en el que conoció las amarguras de la supresión de la obra y las intrigas que se fueron desarrollando. El 17 de octubre de 1647 moría pacíficamente en la casa en que había sido rector años antes. El mismo San José de Calasanz le ayudó en su último trance con palabras de consuelo y con la certeza de que la Providencia no dejaría que se perdiera una obra que tantos sacrificios había costado. Calasanz, le seguiría un año después, cuando el 25 de agosto de 1648 entregó su alma a Dios anunciado la pronta restauración de la Orden escolapia. Los restos de ambos recibirían piadosa sepultura en la misma casa romana, quedando unidos en el sepulcro, ellos que con mutuo amor y fraternal generosidad habían vivido durante 30 años de forma inseparable.

Su recuerdo quedó latente y vivo entre sus hermanos, como el del más fiel colaborador y compañero del fundador. Teólogo y consejero, venerable en virtud y admirable en sus juicios, modelo de pobreza y ejemplo de fidelidad y de oración, su modesto sepulcro fue frecuentemente visitado por piadosas personas que solicitaban su intercesión ante Dios. Hasta 24 fueron los hechos considerados milagrosos en los días posteriores a su fallecimiento y a su inhumación, a la que asistió una enorme cantidad de personas que le habían conocido y narraban maravillas de él.

Contribuyó a su fama de santidad la difusión popular de las plegarias contra el demonio y contra los males por él compuestas, o al menos a él atribuidas. Muchos fieles acudían ante su sepulcro para recitarlas y para pedirle que elevara a Jesucristo y a su Santa Madre aquellos deseos en ellas expuestos.

Su recuerdo no se extinguió a pesar de que los siglos pasaron lentamente, como pasan sin prisas todas las cosas divinas y humanas en la Ciudad Eterna. Tuvo que venir el final del siglo XX para que su causa de beatificación se reavivara entre los legajos polvorientos de las oficinas romanas y el papa Juan Pablo II, el 1 de octubre de 1995 lo elevara a los altares y señalara

su recuerdo litúrgico para el 17 de octubre de cada año. La ceremonia celebrada en la Plaza de San Pedro del Vaticano constituyó la más numerosa de este tipo, pues fueron 106 los beatificados, muchos de ellos testigos de la fe que dieron su vida, como el padre Pedro Casani, por la Iglesia y por la educación de la juventud. ¡Digno cortejo celeste de este beato, que tan bello recuerdo dejó en la Iglesia con su fidelidad, su amor a la educación cristiana y su entrega incondicional a los pobres!

PEDRO CHICO GONZALEZ, FSC

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM *«Romana seu Lucana». Beatificationis et canonizationis servi Dei Petri Casani a Nativitate Beatae Mariae Virginis sacerdotis professi Ordinis Clericorum regularum pauperum Matris Dei scholarum piarum († 1647). Positio super virtutibus* (Roma 1982).

Discípulos de Calasanz (Roma 2002).

Epistolario del Beato Pedro Casani de las Escuelas Pías (Madrid 1995).

PERRONE, A. M.ª, *Pedro Casani «Pobre». Una opcion radical por la educación* (Madrid 1995).

BEATO SANTIAGO BURIN

Presbítero y mártir († 1794)

La Revolución francesa, con su sañuda persecución a la Iglesia católica, a la que quería ahogar en un baño de sangre, obligó a numerosos sacerdotes que no se quisieron sumar al cisma formalizado por la Constitución civil del clero y el juramento con que había que ratificarla, a vivir en la clandestinidad y desde ella apacentar a las ovejas de Cristo, a los fieles que se negaron a mantener comunión con los sacerdotes juramentados, a los que no se podía calificar de otro modo que de cismáticos. Uno de esos sacerdotes fue el bienaventurado Santiago Burin, el cual en el curso de su trabajo pastoral encontró la palma del martirio. Ésta es su gloriosa historia.

Jacques Burin nació el 6 de enero de 1757, en la villa de Vermon, en la parroquia de Betton, en el antiguo deanato de Fresnay. Era hijo del matrimonio cristiano formado por Jean Bourin, labrador, y Marie Louise Paris. Tras hacer los estudios pertinentes se ordenó sacerdote el 23 de septiembre de 1780.

Anteriormente había recibido la primera clerical tonsura el 29 de marzo de 1777, las órdenes menores el 20 de marzo de 1779, el subdicaconado el 18 de septiembre de 1779 y el diaconado el 11 de septiembre de 1780.

Su primer destino fue en la parroquia de Lamnay, del antiguo deanato de Ferté-Macé como coadjutor. Se distinguió en este cargo por la práctica de las virtudes sacerdotales y su aplicación continua al estudio de la teología. Se acreditó como sacerdote piadoso y lleno de celo, y por ello no extrañó que, llegado el concurso a parroquias de 1786, fuera nombrado párroco de Saint-Martin-de-Connée, parroquia de la que tomó posesión el 6 de enero de 1787, antes del canto de vísperas, contando solamente con treinta años. La parroquia pertenecía a la presentación del obispo de Le Mans, que lo era entonces monseñor François Gaspard de Jouffroy de Gonssans. Unos días más tarde el párroco de Montmirail, abate Daveau, escribía a su ahijado el abate Chauveau, acerca del nuevo párroco:

> «Tratad de tener en el cielo un buen apoyo como el sr. Burin; San Martín fue su protector desde el vientre de su madre; él lo mandó a hacer su aprendizaje en Lamnay de donde él lo llama a St. Martin-de-Connée para trabajar como maestro en la viña del Señor [...] Tendréis un buen vecino que nosotros echaremos de menos aquí y no hay duda de que él se dejará amar de sus feligreses y de todos aquellos que lo conozcan».

Y dos días después de su llegada a la parroquia, cuando se tuvo el funeral por el párroco anterior, el abate Souvré, el orador, abate Pierre du Prat, párroco de Rouez-en-Champagne dijo:

> «Se dice de su sucesor que es amigo de la virtud, distinguido por el mérito y amante de hacer el bien. Es de usted, señor Burin, que sucede al abate Souvré, de quien estas cosas se dicen. La esperanza de los pobres afligidos no será confundida y bajo su ministerio el pueblo que se le confía podrá secar sus lágrimas».

El abate Burin no tardó en cumplir estas esperanzas, porque ejerció el santo ministerio con tanto celo y caridad que muchos años más tarde, y aparte su muerte martirial, sería recordado con gratitud por los fieles. Incluso quienes en la Revolución se le mostraron hostiles reconocieron luego su bondad. Predicador fuera de lo común y magnífico orador sagrado, se encontra-

ba feliz sin embargo de catequizar a los niños, mostrándoles una particular predilección y no cediendo por entero esta tarea catequética a los vicarios sino participando en ella con toda dedicación. Tenía como vicarios a los abates Louis Hellouin y Julien Blanche.

Al entrar en su parroquia halló que había trescientos pobres, pero su caridad no los desilusionó. Todas las semanas repartía pan a todos. En una ocasión cayó en la cuenta de que los hijos de uno de sus jornaleros estaban muy mal vestidos. Se lo advirtió al padre, el cual le respondió que tenía diez hijos que vestir, y entonces el párroco mandó hacerle una pieza de sarga con la lana de sus diezmos. Y así era con todos los pobres, para los que todo le parecía poco y estaba siempre dispuesto a ayudarles.

Llegó la hora de la Revolución francesa. Se decretó por la Asamblea Nacional el 12 de julio de 1790 la Constitución civil del clero, y el 27 de noviembre siguiente se decretó asimismo que todos los obispos y curas que no hubieran prestado el juramento de acatar la Constitución en el espacio de ocho días fueran privados de sus títulos como si hubieran dimitido voluntariamente. Este decreto comenzó a ser ejecutado pero en Saint-Martin-de-Connée a causa de la muerte del alcalde no se le intimó al párroco Burin y a sus vicarios hasta el 26 de febrero del año siguiente. Ese día en la misa mayor el párroco subió al púlpito para prestar el juramento prescrito a la vista de los fieles y de las autoridades municipales, cuyo texto se conserva:

> «Yo, cura de Saint-Martin-de-Connée, abajo firmante, para satisfacer el decreto del 27 de noviembre de 1790 concerniente al juramento cívico que deben prestar los eclesiásticos funcionarios públicos, juro: 1.° Ser fiel a la Nación, a la ley y al rey; 2.° Velar con celo por los fieles de la parroquia que me está confiada; 3.° Mantener con todas mis fuerzas la Constitución decretada por la Asamblea Nacional y sancionada por el rey en todo aquello que no se oponga al régimen espiritual de la Iglesia y a la ley de la Iglesia católica, apostólica y romana en la que yo quiero vivir y morir. Yo declaro que yo anunciaré siempre a mis feligreses la doctrina del Evangelio en toda su pureza, que yo predicaré siempre dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, la sumisión a la ley, de lo que yo daré ejemplo siempre, y que no participaré jamás en ningún complot o federación que tienda a sublevar a los pueblos y a excitar riñas o divisiones, que haré todo lo posible para procurar

a todos mis feligreses en general y a cada uno en particular el mayor bien tanto espiritual como temporal».

Seguidamente juraron los dos vicarios.

Como bien se ha dicho, hay que comprender que la publicación de la Constitución civil del clero puso en problemas de conciencia a muchísimos obispos y sacerdotes. Para una mitad de ellos era claro desde el principio que la Constitución era un texto contra el cual había fortísimas objeciones teológicas y canónicas y que por tanto no podía jurarse con segura conciencia, y entendían que de todos modos antes de prestarlo debía pronunciarse la autoridad papal para orientar con su supremo magisterio a los colocados en tan difícil alternativa. Otros en cambio pensaron que era posible prestar el juramento con tal de que se dijera que ese juramento era condicionado a que la Constitución no estuviera en contra de la doctrina y de la ley de la Iglesia católica, bajo la cual se quería morir. El abate Burin y sus vicarios fueron de estos últimos. Pero resulta que el papa Pío VI habló y habló claro, condenando como heréticas y cismáticas no pocas de las disposiciones de la dicha Constitución, y entonces ya no cabía prestar de buena fe el juramento. La intervención papal llenó de furor a los revolucionarios franceses, dispuestos a crear una Iglesia nacional, del todo independiente de Roma, y por ello la Asamblea Nacional dio un decreto el 9 de junio de 1791 que prohibía publicar cualquier documento proveniente de la curia Romana sin previo consentimiento de la autoridad civil. Seguramente Burin no conocía este decreto, no sancionado por el monarca sino el día 17 de junio, y el domingo de Pentecostés, 12 de junio de 1791, dio pública lectura en la iglesia a la bula del papa Pío VI con la que se condenaba la Constitución civil del clero. Quedaba claro ante el pueblo de qué parte estaba Burin: de parte del Papa y de la Iglesia. Cualquier escándalo que hubiera causado a alguien su juramento quedó aquel día contrarrestado por la valiente actitud de la lectura pública de la bula.

Esta lectura trajo consigo que inmediatamente Burin fuera denunciado. Y entonces se alegó que aquella lectura era la última de una serie de pronunciamientos en los que Burin venía insistiendo. Según el texto de esta denuncia, además de leer la

bula papal el domingo de Pentecostés, Burin había dicho en la misa que los representantes en la Asamblea Nacional eran ladrones y usurpadores de los bienes del clero, y que los eclesiásticos que reemplazaban a los verdaderos pastores eran lobos rapaces que conducían al infierno aunque vinieran con piel de cordero, que el juramento introducía en Francia un cisma, y que habiéndosele preguntado si quería leer la instrucción de la Asamblea Nacional sobre la Constitución civil del clero, él respondió que no leería nunca tal instrucción y que si los empleados municipales la leían desde el púlpito, él lavaría el púlpito porque quedaría manchado. Y le achacaban haber expresado la esperanza de que habrá una contrarrevolución que reponga las cosas en su sitio.

Se decidió proceder formalmente contra Burin. El primer juez del tribunal de distrito de Évron, Julliot Morandière, mandó que comparecieran testigos. Compareció Luis Vauchelle, juez de paz del cantón de Connée, de 33 años, y ratificó todas las acusaciones expresadas. Hizo lo mismo el alcalde Pierre Boré. Declaró lo mismo Madeleine Le Mée, de 21 años. Repitió igual declaración la testigo Marie Guitet, y lo mismo los testigos Vincent Blanche, Louis Launay y Sebastien Parent. Esta deposición de los testigos fue el 2 de julio de 1791. Dos días más tarde se mandaba arrestar a Burin y se hizo el arresto el día 11 de julio. Fue llevado a la cárcel de Sainte-Suzanne. El día siguiente tuvo lugar el interrogatorio. Reconoció haber leído el domingo de Pentecostés la bula papal. Dijo que le llegó la bula de París y no sabía quién se la había enviado. Preguntado si la bula declara como herejes y cismáticos a todos los juramentados, dijo que así formalmente no viene en la bula. Preguntado si la dicha bula declara falsos pastores a los curas juramentados, contestó que así no lo dice la bula. Sí dice que no son legítimos los que sustituyen a los no juramentados. Interrogado si la bula declara ilegal todo nombramiento hecho en virtud de la Constitución y que los juramentados quedan suspensos e incapaces de cumplir las funciones ministeriales, contestó que sí. Preguntado quién firmaba la bula dijo que Pío VI. Preguntado por orden de quién la había publicado dijo que por su propia voluntad. Preguntado con qué intención leyó la bula respondió que no tenía que res-

ponder a esa pregunta. Preguntado si había pasado la bula a los curas vecinos dijo que solamente a sus vicarios. Preguntado si había declarado usurpadores a todos los diputados de la Asamblea Nacional lo negó. Preguntado si había dicho algo parecido dijo que su intención era pedir respeto a los demás sacerdotes. Interrogado si ha dicho que los sacerdotes sustitutos son intrusos, lo negó. Preguntado si ha dicho algo parecido dijo que los sacerdotes sustitutos carecen de jurisdicción al no tenerla por vía canónica. Preguntado por el contenido de varios sermones suyos negó haber dicho lo que se le imputaba y afirmó haber hablado de la necesidad de la penitencia. Negó haber dicho que lavaría el púlpito si desde él se leía la Constitución del clero. Preguntado por qué no leía la instrucción de la Asamblea contestó que sólo era obligatorio hacer referencia a las leyes. Interrogado si había dicho que las absoluciones de los juramentados eran nulas e igualmente los matrimonios, dijo que había hecho referencia a un libro donde tales cosas se dicen sin haber manifestado su punto de vista. Preguntado si había pedido ayuda en caso de que lo persiguiera la justicia, lo negó. Interrogado si había dicho que no reconocía al obispo de su departamento, negó haberlo dicho.

Tras esta declaración, el defensor de Burin le hizo firmar una súplica en la que hacía presente que él no podía conocer que estaba prohibido leer documentos pontificios sin licencia de la autoridad civil y que él se sometía al decreto del 9 de junio, ya para entonces confirmado por el rey, y pedía por ello ser descargado de las acusaciones. Se ha hablado si fue una treta de su defensor, firmada sin mirarla por Burin, o un acto de debilidad por parte del preso. Pero el acusador público insistió en sus acusaciones y petición de sanciones, y por su parte el Comisario del Rey excusó a Burin de las acusaciones. Por fin el 19 de agosto de 1791 el tribunal lo condenó a perder su pensión durante dos años, y a alejarse de su parroquia de tres a diez leguas de distancia.

Había llegado para Burin la hora de la clandestinidad. Ni iba a presentarse para ser deportado, como dispondría más tarde la legislación persecutoria ni prestaría el nuevo juramento de Libertad-Igualdad, ni se quedaría en su villa natal esperando que

la Revolución pasara. Decidió exponer su vida para proporcionar a los fieles la ayuda espiritual de su ministerio. Con bellas palabras se expone su testimonio en una crónica conservada en su parroquia. Mientras que los sacerdotes infieles con sus escándalos ayudaron a la impiedad a destruir la religión de Jesucristo, los sacerdotes fieles por su parte combatieron con peligro de su vida para sostener la fe de los fieles y relevar a los caídos. Ellos se condenaron a muerte por amor a Jesucristo y la salvación de las almas, y sufrieron hambre, sed, pobreza, desnudez y finalmente tantos de ellos la muerte, renovando lo que de los antiguos testigos dice la carta a los Hebreos (11,37-38). Lejos de abandonar a sus feligreses, se puso Burin al servicio de ellos, disfrazándose de vendedor ambulante y tomando el nombre de Sebastián. Cuántos sacrificios, cuántas penalidades, cuántos peligros continuos de ser descubierto hubo de pasar. Recorría las parroquias de Saint George-sur-Seine, Saint Thomas de Courceriers, Trana, Champgenteux, Villaines, Loupfougères y la suya propia. Decía misa, confesaba, bautizaba niños, orientaba, consolaba, animaba, y se mostraba en todo el buen pastor dispuesto siempre a dar la vida por las ovejas. Fueron tres años intensos de entrega total, en absoluta obediencia al Señor Jesús que le había dado participación en su sacerdocio y por ello mismo en su sacrificio.

Sobre las circunstancias de su muerte se conserva una relación original de Augustin Rouland, niño entonces de nueve años, y que fue testigo presencial de su muerte. Él cuenta que su familia vivía en Petit-Coudray de Champgenéteux y que los sacerdotes que se escondían en aquella zona paraban con frecuencia en su casa.

> «El señor Burin —dice— prestaba grandes servicios a la religión por su piedad y su celo por la salvación de las almas, visitando alternativamente las parroquias de Champgenéteux, Loupfougéres, Trans, Villaine-la-Juhel, Saint-Thomas-de Courceriers, etc. Pero fue víctima de una cobarde traición. Y como yo entonces no tenía más que nueve años, pero se lo he oído contar cientos de veces a mi padre y mi madre».

La cobarde traición funcionó así: Había en Courcité tres hermanas de apellido Lemaire, las cuales, como toda su familia, habían caído en las garras de la Revolución. Su hermano era

jefe en la columna móvil de Évron. Ellas lamentaban la presencia de sacerdotes ocultos en la zona e idearon una forma de poder cazar a alguno. Se dirigieron a una católica, Jeanne Tréton, que había sido la criada del abate Michel René Bruneau, cura de Trans, y para entonces exiliado. Le preguntaron si ella sabía de algún cura católico (no juramentado) escondido en la zona para poder confesarse con él. Aunque era piadosa y sencilla, Jeanne guardó reserva al respecto diciendo que no sabía de ninguno. Ellas insistieron y Jeanne contestó lo mismo pero prometió que haría lo que pudiera. Y en efecto se dirigió al abate Burin y le dijo cómo las hermanas Lemaire querían confesarse. El sacerdote recibió con alegría el anuncio de esta futura conversión y contestó que el miércoles 17 de octubre él se encontraría en Petit-Coudray de Champgenéteux para oírlas en confesión. Jeanne les dijo entonces a las Lemaire que ese día fueran a dicho pueblo a la casa de Rouland, donde se encontrarían con el sacerdote. Cuando ese día el abate Burin llegó a la casa de Rouland, venía de decir misa en Loupfougéres, donde la buena gente quiso retenerlo temiendo por su vida pero el sacerdote repetía: «Ardo en deseos de ir a Petit-Coudray». Cuando llegó a la casa de Rouland, éste le dijo que circulaba el rumor de que la columna móvil de Évron, que estaba entonces en Courcité, debía venir a hacer revisiones por la zona y que por ello sería prudente que se fuera por unos días. Fue inútil. Burin dijo que no se iba porque tenía la ocasión de salvar algunas almas. Rouland, ante esta actitud del abate Burin, le mostró una salida disimulada para que saliera por ella en caso de necesidad. Pero sucedió que en muy poco tiempo el pueblo y la casa de Rouland estaban rodeados de soldados de Évron, que venían de Courcité, y al darse cuenta de ello el abate Burin comprendió que estaba en peligro de muerte y acórdandose de la salida que le había sido indicada, salió por ella e intentó huir. Iba ya hacia el camino de Loupfougères, por donde había venido, cuando uno de los soldados, un tal Terre, antiguo sochantre de Évron, lo derribó de un tiro. Burin hizo un esfuerzo para levantarse apoyándose en el codo, pero recibió un segundo tiro y cayó muerto. Corrieron hacia él los soldados y empezaron a mirar el cadáver que llevaba consigo el cáliz y algunos papeles. Al mismo instante su alegría llegó al col-

mo, y el que lo había abatido besó su arma por haber hecho —dijo— tan buen tiro. Entonces desnudaron el cuerpo del mártir y, desnudo, lo tiraron en un estercolero.

Los soldados se fueron seguidamente a saquear la casa de Rouland donde profanaron el cáliz haciéndolo servir para sus orgías. En medio de aquella confusión Rouland, temiendo por su vida, se escondió con su hermana y su hijo en un campo, desde el que se podía oír todo el tumulto. Y la esposa de Rouland, con gran presencia de ánimo, tuvo valor para echar basura encima de la bolsa que contenía los ornamentos del abate Burin y que, pese a estar en medio de la casa, nadie había reparado en ella. Los soldados, ávidos de botín, arramplaron hasta con las camas de la casa, pero no se fijaron en aquella bolsa. Al marcharse los soldados, Rouland no tuvo ánimo para dar sepultura al mártir. Pero un cuñado suyo llamado Béas y un tal Lenoir se hicieron cargo de este deber. Colocaron el cuerpo en un pequeño cercado entre el camino de Trans y el patio de la casa de Rouland. Posteriormente el abate Ripault pedirá a los que le habían enterrado que colocaran sobre la fosa una losa de pizarra con una inscripción, que sirviese para saber dónde se encontraba enterrado el confesor de la fe.

En la parroquia no dejó de saberse que el abate Burin había muerto en el ejercicio de su ministerio, dando la vida por las ovejas del rebaño de Cristo, a las que servía con tanta dedicación en medio de penalidades y peligros. Su memoria no se perdió, pero pasarían cincuenta años hasta que un sacerdote, el abate Agustín Bressin, se decidió a localizar también su tumba así como a rescatar del todo su recuerdo. Este abate ejercitó por más de cuarenta años el ministerio pastoral en la misma parroquia del mártir, en Saint-Martin-de-Connée. Estuvo primero como coadjutor (1840-1847) y luego como párroco (1847-1882). En 1844 recibió de monseñor Bouvier, obispo de Le Mans, la orden de escribir una crónica local de la parroquia, en concordancia con una orden general que el mismo obispo había dado en 1835. Estando muy mayor el párroco, se le confió en 1844 al coadjutor que escribiera él la crónica, y que en ella se recogiera todos los hechos históricos que de forma más particular sean concernientes a la parroquia. Era obvio que uno

de los hechos más sobresalientes de la pequeña historia de la parroquia era el ministerio y el martirio del abate Burin. Y por ello en esa crónica se incluyeron los datos relativos al mismo, todos ellos atestiguados con documentos auténticos. Para la muerte se sirvió del testimonio de Agustín Rouland que, como queda dicho, había sido a sus 9 años testigo de vista de la misma. Y por fin contó cómo habían sido encontrados los restos mortales del mártir siguiendo las indicaciones de Rouland. Luego de varios días de trabajo, el 17 de febrero de 1846 uno de los trabajadores, al mediodía, con el pico arrancó la anhelada losa que, aunque mutilada un tanto por el golpe, dejó sin embargo que se leyera la inscripción que contenía y en la que podía leerse que allí yacía Santiago Burín, párroco de Connée, martirizado por el escuadrón de Évron el 17 de octubre de 1794. Se le mandó enseguida aviso al decano o arcipreste de Villaines, como éste había pedido en caso de encontrarse la tumba, y en su presencia y la de varias otras personas se procedió a la exhumación de sus restos. El esqueleto estaba perfectamente conservado. Recogidos todos los huesos en una caja, seis sacerdotes los llevaron a la iglesia del deanato de Villaines, donde se celebró un solemne servicio funeral. Luego fueron llevados a la parroquia de Trans.

Entablada la causa de beatificación de los mártires de Laval, se unió a ella la de este mártir, y todos estos siervos de Dios fueron solemnemente beatificados por el papa Pío XII el 19 de junio de 1955.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 47 (1955) 445-451.

POTTIER, P. A., *M. Jacques Burin* (Laval 1918).

SACRA RITUM CONGREGATIONE, *E.mo ac Rev.mo Domino Cardinali Clemente Micara, Praefecto Relatore. Valleguidonen. Beatificationis seu Declarationis Martyrii servorum Dei Joann.-Bapt. Turpin du Cormier [...] et Jacobi Burin, parochi, in dioecesi Valleguidonensi in odium fidei, uti fertur, anno 1794 interfectorum. Positio super Introductione Causae* (Roma 1950).

BEATO CONTARDO FERRINI

Seglar († 1902)

Nos lo ha descrito el papa Pío XI:

> «Era de estatura media, llena de solidez, de armonía, de elegancia de líneas; el paso rápido, pero firme; paso de un caminante que tiene costumbre y sabe adónde va; la pluma, siempre presta y llena de sabiduría; la palabra, cuidada y persuasiva; en su rostro, un aire de simpatía siempre igual, y que jamás le abandonó hasta la misma víspera de su muerte; pero ante todo, sobre ese rostro brillaba un resplandor de pureza y de amable juventud. Su mirada tenía toda la dulzura de la bondad, excelente corazón; sus ojos, su amplia frente, llevaban consigo el reflejo de una inteligencia verdaderamente soberana».

Los retratos que de él conservamos añaden a esta descripción hecha por el Papa una barba densa, un bigote bien poblado y un pelo corto y fuerte.

Como Federico Ozanam, iba a morir muy joven. Si Federico muere a los cuarenta años, Ferrini muere a los cuarenta y tres. Sin embargo, su corta vida resulta maravillosamente densa.

Para explicarnos todo su valor es necesario hacernos cargo primero del ambiente de tensión religiosa y de fermentación intelectual que atravesaba Italia en la segunda mitad del siglo XIX. Planteada la unidad italiana, puesto en difícil conflicto el católico, que de una parte debía desear la unificación de su patria, y de otra, el triunfo de la Santa Sede; abiertas las inteligencias y los corazones a las corrientes ideológicas más avanzadas, una vida católica normal, no digamos revestida de heroica santidad como la de Contardo, resultaba extraordinariamente difícil. Y mucho más cuando tenía que desarrollarse en el cargadísimo ambiente de las universidades.

Y, sin embargo, Contardo, de naturaleza tímida, de carácter retraído, va a pasar largos años de profesorado universitario viviendo con tal intensidad su catolicismo que llegamos a verle en los altares. Es verdad que había nacido en una familia cristianísima el 4 de abril de 1859, un año exactamente después del casamiento de sus padres Rinaldo Perrini y Luigia Buccellati. Pero la educación allí recibida pudo muy bien malograrse. Al menos ocasiones no faltaron. Contardo resultó desde el primer mo-

mento un superdotado, alumno de memoria prodigiosa, hábil versificador, inteligencia agudísima para captar las cosas más abstractas. Cuando aún estaba haciendo la enseñanza media se presentó un buen día a monseñor Ceriani, prefecto de la célebre biblioteca Ambrosiana, para pedirle lecciones de hebreo. Aprendido el hebreo, comenzó con el siríaco. Y después continuó con el sánscrito y el copto. Esta preparación llevaba cuando a los diecisiete años acudía a la Universidad de Pavía, en 1876, para emprender la carrera de derecho.

Le esperaban duras pruebas. El ambiente del colegio Borromeo, en el que se iba a hospedar, era un ambiente difícil. Sus compañeros vivían, continuamente, entre conversaciones impuras, a las que él tenía horror. Contardo prefería quedarse solo, en su celda helada, antes que bajar a las salas de estudio a compartir la conversación con sus compañeros. El invierno es frío y húmedo en Pavía, y parece que lo fue de una manera especial en aquella ocasión. Pero la delicadísima virtud de Contardo, que en muchas ocasiones llegó hasta el escrúpulo, prefería pasar por todo antes que poner en peligro su pureza o su fe. En el verano de 1881, previo el consejo de su director espiritual, hizo voto de castidad. Muchísimas veces durante su vida se le ofrecerían partidos brillantes y espléndidas ocasiones de casarse. Pero él murió soltero y fiel al voto hecho entonces.

Su carrera científica fue impresionante. Desde el primer momento prefirió no los estudios fáciles y brillantes, sino los difíciles y pesados. Por influencia de su tío, el abate Buccellati, que enseñaba Derecho penal, tuvo esta ciencia sus preferencias. Su tesis doctoral, defendida brillantemente en junio de 1870, versó sobre la importancia de Homero y Hesiodo en la historia del derecho penal. Le concedieron una beca, con la que pudo proseguir sus estudios en Berlin. El papa Pío XII destacó, en el discurso pronunciado con motivo de su beatificación, lo que para Contardo supuso el contacto con los grandes pandectistas alemanes. La ciencia germana del derecho romano alcanzaba entonces su más alta cúspide: Mommsen, Voigt, Pernice... se dieron cuenta de la extraordinaria capacidad de aquel joven italiano y le ayudaron. Es curioso que fuese un luterano, Von Lingenthal, el que más íntimamente influyera sobre él en el aspecto científico.

Al morir este sabio, Contardo publicó una breve biografía, en la que se deshace en elogios de la ciencia y religiosidad de su antiguo maestro. Alaba en él un sentimiento vivísimo de la naturaleza y un sentimiento religioso muy acendrado.

Sin embargo, el juicio de Contardo sobre el protestantismo es severísimo:

> «Ciertamente hay virtud entre los protestantes, hay sinceros admiradores del hombre-Dios, hay flores que se embellecen con el rocío celestial y que Dios no rechazará; pero cuanto de bueno hay queda imperfecto, privado de aquella eficacia que tendría del Dios vivo a la sombra de los altares católicos. El protestantismo nos da personas honradas, que en nuestra religión inmaculada serían santos».

Disfrutó, en cambio, inmensamente en su contacto con los católicos alemanes. Era un catolicismo serio, lleno de coraje y de entusiasmo, depurado por las pruebas del *Kulturkampf*. Características todas ellas que iban muy bien con su manera de ser.

En 1881 emprende una edición crítica de la paráfrasis griega de las *Instituciones* de Justiniano atribuida a Teófilo, para la que hubo de buscar manuscritos en Copenhague, Paris, Roma, Florencia y Turín. Y en octubre de 1883, a los veinticuatro años, se encarga en la Universidad de Pavía de la cátedra de exégesis de las fuentes del derecho y de un curso de historia del derecho penal romano. Iniciaba así sus tareas docentes. Poco después concursa a una cátedra de Bolonia, que no se le dio por motivos políticos. En 1887 pasa a enseñar a Mesina, y en 1890 a Módena. Por fin, en 1894, volvía a su amada facultad de Pavía, en la que había de perseverar hasta la muerte.

Hizo de su consagración al estudio y a la enseñanza un verdadero sacerdocio. Al principio sus clases eran pesadas, llenas de referencias y citas. Con el tiempo fueron aclarándose y simplificándose, hasta llegar a ser verdaderos modelos de pedagogía. Los alumnos sabían que podían contar con él a todas las horas, seguros de encontrar siempre un consejero leal y un profesor amigo de ayudarles. Independientemente del cumplimiento escrupuloso de sus deberes de catedrático, llevó toda su vida en lo más íntimo de su corazón un apasionado amor a la investigación científica. En veinte años publicó cerca de doscientos trabajos. Pero no se trataba de fáciles improvisaciones, ni de es-

critos ligeros de vulgarización. Una vez más escuchemos a Pío XI describir su obra de investigador:

> «¡El trabajo! Un trabajo científico en sumo grado; un trabajo de investigación, de reflexión, de enseñanza. Un trabajo que Ferrini realizaba con celo apasionado, pero que puede muy bien clasificarse entre los más áridos, por desarrollarse casi por entero sobre textos antiguos, sobre escrituras difíciles de descifrar y más difíciles aún de comprender. Nos mismo le hemos visto más de una vez puesto al trabajo con su inteligencia soberana. Leía a primera vista los textos embrollados, ocultos bajo las escrituras indescifrables de los siglos antiguos: en latín, en griego, en siríaco, porque él pasaba con la mayor facilidad de una lengua a otra. Leía los textos, y al primer golpe de vista captaba su sentido y a vuela pluma, daba la traducción latina o italiana. Labor fatigosísima, esencialmente difícil y ardua, y que sólo puede apreciar el que tiene la experiencia de ella; una labor que asemeja a un verdadero y largo cilicio llevado durante toda la vida».

Aún hoy tropezamos con su nombre, después de tantos descubrimientos y de tantos avances en el Derecho romano, en las monografías y estudios que actualmente se publican. Algunas de sus obras pueden considerarse verdaderamente definitivas. Son el fruto de larguísimas horas de trabajo, de una vida de recogimiento y de laboriosidad.

Ocasiones hubo, sin embargo, en que debió salir de su aislamiento. Así, por ejemplo, en 1895, fue elegido concejal del Ayuntamiento de Milán. Y en verdad que sus contemporáneos hubieron de reconocer que su actuación resultaba ejemplar. Supo luchar como bueno en los difíciles problemas planteados en aquel tiempo contra el divorcio, por la salvación de la infancia abandonada. Pero en este mismo terreno de la política se mostró fiel hijo de la Iglesia. Eran tiempos verdaderamente difíciles, en que católicos de buenísima voluntad resbalaron a veces. Contardo se mantuvo siempre fiel a las directivas pontificias.

Es lástima que no podamos recoger rasgos encantadores de su vida que se han conservado. Su modestia excesiva, sin consentir nunca que alabaran en su presencia algunas de sus obras científicas: su vivo sentido de la liturgia y su amor apasionado por la santa misa; su encantadora sumisión a sus padres, a los que obedecía como un niño, siendo ya catedrático respetable; su figura de excepcional alpinista; su devoción a

San Francisco de Asís, de quien era terciario; su espíritu de pobreza, verdaderamente extraordinario; su irradiación apostólica, dentro de la que muy bien puede englobarse otra figura, posterior, pero también muy importante del catolicismo italiano: Vico Necchi.

Resulta encantador verle regresar por la noche a casa de su hermana, a tres kilómetros de Pavía, cenar allí con el matrimonio, jugar, por complacerles, una partida de cartas, rezar el rosario en familia, y acostarse para emprender al día siguiente, a las cinco y media de la madrugada, su nueva jornada universitaria.

Así hasta el 17 de octubre de 1902. Una fiebre tifoidea le llevó rápidamente al sepulcro en Suma (Novara). La fama de santidad le rodeó muy pronto. Su causa fue introducida en 1924, y en 1947 Pío XII realizaba uno de los deseos más queridos de su antecesor en el solio pontificio: su solemne beatificación.

Su tumba se encuentra hoy en la Universidad Católica del Sagrado Corazón, de Milán, que no llegó a conocer, pero que sí podemos decir que presintió y amó anticipadamente. En aquella recogidísima capilla, profesores y alumnos aprenden, frecuentándola, a vivir el auténtico ideal del universitario católico.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

GIODANI, I., *Contardo Ferrini. Un santo fra noi* (Milán 1949).
PELLEGRINI, G., *Vida de Contardo Ferrini* (Buenos Aires 1948).
PORTALUPPI, A., *El alma religiosa de Contardo Ferrini, 1859-1909* (Vich 1947).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GILBERTO EL GRANDE

Abad († 1167)

Había nacido en Inglaterra a finales del siglo XI o comienzos del XII, y había entrado en su juventud en el convento de Claraval. Aquí se acreditó por su erudición y santidad, y fue enviado

al monasterio de Ourscamps en 1143 como abad. Rigió santamente esta abadía cisterciense y veinte años más tarde era reclamado por la abadía madre del Císter como abad. Tomó partido claramente por el papa Alejandro III en contra del antipapa Octaviano. En 1166 el capítulo general de su Orden le encomendó que con otros abades y prelados fuera a Pontigny a entrevistarse con Santo Tomás Becket, que había tenido que exiliarse de Inglaterra. Se trataba de hablar con el santo arzobispo el tema de las amenazas del rey Enrique II a los cistercienses ingleses si sus hermanos franceses continuaban hospedando a Tomás. Éste, como fruto del diálogo, tomó la resolución de dejar Pontigny. La muerte le sorprendió en Toulouse el 17 de octubre de 1167, siendo llevado su cuerpo a enterrar en Citeaux, pero lo reclamaron los tolosanos.

BEATO BALTASAR RAVASCHIERI DE CHIAVARI

Presbítero († 1492)

Nace en Chiavaso en 1420 en el seno de una familia noble. Pero, llegado a la juventud, renuncia a todo para entrar en la Orden franciscana observante. Ordenado sacerdote, sale a predicar con el Beato Bernardino de Feltre, siendo de gran eficacia su predicación, tanto que conmovía a pobres y ricos, a sabios e ignorantes, y al término de sus sermones se sentaba en el confesonario donde cosechaba una gran afluencia de almas penitentes. Pasados unos años en este ministerio, quedó muy agotado y se redujo a estar sentado en un sillón, desde el que sólo podía orar y oír confesiones. Purificado por la enfermedad y lleno de méritos fue al encuentro del Señor el 17 de octubre de 1492 en el convento de Santa María del Campo, de Binasco. El culto que se le venía dando lo confirmó el papa Pío XI el 8 de enero de 1930.

MARÍA NATALIA DE SAN LUIS (MARÍA LUISA JOSEFA) VANOT, MARÍA LORENZA DE SAN ESTANISLAO (JUANA REGINA) PRIN, MARÍA ÚRSULA DE SAN BERNARDINO (JACINTA AGUSTINA GABRIELA) BOURLA, MARÍA LUISA DE SAN FRANCISCO (MARÍA GENOVEVA) DUCREZ, MARÍA AGUSTINA DEL SAGRADO CORAZÓN (MARÍA MAGDALENA) DÉJARDIN

Vírgenes y mártires († 1794)

Estas cinco religiosas pertenecían a la comunidad de ursulinas de Valenciennes, Francia. Su convento había sido fundado en 1654 y estaba dedicado a regentar clases de enseñanza para la infancia y a socorrer a los pobres. Llegada la revolución de 1789, el convento fue suprimido y las monjas se fueron a otro convento de su Orden, el de Mons, en la actual Bélgica, dominio imperial entonces. Cuando los austriacos invadieron Francia y tomaron Valenciennes, las monjas volvieron y se establecieron de nuevo en su convento y reabrieron las escuelas. Pero las tropas francesas reconquistaron Valenciennes y las monjas no quisieron huir sino que se quedaron ejerciendo su apostolado. En septiembre de 1794 fueron arrestadas y estuvieron detenidas en diversos lugares durante todo el mes y la mitad del siguiente, recibiendo malos tratos por parte de sus detentores, hasta que el 17 de octubre cinco de ellas hubieron de comparecer ante el tribunal que las acusó de haber emigrado y luego vuelto y de enseñar la doctrina católica. Esto fue suficiente para declararlas reas de traición a la República. Fueron condenadas a muerte.

Estos son sus datos:

MARÍA LUISA JOSEFA VANOT, nacida en Valenciennes el 12 de junio de 1728. Ingresó en el monasterio de las ursulinas y profesó el 31 de agosto de 1749 con el nombre de sor María Natalia de San Luis. Fue una religiosa ejemplar que llevó adelante con gran celo su labor pedagógica durante muchos años.

JUANA REGINA PRIN, nació en Valenciennes el 9 de julio de 1747 y profesó en las ursulinas el 28 de abril de 1767 con el nombre de sor María Lorenza de San Estanislao. No tenía mucha salud pero sí mucha voluntad para cumplir todos los ejerci-

cios de la vida común y ser útil en todo a la comunidad como maestra.

JACINTA AGUSTINA GABRIELA BOURLA nació el 6 de octubre de 1746 en Condé y profesó en las ursulinas el 28 de abril de 1779 con el nombre de sor María Úrsula de San Bernardino. Sencilla, humilde y angelical, ofreció su vida por la fe con gran entereza.

MARIA GENOVEVA DUCREZ nació el 27 de septiembre de 1756 en Condé, e hizo su profesión religiosa en las ursulinas el 28 de abril de 1779 tomando el nombre de sor María Luisa de San Francisco. Al ser cerrado su monasterio se marchó a Condé con su familia, pero luego volvió con sus hermanas religiosas.

MARIA MAGDALENA DEJARDIN nacio en Cambrai el 11 de junio de 1760. Tomó el hábito de las ursulinas el 22 de agosto de 1769 con el nombre de sor María Agustina del Sagrado Corazón de Jesús. Era una religiosa de mucha virtud.

La sentencia de muerte contra ellas fue ésta:

> «Nosotros hemos juzgado en nuestra alma y conciencia y por unanimidad que estas cinco religiosas supradichas merecen la pena de muerte como culpables del crimen de emigracion En consecuencia ordenamos que ellas sean en las veinticuatro horas siguientes sometidas a la ejecucion de la justicia para ser llevadas a la muerte»

Una vez dada la sentencia de muerte las víctimas bendijeron al Señor por el don del martirio y volvieron a la cárcel. Aquí, llenas de lágrimas, las recibieron las demás hermanas. Ellas rodearon a la superiora y lo mismo las demás religiosas presas. La superiora las felicitó de haber preferido morir antes que ofender a Dios con una mentira, y exhortó a las demás a imitar su ejemplo. Todas se dedicaron durante la noche a hacer oración, recitaron el oficio de difuntos y las preces de los agonizantes, diciéndoles la superiora cuánto sentía no poder ir ella la primera al cadalso para animarlas con su ejemplo. La puerta de la celda donde estaban las religiosas estaba abierta y todos los presos pudieron por ello ver a distancia la escena que se desarrollaba entre las religiosas, llenándose de admiración y emoción. Cada una de las religiosas condenadas se tendió sucesivamente en una mesa como si estuviera agonizante y las demás recitaban en favor de ella las preces acostumbradas en la agonía de los cris-

tianos. Llegada la hora del suplicio se hicieron presentes un verdugo, cuatro fusileros y dos oficiales municipales y uno de ellos les leyó la sentencia a las religiosas. Ellas se postraron ante un crucifijo, pidieron la bendición a la superiora, se abrazaron mutuamente y con gran calma se pusieron a disposición de quienes venían por ellas. Extendieron sus manos, que fueron atadas, se dejaron cortar los cabellos que salían por debajo de la cofia que se habían hecho expresamente para esta ocasión, y no rompieron su silencio sino para pedirles al verdugo que no les abriera la camisa sino que se diera cuenta de que estaba suficientemente escotada como para que la guillotina hiciera su tarea. Por el camino ellas cantaron el *Miserere*. Llegadas al lugar del suplicio el ejecutor tomó la lista y las fue llamando. Subían e iban cayendo sus cabezas bajo la guillotina.

Fueron beatificadas el 13 de junio de 1920 por el papa Benedicto XV.

SAN FRANCISCO ISIDORO GAGELIN

Presbítero y mártir († 1833)

Francisco Isidoro Gagelin, llamado usualmente Isidoro, nació en Francia, en la población de Montpertreux el 10 de mayo de 1799. Llegado a la juventud optó por la vocación sacerdotal e ingresó en el seminario diocesano de Besanzón, pero sintió la vocación misionera y en 1819 pasó al Seminario de Misiones Extranjeras. Aquí se le ordenó de subdiácono y se le envió enseguida a las misiones anamitas donde debería proseguir los estudios. Así lo hizo y el año 1822 era ordenado sacerdote. Profesor del colegio de Phuong-Ru, su trabajo pastoral más directo estuvo dedicado a los grupos cristianos que habían perdido el fervor religioso. Cuando el rey Minh-Manh llamó a los misioneros a la corte para aprovechar sus conocimientos occidentales, Isidoro fue uno de los que debió acudir. Cuando se le quiso premiar haciéndolo mandarín, Isidoro prefirió obtener la licencia de volver a su trabajo misionero. Llegada la persecución de 1833, los misioneros se refugiaron en las montañas, lo que trajo consigo que las comunidades cristianas se quedasen sin su ministerio. Empezaron las apostasías en medio de las muchas des-

gracias caídas sobre los fieles. Isidoro, entonces, pensó que lo mejor era entregarse, y que las autoridades entretenidas con él diesen respiro a los demás misioneros. Así lo hizo. Se presentó el 23 de agosto de 1833 al mandarín de Nong-Song. Fue inmediatamente arrestado y cargado con la canga y enviado a Hué. Fue condenado a muerte y estrangulado en el suburbio de Bai-Dan el 17 de octubre de 1833. Tres días más tarde el rey mandó sacar su cadáver para comprobar que no había resucitado como Jesús. Sus reliquias fueron trasladadas en 1846 al Seminario de Misiones Extranjeras de París.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATO FIDEL FUIDIO RODRÍGUEZ

Religioso y mártir († 1936)

La vida y el martirio de este religioso marianista está narrada en la biografía de los beatos Carlos Eraña Guruceta y compañeros marianistas, el día 18 de septiembre, a donde remitimos al lector (cf. *Año cristiano. Septiembre,* 514-520).

BEATO RAMÓN ESTEBAN BOU PASCUAL

Presbítero y mártir († 1936)

Expósito en un árbol de Polop de la Marina (Alicante) fue encontrado el 12 de octubre de 1903 y adoptado por el matrimonio Bou-Pascual en 1912. Este matrimonio vivía en Benimantell. Sintiendo la vocación al sacerdocio ingresó en el seminario conciliar de Valencia, y se ordenó de sacerdote el 22 de junio de 1930. Estuvo de coadjutor en Almusafes y fue capellán de las Religiosas de Cristo Rey de Benifayó, y en diciembre de 1931 fue nombrado cura regente de Planes. Eran tiempos difíciles pero él no se echó atrás en el ejercicio de su ministerio, cuidando con gran celo de la catequesis. Llegada la revolución de julio de 1936, el día 22 fue saqueada y cerrada su parroquia y,

ante el peligro evidente de seguir en Planes, se fue a Catamarruch y, poco después, a Benimantell, a casa de una tía suya. Aquí estuvo hasta que el 15 de octubre supo que los milicianos venían por él y escapó al campo. Pidió albergue en algunas casas pero le fue negado y por fin volvió a su casa, donde supo que su padre y su hermano estaban presos. Entonces decidió entregarse y así lo hizo. En la madrugada del día 17 lo llevaron junto a las tapias del cementerio y allí lo acribillaron a balazos. Antes de morir perdonó a sus asesinos. En carta escrita días antes, había señalado que no cabe mayor honra que el martirio.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA TÁRSILA CÓRDOBA BELDA

Viuda y mártir († 1936)

Nacida en Sollana el 8 de mayo de 1861 y educada cristianamente, contrajo matrimonio el 3 de julio de 1884 con Vicente Girona Gozalbo, con el que tuvo tres hijos. Permitió el Señor que en su vida familiar pasara por duras pruebas: su marido enfermó de la mente y falleció tras largos años de enfermedad el 26 de marzo de 1922. Y a sus tres hijos los perdió sucesivamente, estando ya su hija casada y dejando una niña pequeña. Pero ella lo sobrellevó todo con gran paciencia y espíritu religioso. Llevaba una vida de gran piedad, comulgaba diariamente, pertenecía a varias asociaciones de piedad, y se contaba con ella para las obras de caridad (Acción Católica, Conferencias de San Vicente), siendo una fervorosa colaboradora de los cultos parroquiales. Encarcelada por el Comité de su pueblo a causa de su posicionamiento religioso, confortó a sus compañeros de prisión y exhortó a todos a entregarse a la voluntad de Dios con confianza. Detenida el 10 de octubre estuvo en prisión en el exconvento de mercedarios hasta el día 17 en que fue sacada de madrugada y fusilada en la tapia del cementerio de Algemesí.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

18 de octubre

A) Martirologio

1. Fiesta de San Lucas, evangelista **.
2. En Antioquía (Siria), San Asclepiades († 218), obispo.
3. En Pozzuoli (Campania), santos Próculo, diácono, Euticio y Acucio († s. IV), mártires.
4. En Riom (Auvernia), San Amable († 475), presbítero *.
5. En Nassogne (Brabante), San Monón († 645), ermitaño y mártir *.
6. En Arenas de San Pedro (Castilla), San Pedro de Alcántara († 1562), presbítero, de la Orden Franciscana, cuya memoria en España se celebra mañana **.
7. En Ossernon (Canadá), San Isaac Jogues († 1646), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir, cuya memoria se celebra mañana con los otros mártires del Canadá.
8. En Roma, San Pablo de la Cruz († 1775), presbítero, fundador de la Congregación de la Pasión, cuya memoria se celebra mañana.

B) Biografías extensas

SAN LUCAS

Evangelista († s. I)

Con sencillez impresionante da entrada el tercer evangelio a una escena donde lo humano va poco a poco cediendo paso a lo divino. Era el día de la resurrección de Cristo y, buscando salida a las fuertes y encontradas emociones de toda aquella jornada, «dos de los discípulos de Cristo se dirigían aquel mismo día a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén ciento sesenta estadios» (Lc 24,23). Junto al nombre de Cleofás, uno de «los dos», sólo una alusión que deja en la penumbra al compañero. Silencio «intencionado», sin duda, sobre el nombre del «otro» discípulo, que por lo mismo habría que identificar con el propio San Lucas, autor del relato. Así lo creyó San Gregorio Magno, apoyado, por lo demás, en el testimonio de «algunos» estudiosos de entonces (PL 75,517), y así después de él lo aceptó un grupo de autores antiguos y modernos. Cuestión al parecer sin importancia, pero que la tiene en el fondo

Si el «otro» discípulo, compañero de Cleofás, fuese el autor del tercer evangelio, habría que pensar en un Lucas no de origen gentil, sino judío y discípulo en vida del Señor, como, entre otros, lo apuntó San Epifanio (PG 41,280.908). Es un testimonio que queda muy solo frente al origen del nombre griego *Lukas, Lukanos* o *Lukios* y frente a las explícitas afirmaciones de los célebres *Prólogos* (antiguo y monarquiano) de Ireneo, del *Fragmento Muratoriano,* de Eusebio, de Jerónimo... Discípulo, sí, de Cristo, pero no de aquellos «que desde el principio fueron testigos oculares y ministros después de la palabra» (Lc 1,2), sino a través de Pablo.

Al cristianismo, acaso ya hacia el año 40, llega San Lucas sin haber tenido contacto directo con Cristo, como tampoco lo había tenido San Pablo. En Antioquía probablemente, y por aquella fecha, el futuro evangelista e historiador se encuentra por vez primera con el gran apóstol-escritor: desde entonces Lucas es al lado de Pablo un incansable misionero, sembrador del mensaje de Cristo entre los gentiles. Con Pablo le vemos partir primero a Filipos de Macedonia, más tarde a Jerusalén y por fin a Roma (Hch 16,20-21.27-28). Fiel al misionero de las gentes, su maestro, no le abandona en las amargas horas de su primera cautividad. A su lado, como uno de «sus auxiliares», mientras Pablo desde su prisión romana escribe su densa carta a los colosenses y su delicado billete a Filemón, está «Lucas el médico, el muy querido» (Col 4,14; Flm 24).

Es un hecho que el Lucas evangelista-historiador ha hecho, acaso un poco injustamente, pasar a segundo término al Lucas misionero, de quien Pablo, el apóstol de las gentes, escribía desde su prisión de Roma: Lucas solo queda conmigo (2 Tim 4,11). Como escribe San Juan Crisóstomo, «incansable en el trabajo, ansioso de saber y sufrido, Lucas no acertaba a separarse de Pablo» (PG 62,656). Sólo la muerte le podrá separar de su maestro: con él había misionado hasta entonces y, misionero incansable, seguirá por los campos de Acaya y Bitinia, Dalmacia y Macedonia, Galia, Italia y Egipto, hasta morir, mártir como el maestro, en Beocia o Bitinia, y reposar definitivamente en Constantinopla.

Año tras año en intimidad de discípulo con el gran predicador de los gentiles, Lucas iba asimilando poco a poco el evange-

lio de Pablo. Su evangelio ofrecerá, por lo mismo, tantos puntos de contacto literarios y doctrinales con los escritos del apóstol que podrá hablarse de «Pablo iluminador de Lucas» en frase de Tertuliano (PL 2,365). Luz literario-doctrinal de Pablo, a la que, con su cultura griega, su trato con los «testigos oculares» de la vida de Cristo, su conocimiento de los diversos relatos evangélicos existentes y su vocación de «investigador escrupuloso», Lucas supo dar cuerpo y proyectar definitivamente en el complejo armónico del tercer evangelio.

Predicador incansable al lado de Pablo, Lucas siguió también como escritor las huellas del maestro: la tradición en bloque le atribuye la composición del tercer evangelio, cuyo contenido, por otra parte, responde tan de lleno a las cualidades del griego Lucas, del «compañero» y del «médico querido» de Pablo. Fruto de años, la redacción del evangelio de Lucas debió de recibir el empujón definitivo durante las largas horas de cariñosa vela junto al prisionero Pablo, y, ya antes de la muerte del apóstol, pudo correr de mano en mano, primero entre los cristianos de Roma y más tarde entre los de Acaya, Egipto, Macedonia...

Aunque lo dedique a Teófilo y no se trate de un mero nombre simbólico, Lucas apunta con su evangelio a un objetivo mucho más amplio que la simple formación cristiana, segura y a fondo, de su discípulo o amigo. Con miras de universalismo, herencia de Pablo, Lucas compone su evangelio de cara al mundo gentil, cuyo movimiento en masa hacia el cristianismo se veía amenazado por las exigencias legales y sueños judíos, las fábulas de los herejes, la frivolidad peligrosa del ambiente pagano. Pablo, con insistencia machacona, había dado la voz de alerta de palabra y por escrito, y Lucas, una vez más, se hace eco del maestro.

Lucas, griego y gentil de origen, «hace gracia de su evangelio a los gentiles», como observa Orígenes (PG 20,581). Antiguos hermanos en el paganismo y hermanos nuevos en la fe cristiana, como a hermanos les trata. Conoce sus errores, y busca instruirles en cuanto la religión judía conserva de esencial y permanente, pero sin exigencias inútiles de lo transitorio, ha vivido su ambiente, y señala con acierto sus vacíos y sus plagas morales:

cae en la cuenta de sus naturales prevenciones y susceptibilidades de raza, cultura... y con delicadeza va ladeando escenas que pudieran herirles, o recalcando las que habrían de halagarles. Silencio sobre el aparente desprecio de Cristo ante la mujer cananea, sobre las befas de los soldados romanos junto a la cruz, sobre el mandato con que Cristo restringe provisionalmente la predicación del Evangelio a los gentiles; apología del bondadoso samaritano, del entero centurión, del agradecido leproso de Samaria; gozo no disimulado ante la buena acogida dispensada por el Bautista a los soldados gentiles; insistente presentación de las «mujeres del Evangelio» junto a la Mujer por excelencia, como abriendo camino a la dignificación de la mujer entre los gentiles.

Espontáneas filigranas de delicadeza por parte de quien, como su maestro, había escogido, como lema «hacerse todo a todos para ganarlos a todos». Lucas el evangelista sigue la linea del Lucas misionero. Su evangelio se abre en un ambiente de suavidad y dulzura humano-divina, que parece como el despliegue de aquellas profundas y sentidas afirmaciones de San Pablo cuidadosamente recogidas en la liturgia navideña: «Se ha manifestado la gracia salvadora de Dios para todos los hombres [...] pues quiere que todos se salven [...] por la aparición de nuestro gran Dios y Salvador Cristo Jesús» (1 Tim 2,4; 2 Tim 1,10; Tit 2,11-13). Lucas, el evangelista de la Encarnación y de la infancia de Cristo, saluda el alborear de esa gracia de cara al Sol naciente que desde lo alto baja a iluminar a los sentados en tinieblas y sombra de muerte, de cara al Niño de Belén, Hijo de María, que, sin distinción entre israelitas y gentiles, trae paz a la tierra, paz a los hombres de buena voluntad (Lc 1,78-79; 2,14).

Evangelista-misionero, Lucas señala la trayectoria universalista de la luz salvadora que es el *gran Dios y Salvador Cristo Jesús* desde el seno de María, desde la cuna de Belén, desde los brazos de Simeón en el templo. Siente llegada la hora de la *luz de las naciones* profetizada de antiguo, y gozoso recoge el anuncio primero de Juan Bautista, poco después de labios del mismo Cristo; al Precursor le oye clamar con la vista hundida en las naciones: *Y verá toda carne la salvación de Dios;* a Cristo le sorprende en su primera predicación pública como al enviado del Padre a las

naciones «para evangelizar a los pobres, para anunciar liberación a los cautivos y vista a los ciegos, para libertar a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19).

Como Pablo, siente Lucas en el corazón que la ceguera voluntaria cierre a la masa del pueblo judío la puerta del Evangelio; pero, también como Pablo, no puede disimular su alegría ante la llegada torrencial de los pueblos a las puertas del reino: «Y vendrán del oriente y del occidente, del norte y del mediodía, y serán admitidos al banquete en el reino de Dios» (Lc 13.29). Sabe que es palabra de Cristo y con ella cierra su relato evangélico: «Y les dijo: "Así está escrito: Que [...] se había de predicar en su nombre penitencia y remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén"» (Lc 24,46-47).

El antiguo médico de los cuerpos, que en su estilo y en los detalles de sus narraciones evangélicas refleja tantas veces la técnica de su antigua profesión, desemboca finalmente en el misionero y evangelista-médico de las almas. Su psicología profesional, psicología de misericordia ante el enfermo y desgraciado, se robustece y espiritualiza ante el pecador-enfermo del alma. El paso era lógico, y Lucas, que, como los otros evangelistas, ha sabido transmitir la actividad de Cristo en la tierra como médico divino de los cuerpos, mejor que ninguno ha logrado vibrar al unísono con la misericordia de Cristo ante las miserias del alma.

El evangelio de Lucas, «el médico carísimo» de Pablo, es el evangelio de la misericordia de Cristo, médico incorregible de los cuerpos y de las almas, «que pasó por todas partes haciendo el bien y sanando a todos los tiranizados por el diablo» (Hch 10,38). Como al acecho de este «misericordioso samaritano», Lucas recoge cuidadosamente las palabras con que Zacarías anuncia su próxima llegada y le proclama campeón de «misericordia y perdón de los pecados por el amor entrañable de nuestro Dios» (Lc 1,72; 77,78).

Trabajado por la misericordia y compasión, el médico de antes y el misionero-médico de más tarde sigue incansable en su evangelio las huellas del Cristo médico compasivo de las almas enfermas. De su corazón y de sus labios recoge el perdón sin condiciones: de la «mujer pecadora» (Lc 7,36-50), la llamada ta-

jante de Zaqueo, «el publicano y hombre pecador» (Lc 19,1-10); la respuesta al ataque farisaico, «ése acoge a los pecadores y come con ellos», en las tres parábolas de la misericordia: la de la oveja descarriada y otra vez vuelta al redil en brazos del pastor, la de la dracma perdida y encontrada de nuevo tras búsqueda trabajosa, la del hijo pródigo y de nuevo en la casa paterna entre los brazos del padre, siempre en espera. Cantor de la misericordia de Cristo y del gozo en el cielo ante el pecador a quien el médico divino cura (Lc 15).

Como a Médico compasivo Lucas le sigue paso a paso hasta el Calvario, para poder consignar en su evangelio los últimos latidos de un corazón que desde la cruz perdona-cura: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen [...] Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,34-43). Es la herencia de misericordia-perdón que Cristo deja a los suyos antes de separarse definitivamente de ellos (Lc 24,47).

Con esta línea de salvación universal y de misericordia sin límites por parte de Cristo frente a miserias de cuerpo y de alma, Lucas ha reflejado también en su evangelio los más íntimos repliegues de su alma de evangelista, médico frente al mundo enfermo y alejado de Dios. En el libro de los Hechos de los Apóstoles, incontestablemente suyo según el testimonio de las diversas iglesias primitivas, sigue acentuando esta linea confirmada por la propia experiencia y el contacto directo con apóstoles y discípulos. Escrito seguramente en Roma años antes del 70, y dedicado también a Teófilo, mira en último término al mundo cristiano de la gentilidad y en torno a él gira desde el principio. En su primera página repite el último mandato de Cristo, el Salvador del mundo, a los apóstoles el día de la Ascensión: «Seréis mis testigos en Jerusalén, en Judea y en Samaria, y hasta el último confín de la tierra» (Hch 1,8).

Auras de salvación universal desde el día de Pentecostés. En él, junto a los judíos y prosélitos, todo el mundo oriental, desde Frigia y Egipto hasta Mesopotamia y Elam, se agrupa en torno a los apóstoles y recoge admirado de labios de Pedro la profecía de Joel: «Derramaré mi Espíritu sobre toda carne [...] Todo el que invocare el nombre del Señor se salvará» (Hch 2). A golpes de misericordia, Lucas ve derrumbarse el antiguo muro de se-

paración entre Israel y las naciones, y hace suyas las palabras con que el propio Pedro anuncia inminente la plena realización de la promesa divina a Abrahán: «En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra» (Hch 3,25). Después de la evangelización de los samaritanos, Felipe abrirá paso a la antigua promesa con la evangelización del eunuco de Etiopía y de todas las ciudades costeras a lo largo del país filisteo y de la llanura de Sarón (Hch 8).

Es el momento escogido por Lucas para volcarse como historiador del universalismo cristiano. Biógrafo de Pablo, pero no su interesado apologista, le presenta, desde el momento de su conversión-vocación al apostolado, como «vaso de elección para llevar hasta las naciones el nombre de Dios» (Hch 9,15), como «heraldo de luz y libertad, de perdón de pecados y fe santificadora (Hch 26,17-18), como testigo ante los hombres todos de cuanto en sus comunicaciones con Jesús ha visto y oído» (Hch 22,25).

A este Pablo, caballero andante del Evangelio, acompañó Lucas como misionero auxiliar en activo de Palestina y Asia Menor a Grecia e Italia. El libro de los Hechos ofrece algunos textos-clave de estas andanzas misionales del evangelista con el apóstol (Hch 16,20-21.27,28). Y cuando Pablo recuerda a su «colaborador» en el ministerio y evoca al «médico carísimo, compañero único» en algunas horas amargas, hace pensar en un Lucas que como él sufre hambre y sed, desnudeces y persecuciones, como él se preocupa por la suerte de las diversas comunidades cristianas, como él muere al servicio del Evangelio.

Su psicología de médico de los cuerpos ha ganado las alturas psicológicas del divino Médico de los cuerpos y las almas: en sus escritos y en su vida apostólica se ha esforzado por hacer suyo aquel lema de Cristo de que no *son los sanos quienes tienen necesidad del médico, sino los enfermos.* Sin excluir a los fieles de Israel, muestra sus preferencias por la conversión de los pueblos gentiles: a ellos dedicó su evangelio y su libro de los Hechos, y a ellos, como Pablo y los compañeros de Pablo y suyos, consagró su vida y su muerte.

Gracias principalmente a él conocemos en parte la historia de la Iglesia en sus primeros esfuerzos y en sus primeras realiza-

ciones de expansión por Oriente y Occidente. Pablo y los suyos entran con ello en la órbita misionera de salvación universal trazada por Cristo y oficialmente sancionada por Pedro con la admisión en la Iglesia del centurión Cornelio y los gentiles. Lucas, una vez más evangelista de alma misionera, transmite el hecho y la declaración oficial del Príncipe de los Apóstoles: «A la verdad entiendo ahora que no es Dios aceptador de personas, sino que en toda nación le es acepto el que le teme y obra justicia». En marcha incontenible la evangelización del mundo gentil, los apóstoles y fieles israelitas «glorificaron a Dios, porque también a los gentiles había concedido la penitencia para alcanzar la vida» (Hch 11).

Cuadro de misericordia, de perdón de pecados, de salvación universal. Lucas es una de sus figuras en activo y el autor de su trazado. Artista de la pluma, fue también, según una tradición antigua, artista del lienzo y del pincel. A él se le atribuyen algunas imágenes de María que se conservan principalmente en Bolonia y Roma. Ciertamente ofrece en su evangelio como una galería de cuadros maestros de la Virgen: a su pluma se deben los cuadros de la Anunciación y de la Visitación de María, del nacimiento y de la circuncisión de Jesús en los brazos maternos, de la Purificación de la Madre y de la Presentación del Hijo en el Templo, de Jesús entre los doctores y en diálogo con María. Espíritu de artista mariano que Lucas vuelca por última vez en aquella pincelada final del día de la Ascensión: «Los apóstoles perseveraron unánimemente en la oración juntamente con las mujeres y con Maria, la Madre de Jesús, y con sus hermanos» (Hch 1,19). Junto a la imagen de Jesús, el Salvador y médico compasivo, la imagen de María, la Madre de misericordia.

FÉLIX ASENSIO, SI

Bibliografía

BICKERSTETH, C., *The Gospel of an artist and physician* (Londres 1930).
CELLINI, P., *La Madonna di S. Lucas in S. Maria Maggiore* (Roma 1943).
HARNACK, A., *Lukas der Arzt, der Verfasser des Dritten Evangeliums und der Apostelgeschichte* (Leipzig 1906).
HUBY, J., «St. Luc»: *Études* (1918) 5-34.
ISIDORO (SAN), «De ortu et obitu Patrum»: PL 83.154.
JERONIMO (SAN), «Liber de vivis illustribus»: PL 23,650-651.
KLEIN, D., *St. Lukas als Maler der Maria* (Berlín 1933).

McLachlan, H., *St. Luke, the manss and this work* (Manchester 1920).
Pölzl, F. X., *Die Mitarbeiter des Weltapostels Paules* (Regensburg 1911) 171-203.
Simeon Metafrastes, *Vita Lucae:* PG 115,1130 1139.
• Actualización:
Bovon, F., *El evangelio según San Lucas,* 3 vols. (Salamanca 1995-2004).
Fitzmyer, J. A., *El evangelio segun Lucas,* 3 vols (Madrid 1986-1987).
Flichy, O., *La obra de Lucas* (Estella 2003).
Laconi, M., *San Lucas y su iglesia* (Estella 1987).
Lligadas, J., *San Lucas, la gran noticia* (Barcelona 2002).

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA

Presbítero († 1562)

Era el año del Señor de 1494 cuando en la Extremadura Alta, en la villa de Alcántara, nacía del gobernador don Pedro Garabito y de la noble señora doña María Villela de Sanabria un varón cuya vida había de ser un continuo milagro y un mensaje espiritual de Dios a los hombres, porque no iba a ser otra cosa sino una potente encarnación del espíritu en cuanto ello lo sufre la humana naturaleza. Ocurrió cuando España entera vibraba hasta la entraña por la fuerza del movimiento contrarreformista. Era el tiempo de los grandes reyes, de los grandes teólogos, de los grandes santos. En el cielo de la Iglesia española y universal fulgían con luz propia Ignacio, Teresa, Francisco de Borja, Juan de la Cruz, Francisco Solano, Javier... Entre ellos el santo de Alcántara había de brillar con potentísima e indiscutible luz.

Había de ser santo franciscano. La liturgia de los franciscanos, en su fiesta, nos dice que, si bien «el Seráfico Padre estaba ya muerto, parecía como si en realidad estuviese vivo, por cuanto nos dejó copia de sí en Pedro, al cual constituyó defensor de su casa y caminó por todas las vías de su padre, sin declinar a la derecha ni hacia la izquierda». Todo el que haya sentido alguna vez curiosidad por la historia de la Orden de San Francisco se encontrará con un fenómeno digno de ponderación, que apenas halla par en la historia de la Iglesia: iluminado por Dios, se apoderó el Santo de Asís del espíritu del Evangelio y lo plasmó en una altísima regla de vida que, en consecuencia, se convierte en heroísmo. Este evangelio puro, a la letra, es la cumbre de la espiritualidad cristiana y hace de los hombres otros tantos Cris-

tos, otros tantos estigmatizados interiores; pero choca también con la realidad de la concupiscencia y pone al hombre en un constante estado de tensión, donde las tendencias hacia el amor que se crucifica y hacia la carne que reclama su imperio luchan en toda su desnuda crudeza. Por eso ya en la vida de San Francisco se observa que su ideal, de extraordinaria potencia de atracción de almas sedientas de santidad, choca con las debilidades humanas de quienes lo abrazan. Y las almas, a veces, ceden en puntos de perfección, masivamente, en grandes grupos, y parece, sin embargo, como si el espíritu del fundador hubiese dejado en ellas una simiente de perpetuo descontento, una tremenda ansia de superación, y constantemente, apenas la llama del espíritu ha comenzado a flaquear, se levanta el espíritu hecho llama en otro hombre y comienza un movimiento de reforma. Nuestro Santo fue, de todos esos hombres, el más audaz, el más potente y el más avanzado. Su significación es, por tanto, doble: es reformador de la Orden y, a través de ella, de la Iglesia universal.

San Francisco entendió la santidad como una identificación perfecta con Cristo crucificado y trazó un camino para ir a él. El itinerario comienza por una intuición del Verbo encarnado que muere en cruz por amor nuestro, moviendo al hombre a penitencia de sus culpas y arrastrándole a una estrecha imitación. Así introduce al alma en una total pobreza y renuncia de este mundo, en el que vivirá sin apego a criatura alguna, como extranjera y peregrina; de aquí la llevará a desear el oprobio y menosprecio de los hombres, será humilde; de aquí, despojada ya de todo obstáculo, a una entrega total al prójimo, en purísima caridad fraterna. Ya en este punto el hombre encuentra realizada una triple muerte a sí mismo: en el deseo de la posesión y del goce, en la propia estima, en el propio amor. Entonces ha logrado la perfecta identificación con el Cristo de la cruz. Esto, en San Francisco, floreció en llagas, impresas por divinas manos en el monte Alvernia. Y, cuando el hombre se ha configurado así con el Redentor, su vida adquiere una plenitud insospechada de carácter redentivo, completando en sí los padecimientos de Cristo por su Iglesia: se hace alma víctima y corredentora por su perfecta inmolación. Cuando el alma se ha unido así con

Cristo ha encontrado la paz interior consumada en el amor y sus ojos purificados contemplan la hermosura de Dios en lo creado; queda internamente edificada en sencilla simplicidad; vive una perpetua y perfecta alegría, que es sonrisa de cruz. Es franciscana.

Por estos caminos, sin declinar, iba a correr nuestro santo de Alcántara. Nos encontramos frente a una destacadísima personalidad religiosa, en la que no sabemos si admirar más los valores humanos fundamentales o los sobrenaturales añadidos por la gracia. San Pedro fue hombre de mediana estatura, bien parecido y proporcionado en todos sus miembros, varonilmente gracioso en el rostro, afable y cortés en la conversación, nunca demasiada; de exquisito trato social. Su memoria fue extraordinaria, llegando a dominar toda la Biblia; ingenio agudo, inteligencia despejadísima y una voluntad férrea ante la cual no existían los imposibles y que hermanaba perfectamente con una extrema sensibilidad y ternura hacia los dolores del prójimo. Es de considerar cómo, a pesar de su extrema dureza, atraía de manera irresistible a las almas y las empujaba por donde quería, sin que nadie pudiese escapar a su influencia. Cuando la penitencia le hubo consumido hasta secarle las carnes, en forma de parecer según testimonio de quienes le trataron un esqueleto recién salido del sepulcro: cuando la mortificación le impedía mirar a nadie cara a cara, emanaba de él, no obstante, una dulzura, una fuerza interior tal, que inmediatamente se imponía a quien le trataba, subyugándole y conduciéndole a placer.

Sus padres cuidaron esmeradamente de su formación intelectual. Estudió gramática en Alcántara y debía de tener once o doce años cuando marchó a Salamanca. Allí cursó la filosofía y comenzó el derecho. A los quince años había ya hecho el primero de leyes. Tornó a su villa natal en vacaciones, y entonces coincidieron las dudas sobre la elección de estado con un período de tentaciones intensas. Un día el joven vio pasar ante su puerta unos franciscanos descalzos y marchó tras ellos, escapándose de casa apenas cumplidos los dieciséis años y tomando el hábito en el convento de los Majarretes, junto a Valencia de Alcántara, en la raya portuguesa, año de 1515.

Fray Juan de Guadalupe había fundado en 1494 una reforma de la Orden conocida comúnmente con el nombre de la de

los descalzos. Esta reforma pasó tiempos angustiosos, combatida por todas partes, autorizada y suprimida varias veces por los Papas, hasta que logró estabilizarse en 1515 con el nombre de Custodia de Extremadura y más tarde provincia descalza de San Gabriel. Exactamente el año en que San Pedro tomó el santo hábito.

La vida franciscana de éste fue precedida por larga preparación. Desde luego que nos enfrentamos con un individuo extraordinario. De él puede decirse con exactitud que Dios le poseyó desde el principio de sus vías. A los siete años de edad era ya su oración continua y extática; su modestia, sin par. En Salamanca daba su comida de limosna, servía a los enfermos, y era tal la modestia de su continente que, cuando los estudiantes resbalaban en conversaciones no limpias y le veían llegar, se decían: «El de Alcántara viene, mudemos de plática».

Claro está que solamente la entrada en religión, y precisamente en los descalzos, podía permitir que la acción del espíritu se explayase en su alma. Cuando San Pedro, después de haber pasado milagrosamente el río Tiétar, llamó a la puerta del convento de los Majarretes, encontró allí hombres verdaderamente santos, probados en mil tribulaciones por la observancia de su ideal altísimo, pero pronto les superó a todos. En él estaba manifiestamente el dedo de Dios.

Apenas entrado en el noviciado se entregó absolutamente a la acción de la divina gracia. Fue nuestro Santo ardiente amador y su vida se polarizó en torno a Dios, con exclusión de cualquier cosa que pudiese estorbarlo. El misterio de la Santísima Trinidad, donde Dios se revela viviente y fecundo; la encarnación del Verbo y la pasión de Cristo; la Virgen concebida sin mancha de pecado original, eran misterios que atraían con fuerza irresistible sus impulsos interiores. Ya desde el principio más bien pareció ángel que hombre, pues vivía en continua oracion. Dios le arrebataba de tal forma que muchas veces durante toda su vida se le vio elevarse en el aire sobre los más altos árboles, permanecer sin sentido, atravesar los ríos andando sin darse cuenta por encima de sus aguas, absorto en el ininterrumpido coloquio interior. Como consecuencia que parece natural, ya desde el principio se manifestó hombre totalmente muerto al

mundo y al uso de los sentidos. Nunca miró a nadie a la cara. Sólo conocía a los que le trataban por la voz; ignoraba los techos de las casas donde vivía, la situación de las habitaciones, los árboles del huerto. A veces caminaba muchas horas con los ojos completamente cerrados y tomaba a tientas la pobre refacción.

Gustaba tener huertecillos en los conventos donde poder salir en las noches a contemplar el cielo estrellado, y la contemplación de las criaturas fue siempre para su alma escala conductora a Dios.

Como es lógico, esta invasión divina respondía a la generosidad con que San Pedro se abrazara a la pobreza real y a la cruz de una increíble mortificación. Esta fue tanta que ha pasado a calificarle como portento, y de los más raros, en la Iglesia de Cristo. Ciertamente parece de carácter milagroso y no se explica sin una especial intervención divina.

Si en la mortificación de la vista había llegado, cual declaró a Santa Teresa, al extremo de que igual le diera ver que no ver, tener los ojos cerrados que abiertos, es casi increíble el que durante cuarenta años sólo durmiera hora y media cada día, y eso sentado en el suelo, acurrucado en la pequeña celda donde no cabía estirado ni de pie, y apoyada la cabeza en un madero. Comía, de tres en tres días solamente, pan negro y duro, hierbas amargas y rara vez legumbres nauseabundas, de rodillas; en ocasiones pasaba seis u ocho días sin probar alimento, sin que nadie pudiese evitarlo, pues, si querían regalarle de forma que no lo pudiese huir, eran luego sus penitencias tan duras que preferían no dar ocasión a ellas y le dejaban en paz.

Llevó muchísimos años un cilicio de hoja de lata a modo de armadura con puntas vueltas hacia la carne. El aspecto de su cuerpo, para quienes le vieron desnudo, era fantástico: tenía piel y huesos solamente; el cilicio descubría en algunas partes el hueso y lo restante de la piel era azotado sin piedad dos veces por día, hasta sangrar y supurar en úlceras horrendas que no había modo de curar, cayéndole muchas veces la sangre hasta los pies. Se cubría con el sayal más remendado que encontraba; llevaba unos paños menores que, con el sayal, constituían asperísimo cilicio. El hábito era estrecho y en invierno le acompañaba

un manto que no llegaba a cubrir las rodillas. Como solamente tenía uno, veíase obligado a desnudarse para lavarlo, a escondidas, y tornaba o ponérselo, muchas veces helado, apenas lo terminaba de lavar y se había escurrido un tanto. Cuando no podía estar en la celda por el rigor del frío solía calentarse poniéndose desnudo en la corriente helada que iba de la puerta a la ventana abiertas; luego las cerraba poco a poco, y, finalmente, se ponía el hábito y amonestaba al hermano asno para que no se quejase con tanto regalo y no le impidiese la oración.

Su aspecto exterior era impresionante, de forma que predicaba solamente con él: la cara esquelética; los ojos de fulgor intensísimo, capaces de descubrir los secretos mas íntimos del corazón, siempre bajos o cerrados; la cabeza quemada por el sol y el hielo, llena de ampollas y de golpes que se daba por no mirar cuando pasaba por puertas bajas, de forma que a menudo le iba escurriendo la sangre por la faz; los pies siempre descalzos, partidos y llagados por no ver dónde los asentaba y no cuidarse de las zarzas y piedras de los caminos.

San Pedro era victima del amor de Dios más ardiente y su cuerpo no había florecido en cinco llagas como San Francisco, sino que se había convertido en una sola, pura, inmensa. Su vida entera fue una continua crucifixión, llenando en esta inmolación de amor por las almas las exigencias más entrañables del ideal franciscano.

No es de extrañar, claro está, que su vista no repeliese. Juntaba al durísimo aspecto externo una suavidad tal, un profundo sentido de humana ternura y comprensión hacia el prójimo, una afabilidad, cortesía de modales y un tal ardor de caridad fraterna que atraía irresistiblemente a los demás, de cualquier clase y condición que fuesen. Es que el santo era todo fuerza de amor y potencia de espíritu. Aborrecía los cumplimientos, pero era cuidadoso de las formas sociales y cultivaba intensamente la amistad. Tuvo íntima relación con los grandes santos de su época: San Francisco de Borja, quien llamaba «su paraíso» al convento de El Pedroso donde el santo comenzó su reforma; el Beato Juan de Ribera, Santa Teresa de Jesús, a quien ayudó eficazmente en la reforma carmelitana y a cuyo espíritu dio aprobación definitiva. Acudieron a él reyes, obispos y grandes. Car-

los V y su hija Juana le solicitaron como confesor, negándose a ello por humildad y por desagradarle el género de vida consiguiente. Los reyes de Portugal fueron muy devotos suyos y le ayudaron muchas veces en sus trabajos. A todos imponía su espíritu noble y ardiente, su conocimiento del mundo y de las almas, su caridad no fingida.

Secuela de todo esto fue la eficacia de su intenso apostolado. San Pedro de Alcántara es un auténtico santo franciscano y su vida lo menos parecido posible a la de un cenobita. Como vivía para Dios completamente no le hacía el menor daño el contacto con el mundo. A pesar de ello le asaltaron con frecuencia graves tentaciones de impureza, que remediaba en forma simple y eficaz: azotarse hasta derramar sangre, sumergirse en estanques de agua helada, revolcarse entre zarzas y espinas. Desde los veinticinco años, en que por obediencia le hacen superior, estuvo constantemente en viajes apostólicos. Su predicación era sencilla, evangélica, más de ejemplo que de palabra. En el confesionario pasaba horas incontables y poseía el don de mover los corazones más empedernidos. Fue extraordinario como director espiritual, ya que penetraba el interior de las almas con seguro tino y prudencia exquisita: así fue solicitado en consejo por toda clase de hombres y mujeres, lo mismo gente sencilla de pueblo que nobles y reyes; igual teólogos y predicadores que monjas simples y vulgo ignorante. Amó a los niños y era amado por ellos, llegando a instalar en El Pedroso una escuelita donde enseñarles. Predicó constantemente la paz y la procuró eficazmente entre los hombres.

Dios confirmó todo esto con abundancia de milagros: innumeras veces pasó los ríos a pie enjuto; dio de comer prodigiosamente a los religiosos necesitados; curó enfermos; profetizó; plantó su báculo en tierra y se desarrolló en una higuera que aún hoy se conserva; atravesó tempestades sin que la lluvia calara sus vestidos, y en una de nieve ésta le respetó hasta el punto de formar a su alrededor una especie de tienda blanca. Y sobre todas estas cosas el auténtico milagro de su penitencia.

Aún, sin embargo, nos falta conocer el aspecto más original del Santo: su espíritu reformador. No solamente ayuda mucho a Santa Teresa para implantar la reforma carmelitana; no se con-

tenta con ayudar a un religioso a la fundación de una provincia franciscana reformada en Portugal, sino que él mismo funda con licencia pontificia la provincia de San José, que produjo a la Iglesia mártires, beatos y santos de primera talla. Si bien él mismo había tomado el hábito en una provincia franciscana austerísima, la de San Gabriel, quiso elevar la pobreza y austeridad a una mayor perfección, mediante leyes a propósito y, sobre todo, deseó extender por todo el mundo el genuino espíritu franciscano que llevaba en las venas, cosa que, por azares históricos, estaba prohibido a la dicha provincia de San Gabriel, que sólo podía mantener un limitado número de conventos. Con muchas contradicciones dio comienzo a su obra en 1556, en el convento de El Pedroso, y pronto la vio extendida a Galicia, Castilla, Valencia; más tarde China, Filipinas, América. Los alcantarinos eran proverbio de santidad entre el pueblo y los doctos por su vida maravillosamente penitente. Dice un biógrafo que vivían en sus conventos diminutos, desprovistos de toda comodidad una vida que más bien tenía visos de muerte. Cocinaban una vez por semana, y aquel potaje se hacía insufrible al mejor estómago. Sus celdas parecían sepulcros. La oración era sin límites, igual que las penitencias corporales. Y si bien es cierto que las constituciones dadas por el Santo son muy moderadas en cuanto a esto, sin exigir mucho más allá que las demás reformas franciscanas conocidas, no se puede dudar que su poderosísimo espíritu dejó en sus seguidores una imborrable huella y un extremo de imitación. Y es sorprendente el genuino espíritu franciscano que les comunicó, ya que tal penitencia no les distanciaba del pueblo, antes los unía más a él. Construían los conventos junto a pueblos y ciudades, mezclándose con la gente a través del desempeño del ministerio sacerdotal, en la ayuda a los párrocos, enseñanza a los niños, siempre afables y corteses, penitentes y profundamente humanos.

El 18 de octubre de 1562 murió en el convento de Arenas.

La Santa de Ávila vio volar su alma al cielo y la oyó gozarse de la gloria ganada con su excelsa penitencia. El santo moría en paz. Dejaba una obra hecha: una escuela de santos, un colegio de almas intercesoras y víctimas por las culpas del mundo. Sus penitencias llegaron a parecer a algunos «locuras y temeridades

de hombre desesperado»: las gentes le tuvieron muchas veces por loco al ver los extremos a que le llevaba su vida de contemplación. Sólo que, como muy gentilmente aclaró a sus monjas Santa Teresa, aquellas locuras del bendito fray Pedro eran precisamente locuras de amor. Cuando Cristo ama intensamente a un alma no descansa hasta clavarla consigo en la cruz. Cuando un alma ama a Cristo no desea sino compartir con Él los mismos dolores, oprobios y menosprecios. La vocación franciscana es, recordémoslo, una vocación de amor crucificado y San Pedro supo vivirla con plenitud. Su penitencia venía condicionada por su papel corredentivo en la Iglesia de Dios y, si no a todos es dado imitarla materialmente, sí es exigido amar como él amó y desprenderse por amor, y al menos en espíritu, de las cosas temporales, abrazándose a la cruz.

PEDRO DE ALCÁNTARA MARTÍNEZ

Bibliografía

ANCONA, J. M.ª DE, OFM, *Annales Minorum seu trium ordinum a s. Francisco institutorum ab anno MDLIII usque ad annum MDLXIV*, t.19 (Roma 1745).

JUAN DE SAN BERNARDO, OFM, *Chronica de la vida admirable, y milagrosas haçañas de... S. Pedro de Alcantara...* (Nápoles 1667).

JUAN DE SANTA MARIA, OFM, *Chronica de la provincia de San Ioseph, de los Descalços de la Orden de los Menores de nuestro Seraphico Padre S. Francisco...* (Madrid 1619).

— *Vida, excelentes virtudes y obras miraculosas del santo Fray Pedro de Alcantara fundador de la prouincia de San Ioseph de los Descalços de la Orden de... San Francisco en España* (Madrid 1616).

MARTIN DE SAN JOSÉ, OFM, *Historia de las vidas y milagros de nuestro beato Padre Frai Pedro de Alcantara... que ha hauido en la Reforma de Descalços... en la Orden de nuestro Seraphico Padre San Francisco...* (Arévalo 1644).

MARTINEZ, P. de A., «La reforma alcantarina»: *Ciencia y Santidad* 30 (1948) 18-35.

MOLES, J. B., *Memorial de la provincia de San Gabriel, de la Orden de los frayles Menores de Obseruancia* (Madrid 1584).

PEREZ, L., OFM, «La provincia de San José fundada por San Pedro de Alcántara»: *Archivo Iberoamericano* 17 (1922) 145-175.

• Actualización:

BARRADO MANZANO, A., *San Pedro de Alcántara (1499-1562). Estudio documentado y crítico de su vida* (Cáceres ^{2}1995).

GONZÁLEZ RAMOS, V., *Biografía de San Pedro de Alcántara, apoyo de la reforma Teresiana* (Cáceres 1982).

JIMENEZ DUQUE, B., *San Pedro de Alcántara en el V centenario de su nacimiento* (Madrid 1999)

San Pedro de Alcántara, hombre universal. Congreso de Guadalupe (1997) en el V centenario de su nacimiento (Guadalupe 1998).

SANZ VALDIVIESO, R. (ed.), *Místicos franciscanos españoles.* I: *Vida y escritos de San Pedro de Alcántara* (Madrid 1997).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AMABLE
Presbítero († 475)

Es poco lo que se sabe de este sacerdote, que menciona San Gregorio de Tours en su libro *De gloria confessorum.* Era el párroco de Riom en Aquitania y se le llama varón de admirable santidad que sobresalió por sus grandes virtudes y a quien el Señor adornó con el don de milagros. Su vida se sitúa en la primera mitad del siglo V. Tiene culto en la diócesis de Clermont-Ferrand.

SAN MONÓN
Ermitaño y mártir († 645)

Según la tradición era irlandés, nacido en una familia noble y rica. Tomó la decisión, siguiendo una visión recibida, de hacer vida eremítica en las Ardenas, pero antes quiso peregrinar a Roma. Por el camino halló al obispo de Lieja, quien le dijo que había olvidado en Roma su palio. Monón tras hacer su peregrinación a Roma se lo trajo y surgió así una viva amistad entre ambos. El obispo quiso retenerlo junto a sí pero surgieron envidias y entonces Monón se marchó, hizo su ermita en Nassogne y se entregó a la vida de oración y penitencia. Mucha gente comenzó a acudir hasta la ermita para escuchar los consejos del piadoso ermitaño. Esta presencia molestaba a los ladrones que se refugiaban de sus correrías en el desierto y decidieron asesinar al ermitaño, matándolo a pedradas. El obispo de Lieja mandó hacer allí mismo un oratorio, que siguió siendo objeto de peregrinaciones. Esta es la tradición relativa a este santo, al que Nassogne venera como patrono.

19 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. Los santos mártires del Canadá, **Juan de Brebeuf, Isaac Jogues,** presbíteros, y Juan de la Lande, religiosos jesuitas, **martirizados en Osser-**

nenon, territorio canadiense entonces, donde años antes había sido martirizado San Renato Goupil; y se celebra la memoria de los santos Gabriel Lalemant, Antonio Daniel, Carlos Garnier y Noel Chabanel, martirizados mientras evangelizaban a los hurones en territorio canadiense († 1642-1649) **.

2. San Pablo de la Cruz, presbítero, fundador de la Congregación de los Clérigos Regulares de la Cruz y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo tránsito en Roma fue ayer **.

3. La conmemoración de San Joel, profeta **.

4. En Roma, la conmemoración de los santos Tolomeo, Lucio y otro compañero († 160), mártires *.

5. En Ostia Tiberina, San Asterio († 303), mártir.

6. En Sens (Galia Lugdunense), santos Sabiniano y Potenciano († 300), mártires.

7. En Egipto, San Varo († 307), militar y mártir.

8. En Oloron, en los Pirineos (Aquitania), San Grato († s. VI), obispo *.

9. En Bretaña Menor, San Etbino († s. VI), monje.

10. En Cavaillon (Provenza), San Verano († 590), obispo.

11. En Evreux (Galia), San Aquilino († 695), obispo.

12. En Oxford (Inglaterra), Santa Frideswida († ca.735), virgen, abadesa *.

13. En Biville (Normandía), Beato Tomás Helyas († 1257), presbítero *.

14. En Londres (Inglaterra), San Felipe Howard († 1595), conde de Arundel, padre de familia y mártir **.

15. En Nagasaki (Japón), santos Lucas Alonso Gorda, presbítero, y Mateo Kohioye († 1633), religiosos ambos de la Orden de Predicadores, mártires *.

16. En Langeac (Francia), Beata Inés de Jesús Galand († 1634), virgen, de la Orden de Predicadores **.

B) Biografías extensas

SANTOS JUAN DE BREBEUF, ISAAC JOGUES, JUAN DE LA LANDE, RENATO GOUPIL, GABRIEL LALEMANT, ANTONIO DANIEL, CARLOS GARNIER, NOEL CHABANEL

Mártires († 1646-1649)

La evangelización del Canadá comienza en los primeros años del siglo XVII. Llegó entonces a aquellas tierras —y las exploró en sucesivos viajes— Samuel de Champlain, seguido de

un tropel de aventureros, con el propósito de fundar un establecimiento permanente bajo la soberanía francesa para dedicarse al lucrativo comercio de pieles. Así se fundaron, primeramente, Port-Royal (Annápolis) en Nueva Escocia y Québec en las orillas del río San Lorenzo; poco más tarde, Trois-Rivières y Montreal.

Aquellos aventureros del primitivo Canadá francés eran, en su mayoría, de confesión calvinista. No obstante, en 1615, Champlain hizo venir algunos franciscanos recoletos, que comenzaron a predicar el Evangelio, y uno de ellos, fray José Le Caron, adentrándose por las enormes selvas deshabitadas que cubrían la región de los lagos, alcanzó el país de los indios llamados hurones. De este modo iba a quedar señalado el primer objetivo de las misiones canadienses.

Las tierras de la orilla meridional del San Lorenzo y del Ontario estaban habitadas por las temibles tribus iroquesas. Los algonquinos vivían en la otra orilla, En medio de estas dos grandes familias indígenas rivales se hallaban aisladas otras tribus de pieles rojas, numéricamente menos importantes; entre ellas, los hurones. Todos los indígenas de aquellos parajes practicaban la vida nómada, como corresponde a los pueblos cazadores. Los hurones, aunque sin abandonar la vida errante, cultivaban temporalmente algunas parcelas y se hallaban iniciados en la evolución al sedentarismo, propio de la vida agrícola. Por eso, ellos parecieron el objetivo inmediato más propicio a la obra misional.

Cuando en 1623, llamados por los misioneros franciscanos, llegaron al Canadá los primeros jesuitas, uno de los cuales era el gran apóstol San Juan de Brebeuf, se aplicaron con todo ardimiento a la misión de los hurones, región que Brebeuf alcanza en 1626, después de vencer incontables dificultades que oponían el clima, la tierra y los indios.

Entre tanto, Richelieu había decidido quebrantar el poderío de los hugonotes en Francia, que se sublevaron y resistieron con las armas en La Rochela y en Provenza, hasta ser sometidos por la fuerza (1627-1629). Un apéndice de esta lucha tocaba al Canadá. En 1627 Richelieu anuló los privilegios comerciales de los hugonotes de Québec y fundó la Compañía de los Cien

Asociados, para la explotación colonial de Nueva Francia. Los calvinistas de La Rochela habían llamado en su auxilio a Inglaterra, que, en efecto, hizo la guerra al Gobierno de Luis XIII. De tal manera, una expedición militar inglesa se apoderó de Québec en 1629 e hizo prisioneros, sin distinción, a católicos y hugonotes. Entre los prisioneros se hallaban los padres jesuitas de la misión.

Pero en 1632 Francia recobra el Canadá (tratado de Saint-Germain-en-Laye). Los jesuitas vuelven a la obra interrumpida y ahora con mayor denuedo, dirigidos por el padre Paul Le Jeune, primero, y luego por los padres Jerónimo Lalemant y Paul Ragueneau, como superiores. Se abre en Québec un «seminario» para la formación cristiana de los niños y jóvenes indígenas, que serían allí reunidos: intento vano o prematuro, porque los niños pieles rojas huyen pronto al campo, incapaces de acomodarse a la vida sedentaria y ordenada de aquel centro escolar. Se diseminan los misioneros por las tierras de los hurones, fundándose una serie de «casas» o bases de actividad apostólica (San José, San Ignacio, San Luis, Santa María, esta última cuartel general de la misión en plena selva). Allí pondrán de relieve el temple y celo misionero un grupo de jesuitas, que tienen que vencer los obstáculos de la naturaleza inclemente y sobreponerse a la animosidad de los indios hostiles y al recelo de los que se titulan amigos.

En este medio se acrisolan y fortalecen las almas heroicas del padre Brebeuf, el fundador de la misión huronesa, y de sus compañeros. Día a día, oscuramente, sin actos ostentosos que exhibir, aislados en las inmensidades de bosques y praderas que el hombre blanco ignora (porque están lejanas las factorías de los traficantes), ellos cumplen el mandato divino del apostolado con espíritu ignaciano. Cientos de kilómetros recorridos de poblado en poblado, de campamento en campamento, para llevar a todas las gentes la voz del Evangelio, tras ardua preparación. Ha sido preciso estudiar sobre el terreno las costumbres de los indígenas, adaptarse a ellas, conocer su lengua y modos de expresarse, el mundo de sus representaciones mentales, para que disciernan la nueva religión que se les predica y los ritos mágicos o supersticiones que practican. El sentido de la eficacia de

la Compañía de Jesús está presente en los métodos misionales. Se trata de reducir a los salvajes a la vida sedentaria; para convidarles a ello habrá que derrochar paciencia y generosidad. El padre Le Jeune, en su *Relación* de 1634, advirtió cuán inútil era intentar la conversión de los nómadas y cuán impensable la sedentarización de los indígenas sin un gran esfuerzo de caridad, ayudándoles a trabajar la tierra.

El sufrimiento físico, las epidemias y la muerte violenta acechan a los misioneros a toda hora; pero la muerte no puede acobardar a quienes han de tener talla de mártires. En uno de aquellos días de su continua azarosa existencia, el padre Brebeuf ha hecho voto formal y ofrenda de su vida: «Dios mío y salvador mío, ¿qué podré ofrecerte a cambio de todo lo que Tú has sufrido por mí? Quisiera alejar de Ti el cáliz e invocar tu nombre [...] Mi Señor Jesús, yo hago voto solemne de no rechazar de mi parte la gracia del martirio si, en tu bondad infinita, un día cualquiera me la llegaras a conceder a mí, tu indigno servidor [...] Y en consecuencia, Jesús mío, yo te ofrezco alegremente desde hoy mi sangre, mi cuerpo y mi alma, de suerte que yo pueda morir sólo por Ti, si Tú me concedes esta gracia, Tú que te has dignado morir por mí. Hazme capaz de vivir de tal manera que Tú puedas finalmente otorgarme esta muerte».

Eran éstos los deseos más sublimes del padre Brebeuf y de los otros compañeros de la Compañía de Jesús, deseos que un día no lejano se verían cumplidos. *Sentio me vehementer impelli ad moriendum pro Christo.* También el padre Isaac Jogues había suplicado: «Señor, dame a beber abundantemente el cáliz de tu pasión»; y una voz interior le advirtió que su súplica había sido escuchada. Jesús, su amigo, aceptó pronto la oblación ofrecida, juzgó digna de coronarse con la palma del martirio la vida de aquellos soldados de su milicia, que no sólo habían probado virtudes heroicas en la resistencia al sufrimiento del cuerpo, sino también en la práctica de la humildad, de la obediencia y de la caridad.

Cuando la hora trágica del exterminio llegó para el pueblo de los hurones, a su lado pereció un grupo de jesuitas que no quiso rehuir el peligro anunciado, ni abandonar a sus ovejas. Precisamente esa hora terrible se descargó sobre las misiones del país hurón cuando su estado, en apariencia floreciente, hacía concebir lisonjeras esperanzas a los misioneros.

Los iroqueses habían desencadenado desde 1642 una guerra implacable, armados por los colonos holandeses establecidos en Nueva Ámsterdam, la factoría de la desembocadura del río Hudson (mas tarde Nueva York). Las tribus algonquinas y huronesas, aliadas de los franceses, padecieron un feroz ataque. Bajo la amenaza que se cernía, el padre Jogues se ofreció a llevar un mensaje a Québec desde la misión de Santa María. La flotilla en que viajaba fue capturada por los iroqueses y el padre Jogues y el hermano Renato Goupil, que le acompañaba, quedaron prisioneros. Goupil perdió la vida el 29 de septiembre de 1642, a manos de un indio enfurecido, al verle cómo predicaba a sus verdugos; Jogues soportó un cautiverio de trece meses, durante los cuales padeció bárbaras crueldades, verdadero primer martirio no consumado entonces con la entrega de la vida, pero sus manos mutiladas constituyeron vivo testimonio del sacrificio exigido a aquellos apóstoles. Rescatado en 1643 por un capitán holandés y tras una corta estancia en Francia, el padre Jogues vuelve en 1644 al Canadá, donde prosigue su labor de misionero en Montreal. Dos años después se le pide que lleve a cabo una gestión de paz entre los iroqueses. El recuerdo de las torturas sufridas no le hizo vacilar: «Sí, reverendo padre —escribe a su superior—, yo quiero únicamente lo que Dios quiere, aun a riesgo de mil vidas».

Pero no era aquella su hora. El martirio le aguardaba más tarde, cuando fue destinado a tantear, con el hermano Juan Lalande, la evangelización de los iroqueses, aprovechando la transitoria calma conseguida aquel año. El padre Jogues se llenó de alegría: "Me tendría por feliz si el Señor quisiere completar mi sacrificio en el mismo sitio en que comenzó". Allí, en efecto, le fue dado sufrir en su cuerpo torturas salvajes, hasta que el 18 de octubre de 1646 era degollado. Al día siguiente se consuma el martirio de La Lande, ejemplo de vida humilde y callada al servicio de la obra misional.

Los iroqueses habían aniquilado primeramente a los algonquinos. Tras la pausa de 1646, volvieron a la guerra. En 1648 alcanzaron el país hurón. El 4 de julio de aquel año arrasaron la misión de San Jose, donde el padre Antonio Daniel, el dulce amigo de los niños, sufrió la muerte; asaeteado por las flechas

de los indios, fue rematado a tiros de arcabuz. En la primavera del siguiente año el paso desolador de los iroqueses arrollaba las misiones de San Ignacio, San Luis y Santa María. El padre Brebeuf y el padre Gabriel Lalemant, hechos prisioneros por los salvajes, padecieron atroz martirio, cuyos detalles espeluznantes se resiste a describir la pluma. Por fin, el 7 de diciembre de 1649 le tocaba el turno a la misión de San Juan Bautista, donde el padre Carlos Garnier fue muerto en la refriega, mientras exhortaba a los cristianos a recibir la muerte con alegría Su compañero de misión, el padre Noel Chabanel, había dejado poco antes San Juan Bautista para dirigirse a San José. Las últimas palabras que de él sabemos son éstas: «Esta vida vale poco; en cambio, la felicidad del cielo no me la podrán arrebatar los iroqueses». Pero no fueron los indios enemigos y feroces los que consumaron su martirio. Al padre Chabanel le fue dado probar, junto al dolor físico de la agonía, la hiel amarga del «martirio del corazón», porque fue precisamente un hurón apóstata quien le ocasionó la muerte.

La corona de aquellos héroes de la fe se adornó luego con la veneración de las gentes del Canadá y con los celestiales favores alcanzados por su mediación. De este modo, el 29 de junio de 1930 estos ocho santos mártires de la primitiva Iglesia canadiense fueron solemnemente canonizados.

VICENTE PALACIO ATARD

Bibliografía

BESTERMAN, TH., *Saint Jean de Brébeuf. Les rélations de ce qui s'est passé au Pays des Hurons (1635-1648)* (Ginebra 1957).

FOURQUERAY, H. - BECDELIEVRE, A. DE, *Martyrs du Canada* (París 1930).

GOBILLOT, R., *Les premiers martyrs du Canada* (París 1936).

HEINEN, A., *Entre los pieles rojas del Canadá. Historia de la misión de los hurones y de sus misioneros, los ocho santos mártires canadienses de la Compañía de Jesús* (Madrid 1946).

ROCHEMONTEIX, E. DE, *Les jésuites et la Nouvelle France au XVII^e siècle d'après beaucoup de documents inédits,* 3 vols. (París 1895-1896).

ROUVIER, F., *Les bienheureux martyrs de la Compagnie de Jésus au Canada* (Montreal 1925).

TALBOT, F. X., *Un santo entre hurones: vida de Juan de Brebeuf* (Barcelona 1951).

TESTORE, C., *I santi martiri canado-americani della Compagnia di Gesú* (Isola del Liri 1930).

THWAITES, R. G., *The Jesuit Relations and allied documents,* 73 vols. (Cleveland 1896-1901). (Contiene los textos de primera mano más importantes sobre las primitivas misiones jesuíticas del Canadá).

SAN PABLO DE LA CRUZ
Presbítero († 1775)

Pablo Danei, el futuro San Pablo de la Cruz, nació en Ovada el 3 de enero de 1694. Después de haber pasado la juventud en los lares paternos ayudando a su padre en el comercio, a los veintiséis años inició una vida de total entrega a Dios, vistiendo el hábito de la futura congregación de los pasionistas en la forma que le había mostrado visiblemente la Virgen Dolorosa. Retirado durante cuarenta días en un oscuro tugurio de la iglesia parroquial de Castellazzo, entre la oración y la penitencia compuso las primeras reglas.

Ordenado sacerdote en 1727 por Benedicto XIII, se estableció definitivamente en el Monte Argentario, en las cercanías de Orbetello (Toscana). En esta soledad maduró su vocación de apóstol de la Pasión, recibiendo de Dios luces e inspiraciones para la solución de los grandes problemas hacia los que debería orientar su vida y su obra.

Ante todo, San Pablo de la Cruz procuró plasmar esta vocación en sí mismo, transformándose en viva imagen de Jesús crucificado, identificándose con él y convirtiendo su Pasión santísima en el principio regulador de su vida espiritual. La unión de su alma con Dios hasta alcanzar las más altas cimas de la mística no fue más que un efecto de la contemplación asidua de Jesús crucificado y de sus esfuerzos por reproducir hasta en su mismo cuerpo al mártir del Gólgota.

Apartado de todo lo que hasta remotamente pudiera distraerle, pasaba los días y las noches en comunicación con su Dios. El altísimo espíritu de oración del apóstol del crucifijo, frecuentemente acompañado de fenómenos místicos, fue una de las gracias más señaladas con que Dios le favoreció.

En este ejercicio su conocimiento y su amor a Jesús crucificado alcanzaron tal grado de perfección, que hicieron de él uno de los santos que más profundamente han comprendido el misterio de la cruz.

Pero no se limitó a la contemplación de las penas del Redentor. Hambriento, según su expresión, de cruces y sufrimientos, intentó asemejarse a Jesús crucificado, imprimiendo en su inocente cuerpo las llagas del crucifijo. Convencido que Dios

quería de él grandes penitencias, e influido por la educación materna y el ambiente de la época, se impuso un régimen de vida tan austero y penitente que hasta parece imposible que alguien pudiera soportarlo.

A las prolongadas vigilias, ayunos y abstinencias, a los cilicios, disciplinas y demás penas con que voluntariamente se mortificaba, debemos añadir las desolaciones y aflicciones de espíritu, las luchas y tentaciones del demonio, con que Dios mismo quiso purificarlo poniendo a prueba su virtud. El abandono de la cruz lo sufrió Pablo en su realidad más viva, y con tan prolongada y angustiosa sequedad, que pudo confesar no haber pasado durante cincuenta años un solo día sin estos sufrimientos y en casi continua aridez.

Todo ello no fue en manos de la Providencia más que un medio eficaz y poderoso para uniformar sus sentimientos a los de Jesús crucificado con un total abandono a la voluntad de Dios, tanto más meritorio cuanto tuvo que superar dificultades de todo género.

Dotado de un carácter jovial, abierto y sobremanera sensible, de trato ameno, exquisitamente social y delicado, sus austeras penitencias y las amarguras interiores de su espíritu en nada disminuyeron la amable suavidad de sus modales, que daban a su acción apostólica y a su gobierno un equilibrio constante y una armonía espiritual perfecta.

Pero San Pablo de la Cruz debía ser, además del santo contemplativo, el apóstol infatigable de los sufrimientos del Redentor. De importancia decisiva en la orientación espiritual de su vida fue la clara investidura recibida del cielo de recordar al mundo la memoria de la pasión y muerte de Jesús crucificado.

En su programa espiritual Pablo de la Cruz proponía a Cristo crucificado como el divino modelo de nuestra vida cristiana, de absoluto valor y de infinita fecundidad, y la meditación de sus sufrimientos como el medio más seguro y eficaz para una rápida transformación y elevación de las almas. Toda la espiritualidad del Santo se inspira en esta verdad inmutable y eterna anunciada por San Pedro: Cristo sufrió por nosotros para que sigamos sus pisadas. La santidad que se inspira en la cruz es la más grande, la más genuina, la más preciosa, la deseada por

Dios, segura y secreta en su maravilloso desarrollo. El supremo ideal del cristiano debe ser, según él, dedicar su vida a glorificar la locura de la cruz, y sumergirse en lo más profundo de este mar sin orillas, participando lo más posible de las penas del Redentor.

Para perpetuar en la Iglesia este su programa de renovación y progreso espiritual, ideó la Congregación de los pasionistas. Fundando el primer convento, que él llamó «retiro», en 1737, obtuvo la aprobación solemne de la congregación en 1769 y la cuarta aprobación de las reglas en 1775.

Estableciendo su congregación sobre las bases austeras de un marcado espíritu de soledad, pobreza y oración, quiso que los religiosos pasionistas fuesen con su palabra y su ejemplo auténticos apóstoles de Jesús crucificado, obligándose con voto particular a propagar la devoción a sus dolores. El emblema que el pasionista lleva sobre el pecho debe recordarle a él y a los demás que no hay medio más seguro de salvación y santificación que la pasión de Cristo bien grabada en el corazón. En 1771, con la inauguración del primer monasterio femenino, completó su acción como fundador. Las monjas pasionistas serán, en la soledad de sus claustros, el complemento y la savia fecunda que alimentará el apostolado de sus religiosos.

Combinó con el gobierno de la familia religiosa su actividad apostólica, trazando el camino y constituyéndose en el primer misionero de la Congregación. Durante más de cuarenta años recorrió especialmente las ciudades y pueblos de Toscana y Lazio, predicando misiones y dando ejercicios espirituales. El paso del padre Pablo suscitaba un entusiasmo incontenible en el pueblo cristiano, granjeándose la admiración y veneración no sólo de los fieles, sino también de los sacerdotes, obispos, cardenales y hasta de los mismos romanos pontífices.

La misión predicada en 1769 en la basílica de Santa María del Trastévere, en el centro de la cristiandad, por orden del mismo Clemente XIV, fue el coronamiento glorioso de una vida que se había consumido por la salud eterna de sus hermanos redimidos con la sangre divina.

Como en la soledad del «retiro» su única ocupación era la contemplación de su amor crucificado, durante las misiones se

dedicaba con un ardor y empeño tal al apostolado, que terminaba completamente extenuado de fuerzas.

La elocuencia del Santo era ardiente, viva, rica de afectividad, que a veces se manifestaba en sollozos y gemidos, como la del amante que se ve imposibilitado de manifestar lo que siente en su corazón.

Alimentando su dinamismo apostólico en la contemplación de las llagas del Redentor, el argumento central de la misión era la pasión de Jesucristo. Cuando San Pablo de la Cruz hablaba de los sufrimientos del Hijo de Dios, se transformaba visiblemente, haciendo descripciones tan patéticas, tan llenas de fuerza y colorido que el auditorio, profundamente impresionado, prorrumpía con frecuencia en llanto y gritos de perdón y misericordia.

Si, por una parte, su espíritu apostólico era fuego abrasador e impetuoso que deseaba destruir hasta la raíz misma del pecado si le fuera posible, por otra se hacía dulce y suave abriendo las puertas a la más consoladora esperanza, haciendo ver que la muerte del Redentor es un acto de misericordia infinita hacia los pecadores y una garantía del perdón aun a los más obstinados.

La intención del santo en sus misiones no era solamente la conversión del pecador. Los sufrimientos de Jesús crucificado debían inducirle al arrepentimiento, pero no debía limitarse a sólo eso su eficacia: debían producir la perseverancia en el bien y la consecución de todas las virtudes cristianas.

Elemento esencial de su método apostólico era capacitar toda clase de personas a meditar por sí misma la pasión de Jesucristo, facilitando con el esfuerzo personal de cada uno la acción santificadora de la gracia. Para conseguirlo más fácilmente, al terminar sus ministerios buscaba alguna persona, con preferencia sacerdotes, que durante su ausencia siguiesen cultivando la devoción a la pasión de Jesucristo, dirigiendo la meditación todos los días por la mañana mientras se escuchaba la santa misa.

En tantos años de actividad apostólica cientos de almas de la más variada condición social y de formación cultural y espiritual más diversa, le escogieron por guía y maestro, alcanzando

bajo su dirección firme y suave las más asombrosas ascensiones en las vías del espíritu.

Si bien el magisterio de San Pablo como director de almas fue principal y sustancialmente oral y apostólico, lo continuó y completó con sus cartas, llenas de tal sabiduría celestial y divina, que le colocan a la altura de uno de los mayores místicos de la hagiografía cristiana.

Para introducir un alma a la vida interior comenzaba por habituarla a la meditación de la Pasión. La oración, en general, y la meditación de la Pasión, en particular, la consideraba como la puerta de acceso a los secretos de la vida interior, del trato íntimo y amigable con Dios. Se proponía que el alma llegase a conseguir un profundo silencio interior en el que, con absoluta abstracción de las criaturas, sólo se oyese la voz de la sangre del Cordero inmaculado, que sube hasta el cielo pidiendo misericordia, o cae sobre las almas para purificarlas de sus imperfecciones y hermosearlas con el traje rozagante y perfumado de todas las virtudes.

El alma que bajo su dirección se daba a la vida interior debía ser acompañada del continuo recuerdo de las penas del Redentor. Con tal modelo y ejemplo debía morir a todo lo creado para nacer a nueva vida, donde Jesús crucificado sería su única riqueza y tesoro.

Estas enseñanzas las difundía San Pablo de la Cruz no sólo entre personas religiosas, sino que las inculcaba a las del mundo, convencido de que son incompatibles la vida mística y la contemplación más elevada con el ejercicio de las ocupaciones del propio estado.

Los últimos años, reducido a la inactividad por las enfermedades y los achaques de la vejez, fueron caracterizados por la veneración de los hombres, incluidos los romanos pontífices, y de grandes y extraordinarias gracias místicas por parte de Dios. Era como la anticipación del paraíso. Quien tanto se había asemejado a Jesús paciente merecía que aún en vida comenzase a gustar los frutos del triunfo de la cruz y a contemplar su gloria final.

El 18 de octubre de 1775 San Pablo de la Cruz terminaba su existencia recordando al mundo un mensaje siempre actual y de

permanente vitalidad, como actual y vital es el objeto que lo constituye: transformarnos en otros Cristos crucificados para cooperar con Dios a la redencion del mundo.

PAULINO ALONSO DE LA DOLOROSA, CP

Bibliografía

ALMERAS, CH., *St Paul de la Croix le fondateur de Passionistes. Une action fille de contemplation* (Paris 1957)
BROVETTO, C., *Introduzione alla spiritualita di S. Paolo della Croce. Morte mistica e divina Natività* (Teramo 1955)
Diario di S. Paolo della Croce (Turin 1929)
Lettere di S. Paolo della Croce fondatore dei Passionisti, 4 vols. (Roma 1924)
GAETAN DU SAINT NOM DE JESUS, *St Paul de la Croix et l'Institut des Passionistes* (Tirlemont 1933)
GAETANO DELL'ADDOLORATA, *Gigante della Croce* (Alba 1952)
LUIS TERESA DE JESUS AGONIZANTE, *Vida de San Pablo de la Cruz* (Santiago de Chile 1914)
STRAMBI, V. M., *Vita del venerabile servo di Dio P. Paolo della Croce* (Roma 1786)
• Actualizacion
ARTOLA, A. M.ª, CP, *Vivencia de Cristo paciente. Diario espiritual, Muerte mistica, Epistolario selecto de San Pablo de la Cruz* (Madrid 2000)
BIALAS, M., *Pablo, carismatico de la cruz* (Estella 1979)
CALABRESE, A., *Maestro e mistico. San Paolo della Croce* (Roma 1993)
LIPPI, A., *San Pablo de la Cruz, mistico y evangelizador* (Salamanca 1994)
PIELAGOS, F., *Testigo de la pasion. San Pablo de la Cruz* (Madrid 1979)

SAN JOEL

Profeta (Antiguo Testamento)

El *Martirologio* actual indica brevemente los dos mensajes mas relevantes de Joel, fecha 19 de octubre:

> «Conmemoracion del santo profeta Joel, que anuncio el gran dia del Señor y el misterio de la efusion de su Espiritu sobre toda carne, misterio que la divina Majestad se digno realizar admirablemente en Cristo el dia de Pentecostes» (*Matyrologium romanum,* 548)

Efectivamente, la actividad profética de Joel, tal como reflejan los pocos capítulos de sus oráculos, se centró en ese tema trascendental del «Gran día del Señor».

Joel, uno de los doce profetas menores, significa «Yahvé es Dios». Era hijo de Petuel, y, al parecer, de familia sacerdotal, dado el interés que muestra por el culto.

La cronología es muy dudosa porque el autor se esfuma totalmente detrás de su mensaje; y nada sabemos de él salvo lo que podamos deducir de sus oráculos que, por añadidura, ofrecen pocas pistas personales. Sólo en una ocasión, su angustiosa plegaria ante la plaga desoladora, revela en sus exclamaciones que se vio muy angustiado por las desgracias catastróficas de su pueblo:

> «A ti clamo, Yahvé, porque el fuego ha devorado los pastos de la estepa, las llamas han abrasado todos los árboles del campo, hasta las bestias del campo jadean tras de ti porque están secos los cauces de agua y el fuego ha devorado los pastos de la estepa» (Jl 1,19-20).

Pero, a través de todos los oráculos, el pronombre de primera persona «Yo» lo pronuncia Yahvé. El profeta repite una y otra vez: «Oráculo de Yahvé», «Lo ha dicho Yahvé».

Por su libro podemos deducir con claridad que es judío, que predicó en Jerusalén y que es buen conocedor de la vida campesina, como lo demuestra su descripción de la plaga de la langosta, casi técnica. Pero no era, precisamente, un campesino dedicado a la tareas agrícolas. Por el contrario, sus grandes cualidades literarias y aliento poético, así como su conocimiento de los profetas que le precedieron, aconsejan situarlo en un ambiente cultural elevado con notable preparación.

Es amigo del culto y del templo. Muy distinto de aquellos profetas que miran siempre ese mundo con ojos críticos.

Sin que se pueda afirmar con certeza, su predicación y la composición del libro fue después del destierro y de la restauración del templo (año 515), no se alude ya a la monarquía.

Cuanto menos podamos conocer de la persona del autor, más hemos de centrarnos en su obra. En ella está el hombre y su mensaje. En el libro se refleja su personalidad. La profecía de Joel es una poderosa creación literaria en la que se proclaman mensajes de validez permanente y universal con gran eco en el Nuevo Testamento. Y sigue teniendo gran vigencia en la vida de la Iglesia. El punto de partida es la impresionante plaga de langosta que arrasó las cosechas en los campos de Judá, con oleadas sucesivas de los insectos invasores:

> «¡Escuchad esto ancianos, prestad oído, todos los habitantes del país! ¿Sucedió algo semejante en vuestros días, o en los días de

vuestros antepasados? Contádselo a vuestros hijos, vuestros hijos a sus hijos, y sus hijos a la siguiente generación. Lo que dejó la oruga lo devoró la langosta, lo que dejó la langosta lo devoró el pulgón, lo que dejó el pulgón lo devoró el saltamontes» (Jl 1,2-4).

El poeta, por elevación poética, transforma la nube de langostas devoradoras en un ejército en orden de batalla:

«Su aspecto es de corceles, de jinetes que galopan. Su estrépito es de carros que saltan por las cimas de los montes, como el crepitar de las llamas de fuego que consume la hojarasca, ¡como un ejército poderoso en orden de batalla! A su vista tiemblan los pueblos, todos los rostros mudan de color. Corren como valientes, como guerreros escalan las murallas; cada uno avanza en su puesto sin descomponer las filas. Nadie tropieza con su vecino, cada cual sigue su ruta; entre las saetas arremeten sin perder la formación. Asaltan la ciudad, escalan la muralla, suben hasta las casas, a través de las ventanas entran como ladrones» (Jl 2,4-9).

A esta catástrofe, se une otra no menor, la terrible sequía:

«Se han secado las semillas bajo los terrones; los graneros han sido devastados y los silos arruinados, porque falta grano. ¡Como muge el ganado, cómo vagan sin rumbo las vacadas, porque no tienen pastos! ¡Hasta los rebaños de ovejas lo pagan!» (Jl 1,17-18).

Estas calamidades acumuladas hacen pensar en un futuro todavía peor «porque está cerca el Día de Yahvé», del que son signo y premonición.

Ante estas estremecedoras catástrofes, Joel invita a una actitud de conversión sincera y profunda que se manifiesta externamente en una jornada litúrgica de ayuno y penitencia para implorar la compasión divina:

«"Mas ahora —oráculo de Yahvé— volved a mí de todo corazón, con ayuno, con llantos y con duelo". Desgarrad vuestro corazón y no vuestros vestidos, volved a Yahvé, vuestro Dios, porque él es clemente y compasivo, lento a la cólera, rico en amor, y se retracta de las amenazas. ¡Quién sabe si volverá y se compadecerá, y dejará a su paso bendición, ofrenda y libación para Yahvé, vuestro Dios!

¡Tocad la trompeta en Sión, promulgad un ayuno, convocad la asamblea, congregad al pueblo, purificad la comunidad, reunid a los ancianos, congregad a los pequeños y a los niños de pecho! Que salga el esposo de su alcoba y la esposa de su lecho. Entre el atrio y el altar lloren los sacerdotes, ministros de Yahvé, y digan: "¡Perdona, Yahvé, a tu pueblo, y no entregues tu heredad a la des-

honra y a la burla de as naciones! Que no se diga entre los pueblos: ¿Dónde está su Dios?"» (Jl 2,12-17).

Estos rasgos descriptivos de la religiosidad israelita se presentan con sencillez. Sin elevaciones poéticas Pero todo culmina en el oráculo con que Yahvé responde anunciando la liberación de la plaga, el fin de la sequía y las bendiciones tradicionales que retornan.

> «Respondió Yahvé y dijo a su pueblo: "Yo os voy a enviar el trigo, el mosto y el aceite hasta saciaros, y no os entregaré más a la deshonra de las naciones. Alejaré de vosotros al que viene del Norte, lo arrojaré hacia una tierra desolada y desértica; su vanguardia hacia el mar oriental, hacia el mar occidental su retaguardia. Y subirá su mal olor, se extenderá su fetidez". (¡Porque él hace proezas!)
>
> No temas, suelo, regocíjate y salta de júbilo, porque Yahvé hace proezas. No temáis, bestias del campo, porque los pastos de la estepa reverdecen, los árboles producen su fruto, la higuera y la vid dan su riqueza. ¡Habitantes de Sión, regocijaos, alegraos en Yahvé, vuestro Dios! Porque él os envía la lluvia de otoño en su medida y hace caer para vosotros los aguaceros de otoño y primavera, como antaño. Las eras se llenarán de trigo, los lagares rebosarán de mosto y aceite.
>
> Yo os compensaré de los años en que os devoraron la langosta y el pulgón, el saltamontes y la oruga, el gran ejército, que envié contra vosotros. Comeréis en abundancia hasta hartaros, y al alabaréis el nombre de Yahvé, vuestro Dios, que hizo maravillas con vosotros. (Mi pueblo no volverá a ser avergonzado).
>
> Y sabréis que yo estoy en medio de Israel; ¡Que yo soy Yahvé, vuestro Dios, y no otro! ¡Y mi pueblo no volverá a ser avergonzado!» (Jl 2,19-27).

En este ambiente litúrgico y cultual, con fuerte elevación poética, Joel transforma todo el acontecimiento y lo alza a la categoría teológico-bíblica del «Día del Señor». Es la clave principal y el eje de su predicación y de su mensaje.

Hay momentos de la historia en los que Dios interviene solemnemente usando como instrumentos los fenómenos atmosféricos y los hechos humanos. En ellos Dios hace juicio público castigando, perdonando o salvando.

La predicación de Joel, partiendo de unas terribles calamidades y previendo otras mayores, mantiene un tono optimista y esperanzador que invita a levantar al ánimo del pueblo. El

tono de su profecía es más coherente con el tiempo después del destierro.

La caída de Jerusalén y la desaparición de la monarquía, ya está lejos. Quedan en pie promesas pendientes de Dios. Han pasado los años y todavía no se ha respirado el cambio definitivo que ha de producir la efusión de Espíritu anunciada por Jeremías y Ezequiel, la irrupción de un mundo nuevo, el manantial que ha de brotar del templo para engrosar el torrente vivificante de las Acacias.

El tema del «Día de Yahvé» llega a Joel en la última etapa de su evolución. Si antes del destierro ese Día se presentaba en forma negativa para Israel, como un castigo por la rebeldía de su dura cerviz y su infidelidad a la alianza, salvado sólo en el «resto fiel», durante el destierro, después de la caída catastrófica de los dos reinos, el día terrible de Yahvé, el día de su ira encolerizada, el día de las tinieblas, se ha trocado. Ya no va contra Israel, que está hundido en la derrota y la ruina, sino contra las naciones y los poderes que la han destruido. Mientras que para el pueblo de Dios, ese día se convierte en el comienzo de la restauración definitiva ante el que la esperanza renace.

Ante el «Día de Yahvé», descrito con toda la riqueza de imágenes apocalípticas, acompañado profusamente con los signos y prodigios cósmicos, se amplían los horizontes de universalidad más allá de los estrechos límites de Israel y de su marco histórico para extenderse a la perspectiva, al ámbito universal de la humanidad:

> «Y realizaré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, fuego y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, ante la llegada del Día de Yahvé, grande y terrible (Jl 3,3-4).

Dios es invencible, domina la historia y el caos y llegará el gran Día del tiempo de los justos. Sólo es terrible para Israel cuando se alía con los pecadores y olvida la alianza.

La salvación y el «Día de Yahvé» suponen el cumplimiento de una de las promesas más fascinantes, la efusión del Espíritu, tema el más sugestivo y fecundo de Joel:

> «Después de esto yo derramaré mi espíritu sobre todo mortal y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros ancianos ten-

drán sueños, vuestros jóvenes verán visiones. Y hasta sobre siervos y siervas derramaré mi espíritu en aquellos días» (Jl 3,1-2).

El profeta ha acentuado el énfasis para el oráculo de esta efusión universal, sin distinciones de razas ni edades ni sexos. El Espíritu de Yahvé es una fuerza divina que transforma y renueva a las personas en las que se infunde. Si en los profetas, antes del destierro, se subrayaba su acción en cada persona, en los posteriores se insiste en la acción sobre todo el pueblo. Pero puede quedar paralizada por la resistencia de los individuos que se rebelan, indóciles, y resisten y entristecen al Espíritu (cf. Is 63,10).

San Pedro, en su discurso de Pentecostés, cita expresamente el texto del profeta para señalar que la promesa anunciada se ha cumplido y con la efusión del Espíritu comienza la nueva era (cf. Hch 2,16-21).

En la segunda parte de sus profecías, Joel señala los elementos característicos de una escenografía escatológica: el «Día de Yahvé», el acompañamiento cósmico de la teofanía, el gran juicio de las naciones, la liberación del pueblo y la instauración de un orden nuevo. Toda una utopía esperanzadora, apoyada en la fe inquebrantable del cumplimiento infalibe de las promesas de Dios. Y lo más original de esta cosmovisión escatológica es la generosa efusión del Espíritu.

Cuando Moisés se quejó (Núm 11) del peso del gobierno, Dios le respondió repartiendo su Espíritu entre los setenta ancianos que le ayudaron. Y cuando un muchacho llevó a Josué la queja de que otros dos profetizaban en el campamento, Moisés replicó: «¡Ojalá todo el pueblo de Dios fuera profeta!»

Por fin, uno de los contenidos más notables de la predicación y las profecías de Joel, es el referente al juicio de las naciones:

> «Pues mirad: en esos días, en aquel tiempo, cuando cambie la suerte de Judá y Jerusalén, reuniré a todos los pueblos, los haré bajar al Valle de Josafat y allí los juzgaré, porque dispersaron entre las naciones a Israel, mi pueblo y mi heredad, y se repartieron mi tierra. Sortearon a mi pueblo, cambiaron al niño por un prostituta, y vendieron a la niña por un trago de vino [...] Que se movilicen y suban las naciones al Valle de Josafat, pues allí me sentaré yo para juzgar a todos los pueblos vecinos [...] Sabréis entonces que

> yo soy Yahvé, vuestro Dios, que habito en Sión, mi monte santo. Jerusalén será lugar santo y los extranjeros no volverán a pasar por ella» (Jl 4,1-3.12.17).

Los judíos solían celebrar los juicios a la puerta de la ciudad. Ante una convocatoria tan populosa, Joel finge un valle al que pone un nombre simbólico, «de Josafat», que significa «Dios juzga». En otros versículos le llama el Valle de la decisión (cf. 4,14), o utiliza la imagen de la trilla. Es el lugar de la audiencia inapelable de Dios. Fantasías posteriores lo han identificado con el torrente Cedrón, en la parte sudeste, extramuros de la Jerusalén antigua. Y allí se multiplicaron las tumbas judías, cristianas y musulmanas, pretendiendo localizar el sitio donde se realizaría el juicio universal.

En conjunto, el mensaje de Joel (a pesar de sus tintes de exacerbado nacionalismo, explicable, por otra parte, ante los sufrimientos de su pueblo, pero en contraste con el universalismo que se va abriendo paso en la Biblia), a pesar del sorprendente silencio que guarda frente a las injusticias sociales, posee un vigor y una perenne actualidad.

Baste recordar como ejemplo y testimonio el uso tradicional que, de sus textos, se hace en la liturgia, el miércoles de Ceniza, al comienzo de la Cuaresma. También en las lecturas de la misa durante el Adviento, y en lecciones, responsorios y antífonas de la Liturgia de las Horas. Y en Pentecostés.

La iglesia latina lo honraba el 13 de julio. En el nuevo calendario ha quedado su fiesta el 19 de octubre, fecha en la que le veneraba la Iglesia griega.

La iconografía toma sus atributos de las profecías: un enjambre de langostas, alusivo a la plaga; el cuerno de la abundancia recuerda sus anuncios de restauración y prosperidad. Se le presenta como el profeta de Pentecostés. Otra señal de sus imágenes es la trompeta que convoca al juicio. Suele llevar inscripciones tomadas de los oráculos y sirven para identificarlo.

Para el lector de hoy, el libro de Joel presenta luces y sombras. Sorprende un tanto su xenofobia y exagerado nacionalismo.

El llamamiento a la conversión se concreta casi exclusivamente en actos rituales con el peligro de que sea rutinaria y vacía de compromiso. Pero los aspectos positivos son muy claros

e importantes: la absoluta confianza en la bondad de Dios, que podrá salvar a su pueblo, es una invitación a la esperanza. La llamada a la penitencia y, sobre todo, la generosa efusión del Espíritu que se derramará sin fronteras, anticipando lo que sucederá en Pentecostés; y la permanente y vivificante presencia del Espíritu en la Iglesia.

También es interesante la interpelación del profeta a las comunidades cristianas de hoy, tan remisas a la penitencia sacramental y tan poco sensibles a las mociones del Espíritu, cuando pretenden encerrarlo en los estrechos límites de la edad, el sexo o la posición dentro de la Iglesia.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHOKEL, L. - SICRE DIAZ, J. L., *Profetas. Comentario,* 2 vols. (Madrid 1980) 923-949.

AMSLER, S., *Los últimos profetas* (Estella 1996).

MORALDI, L., «Joel», en P. ROSSANO - G. RAVASI - A. GIRLANDA, *Nuevo diccionario de teología bíblica* (Madrid 1988) 904-906.

RAGI, A. H. M., «Iconografía», en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Lhuiller* (Roma 1966) col.489.

SISTI, A., «Gioele», en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) cols.486-489.

SAN FELIPE HOWARD
Mártir († 1595)

El domingo 25 de octubre de 1970 Pablo VI canonizaba en la Basílica Vaticana a cuarenta mártires de Inglaterra y del País de Gales pertenecientes a los siglos XVI y XVII. La Iglesia católica procedía con ello, por boca del sucesor de Pedro, a inscribir conjuntamente en el catálogo de los santos mártires a estos intrépidos ingleses y galeses que habían sabido perseverar en la fe católica hasta el martirio durante las persecuciones decretadas por diversos monarcas, la reina Isabel I sobre todo, desde que Enrique VIII se apartó de la obediencia de Roma. Una época la de entonces, como se ve, negra y atemorizadora, cuando la tolerancia y el *fair play* aún no se reconocían como «virtudes» británicas. Ser católico entonces suponía una traición a la Corona, y

estos súbditos de toda clase y condición social, que sólo por el hecho de sus creencias eran ya considerados traidores en cuanto conspiradores contra la paz del reino, tenían que pagar tamaña osadía con la vida muriendo en la horca por desleales, como así ocurrió. Cuarenta mártires, al fin, representantes de otros muchos ingleses fieles a Roma.

Entre ellos hay madres de familia como Margaret Clitherow, viudas como Anne Line, nobles como nuestro Philip Howard, conde de Surrey, modestos y sencillos seglares como el maestro galés Richard Gwyn, y sacerdotes como Cuthbert Mayne, John Payne, John Almond o John Kemble. Hay también una larga lista de religiosos en la que figuran cartujos, agustinos, benedictinos, franciscanos y jesuitas, orden acaso la más comprometida en defender y mantener lo que oficialmente se llamaba la antigua fe: Robert Southwell, Henry Walpole, Nicholas Owen, Thomas Garnet, Henry Morse y el más célebre de todos, Edmund Campion (1540-1581), cuya vida escribió Evelyn Waugh. Apellidos todos, bien se echa de ver, muy ingleses y galeses, una prodigiosa constelación de obstinados a lo divino, que resistieron firmes en su fe cuando el poder civil decidió por puro capricho que había que dejar de creer en aquello que era su fe desde niños para empezar a creer en otra cosa, porque así lo mandaban las autoridades.

La solemne ceremonia de canonización empezó a prepararse cuidadosamente en Roma no bien se hubo aceptado y aprobado en la Congregación para las Causas de los Santos la *Positio* del relator. Desde el esbozo de los textos para la homilía pontificia, habitual competencia del postulador, hasta la música, oficio de la Capilla Sixtina, todo pasó por un minucioso proceso de estudio en previsión de la masiva afluencia de peregrinos, muchos de ellos anglicanos. Los católicos ingleses se empeñaron esta vez en enviar para el acto su propio coro, y el P. Molinari hubo de encargarse de convencer al director de la Sixtina para que, por esta vez, cediese su puesto en la función. Asimismo, si en la Edad Media ser santo había sido hacer milagros en abundancia —también los milagros eran *gesta Dei per sanctos*— y si hoy cuesta no poco presentar los dos exigidos, algo sobremanera difícil para canonizaciones numerosas, los cuarenta márti-

res ingleses iban a ser canonizados por dos milagros atribuidos al grupo y debidamente examinados y contrastados en la Congregación. Las connotaciones ecuménicas de la ceremonia, y no en último término, sobre todo por las susceptibilidades del anglicanismo, a cuyo credo pertenecieron en su día los verdugos de estas víctimas, eran evidentes, no se olvide.

San Felipe Howard, vigésimo conde de Arundel, había nacido en la palaciega mansión arundeliana de Londres el 28 de junio de 1557, y murió en la Torre de Londres el 19 de octubre de 1595. Los 38 años que vivió hicieron de él uno de los cuarenta mártires de la Iglesia de Inglaterra y de Gales. Hijo mayor de Tomás Howard, cuarto duque de Norfolk, y de Mary Fitzalan, hija de Henry Fitzalan, décimonoveno conde de Arundel, fue bautizado como católico por el arzobispo de York en la capilla del Palacio Whitehall, presente la familia real, pero educado en el protestantismo. El rey Felipe II de España era uno de sus abuelos. Como a su padre lo mandó decapitar la reina Isabel en 1572 por imputarlo involucrado en el asunto de María, reina de Escocia, Felipe su hijo, a causa de tal sentencia, se vio privado de la sucesión al ducado de Norfolk, aunque heredó de la madre en 1580 los condados de Arundel y Surrey.

Juan Fox y el Dr. Gregorio Martin se encargaron de la educación del niño, pero la influencia protestante fue, insisto, más fuerte y Felipe pasó dos años en la Universidad de Cambridge «con no poco detrimento», dicen algunos biógrafos. De hecho, durante algunos años fue indiferente a la fe. A la temprana edad de 12 ó 14 años contrajo matrimonio con Ana Dacres, hija de lord Dacres de Guilleslant. Muerto su padre de la trágica manera dicha, se convirtió, no obstante, en uno de los favoritos de la reina Isabel. Llevó en la corte una vida disipada y frívola, y sufrió todavía mayores daños con los halagos de la vida palaciega, ya que llegó a olvidarse de su admirable esposa y a descuidar sus dominios.

Años más tarde cayó en la cuenta de que necesitaba reformar sus costumbres y cambiar de vida. En 1581, muy impresionado por una discusión que llegó a oir en la Torre de Londres entre el beato Edmundo Campion, jesuita, fray Ralph Sherwin, sacerdote, y otros, frente a algunos teólogos protestantes fieles

a la reina Isabel, decidió volver al buen camino, que en este caso era el de Arundel, su casa, y le volvió a cobrar cariño a su esposa. El P. Guillermo Weston, jesuita, se encargó de reconciliar a ambos con la Iglesia católica el 30 de noviembre de 1584. El cambio de vida no tardó en filtrarse por los muros de la Corte. Así que, cuando la reina se enteró, puso inmediatamente bajo arresto a su mujer Ana Dacres y a Felipe lo envió prisionero a la Torre de Londres.

Las sospechas habían venido recayendo sobre uno y otro desde tiempo atrás, de modo que éste llegó a quedar algún tiempo bajo vigilancia en su propia casa. Su manifiesto cambio de conducta no hizo sino que se redoblaran las intrigas de sus enemigos. El ambiente se volvía irrespirable, de modo que Felipe determinó huir en 1585 con su familia y hermano Guillermo y muchos católicos a Flandes por el Canal de la Mancha. En larga carta escrita a la reina el 14 de abril de 1585 para explicar su conducta, antes de embarcarse en Sussex, le decía que había llegado al punto «en que se veía obligado a escoger entre la pérdida de los bienes materiales y la pérdida de su alma».

Pero la nave rumbo a Flandes fue al parecer capturada el 25 de abril: el capitán le traicionó y de nuevo fue a parar con los huesos en la Torre de Londres. Al cabo de un año, y puesto que sus enemigos habían sido incapaces de probar los cargos de traición, fue juzgado por otros delitos de menor importancia. Los jueces le sentenciaron a pagar 10.000 libras de multa y a permanecer prisionero hasta que la reina dispusiese otra cosa. En la época de la aventura de la Armada Invencible, fue nuevamente juzgado por los pares del reino, pues se le acusaba de haber cometido el delito de alta traición, favoreciendo a los enemigos de la reina. Aunque las pruebas eran falsas y sin peso alguno (los testigos habían confesado por miedo a la tortura), Felipe fue condenado a muerte en 1589. Sin embargo, la sentencia, se ignora el porqué, no fue ejecutada. El hecho es que nuestro santo permaneció prisionero en la Torre de Londres durante seis años más y allí acabó sus días el 19 de octubre de 1595. No faltan biógrafos afirmando que fue envenenado, pues habría muerto de disentería. Lo que sí se sabe con certeza es que, por haber rehusado asistir a un servicio protestante, se le

denegó el permiso de ver en el lecho de muerte a su esposa y a su hijo, a quien, por cierto, no conocía.

Felipe Howard tenía 38 años al morir y había estado prisionero diez consecutivos. Su paciencia y conducta en la prisión fueron no ya sólo ejemplares sino heroicas. Su conversión había sido muy sincera, y el conde pasaba la mayor parte del tiempo escribiendo y copiando libros devotos. A él se debe, en efecto, la primera traducción inglesa del *Carmen de doctrina,* poema en forma de diálogo que servía de final a la *Institutio.* Compuso en prisión también poemas espirituales, himnos y la traducción completa del místico alemán Johann Landsberger. El poema de Marulic, al que nuestro santo había dado nuevo título *(A dialogue between a Christian and Jesu Christ hanging on the crosse),* sigue el texto latino de Marulic, donde cada dístico es traducido por una cuarteta.

Luciendo al comienzo de la obra, el poema estaba ilustrado por un muy bello grabado en madera que representaba la crucifixión, y al pie de la cruz, María, Juan y Magdalena. Seguramente San Felipe Howard llegó a disponer, en la Torre, del libro de Marulic. Este poema, cuya primera edición anónima data de 1595, impreso en los sótanos del castillo de Arundel, apareció en los años siguientes con el nombre de su autor. Constituye probablemente una de las más bellas traducciones del poema de Marulic. Da testimonio, en efecto, no sólo de la calidad del poeta, sino sobre todo de la profundidad de su piedad y del amor que lo inspira. Una decena de páginas ilustran el destino admirable de esta conversación entre Jesús en la cruz y un cristiano, que no dejó de ser ilustrado y utilizado por los más grandes autores espirituales, como fray Luis de Granada, y hasta por mártires como nuestro San Felipe, lo que provocó un número impresionante de traducciones a idiomas europeos.

Como si el confinamiento solitario no fuese pena suficiente, solía él ayunar, mientras se lo permitió la salud, tres veces por semana y todos los días se levantaba a las cinco de la madrugada para orar. En particular, hacía penitencia por la forma en que había tratado a su fiel esposa. En una carta al Beato Roberto Southwell, le decía: «Nuestro Señor es testigo de que ninguno de mis pecados me hace sufrir tanto como el haber ofendido a

mi esposa». A ésta le escribía: «Aquél que todo lo ve, sabe que lo sucedido es como un clavo en mi corazón y constituye la carga más pesada que llevo en la conciencia; tengo la intención de hacer toda la penitencia que me permitan mis fuerzas». San Felipe murió «del modo más apacible, sin sufrir ni quejarse; simplemente volvió un poco la cabeza, como quien se queda dulcemente dormido». En una declaración que había escrito cuando esperaba la ejecución, decía: «En cuanto sé, la única razón por la que he sido arrestado y por la que estoy pronto a morir es mi fe». En la torre Beauchamp de la Torre de Londres pueden verse todavía dos inscripciones grabadas por el propio santo en junio de 1587 y otra conmemorativa de su muerte en 1595, grabada por un prisionero católico llamado Tucker. Sus reliquias reposan desde 1971 en la capilla Fitzalan, de la catedral de Arundel. La frase por él escrita en latín el 22 de junio de 1587 dice: *Quanto plus afflictiones pro Christo in hoc saeculo, tanto plus gloriae cum Christo in futuro* (cf. Rom 8). El visitante de la Torre de Londres la puede leer en inglés: *The more affliction we endure for Christ in this world, the more glory we shall obtain with Christ in the next.*

Los documentos publicados en el volumen 21 de la *Catholic Record Society,* y la narración publicada en 1857 con el título del manuscrito original, *Lives of Philip Howard, Earl of Arundel, and of Anne Dacres his Wife,* dan más clara idea de su vida y carácter que del de cualquier otro mártir del reinado de Isabel. La biografía del conde y la condesa fue escrita en 1635, cinco años después de la muerte de lady Arundel. El autor fue un jesuita capellán de la condesa, del que ignoramos su nombre.

Beatificado en 1929 por el papa Pío XI, la canonización llegó con el papa Pablo VI en 1970 y es considerado uno de los 40 mártires de Inglaterra y Gales. Padre de familia de la nobleza inglesa, preso que acabó sus días en la terrible Torre dicha, conde de Arundel, seglar y mártir. Etimológicamente su nombre parece derivar del griego, y significaría, según los filólogos, «amante de los caballos». Los Padres de la Iglesia, buenos conocedores de las primeras comunidades cristianas, solían afirmar que donde está la Iglesia, también está el Espíritu de Dios, y donde el Espíritu de Dios, también la Iglesia y toda gracia. No importa mucho, pues, la categoría social de nuestro santo, relacionado

con reyes y reinas; lo que de veras importa es su condición de creyente. Su patrocinio, por eso, comprende de modo especial las víctimas de traición, los matrimonios con problemas, quienes se ven acusados en falso y hasta los esposos que viven separados.

Evento histórico, es cierto, para la Iglesia universal de nuestro tiempo, tan necesitada de mártires, el de tan masiva canonización. En su bellísima homilía Pablo VI empezó por precisar la relación del grupo con las radiantes palabras de Jesús a su Iglesia: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Jn 15,13). Recordó luego las célebres de Tertuliano acerca de la sangre de los mártires, semilla de cristianos: *Semen est sanguis christianorum* (*Apol.,* 50: PL 1,534). Y las del Vaticano II:

> «El martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor» (LG 42).

Ninguna expresión más grande ni signo de amor más sublime que el martirio, ya no sólo porque el mártir permanece fiel hasta la última gota de su sangre, sino ante todo porque tal sacrificio viene completado por el amor más alto y noble que pueda existir, o sea el de Aquel que nos ha creado y redimido, que nos ama como sólo Él sabe amar. Tras calificar a la Gran Bretaña como *isla de santos,* el papa Montini subrayó que una lectura atenta de las actas de su martirio deja evidente que los del grupo canonizado eran

> «los dignos émulos de los más grandes mártires de épocas pasadas, por su gran humildad, valentía, sencillez y serenidad, con las que aceptaron su sentencia y su muerte, más aún, con un gozo espiritual y con una caridad admirable y radiante» (*Ecclesia,* p.2040).

Dieron todos, según revelan sus propios testimonios, sobradas pruebas de lealtad y acatamiento: «No puedo dejar de repetir que muero por Dios y por causa de mi religión, y me considero tan feliz que si acaso pudiese tener otras muchas vidas, estaría dispuesto en sumo grado a sacrificarlas todas por una causa tan noble», había dicho San Felipe Evans. Y nuestro San Felipe Howard: «Me molesta tener solamente una vida que

ofrecer por esta noble causa». Y Santa Margarita Clitherow, con una conmovedora simplicidad y síntesis del sentido de su vida y muerte: «Muero por amor de mi Señor Jesús». Y San Alban Roe: «Bien pequeña cosa es esto si se compara con la muerte extremadamente cruel que Cristo sufrió por mí».

El drama de estos bienaventurados mártires consistió precisamente en que, por un lado, igual que les ocurrió a tantos connacionales suyos que supieron dar la vida en parecidas circunstancias, querían ser y fueron hasta el fondo leales a su patria, por ellos amada de corazón; quisieron ser y fueron de hecho fieles súbditos del poder real que todos —sin excepción— reconocieron hasta el fin como legítimo en cuanto perteneciente al orden civil y político; pero de otro lado, su honesta y sincera lealtad hacia las autoridades civiles vino, sin ellos quererlo, a darse de bruces con la fidelidad a Dios. Ante la prueba, no vacilaron en ir a la muerte antes que renegar de su fe; se abrazaron a Dios y gozosamente afrontaron el martirio. Pero tan grande era su espíritu, tan nobles sus sentimientos, tan cristiana la inspiración de su existir, que muchos murieron rezando por su amada patria, sus reyes e incluso los directos responsables de su captura, tormentos y muerte atroz. Las últimas palabras y oración de San John Plessington, verbigracia, son reveladoras en este sentido: «Dios bendiga al Rey y a su familia y se digne conceder a su majestad un reinado próspero en esta vida y una corona de gloria en la otra. Dios conceda la paz a sus súbditos permitiéndoles vivir y morir en la verdadera fe, en la esperanza y en la caridad». Y las palabras San Alban Roe, antes de ser ahorcado, recuerdan las de Cristo en la Cruz (cf. Lc 23,34): «Perdona, Dios mío, mis innumerables ofensas, al igual que yo perdono a mis perseguidores».

Impresionan las actas de estos mártires por tanta riqueza de datos trascendiendo los siglos y, por eso mismo, tan actuales ellas. Aceptaron su fe, suprema norma de vida, con gran presencia de ánimo y profunda alegría de espíritu, claro ejemplo del cristiano que vive de veras su consagración bautismal, haciendo de la religión la esencia misma de su ser y obrar, de suerte que la caridad divina se convierta en la fuerza inspiradora y fáctica de una existencia, toda orientada hacia la unión de amor

con Dios y los hombres todos de buena voluntad. La Iglesia y el mundo de hoy tienen suma necesidad de hombres y mujeres así, de toda condición y estado de vida, sacerdotes, religiosos y laicos, porque sólo personas de tal santidad serán capaces de cambiar una sociedad atormentada como la nuestra, volviendo a darle, junto a la paz, aquella orientación espiritual y verdaderamente cristiana que todos los hombres anhelan y necesitan.

De ahí el auspicio papal porque también hoy florezcan y se desarrollen centros de estudio, de formación y de plegaria, aptos, en las condiciones actuales, para la preparación de sacerdotes santos y misioneros, como fueron, en aquellos tiempos, los Venerables Colegios de Roma y Valladolid y los gloriosos Seminarios de Omer y Douai, de cuyas aulas salieron justamente muchos de los cuarenta mártires canonizados, de modo que según decía uno de ellos, San Edmundo Campion: «Esta Iglesia no se debilitará mientras haya sacerdotes y pastores que puedan atender a su rebaño» (*Ecclesia,* p.2041). Buen antídoto, pues, el de estos mártires para los tiempos modernos, de indiferentismo religioso y materialismo teórico y práctico cada vez más avasallador. Ojalá su ejemplo e intercesión nos conforten en la fe y consoliden nuestro auténtico amor por Dios, por su Iglesia y por los hombres todos.

Pablo VI, gran ecumenista él, no podía desaprovechar la circunstancia de tener delante a la representación oficial del arzobispo de Canterbury, el reverendo Dr. Harry Smithe, con numerosos miembros de la Iglesia anglicana llegados para la ceremonia. Así que, tras saludar a todos respetuosamente al principio de la homilía, tuvo la deferencia de concluirla con este largo texto en inglés:

> «Pueda la sangre de estos mártires ser capaz de curar la gran herida infligida a la Iglesia de Dios a causa de la separación de la Iglesia anglicana de la Iglesia católica. ¿No es una —nos dicen estos mártires— la Iglesia fundada por Cristo? ¿No es éste su testimonio? Su devoción hacia su país nos da la seguridad de que un día, cuando —con la ayuda de Dios— la unidad de la fe y de la vida cristiana sea restaurada, ya no será inferida ninguna ofensa al honor y a la soberanía de un gran país como Inglaterra. No se perderá el prestigio legítimo y el digno patrimonio de piedad y costumbres propios de la Iglesia anglicana cuando la Iglesia católica romana —este humilde "siervo de los siervos de Dios"— esté en

condiciones de abrazar a esta su siempre amada hermana en una auténtica comunión de la familia de Cristo: una comunión de origen y de fe, una comunión de sacerdocio y de gobierno, una comunión de los santos en la libertad y amor del Espíritu de Jesús. Posiblemente deberemos continuar esperando y esperando en oración, a fin de merecer este día bendito. Pero ahora nos sentimos ya fortalecidos en esta esperanza por la celestial amistad de los cuarenta mártires de Inglaterra y Gales que han sido canonizados hoy» (*Ecclesia,* p.2041).

A los conceptos antes señalados del posible patrocinio de nuestro Santo Felipe Howard, pues, bien puede añadírseles el del movimiento ecuménico, gracia de Dios para su Iglesia en esta hora de *Millennio ineunte.*

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

«Arundel [*Philip Howard,* 1st earl of Surrey]»: *Encyclopædia Britannica* (2-9-2004).

BAIER, R., «Howard, Philipp», en *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon (BBK)* 21 (2003) cols.681-687 (abundante bibliografía).

CARAMAN, Ph., SI, *St. Philip Howard* (Londres 1985).

HOWARD, H. G. F., (ed.), *The lives of Philip Howard and Annes Dacres his wife* (Londres 1857; ²1868).

HUME, B., OSB, «Homily of cardinal Basil Hume on the 25th anniversary of the canonisation of the 40 Martyrs of England and Wales and the 400th anniversary of St Philip Howard's martyrdom. Arundel Cathedral, 25 october 1995», en http://www.dabnet.org/hume__1.htm.

KERR, C., *The life of the Venerable Philip Howard, Earl of Arundel and Surrey* (Green 1926).

Martyrologium romanum, o.c., 549, n.14; 750.

NEWDIGATE, P., Art. en *The Month* (1931) marzo, p.247.

PABLO VI, «In solemne canonizatione Beatorum Quadraginta Martyrum Angliae et Cambriae, die XXV mensis octobris a. MCMLXX, in Basilica Vaticana peracta»: *AAS* 62 (1970) 745-753.

PABLO VI, «El mundo actual necesita el testimonio heroico de los santos. Pueda la sangre de estos mártires acelerar la unión de la Iglesia anglicana con la Iglesia de Roma. Homilía durante la canonización de los 40 mártires ingleses»: *Ecclesia* (1970) n.1.516, p.2039-2041.

POLLEN, J. H., SI - MACMAHON, W., SI (ed.), «The Venerable Philip Howard, Earl of Arundel»: *Catholic Record Society* 21 (1919) número monográfico.

WALSH, J., SI, *Forty Martyrs of England and Wales* (Londres 1997).

WAUGH, M., *Blessed Philip Howard, Courtier and Marty* (Londres 1961).

BEATA INÉS DE JESÚS GALAND

Virgen († 1634)

Nace el 17 de noviembre de 1602 en el seno de una familia modesta y de buenas costumbres, en Puy (Francia), una ciudad que gozaba en el siglo XVII de un gran fervor mariano, simbolizado en la famosa imagen negra de la Virgen María venerada en el santuario de la Anunciación. Punto de partida para los peregrinos que se dirigen a Santiago de Compostela. Una imagen que, según una piadosa tradición, había traído San Luis, rey de Francia, el año 1254 de Palestina.

Su padre, modesto artesano, pertenecía a la Congregación de la Santa Virgen, y a los cinco años la encomienda a un maestro de dicha asociación, para que la educara. A los ocho años recibe la primera comunión. Sus cualidades naturales se fueron afianzando con el honrado ejemplo de sus padres, de reconocida vida piadosa, creciendo en un ambiente de sano afecto, donde destaca su fuerte personalidad. Anima a sus compañeras de juegos a practicar la caridad en favor de los pobres, y a visitar frecuentemente el santuario de Nuestra Señora de Puy, a quien se había consagrado desde niña. Durante su juventud son muchas las mujeres que a la hora del parto solicitan su asistencia, de modo discreto y eficaz. Desean contar con su oración para obtener un feliz nacimiento de su hijo. En la pureza de su corazón aquellas madres encuentran la garantía de su anhelada maternidad, y ella comparte una generosa compasión, fruto del amor a los hombres, con las parturientas.

Desea consagrarse a Dios, debiendo superar y vencer las numerosas dificultades que se le presentaron, que supo unir a la gloriosa pasión del Señor. Su familia vivía muy cerca del convento dominicano de Puy, fundado en 1221 por el Beato Bertrand de Garrigues, y allí nace su vocación en la orden dominicana. El año 1621 se inscribe en la tercera orden de penitencia de Santo Domingo de Guzmán y el 4 de octubre de 1623, a los veintidós años, es admitida en el convento de Santa Catalina de Siena de Langenc, siendo una de las fundadoras. A pesar de su humilde reticencia, al año siguiente las monjas la admiten como religiosa de coro, emitiendo la profesión el 2 de febrero de 1625. Su admirable ejemplo de virtud permite que se le nombre

muy pronto como maestra de novicias (1625), y dos años después (1627) es elegida priora, por decisión unánime de toda la comunidad. Esta unanimidad no la exime de tener que adoptar decisiones en momentos difíciles, que culminan con su deposición como priora, sacrificándose en bien de la comunidad, porque supo superar con los ojos de la fe las miserias humanas.

Durante ocho años lleva a la cintura una pequeña cadena de hierro para demostrar su entrega a María. Quiere depender de ella, dejándose guiar por su materna presencia y obedecerla por amor, como madre amorosa de la fe y del puro amor. Durante los seis años en que el padre Panassilère, religioso dominico, fue su confesor, se afianza en el recogimiento y en la oración, perfeccionándose, más y más, mientras aumentaba el deseo de la formación de los futuros sacerdotes. Dios la favorece con la presencia habitual y manifiesta de su ángel custodio que le ayuda a unirse a su único amor, Cristo, su esposo, su fiel amigo, a quien contempla a diario en el misterio de su agonía en el huerto de Getsemaní. El Señor la regala con largos éxtasis en donde se manifiesta su dolorosa pasión por los pecados de los hombres, a quienes redime y salva en la cruz.

Mantiene, además, una extraordinaria familiaridad con el mundo divino, recibiendo, entre otras gracias, los estigmas de la pasión, invisibles para los fieles, y la curación corporal y espiritual. Responde sin reserva a la llamada del amor misericordioso, y coopera en la salvación de las almas según la voluntad de Dios. Llena de gozo, se olvida de sí misma, liberándose del egoísmo porque «la santidad a la cual se nos llama no es cuestión ni de edad ni de carácter, sino de generosidad y de amor». Rezar es importante y de ese modo convierte lo humilde y cotidiano en un canto al amor de Dios: «La oración es el alma de todo apostolado». Y así nos ayuda a encontrar el camino a seguir, alcanzando la santidad con la entrega total y definitiva a Cristo. El secreto de la fecundidad espiritual reside en una meditación constante de la Palabra de Dios, y en una contemplación amorosa de Cristo crucificado y glorificado. De aquí procede el influjo que tuvo en la Iglesia y la decisiva y profunda influencia espiritual que produjo en el abate Oliver, que funda en diciembre del año 1641 el seminario de San Sulpicio —el

primero de tantos—, siguiendo sus indicaciones. Consciente de deberle su conversión, el mencionado sacerdote guardó siempre una agradecida veneración a su persona.

La relación espiritual entre ambos, que se produjo entre los meses de junio y septiembre del año 1634, le marcó de tal modo, que el padre Oliver la llamaba su «madre espiritual». Fue ella quien le animó a profundizar en la persona humana de Jesús, a trabajar en la reforma eclesiástica que se le encargaba y acrecentar su amor a la cruz de Jesús y a María Santísima. Muy unida al misterio de Cristo sufriente, le animaba a tomar su parte: «He pedido a nuestro buen Dios la cruz desnuda [...] pero me parece que me ha dado solo una pequeña parte y muy ligera, viendo el poco amor y la poca constancia que tengo», guiando al joven y brillante sacerdote por el mismo camino, cumpliendo eficazmente el encargo que en 1631 le manifestó la Virgen María: «Reza por mi hijo, el abate de Pébrac», a quien no conocía, y por quien ofrece durante tres años oraciones y sacrificios. Misteriosamente la M. Inés se le aparece al mencionado presbítero, durante un retiro que dirige en París San Vicente de Paúl. La madre Inés, con el rostro bañado en lágrimas, le presentaba la cruz y el rosario, y en su primer encuentro, la religiosa dominica le reveló los secretos de la unión con Dios que ella vivía intensamente, encargándole de abrir los primeros seminarios para la formación de los futuros sacerdotes en el reino de Francia. Su corazón se abrasaba en amor a la Iglesia, la esposa de Cristo, y en ser testigo de la misericordia divina a los hombres. Pedía «cruces auténticas y verdaderas, porque se requiere mucho amor para ser favorecida con la cruz, porque Dios ama siempre».

El padre Juan Olier funda la Sociedad de San Sulpicio después de haberse convertido en el célebre santuario de Loreto (Ancona), y promueve la deseada reforma del clero mediante la organización de los seminarios en la Compañía de Sacerdotes de San Sulpicio.

La dichosa muerte de la madre Inés tiene lugar el 19 de octubre de 1634, al poco tiempo de haber sido reelegida priora de nuevo. A pesar de su corta vida, el renombre de su santidad se propagó por Francia entera, debido, sobre todo, a sus grandes

éxtasis. A finales del siglo XVIII se la consideraba la madre espiritual de los seminarios franceses. El año 1652 el superior sulpiciano del seminario de Puy emprende la redacción de una vida de esta admirable mística, reuniendo informaciones de su confesor y director espiritual, una biografía que fue reeditada muchas veces, traduciéndose a varios idiomas aún en 1889. Su fama de santidad promovió el inicio del proceso para su beatificación por voluntad de Luis XIV de Francia el año 1697.

A nivel popular era venerada desde muy antiguo, como demuestra que en 1676 la diócesis de Saint-Flour recogiera el testimonio de numerosas gracias obtenidas por su intercesión: Luis XV y la Asamblea Nacional del Clero piden en 1725 al papa Benedicto XIII el adelanto de la causa de beatificación, aunque por distintos motivos tuvo que interrumpirse en diferentes ocasiones. El 19 de marzo de 1808, Pío VIII proclama la heroicidad de sus virtudes y, finalmente, el papa Juan Pablo II la beatifica el 20 de noviembre de 1994:

> «La madre Inés, monja de Langeac, sintió muy pronto la sed de Dios en su familia. Cristo, que nos ama, la condujo por los caminos de la perfección, haciéndola sentir desde su infancia el poder de su amor redentor, la fuerza de su perdón y la luz que le destinaba [...] supo entrar sin la menor reticencia en el proyecto que Dios tenía para ella, y ofrecer su inteligencia, su voluntad y su libertad al Hijo del hombre: "Todo lo que te complazca", y Cristo llegó a ser verdaderamente el rey de su existencia [...] Fue un alma apasionada de Dios».

El milagro para la beatificación

La señora Aline J. a punto de parir su tercer hijo el 19 de abril de 1951 presenta unas complicaciones tan graves que el médico diagnostica que para salvar su vida, deberá sacrificar el feto debido a la difícil situación en que se encuentra en el vientre de la madre. Una cesárea, único remedio, sólo puede efectuarse a unos 100 kilómetros de distancia. El médico aconseja a la paciente encomendarse a la madre Inés, a quien se reza insistentemente. El día 21 de abril, a la primera hora del día nace normalmente una hermosa niña, completamente normal, con la natural alegría de sus padres. Este portentoso suceso fue objeto

de una investigación diocesana (1987) y, por unanimidad de votos, la consulta médica reconoció que este parto puede reconocerse como sobrenatural. El papa Juan Pablo II aprobó estas conclusiones y ordenó la promulgación del decreto (1992).

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

BAUDRILLAT, A. - AUBERT, R. (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique*, XXII (París 1988) cols.980-981.
L'Osservatore Romano (18 y 25-11-1994).
RESCH, A. (ed.), *Miracoli dei beati.* II: *1991-1995* (Ciudad del Vaticano 2002) 333-338.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS PTOLOMEO, LUCIO Y COMPAÑEROS

Mártires († 160)

El martirio de estos santos lo narra San Justino mártir en su segunda *Apología,* dirigida a Marco Aurelio. Según ella Ptolomeo era un cristiano que atrajo a la fe a una mujer que llevaba dentro del matrimonio, y acompañada en ello por su marido, una vida disoluta. La mujer, conversa al cristianismo y apartada ya de toda lascivia, quiso atraer a su marido a una conducta limpia pero éste se negó. Entonces ella pensó en pedir el divorcio pero le aconsejaron que tuviera paciencia y la tuvo. Marchó su marido a Alejandría y supo ella que allí llevaba una vida aún más licenciosa, y entonces se divorció de él. El marido, despechado, la acusa ante los tribunales de ser cristiana. Y ella dirige un memorial al emperador rogando que antes de ser encausada se le permita disponer de sus bienes. El emperador accedió y ella dispuso de sus bienes, perdiendo el marido la esperanza de poder acceder a ellos. Entonces, en nuevo despecho, acusó a Ptolomeo. Se presenta un centurión a arrestarlo y tiene para él la sola pregunta de si es cristiano. Contesta Ptolomeo que sí y entonces es arrestado, cargado de cadenas, atormentado y encarcelado. Presentado ante el tribunal de Urbico, el prefecto de la Urbe, éste igualmente se limitó a preguntarle si era cristiano, y al recibir respuesta positiva, sin ulterior averiguación lo condenó a

muerte. Y entonces un tal Lucio, que estaba presente, increpó al prefecto diciéndole que era inicuo condenar a muerte a una persona a la que no se le había probado ningún crimen sino que simplemente había confesado su cristianismo. Y le dijo que semejante sentencia era indigna del emperador y del senado. Urbico le preguntó entonces a Lucio si él también era cristiano, a lo que respondió afirmativamente, y esto sirvió para que el prefecto le condenara igualmente a muerte, de lo que Lucio le dio las gracias pues así iría al Padre y rey de los cielos. Y añade San Justino que otro tercero que sobrevino, y del que no da el nombre, también fue condenado a muerte. Este martirio debió ser hacia el año 160, antes de la segunda apología de San Justino.

SAN GRATO

Obispo († s. VI)

Grato fue obispo de Oléron u Oloron, en los bajos Pirineos, a comienzos del siglo VI. Esta sede episcopal duró hasta la Revolución francesa. Se ha conservado la memoria de este obispo como santo, bien que se sepan pocas noticias de su vida, salvo que asistió al concilio de Agde en el 506. Su ciudad estaba entonces bajo el dominio del rey arriano Alarico que, sin embargo, permitió la celebración de este concilio de obispos católicos. La tumba de este santo obispo se conservó en la catedral de la ciudad hasta que en 1542 se impuso en la sede un obispo protestante y las reliquias del santo fueron puestas a salvo llevándolas a Jaca. Pero en 1620 fueron devueltas a Oléron, cuando las iglesias de la zona fueron devueltas al catolicismo por orden de Luis XIII. Sigue siendo venerado en dicha ciudad.

SANTA FRIDESWIDA

Virgen († ca.735)

Es la patrona de la ciudad y universidad de Oxford. Se sabe poco en realidad de esta santa aparte su condición de religiosa, no siendo anteriores al siglo XII las narraciones de su vida. El

Martirologio romano acepta que fuera de estirpe real y que fundara un doble monasterio en Oxford, uno de monjas y otro de monjes y ella rigiera ambos como abadesa. En el sitio en que estuvo su monasterio surgió más tarde la Christ Church, luego de haber sido desde el siglo XII un priorato agustino. En tiempos de Enrique VIII la iglesia se convirtió en catedral de Oxford. La tumba de la santa se conserva pero las reliquias fueron sacadas a raíz de la Reforma.

BEATO TOMÁS HELYAS

Presbítero († 1257)

Nace en Biville (Francia) hacia el año 1200. Siendo aún seglar, ejerció como maestro de escuela. Era una persona piadosa y honesta. Hizo un viaje a Roma en peregrinación y maduró que su vocación era el sacerdocio. Marchó a París para hacer los estudios de teología, y se ordenó sacerdote en 1236. No está probado, pese a que se haya dicho repetidamente, que fuera capellán del rey San Luis. Sí consta en cambio que, dedicado a las misiones populares, predicó con mucho fruto y durante años por las diócesis de Avranches y Coutances, acreditando su predicación con el ejemplo de su vida austera y virtuosa. Murió en Coutances el 19 de octubre de 1257, y a poco se empezó su causa de canonización, que no prosperó. Pero como el pueblo lo veneraba como santo, el papa Pío IX confirmó su culto el 14 de julio de 1859.

SANTOS LUCAS ALONSO GORDA Y MATEO KOHIOYE

Mártires († 1633)

El 19 de octubre de 1633 fueron martirizados en Nagasaki dos religiosos dominicos, uno de ellos sacerdote y el otro novicio, el primero español, el segundo japonés. Habían sido prendidos el 8 de septiembre de aquel año. Cuando se vio descubierto, el sacerdote, padre Lucas del Espíritu Santo, tomó su hábito dominico y dio gracias a Dios con el Tedeum. El 14 de septiembre fueron sometidos al tormento del agua ingurgitada

para que declarasen el paradero de los otros misioneros. Al novicio, Mateo Kohioye del Rosario, le ofrecieron además dinero y bienestar si apostataba y decía el sitio de los demás religiosos. Ambos mártires sobrellevaron el tormento con gran fortaleza. Con maderos enganchados a los pies y amarrados por el cuello fueron llevados a Nagasaki, y el Padre aprovechó el camino para hablarles de Cristo a todos los que presenciaban su paso. El 16 de octubre llegaban a la cárcel. Desde allí el P. Lucas escribe una carta a los frailes de Manila despidiéndose de ellos. El día 18 fueron sometidos al tormento de horca y hoya, en el que perecieron.

LUCAS ALONSO GORDA había nacido en Carracedo de Vidriales (Zamora) el 18 de octubre de 1594. Tomó el hábito dominico en el convento de Benavente con 16 años y se puso el nombre de Lucas del Espíritu Santo. Se ofreció para las misiones de Oriente y en 1617 partió para México donde, a comienzos de diciembre, se ordenó de sacerdote. Llegado a Filipinas, primero trabajó apostólicamente en Luzón, luego fue destinado a Manila como lector de Artes. En 1623 se le invita a ser miembro de una peligrosa expedición misionera a Japón, a lo que él asiente aun sabiendo el riesgo tan grande que corría. Pudo quedarse en Japón clandestinamente. Se dedicó primero a aprender el idioma y luego comenzó su trabajo apostólico, escondido de día y activo de noche. Cuando no quedaron otros misioneros más que los PP. Erquicia y Alonso, ambos decidieron separarse y que el primero trabajase por el norte y el P. Lucas por el sur. En 1628 intercambiaron los sitios de trabajo. En 1632, aprovechando que ya había nuevos misioneros, decidió hacer un largo recorrido por las islas de Honshu, teniendo como auxiliar a Mateo Kohioye. Como queda dicho el 8 de septiembre de 1633 era arrestado.

MATEO KOHIOYE DEL ROSARIO había nacido en Arima el año 1615. Vive con fervor su fe religiosa y siente la inclinación a hacerse dominico. Es aceptado en la Orden como novicio y es destinado acomo auxiliar del P. Lucas del Espíritu Santo, con el que compartió el martirio con sólo 18 años.

Fueron beatificados en el grupo de 16 mártires de Japón, el 18 de febrero de 1981 por el papa Juan Pablo II en Manila; ca-

nonizados por el mismo Papa el 18 de octubre de 1987. La memoria litúrgica de todo el grupo se celebra el 28 de septiembre.

20 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Cornelio, centurión, al que bautizó el apóstol San Pedro **.
2. En Agen (Aquitania), San Caprasio († 303), mártir.
3. En Aussonce, junto a Reims, San Sindulfo († 660), ermitaño.
4. En Salzburgo, San Vital († 730), obispo *.
5. En Constantinopla, San Andrés Calibita († 767), monje, martirizado en defensa de las sagradas imágenes *.
6. En Samblières, junto a Troyes, San Aderaldo ó Alderaldo († 1004), *arcediano de Troyes*.
7. En Savigny (Normandía), Santa Adelina († 1125), primera abadesa de Mortain.
8. En Lvov (Rutenia), Beato Santiago de Strepa o Rukem de Waldonna († 1411), obispo de Halitz, de la Orden de Menores *.
9. En Treviso (Italia), Santa María Bertila (Ana Francisca) Boscardin († 1922), virgen, de la Congregación de Hermanas de Santa Dorotea de los Sagrados Corazones **.
10. En Viena (Austria), Beato Santiago Kern († 1924), presbítero, religioso premonstratense **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CORNELIO

Centurión

Se ha dicho que para escribir la biografía de un santo hay que participar de su mismo espíritu en cordial sintonía. No todos los santos han tenido la fortuna de Cornelio, cuya semblanza está diseñada nada menos que por el evangelista San Lucas, el primer historiador de la Iglesia, en los Hechos de los Apóstoles.

Cornelio entra en escena cuando la narración de San Lucas describe la actividad misionera de San Pedro. La primera comunidad cristiana de Jerusalén, formada a raíz de la venida del

Espíritu Santo en Pentecostés, va tomando conciencia de que tiene que abrirse a la universalidad del mundo sin fronteras.

Juan Bautista lo había predicado: «Y todos verán la salvación de Dios» (Lc 3,6,) como un eco de Isaías 40,35. Es el mandato y misión dada por Jesús: «Id, pues, y haced discípulos de todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mt 28,19-20).

Y el libro de los Hechos se cierra con estas concretas palabras de San Pablo recogidas por el historiador: «Sabed, pues, que esta salvación de Dios ha sido enviada a los gentiles; ellos sí que la oirán» (Hch 28,28).

Estas últimas palabras de Pablo solemnemente atestiguan que ya se ha hecho realidad después de sus viajes misioneros. No fue nada fácil la empresa a causa de los prejuicios del ambiente en el que nació la Iglesia. Para algunos era necesario hacerse judíos antes de hacerse cristianos.

La figura del centurión, Cornelio, el primer pagano que recibe el bautismo después de la catequesis de San Pedro, adquiere un singular relieve y significación. Por eso es precedido en San Lucas por toda una cadena de centuriones a los que alude en el evangelio.

El primero es el de Cafarnaún, el oficial del ejército romano que acude a Jesús pidiéndole la curación de su siervo y demuestra una confianza tan grande en el poder curativo del Señor, seguro de la autoridad de su palabra, que suscitó la admiración del Señor:

> «Una vez concluidas todas estas palabras al pueblo, entró en Cafanaún. Se encontraba enfermo y a punto de morir, un siervo de un centurión muy querido de éste. Habiendo oído hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos para rogarle que viniera y salvara a su siervo. Éstos, llegando ante Jesús, le suplicaban insistentemente, diciendo: "Merece que se lo concedas, porque ama a nuestro pueblo y él mismo nos ha edificado la sinagoga".
>
> Iba Jesús con ellos y estando ya no lejos de la casa, envió el centurión a unos amigos a decirle: "Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo, por eso ni siquiera me consideré digno de salir a tu encuentro. Mándalo de palabra y quede sano mi criado. Porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: 'Vete, y va'; y a otro: 'Ven y viene', y a mi siervo: 'Haz esto, y lo hace'".

> Al oír eso, Jesús quedó admirado de él, y volviéndose dijo a la muchedumbre que le seguía: "Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande". Cuando los enviados volvieron a la casa hallaron al siervo sano» (Lc 7,1-10).

El mismo San Lucas nos presenta en el Calvario, junto a la Cruz, el testimonio del centurión romano que «al ver lo sucedido, glorificaba a Dios diciendo: "Ciertamente este hombre era justo"» (Lc 23,47).

Con estas anticipaciones de personajes paganos en cadena, prepara poco a poco el acontecimiento decisivo y señero del centurión Cornelio, último eslabón de la serie narrativa de los centuriones paganos que acogen favorablemente el evangelio tal como lo había anunciado Jesús. La realidad histórica vivida y comprobada por San Lucas es la decidida apertura del evangelio y de la Iglesia en la persona de Pedro al mudo pagano en contraste con la resistencia y la cerrazón de Israel.

La conversión de Cornelio es el punto culminante de los Hechos. Su significado en la historia de la Iglesia lo subraya San Lucas, que no lo ve como un hecho aislado sino de dimensión universal como lo confirmará después el concilio de Jerusalén (cf. Hch 15,7.14).

La semblanza de Cornelio la diseña San Lucas con trazos elogiosos de sus virtudes:

«Había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, centurión de la cohorte Itálica, piadoso y temeroso de Dios como toda su familia; daba muchas limosnas al pueblo y continuamente oraba a Dios. Vio claramente en visión, hacia la hora nona del día, que el ángel de Dios entraba en su casa y le decía: "Cornelio". Él le miró fijamente y lleno de espanto dijo: "¿Qué pasa, señor?" Le respondió: "Tus oraciones y tus limosnas han subido como memorial a la presencia de Dios. Ahora envía hombres a Jope y haz venir a un tal Simón, a quien llaman Pedro. Éste se hospeda en casa de un tal Simón, curtidor, que tiene la casa junto al mar". Apenas se fue el ángel que le hablaba, llamó a dos criados y a un soldado piadoso de entre sus asistentes, les contó todo y los envió a Jope» (Hch 10,1-8).

Las correrías apostólicas de Pedro, que visitaba las comunidades, su predicación y sus milagros, la curación del paralítico

Eneas en Lida y la resurrección de Tabita en Jope, habían llegado sin duda a los oídos del centurión.

Cesarea había sido edificada por Herodes el Grande en honor de Augusto. Situada a unos cien km de Jerusalén en la costa del Mediterráneo, era entonces la sede oficial del procurador romano. Pero no se ha de confundir con la otra Cesarea, llamada «de Filipo», que está en las faldas del monte Hermón y fue el lugar donde Jesús entregó a Pedro el primado en su Iglesia.

La cohorte llamada «Itálica» a la que pertenecía Cornelio, estaba formada por unos seiscientos voluntarios de origen itálico, lo que le daba el nombre. No hay ninguna razón positiva para identificar a Cornelio, como algunos sugieren, con el centurión del Calvario, aunque está en el terreno de lo posible, pero sería extraño que Lucas no lo señalara aquí.

Los rasgos lo definen como simpatizante con el judaísmo, pues, aunque no prosélito ni circuncidado, oraba, según la costumbre judía, a la hora del sacrificio vespertino.

> «Al día siguiente, mientras ellos iban de camino y se acercaban a la ciudad, subió Pedro a la terraza, sobe la hora sexta, para hacer oración. Sintió hambre y quiso comer. Mientras se lo preparaban le sobrevino un éxtasis, y vio el cielo abierto y que bajaba hacia la tierra una cosa así como un gran lienzo, atado por las cuatro puntas. Dentro de él había toda suerte de cuadrúpedos, reptiles de la tierra y aves del cielo. Y una voz le dijo: "Levántate, Pedro, sacrifica y come". Pedro replicó: "De ninguna manera, Señor; porque jamás he comido nada profano e impuro". La voz le dijo por segunda vez: "Lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano". Esto se repitió tres veces, e inmediatamente la cosa aquella fue elevada hacia el cielo.
>
> Mientras estaba Pedro perplejo pensando qué podría significar la visión que había visto, de pronto los hombres enviados por Cornelio, después de preguntar por la casa de Simón, se presentaron en la puerta, llamaron y preguntaron si se hospedaba allí Simón, llamado Pedro. Estando Pedro pensando en la visión le dijo el Espíritu: "Ahí tienes unos hombres que te buscan. Baja, pues, al momento y vete con ellos sin vacilar, pues yo los he enviado". Pedro bajó hacia ellos y les dijo: "Yo soy el que buscáis; ¿por qué motivo habéis venido?" Ellos respondieron: "El centurión Cornelio, hombre justo y temeroso de Dios, reconocido como tal por toda la nación judía, ha recibido de un ángel santo el aviso de hacerte venir a su casa y de escuchar lo que tú digas". Entonces les invitó a entrar y les dio hospedaje» (Hch 10,9-23).

Unos cincuenta km de distancia hay de Cesarea a Jope, donde Pedro residía. Salieron los mensajeros por la tarde y llegaron al día siguiente hacia la hora de sexta, es decir, hacia mediodía. A esa misma hora Pedro, en casa de Simón, el curtidor, mientras oraba según la costumbre de los judíos, cayó en éxtasis y tuvo una extraña visión, algo relacionada con el hambre que entonces sentía: el lienzo o mantel con multitud de animales en mezcolanza completa de puros e impuros, según la distinción de la ley mosaica. A la voz que le ordenaba levantarse, matar y comer respondió Pedro como Ezequiel en parecida circunstancia (cf. Ez 4,14) tajantemente: «De ninguna manera».

Meditaba Pedro, pensativo y dudoso sobre el sentido de la visión y la voz repetida por tres veces. No era nada fácil comprender que el Señor le ordenara violar una ley por la que se prohibían alimentos impuros (cf. Lv 2,1-47). Por su observancia habían sufrido el martirio Eleazar y los siete hermanos Macabeos (Mc 6,18-7,42).

Estaba siendo la cuestión de los alimentos el caballo de batalla y el nudo gordiano de las diferencias y dificultades que parecían insalvables exigiendo ser primero judíos para poder hacerse cristianos. La respuesta estaba llamando a la puerta. El Espíritu Santo, cuando estaban los enviados de Cornelio llegando a la casa de Simón, el curtidor, sacó a Pedro de sus pensamientos y le dio la interpretación abierta dirigiendo visiblemente toda la escena hasta el punto de que Pedro, ante las críticas que recibe por su proceder no da otra respuesta sino la exclamación: «¿Quién era yo para poner obstáculos a Dios?» (Hch 11,17).

> «Al día siguiente se levantó y se fue con ellos, le acompañaron algunos hermanos de Jope. Al siguiente día entró en Cesarea. Cornelio los estaba esperando. Había reunido a sus parientes y a los amigos íntimos. Cuando Pedro entraba, salió Cornelio a su encuentro y cayó postrado a sus pies. Pedro le levantó diciendo: "Levántate que también yo soy un hombre". Y conversando con él entró y encontró a muchos reunidos y le dijo: "Vosotros sabéis que le está prohibido a un judío juntarse con un extranjero o entrar en su casa; pero a mí me ha mostrado Dios que no hay que llamar profano o impuro a ningún hombre. Por eso, al ser llamado he venido sin protestar. Os pregundo, pues, por qué motivo me habéis enviado a llamar". Cornelio respondió: "Hace cuatro días, a esta misma

> hora, estaba yo haciendo la oración de nona en mi casa y de pronto se presentó delante de mí un varón con un vestido resplandeciente y me dijo: 'Cornelio, tu oración ha sido oída y se han recordado tus limosnas ante Dios, envía, pues, alguien a Jope y haz venir a Simón, llamado Pedro, que se hospeda en casa de Simón, el curtidor, junto al mar'". Al instante mandé algunos a tu casa, y tú has hecho bien en venir. Ahora, pues, todos nosotros, en la presencia de Dios, estamos dispuestos para escuchar todo lo que te ha sido ordenado por el Señor» (Hch 10,23-33).

Aunque incompletos, según el cómputo judío, eran cuatro los días desde la visión de Cornelio. Pedro quiso llevar consigo algunos hermanos para que fuesen testigos de vista en todo momento ante la comunidad cristiana de Jerusalén en un paso tan trascendental. Eran seis concretamente (cf. Hch 11,12).

Por su parte Cornelio le recibió como al enviado de Dios con su familia y sus amigos a quienes había invitado. La reverencia tradicional (cf. Gén 33,3) no tenía peligro de idolatría, como les pasó a Pablo y a Bernabé en Licaonia, donde quisieron ofrecerle sacrificios como a dioses (cf. Hch 14,18).

Quedan, eso sí, abolidas las distancias puestas por los hombres y sus instituciones. Pedro, por encima de sus repugnancias y costumbres, entra en la casa de un pagano y se hospeda allí porque Dios se lo ha ordenado. Ya no hay animales impuros por ley y menos hombres manchados por leyes discriminatorias. Está claro que la visión del mantel y de los alimentos era un símbolo que el Espíritu Santo iba clarificando con los acontecimientos.

Quedaban abolidas las prescripciones legales propias del judaísmo para que no fueran obstáculos a la difusión del evangelio entre los paganos.

Es muy interesante observar el procedimiento que adopta San Lucas en la cuádruple repetición narrativa de la visión que tuvo Cornelio. En visión sinóptica se aprecian matices que la van enriqueciendo gradual y pedagógicamente cada vez: poniéndola en boca del mismo Lucas narrador (cf. 10,1-8); después, en boca de los mensajeros de Cornelio (10,22). Más tarde, la cuenta el mismo protagonista (10,30-33); Y, por fin, en labios de Pedro (11,11-14).

Poco a poco se va precisando lo que espera Cornelio de Pedro: primero, se ignora por qué debe enviar a buscar a Pedro;

después se añade que se trata de escuchar sus palabras; luego se precisa qué es lo que a Pedro ha sido encargado por el Señor, y por fin se dice que Pedro revelará las palabras que traen la salvación a él y a su familia. Paulatinamente pasa Cornelio a segundo plano y se acentúa el papel de San Pedro y el significado del acontecimiento trascendental para la Iglesia.

Frente a un acontecimiento inaudito y sorprendente, los verdaderos actores de la historia sólo pueden ver e interpretar el significado cuando Pedro, dando cuenta a la Iglesia, adquiere la certeza de haber obrado conforme a la voluntad de Dios.

> «Entonces Pedro tomó la palabra y dijo: Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas sino que, en cualquier nación, el que le teme y practica la justicia le es grato. Él ha enviado su palabra a los hijos de Israel anunciándoles la Buena Nueva de la paz por medio de Jesucristo, que es el Señor de todos. Vosotros sabéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después que Juan predicó el bautismo; cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos lo oprimidos por el diablo porque Dios estaba con él; y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén, a quien llegaron a matar colgándolo de un madero; a éste, Dios le resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestase, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos y nos mandó que predicásemos al Pueblo y que diésemos testimonio de que él está constituido por Dios juez de vivos y muertos. De esto todos los profetas dan testimonio: que todo el que crea en él alcanzará, por su nombre, el perdón de los pecados» (Hch 10,34-43).

El discurso de San Pedro es una catequesis adaptada a sus oyentes comenzando por dejar claro el principio de que para Dios todos los hombres son iguales; y presentando en síntesis la persona y la vida de Jesús, su muerte y resurrección. De quien los apóstoles son testigos y que es el único salvador de vivos y muertos.

> «Estaba Pedro diciendo estas cosas cuando el Espíritu Santo cayó sobe todos los que escuchaban la palabra. Y los fieles circuncisos que habían venido con Pedro quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles, pues les oían hablar en lenguas y glorificar a Dios. Entonces Pedro dijo: "¿Acaso puede alguno negar el agua del bautismo a

éstos que han recibido el Espíriu Santo como nosoros?" Y mandó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo. Entonces le pidieron que se quedase algunos días» (Hch 10,44-48).

Todavía no había terminado Pedro de hablar cuando descendió el Espíritu Santo sobre Cornelio, sus parientes, servidores y amigos. Esta escena ha sido parecida al Pentecostés de los gentiles, el primer Pentecostés. Los judeocristianos que vinieron con Pedro no salían de su asombro al contemplar cómo Dios derramaba su Espíritu sobre los paganos sin que pasaran por la circuncisión y la ley de Moisés. Y antes del bautismo, que es la puerta de entrada en la Iglesia, se manifestó el Espíritu de modo solemne y expresivo para que pudieran comprobarlo y ver la universal voluntad salvífica de Dios.

San Pedro, ante tal testimonio ordena bautizarlos, lo que hace pensar que los apóstoles encargaban a otros este ministerio: bautizar en el nombre de Jesucristo. Este modo de hablar, tal vez, más que a la fórmula ritual del bautismo («en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», Mt 28,19) atiende a la significación del rito mismo: profesión de fe en Cristo, toma de posesión por Cristo de los que en adelante le estarán consagrados.

La noticia del acontecimiento, la entrada de Cornelio y su grupo de gentiles en la Iglesia, causó enorme revuelo en Jerusalén:

«Los apóstoles y los hermanos residentes en Judea oyeron que también los gentiles habían aceptado la palabra de Dios. Cuando Pedro subió a Jerusalén los de la circuncisión se lo reprochaban, diciéndole: "Has entrado en casa de incircuncisos y has comido con ellos". Pedro entonces se puso a explicarles punto por punto diciendo: "Estaba yo en oración..."» (cf. Hch 11,1-17).

«Al oír esto se tranquilizaron y glorificaron a Dios diciendo: "Así pues, también a los gentiles les ha dado Dios la conversión que lleva a la vida"» (Hch 11,18).

Nada nos debe extrañar la reacción de los de la circuncisión dada la mentalidad de privilegio tan arraigada en Israel. A Pedro le reprochan, sobre todo, el haber tratado y comido con los incircuncisos, humillante para un judío que se precie. Y por haberles dado el bautismo sin purificarles antes con la circuncisión.

La defensa de San Pedro no tuvo réplica, porque en todo se mostró guiado por el Espíritu Santo y él mismo tuvo que superar su propia y arraigada mentalidad judía.

Poco a poco, con intervenciones del Espíritu Santo como las que vinieron sobre Cornelio y los suyos, con ese grupo de gentiles de Cesarea se fue abriendo camino la universal llamada a la salvación que trajo Jesucristo.

Por eso, Cornelio, San Cornelio es un buen testimonio actualísimo para que las comunidades de nuestro tiempo no recaigan nunca en las tentaciones de encerrarse en el egoísmo narcisista y en el monopolio de los dones recibidos, y no olviden que la salvación del mundo entero es su misión y razón de ser.

Este hecho de capital importancia señala el comienzo oficial de la evangelización de los gentiles y de su admisión en la Iglesia, no como huéspedes y forasteros sino como ciudadanos de la familia de Dios (cf. Ef 2,19).

Tanto los bolandistas como Tillemont, añaden noticias extrabíblicas, tomadas de los sinaxarios y menologios griegos, de los martirologios latinos y de Simón Matafraste, y señalan su carácter legendario. Pero su culto se ha celebrado el 13 de septiembre entre los griegos, junto con los santos mártires Demetrio, su mujer Evancia y su hijo Demetriano, que habían sido convertidos por Cornelio en Skepsi, de Nisia.

La Iglesia latina lo celebraba, a él solo, el 12 de febrero. En varios documentos litúrgicos se le califica de obispo o de mártir, pero no existen pruebas suficientes. Los martirologios latinos de Usuardo y Notker lo hacen obispo de Cesarea en Palestina.

El *Martirologio romano* actual hace este elogio el 20 de octubre:

> «Conmemoración del centurión Cornelio a quien bautizó el apóstol San Pedro en Cesarea de Palestina como primicia de los gentiles en la Iglesia» (*Martyrologium romanum,* p.549).

Ha suprimido la alusión al episcopado porque resultaba sospechosa, dado el silencio de Eusebio de Cesarea y de Orígenes. Los griegos le atribuyen, no el episcopado, pero sí una prefectura eclesiástica en Skepsi. Un códice 89,III (siglo XII) del conde de Léicester, citado por los bolandistas, conmemora el 13 de septiembre «al gran mártir Cornelio, el centurión santo y glorio-

so». Pero, a veces, la palabra «martirio», en los documentos, se refiere al testimonio de la predicación y a los trabajos padecidos, aun sin llegar a la efusión de la sangre.

Los padecimientos infligidos por el prefecto de Skepsi Demetrio a Cornelio, se suspendieron cuando, al ver los milagros obrados por el centurión en favor de su mujer y de su hijo, se convirtió con toda su familia, y no sólo lo libró de la cárcel sino que lo colmó de honores. Murió, pues, en la paz, como dice Tillemont.

Su casa, señalada por la tradición, fue convertida en iglesia y a fines del siglo IV la visitó Santa Paula en su peregrinación a Tierra Santa, como lo cuenta San Jerónimo en su *Epithaphium Paulae* (*Ep.,* VIII: PL LXXII,882).

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

DOMÍNGUEZ, I., *Los apóstoles de Jesucristo* (Madrid 1988).

FLICHY, O., *La obra de Lucas* (Estella 2003)

GARCIA DE ORBISO, T., «Cornelio il Centurione», en *Bibliotheca sanctorum.* IV: *Ciro-Enfrido* (Roma 1964) cols.189-192.

PROFESORES DE SALAMANCA, *Biblia comentada.* VI: L. TURRADO, *Los Hechos de los Apostoles y epístolas paulinas* (Madrid 1965) 92-103.

SANTA MARÍA BERTILA (ANA FRANCISCA) BOSCARDIN

Virgen († 1922)

Ana Francisca Boscardin nació el 6 de octubre de 1888 en Gioia di Brendola, pequeño pueblo de la diócesis de Vicenza, hija de Ángel Boscardin y María Teresa Benetti, agricultores y analfabetos. Fue bautizada, con esos dos nombres de Ana y Francisca, a los diez días.

En su casa, donde había mucho trabajo, su madre no descuidaba educarla en la piedad y en las buenas costumbres de tal forma que, desde niña, dedicaba buen tiempo a la oración y no se lo impedía ni siquiera el trabajo que, desde adolescente, prestaba a su padre trabajando en los campos y, a la vez, ocupándo-

se de las tareas domésticas tanto en casa como sirvienta en las de otras familias.

Siendo niña tuvo que sufrir mucho en casa, pues su padre, cuando se daba al vino y se dejaba llevar por los celos, maltrataba a su madre psíquica y físicamente. Anita tenía que refugiarse en casa de los vecinos y se acurrucaba en un rincón de la cocina tapándose los ojos con las manos. Otras veces se abrazaba al regazo de su madre para protegerla de su padre. Una noche tuvieron que salir las dos andando de casa hasta Vicenza para refugiarse en los pórticos del santuario de Monte Berico y pasarla rezando a la Virgen.

No era malo su padre, pero cuando se embriagaba perdía los estribos. Cuando él mismo fue testigo en el proceso para la causa de canonización de su hija, declaró que, a veces, al ver a su niña de rodillas en un rincón de la casa rezando, con las manos juntas, le venía como un nudo en el corazón casi para desmayarse y se sentía impulsado también a rezar algún Padrenuestro. Sus padres la sorprendían frecuentemente rezando de rodillas en su habitación.

Hizo su primera comunión el 15 de marzo de 1897, a una edad más temprana de lo acostumbrado —ocho años y medio cuando lo normal eran los once— con el debido permiso del párroco, concedido por la gran bondad y preparación que ella mostraba. Durante su niñez y adolescencia asistió a la escuela primaria, pero con un rendimiento escaso debido al sufrimiento que experimentaba en casa por las actitudes de su padre, y hasta tuvo que repetir el primer curso de los tres elementales. A veces ni le corregían los deberes hechos en casa y cuando las compañeras le mostraban esa crueldad que a veces puede surgir en los niños, ante una cosa y otra ella respondía que no pasaba nada, sin rabia y sin rencor.

Era muy fiel y le gustaba muchísimo asistir al catecismo en la iglesia. Su párroco le regaló un ejemplar de catecismo que leía todos los días. Participaba diariamente en la celebración de la Eucaristía aunque tenía que hacer un largo camino y acudía también a escuchar los sermones de la parroquia. Cuando oía hablar de la pasión del Señor siempre se echaba a llorar. A sus doce años, y eso que la edad de entrada era a los catorce, co-

menzó a pertenecer a las «Hijas de María» cumpliendo fielmente con las obligaciones y devociones de aquella «Pía Unión» y, voluntariamente, se ofreció también para ser catequista en la parroquia.

A sus quince años le dijo a su párroco que quería consagrarse a Dios, que no le importaba el instituto, que escogiera él. Cuando él le espetó que no sabía hacer nada y por eso qué iban a hacer las religiosas con ella, le respondió que era verdad. El párroco pensó que sería mejor que permaneciera en casa y echara una mano en el trabajo a sus padres pero, después de rezar, volvió a preguntarle si seguía decidida a entrar en un convento y, cuando le contestó que al menos sabía pelar patatas, decidió buscar un instituto para ella.

A los diecisiete años, y según la elección de su párroco, pidió su ingreso en las Hermanas Maestras de Santa Dorotea, Hijas de los Sagrados Corazones, de Vicenza, fundadas por Juan Bautista Farina, obispo de esa misma diócesis, con la espiritualidad y misión de dar gloria a Dios y servir a los necesitados viviendo en perfección con toda humildad. Entró en el convento con la convicción de que recibía un gran favor y que ella no era digna más que del último puesto, que eso sería siempre lo justo. «Me tendré siempre admitida en la casa por gracia, y todo lo que me sea dado lo recibiré como si no lo mereciera», había escrito en un cuaderno de apuntes espirituales. Fue su mismo padre quien, llevándole el ajuar en una carretilla, la acompañó al convento. Habituada como estaba al trabajo del campo, en el noviciado no tuvo inconveniente alguno en comenzar a trabajar en la cocina, el horno y el fregadero y hacer de su trabajo un medio práctico de santificación y de unión con Dios.

A una connovicia le confiaba: «Cuando somos humilladas no debemos perder el tiempo en pensar en eso, más vale decirle al Señor: "Que yo te conozca a ti y me conozca a mí"». Y a su maestra le confesaba: «No soy buena. Soy un pobre pato, pero quiero ser santa. Enséñeme cómo». También durante este tiempo había escrito: «Jesús mío, te suplico por tus santas llagas que me hagas morir mil veces antes que permitir que yo cumpla una sola acción para ser vista».

Transcurrido el año de noviciado, recibió el velo y emitió sus votos, con el nombre de María Bertila, el 8 de diciembre de

1907. Después fue enviada a seguir los cursos del hospital de Treviso, donde sus hermanas prestaban su colaboración y allí permaneció después atendiendo a los enfermos consiguiendo un diploma de enfermera con el fin de adquirir la suficiente idoneidad para realizar su tarea. Era un hospital con problemas, sin personal preparado, con luchas políticas y sindicales, y todo recaía sobre los hombros de las Hermanas. Ella, infatigable, con frecuencia se adjudicaba también las velas nocturnas supliendo a sus Hermanas o reemplazándolas en los trabajos más pesados. Decía: «Yo lo hago, me toca a mí». Con discreción y sabiduría facilitaba a los enfermos el cumplimiento de sus deberes religiosos. Fue destinada, por la urgencia que había, a la atención de niños contagiados de difteria.

En su diario había escrito:

> «Quiero ser la sierva de todos, convencida de que eso es justo, quiero trabajar, sufrir y dejar todas las satisfacciones para los demas [] Debo considerarme la ultima de todas, y estar contenta de ser pospuesta, indiferente a todo tanto a las reprobaciones como a las alabanzas, es mas preferir las primeras, siempre condescendiente a las opiniones de los demas, jamas excusarme aunque me parezca que tengo razon, nunca hablar de mi misma, los oficios mas bajos seran siempre los mios, porque los merezco»

Pedía, pues, recibir el don de los últimos puestos.

Después de haber sido operada —tan sólo a sus veintidós años— de un tumor, volvió a asumir sus ocupaciones habituales. La guerra, desde 1915 hasta 1918, puso al hospital en un trabajo intenso y continuo, sobre todo con ocasión de los repetidos bombardeos que sufrió Treviso y con la dedicación que había que prestar a los soldados heridos en los frentes. María Bertila trabajaba entonces día y noche, sin interrupción, hasta quedar exánime.

En estos momentos había escrito: «En este tiempo de guerra y de terror, pronuncio mi *Ecce venio!* Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad para cualquier aspecto que se presente de vida, de muerte y de terror». Durante los bombardeos, cuando todos bajaban a los refugios, ella permanecía con los enfermos, para darles ánimo con su presencia y para repartirles a los más asustados una copita de «marsala». Estaba tan impresionada y asustada como los demás, pero allí que permanecía serena. Su

superiora le preguntaba si no tenía miedo y ella contestaba: «No se preocupe, madre, el Señor me da tanta fuerza que ni siento el miedo». La enviaron al «Lazareto», un edificio del mismo hospital más próximo al nudo ferroviario de la ciudad y, por tanto, con mayor probabilidad de bombardeo. A su responsable, que había tomado esa decisión, la tranquilizaba: «No se preocupe por mí, madre, me basta poder ser útil».

En 1917, después de la invasión del Friuli, el hospital de Treviso tuvo que ser evacuado en tres grupos. Durante un año sor María Bertila acompañó a doscientos enfermos que fueron evacuados a Villa Raverio en Brianza, donde le encomendaron los enfermos de tifus, y después, en 1918, a Viaggù en Como donde le encomendaron los soldados tuberculosos.

Un teniente capellán, recuperado en el hospital, se sintió con el deber de escribir una carta a la superiora general para agradecer el bien que las hermanas realizaban en aquella casa hospital. Y escribió:

> «Entre todas se distingue sor Bertila. Ocupada de los soldados tuberculosos que estaban en el último piso del albergue convertido en hospital, se deshacía en cuidados y caridad, como haría una madre con su hijo, una hermana con su hermano. Eran muchas las exigencias de los pobrecillos, comprensibles por su enfermedad inexorable, y la racionalización del hospital hacía difícil la distribución de lo que resultaba necesario. Sor Bertila, que para encontrar alivio para un enfermo hubiera andado sobre el fuego, no se concedía descanso y no se sabe cuántas veces subía y bajaba en un día la larga escalera de cien escalones para acercarse a la cocina y traer una cosa u otra».

En otra ocasión en que el médico responsable del hospital había dado la orden de que las ventanas estuvieran abiertas y casualmente se había estropeado la caldera de la calefacción, María Bertila tuvo la paciencia de calentar en el patio agua suficiente para llevar a cada enfermo una bolsa de agua caliente.

Pero no le faltaron incomprensiones por parte de la superiora de la comunidad de Viaggù, a quien le pareció mejor —al ver tantos cuidados de su hermana con los soldados— alejarla de los enfermos y adscribirla a la lavandería, para que desinfectara y adecentara la ropa de los soldados contagiados. María Bertila sufrió mucho por ser alejada del trato directo con los enfermos y hasta lloraba a escondidas, pero jamás dijo una sola

palabra de protesta sino que asumió con todo amor aquel trabajo más duro, a solas y sin atender directamente a los enfermos. Lavaba los platos o limpiaba la ropa diciendo: «Jesús mío, lavad mi alma y preparadla para la comunion de mañana». En su diario espiritual —lleno de faltas de ortografía pero a la vez de palabras nobles y de suma belleza— había escrito que no había sufrido todavía todo lo que hubiera deseado padecer por amor a Jesucristo y que desearía unirse en esta tierra a Cristo crucificado por su mismo amor que ya gozaría con él después en el cielo. Nunca se sentía ofendida.

Llamada a Vicenza en 1919, para su profesión, a pesar de que la superiora de Viaggu quería expulsarla del instituto porque creía que María Bertila era incapaz para todo, ella, postrada de rodillas ante la superiora general, mostró su dolor con lagrimas y manifestó humildemente que se sentía inútil para cualquier oficio y para cualquier servicio a los demas. Solía decir: «Soy una pobre ignorante pero creo todo lo que cree la Iglesia». A una hermana que le preguntaba sobre su vida espiritual le había respondido: «No sé lo que es "gustar al Señor". Me basta con ser buena, lavar los platos y ofrecer a Dios mi trabajo. De vida espiritual yo no entiendo. El mío es el "camino de los carros"». Con ello quería decir —ella que tenía en la imagen los carros y carretas que había visto por los caminos de los campos y campiñas— que su camino era el más común, que en su espiritualidad no se salía de la senda ordinaria y transitada por todos.

Al comprobar su humildad y su actitud, la superiora general como premio la destinó por un tiempo a cuidar de los seminaristas en Monte Berico que estaban infectados también de una epidemia de fiebre. Así pudo curar a los jóvenes que un día serían sacerdotes.

Escribía entonces en su diario dirigiéndose a la Virgen María:

> «Oh querida Señora, no te pido visiones, ni revelaciones, ni gustos, ni placeres ni siquiera espirituales [] Aqui abajo no quiero otra cosa sino lo que tu quisiste en el mundo, creer plenamente, sin ver nada o gustar algo, sufrir con alegria sin consolacion [] Trabajar por ti hasta la muerte»

Restablecida en su salud, quebrada por su dedicación a tanto trabajo, volvió a Treviso a los cinco meses. Al principio, aquella

superiora al vérsela otra vez allí la envió a la cocina pero, como había necesidad de una asistente para enfermos y no quedaba otra que María Bertila, su superiora, pidiendo perdón a Dios por la irresponsabilidad que iba a cometer, le encargó que reemprendiera su habitual asistencia hospitalaria durante otros tres años a los niños enfermos.

A su cuidado tenía niños intubados con traqueotomía, algunos cianóticos con asfixia progresiva, otros con septicemia, la mayoría contagiosos pues tenían difteria, necesitados todos de una atención minuciosa y continua. Su horario era, por tanto, ininterrumpido, ni podía salir del hospital más que en contadísimas ocasiones ni siquiera, más de una vez, podía abandonar la sala para participar en la eucaristía diaria. Sin embargo no perdía la paz, como los mismos médicos atestiguaron, se mantenía dulce y tranquila, serena y sagaz. Y eso que algunas veces se le amontonaban seguidas varias noches de insomnio por tener que permanecer en vela. Los médicos residentes que comenzaban su andadura, veían en la hermana Bertila no sólo experiencia sino tal serenidad que a ellos les daba confianza cuando tenían que estrenarse en alguna cura o intervención.

Sabía hacerse con los niños de tal forma que, al poco tiempo, aquellos que pegaban puñetazos o se retorcían de dolor, quedaban en calma con los cuidados que recibían de María Bertila como si recibieran la atención de su madre. Cuando se marchaba de la sala, los niños la echaban en falta de manera sensible y notable. Cuando un niño moría, ella sabía dar la noticia a sus padres con las palabras justas.

Su vida espiritual, que le impulsaba al servicio a los enfermos, se centraba cada vez más en Cristo separándose cada vez más de ella misma, y escribía:

> «No tengo nada propio más que mi propia voluntad y, con la gracia de Jesús, estoy dispuesta y decidida a toda costa de no querer hacer mi voluntad, y todo eso por puro amor a Jesús, como si no existiera infierno o cielo, y tampoco para tranquilidad de la buena conciencia».

Estando a la mesa, cuando llegaba alguna enferma llena de parásitos o tuberculosa, y alguna hermana entraba en el comedor, informaba así: «Ha llegado una enferma para sor Bertila».

En 1919, participando en un triduo de acción de gracias por la beatificación de sor Ana de San Bartolomé, la secretaria de Santa Teresa de Jesús, dijo a unas hermanas que la acompañaban: «Hagámonos santas también nosotras, pero de paraíso, no de altar».

Había escrito en su diario:

> «Yo y Dios solo, recogimiento interno y externo, oración continua, ésta es el aire que respiro; trabajo continuo, asiduo, pero con calma y buen orden. Yo soy ser de Dios, Dios me ha creado y me conserva, razón por la que quiere que sea toda suya. Busco la felicidad, pero la felicidad verdadera la encuentro sólo en Dios [...] Debo hacer la voluntad de Jesús sin buscar otra cosa, sin querer nada, con alegría y buen humor [...] Suplicar a Jesús que me ayude a vencerme a mí misma, a comprender lo que es bien y lo que es mal, que me ayude y me inspire a hacer a toda costa Su santa voluntad, sin buscar ninguna otra cosa».

Aunque era visible el esfuerzo que tenía que realizar porque se le había reproducido el tumor, nunca se quejó ni rehusaba el trabajo ni solicitaba descanso. Si alguien le preguntaba por su salud, respondía que se encontraba bien y se ofrecía como víctima a Dios en humilde silencio. Su espíritu estaba siempre pronto pero su carne continuaba enferma.

El 16 de octubre de 1922 no se podía tener en pie. Tuvo que ser examinada por los médicos quienes le diagnosticaron un sarcoma del que había que operarla cuanto antes. No se inmutó al oírlos y, después de la operación quedó desahuciada sin esperanza de curación. Había que operarla al día siguiente. Le extirparon un tumor que ya había invadido la cavidad abdominal y comprendieron que no podría ya recuperarse. Cuando la noticia de que se moría corrió entre el personal del hospital, los médicos y el personal sanitario desfilaron por su habitación mostrando preocupación y gratitud. Algunos de ellos lloraban al verla sufrir con tanta suavidad y era ella la que trataba de consolarlos: «No debéis llorar. Si queremos ver a Jesús es necesario morir. Yo estoy contenta». Hablaba en su dialecto, como había hecho siempre: «Que digan a las hermanas para que le digan a la Madre general que se trabaja sólo por el Señor, que todo es nada, que todo es nada».

Era consciente de su situación extrema y, cuando la visitaban sus hermanas, mirando al cielo hacía suyas las palabras de

Jesús: «Hágase tu voluntad». Pidió los sacramentos y los recibió invocando a Cristo, el Señor, y a la Santísima Virgen María. A pesar de tantos dolores como debía padecer, murió plácidamente manifestando antes a su Superiora general que no tenía bien alguno de este mundo, el 20 de octubre de 1922.

El doctor Zuccardi Merli, librepensador y de quien se aseguraba que pertenecía a la masonería, sintió cambiar su corazón al verla morir. Declaró:

> «Puedo afirmar que la aurora de mi conversión espiritual comenzó en el momento de ver a sor Bertila cuando estaba para morir. Para ella, a quien besé la mano antes de que expirase, morir fue una alegría comprobada por todos. Murió como yo nunca vi morir a otra persona, como quien está ya en un estado mejor de vida [...] Oprimida por un mal dolorosísimo, exangüe, segura de que tenía que morir, en ese estado en el que ordinariamente el enfermo se agarra al médico y le pide: "sálvame", oírla pronunciar con una sonrisa que yo no sabría describir: "Estad contentas, hermanas, voy con mi Dios" fue algo que me sugirió una especie de autocrítica y que ahora guardo como el primer milagro de sor Bertila. Me dije a mí mismo: "Esta criatura está como fuera de nosotros, estando viva todavía. En ella hay una parte material, la que queda con nosotros, que agradece, que consuela a los que la rodean; pero hay una parte espiritual fuera, sobre nosotros, más evidente y dominante: la parte espiritual que ya goza de aquella felicidad que fue el suspiro de su vida"».

En el bolsillo del hábito encontraron que llevaba el ejemplar de catecismo que le había regalado su párroco cuando era niña. Esta religiosa joven, que murió a los treinta y cuatro años, había vivido la mitad, diecisiete, en su pueblo y la otra mitad, los otros diecisiete años, en su instituto de vida consagrada.

La participación del pueblo en las exequias, las manifestaciones de devoción a su sepulcro en el cementerio de Treviso, las gracias obtenidas por su intercesión, revelaron a muchos la grandeza espiritual de esta joven que había tratado de pasar inadvertida en la fatiga y en la humildad y, por su patente fama de santidad, se inició la causa de canonización ya en 1925, a tan sólo tres años, en esa misma diócesis.

Después, por decisión de Pío XI en 1935 se introdujo la causa en la Congregación de Ritos. Con dispensa de Pío XII por no haber transcurridos cincuenta años, se tuvo la congregación antepreparatoria en 1947, la preparatoria dos años más tar-

de y el 13 de julio de 1949 el mismo Papa dio el decreto sobre las virtudes vividas en grado heroico. El respectivo proceso sobre dos milagros por intercesión de María Bertila: uno, la instantánea y perfecta curación de Sebastián Fasan de osteoperiostitis aguda del maxilar superior izquierdo y, otro, la curación de una meningitis traumática, fue concluido en enero de 1952.

Pío XII con ocasión de la beatificación de María Bertila, en la Basílica de San Pedro de Roma, realizada el 6 de junio de 1952, quiso recordar el amor que María Bertila tenía al catecismo, su libro más querido, que llevaba siempre consigo. Dijo de ella: «Es un modelo que no asusta [...] En su humildad ella definió su camino como "el camino de los carros", el más común, el del catecismo».

Realizado otro proceso sobre otros dos milagros por intercesión de la Beata María Bertila, el primero a Verónica Frigo, quien había tomado un veneno mortal confundido con una medicina, y el segundo a Cesárea Fasolato quien había permanecido enferma grave en sus pulmones, vísceras y vértebras desde sus diecinueve a sus treinta y tres años, sanó habiendo invocado a la beata en el intervalo de una sola noche el 4 de marzo de 1953.

El 13 de abril de 1961 Juan XXIII sometió la canonización de María Bertila a consistorio público. Fue canonizada por el mismo papa Juan XXIII, en la Basílica de San Pedro, el 11 de mayo de 1961, estableciendo que su memoria litúrgica se celebrara el 20 de octubre.

Sus reliquias reposan en una capilla de la casa madre de su Instituto en Vicenza.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

SACRUM CONSISTORIUM, *Consistorium semipublicum,* XIII Aprilis MCMLXI: *AAS* 53 (1961) 243-244.

JUAN XXIII, «In sollemni canonizatione Beatae Mariae Bertillae Boscardin, Virginis ex Instituto Sororum Magistrarum a S. Dorothea Filiarum Sacrorum Cordium, XI Maii a. MCMLXI,... peracta»: *AAS* 53 (1961) 289-295.

— «Litterae decretales Beatae Bertillae Boscardin, Virgini, Sanctarum honores decernuntur»: *AAS* 53 (1961) 705-713.

SICARI, A. M.ª, *Ritratti di santi* (Milán 1988).

PROJA, G. B., «Maria Bertilla Boscardin, santa», en *Bibliotheca sanctorum.* VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1966) cols.1041-1042.

BEATO SANTIAGO KERN

Presbítero († 1924)

Viena, 21 de junio de 1998, en Heldenplatz, el lugar donde sesenta años antes una multitud enfebrecida aclamaba a Adolfo Hitler con motivo de la anexión de Austria al III Reich. En esta misma plaza vienesa, también llena de gente hasta los topes, Juan Pablo II inscribía solemnemente en el libro de los beatos al sacerdote premonstratense Santiago Kern, junto al religioso Antón María Schwart y a la religiosa Restituta Kafka, tres cristianos ejemplares de la tierra austríaca. El Papa quiso contraponer, en su homilía, frente a los «héroes del mundo» a estos tres «héroes de la Iglesia», y fue evocando la fibra del testimonio cristiano de cada uno de ellos. A Santiago Kern lo presentó como un «testigo de la fidelidad al sacerdocio».

Y es que Santiago Kern, por nombre de pila Francisco Alejandro, parece como si hubiera nacido nada más que para ser sacerdote. Fue un hijo muy deseado por su madre, que lo orientó ya desde su infancia a la vida religiosa; y así poco después de su nacimiento en Viena, el 11 de abril de 1897, lo ofreció y consagró al Señor, igual que hicieron algunas grandes mujeres de la Biblia. De tal manera que, con la ayuda de su modesta familia, de la comunidad parroquial, del ambiente escolar y de sus mejores amigos, el niño Francisco Kern fue encontrando abonado el terreno para responder con generosidad al don temprano y firme de su vocación sacerdotal. Haciendo de monaguillo en la misa, dispuesto siempre a participar como voluntario en las tareas de la parroquia, se le fue manifestando una indiscutible llamada para seguir a Cristo. No se veía en el futuro de otra manera que como sacerdote.

Dicho y hecho, decide entrar en el seminario diocesano de Hollanbrunn, no muy lejos de Viena. Pronto manifestó un fervor especial por la adoración al Santísimo Sacramento y una vibrante devoción por Jesucristo, que le llevó a pertenecer a la Hermandad de la Expiación del Corazón de Jesús, fundamentales columnas para el crecimiento de su vocación. No todo fue sobre ruedas en el internado, pues mientras existen muchos testimonios de que se comportaba como un seminarista piadoso, de intensa oración, en cambio desde el punto de vista académi-

co no sobresalió como brillante alumno, fue más bien del montón y con algunas dificultades escolares, a juzgar por la cartilla de notas que se conserva de sus estudios, aunque siempre aplicado.

Poco después, en junio de 1914, tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, se desencadena la I Guerra Mundial. El joven Kern es llamado a filas en 1915, con 18 años, para participar en una contienda de la que nunca pudo entender sus motivaciones. Respondió al reclutamiento y en el frente consiguió mantener una buena amistad con los compañeros de campaña, que siempre respetaron sus convicciones y comprendieron que nada ni nadie sería capaz de distraerle en su empeño de hacerse sacerdote. Ni siquiera cuando el 11 de septiembre de 1916 cayó gravemente herido, con sus pulmones e hígado perforados por la metralla, se enfriaron sus deseos. Iba a comenzar, eso sí —como dejó escrito— su particular «semana santa», porque la herida no curaba, aunque sus momentos más críticos en el hospital, de verdadera lucha contra la muerte, pudo superarlos gracias a su ilusión por ser sacerdote.

Durante aquellos restantes años de guerra pudo continuar con los estudios de teología en el seminario sacerdotal de Viena, e incluso formó parte de una asociacion de estudiantes cristianos conocida por el nombre de *Amelungia*. Pese a su delicado estado de salud no decaía ni su alegría ni su sentido del humor. Aún tuvo que incorporarse de nuevo a la guerra, en calidad de lugarteniente, hasta el final del conflicto en 1918. Regresó otra vez al seminario vienés, pero ahora, tras la dolorosa experiencia de sufrimiento vivida como consecuencia del conflicto, descubre que la llamada sacerdotal le exigía un seguimiento de Cristo más estrecho y comprometido.

Sucede entonces que el joven Francisco Alejandro Kern se entera de algo que ha sucedido en un monasterio premonstratense de la región checa. Con la terminación de la guerra, algunos Estados nacionales decidieron fundar una Iglesia nacional, dándole la espalda a Roma. Y ocurrió que uno de los más beligerantes defensores de esta escisión fue el religioso premonstratense Isidoro Zahradnik, que se exclaustró de su monasterio de Strahov junto con otros hermanos de vida religiosa para mi-

litar en una Iglesia nacional checa. Este comportamiento del monje llegó a oídos del seminarista vienés e inmediatamente le indujo a tomar el relevo del religioso checo, a tratar de sustituirlo. Con el permiso y beneplácito de sus superiores logra el joven Kern que le dejen ingresar en el monasterio premonstratense de Geras durante un año, a modo de prueba, si es que esa era la voluntad de Dios, con la finalidad de dedicarse por entero a la vida monástica.

Geras era una abadía vienesa muy antigua y de gran solera, fundada en 1153. Entrar a formar parte de su comunidad vistiendo el hábito de San Norberto le permitía a Kern, debido a la fragilidad de su salud, seguir su vocación, aceptar sus limitaciones, pero también ofrecer por los demás todos sus dolores y transformarlos en «semilla de Dios». Y en realidad los soportó siempre como un héroe, pues fue sometido a dos operaciones de costilla, sin auxilio de la anestesia debido a que su corazón no la resistiría, y su actitud fue la de quien acepta compartir sus sufrimientos con los de la pasión del Señor.

Entra en el monasterio en 1920 y cambia su nombre de bautismo por el de Santiago, el nuevo nombre de su vida religiosa. Tras hacer el noviciado, vio cómo se cumplía el gran deseo de toda su vida al poderse ordenar de sacerdote en 1922. Pero aun así se ve probado con un nuevo e inesperado sobresalto en su salud, ya que durante la víspera del día fijado para celebrar su primera misa, en aquella esperanzadora tarde, le sobrevino una grave hemorragia, y todos los que le rodeaban creyeron que celebraría su primera misa en el cielo. Más tarde confesaría él mismo que cuando distribuía la comunión a los enfermos era, al mismo tiempo, su propio viático. Una vez más sus deseos de ser sacerdote parecían mas fuertes que su misma enfermedad. Incluso se hacía verdad aquella frase del apóstol Pablo a los Corintios: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» pues «reside en mí la fuerza de Cristo».

Por fin, Santiago Kern hace su profesión religiosa como monje premonstratense, ante el abad Emiliano Greisi, el día 20 de octubre de 1924. Al día siguiente moría en el monasterio de Geras, con sólo 27 años de edad. Fue su vida muy breve, pero con una larga respuesta a la voluntad de Dios. Entre los rasgos

expuestos por Juan Pablo II en la semblanza que hizo de Santiago Kern en aquella Plaza de los Héroes de Viena, durante su tercer viaje apostólico a Austria, subrayó ante los jóvenes la ejemplaridad del nuevo beato al «acoger generosamente la llamada al sacerdocio para seguir a Cristo» y valoró la maduración de su entrega con estas palabras: «Mediante la purificación del dolor apareció el hondo significado de su vocación sacerdotal: unir su vida al sacrificio de Cristo en la cruz y ofrecerla en sustitución por la salvación de los demás».

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

ANGERER, J., «Una chiara testimonianza di amore a Cristo offerta nel fiore degli anni»: *L'Osservatore Romano,* suplemento especial sobre la visita pastoral de Juan Pablo II a Austria (18-6-1998) 16
Ecclesia (11-7-1998) n.2.901, p.30-32
L'Osservatore Romano (22/23-6 1998) 8-9.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VITAL DE SALZBURGO
Obispo († 730)

Era el abad de la iglesia de San Pedro y fue discípulo y compañero de San Ruperto, el primer obispo de Salzburgo y era de origen irlandés. Consagrado obispo como segundo sucesor de San Ruperto, evangelizó el Pinzgau, fundando pequeños centros religiosos y culturales, llamados *Cellae.* No se sabe mucho más de su vida y actividad, pero es muy claro que dejó una gran estela de santidad y que, muerto hacia el año 730 y enterrado en la iglesia de San Pedro, su tumba fue objeto de peregrinaciones, donde los fieles decían encontrar alivio a sus enfermedades y problemas y alcanzar de Dios muchos milagros.

SAN ANDRÉS CALIBITA
Monje y mártir († 767)

Nace en Creta al comenzar el siglo VIII y desde su juventud se dedica a la vida ascética, viviendo en una choza, de donde le vino el nombre de Calibita. Parece que fue también monje. El año 767 se llegó a Constantinopla, entró en el palacio en donde Constantino V Corpónimo vivía y lo apostrofó por su persecución a quienes veneraban las sagradas imágenes, alegando que las imágenes no son adoradas sino veneradas y que por ello no pueden confundirse con los ídolos. Constantino no aceptó la discusión dogmática y mandó que el monje fuese flagelado y encarcelado. Al día siguiente se le mandó comparecer ante el emperador que lo invitó a adherirse a su actitud religiosa y como no lo consiguieron ni promesas ni amenazas, lo entregó a la furia de la plebe. Por las calles le fueron atormentando hasta el Foro del Buey donde fue linchado, siendo sus restos mortales enterrados primero en una fosa común, pero luego fueron recogidos y sepultados en el lugar llamado «Crisis», y de ahí le vino el sobrenombre de San Andrés en Crisis. Posteriormente surgió allí un monasterio que llevó su nombre.

BEATO SANTIAGO DE STREPA
Obispo († 1411)

Santiago de Strepa o Strzemic o Rukem de Waldonna era polaco y debió nacer hacia 1340 en el seno de una noble familia. Muy joven opta por la vida religiosa e ingresa entre los franciscanos conventuales. Destinado a lo que se llamaba la misión rusa, dio pruebas de gran espíritu misionero. Nombrado superior del convento de Lvov, entonces bajo la corona polaca, la Santa Sede lo hace también superior de todas las misiones rusas. Desempeña este encargo por espacio de diez años y da nuevo impulso a la «Sociedad de Peregrinos por Cristo», integrada por dominicos y franciscanos, y dedicada a la tarea de la evangelización de Rusia, Polonia, Lituania y Valaquia, obteniendo grandes éxitos en su labor misionera. Muerto el arzobispo de Kalitz o Halicz, el papa Bonifacio IX lo designa para aquella sede, que en 1414 se traslada a Lvov. Se resistía el elegido pero

la obediencia le obligó a aceptar regentar una diócesis tan vasta. No deja en el episcopado su hábito franciscano y lleva una vida en todo acorde con la pobreza franciscana, empleando las rentas del arzobispado en construir nuevas iglesias, casas religiosas, hospitales y asilos y en el socorro de los pobres. Recorría a pie su diócesis y por todas partes iba fomentando la vida religiosa, especialmente el amor a la Eucaristía y la devoción a la Virgen María. Como senador del reino, dio sabios consejos acerca de la gobernación del reino y fueron estos tan oportunos y eficaces que se le llamó «salvaguarda del reino».

Muerto el 20 de octubre de 1411 en Lvov, fue sepultado en la iglesia de los franciscanos para dos siglos más tarde ser trasladado su cuerpo incorrupto a la catedral. Pío VI confirmó su culto inmemorial el 11 de septiembre de 1790.

21 de octubre

A) Martirologio

1. En Nicomedia (Bitinia), santos Dasio, Zótico y Cayo († 303), mártires.
2. En Colonia (Alemania), la conmemoración de las santas vírgenes martirizadas donde luego se edificó la basílica en honor de la joven Santa Úrsula († s. IV), virgen *.
3. En Chipre, San Hilarión († 371), abad **.
4. La conmemoración de San Malco († s. IV), monje.
5. En Burdeos (Aquitania), San Severino († s. V), obispo.
6. En Laón (Galia), Santa Cilinia († 458), madre de los santos Principio y Remigio.
7. En Lyón (Galia), la conmemoración de San Viator († 481), lector *.
8. En Traer (Austrasia), San Wendelino († 607), ermitaño.
9. En Marsella (Provenza), San Mauronto († 780), obispo y abad.
10. En Cortona (Toscana), Beato Pedro Capucci († 1445), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
11. En Seúl (Corea), San Pedro Yu Taechol († 1839), joven de trece años, mártir *.
12. En Belencito, junto a Medellín (Colombia), Beata Laura de Santa Catalina de Siena Montoya y Upegui († 1949), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN HILARIÓN
Abad († 371)

La primera edad de la Iglesia fue la de las persecuciones que se desataron contra ella, suscitadas principalmente por el Imperio romano durante tres siglos. A ésa sucedió una era de paz iniciada por el emperador Constantino, que en el año 313 declaró lícito el culto cristiano y él mismo se convirtió al cristianismo. Si en la primera floreció principalmente la fe heroica de los mártires, que ornaron a la Iglesia con la púrpura de su sangre, en la segunda viéronse pulular ejemplos de virtudes sólidas y perfectas, como frutos propios del árbol de la Iglesia.

El día 21 de octubre celebra ésta la fiesta de San Hilarión, abad, nacido en Tabatha, cerca de la ciudad de Gaza, en Palestina. Su vida es admirable por resplandecer en ella la supremacía del espíritu y la fidelidad en seguir los movimientos de la gracia, que ora le lleva al desierto, viviendo largos años en la contemplación y desasimiento de todo lo que halaga a la carne y a las pasiones, ora le hace dedicarse a hacer el bien a aquellos que, subyugados por su ejemplo, le piden que les deje imitar su vida bajo su dirección, y a socorrer milagrosamente con actos de caridad espiritual y corporal a las gentes afligidas que acuden a él implorando su socorro.

La fecha de su nacimiento no consta abiertamente, pero podemos deducirla por el aserto de San Jerónimo, de que a la muerte de San Antonio (en el año 356), tenía Hilarión sesenta y cinco años de edad.

Llamó poderosamente la atención, en todos los países por donde discurrió, por sus grandes virtudes de abstinencia, recogimiento, oración, humildad, caridad y estupendos milagros, y liberación de espíritus impuros.

Aunque era palestinense, no era judío, pues los israelitas tenían sus confines muy delimitados. Era, pues, la suya una familia pagana, de posición acomodada. Según lo describe San Jerónimo, cuando salió de su casa para ir a cursar los estudios a Alejandría, emporio entonces del saber humano, era un jovencito de quince años, rubio, de complexión delicada, pero dotado

de un alma noble, una voluntad férrea y hambriento de la verdad, cualidades todas que se adaptaban a maravilla para recibir la fe cristiana, la cual, de hecho, recibió en Alejandría. No tenemos pormenores de su conversión; podemos suponer que entre sus condiscípulos los había cristianos, que no serían los peores en su conducta ni los menos distinguidos por su aplicación y aprovechamiento en aquella sede fundada por San Marcos, ilustre por el martirio de Santa Catalina y cuna del gran doctor de la Iglesia San Atanasio.

Características de los grandes santos es el conformar su vida con su fe, yendo hasta las últimas consecuencias mientras que el vulgo se contenta con una medianía, no negando la fe y, en lo moral, cayendo y levantandose, gracias a la segunda tabla de salvación después del bautismo, el sacramento de la penitencia

Hilarión oyó hablar de aquel anacoreta que en el desierto de Egipto llevaba una vida de ángel sobre la tierra, que lo había renunciado todo por imitar más de cerca a Cristo, y no por curiosidad, sino con sincero deseo de aprovecharse, se fue en busca del abad Antonio y lo halló en la Arcadia, extenso territorio desierto en el delta del Nilo. Dice San Jerónimo que, cuando San Antonio vio a San Hilarión, le dirigió este saludo: *Bene venisti, Lucifer, qui mane oriris* («Bienvenido, Lucifer, que te levantas al amanecer»), que es la frase que en el profeta Isaías se refiere al ángel caído y que San Antonio la aplica en sentido contrario a Hilarión.

> «Dos meses —dice el padre Van Bruck— permanecio con el santo anacoreta, para observar sus costumbres, guardai en su corazon sus palabras y conformar después su vida con aquella»

Cuando a los veintiséis años volvió al hogar paterno se encontro con dos acontecimientos: habían muerto sus padres y quedaba constituido dueño de una pingue herencia. Lo primero, claro está, le causó dolor; pero, en cuanto al propósito que llevaba en su corazón, le libraba de los lazos que pudieran impedírselo. Cuanto a lo segundo, al contrario, de suyo, era algo que podía aprisionarlo por el amor a las riquezas y a las comodidades. Pero tenía presente el ejemplo de San Antonio, que, joven como él, había seguido el consejo divino: «Ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme» (Mt 10,21), y así

lo realizó. Se estableció en el desierto de Majuma, cerca de Gaza, y allí observó un género de vida similar al de San Antonio. Vestía una camisa de pelo de camello; una túnica exterior tejida de lo mismo y una cogulla.

Es la de la abstinencia la virtud de que le convierte en uno de los más notables santos de la Iglesia, no porque no lo sea también en otras virtudes, ni porque sea esa virtud la que sobresalga entre las demás, sino porque él se señaló como nadie en dicha virtud.

He aquí cómo la puntualiza el padre Van Bruck, tomándolo de San Jerónimo: de los veintiuno a los veintitrés años tomó un plato de lentejas al día, de los veintitrés a los veinticinco, sólo pan con sal; de los veintisiete a los treinta inclusive se alimentó de hierbas; de los treinta y uno a los treinta y cinco tomó al día seis onzas de pan; de los treinta y seis a los sesenta y tres años añadió aceite a su alimento, y de los sesenta y cuatro a los ochenta se abstuvo del pan. Esto constituye ya un verdadero milagro, pues no lo pueden realizar las solas fuerzas naturales, emprendiendo, como emprendió, largas jornadas y conservando su claro juicio, por lo cual fue apreciado por gente conspicua como San Epifanio, obispo de Salamina (Chipre); Dracontius, obispo de Hermópolis; Philor, obispo cirenense, y Siderio, obispo de Palebiscenum. Además evangelizó el país de los nabateos, dejando muy bien dispuesto a su jefe Elusates para su ingreso en la Iglesia.

A un hombre que así castigaba su carne para rendirla al espíritu no es de admirar que Cristo le diese poder sobre los demonios y sobre la naturaleza, como en el milagro de las cuadrigas de las ciudades de Gaza y Majuma, donde haciendo rociar con un vaso de agua los carros, caballos y auriga de los de Majuma, hizo que vencieran en velocidad a aquellos. Ese poder estupendo fue lo que, no queriendo admitir escritores positivistas, optaron por negar su historicidad.

El deseo de huir del aura popular que lo admiraba, así por su virtud como por sus milagros en curar las dolencias del cuerpo y las posesiones del demonio, le hacía ansiar la soledad, y, finalmente, la amenaza de Juliano el Apóstata, que había ya destruido su monasterio de Majuma el año 362, le obligó a embar-

carse en el puerto de Alejandría en la primera nave que partiera y que fue con rumbo a Sicilia. Sus milagros le delataban siempre, y así hubo de salir de Sicilia, desde donde pasó a la Dalmacia, estableciéndose en Epidaurum, con Hesiquio: allí le hizo célebre un gran milagro destruyendo por el fuego un dragón que hacia allí gran estrago. Deseoso de vivir desconocido, partió para Chipre juntamente con Hesiquio, al que envió a Palestina para visitar a los hermanos y ver las cenizas de su antiguo monasterio. Estableciόse en un lugar fragoso llamado Bucolia, donde no había cristianos, sino gente feroz, pero los amansó su virtud y la curación de uno de sus jefes. Cinco años permaneció en aquella soledad, al cabo de los cuales, sintiéndose morir a sus ochenta años, dejó escrito brevemente a Hesiquio que le dejaba su Evangelio, su túnica, su cogulla y un pequeño manto. Corrió la voz de que moría el Santo y acudieron a él algunos cristianos de Pafos, que pudieron oírle: «Sal, sal, alma mía ¿Por qué temes? ¿Ya cerca de setenta años que sirves a Cristo y temes?» Y con esto expiró. Llegó la noticia a Hesiquio en Palestina, que partió al punto para Chipre, personándose en el lugar de la sepultura y, simulando querer vivir allí, trasladó ocultamente las reliquias del Santo, que con avidez fueron recibidas en Chipre, en Palestina y en toda el Asia Menor.

Algunos han negado su historicidad, creyéndolo un engendro de la imaginación de los primeros siglos cristianos; pero eso es insostenible ante el testimonio concorde de los escritores más autorizados. San Jerónimo, sobre todo, en su *Vita Patrum* (PL 3,29,54); San Atanasio, San Epifanio, Sozomeno (que dice que él mismo estaba emparentado con Hilarión), Surio, Metafrastes, Lipomano, Hesiquio (discípulo e íntimo de Hilarión), cuyas citas pueden verse en *Acta sanctorum* compiladas por el padre Víctor van Bruck, SI, el cual reproduce la *Vita S. Hilarionis,* de San Jerónimo, tomada de varios códices de Bruselas. Y, últimamente, el profesor Juan Pedro Kirsch, catedrático de Arqueología de la Universidad de Friburgo, da cuenta de un ejemplar descubierto por Papadopoulos-Kerameus, de una vida de San Hilarión, escrita en griego *(The Catholic Enciclopedia,* VII [Nueva York 1920] 347-348).

JOSE MÚNERA, SI

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, IX, p.37s.
HEIMBUCHER, M., *Die Orden und Kongretationen der katholischen Kirche* (Paderborn 1907).
SERVIERES, J., *Histoire de S. Hilarion* (Rodez 1884).
WINTER, P., *Der literarische Charakter der vita Beati Hilarionis des Hieronymus* (Zittau 1904).
• Actualización:
JERONIMO (SAN), «La vida de Hilarión»: *Cuadernos monásticos* 29 (1994) 108-111.

BEATA LAURA DE SANTA CATALINA DE SIENA MONTOYA Y UPEGUI

Virgen y fundadora († 1949)

El siglo XX ha significado un avance espectacular en el reconocimiento de los derechos de la mujer, mientras se valoraba más y más su intervención en la gestión de los asuntos públicos. Tal fenómeno ha afectado sin duda a la Iglesia. El papel de la mujer, religiosa o laica simplemente, ha avanzado asimismo en la valoración de la jerarquía, aunque reticencias de antaño pesan aún en este campo. La misión de ser testigo y de anunciar el Evangelio de ninguna forma puede ser tarea exclusiva de varones. El primer apóstol de los apóstoles, como justamente se la ha llamado, María Magdalena, fue la primera que evangelizó la Buena Nueva de la resurrección del Señor. La bienaventurada religiosa que hoy celebramos fue una pionera en la promoción misionera de la mujer en las tierras de frontera, en la selva, entre aborígenes a quienes no había llegado aún el mensaje de Cristo Salvador de todos los pueblos y razas. La Iglesia ha reconocido la santidad y la obra evangelizadora de esta gran mujer que en su país natal fue apóstol y maestra de misioneras.

Nació en Jericó (Antioquía), un pequeño pueblo de Colombia, la segunda de tres hermanos, el 26 de mayo de 1874, en el hogar cristiano de Juan de la Cruz Montoya y de Dolores Upegui. Cuatro horas después de su nacimiento, fue regenerada en las aguas bautismales por un sacerdote que le impuso los nombres de María Laura de Jesús.

Cuando sólo contaba dos años, murió su padre en la guerra civil y religiosa que asolaba el país. Sus bienes fueron confiscados por los enemigos y la familia quedó reducida a extrema po-

breza. La madre se vio obligada a llevar a Laura a casas de parientes y luego, con sus hijos, buscó cobijo en la casa de sus padres en Amalfi. La niña siguió estudios elementales en Aná y Amalfi.

A los siete años, Laura, inesperadamente, tuvo un encuentro muy íntimo con Dios: su corazón ya nada más ambicionó que centrarse totalmente en el Señor. Empezó a subir hacia las cumbres de la contemplación.

Ingresó a los 16 años como interna en la «Normal de Institutoras» de Medellín. Sobresalió por su aprovechamiento en los estudios y también por su piedad. Comulgaba cada día en la vecina iglesia de los jesuitas, frecuencia no común en aquellos tiempos.

Obtenido el título de maestra, ejerció la docencia en varios pueblos: Amalfi, Fredonia y Santo Domingo. Dejó siempre en sus alumnas un recuerdo excelente. Como maestra cristiana, les inculcaba los valores y las virtudes cristianas, les exponía la Palabra del Evangelio y las atraía especialmente al amor de la Eucaristía. Muchos padres de sus alumnas se sintieron atraídos por las lecciones de la joven maestra y quisieron seguirlas ellos también. Por su influencia, algunas jóvenes pasaron del espiritismo a la profesión de la fe católica.

En 1897 se incorporó al colegio de la Inmaculada, fundado por su prima Eleonor Echevarría en Medellín para alumnas de clases acomodadas. Tuvo que soportar entonces una violenta persecución por parte de los padres de sus alumnas ya que fue acusada, calumniosamente, de obligar a sus discípulas a entrar en religión. El colegio tuvo que cerrar ya que los padres retiraron a sus hijas. Laura tuvo entonces que sufrir marginación y pobreza; se propuso no defenderse y pasar esta prueba y humillación en silencio. Más tarde el vicario general de Medellín le ordenó escribir una «carta abierta» para reivindicar su inocencia. Tras la publicación de esta carta, el colegio volvió a abrir sus puertas; pero por breve tiempo. Tuvo que cerrar de nuevo por acusaciones no de los seglares sino del propio arzobispo de la ciudad, quien acusó a Laura de pertenecer a la masonería y aconsejó a los padres que quitaran a sus hijas del colegio.

No se dejó abatir por estas pruebas. Desde la infancia Laura había sentido la vocación religiosa. Su espíritu contemplativo la

inclinaba a la Orden de las carmelitas descalzas. Pero, en su discernimiento, otra opción le robó mente y corazón. Sus conocimientos del país, su geografía e historia, le habían hecho descubrir el estado de abandono y marginación en que vivían innumerables tribus indígenas, esparcidas por la selva. Entonces su decisión de consagrarse a Dios osciló entre la celda y la selva. En 1907, cuando se encontraba en Marinilla, recibió una revelación de la paternidad de Dios:

> «He conocido profundamente —más de lo que pueden expresar las palabras— la generación del Verbo eterno y cómo Dios es intensamente Padre de todos los hombres [...] Me vi en Dios y vi cómo me arropaba con su paternidad haciéndome madre, del modo más intenso, de los infieles. Me dolían como verdaderos hijos».

Entoces se sintió fuertemente llamada a realizar lo que ella llamaba «la Obra de los indios». En 1908 realizó el primer viaje apostólico y misionero entre los indios con dos compañeras y un sacerdote. El primer fruto de esta empresa fue el bautizo colectivo de 72 indígenas. Animada por este éxito en años sucesivos repitió esta misión.

En 1912 volvió a sentir la vocación carmelitana; pero el santo obispo de Medellín, mons. Rafael Pardo Vergara, la urgió a anunciar la Buena Nueva de Cristo a las multitudes de indios. Lo mismo le indicó el jesuita P. Dueñas: «Dios te llama no sólo a la perfección en el convento del Carmelo, sino también a la empresa heroica entre los infieles. Estás obligada a optar por esta última. Puedes decir a las madres carmelitas que dispongan libremente de tu celda».

Laura tuvo el coraje de replicar: «Durante veinte años he bañado con mis lágrimas aquella celda». Pero el padre jesuita le insistió: «Dios te llama a otra empresa heroica».

Ante la imagen de María Inmaculada, va madurando su obra de maestra de los indios. Reza:

> «Madre, yo no soy huérfana porque te tengo a ti: tú eres más que una madre. Pero los pobres indios son huérfanos y ello me rompe el corazón. ¿No quieres ser tú su madre?»

El mismo año de 1912 halló la respuesta en el encíclica de San Pío X: *Lacrymabilis status indum,* en la que el pastor universal

invitó a los otros pastores de la Iglesia a hacer algo por los indígenas americanos, en peligro de exterminación.

En 1914 el obispo de Santa Fe de Antioquia, mons. Maximiliano Crespo, aceptó «con alma, vida y corazón» la obra de evangelización que Laura le proponía y se ofreció a ser su guía.

Acompañada de su madre, María Dolores Upegui, y de sus cinco primeras compañeras, con la bendición del obispo Maximiliano, sale de Medellín el 5 de mayo de 1914. Parten apoyando su debilidad de mujeres en la fuerza de la cruz, sostenidas por el amor a María Inmaculada. Las primeras misioneras de los indios, tras diez días de penoso viaje atravesando la cordillera andina central hacia las orillas del Riosucio, llegan al pequeño pueblo de Dabeiba. El trayecto, aún hoy, es difícil y erizado de toda clase de peligros, pero nada hizo menguar el impulso evangelizador de Laura y de sus primeras religiosas.

En 1916 la congregación de las Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena, formada por Laura, recibió la primera aprobación eclesiástica. Bajo la protección maternal de la Madre del Señor y de la intrépida mujer de Siena que tanto trabajó en su tiempo por la Iglesia y que compaginó la vida contemplativa y la activa, Laura emitió sus primeros votos el primero de enero de 1916 y el 8 de diciembre de 1924 hizo su profesión perpetua. En su *Autobiografía* madre Laura describió así el perfil de sus discípulas: «Tenía necesidad de mujeres intrépidas, osadas, inflamadas del amor a Dios, capaces de asimilar su vida a la de los pobres habitantes de la selva, para elevarlos a Dios».

En las Constituciones que redactará para sus misioneras, inculca en el progreso de la vida interior del espíritu mientras llevan vida de nómadas para hacer llegar a los indios la bondad de la fe católica: «Nuestra plegaria se ambienta en la realidad histórica del pueblo, integrando en la vida la acción y la contemplación».

En la región de Urabá, en la prefectura de Dabeiba, Laura y sus hermanas de congregación iniciaron sus trabajos apostólicos entre los indios *embera-catios*. Diez años permanecieron evangelizándolos. Por imperativo de las autoridades que desaprobaban su comportamiento como religiosas misioneras, pasaron a la diócesis de Santa Rosa de Osos. Aquí Laura estableció

la casa general de su Instituto y el noviciado, pero tuvo que abandonar pronto este emplazamiento. Pasó luego a la diócesis de Santa Fe de Antioquia y, finalmente, en 1940, Medellín le abrió sus puertas para que la congregación tuviera su sede definitiva.

Laura Montoya planteó su obra misionera entre los indios como una gran empresa de inculturación y de evangelización. Es mujer de vanguardia. Su estilo de vida como mujer y como misionera rompe moldes. Por ello tiene que soportar la incomprensión de muchos, de algunos prelados también, que no aciertan a entender la obra de aquellas «religiosas-cabras» —como la fundadora misma llama a sus hijas—, que dejan atrás esquemas tradicionales y son punta de lanza en la evangelización de América Latina por parte de mujeres misioneras, consagradas del todo a la predicación del Evangelio y a la promoción de la desgraciada situación de los indios. Laura se empeñó en hacer superar la idea de la inferioridad y de la debilidad femeninas. Con su vida y con su acción educadora y evangelizadora demostró que la mujer podía llevar a cabo obras de gran envergadura social y religiosa.

La madre Laura tuvo siempre un elevado concepto de la dignidad de los pobres, de los humildes, de los indígenas. Normalmente los indios eran considerados seres peligrosos, ladrones, asesinos, por las personas «civilizadas» de los Estados americanos. Eran tratados como mulos, rechazados como animales peligrosos. Sometidos a malos tratos como bestias, humillados y perseguidos, reaccionaron con una desconfianza total hacia todo lo que fuera «civilización», enseñanza, gobierno, etc. Ellos mismos se consideraban inferiores a los blancos y temerosos de cuanto procedía de los blancos. Muchas autoridades civiles y eclesiásticas los consideraban irreducibles. Madre Laura y sus compañeras se integraron plenamente en la comunidad de los indios; aprendieron la lengua indígena, respetaron sus tradiciones.

> «No faltan quienes piensan que la catequización deba iniciarse con la radical y forzosa transformación de los usos y de las tradiciones auctóctonas, y con la abolición de la lengua aborigen para sustituirla por la castellana; esto es imposible y cruel y causaría la ruína total de la raza. ¿Quién no ama la propia lengua? ¿Quién no

siente las tradiciones de los antepasados como trozos del propio corazon?»

Juntamente con su cultura ancestral, madre Laura defendió los derechos de los indios, sus propiedades de las que habían sido despojados por los conquistadores y «civilizadores», devolvió a los indígenas la conciencia y la posesión de su dignidad humana. Con su acción cultural y apostólica, hizo todo lo posible para derribar el muro de discriminación racial que mantenían muchos líderes civiles y religiosos de su tiempo.

La ternura femenina, animada por la oración y la caridad, fue la fórmula feliz de un método nuevo y audaz, basado en la abnegación y en la delicadeza, en el conocimiento perspicaz de la psicología de los indios y de su situación sociologica. «La pedagogía del amor» fue el instrumento que Laura utilizó para atraer mente y corazón de sus catequizados al crisianismo.

> «Los tratabamos —escribe la fundadora— como seres importantisimos, como hijos del alma Hasta los mas reacios, encontraban en nosotras compasion, ternura y apoyo»

Este lenguaje resultó más comprensible que la palabra misma.

Madre Laura albergaba en su corazón el afán por difundir la gloria y el conocimiento de Dios por toda la tierra; por eso quería ir en busca del indígena, del negro, del mestizo abandonado, de cuantos, en su obscuridad interior, no podían encontrar a Dios. Éste era el anhelo que movía sus largas horas de oracion. Esta exigencia del alma impregnaba su plegaria, sus sacrificios y privaciones, sus numerosos escritos. Feliz y sonriente en su tarea misionera, se la vio recorrer las selvas del Murrí, del golfo de Urabá, de la selva Sarare en la fronterza de Venezuela.

Tenía sed: «Sitio» («Tengo sed»), las palabras del Crucificado (Jn 19, 28), que hizo grabar sobre el hábito, a la altura del corazón, de sus misioneras. Escribió:

> «¡Cuanta sed tengo! ¡Sed de saciar la vuestra, Señor! Al comul gar nos hemos juntado dos sedientos. Vos de la gloria de vuestro Padre y yo de la de vuestro corazon eucaristico. Vos de venir a mi y yo de ir a vos»

Son palabras de una contemplativa que, llevada por su sed de propagar la gloria del Padre y el conocimiento de Cristo, ha-

bía preferido la selva de los indios a la celda carmelitana. Pero sintió arder siempre en su espíritu el carisma de la contemplación, como ampliamente lo demuestra su *Autobiografía* y en *Voces místicas,* inspirada en la contemplación de la naturaleza. De ésta nos dan prueba las manifestaciones de su piedad eucarística, vivida en el corazón de la selva. Ésta será su celda; como sagrario elige la naturaleza andina, los bosques y cañadas, la exuberante vegetación en donde encuentra a Dios. De sus hermanas, decía:

> «No tienen un sagrario, pero tienen una naturaleza; aunque la presencia de Dios es distinta, en las dos partes está y el amor sabe buscarlo y hallarlo en donde quiera que se encuentre».

Su unión con María y con la Iglesia alcanzó rasgos místicos en esta expresión:

> «En cierto sentido existen dos Vírgenes que son fecundas y conciben por obra del Espíritu Santo: María y la Iglesia. María ha parido a Jesús y la Iglesia a los santos, que son como el reflejo de Jesús y sus imágenes vivas».

Por eso su mente y corazón tuvieron horizontes verdaderamente universales.

> «¡Oh santo Evangelio, fórmula pedagógica de Jesús, mi gran Maestro! ¡Cuánto os amo y cuánto quisiera llevaros como una antorcha sagrada hasta los confines más remotos del mundo!»

Es lo que también expresó en noviembre de 1930, orando en la basílica de San Pedro de Roma:

> «Tuve fuerte deseo de tener tres largas vidas: una para dedicarla a la oración, otra para pasarla en las humillaciones y la tercera para las misiones; pero al ofrecerle al Señor estos imposibles deseos, me pareció demasiado poco una vida para las misiones y le ofrecí el deseo de tener un millón de vidas para sacrificarlas en las misiones entre infieles».

Esta infatigable misionera, alma mística de altos vuelos, pedagoga y escritora castiza, pasó los nueve últimos años de su vida en una silla de ruedas, pero nunca abandonó su apostolado de la palabra y de la pluma. Entre sus obras, además de las dos citadas, cabe recordar sus *Cartas misionales, Aventura de Dabeiba,*

Campos de Luz, Proyecciones de un corazón humano-divino, Visitas eucarísticas, Manual de oraciones...

Después de una larga y penosa agonía, fue a recoger el premio de sus trabajos desde Belencito (Medellín), el 21 de octubre de 1949.

A su muerte, su congregación de misioneras contaba con 467 religiosas, residentes en 90 casas, distribuídas entre Colombia, Ecuador y Venezuela. Actualmente las misioneras de la beata Laura Montoya trabajan en 19 países de América, África y Europa.

El 4 de julio de 1963 se inició su causa de canonización en la curia archidiocesana de Medellín. El 1967 su causa fue introducida en la Congregación de los Santos. Los procesos apostólicos se desarrollaron entre 1976 y 1979 y fueron validados el 22 de enero de 1988. El 7 de julio de 2003 el Papa emitió el decreto de beatificación, la cual fue oficiada en la plaza de San Pedro del Vaticano por Juan Pablo II el 25 de abril de 2004.

> «Esta beata colombiana —predicó el Santo Padre— se sintió madre espiritual de los indígenas a los que quiso mostrar el amor de Dios. Sus tiempos no fueron fáciles, pues las tensiones sociales ensangrentaban su noble patria. Inspirándonos en su mensaje pacificador, le pedimos hoy que la amada Colombia goce pronto de paz, de justicia y de progreso integral».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Autobiografía de la Madre Laura (Medellín 1971).

BEAUDOIN, I. (ed.), *Index processuum beatificationis et canonizationis qui in Archivo Secreto Vaticano et in Archivo Sacrae Congregationis pro Causis Sanctorum asservantur (1588-1982)* (Roma 1982) 261.

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) 934-935.

L'Osservatore romano (25/26-4-2004).

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Index ac status causarum* (Roma 1985) 120.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA ÚRSULA Y COMPAÑERAS

Vírgenes y mártires († s. IV)

El *Martirologio romano* nos informa de que en Colonia, Alemania, se hace la conmemoración de algunas santas vírgenes que consumaron su martirio allí donde luego se edificó una basílica en honor de Santa Úrsula, virgen, tenida como la primera de dichas vírgenes. Y en realidad esto es todo cuanto puede decirse si nos atenemos a los datos de la historia y dejamos a un lado la antigua y largamente difundida leyenda de la que ha sido objeto la memoria de estas santas. Digamos que una inscripción en piedra hallada en Colonia señala la reedificación por un tal Clemacio de una iglesia dedicada a la memoria de unas vírgenes martirizadas allí. No se da nombre de ninguna de estas vírgenes. Esta piedra garantiza que en Colonia hubo una iglesia memorial del martirio de algunas doncellas, y en este aspecto el dicho martirio debe considerarse histórico. Esta inscripción pertenece a finales del siglo IV o comienzos del siglo V. Siglos más tarde aparece la leyenda, con el nombre de Santa Úrsula capitaneando once mil vírgenes que fueron masacradas por los hunos al no querer abandonar la fe católica. Inicialmente las compañeras eran once y de ahí la leyenda evoluciona a los miles. El culto a Santa Úrsula y sus compañeras así como falsas reliquias de las mismas se extendieron por todo Occidente. Varias congregaciones religiosas llevan el título de Santa Úrsula y unas veintinueve congregaciones titulan a sus miembros ursulinas.

SAN VIATOR

Lector († 481)

Lo que sabemos de Viator es que era lector en la Iglesia de Lyón y que decidió acompañar a su obispo, San Justo, cuando éste, acuciado por problemas de conciencia, decidió dejar su diócesis y meterse en un convento de Egipto. Aunque su retiro fue descubierto se negó a volver a Lyón y pasó el resto de su vida en el monasterio hasta su muerte, ocurrida hacia el año

390. Le sobrevivió San Viator que igualmente estuvo en el monasterio hasta su santa muerte. Los cuerpos de ambos santos fueron luego llevados a Lyón, donde ya el *Martirologio jeronimiano* nos asegura que se les daba culto. En 1831 el abate Luis Querbes († 1859) fundó la «Congregación de Clérigos de San Viator». Se llama «Congregación de Clérigos Parroquiales» o «Catequistas de San Viator». Fue fundada el 3 de noviembre de 1831 y aprobada el 27 de septiembre de 1838 y su finalidad es la de la enseñanza de la doctrina cristiana y el servicio de los altares. Y tiene su casa generalicia en Roma.

BEATO PEDRO CAPUCCI

Presbítero († 1445)

Nace Pedro en Tiferno, llamada también Cittá di Castello, hacia 1390. Con sólo quince años pide el hábito religioso en el convento dominico de su ciudad natal y tras profesar pasa al convento de Cortona, donde estaría el resto de su vida. Pese a estar ordenado de sacerdote, no tenía empacho en ejercer a favor de la comunidad menesteres humildes como el de limosnero. Era muy austero, piadoso y celoso, y predicaba con gran interés a los fieles que tuvieran siempre presente el pensamiento de la muerte como medio para evitar los pecados, pues entendía que quien tiene presente la muerte temporal evitará la muerte eterna. Se dice que convirtió a muchos pecadores que acudieron a su confesonario para abrirle sus almas y solicitar de él dirección espiritual. Se le atribuyeron muchos milagros. Murió el 21 de octubre de 1445. Su culto fue confirmado el 11 de marzo de 1816.

SAN PEDRO YU TAECHOL

Mártir († 1839)

Hijo del mártir San Agustín Yu Chin-gil (cf. 22 de septiembre), nació en Ipjong-dong, Seúl, en 1826. En su casa pudo ver la firme fe de su padre y sus esfuerzos en pro del cristianismo coreano, pero al mismo tiempo pudo ver la resistencia de su

madre a abrazar la fe católica. Era un chico amable, obediente y bondadoso. Cuando supo que su padre estaba ya en la cárcel y estaba sufriendo mucho, decidió él también ofrecerse al martirio. Su madre le prohibió formalmente manifestarse como cristiano y le apretó alegando que tenía que obedecer, pero él replicó que en materia religiosa la obediencia fundamental se debe a Dios. Se presentó en la cárcel y le dijo a los guardias que él era cristiano. Los guardias le dijeron que se dejara de decir tal cosa y que si era católico lo que tenía que hacer era abjurar de su religión. Pero él se negó firmemente. Entonces lo apalearon, pero él no cedía. Siguieron apaleándolo hasta que le partieron la ropa y le causaron numerosas heridas. El muchacho persistía en su confesión de fe. Metido en la cárcel le avisaron que le esperaban tormentos mayores. Pero el chico seguía firme. Y lo mismo cuando volvieron a torturarlo. Los interrogatorios fueron más de cuarenta y las torturas catorce, hasta que se le cayeron pedazos de carne. Condenado a muerte no se le decapitó por ser menor de edad sino que se le estranguló en la cárcel el 21 de octubre de 1839. Tenía sólo 13 años. Es el benjamín de los mártires coreanos.

Fue canonizado el 6 de mayo de 1984 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea que sufrieron martirio entre 1839 y 1846.

22 de octubre

A) Martirologio

1. La conmemoración de San Marcos († s. II), obispo de Jerusalén.
2. En Hierópolis (Frigia), San Abercio († s. III), obispo **.
3. En Adrianópolis (Tracia), santos Felipe, obispo de Heraclea, y Hermes, diácono († 303), mártires *.
4. En Ruán, San Malón († s. IV), obispo.
5. En territorio de Besançon, San Valerio († 408), diácono de Langres, mártir.
6. En Ponthion (Neustria) San Lupenzio († 684), abad de Saint-Privat de Javols, mártir.
7. En Auch (Aquitania), San Leotadio († s. VII), obispo *.

8. En el monasterio de Terceto (Lombardía), San Moderano o Moran († 730), abad, anteriormente obispo de Rennes *.

9. En territorio de Nantes (Bretaña Menor), San Benito († 845), ermitaño en Macerac.

10. En Huesca (Aragón), santas Nunilo y Alodia († 846), vírgenes y mártires **.

11. En Fiésole (Toscana), San Donato Escoto († 874), obispo *.

B) Biografías extensas

SAN ABERCIO
Obispo († s. II)

La vida y milagros de San Abercio no son hoy muy conocidos del pueblo cristiano. Y, sin embargo, es este santo una figura gigante de la primitiva Iglesia, con una aureola de hechos y milagros que le mereció el título de «isapóstol», igual a los apóstoles.

Tal vez el mismo esplendor de sus portentos contribuyó a eclipsar la gloria de su nombre en siglos poco amigos de lo sobrenatural. Son, efectivamente, tantos y tan ruidosos los prodigios que se le atribuyen, que algunos han puesto en tela de juicio la misma realidad histórica del personaje, buscando en ello armas contra la Iglesia católica, que lo venera en el catálogo de sus santos desde remota antigüedad. ¿Pero es que acaso no pudo Dios suscitar a fines del siglo II de nuestra era un taumaturgo de la talla de tantos otros que han destacado antes y después a lo largo de la historia? ¿Es que se había agotado ya la omnipotencia divina con la acción carismática de los apóstoles? ¿No se hacía sentir la necesidad de una intervención especial de Dios precisamente en momentos en que arreciaba la persecución contra la Iglesia? ¿Habían, tal vez, perdido su virtualidad aquellas palabras del Salvador (Mc 16,17-18), que dijo: «A los que crean les acompañarán estas señales: en mi nombre echarán los demonios, hablarán lenguas nuevas, tomarán en las manos las serpientes, y, si bebieren una ponzoña, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos, y éstos recobrarán la salud». ¿No prometió también el Señor (Lc 17,5) que quien tuviera fe

como un grano de mostaza diría a un sicómoro: «Desarráigate y plántate en el mar», y el árbol obedecerá?

No es que hayamos de admitir ciegamente todos los relatos fabulosos de los antiguos biógrafos. Posiblemente la fama y el tiempo han ido envolviendo los hechos con el ropaje y las mallas de lo mítico. Mas ¿cómo ahora, a la distancia de tantos siglos, descarnar los hechos en su realidad histórica y discernir lo verdadero de lo legendario? No cabe aquí otra actitud que la adoptada por el gran historiador romano Tito Livio, cuando dice, refiriéndose a los orígenes de Roma:

> «Aquellos hechos antiguos que aparecen embellecidos con el ropaje de la fantasía no es mi intención ni afirmarlos ni negarlos Hay que perdonar a la antigüedad ese afán de mezclar lo divino con lo humano, porque así realza con caracteres más augustos el origen de los pueblos» (Liv, *Praef*, 6)

En realidad, el historiador no debe por sistema rechazar toda leyenda antigua. Pertenecen al tesoro de la humanidad y, bajo el oropel de fantásticas adherencias, contienen un tuétano de verdad, que muchas veces vienen a confirmar con el tiempo modernas investigaciones o hallazgos arqueológicos.

Así ha sucedido con el milagroso San Abercio. Obispo de Hierápolis en la segunda mitad del siglo II y principios del III, fue objeto de veneración desde muy antiguo en la Iglesia griega, propagándose luego su culto a la Iglesia latina, que lo incorporó al martirologio romano. Y cuando precisamente más se ensañaba con él la crítica racionalista, se producen, a fines del siglo pasado, los descubrimientos del arqueólogo W. M. Ramsay cerca de Esmirna y en el lugar del emplazamiento de la antigua Hierápolis. Estos descubrimientos vienen a autentificar el epitafio con que todos los biógrafos cierran la vida de San Abercio. El epitafio ha sido objeto de una extensa literatura. Y la autenticidad del epitafio ha sido la base para reivindicar la figura y la vida del santo.

Hoy su vida, que se nos había trasmitido en diversas versiones por el cauce de múltiples códices, ha sido incorporada por Nissen a la edición teubneriana, la colección de escritores griegos y latinos más acreditada en el mundo.

Los biógrafos nos presentan al santo en el apogeo de su gloria, triunfando sobre la idolatría pagana. El escenario es su sede

de Hierápolis. El momento histórico, la llegada del decreto imperial mandando ofrecer sacrificios a los dioses. El decreto viene firmado por Marco Antonio y Lucio Vero. El encargado de su ejecución es Publio, gobernador de Frigia.

Abercio no puede contenerse al ver la profanación y la apostasía de su pueblo. Los días y las noches los pasa en continua vigilia y oración.

> «"Dios de las misericordias —dice entre gemidos—, criador y conservador providente del mundo, guarda a mis ovejas fieles a la voz del divino Pastor y líbralas de los peligros del lobo que amenaza devorarlas". Pasaron así muchos días. Mas he aquí que una noche vio en sueños un joven que, entregándole una vara, le decía: "Levántate, Abercio; ve y castiga en mi nombre las apostasías de este pueblo". El santo despierta sobresaltado y, convencido de que Dios guiaría sus pasos, se lanza como el huracán hacia el foro, lleno de ira como Moisés al bajar del monte, y, arremetiendo contra los dioses, los destroza y desmenuza contra el suelo. Después, volviéndose contra los sacrílegos profanadores, que, mudos de pavor, contemplaban la escena, les dice con todo énfasis: "Id al Senado y decid a vuestros jefes que los dioses, borrachos de la orgía de esta noche, han entablado una batalla campal y se han deshecho unos a otros"».

La reacción popular no se hizo esperar. Las gentes, azuzadas por los sacerdotes y ministros de los ídolos, deciden poner fuego a la casa de Abercio. Quieren que en ella perezca el obispo con sus fieles. El Senado les hace desistir, ante el temor de que el fuego se corra por toda la ciudad. Ponen el caso en manos del gobernador Publio, rogándole que dé al culpable su merecido.

Los cristianos corren a llevar la noticia a su obispo y le suplican que se ponga a salvo con la huida. El santo responde decidido: «¿Cómo huir, cuando los apóstoles iban alegres al martirio por amor de su Señor?», y lleno del espíritu de Dios sale inmediatamente con los suyos, atraviesa la ciudad y comienza a predicar en medio del foro la doctrina de Cristo.

Al punto llega la multitud enardecida, clamando furiosa contra Abercio y sus seguidores. Cuando ya se disponía a descargar su ira contra ellos, se presentan inesperadamente tres jóvenes posesos, que, acometiendo furiosamente a dentelladas y golpes, alejan de allí la multitud, y en seguida ellos, como corderillos, caen postrados a los pies del santo. Abercio se pone en

oración, golpea suavemente a los tres posesos y los libra del demonio. La multitud, al darse cuenta del milagro, se acerca al santo pidiendo a gritos la iniciación y el bautismo. Allí mismo comienza Abercio su catequesis. Hasta el anochecer estuvo el Santo obispo instruyendo al pueblo sobre la necesidad de la penitencia y la misericordia de Dios. Cuando, terminado el día, el santo se retira a su casa, la gente le iba acompañando insistiendo en su demanda. Allí continúan horas y horas en actitud suplicante, sin que por un momento se acallaran los gritos, hasta que, al fin, vencido Abercio al filo de la medianoche, salió fuera y, movido de divina inspiración, comenzó a administrar el santo bautismo. Rápidamente creció el número de los fieles. El catecumenado de Hierápolis se vio incrementado por gentes que venían de toda el Asia Menor. Frigia, Lidia, Caria, suministraban grandes contingentes de neófitos. Abercio no se cansaba de catequizar y bautizar. La fama de su doctrina y la gloria de sus milagros corría de boca en boca.

Un día, mientras se ocupaba, como de costumbre, en instruir a los catecúmenos, se acercó al santo una noble matrona. Se llamaba Frigela. Era madre de Eugeniano, privado del emperador. Venía conducida del brazo por su servidumbre, pues había perdido completamente la vista. Frigela, llena de fe y confianza, se echó a los pies del santo y le suplicaba diciendo:

«"¡Oh tú, el más respetable de los mortales!, apiádate de mí y devuélveme la vista. Que pueda ver otra vez la luz radiante del sol. Tengo muchas riquezas, familia, bienes de fortuna, posesiones inmensas. Pero soy la más miserable del mundo. ¡Ojalá que sólo viera, aunque careciera de todo lo demás! Socórreme, por favor. Tengo un hijo que puede mucho ante el emperador. Pero, ¡ah!, no me es posible verle con estos ojos apagados tanto tiempo ha".

"Mujer —contestó el Santo— yo no soy más que un gran pecador. Sólo Dios puede hacer lo que me pides". Pero, hecha una pausa, el santo se pone en oración y, fijando luego su vista en la afligida matrona, le dice: "Si de verdad crees en el Señor, él te puede curar, como curó al ciego de nacimiento". Y ella: "Creo que Cristo es el verdadero Dios. En su nombre tócame los ojos y cúralos". Las lágrimas confirmaban la sinceridad de su fe. El santo entonces, movido por Dios, dijo:

"Ven, luz verdadera Jesucristo, y abre esos ojos a la luz. Si de verdad cree en Cristo, que recobre al punto su vista y que esta vista corporal sea prueba de la interior iluminación".

Al instante la ciega vio. La multitud quedó estupefacta ante el milagro. Todos dieron gracias a Dios. Se ausentó Frigela, profundamente reconocida al santo. Luego Abercio, como la cosa más natural, continuó su catequesis».

La curación de Frigela tuvo gran resonancia. Por Eugeniano, su hijo, llegó la noticia a oídos de la familia imperial. El hijo, gozoso, voló a abrazar a su madre y a agradecer al santo la curación. La fama de Abercio crecía como la espuma. De todas partes acudían los enfermos y lisiados en demanda de salud. Los milagros se multiplicaban a la voz del santo obispo. Pero en lo que más se puso de relieve su poder fue en echar los demonios de los cuerpos.

Una vez, despechado el maligno contra el siervo de Dios, le dijo amenazador: «Ya me lo pagarás, Abercio. Quieras que no, te voy a hacer ir a Roma, mal que te pese».

Aquella misma noche el Señor consoló al santo y confirmó su misión: «Sí, irás a Roma —le dijo—, yo te ayudaré. Allí tu presencia contribuirá a difundir mi nombre y mi doctrina» El santo se tranquilizó y contestó sumiso: «Hágase, Señor, tu voluntad».

Así fue, en efecto. La hija del emperador, llamada Lucila, cayó en posesión diabólica. Daba pena ver a aquella muchacha, joven de dieciséis años, que antes eclipsaba con su hermosura a todas las de su edad, lanzarse ahora por el suelo y gritar con rabia, mientras se desgarraba a mordiscos manos y piernas y se retorcía en contorsiones dantescas. Faustina, su madre, y el emperador lloraban inconsolables su desgracia. En vano imploraban la ayuda de los sacerdotes y arúspices de todas las religiones de Italia. El demonio cada día iba haciendo mayores estragos en su hija.

Afortunadamente el emperador supo por Eugeniano el poder taumatúrgico del obispo de Hierápolis. Le hace venir a Roma. El camino fue una siembra de prodigios. La emperatriz Faustina le recibe complacida. Su marido había tenido que ausentarse rápidamente de Roma para contener el avance de los bárbaros, que acababan de pasar las fronteras del Imperio. Faustina, al verle, quedó prendada del hombre de Dios y, llena de confianza, le rogó con lágrimas en los ojos que librara a su hija del demonio.

Abercio pidió que le presentaran la muchacha. Ella, al encontrarse en presencia del Santo, contra su costumbre, comenzó a dar muestras de jubilosa alegría. Por su boca habló el demonio, diciendo, triunfador, al santo: «¿Ves, Abercio? ¿Ves cómo has venido? He salido con la mía». El santo contestó sereno: «Sí, es verdad, he venido; mas para tu ruina, porque Dios está conmigo».

Después ordenó que llevaran a Lucila al hipódromo. Dios inspiró a su siervo dar gran publicidad al milagro, y para eso el hipódromo era un escenario muy a propósito. La multitud acudió allí de todas partes. El demonio, presagiando su derrota, extremó su tortura en los últimos momentos. Daba lástima ver a la hija del emperador en aquel estado de furiosa posesión diabólica. Pero pronto se acabará el poder del maligno.

El santo, puesto en oración, intimó al demonio y le dijo: «Sal de esta joven. Yo te lo mando en el nombre de Cristo». A esta voz la joven cayó como muerta a los pies del santo. Su madre y la multitud que la acompañaban prorrumpió en un clamoroso llanto. Abercio calmó a la multitud y, dirigiéndose de nuevo al demonio, le dijo: «Pues que tú te empeñaste en traerme a Roma contra mi voluntad, ahora, en nombre de Jesucristo, yo te mando que cargues esta ara y la lleves a cuestas hasta Hierápolis y la coloques allí junto a la puerta austral». El demonio, obediente como un corderillo, cargó con la piedra y fue a dejarla donde el santo le mandó. Mientras tanto la joven Lucila, vuelta en sí, se arrodilló con su madre a los pies de Abercio, en actitud de profundo agradecimiento.

Se sabe que, en recompensa al santo, la emperatriz mandó embellecer la ciudad de Hierápolis dotándola de baños públicos y lugares de culto para los cristianos.

En cuanto a Abercio es notorio que, a su vuelta, fue recibido por su pueblo con grandes manifestaciones de entusiasmo y que conservó siempre vivo e imperecedero recuerdo de su viaje a Roma y de las cristiandadas por él visitadas. Él mismo se preparó el sepulcro y personalmente redactó su epitafio fúnebre. En él quiso perpetuar las impresiones de su viaje. Todos consideran este epitafio como un monumento de valor histórico, teológico y arqueológico incalculable. Dice así, traducido del original griego:

«1. Ciudadano de una ciudad ilustre, yo hice en vida este monumento, a fin de tener en él un lugar de reposo para mi cuerpo. Mi nombre es Abercio. Soy discípulo de un pastor casto que apacienta su rebaño de ovejas por montes y llanuras.— 5. Sus ojos son grandes y ve con ellos todas las cosas. Él es el que me ha enseñado las palabras de la vida cristiana; Él quien me envió a Roma, a contemplar la magnificencia de aquella ciudad y ver a su emperatriz engalanada con vestidos y calzado de oro. Allí vi un pueblo que llevaba en su mano brillantes anillos.— 10. Vi también la llanura de Siria y todas las ciudades y Nísibe al otro lado del Éufrates. Por todas partes desde Oriente me encontré con hermanos en la fe. La fe me acompañó a todas partes y ella fue la que me procuró para comida un pez muy grande y puro, que pescó una virgen inmaculada.— 15. Ella misma lo dio a comer entero a sus amigos; ella, que tiene un vino delicioso y lo ofrece mezclado con pan. Yo, Abercio, a la edad resptable de setenta y dos años, he mandado grabar esto. Que ruegue por mí el hermano que lo entienda.— 20. Que nadie se atreva a colocar otro túmulo encima de mi tumba; de lo contrario tendrá que pagar dos mil piezas de oro al fisco romano y mil a mi querida ciudad de Hierápolis».

Con este epitafio, muchos de cuyos fragmentos han sido hallados por Ramsay, la arqueología da un mentís rotundo a los que quisieron impugnar a la Iglesia basándose en la no historicidad de San Abercio. Desmiente también la teoría de ciertos sabios que le quisieron hacer sacerdote de Cibeles y de Atis, o de otros cultos del sincretismo religioso de su tiempo, y confirma el sentir de la Iglesia griega y romana, que han registrado el nombre del gran obispo de Hierápolis en el catálogo de sus héroes y de sus santos.

JOSÉ JIMÉNEZ DELGADO, CMF

Bibliografía

NISSEN, TH., *S. Abercii Vita* (Leipzig 1912).
Vita: PL 115,1211-1247.
Acta sanctorum. Octobris, IX, p.480-491.
LECLERCQ, L., «Abercius», en F. CABROL - H. LECLERQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* I: *Amende-Azymes* (París 1907) cols.66-87.
BATIFFOL, P. - BAREILLE, G., «Abercius», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* I/1: *Aaron-Angelus* (París 1908) cols.57-66.
DIETERICH, A., *Die Grabschrift des Aberkios* (Leipzig 1896).
• Actualización:
EMMI, B., OP, *La testimonianza mariana dell'epitaffio di Abercio* (Roma 1970).
GUARDUCCI, M., «L'iscrizione di Abercio e Roma»: *Ancient Society* 2 (1971) 174-203.

SANTAS NUNILO Y ALODIA

Vírgenes y mártires († 846)

El relato de la vida, proceso, martirio, traslación y culto de las santas vírgenes y mártires Nunilo y Alodia, constituye una de las más bellas páginas del martirologio, uno de los testimonios martiriales más edificantes y uno de los mayores timbres de gloria que pueden ostentar la villa de Adahuesca y la diócesis de Huesca, patria y lugar de su martirio respectivamente, y el Real Monasterio de Leyre (Navarra), como sepulcro multisecular y centro de devoción e irradiación. Además, diversas entidades y cofradías diseminadas por la Península, consideran a las santas como un grandísimo regalo del cielo, hasta tal punto que las han hecho oriundas de diversas localidades que no han dudado en ofrecerles suelo patrio. La historia, en el caso que nos ocupa, es clara y contundente: por lo que respecta a la patria, al proceso y al martirio, o sea, el punto geográfico, es la Huesca del siglo IX; en lo tocante a la traslación, sepultura y culto multisecular y espléndido, lo son los venerables muros del Real Monasterio Benedictino de San Salvador de Leyre, cuna del Reino de Navarra y panteón de sus primeros reyes. Estos dos polos, pues, constituyen el escenario de cuanto aquí vamos a exponer.

Son varias las fuentes que se ocupan de narrar los hechos históricos relacionados con las Santas Nunilo y Alodia. Gozamos por ello de una abundante fuente de información. Todas las obras al respecto coinciden en lo esencial y apuntan algunas divergencias. Las más importantes son, sin duda, las tres siguientes:

— El *Memorial de los santos* de San Eulogio de Córdoba, cuya fuente directa fue Venerio, obispo de Alcalá.

— El *Pasionario de Cardeña,* interesante códice del siglo XI y copia de otro del siglo X procedente de Córdoba.

— El *Breviario de Leyre,* ejemplar de rito romano de los siglos XIII-XIV, que narra principalmente el descubrimiento y la traslación de los cuerpos de las santas Nunilo y Alodia al monasterio de Leyre.

Antes de proseguir conviene señalar que el nombre de Nunilo es diminutivo de Nunia o Nuña. Alodia en cambio es una variante latinizada de un nombre gótico de mujer: Al = todo y

Od = cosa preciosa. También se ha interpretado así: Alod = herencia. Era un término germánico utilizado por los francos para designar su propiedad, conquistada a los galo-romanos.

La panorámica histórica y los personajes reinantes entonces en Huesca y que dominaban en dicho territorio, eran los Banu Qasi. Sus relaciones con los reyes pamploneses eran abiertas y amistosas. Los Banu Qasi eran amigos de los cristianos, pero como mahometanos exigían fidelidad a las leyes musulmanas. En el proceso de nuestras santas, no se palpa ambiente de persecución, sino que se trata de un proceso judicial por incumplimiento de las leyes musulmanas. De no haberse interpuesto una delación, probablemente no se habría entablado este proceso.

Partiendo, pues, de las fuentes antes citadas, podemos reconstruir así cuanto sabemos de la vida y martirio de nuestras santas, añadiendo el bello relato de la traslación y culto que han recibido en Leyre por espacio de un milenio:

Las hermanas Nunilo y Alodia, naturales y residentes siempre en Adahuesca (Huesca), eran hijas de padre muladí y madre cristiana. Entre los suyos había gente de abolengo. Se distinguían por la nobleza de su cuna y brillaban por la alta luz de su dignidad. Siendo aún muy niñas murió su padre y la madre, a pesar de que la ley mahometana lo prohibía, educó a sus hijas en la religión cristiana. Algunas fuentes señalan que la madre contrajo segundas nupcias con un gentil. Lo cierto es que pocos años después moría también esta buena mujer, quedando las niñas en la casa paterna, a merced del paganismo imperante, cuando la menor estaba todavía en la niñez y la mayor en la adolescencia. Por todas partes se esparció el perfume de la fe que profesaban y alcanzado el uso de razón, ambas progresaban en la fe y, dando al olvido los ritos paganos, pasaban las noches de las solemnidades de los santos en diligentes velas, ayunos, oraciones y vigilias. De ahí que era de general admiración que entre los abrojos hubiese brotado la hermosura de aquellas dos rosas.

Uno de sus parientes con quien convivían comenzó a instigarlas repetidamente para que, dejando la fe de Cristo, tornaran a la creencia paterna. Fue inútil; Nunilo y Alodia, sólidamente educadas por su madre, se mantuvieron siempre firmes y va-

lientes. El pariente, temiendo comprometerse teniendo en casa dos cristianas; y también por hacerse con los cuantiosos bienes de las jóvenes y hacerse merecedor del premio que se daba a los delatores, acusó a las hermanas ante el juez. Llamadas por Galaf, mostraron la decisión de permanecer firmes y fieles en la fe de Cristo hasta la muerte. El juez, al ver su perseverancia, sintió lástima de su juventud y ordenó regresaran a su casa sin causarles ningún daño, si bien encargó a dos mujeres musulmanas que procurasen hacerlas abjurar del cristianismo. Las santas hermanas, exhortándose mutuamente, se fortalecían y rogaban a Cristo noche y día para mantenerse en la fidelidad a su propósito.

Descontento de la decisión del juez, el impío pariente llevó la denuncia hasta Zimael, reyezuelo árabe de Huesca. Llamadas por él, acudieron las santas con los pies descalzos, para acostumbrar su cuerpo al sufrimiento. Una vez allí fueron nuevamente interrogadas y por medio de intérpretes intentó persuadirlas con halagos y amenazas: Si se convertían a su fe recibirían a cambio oro, plata, vestidos y joyas, además de nobles y ricos esposos. Si se obstinaban, las mandaría degollar.

La respuesta de las vírgenes fue heroica:

> «Cadí, no te empeñes en apartar del culto de Dios a dos vírgenes que, por su gracia, han llegado a conocer que no hay riqueza alguna fuera de Cristo. Con Cristo está la vida y sin él la muerte. Permanecer a su lado y vivir en él, es la verdadera alegría; separarse de él, la perdición eterna. En cuanto a nosotras, tenemos el propósito de no abandonarle; le hemos consagrado la santidad de nuestro cuerpo. Las ventajas de esas cosas perecederas que nos propones, las despreciamos. No nos acobardan los suplicios que terminan pronto; y por lo que se refiere a la muerte con que nos amenazas, la recibiremos muy contentas, sabiendo que ella nos abre las puertas del cielo y nos lleva a los brazos de Cristo».

Cuando Zimael, por medio del intérprete, conoció estas palabras, dispuso que ambas hermanas fueran separadas en dos casas distintas bajo diligente custodia, con el fin de que, al no poderse comunicar y ver, fueran más fácilmente persuadidas. En este trance transcurrieron 40 días, al cabo de los cuales volvieron a encontrarse; unidas de nuevo, ambas se animaron mutuamente para el combate final. Tras un nuevo interrogatorio en el que se les propuso que, al menos, declarasen aparente-

mente que se acomodaban a la ley musulmana y una vez salvadas las apariencias podrían vivir como cristianas, las santas vírgenes respondieron:

> «Dinos: ¿hemos de morir algún día? Entonces, preferimos morir ahora por Jesucristo para ir con él a la vida eterna, que vivir ahora y caer después en la muerte eterna del infierno. Haz pronto lo que gustes; nunca negaremos a Cristo».

A la vista de tal constancia, Zimael ordenó al verdugo: «Golpea con la espada y córtales la cabeza». Por tres veces tuvo que repetir la orden, mientras instaba a la mayor a presentar el cuello. Entonces Nunilo, animando a su hermana a seguir su ejemplo y habiendo recibido de ella promesa de hacerlo, se ofreció al verdugo, recibiendo el golpe mortal. Y como al caer se le descubriesen las piernas, su hermana diligentemente se las cubrió.

Aún espera otra prueba a la valerosa Alodia. Zimael se dirige a ella y le dice: «¿Qué ganas con morir cruelmente? Obedéceme y vivirás con toda clase de placeres». Ella respondió: «No te obedeceré. Manda degollarme... Espera un poco, hermana, ya voy». Seguidamente desata la cinta de sus cabellos y ata con ella el borde de su túnica, para que al caer no sufra su honestidad virginal y se ofrece al verdugo que de un tajo corta su cuello. Era el jueves 21 de octubre del 846 aproximadamente.

Abandonados sus cuerpos en el lugar del suplicio para ser pasto de los perros y las aves de rapiña, éstos no se atrevieron a tocarlos, pues la divina fuerza velaba sobre ellos. Al ver esto los infieles, fueron arrastrados fuera de la ciudad y arrojados en un lugar llamado Las Horcas, hasta que los cristianos les dieron allí mismo sepultura. Y como durante la noche se observaran divinas luces y resplandores en el lugar de la sepultura, Zimael ordenó fueran desenterrados y traídos a la ciudad, en donde fueron arrojados en un profundo pozo cubierto después con tierra y piedras.

Pronto comenzaría su glorificación. A Navarra llegó rápidamente la noticia del martirio de las heroicas vírgenes; la reina Oneca se impresionó vivamente y en seguida ardió en deseos de traer a su reino los cuerpos de las mártires. El ejemplo y el coraje de las dos jovencitas le enterneció vivamente y comenzó

a profesarles gran devoción. Era una empresa difícil y arriesgada buscar los cuerpos, por lo que recurrió a la oración, en demanda de luz y ayuda, a la vez que encargaba al abad de Leyre Dom Fortún, que tanto él como los monjes legerenses dirigieran apremiantes instancias a Dios en sus oraciones. Escribe el P. Moret en los Anales del Reino de Navarra:

> «Oraba al cielo la piadosa reina por la noticia cierta y segura. Y para alcanzarla, encargó al abad del monasterio Dom Fortuño, su pariente, ordenase que todos los monjes hiciesen muy apretadas instancias a Dios en sus oraciones, pidiéndole la noticia y buen suceso de aquel intento. A ruegos de muchos y en causa tal, no suele ser sordo el cielo».

Un día se presentó en el monasterio un vecino de un pueblecito cercano llamado Casas, que el P. Moret identifica con Casarés de Lerda, sito entre Javier y Undués. Una noche, en sueños oyó una voz con este mensaje: «Auriato, corre presto a la ciudad de Huesca y allí, con el favor divino, encontrarás los cuerpos de las mártires Nunilo y Alodia escondidos en un profundo pozo». Auriato se apresuró a exponer su visión al abad Fortún. Este, después de consultar y de informar a la reina, dispuso que Auriato fuese a Huesca, disfrazado de mercader. Una vez allí, se rodeó de cristianos que prometieron ayudarle. Una noche, provistos de los utensilios necesarios, se dirigieron al lugar donde se creía estaban escondidos los cuerpos. El *Breviario de Leyre* señala que a los primeros trabajos, todos sintieron un agradable aroma, que animó a todos a proseguir con gran ímpetu la búsqueda de los cuerpos. Poco después hallan el suspirado tesoro. Auriato, después de dar gracias al cielo, carga los sagrados cuerpos y emprende su huida a tierras de cristianos. Pasadas las fronteras, envía emisarios a la reina para anticiparle el gozo y continúa más despacio su camino, dando lugar a que las sagradas reliquias sean veneradas por los pueblos que atraviesa.

Mientras tanto, en Leyre se organizaba la gran solemnidad para el día del recibimiento. A Leyre vino el obispo de Pamplona Wilesindo, los reyes con sus cortesanos. Todos acudieron al monasterio tras el gentío de los pueblos comarcanos. Por fin, el 18 de abril de hacia 880 Auriato llegaba con su preciado tesoro al Real Monasterio. En Leyre hubo una gran explosión de ale-

gría; fue una fiesta solemnísima, con una gran asistencia de nobles y magnates y gran multitud devota y ferviente.

A partir de este momento, comienza la devoción más típica de Leyre; comienza también la historia documental del monasterio, pues poseemos un interesante documento de donación del rey y del obispo Wilesindo. Desde ahora, los caminos que conducen al ilustre cenobio, se llenarán de romeros y peregrinos que vienen a venerar los sagrados cuerpos de las Santas Nunilo y Alodia. Los testimonios de devoción por parte de los monjes, de los reyes y de los pueblos limítrofes al monasterio son abundantes. Todo ello contribuyó sobremanera a que Leyre se constituyese en el más importante de los centros monásticos de Navarra, refugio de la monarquía y del obispado y centro floreciente de vida espiritual. Los reyes navarros lo convirtieron en su corte, su templo y su sepulcro. Y unas veces agradecidos y otras implorando la protección de las Santas, otorgan al monasterio pingues posesiones. Es digno de recordar el milagro que en el año 1051 realizaron las santas al rey Don García, gravemente enfermo. Sus fuerzas decaen notablemente, los médicos de la Corte no comprenden su mal, se siente grave. Entonces, viendo que no tiene remedio en este mundo, manda que lo lleven a Leyre. Allí llega el rey febricitante, llevado en una litera por sus siervos. Se encomienda con todo fervor a las santas Nunilo y Alodia y el Señor le devuelve la salud. El 18 de noviembre de 1051, vuelve gozoso a agradecer a las santas la salud recuperada y hace una donación espléndida. La práctica totalidad de los diplomas de donación, nombran a las santas vírgenes, incluso llega un momento en que solamente nombran a ellas, mientras que de los demás santos venerados en el cenobio, hacen mención general.

Leyre ha sido depositario celoso durante casi diez siglos de los sagrados despojos. Se puede decir que el culto de las santas se convierte en historia de Leyre y que, a la inversa, diez siglos de historia de Leyre, se confunden con el culto de las Santas. Diversos historiadores afirman que estas santas son uno de los más espléndidos regalos que el cielo ha deparado al monasterio y las califican como joyas y gloria de esta casa de Leyre, mediante las cuales, Dios ha llenado de protección y bendición a sus moradores.

Los monjes instituyeron dos fiestas en su honor: la del 18 de abril para conmemorar la traslación y la del 21 —más tarde y por exigencias litúrgicas se cambió al 22— de octubre para conmemorar el martirio. La primera tenía más bien un carácter de devoción popular. Era el día de las romerías de los pueblos limítrofes al monasterio. La segunda era la fiesta monástica por excelencia y siempre se celebró con extraordinaria solemnidad. Así lo confirman los diversos calendarios de Leyre que han llegado hasta nosotros. Andando el tiempo, esta fiesta fue enriquecida con la concesión de indulgencias por el papa Clemente XII, el 20 de septiembre de 1730, a cuantos visitaren la iglesia abacial de San Salvador de Leyre, desde las primeras vísperas de la fiesta de las santas vírgenes hasta después de las completas del día litúrgico. Así lo expresa en una bula que recientemente pudo ser recuperada y devuelta por la parroquia de Sanguesa y hoy se guarda en el tesoro de reliquias legerense.

Las santas, por su parte, siempre correspondieron generosamente a la fe de sus devotos. No puede omitirse el milagro popular del campo, que convirtió a las santas en celestiales patronas de las cosechas. Lo describen el padre Yepes en su *Crónica general de la Orden de San Benito;* el padre Moret en sus *Anales del Reyno de Navarra;* el Padre Ramón de Huesca en su *Teatro crítico del Reyno de Aragón.* Los bolandistas recogen el contenido del acta que se levantó del acontecimiento ante don Martín Vendrell, notario público. Es como sigue: En 1638 la sequía se cernía amenazante sobre los campos. Numerosos pueblos del contorno deciden subir en romería a San Salvador, para suplicar, por intercesión de las santas Nunilo y Alodia, agua para sus campos sedientos.

Llegados al monasterio, se organiza una solemne procesion con las santas reliquias de las mártires hasta la llamada *Fuente de las vírgenes.* Una vez allí, el oficiante que era el P. prior de Leyre dom Antonio de la Reque, extrajo de la urna de marfil que guardaba las reliquias, uno de los huesos que introduce por tres veces en el agua, para que a su contacto, las santas se acuerden que lo que les piden es agua. A la tercera vez el hueso comienza a destilar gotas de sangre; el lienzo que el Prior llevaba entre sus manos, quedó salpicado de manchas rojas. El hecho fue inter-

pretado por todos como prodigioso: las santas interponían ante Dios el mérito de su sangre derramada para remedio de la calamidad. Poco después, lluvias torrenciales saciaron abundantemente los campos y se salvaron las cosechas. El paño salpicado de sangre se guardó reverentemente. Dice Moret que en las mordeduras de animales rabiosos es el remedio más buscado de toda la comarca. Hoy se guarda en el tesoro del monasterio, recuperado de entre las urnas que se guardaban en la catedral de Pamplona. Aquellas buenas gentes quisieron dejar constancia del hecho y se construyó como exvoto el precioso retablo que hoy puede contemplarse en la capilla del Santísimo de la iglesia abacial legerense, obra del maestro sangüesino Juan de Berroeta.

Otras gracias seguirían al milagro de la fuente. Los monjes vieron en todo ello la mejor recomendación para que las Santas fueran nombradas patronas del monasterio y así las veneraron y siguen venerándose en la actualidad.

Pero a Leyre le llegó su ocaso. El siglo XIX fue funesto para las órdenes religiosas. En tres ocasiones —1809, 1821 y 1836— los monjes tuvieron que abandonar su amado monasterio. Una de las principales víctimas lo constituyó sin duda el rico tesoro de reliquias que los siglos y el fervor de los monjes habían acumulado. En 1672 los monjes concedieron a la villa de Adahuesca dos reliquias insignes de sus hijas, mientras que los sagrados cuerpos seguían venerándose en el cenobio. En 1821, al ser expulsados los monjes, los vecinos de Adahuesca solicitan y obtienen del obispo de Pamplona D. Joaquín Úriz y Lasaga las tan ansiadas reliquias. Pero poco pudieron disfrutarlas, pues repuestos en sus conventos los regulares, en Leyre se inicia la recogida de cuanto salió y muy en especial del tesoro de reliquias. En 1826 y tras la celebración de un proceso ganado por los monjes, las reliquias retornan al monasterio. Pocos años también pudieron disfrutarlas los monjes. En 1836, se declara la desamortización de Mendizábal que cierra definitivamente las puertas de Leyre. Los vecinos de Adahuesca renuevan la petición al obispo de Pamplona, que esta vez era D. Cirilo Úriz y Labayru, si bien no en su totalidad, pues en la sacristía de la parroquia de Santiago de Sangüesa, en donde se habían deposita-

do previa y provisionalmente, se produce un altercado, al negarse el ayuntamiento sangüesino a entregar el precioso cofre de marfil hispano-árabe, que hasta el momento había contenido las reliquias. Éstas se trasladan, pues, a Adahuesca, en tanto que aquél queda en la parroquia de Santiago, siendo posteriormente depositado en el museo diocesano. Adquirido más tarde por el Gobierno de Navarra, se puede contemplar hoy en el museo provincial de Pamplona, siendo la mejor joya del mismo y la mejor joya de su estilo y arte de que se tenga noticia.

En el año 1954, Leyre renace de sus ruinas y una nueva colonia de monjes benedictinos procedentes de Santo Domingo de Silos, reanuda la vida monástica en sus restaurados muros. Pocos años antes había retornado al monasterio el precioso retablo de las Santas, antes mencionado, que había sido llevado a la parroquia de Burgui, en el valle del Roncal. Los nuevos moradores del Leyre restaurado, han recuperado las tradiciones y sobre todo, el culto multisecular a las santas, vírgenes y mártires, Nunilo y Alodia, patronas del monasterio. Durante muchos años, los monjes no poseen ni la más pequeña reliquia. ¡Qué ironía!

El 21 de octubre de 1980, tiene lugar un acontecimiento histórico: el arzobispo de Pamplona y el cabildo catedral se trasladan en cuerpo de comunidad al histórico monasterio, para en una ceremonia solemne, hacer entrega a la comunidad benedictina de dos reliquias insignes, que la catedral se reservó para sí en el año 1821, así como de la urna de madera, conteniendo diversas telas y el lienzo del milagro de la sangre.

Algunos años después, el 25 de agosto de 1984, tras largas gestiones, la parroquia de Adahuesca devolvía a San Salvador de Leyre, diversas reliquias insignes de las santas, en el primer día de las fiestas patronales de la localidad. Esta vez, la historia se repetía a la inversa. Así Adahuesca y Leyre, hermanados por las dos santas, comparten el rico tesoro de sus cuerpos, de su devoción y amor por Nunilo y Alodia, seguros todos ellos de la intercesión de las santas ante Dios.

Los monjes han recuperado igualmente los oficios propios de los antiguos cantorales de su biblioteca en honor de sus santas y la diócesis de Pamplona las ha dotado de misa propia, a la

vez que ha incluido sus nombres en el calendario de Navarra. Muchas niñas han recibido en el sacramento del bautismo el nombre de Alodia, como signo de protección de las santas de Leyre.

Los monjes benedictinos, dirigen constantemente sus plegarias a sus Santas, mientras besan, emocionados, sus insignes reliquias que la Providencia de Dios ha hecho retornar al Leyre restaurado. He aquí una de las más bellas antífonas, sacadas de los antiguos cantorales:

> «Vírgenes consagradas a Cristo, elegidas por el Supremo Artífice para ser piedras vivas de la Jerusalén celeste, por Él colocadas en tan maravilloso edificio. Pedid a Dios que también nosotros merezcamos ser agregados a vuestro premio».

JOSÉ ANTONIO X. PEDROARENA, OSB

Bibliografía

HUESCA, R. DE, OFM, *Historia de las santas vírgenes y mártires Nunilo y Alodia, naturales de la villa de Adahuesca* (Barbastro 1850).
LOPEZ C. M., OSB, *Apuntes para una historia de Leyre* (Pamplona 1964).
— *Leyre. Historia, arqueología, leyenda* (Pamplona 1962) 29-35; 190-192.
— *Más sobre la problemática en torno a las santas Nunilo y Alodia* (Pamplona 1970).
MOLINA PIÑEDO, R., *Nunilo y Alodia en la «Crónica Legerense»* (Pamplona 1972).
MONER DE JOAQUIN, M., *Biografía de las santas Nunilo y Alodia, hermanas mártires de Adahuesca* (Zaragoza 1896).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS FELIPE DE HERACLEA Y HERMES

Mártires († 303)

En la persecución de Diocleciano, el obispo de Heraclea, Felipe, y su diácono, Hermes, fueron arrestados. Al primero se le pidió, por parte del presidente Baso, que clausurase la iglesia y entregara los libros litúrgicos y los vasos sagrados. A ello se negó el obispo diciendo que se le pedía una cosa inconveniente, porque ni él podía dar lo que se le pedía ni el presidente tenía por qué tenerlo. Su resistencia a seguir las órdenes imperiales provocó que ambos fueran llevados a Adrianópolis y quemados vivos.

SAN LEOTADIO DE AUCH

Obispo (s. VII)

Leotadio era monje de Fontenelle y sucedió en 670 como abad de este monasterio a San Ansberto. Como era de familia noble, logró las ayudas precisas para engrandecer su abadía y durante el reinado de Teodorico III recibió una donación de dieciocho pueblos. El año 691 fue elegido obispo de Auch por Eudo, duque de Aquitania y Gascuña. Estaba formando parte de una legación a Carlos Martel cuando murió en Borgoña. Sus reliquias fueron llevadas luego a la catedral de Auch.

SAN MODERANO DE RENNES

Obispo († 730)

Hacia el año 703 fue elegido Moderano obispo de Rennes. Persona llena de profunda espiritualidad, llevaba ya años rigiendo la diócesis cuando decidió hacer una peregrinación a Roma para visitar las tumbas apostólicas. Así lo hizo y estando en esta peregrinación concibió el propósito de dejar la vida pastoral y dedicarse por completo a la vida contemplativa. Maduró la decisión y presentó la renuncia a su sede, y entonces se decidió por entrar en la abadía de Berceto, donde vivió y murió santamente, siendo enterrado en la iglesia del monasterio y teniendo desde entonces culto en la misma. Parece que murió el 730 pero la fecha no es segura.

SAN DONATO ESCOTO

Obispo († 877)

Nace en Irlanda, a finales del siglo VIII, en una familia cristiana de posición acomodada. Hizo estudios literarios con mucho provecho y luego entra en un monasterio, y en 816 decide hacer peregrinaciones por varios santuarios hasta que finalmente, y cuando llevaba ya años de peregrinación pobre y ascética, llega a Roma con gran espíritu de piedad. Volvía a su tierra cuando pasó por Fiésole justo en el momento en que la ciudad

estaba eligiendo nuevo obispo. Movidos por extraña inspiración, que la tradición dirá basada en hechos asombrosos, los fesulanos eligieron al humilde peregrino, que intentó rehusar el cargo alegando su indignidad, lo que sirvió para que con más instancia se lo pidieran. Consagrado obispo, se dedicó a ser un pastor bueno y celoso. Procuró la instrucción del clero, la buena educación de la juventud, la defensa de los bienes y derechos de su iglesia, conservando buena relación con los soberanos de su época y participando con espíritu de pastor en los asuntos políticos de su tiempo. Estuvo en Roma en la coronación de Luis II en 850 y volvió a Roma en 861 para asistir a un sínodo. Escribió algunas obras, pero se conserva poco de ellas. Murió en Fiésole hacia el año 877.

23 de octubre

A) Martirologio

1. En Ujlak (Hungría), San Juan de Capistrano († 1456), presbítero, de la Orden de Menores **.
2. Junto a Cádiz (Andalucía), santos Servando y Germán († 303), mártires *.
3. En Persia, santos Juan, obispo, y Santiago, presbítero († 344), mártires bajo el reinado del rey Sapor II.
4. En Antioquía (Siria), San Teodoreto († 362), presbítero y mártir.
5. En Colonia (Alemania), la conmemoración de San Severino († 400), obispo.
6. En Pavía (Liguria), San Severino Boecio († 524), mártir **.
7. En Siracusa (Sicilia), San Juan († 609), obispo.
8. En Ruán (Neustria), San Román († 644), obispo.
9. En territorio de Herbauge, junto a Poitiers (Aquitania), San Benito († s. IX), presbítero.
10. En Constantinopla, San Ignacio († 877), patriarca **.
11. En Rumsey (Inglaterra), Santa Etelfleda o Elfleda († s. X), abadesa.
12. En Campugliano (Toscana), San Alucio († 1134), fundador de un hospital.
13. En Mantua (Toscana), Beato Juan Buoni († 1249), fundador de una congregación de ermitaños agustinos *.

14. En Milán (Lombardía), Beato Juan Angel Porro († 1506), presbítero, de la Orden Servita *.

15. En York (Inglaterra), Beato Tomás Thwing († 1680), presbítero y mártir bajo el reinado de Carlos II *.

16. En Valenciennes (Francia), beatas María Clotilde Ángela de San Francisco de Borja (Clotilde Josefa) Paillot, María Escolástica Josefa de Santiago (María Margarita) Leroux y María Córdula Josefa de Santo Domingo (Juana Luisa) Barré, de la Orden de las Ursulinas; Josefina (Ana Josefa) Leroux, de la Orden de las Clarisas; María Francisca (Maria Lievina) Lacroix y Ana María (María Agustina) Erraux, de la Orden de las Brigitinas, vírgenes y mártires en la Revolución francesa en 1794 *.

17. En Tho Duc (Anam), San Pablo Tong Viet Buong († 1833), mártir *.

18. En Reims (Francia), Beato Arnoldo (Julio Nicolás) Rèche († 1890), hermano de las Escuelas Cristianas **.

19. En Ciudad Real, beatos Ildefonso de la Cruz (Anatolio) García Nozal y Justiniano de San Gabriel de la Virgen Dolorosa Cuesta Redondo, presbíteros, Eufrasio del Amor Misericordioso de Celis Santos, Honorino de la Virgen Dolorosa Carracedo Ramos, Tomás del Santísimo Sacramento Cuartero Gascón y José María de Jesús Cuartero Gascón († 1936), religiosos todos ellos de la Congregación de la Pasión, mártires *.

20. En El Saler (Valencia), Beato Leonardo Olivera Buera († 1936), presbítero y mártir *.

21. En Benimaclet (Valencia), beatos Ambrosio León (Pedro) Lorente Vicente, Florencio Martín (Álvaro) Ibáñez Lázaro y Honorato (Andrés) Zorraquino Herrero († 1936), religiosos de las Escuelas Cristianas, mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN DE CAPISTRANO
Presbítero († 1456)

Los cuarenta años de vida activa del fraile franciscano Juan de Capistrano transcurrieron casi exactamente en la primera mitad del siglo XV, puesto que ingresa en la Orden a los treinta años de edad, en 1416, y muere a los setenta, en 1456. Si recordamos que en este medio siglo se dan en Europa sucesos tan importantes como el nacimiento de la casa de Austria, el concilio, luego declarado cismático, de Basilea y la batalla de Belgrado contra los turcos, y añadimos después que en todos estos acontecimientos Juan de Capistrano es, más que partícipe, pro-

tagonista, se estimará justo que le califiquemos como el santo de Europa.

Juan de Capistrano, ya en su persona, parecía predestinado a su misión europea, pues, más que de una sola nación, era representativo de toda Europa.

Es europeo el hombre: italiano de nación, porque la villa de Capistrano, donde nace, está situada en los Abruzos, del reino de Nápoles; francés, si no por familia, como algunos autores creen, al menos por adopción, pues su padre era gentilhombre del duque de Anjou, Luis I; por la estirpe procedía de Alemania, según las *Acta sanctorum* de los bolandistas, que sigo fundamentalmente en este escrito; por ciudadanía, hablando lenguaje de hoy, podría decirse español, al menos durante un tiempo, como súbdito del rey de Nápoles, cuando lo era Alfonso V de Aragón; por sus estudios y vida seglar, ciudadano de Perusa, a la sazón ciudad pontificia; húngaro también, pues los magiares lo tienen por héroe nacional y le han alzado una estatua en Budapest, y por su muerte, en fin, balcánico, pues falleció en Illok, en Eslovenia.

En cuanto al santo, esto es, el hombre que se santificó en el apostolado, era, si cabe, aún más europeo, ya que se pasó la vida recorriendo Europa de punta a punta. A pie o en cabalgadura hizo y deshizo caminos; por el norte, desde Flandes hasta Polonia; por el sur, desde España, aunque su paso por nuestra patria fuera fugaz, hasta Servia.

La fama de su santidad fue también universal. Corría de una a otra nación y en todas partes se le conocía con el nombre de «padre devoto» y «varón santo». Fue popular en toda Italia, en Austria, en Alemania, en Hungría, en Bohemia, en Borgoña y en Flandes, visitando no una, sino varias veces todas las grandes ciudades europeas.

Fue también intensamente europea la época del santo. El año culminante de su vida, aunque ya en avanzada senectud, es el mismo que abre la Edad Moderna de la historia de Europa: aquel 1453 en que los turcos toman Constantinopla, amenazando seriamente la existencia misma de la cristiandad.

Divide esta trágica fecha en dos períodos, aunque muy desiguales, la vida de nuestro andariego fraile; pero llena ambos pe-

ríodos un mismo afán: la salvación de esa cristiandad en peligro. Peligro, en la primera fase, para la unidad católica de Europa, por la descristianización del pueblo, las discordias intestinas de los príncipes y los brotes crecientes de herejía y de cisma; peligro, en la segunda, por la embestida de los ejércitos del Islam. Por eso dedica el santo su primer apostolado a reconciliar entre sí y con la sede apostólica a los príncipes, a restaurar el espíritu cristiano del pueblo, debelar herejías, cortar el paso al cisma y reformar la Orden franciscana, y consagra sus últimos años a predicar, con la palabra y con el ejemplo, la cruzada contra el turco, con el ejemplo, también, porque el buen fraile en persona toma parte decisiva en la famosa batalla de Belgrado, de julio de 1456, en que es derrotado el ejército de Mohamed II, que ya remontaba el Danubio con la ambición de dominar el occidente europeo.

Dotó Dios a Juan de Capistrano de prendas singularmente adecuadas a su misión de universalidad. Para ganarse al pueblo, no importa en qué nación, poseía las cualidades que suele el pueblo cristiano pedir a sus santos. Ya fraile y anciano, según nos lo describen sus coetáneos, era de figura ascética: pequeño, magro, enjuto, consumido, apenas piel y huesos, y su gesto austero, pero a la vez dulce y caritativo. Vibraba su palabra en la predicación de las verdades eternas; pero hablaba, sobre todo, con el semblante luminoso y encendido; con los ojos centelleantes, magnéticos, con el ademan sobrio y a la vez cálido y acogedor. Esto explica que en sus correrías transalpinas, predicando las más de las veces en latín, aun antes de que el intérprete hubiera traducido sus palabras, ya andaban sus oyentes pidiendo a gritos confesión y prometiendo cambiar de vida, y muchos rompían en llanto y hacían hogueras con los objetos de sus vanidades: dados, naipes, afeites y arreos de lujo, y otros le pedían ser admitidos a la vida religiosa: por un solo sermón, al decir de un cronista, 120 escolares, en Leipzig, y, por otro, 130, en Cracovia, tomaron hábitos.

Llegado a una villa predicaba por las plazas, porque en los templos no había cabida para la muchedumbre que le seguía. Hablaba durante dos o tres horas sin que la gente desfalleciera y siempre fustigando la corrupción de costumbres e incitando a

penitencia; terminada la predicación visitaba sin descanso a los enfermos, haciendo innúmeras curaciones prodigiosas.

No sólo por su celo apostólico era hombre santo, sino también por su vida de oración y por su penitencia, que no en vano tuvo por maestro de espíritu y por su mejor amigo al gran San Bernardino de Siena. Dormía dos horas, comía apenas, y andaba con frecuencia enfermo, renqueaba siempre, padecía del estómago y estaba mal de la vista. Pero a todas sus flaquezas se sobreponía su espíritu gigante.

A tan extraordinarias dotes para el apostolado popular unía Capistrano otras nada corrientes cualidades que le hacían apto para la diplomacia, arte que ejerció con acierto a lo largo de toda su vida. Era sabio y prudente en juicio y en palabra; había sido en su mocedad un buen jurisconsulto y probado dotes de gobierno cuando ejerció autoridad de juez en Perusa. Era, además, hombre muy docto en las ciencias sagradas y escritor fecundo: sus manuscritos, coleccionados en el siglo XVIII por el P. Antonio Sessa, de Palermo, suman diecisiete grandes volúmenes. Siempre fue muy dócil a la sede apostólica y entre sus muchos escritos canónicos sobresalen los que dedica a la defensa de las prerrogativas pontificias.

Por gozar de tales prendas fue elevado en la Orden, por dos veces, al cargo de vicario general de la observancia, lo que le permitió emprender la reforma de muchos monasterios y extenderlos por toda Europa, y cuatro Papas —Martín V, Eugenio IV, Nicolás V y Calixto III— le confiaron misiones delicadas: la detracción de los Fraticelli, la lucha en Moravia contra la herejía hussita, las negociaciones para la incorporación de los griegos a la Iglesia romana, la vigilancia de los judíos, la contención del cisma de Basilea, etc.

Su fama de virtud y de ciencia no libró al santo de contradicción. Túvola Capistrano, y la que más puede afligir a un corazón magnánimo y sensible: la que proviene de parte de los afines. Algunos minoristas «conventuales», y el más sobresaliente de ellos, el sajón Matías Doering, descontentos de la reforma de los «observantes» que el santo llevaba al interior de los conventos, se opusieron a sus innovaciones, acusando al vicario de inquieto y revoltoso, y otros, celosos acaso de su inmensa popu-

laridad, le imputaban ambición de honra y vanagloria; injustísima acusación hecha a un hombre que por dos veces había declinado la mitra episcopal: la de Chieti, que le brindó el papa Martín V, ya en 1428, a quien contestó, por cierto, que no quería verse «encarcelado» en el episcopado, y la de Aquila, su diócesis natal, que le ofreció, más tarde, Eugenio IV.

Tampoco le faltaron críticas por parte de personas más autorizadas, tales como el cardenal español Carvajal y aun el propio Piccolomini, en razón de las cuales, sin duda, hubo más tarde dificultades para su canonización, que no culminó hasta 1690, siendo pontífice Alejandro VIII.

Pero, huelga decirlo, el mayor número de sus detractores y los más violentos se encontraban en las filas de los enemigos del pontificado, sea entre los políticos laicistas de la época, como aquel Jorge de Podebrad, que pertinazmente le cerró las puertas de la Bohemia, sea entre los herejes, como el arzobispo de Praga Rokytzana, cabeza de los hussitas, o bien entre los judíos, como aquellos de las comunidades italianas que llamaban al de Capistrano «el nuevo Amán» perseguidor del pueblo elegido.

Las grandes empresas apostólicas de San Juan de Capistrano al servicio de la Europa cristiana podrían resumirse en estas seis: restauración de la vida cristiana del pueblo mediante la predicación; reforma de la Orden franciscana implantando la observancia; impugnación de la herejía hussita, que resultó ser el primer brote de la gran apostasía luterana; represión de los abusos del judaísmo, que se hallaba enquistado en los pueblos cristianos; contención del cisma incubado en el concilio de Basilea, que minaba la autoridad del Papado, y cruzada contra el turco, que amagaba sobre la cristiandad.

Dejando a un lado, como menos propias de una hagiografía, aquellas empresas del santo que presentan un tinte político o diplomático, me detendré en las que ofrecen un carácter enteramente apostólico y misionero.

Por aquel tiempo, la Orden de los frailes menores, más o menos recluida hasta entonces en el interior de sus conventos, se echó a peregrinar por pueblos y ciudades, predicando en calles y plazas las verdades eternas y excitando a la reforma de las

costumbres. Esta empresa no fue obra de un hombre solo, fue obra de un equipo de hombres excepcionales, a cuya cabeza figuraba el gran San Bernardino de Siena y en el que formaron en seguida otros dos santos: Juan de Capistrano y Jacobo de la Marca; dos beatos: Alberto de Sarteano y Mateo de Girgente, y los egregios minoristas Miguel de Carcano y Roberto de Lecce, por no citar sino las figuras más descollantes. Fue la época clásica de los grandes predicadores peregrinos y el origen de las misiones populares.

Cada uno de estos grandes misioneros, acompañado de un grupo de seis u ocho frailes de su Orden, tomó por un camino y corrió por su cuenta su aventura apostólica. Pero la mayor parte de ellos se mantuvieron en los límites de la península italiana, en la que consiguieron una verdadera renovación de la vida moral y religiosa de su pueblo. Mérito singular de Capistrano es haber acometido por sí solo, más allá de los Alpes, lo que sus hermanos de Orden hicieron en el interior de Italia, consiguiendo él resultados parejos en los principados alemanes, en Polonia, en Moravia y hasta en la Saboya, en la Borgoña y en Flandes.

Grandes fueron los frutos de este vasto e intenso movimiento religioso. El pueblo cambiaba de vida, corrigiendo innúmeros abusos: el juego, el lujo, la embriaguez, la usura, el concubinato, la profanación de las fiestas, y los príncipes, los consejeros de las ciudades y los jueces se veían compelidos a usar de su autoridad con equidad y clemencia.

Cierto que no todos estos frutos fueron durables, acaso por no guardar proporción con estas misiones populares extraordinarias la cura pastoral ordinaria llamada a mantener el fervor despertado por aquéllas, pero también puede tenerse por cierto lo que el mismo Capistrano habría de escribir después, refiriéndose a la predicación de sus hermanos de Orden en Italia: «Si no hubiera sobrevivido la predicación, la fe católica habría venido a menos y pocos la hubiesen conservado». Importante aportación del capistranense a la renovación religiosa y moral de su tiempo, en sus cuarenta años de actividad apostólica, fue su labor como cabeza del movimiento por la observancia en lucha contra el conventualismo, empresa que repercutió no sólo en

favor de su Orden, sino también en la reforma misma de toda la Iglesia. San Juan sembró la Europa central de nuevos conventos franciscanos y, mediante la reforma de los antiguos, devolvió su primitivo celo a la Orden a la sazón más popular e importante de la Iglesia católica. Y no fue pequeño servicio a la cohesión europea haber tejido por toda la haz de la Europa de entonces esta apretada red de conventos que unían en santa familia a los frailes observantes de todas las naciones.

Pasemos ya a relatar la participación personal del santo en la cruzada contra el turco, recordando primero lo más esencial de este histórico suceso.

Corría el año 1453, último del pontificado de Nicolás V, cuando Mohamed II conquista Constantinopla, somete la Tracia al señorío turco, afianza en el Asia Menor el imperio del Islam sobre las ruinas de la Iglesia oriental y amenaza a la suerte de la cristiandad en Occidente.

Grave momento para el mundo católico y aun para la propia Iglesia. Porque si bien desde un siglo antes pisaban los turcos tierra europea y tenían sojuzgada una parte de la península balcánica, mientras quedó a sus espaldas la fortaleza de Constantinopla, Europa no se sintió verdaderamente amenazada de dominación y por eso desoyó el llamamiento a cruzada del papa Eugenio IV, ya en 1444. Pero ahora, cuando cayó la capital del viejo Imperio bizantino, toda la cristiandad comprendió que había perdido mucho más que una plaza fortificada.

Consciente del peligro, el papa Nicolás V, cuatro meses después de aquel nefasto día, publica una bula contra los turcos, que enciende en Occidente el antiguo entusiasmo de las cruzadas. En ella amonesta el pontífice a hacer la paz entre sí, bajo pena de excomunión, a las potencias cristianas y singularmente a los Estados italianos, que, al decir de un cronista, «se despedazaban como canes»: Milán contra Venecia, Génova contra Nápoles... La paz en Italia se consiguió en parte, pero no la alianza para la cruzada.

San Juan toma la decisión de marchar a la amenazada Hungría ante el temor de que su gobierno pactara un acuerdo con los turcos, como lo hicieron, poco después, con escándalo de todos, los venecianos. Por el camino predicó la cruzada en Nu-

remberg, ciudad libre del Imperio y bien armada, en Viena, donde levantó unos cientos de universitarios que tomaron la cruz, y en Neustadt, corte del emperador.

Sobreviene entonces la muerte del papa Nicolás y en la elección del nuevo pontífice, la Providencia, valiéndose de un juego de factores dentro del cónclave, al parecer ajenos a esta inquietud, suscita la elección del pontífice español Calixto III, que luego probó ser la figura indicada para hacer frente a una situación de tan tremendo riesgo.

Capistrano, que desde la Estiria había escrito al Papa incitándole a que confirmase la bula de Cruzada, marcha a Györ a fin de asistir a la dieta imperial de Hungría, expresamente convocada para tratar de la guerra contra el turco. Aquí las cosas de la cruzada iban mejor, porque el país se sentía directamente amenazado por el sultán y ponían espanto las noticias que llegaban de Servia sobre los atropellos de la soldadesca turca. Juan de Hunyades, el caudillo húngaro, traza un plan que el de Capistrano comunica al Papa, pidiéndole su apoyo. San Juan se aplica durante los meses siguientes a deshacer enemistades entre los caudillos y se reúne en Budapest con Hunyades y con el cardenal español Juan de Carvajal, nombrado legado del Papa para la cruzada en Alemania y en Hungría, de cuyas manos recibe el Santo el breve pontificio que le concede toda clase de facultades para predicar la bula. Los tres Juanes: el legado, el caudillo y el fraile llevarán de ahora en adelante la preparación de la cruzada.

Estando reunida la dieta húngara en Budapest, corría el mes de febrero, se recibe la terrible noticia de que Mohamed II se acercaba ya con un poderoso ejército hacia las fronteras del sur de Hungría. Hunyades acude a Belgrado. A partir de este momento cifra el de Capistrano todas sus ilusiones en marchar con el ejército cristiano al encuentro de los infieles, sacrificando en la lucha, si es preciso, su propia vida. Parte para el sur y recorre en predicación todas las regiones meridionales de Hungría, llamando al pueblo a cruzada, hasta que recibe el mensaje apremiante de Juan de Hunyades de que suspenda inmediatamente la predicación y reuniendo los cruzados que pueda los conduzca aprisa a Belgrado.

Es fascinante el relato que hace de la batalla del Neudorfehervar uno de los frailes compañeros del santo, fray Juan de Tagliacozzo, testigo presencial del suceso. Él describe con expresivos pormenores la llegada del ejército turco, su bien abastecido y pertrechado campamento de tierra, con más de doscientos cañones, y camellos y búfalos, la fuerte flota turca sobre las aguas del Danubio, el asedio de la amurallada ciudad, la tremenda desproporción de las fuerzas en presencia —sólo los jenízaros eran cincuenta mil—, que hace vacilar al propio Juan de Hunyades, el gran luchador de años contra el turco, hasta el punto de pensar en una retirada, y las provocaciones del sultán, que anunciaba a gritos que había de celebrar en Budapest el próximo ramadán. Describe, asimismo, la batalla naval sobre el Danubio, que, contra toda previsión, ganan los cruzados, el asalto de la ciudadela por los jenízaros, que obliga a los caudillos militares a iniciar la evacuación de la ciudad, y, por último, la increíble y casi milagrosa victoria obtenida por los defensores, con la retirada final del ejército turco en derrota.

La intervención del santo en la batalla fue decisiva y sin ella la ciudad de Belgrado hubiera caído sin remedio en manos de los turcos. Él aportó la legión popular de cruzados, que sostuvieron lo más duro de la lucha, y enardeció con su palabra y con su ejemplo no sólo a ese ejército popular, sino también a los naturales, poniendo en tensión su resistencia.

Juan de Capistrano salvó a Belgrado por tres veces: la primera, cuando indujo a Hunyades a lanzar su escuadra contra la flota turca, la segunda, durante el asedio de la ciudad, cuando se negó a la propuesta de evacuarla, y la tercera, en la hora del asalto turco, cuando, al dar por perdida la plaza, los caudillos militares Hunyades y Szilágyi intentaron abandonarla, juzgando la situación insostenible, y él se aferró a la resistencia.

Dominado el santo por una confianza sobrenatural en la victoria, condujo a la batalla a los cruzados con ardor y coraje sobrehumanos. Cuenta el cronista allí presente cómo durante la acción naval, ganó el fraile capitán una altura visible a todos los combatientes y desplegando la bandera cruzada y agitando la cruz, vuelto el semblante al cielo, gritaba sin descanso el nombre de Jesús, que era el lema de sus cruzados. Y cómo, durante

los días del asedio, vivía en el campamento con los suyos, sosteniendo su espíritu religioso como única moral de guerra. Y cómo, en fin, en el asalto de la ciudadela, corría de una a otra parte de la muralla, cuando la infantería turca escalaba ya el foso, gritando él a lo más granado de los defensores: «Valientes húngaros, ayudad a la cristiandad».

Jamás esgrimió armas el de Capistrano; las suyas eran espirituales. El campamento de los cruzados, más que un cuartel militar, parecía una concentración religiosa. Él mismo daba ejemplo En diecisiete días durmió siete horas, no se mudó de ropa y comía sólo sopas de pan con vino. Él y sus frailes celebraban a diario la misa y predicaban, y los combatientes en gran número recibían los sacramentos. «Tenemos por capitán un santo y no podemos hacer cosa mal hecha», decían entre sí sus gentes. «Si pensamos en el botín y en la rapiña seremos vencidos». Y todos le obedecían «como novicios». El fraile tenía sobre sus cruzados, al decir de los testigos, mayor poder que hubiera tenido sobre ellos el propio rey de Hungría.

En la lucha secular de la Europa cristiana contra el islamismo, la victoria cruzada de Belgrado es un hecho importante, pero no debe exagerarse su trascendencia. Como tampoco la del heroico episodio de la intervención del Santo en ese hecho de armas, aunque el triunfo fuera mérito suyo incontestable. Pero en éste como en los anteriores sucesos de su vida, importa más que los hechos mismos y más que su trascendencia en el campo militar, en el político y aun en el religioso, el valor ejemplar de su propia conducta; su santidad y su heroísmo puestos al servicio de tan noble causa: la unidad cristiana de Europa. En este terreno presentamos a nuestro héroe a la admiración de nuestros contemporáneos y le proponemos como ejemplo.

La cristiandad había seguido angustiada la lucha y de entonces viene la tradicion del rezo del ángelus al toque de campana del mediodía, la «campana del turco», que mandó el Papa tañer en todas las iglesias de Europa para que el pueblo cristiano sostuviera con su oración a los cruzados.

Cuando, una semana después de la victoria el cardenal legado, el español Carvajal, entró con un ejercito verdadero en la ciudad liberada, era la gran ilusión del capistranense proseguir

la guerra y anunciaba en público que para la fiesta de la Navidad celebraría misa en la iglesia del Santo Sepulcro. No eran estos, sin embargo, los planes de la cristiandad, ni hubiera podido tampoco emprenderlos nuestro Santo, pues la peste, terrible compañera de la guerra, pocos días después de la victoria, tomó posesión de su cuerpo y lo entregó en brazos de la muerte, aunque ese pobre cuerpo parecía entonces, al decir de un coetáneo, la muerte misma: un esqueleto sin carne y sin sangre, unos pocos huesos cubiertos de piel. Sólo el rostro, sereno y sonriente, expresaba la interior satisfacción de una misión histórica cumplida.

Con la vida de nuestro héroe debe terminar también este relato. Séame permitido, sin embargo, insistir en una conclusión piadosa: a Juan de Capistrano puede, en justicia, llamársele el «Santo de Europa».

Él fue europeo por su persona, de parte que hoy diríamos internacional; lo fue por el ámbito geográfico en que desenvolvió su vida, siempre corriendo de una a otra parte de la cristiandad de entonces; fue europeo, también, porque sirvió —y con qué fidelidad— al Papado y al Imperio y a la unión de uno y otro, que hubiera sido la salvación de Europa; lo fue por la hora europea que vivía a la sazón el mundo y fuelo, en fin, por las grandes empresas de unidad europea a que se consagró con fe y con coraje: unidad religiosa, unidad política y, sobre todo, apretada defensa contra el enemigo común de la cristiandad.

Sea, pues, Juan de Capistrano nuestro intercesor cuando pidamos a Dios por la unidad europea.

ALBERTO MARTÍN ARTAJO

Bibliografía

Acta. SS. Boll., 28 de marzo: Vitas, de Nicolás de Fara, Cristóbal de Varese y Jerónimo de Udina.

GUERARD, P., *Saint Jean de Capistran et son temps* (Bourges 1865).

HOFER, J., *Johannes von Capistrano* (Insbruck 1936).

KERVAL, L. de, *Saint Jean de Capistran. Son siècle et son influence* (París 1887).

— *Un frère mineur d'autrefois* (Roma 1908).

LEON DE CLARY, OFM, *L'aureole seraphique. Vie des saints et des bienheureux des trois ordres de Saint-Francois,* III (París 1883) 388s.

SAN SEVERINO BOECIO

Mártir († 524)

Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio nació en Roma hacia el año 470 de la noble y poderosa familia de los Anicios, de la que probablemente también descendía el papa San Gregorio Magno. Su padre desempeñó por tres veces consecutivas la dignidad de cónsul. Como correspondía a su rango fue educado en su ciudad natal bajo la dirección de excelentes preceptores. Luego se trasladó a Atenas para completar su formación, sobre todo en la dimensión filosófica. De regreso a su patria fue declarado patricio por consideración al rango de su familia.

Severino perdió muy pronto a sus padres, quizás a los diez años, quedando al cuidado del virtuoso e ilustre Aurelio Símaco, con quien estrechó una íntima amistad hasta el punto de casarse con su propia hija Rusticiana.

Cuando Teodorico verificó su entrada solemne en Roma y conoció al joven Boecio, quedó tan prendado de sus cualidades que lo nombró mayordomo de palacio, uno de los cargos de mayor autoridad de la corte y el más allegado al trono.

Boecio entonces se formó un plan de política fundado en la virtud. Impidió que Teodorico, arriano, persiguiese a los católicos, incluso consiguió que los tomase bajo su protección. Entre las dimensiones estrictamente políticas logró que se rebajasen los impuestos, que se adaptase la economía a las rentas y que un cuerpo bien disciplinado de tropas militares garantizase la paz.

Trabajó para que se desarrollaran las ciencias, las artes y el saber, protegiéndose a quienes las cultivasen con éxito. Hombre de corazón grande y generoso pretendía que todos fuesen como él mismo. Se convirtió en un verdadero oráculo de Teodorico y en ídolo de la nación de los godos.

Por tres veces consecutivas nombrado cónsul, la primera en 510. Incluso sus dos hijos fueron también elevados al consulado en el año 522, privilegio que sólo se concedía a los hijos de los emperadores. Se recuerda el día triunfal en que el padre con sus dos hijos cónsules a los lados recorrían las calles de la ciudad aclamados por la multitud. En ese mismo día Severino pronunció el panegírico de Teodorico en el Senado y fue tan gran-

de la elocuencia y el impacto producido que lo proclamaron príncipe de la elocuencia.

Mientras Teodorico siguió los consejos de Boecio su reinado pudo servir de modelo a las demás naciones. Pero la veleidosa fortuna cambió radicalmente. El mismo príncipe comenzó a tener celos, hasta el extremo de llenarse de recelos hacia Boecio, llegando a depositar su confianza en dos godos, avaros y pérfidos, que le cambiaron el espíritu y las formas de gobernar.

La situación de necesidad y miseria en que sumieron al pueblo obligó a Boecio a llevar ante Teodorico sus quejas. Incluso se atrevió a defender al Senado cuando lo culpaban de conspirar contra el emperador, sobre todo en la persona del senador Albino, a quien se acusaba de esperar la liberación del pueblo romano. Boecio lo defendió hasta el punto de pronunciar aquella famosa frase: «Si ese es un delito, tanto yo como todo el Senado somos reos de él».

Aquí comenzaría la persecución y se le acusaría de haber enviado una carta a Justino, emperador de Oriente, excitándole para que viniera a librar a Roma de la dominación ostrogoda. Fue encarcelado en Pavía junto con su suegro Símaco por orden personal del propio Teodorico y encerrado en el castillo que aún se visita. Después lo trasladaron a un paraje oculto donde le dieron muerte en unas circunstancias que llenan de horror: atáronle a la cabeza una soga que sujeta a una rueda le oprimió de tal manera que le hizo saltar los ojos. Lo extendieron después en el potro, al mismo tiempo que lo apaleaban y viendo que aún respiraba le cortaron la cabeza. Era el día 23 de octubre de 526. Poco tiempo después decapitaron también a su suegro.

Los católicos recogieron los restos de Boecio y los enterraron religiosamente en Pavía. Doscientos años después fue depositado en la iglesia de San Agustín por orden del rey Luitprando, quien mandó erigir un magnífico mausoleo. Otón III, más tarde, dispuso que se le levantase otro, donde hizo esculpir honrosas inscripciones. Su nombre fue inscrito como santo en el calendario de Ferrario y en otras iglesias de Italia. Hasta los bolandistas le dieron el título de santo. Sus reliquias se encuentran actualmente en la iglesia de San Pedro en Cielo de Oro de Pavía.

En la enciclopedia Espasa se resume esta situación:

> «Una muy antigua tradicion presenta a Boecio como un santo martir, viendo un motivo de defensa de la fe catolica en la determinacion de su muerte por el arriano Teodorico, en el siglo VIII habia tomado ya forma definitiva esta creencia, venerandose su memoria en varias partes el 23 de octubre, la Sagrada Congregacion de Ritos confirmo en 1883 la costumbre en Pavia de darle culto el citado dia» (*Letra B,* p 1285)

Más allá de su obra humana política, ya de por sí excepcional, sobresalen sus escritos, principalmente los filosoficos.

Su obra más destacada, obra maestra, es su *De consolatione philosophiae,* «La consolación de la filosofía», compuesta en la prisión de Pavía, posiblemente sin la ayuda de ningún libro, durante los nueve meses allí encerrado. Es un diálogo entre el autor y la sabiduría increada sobre la verdad de una Providencia probada por la razón. Un pequeño tratado que destaca entre los mejores de la antiguedad cristiana, con una nobleza de sentimientos y una elevación de ideas en materias tan abstractas, superior a la de todos los escritores de su epoca Los versos que van mezclados con la prosa nos demuestran que nos hallamos ante uno de los genios del pensamiento y de la expresión de su época.

Algunos han echado de menos en la obra un pensamiento y un recurso mayor a lo evangélico o cristiano, creyendo con esto que el autor había abdicado de sus creencias. Los que así piensan se equivocan porque Boecio lo que pretende es solamente una obra totalmente filosófica sin más profundidades que las de la razón. Por lo demás todos los tiempos la han aceptado como un hito del más recto pensar y así ha sido traducida a todos los idiomas cultos. Cualquier intento de digresión para querer descristianizar a Boecio nos parece carente de sentido.

Con anterioridad había compuesto otras obras, pues emprendió, ya en su juventud, las traducciones de las mejores obras de Aristóteles, Platón, Tolomeo, Arquímedes, Cicerón, Euclides, Nicómaco, etc. Un empeño que demuestra la gran capacidad de un hombre que conocía e intentaba dar a conocer todas las ciencias en un siglo bárbaro y bajo la tiranía de los godos. Son muchos los títulos concretos sobre filosofía, física, música, matemáticas, teología... Llegó, incluso, a construir ins-

trumentos matemáticos, cuadrantes solares, composiciones musicales...

Uno de los elogios que mejor resumen su vida lo encontramos en estas palabras del libro *Biografía universal* que citamos al final:

> «La piedad de Boecio, su admirable constancia en medio de los más grandes suplicios, que miraba como un favor del cielo, y su celo por la religión han hecho su memoria querida de todos los amigos de la virtud, mientras que sus obras le han granjeado el mayor aprecio de los literatos de todos los siglos» (p.810).

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

BOECIO, *La consolación de la filosofía*. Traducción y notas de Pedro Rodríguez Santidrián (Madrid 1999).

Enciclopedia Espasa. Tomo letra B, p.1283.

SEBASTIÁN, B. (dir.), *Biografía eclesiástica completa. Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, de todos los santos... papas y eclesiásticos célebres... en orden alfabético*, II (Madrid 1849) 807s.

SAN IGNACIO DE CONSTANTINOPLA

Obispo († 877)

El siglo IX, tan marcado por las sombras en el Occidente cristiano (nada brilla tanto en él como la estrella de Santiago), se muestra especialmente agitado en Constantinopla. Cubre casi del todo esta centuria la figura de su patriarca San Ignacio (798-877). Su biografía resulta altamente representativa de las convulsiones que le tocó sufrir. Estamos, ante todo, ante la figura de un monje, arrancado de su retiro repetidas veces, para morir finalmente en su sede patriarcal. Se le yuxtapone adversamente el famoso patriarca Focio, lo que le confiere especial relieve histórico.

Nacido en Constantinopla en el 798, recibió en el bautismo el nombre de Nicetas. Era del linaje más ilustre. Su padre, el patricio Miguel, fue luego emperador de 811 al 813. Su madre, Procopia, era hija de otro emperador, Nicéforo I, al que sucedió Miguel. El reinado de éste fue muy breve. El 11 de julio de 813 fue depuesto por el usurpador León V el Armenio, que recluyó

a Nicetas en un monasterio, sometiéndolo a castración, para que nunca pudiera aspirar al trono. Tenía entonces 14 años. Luego abrazó con convicción la vida monástica, tomando el nombre de Ignacio. Su encuentro con San Basilio, obispo de Paros, heroico confesor de la fe en la lucha iconoclasta, marca su escala ascendente en las sagradas órdenes hasta llegar al sacerdocio, obteniendo muy pronto la dignidad abacial. A su actividad se debe la fundación de varios santuarios y monasterios en islas del Archipiélago de los Príncipes. A la muerte del emperador Teófilo el año 841 le sucede su hijo Miguel III, niño todavía, desempeñando la regencia su madre, la emperatriz Teodora, que inmediatamente se acordó de Ignacio: a ella se debió que se convirtiese en patriarca de Constantinopla en el 847, cuando iba a cumplir los cincuenta años, con la anuencia, al menos tácita, de los demás obispos del patriarcado.

Las complicaciones llegaron pronto por obra, sobre todo, de Bardas, tío materno de Miguel. Tenía éste 16 años cuando lo tomó por primer ministro, y pronto empezó a ejercer en él nefasta influencia. Teodora era un estorbo para el joven emperador, ya licencioso como Bardas. Ambos quisieron que el patriarca persuadiese a Teodora a entrar en un monasterio, asumiendo el emperador todos los poderes. Al fin, Teodora se hizo monja, pero Ignacio ni siquiera se prestó a la bendición del velo monacal. Además, reprendió enérgicamente a Bardas, por haber repudiado a su esposa, uniéndose incestuosamente con su nuera, que acababa de enviudar. En el día solemne de la Epifanía de 858 se negó a darle la comunión y lanzó el entredicho en la basílica de Santa Sofía. Ignacio, naturalmente, cayó en desgracia. Calumniosamente acusado por Bardas, el emperador lo desterró a la isla de Terebintos. Allí acudieron sucesivos emisarios intentando forzarlo a la renuncia del patriarcado.

El candidato de la corte para sucederle era Focio, un laico de grandes dotes y pocos escrúpulos. Inmediatamente recibió todas las órdenes sagradas desde el lectorado hasta el episcopado, prometiendo respetar la legitimidad de la elección de Ignacio y del clero ordenado por éste. No mantuvo sus promesas. Los obispos se dividieron en focianos e ignacianos. Focio depuso a Ignacio y éste, con los suyos, depusieron a Focio en un sí-

nodo reunido en la iglesia de Santa Irene. En marzo del año 858 Focio renovó con solemnes anatemas la deposición de Ignacio y de sus partidarios. Pronto se produjo la represión imperial: destierro a la isla de Hieria, traslado a Prometon, encarcelamiento en Constantinopla, destierro a Mitilene. Suerte parecida tuvieron sus fieles seguidores. La situación empeoraba de día en día. Quedaba la posibilidad de acudir a Roma. El emperador y Focio mandaron emisarios a Roma el año 860 para notificar al papa Nicolás I la elección de Focio, con el ruego de que acudiese a Constantinopla una legación pontificia dispuesta a presidir un sínodo que devolviera la paz a la Iglesia de Bizancio. El sínodo se reunió en Santa Sofía en abril de 816. Allí compareció Ignacio con gran humillación, acrecentada por el hecho de ser nuevamente depuesto y anatematizado con la aprobación de los enviados por el Papa. Ignacio se negó a suscribir la inicua sentencia. Se vio encarcelado y sometido a tormento hasta que logró fugarse y hubo de vagar de un lugar a otro disfrazado de siervo...

Pero el gran pontífice Nicolás I se había reservado la última palabra y en carta dirigida a Focio se negó a ratificar la sentencia. A él apeló Ignacio a finales del 862 con escrito que con él firmaron 16 arzobispos, 15 obispos y numerosos sacerdotes y monjes, que llevó a Roma el monje Teognosto. Nicolás terminó anatematizando a sus legados y condenando el sínodo fociano. En el gran sínodo occidental convocado en la basílica de San Pedro en 861, canon IV, se le devuelve a Ignacio su dignidad patriarcal y son rehabilitados todos los que le habían permanecido fieles.

Sabida es la reacción de Focio: él continuó en su cátedra e Ignacio en su monasterio. Más aún: en septiembre del 867 reunió en Constantinopla a los patriarcas orientales y unos trescientos obispos para decretar la deposición de Nicolás I. Y se desencadenaron los sucesos con rapidez: el 24 de septiembre Miguel III era asesinado por Basilio el Macedonio, que inmediatamente recluyó a Focio en un monasterio, haciendo que regresase Ignacio y fuese entronizado en Santa Sofía el 23 de noviembre.

Pronto se vio Roma informada de la nueva situación. El papa Adriano II renovó la sentencia del 863 el mismo año de su

elección, 867. Parece que se debió a una petición del patriarca Ignacio que el papa Adriano convocase el octavo concilio ecuménico el 5 de octubre de 869. Todos los participantes debieron suscribir un documento corroborando la acción papal de restituir a Ignacio y deponer a Focio.

A Ignacio le quedaban aún diez años de gobierno pastoral. No le faltaron tribulaciones por parte de los focianos. Pero parece calumniosa una acusación del ultraignaciano Estiliano, como si Focio, reconciliado con el emperador, hubiera intentado asesinar a Ignacio. Todo lo contrario: ambos terminaron reconciliándose seguramente en el 876, un año antes de la muerte de Ignacio, el 23 de octubre del 877, a los ochenta años. Su cuerpo, depositado primeramente en la iglesia de San Mennas, fue luego trasladado a la costa asiática, al monasterio de San Miguel de Satiro por él fundado hacia el año 873.

Focio volvió a ocupar la sede de Constantinopla y no tardó en tomar la llamativa determinación de canonizar a Ignacio. Esta fue la gran sorpresa que se llevó una nueva embajada enviada a Constantinopla por el papa Juan VIII, con carta del 16 de abril de 878, amenazando con excomulgar a Ignacio si no retiraba de Bulgaria al clero bizantino, dejando el campo libre a los evangelizadores de rito latino. En vida del santo había habido tensiones con Roma por este motivo. Ello no impidió que la Iglesia de Roma lo incluyera en el catálogo de los santos fijando su fiesta el 23 de octubre, la misma en que lo celebra la Iglesia bizantina.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

DVORNIK, F. *Lo scisma di Fozio. Storia e leggenda* (Roma 1953).

NICETAS DE PAFLAGONIA, «Vita sancti Ignatii archiepiscopi Cp.», en J.-P. MIGNE, *Patrologia graeca,* CV (Brepols ^{2}1995) 488-574.

STIERNON, D. «Ignazio, patriarca di Constantinopla», en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma ^{2}1996) 665-672.

BEATO ARNOLDO (JULIO NICOLÁS) RÈCHE
Religioso († 1890)

El Beato Arnoldo, nombre que recibió al ingresar en la vida religiosa y con el que pasó a la historia espiritual de Francia, se llamaba en su familia Julio Nicolás. Sus apellidos eran Rèche y Clausset. Nació el 2 de septiembre de 1838 en una hogar pobre de Landroff, poblado a unos 40 km de Metz, en la Lorena tan disputada entre Francia y Alemania. El ambiente de trabajo de su infancia estuvo presidido por la lucha contra la pobreza y por la acendrada piedad familiar. Sus padres, Ana Clausset y Claudio Rèche, tuvieron 6 niños y 3 niñas. Al fallecer el primer nacido, Julio ocupó el lugar de primogénito. Y ello le obligó a responder de la numerosa familia, puesto que su madre quedó imposibilitada muy pronto por la enfermedad.

El padre, valiente cristiano, además de sacar adelante a su prole numerosa, tenía tiempo para devociones y para servicios en la parroquia. Era un obrero sencillo y tuvo que resignarse a que su hijo mayor dejara la escuela al cumplir los 10 años, como solía acontecer en los ambientes más humildes. Sólo la frecuentó lo justo para aprender a leer y para adquirir algunos conocimientos elementales que le sirvieron de germen para sus inquietudes posteriores. Luego se colocó como criado de una familia cercana, la del Sr. Gueber, a fin de contar con su pequeño salario para incrementar algo el pan del hogar. A los 11 años ya estaba haciendo todo lo que mandaban sus señores: cuidar los ganados, trabajar las tierras, ayudar en labores domésticas.

Este estilo de vida infantil y la piedad contagiosa del cabeza de familia, que tenía en casa tantos niños que cuidar además de proteger con ternura a su esposa enferma, curtieron en el primogénito Julio un espíritu sufrido y silencioso, luchador, propenso a pensar las cosas mucho ante las responsabilidades tan prematuras que le había llegado. A los 16 años actuaba y juzgaba ya como un hombre maduro.

En su infancia y adolescencia influyó también el recio y austero cura parroquial, el abate Gregorio, que rigió la pequeña comunidad cristiana entre 1846 y 1888. Con sus enseñanzas y sus avisos supo imprimir en sus parroquianos, además del respeto al trabajo y la fidelidad a los deberes religiosos, la sobriedad en

la vida, la confianza en la Providencia, la valentía en las dificultades y la caridad para con los prójimos, sobre todo con los más necesitados. Julio fue su ayudante predilecto. Cuidaba el templo. Seguía sus sermones dominicales con atención. Ayudaba sobre todo en la catequesis, pues él mismo, de memoria prodigiosa, retenía las explicaciones del sacerdote y se las transmitía más claras a los compañeros, sobre todo a los que se preparaban para hacer la primera comunión y temían las reprimendas del sacerdote si no respondían luego como él quería.

Hizo su primera comunión el 11 de mayo de 1851. El 12 de junio de 1854, también en la parroquia, recibió la confirmación. Es probable que fuera en esta vida parroquial y mediante ese enlace entre el párroco y los grupos de niños de la parroquia a los que día a día preparaba para cuando llegara el interrogatorio catequístico, donde tuvo el primer deseo de ser maestro, idea que siempre le persiguió aunque la consideraba un sueño irrealizable.

A los 18 años el mismo párroco quiso mejorar la situación de su ayudante y le recomendó como cochero en el cercano castillo de Raville-Fouligny, aunque su servicio no duró mucho, pues antes de un año lo dejó por la frivolidad que encontraba entre los demás domésticos y las frecuentes fiestas mundanas a las que había de asistir como mudo testigo de los devaneos ajenos. Dejó el oficio y regresó al hogar paterno, aunque al poco tiempo fue contratado como transportador de carretas por el Sr. Bourguignon, que se ocupaba de llevar materiales para la construcción de edificios y de templos. Su servicio de transportista comenzó en 1859 en la ciudad de Charleville y duraría tres años, tiempo que le permitió ganar el dinero suficiente para mejorar la situación de su padre y de sus hermanos y abrir su vida por otros derroteros. Además tuvo suerte, pues se albergaba en la misma casa de su nuevo señor y se granjeó la confianza de toda su familia por su honradez, su piedad y el empeño que ponía en el trabajo.

Incluso en este tiempo ofreció a las hijas de la familia y a otros trabajadores relacionados con la empresa de los transportes, además del ejemplo de su vida honesta, las explicaciones de catecismo que había aprendido en su parroquia y otros conocimientos que él se empeñaba en adquirir en sus pocas horas li-

bres. En la nueva ciudad, a 200 km de su casa, tuvo algunas vacilaciones en su piedad anterior, por el ambiente de jóvenes que conoció como recién llegado. Pero pronto reaccionó y volvió a su intensa vida de oración y de renuncias. Se asoció, el 18 de agosto de 1961, a sus 23 años, a la «Unión de oraciones perpetuas de Nuestra Señora de la Esperanza», quienes se dedicaban a animar la vida cristiana de los jóvenes.

Y fue en Charleville, con motivo de su inquietud por aprender más cosas, donde conoció a los Hermanos de las Escuelas Cristiana, que tenían diversas actividades juveniles en su colegio. Se apuntó a unos cursos nocturnos que ellos organizaban para mejorar la situación de los obreros y trabajadores. Quedó prendado de la sencillez y de la disponibilidad de sus profesores. Se despertó su latente deseo de ser maestro. Y se le ocurrió la idea de ser como ellos y pidió ingresar en la congregación. No lo hizo por impulso, sino pensando bien en su padre y hermanos, que tanto le habían necesitado pero que, gracias a su trabajo y aportación, ya habían quedado en mejor situación. Por otra parte, sus hermanos ya iban siendo mayores y podrían aportar al hogar sus energías y salarios, ya que todos ellos iban saliendo, ante el ejemplo del mayor de la familia, como esforzados operarios y muy apreciados por sus virtudes.

A su padre, a quien expuso su deseo, le dijo con claridad: «Dios no necesita de nuestro trabajo para salir adelante. Se basta con su Providencia. Él os cuidará en adelante y os dará mucho más de lo que yo os he aportado». Le entregó todos los ahorros que aún conservaba y sólo se quedó con una pequeña cantidad para aportar a la casa que iba a recibirle.

Él mismo relataría después la interesante conversación con el H. Pancré, a quien expuso su deseo de ingresar en el Instituto educador que había conocido, y lo que el prudente director de Reims le respondió y le preguntó:

— Mi querido amigo, con los Hermanos hay que rezar mucho. ¿Os gusta rezar?

— Me parece que yo rezo con mucho gusto cuando lo hago y que me agradan desde siempre todos los ejercicios de piedad.

— Nosotros no solamente rezamos. Para ser Hermano hay que tener deseo de educar a los niños y buscar su mejor formación. ¿Pensáis que es una misión que os conviene?

— Hace mucho que yo enseño el catecismo a los niños con los que me encuentro y siempre aprovecho las ocasiones para hacerlo

— Pensad que lo importante no es entrar con nosotros, sino perseverar Muchos postulantes se presentan en el noviciado y se marchan enseguida Y hay muchos jovenes religiosos que se desalientan a los pocos años de vivir en comunidad

— Pues yo tengo intencion de quedarme hasta la muerte, si es que se me recibe en el noviciado

Al H. Pancré no le quedó otra opción que allanarle el camino, persuadido de que se encontraba ante un joven de valor singular. De hecho ya no era tan joven aquel carretero que llevaba en su carreta la imagen de San Arnoldo, obispo de Metz, que pertenecía a una «Asociación de oraciones» y que decía haber dado catequesis a niños desde hacía mucho tiempo. Tenía casi 25 años cuando respondía de la manera dicha a quien exploraba la realidad de su vocación religiosa.

En la información que los Hermanos recabaron sobre aquel joven desconocido supieron que era serio, piadoso, responsable y que sus compañeros de trabajo le admiraban por su austeridad y su autodisciplina. El 13 de noviembre de 1862, después de haber arreglado todas sus cosas, de haber regresado a su pueblo para despedirse de los suyos y haber disgustado a su patron, que perdía con su decisión al mejor y más fiel de los obreros de su empresa, se presentó en el noviciado de Beauregard, a dos kilómetros de Thionville, en el valle del Mosela.

Siguió los ejercicios del noviciado con pronta adaptación y con ascética actitud de hombre maduro. Tomó el hábito de Hermano de las Escuelas Cristianas el 23 de diciembre de 1862 en la localidad de Beauregard-Thionville. Con la sotana y el cuello de Hermano, recibió el nuevo nombre, con el que se le iba a conocer, el de Arnoldo. Pasó el año sin dificultades especiales. Pronto se hizo admirar por su madurez y su entrega a todos los actos piadosos y estudios de esta etapa. Y al terminar el año que solía durar el proceso de formación, en noviembre de 1863, dio por terminada su etapa de prueba

Dada su edad ya un poco adelantada, fue destinado al pensionado de San José, situado en la calle Venecia, en Reims. Sus compañeros del noviciado, más jóvenes, pasaron a otro período de formación llamado «escolasticazo». Para él se pensaron otros

caminos más personales. El centro al que iba enviado estaba animado por unos quince Hermanos y atendía a unos 500 escolares. Fue dedicado a la enseñanza, más por las dotes de su carácter espontáneo y responsable, que por la cultura que no había tenido tiempo ni oportunidad de conseguir en medio de sus trabajos juveniles. Había que ver qué daba de sí este joven que se acercaba a la edad ya madura. Y lo que fue capaz de hacer resultó sorprendente: en lo espiritual se encaminó decidido hacia la santidad. En lo profesional fue capaz de desarrollar una cultura desahoga y obtener un título académico que empezaba entonces a exigirse para ejercer la docencia. Y todo ello, por su cuenta. Claro, con la gracia de Dios.

Desde los primeros años de comunidad cuidó con esmero su profunda vida de oración y se entregó a una intensa actividad apostólica con los alumnos. Al mismo tiempo hacía esfuerzos gigantescos para mejorar su cultura, pues las actividades docentes exigen saber mucho para enseñar mejor. Durante cuatro años enseñó a los alumnos pequeños del pensionado. A pesar de las ocupaciones de un tiempo plenamente dedicado a sus clases, logró estudiar diversas materias por su cuenta. Al cabo de pocos años de intensas lecturas y trabajos disciplinados, llegó a ser muy entendido en teología, matemáticas, ciencias y agricultura. Daba sus clases, pero también dedicaba muchos tiempos a pequeños grupos de alumnos más adelantados que debían presentarse a ciertos exámenes oficiales.

En 1865 emitió sus primeros votos religiosos, según las costumbres de entonces de dejar un tiempo entre los fervores del noviciado y las realidades de la vida. El 17 de septiembre de 1868 formuló ya los votos trienales. Su regularidad y su sentido del orden llamaban la atención de sus compañeros de comunidad. Los Hermanos de Reims tenían una casa a unos 6 km de la ciudad, en una pequeño poblado llamado Thillois, para que fueran de paseo los alumnos. El poblado era pacífico y silencioso y la casa estaba solitaria. De cuando en cuando pedía permiso para ir a pasar un día de silencio, oración y retiro. Sobre todo se aficionó a la casa desde el momento en que en ella se instaló el noviciado debido a la guerra contra Prusia de 1970.

Es que la guerra, tan desgraciada y negativa para Francia, afectó mucho al H. Arnoldo y a su familia. La rivalidad entre

Francia y Prusia, que duró de 1869 a 1871, fue efecto del mal gobierno del emperador francés Napoleón III y de la astucia del emperador austriaco Guillermo I, manipulado por su canciller Bismarck. La misma casa de los Hermanos de Reims fue requisada por el ejército francés primero, y los triunfadores alemanes después. Fue convertida en hospital de campaña y los Hermanos tuvieron que actuar como sanitarios para atender a los soldados franceses heridos al principio. Luego, cuando las tropas germanas invadieron la ciudad y 80.000 soldados alemanes llegaron el 4 de septiembre de 1870, los heridos fueron soldados prusianos a los que hubo que dedicar las atenciones de los enfermeros.

El H. Arnoldo fue uno de los Hermanos que más se distinguieron por su caridad y su amabilidad con los heridos, sin diferenciar bandos y haciendo lo posible por aliviar a las víctimas de aquella insensata contienda, en la que el imperio germano quiso oprimir a la entonces decadente monarquía francesa, la cual cayó para siempre con motivo de la guerra, dejando paso definitivo a la República.

Él era originario de una población de cultura, de lengua y espíritu franceses, como era la región de Metz en la Lorena del Norte. Tuvo la pena de ver su tierra natal pasar al dominio germano y someterse a los vencedores. Estrasburgo y Metz, la Alsacia y la Lorena, dejaron de ser francesas y se convirtieron en germanas por la fuerza de las armas. Cuando llegó el momento de registrarse como natural y ciudadano de una zona que pasaba a la soberanía germana, él se declaró de lengua francesa y se acogió a la nacionalidad gala, según el principio de libre elección que se había estipulado en el Tratado de Fráncfort, el cual regularizó la situación de los ciudadanos de esas regiones disputadas. Su opción y declaración de ciudadanía francesa fue firmada el 26 de agosto de 1872. Su familia quedó en el territorio germano, lo cual le produjo mucha pena y le imposibilito visitarla en adelante, pues no obtuvo visado para acudir a su pueblo. Ello le originó temores, a juzgar por las cartas que todavía se conservan dirigidas a su padre y a sus hermanos.

Su vida religiosa y espiritual fue más cuidada y exigente cada vez. El 6 de agosto de 1871, en plena guerra cuyos combates se

desarrollaban muy cerca de Reims, había formulado sus votos perpetuos. Su oración comenzó a ser objeto de comentario por parte de los Hermanos, pues se sospechaba que era intensa y que había llegado a cierto estado de contemplación. Sus conversaciones y reacciones rezumaban espiritualidad. La sonrisa era la única respuesta que él ofrecía cuando se escarbaba en su interior. Solo cuando su director le interrogaba sobre sus necesidades espirituales, él mismo, con sencillez de niño, polarizaba sus respuestas en tres frente: el impresionante respeto que mostraba a la Pasión de Jesús, el misterioso efecto que sentía al entregarse al Espíritu Santo, la ternura inexpresable que manifestaba a la Santísima Virgen. Eran, tal vez, los tres ejes de su dinámica interior.

Pero, según las consignas de su fundador, Juan de La Salle, él no hacía «diferencia entre los deberes de su estado y el negocio de su santificación». La actividad de la clase le cautivaba y la responsabilidad por dar bien las materias que se le iban confiando le exigían muchas horas de vigilia y preparación. Fueron años de eficacia juvenil. Él, que había sido carretero y había entrado sin ninguna base cultural debido a sus trabajos, tuvo que responder en diversos cursos de materias tan dispares como «lengua alemana», «arte», «ciencias generales» y «agricultura». Esta última es la que más le agradaba, pues la repitió de año en año. Los alumnos eran mayores, hijos de familias de agricultores, con frecuencia más rústicos que rurales. Tuvo que esforzarse mucho para granjearse su interés, su respeto y su amistad. Y lo hizo con ejercicios prácticos y cultivos directos, es decir, empleando un metodo activo que a los demás profesores les admiraba Hasta se presentó con ellos a exposiciones y concursos, Mas de una medalla y diversos premios fueron aliciente para los escolares, cuya creatividad supo desarrollar con habilidad. Cuando los Hermanos y amigos le felicitaron por una medalla de oro que se le concedio en una exposicion en Reims, respondió con una evasiva. «El mérito es de Dios que hacer crecer las plantas. Nosotros sólo las hemos trasladado allí».

Al mismo tiempo se seguía cultivando a sí mismo cultural y académicamente, a fin de estar más capacitado para sus tareas docentes. Los estudios personales le cogieron ya un poco ma-

yor, pues su ingreso en el noviciado se había hecho a los 25 años. Pero nunca es tarde para quien siente una responsabilidad intensa por ser cada día mejor profesor, que es lo que este hombre de Dios experimentaba en su interior. Hasta se presentó a un examen oficial para obtener el título profesional que le habilitara para la docencia de forma oficial. Tuvo un fracaso en 1873, como era de esperar, pues no obtuvo en los exámenes buenos resultados debido a sus lagunas culturales anteriores y a que no había tenido tiempo suficiente para prepararse. Cualquier otro se hubiera desanimado y abandonado la carrera hacia esa meta del título oficial. Pero el H. Arnoldo no era de ese tipo de personas que se frustran por un fracaso. Asumió el rechazo con paciencia y humildad y no se acobardó por ello. «Tendremos que prepararnos mejor», fue su único comentario al dar cuenta de su fracaso. Siguió preparándose por otros dos años, al tiempo que continuaba dedicando la mayor parte de su esfuerzo a preparar sus clases. Y en 1876 obtuvo el título deseado.

Más que la materia que impartía, era el estilo amable, interesado, generoso como la daba. Siempre estaba disponible. En su vida todo giraba alrededor de los jóvenes, comprometido con ellos por vocación y entusiasmado por lo que había descubierto en el Instituto que le había abierto las puertas. Vino curtido por el trabajo recio de campesino y esperando enseñar un poco de catecismo. Pero pronto se transformó en profesor competente, en aras de un mejor servicio a los niños y a los jóvenes, que pronto le comenzaron a llamar con el apelativo cariñoso de «el buen hombre», del «amigo» y de «Arnoldo el santo».

Sus frases a los alumnos se fueron haciendo lemas de vida. Las repetía con frecuencia para que les quedaran grabadas. «Sean santos y tendrán luz y fuerza para decisiones grandes». «Perdonen a todos para ser perdonados por Dios». «El Evangelio es para vivirlo, no sólo para conocerlo». Éstas y otras consignas están tomadas de lo que algunos de sus compañeros de comunidad y acción apostólica recordaban con preferencia.

Tenía enorme paciencia como educador, aun cuando era de carácter fuerte y le rondaba el amor propio cuando tenía que hacer las cosas, pues exigía que todo le saliera bien. Pero su tra-

to con todos era siempre amable, cortés y fino. Mostraba bondad e interés por las personas con dificultades. Estaba siempre pendiente de las necesidades de los demás, especialmente de los pobres y de aquellos escolares que iban mal en los estudios. «Los inteligentes ya se bastan por ellos mismos», solía decir. A los torpes siempre estaba dispuesto a ofrecer ayudas, complementos y tiempos suplementarios.

Las relaciones con su padre Claudio y sus numerosos hermanos nunca quedaron interrumpidas. Las cartas y los buenos consejos fluyeron con naturalidad y discreta frecuencia. Especiales muestras de unión y de fraternidad ofreció a sus hermanos y hermanas cuando en 1871 falleció su hermana Julia, que era la hija mayor y la que cuidaba el hogar ante la enfermedad de su madre. Había ido a Metz a visitar a su hermano José, que llevaba meses prisionero de los alemanes, y no pudo resistir a sus 31 años las fatigas de la caminata. Y singulares sentimientos él expresaba a sus hermanos a finales de 1873, cuando el patriarca Claudio cayó gravemente enfermo y murió antes de terminar el año. Se conservan las cartas espirituales, afectuosas, llenas de referencias a la Providencia, con las que pretendía elevar el estado de ánimo de los suyos, a los cuales no pudo ir a visitar por quedar ya «en el extrajero».

Su propia vida espiritual estuvo regida por la total docilidad al Espíritu de Jesús que dio en él frutos abundantes. Sin hacer nada de especial, con solo cumplir su deber de cada día, amando profundamente la oración y practicando moderadas austeridades de vida, su espíritu se fue acrisolando. Se manifestaba siempre ecuánime, fuerte, sereno y cuantos con él hablaban sentían que irradiaba una fuerte vida interior. Tenía sed insaciable de encuentro con Dios en la oración y en la eucaristía. Sobresalía por su amor sencillo y sólido hacia la Santísima Virgen María. Y al mismo tiempo derrochaba buen humor, simpatía, alegría y cordialidad de trato

En el otoño de 1877, el superior de los Hermanos de su Provincia religiosa tuvo la feliz idea de poner al H. Arnoldo como director del noviciado. Llevaba en ese momento 14 años en Reims impartiendo clases y cultivado ejemplares vegetales modélicos para que los alumnos aprendieran mejor las leccio-

nes de agricultura. Quedó de momento un tanto desconcertado por la propuesta, pero reaccionó con la obediencia y fidelidad que siempre le habían caracterizado. Fue la intensidad de su vida de oración y su amor por las prácticas de penitencia lo que decidió al superior a confirmarle esta nueva labor en su vida y nombrarle para aquel cargo.

De forma inmediata tuvo que trasladarse a la sede del noviciado en Thillois, que se hallaba cerca de Reims y a donde habían ido los novicios en 1871, cuando la casa del noviciado anterior en Beauregard, quedó en la parte anexionada por Alemania y cercana Metz. Fue persuadido de que él no valía para la empresa. «No sirvo para gobernarme a mí mismo y me mandan dirigir a los demás», le había dicho a su superior. Pero recibió la respuesta de que Dios haría lo restante, si él se sometía a su voluntad. Pasó un mes en otro noviciado para ver cómo se hacía y apareció por su nueva casa con el rostro lleno de alegría y sin pronunciar una queja que se reflejara ante los espectantes novicios que le esperaban. Le había precedido cierta fama de santo. Lo supo y lo primero que les dijo a los jóvenes fue lo siguiente:

> «Les mandan a Vds. un pobre hombre que vale muy poco. Pero, no se preocupen. Dios suplirá las limitaciones. Yo sólo sirvo para estropear las obras de Dios. Mas ya saben todos que Dios suele arreglar las obras que nosotros estropeamos con su inmensa bondad».

Fue la nueva etapa en la que a sus 39 años continuó su vida de austeridad y de plegarias, siendo modelo de vida y convirtiéndose en perpetuo intercesor de sus dirigidos ante Dios. Cambió el riego de plantas por el cultivo de almas, implorando la protección divina para su delicada labor que, como él decía, «era más sutil y responsable que la de cultivar plantas y la de instruir inteligencias, que era lo que hasta entonces había hecho».

Desde el día de su llegada, un 16 de noviembre de 1877, su disponibilidad para los novicios fue total. Pronto se ganó el corazón de los que había en la casa y de todos aquellos que se relacionaban con él. Se propuso actuar más orando por los novicios que cansándolos con buenos consejos. De hecho, el ejemplo fue su mejor predicación, conforme luego reconocerían los que por sus manos espirituales pasaron en esos años

para ingresar en la vida religiosa y para preparase para la vida apostólica. La conferencia instructiva diaria era su mejor instrumento de formación. Si dio 365 conferencia al año y estuvo 13 años y a ello añadimos las diversas charlas y exhortaciones en los múltiples retiros para Hermanos que los Superiores le encargaron, hallamos que preparó cerca de 4.500 charlas, de muchas de las cuales se conservan sus esquemas y sus apuntes.

Su actitud espiritual y piadosa, que no dejaba ser natural y espontánea, llamaba la atención. Al cabo de pocos años de director de novicios, cierta aureola de «santo» le fueron colocando en el recuerdo los que se relacionaron con él. Se encomendaban a sus plegarias cuando una necesidad les acuciaba y él siempre las prometía y ¡las cumplía! Le pedían consejo quienes no iban bien en su vida interior y él aconsejaba, muchas veces antes de que los visitantes le expusieran su problema o su desconcierto. Parecía tener una luz interior que le permitía leer las conciencias. Hasta se comenzó a hablar de pequeños milagros de curación, con consuelo, o «adivinación». Al menos son diversos los relatos de hechos inexplicables que sucedieron con su intervención, sin que se sepa si eran luces singulares concedidas por Dios o efectos de una experiencia de los cuerpos y de las almas que iba almacenando, dado su espíritu observador.

Cuando Thillois quedó pequeño para los 25 o 30 novicios que solían poblar el noviciado, el H. Arnoldo hizo lo posible para que aumentaran las vocaciones, a fin de poder cultivar más flores vocacionales. Se preparó una casa más grande en un barrio de Reims. Él mismo trabajó en la empresa y logró que se aceptara poner la casa bajo la advocación y protección del Sagrado Corazón de Jesús. La casa nueva estaba en el barrio de Courlancy. Ella sería la última plataforma de su apostolado. Desde el 16 de julio de 1885 en que se trasladó a ella con sus 31 novicios de entonces, hasta su muerte, allí permaneció.

Una de las celebraciones hermosas que el H. Arnoldo preparó con inmenso cariño fue las fiesta de la beatificación de San Juan Bautista de La Salle, por León XIII, el 9 de febrero de 1888. Además de ser el propio padre y fundador de su Instituto, el H. Arnoldo tenía especial devoción a sus escritos y de modo preferente a la *Colección de varios trataditos,* la síntesis de la ascética lasa-

liana, y al *Método de oración,* escrito por el nuevo beato para enseñar a orar a los novicios. Solemnes actos se celebraron en la catedral, donde el fundador había sido canónigo y, allí, estuvieron emocionados todos los Hermanos de la villa. El H. Arnoldo dio tal sentido espiritual y religioso a los acontecimientos celebrativos que los novicios nunca pudieron olvidar las enseñanzas y consignas que de tan entusiasta director recibieron.

Pero aquellas fiestas para él tan entrañables ya fueron las últimas que celebró con salud y con regocijo. A partir de aquellos días un cansancio mortal inexplicable se fue apoderando de su cuerpo y de su mente. El médico que, contra su deseo, fue avisado, le prescribió reposo absoluto, pues diagnosticó que algo grave se incubaba en él con todos los síntomas de pleuresía. A principios de 1889 pareció mejorar algo y hasta pudo levantarse. Pero su fortaleza y decisión ya no eran las mismas. El retiro largo que dirigió para Hermanos en el verano de ese año le agotó grandemente. Se renovaron los síntomas de su pleuresía y la asfixia le atenazaba en los movimientos.

Su ausencia del noviciado no era conveniente para la marcha de los jóvenes. Él mismo pidió que pusieran otro director más capaz y presente. Los superiores lo entendieron así, pero a él le designaron como director de la comunidad llamada Sagrada Familia, que se encargaba del mantenimiento de la casa. Fue entonces cuando un Hermano de la casa, aficionado a la incipiente fotografía que entonces estaba en boga le pidió un día, sin esperanza alguna de obtener su permiso, un regalo:

> — Hermano director, quiero pedirle un favor, que me haría muy feliz.
> — Si es por hacerle más feliz y puedo hacerlo, se lo prometo.
> — Que me deje hacerle una fotografía para ver si funciona la máquina.

Vaciló un momento. Pero terminó diciendo, como gesto magnífico de un santo que sabe ser humano y de hombre que es capaz de ser santo:

> — Bueno, si es para hacerle más feliz y me promete Vd. ser mejor, se lo autorizo.

El Hermano corrió en busca de la máquina ya preparada. Dispuso los entonces complicados enseres y disparó la placa

que hizo posible para la posteridad tener el verdadero rostro del que un día subiría a los altares. Pero no es fácil discernir cuál de las dos fue la mejor fotografía: si la del rostro agradable y pacífico del H. Arnoldo o la del alma sencilla de quien es capaz de posar ante un fotógrafo para hacer más feliz a un Hermano.

Como su salud no mejoraba, se le ordenó que viajara a Mont-Dore, lugar bueno para una cura de aguas termales. Tuvo que aceptarlo por obediencia. Pero algo le decía que su carrera terrena llegaba a su fin. Su fatiga ya no le dejaba hacer muchas cosas, salvo orar y ofrecer al Crucificado sus propios sufrimientos corporales y morales. De regreso a su comunidad, ya tuvo que guardar cama. El 23 de octubre de 1890 fue su último día de vida. A duras penas se levantó y bajó a la capilla para despedirse de Jesús. Ya no pudo volver a su habitación sin ayuda. Perdió el conocimiento nada más tenderse en el lecho. Lo recobró y se confesó con el capellán que había acudido junto a él. Volvió a perder la conciencia y horas más tarde, mientras se le administraba la unción de los enfermos, su alma voló hacia la eternidad.

Tenía 52 años. Su fama de santidad no era sólo el recuerdo de un hombre austero y piadoso. Era la sensación de que su vida se había quemado por entero por los jóvenes y por Dios. Todos sintieron que aquel «carretero de Dios» se había dado del todo a los hombres: a sus numerosos hermanos, mientras estuvo en su hogar; a sus alumnos, mientras estuvo encargado de explicar agricultura; a sus novicios, mientras cumplía con ellos la voluntad de Dios.

La devoción que se le tuvo en los primeros años después de su muerte, nunca se extinguió del todo. Fue enterrado en el cementerio y luego trasladados sus restos a la iglesia de la casa del Sagrado Corazón. Las flores nunca desaparecían de su sepultura. Los testimonios sobre sus ayudas materiales y espirituales a quienes las solicitaban no cesaban. El proceso diocesano y luego el romano para declararle beato se inició por la presión popular el 24 de marzo de 1938. Los milagros, oficiales y no oficiales, se multiplicaron. Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de noviembre de 1987, al terminar el sínodo de los laicos. El cardenal Marty de París dijo de él en aquella ocasión: «El testi-

monio del H. Arnoldo es un signo luminoso en la senda espiritual y apostólica de todos los cristianos».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

JUAN PABLO II, «Homélie pour la béatification du F. Arnould Rèche et des soeurs Ulrika Nisch et Blandine Merten»: *La Documentation Catholique* (1987) n.1.951, p.1117-1119.
LANDE, A. DE, *Frère Arnold, l'ami des jeunes* (Metz s.d.).
RIGAULT, G., *Un ascète lasallien: Frère Arnould* (París 1956).
VALLADOLID, J. M.ª, *Hermano Arnoldo, el carretero de Dios* (Madrid 1987).

BEATO LEONARDO OLIVERA BUERA

Presbítero y mártir († 1936)

Leonardo Olivera Buera nació el 6 de marzo de 1889 en Campo, pueblo de la provincia de Huesca y de la diócesis de Barbastro. Se santificó siendo párroco de pueblo, capellán de colegio y mártir de Cristo. Fue un hombre bueno, un sacerdote sereno y valiente, un mártir elegido misteriosamente por el mismo Señor al que él tanto había amado y hecho amar a sus feligreses y a los miles de jóvenes a quienes ayudó a caminar en la vida.

Sus padres fueron José Olivera y Paula Buera, honestos y modestos trabajadores, aunque el cabeza de familia cambió varias veces de oficio, probablemente dedicándose a trabajos ambulantes, lo que provocó a la familia varios cambios de residencia. La madre era muy piadosa y sabía educar a los hijos en la seriedad, en el trabajo y en el orden.

El pueblo de Campo es pequeño en extensión y en población. Siempre lo fue. Pero es un pueblo alegre y solidario. Hasta el día de hoy conserva un «Museo del juego» y en él se muestran instrumentos lúdicos para niños, jóvenes, mozas, adultos, ancianos, con hermosos juguetes antiguos, sobre todo del siglo XIX, cuando nuestro mártir nació y vivió en la localidad. La superficie es de 22,9 km^2. Está a una distancia de 111 km de Huesca, a una altura de 691 m. Pertenece a la comarca de Ribagorza. A orillas del río Esera, en un valle enmarcado por las altas cimas

del Turbón (2.492 m) y el Cotiella (2.912 m), ofrece un paisaje hermoso y sugestivo. Desde él se puede mirar a lo lejos. Sobre todo, se puede pensar en el cielo. Tenía 400 habitantes cuando Lorenzo nació.

Recibió el bautismo en la parroquia del pueblo al día siguiente de su nacimiento, el 7 de marzo. Se sabe que recibió los nombres de Leonardo Tomás Joaquín. Creció con sencillez y aportando al hogar lo que pudieron sus manos infantiles. Cuando tenía unos ocho años, la familia se trasladó y Leonardo frecuentó la escuela de Castrejón de Sos. También visitó con más frecuencia la parroquia, pues pronto entró como monaguillo. Se granjeó la confianza y la amistad del párroco, que tanto le ayudaría en su crecimiento espiritual y cultural.

Su familia, sencilla y laboriosa, le enseñó a trabajar desde los primeros años. El ambiente era muy bueno. Un tío sacerdote daba el tono de compromiso eclesial y el ejemplo vocacional. Tuvo una hermana, Aurelia, y un hermano, Leovigildo, quienes luego recordarían con nostalgia los datos humanos de los primeros años del futuro mártir. El padre murió prematuramente y la familia vivió en grandes necesidades y en estrecheces durante algún tiempo. Tal vez por eso Leonardo convivió largas temporadas con su tío sacerdote, que le ayudó a desarrollar las virtudes cristianas. No necesitó excesivos impulsos para ser bueno, pues era serio, piadoso, de sanos sentimientos. Desde sus más tiernos años fue aficionado a la lectura. Por eso su vida fue siempre tranquila y sus buenos impulsos le llevaron a una frecuente oración.

El párroco, D. Cruz Plana, protegió siempre a Lorenzo y le encargó muchas de las tareas propias de un acólito. Incluso quiso llevarle pronto al Seminario, pero el padre se opuso al principio y ello le demoró el seguir una vocación eclesial para la que sin duda había nacido. Y ello a pesar del interés que la piadosa madre ponía en que su hijo fuera, como el tío, seguidor especial del mismo Jesucristo. Parece que su primer estudio de seminarista lo hizo en Barbastro, como recordaría su hermana, sin que se pueda precisar los cursos que pasó en esta patriarcal ciudad.

Pero el mismo párroco, que tanto le protegía y apoyaba, fue quien le ayudó a instalarse en Zaragoza, a fin de que le resultara

posible el sustentarse sin gastos para la madre, cuando ella quedo viuda y al frente del hogar. Le recomendó como sacristán de las religiosas de Jerusalén, cercanas al Pilar. Ello le proporcionó una casa y un sueldo, aunque modesto. Las religiosas se dieron pronto cuenta de que aquel muchacho, joven y con vocación sacerdotal, era una buena ayuda para su iglesia y por eso le acogieron y le apreciaron durante los años de su formación sacerdotal. Con la ayuda de ese pequeño oficio y con lecciones particulares, que daba a estudiantes que lo demandaban, pudo sufragarse los estudios en el seminario de Zaragoza hasta llegar a su ordenación.

En los años juveniles ingresó en la Tercera Orden Franciscana y cultivó siempre una tierna devoción a San Francisco. En ocasiones firmó en sus cartas y en algunos artículos que escribiría como «terciario franciscano». Los estudios del seminario los realizó como externo. Le condujeron sin especiales dificultades hacia el sacerdocio. Según los testimonios recogidos con motivo de su proceso de beatificación, es seguro que su piedad y su decidida vocación nunca tuvieron vacilaciones. Sobresalió ya desde joven por su amor a la Virgen María y por su responsabilidad en el cumplimiento de sus deberes.

Como excelente seminarista, supo armonizar la piedad y los estudios con diversas actividades apostólicas. Fue trabajador, reflexivo y en ocasiones hasta audaz. Llegó a ser director del periódico carlista *La Lucha,* que se publicaba en Zaragoza. Publicó en el periódico nacional *El Debate* algunos artículos, aunque firmaba con el pseudónimo «León Ardo». Luego escribiría también hermosos artículos en la revista del colegio del que sería abnegado capellán en Barcelona.

Se ordenó sacerdote el 17 de junio de 1916. Y quedó luego como párroco de Movera, en Puente Gallego, Zaragoza. Allí estuvo doce años como sacerdote apostólico y ejemplar. Construyó el cementerio. Cuidó la antigua iglesia parroquial, que era de 1774 y estaba dedicada a Santa María de Movera. Era una iglesia de estilo neoclásico, con edificio adjunto en ladrillo, con ventanas típicas del siglo XVIII El pueblo era pequeño, sencillo y muy zaragozano, a unos 11 km del centro de la ciudad del Pilar y en la margen izquierda del Ebro. Tuvo sus dificultades,

pues era serio y cumplidor y sus parroquianos, por ser una población muy dispersa, tenían dificultades para los actos religiosos. Los niños, empleados prematuramente en los trabajos del campo, apenas si acudían a las catequesis. Y muchas veces el trabajo de los domingos estorbaba seriamente la vida religiosa de los parroquianos. Él sufría por ello e hizo todo lo que pudo por cambiar la situación con un trato personal y agradable, que después los campesinos recordarían con agradecimiento.

La cercanía con Zaragoza le permitía ir con frecuencia a la capital y enlazarse en diversos apostolados que su espíritu juvenil de sacerdote celoso le demandaban. Así fue como conoció a los Hermanos del colegio La Salle, del Instituto de las Escuelas Cristianas, pues frecuentó, como confesor de los alumnos, su colegio urbano.

La seriedad, la fidelidad, la puntualidad y el celo que D. Leonardo manifestó movieron un día a los superiores de los Hermanos a invitarle a ir a Barcelona, para ser el capellán del gran centro que en la ciudad condal animaba esta Institución, el colegio de Bonanova. Le desagradó la idea al principio, pues estaba muy encariñado con su parroquia y con su ambiente. Pero algunas voces amigas le aconsejaron aceptar la propuesta, pensando en algunas nuevas posibilidades apostólicas y otras consideraciones.

Aceptó el fin el traslado y en atención a su anciana madre que vivía en su compañía hizo el traslado en los comienzos del curso de 1928. En Barcelona y en el colegio, en la hermosa casa del capellán que entonces tenía el centro, estuvo 6 años como director espiritual y capellán del millar largo de alumnos que el colegio educaba. La seriedad y el celo, orden y la puntualidad, la disponibilidad y la piedad fueron sus notas más significativas.

Además de los actos de culto y de las horas de confesionario, tuvo tiempo para diferentes apostolados complementarios. Escribía con frecuencia en la revista del colegio de Bonanova sobre temas de espiritualidad y animación de jóvenes. Escribió en esos años los artículos editoriales con los que comenzaba la publicación. Incluso se dedicó a ayudar a otros centros en las tareas sacerdotales, como la atención sacramental que semanalmente ofrecía en el colegio cercano de adoratrices.

Llevó unos años de vida casi monacal. Dedicaba por la mañana una hora de oración y tres cuartos de hora por la tarde. Todo el dinero que ganaba, diría después un sacerdote amigo, lo gastaba en libros, pues era un asiduo lector. Su biblioteca era la envidia de los sacerdotes y amigos que le visitaban. En Barcelona vivió con su madre y, algunas temporadas, le acompañaba su hermana, que había quedado viuda y tenía un hijo. En casa tenía una sirvienta muy piadosa. Era la que atendía a la familia con abnegación.

La vida se había estabilizado y podía haber durado muchos años en una actividad fecunda, silenciosa y hermosa, pues pronto los alumnos descubrieron en él un auténtico consejero y eran muchos los que frecuentaban su conversación. También los Hermanos del colegio, que eran unos 35 en su mayor parte jóvenes, sintonizaron con él y le consultaban muchos de sus problemas. El capellán don Leonardo llegó a ser protagonista de una actividad apostólica enormemente fecunda, como la de todo el que se dedica a las tareas de ayudar cada día a los jóvenes estudiantes y a las personas que necesitan consejeros serios y amables. Se prometía D. Leonardo, a sus 47 años de edad, servicio eclesial largo y felices días de apostolado con la juventud. Sin embargo Dios tenía otros planes.

El 18 de julio de 1936 surgieron acontecimientos que iban a cambiar durante años el rostro de la nación española. La guerra civil que se comenzó iba a segar muchas vidas y entre ellas las de 6.000 sacerdotes y religiosos en España. Uno de los destinados al sacrificio era el capellán de Bonanova. D. Leonardo conoció los sucesos por la emisora de radio que asiduamente escuchaba. Al día siguiente llegó a su hogar el dolor y el calvario. Se quedó en su casa vestido con su sotana, aunque los Hermanos del colegio comenzaron a dispersarse y le aconsejaron buscar otro lugar más seguro. El día 19 de julio los revolucionarios de la ciudad, movidos por los más extremistas dirigentes de los sindicatos obreros, asaltaron el colegio hacia las doce del mediodía. Cinco Hermanos trataron de refugiarse en la casa de D. Leonardo, que estaba al extremo de los patios colegiales y tenía acceso independiente desde la calle. Otros que quedaron en el centro fueron detenidos y algunos lograron esconderse en otros lugares de la ciudad.

Los asaltantes saquearon el colegio y un grupo de ellos rodeó la casa del capellán. Llamaron a la puerta y D. Leonardo y los que estaban dentro trataron de disimular su presencia sin bajar a abrir. Alguien dijo que acaso era otro Hermano del colegio que pedía asilo. Ante la sugerencia, el capellán, inquieto por la suerte de la comunidad, abrió la puerta vestido como estaba, es decir con su sotana sacerdotal.

«Un cura, un cura», gritó la turba desde fuera. Uno de los asaltantes disparó una ráfaga de metralleta, al tiempo que uno de los Hermanos se abalanzaba sobre D. Leonardo y le retiraba del punto de mira de los escopeteros. La acción del intrépido salvador no impidió que una bala le atravesara el brazo izquierdo y que la sangre comenzara a brotar. Ante el hecho, los asaltantes no se empeñaron en entrar, tal vez por la prisa en regresar al colegio y participar en el saqueo.

La reacción del herido fue decir al Hermano que le había empujado: «Me han herido, estoy herido... Pero no diga nada a los Hermanos para que no se asusten». Le subieron a una habitación del piso superior y trataron de hacer una primera cura ante la dificultad de salir al exterior por lo que estaba aconteciendo en la calle. Los hermanos Ciriaco Domingo y Venceslao Juan le intentaron contener la hemorragia y le hicieron una cura primera. Lograron extraerle una bala, que le había perforado el brazo. Le limpiaron con agua oxigenada. La bala cayó al suelo. D. Leonardo la cogió y la besó diciendo: «Que Dios les perdone. No saben lo que hacen... Es mi instrumento de sufrimiento».

Al poco rato, los que estaban con el herido lograron llegar a la cercana clínica particular del doctor Rabaza para pedir que atendiera al herido. Mientras tanto los que quedaban, con el herido, se trasladaron a una casa cercana, donde unos buenos vecinos alemanes les acogieron y escondieron, pues esperaban que los asaltantes regresaran en su búsqueda sin tardar mucho, como así aconteció ya sin encontrarles. A D. Leonardo le proporcionaron un traje civil y le obligaron a desprenderse de la sotana, lo que hizo con mucho sentimiento y por prudencia, a fin de evitar incluso comprometer a los mismos protectores.

Obtenida la autorización, le trasladaron ya por la tarde al centro sanitario. Apenas llegó, el doctor le hizo la cura conve-

miente y le inmovilizó el brazo, después del tratamiento adecuado. En la clínica quedó internado, dado que la herida era grave. Su estancia en ella se prolongó 40 días.

Los Hermanos sólo se retiraron para buscar su propia protección cuando llegó su hermano Leovigildo, que fue oportunamente avisado, y quedo al cuidado de D. Leonardo. Pero los milicianos, que habían seguido la pista del sacerdote herido, se presentaron en la clínica al día siguiente y el herido fue detenido y llevado al hotel Colón. Este era el lugar requisado por la revolución y convertido en lugar de interrogatorios por los militantes del POUM. Ante los interrogadores, D. Leonardo se declaró sacerdote.

En este desplazamiento al lugar de interrogatorios le acompañó un alumno del colegio, que en ese momento había acudido a visitarle y auxiliarle. Era Enrique Guilera Sansó, que luego relataría el tono valiente de las respuestas del sacerdote ante las insolentes preguntas de los milicianos. Según este testimonio, en ningún momento negó ser sacerdote y afirmó su labor de dedicación a los alumnos y a los jóvenes. Dejó en claro su misión de capellán. Y dio cuenta de dónde era y de qué iglesia había sido párroco antes de llegar a Barcelona.

Las varias horas que estuvo en el centro fueron duras. Pero al fin, ante el requerimiento de que debía ser sometido a otra inmediata e inaplazable intervención quirúrgica, le dejaron partir de nuevo hacia la clínica.

A los pocos días, a pesar de su situación delicada y de su herida preocupante, se sometió al ruego de sus hermanos y de los miembros de la comunidad de Bonanova, que pudieron mantenerse en relación con él. Huyó de Barcelona y con él marcharon también varios Hermanos que llegaron a Valencia. Los Hermanos se instalaron en fondas y casas amigas. Al conocer el lugar donde D. Leonardo vivía con su hermana Aurelia, se pusieron discretamente en contacto con él para continuar sus conversaciones espirituales y animarse mutuamente en aquellas difíciles circunstancias. Fue precisamente en esa casa donde quedo escondido un par de meses. Incluso dio acogida en su compañía a otro Hermano, Bertrán Dionisio, mientras que los demás se albergaron en pensiones cercanas a la espera de que la situación mejorara algo.

En aquellos aciagos días, los jóvenes Hermanos encontraron en D. Leonardo un hombre fuerte y sereno en las adversidades. Siempre les decía palabras de consuelo y fortaleza. No mostraba miedo por lo que pudiera suceder. Animaba a todos con su sola presencia y con la tranquilidad de su rostro. Un día, el 22 de septiembre, dos de ellos, los hermanos Honorato Andrés y Florencio Martín, fueron interceptados por los milicianos en la calle. Se habían atrevido a pedir trabajo en la enseñanza pública para poder vivir y habían demandado su certificado académico a Barcelona. En el documento constaba su calidad de Hermanos de las Escuelas Cristianas y ello fue suficiente para ser detenidos. Bien por las confesiones que con malos tratos les arrancaron los milicianos, bien por haber sido objeto de seguimiento anterior, dieron la pista de dónde se hallaban escondidos el H. Ambrosio, que hubo de sumarse a la comitiva que inmediatamente les condujo al sacrificio, y en dónde vivía el capellán D. Leonardo.

Los tres Hermanos fueron asesinados esa misma noche en un basurero de la calle Sagunto de Valencia. A don Leonardo le llevaron por separado. Tenía puesto un pijama de color rosa cuando entraron en la casa los perseguidores. No le permitieron que se pusieran otra cosa ni que recogieran sus enseres o medicinas. Mientras uno de ellos vigilaba y contenía las protestas de su hermana, los otros dos del piquete se dedicaron a registrar y saquear las cosas de valor que había en la vivienda.

Eran tres pistoleros que hacían alarde de sus armas y con ellas amedrentaban a los indefensos observadores de la casa. Los datos recogidos después coinciden en que D. Leonardo quedo sereno, valeroso y resignado. Eran las cuatro de la tarde cuando fue detenido. Le ordenaron subir a un vehículo que se hallaba frente a la puerta.

No se supo más de él ni del otro grupo que había llevado a los Hermanos. Al día siguiente el cadáver fue encontrado a unos 8 km de Valencia, en el camino que lleva a El Saler. Probablemente el crimen tuvo lugar hacia las 6 de la tarde. En el momento de su detención, un médico que hacía visita a los enfermos de su demarcación y le había atendido a él mismo, observó a los que le llevaban detenido. Cuando a la mañana siguiente

este doctor atravesaba el paraje llamado «El Pinedo», vio el cadáver que todavía tenía el brazo sujeto al cuello por el cabestrillo y que llevaba puesto el pijama de color rosa. Él mismo identificó al sacerdote asesinado por una ráfaga de balas. Luego de dar aviso a sus familiares y su testimonio, llegó uno de los sobrinos que también realizó la identificación. Era el 23 de octubre de 1936. Un crimen impune se había cometido y un mártir más había volado al cielo.

Su cuerpo fue enterrado por sus hermanos en el cementerio de Valencia. Los horrores posteriores de la guerra y la abundancia de enterramientos de aquellos días fue causa de que su cuerpo se perdiera en aquel torbellino de muertes, venganzas y atropellos que ensangrentaron los días de la guerra e incluso los tiempos posteriores.

Iniciada la causa de beatificación martirial después de la guerra, el proceso de beatificación siguió su curso lento, uniendo su figura sacerdotal con el grupo de Hermanos que fueron asesinados en Valencia. El proceso culminó el 20 de diciembre de 1999 en la sala del consistorio y en presencia del Santo Padre, de los miembros de la Congregación para las Causas de los Santos y de los postuladores, cuando se promulgó el decreto que autorizaba a la beatificación. El mismo el Papa los beatificó el 11 de marzo de 2001 con sus tres Hermanos de huida a Valencia y otros dos que murieron en lugares cercanos por los mismos días en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

En una de las revistas colegiales del colegio Bonanova, don Leonardo escribía poco antes de terminar el último curso que pasó en el colegio:

> «¡Qué tendrá Cristo bendito que con una palabra de paz suscita la guerra más encarnizada! Hablando sólo palabras de amor, levanta tempestades de odio; y, bendiciendo a todos, muchos le maldicen. Y ¡qué tendrá, sobre todo en sus ojos, que mira a uno, por enemigo que sea, por rebelde que sea, aunque le haya negado, aunque le haya blasfemado, aunque le haya perseguido, y lo gana, lo rinde, lo convierte y cambia su corazón por entero, atrayéndolo a la vida divina de su gran Corazón! Porque Cristo mira a veces para herir, con herida que da salud».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid ²2004).

SACRA CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Positio super martirio. Leonardi Olivera Buera sacerdotis et sociorum* (Roma 1992).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS SERVANDO Y GERMÁN

Mártires († 303)

El *Martirologio romano* anterior se hacía eco de la *passio* de estos santos, que no parece ser anterior al siglo VIII, pero parece que hubo una más antigua en la que se inspiraron los textos litúrgicos mozarábicos que celebran la memoria de Servando y Germán. El culto de ambos en la diócesis asidonense consta por las inscripciones conservadas en las dedicaciones de sendas basílicas en Alcalá de los Gazules y en Vejer, una del año 662 y otra del 674. No puede por ello negarse su culto ya en el siglo VII, que no tiene por qué ser el primer siglo en que se les dio. La nueva redacción del *Martirologio romano* se limita a situar el martirio de estos santos en Cádiz y en tiempos de la persecución de Diocleciano. Los conmemora el *Martirologio de Adón* e igualmente los martirologios mozárabes. Se les presenta como soldados, quizás en dependencia de su condición de «soldados de Cristo», y mientras unas veces se hace sepultado en Cádiz a Servando y a Germán en Mérida, otras se sitúa la primera sepultura de Servando en Sevilla. Igualmente se les hace a ambos no ciudadanos de Cádiz sino naturales de Mérida. Su culto continúa, y Cádiz los tiene por patronos, celebrando también su memoria el arzobispado de Mérida-Badajoz.

BEATO JUAN BUONI

Ermitaño y fundador († 1249)

Juan Buoni o Juan el Bueno, natural de Mantua y nacido hacia 1168, parece haber pertenecido a la familia Buonuomini. A los 15 años perdió a su padre y entonces se ganó la vida como

bufón en casas ricas, dejando mucho que desear su moralidad. Su madre rezaba incesantemente por él, dolorida del tipo de vida que llevaba su hijo. Pero vivió así hasta que con 40 años ya contrajo una enfermedad que le llevó a las puertas de la muerte y que le sirvió de motivo de reflexión acerca del sentido de la vida y le llevó a proponer un completo cambio. Tras consultar con el obispo de Mantua, se estableció como ermitaño en las cercanías de Cesena, donde no dejó de sentir la tentación de dejar una vida tan austera. Perseveró en la piedad y en la penitencia y pronto su ejemplo cundió y no faltaron quienes querían unirse a él en su género de vida. Por fin se decidió a construir una casa religiosa en la que, por indicación del papa Inocencio IV, se empezó a seguir la Regla de San Agustín. En esta comunidad observó una vida ejemplar, siendo notorio su espíritu de austeridad y mortificación, observando tres cuaresmas de ayuno cada año y no ofendiéndose cuando algunos de sus primeros compañeros comenzaron a expresar quejas de él. Se corrió la voz de que hacía milagros y muchas personas venían a visitarlo, tantas que tuvo la intención de volver a la vida eremítica, pero comprendió que no era ésa la voluntad de Dios. Murió en Mantua el año 1249, siendo su tumba objeto de veneración enseguida. Su congregación fue unida por el papa Alejandro IV a otras varias y con ellas se formó en 1256 la Orden de Ermitaños de San Agustín.

BEATO JUAN ÁNGEL PORRO

Presbítero († 1505)

Nació en Barlassina, en el ducado de Milán, en 1451, y con diecisiete años perdió a su padre. Unos tres años más tarde se decidió por la vida religiosa e ingresó en la Orden de los Siervos de María en el convento de Milán, donde hizo el noviciado y la profesión religiosa. En el verano de 1474 es destinado al convento de la Santísima Annunciata de Florencia donde pasa tres años, termina sus estudios y se ordena sacerdote. Sintiendo la inclinación a la vida contemplativa, lo expuso a la superioridad de la Orden que lo destinó al convento eremítico de Monte Senario, donde estuvo hasta 1484, año en que volvió al convento

de Florencia para ser prior hasta 1487, de allí se trasladó a Santa María de las Gracias en Chianti, también de carácter eremítico. Parece que es en 1498 cuando vuelve a tierra milanesa, donde su Orden abordaba problemas derivados de la cuestión de la observancia. Él vivió en una humilde celda, con mucha atención a la vida contemplativa, aunque ejerciendo de prior, y ocupándose también los días de fiesta de reunir a los niños y enseñarles la doctrina cristiana. Murió el 23 de octubre de 1505. Dejó una larga estela de santidad: austero y pobre, humilde y sencillo, de gran vida interior y piedad, y muy caritativo con los pobres, lleno de caridad y fraternidad hacia los demás religiosos. Su cuerpo se conserva incorrupto en la iglesia de su Orden en Milán. Su culto inmemorial fue confirmado por la Santa Sede el 15 de julio de 1737.

BEATO TOMÁS THWING

Presbítero y mártir († 1680)

Tomás Thwing o Thweng nació en Heworth (Yorkshire), el año 1635, y era pariente de sir Thomas Gascoigne, barón de Barnbow, eminente católico de Yorkshire. Decidido por la vocación sacerdotal, marchó a Douai donde se ordenó sacerdote y en 1665 volvió a Inglaterra donde pudo ejercer su ministerio hasta que fue detenido y condenado a muerte en 1680. Al tiempo del pretendido complot papista denunciado por Titus Oates, sir Thomas Gascoigne había despedido a dos de sus criados, Roberto Bolton y Lorenzo Mawbray. Estos dos, sabiendo la recompensa en dinero recibida por Oates y por otros perjuros, y deseando vengarse de su antiguo amo y de su familia, inventaron un complot en la línea del señalado por Oates. Acusaron a sir Thomas, a su hija lady Tempest, a su sobrino el P. Thwing, a Carlos Nigleby y a sir Miles Stapleton, vecinos de sir Thomas, a María Preswick, una de las damas del servicio de la casa y a otros. La acusación era que todos se habían conjurado para matar al rey y restablecer el catolicismo, y para ello habían celebrado una reunión en Barnbow. Sir Thomas, de 85 años, fue procesado en Londres pero logró que lo juzgara un jurado de York y salió absuelto. Los demás fueron procesados en los juicios de

York del verano siguiente, y a excepción del P. Thwing y de María Preswick, todos los demás fueron juzgados en julio y absueltos. El P. Thwing y la dicha María fueron procesados juntos y resultó ella absuelta, pero el P. Thwing, por ser sacerdote, fue condenado. El sacerdote alegó que siendo todos los demás inocentes y habiéndose presentado contra ellos los mismos testigos que contra él era una inconguencia creerlos en lo que se refería a él y no en lo que se refería a los demás. Pero el juez Dolben, muy amigo de atender en sus sentencias a la opinión pública, sabiendo el odio contra el sacerdote sólo por serlo, estuvo por la pena de muerte y a ella lo condenó el 2 de agosto de 1680. Cuando oyó la sentencia, el P. Thwing protestó de su inocencia. Informado el rey, suspendió de momento la sentencia, pero el Parlamento, reunido en octubre, lo presionó para que se cumpliera y así el P. Thwing fue ahorcado, destripado y descuartizado el 23 de octubre de 1680. Antes de ser ejecutado puso a Dios por testigo de su inocencia y negó rotundamente la acusación de que había sido objeto, pero perdonó a todos los que habían intervenido en su condena a muerte.

Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

MARÍA CLOTILDE ÁNGELA DE SAN FRANCISCO DE BORJA (CLOTILDE JOSEFA) PAILLOT, MARÍA ESCOLÁSTICA JOSEFA DE SANTIAGO (MARÍA MARGARITA) LEROUX, MARÍA CÓRDULA JOSEFA DE SANTO DOMINGO (JUANA LUISA) BARRÉ, JOSEFINA (ANA JOSEFA) LEROUX, MARÍA FRANCISCA (MARIA LIEVINA) LACROIX, ANA MARÍA (MARÍA AGUSTINA) ERRAUX

Vírgenes y mártires († 1794)

El 23 de octubre de 1794 fueron guillotinadas en Valenciennes seis religiosas, tres de ellas ursulinas, otra clarisa y dos brigidinas pero acogidas con las ursulinas, acusadas de ser emigradas vueltas al país y enemigas de la Revolución. Ya las primeras ursulinas fueron guillotinadas el día 17 y remitimos al lector a la biografía que ese día les hemos dedicado, y la completamos hoy

con los datos de las religiosas sacrificadas en esta fecha. El día antes las religiosas habían podido recibir clandestinamente la santa eucaristía de manos de un sacerdote que corría este peligro y que poco después sería a su vez guillotinado. Ese 23 de octubre seis religiosas ursulinas junto con cuatro religiosos fueron llamadas a las nueve de la mañana para que comparecieran ante el comité militar. Salieron de la prisión, continuaron por la calle Cardon y llegaron a la Gran Plaza, donde se elevaba el cadalso, y entraron en el Hôtel de Ville o ayuntamiento. Aquí estaba reunido el temible tribunal. La primera en ser interrogada fue la superiora, madre María Clotilde, y tras ser escuchada la superiora, todas fueron condenadas a muerte. Volvieron a la cárcel y dedicaron las horas que les quedaban de vida en prepararse para la muerte. Mutuamente se cortaron los cabellos para impedir que lo hiciera el verdugo. A mediodía los oficiales de la República vinieron a buscarlas para conducirlas al cadalso, los demás detenidos en la cárcel se echaron abiertamente a llorar y sus sollozos se oían en toda la prisión. Pero las ursulinas no dieron la sensación de marchar a la muerte sino al triunfo. Pareció la suya una marcha triunfal. Entonaron el *Te Deum* y las letanías lauretanas. Llegadas a la Gran Plaza mandaron subir primero a la superiora y luego a las demás y se fue consumando su sacrificio.

CLOTILDE JOSEFA PAILLOT nació en Bavay el 2 de noviembre de 1739. Entró con 27 años en el monasterio de las ursulinas de Valenciennes e hizo los votos el 23 de octubre de 1756 con el nombre de sor María Clotilde Ángela de San Francisco de Borja. Acreditada en la vida religiosa, en 1789 fue elegida consejera y el 13 de febrero de 1790 fue elegida superiora, y confirmada como tal el 26 de noviembre de 1793, y sobresalió por su prudencia, su dulzura y su observancia regular, sirviendo su ejemplo de atractivo para que muchas jóvenes eligieran la vida religiosa. Llegados los tiempos difíciles de la Revolución se vio cómo a su prudencia unía una gran fortaleza y entereza de ánimo, exhortando a sus hermanas a ser fieles y a recibir con alegría la corona del martirio. Llegadas al tribunal, la M. María Clotilde dijo:

> «Yo, como superiora de las ursulinas de Valenciennes, tenía el derecho de mandar a mis religiosas, y ellas el deber de obedecer. Fui yo quien les intimó la orden de marchar a Mons y la de volver

de esta ciudad a Valenciennes Si mis hermanas se han reunido aqui para vivir en comunidad ha sido en virtud de la obediencia que me deben Yo sola soy la responsable de este crimen si es que lo es Vosotros podeis condenarme, pero mis hermanas son inocentes Vosotros no teneis derecho a pronunciar contra ellas una sentencia de muerte»

La firmeza con que hablaba impacto al tribunal y a los presentes, y uno de los oficiales dijo que más parecía un hombre que no una mujer quien hablaba. Pero no sirvió de nada. Fueron todas condenadas a muerte, como queda dicho. La M. María Clotilde dio ejemplo de fortaleza diciendo:

«Yo se que debo morir por ser fiel a mi deber Pero yo no muero por la Republica, yo muero por la religion catolica, apostolica y romana, que yo he enseñado porque fue con este fin con el que se fundo mi Instituto»

Subió la primera y puso su cabeza a disposicion del verdugo.

MARIA MARGARITA LEROUX había nacido el 14 de julio de 1749 en Cambrai, y profesó en el convento de Santa Úrsula el 9 de agosto de 1775 con el nombre de sor María Escolástica Josefa de Santiago. Fue arrestada la noche del 31 de agosto al 1 de septiembre de 1794. El 20 de octubre habia escrito así a las religiosas de su congregacion en Mons·

«Os escribo desde el fondo de mi calabozo al cabo ya de siete semanas de prision en diferentes lugares en que hemos estado detenidas por el crimen de habernos refugiado junto a vosotras Es esta falta la que nos a va a llevar a la gloria del martirio No nos compadezcais sino decid Ay hermanas ¿que habeis hecho para merecer esta favor? Yo lo digo con vosotras, queridas amigas, los males que hemos sufrido despues de nuestra partida de entre vosotras ¿pueden compararse con las delicias que el Divino Esposo prepara a sus esposas privilegiadas? Hijas de Santa Ursula y de sus compañeras, como ellas nosotras vamos dentro de pocos dias a dar nuestra vida por amor de Dios y defensa de nuestra fe»

JUANA LUISA BARRE habia nacido el 23 de abril de 1750 en Sailly-en-Ostrevent, diocesis de Arrás, y profesó como hermana conversa entre las ursulinas el 20 de enero de 1777 con el nombre de sor María Córdula Josefa de Santo Domingo Cuando las primeras ursulinas fueron llamadas para el martirio, sor Cordula se lamentaba vivamente de no haber sido elegido ella. Se puso de rodillas y pidio al Señor ardientemente la gracia del martirio.

ANA JOSEFA LEROUX era hermana de la mártir del mismo apellido, y había nacido el 23 de enero de 1747 en Cambrai, y había profesado en el convento de las clarisas urbanistas de Valenciennes el 10 de mayo de 1769 con el nombre de sor Josefina. Cerrado su monasterio en la Revolución se fue con su hermana a Mons y aquí tomó el hábito de las ursulinas y con ellas volvió a Valenciennes lo que, bajo la acusación de emigrada, será la causa oficial de su muerte. Cuando fueron a arrestarla, el mismo día que a su hermana, les dijo a los soldados que no hacía falta tanto aparato para detener a una pobre muchacha. Les dio licor a los soldados y del brazo de uno de ellos entró en la prisión. Manifestó su enorme felicidad al saberse destinada al martirio.

MARIA LIEVINA LACROIX había nacido en Pont-sur-Sambre el 24 de marzo de 1750. Muy joven sintió la vocación religiosa e ingresó en la Orden de Santa Brígida, en la que profesó con el nombre de sor Livia. Cuando la Revolución cerró su convento, se pasó a las ursulinas que la recibieron con el nombre de sor Francisca. Hizo una gran labor con las alumnas externas y se mostró en todo llena de una gran caridad.

MARIA AGUSTINA ERRAUX había nacido en Pont-sur-Sambre el 20 de octubre de 1762, y profesó en la Orden de Santa Brígida con el nombre de sor Ana María. Religiosa fervorosa, cuando cerraron su convento, se acogió a las ursulinas y compartió su suerte, llena de los mismos sentimientos religiosos que las demás.

Fueron beatificadas por el papa Benedicto XV el 13 de junio de 1920.

SAN PABLO TONG VIET BUONG

Mártir († 1833)

Nacido en la zona oriental de Vietnam, los misioneros de la Sociedad Extranjera de Misiones lo atrajeron a la fe y siempre agradeció mucho que le hubieran inculcado el cristianismo. Optó por la vida militar y llegó a ser capitán de la guardia personal del rey Minh Manh, observando una conducta intachable en su profesión. Pero cuando el rey se decidió a perseguir nueva-

mente a los cristianos y depurar su ejército, dio orden de que todos los militares cristianos apostataran y Pablo se negó. Por ello fue arrestado en 1832 y paso un año entero en la cárcel, sufriendo interrogatorios y torturas a fin de que apostatara, pero el no lo hizo, firme en la fe y la adhesión a Cristo. Por fin fue juzgado y se le condenó a ser degradado de su rango militar, ser expulsado del ejército y finalmente a muerte. Fue decapitado en Saigón el 23 de octubre de 1833.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 martires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATOS MÁRTIRES PASIONISTAS DE DAIMIEL (SEGUNDO GRUPO DE MANZANARES)

Ildefonso de la Cruz (Anatolio) García Nozal, Justiniano de San Gabriel de la Virgen Dolorosa Cuesta Redondo, Eufrasio del Amor Misericordioso de Celis Santos, Honorino de La Virgen Dolorosa Carracedo Ramos, Tomas del Santísimo Sacramento Cuartero Gascón, José María de Jesus Cuartero Gascon

Martires († 1936)

Los religiosos pasionistas de Daimiel fueron expulsados de su casa religiosa el 21 de julio de 1936, y marcharon en grupos hacia diversos sitios. Un grupo de doce esperó el tren en los alrededores de El Campillo y tomaron el primer tren que pasaba, a las 9,30 horas de la mañana. Pero alguien avisó que en el mismo iban algunos religiosos Al llegar a Manzanares les hicieron bajar del tren y les esperaba el Comite Ferroviario que los escolto hasta el Ayuntamiento. Se les encerró en la perrera y se les tuvo hasta las cinco de la mañana cuando los llevaron a la estacion escoltados por los carabineros. Uno de los religiosos entró a adquirir un billete hasta Alcázar de San Juan pero un revolucionario se lo impidió y los milicianos armados que merodeaban por la estación se juntaron, se les agregaron otros elementos extremistas y decidieron fusilar a los religiosos. Obligaron a estos a andar por la vía del tren y de pronto y sin aviso les dispararon. Murieron cinco de ellos en el acto y los otros siete

quedaron malheridos. La Cruz Roja vino y los llevó al hospital donde uno de ellos falleció, y los otros, heridos, fueron atendidos. Los médicos se hicieron renuentes a darles el alta conforme mejoraban, conscientes de que el alta iba a significar la señal de su nuevo fusilamiento, cosa con la que fueron amenazados. Pero el 23 de octubre vinieron por ellos, los hicieron subir en una furgoneta conducida por personas que no eran de Manzanares, los llevaron a Ciudad Real y aquí consultaron al gobernador que dijo que era un asunto del respectivo comité. La furgoneta tomó de nuevo la dirección a Manzanares y en el camino los mandaron descender y los fusilaron. Esta vez murieron los seis (cf., además, *Año cristiano. Julio,* p.782-784; 632-636).

Estos son sus datos:

ANATOLIO GARCÍA NOZAL nació en Becerril del Carpio (Palencia) el 15 de marzo de 1898, el menor de once hermanos. Murió su madre cuando aún no tenía dos años y por ello creció al cuidado de una hermana. Tenía 14 años cuando conoció a los padres pasionistas porque predicaron una misión en su pueblo. Se sintió atraido por esta congregación y el 12 de diciembre de 1912 ingresaba en el estudiantado de Corella. Al cumplir los 15 años ingresó en el noviciado y hacía la profesión religiosa el 25 de mayo de 1914 con el nombre de Ildefonso de la Cruz. Estudió humanidades y filosofía y para la teología lo destinaron a Roma a donde llegó el 15 de diciembre de 1920, y aquí haría la profesión perpetua el 6 de enero de 1922. Aquel año, en noviembre, regresaba a España y era destinado a Corella y luego a Daimiel. El 7 de diciembre de 1924 se ordenó sacerdote. Recibió varios destinos, entre ellos el de superior de la casa de Daimiel (1932), ejercitándose mucho en la predicación y el confesonario. Terminado su rectorado, solicitó ser destinado a América y, en efecto, se le asignó para la casa de Valencia, en Venezuela, pero la revolución española torció estos planes y lo llevó al martirio.

JUSTINIANO CUESTA REDONDO había nacido en Alba de los Cardaños (Valencia) el 19 de agosto de 1910. Por uno tío suyo, novicio pasionista, conoció esta congregación y decidió unirse a ella, ingresando el 29 de septiembre de 1920. Inició su noviciado el 28 de septiembre de 1925 y un año más tarde hacía la pri-

mera profesión con el nombre de Justiniano de San Gabriel de la Virgen Dolorosa. Hizo los estudios en Daimiel y pasó luego a Zaragoza para estudiar teología. El 12 de septiembre de 1931 hacía la profesión perpetua. Se ordenaba sacerdote el 15 de abril de 1934. Permaneció en Zaragoza hasta el 24 de agosto de 1935 en que se trasladó a Daimiel como profesor. Aquí le llegaría la oportunidad del martirio.

EUFRASIO DE CELIS SANTOS había nacido en Salinas de Pisuerga (Palencia) el 13 de marzo de 1915. Asiduo a la parroquia y piadoso desde muy niño, ingresa en la congregación pasionista el 26 de febrero de 1927 en Zaragoza. Al proclamarse la República, en abril de 1931, hubo de volver a su pueblo, pero el 12 de septiembre estaba de nuevo en Zaragoza y empieza el noviciado el siguiente 4 de octubre, superada una crisis vocacional. El 23 de octubre de 1932 pronunció los votos religiosos con el nombre de Eufrasio del Amor Misericordioso. Siguió en Corella y en agosto de 1934 fue trasladado a Daimiel. Pasadas las elecciones de febrero de 1936 escribió una carta a su casa en la que manifestaba su disponibilidad para el martirio.

HONORINO CARRACEDO RAMOS había nacido en La Lastra (Palencia) el 21 de abril de 1917 en una familia muy cristiana. Por contacto con un padre pasionista ingresó en la congregación en Zaragoza el 13 de septiembre de 1928. Debió volver a su casa cuando se proclamó la República pero regresó a principios de septiembre. Un año más tarde —22 de octubre de 1932— tomaba el santo hábito y al año siguiente hacía los votos religiosos con el nombre de Honorino de la Virgen Dolorosa. Prosiguió un año en Corella y luego marchó a Daimiel el 18 de septiembre de 1934, donde prosiguió sus estudios. En su última carta a sus familiares pedía oraciones para seguir fiel a su vocación. Cuando fue llevado al hospital de Manzanares tras el primer fusilamiento, animó a quienes temían hacerle sufrir al curarle las heridas con esta afirmación: «Soy pasionista».

TOMÁS CUARTERO GASCÓN había nacido en Tabuenca (Zaragoza) el 22 de febrero de 1915 en una familia cristiana. En 1927 ingresó el seminario de Belchite, pero en 1930 cuando vio el efecto espiritual que había causado en su parroquia la predicación de los padres pasionistas, optó por esta congregación,

ingresando el 28 de septiembre de ese año. Hubo de regresar a su casa cuando la proclamación de la República pero en septiembre volvió a Zaragoza. Tomó el santo hábito en Corella el 22 de octubre de 1932, y el 19 de octubre del año siguiente hacía los santos votos con el nombre de Tomás del Santísimo Sacramento. Permaneció otro año en Corella y en 1934 pasaba a Daimiel para proseguir los estudios. Aquí encontraría el camino del martirio.

JOSÉ MARÍA CUARTERO GASCÓN era hermano del mártir anterior, naciendo en la misma población, el 29 de abril de 1918. Ingresó con su hermano en la congregación, volvió a casa con él en abril de 1931 y regresó en septiembre. Admitido al noviciado en octubre de 1934, pronunciaba sus votos religiosos el 23 de octubre de 1935 con el nombre de José María de Jesús. Estando en Daimiel recorrió con su hermano el camino del martirio con el doble fusilamiento. Sólo tenía 18 años.

Estos religiosos mártires fueron beatificados el 1 de octubre de 1989, por Juan Pablo II, junto con los otros mártires de Daimiel.

BEATOS AMBROSIO LEÓN (PEDRO) LORENTE VICENTE, FLORENCIO MARTÍN (ÁLVARO) IBÁÑEZ LÁZARO, HONORATO (ANDRÉS) ZORRAQUINO HERRERO

Religiosos y mártires († 1936)

Estos tres religiosos eran miembros de la congregación de las Escuelas Cristianas, de San Juan Bautista de La Salle. Tres de ellos estaban destinados en el colegio de Nuestra Señora de Bonanova, de Barcelona. La mañana del 19 de julio de 1936 hubieron de huir precipitadamente del centro escolar ante la llegada de las turbas ávidas de sangre de curas y frailes, como proclamaban por las calles. Cada uno buscó refugio donde pudo y luego de andar vagando varios días por la ciudad determinaron marchar a su tierra, que era Aragón. Para ello lo mejor era dirigirse a Valencia. Carentes de recursos, comenzaron a caminar a pie. Una piadosa familia acogió a uno, y luego se le juntó otro, y el tercero, el H. Ambrosio León, residió en otro domicilio.

Puestos en relación los tres, solicitaron una de las muchas escuelas que carecían de maestros. Como no tenían documentación, indicaron que había que pedirla a la Normal de Barcelona, la cual acreditó que eran ciertamente maestros pero además Hermanos de La Salle. El 23 de octubre un grupo de milicianos detuvo a dos en su domicilio y los llevaron a la checa del seminario en espera de hallar al otro, al que de momento no encontraron en su casa pero al que localizaron luego. Hacia las seis de la tarde los tres fueron asesinados en una escombrera de la calle Sagunto, de Valencia.

Estos son sus datos:

PEDRO LORENTE VICENTE era natural de Ojos Negros (Teruel), donde nació el 7 de enero de 1914. Educado en el seno de una familia muy cristiana, tuvo el gozo de ver sacerdote a su hermano mayor. Entró en el aspirantado lasaliano de Monreal del Campo y pasó a Cambrils para hacer el noviciado menor. Empezó el noviciado el 1 de febrero de 1930 recibiendo el nombre de hermano Ambrosio León. Mostró muy buenas cualidades morales en todo tiempo y fue un excelente religioso. En 1932 se le destinó al internado de Bonanova, donde daba clases de bachillerato. La víspera de su detención y muerte encontró a un hermano religioso que logró huir al extranjero y le dijo: «Cada día me encuentro más desengañado del mundo y de sus vanidades. Esta terrible prueba sirve a mi alma como un retiro, pues me hace sentirme unido al Señor y a nuestro amado Instituto».

ÁLVARO IBAÑEZ LÁZARO nació en Godos (Teruel) el 12 de junio de 1913, en una familia muy cristiana, debiendo sobre todo a su madre su esmerada educación religiosa. Decidido por la vocación lasaliana, fue uno de los que estrenaron el edificio noviciado de Cambrils. Vistió el santo hábito el 15 de agosto de 1929 tomando el nombre de hermano Florencio Martín. Vivió dos años en el escolasticado y luego fue enviado al barrio de la Barceloneta, para ser destinado en 1933 al colegio de Bonanova. Refugiado primero en casa de un primo que fue asesinado, se unió luego al H. Honorato Andrés hasta que fue asesinado.

ANDRÉS ZORRAQUINO HERRERO había nacido en Bañón (Teruel) el 18 de abril de 1908. Atraído al noviciado lasaliano por dos compañeros que le habían precedido, ingresó el 27 de

julio de 1920. Desde joven era muy maduro. El 15 de agosto de 1924 tomó el santo hábito en el noviciado de Hoslaets (Gerona) tomando el nombre de hermano Honorato Andrés. Hechos los votos fue enviado una breve temporada al escolasticado y luego al colegio de Tortosa, donde se le confió una clase elemental. Luego fue destinado a la casa de Bonanova de Barcelona. Se hizo querer de todos por su bondad. Consiguió el diploma de catequista y el título de profesor y se encargó del curso preparatorio al bachillerato.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

24 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Fontfroide (Francia), San Antonio María Claret († 1870), obispo, fundador de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María y de la Congregación de Hijas de la Inmaculada Concepción **.
2. En Hierápolis (Frigia), santos Ciriaco y Claudiano (fecha desconocida), mártires.
3. En Constantinopla, San Proclo († 446), obispo **.
4. En Najran (Arabia), San Aretas († 523) y trescientos cuarenta compañeros mártires *.
5. En Tours (Neustria), San Senoquio († 576), presbítero.
6. En el monasterio de Vertou (Francia), San Martín († 601), diácono y abad.
7. En Tonares (Brabante), San Evergislo († 590), obispo de Colonia y mártir.
8. En la Bretaña Menor, San Maglorio († 575), obispo de Dol y luego ermitaño *.
9. En Coutances (Neustria), San Fromundo († 690), obispo.
10. En Hué (Anam), San José Le Dang Thi († 1860), mártir *.
11. En Como (Italia), Beato Luis Guanella († 1915), presbítero, fundador de la Congregación de los Siervos de la Caridad y de la de las Hijas de la Providencia **.
12. En Ronco all'Adige, Verona (Italia), Beato José Baldo († 1915), presbítero, fundador de la Congregación de Pequeñas Hijas de San José **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ANTONIO MARÍA CLARET

Arzobispo y fundador († 1870)

No sería difícil encontrar quien, ignorando la vida portentosa del santo que conmemora hoy la Iglesia, se sintiera asaltado por la duda de si Antonio Claret, a quien se oye llamar de mil modos, suficiente cada uno para encarnar y cincelar toda una personalidad maciza y exuberante, existió en realidad o fue una fantasía. El modelo de obreros, el misionero apostólico, el taumaturgo, el escritor inagotable, el gran director de almas, el fundador, el organizador genial, el intuitivo «precursor de la Acción Católica, tal como es hoy» (Pío XI), el catequista célebre, el prudente confesor real, el abanderado de la infalibilidad pontificia y primer santo del concilio Vaticano, el sagrario viviente, el apóstol cordimariano de los tiempos modernos, el gran apóstol del siglo XIX, y también el gran calumniado, existió y fue San Antonio María Claret.

Nació en Sallent (Barcelona) el día 23 de diciembre de 1807, de padres auténticamente cristianos, que, al día siguiente, le llevaron al bautismo.

> «Me pusieron por nombre —nos dirá en su autobiografía— Antonio Adjutorio Juan; pero yo, después, añadí el dulcísimo nombre de María, porque María Santísima es mi Madre, mi Madrina, mi Maestra y mi todo, después de Jesús».

A los cinco años de edad aparecieron ya en la precoz inteligencia y en el corazón naturalmente compasivo del niño Antonio las primeras señales y gérmenes de su vocación al apostolado:

> «Las primeras ideas de mi niñez de que yo tengo memoria son que, cuando tenía unos cinco años de edad, estando en la cama, en vez de dormir, pues siempre he sido poco dormilón, pensaba en los bienes del cielo y en las penas eternas del infierno, es decir, pensaba en aquel "siempre" que no tiene fin; me figuraba distancias enormes; a éstas añadía otras y otras, y, no alcanzando el fin de ellas, me estremecía por la desgracia de aquellos que tendrán que padecer penas eternas [...]; esta idea quedó tan grabada en mí que, sea por lo temprano que empezó, sea por las muchas veces que en ella he pensado, lo cierto es que nada tengo más presente».

Son éstos los primeros aleteos del misionero en ciernes:

> «Esta idea de la eternidad desgraciada es la que me ha hecho, hace y hará trabajar, mientras viva, en la conversión de los pobres pecadores, procurándola en el púlpito, en el confesonario, por medio de libros, estampas, hojas volantes, conversaciones, etc.»

Ha brotado la semilla del apóstol, del misionero que, en un siglo calamitoso para la Patria, luchará con su espíritu magníficamente universal, abierto, eminentemente apostólico y práctico. Su programa de vida y actuación quedó escrito de su puño y letra:

> «Trabajando constantemente y aprovechando todas las circunstancias para dar gloria a Dios y atender a la salvación de las almas, valiéndome de todos los medios».

El programa, en su ambiciosa sencillez, debía ser una obra perenne, porque, casi con las mismas palabras, se lo dejó en las constituciones a la codicia apostólica de sus misioneros.

La infancia de Antonio transcurre apacible entre la escuela, su casa, los juegos y la iglesia. Los tiempos eran malos y revueltos, y las circunstancias de la familia no consentían los gastos de pensión en el seminario. El muchacho hubo de incorporarse de lleno a los trabajos del telar paterno, en espera de tiempos mejores. Golpe duro y definitivo, al parecer, para las ilusiones de Claret. Acató resueltamente y con todo amor la orden de su padre, pasando por todas las ocupaciones y labores de la fábrica de tejidos, propiedad de su familia, y trabajando como el que más en cantidad y calidad. Así, hasta que llega un momento en que el trabajo de la fábrica paterna no tiene ya dificultades ni secretos para él. Por eso,

> «deseoso de adelantar, dije a mi padre que me llevase a Barcelona. Se extendió por aquella ciudad la fama de la habilidad que el Señor me había dado para la fabricación. De aquí que algunos señores quisieran formar compañía con mi padre. Me excusé [...] Y, a la verdad, fue esto providencial. Yo nunca me había opuesto a los designios de mi padre. Fue ésta la primera vez, y fue porque la voluntad de Dios quería de mí otra cosa. Me quería eclesiástico. El continuo pensar en máquinas y talleres me tenía absorto. Era un delirio lo que tenía por la fabricación. En medio de esto me acordé de aquellas palabras del Evangelio que leí de muy niño: "¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si finalmente pierde

su alma?" Esta sentencia me causó profunda impresión. Fue una saeta que me hirió en el corazón. Pensaba y discurría qué haría».

Hay en su alma una inquietud que no le deja sosegar y que va aumentando su tensión con varios episodios sucedidos en pocos meses, a propósito para desengañarle del mundo y avivar el interés por los negocios del alma. Fueron los siguientes:

> «Un día que fui a la Mar Vieja, que llaman, hallándome en la orilla, se alborotó de repente el mar y una grande ola se me llevó y, de improviso, me vi mar adentro. Después de haber invocado a María Santísima me hallé en la orilla, sin saber nadar y sin haber entrado en mi boca ni una sola gota de agua».

Un amigo le llenó de amarguras el alma. Había condescendido a tener con él compañía de intereses; pero, cediendo este desventurado a los atractivos del juego, le estafó muchos miles de pesetas y se complicó después en otras acciones delictivas, hasta parar en un presidio. Antonio, aunque libre de toda complicidad, sintió hondamente el percance.

> «Iba alguna vez a visitar a un compatricio mío. Un día la dueña de la casa, que era una señora joven, me dijo que le esperase, que estaba para llegar. Luego conocí la pasión de aquella señora, que se manifestó con palabras y acciones. Habiendo invocado a María Santísima, y forcejeando con todas mis fuerzas, me escapé de entre sus brazos».

Tenía veintidós años. Llevaba cuatro en Barcelona. Durante ellos había llenado el ideal que pudiera proponerse, aun en nuestros días, cualquier trabajador especializado: aptitud para la fabricación, perito en dibujo, en el que consiguió repetidos premios; conocedor del francés y del inglés, que hablaba con soltura; diestro en el manejo de las matemáticas; hábil en la técnica textil, que no tenía secretos para él; propuesto con insistencia para director de fábricas, y, en medio de todo, piadoso, honrado, de bello porte y de un carácter tan amable y alegre que era las delicias de sus compañeros, de sus superiores y de sus subalternos. La vida le sonríe cuando abandona la esperanza de un porvenir brillante y decide ingresar en la Cartuja. Pero, cuando se encamina al cenobio de Montealegre, una deshecha tempestad puso a prueba la poca robustez de sus pulmones, fatigados por la marcha y heridos por el trabajo, hasta expeler sangre. Por

lo visto, Dios no lo quería así Una vez restablecidas sus fuerzas marcha a sentarse entre los niños en el banco de un Seminario. Es lo que hoy se llama —con frase no tan inexacta— una vocación tardía.

Y pasan los años. Estudia filosofía y teología en el viejo pero glorioso caserón del Seminario de Vich, con Balmes de compañero, y, por fin, el día 13 de junio de 1835 se ordena sacerdote, después de un mes de ejercicios.

Ahora ya es mosén Claret. Tiene veintisiete años cumplidos. Se conserva su retrato de esta época. Bajo de estatura, un tinte amarillento colorea su rostro; ojos grandes y tiernos, que tienden a cerrarse bajo unos párpados carnosos, que naturalmente le inclinan a la modestia; pero cuando miran la lejanía y las multitudes desde la altura del púlpito se abren claros, animados por el alma fogosa de un apóstol, y le brillan como dos brasas.

La parroquia de Sallent fue testigo de los primeros ardores de su celo sacerdotal, de la ejemplaridad intachable de su vida, de sus virtudes y de sus milagros. Pero este campo era demasiado reducido para el corazón grande de mosén Antón. Buscando horizontes más amplios para su celo se encamina a Roma, con el fin de ingresar en el Colegio de Propaganda Fide. Los oficiales encargados no pueden decretar la admisión sin la aprobación del cardenal prefecto, que, por aquellos días, disfrutaba las clásicas vacaciones romanas de la Ottobrata. Frente a este conjunto de dificultades decide Claret hacer los ejercicios espirituales en una casa profesa de la Compañía de Jesus, en espera de que las Congregaciones pontificias reanudaran sus trabajos. El mismo religioso que le dirigió los ejercicios, viendo en él cualidades no comunes, le propuso e insistió que ingresase en la Compañía. Tanto le animaron y tan fácilmente se solucionaron todas las dificultades, que, como él mismo nos dice, «de la noche a la mañana me hallé jesuita. Cuando me contemplaba vestido de la santa sotana de la Compañía casi no acertaba a creer lo que veía, me parecía un sueño».

Pero los designios de Dios son muy distintos:

> «Me hallaba muy contento en el noviciado cuando he aquí que un día me vino un dolor tan grande en la pierna derecha que no podía caminar Se temieron que quedaría tullido El padre rector me dijo "Esto no es natural Me hace pensar que Dios quiere otra

cosa de usted; consultaremos al padre general". Éste, después de haberme oído, me dijo sin titubear, con toda resolución: "Es la voluntad de Dios que usted vaya pronto a España. No tenga miedo. Ánimo". El padre Roothan tenía razón».

Regresa a España y, al desembarcar en Barcelona, Claret deja de ser el mosén Antón que partió a Roma para convertirse en el misionero padre Claret. Exonerado de todo cargo parroquial, sus superiores le envían «como nube ligera que, empujada por el soplo del Espíritu Santo, llevase la lluvia bienhechora de la palabra divina a regiones secas y estériles».

El ambiente político no es nada propicio. Hace poco que ha concluido la primera guerra carlista, guerra civil tenacísima y dura, que se ha prolongado siete años, y precisamente Cataluña ha sido uno de los principales teatros de la contienda. Esto no arredra al padre Claret. Más de cien páginas de su autobiografía nos narran sus correrías apostólicas y los estímulos que le movían a predicar incansablemente: «Siempre a pie de una población a otra, por muy apartadas que estuviesen, a través de nieves o de calores abrasadores, sin un céntimo siempre, pues nunca cobraba nada», predicando seis y ocho horas diarias y, el restante tiempo, confesando a miles de personas y, por las noches, en lugar de descansar, la oración, las disciplinas, el escribir libros y hojas volanderas, y sin comer apenas, lo que tenía maravilladas a las gentes. Era un milagro del Señor el que sostenía aquella naturaleza. Las muchedumbres se agolpaban para oírle y el fruto era enorme. El demonio, por su parte, le hacía una guerra sin cuartel: en esta iglesia era una piedra que se desprendía del techo; en aquel pueblo, un violento fuego que se declaraba mientras predicaba el misionero. Pero éste descubría todas las astucias del enemigo.

«Si era grande la persecución que me hacía el infierno, era muchísimo mayor la protección del cielo. Conocía visiblemente —dice él mismo— la protección de la Santísima Virgen. Ella y sus ángeles me guiaron por caminos desconocidos, me libraron de ladrones y asesinos y me llevaron a puerto seguro sin saber cómo. Muchas veces corría la voz de que me habían asesinado. Yo, en medio de estas alternativas, pasaba de todo: tenía ratos muy buenos, otros muy amargos. Habitualmente no rehusaba las penas, al contrario, las amaba y deseaba morir por Cristo; yo no me ponía temerariamente en los peligros, pero sí me gustaba que el superior

me enviase a lugares peligrosos, para poder tener la dicha de morir asesinado, por Jesucristo».

Puede decirse que recorre todas las capitales y pueblos del nordeste de España. Su fama es grande; su predicación produce auténticas manifestaciones de entusiasmo. El fruto es cierto y copioso. Son muchas las conversiones sinceras. Menudean los milagros. El padre Claret, incansable, tiene constantemente a flor de labios esta oración: «¡Oh Corazón de María, fragua e instrumento del amor, enciéndeme en el amor de Dios y del prójimo!»

De este modo pasaron siete años, hasta que, en 1848, fue enviado a Canarias para misionar en aquellas islas. Allí todavía más que en la Península, las multitudes se desbordan, las iglesias son insuficientes para contener a los que quieren escuchar la palabra del «Padrito santo», como cariñosamente le llaman, y el misionero se ve obligado a predicar bajo la bóveda azul del firmamento, en las plazas públicas o a las orillas del mar.

El padre Claret acarició toda su vida, como un bello ideal, la fundación de una congregación de sacerdotes que se dedicasen a la evangelización, según él la comprendía y practicaba. Más, por oposición de la política y de las guerras, parecía todo un sueño que nunca habría de tener realidad. A mediados de 1849 regresó a España. El ambiente nacional había evolucionado mucho; los cielos de la política se serenaban; la persecución ahogaba en la lejanía sus últimos rugidos. A favor de todo esto las ilusiones claretianas volvieron a reverdecer. El santo misionero adivinó llegada la hora y, después de vencer no pocas dificultades, el día 16 de julio de este mismo año reúne a seis jóvenes sacerdotes en el seminario de Vich y queda echada la semilla de la Congregación de los Misioneros Hijos del Corazón de María.

Poco tiempo, sin embargo, pudo vivir con aquella incipiente comunidad.

«El día 4 de agosto —nos dice—, al bajar del púlpito, me mandan ir a Palacio. Y, al llegar allí, el señor obispo me da el nombramiento para arzobispo de Santiago de Cuba. Quedé muerto con tal noticia. Dije que de ninguna manera aceptaba. Espantado del nombramiento, no quise aceptar, por considerarme indigno y por no abandonar la Congregación que acababa de nacer. Entonces el

> nuncio de Su Santidad y el ministro de Gracia y Justicia se valieron de mi prelado, a quien tenía la más ciega obediencia. Este me mandó formalmente que aceptara».

Mientras que se tramitaba su consagración y preparaba el viaje a América, el celo del padre Claret continúa incansable y devorador; sigue sus correrías apostólicas; escribe libros; funda la Librería Religiosa, interviniendo personalmente en el montaje de las máquinas. Recibida la consagración episcopal, nada cambió de su método de vida: el mismo trato sencillo y humilde, el mismo vestido, la misma comida pobre y escasa, y, sobre todo, el mismo celo apostólico. Es su pasión. El gran fuego que le arde en las entrañas. Ninguna frase mejor que la escogida por él para su sello episcopal: *Caritas Christi urget nos.* Como otras muchas páginas de la autobiografía que nos dejó escrita, esta que transcribimos puede darnos una idea de su actividad misionera y apostólica:

> «Arreglados mis negocios en Madrid, me volví a Cataluña. Al llegar a Igualada prediqué. Al día siguiente fui a Montserrat, en que también prediqué Luego pasé a Manresa, en que se hacía el novenario de animas: por la noche les prediqué y, al día siguiente, di la sagrada comunion. Por la tarde pasé a Sallent, mi patria, y todos me salieron a recibir, por la noche les prediqué desde un balcon de la plaza, porque en la iglesia no hubieran cabido; al día siguiente celebramos una misa solemne y, por la tarde, salí para Sanmartí, donde prediqué. Al día siguiente por la mañana pasé a la ermita de Fusimaña, a la que había tenido tanta devoción desde pequeño, y en aquel santuario celebré y prediqué de la devocion a la Virgen Santísima De allí pasé a Artés, en que también prediqué, luego a Calders, y también prediqué, y fui a comer a Moyá, y por la noche prediqué. Al día siguiente pasé por Collsuspina, y también prediqué, y después fui a Vich, y tambien prediqué Pasé a Barcelona, y prediqué todos los días en diferentes iglesias y conventos, hasta el día en que nos embarcamos».

En Cuba se mantiene el mismo ritmo misionero: persecuciones, puñales, incendios, calumnias, que las fuerzas del mal desencadenaron contra el arzobispo; pero éste siguió manteniéndose intrépido en la misma línea. Con celo infatigable recorrió a caballo cuatro veces, en visita pastoral, toda su diócesis, que era aproximadamente de 60.000 kilómetros cuadrados. Las conversiones fueron innumerables. Los terremotos, la peste y el cólera que azotaron la isla sirvieron al arzobispo para arrancar

infinitas almas al diablo, arreglar innumerables matrimonios de amancebados, más de 10.000, y hasta para calmar las revueltas populares. Durante su pontificado los americanos del Norte sirviéndose de elementos revolucionarios, hicieron tres tentativas contra la isla y las tres las desbarató el arzobispo con sólo predicar el amor y el perdón. Los enemigos de España llegaron a pensar muy en serio quitar la vida al que les hacía más daño que todo el ejército. Muchos intentos fallaron. Por fin, uno acertó. El día 1 de febrero de 1856 el arzobispo era herido gravemente en Holguín.

> «Cuando salimos de la iglesia —es el propio padre Claret quien nos lo cuenta— se me acercó un hombre, como si quisiera besarme el anillo; pero, al instante, alargó el brazo armado con una navaja de afeitar y descargó el golpe con todas sus fuerzas.»

Lo que menos importó al herido fue la gravedad de aquellos momentos; a pesar de su presencia de ánimo, estaba muy lejos de su cuerpo: «No puedo explicar el placer, el gozo que sentía mi alma, al ver que había logrado lo que tanto deseaba: derramar mi sangre por Jesús y María».

Restablecido milagrosamente, consiguió el indulto para su desgraciado verdugo y todavía le pagó el viaje para que pudiese regresar a su patria.

También para el santo había llegado la hora de retornar a España, y con ella el período que constituye la plenitud de su vida. El día 13 de marzo de 1857, estando predicando en una misión, recibió un comunicado de la reina de España, Isabel II, que le llamaba a Madrid, sin expresarle el motivo. El arzobispo termina apresuradamente las obras de mayor envergadura que tenía iniciadas, como la Granja agrícola de Puerto Príncipe y el recién fundado Instituto Apostólico de María Inmaculada para la Enseñanza. Llega a Madrid y se entera en la primera entrevista con Isabel de que ésta le había llamado para hacerle su confesor. El padre Claret, siempre reacio a aceptar dignidades y grandezas humanas, no otorgó su consentimiento sino después de haber consultado a varios prelados y, aun entonces, con la expresa condición de no vivir en Palacio y de quedar libre para dedicarse al ministerio. Ahora iba a ser apóstol de España entera. Efectivamente, no tiene explicación humana lo que hizo en los

diez años que fue confesor real; misionó por todas las capitales y provincias de España, aprovechando los viajes de los reyes: las tandas de ejercicios al clero, religiosos y seglares fueron ininterrumpidas; predica incansable: en una sola jornada llega hasta doce sermones; en el confesonario emplea diariamente unas cinco horas; recibe por término medio una correspondencia diaria de cien cartas, a las cuales responde personalmente; publica libros y opúsculos; es presidente de El Escorial, que restaura y donde funda un seminario modelo; da vida fecunda a la Academia de San Miguel, anticipo de la Acción Católica de hoy. Todo esto sin contar su asistencia obligatoria a los actos oficiales de Palacio y el trabajo que tenía como protector del hospital e iglesia de Montserrat. Una labor, como se ve, capaz de abrumar las fuerzas de muchos hombres.

Además, estaba al corriente del movimiento teológico, filosófico y cultural de Europa. Es ridícula la afirmación de los que presentan al padre Claret como «un hombre que sólo sabía rezar y hablar sin grandes pretensiones, hasta su aire era popular, por no decir pueblerino.» La historia demuestra lo contrario y Pío XII ha podido afirmar del padre Claret que era «un hombre singular, nacido para ensamblar contrastes». Ya desde los primeros años, en la escuela y en la Lonja de Barcelona, y posteriormente en el seminario, sus calificaciones fueron siempre máximas. A pesar de su vida de actividad sorprendente y extensísima, es un lector empedernido. Quedan datos y muestras en su biblioteca particular, que constaba de más de 5.000 volúmenes de última hora, y que es una de las mejores y más completas de su tiempo. Voz corriente en los sectores eclesiásticos contemporáneos era que la ciencia del padre Claret parecía infusa. Tal vez, pero él mismo nos levanta un poco el velo cuando escribe: «A mí me consta que lo poco que sabe ese sujeto (Claret) lo debe a muchos años y muchas noches pasadas en el estudio». Lo que pasaba es que su vocación al ministerio activo no le pedía ni el escribir como científico ni el dedicar horas y horas a investigaciones eruditas, aunque se haya encontrado entre sus papeles alguna lucubración sobre la posibilidad de los vuelos dirigidos. Su misión providencial era de más importancia y trascendencia.

Tiene Claret casi cincuenta años. Durante los diez que estuvo en la Corte la actualidad religiosa de España quedó centrada en la persona del santo arzobispo. Su equilibrio humano se manifiesta ante las delicadas circunstancias personales de su regia penitente. La prudencia sobrenatural le mantiene alejado de todos los manejos políticos. Claret tiene una influencia decisiva para el catolicismo español de toda una época. Se ha dicho que su residencia en Madrid fue una verdadera catástrofe para el movimiento revolucionario español, influencia tan decisiva precisamente porque Claret no hizo nunca política. Ante los frutos que reportaba la obra del confesor real no podía Satanás dejar de ensañarse contra el, tratando de inutilizar su ministerio por todos los medios. La persecución se desencadena de manera metódica y perfectamente calculada: periodicos, libros, teatros, hasta en tarjetas y cajas de fósforos se le calumnió de la manera más baja y soez, se escribieron biografias que no eran sino noveluchos indecentes, se falsificaron escandalosamente algunos de sus libros más importantes, publicándolos con su nombre Todo se ensayó, con el fin de inutilizar su celo. Pero también todo resultó inútil, pues el Señor tomó por su cuenta defender a su enviado e hizo redundasen en bien de las almas los mismos medios que los sicarios ponían en juego para impedirlo. Hasta doce veces intentaron asesinarle y, en no pocas de estas ocasiones, los mismos iniciadores del crimen eran los primeros en experimentar, por una sincera conversión, la benéfica influencia de las virtudes y santidad del calumniado arzobispo.

La conducta del santo padre Claret no puede juzgarse como la de un estoico presuntuoso, sino como venida del don divino de la fortaleza. Se irguió sereno, imperturbable ante la calumnia. No quiso defenderse. Tuvo escrita una defensa sobria, verídica; pero se arrodilló ante el crucifijo y prefirió callar, recordando las palabras del Evangelio: *Iesus autem tacebat,* «Jesús, empero, se mantenía callado» (Mt 26,63). Es que desaparece el hombre para dejar paso al santo, a quien se exigió el sacrificio de su reputación y de su buen nombre, no sólo durante su vida, sino por largos años posteriores, tantos que, todavía en 1934, cuando Pío XI le beatifica, hay una pluma famosa en las letras patrias que, en son de arrepentimiento, escribe:

> «Existen dos Claret uno el forjado por la calumnia, otro el real y efectivo Aquel es totalmente inexistente Este, Antonio María Claret, es, sencillamente, un santo de la traza y pergeño de los activos, infatigables, emprendedores»

En esta época de su estancia en Madrid, cuando el trabajo ministerial acapara todas sus horas, es precisamente cuando el padre Claret llega a la cumbre de su vida espiritual, a la unión mayor que se puede dar: la transformación total. Humildemente nos lo refiere el Santo:

> «El día 26 de agosto, hallándome en oración en la iglesia del Rosario, de La Granja, a las siete de la tarde, el Señor me concedió la gracia de la conservación de las especies sacramentales y así tener siempre día y noche al Santísimo Sacramento en el pecho»

¡Admirable consumación de amor, expresión manifiesta de la unión íntima, transformante de un alma con el Divino Verbo! La revolución de septiembre, que él había profetizado muchas veces, destronó a la reina y arrojó a ella y a su confesor a un país extraño. Desterrado de la madre patria, por la que tanto había trabajado, anciano, cansado, consumido y enfermo, pero indomable, marcha a Francia y, poco después, a Roma, para asistir al concilio Vaticano. Cuando se discute la candente cuestión de la infalibilidad pontificia habla con palabras que conmueven a toda la asamblea. Insinúa proféticamente algunas escisiones en la Iglesia, por causa de esta cuestión, que tuvieron exacto cumplimiento, y, después, señalando las cicatrices que el atentado de Holguín dejó en su rostro y repitiendo la frase del apóstol: «Traigo en mi cuerpo los estigmas de mi Señor Jesucristo» (Gál 6,7); declara que está dispuesto a morir en confirmación de esta gran verdad: «Creo que el Sumo Pontífice romano es infalible».

Es la última llamarada de una lámpara que se extingue. Vuelve a Francia y, camino de París, se detiene, casi moribundo, en Fontfroide, una recoleta y tranquila abadía cisterciense, cerca de Carcasona.

Ni en su agonía le dejan tranquilo las fuerzas del mal. Sólo la muerte le libró de nuevas persecuciones y pesquisas policíacas. Su cuerpo se desmoronaba: pero él, con el pie en las playas de la patria eterna, escribía con pulso a un tiempo inseguro y vigoroso, esta definitiva y para él obsesionante afirmación: «Quiero

verme libre de estas ataduras y estar con Cristo (Flm 1,23), como María Santísima, mi dulce Madre».

Así fue, el día 24 de octubre de 1870. Después, sus funerales, entre el rumor del canto de los monjes y el revoloteo de un misterioso pajarillo sobre el féretro arzobispal, colocado en la severa iglesia cisterciense. Sobre su tumba escribieron las palabras de San Gregorio Magno: «Amé la justicia y odié la iniquidad; por eso muero en el destierro». Bajo aquella losa descansaron los restos del padre Claret durante veintisiete años, hasta que los misioneros los trasladaron, con afecto filial, a su iglesia de Vich (Barcelona). El cerebro y el corazón habían resistido la acción devoradora de la humedad y de la cal.

El 25 de febrero del año 1934 el papa Pío XI le declaraba beato y el 7 de mayo de 1950 Pío XII le elevaba al supremo honor de los altares. Su mejor semblanza, la que de él hizo Su Santidad Pío XII en unas palabras pronunciadas horas después de la canonización:

> «Alma grande, nacida como para ensamblar contrastes; pudo ser humilde de origen y glorioso a los ojos del mundo; pequeño de cuerpo, pero de espíritu gigante; de apariencia modesta, pero capaz de imponer respeto incluso a los grandes de la tierra; fuerte de carácter, pero con la suave dulzura de quien conoce el freno de la austeridad y de la penitencia; siempre en la presencia de Dios, aun en medio de su prodigiosa actividad exterior: calumniado y admirado, festejado y perseguido. Y entre tantas maravillas, como luz suave que todo lo ilumina, su devoción a la Divina Madre».

ARTURO TABERA ARAOZ

Bibliografía

ANTONIO MARÍA CLARET (SAN), *Autobiografía* (Madrid 1951).
BRUNET, M., *Actualidad del padre Claret* (Vich 1953).
CORZO, J. M., CM, *Fundamentos teológicos de la espiritualidad seglar en San Antonio María Claret* (Roma 1957).
FERNANDEZ, C., *Vida del padre Claret* (Madrid 1942).
— *Flores claretianas* (Madrid 1942).
PEMÁN, J. M.ª, «Hay una actualidad histórica en torno a la figura de San Antonio M. Claret». Conferencia en el Ateneo de Madrid (1952).
• Actualización:
ANTONIO MARÍA CLARET (SAN), *Cartas selectas* (Madrid 1996).
— *Escritos autobiográficos* (Madrid 1981).
— *Escritos espirituales* (Madrid 1985).
— *Escritos pastorales* (Madrid 1997).

CLOTET, J , *Vida edificante de San Antonio María Claret, misionero y fundador* (Madrid 2000)
LEBROC MARTINEZ, R , *San Antonio María Claret, arzobispo misionero de Cuba* (Madrid 1992)
LOZANO, J M , *Una vida al servicio del Evangelio Antonio María Claret* (Barcelona 1985)
SANZ TOBES, V , *El padre Claret y Madrid Crónica de un desamor* (Madrid 1999)

SAN PROCLO DE CONSTANTINOPLA

Obispo († 446)

Nació probablemente en Constantinopla hacia el año 390. Frecuentó algunas de las escuelas renombradas de su patria, apasionándose por la oratoria. Admitido en el entorno familiar del arzobispo Ático (407-425) lo hizo su secretario, lo ordenó de diácono y de sacerdote sucesivamente. A la muerte de este su protector, una parte del clero trabajó para que el sucesor en la sede fuera Proclo. La propuesta no prosperó. Poco después, el nuevo arzobispo designó a Proclo para la sede metropolitana de Cízico. Pero no pudo tomar posesión de su obispado; se quedó en Constantinopla, dedicándose a la predicación. De nuevo a la muerte del arzobispo Sisinio (24-12-427), se presentó la candidatura de Proclo. Tampoco prosperó, pues el emperador Teodosio II designó a Nestorio, que fue entronizado en abril de 428. Proclo era contrario abiertamente a las tesis cristológicas del nuevo patriarca y en su presencia proclamó la maternidad divina de María, a la que llamó *Theotokos,* la unidad del Verbo, Hijo de Dios y de María.

Nestorio fue depuesto y una vez más reapareció la candidatura de Proclo a ocupar la sede de Constantinopla. Algunos influyentes objetaron que no podía ser, pues un canon del Concilio de Nicea prohibía el traslado de los obispos a otra sede y Proclo era obispo de Cízico. Elegido un viejo sacerdote, llamado Maximino, en octubre de 431; muerto éste en 434, una parte de la población pedía la reposición de Nestorio. Entonces, rápidamente el emperador Teodosio II hizo entronizar a Proclo.

Sus años de arzobispo de Constantinopla están caracterizados por sus frecuentes intervenciones en los asuntos eclesiásticos de los obispos orientales, tratando de extender la

autoridad patriarcal desde Capadocia hasta el Ilírico. Proclo aparece siempre como hombre pacífico y pacificador. Murió hacia el 12 de julio del año 446. Su fiesta se celebra el 24 de octubre en la Iglesia oriental y el 20 de noviembre en las iglesias greco-eslavas.

Los escritos de Proclo «están casi todos comprometidos doctrinalmente en el contexto de la controversia cristológica en sentido antinestoriano». Se reconocen como suyos varios discursos, más de veinte.

En su obra homilética figuran títulos como éstos: *De las alabanzas de Santa María.* Ya en esta homilía pronunciada en la Navidad de 430 delante de Nestorio llama a la Virgen por dos veces *Théotokos* (Madre de Dios); igualmente *De la Encarnación del Señor,* fechada el 26 de diciembre de 426; habla del misterio de la Encarnación, de la unión de la naturaleza divina y humana, un solo Hijo, a la vez Dios y hombre. Otro par de piezas sobre la virginidad y maternidad de María, exaltando a Nuestra Señora por encima de todo lo creado y de todas las mujeres.

Muy notables sus escritos sobre la Epifanía y el bautismo, sobre el Domingo de Ramos y otros días de la Semana Santa, la crucifixión del Señor, sobre la Pascua, la Ascensión, los santos Inocentes, la mistagogía bautismal, etc.

Además de su obra homilética abundante se conservan un buen número de cartas, tales como *Tomus ad Armenios,* donde exhorta a vivir las virtudes teologales, insiste sobre la unidad de persona en Jesucristo, Dios y hombre. En otra de sus cartas a los obispos de Occidente encierra una profesión de fe sobre la Santísima Trinidad, la Encarnación. Habla también de la eficacia del bautismo, el libre albedrío, etc.

Uno de los mejores conocedores de la vida y escritos de Proclo resume así su parecer:

> «Proclo no es, evidentemente, un gran teólogo, no tiene el genio especulativo de Cirilo de Alejandría o de Teodoreto de Ciro, contemporáneos suyos. Expone solamente la doctrina que ha recibido con firmeza y con un estilo brillante, pero sin originalidad. Su mérito está en haber mantenido ante todo la ortodoxia contra Nestorio, en los discursos teológicos en torno al concilio de Éfeso y antes del de Calcedonia».

Así se erigió San Proclo en trasmisor de la fe, por cuya pureza luchó valientemente, haciendo de su teología una escuela de vida cristiana y mariana.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

FRITZ, G., «Proclus, archivêque de Constatinople», A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* XIII/1: *Préexistence-Puy* (Paris 1936) cols.662-670.

SIMONETTI, M., «Proclo de Constantinopla», en *Diccionario patrístico y de la antigüedad cristiana,* II (Salamanca 1992) 1.837.

SOLIGNAC, A., «Proclus (Saint) évêque de Constantinople», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* XII/2: *Piatti-Quodvultdeus* (París 1986).

BEATO LUIS GUANELLA

Presbítero y fundador († 1915)

Nació Luis Guanella Bianchi en Fraciscio di Campodolcino, una hermosa aldea de los Alpes italianos, recostada sobre las laderas del Valle de San Giacomo (Sondrio), el 19 de diciembre de 1842. Era el noveno hijo de los trece que tuvieron Lorenzo Guanella y su esposa María Bianchi. El niño recibió las aguas bautismales al día siguiente de su nacimiento en la parroquia de San Juan Bautista de Campodolcino.

Bajo la mirada exigente de su padre, alcalde de Campodolcino durante casi un cuarto de siglo, y sobre todo de la dulzura de su madre, aprendió a dar, ya de pequeño, los primeros pasos en la fe cristiana, en el aprecio al trabajo y a los más pobres. En aquel rincón, entre montañas de más de mil metros de altura, aprendió también a amar la naturaleza, y sobre todo aquella naturaleza, que se le acabaría convirtiendo con los años en una nostalgia natal.

Con una sencilla educación cristiana, pero sólida, recibida en la familia, abandonó su casa y su pueblo, a los doce años, para estudiar humanidades, como becario, en el Colegio Gallio de la ciudad de Como. A partir de 1859, cuando Italia ardía en deseos de unificación, continuó sus estudios de filosofía y teología en las aulas del seminario diocesano. En aquellos momentos de tanta trascendencia histórica, el seminario fue para el jo-

ven Luis, de carácter sensible y emprendedor, un verdadero cenáculo de fe y un balcón donde meditar los entusiasmos y decepciones sociales de la realidad italiana. Desde el punto de vista académico los estudios teológicos de entonces no brillaban a gran nivel, pero en cambio se le daba mucha importancia a la vertiente pastoral y a la formación personal de los seminaristas, muy en consonancia con la religiosidad del pueblo. Precisamente, los contactos con la vida campesina y con las dificultades de sus paisanos los fue manteniendo Luis durante sus vacaciones estivales: veía y vivía de cerca la pobreza de la región, acompañaba a los enfermos, echaba una mano caritativa a los más desamparados y afinaba cada día más su conciencia social.

Por fin, el día 26 de mayo de 1866, fiesta de la Santísima Trinidad, recibió la ordenación sacerdotal de manos del obispo de Foggia, Bernardino María Frascolla, confinado por un tiempo en la prisión de Como a causa de las relaciones hostiles que mantenía el nuevo Estado con la Iglesia. Quiso celebrar su primera misa solemne, el día del Corpus Christi y en la parroquia de Prosto, donde se había ensayado auxiliando a un anciano párroco y se había estrenado como diácono.

Con una conciencia samaritana, de predilección por los más pobres e incapacitados, comenzó Don Guanella su ministerio en la misma parroquia donde había cantado misa y donde había colaborado siendo seminarista como ministro de la palabra y de la caridad. Seguía, pues, ayudando al cura de Prosto, a quien sucedió poco después, pero muy pronto, en 1867, le nombraron párroco de Savogno, un pueblo de aquella comarca de Valchiavena. Entonces, valiéndose de su diploma de maestro, abrió una escuela que se atestó de alumnos y se convirtió en un vivero de apostolado que avivaba, con nuevo entusiasmo, la Acción Católica juvenil fundada poco antes por Juan Acquaderni y Mario Fani. Pero este auge logrado por su escuela se encontró al poco tiempo con una zancadilla dolorosa que, en aquel ambiente anticlerical y para cortar de raíz su éxito apostólico, acabó con su cierre oficial por parte de unas autoridades más o menos locales. En el fondo, la preocupación pastoral de Don Guanella en Savogno consistía en instruir a jóvenes y adultos, formarlos religiosamente y también desenmascarar las asechanzas políticas en

contra de la misión de la Iglesia o defender su ministerio cuando la autoridad civil lo ponía en entredicho.

Con la escuela cerrada parecía que se le cerraban a Don Guanella otras puertas, entre ellas su ilusionante entrega a la juventud mediante la enseñanza y la pedagogía, por las que se sentía tan atraído, sobre todo desde que conoció la experiencia de Don Bosco y la obra del Cottolengo. Sin pensárselo más, se marchó a Turín en 1875 no sólo a encontrarse con Don Bosco, sino a seguirle los pasos en el camino de la santidad y a colaborar en su obra pedagógica con la juventud. Quiere esto decir que tomó la decisión de hacerse salesiano, hizo los primeros votos y perteneció a esta sociedad al menos tres años. Durante su estadía en Turín conoció y se relacionó con la obra caritativa de José Benito Cottolengo. Le dejó tan profunda huella, que más adelante, cuando Don Guanella fundó sus primeras casas las quiso llamar, a imitación de la del Cottolengo, Casas de la Providencia.

Al cabo de esos años de obediencia salesiana y de residencia en Turín, en 1878 lo llama el obispo de Como para que se reincorpore a su diócesis. Le confía la parroquia de Traona. Quiso allí abrir de nuevo otro colegio, de estilo salesiano, destinado a la instrucción de niños pobres, pero acabó cerrándoselo también la autoridad civil en 1881. Sólo unos pocos meses al frente de la parroquia de Olmo y en seguida le encargan de la parroquia de Pianello Lario, cerca de Como, donde acababa de morir el sacerdote Carlos Coppini, quien se había ocupado de fundar y atender una casa para niños huérfanos y un asilo para ancianos, en que colaboraban unas cuantas chicas aspirantes a la vida religiosa.

Se hizo cargo Don Guanella de aquella institución socio-caritativa de Pianello Lario. Al cabo de cinco años, con algunas de aquellas jóvenes y la colaboración de sor Marcelina Bosatta y de la hermana Beata Chiara, fundó en Como la primera casa de una nueva congregación que tomó el nombre de Hijas de Santa María de la Providencia, conocidas más tarde por *guanelianas*. La comunidad comenzaba su larga travesía como una humilde navegación por las plácidas aguas del lago de Como. Salieron en un bote, de Pianello Lario rumbo a Como, dos reli-

giosas y cuatro chicas huérfanas. Era la noche del 5 de abril de 1886. Con aquellas pasajeras iba también la semilla de lo que sería el equipo fundador de la Casa de la Divina Providencia. Cuando empezó a crecer la institución no faltaron ayudas y manos generosas, colaboradores dispuestos a seguir una vida religiosa volcada en la caridad. Fue educando y cuidando aquellas vocaciones, pero quiso acercarse a Turín en 1887 para recibir el consejo de Don Bosco sobre la conveniencia de fundar una congregación para sacerdotes y hermanos. Nacieron, pues, los Siervos de la Caridad, los *guanelianos,* y recibieron muy pronto tanto las bendiciones como el apoyo económico del obispo Andrea Ferrari. La obra de Don Guanella se fue extendiendo con rapidez más allá de Como: en 1891 ya está en Milán y en 1903 llega a Roma, pero fuera de Italia se abrió camino en Estados Unidos en 1912. Una vez erigida canónicamente la rama masculina, en la que colaboraron de manera decisiva Aurelio Bacciarini y Leonardo Mazzucchi, el propio Don Guanella formó parte de la congregación e hizo los votos en 1908.

Contó la obra guaneliana con el aprecio de mucha gente, fue muy popular en la Italia de su época, y como su fundador llegó a ser un buen amigo del papa Pío X, el santo pontífice propuso a Don Guanella que creara una parroquia cerca del Vaticano, en la zona llamada *Porta trionfale,* habitada por personas de extrema pobreza y espiritualmente desasistidas. Accedió Don Guanella a la solicitud del Papa comprando un terreno, un granero y una casa de labranza. A comienzos de 1908 acondicionó unas casas para dar cobijo a diecisiete familias que hasta entonces malvivían en tugurios. Limpió los inmuebles y el granero lo convirtió en una iglesia —el altar se lo regaló el Papa— que los parroquianos llamaban humorísticamente la *basilichetta.* Esta presencia en Roma y la simpatía con la que el papa Sarto veía la obra guaneliana, colaboraron a que la congregación se extendiera con gran empuje en otros países, como Suiza o Estados Unidos. Pero sobre todo porque la caridad era la virtud que presidía todas las realizaciones de Don Guanella.

Gran admirador de San Francisco de Asís, se hizo terciario franciscano y encarnó el espíritu de pobreza y de alegría del *Poverello,* su confianza en Dios y su amor por los más pobres:

huérfanos, deficientes, ancianos, enfermos. Y también por los emigrantes que, en gran número, viajaban a otras zonas de Europa y a América. Tanto le preocupó esta desbandada social, su desamparo y desarraigo, que quiso conocer de cerca sus modos de vida, razón por la que en 1912 se embarcó a los Estados Unidos y se comprometió a enviar sacerdotes y hermanas de su congregación para que asistieran a los emigrantes, siguiendo la misma trayectoria y entrega que otras instituciones eclesiales de la época.

Sus destinatarios pastorales pertenecían a un grupo intermedio que no era ni el de los oratorios de Don Bosco ni el de las casas del Cottolengo, pero se alimentaba de ambas experiencias. Su misión caritativa se fundaba en Dios y en su Providencia. Nada, pues, le era indiferente y ajeno cuando una persona o una colectividad necesitaba de su ayuda. Por eso, además de superar con fe y caridad las injusticias y persecuciones que le propinó el anticlericalismo militante de aquel momento, acudió en primera línea a socorrer a los damnificados de los terremotos de Calabria, Marsica y Mesina y prestó asistencia a los heridos durante la Guerra Mundial de 1914.

Entre sus obras, también hay que citar los abundantes escritos que dejó, unos de carácter pastoral, hagiográfico, histórico o de formación cristiana, otros de gran interés para la constitución y expansión de su obra, así como las más de tres mil cartas donde se autorretrata su vivo carácter, su enérgica voluntad, pero también su sentido profético y su particular amor a los pobres y abandonados. Llegó a publicar una revista mensual con el título de *La Divina Providencia* para dar cauce y difusión a numerosos escritos sobre su carisma como anunciador de la paternidad de Dios.

Una de las iniciativas más populares de Don Guanella fue la asociación para ayuda de los moribundos, aprobada por Pío X en 1913 con el nombre de Pía Unión del Tránsito de San José. Su preocupación por una buena muerte queda recogida en esta motivación fundacional:

> «Existe una necesidad de vivir bien, pero hay mayor necesidad de morir bien. Una buena muerte lo es todo, especialmente en la actualidad cuando las personas sólo piensan en las cosas materiales y en divertirse aquí en la tierra, rechazando la eternidad».

A Don Guanella le llegó esa buena muerte el 24 de octubre de 1915 en la Casa de la Divina Providencia de la ciudad de Como, a los 73 años de edad. El primer aviso de que le llegaba el final lo tuvo un año antes cuando le sobrevino una parálisis mientras comía con algunos sacerdotes de su congregación. Sus restos se veneran en el santuario del Sagrado Corazón de Como. Un año antes de que se cumpliera el medio siglo de su muerte fue beatificado por el papa Pablo VI, quien, aquel 25 de octubre de 1964, con las sesiones del Concilio Vaticano II en plena ebullición, recordó en su discurso una frase de Don Guanella que esclarece la fuente de su energía sobrenatural: «Es Dios el que actúa en nosotros».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 56 (1964) 967-972.
Ecclesia (14-11-1964) n.1.218, p.9-10.
LUCARELLI, V., *Un contemporaneo affascinante, don Guanella* (Milán 1991).
LUIS GUANELLA (SAN), *Le vie della Provvidenza. Memorie autobiografiche* (Roma 1988)
MAZZUCCHI, L., *La vita, lo spiritu e le opere di don Luigi Guanella* (Como 1920).
L'Osservatore Romano (26/27-10-1964) 1-2.

BEATO JOSÉ BALDO

Presbítero († 1915)

Quienes han visto Verona, en Italia, se han conmovido ante aquel balcón adonde se subió Romeo en busca de los labios de Julieta. Han pasado muchos años desde que Shakespeare escribió su leyenda para el teatro y aquella hermosa ciudad sigue siendo punto de atracción para cualquier enamorado feliz. Debajo del balcón hay que sacarse una foto junto a la estatua de Julieta. Han sido tantas las parejas que lo han hecho, que la estatua está desgastada en una de las partes más sugerentes de la imagen.

En aquella ciudad llena de ensueño vivió nuestro santo de hoy: José Baldo. Había nacido en Puegnano el 19 de febrero de 1843.

Siendo aún muy pequeño le contó a su madre los deseos que sentía de ser sacerdote. Aquella santa mujer le contestó redondamente: «O buen sacerdote, o nada». Cuando nosotros éramos seminaristas pequeños, nuestro director espiritual, en aquellas meditaciones que nos daba por las mañanas, nos decía a voz en grito la misma frase, pero en versión más clara: «O santos, o por la ventana».

En este clima de santidad sacerdotal se crió José, convencido que, de ser sacerdote, más valía ser santo que dar un paso en falso. Y de esta forma, se ordenó sacerdote el 15 de agosto de 1865, cuando tenía 22 años.

¿Qué ocurría en el mundo en aquellos años? No es una pregunta vana porque ocurrieron hechos que cambiaron el mundo. Fue la época de los inventos. En la vida de José influyeron del todo. Veremos luego por qué.

Un mundo nuevo:

— 1863: Nace Henry Ford.

— 1865: Nichaux hace una bicicleta con una rueda delantera grande.

— 1867: Carlos Marx publica el primer volumen de *El capital.*

— 1876: Alexander Graham Bell inventa el teléfono.

— Se crea el teléfono de dos piezas.

— 1877: Edison inventa el fonógrafo de cilindro y el micrófono de carbón.

— Muere Talbot, inventor del negativo para la fotografía.

— 1878: Edison crea el gramófono.

— 1879: Edison inventa la bombilla.

— 1882: Edison inaugura la luz eléctrica para la ciudad de Nueva York.

— 1883: Muere Carlos Marx en Londres.

— 1885: Invento del automóvil.

— 1887: Comienza a construirse la torre Eiffel.

— 1889: Exposición internacional de París, con la torre Eiffel. Está presente Edison.

— 1890: Primer hombre volador. El francés Clement Ader construye un aparato y le pone por nombre «avión». Sube a 50 metros de altura.

— 1891: *Rerum novarum* de León XIII.

— 1893: Millet pone motor a la bici.

— 1894: Guillermo Marconi, con 20 años, hace las primeras pruebas de radio en su casa.

— 1895· Marconi transmite a 1.700 metros de distancia

— 1897: Marconi transmite a 15 kilómetros de distancia

— 1900: Alberto Santos Dumont, ingeniero brasileño, construye dirigibles pequeños movidos por motores de petróleo.

— Primer vuelo de un dirigible Zeppelin, del conde Von Zeppelin, alemán. Entre 1900-1914 hace 25 zeppelines.

— 1902: Primera fábrica de coches Ford.

Esta lista de novedades tecnológicas nos coloca en un mundo nuevo, con grandes repercusiones sociales. Todo ello influyo decisivamente en la vida de José Baldo.

En 1865, para comenzar su apostolado, el obispo le encomendó la formación de la juventud en la propia Verona; labor delicada siempre, pero tratándose de un apóstol joven, el trabajo no le resultaba difícil. Y así estuvo durante doce años.

Luego le encomendaron la parroquia de Rondo all'Adige, y allí estuvo hasta su muerte. En este su segundo destino estuvo 38 años.

Ser párroco es una labor complicada porque éste tiene que tocar todos los instrumentos de la orquesta: desde dar catequesis hasta atender a los moribundos, pasando, si es preciso, por fundar una congregación de religiosas. O sea, todo lo que haga falta.

Atendió a la juventud fundando para ellos un gimnasio parroquial que garantizaba a las familias una educación religiosa segura para sus hijos.

Con tanta revolución industrial, era el tiempo de la cuestión social. León XIII promulgaba en Roma la *Rerum novarum,* el 15 de mayo de 1891, en el año catorce de su pontificado. Todo el clero se tomó muy serio esta consigna y los sacerdotes se metían en cuestiones sociales porque así lo exigían los tiempos. A José le tocó también tocar este aspecto del apostolado moderno.

Decia el Papa con angustia:

> «Una vez despertado el afan de novedades que hace tanto tiempo agita a los Estados, necesariamente habia de suceder que el deseo de hacer mudanzas en el orden politico se extendiese al economico, que tiene con aquél tanto parentesco Efectivamente, los

aumentos recientes de la industria y los nuevos caminos por donde van las artes, el cambio obrado en las relaciones mutuas de amos y jornaleros, el haberse acumulado las riquezas en unos pocos y empobrecido la multitud, en los obreros la mayor opinion que de su propio valer y poder han concebido, la union mas estrecha con que unos a otros se han juntado, y finalmente la corrupcion de costumbres, han hecho estallar la guerra»

«Vemos claramente, y en esto convienen todos, que es preciso dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la infima clase, puesto que inicuamente se hallan la mayor parte de ellos en una condicion misera y calamitosa»

Otra cuestion importante fue la formacion de la mujer. José Baldo trabajó en serio por este problema social que denunciaba el Papa. Trabajó por la promoción de este sector de la sociedad tan importante para la Iglesia.

Llegó tambien a preocuparse de la marginacion. Para solucionar este problema en la medida de sus fuerzas, fundó en 1894 la congregación de las pequeñas Hijas de San José. Su carisma era educar a los niños más desfavorecidos y atender a los ancianos y enfermos de su tiempo.

Era un sacerdote de una vida religiosa profunda, unido perfectamente a la Iglesia, a la cual veneraba con obsesion. Como todos los santos, la Eucaristía era la fuente de todas sus energias.

El futuro Pío X, siendo cardenal de Venecia, se enteró de la labor que hacía este sacerdote. No tuvo inconveniente en estimular su labor y ponerlo como ejemplo ante todos los sacerdotes de su diócesis.

No es extraño que José se emocionara como un hijo fiel, cuando vio que aquel humilde sacerdote, pasando por obispo y cardenal, llegaba a la silla de San Pedro para engrandecer a la Iglesia de su tiempo.

Veneró a su papa, Pío X, y murió como él, lleno de dolor, al comprobar que había comenzado la Primera Guerra Mundial. Fallecio en Ronco all'Adige el 24 de octubre de 1915.

Juan Pablo II lo beatificó el 31 de octubre de 1989 Aquel dia, el Papa lo calificó como hombre inteligente y abierto, que supo apreciar los conceptos de libertad, democracia, unidad nacional y justicia social. Un hombre que no perdió el tiempo en lamentaciones estériles, sino que aprovechó sus energías para crear obras meritorias.

El beato solía decir: «No tenemos delante enemigos que aplastar, sino hermanos que convertir». Y con ese lema lleno de fe, transcurrió por esta vida dando frutos de amor y de misericordia.

FÉLIX NUÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 84 (1988), 85 (1989).
L'Osservatore Romano (5 11-1989).
REPETTO BETTES, J. L, *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 480.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS ARETAS Y COMPAÑEROS

Mártires († 523)

Al comienzo del siglo VI los etíopes atravesaron el Mar Rojo e impusieron su dominación a una zona de lo que ahora es el Yemen, habitada por judíos y tribus arábigas. Como reacción a este dominio Dun'an o Dhu Nuwas, rey de los homeritas, convertido al judaísmo, inició una conquista de la zona gobernada por los etíopes y cuyos habitantes eran cristianos muchos de ellos. Tomó primero la ciudad de Zafar donde masacró a sus habitantes y luego se dirigió a Negrán o Najran que resistió bravamente el sitio. Cuando la ciudad se vio muy apurada concertó condiciones de su entrega y una de ellas era la amnistía para todos sus habitantes. Pero cuando la ciudad se entregó se conminó a todos los cristianos a abandonar su religión. Banu Harith o Aretas que había sido el jefe de la resistencia, y a quien el *Martirologio* llama príncipe de la ciudad, se negó firmemente a abjurar el cristianismo. Él y los miembros de su tribu fueron decapitados mientras que el clero, los diáconos y las vírgenes consagradas eran quemados vivos. El *Martirologio* da como número de mártires el de 340. Enseguida que esta masacre se supo, el pueblo fiel tuvo a las víctimas como verdaderos mártires. Era el año 523.

SAN MAGLORIO
Obispo († 575)

Maglorio o Maelor era de origen irlandés y fue educado por San Iltido en Llanilltyd Fawr (Gales). Ingresó en la vida monástica e hizo los estudios necesarios para que se le considerara apto para ser ordenado diácono. Con San Sansón, del que quizás era pariente, marchó a Bretaña, donde ambos realizaron una amplia labor misionera y, mientras Sansón era abad del monasterio de Dol, Maglorio lo era del de Lammeur. Cuando a Sansón lo hicieron obispo de Dol, le sucedió Maglorio en la abadía de esta población y cuando a su vez Sansón murió (565), parece que Maglorio lo sucedió en la sede. De todos modos —sea este último dato verdadero o falso— mucho no duró en la sede pues se retiró a hacer vida solitaria en la costa de Bretaña, aunque no logró la soledad que quería pues acudían a él en busca de dirección y consejo una multitud de personas. Por fin obtuvo un terreno en la isla de Sark donde edificó un monasterio, y donde se cuidó de los problemas del pueblo como el hambre, las epidemias o las razias de los piratas. Parece que murió hacia el año 575.

SAN JOSÉ LE DANG THI
Mártir († 1860)

Este joven cristiano vietnamita, de 31 años al tiempo de su martirio, había nacido en el pueblo de Ke-Van hacia el año 1829. Cristiano fervoroso y convencido, seguía la carrera militar y había obtenido el grado de capitán. Llegó el año 1859 y estaba destinado en el destacamento de Nghe-An. Se prohibió formalmente a todos los miembros del ejército la profesión del cristianismo. El gobernador, amigo suyo, le aconsejó que renegase del cristianismo para no perder su carrera militar, pero como José no quería, le propuso que pidiera su licencia del ejército alegando que no estaba muy bien de salud, lo cual era cierto. José pidió la licencia y se marchó a su pueblo natal, donde empezó a construir una casa para su familia. Y no se había trasladado aún la familia al pueblo cuando José fue denunciado como cristiano y arrestado, siendo ingresado en la cárcel de Quang-Tri. Era

enero de 1860. Interrogado, se negó a apostatar, y por ello fue cargado con una canga al cuello y se le pusieron grilletes y cadenas en manos y pies. Trasladado a la cárcel de An-Hoan empeoró mucho de salud y llegó a temer que moriría antes de recibir la corona del martirio. Pero no fue así. El 24 de octubre de 1860 fue estrangulado por su condición de cristiano.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

25 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Via Salaria nueva, santos Crisanto y Daría († 253), mártires *.
2. En Soissons (Galia), santos Crispín y Crispiniano († s. III), mártires *.
3. En Florencia (Toscana), San Miniato († s. III), mártir *.
4. En Perigueux (Aquitania), San Frontón († s. III), evangelizador.
5. En Constantinopla, San Martirio, subdiácono, y San Marciano, cantor († 351), mártires.
6. En Brescia, del Véneto, San Gaudencio († 410), obispo *.
7. En el territorio de Gavallus (Galia), San Hilario († 535), obispo de Mende.
8. En el territorio de Segovia, San Frutos († 715), ermitaño **.
9. En Pécs (Hungría), San Mauro († 1070), obispo y abad de San Martín.
10. En Vich (Cataluña), San Bernardo Calvó († 1243), obispo, anteriormente abad cisterciense **.
11. En Borgo San Antonio (Italia), Beato Tadeo Machar († 1492), obispo de Cork y Cloyne en Irlanda *.
12. En Nules, junto a Tortosa, Beato Recaredo Centelles Abad († 1936), presbítero, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, mártir *.
13. En Alzira (Valencia), beatas María Teresa Ferragut Roig y sus hijas: María de Jesús (Vicenta), María Verónica (Joaquina), María Felicidad y Josefa de la Purificación (Ramona) Masiá Ferragut, vírgenes, las tres primeras monjas capuchinas y la última agustina descalza, mártires todas ellas en 1936 **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FRUTOS
Ermitaño († 715)

San Frutos tiene dos caminos. Ambos florecen de devotos el 25 de octubre de cada año. El primero desemboca en el trascoro de la catedral de Segovia, donde reposan los restos de su santo patrono. Allí, en la mañana de su fiesta, se dan cita en polícroma multitud los segovianos. Hombres y mujeres, mayores y chicos, se apiñan en el arranque de la nave central de la «dama de las catedrales góticas». Y con el pueblo se mezcla la clerecía. Entre los hábitos corales de los canónigos y los roquetes de los seminaristas emerge la mitra preciosa del prelado, quien, teniendo como telón de fondo el rico retablo que trazara Ventura Rodríguez para el Palacio Real de Riofrío y donara Carlos III a la catedral segoviana, hace un compás de espera en la procesión de las reliquias del Santo para que los cantores le entonen un villancico.

A vino rancio y a frescor primaveral les sabe siempre a los segovianos su himno pajarero. No sé por qué lo llaman de este modo, si por ser demasiado juguetón, ingrávido de contenido, con una letra de espuma que huye perseguida por unas notas transidas de barroquismo, o por alguna vinculación especial de San Frutos con las aves. Algo debe de haber cuando son muchos los cazadores que madrugan aquella mañana otoñal para aprovecharse de «la caza milagrosa» que tradicionalmente tiene lugar en ese día.

El otro camino conduce a lo que primeramente fue ermita del Santo; luego priorato benedictino, más tarde parroquia con reducido vecindario en torno, y hoy simple iglesia medieval, aunque cabeza de arciprestazgo.

El lugar es pintoresco en extremo. Nunca creí que los romeros de Castilla explayaran su devoción por otros caminos que los pedregosos que la tierra da. Pero yo fui a San Frutos por vía fluvial. Y esto, no por espíritu deportivo, sino por ser el camino más corto y accesiblemente menos dificultoso. Media hora de barca desde la presa del Barquillo hasta los cimientos mismos que la naturaleza preparó para la obra de la gracia. Sobre el

tranquilo embalse con más de veinte metros de profundidad deslizábase lenta la barquilla, conducida por un experto remero portugués. Mientras sus brazos se balanceaban en monorrítmico ademán, sus ojos se poblaban de recuerdos. Contaba y contaba sin cansarse sus historias, como los gondoleros de Venecia desgranan al turista sus leyendas. Más de treinta años llevaba bebiendo las mismas escenas. El colorido y tipismo de la fiesta de San Frutos, cuando las laderas circundantes se visten de peregrinos que trepan por los riscos agarrándose a los matorrales para no caer al precipicio; cuando los caminos sin trazar florecen de canciones que confluyen en la ermita.

Contemplado desde la barca el paisaje es de una belleza salvaje y bravía. El río Duratón corre encañonado entre muros naturales de más de sesenta metros de altura, de extraordinario interés geológico y prehistorico. Al lado izquierdo se yergue imponente, como nido de cigueñas y atalaya del espíritu, una iglesia románica, levantada sobre roca viva, cortada a pico sobre el abismo en un alarde de valentia y circundada en su totalidad por la corriente, excepto una pequeña lengua de tierra, y aun ésta, separada del resto en unos cuantos metros de profundidad y segada a tajo, según refiere la historia, por la mano taumaturgica del Santo en un momento de extremado peligro.

San Frutos tuvo dos hermanos menores que él: Valentín y Engracia. Gemelos en el espíritu y en la virtud, los tres eran hijos de un matrimonio segoviano de noble alcurnia, a quien la tradición hace descender de patricios romanos. En cualquier ocasión hubieran podido trocar sus nombres, como las carmelitas se cambian sus cosas una vez al año. Los tres fueron valientes en las batallas que les tocó luchar; dieron frutos de auténtica santidad. Y la gracia de Dios les previno abundantemente. Empujados por ella, vendieron su rico patrimonio para entregarlo a los pobres. Corrían turbias las aguas del reino visigodo, allá por la segunda mitad del siglo VII, y ellos quisieron alejarse del fango. Atrás quedó la ciudad con su soberbio acueducto, con sus iglesias y también sus vicios.

Los gritos de la molicie silbaban en sus oídos. Pero el atractivo de la soledad les empujaba hacia el retiro. No descansarían hasta poner su nido en la hendidura de la roca, como la tortola del Cantar de los Cantares.

tranquilo embalse con más de veinte metros de profundidad deslizábase lenta la barquilla, conducida por un experto remero portugués. Mientras sus brazos se balanceaban en monorrítmico ademán, sus ojos se poblaban de recuerdos. Contaba y contaba sin cansarse sus historias, como los gondoleros de Venecia desgranan al turista sus leyendas. Más de treinta años llevaba bebiendo las mismas escenas. El colorido y tipismo de la fiesta de San Frutos, cuando las laderas circundantes se visten de peregrinos que trepan por los riscos agarrándose a los matorrales para no caer al precipicio; cuando los caminos sin trazar florecen de canciones que confluyen en la ermita.

Contemplado desde la barca el paisaje es de una belleza salvaje y bravía. El río Duratón corre encañonado entre muros naturales de más de sesenta metros de altura, de extraordinario interés geológico y prehistórico. Al lado izquierdo se yergue imponente, como nido de cigueñas y atalaya del espíritu, una iglesia románica, levantada sobre roca viva, cortada a pico sobre el abismo en un alarde de valentía y circundada en su totalidad por la corriente, excepto una pequeña lengua de tierra, y aun ésta, separada del resto en unos cuantos metros de profundidad y segada a tajo, según refiere la historia, por la mano taumatúrgica del Santo en un momento de extremado peligro.

San Frutos tuvo dos hermanos menores que él: Valentín y Engracia. Gemelos en el espíritu y en la virtud, los tres eran hijos de un matrimonio segoviano de noble alcurnia, a quien la tradición hace descender de patricios romanos. En cualquier ocasión hubieran podido trocar sus nombres, como las carmelitas se cambian sus cosas una vez al año. Los tres fueron valientes en las batallas que les tocó luchar; dieron frutos de auténtica santidad. Y la gracia de Dios les previno abundantemente. Empujados por ella, vendieron su rico patrimonio para entregarlo a los pobres. Corrían turbias las aguas del reino visigodo, allá por la segunda mitad del siglo VII, y ellos quisieron alejarse del fango. Atrás quedó la ciudad con su soberbio acueducto, con sus iglesias y también sus vicios.

Los gritos de la molicie silbaban en sus oídos. Pero el atractivo de la soledad les empujaba hacia el retiro. No descansarían hasta poner su nido en la hendidura de la roca, como la tórtola del Cantar de los Cantares.

Guiados por San Frutos llegaron al desierto. Como a tal lo consideran las lecciones del *Breviario,* que lo comparan al de Libia. Tierra aquélla inhóspita y ceñuda, aledaña de la Sepúlveda gloriosa que conociera Fernán González y Almanzor. Tierra de lastras, excepcionalmente yerma y de una impresionante austeridad. Ralos enebros rompen la monotonía pardusca de su piel y alternan con mortificantes canchales. ¡Magnífica invitación a la penitencia!

Hicieron alto en el camino. Habían encontrado, por fin, lo que deseaban. En adelante se alimentarían de soledad y de silencio. Bajo la grandiosa majestad de los peñascos, en las grietas naturales del terreno, encontrarían reposo para la oración y acomodo para sus espíritus. Levantaron tres ermitas a una distancia conveniente para defender mutuamente su soledad y empezaron a vivir a lo santo.

> «Allí donde todo era rigor aun a la vista, sin que ningún sentido tuviese ni los deleites que son lícitos: era el ayuno continuo; la vigilia, incesante; el sueño, limitado, el lecho eran las peñas; el vestido, cilicio; el alimento, hierbas; la bebida, mezclada con lágrimas; ningún trato ni memoria del mundo» (Flórez).

Pero San Frutos buscó las cumbres. En ellas plantó su tienda «para espiar mejor la gracia que baja del cielo». Arriba su espíritu se sentía más libre para los arrebatos de la oración, en que ocupaba la mayor parte del día. Oración armonizada por el silencio y coreada a trechos por el graznido silvestre de los grajos y el murmullo sonoro del río que se deslizaba en la hondonada. Locamente enamorado, como buen místico, de la naturaleza, en ella encontraba temas abundantes para sus penitencias.

Lo que más me llama la atención en San Frutos es esa adecuación maravillosa, esa rima aconsonantada entre las calidades de su espíritu y el tono del paisaje que escogió para escenario de su santidad. La tierra aquella no es montañosa. No se empina sobre el horizonte con aires de turgente soberbia. Tiene la sencillez del páramo, la austeridad del desierto, la hosquedad flagelante de la pedriza, y se arruga en sí misma agrietándose en barrancos de profunda humildad para dar paso a la acción modeladora de las aguas. Cuadro natural que puede exponerse como una réplica exacta del retrato moral de Frutos: sencillo,

humilde, austero, sobrio y penitente. Hasta su rostro, decorado con abundosa barba aaronítica, lleva los surcos de la penitencia como le soñó Carmona en una talla bien lograda que se conserva en la iglesia del seminario de Segovia.

El tiempo le fue madurando para el milagro y aromándolo con fama de santidad. Mientras él se empapaba de silencio se rompía la paz de España con la invasión de los moros. Un día el griterío de los infieles rebota en aquellos riscos patinados de tranquilidad multisecular. Un destacamento musulmán persigue a un puñado de cristianos, que huyen despavoridos, como los pájaros y las flores, a refugiarse bajo el manto pardo del Santo. Frutos, con su bastón cargado de sobrenaturalismo, traza una línea frontera entre las dos religiones. La roca le obedece. Se raja en dos mitades, quedando el prodigio bautizado para siempre con el nombre de «la cuchillada de San Frutos»

Desposado con la naturaleza, como San Francisco con la pobreza, se le torna sumisa a sus deseos. Otra vez quiere regalar a su hermana una fuente para que no se lastime demasiado teniendo que bajar, para apagar su sed, hasta el lecho del río, y brota el manantial cerca del eremitorio de Santa Engracia.

Y así un año tras otro, haciendo penitencia por los pecados de su patria, hasta que un día, cargado de frutos, presenta su nombre en la taquilla del paraíso. Acostumbrados sus ojos al vuelo de las aves, él de un brinco romontó el cielo. Fue en el 715 de la era cristiana. El reloj de su vida marcaba el número 73.

JULIÁN GARCÍA HERNANDO

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, XI, p.692-704.
CALVETE, L., *Historia del glorioso San Frutos* (Valladolid 1610).
CASTRO, C. de, *Historia de los tres Frutos segovianos,* ms.
COLMENARES, D. de, *Historia de Segovia* (Segovia 1847).
FEROTIN, M., OSB, *Histoire de l'Abbaye de Silos* (París 1897).
PANTIGOSO, J. de, *Memorial histórico.* Ms. Archivo Catedral de Segovia.
• Actualización:
PALENZUELA, A., «Religiosidad en torno a San Frutos», en A. GALINDO GARCÍA, *Monseñor Palenzuela, obispo, pensador y teólogo* (Segovia 1995) 465-474.
QUINTANILLA, M., «Los milagros de San Frutos» (Un texto de Diego de Colmenares): *Estudios Segovianos* 6 (1954) n.16-17, p.277-294.

SAN BERNARDO CALVÓ

Obispo († 1243)

Ya entrada la segunda mitad del siglo XII, después de la reconquista de Tortosa de manos de los árabes, uno de los caballeros repobladores del campo de Tarragona, de aquellos que contribuyeron en la obra de la Reconquista, recibe una masía (manso) no lejos de Reus, conocida aún hoy con el nombre de Calvó, que perpetúa el de la familia de un santo. En esa masía, e hijo del caballero Calvó y de su mujer Beatriz, nacía en 1180 un tercer hijo varón, Bernardo. Eso ocurre bajo el reinado de Alfonso II el Casto, hijo de los que han vinculado Aragón y Cataluña, Ramón Berenguer IV el Santo y Petronila. Tiene tres hermanos y una hermana, y la situación familiar de abolengo de caballeros ha permitido a Bernardo estudiar leyes, posiblemente en la Universidad de Bolonia, muy frecuentada por estudiantes catalanes. Su compatricio y contemporáneo Raimundo de Peñafort verificará allá sus estudios de Derecho. Con ello reconocemos en él, hecho ya un mozo, ese doble carácter, el de caballero, que heredó de su padre, y el de jurista. No es extraño, pues, que lo encontremos ejerciendo funciones jurídicas y administrativas en la curia del arzobispo de Tarragona, junto a su baile y acompañado también de su escudero. Eso refleja el alerta constante con que vive un hombre de las condiciones de Bernardo, y más aún en ese territorio tarraconense, cercano al peligro amenazador de los árabes. La victoria de las Navas de Tolosa (1212) viene a atenuar la tensión de ese alerta, cerrando el paso a los almohades y cambiando la faz de la dominación árabe en España.

Bregado en el quehacer jurídico se ve en Bernardo a un hombre que entra a menudo en litigio con otras personas y que deja entrever la conciencia poco lúcida en su ajetreo administrativo. En él se descubre al hombre de pocos escrúpulos. Sin embargo, un acontecimiento va a señalarle a ese mozo, que ha cumplido ya los treinta y dos años, una nueva senda en su vida. Pedro II de Aragón acababa de morir en la batalla de Muret (12 de septiembre de 1213), cuando Bernardo caía, a fines del mismo año, gravemente enfermo. El frente a frente con la muerte, que atestigua una disposición testamentaria de Bernardo, cambió el rumbo de su vida. Ha descubierto los planes del Señor y

ha visto en el claustro cisterciense de Santes Creus (Tarragona) el nuevo hogar para su alma. Allí entró el 30 de marzo de 1214, festividad de Pascua de Resurrección. Su madre, Beatriz, presencia esa transformación de su Bernardo, pero su padre ha muerto ya. En ese momento de su retiro al claustro Francisco de Asís pasa por las veredas del campo de Vich y del Vallés como peregrino, camino de Santiago de Compostela. La capilla de Sant-Francesc Salmuniá (popularizada con la expresión *s'hi moría,* es decir, «allá moría») recuerda aún hoy, en el llano de Vich, uno de los éxtasis que experimentó el *poverello* de Asís.

Pasa Bernardo un año de noviciado bajo la regla de los cistercienses y en ella bebe aún el frescor del nuevo espíritu reformador que ha dejado la obra de San Bernardo de Claraval entre esos benedictinos blancos. Con un nuevo testamento fechado el 21 de junio de 1215 atestigua el desprendimiento definitivo de sus bienes y propiedades, entregado de lleno al espíritu de pobreza de la regla cisterciense. Con ese despojo de sí y de los suyos va a ir al encuentro y en pos de Jesús, el Maestro. En la soledad y en el silencio transcurre la vida monástica de Bernardo en Santes Creus. La lectura del abad de Claraval, San Bernardo, puede forjar su alma cisterciense. La teología de la caridad, que San Bernardo crea, se centra en la explicación del capítulo séptimo de la regla de San Benito. Para San Bernardo la ley del Señor es la caridad, aquella caridad que «mantiene el lazo de unión substancial en la Trinidad de las Personas divinas», y en el puede leer el monje Calvó, ahora que cala hondo por doquier el espíritu de reforma del Císter, estas consideraciones sobre el amor:

> «Cuando Dios ama no quiere mas que una cosa, ser amado, y solo ama para ser amado, sabiendo que el amor hara dichosos a cuantos le amen» (*In Cant*, I,11)

Unos doce años de vida austera en el claustro vienen a imponer la figura del monje Bernardo, por su rectitud y ejemplaridad, como futuro abad del monasterio de Santes Creus.

Cuando, pues, allá por 1225, la muerte del abad Ramón deja huérfana la comunidad de Santes Creus, Bernardo es elegido para dirigir e impulsar con el espíritu del abad de Claraval aquella comunidad monástica cisterciense. Ese espíritu se revela en

su obra de cofundador y director espiritual de las monjas cistercienses de Valldonzella, en Barcelona. Su labor profunda y paternal contribuye a que aquella comunidad de religiosas conozca un florecimiento de vida y de vocaciones. Esa fecha de 1225, que marca un punto de avance para la expansión en Cataluña de las tres Ordenes mendicantes, dominicos, franciscanos y mercedarios, es la de la fundación de las bernardas cistercienses de Vallvidrera, que dará origen al monasterio de Valldonzella. Llevaba Bernardo apenas tres años de abad en Santes Creus cuando en 1228 tuvo una entrevista larga y tendida con los señores Montcada, que partían para la conquista de Mallorca y serán dos figuras célebres en aquella empresa contra los árabes y muy estimados de Jaime I el Conquistador. Fue un adiós al *benamat* («muy amado») abad, con el que se entretuvieron varias horas en coloquio íntimo para dejar en paz su conciencia antes de emprender la campaña. De ese encuentro con Bernardo salieron los Montcada con «el rostro pálido y el corazón conmovido», después de haber recibido de él un abrazo «efusivo». Uno de los Montcada, Guillermo, iba a dirigir el primer navío de las fuerzas de Jaime I que zarpó de Salou para Mallorca. Desembarcados ya en la isla llevan los Montcada el combate contra la sierra del puerto de Portopí, y allá encuentran la muerte. Cuando a Jaime I le llega la noticia de que los Montcada han muerto «derrama abundantes lágrimas», según atestigua su misma Crónica, ante el cadáver de los dos héroes. El abad Bernardo recibirá los restos de los Montcada para darles sepultura en la tumba que tenían ya preparada bajo la bóveda acogedora del monasterio de Santes Creus.

La sobriedad, disciplina y el silencio cisterciense no reinan en todos los monasterios. El espíritu de reforma de San Bernardo sigue vitalizando la observancia en el claustro, y el abad Calvo, que lo convive, viene encargado de aportar e infundir ese espíritu en la comunidad de la abadía cisterciense de Ager (Lérida). La observancia estricta de la regla y de la clausura para guardar la castidad y el silencio en el alma, morada de la gracia, viene propugnado por Bernardo, y por eso afirma que, «siendo como es el silencio la salvaguardia de la vida de un religioso, lo exhortamos y lo mandamos en el Señor». En noviembre de

1230 el abad Bernardo viene a formar parte del grupo de varones «buenos» que deben escoger con el arzobispo de Tarragona al obispo de la sede de Mallorca, recién conquistada. Rasgos de caridad paternal se van recogiendo al observar el cuidado que reserva a las viudas y a los hijos de aquellos caballeros que van cayendo en las campañas de la Reconquista. Además, su caridad se refleja en el gobierno del convento que él rige, por el cuidado esmerado que prodiga a los enfermos. Mientras el abad de Santes Creus despliega esa caridad pastoral queda vacante la sede episcopal de Vich. El cabildo de aquella sede ha visto en el abad Bernardo «al varón prudente y discreto, tanto en los asuntos espirituales como en los temporales, a quien la madurez de edad, la honestidad de su conducta, una formación teológica competente y su exquisito trato le hacen idóneo con creces para asumir tan santa dignidad», a saber, la de obispo y pastor de la grey vicense. El abad se resiste a aceptar la nueva carga, ya que el retiro del claustro enmarca su afán de mantener viva la conversación con Dios. Sin embargo, al reconocer que era voluntad del Señor, deja el claustro por el báculo de obispo y pastor. Antes de tomar ese báculo podía recordar el abad las advertencias y recomendaciones que San Bernardo dirigía a su discípulo, el papa Eugenio III, en un tratado que le había dedicado:

> «Vas a presidir para velar, para atender, para cuidar, para servir [] Ademas no dejes de considerar que tu debes ser la figura de la rectitud, el que afirma la verdad, el defensor de la fe, el guia de los cristianos, el pastor de la grey, el maestro de los ignorantes, el refugio de los oprimidos, el vicario de Cristo» (*De considerat*, 1 4 c 7)

El espíritu benedictino comunitario que Bernardo vivía en Santes Creus dejó huella profunda en su vida. Aquel ambiente cisterciense le acompaña en su palacio episcopal de Vich. Junto al obispo Bernardo vive una pequeña comunidad de unos cuatro monjes cistercienses de Santes Creus, que permanece a su lado hasta su muerte. Aquellos monjes le acompañan en sus tareas pastorales por la diócesis y en las funciones litúrgicas, siendo testimonio del espíritu monacal y apostólico de Bernardo. En ello reflejaba el cumplimiento de aquella recomendación de San Bernardo cuando decía al obispo de Roma:

> «No te entregues siempre a la actividad, sino que debes reservarte tiempo para la consideración de aquello que toca a tu interés espiritual» *(De considerat.,* 1.1 c.7).

Por eso, llevado por un elevado sentido de la vida sobrenatural, jerarquiza sus funciones episcopales: primero y sobre todo la misión espiritual y pastoral, y luego la función de administrador temporal en lo que concierne al uso de sus prerrogativas feudales. Tanto en lo espiritual como en lo temporal aquellos monjes son los testigos de sus virtudes y de su caridad.

La presencia del nuevo obispo, Bernardo, aporta en la diócesis un mensaje de paz efectivo, ya que la aversión que reinaba entre algunas familias señoriales y la ciudad va extinguiéndose gracias a su tacto personal, unido al atractivo de su persona. En él aparece el hombre adoctrinado por la «ciencia» del bien común. En aquella doble fisonomía religioso-política que tiene el obispo en esa plena Edad Media aparece como el que vela por el bien de cuantos forman su grey. Su primer cuidado está dirigido al culto divino y a la administración de los sacramentos; para ello vela por la buena formación del sacerdote y por la dignidad de los templos. Al sacerdote le exige la sencillez en el vestir y la ejemplaridad en su conducta, y para mantener firme ese su carácter obra paternalmente, pero de un modo enérgico cuando se trata de salvaguardar la dignidad del sacerdocio. Facilita un complemento de la formación sacerdotal a quien lo merece, abriendo camino para que algunos la completen en universidades del extranjero, sobre todo en la de Bolonia. Los numerosos templos consagrados durante su episcopado atestiguan el fruto de su labor pastoral. Al lado de eso participa Bernardo, al igual que Raimundo de Peñafort, del entusiasmo que ha levantado Jaime I en pro de la conquista de Valencia y acude a las Cortes de Monzón (1236), en que se determina aquella empresa. Fiel al compromiso allí contraído y a la bula del papa Gregorio IX (2 de febrero de 1237), que estimulaba a prestar auxilio al rey «que había ya tomado la cruz contra los infieles de Valencia», estimula la cruzada en la diócesis y son numerosos los caballeros que toman parte en ella. El mismo obispo Bernardo parte para Valencia el 31 de mayo de 1238; actúa allá en su doble misión de consejero y pastor, y junto al rey, y con otros signatarios, firma el 3 de octubre de 1238 en el acta de capitula-

ción de Valencia. Con ello ha convivido dos acontecimientos históricos del reinado de Jaime I: la toma de Mallorca y la de Valencia.

Como antes en Santes Creus, una nota singular señala el pontificado de Bernardo en la sede de Vich: el ejercicio de su caridad. Lo profesa su testamento, que viene a ser un legado de espíritu de desprendimiento. En su quehacer cotidiano tuvo en cuenta aquella recomendación de San Bernardo:

> «Considera ante todo que tú eres quien debes cuidar de los pobres, tú eres la esperanza de los que sufren la miseria y el tutor de los huérfanos» *(De considerat.,* 1.3 c.3).

El obispo Bernardo Calvó «entregó felizmente su alma al Señor» el día 26 de octubre de 1243 y canceló su vida con un testamento propio del pastor y del padre de los suyos. Bernardo de Claraval (1090-1153), que le precedió casi un siglo, creó la fisonomía que tomaría la vida religiosa en muchos monasterios de Europa y la vida de piedad popular en la segunda mitad de la Edad Media. Bernardo Calvó vino a ser uno de sus hijos que difundirá aquella fisonomía de la vida monástica en Cataluña y aquella forma de piedad popular en su diócesis de Vich, sellándolo todo con el título de apóstol de la caridad.

Esos trazos que hemos entresacado de los documentos y crónicas van tejiendo la semblanza de un «hombre justo», bueno y prudente, que en la rectitud de su vida y en su obra de pastor refleja aquel «hombre santo» aclamado por el juicio popular de los fieles. No habían transcurrido los seis meses de su muerte cuando ya estaba creada una comisión de canónigos destinada a recopilar y examinar los hechos prodigiosos que había obrado el santo obispo. No han pasado veinticinco años de la muerte del obispo Bernardo cuando uno de sus sucesores, al dirigirse a los fieles para restaurar la catedral, pone la obra bajo su advocación, recordando que en ella «está sepultado el cuerpo del Beato Bernardo, por mediación del cual el Señor obra muchos milagros», y unos quince años más tarde el cabildo catedral recuerda a Bernardo y lo designa como «varón santo y beato de santa memoria», que fue «columna firme que cumplió las obras que le eran propias del amor y de la caridad»; por ello reclama que se levante un altar en «honor y reverencia de dicho

santo» y que se celebre su fiesta todos los años el día 26 de octubre.

No ha pasado el siglo de la muerte de San Bernardo cuando el abad de Santes Creus escribe al obispo de Vich que «el Beato Bernardo, oriundo de la masía Calvó, de la diócesis de Tarragona, es tenido en gran devoción y reverencia por la gente debido a los muchos milagros que el Señor Jesucristo obra allí gracias a sus méritos», y para que él mismo pueda comprobar la verdad de algunos de esos hechos milagrosos extrae el abad «un cuaderno papiráceo antiguo» de un libro de sermones sobre la Virgen y se lo envía. Finalmente, un breve apostólico de Clemente XI (26 de septiembre de 1710) coloca la festividad de San Bernardo Calvó entre las fiestas propias del Císter.

JAIME TARRAGÓ

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, XII.
GUDIOL, J., «La vida de Sant Bernat Calvó pel P. Relles»: *Revista Catalana* 4 (1919-1920).
JUNYENT, E., *Diplomatari de Sant Bernat Calvó, abat de Santes Creus, bisbe de Vich* (Reus 1956).
MONTCADA, J. L. de, *Episcopologio de Vich,* I (Vich 1891).
VILLANUEVA, J., *Viaje literario a las iglesias de España,* VII (Valencia 1821).

BEATAS MARÍA TERESA FERRAGUT ROIG Y SUS CUATRO HIJAS: MARÍA DE JESÚS (VICENTA), MARÍA VERÓNICA (JOAQUINA), MARÍA FELICIDAD Y JOSEFA DE LA PURIFICACIÓN (RAMONA) MASIÁ FERRAGUT

Mártires († 1936)

El día 14 de enero de 1853 nace, en la entonces villa de Algemesí, María Teresa Ferragut Roig, hija del matrimonio formado por Vicente Ferragut y María Teresa Roig, de profunda raigambre cristiana. En este hogar creció en el afecto a sus progenitores y en el amor a Dios, acompañada siempre con el trabajo y sincera piedad. A los veintiún años contrae matrimonio con Vicente Masiá Ferragut (23 de noviembre de 1872), avecin-

dandose la nueva familia en la calle de Valencia n.º 54, en donde nacieron sus hijos, formando una prolífica descendencia: María Teresa (1873-1927), María Felicidad (1876-1927), María Celestina (1879-1927), María Vicenta (1882-1936), María Joaquina (1884-1936), Josefa Ramona (1887-1936), María Felicidad (1890-1936), María Purificacion (1893, contrajo matrimonio) y, Vicente, el unico hijo varon (1895, fraile capuchino).

Esta numerosa prole crece bajo la atenta vigilancia de la madre, abnegada y siempre cariñosa, quien, temerosa de Dios y responsable de la educacion y formación de sus hijas, las lleva a la escuela de perfección que dirige en su propio domicilio, y con admirable empeño, la Beata Josefa Naval Girbés «la señora Pepa», como se la llama cariñosamente. Una admirable mujer totalmente entregada a la evangelización de las jóvenes cristianas, cuyas ejemplares virtudes la elevan al honor de los altares al beatificarla el papa Juan Pablo II el año 1988. Por este hogar-escuela, donde se inculca en las almas de las muchachas la presencia y el amor de Dios, pasaron numerosas jóvenes de la mencionada población que eligieron, bien el matrimonio, bien la vocación religiosa, en distintos institutos religiosos de vida activa y contemplativa.

El matrimonio Masiá-Ferragut estaba considerado como verdaderamente ejemplar, asistían a la santa misa todos juntos, donde se admiraba el respetuoso comportamiento de las jóvenes que también acompañaban asiduamente a su madre participando en los actos de piedad en el templo parroquial, como novenas y rosarios La madre, ejemplo reconocido de mujer fuerte, estaba dotada de dotes naturales, destacando su gran mansedumbre. En la parroquia de Sant Jaume preside la Conferencia de San Vicente de Paúl, para atender a las familias necesitadas, reconociendo todos su gran caridad con las constantes limosnas que les entregaba. Insigne benefactora de los padres escolapios desde el momento en que se instalaron en la localidad, costeando los gastos del altar mayor de la iglesia del colegio. El sábado lo dedicaba a visitar a los enfermos, favoreciéndoles, además, con donativos que dejaba debajo de la almohada.

Tenía en su casa el depósito de alimentos de la mencionada Conferencia de San Vicente de Paúl, especialmente sacos de

arroz, legumbres y verduras, repartiendolo todo con gran amor de Dios. Las monjas cistercienses del monasterio de Fons Salutis inaugurado el año 1927, contaron siempre con su generosa colaboración. Parca en el hablar y justa en sus apreciaciones, mantenía ardiente la llama del amor de Dios en su maternal corazón, convencida de que darle un hijo a Dios era para ella una dichosa alegría. Y Dios la colmó de inmenso agradecimiento. Decidida la vocación de cinco de sus hijas, las acompañó al monasterio que habían elegido para consagrarse a Dios. Las cinco habían recibido la confirmación el año 1899 de manos del arzobispo de Valencia, monseñor Herrero y Espinosa de los Monteros.

La primogénita, María Teresa Masiá Ferragut, eligió el monasterio de San Julián de Valencia, donde tomó el hábito de agustina ermitaña. Falleció el año 1927, con general sentimiento de sus hermanas religiosas.

La primera en profesar con el hábito de las capuchinas de Agullent fue la Beata María Vicenta Masiá Ferragut (1900), a la que siguió la Beata María Joaquina (1903) y, finalmente, la Beata María Felicidad, el año 1909. Las tres hermanas supieron serlo también en el mencionado monasterio, entregándose a la comunidad como si fueran desconocidas. Ocuparon diversos cargos en el servicio a las religiosas. La menor de las tres hermanas Masiá Ferragut, sor Felicidad, tuvo que salir del convento en el año 1936, marchándose al domicilio de su madre en Algemesí, para recuperar su maltrecha salud. Según el testimonio de una monja:

> «Jamas habia oido critica alguna sobre la actuacion de estas religiosas Sus vidas habian sido ejemplares [] No se llego a conocer que eran las tres hermanas carnales Supieron ser hermanas, pero dandose a todas por igual»

El 2 de febrero de 1905, por su parte, la Beata Josefa de la Purificación Masiá Ferragut, toma el hábito de agustina descalza en el monasterio de Benigánim, donde moró con admirables virtudes y ejemplos de vida, alabados y reconocidos por sus innumerables devotos, la Beata Josefa M.ª de Santa Inés, a quien Su Santidad León XIII elevo a los altares el año 1885. Muy hábil para las labores y dotada con grandes prendas espirituales,

fue elegida priora de la comunidad, cargo al que renunció por su humildad, viéndose obligada a aceptar, pues las monjas la volvieron a elegir para desempeñar dicho cargo. Su gran temple le hizo permanecer en el monasterio durante los tristes desmanes contra la Iglesia del año 1931, con motivo de la proclamación de la Segunda República, cuando algunas religiosas lo abandonaron, temiendo un asalto de las turbas. Años después, cuando se hacían patentes los ataques de los enemigos y la posible persecución religiosa, decía a sus hermanas: «Si vienen otra vez a echarnos, nos emparedamos y pasamos como podamos, pero nosotras no dejamos nuestro monasterio».

Por su parte, Vicente Masiá Ferragut, el único hijo varón, ingresa el año 1911 en el convento capuchino de Masamagrell, donde recibe el orden del presbiterado en 1921. En 1948 marcha como misionero a Colombia, y allí fallece el año 1978

Vicente Masiá, el esposo de la Beata María Teresa Ferragut Roig, muere el año 1916 y ella soporta todo con buen ánimo confiando en la divina providencia. Durante su viudedad es modelo de recato y modestia, y se refugia en el inmenso amor de Dios que la acompañó durante toda su vida.

En el mes de julio de 1936 la comunidad de capuchinas de Agullent aún permanecía en el convento, aunque la Beata Josefa Masiá Ferragut se hallaba ya en Algemesí con su madre, por tener quebrantada la salud. Pero al declararse la persecución religiosa las otras dos hermanas Masiá Ferragut se acogieron en casa de los padres de la priora, muy próxima al edificio del monasterio, pero enterada la madre de este hecho acudió personalmente a Agullent y se las llevó a Algemesí. En el domicilio familiar también se hallaba la monja agustina descalza del convento de Benigánim. Ninguna se escondió, ni admitieron la propuesta que les hizo un familiar muy próximo de contraer matrimonio con una de las hermanas. La admirable madre las defendió con indomable voluntad: «Tanto tiempo esperando la persecución, ¿y ahora la despreciaremos? Adelante». El padre Vicente Masiá escribe a su madre: «Y si hay que sufrir algo se ofrece a Dios, que serán los únicos méritos que nos servirán en el momento decisivo».

En Algemesí el hogar familiar se convierte en un convento, en donde las religiosas se entregan a la oración, conformadas con

la voluntad de Dios, pero con la incertidumbre de lo que les depara el futuro. Alma de una piedad extraordinaria, reza a diario el santo rosario por la salvación eterna de sus hijos, y lee asiduamente *El cuarto de oración,* abriendo su espíritu al Corazón de Jesús y a la Virgen de la Salud, celestial patrona canónica de la ciudad.

En este recogimiento las cuatro hermanas oran juntas, recitan el oficio divino y están ejemplarmente unidas a Dios. Su oración la ofrecen por la Iglesia, por España y por el cese de la guerra civil. El día 19 de octubre de 1936, a las cuatro de la tarde un pelotón de milicianos armados llaman a la puerta, preguntando por las religiosas y las detienen. La madre, una anciana mujer de 83 años, dice con admirable temple: «¡Coraje, hijas mías, que en el mundo estamos sólo un instante, y en el cielo por toda la eternidad!» No las deja solas un instante: «Iré a donde vayan mis hijas, y las acompañaré hasta el monasterio de Fons Salutis», convertido ahora en cárcel. Sus enemigos quedan impresionados por su gran valor. En la mencionada prisión van a permanecer juntas una semana. A la madre la interrogan sobre las pertenencias de la Conferencia de San Vicente de Paúl que presidía, y a las hijas, les preguntaron por los bienes de los conventos en donde moraban. Durante estos siete días la oración y el sacrificio en las cinco mujeres es el gran ejemplo de su bondad, y altísimo espíritu sacrificial. En aquellos muros se preparan todas para la muerte, siempre resignadas asombrando a sus perseguidores. Pero el verdadero asombro es el temple de la madre, admiran su fortaleza de ánimo al no querer abandonar nunca a sus hijas, a pesar de las reiteradas propuestas de sus captores. Según el testimonio de un miliciano, cuando más les repetían que gritasen «¡Viva la República!», más fuerte gritaban: «¡Viva Cristo Rey!» Rezaban en voz baja, y cuando oían pasos o voces interrumpían el rezo. Un vigilante se apiadó y les llevo sillas para todas, y unas mantas, pero otro les escarnecía en ocasiones, asustándolas con sus bravuconadas.

Ni en el trance de la muerte quiere separarse de sus hijas, y les infunde aliento para que permanezcan fieles hasta el último momento. Por eso les pide a los revolucionarios: «Quiero que me fusiléis a mí la última». Velará por sus hijas hasta el final, y las cuatro mueren al grito de: «¡Viva Cristo Rey!» De nuevo los

milicianos la invitan a subir al coche, pero ella insiste: «Ahora con mis hijas». «¡Viva Cristo Rey!» Muere por amor a sus hijas. Muere amando a sus hijas en el amor Misericordioso de Dios. Sus cuerpos reciben sepultura en el cementerio de Alzira, y sus muertes se consideraron desde el primer momento un verdadero martirio. El 2 de julio de 1939 sus restos fueron inhumados en la ermita del Cristo de la Agonía de Algemesí, quedando la fama de su martirio grabada en el corazón de sus paisanos.

En distintas ocasiones los milicianos insistieron a la madre que dejara a sus hijas, y regresara a su casa, pero siempre se negó. Asombra en María Teresa Ferragut la serenidad con que citó a la muerte, siguiendo voluntariamente a sus hijas inocentes, a pesar de que los enemigos intentaron salvarla, compadecidos de sus años. No las dejó en manos de sus verdugos. El día 25 de octubre, fiesta de Cristo Rey, en torno a las diez de la noche, los milicianos fueron a buscar a las cuatro religiosas. La esforzada madre no quiso separarse de sus hijas: «Donde esten mis hijas, debo estar yo». Las hacen subir a un camión, que se dirige a Alzira, y en el lugar conocido como la Creu Coberta descienden las cinco mujeres. Los enemigos invitan a las religiosas a casarse, perdonándoles la vida, pero la madre interviene: «Hijas mías, sed fieles a vuestro esposo celestial. No temáis. Esto es cuestión de un momento, y enseguida al cielo». Porque las ama tanto desea para ellas la vida eterna, sufrir y morir por amor a Cristo y a su Iglesia.

El 30 de septiembre de 1955 el Consejo Diocesano de Mujeres de Acción Católica de Valencia acordó nombrar a don Baltasar Argaya, postulador de la causa en el proceso de declaracion del martirio de Amalia Abad y 18 compañeras mártires, que dieron su vida por Dios en la persecución de 1936. El proceso diocesano quedó concluido el 20 de abril de 1956. El 29 de junio del mismo año el papa Pío XII recibe el «Libro de las mártires», memoria histórica de cada una de la heroínas de la diocesis valentina en la defensa de la fe. En 1961, el proceso de martirio de las 19 mujeres de Acción Católica de Valencia es entregado en el Vaticano, y el 16 de abril de este mismo año se realiza el solemne traslado de los restos de las Siervas de Dios María Teresa Ferragut Roig y sus cuatro hijas, religiosas de clau-

sura, desde el monasterio de Fons Salutis al templo parroquial de San Pio X de Algemesí. El día 16 por la tarde, los cinco féretros salían del monasterio cisterciense de donde salieron el día de Cristo Rey del año 1936 hacia el martirio. El Ayuntamiento de Algemesí las declaró «Hijas predilectas de la ciudad», y este traslado lo presidió don Marcelino Olaechea, arzobispo de Valencia, quien en su intervención dijo:

> «La sierva de Dios María Teresa Ferragut fue hasta el último momento pastora de sus hijas, a las que acompañó hasta ser martirizada con ellas [...] modelo de madre y almas escogidas, rodeada ahora por una imponente comitiva».

Después de un intervalo recomendado por el papa Pablo VI, el año 1983 el santo padre Juan Pablo II autoriza la reanudación de las causas de quienes testimoniaron en 1936 en España su fe con el martirio. El año 1966 monseñor García-Gasco, arzobispo de Valencia, reactiva los tres procesos de canonización por causa de martirio que se refieren a 37 sacerdotes seculares diocesanos, 19 mujeres y 18 hombres y jóvenes de Acción Católica. La Congregación de las Causas de los Santos por decreto del día 2 de junio de 1998, reconoce la validez del proceso de beatificación de las 19 mujeres de Acción Católica de la archidiócesis de Valencia, y el día 20 de diciembre de 1999 se lee el decreto de martirio de las hermanas Masiá Ferragut en presencia de Juan Pablo II, quien el 11 de marzo de 2001 proclama beatas a la madre y sus cuatro hijas mártires (en la ceremonia conjunta de beatificación de 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939), dedicándoles estas hermosas palabras:

> «Los testimonios que nos han llegado hablan de personas honestas y ejemplares, cuyo martirio selló unas vidas entretejidas por el trabajo, la oración y el compromiso religioso en sus familias, parroquias y congregaciones religiosas [...] ¿Cómo no conmovernos profundamente al escuchar los relatos de su martirio? La anciana María Teresa Ferragut fue arrestada a los ochenta y tres años de edad junto con sus cuatro hijas religiosas contemplativas. El 25 de octubre de 1936, fiesta de Cristo Rey, pidió acompañar a sus hijas al martirio y ser ejecutada en último lugar para poder así alentarlas a morir por la fe. Su muerte impresionó tanto a sus verdugos que exclamaron: "Esta es una verdadera santa"».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Boletín Oficial del Arzobispado de Valencia (1961 y 2001).
CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM. P.N. *Valentina. Positio super martyrio. Summarium voluminis III (Amalia Abad Casasempere et XVIII sociarum)* (Roma 1999).
L'Osservatore Romano (12, 3 y 16-III-2001).
MUDARRA BLANCO, C., *Al final triunfó el amor. Familia Masiá Ferragut* (Alicante 2002).
PANEDAS, P., OAR, *Agustinas descalzas. 400 años (1597-1997)* (Valencia 1998; 284-285.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS CRISANTO Y DARÍA

Mártires († 253)

Su martirio está recordado en los antiguos martirologios occidentales (Jeronimiano, mozárabes) y sinaxarios orientales. El calendario en mármol de Nápoles los recuerda el 25 de octubre en que los ha incluido el *Martirologio romano.* Su culto es, pues, antiguo y difundido por toda la Iglesia. Pero se carece de noticias fidedignas sobre ellos. La *Passio* que se conserva carece de valor histórico pese a ser del siglo VI o quizás anterior. Estaban enterrados en la Vía Salaria nueva. Su martirio se sitúa en Roma en la persecución de Decio.

SANTOS CRISPÍN Y CRISPINIANO

Mártires († s. III)

Ya el *Martirologio jeronimiano* los recordaba como mártires de Soissons, donde en el siglo VI existía una basílica dedicada a ellos, de la que nos habla San Gregorio de Tours en su *Historia francorum.* Su culto, muy difundido en la Edad Media y posteriormente, se ha debido al hecho de serles atribuido el oficio de zapateros, lo que hizo que los gremios de zapateros los tomaran como patronos. Se dice de ellos que eran romanos y que habían ido a las Galias, donde tuvo lugar su martirio a finales del siglo III.

SAN MINIATO
Mártir († 250)

San Miniato es el titular de la famosa abadía en las cercanías de Florencia, llamada San Miniato al Monte, y que ha sido el foco del culto al santo en muchos otros sitios. La verdad es que no hay noticias muy antiguas acerca del santo. El anterior *Martirologio romano* lo calificaba de soldado que en tiempos del emperador Decio había peleado como bueno por la fe de Cristo y había sido coronado con noble martirio. El nuevo *Martirologio* en cambio se abstiene de calificarle de soldado y simplemente lo señala como mártir. La tradición de que fue soldado no está tampoco avalada por la más antigua iconografía. En realidad hasta el siglo VIII no hay noticia segura de la existencia de la basílica del mártir en Florencia. Incluso se ha lanzado la hipótesis de que en realidad sea un santo egipcio, San Menas, del que habría reliquias en Florencia y al que luego se convirtió en un santo local.

SAN GAUDENCIO DE BRESCIA
Obispo († 410)

Gaudencio recibió su educación del obispo San Filastrio de Brescia y sus cualidades le acreditaron cuando aún era joven. Peregrinó a Jerusalén y al pasar por Cesarea de Capadocia unos familiares de San Basilio le dieron reliquias de los mártires de Sebaste. Muerto San Filastrio fue elegido para sucederle, a lo que él se resistió pero hubo de ceder cuando los demás obispos de la zona le amenazaron con negarle en adelante la comunión eclesial. Accedió por fin y San Ambrosio de Milán lo consagró obispo en 390. Acreditado por su piedad y su cultura, el papa Inocencio I y el emperador Honorio lo eligieron en 406 como cabeza de una delegación occidental que en Oriente defendiera la causa de San Juan Crisóstomo. Hubo de pasarlo muy mal, pues la delegación fue maltratada, arrestada y presionada para que condenara al Crisóstomo. Por fin fueron devueltos todos los delegados en mala nave a Italia y Gaudencio pudo regresar a su diócesis, falleciendo en 410. Se conservan de él una veintena

de tratados. Construyó una hermosa iglesia en Brescia, a la que procuró enriquecer con reliquias de santos, cuyo valor exalta.

BEATO TADEO MACHAR
Obispo († 1492)

El 26 de agosto de 1895 el papa León XIII confirmaba el culto popular que se le venía dando al obispo Tadeo Machar en la catedral de Ivrea, Piamonte, donde se veneraban desde su muerte las reliquias de este obispo. Su ascensión a la categoría de santo es verdaderamente curiosa: los canónigos de San Urso, de Aosta, tenían un hospicio, llamado de los Veintiuno, en una localidad vecina a Ivrea, llamada hoy Borgo San Antonio. A ese hospicio llegó un peregrino que venía de Roma y que pidió hospitalidad sin identificarse. La tarde anterior había estado orando con mucho fervor en la catedral. Por la mañana no se levantaba y fueron a despertarlo y se encontraron con que estaba muerto. Entonces registraron su bolsa de viaje y hallaron en ella los ornamentos episcopales así como los documentos que lo acreditaban como obispo de Cork y Cloyne en Irlanda. Un obispo en traje de peregrino, viviendo en pobreza y oscuridad, acogiéndose a la caridad de los hospicios y silenciando su dignidad para ser tratado como cualquier pobre, hizo pensar enseguida en alguno de aquellos santos misioneros y obispos que partiendo de Irlanda habían evangelizado en siglos anteriores a Europa. Acudieron muchos fieles, empezaron a encomendarse a él y empezó a decirse que Dios oía las oraciones que se hacían por su intercesión. Se le hicieron solemnes funerales, con gran concurso de fieles, se le enterró en la catedral bajo el altar de San Eusebio, y a partir de entonces los fieles siguieron venerando la tumba del *obispo peregrino.* Más tarde sus reliquias se trasladaron al altar mayor de la catedral. El culto no decayó y pudo probarse ante la Santa Sede su carácter secular.

La historia de aquel humilde peregrino está hoy perfectamente documentada. Se llamaba Tadeo McCarthy o Tadhg Machar y había nacido en Cork, Irlanda, en 1455. Por parte de padre y madre pertenecía a familias nobles. Educado por los franciscanos de Kilcrea, pasó luego a hacer estudios superiores

a París, donde se graduó, y se ordenó sacerdote. Viajó a Roma, se dio a conocer a la curia romana, y el papa Sixto IV, creyendo que estaba vacante la sede de Ross, lo nombró para la misma el 29 de marzo de 1482, recibiendo en Roma la ordenación episcopal. Pero en realidad la sede no estaba vacante ya que hacía nueve años que la ocupaba, por designación de la propia Roma, el obispo Otón O'Driscoll, al que se nombró en la creencia de que el obispo dimisionario vivía, pero en realidad estaba muerto. Y esta irregularidad ya había sido subsanada por la Santa Sede el año 1474. Tadeo, al llegar a su sede y encontrarla ocupada, acudió al brazo secular para que obligara a irse al ocupante, y esto posibilitó que Tadeo entrara efectivamente en la diócesis como obispo. Pero el metropolitano de Cashel, los demás obispos sufragáneos y el propio cabildo catedral de Ross acudieron a Sixto IV haciéndole ver que Otón era obispo legítimo. El papa Sixto no tuvo más remedio que declarar nulo el nombramiento de Tadeo (3 de agosto de 1483). Pero Tadeo no se dio por vencido, pues alegaba que el nombramiento de Otón se basaba en un error que lo invalidaba, y pretendió seguir ejerciendo el ministerio episcopal. Las quejas de Otón y de los demás obispos provocaron que se prohibiera a Tadeo ejercer como obispo de Ross bajo pena de excomunión (21 de julio de 1488) y para compensarle se le nombraba abad comendaticio de Maure en el condado de York (29 de diciembre de 1488), y como nueva compensación se nombraba a Tadeo obispo de Cork y Cloyne en Irlanda. Esto lo consigue Tadeo en un viaje a Roma en el que logró hablar personalmente con el papa Inocencio VIII. Pero vuelto a Irlanda se encuentra con que el clan de los Fitzgerald, al que pertenecía el anterior obispo de Cork y Cloyne, de ningún modo quería que se sentara en esta sede un McCarthy, clan enemigo suyo. Y los vecinos de Cork y la Universidad de Cloyne se sumaron a los Fitzgerald. El papa Inocencio VIII lo acoge favorablemente y expide una bula por la que excomulgaba a cuantos se opusieran a que Tadeo se sentara pacíficamente en la sede de Cork y Cloyne (18 de julio de 1492). El Papa invitaba a todos los partidos a atenerse a su resolución. Pertrechado con esta bula volvía Tadeo de Roma hacia su país con la modestia y humildad que queda relatada y le sorprendió la muerte en

el camino el 25 de octubre de 1492. Celebran su memoria la catedral de Ivrea y las diócesis irlandesas de Ross, Cork y Cloyne.

BEATO RECAREDO CENTELLES ABAD

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Vall de Uxó, provincia de Castellón y diócesis de Tortosa, el 23 de mayo de 1904. Educado cristianamente en su casa y en la escuela de su pueblo, era un chico de muy buena índole que muy pronto se decidió por el sacerdocio e ingresó en el colegio de San José, de Tortosa, donde tuvo como compañero y amigo al futuro cardenal Vicente Enrique y Tarancón. Fue un seminarista y un estudiante modelo. Sacó el doctorado en teología. El 12 de agosto de 1928, siendo ya clérigo, decidió ingresar en la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús. Se ordenó sacerdote el 25 de mayo de 1929. Tras estar un tiempo en Tarragona como prefecto del seminario, volvió a Tortosa donde fue vicedirector de la casa de formación, prefecto del colegio de San José y rector del seminario menor, cargo que desempeñaba cuando le llegó el martirio. En cuanto estalló la guerra el 18 de julio de 1936 procuró, ante todo, que los alumnos marcharan con seguridad a sus casas. Sus familiares vinieron por él, lo llevaron a su pueblo y lo ocultaron en casa de un hermano, donde se dedicó a la oración, preparándose para el posible martirio y animando a las monjas clarisas, allí refugiadas también. El día 2 de octubre fue asesinado su hermano Vicente, que pudo enviar antes una emocionante carta que Recaredo pudo leer y animarse con ella a ser también mártir. Preparó a la familia para la fiesta de Cristo Rey con un triduo. Y el día de Cristo Rey, 25 de octubre, llegaron por él y como no abrieron en el acto echaron abajo la puerta, dispararon contra su cuñado y se los llevaron a los dos. Salió de la casa recogido y sereno y con otras personas más fue llevado al cementerio nuevo de Nules y fusilado. No cayó muerto y uno de los milicianos, al ir a darle el tiro de gracia, le dijo que los bendijera. Como había caído sobre el brazo derecho pidió le dieran la vuelta. Pudo entonces bendecirles con la mano derecha y seguidamente recibió un tiro en un ojo que acabó con su vida.

Juan Pablo II lo beatificó el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios y 9 sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

26 de octubre

A) Martirologio

1. En Nicomedia (Bitinia), santos Luciano y Marciano († 250), mártires *.
2. En Cartago, la conmemoración de San Rogaciano († s. III), presbítero, que junto con San Felicísimo padeció por Cristo cárcel y persecución *.
3. En Estraburgo (Germania), San Amando († s. IV), al que se tiene por primer obispo de la ciudad.
4. En Carbona (Galia), San Rústico († 461), obispo *.
5. En Angulema (Aquitania), San Aptonio († 567), obispo.
6. En Lastingham (Northumbria), San Cedda († 664), obispo de los Sajones orientales **.
7. En Hexham (Northumbria), San Eata († 686), obispo y abad *.
8. En Metz (Austrasia), San Sigebaldo († 741), obispo.
9. En el monasterio de Hersfelden (Alemania), San Witta o Albino († 760), primer obispo de Buraburg *.
10. En Escocia, San Bean († 1012), obispo de Mortlach.
11. En Pavía (Lombardía), San Fulco († 1229), obispo *.
12. En Reggio Emilia (Italia), Beato Damián Furcheri († 1484), presbítero, de la Orden de Predicadores **.
13. En Ravello, junto a Amalfi (Campania), Beato Buenaventura de Potenza († 1711), presbítero, religioso franciscano conventual **.

B) Biografías extensas

SAN CEDDA
Obispo († 664)

Tras el abandono de las legiones romanas replegándose a las Galias, sobre el año 410, fue el asalto. Britania, bocado apetitoso, a merced de ambiciones migratorias e invasoras que empujaron sobre ella corrientes isleñas y, predominantemente, conti-

nentales. Afanosos se abalanzaron pictos, irlandeses, anglos, sajones, frisios y jutos. Pictos e irlandeses, irrumpiendo desde el norte insular. Frisios y jutos, desplazados respectivamente desde Holanda y Dinamarca. Los anglos y los sajones, venidos de Alemania. Mayoritarios. De manera que, rondando el nacimiento del siglo VII, controlarán la mayor parte de la actual geografía inglesa. Acabarían borrando las huellas célticas. Total una confluencia de intereses políticos y sociales.

Esa realidad histórica —que en el siglo VI historiará el monje Tildas—, es escenario de nuestra breve referencia religiosa. Protagonista un tal Cedda, que estalla a la luz solar en las postrimerías de la sexta centuria. Venido al mundo en el marco paisajístico de Northumbria; extensa geografía montañosa y lacustre en la parte septentrional de Inglaterra, tierras de leyenda y de magia y, a no tardar, centro de irradiación cristiana. En el seno de una familia generosa con la fe que daría hombres ilustres al país; santos, monjes y prelados a la Iglesia.

Instruido religiosamente por los misioneros irlandeses, al igual que sus hermanos Cynibil, Celín y Ceada o Chad Todos celosos propagadores de la nueva evangélica. Los dos primeros, religiosos conventuales; Ceada y Cedda, obispos.

Poco sabemos de Cedda. Tan poco que incluso ignoramos la fecha de su nacimiento. Y las breves referencias históricas hay que beberlas en la insustituible fuente informativa de San Beda el Venerable, autor de viejas crónicas cercanas en su redacción a la realidad histórica que reflejan.

San Beda le hace discípulo de San Aidano, pastor que abandono el cayado, el zurrón y el ganado para abrazarse a la vida conventual; fundador y primer abad del monasterio de Lindisfarne. El cronista medieval de referencia también deja constancia de la inicial andadura misionera del monje sacerdote en la parte central de Inglaterra. La geografía de sus orígenes, que despertaba generosamente a la fe. Una fe irradiada desde las tierras irlandesas, en plena eclosión monastica., ya mamada por el joven monarca Peada y no pocos de sus cortesanos y militares, que la protegían y estimulaban. Fue una evangelización compartida con otros tres eclesiásticos.

Total, una labor apostólica fecunda, admirada y legítimamente envidiada por el rey de los sajones orientales —Sigiber-

to—, que no paró hasta lograr la presencia del celoso Cedda en sus dominios predicando la doctrina cristiana entre sus súbditos.

Justamente, sus virtudes, su entrega apostólica y sus éxitos pastorales le hicieron merecedor de una mitra, accediendo al episcopado —consagrado por San Finan— en el año 654. Continuó siendo un eclesiástico vital, dinámico, desbordante de actividad pastoral. Sacerdote celebrando la Eucaristía, catequizando al pueblo, administrando sacramentos. Obispo ordenando diáconos y presbíteros y entregado en cuerpo y alma a la construcción de templos y a las fundaciones claustrales. Estimulante de la fe en cualquier ocasión y momento.

Dio vida a los históricos monasterios de Ythancester y Tillaburg —ahora Tilbury— reglamentados a tenor de la severidad disciplinaria de San Columbano, y destruidos por los daneses que no dejaron piedra sobre piedra. El primero, en la antigua Othona, a orillas del río Froshwell —antiguo Pante— sepultada por el progresivo avance del mar. Es posible que el asentado en las aguas del Támesis, en la actual Tilbury, ofreciera permanentemente mesa y techo a nuestro biografiado. Hay quien lo defiende, avalado por la usual residencia de los primeros obispos ingleses en las abadías. Aunque tampoco faltan quienes domicilian a San Cedda en Londres, de cuya sede le hacen titular, colocándole segundo en el catálogo episcopal de la capital del Reino Unido. Bien es verdad que el referido cronista Beda, contemporáneo del protagonista, jamás le atribuyó tal servicio pastoral.

Pero no hay divergencia histórica alguna sobre la eventual presencia del mitrado en Northumbría mediado el siglo VII. Un fructífero retorno temporal al país de origen donde, precisamente, su hermano Celín desempeñaba la capellanía de palacio, circunstancia favorecedora de un normal estreno de relaciones entre Etelberto y Cedda. Quienes se vieron, hablaron y acabaron admirándose mutuamente. El rey, asombrado de las virtudes y la formidable actividad pastoral del prelado. El eclesiástico, encantado de la inquietud y la disponibilidad cristianas del monarca.

En definitiva, generoso el soberano, va y ofrece terreno y propiedades agrícolas para levantar y mantener un monasterio.

Un lugar santo donde acudir personalmente para institucionalizar el agradecimiento y la impetración del favor divino y donde, en su momento, dejar los restos mortales.

El obispo debía optar por la ubicación. Y eligió, sorprendentemente, un paraje, por supuesto, solitario. Entre remotos escarpados montañosos; más propios para brindar refugio a los ladrones, para un nido de águilas o para el escondrijo de animales salvajes, que para adecuar espacio residencial humano. Precisamente aquella soledad y aquel silencio, casi inaccesibles, le cautivaron.

Empezó por sacralizar la ubicacion. Y, curiosamente, nada menos que protagonizando una cuaresma enmarcada en el lugar. Ayuno riguroso durante cuarenta días con único refrigerio diario, vespertino, a tenor de las normas monacales de Lindisfarne, donde San Columba había sustituido la carencia de legumbres, que imponían los cánones penitenciales, por un huevo, una poquita de leche aguada y una pequeña porción de pan. Alimentación para veinticuatro horas. Seis días a la semana. Los domingos, libres.

Total que, en el año 658, iniciaba andadura el cenobio de Lastingham de la mano de su fundador y primer superior, San Cedda. Quien, no residente pero al tanto de la vida monacal y periódicamente visitante, compaginaba la voluntaria responsabilidad abacial con los deberes y la carga episcopales.

En el año 664 el obispo Cedda jugó protagonismo activo en el concilio de Whitby, en el condado de North Yorkshire, donde también acudió su hermano Ceada, que le sucedería en la silla abacial de Lastingham. Whitby era un importante puerto pesquero medieval e influyente centro cristiano en la década inmediata a la celebración de referencia a raíz del nacimiento, en el año 656, del famoso cenobio femenino —actualmente ruinoso— fundación de una tal Hilda.

Y, en el año de referencia, cita asamblearia católica bajo la presidencia del rey de Northumbría. En la joven abadía de Whitby estuvieron sobre el tapete puntos de vista y criterios dispares sobre usos y costumbres locales en disciplina eclesiástica. Concretamente centrados en la fecha de la celebración de la Pascua y la tonsura de los clérigos. De vital impor-

tancia, en la época, el primer tema. Menor el del rasurado capilar eclesiástico.

Dos corrientes: la tradicional romana y universal y la irlandesa, a su aire. Fiel a su distinto cómputo pascual y seguidora del «estilo San Juan»: pelada la parte delantera de la cabeza, con una colgante larga melena trasera. Ya conocemos la llamada «moda San Pedro», observada en el resto de occidente: la cabeza rasurada, con una corona cabelluda circundante. Cuentan que hubo discusiones dramáticas. Pero el caso es que Cedda aceptó, humildemente, la decisión mayoritaria, favorable al calendario y al costumbrismo continentales.

No sólo él. Todos los prelados seguidores de la tradición local compartieron docilidad con él. Los católicos británicos, de resultas de la celebración conciliar de Whitby se tornaron la comunidad confesional católica más romana de Europa, iniciando la andadura de frecuentes peregrinaciones a la sede vaticana.

Valiente mitrado el sajón. Hasta plantar cara al monarca, cuando fue necesario. Hubo ocasión, según cuentan, a raíz de la unión matrimonial incestuosa de cierto noble emparentado con la casa real. Es el caso que al obispo no le tembló el pulso y, a tenor de la disciplina eclesiástica de la época, decretó la excomunión. Con la consiguiente prohibición, extensiva a todo cristiano, de frecuentar la vivienda o de sentarse a la mesa con los pecadores públicos.

Naturalmente también obligado el rey. Quien, aprovechando la ausencia episcopal, saltándose la normativa canónica, compartió banquete con los susodichos. Posteriormente, remordido, se acercaría a San Cedda implorando perdón. Perdonado. Pero advertido: «Majestad: dado que habéis obrado mal y dado mal ejemplo, acudiendo al domicilio del excomulgado, moriréis en él.»

Profecía cumplida. Difunto en el 661, víctima de la propia ira familiar castigándole —tonto pretexto— su excesiva bondad con los enemigos.

También al prelado le llegaría la muerte. Y sin tardanza. La peste, que no respeta condiciones ni dignidades, le alcanzó. Implacable. En Lastingham. El 26 de octubre del año del Señor 664. Provisionalmente, los restos mortales del santo obispo

Cedda descansaron en cementerio abierto hasta su honrosa ubicación, a la derecha del altar mayor, en la bella construcción que vino a sustituir a la original iglesia de madera.

Popularmente estimado y venerado desde muy antiguo. Es uno de los santos de la Iglesia primitiva inglesa.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

BEDA EL VENERABLE (SAN), *Historia ecclesiastica gentis Anglorum,* III y IV (Londres 1838)
CAPGRAVE, J., *Nova legenda Angle* (Oxford 1901)
MALMESBURY, G., «Gesta pontificum» PL 179
STENTON, F. M., *Anglo Saxon England* (Oxford 1950)

BEATO DAMIÁN FURCHERI

Presbítero († 1484)

Quizás si se examinan con ánimo crítico los escasos datos concretos que tenemos de este santo, alguien pueda decir que su biografía cabe en muy pocas líneas. Y sin embargo queremos dedicarle varias páginas. Porque se trata de un santo del que tiene que decirse que llenó plenamente las exigencias de su carisma de fraile dominico. Y la fidelidad al carisma es obviamente una forma de ir alcanzando la santidad, la unión con Dios, y esa fidelidad lo convierte en un ejemplo para todos los cristianos.

Damián Furcheri nace en Finale Ligure a comienzos del siglo XV. Yendo de Niza a Génova se halla esta población, dividida en tres barriadas, en una de las cuales, Perti, nació Damián. Su familia, de apellido Furcheri, era de posición acomodada y en el seno de ella aprendió Damián a vivir según los preceptos del evangelio. Su bondad, acreditada cuando adulto, les pareció a todos venirle ya desde niño y así podemos hablar de que Damian fue un chico bondadoso, que al crecer y llegar a la edad de tomar decisiones sobre la propia vida, se planteó la posibilidad de hacerse religioso. De su infancia se conserva una anécdota: un loco lo secuestró y lo escondió, pero fue hallado, porque luego de buscarlo sus padres largo tiempo, una señal divina manifestó su paradero. En su pueblo natal había un convento, el de

Santa Catalina, de la Orden de Predicadores. Este convento había sido fundado en 1359 y sus frailes se dedicaban a lo que es el carisma de la Orden, la predicación de la palabra divina.

La juventud de Damián, dicen sus biógrafos, fue inmaculada. Y así cuando decidió pedir el hábito dominicano fue aceptado en el convento de su pueblo y en él hizo el noviciado y la profesión religiosa. Hay constancia de que seguidamente hizo los estudios con gran dedicación y gran provecho, convencido de que el ideal de su Orden de transmitir lo contemplado, obliga a empaparse de la doctrina evangélica antes de pretender predicarla. Consta que Damián estuvo muy bien versado en la teología y de ello la señal fue que además del gusto con que se oyeron sus sermones se le solicitó los pusiera por escrito, como así hizo, recordándose sus *Sermones de tempore et de sanctis* y sus *Piae meditationes.*

Damián quiso ser un perfecto religioso. Entregado a Dios mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia, él entendía que había que ser muy riguroso en la guarda fiel de la vida común y de las constituciones de la Orden, disgustándole las interpretaciones laxas y adhiriéndose a los movimientos de reforma y rigor que hubo en aquel tiempo en su Orden. Y así fue seguidor fiel del maestro general Marcial Auribelli cuando éste le pidió a la Orden la más austera y rígida observancia. Esta invitación se siguió particularmente en Lombardía. Todos los que lo conocieron dieron testimonio de la fidelidad plena de Damián a la observancia religiosa: fue amable, afable, dulce, bondadoso, humilde, obediente, compasivo, paciente y lleno de una modestia que le hacía querido de todos. Así literalmente dijeron de él los religiosos del convento donde murió.

Preparado en piedad y en letras, Damián fue ordenado sacerdote y a partir de entonces su corazón pudo dejar expandirse el enorme celo apostólico que llevaba dentro. Los superiores estuvieron de acuerdo en que Damián se dedicara a la predicación y que éste fuera el específico ministerio a que se dedicara, pero no atado a un solo convento en el que debiera residir sino peregrinando de ciudad en ciudad, de población en población, sembrando a voleo como el sembrador de la parábola la palabra divina. Damián estaba muy bien dotado para este

ministerio, porque tenía una palabra fácil y convincente, se expresaba en términos al mismo tiempo apropiados y sencillos, de modo que la gente del pueblo pudiera entender, y al mismo tiempo su modo de hablar era atractivo, se expresaba con figuras atrayentes, ponía los ejemplos que más pudieran mover a los oyentes y estos no se cansaban de escuchar a un predicador que a la palabra predicada sumaba tal ejemplo de vida cristiana que sus palabras quedaban muy acreditadas. Su fervor religioso, su convicción profunda, su vivencia honda de los sagrados misterios que exponía alentaban a los oyentes a prestar su asentimiento cordial a la palabra divina predicada y a entrar por el camino del evangelio que el predicador proponía.

Como se deduce de los frutos obtenidos, Damián se proponía tres objetivos fundamentales con su asidua predicación. Primero, quería instruir a los hombres y mujeres que le escuchaban *en la doctrina cristiana. Partía de un hecho triste que seguimos* comprobando siglos más tarde, y es el de que hay mucha gente bautizada pero no evangelizada y que por ello necesita ser instruida en los rudimentos de la fe. Su falta de vida cristiana procede no de la malicia sino de la ignorancia y es solamente curando ésta con la exposición de la doctrina cristiana como se puede pedirles seguidamente que vivan como verdaderos discípulos de Jesucristo. En segundo lugar quería Damián llamar a los pecadores a penitencia, es decir lanzar el mensaje de reconciliación que Dios confía a sus sacerdotes para que quienes han manchado su alma por debilidad o por malicia regresen a la casa del Padre y purifiquen sus almas con la penitencia. Damián recordó la misericordia divina siempre dispuesta a acoger a los hijos pródigos y atrajo infinitas almas a una vida cristiana purificada. Insistió en las verdades eternas para despertar en las conciencias el sentido de la responsabilidad, y logró que en muchos corazones surgiera el horror al pecado y el aprecio y la estima por la divina gracia. En tercer lugar Damián quería llamar a los buenos cristianos a una vida más perfecta, haciéndoles crecer en la unión con Dios. Para ello en sus sermones aconsejaba que las almas practicaran la meditación y la oración personal, intensificaran así su vida interior y profundizaran en la unión con Dios A este fin se dirigía su libro conteniendo meditaciones

piadosas que ofreció precisamente a este tipo de almas en quienes había suscitado el deseo de correr por el camino de la perfección cristiana.

Los biógrafos no nos dan noticia pormenorizada de las giras apostólicas de Damián, limitándose a decir que recorrió predicando muchas regiones italianas, y por lo que podemos saber recorrió no sólo las regiones del norte cercanas a su convento de profesión sino también otras, bajando hasta Emilia y propalando por ella el mensaje evangélico de salvación. Se dice además que en esta predicación apenas tenía descanso, y que su día estaba dedicado por entero a estos menesteres: orar largamente, predicar varias veces en el día, atender a las almas en el confesonario para reconciliarlas con Dios y escribir sus sermones y tratados.

El mucho trabajo que su género de vida significaba y la penitencial abstinencia que practicaba terminaron por afectar a su salud corporal, que se resintió de tanta peregrinación e incomodidad así como de la asidua mortificación y penitencia corporal con que acompañaba su actividad, y de ahí le vinieron los achaques de que hablan sus biógrafos para a continuación señalar que no fueron óbice a su actividad, pues ofreciendo a la causa de Dios sus debilidades físicas perseveraba firme en su servicio a la palabra divina.

Sus biógrafos citan estas palabras de Taegio en su *Monumenta Ordinis Praedicatorum* referentes a nuestro bienaventurado:

> «Era el bienaventurado Damián un religioso de caridad ferviente, de una rara abstinencia, de un celo ardentísimo por las almas, de mucha oración, en una palabra, de vida muy santa, realzada con el brillo de su sabiduría y la pureza de sus costumbres. Después de haber recorrido muchos lugares y por mucho tiempo predicando con un fuego todo apostólico, y después de haber traído al los caminos de la justicia a un número considerable de descarriados, hallándose de paso en Reggio, se desligó su alma santísima del peso de la carne, fortalecida con los sacramentos y tomó el vuelo al reino de Dios».

El convento de Reggio Emilia era uno de los que se habían adherido a la observancia regular practicada por la congregación dominicana de Lombardía. Se obtuvo esta gracia de la bondad del papa Pío II, y había sido el duque Borso d'Este el

que la había solicitado. Damián no estaba destinado a este convento al tiempo de su muerte. Estaba de paso, y así en plena faena evangélica le llegó la muerte mientras estaba hospedado en este convento. Se puso enfermo de gravedad, vio venir la muerte y solicitó los sacramentos de la Iglesia, y así, confortado con la gracia divina, entregó su alma de apóstol al Creador. Los frailes de Reggio decidieron enterrarlo en la iglesia de su convento y el pueblo, que había oído sus predicaciones y se había edificado con su celo apostólico, empezó a invocarlo como santo y a darle culto como tal. La Orden de Predicadores presentó en 1847 la preceptiva *Positio* para que su culto fuera confirmado, y pudo probar que en efecto venía dándosele desde su muerte un culto ininterrumpido, y por ello el beato papa Pío IX el 4 de agosto de 1848 firmó el decreto que lo confirmaba.

La muerte de este bienaventurado fue el año 1484 y la fecha de su memoria en el *Martirologio romano* es la del 26 de octubre.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum Octobris, XII, p 102-105

ALVAREZ, P., OP, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores,* II (Vergara 1920) 222-223

Bibliotheca sanctorum V *Erizzo Galdino* (Roma 1964) cols 1320-1321

BEATO BUENAVENTURA DE POTENZA

Presbítero († 1711)

El 4 de enero de 1651 nacía Buenaventura en Potenza, a 150 kilómetros de Nápoles, a medio camino entre el Mediterráneo y el Adriático. Sus padres se llamaban Lelio y Catalina.

Sus primeros años fueron tranquilos y llenos de religiosidad. No fue extraño que a los 15 años quisiera entrar en la Orden franciscana; tomó los hábitos el 4 de octubre de 1666 en Nocera dei Pagani. Esta población está a 50 kilómetros de Nápoles.

Con los pocos medios que había en su época, Buenaventura vivió toda su vida en esa esquina de Italia que está mirando al mar Mediterráneo: Nápoles y sus alrededores.

En estos años estaba en la silla de Pedro el papa Alejandro VII (1655-1667). Eran años de grandes luchas de los pontífices con los reyes de Francia. Para empezar, el cardenal Mazarino se opuso a la elección de este Papa. Consiguió que el Papa no significara nada en Europa, sobre todo cuando se trataba de arreglar conflictos.

Por ejemplo, se mostró claramente este desprecio cuando Francia y España firmaron el Tratado de los Pirineos, en 1659. Lo normal era que, en las guerras de Europa, el Papa diera su veredicto y estuviera presente en los tratados de paz. Pero el cardenal Mazarino no consintió que hubiera en la firma del Tratado ningún representante del Papa.

Aquello era una anécdota nada más, pero su sentido estaba manifestando con claridad que el Papa empezaba a ser relegado en el poder temporal del mundo. Pero tuvo otros triunfos, como la admisión de los jesuitas en Venecia y la conversión de la reina Cristina de Suecia. Fue mecenas de grandes obras de arte. Bernini hizo magníficos trabajos en Roma gracias a su protección y se puede decir que este Papa fue el creador del barroco romano. Canonizó a San Francisco de Sales.

Buenaventura, después del noviciado hizo sus estudios eclesiásticos en Aversa, Madaloni y Amalfi, donde fue ordenado sacerdote. Y en Amalfi estuvo durante ocho años trabajando apostólicamente con toda su capacidad de entrega, que era grande.

La Iglesia, especialmente en Roma, estuvo luchando en varios frentes. Por ejemplo, el jansenismo. Ésta era una doctrina iniciada por Cornelio Jansen, obispo de Yprés, autor de un libro *Augustinus* editado en 1640. Decía que la conciencia del hombre había perdido libertad como consecuencia del pecado original. Por tanto, era incapaz de obrar el bien. El jansenismo despreciaba toda autoridad, incluso la del Papa y los obispos.

Veamos algunas actuaciones de los papas de este tiempo. Clemente X (1670-1676) canonizó a Santa Rosa de Lima, primera santa americana y a San Francisco de Borja. Y beatificó a San Juan de la Cruz.

Inocencio XI (1676-1689) se vio amenazado por el absolutismo de Luis XIV de Francia. El regalismo de la corona, el do-

minio de rey sobre el Papa, fueron en toda esta época las luchas de la Iglesia frente al poder civil. Otro peligro fue el que venía por parte de los turcos Luis XIV les apoyaba en todas las ocasiones. El Papa tuvo que pedir ayuda a Leopoldo I de Austria y a Juan Soblewski de Polonia. En 1683 se acabó la amenaza turca con la victoria de Kohlengerge. Además, Inocencio XI tuvo que condenar 65 tesis laxistas, el molinismo y el quietismo, doctrinas que exageraban la interpretación rigorista de la fe cristiana.

Inocencio XII (1691-1700) publicó en 1692 una bula *Romanum decet Pontificem* que prohibía el nepotismo en todos sus sucesores. Consistía esta costumbre en que cualquier Papa pudiera poner a sus parientes en los puestos más importantes del Estado Vaticano. Con esta práctica, aparte de montar grandes fortunas, se convertía a la Iglesia en propiedad privada de familias concretas.

Buenaventura, en octubre de 1703, con 52 años de edad, fue nombrado maestro de novicios. Así se trasladó a Nocera dei Pagani, donde él había sido formado en el espíritu franciscano. Durante cuatro años se ocupó de la formación espiritual de los jóvenes. Ocurrió que en 1707 sobrevino una peste de cólera en Vomero. Buenaventura se desvivió por atender a los enfermos, en aquella peligrosa labor en que podía caer fulminado cualquiera que se acercara a un enfermo. El 4 de enero de 1710 fue destinado al convento de Ravello para hacerse cargo de la formación espiritual de los monasterios de Santa Clara y de San Cataldo.

A estas alturas de la vida de Buenaventura, estaba en el pontificado Clemente XI (1700-1721) quien se vio metido de lleno en la guerra de sucesión de España. Tuvo que admitir al pretendiente Carlos, en contra de Felipe, luego Felipe V, el cual nunca le perdonó la opción que anteriormente había tomado. Clemente XI era señor feudatario de Nápoles, donde vivía Buenaventura, y Nápoles era dependiente del rey de España. Lo cual hacía que, continuamente, aquella zona de Italia estuviera en conflictos con España y con el Papa.

Clemente XI prohibió los ritos chinos que fomentaban los jesuitas. El peligro no estaba en las costumbres chinas, sino en que

aquella forma de actuar dejaba el cristianismo en constante confusión con las demás religiones. A eso se le llama sincretismo, una mezcla de muchos ritos donde no se sabe dónde empiezan las costumbres chinas y dónde queda una eucaristía católica.

Buenaventura, como hijo fiel de Francisco de Asís, guardó con fidelidad la santa pobreza. Llevaba un hábito lleno de remiendos y su celda era la expresión viva de que se puede vivir sin nada. Dicen que tenía mal genio, pero su dominio sobre su impetuosa naturaleza acabó siendo tal que parecía hecho de algodón en rama. Cuando se le reprochaba por alguna mínima cosa, su rebelde espíritu se enfurecía como un tigre, pero nadie se lo notaba por fuera. Tal fue el dominio que adquirió sobre sí mismo.

Era muy austero. Los viernes se flagelaba hasta derramar sangre, sin compasión, recordando la pasión de Jesús. Atendía a los pobres y enfermos con esmerada predilección. Cuando predicaba, las gentes, al oírle, se quedaban estremecidas. Le bastaba una sola sesión para convertir a muchos pecadores. Iba a su casa, para buscarla, cuando sabía que alguna persona necesitaba de su consejo y amonestación.

Su confesonario estaba abarrotado de fieles que querían desahogarse con él para pedir perdón de sus pecados. Hubo veces en que estuvo todo el día entero sentado en el confesonario, como el cura de Ars, que nació once años después de la muerte de Buenaventura.

Amaba con veneración a María, la madre de Jesús. Hacia ella dirigía a todos sus oyentes cuando les hablaba de las cosas de Dios. Y no emprendía ninguna acción apostólica sin encomendarse fervorosamente a ella. Aún no estaba definido el dogma de la Inmaculada Concepción. Tardaría 150 años en que esto sucediera. Sin embargo, para Buenaventura, ese dogma era una verdad tan clara que no se podía ni poner en duda.

Dicen que su vida estuvo llena de milagros. Se puede creer que fue verdad. Estuvo enfermo ocho días, al cabo de los cuales, con el nombre de María en sus labios, expiró en Ravello (1711) cuando tenía 60 años.

El papa Pío VI lo beatificó el 26 de noviembre de 1775.

FELIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

Butler's lives of the Saints, rev. y refun. por H. THURSTON y D. ATTWATER, IV (Londres 1964).

LLORCA, B., SI - GARCIA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia Católica,* IV: *Edad Moderna* (Madrid ²1991) 48-84.

www.franciscanos.net/teologos/santoral/b.htm

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS LUCIANO Y MARCIANO

Mártires († 250)

El *Martirologio romano* asigna estos dos santos mártires a Nicomedia de Bitinia y señala que según tradición fueron martirizados en el imperio de Decio por orden del procónsul Sabino. Esta mención difiere de la que anteriormente daba el mismo *Martirologio* en la edición de Baronio, ya que allí se señala a los mártires Luciano, Florio y compañeros, también en Nicomedia, y no mencionando por tanto a Marciano. La noticia de estos santos procede de antiguos martirologios.

Pero, frente a esta tradición que señala a Nicomedia como el lugar de martirio de estos santos, está la tradición local de Vich que los celebra como propios. La asignación de estos santos a Vich se remonta al siglo XIII y ya entonces se decía que sus reliquias se hallaron en dicha ciudad en 1050. Un breviario del siglo XII expresa ya la existencia de reliquias de estos santos en Vich. Se ha pensado que a partir de la posesión de reliquias se desarrolló la tradición de que eran de Vich y de que allí fueron martirizados. La Iglesia de Vich celebra su memoria litúrgica el 26 de octubre como memoria obligatoria en la ciudad y libre en la diócesis.

SANTOS ROGACIANO Y FELICÍSIMO

Confesores de la fe († s. III)

En el anterior *Martirologio romano* se calificaba de mártires a estos santos, como si hubieran dado la vida por la fe, pero ello no parece ajustarse a los datos históricos y por eso el nuevo

Martirologio se abstiene de darles el título de mártires. Los menciona San Cipriano en su carta 81, cuando dice a la comunidad cristiana: «Vosotros seguiréis en todo al sacerdote Rogaciano, glorioso anciano que para gloria de nuestro tiempo nos muestra el camino, gracias a su fe vigorosa y a la bondad divina. Y juntamente a nuestro hermano Felicísimo, siempre sereno y sabio, sosteniendo el asalto del pueblo furioso, él os ha preparado un sitio en la cárcel y os precede». Rogaciano, junto con otros, estuvo al frente de la Iglesia de Cartago mientras San Cipriano estaba ausente. Supo hacer frente a los graves problemas por los que pasaba la comunidad y seguir atendiendo a los necesitados. Estuvo preso pero fue liberado. La memoria de estos confesores de la fe ya se encuentra en Usuardo, Adón y Floro.

SAN RÚSTICO DE NARBONA

Obispo († 461)

Este obispo galo había nacido hijo de quien a su vez era obispo, Bonoso, y marchó a Roma a estudiar. A su vuelta a las Galias se hizo monje. Y el año 427 fue elegido obispo de Narbona. La situación de su diócesis era bien triste: dividida en diversas facciones, por un lado, y acosada por la presencia arriana que los godos habían traído consigo, necesitaba un ánimo fuerte para afrontar las dificultades. Rustico lucho bravamente pero sin conseguir todos sus objetivos. Edificó una nueva catedral, ya que la anterior había sido destruida por el fuego. Y dedicó también a San Félix de Gerona otra basílica edificada por él. Su intenso trabajo y su limpio testimonio de fe le valió la estima de los demás obispos galos. Llegó a escribirle al papa San León Magno contándole sus dificultades e incluso insinuando que estaba dispuesto a dejar su sitio a alguien que lo hiciera mejor. El Papa no acepto que el obispo dimitiera y le mandó una carta animándolo a que pusiera toda su confianza en Cristo y siguiera adelante. Estuvo en el sínodo de Arlés, donde se aceptó el tomo dogmático de San León Magno contra los monofisitas. Murió hacia el año 461.

SAN EATA DE HEXHAM
Obispo y abad († 686)

Eata fue uno de los doce compañeros que San Aidano llevó consigo para la evangelización de Northumbria. Posteriormente fue nombrado abad del monasterio de Melrose, en el sur de Escocia, donde recibió como aspirante a la vida religiosa al futuro San Cutberto. Luego de haberse acreditado como abad por sus excelentes cualidades y muchas virtudes, recibió como presente regio un terreno en Ripon para construir allí un monasterio, y de la fundación del mismo se hizo cargo él personalmente, llevando consigo entre otros al mencionado San Cutberto, para regresar luego a su abadía. Cuando en el sínodo de Whitby (664) se estuvo por la costumbre romana de la celebración de la Pascua y San Colmano abandonó Lindisfarne al estar en desacuerdo, Eata fue llamado para sucederle al frente de los monjes. Al dividirse, en 678, la diócesis de San Wilfrido de Northumbria, a Eata se le hizo obispo de Bernicia, la zona norte, que a su vez fue dividida en 681 y a San Eata le nombraron obispo de Lindisfarne, que posteriormente cambió por Hexham, pero un año más tarde, en 686, murió. Compatibilizó, como tantos otros de su tiempo, las tareas de abad con las de obispo. Muy pronto se le dio culto como santo.

SAN WITTA
Obispo († 760)

Witta fue uno de aquellos monjes anglosajones que acudió hacia el año 730 a la llamada de San Bonifacio para la evangelización de Alemania. Witta, que en el continente se llamó Albino o Albuino, tenía magníficas cualidades como predicador y las puso al servicio de la obra evangelizadora. El año 741 el propio San Bonifacio lo consagró obispo y le confió la nueva sede episcopal de Bürgberg, confirmando el Papa el nombramiento el 1 de abril de 743. Parece que estuvo presente en el concilio de Leptimes (744) y en el primer concilio nacional germánico, convocado por Carlomán (21 de abril de 742). Durante su episcopado tuvo lugar la devastación de la región al paso de los sajones. Hacía un viaje

en compañía de San Lulo, el sucesor de San Bonifacio, cuando murió repentinamente al término de la misa. Su memoria se viene celebrando el 26 de octubre que, probablemente, no es la fecha de su muerte sino la de una traslación de sus reliquias.

SAN FULCO
Obispo († 1229)

Fulco era natural de Piacenza, Italia, donde nace en 1164, al parecer en una familia de origen irlandés. Con veintidós años opta por la vida religiosa e ingresa en la comunidad de canónigos regulares de San Agustín que llevaban la parroquia de Santa Eufemia. Hace los estudios teológicos en París y a su vuelta a Piacenza, ya ordenado sacerdote, es elegido preboste de su comunidad. Se acredita como sacerdote íntegro y culto y el obispo Grimerio le pide varios servicios que él presta con entrega y eficacia. En 1208 el mismo obispo lo nombra canónigo de la catedral y al poco tiempo se le da la dignidad de arcipreste de la misma, al tiempo que dirige el estudio teológico de la diócesis. A la muerte de Grimerio en 1210 fue elegido para sucederle en la sede placentina pero el papa Inocencio III no daba la confirmación y se produjo un *impasse* de seis años hasta que el nuevo papa Honorio III accedió a confirmar la elección episcopal de Fulco y éste pudo consagrarse obispo por el mismo Papa el 11 de septiembre de 1216. Pero ese mismo año la diócesis de Pavía lo solicitaba como obispo a Honorio III, el cual estuvo de acuerdo en el traslado. Fue un excelente pastor. Se preocupó mucho de la instrucción religiosa y cultural de los niños y jóvenes abriendo escuelas para ellos. Igualmente se ocupó mucho del socorro a los pobres abriendo para ellos comedores gratuitos. Se preocupaba por la vida regular de los monasterios y exigía en todos ellos las reformas necesarias para que se observasen las respectivas reglas. Defendió los derechos de la Iglesia con vigor y puso mucho énfasis en que una sociedad cristiana debía vivir en paz y por tanto combatió cuanto pudo las facciones y bandos. Su santa vida fue de edificación para todos.

Murió el 16 de diciembre de 1229 pero su memoria se celebra el 26 de octubre y en esta fecha la recoge el *Martirologio romano.*

27 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Evaristo († 108), papa *.
2. En Esmirna (Asia), San Traseas († 170/180), obispo de Eumenia en Frigia y mártir.
3. En Auvergne (Aquitania), San Namacio († 460), obispo.
4. En Nápoles (Campania), San Gaudioso († 452), obispo *.
5. En la isla de Iona (Escocia), San Oterano († s. VI), monje.
6. En Vicenza, del Véneto, la conmemoración del Beato Bartolomé de Bragancia († 1271), obispo **.
7. En Paterna (Valencia), Beato Salvador Mollar Ventura († 1936), religioso franciscano, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO BARTOLOME DE BRAGANCIA
Obispo († 1271)

Nace, probablemente, el día 8 de septiembre del año 1200, y por tradición se le tiene de la familia de los condes de Bragancia, señores del castillo del mismo nombre, próximo a la ciudad italiana de Vicenza. Su familia lo envía a la Universidad de Padua, en donde los dominicos tenían fundado convento desde el año 1217, y toma el hábito en la Orden de Predicadores de manos del propio fundador, Santo Domingo de Guzmán (1218-1220). Intuyendo el santo las grandes dotes del novicio lo lleva consigo a Bolonia, ingresando en la escuela del célebre Rolando de Cremona en el gran convento de San Nicolás delle Vigne, adonde en el mes de agosto de 1219 llega Santo Domingo, al término de su viaje apostólico por España, Francia y Milán. Al acabar el noviciado recibe el presbiterado: «Fue un buen hombre, discreto y honesto, que hizo mucho bien».

Durante algún tiempo enseñó Sagrada Escritura, dedicándose seguidamente a la predicación, con excelente oratoria y grandes dotes de mansedumbre, pacificando el corazón. Alcanzada en 1230, por fin, la paz entre el Papa y el emperador de Alemania, los franciscanos y dominicos participan en la llamada

«Gran devoción», un movimiento espiritual que duró tres años, y en el que participaron dominicos y franciscanos predicando la palabra de Dios, alternando con plegarias penitenciales. El Beato Bartolomé predicó en Padua, mientras San Pedro de Verona lo hizo en Milán. Su fama crecía en Parma, y en 1231 los magistrados lo eligen como árbitro en una controversia entre Génova y Alejandría, sobre a quién pertenecía una propiedad situada en Capriata d'Orba. La sentencia no gustó a todos y el maestro general de los dominicos, fray Jordán de Sajonia, le convoca en Milán el 27 de febrero de 1232. Consciente de no haber sido íntegramente fiel a la Regla dominicana, reconoce que no debía haber aceptado ninguna comisión de arbitraje sobre asuntos humanos. Esta prueba purificó aún más su espíritu, señalando su profunda humildad. El año 1233 establece en Parma la *Militia Christi,* fundada unos años antes en el Languedoc francés. Se trataba de una orden caballeresca de carácter militar, de la cual podía —incluso— haber redactado su regla. Se consideraba algo distinto a una confraternidad, pero primaba la formación espiritual, la disciplina penitencial de obediencia al ministro general, elegido por los caballeros y aprobado por el Papa. Su principal misión era defender la libertad de la Iglesia y defender a los indefensos. Gregorio IX aprobó la Milicia en 1234, y la regla al año siguiente, auque tuvo una vida breve, y en 1261 se integró en la *Milicia de la Virgen Gloriosa.*

Su reconocido prestigio le hizo acreedor a la llamada del papa Gregorio IX, que le nombró capellán y penitenciario apostólico, encargándole, además, como regente de la Facultad Teológica de la Curia romana, cargo conocido tiempo después como «Maestro del Sacro Palacio». Siempre mostró una gran preocupación por las difíciles relaciones entre la Iglesia y Federico II. La decidida apuesta del emperador por enfrentarse al papado motivó que Gregorio IX huyera a Lyón, donde en 1225 convocó un concilio contra el emperador, y en donde éste fue excomulgado.

Inocencio IV, el 9 de febrero de 1252, le concede el obispado de Nemosia (Limasol, Chipre). Esta población era muy importante y contaba con el principal puerto del reino chipriota, etapa obligatoria para los mercaderes, peregrinos y cruzados

que iban a Tierra Santa. Para la Iglesia representaba el baluarte del occidente cristiano frente al Islam. En esta diócesis, donde permanece tres años, 1252-1255, podrá ofrecer un gran testimonio en las misiones internacionales que le confiará la Santa Sede. Cuando el rey de Francia, San Luis IX, emprende la VII cruzada para rescatar los Santos Lugares, le conforta y auxilia. El monarca galo permanece durante ocho meses en Chipre, estableciéndose una sólida amistad entre ambos. Volverán a encontrarse en Siria, afrontando siempre las dificultades y fatigas de su ministerio pastoral con gran empeño.

El 18 de diciembre de 1255 el papa Alejandro IV le nombra obispo de Vicenza, en donde, según algunos, había nacido. El Papa le encomiaba «sin excusas y sin perder tiempo a emprender con ánimo viril la nueva misión». Había necesidad de reconstruir espiritual y materialmente la diócesis, habida cuenta de lo ocurrido durante el dominio del tirano Erzelino da Romano, yerno del emperador, que en 1249 había exiliado al obispo Manfredo dei Pii, que murió en 1255 sin haber regresado a su sede. Durante estos años la herejía de los cátaros se había extendido por la Italia septentrional, especialmente en la ciudad de Vicenza. No permitió el tirano Erzelino el desempeño pastoral del nuevo prelado, a quien amenaza de muerte si toma posesión del obispado. Durante cinco años estuvo en el exilio, pero la muerte de Federico II (1250) precipita los acontecimientos, pues Inocencio IV excomulga a Erzelino, que conquista Brescia, pero es traicionado, y no consigue conquistar Milán como pretendía. Hecho prisionero, muere el año 1259 en Soncino. Libre de su enemigo, puede tomar posesión de su sede de Vicenza, aunque reside un tiempo en Padua. Alejandro IV el mismo año lo envía como legado pontificio a la corte del rey Enrique III, a Inglaterra. De regreso, pasa por París, donde San Luis IV, rey de Francia, le obsequia con una reliquia de la cruz y una espina de la corona de Cristo, en cuyo honor ordena la construcción del hermoso templo de la Santa Corona en Vicenza, que encarga a los dominicos. Desea una apostólica reevangelización de los vicentinos, después de los años heréticos de los ezelinos, y funda un convento de Predicadores donde se predica la verdad evangélica, frente al poder herético que llega a

contar con dos obispos cátaros en la ciudad. Establece escuelas públicas para resolver la ignorancia generalizada, organiza la pacificación con Padua y Venecia, defiende los bienes del clero, invita a religiosos de ejemplar vida a colaborar en este noble empeño. Restaura la catedral, devastada por la herejía y construye el hospital de San Juliano conocido como «Casa de Dios».

El año 1267 tiene lugar la tercera traslación del cuerpo de Santo Domingo de Guzmán al espléndido mausoleo de Nicola Pisano, pronuncia en tal ocasión un elocuente panegírico, y redacta el documento que guarda perenne memoria de este acontecimiento. Despliega en sus últimos años una actividad prodigiosa y agotado por su entregada voluntad al servicio de la iglesia, fallece en el mes de noviembre del año 1270, y es enterrado en la iglesia de la Santa Corona. De inmediato, sus diocesanos le distinguen como especial intercesor, obteniendo muchos milagros. En 1351, al restaurarse el coro, se procede a trasladar su cuerpo, que encontraron incorrupto, arraigándose la profunda devoción a este santo prelado. Pio VI recomendó en 1781 abrir el proceso de beatificación, son reconocidos sus restos nuevamente, y el 31 de agosto de 1793 confirma el culto ininterrumpido que los fieles de Vicenza siempre le dispensaron, reconociendo el título de beato.

Dotado de vasta cultura, como refrenda la importante biblioteca que deja a su muerte al convento dominicano de Vicenza, podemos valorar la competencia y el amor por la ciencia sagrada de quien siempre buscaba la verdad a través de sus escritos, en los cuales se comprueba la profundidad de su doctrina y un claro conocimiento de la Biblia, señal de la profundidad de su pensamiento. Se le atribuyen diversos comentarios sobre la Sagrada Escritura y la jerarquía celeste del Pseudo Dionisio, y algunos tratados de teología mística, entre los cuales se hallan los libros *De Venatione divini amoris, Expositio Cantici Canticorum* y diversos sermones. Otras obras suyas se han perdido. Fue devotísimo de la Virgen María: «Lo que fui, soy y me hace vivir, todo lo debo a la Virgen María».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

BAUDRILLART, A. - AUBERT, R. (dir.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclesiastique.* VI: *Baader-Bavière* (París 1932) col.1036.

PASCHINI, P. (dir.) *Enciclopedia cattolica.* II: *Arn-Bra* (Ciudad del Vaticano 1949) cols.880-881

PILASTRO, P., OP, *B. Bartolomeo da Breganze, domenicano, vescovo di Vicenza* (Arcugnano, Vicenza 1999).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EVARISTO
Papa († 108)

Evaristo fue el cuarto sucesor de San Pedro en la sede romana y se calcula su muerte el año 108. El *Liber Pontificalis* lo hace natural de Belén e hijo de un judío, y le atribuye un pontificado de nueve años, diez meses y dos días. Dice igualmente que distribuyó los sacerdotes romanos en veinticinco títulos y que ordenó que siete diáconos ayudasen al Papa en la predicación de la recta doctrina. Su nombre ciertamente figura en todas las listas antiguas de los pontífices romanos.

SAN GAUDIOSO DE ABITINE
Obispo († 452)

Séptimo Celio Gaudioso era obispo de Abitine, en el África proconsular, y fue uno de aquellos eclesiásticos a quienes el rey Genserico en 439, tras la toma de Cartago, metió en débiles naves y los lanzó al mar, dejándolos a su suerte, junto con San Quodvultdeus, el obispo de Cartago. Providencialmente, algunas de estas naves llegaron a las costas de Campania. Y así es como llegó Gaudioso a Nápoles, donde fue acogido con respeto y caridad. Aquí, junto a los muros de la ciudad, en la zona llamada Marmorata, fundó un monasterio que duraría siglos. Aquí vivió santamente y a su muerte, el 27 de octubre de 452, como parece, fue enterrado en la catacumba que tomó su nombre. Figura en el calendario marmóreo y sus reliquias se veneran en la catedral napolitana.

BEATO SALVADOR MOLLAR VENTURA

Religioso y mártir († 1936)

Nace en Manises (Valencia) el 27 de marzo de 1896 y se bautizó con el nombre de Juan Bautista. Era la suya una familia modesta y cristiana, donde recibió una excelente educación. Luego de estudiar en la escuela pública, hubo de empezar muy pronto a trabajar, y se acreditó enseguida como un joven piadoso, responsable y caritativo. Todos los años hacía ejercicios espirituales en el convento franciscano del Santo Espíritu del Monte en Gilet. Y del contacto con los religiosos franciscanos observantes surgió su vocación. Vistió el hábito franciscano el 20 de enero de 1921 tomando el nombre de fray Salvador. Hizo los primeros votos el 22 de enero de 1922 y la profesión solemne el 25 de enero de 1925 en calidad de hermano lego. Estuvo destinado en los conventos de Santo Espíritu del Monte y de Benisa, y una breve temporada la pasó en Madrid. Era de carácter jovial y optimista, y sobresalió por su humildad, modestia y gravedad. Puso mucho empeño, cuando tuvo el encargo de sacristán, de que todo lo relativo al culto divino estuviera limpio y ordenado. Era muy devoto de la Virgen María.

Llegada la revolución de 1936 hubo de dejar su convento de Benisa y se refugió en una casa amiga, pero para no comprometerla, decidió irse a Manises y buscar refugio entre sus familiares. Aquí hizo vida retirada ayudando a su familia en las tareas domésticas y todos lo vieron entregado a una gran vida de oración y recogimiento. Presentía su martirio y lo aceptaba entregado a la voluntad de Dios. El día 13 de octubre de 1938 se presentaron unos milicianos en casa de su hermana, donde se encontraba fray Salvador, y lo detuvieron. Lo llevaron al convento de las carmelitas convertido en cárcel y lo encerraron en el pequeño cuarto que servía a las monjas de confesonario y donde no se podía tender sino sólo sentar. Una persona le llevaba todos los días la comida y la cena pero no podía hablar con él. Parece que fue sometido a torturas y malos tratos. Desde la cárcel y escondida en un pedazo de pan pudo enviar a sus familiares esta nota:

> «Queridas hermanas, cuñadas y sobrinas, yo estoy bien y muy conformado con la voluntad de Dios. Espero me diréis cómo lo

pasáis por ésa. No padezcáis por mí, pero orad mucho por mí, pues necesito mucho de vuestras oraciones. Queridos míos, os pido perdón de todas las ofensas y ejemplos que os haya dado. Yo también perdono de todo corazón a todos mis enemigos, pues quiero que Dios me perdone de todos mis pecados. Encargo mucho a Auxiliadora, a Consuelín y a Salvador que sean muy honestos y piadosos. Queridas mías, puede ser que dentro de pocos días me encuentre en la eternidad. Acordaos de mí como me acordaré de vosotras. Y no temamos, que Dios fue por el mismo camino y sin culpa propia. Bautista Mollar».

El 27 de octubre de 1936 le llevaron al llamado «Picadero de Paterna» donde por su sola condición de religioso fue fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

28 de octubre

A) Martirologio

1. Fiesta de los santos Simón y Judas, apóstoles **.
2. En Mainz (Alemania), San Ferrucio († 300), mártir.
3. En Como (Italia), San Fidel († s. IV), mártir.
4. En Ávila, santos Vicente, Sabina y Cristeta († 305), mártires *.
5. En Thiers (Aquitania), San Ginés († s. IV), mártir.
6. En Amiens (Neustria), San Salvio († 625), obispo.
7. En Meaux (Neustria), San Farón († 670), obispo *.
8. En Annecy (Saboya), San Germán († s. XI), abad.
9. En Fokién (China), santos Francisco Serrano, obispo, Joaquín Royo, Juan Alcober y Francisco Díaz del Rincón († 1748), presbíteros, religiosos dominicos todos ellos y mártires **.
10. En Cho Rat (Tonquín), San Juan Dat († 1798), presbítero y mártir *.
11. En Ejutla (México), San Rodrigo Aguilar Alemán († 1927), presbítero y mártir **.
12. En Alcira (Valencia), Beato Salvador Damián Enguix Garés († 1936), mártir *.
13. En Gilet (Valencia), Beato José Ramón Ruiz Bruixola († 1936), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SIMÓN Y SAN JUDAS

Apóstoles († s. I)

El apóstol es un enviado de Jesucristo. Un hombre llamado por Jesucristo para ser un testimonio vivo de su mensaje redentor en el mundo. Así estos dos hombres: Simón y Judas.

Bien poco sabemos de Simón. Unos le identificaron con Simón el Cananeo, o el Zelotes, uno de los doce apóstoles del Señor. Otros aseguran que fue obispo de Jerusalén, sucesor del apóstol Santiago el Menor (hacia el año 62; cf. EUSEBIO, *Historia eclesiástica,* 11 t.20 col.245). En esta última hipótesis hubiera sellado con su sangre la fe cristiana en la persecución del emperador Trajano, hacia el año 107. Pero esto resulta insostenible, puesto que el Simón obispo de Jerusalén fue, según Eusebio, hijo de Cleofás y no hermano de Santiago.

En la lista de los apóstoles le suelen llamar siempre Simón el Cananeo, o el Zelotes, dos términos que se identifican. Son, en efecto, dos traducciones de un mismo vocabla hebreo, qanná, que quiere decir zelotes o celoso. Así Simón, apóstol fiel de Jesucristo, encarna en su persona el gran celo del Dios omnipotente; «de hecho, el Dios de Israel se muestra como un ser "celoso" de sí mismo, que no puede en manera alguna tolerar cualquier atentado contra su trascendente majestad» (Éx 20,5; 34,14).

En los albores ya de la era mesiánica los romanos toman definitivamente en sus manos las riendas de la administración palestinense. Los judíos, agobiados por el peso aplastante de la opresión extranjera, se esfuerzan desesperadamente por abrirse un resquicio de libertad y de esperanza. Quieren crear una fuerza de resistencia que los libere. A impulsos de Judas de Gamala y del fariseo Sadduk se organiza un partido de oposición. Los miembros que integran el partido toman el sobrenombre de zelotes.

El partido se ampara en un sentido eminentemente religioso. Quieren ser en medio de la dominación extranjera corrompida por el paganismo, un monumento vivo a la fidelidad a la ley mosaica.

Una gran preocupación mesiánica invadía el sentimiento nacional de estos hombres. La espera incontenida del gran Libertador se vivía en el partido con el alma en tensión, siguiendo la línea de los grandes profetas de Israel.

La impotencia humana para quebrar, por fin, la esclavitud, les empuja irresistiblemente a un patriotismo exaltado y zozobrante, que culmina en la guerra judía.

Simón pertenecía evidentemente a este partido, en el que se habían enlazado indisolublemente la religión y la política. No podemos olvidar que en la historia del pueblo elegido la preocupación social, religiosa y política iba siempre de la mano. Simón fue un zelotes. Es verdad que en su vida pesaba, sobre todo, el matiz religioso. El celo ardiente por la Ley le quemaba el centro de su alma israelita. Como San Pablo, es Simón un judío entregado plenamente al cumplimiento de las tradiciones paternales. Rozando en su persona el formulismo asfixiante y agobiador de los fariseos.

Pero un día, venturoso para él, se encontró con la mirada del Maestro y se convirtió sinceramente al Evangelio (Hch 21,20).

Perdido en su humildad, la Providencia ha querido dejarle olvidado en un casto silencio. De todos los apóstoles, él es el menos conocido. La tradición nos dice que predicó la doctrina evangélica en Egipto, y luego en Mesopotamia y después en Persia, ya en compañía de San Judas.

En la lista de los apóstoles aparece ya al final, junto a su compañero San Judas (cf. Mt 10,3-4; Mc 3,16,19; Lc 6,13; Hch 1,13).

Simón es el Zelotes para distinguirle de Simón Pedro, el príncipe del colegio apostólico; Judas es llamado Tadeo (Lebbeo en algunos manuscritos de San Mateo) para distinguirle de Judas el traidor. San Juan le llama expresamente «Judas, no el Iscariote».

San Judas aparece también en el Evangelio con un gran celo apostólico. En la última cena, Jesucristo hace de sí mismo causa común con su Padre. El que le ame a él, será amado de su Padre celestial. Acaba el Señor de proclamar el mandamiento nuevo. Y Judas siente que se le quema el alma de caridad al prójimo, y

no puede aguantarse: «Señor, ¿cómo ha de ser esto, que te has de mostrar a nosotros, y no al mundo?» (Jn 14,22). La inefable dulzura del amor a Jesucristo, el testimonio caliente de la revelación del Verbo, tenía que penetrar el mundo entero. A través de estas palabras tímidas, pero selladas con el marchamo inconfundible de un apóstol, descubrimos la presencia de un alma grande y un corazón ancho.

Los evangelios no nos conservan de él ni una palabra más. La tradición, recogida en los martirologios romanos, el de Beda y Adón, y a través de San Jerónimo y San Isidoro, nos dicen que San Simón y San Judas fueron martirizados en Persia.

Afirma la leyenda que los templos de la ciudad de Suamir estaban recargados de ídolos. Los santos apóstoles fueron apresados. Simón fue conducido al templo del Sol y Judas al de la Luna, para que los adoraran. Pero ante su presencia los ídolos se derrumbaron estrepitosamente. De sus figuras desmoronadas salieron, dando gritos rabiosos, los demonios en figuras de etíopes. Los sacerdotes paganos se revolvieron contra los apóstoles y los despedazaron. El azul sereno de los cielos se enlutecó de pronto. Una horrible tempestad originó la muerte a gran multitud de gentiles. El rey, ya cristiano por la predicación de los santos apóstoles, levantó en Babilonia un templo suntuoso, donde reposaron sus cuerpos hasta que fueron trasladados a San Pedro de Roma.

El nombre de Judas es muy frecuente en el Nuevo Testamento y en la Iglesia primitiva (cf. Mt 13,55; Mc 6,3). San Clemente de Alejandría, influenciado, sin duda, por el protoevangelio de Santiago, cuenta a Judas entre los hijos del primer matrimonio de San José. San Lucas le llama «Judas de Santiago» (6,13.16). Aquí se suelen apoyar no pocos exegetas para decir que Judas era hermano de Santiago. Así lo afirmaban los escritores eclesiásticos de los primeros siglos testificando al propio tiempo que era «hermano», es decir, «pariente» del Señor, aunque luego no se pongan de acuerdo al darle el título de apóstol. Y así se viene invariablemente repitiendo en la exégesis católica. Y, sin embargo, el genitivo suele indicar siempre relación de paternidad, más que de fraternidad. El mismo San Lucas, en el mismo contexto, habla de «Santiago de Alfeo», es decir, hijo de Alfeo.

Cuando San Judas se presenta a sí mismo en su carta apostólica, parece que no se incluye en el número de los doce. Se llama humildemente «un siervo de Jesucristo». Y hasta da la sensación que se excluye positivamente del grupo apostólico (v.17).

Esto, tal vez, concordaría más con la actitud de Jesucristo, que no elige a sus familiares para ser apóstoles de su doctrina. De hecho, los hermanos del Señor se colocan fuera de los doce (cf. Hch 1,13-14).

Pero los católicos han proclamado siempre para San Judas el apostolado apoyados en Mc 6,3, donde Santiago y Judas son llamados «hermanos de Jesucristo».

A través de la breve carta, escrita con un claro sentido de polémica, contra las primeras herejías nacientes, descubrimos en San Judas un escritor de mentalidad semita, con un conocimiento exquisito de la lengua griega. El clasicismo griego alterna en él con alguna influencia popular del estilo

Desprecian ya estos herejes primeros del cristianismo la divinidad de Jesucristo, imbuidos indudablemente por las ideas gnósticas. Quieren propalar una doctrina esotérica, con una clara tendencia al iluminismo. Se creen con el monopolio de la santidad y no vacilan en llamarse «pneumáticos» o espirituales, mientras menosprecian a los demas con el nombre de «psíquicos» o carnales. Contra ellos levanta San Judas su voz, llena de un santo celo.

La fuente de inspiracion es para él el Antiguo Testamento, donde descubre una serie de sentidos típicos en orden al Nuevo Testamento. Tiene San Judas un gran conocimiento de documentos extrabíblicos. Hace referencia a los *Apocrifos de Henoc* y a la *Asunción de Moisés.*

Este uso que el apostol hace en su predicación de la Biblia y de la tradición judaica tenía, sin duda, un valor extraordinario para los convertidos del judaísmo. La fe, según San Judas, constituye el fundamento de la vida cristiana. Pero esta fe, cálida y viva, va necesariamente unida a la caridad El cristianismo es en él una aventura. Hay que jugárselo todo por el amor de Dios y del prójimo. Así la predicación de San Judas evoca la doctrina del cuarto evangelio. Como San Juan, predica el la confianza

plena en el día del juicio, como una consecuencia obligada de haberse refugiado en la misericordia de Jesucristo.

La misericordia, la paz, la caridad, son una maravillosa expresión del ritmo ternario de la epístola y de su doctrina apostólica, La doxología final tiene una gran influencia doctrinal en la literatura cristiana de los primeros tiempos, comenzando por San Pedro y San Pablo. San Policarpo, igual que San Judas, desea a los filipenses la misericordia, la paz, la caridad en abundancia.

El hecho de llamarse a sí mismo «hermano de Santiago», nos indica que San Judas se dirige a cristianos que tenían en gran estima a aquel apóstol. Y estas comunidades hemos de buscarlas en Palestina, Siria y Mesopotamia, donde, como hemos dicho, señala la tradición el campo de actividades al apóstol.

San Judas, tal vez, perteneció a la humilde clase de los trabajadores. Eusebio cuenta que fueron acusados ante el emperador Domiciano unos nietos de Judas, por ser parientes del Señor. Pero el emperador los dejó en libertad, al ver sus manos encallecidas por el trabajo.

EVARISTO MARTIN NIETO

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, XII, p.421-427; 437-467
Bibliotheca hagiographica latina: antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandini (Bruselas 1898-1911) n.7749-7753
CHAINE, J., *Les epîtres catholiques* (París 1939).
CERFAUX, L., *La communauté apostolique* (París 1943).
LECONTRE, R., *Dictionnaire de la Bible. Supplément,* IV (París 1940) col.1285-1298.
STAFFELBACH, J., *Die Briefe der Apostel Jakobus und Judas, Petrus und Johannes* (Lucerna 1941).
• Actualización:
CIPRIANI, S., «Simón», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000) 2070-2071
— «Judas Tadeo», en ibíd., 1409-1410.
GASCA SALO, J., *El apostol olvidado: San Judas Tadeo* (Zaragoza ³1990).

SANTOS FRANCISCO SERRANO, JOAQUÍN ROYO, JUAN ALCOVER, FRANCISCO DÍAZ DEL RINCÓN

Presbíteros y mártires († 1748)

En pleno siglo XX se ven aún llegar a España unos hombres de barbas venerables, cansados de años y de fatigas; sobre el hábito blanco llevan, a veces, cruces pectorales, símbolo de una vida enteramente crucificada que ha sabido de renuncias más que de honores. Dijeron, desde la cubierta de un barco, adiós a su patria y a sus deudos, mientras la mirada se les perdía en un horizonte sobrenatural y difícil; veinticinco años al hombro de su juventud contaban entonces, más o menos; época dorada para empezar heroísmos; cuarenta o cincuenta han gastado en países de Oriente, luminosos de sol y seda, ciegos de cielo, sembrando el trigo de Dios, sembrando el Evangelio. Ahora retornan, cumplida la tarea, a los lares para morir en paz. La aventura misional de estos hombres, puro asombro y acicate del proselitismo abnegado del catolicismo, no puede medirse por el rasero de lo humano, porque lo humano ha sido trascendido. Hay que valorarla en la balanza de los heroísmos más limpios. Esos heroísmos que son posibles para la manquedad eficiente del hombre cuando la aúpa la gracia y le da cuerda la vocación apostólica.

Para la Iglesia de retaguardia, para la Iglesia de cada día, esos hombres que retornan con la vida gastada en la línea de combate, llenos de cicatrices físicas, el alma aún en primavera, son ejemplar lección. Pero no olvidemos a los que no volvieron, a los que cayeron en el campo de la misión. A los mártires. Su último acto de servicio, su última palabra, fue su misma sangre. Semilla y verdad, testimonio irrefutable de amor a Dios y a la Iglesia.

Los cristianos debemos meditar un poco más, desde nuestro cómodo vivir la fe, ese vivir arriesgado, tenso, y ese morir envidiable de los misioneros. Hoy nos brinda la liturgia la lección de cuatro mártires dominicos que encendieron con su sangre cuatro estrellas en el vasto imperio de la China. Sus nombres pudieran ser muy bien los nuestros: Francisco Serrano,

Juan Alcover, Joaquín Royo y Francisco Díaz. Nombres y apellidos de auténtica cepa española.

La misión dominicana de China fue siempre una misión zarandeada de contratiempos. Pero, como está regada con sangre generosa, es una misión que no puede morir. La sangre de los mártires germina siempre. En la primera mitad del siglo XVIII la misión atravesó uno de los períodos más espinosos. Y, también, más bellos. La milenaria cultura china es reacia a cualquier reeducación cultural o religiosa de procedencia extraña. Esta dificultad radical se vio aumentada con dolorosa frecuencia por los decretos imperiales que proscribían la labor evangelizadora de los misioneros. El 17 de diciembre de 1706 fue crucial para la misión: el emperador dictó un decreto por el que los misioneros quedaban en una disyuntiva: o aceptar el *piao* —admisión y enseñanza de los ritos sínicos— o salir del gran imperio. Lo primero era imposible, porque Roma había hablado de un modo categórico en el sentido de condena de tales ritos; lo segundo era lacerante, porque significaba abandonar el rebaño, privarlo de pastores. Sólo quedaba un resquicio o una salida: quedarse allí, a sombra de tejados, a correr la aventura de vivir «fuera de la ley» imperial y morir por la fe. La provincia dominicana de Filipinas comprendió que éste era el único camino para salvar una cristiandad que necesitaba ayuda y amparo en momentos tan cruciales. Las actas de los capítulos provinciales de 1712 y 1714 recogen esta inquietud y esta honda pena cristiana. El general de la Orden, reverendísimo padre Cloche, insta al padre provincial para que no se deje vencer por el desaliento: «La misión de China es la que en todos tiempos ha dado mayor lustre a la provincia, es la niña de sus ojos» misioneros. Por ese único y empinado camino, la misión iba a coronarse de gloria. Cinco españoles correrán la aventura hasta el final. Cuatro mártires. Cuatro santos. Medio siglo de historia misional se llenará casi exclusivamente con su gesta heroica; los otros misioneros dominicos cayeron antes en la brecha o se vieron precisados a dejar la misión.

La ficha biográfica de estos cuatro paladines es sencilla:

FRANCISCO SERRANO nace en Huéneja, obispado de Guadix y provincia de Granada, el 4 de diciembre de 1695; lo bauti-

zó su abuelo Pedro Frías, quien, habiendo enviudado, se hizo sacerdote; en 1713 tomó el hábito en Santa Cruz la Real de Granada; allí se hizo amigo de fray Juan Alcover, que le acompañará en la hora de la sangre; terminados los estudios con brillantez, fue nombrado lector de artes; artes y libros dejó zarpando de Cádiz el 13 de julio de 1725, con su amigo el padre Alcover, para Filipinas; casi tres años duró la travesía. Pronto emprendió otra más: zarpó para el gran imperio. En realidad, allí empezaba su aventura: la del martirio.

JUAN ALCOVER vino al mundo el 21 de diciembre de 1694 en Granada, en la parroquia de la Virgen de las Angustias, patrona de la ciudad; en 1709 se hace dominico; la ordenación sacerdotal la recibe a fines de 1718; intentó irse a las misiones, pero fracasó el intento por causas ajenas a su intención; en el ínterin se dedicó a la predicación en Lorca y sus contornos; y, finalmente, zarpó de Cádiz el 15 de julio de 1725; naufragó la nave capitana y en ella el presidente de la misión; la elección de nuevo jefe recayó en el padre Alcover, quien la llevó hasta Manila. El 4 de octubre de 1728 sale de Manila para China, disfrazado de capitán, logrando incorporarse al grupo de los misioneros.

JOAQUÍN ROYO vio la luz en Hinojosa (Teruel) en el otoño de 1691; era hijo de Joaquín Royo y Mariana Pérez; el 24 de marzo de 1709 ingresó como novicio en Nuestra Señora del Pilar, de Valencia; empezó los estudios eclesiásticos en el convento de Predicadores; pero antes de terminarlos sintió la llamada de las misiones y allá se fue, embarcando en Cádiz el 16 de septiembre de 1712; en Puebla de los Ángeles se ordenó de subdiácono; prosiguió el viaje a Manila, y de allí a China, cuando tenía nada más que veintitrés años.

FRANCISCO DÍAZ era natural de Ecija (Sevilla), donde nació el 2 de octubre de 1713; fueron sus padres Juan Díaz Fernández e Isabel María Rincón y Rico. El 11 de septiembre de 1730 tomó el hábito, y cinco años más tarde, a los veintidós de edad, zarpó de Cádiz a fines de noviembre de 1735: un año después estaba ya en Filipinas continuando los estudios. En 1739 arribó a la misión.

Estos cuatro intrépidos misioneros aguantaron el vendaval de las más crudas persecuciones. En contacto unos con otros,

sin perder el temple de su fortaleza heroica, huyendo de villa en villa, consagrados por entero a su labor apostólica, mantuvieron encendida la llama de la fe en la provincia de Fokién. Una y otra vez se embravecía la tormenta; pero ellos no conocían el miedo. Las relaciones que periódicamente enviaban a sus superiores y las cartas a sus amigos son un estupendo testimonio del espíritu con que evangelizaban, desafiando a la muerte con una alegría divina. La misión había sido fundada en 1556 por el padre Gaspar de la Cruz; las persecuciones la habían sacudido con furia diabólica; en 1643 se apuntaló espiritualmente con la muerte del protomártir de China: Beato Francisco Fernández Capillas. Pero nunca había atravesado una época de tanta hostilidad como en estos años del siglo XVIII. Según narra el Beato Alcover, era un milagro continuar viviendo; pero estaban todos embargados de gozo en medio de las tribulaciones. En 1735 falleció el emperador Yung-Ching y le sucedió Kien-Lung. La tregua de los días de la sucesión fue corta; los misioneros se distribuyeron entre Fogán, Focheu, Moyang y Kan-Kiapán. El padre Sanz había sido nombrado vicario apostólico y consagrado obispo titular de Mauricastro en 1730. Al padre Alcover le ofreció el padre provincial el cargo de procurador de las misiones, con residencia en la colonia portuguesa de Macao, pero renunció, rogando que le dejase en campaña; más tarde aceptó el nombramiento de vicario provincial.

El nuevo emperador prohibió la práctica de la religión católica en sus anchurosos dominios. El ministerio se complicó de tal manera que los misioneros tenían que salir de noche a ejercerlo y disfrazarse con trajes y oficios humildes y guarecerse en los montes para huir de la enconada búsqueda de los mandarines, que habían puesto a precio sus cabezas. Las escenas más emocionantes se suceden como en una novela de aventuras a lo divino. El padre Alcover cuenta que andaba de un lugar para otro con sólo el breviario y una estampa de la Virgen de las Angustias, sin poder decir misa casi nunca. No se veían unos a otros más que de año en año. Una noche se subió a un árbol en un bosque para huir de las alimañas, y tuvo que atarse para sostenerse; creyó que había llegado su hora y entonó el *Miserere;* con sorpresa oyó que le respondían a coro; era el padre Serrano

que había hecho lo mismo; esperaron al alba por temor a las fieras, se abrazaron y volvieron a despedirse.

Por fin, en 1746, el virrey de Focheu, Cheu-Kio-Kien, organizó la caza de los valerosos misioneros utilizando los informes de un apóstata. El 25 de junio, entre once y doce de la noche, cayó prisionero el padre Alcober; el 27, los padres Serrano y Díaz; y el 3, el padre Royo. El 5 de julio están ya los cuatro en la cárcel de Fogán; custodiados de soldadesca, el 10 llegan a Focheu. El 19 empieza un primer proceso; los jueces dictan sentencia absolutoria, pero el virrey monta en cólera, depone a los jueces y nombra un nuevo tribunal, que empieza a actuar el 27 de agosto. De antemano estaba dada la sentencia de muerte. Mientras Cheu-Kio-Kien es galardonado con el cargo de jefe de los virreyes en la corte imperial; le sucede Coc, tan Herodes como él.

El 26 de mayo de 1747 la catana siega, en las afueras de la ciudad, la vida madura del padre Sanz; los otros cuatro esperan contentos que les llegue la hora; el padre Serrano es nombrado vicario apostólico y obispo titular de Tipasitania. No sueñan con honores, sino con martirios. Los cuatro son herrados en la cara con los caracteres *Chan-Fan,* es decir, «reo de muerte». Y el 28 de octubre de 1748, al atardecer, los cuatro prisioneros fueron degollados en sus respectivos calabozos. En el suelo, cuatro cadáveres; pero sus almas, con palmas recién estrenadas, se juntaron en la gloria con el coro de los testigos de la verdad.

El ejemplo de aquellos campeones de la fe llenó de asombro y admiración a toda la Iglesia militante. El rey católico Fernando VI escribió al provincial de los dominicos a Manila manifestándole que era un gran «honor a estos mis dominios de España el que hayan sido de su misma nación los religiosos que ofrecieron gustosos sus vidas, rubricando con su sangre la infalible verdad de nuestra religión». El padre provincial envió al padre Juan de Santa María, natural de aquel país, a rescatar los restos de los mártires. Tras mil peripecias, logró recoger los huesos calcinados, que fueron objeto de un apoteósico recibimiento en Manila. Benedicto XIV, que había seguido con desvelo la aventura, en dos alocuciones a los cardenales encomió su fortaleza inconmovible; en la primera los llamó «mártires designados»,

cuando aún vivían en aquella tierra áspera de Focheu; después de su martirio, en la segunda alocución, los calificó de «mártires consumados», reservando a sus sucesores el que los declararan «mártires vindicados», o sea, que los elevasen a la gloria de los altares.

El proceso canónico para la beatificación fue introducido en Roma en tiempos de Pío VI y se llevó a feliz término en el pontificado de León XIII, que quiso celebrar su jubileo episcopal bajo los auspicios de los protagonistas de aquella emocionante epopeya del cristianismo. El 14 de mayo de 1893 fueron inscritos en el catálogo de los bienaventurados. Fue relator de la causa el cardenal Zigliara, y entre los ilustres personajes que asistieron a la beatificación estaban el reverendísimo padre José María Larroca, general de los dominicos, y el embajador de España, señor Merry del Val.

Fueron canonizados el 1 de octubre de 2000 por el papa Juan Pablo II, junto con otras víctimas de varias persecuciones en China entre los años 1648 y 1930. La memoria litúrgica de todos se celebra el 9 de julio.

ÁLVARO HUERGA, OP

Bibliografía

ALCOVER, J. J., *Vida del venerable padre fray Juan de Alcocer y epítome de las de sus cuatro compañeros, de la Orden de Predicadores* (Madrid 1804).

CIENFUEGOS, C., *Reseña histórica de la vida y martirio de los VV. Sres. Sanz y Serrano y PP. Alcover, Royo y Días* (Madrid 1893).

FERNÁNDEZ ARIAS, E., *El beato Sanz y compañeros mártires* (Manila 1893)

GONZALEZ, J. M., *Misiones dominicanas en China, 1700-1750* (Madrid 1952).

Héroes dominicanos. Los cinco mártires dominicos españoles beatificados (artículos biográficos) (Barcelona 1893).

HUERGA, A., *El Beato Alcover, un granadino en los altares* (Granada 1958).

TAN KIEN-GIANG, *Vida de los mártires de Focheu* (Hong-Kong 1950) (en chino).

SAN RODRIGO AGUILAR ALEMÁN

Presbítero y mártir († 1927)

El mexicano Rodrigo Aguilar Alemán subió al altar colectivamente. Del brazo de no pocos hermanos de nacionalidad y

de fe, palma martirial en mano, en el marco de una geografía, por motivos religiosos, modernamente ensangrentada.

Canónicamente glorificado. Anónimamente ensalzado, a la faz del mundo, por el papa Juan Pablo II, en San Pedro de Roma, en la mañana primaveral jubilar del 21 de mayo del año 2000.

Remitimos al lector a nuestras páginas del título en sus manos correspondientes al mes de mayo donde se ofrece más amplia referencia del furor anticlerical, antirreligioso y persecutorio de los aciagos tiempos aztecas de 1920 (cf. *Año cristiano. Mayo,* p.460-468). Cuando Carranza y, sobre todo, Plutaco Elías Calles, protagonistas de la —en labios de Pío XI— «persecución diocleciana» que provocó el estallido «cristero» popular. Cuando la insurrección religioso-patriótica, abanderada por los estandartes de Cristo Rey y de la Virgen de Guadalupe, en defensa del culto católico, en abierta oposición a la clausura de los templos. Cuando el joven presbítero Rodrigo Aguilar fue uno de los que *no abandonaron el valiente ejercicio de su ministerio,* según proclamación del papa Juan Pablo II en la liturgia de la canonización.

El jalisciense Rodrigo Aguilar Alemán, hijo de Buenaventura y de Petra, había nacido en la ciudad de Sayula, que cuenta con portales y templos históricos, el 13 de marzo de 1875. Regenerado por las aguas bautismales, dos fechas más tarde, y robustecido en la fe, con la gracia sacramental, el 3 de abril de 1877.

En el Seminario Auxiliar de Ciudad Guzmán, adonde en sus años mozos le llevó la llamada del Señor, fue alumno modelo. Brillante por su talento —coleccionista de sobresalientes y de distinciones honoríficas— por su aplicación. Muy responsable. Con reconocidas aptitudes literarias, tanto en prosa como en verso; no raramente merecedoras de atención y de espacio en la prensa local. Autor del título *Mi viaje a Jerusalén,* impresiones y vivencias de una visita a Tierra Santa en sus años ministeriales...

Treintañero, el 4 de enero de 1905, el arzobispo José de Jesús Ortiz le impuso las manos, confiriéndole el presbiterado, justamente en el santuario de Guadalupe donde, en fecha primero de año de 1903, había recibido el diaconado.

Y, de inmediato, metido de lleno en la vida parroquial. Bregando limpia, ejemplar, apostólicamente. Sacerdote las veinticuatro horas del día. Formador de juventudes, gran catequista y fervoroso predicador. Paciente, humilde y caritativo. Siempre atento a las necesidades de sus fieles de cuyos simpatía y cariño, en correspondencia, disfrutó en todo momento. Una densa y edificante hoja de servicios la suya, con múltiples anotaciones ministeriales —coadjutor, capellanías, párroco—, estrenada en San Pedro de Analco, en Yesca. Y, sucesivamente, enmarcada en Lagos de Moreno, Atotonilco el Alto, Cocula, Sayula, Zapotiltic. Coronando su larga y fecunda experiencia pastoral en la demarcación de Unión de Tula.

De la mítica ciudad jalisciense, con enorme protagonismo «cristero», hubo de escapar a todo correr el 20 de enero de 1927 sorprendido por el terrible vendaval persecutorio. Puso la piel a salvo en un vecino rancho. Sólo momentáneamente protector, hasta pasada la noche pues, al otro día, el hombre que le había asilado, va y le delata. Entonces, él corre a Ejutla, donde en fecha 26 del mismo mes y año, en el colegio de San Ignacio, vive la inquietud propia del refugiado que se sabe blanco de odios mortales. Cuidándose espiritualmente y, a la vez, pidiendo a Dios fortaleza para sus cristianos, también perseguidos.

Rodrigo oraba, celebraba la Eucaristía, predicaba, administraba sacramentos. Podía haberse quedado quieto. Pero no. No quiso, contra todo consejo. Prefirió el riesgo apostólico, teniendo en cuenta que los fieles le necesitaban mas que nunca. Fuera miedos.

Y —eso sí, prudentemente disfrazado, inadvertido de las miradas y de las balas— protagonizaba encuentros clandestinos y a escondidas auxiliaba a heridos y moribundos, confortaba, estimulaba. No paraba. Incansable. Dándose generosamente. No paraba...

Mediada la mañana del 28 de octubre del año que comentamos una columna militar —unos seiscientos federales callistas— al mando del general de brigada Juan Izaguirre, se hizo ama y dueña de Ejutla. Fue la desbandada del vecindario. En busca precipitada de la montaña, de los recónditos rincones campestres y de las cuevas. Aunque no todo el mundo fue afor-

tunado, hubo, no pocos, fracasados en su intento, que, atrapados por los agraristas, que venían detrás, acabaron prisioneros.

Privado de libertad, entre ellos, el presbítero Rodrigo Aguilar. Fue sorprendido, formando parte de un tribunal de exámenes a seminaristas, en el convento de las religiosas adoratrices. Otros tres sacerdotes y los examinandos lograron escapar por la parte trasera del edificio, abierto al campo. Pero nuestro protagonista perdió tiempo ocupado en la busca de unos documentos.

Sonaron disparos. Persecución a tiro limpio contra los que huían. Cuando, acompañado por uno de los estudiantes, que le había esperado, apareció en la puerta al descampado, se topó con las fuerzas armadas. Entonces despidió al aspirante al sacerdocio: «Ha llegado mi hora. Déjame solo». Los soldados, groseramente, se interesaron por su identidad. Fueron correspondidos: «Soy sacerdote».

Seguidamente, el eclesiástico, el seminarista y algunas religiosas fueron prisioneros, previa una ración también común de insultos e injurias verbales. Luego, el presbítero fue apartado del grupo, encarcelado aparte. Despidiéndose: «Nos veremos en el cielo».

Breves horas de espera, en capilla. En los pasillos del seminario, custodiado por varios hombres y el jefe de los agraristas, armados. El mandamás —un tal Donato Arechiga— profesaba odio personal al eclesiástico. Resentido porque se había negado a bendecir canónicamente su relación con una segunda mujer —viva aún la legítima—. Y, revanchista, solicitó del general Izaguirre que acabara con él.

En capilla —sabremos por dos adoratrices, autorizadas a visitarle— amable, sereno y feliz. Pese a los insultos, a las procacidades, a las vejaciones, a las amenazas. En capilla, orante. Gozoso, imaginando el inmediato encuentro con Dios.

Sobre la primera hora de la madrugada será la ejecución. Sin un simulacro de juicio. Arbitrariamente. Bueno, sí; por puro odio a la fe católica. En plena plaza mayor, arbolada, de Ejutla. Dramáticos momentos.

Llegada la ocasión los verdugos ciñen con una soga, que forma lazo en la punta, la resistente rama de un grueso mango. La víctima toma en las manos el instrumento de su inmediata

ejecucion y lo bendice, regala el rosario que lleva en el bolsillo a uno de los verdugos y ofrece público perdón a todos. Éstos le anudan la cuerda al cuello, al tiempo que, altaneramente, bromean: «¿Quién vive?» Una voz firme, decidida: «Cristo Rey y Santa María de Guadalupe». Carcajadas irónicas. Mas la advertencia: «No le colgaremos si grita "¡Viva el Gobierno supremo!"». Una prueba...

Tensión de músculos, tirando con rabia y ferocidad. Y el cuerpo del eclesiástico se hace colgante, en divertido balanceo para los verdugos, insistentes: «¿Quién vive?» Idéntica correspondencia, sin brizna de tiempo para la vacilación. Respuesta dificultosa, jadeante: «Cristo Rey y Santa María de Guadalupe».

Súbitamente los bárbaros destensan los brazos y el cuerpo condenado cae como una masa de plomo sobre el suelo. Pausa y va la tercera. Ya en serio. La soldadesca tensa por segunda vez la soga hasta dejar en alto, columpiándose, los cincuenta y tantos años del sacerdote, cuyos manos y brazos se contorsionan. Nunca mejor dicho: su vida pendiente de un hilo; de un grueso y tosco hilo.

El consabido interrogante: «¿Quién vive?» Apenas perceptible, la voz amordazada asfixiándose: «Cris... Cris...to Rey... San... ta Ma...ría... Guada... lupe». Cuentan que algunos en ese momento observaron una especial claridad en el cielo.

El cadáver amaneció entre el ramaje y la tierra, casi, casi rozando el suelo, en la solitaria plaza. Con sombrero, camisa, pantalones y calcetines pero sin zapatos, colgado del mango. A la vista pública hasta casi las cinco de la tarde. Entonces, unos piadosos vecinos, autorizados, corrieron el telón del macabro espectáculo. Descolgaron al mártir y le dieron sepultura en el panteón municipal.

Mientras los soldados protagonizaban el saqueo de la población, poco menos que abandonada. Profanaban sacrílegamente el convento de las adoratrices y también en la plaza quemaban imágenes sagradas, ornamentos religiosos y mobiliario del templo.

Cinco años después fue la exhumación, siendo trasladados al templo parroquial de Unión de Tula donde, desde el primer momento, el pueblo privadamente ha venerado a Rodrigo Aguilar Alemán como a verdadero mártir de la fe. Ahora, tras el re-

conocimiento canónico de la heroicidad de sus virtudes, ya oficial el culto.

Testimonio de oro.

Hoy como ayer. Cuando la penetración evangélica en los ambientes romanos, estallada en sangre, escribió páginas maravillosas en la historia del Pueblo de Dios.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991)
http://es catholic.net/sacerdotes.
http://www.aciprensa.com/testigosdefe.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS VICENTE, SABINA Y CRISTETA

Mártires († 305)

Estos santos son celebrados en Ávila con rango de solemnidad y allí tienen dedicada la espléndida iglesia del siglo XII, que testimonia el culto que en la ciudad se les viene tributando desde hace tantos siglos. Sobre este culto hay que decir que lo atestigua un antiguo himno anterior a la conquista musulmana de España y en el que no se dan muchos particulares de cómo fue el martirio. La *passio* parece compuesta a finales del siglo VII. No los mencionan los martirologios de Adón y Jeronimiano y sí el de Floro, constando que a mediados del siglo IX ya estaba su memoria inserta en la liturgia general hispánica. Las reliquias en parte fueron trasladadas en el reinado de Fernando I al monasterio de San Pedro de Arlanza. La tradición los hace procedentes de Talavera de la Reina, llegados a Ávila para escapar de la persecución, pero descubiertos y martirizados aquí. Sus restos mortales, abandonados a las fieras, fueron defendidos por una serpiente, la cual atacó a un judío que quería profanarlas. Éste, convertido al cristianismo, sería el constructor del primer templo dedicado a su memoria.

SAN FARÓN DE MEAUX
Obispo († 670)

Hermano de San Cainoaldo o Cagnoaldo y Santa Burgundófora, Farón nace en Borgoña en el seno de una familia noble. Pasa su juventud en la corte del rey Teodoberto II. Contrajo matrimonio con Blidequilda. Pero tras conversar con su hermana acerca del ideal de una vida consagrada sólo a la causa de Cristo, siente el atractivo de la vida clerical y obtiene para ello licencia de su esposa, que toma el velo religioso y se retira a sus posesiones donde murió unos años más tarde. No era más que simple tonsurado cuando, habiendo quedado vacante la sede de Meaux, hacia el 628, es elegido obispo de esta diócesis. El nuevo rey, Dagoberto, le hizo su canciller, y es claro que aprovechó su cargo para proteger a los pobres y para salir siempre en defensa de la justicia. Como obispo, puso mucho celo en convertir a los paganos que aún quedaban en la diócesis. Fundó un monasterio en los arrabales de Meaux, dedicado a la Santa Cruz. Cuando iban de Roma a Inglaterra, él hospedó a San Teodoro y San Adrián. Tras muchos años de un episcopado ejemplar, en el que de sus propios bienes fundó parroquias y dotó las iglesias, murió en 670.

SAN JUAN DAT
Presbítero y mártir († 1798)

Este santo tonquinés nace en Dong-Chuoi el año 1765 y se cría en la misión católica de su pueblo. Se cualifica luego como catequista y opta finalmente por el sacerdocio, ordenándose en 1798. Su ministerio iba a ser muy breve, de sólo cuatro meses. En agosto de ese mismo año era arrestado luego de que inicialmente huyera a las montañas cuando supo que lo buscaban, pero volvió luego pensando que su sitio estaba entre sus feligreses. Al entrar en la casa no lo encontraron los soldados, pero empezaron a maltratar a la familia y entonces Juan, para impedir este maltrato, salió de su escondite. Cargado con cadenas y con la canga al cuello compareció ante el tribunal y se le conminó en vano a que pisara la cruz. Custodiado por soldados cuyo

capitán era cristiano, era dejado libre de día y encerrado solamente por la noche, lo que aprovechaba para animar a los demás presos cristianos a perseverar. Pudo visitarlo un sacerdote y darle la absolución sacramental. Llevado de nuevo al tribunal el 25 de octubre, fue condenado a muerte, y en las inmediaciones de Trinh-Ha, se dispuso su ejecución. Permitió el mandarín que los cristianos asistiesen a su muerte y lo saludasen por última vez. Los cristianos colocaron bajo él una estera. El mártir se sentó en ella, cruzó los brazos sobre el pecho y se puso en oración, y entonces fue decapitado. Era el 28 de octubre de 1798.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATO SALVADOR DAMIÁN ENGUIX GARÉS

Mártir († 1936)

Nace en Alcira el 27 de septiembre de 1862. Estudió la carrera de veterinario y en su matrimonio tuvo cinco hijos, de cuya crianza y educación hubo él de encargarse en solitario pues su esposa murió muy joven. Desde 1926 era veterinario municipal de Alcira. Era un católico fervoroso. Contribuyó a la fundación de la Adoración Nocturna, de la que fue primer presidente, y pertenecía a las Conferencias de San Vicente de Paúl, así como a la Acción Católica. Demostró su caridad en las epidemias y riadas y era asiduo al hospital, cuyos enfermos visitaba, y al asilo de ancianos, a cuyo aseo colaboraba. Iniciada ya la revolución, el 31 de julio de 1936 presentó su dimisión como veterinario municipal, aceptada al día siguiente. Fue detenido el 6 de agosto y puesto en libertad a las pocas horas. A su hija, que le manifestó su miedo ante las circunstancias, la animó recordándole el valor del martirio. Volvieron a detenerle en los días finales de octubre y le llevaron a las Escuelas Pías, que hacían de cárcel. El día 27 lo llevaron a las tapias del cementerio y lo fusilaron, pero no murió, y creyéndole muerto lo dejaron. Al día siguiente, cuando fueron a enterrarlo y no lo hallaron, lo buscaron por los alrededores y lo encontraron en una casa de

su propiedad cercana al cementerio. Entonces dispararon contra él hasta causarle la muerte.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ RAMÓN RUIZ BRUIXOLA

Presbítero y mártir († 1936)

Este sacerdote valenciano había nacido en Foyos el 30 de marzo de 1857 en una familia de labradores, de la que recibió un profundo sentido cristiano. En 1878 ingresó en el seminario conciliar de Valencia donde cursó brillantemente los estudios sacerdotales y dio un magnífico ejemplo como seminarista. En 1882 se ordenó de presbítero. Coadjutor de Cuart de Poblet, al poco tiempo estuvo encargado de la parroquia. Luego obtuvo un beneficio en la parroquia de San Nicolás Obispo y San Pedro Mártir de Valencia. Se adhirió a la congregación misionera que misionaba por los pueblos y dio numerosas misiones. Pasó luego a la parroquia de Santa Catalina y San Agustín como ecónomo y sobresalió por su cuidado de los pobres. Pasó posteriormente a la Parroquia de San Esteban Protomártir, y levantó la iglesia de la llamada «Escuela de Cristo», a la que él pertenecía y que fomentaba por su utilidad para la vida cristiana. En 1923 participó en el concurso a parroquias y fue nombrado párroco de San Nicolás. Procuró la mejora del templo, el esplendor del culto, y su trabajo pastoral se centró en la catequesis y la promoción del apostolado seglar, fundando la Acción Católica. Visitador asiduo de los enfermos y volcado en los pobres, tuvo el amor sincero de su feligresía. Llegada la revolución, hubo de irse a su pueblo, donde clandestinamente continuó el ejercicio de su ministerio. En octubre fue arrestado con otras personas y llevado a un chalet de su mismo pueblo, levantando él el ánimo de los demás detenidos para que aceptasen el martirio. Se confesaron todos y rezaron el rosario, que no había concluido cuando se lo llevaron. Llegados al cementerio de Gilet a las doce de la noche, pidió como gracia que mataran primero a los demás para estar exhortándoles y animándoles. Así fue y mien-

tras continuaba rezando el rosario fue fusilado, no sin que antes les dijera a sus verdugos que los perdonaba.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

29 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Cartago, San Feliciano († s. III), mártir.
2. La conmemoración de San Narciso († 222), obispo de Jerusalén **.
3. En Vercelis (Liguria), San Honorato († 415), obispo *.
4. En Sidón (Fenicia), San Zenobio († s. IV), presbítero y mártir.
5. En Edesa (Mesopotamia), San Abrahán († 366), anacoreta *.
6. En Sarug (Siria), San Santiago († 521), obispo **.
7. En el territorio de Vienne (Galia), San Teodario († 575), abad *.
8. En Kilmacduagh (Irlanda), San Colmán († 632), obispo.
9. En Faigne (Neustria), San Dodón († 750), abad del monasterio de Wallers *.
10. En Secondigliano (Italia), Beato Cayetano Errico († 1860), presbítero, fundador de los Misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y María **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN NARCISO DE JERUSALÉN
Obispo († 222)

La Iglesia de Jerusalén conservaba amorosamente la memoria de los santos pastores que habían estado a su frente luego de que Santiago, el hermano del Señor, la hubiera regido hasta el día de su martirio. Los fieles jerosolimitanos tenían plena conciencia de que su ciudad era en verdad la Ciudad Santa no solamente para los fieles del Antiguo Testamento sino muy especialmente para los del Nuevo. En ella habían tenido lugar los acontecimientos trascendentales de la pasión, muerte y resu-

rrección de Jesús, de su gloriosa Ascensión a los cielos y de la Venida del Espíritu Santo, y desde ella había comenzado la difusión del evangelio por el mundo.

Uno de esos santos pastores cuya vida y virtudes perseveraban en la memoria de la Iglesia de Jerusalén es San Narciso, que fue obispo de la ciudad entre el 180 y el 220 aproximadamente. Los recuerdos que Jerusalén conservaba de San Narciso los recogió el historiador Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica,* y aunque los martirologios más antiguos no recogían su memoria, ya Adón lo incluyó en el suyo y de ahí pasó a los demás occidentales, como el de Usuardo, y de él pasó al *Martirologio romano,* conservándose en el actual, cuyo elogio de Narciso dice así:

> «La conmemoración de San Narciso, obispo de Jerusalén, laudable por su santidad, paciencia y fe, el cual estando de acuerdo con el papa San Víctor en la fecha de la celebración de la Pascua cristiana, afirmó que el misterio de la Resurrección del Señor no debe celebrarse sino en domingo, y siendo un anciano de ciento dieciséis años, marchó felizmente hacia el Señor».

No afirma, pues, el *Martirologio* que el 29 de octubre sea el día del tránsito de San Narciso sino el día de su conmemoración, porque en realidad ninguna de las fuentes antiguas señala el día de su muerte, y sencillamente la fecha del 29 de octubre la puso Adón, sin que se sepa el motivo, y se ha llegado a decir que arbitrariamente.

Recojamos los datos que nos proporciona Eusebio. No dice el historiador de la Iglesia que Narciso fuera de Jerusalén, pero al menos debía vivir allí de tiempo y ser bien conocido, toda vez que, siendo ya un hombre mayor fue elegido para obispo de Jerusalén. Era el decimoquinto obispo de Jerusalén luego de la catástrofe de los hebreos al tiempo de Adriano (134-135) y el trigésimo desde el tiempo de los apóstoles. Sucede al obispo Doliciano. Esto debió ser en algún año de la década 180-190.

Narciso interviene y, por cierto haciendo valer su autoridad de obispo, en el tema de la fecha de la celebración de la Pascua. Esta celebración se había generalizado en todas las iglesias de Oriente y Occidente, pero en la designación de la fecha exacta en que los cristianos debían celebrarla hubo discusión. En la mayor parte de las iglesias, sobre todo de Occidente y en Ale-

jandría, era celebrada siempre el domingo siguiente al 14 de nisan, que era la luna 14 o luna llena luego del equinoccio de primavera. Según este sistema, el viernes anterior se celebraba la muerte de Cristo. En cambio, en Asia Menor la fiesta acostumbraba a celebrarse el propio día 14 de nisán, con independencia de qué día de la semana caía, y ese día se celebraba la muerte del Señor (llamada «Pascua de la cruz») y dos días después se celebraba la resurrección del Señor («Pascua de la Resurrección»). Por esta fijación en el día 14 a los partidarios de esta fecha se les llama los cuartodecimanos. Estos partidarios del día 14 apelaban a que esta tradición suya se remontaba a los apóstoles. Esta diferencia introducía confusión y profundas diferencias de fechas, pues de unas a otras iglesias la Pascua podría celebrarse con diferencia de varias semanas. A mediados del siglo II trataron este asunto en Roma el obispo San Policarpo de Esmirna y el papa San Aniceto, pero sin acuerdo. El papa San Víctor I († 199), y a él alude el elogio del *Martirologio,* tomó el tema con mucha decisión y mandó que se solucionara mediante sínodos de los obispos en Roma, las Galias, Ponto y Palestina. Y fue precisamente en un sínodo de Palestina en el que tomó parte San Narciso, siendo otro de los participantes Teófilo de Cesarea. Este sínodo sintonizó con el sentir del papa San Víctor y determinó que la celebración de la fiesta de la Pascua fuera siempre en domingo y por consiguiente negó la razón a los cuartodecimanos. Como es sabido, éstos mantendrían su opinión tenazmente hasta que el Concilio ecuménico I de Nicea mandó que en todas partes la Pascua se celebrara en domingo. Narciso y Teófilo se manifestaban así de acuerdo con la Iglesia de Alejandría, a su vez de acuerdo con la Iglesia romana.

La memoria de Narciso está unida a la de diversos milagros, y esta fama de taumaturgo no deja de traerla a primer plano Eusebio. Muy notable es el milagro de las lámparas. Sucedió que en la celebración de la Vigilia Pascual vino a faltar el aceite para las lámparas y esto lleno de inquietud a la multitud de los fieles. Narciso con gran serenidad dijo a los que cuidaban de las lámparas que trajeran agua y se la echasen. Con la debida obediencia los ministros trajeron el agua y entonces el obispo pronunció sobre ella una bendición y con confianza plena en la

protección del Señor mandó al agua que se convirtiera en aceite. Y sucedió que Dios escuchó la plegaria del santo obispo y el agua en efecto se convirtió en aceite. Maravillados los fieles del prodigio, terminada la Vigilia, tomaron aceite de las lámparas y lo conservaron consigo durante mucho tiempo en recuerdo del milagro.

Narciso gobernaba santamente la Iglesia y era recto en su conducta personal y en su línea de actuación pastoral, y esta rectitud suya causó la envidia y mala voluntad de algunos que no tuvieron empacho en levantarle una horrenda calumnia. Se trataba —dice Eusebio— de tres individuos malvados que, mal pudiendo soportar su rectitud y firmeza, para no pagar sus propios delitos, se decidieron a calumniar al prelado, y para darle credibilidad a su aserto juraron ser verdad lo que decían, y pidieron que si no lo era le vinieran estas desgracias: uno dijo que muriera quemado, otro que le viniera la lepra y otro que se quedara ciego. Aunque la pureza y la conducta virtuosa del prelado hacía increíble la calumnia, él se sintió incapaz de seguir ejerciendo su ministerio con aquella acusación encima y decidió entonces poner en práctica un deseo que tenía de mucho tiempo y era el de llevar una vida ascética y apartada. Abandonó el trato con la gente y la dirección de su Iglesia y durante años vivió en lugares desiertos y desconocidos.

Cuando la ausencia de Narciso comenzó a durar y se vio que no volvía, los obispos de la zona pensaron que la Iglesia de Jerusalén no podía estar permanentemente privada de pastor, y procedieron por ello al nombramiento de otro obispo, al que impusieron las manos y consagraron. Se llamaba Dio este nuevo prelado que, muerto al poco tiempo, fue sustituido por Germanión, y a éste a su vez lo sucedió Gordio. Pero entonces tuvo lugar el castigo divino a los autores de la horrenda calumnia. Cada uno de aquellos tres malvados que la pronunciaron recibieron exactamente aquello que pidieron si era mentira su alegato. Y el uno ardió junto con su casa, el otro contrajo la lepra y el otro, espantado ya de lo sucedido a sus compañeros, de tal forma lloraba y se lamentaba que de tantas lágrimas perdió la vista.

Estaba Gordio rigiendo la Iglesia jerosolimitana cuando de pronto y sin previo aviso aparece de nuevo Narciso en Jerusa-

lén. No parece que él reclamara su sitio de obispo, pero los hermanos —dice Eusebio— le rogaron que volviera a ocupar la sede, teniendo todos para con él la más alta admiración por su escondite, su vida ascética y sobre todo porque Dios lo hubiera vindicado. Sin que sepamos qué pasó con Gordio, pero suponiendo algunos que murió, lo cierto es que Narciso otra vez se sentó en la sede de Jerusalén, siendo ya para entonces muy entrado en años. Y por este motivo se ideó un obispo que ahora llamamos coadjutor, y que fue Alejandro, hasta entonces obispo en Flaviada, de Capadocia, el cual lo ayudó en el ministerio episcopal. Por una carta suya a los habitantes de Antínoe en la Tebaida, Egipto, sabemos que por entonces tenía Narciso 116 años. La muerte del santo obispo la retrasa San Epifanio en su tratado Contra las herejías al imperio de Alejandro (222-235) pero en realidad no se sabe con exactitud. Su memoria la recogen los menologios bizantinos el día 7 de agosto.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, XII, p.782-790

Bibliotheca sanctorum. IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.719-721.

CROISSET, J., SI, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* X (Barcelona 1854) 527-532.

LLORCA, B., SI, - GARCIA VILLOSLADA, R., SI, - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ⁸2001).

SAN SANTIAGO DE SARUG

Obispo († 521)

Santiago Sarug o Mar Yakub, que también se le conoce por este nombre, está considerado como uno de los grandes doctores de la Iglesia siria. «Cítara del Espíritu Santo» le llamaron los jacobitas, y sus himnos litúrgicos son apreciados por caldeos, maronitas y melquitas como verdadera «arpa de la Iglesia ortodoxa». Nacido en Kurtam, en las riberas del río Éufrates, hacia el año 451, su fiesta la celebran los sirios el 29 de noviembre, los maronitas el 5 de abril y la Iglesia latina el 29 de octubre.

Los escasos datos, no siempre muy concordes, que se saben de su vida contrastan en cambio con el amplio conocimiento que se tiene de su obra y de su doctrina, aunque también ésta se haya visto sometida a controversia por determinadas afirmaciones, en las que algunos intérpretes han descubierto una cierta inclinación a un monofisismo moderado. El corpus de sus escritos ofrece un recorrido completísimo por el ancho mundo de la teología, comentarios exegéticos de la Biblia, mariología, liturgia y moral cristiana. Gran escritor, de poderosas imágenes poéticas, es una de las plumas más fecundas de la literatura siria.

Santiago de Sarug pasó su infancia y juventud en Hawra, en el distrito de Sarug, en Siria. Cuenta su discípulo y panegirista Georges que su padre era sacerdote y que el niño fue presentado en el templo a los tres años. No faltan leyendas relacionadas con esa tierna infancia en las que ya se busca la fuente de su futura sapiencia como infundida por el espíritu divino. Pero fuera de estos panegíricos más cercanos a la veneración que a la biografía contrastada, difundidos por algunos de sus discípulos y otros cronistas de la época para exaltar el prodigio de sus cualidades y de su ejemplaridad, la vida de Sarug se fundamenta y sostiene en unos pocos datos y en la huella que ha dejado en su producción literaria, sobre todo en su epistolario.

Por su primera carta a los monjes de Mar Bass se sabe que estudió sagrada escritura en la escuela de Edesa y que tradujo del griego al siríaco los escritos de Diodoro de Tarso y de Teodoro de Mopsuestia. Pero añade también que descubrió en estos autores el error de Nestorio, y a partir de entonces se transformó en un firme luchador contra esta herejía. Llegó Santiago Sarug a esta prestigiosa escuela de tendencia nestoriana con veinte años, hacia el 470, y coincidió allí con Narsai, que sería exiliado en el 471, aunque terminó rompiendo con aquellas tendencias. Pero también allí adquirió no sólo un importante bagaje teológico sino también filosófico y lingüístico. En lo tocante a sus cualidades para la elocuencia y la poesía, cultivadas con brillantez desde los años de estudiante, nos cuenta un biógrafo suyo de la época que en cierta ocasión Sarug fue sometido en Batnan a un examen durante el cual se le pedía exponer homiléticamente la visión del «Carro de Yavé» descrita por Ezequiel.

Los cinco obispos asistentes a la prueba quedaron admirados ante la belleza de su expresión, sus dotes para repentizar y la imaginación conceptual de su discurso.

Cuando contaba 22 años ya era monje, pero nada se sabe de su vida monástica. Posteriormente fue ordenado de presbítero. Y hacia el año 502, con los cincuenta cumplidos, lo vemos en Hawra de Sarug, donde había transcurrido parte de su niñez, ejerciendo el oficio eclesiástico de corepíscopo, delegado episcopal para una determinada jurisdicción, y escribiendo cartas de ánimo a distintas poblaciones de Mesopotamia que temían al rey persa Qawad. Esta prolongada función de inspectoría le obligó a visitar durante muchos años numerosos monasterios de la región y a tomar contacto con los monjes y eremitas, a los que supo ganarse con sus cualidades de hombre bondadoso y espiritual.

Al final de su vida, en el 518, y ya con 67 años de edad, al mismo tiempo que sus amigos Severo, Filoxeno y Juan de Tella eran enviados al exilio, fue elegido obispo de Batna, ciudad que tras la invasión musulmana recibió el nombre de Sarug, de donde le viene a este «doctor y columna» de la Iglesia siria el apelativo. Murió dos años y medio más tarde, en noviembre del 521, a los 70 años de edad. El pseudo Dionisio certifica que «en el año 833 murió el santo Mar Jakub, el doctor, obispo de Batna de Sarug». Por supuesto que este año mencionado corresponde al calendario seléucida. Su fama de santidad lo situó muy pronto en el calendario de los santos con liturgia propia y recibió culto entre los jacobitas, los maronitas y los armenios.

Santiago Sarug fue un prolífico y excelente escritor en lengua siríaca. Llegó a componer no menos de 763 homilías métricas, poemas escritos en verso dodecasílabo y de contenido homilético, así como otras muchas piezas para uso litúrgico muy apreciadas por su belleza literaria y por su doctrina teológica. Se le ha comparado en su estilo poético con San Efrén, Isaac el Grande y Filoxeno de Mabbug y siempre fue considerado por las Iglesias ortodoxas como uno de sus escritores más inspirados poética y espiritualmente.

Nacido Sarug cuando el concilio de Calcedonia (451) había puesto fin a una controversia cristológica, aún pervivía años

después en su escuela de Edesa la polémica sobre algunas cuestiones fronterizas con la heterodoxia o dudosamente ortodoxas. Los estudiosos de su obra se han preguntado por la ortodoxia de su doctrina, y se han planteado si habría coqueteado con el monofisismo, asunto que preocupó a los analistas del siglo XVIII, pero hoy se piensa, con criterios muy acordes con su temperamento, que no participó en esa controversia, sino que se dedicó a explicar los textos bíblicos, a exponer los dogmas, a escribir sobre la Virgen María y los santos. Precisamente por su alejamiento de las intrigas, aun doctrinales, de su época mereció el reconocimiento

De su fecundidad como escritor no podía esperarse más que una obra de largo recorrido teológico, de temática amplísima, en la que brilla sobre todo un lenguaje imaginativo que, a veces, preocupado por su aliento poético y devocional, deja en la sombra algunos perfiles de su doctrina. Sus famosas homilías métricas o *memrè*, de las que se han conservado más de 300, comentan pasajes del Antiguo Testamento, como la creación, los patriarcas, las figuras mesiánicas; o del Nuevo Testamento exponiendo la vida de Jesús, sus milagros, discursos y parábolas; sobre la Virgen María a la que dedica no sólo homilías sino también hermosos himnos que cantan sus virtudes; sobre los apóstoles, algunas leyendas, santos sirios, virtudes y vicios, sobre los novísimos, los sacramentos y determinadas fiestas litúrgicas. Muchos fragmentos de sus homilías métricas han pasado a formar parte de los textos litúrgicos maronitas, sirios, jacobitas, siro-malabares y siro-malankares. Más aún, todas las Iglesias orientales, incluida la Iglesia armenia, lo tienen por un maestro indiscutible de la himnología.

Pero si causa impresión el volumen y la variedad de los temas tratados, sorprende también la concreción de sus enseñanzas. La doctrina de Santiago Sarug enseña, por ejemplo, la presencia real de Cristo en la eucaristía, utiliza fórmulas que implican la infalibilidad del primado de Pedro y afirma la eternidad de las penas del pecador. Pero, sobre todo, expone una completa mariología fundada en la maternidad divina de María, fuente de toda su grandeza. Defiende su perfecta virginidad, su santidad, su cooperación a la Redención, su muerte y Asunción,

su dignidad de reina Y, aunque afirma que el Espíritu Santo había cubierto a María con su sombra para santificarla, no incluye la exención del pecado original ni, por tanto, la Inmaculada Concepción, pero en cambio sí establece el paralelismo entre Eva y María.

Valga este parrafo final, tomado de una de sus homilías marianas, como excelente ejemplo de los hermosos cantos que Santiago Sarug escribio sobre la «belleza inenarrable» de María, a la que llama «sede de todas las gracias». El texto se refiere a la humildad de María, y a su elección («porque para Dios es fácil morar entre los humildes») para ser Madre del Hijo de Dios:

> «Nuestro Señor, queriendo descender a la tierra, busco entre todas las mujeres, y solo a una escogio la que era bella sin par Se fijo en ella y solo encontro humildad y santidad, buenos pensamientos y un alma enamorada de la divinidad, un corazon puro y deseos de perfeccion, por eso Dios escogio a la pura y a la llena de belleza Descendio de su lugar y moro en la bienaventurada entre las mujeres, porque no habia en el mundo quien compararsele pueda Solo existia una doncella humilde, pura, bella y sin mancha, que fuera digna de ser Madre suya»

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografia

BERARDINO, A di (dir), *Diccionario patristico y de la antiguedad cristiana,* II (Salamanca 1992) 1142

Enciclopedia dei Santi Le Chiese Orientali, I (Roma 1998) cols 1027 1028

GRAFFIN, F , Art en *Dictionnaire de spiritualite, ascetique et mystique* VIII *Jacob Kyspen ning* (Paris 1974) cols 56 60

PASCHINI, P (dir), *Enciclopedia cattolica* VI *Geni Inna* (Ciudad del Vaticano 1948) col 331

VACANT, A MANGENOT, E AMANN, E , *et al* (dirs), *Dictionnaire de theologie catholique* VIII/1 *Isaac Jeûne* (Paris 1924) cols 300 305

BEATO CAYETANO ERRICO

Presbitero († 1860)

Él quería ser un humilde y santo sacerdote, entregado por completo a la vida interior y al ministerio sacerdotal. No tenía ninguna aspiración humana, ni siquiera en su sacerdocio. No aspiró a párroco ni a arcipreste ni a canonigo o a cualquier puesto

eclesiástico. Aspiró primero a ser religioso y no fue admitido, luego optó por el sacerdocio secular, y si llegó a fundador y padre general de una congregación religiosa fue porque una experiencia mística inesperada lo metió por ese camino. Su vida fue verdaderamente ejemplar. Sigamos su curriculum.

Nació en Secondigliano, una antigua aldea, a 4 km al norte de Nápoles. Nació en el seno de una modesta familia. Trabajaban su padre y su madre pero aun así no tuvieron suficientes ingresos para costearle al hijo la estancia como interno en el seminario. El día de su nacimiento fue el 19 de octubre de 1791 y fue el tercero de los diez hijos de Pascual Errico y María Marseglia. Su padre dirigía una pequeña fábrica artesanal para la producción de pasta y la madre tejía felpa. Al día siguiente fue llevado a bautizar a la parroquia local, dedicada a los Santos Cosme y Damián, y por ello sin duda al niño además del nombre de Cayetano se le pusieron los de Cosme y Damián.

Recibe en su hogar una cristiana educación porque sus padres tenían netos sentimientos religiosos, y a los seis años es puesto como alumno en la escuela comunal. Aquí daban clase dos sacerdotes, Don Tagliamonte y Don Vitagliano. Ambos dejarán huella profunda en la formación humana y religiosa de Cayetano, y al segundo lo tendrá durante años por director espiritual. Con sólo siete años es admitido a la sagrada comunión y comienza así su contacto que será tan fructuoso con Jesús Eucaristía, y a los 11 años recibe el sacramento de la confirmación. Es un niño bueno, que se porta magníficamente en su casa y que da claras señales de religiosidad sincera. Esta religiosidad, alentada por sus maestros, evoluciona hacia la vocación religiosa.

Piensa en una concreta orden religiosa y busca una que sea al mismo tiempo penitente y apostólica, como es la rama franciscana de los capuchinos. Lo habla con sus padres. Estos no ponen reparo. Su párroco da los informes positivos necesarios, pero Cayetano recibe una respuesta negativa. Motivo: sólo tiene catorce años. Es muy pronto para admitirlo al noviciado. Cayetano podría haber dicho que esperaría, pero sentía tan fuerte la llamada a hacerse religioso que prefirió dirigirse a la Congregación del Santísimo Redentor, tan ligada a Nápoles, y solicita ser admitido. Su decepción es grande: también es rechazado por

ser demasiado joven. ¿Dónde encontrar un sitio en que lo reciban pese a su juventud? Lo halló por fin en el Seminario Arzobispal de Nápoles, donde consigue ser admitido para el curso siguiente. Y así en 1807, con dieciséis años, es admitido entre sus alumnos. A Cayetano sin duda le hubiera gustado la vida común del seminario, pero sus padres no podían permitirse, teniendo tantos hijos, costearle el internado. Hubo de contentarse con ser alumno externo.

Cayetano se andaba en ida y vuelta todos los días los 4 km de su aldea a Nápoles. No le arredró el frío ni el calor ni la lluvia. Iba y venía todos los días. Y tuvo una conducta admirable en sus años de seminario. Luego de oír misa al alba y recibir la sagrada comunión, se iba a Nápoles al seminario. A su vuelta, ayudaba en lo que podía a las tareas de la casa. Los jueves, en que no había clase, los empleaba en visitar a los pacientes del hospital de los incurables de Nápoles. Hacía los ahorros que podía con tal de poderles llevar algún regalo a los enfermos hospitalizados. Los domingos, en que se quedaba en el pueblo, recorría las calles con un crucifijo y llamaba a los niños a que acudieran al catecismo y aprendieran la doctrina cristiana. En enero de 1808 se le viste con el traje talar, que llevó siempre dignamente como signo de su vocación al ministerio eclesiástico.

Llegado su momento comenzó a recibir las órdenes menores y luego las mayores hasta que le llegó la hora del sacerdocio. Con el corazón abrasado de fervor religioso se acercó la mañana del 23 de septiembre de 1815 a la catedral napolitana. Y allí, en la capilla de Santa Restituta, el cardenal Ruffo Scilla lo ordenó de presbítero. Su sueño se cumplía: era sacerdote. Se le indicó que se quedara en su pueblo natal y ayudara en la parroquia. Así empezó a hacerlo, atendiendo sobre todo el catecismo. Igualmente comenzó a visitar con gran celo a los enfermos, para los que era solaz y consuelo por su finura espiritual y su caridad. Y comenzó también a pasarse las horas en el confesonario, ministerio al que sería tan asiduo que el breve de beatificación lo llama «mártir del confesonario», por las innumerables horas que empleó durante su vida en atender a los fieles e impartirles el sacramento de la reconciliación. Su palabra llena de

unción e instrumento de luz evangélica comenzó a guiar a muchas almas por el camino de Dios, logrando con eficacia que los pecadores superaran sus faltas y entraran por el camino de la perfección cristiana. Y al lado de este ministerio le llegó la oportunidad de realizarse como sacerdote enseñando a los niños y procurando su formación cultural, humana y religiosa. Fue nombrado maestro comunal. Este cargo lo ejerció casi veinte años. Cientos de niños pasaron por sus manos y él dejó en ellos una impronta indeleble de religiosidad y de honestidad humana.

En el desempeño de su ministerio Cayetano se granjeó un gran crédito y el amor de los fieles. Pero su llamada constante a la vida moral y su advertencia pastoral a quienes iban por mal camino le suscitó el odio de algunos. En alguna ocasión del odio cordial y de la mala lengua pasaron a la acción. Lo esperaron en sitio solitario y por sorpresa cayeron sobre él y le dieron una regular paliza. En otra ocasión se libró por poco de caer asesinado. Pero estos riesgos no apartaron al buen sacerdote del ejercicio limpio y leal de su ministerio.

Cayetano era un asiduo y prestigioso predicador de la palabra de Dios. Su confesonario era una fuente de perfección moral y vida cristiana. Sus asiduas visitas a los enfermos llenaban de consuelo a los más tristes y deprimidos. Y sus manos eran liberales y generosas en socorrer a los más pobres. Y a ello se unía una vida interior profunda y una penitencia continua y austera. No tenía casa propia. Vivía en su casa con su familia, y su madre podía comprobar cómo sus camisas se llenaban de sangre a causa de las disciplinas con que afligía su cuerpo, sobre el cual llevaba además un áspero cilicio. Sacaba tiempo del sueño para pasar horas y horas de intensa oración y diálogo con Dios.

El cuidado de su vida interior le llevaba a ir a pie cada año a Paganí para recogerse en un retiro espiritual de una semana en la casa de los padres redentoristas, los cuales le recibían con mucho agrado. Era el año 1818. Estaba rezando en el coro cuando de pronto vio frente a sí a San Alfonso María de Ligorio, el fundador de la congregación redentorista. El santo le habla y le dice que Dios lo tiene destinado a fundar una congregación religiosa, y que la señal de esta vocación será la construc-

ción en su pueblo de una iglesia dedicada a la Virgen Dolorosa. Cayetano avisa a los fieles del proyecto de construir la iglesia de la Dolorosa. Los fieles reciben el proyecto con gran alegría. Algunos enemigos se oponen firmemente, pero don Cayetano va venciendo todas las dificultades, y la iglesia se pone en construcción. Luego de superadas todas las dificultades, la iglesia se inaugura y bendice el 9 de diciembre de 1830. A continuación encarga al escultor Francesco Verzella que hiciera una imagen de la Virgen Dolorosa. El artista se puso a ello y el sacerdote visitaba la obra. Varias veces le dijo al artista que cambiara la faz de la imagen. Al final dijo que así era. Y todos intuyeron que había tenido una visión de la Virgen, que ahora quería plasmar en la estatua. La sagrada imagen llegó a la iglesia en mayo de 1835, y la iglesia se convirtió desde entonces en meta de peregrinación y devoción de numerosísimos fieles, lo que sigue sucediendo hoy día.

El piadoso sacerdote tuvo entre tanto otro aviso del cielo. Se le dijo en un nuevo retiro espiritual que la congregacion debería estar dedicada a los Sagrados Corazones de Jesús y María. Cayetano desde entonces centra su espiritualidad en los Sagrados Corazones, cuyo amor le lleva a entregarse sin descanso ni medida a la búsqueda del pecador, y a la obra de misericordia con los más desprotegidos, enfermos, obreros, artesanos, campesinos, analfabetos, muchachas sin dote y extraviadas, presos, etc. Para todos ellos fue testigo fiel de la inmensa misericordia de Dios nuestro Padre.

Terminada la iglesia, construye Cayetano al lado de ella una casita, a donde él se traslada a vivir junto con un laico que atiende la iglesia. Luego empieza la casa para la futura congregacion. Cuando la concluye funda en ella el «Retiro Sacerdotal de los Sagrados Corazones», destinado a sacerdotes dispuestos a empeñarse sobre todo en el trabajo de las misiones populares. Esta institucion del «Retiro» es legalizada por el rey Fernando II, que mucho estimaba a Cayetano, el 14 de marzo de 1836. El 1 de octubre de aquel año abre el noviciado en el que admite nueve jóvenes. La Congregación de Misioneros de los Sagrados Corazones es legalizada por el citado monarca el 13 de mayo de 1839.

Concibió su congregación con un profundo sentido apostólico. Además de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, sus religiosos hacían el voto de perseverancia y el de no aceptar cargos fuera de la comunidad. De esta forma estarían siempre disponibles para las misiones, retiros, ejercicios espirituales y largas horas de confesonario en que se empeñaban. Cayetano fue a Roma en la primavera de 1838 para pedirle al papa Pío IX el decreto de alabanza para sus reglas como proemio de una posterior aprobación. Encontró algunas dificultades, e incluso hubo de ver que se presentaban contra él burdas calumnias, que con facilidad se desbarataron. En mayo de dicho año el decreto de alabanza se extendió por la Congregación de Religiosos y Regulares.

La Congregación de los Sagrados Corazones tuvo enseguida vocaciones y se extendió con prontitud. En 1842 se abrió la casa de Roccasecca, y en los años siguientes las de Sandonato, Andretta, Ascoli Satriano, Ceriñola, Bari y Otranto. Cayetano regresa a Roma para pedir la aprobación y el 7 de agosto de 1846 se dio el decreto de aprobación de la regla, que el papa Pío IX confirmó el 15 de septiembre siguiente con un breve en el que quedaba autorizada la Pía Unión de los Sagrados Corazones. Reunido en Secondigliano el capítulo general ese mismo año 1846, Cayetano quedó elegido superior general. En 1849 el papa Pío IX, que se encontraba en su destierro de Nápoles, concedió a la Congregación los mismos privilegios que a las demás congregaciones. Vuelto Pío IX a Roma, en 1854 invitó a Cayetano a que fundara una casa en Roma, que quedó finalmente aneja a la iglesia de Santa María in Publicullis. En 1858 el rey Fernando II le confió el santuario de la Madonna della Civita.

Cayetano perseveró hasta el final en el ejercicio fiel del ministerio, en las predicaciones al pueblo, en los ejercicios espirituales a religiosas y en la asidua presencia en el confesonario. La muerte le llega en Secondigliano el 29 de octubre de 1860. Perseverando su fama de santidad, el cardenal Riario Sforza abrió su causa en 1866 y el 18 de diciembre de 1884 se introdujo su causa en Roma. El 4 de octubre de 1974 el papa Pablo VI declaró heroicas sus virtudes. El 24 de abril de 2001 se declaró mila-

grosa la curación de Salvatore Cacciapoli, obtenida por la intercesión de Cayetano, y el 14 de abril de 2002 el papa Juan Pablo II procedió en la plaza de San Pedro de Roma a su beatificación.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 95 (2003) 173s.
ANGELINI, N., *Vita del venerabile Caetano Errico* (Nápoles 1908).
Bibliotheca sanctorum. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.76-78.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (12-4-2002) 9.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HONORATO DE VERCELIS
Obispo († 415)

Honorato era natural de Vercelis, y fue discípulo del santo obispo Eusebio, en cuyo cenobio diocesano se integró y donde recibió las órdenes sagradas. Siguió al venerable prelado en su destierro a Escitópilis y con él viajó por Capadocia, Egipto y el Ilírico. Vuelto de Oriente con San Eusebio, continuó su servicio a la Iglesia y se ganó la estima de todos. Cuando murió el obispo Limeno, en 396, hubo graves discordias en la comunidad cristiana de Vercelis que impidieron una elección tranquila y rápida de nuevo obispo, lo que provocó la enérgica intervención epistolar de San Ambrosio de Milán, intervención que para algunos había sido contraproducente. Debió entonces hacerse presente el propio San Ambrosio en Vercelis y logró que se acordase una elección episcopal unánime en la persona de Honorato, que mostró de forma plena su gratitud y afecto a San Ambrosio. Cuando éste se puso enfermo en la primavera siguiente, Honorato marchó a Milán, estuvo al lado del enfermo, le dio personalmente el viático y lo asistió a la hora de la muerte. Honorato, siguiendo las huellas de San Eusebio, quiso ser en la cátedra episcopal, ante todo, el testigo de la verdadera fe frente al arrianismo, entonces todavía tan vivo. Su vida santa

sirvió de apoyo a su doctrina. Murió el 29 de octubre del 415 y enseguida la iglesia de Vercelis lo celebró como santo.

SAN ABRAHÁN

Anacoreta († 366)

Se hace eco de las obras de este San Abrahán el propio San Efrén Siro que nos narra cómo gozaba de fama de santidad en la Iglesia siria. Había nacido Abrahán en una familia acomodado, desde pequeño se le buscó una prometida y, llegada la juventud, se celebró el matrimonio, pero a la semana de celebrado Abrahán eligió la vida anacorética y para ello se hizo una choza donde vivió diez años de intensa penitencia. Pero cuando resultaron vanos los intentos de convertir a los habitantes de Beyth Qidona, un lugar cercano a Edesa, y de donde le vendría a Abrahán el sobrenombre de Kidunaia o Qidonaia, el obispo pensó que lo mejor sería ordenar a Abrahán y encargarlo de la tarea misionera en dicho pueblo. Obedeció Abrahán y se dispuso a procurar la conversión de los habitantes de Beyth Qidona, lo que al principio le fue cuesta arriba pero, finalmente, con su bondad, mansedumbre y celo lo consiguió. Abrahán volvió entonces a su amada soledad. Estos datos se mezclaron con otros a los que los historiadores no conceden historicidad. Su muerte se sitúa el año 366. Su memoria la registraba el anterior *Martirologio romano* el día 16 de marzo, pero el actual se ha adptado al *Sinaxario constantinopolitano* que lo recuerda el 29 de diciembre.

SAN TEODARIO

Abad († 573)

Teodario o Teuderio o Teudar o, menos exactamente, Teodoro es una figura del siglo VI que llega a nosotros por los escritos del obispo Adón de Vienne, el cual escribió su vida para los monjes del monasterio del que el santo había sido abad y que era conocido también como cenobio de San Teuderio. Adón lo presenta como hijo de una familia acomodada de la población de Arcisse, cercana a Vienne. Siguió la vocación monástica

ingresando en el monasterio de Lérins, pero luego se sintió atraído por San Cesáreo y marchó a Arlés, donde recibió la ordenación sacerdotal. Vuelve a Vienne donde construye el monasterio de San Eusebio y la basílica de San Sinforiano y, posteriormente, en Alarona construye otra iglesia dedicada a San Pedro. Marcha entonces a su pueblo natal y aquí edifica una basílica dedicada a la Virgen María. Pero, llamado a Vienne por el obispo Felipe, ejerce el cargo de presbítero penitenciario en la iglesia de San Lorenzo, acreditándose por su vida ejemplar. Aquí moriría el 29 de octubre del año 573.

SAN DODÓN
Abad († 750)

Dodón era natural de Vaux, junto a Fague, y su educación fue encomendada a San Ursmaro, abad de Lobbes. Aquí recibió una magnífica formación y al término de la misma optó por la vida monástica. Pasado un tiempo fue puesto al frente del monasterio de Wallers que era filial del de Lobbes. Pero él se sentía llamado a la vida eremítica y eligió un sitio retirado al norte de su abadía, donde actualmente se levanta Moustiers-en-Fagne. Aquí perseveró viviendo en el ascetismo y la oración hasta su santa muerte hacia el año 750.

30 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Siracusa (Sicilia), San Marciano († s. II), primer obispo de la ciudad.
2. La conmemoración de San Serapión († 211), obispo de Antioquía.
3. En Alejandría (Egipto), Santa Eutropia († s. III), mártir.
4. En Tánger (Mauritania), San Marcelo († 298), centurión, mártir **.
5. En León, santos Claudio, Lupercio y Victorio († 303/304), mártires *.

6. En Cuma (Campania), San Máximo, mártir († 303).
7. En Capua (Campania), San Germán († 540), obispo.
8. En Potenza (Lucania), San Gerardo († 1122), obispo.
9. En Cividale del Friuli (Véneto), Beata Bienvenida Boiani († 1292), virgen, terciaria dominica *.
10. En Winchester (Inglaterra), Beato Juan Slade († 1583), mártir bajo el reinado de Isabel I *.
11. En Limerick (Irlanda), Beato Terencio Alberto O'Brien († 1651), obispo, de la Orden de Predicadores, mártir bajo el régimen de Oliver Cromwell *.
12. En Acri (Calabria), Beato Ángel de Acri († 1739), presbítero, religioso capuchino **.
13. En Angers (Francia), Beato Juan Miguel Langevin († 1794), presbítero y mártir *.
14. Junto a Viena (Austria), Beata María Restituta Elena Kafka († 1943), virgen, de la Congregación de las Hermanas Franciscanas de la Caridad, mártir *.
15. En Dolinka (Kazajstán), Beato Alejandro Zaryzkyj († 1963), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MARCELO DE TÁNGER

Centurión y mártir († 298)

El códice 11 del archivo de la catedral de León refiere que el rey Ramiro I (842-850) «restauró la iglesia de San Marcelo junto a la Puerta Cauriense, extramuros de la ciudad». Junto a esta iglesia se edificó un monasterio en el que, por cierto, habitó el insigne teólogo leonés del siglo XII, San Martino. Es, pues, un hecho indiscutible la devoción a San Marcelo con anterioridad a la reconquista en la ciudad de León, que hizo de él su principal patrón.

Se le creía natural de la misma ciudad, pero nadie sabía donde podían hallarse sus restos. Cuando la toma de Tánger por el rey de Portugal se halló, entre los vestigios cristianos de la ciudad islamizada, la tumba del mártir San Marcelo. La noticia conmovió especialmente a la ciudad de León, que se apresuró a reclamar las sagradas reliquias. Al fin, el 29 de marzo de 1493, llegaban transportadas por el rey Fernando el Católico, siendo

colocadas en la iglesia de su nombre. Nunca en León se había producido un recibimiento igual.

Habrá que decir que los devotos leoneses del siglo XV no sentían las necesidades probatorias que hoy imperan. Para nuestro caso son dignos de especial consideración los datos atinentes al cristianismo norteafricano y, especialmente, los que se refieren a distintas forma de persistencia cristiana aun después de la implantación del Islam.

Interesa aquí mayormente lo que se refiere a la vida y martirio del santo. Como ha sucedido tantas veces, lo histórico obtuvo en el correr del tiempo abundante arropamiento legendario. San Marcelo pertenece a la Iglesia norteafricana y ha pasado a la historia como un centurión romano que sufrió el martirio en Tánger el 30 de octubre del año 298. Su *passio* ha llegado hasta nosotros en dos recensiones conservadas en distintas bibliotecas europeas, entre ellas la Biblioteca Nacional de Madrid.

El núcleo original es reconocido como auténtico: dos interrogatorios a los que Marcelo se vio sometido en dos tribunales distintos. Según la *passio,* el 21 de julio de 298, día en que se celebraba la fiesta de los emperadores, el centurión Marcelo arrojó las armas ante toda la tropa reunida, renunciando así al servicio militar para incorporarse a la milicia de Cristo. Una semana después, el 28 de julio, compareció ante el presidente Fortunato, el cual, considerando la gravedad del delito, lo remitió a Tánger para que compareciera ante su superior jerárquico, Aurelio Agricolano. Aquí fue nuevamente interrogado y condenado a muerte el 30 de octubre.

Estamos, pues, ante un auténtico mártir africano de finales del siglo III. Con esto debiera bastar. Pero allá por el siglo XI la *passio* sufre una serie de interpolaciones: se le asigna a Santa Nonia como esposa, con la que resulta padre de doce hijos: Claudio, Lupercio, Victorico, Facundo, Primitivo, Emeterio, Celedonio, Servando, Germán, Fausto, Genaro y Marcial. Es la leyenda brotada precisamente en León y, a no dudarlo, contribuyó no poco a hacer de San Marcelo un vecino muy familiar. ¿En qué pudo basarse tal apropiación? En el falso fundamento de considerar a Marcelo como perteneciente a la *Legio Traiani,* la que presuntamente fundó la ciudad de León. En el siglo XVI

hasta se mostraba la casa en que supuestamente había nacido, llegándose incluso a afirmar que se le había dedicado una iglesia no más producirse la *pax constantiniana.*

El arte vino a consolidar y hacer más atractiva la leyenda. Hoy en la iglesia de tres naves a él dedicada, inaugurada en 1628, se ve visualizada entrañablemente la numerosa familia. La imagen del santo, obra nada menos que de Gregorio Fernández, se ve acompañada de las de su esposa y los doce hijos. Lo principal, claro es, sigue siendo el arca de plata que contiene los restos del mártir africano traídos de Tánger a finales del siglo XV.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNANDEZ

Bibliografía

DE GAIFFIER, S., «S. Marcel de Tanger ou de Léon? Évolution d'une légende»: *Analecta Bollandiana* 61 (1943) 116-139

GONZALEZ LEON, J., *Vida de San Marcelo* (León ²1993).

LANATA, G., «Gli atti del processo contro il centurione Marcello»: *Byzantion* 42 (1972) 509-522.

MARTINEZ ÁNGEL, L., «El culto a San Marcelo como fuente para el estudio del cristianismo norteafricano medieval»: *Iacobus* 15/16 (2003) 15-24

MASAI, F., «Pour une édition critique des Actes du centurion Marcel». *Byzantion* 35 (1965) 277-290.

RODRIGUEZ, R., «San Marcelo de León»: *Archivos Leoneses* 2 (1948) 141-147.

BEATO ÁNGEL DE ACRI

Presbítero (1739)

El bienaventurado Ángel nació el 19 de octubre de 1669 en Acri, pequeña ciudad de Calabria, en el antiguo reino de Nápoles. Sus padres, Francisco Falcone y Diana Henrico o Errico, lo bautizaron al día siguiente, dándole los nombres de Lucas Antonio. A los tres años, o tal vez antes, el obispo de Bisignano le administró el sacramento de la confirmación.

Era un niño muy especial, naturalmente inclinado a la piedad, lo que daría pie, *a posteriori,* a magnificar ciertos episodios de su infancia. Dicen que cuando apenas contaba cinco años, le sorprendió su madre rezando con fervor angelical, arrodillado sobre unas molestas piedrecillas ante una imagen de María San-

tísima. En otra circunstancia, Diana quedaría maravillada al ver que de la imagen de la celestial Señora salían unos rayos resplandecientes que iban a iluminar el rostro de su hijo, que le pareció arrobado en contemplación.

Se empeñan asimismo los primeros biógrafos, como para avalar así la santidad de nuestro personaje, *a natívitate,* en que, contra lo que es común en los niños de corta edad, sentía profundo desvío por los juegos de la infancia, y únicamente hallaba gusto en hacer altares, en los que colocaba imágenes de santos que luego adornaba con flores. Según este mismo estilo hagiografico —que, confesemoslo sinceramente, nos cuesta hoy trabajo asumir, tal cual...— el niño pasaba la mayor parte del día entregado a la oración y meditación, y, a veces, salía furtivamente de la casa paterna para irse a la puerta de la iglesia, donde permanecía muchas veces hasta bien entrada la noche elevando a Dios sus tiernas plegarias. Por la mañana, lo primero que hacía era ir otra vez tempranito a la iglesia para ayudar la misa primera. Era uno de esos niños de los que no extrañaba que el día de mañana abrazase el estado eclesiástico.

Por aquel tiempo vino a dar una misión en Acri el famoso predicador capuchino, P Antonio de Olivati. El pequeño Lucas no necesitaba mas: quedó prendado de aquel estilo austero y evangélico de los hijos de San Francisco Confesó con el padre misionero, que quedó también encantado del muchacho. Sin embargo, ¡era aún tan joven para abrazar una vida tan estrecha como la de los capuchinos!, que el mismo padre Antonio le recomendó un poco de paciencia, y le aconsejó que, mientras llegaba el momento de hacerse religioso, meditase con asiduidad la pasion del Señor y comulgase todos los domingos. Lucas seguiría estas recomendaciones al pie de la letra.

Entro al fin en el noviciado en 1687 Pero... cosa extraña. Aquel muchacho que parecía tener sojuzgadas todas las veleidades humanas, nos enseña a estar siempre en guardia sobre nosotros mismos sin considerar las buenas inclinaciones y santidad de vida como garantía de perseverancia, sino mirando nuestra propia flaqueza y confiando sólo en la gracia. Porque por dos veces iba a lograr el enemigo de las almas vencer al piadoso joven representándole los halagadores placeres del mun-

do, frente a las prolongadas austeridades de la vida religiosa... Se cuenta que incluso, simulando la voz de su madre, le dijo el demonio: «Lucas Antonio, ven, que estoy enferma». El asalto fue tan tremendo que el inexperto novicio estrenó las primeras armas con una derrota, pues abandonó el convento para volver al mundo.

Avergonzado de su cobardía y para calmar los remordimientos de su conciencia, volvió al noviciado en 1689, pero para abandonarlo al poco tiempo por segunda vez. Dios, sin embargo, le preservó, y aunque un tío suyo quiso decidirle a contraer un ventajoso matrimonio, el joven Lucas Antonio se negó a ello resueltamente, sintiendo renacer en su corazón el deseo de volver a abrazar la vida religiosa.

Esta victoria sobre el mundo le atrajo nuevas gracias y bendiciones del cielo, porque al año siguiente (1690) entró en el noviciado capuchino de Belvedere, y vistió el hábito por tercera vez. El tentador volvió a presentar batalla exagerándole los rigores de la vida monástica, pero ya escarmentado el novicio, corrió a postrarse a los pies de un crucifijo, suplicando a Cristo redentor, entre sollozos y lágrimas: «¡Sálvame, Señor, que perezco!» Oyó entonces una voz que le decía: «Imita al hermano Bernardo de Corleón». Era éste un santo lego, capuchino como él, fallecido en 1667. A ejemplo suyo, nuestro novicio castigó su cuerpo todas las mañanas. Así fortificado con la oración y la penitencia, el hermano Ángel —por tal nombre mudó el suyo de Lucas Antonio— permaneció inquebrantable; y, ¡al fin!, una vez terminado el noviciado, pronunció los votos solemnes en 1691.

«Si alguien quiere venir en pos de mí —dijo el Señor—, tome su cruz y sígame». Fray Ángel estaba dispuesto a abrazarse a la cruz resueltamente, sin parar mientes en las austeridades que asustan al cuerpo, pero que tanto benefician al alma. Todos los viernes se frotaba la lengua con hiel y acíbar, para sentir amargor durante el día. Diariamente se disciplinaba sin compasión, y bajo el hábito introducía ortigas, según decía, «a guisa de calmantes», además del cilicio que constantemente llevaba. Estas mortificaciones no le impedían estar siempre sonriente y satisfecho; incluso parecía que su habitual alegría era efecto de sus austeridades.

En cuanto hubo profesado, fue enviado por los superiores a diferentes conventos para cursar filosofía y teología, ciencias en que hizo rápidos progresos, pero sus humildes y fervorosas plegarias se encaminaban sobre todo a obtener la verdadera sabiduría y la ciencia de los santos. Un fraile hubo que en cierta ocasión creyó ver que la celda del hermano Ángel se iluminaba con maravilloso resplandor y que aquella luz llenaba la casa.

Tras una preparación de once años de estudios y mortificaciones, fray Angel fue llamado al sacerdocio. Ordenado presbítero a fines de 1701, dio este paso con temor y temblor, después de haberse preparado con muchas oraciones y prometiendo trabajar con todas sus fuerzas en la difusión del reino de Dios. Su amor a Jesucristo se alimentaba diariamente en el fuego inextinguible de la Sagrada Eucaristía; tan íntima llegó a ser su unión con Jesucristo, que era frecuente verle arrobado en éxtasis después de la consagración; entonces su cuerpo aparecía como inflamado. No subía al altar sin haberse entregado antes a la oración y a la penitencia por espacio de una hora; para él no había cosa más dulce que hablar del Santísimo Sacramento; le bastaba decir unas palabras sobre la Sagrada Eucaristía para caer en éxtasis. El amor divino encontraba estrechos los límites de su corazón; tanto amenazaba con salir de él que a las veces tenían que derramar agua fría sobre su pecho para templar los ardores que le abrasaban. Era, sí, el amor que le consumía, un amor no distinto del que en otro tiempo consumiera el corazón del Serafín de Asís, haciéndole exclamar como un loco, por los bosques de la Umbría: «¡El amor no es amado!»

Jesús, en retorno, le favoreció con varias apariciones, especialmente en el convento de Rossano, y en 1722 en Paterno. Aparecía en forma de niño y conversaba familiarmente con él. Sin embargo, en cierta ocasión observó el santo que del semblante del Niño salían rayos de majestad que le hacían estremecer. «¡Dios mío, Dios mío! —exclamaba—, si, con ser tan grande vuestro amor, os mostráis así, ¿cómo seréis cuando, sentado en vuestro tribunal, nos juzguéis?»

Al amor a Nuestro Señor, juntó el padre Ángel una ternísima devoción a la Santísima Virgen, por la que el Hijo de Dios —como canta Santo Tomás en el himno *Verbum suprenum*— se

hizo «nuestro hermano, nuestro alimento, nuestro rescate y nuestra recompensa». Cuando oía el nombre de la bendita Madre, o veía alguna de sus imágenes, hacía una profunda reverencia. Como buen franciscano, sentía particular placer en hablar de la Purísima Concepción.

Logró hacer de su vida una oración continua; acudía antes que nadie al Oficio divino y salía el último del coro; en los caminos, en las plazas públicas, en las casas particulares, en todas partes oraba. De su corazón salían inflamados suspiros de amor. Como le preguntasen cierto día la razón de aquellos suspiros, respondió: «No puedo pensar en Dios sin que sienta mi corazón a punto de romperse».

Hubiera querido no tener más ocupación que rezar, y no salir de su celda más que para ir a la iglesia; pero los superiores, que conocían sus virtudes y talentos, le dedicaron al ejercicio de la predicación. Comenzó su labor apostólica en la Cuaresma de 1702, en San Jorge; se preparó con gran esmero para salir airoso de su cometido, y escribió puntualmente todos sus sermones; pero, a pesar de su prodigiosa memoria, a poco de subir al púlpito advirtió que perdía el hilo de sus ideas, y aun llegó al extremo de tener que descender de la sagrada cátedra sin acabar su sermón. Como es de suponer, regresó a su convento lleno de tristeza; rogó al Señor le diera a conocer la causa de aquella repentina incapacidad, que él juzgaba un obstáculo para el bien en las almas, y escuchó una voz: «Nada temas; yo te daré el don de la palabra». «¿Quién sois?» —preguntó el misionero—, y en aquel momento se conmovieron las paredes de su celda a impulsos de un misterioso temblor... Cual otro Moisés en el monte, oyó esta respuesta: «"Yo soy el que soy", y te ordeno que prediques en estilo sencillo para que todos puedan entenderte».

Destruyó entonces los sermones que con tanta elegancia de estilo había escrito, y se prometió no consultar en adelante otros libros que la Biblia y el crucifijo. No tuvo que arrepentirse de su determinación, porque poniendo a contribución el don de sabiduría que había recibido del cielo, sacaba de la Sagrada Escritura tan sabias enseñanzas y aplicaciones tan oportunas que uno de los hombres más sabios de su época, monseñor Perimezzi, obispo de Oppido, decía lleno de admiración: «No se-

ría yo quien me atreviera a explicar un texto de la Biblia delante del padre Ángel».

La suya fue, en adelante, una predicación simple y ardiente, despojada de retórica y acompañada de milagros, que tuvo un grande y benefico influjo especialmente entre el pueblo del campo de la Italia meridional. En recuerdo de sus misiones, dadas continuamente, solía erigir un Calvario formado por tres cruces. Cuando estaba en el púlpito las ideas le venían sugeridas en abundancia como por inspiración divina. Las primeras diócesis por él evangelizadas fueron: Cosenza, Rossano, Bisignano, San Marco, Nicastro y Oppido Lucano. Mientras predicaba en esta última ciudad apareció sobre su cabeza una estrella luminosa que fue admirada por todos los presentes. Otras veces, mientras predicaba, fue visto elevado sobre la tierra, o rodeado de luz celestial. Otras, se vio una blanca paloma posarse sobre su cabeza

Los frutos de su predicación fueron admirables Asombra el número de conversiones que logró; pero aún son más asombrosas las circunstancias que a muchas de aquellas conversiones acompañaron. La marquesa de Bisignano, dama de vida demasiado mundana, conmovida oyendo predicar al padre Ángel, se disciplinó en público para expiar sus pasados extravíos. Los más terribles blasfemos, al oírle exponer la malicia del pecado, se postraban en tierra pidiendo misericordia, y los disolutos se presentaban a él cubiertos de ceniza y en habito de penitentes. El padre Ángel los acogía con bondad y los despedía con la gracia de Dios en el alma y la alegría en el corazón.

El demonio, envidioso de estos éxitos, varias veces intentó hacerlo interrumpir las tandas de predicación. Pero... sus planes fracasaban. Como en Nápoles, el año 1711, cuando un incidente contribuyó a multiplicar los frutos de la misión. El cardenal arzobispo llamó al célebre capuchino para la predicación cuaresmal en la iglesia de San Eloy. El lenguaje llano y sencillo del misionero decepcionó a los napolitanos, que esperaban de él mayor elocuencia, por lo cual poco a poco dejaron de acudir a las pláticas; la iglesia quedó casi desierta desde el tercer día. Poco satisfecho el cura del escaso exito del orador, le despidió con mucha política. El siervo de Dios tomó su bastón de viajero y salió de Napoles sin decir una palabra; mas enterado el cardenal de su partida, despachó a un mensajero para que le hiciera

volver a la ciudad. El santo predicador obedeció al prelado con la misma prontitud que al párroco. Por mandato del cardenal subió de nuevo al púlpito. Ahora la iglesia estaba llena de fieles, quizá porque la noticia de su inesperada partida y el empeño que mostraba el cardenal en que siguiera predicando, picó la curiosidad de las gentes, si es que no se arrepintieron de su descortesía. Aunque... no pocos acudieron al templo saboreando también el insano placer de burlarse del predicador. Éste, sin dar muestras de acordarse de su fracaso, predicó en el estilo llano que acostumbraba, y cuando acabó el sermón, hizo a su auditorio la recomendación siguiente: «Hermanos míos, os pido que recéis un *Padrenuestro* y un *Avemaría* por el alma del que al salir de la iglesia ha de ser víctima de un terrible accidente». La mayoría le tachó entonces de fanático y visionario. Algunos, muy pocos, dieron fe a la amenaza del misionero. Entretanto comenzó el público a salir del templo, y todos vieron caer a un hombre en medio de la plaza como herido por un rayo. Era uno de los que, alardeando de despreocupación, se había entretenido en glosar con groseras burlas los sermones del padre Ángel, y que había ido a la iglesia para mofarse del predicador. A partir de aquel día, toda la ciudad acudió en masa a los sermones con muestras de gran compunción. Las conversiones fueron muchísimas.

En 1738 recibió el encargo de predicar en San Germano, territorio de la abadía del Monte Casino. La ciudad daba a la sazón el repugnante espectáculo de la más desenfrenada lujuria. En vano el misionero habla de Dios, apela a su justicia, recuerda la fealdad del vicio y amenaza con los tormentos del infierno, porque nadie le escucha. Ante un endurecimiento tan pertinaz, nuestro Beato exclama al trasponer sus muros: «¡Oh, ciudad maldita! ¡No quieres convertirte, pero en castigo de tu contumacia, perecerás esta noche como Sodoma y Gomorra!» Y así fue, pues la aurora del siguiente día alumbró los escombros de la ciudad, destruida en pocas horas por un violento incendio. El padre Ángel obtuvo de Dios el fin de aquel azote con la oración fervorosa y la penitencia; presenciaron el milagro el abad y numerosos testigos.

Se conmovía ante los dolores y tribulaciones que Jesús había pasado para salvar a los hombres. El mismo Redentor se le ma-

nifestó algunas veces clavado en la cruz cubierto de heridas y sangre. Un día, meditando en la Pasión en el convento de Acri, sintió repentinamente en el corazón un dolor agudísimo, como si se lo hubieran atravesado con una espada, y no pudo reprimir los sollozos. Entonces vio a Jesucristo con el cuerpo ensangrentado y desgarrado por la flagelación.

— ¿Qué deseas?, le preguntó el Maestro.

— Señor, mi voluntad es la vuestra, respondió el discípulo.

Desapareció la visión, pero desde entonces el beato sintió con variaciones de intensidad el mismo agudo dolor en su corazón.

De 1717 a 1720, el padre Ángel fue ministro provincial de Cosenza. Regla viva de sus inferiores, en todo daba ejemplo de la más completa abnegación. Barría la cocina, hacía las camas de los enfermos, curaba sus llagas, y servía a los huéspedes del convento. Sobre todo, exhortaba a sus hijos espirituales a entregarse confiados en brazos de la Providencia; y, para que mejor entendieran sus enseñanzas, daba a los pobres cuanto le parecía superfluo, sin preocuparse por el porvenir.

Se creía obligado a servir a los Hermanos, se llamaba a sí mismo «él último de todos, el más ignorante de los hombres, y un miserable, dos veces desertor del convento». Aceptaba las afrentas con la mayor alegría. Cuando un villano le insultó en la plaza pública llamándole «ignorante», no acertó a vengarse de otra manera que echándose a sus pies para besarlos. Y si alguna vez le apedreaban, daba gracias a Dios. De 1727 a 1729 vivió el padre Ángel, con el consentimiento del papa Benedicto XIII, en casa del príncipe de Bisignano, y cuando éste le daba muestras de respeto, decía el humilde capuchino: «Acuérdate de que soy hijo de un cabrero».

Pero cuanto más se humillaba a sí mismo, tanto más le engrandecía Dios. De todas partes, incluso del extranjero, acudía la gente a pedirle consejo, los obispos se encomendaban en sus oraciones; las muchedumbres besaban sus manos y cortaban pedazos de sus vestidos para guardarlas como reliquias.

Dios le otorgó el don de milagros. Nada resistía a su fervorosa oración: ni el demonio, ni el fuego, ni el agua, ni los insectos dañinos, ni las enfermedades cualesquiera que fueran. Libró

del demonio a muchos posesos, entre otros a una persona atormentada del espíritu maligno desde hacía diez años. Tuvo también el don de profecía: muchas personas murieron en gracia de Dios por haber dado fe a las palabras con que el padre Ángel les anunciaba su próximo fin.

El día en que las tropas del príncipe Eugenio de Saboya —16 de agosto de 1717— libraban del dominio turco la ciudad de Belgrado, salió el Padre de su celda exclamando: «Echad las campanas a vuelo, cantemos el *Te Deum,* demos gracias a Dios, que merced a la intercesión de la Santísima Virgen, los cristianos han derrotado a los turcos en Belgrado». La victoria —se supo después— había sido justamente a esa hora.

Seis meses antes de su muerte le sobrevino la ceguera; pero, inexplicablemente, recobraba la vista para rezar el Oficio divino y celebrar el santo Sacrificio de la Misa. Finalmente, unos días antes de entregar su bendita alma al Criador, dijo al religioso lego que le servía: «Hermano, saldré de este mundo el viernes por la mañana al despuntar el alba». El día 24 de octubre de 1739 cayó enfermo y recibió la Extremaunción. Ante un supremo esfuerzo del maligno para vencerle, el moribundo, sacando fuerzas de su debilidad, exclamó con severo acento: «Retírate, Satanás». Expiró el 30 de octubre, a sus setenta años, sellando sus labios los dulces nombres de Jesús y de María.

Su cuerpo, que exhalaba suave olor, fue inhumado el primero de noviembre en la iglesia del convento. León XII lo beatificó el 18 de diciembre de 1825; su oficio propio, aprobado en 1833, se insertó en el *Breviario de los Hermanos Menores Capuchinos.*

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BONAVENTURA DA ARENZANO, OFMCap, «Angelo da Acri», en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) 1234-1235.

GIACOMO DA BELMONTE, OFMCap, *Il beato Angelo e la Vergine Addolorata* (Roma-Nápoles 1884).

— *Compendio della vita del Beato Angelo* (Roma 1894).

LECHNER, P., *Leben der Heiligen aus dem Ordern der Kapuziner,* II (Múnich 1864) 119-182.

Ricordo del II Centenario della morte del B. Angelo (Cosenza 1940).

El santo de cada día, V (Zaragoza 1955).

ZACCARIA DA SICIGNANO, OFMCap, *Vita del Beato Angelo, scritta dal procuratore generale dell'Ordine* (Roma 1825).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS CLAUDIO, LUPERCIO Y VICTORIO

Mártires († 303/304)

Estos mártires dieron su testimonio en la ciudad española de León, cuya diócesis sigue celebrando su memoria. La *passio* más antigua, que debe datarse en el siglo XI, los muestra como soldados que dieron la vida por la fe siendo presidente Diogeniano. Otra *passio* más reciente los hace hijos de San Marcelo, hecho a su vez natural de León. Fernando I de Castilla y León hizo trasladar sus reliquias a León, a la basílica de San Isidoro, y en 1173 fueron llevadas al altar mayor de una iglesia dedicada a su memoria. En 1834 pasaron a la iglesia de San Marcelo.

BEATA BIENVENIDA BOLANI

Virgen († 1292)

Nace en Cividale de Friuli el 4 de mayo de 1255, hija del señor de la ciudad, que esperaba un hijo varón pero tuvo en ella su séptima hija. Pero la recibió bien y la llamó Bienvenida. Criada en un ambiente cristiano, dio desde pequeña señales de su inclinación religiosa. A los 11 años hizo voto de virginidad y se dedicó a Dios por completo, pero no ingresó en un monasterio sino que se quedó en casa e hizo en ella los deberes ordinarios. Ingresó en la Tercera Orden de Santo Domingo, y habiendo estado muy enferma acudió al sepulcro del santo en Bolonia y volvió curada. Tuvo vida de altísima oración y espíritu de penitencia y le concedió el Señor señaladas experiencias místicas. Tuvo una larga enfermedad en la que se purificó y adhirió por completo al Señor. Murió el 30 de octubre de 1292 y su culto fue confirmado el 6 de febrero de 1765.

BEATO JUAN SLADE

Mártir († 1583)

Este mártir inglés nació en Ewlss en el seno de una familia católica en 1549. Estudia en el «New College», de Oxford, don-

de llegó a ser miembro perpetuo, pero como su religión le causaba dificultades se marchó a Douai y allí estudió derecho, volviendo a Inglaterra en 1578 y ejerciendo como maestro de escuela. En 1580 fue acusado de ser católico y, por ello, detenido y encarcelado. El tribunal lo condenó a muerte, pero fue dejado en la cárcel sin ejecutar. Hubo entonces un segundo proceso, en el que tuvo una discusión, que se hizo célebre, con el deán de Winchester. Condenado nuevamente a muerte, se le dejó en la cárcel los años siguientes hasta que se fijó un día para su ejecución en Andover. Se mostró sereno, invocó el nombre de Jesús y recibió el martirio, siendo ahorcado, destripado y descuartizado.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO TERENCIO ALBERTO O'BRIEN

Obispo y mártir († 1651)

Nació en Cappamore (Irlanda) el año 1601. Era descendiente de la antigua casa real irlandesa. En 1621 ingresó en la Orden de Predicadores en el convento de Limerick y pasó a España para hacer los estudios en Toledo. Estando en España se ordenó de sacerdote en 1627. Recibió una magnífica formación en teología y cánones así como en el espíritu misionero y ascético de su Orden. Volvió a Irlanda y se acreditó entre sus compañeros de hábito que lo eligieron prior de varias casas y, repetidamente, provincial. Por serlo marchó a Roma y asistió al capítulo general de 1644, donde recibió el título de «Maestro en teología». Acreditado ante el papa Urbano VIII, que conocía su magnífica preparación y celo apostólico, el pontífice lo designó obispo de Emly, consagrándose el año 1648. Volvió a Irlanda y con toda valentía y entereza se entregó al cumplimiento de sus deberes pastorales, conquistando el amor de sus fieles.

Estaba en Limerick cuando Luis Ireton cercó la ciudad, que hubo finalmente de rendirse. El obispo fue hallado en el lazareto prestando sus servicios a los enfermos. Fue arrestado y se le ofreció dinero para que se marchara de la ciudad, pero él se negó. Entonces fue condenado a muerte por la corte marcial.

Con serenidad y prudencia habló al pueblo palabras de exhortación antes de ser ejecutado. Padeció martirio el 30 de octubre de 1651.

Fue beatificado el 27 de septiembre de 1992 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JUAN MIGUEL LANGEVIN
Presbítero y mártir († 1794)

Nació en Ingrandes-sur-Loire (Francia) el 28 de septiembre de 1751. Se decidió de joven por la vocación sacerdotal y se ordenó de sacerdote, sirviendo a la Iglesia como párroco de Briollay. Se negó a jurar la constitución civil del clero, por lo que fue separado de su parroquia. Optó por la clandestinidad y ejerció el ministerio valientemente hasta que fue liberado por los vandeanos. Pero vencidos éstos y, llegada la época del terror, fue arrestado, condenado a muerte y guillotinado en la plaza de Angers el 30 de octubre de 1794.

Fue beatificado el 19 de febrero de 1984 por el papa Juan Pablo II.

BEATA MARÍA RESTITUTA ELENA KAFKA
Virgen y mártir († 1943)

Según el *Index* de la Congregación de las Causas de los Santos (1999, p.542), y asimismo según el breve de su beatificación (*AAS* 91 [1999] 603), el martirio de esta religiosa tuvo lugar el 30 de marzo, y por ello en dicho día dimos su biografía y a ella remitimos (cf. *Año cristiano. Marzo,* 552-553). Pero el *Martirologio romano* sitúa su memoria el 30 de octubre. Creemos, modestamente, que por error.

BEATO ALEJANDRO ZARYCKYJ
Presbítero y mártir († 1963)

Nace el 17 de octubre de 1912 en la región de Lvov, en el pueblo de Bilche, en una familia uniata. Se decide por el sacer-

docio y, tras los oportunos estudios, se ordena como presbítero de la archieparquía de Lvov el 7 de junio de 1936. A continuación ejerció el cargo de párroco en Strutyn y luego en Zarvanytsia, siendo un sacerdote lleno de piedad y celo. Durante la II Guerra Mundial fue trasladado a la población de Riasna Ruska (Lvov), donde las autoridades lo arrestan el año 1948 acusándolo de actividades contra el Estado. Fue condenado a ocho años de exilio que hubo de pasar en Karaganda (Kazajstán). El 10 de abril de 1956 fue excarcelado gracias a una amnistía general, y entonces se dedicó a la organización y atención de comunidades católicas clandestinas, que, pese a la prohibición oficial de la existencia de la Iglesia uniata, seguía habiendo, y su zona de trabajo pastoral fue Halychyna y Karaganda. El 9 de mayo de 1962 lo arrestaron nuevamente y lo volvieron a condenar, esta vez por *vagabundeo,* a dos años de cárcel. Llevado al campo de concentración de Dolinka murió en el hospital del campo el 30 de octubre de 1963.

Fue beatificado el 27 de junio de 2001 por el papa Juan Pablo II en su viaje apostólico a Ucrania.

31 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Alejandría (Egipto), San Epímaco Pelusiota († 250), mártir.
2. En Vermand (Galia), San Quintín († s. III), mártir.
3. En Fosses (Brabante), San Foilano († 655), presbítero y abad *.
4. En Milán (Lombardía), San Antonino († 661), obispo *.
5. En Ratisbona (Baviera), San Wolfgango († 994), obispo **.
6. En Cahors (Aquitania), Beato Cristóbal de Romagnola († 1272), presbítero, de la Orden de Menores *.
7. En Rieti (Sabina), Beato Tomás Bellaci de Florencia († 1447), religioso franciscano *.
8. En Youghal (Irlanda), Beato Domingo Collins († 1602), religioso jesuita, mártir *.
9. En Palma de Mallorca, San Alonso Rodríguez († 1617), religioso jesuita **.
10. En Piotrków Kujawski (Polonia), Beato León Nowakowski († 1639), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN WOLFGANGO

Obispo († 994)

Curiosa portada para una filiación. Que *Wolfgango* más que a nominación cristiana sonaba a mote. A identificación insultante. Raro nombre de pila. Natural. Pues la etimología germánica, en versión española, proclama: *que camina como un lobo.*

Cuentan que, de pequeño, los compañeros se le reían. Que fue motivo de mofa entre sus condiscípulos. Y es posible que el niño viviera no pocos enfados y disgustos.

Pero, molesto o no el nombre, el caso es que el protagonista de nuestra mini historia llegaría a agradecerlo. Pues, graciosamente, parangonándose con el feroz animal, contrastaba en comentarios familiares: «Sólo que yo corro detrás de las ovejas para alimentarlas y no para matarlas». ¡Y quién podía soñar que acabaría prestigiando y popularizando *Wolfgango.* Lo llevaron Goethe, Mozart y tantos.

Leyendas y fábulas aparte, Wolfgango Pfullingen se abrió a la vida, en el seno de una familia condal de la hermosa Suabia, en la geografía sureña alemana; digamos que rebasado el primer cuarto del siglo X. En torno al 930. Más concretos no podemos ser, pues el año de nacimiento, en las crónicas de la época, baila entre 924 y 937.

Despertó con una inteligencia precoz. Y brillante. Ya estallada en la tierna infancia. Y con cuidado atendida familiarmente. Que los padres, naturalmente, quisieron lo mejor para su hijo.

Indiscutiblemente la primacía entre las opciones escolares de la época, en el normal marco geográfico, la ofrecía la llamada «isla monástica de Richenau». La famosa superficie sólida en el lago de Constanza, aguas compartidas por Alemania, Suiza y Austria; con mayor tajada ribereña germánica. Con sus tres famosas iglesias románicas. Y aún ahora, resistentes al sol, a la lluvia, a los vientos, en pie restos del histórico cenobio benedictino medieval —erigido en 724—; espiritual, intelectual y artísticamente prestigiado en sus tiempos, semillero de doctos y santos pastores evangélicos.

Los monjes, en consecuencia, fueron los encargados de la educación del muchacho, iniciado en el conocimiento y la familiarización con las primeras letras por un virtuoso y culto eclesiástico de la región. ¡Felices años de Wofgango en Reichenau! Alumno aprovechado. Esmerado en la piedad y en el estudio, formándose intelectual y espiritualmente. Allí tuvo la oportunidad de conocer, paladear y amar el retiro y el silencio monacales. Y gozándolos justamente estaba cuando una amistad le mudó de aulas y de centro docente. Le arrastró Enrique de Babenberg. Cuando el entrañable condiscípulo, a instancias de su hermano el obispo Poppo, titular de la sede de Wurzburgo, dejó la abadía para hacerse cargo de la escuela diocesana local. Sus sueños por los suelos.

Es verdad que costó convencer a Wolfgango. Hubo que empeñarse mucho. Pero dio el brazo a torcer.

Wurzburgo, cuya fortaleza, reinante majestuosa en la colina de Marienberg, era residencia del obispo príncipe, a la sazón tenía cátedra un tal Esteban de Novara. Un italiano de singular erudición pero muy pagado de sí mismo y no muy afortunado en la claridad y en la precisión de sus exposiciones académicas. Al menos a juzgar por el comportamiento de no pocos alumnos. Quienes frecuentemente, necesitados de mayor y más exacta explicación, acudían al condiscípulo Wolfgango, y ahí estaba él. Pues era de dominio público escolar que el aventajado suabo solucionaba tales apuros. Intelectualmente capacitado y siempre dispuesto a echar una mano al prójimo.

Naturalmente aquella no intencionada competencia podía molestar. Desagradó y molestó al tal maestro Novara. A quien, profundamente herido en su amor propio, no le tembló la voz para dictar la expulsión del alumno. Wolfgango, el mejor de sus discípulos, expulsado de clase. Y no por un día o una semana. Ausencia académica definitiva. Diríase que por «sabiondo»; pero, en absoluto, nada de presunciones ni de honrillas. Simple compañerismo escolar. Menos mal que el castigado tenía facultades de sobra para seguir por su cuenta los estudios.

Total que Enrique de Banberg había logrado robarle a la paz isleña y monacal de Reichenau, sentándole en los pupitres diocesanos, que resultarían más que incómodos, de Wurzburgo, donde nuevamente juega la amistad.

En el año 956, cuando la promoción del director escolar diocesano a la sede episcopal de Tréveris, Enrique volvió a instar. Y Wolfgango reincidió en el seguimiento. A la ciudad cortesana y cuna de electores imperiales, posiblemente la más antigua de Alemania. Convertido en flamante deán catedralicio y encargado del colegio episcopal o, modernamente, seminario conciliar. Responsable, consiguientemente, de la formación del clero diocesano

Pero la honra, el ambiente académico, la docencia, la relación social no le iban. No le llenaban espiritualmente. Con todo, aguantó ocho años. Posiblemente hubiera soportado más de no ocurrir, en el año 964, la muerte del prelado amigo, víctima de una epidemia. Inesperada, brutalmente roto el lazo de la amistad se sintió plenamente libre y no resistió la tentación de la huída del mundo.

Levantó el vuelo y movió alas hasta llegar a la abadía suiza de Einsiedeln, que fue una enorme derivación benedictina del antiguo eremitorio de San Meinrado.

Einsiedeln, pintoresca población helvética, una treintena de kilómetros al sureste de Zurich, donde se abrazan los dos ramales acuáticos que integran el Rin alpino, línea fronteriza entre Suiza y Alemania. Casualmente el curso de la historia la convertiría en campo pastoral del reformador Zuinglio. Y bello e impresionante centro de peregrinación mariana que actualmente estira a suizos, italianos, austríacos y más devotos europeos de la popular «Virgen Negra».

De Tréveris, pues, a Einsiedeln donde Wolfgango vistió la cogulla benedictina. Donde, sobre todo, recuperó el sosiego interior. Aquella golosa paz de espíritu saboreada en los claustros de Reichenau, tan añorada. Y donde, en 971, el obispo Ulrico le ungió las manos, confiriéndole la potestad de consagrar y de perdonar.

Sí. Ocho años de gozada espiritual en la amada soledad y en el querido silencio de las montañas. Pero aún no había alcanzado la meta. El camino de Dios seguía. Siguió guiándole hasta internarle, en 972, en la Panonia; en el corazón de las estepas húngaras. Misionero, en mal momento histórico, entre los feroces y temibles paganos magiares.

Apostolado difícil, osado. Poniendo alma y cuerpo. Por poco tiempo pues al obispo, monseñor Pilgrim, le tentó el convencimiento de que la iniciada dedicación misionera era más que ingrata. En realidad era una labor en terreno yermo e incultivable. Y —cuenta el cronista Othlo— «le dolía que un varón de semejante talla consumiera sus fuerzas y se fatigase en un terreno estéril». Total, que lo habló con el monarca.

De sus comentarios con Otón II derivó, en las Navidades del 972, la consagración episcopal de Wolfgango. Por cierto, no fácilmente lograda. Que nuevamente costó los consabidos Dios y ayuda lograr que el joven presbítero, de vida limpia, todo menos amigo de dignidades y prebendas, aceptara la mitra. No fue débil empeño sentarle en la vacante sede episcopal de Ratisbona.

Ratisbona o Regensburg, la *Castra Regina* de los romanos, milenaria, con sus maravillosos centenares de metros de piedra volando el Danubio, la ciudad medieval alemana mejor conservada.

Volvemos a la vieja referencia: «En principio le costó mucho a Wolfgango aceptar el elevado cargo; mas luego [...] consagró a su obispado todo su amor y su solicitud».

Pastor celoso, con incontenible afán apostólico, entregado en cuerpo y alma a Dios y al prójimo. No sé cómo se las arreglaba pero, sorprendentemente, tenía tiempo para todo. Para impulsar la formación del clero secular. Para restaurar la docilidad monástica a la regla benedictina, particularmente en el cenobio de San Emerano, pero también en otras comunidades monásticas. Para cortar abusos y corregir costumbres en la disciplina eclesiástica. Para organizar. Para vitalizar la fe diocesana. Para corresponder a las demandas de consejo de los prelados vecinos. Para atender personalmente a la educación del futuro rey Enrique II o *el santo*. Para iluminar —compartiendo liderazgo con San Ulrico y San Conrado— la realidad social europea del siglo X. Y... para santificarse. Sumamente importante.

Empalma la tradición escrita:

> «Al clero regular y al secular les daba ejemplo de una piedad sólida y perseverante y de un santo celo por la cura de almas. ¿De

qué sirve la túnica de la santidad —decía a los frailes— si faltan las obras?»

Reformista y caritativo, el obispo de Ratisbona predicaba y ejemplarizaba. Continúa el cronista:

> «Wolfgango fue para los pobres un verdadero padre. Llamábales señores y hermanos suyos. Todos los días daba de comer en su propia mesa a multitud de personas necesitadas. En cierta ocasión en que la plaga del hambre se cebaba terrible en el país, mandó abrir los graneros episcopales y hacer distribuciones de trigo entre los pobres sin cobrar precio alguno».

Y más:

> «Un día se introdujo un mendigo en el interior de su morada y le robó las ropas de la cama, en cuya operación fue atrapado. Los servidores del obispo, llenos de indignación, le llevaron a presencia de éste, quien ordenó que le soltaran, alegando que sólo la pura necesidad le había empujado a cometer aquella acción».

Sí; comprensible e indulgente, preferentemente, hacia los más desvalidos; los más necesitados de comprensión e indulgencia, de cariño humano.

Total que el obispo Wolfgango dejó huella. Huella en la transformación de la vida clerical y de la realidad monástica diocesanas y más allá. Y eso que hubo de capear difíciles y complicadas circunstancias políticas. Participante en no pocas dietas imperiales y acompañante de Otón II, en el otoño de 978, en su campaña de París. Decididamente abanderado con el monarca frente a los enemigos exteriores. Metido en serio apuro cuando las discusiones entre el rey y el ambicioso duque Enrique de Baviera, apodado *el pendenciero,* se pusieron al rojo vivo; al borde de la guerra civil.

Compromiso mayúsculo que le puso en fuga, buscando refugio eremítico en una cueva, en la soledad rocosa y abrupta de Mendsee. En la región lacustre de los Alpes austríacos. No lejos de la ciudad. Donde se extienden las aguas del lago de San Wolfgango, moderna cita turística.

Fuera problemas. Soledad eremítica viviendo en oración y austeridad.

Cuentan, cuentan... que, descubierto por unos cazadores, hubo de regresar a la sede. Y, restaurada la paz entre los conten-

dientes, se hizo cargo de la educación de Enrique II. Quien —nieto de Carlomagno, apóstol pacificador y destacado promotor de la civilización occidental— ceñiría digna y santamente la corona en vano perseguida por su padre y su abuelo.

En otoño del 994 ignoraba el obispo de Ratisbona que estaba llegando al fin de sus días. Emprendió viaje y, fuera de casa, enfermó. Se sintió pero que muy mal en Peppingen, cerca de Linz, donde, sin fuerzas, se hizo acompañar a la iglesia. Tendido sobre el pavimento, al pie del altar, recibió la extremaunción. Sin intimidad. A la vista pública.

Como su gravedad había sido noticia local, los lugareños se agolpaban curiosos, y el clero, empeñado en impedirlo, ordenó cerrar la puerta. Entonces, Wolfgango, logrando incorporarse, suplicó:

> «Abrid y dejad que entre esta buena gente. El morir no es ninguna deshonra. La deshonra la trae sólo una mala vida. Mi Señor murió en la cruz, descalzo y desnudo, ante los ojos de todo el mundo».

Y, a la vista de eclesiásticos y pueblo, entregó su alma a Dios. Era la tarde del 31 de octubre del año de referencia. Sus restos mortales descansan en el convento de San Emerano, en Ratisbona.

Goza de popular devoción en la ciudad y en la geografía lacustre austríaca. Donde la pintoresca población homónima es precisamente la perla turística de la región. Con una pequeña iglesia de la segunda mitad del siglo XV, engastada en las dormidas aguas, que monumentaliza la vivencia eremítica y la memoria del prelado que fue lumbrera medieval europea.

Un templo que guarda, cual rico tesoro, un magnífico retablo obra de Michael Pacher. Una plasmación gótica artística del afamado maestro tirolés, combinando con maestría protagonismos históricos y legendarios de San Wolfgango. Representado distribuyendo trigo entre los pobres durante una hambruna, exorcizando a una posesa, calmando durante un sermón a los oyentes asustados porque el demonio ahumaba el templo, construyendo un edificio religioso.

Una vieja veneración correspondida canónicamente por León IX, en 1050, con la inscripción de Wolfgagno Pfullingen

en el santoral católico. Merecedor el obispo medieval de figurar entre los cristianos de primera división.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

El santo de cada día (Zaragoza 1948).
HUNERMANN, W., *El coro de los santos* (Barcelona 1955).
REAU, L., *Iconografía del arte cristiano. Los santos* (Barcelona 2002).
VILARRASA, E. M., *La leyenda de oro* (Barcelona 1847).

SAN ALONSO RODRÍGUEZ
Religioso († 1617)

Desaparecida su partida de bautismo, discuten los modernos biógrafos del Santo la fecha de su nacimiento, pareciendo casi seguro que éste tuvo lugar en Segovia el año 1533. Fue hijo de Diego Rodríguez y de María Gómez, dedicados al comercio de paños, y fue el segundo de los once hijos, siete varones y cuatro hembras, nacidos de este matrimonio. Cuando Alonso tenía doce años llegaron a Segovia dos de los primeros jesuitas, que se hospedaron en casa de Diego Rodríguez y, después de practicar su apostolado en la ciudad, se retiraron a una casa de campo. Durante todo el tiempo que estuvieron en Segovia tuvo el niño Alonso verdadera intimidad y trato con ellos, y los padres le enseñaron la doctrina cristiana, a rezar el rosario, a ayudar a misa y a confesarse.

Uno de estos padres era nada menos que el padre Fabro, y, aunque San Alonso olvidó sus nombres, recordó toda su vida y evocaba en su ancianidad estas enseñanzas recibidas en la niñez. Su padre envió a Alonso y a su hermano mayor a estudiar a Alcalá en el colegio de jesuitas allí fundado por el padre Francisco Villanueva, amigo de la familia, y a quien fueron encomendados los dos hermanos. No estuvo allí Alonso mas que un año, pues, fallecido su padre, la madre decidió que el primogénito continuase los estudios y Alonso regresase a Segovia para ponerse al frente del negocio paterno. Parece que el Santo no reunía grandes condiciones para el comercio, y el negocio iba cada día peor. Por consejo de su madre se casó con una joven

montañosa llamada María Juárez, que poseía algunos bienes de fortuna. De este matrimonio nacieron dos hijos, pero la desgracia perseguía a Alonso, que perdió primeramente a uno de los hijos y a su mujer. Ya viudo, se murieron el otro hijo y la madre del Santo, que así quedo solo.

Se produce entonces en su alma una profunda crisis, decidiendo entregarse a una nueva vida, que inicia con una confesión general hecha con el padre Juan Bautista Martínez, predicador de la Compañía. Después pasó tres años de rigurosa penitencia con disciplinas cotidianas, cilicio, ayunos, cuatro horas y media diarias de oración y comunión cada ocho días. En una de sus memorias escrita en 1604 (*Obras,* I, p.15-17) nos explica el santo cómo en esta época fue ascendiendo de la oración vocal a la oración extraordinaria y sobrenatural, iniciándose ya las visitas de Jesucristo y la Virgen, tan constantes durante el resto de su vida. Después de seis años de esta vida hace en 1569 cesión a sus hermanas de sus bienes y se va a Valencia en busca de su confesor, el padre Luis Santander, rector del colegio de la Compañía en esta ciudad, y con el propósito de ingresar en la misma. Para esto se presentaron dificultades casi insuperables: su edad, su falta de estudios, su poca salud.

El padre Santander lo colocó primero en casa de un comerciante, después de ayo de un hijo de la marquesa de Terranova. Vistas las dificultades para ingresar en la Compañía, y obedeciendo a la sugestión de un conocido en quien el Santo creía ver después una influencia diabólica, formo el propósito de dedicarse a la vida eremítica. Se produce entonces una crisis decisiva para su futura vida espiritual, pues, cuando dio cuenta al padre Santander de su proyecto, éste le dijo: «Me temo, hijo, que os perdéis, porque veo que queréis hacer vuestra voluntad». Ante estas palabras la conmoción de Alonso fue extraordinaria, haciendo allí mismo firme propósito de no realizar nunca su voluntad en los restantes días de su vida. Esto explica una de las notas características de la espiritualidad del Santo: la obediencia ciega y absoluta.

Finalmente, todas las dificultades para el ingreso de Alonso en la Compañía fueron vencidas por la decisión del padre Antonio Cordeses, uno de los grandes espirituales jesuitas y provin-

cial a la sazón, que dijo que «quería recibir a Alonso Rodríguez en la Compañía para que fuese en ella un santo y con sus oraciones y penitencias ayudase y sirviese a todos». Fue admitido en 31 de enero de 1571. En este mismo año, el 10 de agosto, llegaron a Palma, enviados desde Valencia para ingresar en el colegio de Monte Sión, dos padres y un hermano. Era éste el hermano Alònso Rodríguez, que desde este momento residió en Monte Sión, desarrollándose allí todos los acontecimientos de su vida religiosa. En 5 de abril pronunció sus votos del bienio o votos simples. Doce años más tarde, en 1585, también en 5 de abril, hizo sus últimos votos de coadjutor.

En este lapso de tiempo entre los dos votos hay que situar el período más duro y doloroso de su vida espiritual: los siete años llenos de sufrimiento y de terribles tentaciones, que el Santo nos relata en sus escritos. A partir de 1572 se hizo cargo del puesto de portero, que desempeñó sin interrupción durante más de treinta años, hasta mediados de 1603. Según nos relata el padre Colín, habiendo pasado ya de los setenta y dos años:

> «Consumida su salud con la lucha perpetua de su carne y espíritu, y quebrantadas las fuerzas [...], advirtiendo los superiores que no tenía sujeto para tanto trabajo ni pies para tantos pasos, habiéndole eximido primero de subir escaleras y otras cargas pesadas del oficio, se lo hubieron finalmente de quitar todo y encomendaron otros más llevaderos [...] Y esto hasta el año 1610, que los siete restantes ni para esto estuvo».

Un conjunto de enfermedades le obligó en el año 1617 a guardar cama, no levantándose ya más, falleciendo en medio de acerbos sufrimientos en 31 de octubre de 1617 con el nombre de su amado Jesús en los labios.

En la manuscrita Historia de Monte Sión se nos cuenta cómo desde 1635 se inició con limosnas la construcción de una capilla de traza y arquitectura «curiosa y magnífica» para, además de a otros servicios religiosos, destinarla a guardar en ella el cuerpo del venerable hermano Alonso Rodríguez. Esto no se realizó sino mucho después. Hasta 1760 no declaró Clemente XIII heroicas sus virtudes. La causa de beatificación del hermano Alonso fue interrumpida en razón de las vicisitudes sufridas en esta época por la Compañía con las persecuciones, que

culminaron en la supresión, llevada a cabo por el papa Clemente XIV. El proceso se activó cuando en 1816 Pío VII restableció la Compañía y los padres volvieron al colegio de Palma en 1823. El 25 de mayo de 1825 León XII le proclamaba beato y, finalmente, León XIII, en 15 de enero de 1888, canonizó al Beato Alonso Rodríguez al mismo tiempo que a su amado discípulo San Pedro Claver, el apóstol de los negros esclavos.

El conjunto de los opúsculos de San Alonso no obedece a un plan sistemático, pero pueden clasificarse en tres grupos, conforme a los fines para que fueron escritos: *a)* consejos espirituales, que el Santo daba por escrito, unas veces espontáneamente, otras atendiendo peticiones, y estos papeles fueron tan solicitados que los superiores llegaron a prohibir su salida del convento sin su autorización; *b)* notas en las que el santo recogía sus inspiraciones para tenerlas presentes y conseguir su progreso espiritual, denominándolas *Avisos para mucho medrar; c)* la cuenta de conciencia, que, obedeciendo a sus superiores, debía dar periódicamente por escrito, de las gracias recibidas de Dios, de su espíritu, de sus sentimientos. Así se formó su *Memorial* o *Autobiografía,* que, empezada en mayo de 1604, llega hasta junio de 1616. El conjunto de los escritos reproducidos en la edición del padre Nonell está constituido por trece cartapacios en cuarto y cinco en octavo. Los elementos antes indicados están agrupados formando algunos trataditos. Por ejemplo: *Tratadito de la oración, Tratado de la humildad..., Amor a Dios..., Contemplación y devoción a la Virgen, Avisos para imitar a Cristo,* etc. Si a esto añadimos las cartas, tenemos el panorama de la producción literaria del Santo. La manera de escribir, que hemos indicado, dio ocasión a numerosas repeticiones de conceptos e ideas, como puede comprobarse en la copiosa edición del padre Nonell. Para remediar este inconveniente elaboró el padre Borrós su *Tesoro ascético,* donde en solas 183 páginas recoge lo fundamental de la producción del santo. Finalmente, su doctrina ha sido plenamente sistematizada en la obra del padre Tarragó.

San Alonso, que escribió por estricta obediencia sus confesiones más íntimas, nunca habla de sí, refiriéndose siempre a una cierta persona, cuyas vicisitudes espirituales se relatan. Dentro de la Compañía la obra de San Alonso puede ser

considerada como el símbolo y modelo de la espiritualidad de los hermanos coadjutores, que, alcanzando la santidad con sus trabajos humildes y obscuros, representan una especial faceta del apostolado y espiritualidad del organismo a que pertenecen.

Aunque ningún aspecto de las etapas y manifestaciones de la vida espiritual dejan de tener su representación en el conjunto doctrinal de los escritos del santo, creo que tres notas principales se destacan como las más características y personales de esta espiritualidad: el ejercicio permanente para lograr la constante y auténtica familiaridad con Dios, la ciega obediencia y profunda abnegación de sí mismo, el amor y deseo de la tribulación, que el santo consideraba el mayor bien que se puede recibir de Dios. Desde aquella promesa que hizo al confesarse en Valencia con el padre Santander, el santo consideró la ciega obediencia como el primer deber. Él mismo, hablando de sí dice: «Lo que le pasa a esta persona con Dios sobre esta materia de la obediencia es que era tan cuidadosa en obedecer a ciegas que un padre le dijo que obedecía a lo asno». Se cuentan de él sucedidos que recuerdan por su ingenua simplicidad los relatos referentes a los humildes compañeros de San Francisco de Asís. En una ocasión, hallándose enfermo, el enfermero le lleva la comida, ordenándole de parte del superior que coma todo el plato. Cuando regresa el enfermero le encuentra deshaciendo el plato y comiéndoselo pulverizado.

Los beneficios de la tribulación los expuso San Alonso en un encantador escrito titulado *Juegos de Dios y el alma.* Un breve texto nos explica las ganancias del alma beneficiándose con la tribulación.

> «Y el juego es de esta manera: que juega Dios con el alma, su regalada y querida, y el alma con su Dios, al cual ama con amor verdadero, y juega con él a la ganapierde. Y es que, perdiendo en esta vida, según el uso del mundo, gana ella; y es que permitiendo Dios que sea maltratada, perdiendo, gana, callando y sufriendo el mal tratamiento, no se vengando, como se venga el mundo».
>
> «Pasa adelante el juego, y es que el alma va siempre perdiendo de su derecho, según su carne y el mundo le enseña; y así, perdiendo, gana, porque, si ganase según el mundo y la carne le enseña, quedaría perdida. ¡Oh juego enseñado por Dios al alma, cuan digno sois de ser ejercitado!»

El santo escribe en el sabroso castellano popular y corriente de la época y sin pretensiones literarias. A veces logra páginas de verdadera belleza, cuando expone doctrinas por las que siente apasionado entusiasmo: tal ocurre al explicar los frutos que se obtienen con el Ejercicio de la presencia de Dios:

> «Pues así como todas las plantas y criaturas de la tierra, con la comunicación y presencia del sol reciben de él gran virtud y las causa que crezcan y den fruto, así las almas que andan siempre en la presencia de Dios reciben de este Señor gran virtud y es causa que crezcan y den gran fruto de virtudes y buenas obras, enseñándolas grandes cosas de perfección. Y si las flores, y rosas, y los árboles reciben de parte del sol con su presencia y comunicación tanta hermosura y lindeza, y si él les faltase pondrían luto, como si fuesen sensibles. Como se ve en algunos géneros de rosas o flores, que cuando el sol quiere salir dan muestra de alegría descubriendo su hermosura y belleza con la venida y presencia del sol, que parece que le salen a recibir alegres; y cuando el sol se va de su presencia parece que ponen luto, porque luego cubren su hermosura, que parece a nuestra tristeza, por su ausencia, hasta que vuelva y le salgan a recibir con su acostumbrada hermosura y alegría; así, ni más ni menos, el alma que no reside y anda delante de su Dios, ¿cómo vivirá con tanta tristeza? ¿Quién alegrará su corazón? ¿Quién dará luz a su entendimiento? ¿Quién la encenderá en el amor divino?» (*Obras,* III p.493).

Pero la verdadera influencia espiritual no la ejerció San Alonso Rodríguez con sus obras, que permanecieron inéditas hasta el siglo XIX. El humilde y santo portero de Monte Sión fue durante su vida un foco radiante de espiritualidad. Dentro del convento los superiores, so pretexto de poner a prueba su obediencia, le obligaban a pronunciar pláticas en el refectorio y a contestar a consultas sobre temas arduos de doctrina, que eran siempre esclarecidos por la luminosa experiencia de su vida espiritual. Mediante su correspondencia con personalidades de Palma y de España entera ejerció un verdadero magisterio: pero aún sería mas importante la lista de cuantos recibieron directamente su enseñanza, desde los padres superiores del colegio hasta los novicios que por él pasaban.

Representativa de esta influencia del humilde portero es la gran figura de San Pedro Claver. Cuando llegó como novicio tuvo San Alonso la revelación de que aquel joven había de ser santo por los merecimientos de su apostolado en las Indias. Es

uno de los episodios más conmovedores de la historia de la espiritualidad española esta profunda y tierna intimidad entre los dos santos. Cuando el joven Pedro Claver partió de Monte Sión consiguió licencia para poder llevarse el cuadernito de avisos espirituales que le había dado el hermano portero Alonso. Estas hojas, que hoy se conservan piadosamente en el Archivo de Loyola, acompañaron al santo en todas las tremendas vicisitudes de su vida. Su última gran alegría fue recibir en Cartagena de Indias, poco antes de su muerte, la *Vida de San Alonso Rodríguez,* publicada por el padre Colín. Paralítico y clavado en un sillón escuchaba la lectura de este libro, que evocaría en su mente recuerdos de su juventud en el colegio de Monte Sión, haciéndole sentir la nostalgia de aquellas tierras y de aquellos mares impregnados del recuerdo de Raimundo Lulio, que marcó a la cristiandad aquella ruta de apostolado heroico en cuya práctica consumió su vida abnegada el santo apóstol de los negros esclavos.

Finalmente San Alonso Rodríguez es uno de los grandes santos de la Compañía de Jesús. Hombre de pocas letras, aunque muy dado a piadosas lecturas, su doctrina no es producto de una cultura libresca, sino el resultado de una experiencia espiritual, que logró elevarse a las más altas cimas de la vida mística. Como hemos visto, por circunstancias que parecen providenciales, toda su formación estuvo vinculada desde la niñez a la Compañía de Jesús, viniendo a ser este humilde hermano portero una de las pruebas vivientes de que se equivocan los que sostienen que la espiritualidad jesuítica es casi exclusivamente ascética.

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

COLÍN, F., *Vida y hechos y doctrina del venerable hermano Alonso Rodríguez, religioso de la Compañía de Jesús* (Madrid 1652).

GALMES, J., SI, *Jugando a la ganapierde. Perfiles ascéticos de San Alonso Rodríguez* (Barcelona 1955).

JANIN, L., *Vita venerabilis Fratis Alphonsi Rodríguez* (Lyón 1644).

MARIMON, J. M., *Relación de la vida y virtuales del hermano Alonso Rodríguez, religioso de la Compañía de Jesús,* ms. del Archivo del Colegio de Monte Sión.

NONELL, J., SI, *Obras espirituales del Beato Alonso Rodríguez,* 3 vols. (Barcelona 1885-1887).

— *Vida de San Alonso Rodríguez* (Barcelona 1888)
TARRAGO, J., SI, *Magisterio espiritual, ascético y místico de San Alonso Rodríguez* (Barcelona 1935).
• Actualización:
SABORIDO, J. L., *San Alonso Rodríguez* (Bilbao 1998).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FOILANO
Abad († 655)

Foilano fue hermano de San Furseo y San Ulanano, y como ellos, dejó su nativa Irlanda para irse a misionar a la isla de Gran Bretaña. Procedía de una familia noble y pensó que nada mejor podía hacer que extender las fronteras del evangelio. El rey Sigberto les dio en la Iglaterra del Este una tierra donde fundaron los tres hermanos un monasterio, en Burg Castle, y desde este monasterio se organizaron continuas y esforzadas actividades misioneras. Pero cuando los mercios destruyeron el monasterio, Foilano con su hermano Ultano pasó a Francia y fue bien recibido por el rey Clodoveo II. Se estableció en Nivelles, donde la Beata Ida le dio un terreno y allí fundó un monasterio en Fosses.

SAN ANTONINO DE MILÁN
Obispo († 661)

Antonino fue elegido obispo de Milán a comienzos del año 660 y estuvo poco menos de dos años en la sede milanesa, dando ejemplo de santidad y celo apostólico, pero pudiendo en realidad hacer poco en un tiempo tan corto. De todos modos, tras fallecer el 31 de octubre de 661, fue enterrado en la iglesia de San Simpliciano y le acompañó la fama de santidad. Su cuerpo fue hallado en dicha iglesia el año 1515 y por fin colocado en 1582 en un nuevo altar, donde se conserva.

BEATO CRISTÓBAL DE ROMAGNOLA

Presbítero († 1272)

Nace, seguramente, en la Romaña, en el pueblo de Cesenatico, el año 1172. Optó por el ministerio sacerdotal y fue nombrado párroco de su propio pueblo natal. En 1216 pasó por él San Francisco de Asís y el párroco quedó cautivado por la palabra y el ejemplo arrolladores del santo y decidió irse con él. Lo acepta San Francisco y le da el hábito de su Orden. Se le encomienda ir con otros religiosos a Aquitania para difundir allí la Orden y el espíritu franciscano. Su vida personal estaba calcada de la de San Francisco: el amor a los pobres y enfermos, la sencillez y sinceridad de palabras y obras, el amor a la naturaleza, la devoción eucarística y la mariana y la altísima vida de oración. Predicador infatigable, hizo una gran labor en la ciudad de Cahors, que fue el sitio preferido de su residencia, logrando atraer a numerosos albigenses. Asistió al capítulo de Arlés y oyó en él predicar a San Antonio de Padua. Se le atribuyeron numerosos milagros. Murió centenario el 31 de octubre de 1272. Su culto fue confirmado por el papa San Pío X el 4 de abril de 1904.

BEATO TOMÁS BELLACI DE FLORENCIA

Religioso († 1447)

Nace en Florencia en 1370, y aunque recibe una buena educación cristiana, de joven estropea su conducta y cae en no pocos vicios. Entra en una crisis de desesperación, pero acude la gracia de Dios en su socorro y animado por buenas personas se convierte al Señor. Se decide por la vida religiosa y toma el hábito franciscano en el convento de Fiésole, en el que profesa, y se entrega a una vida ejemplar de penitencia y oración. A partir de 1420 acompaña al Beato Antonio de Stroncone en sus correrías apostólicas y es su colaborador en la reforma e institución de nuevos conventos. En 1439 se une a fray Alberto de Sartiano en su misión por Oriente visitando Siria, Mesopotamia, Etiopía y Egipto. Apresado, pasa por numerosos trabajos y tormentos, y estaba ya con otros religiosos condenado a muerte

cuando llegó el rescate enviado por la Santa Sede. Vuelve a Italia y pasa los últimos años de su vida en el convento de Monte Plano, en los Abruzos, hasta que el Señor lo llama a sí el 31 de octubre de 1447. Su culto fue confirmado el 30 de agosto de 1771.

BEATO DOMINGO COLLINS

Religioso y mártir († 1602)

Domingo Collins nació en Youghal, en el condado de Cork, Irlanda, el año 1566, hijo del *mayor* de la ciudad. El niño fue llevado a la escuela que en aquel pueblo llevaron por un tiempo los jesuitas. Irlanda pasaba por el delicado momento de la expansión del dominio inglés en la isla y la consiguiente presión para que su población aceptara el protestantismo. Ello contribuyó a que, como muchos otros, Domingo se marchara de Irlanda, y con veinte años se estableciera en Bretaña buscando un futuro mejor. Se colocó de criado en una hostería de Nantes e hizo algún dinero. Entonces se alistó en las filas de la Liga católica y luchó en Francia durante nueve años en las guerras de religión, obteniendo el grado de capitán. Luego se marchó a La Coruña, donde pudo vivir con una buena pension real.

Sintió la llamada a la vida religiosa y se presentó al provincial jesuita de Castilla pidiéndole la admisión en la Compañía de Jesús. Luego de retrasarle la admisión por unos meses, el provincial lo admitió el 8 de diciembre de 1598, empezando su noviciado en Santiago de Compostela. Demostró su espíritu religioso no sólo en el cumplimiento de sus deberes sino también en su asistencia libre a los jesuitas afectados por una epidemia y a los que no quiso abandonar para ponerse a salvo. Por fin, y en calidad de hermano coadjutor, hizo sus votos el 4 de febrero de 1601. Entonces se le pidió acompañara a Irlanda al P. James Archer, un jesuita irlandés, que tenía una misión que cumplir en su país. Se alegró mucho el hermano Domingo de que se le pidiera eso. El sacerdote y él viajaron por separado y se encontraron ya en Irlanda. La misión del P. James era prestar ayuda a la rebelión de dos jefes irlandeses contra Isabel I. Producida la derrota, el P. James pudo evadirse pero el hermano Domingo fue

capturado el 17 de junio de 1602. No fue ejecutado inmediatamente como lo fueron los demás apresados. Llevado a la cárcel, hubo de comparecer ante una corte marcial que le interrogó acerca de su participación en la rebelión. Se negó a responder. Se le ofrecieron numerosas ventajas si se hacía protestante y colaboraba, y algunos miembros de su familia para salvarlo le pidieron lo hiciera. Pero él se mantuvo firme en la fe católica y leal con sus amigos. Esto trajo su condena a muerte. Fue llevado a su pueblo natal para ser allí ejecutado. Llegado al sitio y viendo la muchedumbre asistente, dijo: «He venido a Irlanda a predicar la fe católica y estoy dispuesto a morir mil veces por ella». No pudo terminar de hablar porque fue ahorcado. Se dejó su cuerpo colgar hasta que se partió la soga, cayendo el cadáver y quedando de rodillas. Por la noche vinieron unos católicos y lo enterraron.

Fue beatificado el 27 de noviembre de 1992 por el papa Juan Pablo II.

BEATO LEÓN NOWAKOWSKI

Presbítero y mártir († 1939)

Nació en Byton (Polonia) el 28 de junio de 1913. En su adolescencia opta por la vocación eclesiástica, ingresa en el seminario diocesano de Wloclawek y, terminados los estudios, se ordena sacerdote el 20 de junio de 1937. Enviado a Roma, hace estudios en la Universidad Gregoriana, donde obtiene la licenciatura en teología. Vuelve a Polonia el verano de 1939 para pasar las vacaciones, aquí le sorprende el estallido de la II Guerra Mundial que le impide volver a Roma. Se queda en su parroquia colaborando con el párroco y lo sustituye cuando éste es arrestado. Pero el 24 de octubre de aquel año 1939 él es arrestado también, y con otros detenidos llevado a Piotrków Kujawski, donde estuvo una semana, al cabo de la cual fue sacado con otros sacerdotes y fusilado en las inmediaciones de la población.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

APÉNDICE

11 de octubre

MADRE DE DIOS DE BEGOÑA

Como una puebla de pescadores, marinos y mercaderes nació Bilbao, en días remotos que la historia no los revela, entre montañas, allá donde su ría no admite ya el remontar de los navíos y los caminos de tierra, rutas de traficantes y arrieros, comienzan a adentrarse trabajosamente hacia tierras de Castilla. Fue el año 1300, cuando don Diego López de Haro, quinto señor de Vizcaya, que tal nombre ostentara, le otorgó, «en el nombre de Dios e de la Virgen bienaventurada Santa María», y «con placer de todos los vizcaínos», el título de villa. Mas don Diego no fundó Bilbao. La puebla existía ya y su caserío se apretaba —¿desde cuándo?— a orillas del Nervión, en las tierras de Begoña que se asomaban a la ría. Bilbao había nacido en Begoña. Ahora se emancipaba. Y en la carta-puebla, en el acta de emancipación ya que no de nacimiento, dos nombres hacen para nosotros su primera aparición, juntos entran en la historia y hermanados continuarán a través de los siglos: Santa María de Begoña y Bilbao.

También el «monasterio» de Santa María de Begoña existía ya. Tampoco sabemos desde cuándo. Si Bilbao, la puebla de cabe el río, tenía una iglesia dedicada a Santiago —recuerdo indudable del peregrinaje compostelano—, Santa María era el templo de la anteiglesia. Bilbao apiñaba su caserío en torno a Santiago; pero Bilbao con Santiago se asentaba al pie de la colina en que presidía sus destinos la Madre de Dios de Begoña. Begoña dominaba geográficamente a Bilbao; su Virgen reinaba en el corazón de sus hijos.

Cuando sus navíos, cansados de surcar los mares del mundo, retornaban a Bilbao y, vencido el paso peligroso de la barra

de la desembocadura, enfilaban la ría y la remontaban —todavía sus márgenes no estaban cuajadas de industria como hoy y conservaban la amenidad de una naturaleza frondosa, siempre verde—, iban dejando a los lados la villa de Portugalete, las anteiglesias de Guecho, Sestao, Baracaldo, Erandio, Deusto, Mando... Bilbao no se dejaba descubrir fácilmente escondido entre sus montes. El barco avanzaba. Una vuelta más de la ría y se divisarían las casas de Bilbao; pero, antes de doblarla, en la nave se hacía el silencio y las miradas se dirigían a la altura: acababa de aparecer el santuario de Begoña.

«Aquí se reza la salve», decían unos letreros a la orilla. Y marinos en las aguas y viandantes en la tierra rezaban la salve.

Hoy ya no existen los letreros. Las orillas han sacrificado su amenidad y belleza en aras del progreso. Varias de las anteiglesias han perdido su personalidad ante el empuje de un Bilbao siempre creciente. Ya el marino tropieza con sus casas sin necesidad de tanto navegar. Pero al llegar al último recodo, cuando va a asomarse al corazón de Bilbao, sigue viendo en la altura la casa de la Madre de Dios de Begoña y el paraje sigue llamándose la «Salve».

Begoña presidió el ir y venir de los barcos por la ría y, con él, el movimiento comercial e industrial de Bilbao. Un único cabildo servía a Santa María de Begoña y a las parroquias de Bilbao, pregonando que, si la villa pudo emanciparse de la anteiglesia, su alma religiosa continuaba vinculada a la Madre de Dios de Begoña. Begoña era el santuario mariano de Bilbao cuando éste era Begoña y cuando dejó de serlo; hoy, al cabo de los siglos, cuando la hija ha absorbido en su seno a la madre y Begoña es Bilbao, su santuario sigue siendo el santuario por antonomasia de los bilbaínos. Más aún: de todos los vizcaínos.

La Madre de Dios de Begoña. Tal es el nombre tradicional de la patrona de Vizcaya. Su imagen es la imagen de la Madre de Dios, animada por hondo sentido teológico. Es la tradicional y clásica imagen medieval de María. Ha superado las rigideces románicas, se ha humanizado su figura y su expresión, la sonrisa florece hermosa en sus labios, el Hijo es auténtico niño con graciosa cara de gitanillo travieso..., pero continúa siendo una talla hondamente teológica y religiosa. Es la Madre de Dios que sonríe a los hijos de los hombres.

¿Desde cuándo veneran los vizcaínos a Santa María de Begoña en las alturas de Artagan? No lo sabemos. El templo antiguo fue derribado a principios del siglo XVI, sin dejar rastro, para ser sustituido por otro más amplio y no sabemos si más hermoso. La escultura puede bien remontar a fines del siglo XIII o comienzos del XIV; pero nada nos autoriza a pensar que antes de ella no existiera, quizá, otra imagen que centrara la devoción de los fieles bajo la misma advocación. El año 1300 existía ya Santa María de Begoña. No sabemos más.

Cuando dicho año fundó don Diego la villa de Bilbao, el propio señor de Vizcaya era el patrono de la iglesia de Begoña. Y siguió siéndolo hasta 1382, en que don Juan, que por herencia uniría el señorío de Vizcaya y la corona de Castilla, la donó al conde de Mayorga, hijo del difunto señor de Vizcaya Juan Núñez de Lara y de doña Mayor de Leguizamón. Desde entonces Begoña quedó vinculada al primer linaje de Bilbao.

Mas la prosperidad de Begoña nada debe a sus ilustres patronos. La historia del santuario es severa con ellos. La fama, todo su esplendor a través de los siglos, se debe a la devoción de los vizcaínos, begoñeses y bilbaínos en primer lugar. Y cuando decimos vizcaínos pensamos en el pueblo, en todo el pueblo, en que se confunden ricos y pobres, linajes ilustres y vidas humildes.

Fue el pueblo —y no un magnate— quien con sus limosnas levantó piedra a piedra, en el siglo XVI, el templo que hoy existe. Fueron los mercaderes bilbaínos los que costearon la erección de pilares y muros, y en ellos dejaron, no blasones nobiliarios, sino las marcas mercantiles con que señalaban sus mercancías. Aún hoy las podemos divisar en las alturas del templo, pregonando que es hijo de la devoción y del trabajo.

Ya en el siglo XVI encontramos la devoción a la Virgen de Begoña derramada por Vizcaya y expresándose en multitud de exvotos y dones que el rigor de los tiempos y las guerras han hecho desaparecer por completo, pero de muchos de los cuales conservamos memoria.

Y es en el siglo XVI cuando dos grandes figuras de nuestra historia eclesiástica —San Ignacio de Loyola y el obispo de Calahorra don Juan Bernal Díaz de Luco— fijan su mirada en Be-

goña para convertirla en un centro de irradiación religiosa y reformador. El obispo se la ofreció con insistencia al fundador y logró vencer sus primeros reparos para que algunos miembros de la naciente Campañía fundaran en ella. Todo quedó en proyectos, a pesar de sus deseos y de las gestiones de San Francisco de Borja; quizá a causa de los pleitos que envolvían a Begoña por razón del patronato.

Los siglos XVII y XVIII son espléndidos para nuestro santuario. Los vizcaínos desparramados por diversas regiones de España, por América y otros países, conservan la devoción a su Virgen y de lejos la obsequian con sus presentes. Los navegantes surcan los mares en navíos que se engalanan con el nombre de la Madre de Dios de Begoña. Y aun extranjeros que pasaron por Bilbao, al volver a sus tierras, se acuerdan en ocasiones de nuestra Virgen.

A Begoña llegan diariamente los vizcaínos a confiar a la Virgen sus cuitas y a agradecerle sus alegrías. Son nuevos sacerdotes que quieren celebrar su primera misa en su altar o vizcaínos ilustres, como el almirante de la Armada Invencible, Juan Martínez de Recalde, que quieren celebrar su matrimonio ante la imagen venerada. Terminada la fábrica del templo se preocupan de adornarlo y alhajarlo. Numerosas lámparas de plata cuelgan de su bóveda, en especial ante el retablo principal, que es tallado a mediados del siglo XVII por Antonio de Alloitiz sobre diseños de Pedro de la Torre. La Virgen señorea desde su santuario. La sobria monotonía de sus muros es rota por no pocos lienzos que conmemoran favores extraordinarios concedidos por la Virgen a sus devotos. Se habla de auténticos milagros, que un párroco diligente recogerá en su historia manuscrita, y de algunos de ellos se instruirán procesos con todas las exigencias del derecho. Rara vez sale la Virgen de su santuario, y ello en ocasiones en que urgen necesidades graves, tales las inundaciones de Bilbao. De éstas fue memorable la ocurrida en 1737. Conservamos la información jurada de testigos que se llevó a cabo por mandato de la autoridad diocesana; de ella resulta claramente que el retirarse de las aguas coincidió con la bajada de la Virgen, a pesar de que era la hora de la pleamar. La devoción a la Virgen crecía sin cesar; en 1699 se publicó por primera vez su historia y al año siguiente era necesaria una nueva edición.

El siglo XIX es de historia triste para el santuario. No es que descienda la devoción, antes al contrario; sino que sobre Begoña se abaten las desgracias que van a atribular a Vizcaya. Se ha escrito con razón que la historia de Begoña es el reflejo en sus alegrías y tristezas de las de Vizcaya. El siglo XVIII había agonizado bajo el signo de la guerra. En 1794 perdió Begoña toda su plata, sacrificada a los gastos de la guerra contra los revolucionarios franceses que llegaron a ocupar Bilbao. Nos dicen los documentos que Begoña entregó 1.905 marcos de plata; con ella se fundieron todas sus lámparas y perdimos uno de los apreciados recuerdos del pasado.

La guerra de la Independencia continuó la triste tarea de empobrecimiento: todas las alhajas desaparecieron en el saqueo, y el párroco, don Domingo Lorenzo de Larrinaga, fue asesinado.

No repuesto el santuario de estos reveses, se cierne de nuevo la guerra sobre él. En la primera guerra civil carlista queda situado en la misma línea del frente. Los obuses arruinan su torre y dañan seriamente al templo; la soldadesca desmandada asola el interior y destruye cuanto puede, incluidos el retablo y gran parte del archivo. A tal estado quedó reducido el templo que un contemporáneo lo comparó con «un establo para ganado». En 1832, y según consta de papeles oficiales, el santuario no tenía lo absolutamente necesario. La imagen de la Virgen se había salvado en la iglesia de Santiago de Bilbao, a la que fue llevada en los momentos difíciles.

Trabajosamente había restañado las heridas de su iglesia, cuando, a fines de 1873, ve retornar el fatídico azote de la guerra. Una vez más en la línea del frente entre carlistas y liberales. De nuevo forcejean los primeros por conquistar Bilbao. En vano. El santuario de Begoña, convertido en defensa avanzada de la villa, es duramente trabajado por las tropas sitiadoras. La imagen de la Virgen peregrina fuera del santuario. Para evitar la profanación el cabildo acordó trasladarla al monasterio del Refugio; los carlistas, para evitar que fuera bajada a Bilbao, la llevaron a la ermita de los Santos Justo y Pastor, en el monte de Santa Marina, y de allí al convento de los padres carmelitas de Larrea, en Amorebieta. Terminada la guerra, y

acompañada por las autoridades civiles y militares de Bilbao y Begoña, fue repuesta en su trono. Nuevamente se impone la labor restauradora.

El 8 de septiembre de 1900 la imagen de la Virgen fue coronada con gran solemnidad por el obispo de Vitoria, don Ramón Fernández de Piérola, delegado para ello por la Santa Sede. Aquel año celebraba Bilbao el sexto centenario de su villazgo.

Poco tiempo después, el 21 de abril de 1903, la Sagrada Congregación de Ritos declaró a la Virgen de Begoña patrona de Vizcaya. Era la consagración canónica de una realidad ya histórica.

Fue en 1738 cuando, a propuesta del párroco del santuario, las Juntas Generales de Guernica proclamaron a nuestra Virgen patrona de Vizcaya, en atención a «la suma devoción y profunda veneración que siempre y en todo tiempo ha demostrado y manifestado este noble Señorio a la Virgen Santísima de Begoña». Este acuerdo de las Juntas era consecuencia de una realidad vizcaína con respecto a la Virgen. Exponente de esta devoción, incluso oficial, había sido el grabado que el mismo Señorío publico en 1672, con su escudo al pie de la imagen de la Señora, a la que denominaba «especial protectora y abogada» del Señorio.

Pero, adoptado el acuerdo en 1738, ningún paso se dió para la confirmación canónica del mismo hasta 1903. La Diputación Provincial en corporación proclamó el patronato de la Virgen sobre Vizcaya, en Guernica, bajo el árbol que antaño cobijara las Juntas, el 9 de septiembre. En días sucesivos los arciprestazgos de Vizcaya fueron llegando en peregrinación a Begoña. Los actos debían de culminar el 11 de octubre con la peregrinación de Bilbao.

Las izquierdas trataron de impedirla. El ministro de la Gobernación, García Alix, hizo una gestión cerca del obispo de Vitoria para que la suspendiera. Monseñor Piérola, desde su lecho de muerte, escribio al ministro: «La peregrinación tiene exclusivamente fines religiosos; si la autoridad civil no dispone de fuerzas suficientes para mantener el orden, sea ella quien la suspenda».

El ministro no se atrevió; pero sus promesas de garantizar el orden fueron vanas. No sintiéndose suficientemente fuertes, los

elementos antirreligiosos de Bilbao fueron reforzados por un contingente de desalmados traídos de una provincia cercana. Contando con la pasividad, por no decir complicidad, del gobernador civil, ellos atacaron con tiros y piedras a la peregrinación que, pacífica y compacta, subía a Begoña. No pudieron impedir que unos 20.000 peregrinos llegaran al santuario. En las calles quedó tendido el cuerpo de un peregrino con el pecho atravesado por dos balas.

Bilbao había demostrado que sabía llegar al trono de la Madre a pesar de la violencia. En el pasado del santuario de Santa María de Begoña no escasean las páginas hermosas, pero hay sobre todas ellas una especialmente bella y glóriosa, la que el pueblo vizcaíno recuerda con el nombre sencillo y elocuente del *Once de Octubre.*

Y la Providencia ha querido que, tras de varios traslados de fecha, sea hoy, el 11 de octubre, festividad de la maternidad de la Santísima Virgen, la fiesta litúrgica de la patrona de Vizcaya.

ANDRÉS E. DE MAÑARICÚA

Bibliografía

ECHEVERRIA, S. F. de, *Historia del santuario e imagen de Nuetra Señora de Begoña* (Tolosa 1892).

MAÑARICUA, A. E. de, *Santa María de Begoña en la historia espiritual de Vizcaya* (Bilbao 1950).

LUCÍA BARTOLINI

Virgen († 1520)

Lucía Bartolini, terciaria dominica, es poco conocida de nuestros contemporáneos. La voz pública la llamó «beata», y como tal entró en las colecciones de vidas de los santos y beatos florentinos, desde la de Serafín de Razzi (1577), hasta la de G. M. Brocchi (1761). Nace en Florencia el 16 de octubre de 1465, de Francisco Bartolini-Davanz y de Ermelina Corbinelli. El 13 de julio de 1484 se casó con Rodolfo de Felipe Rucellai, perteneciente a una de las familias más importantes e influyentes de la ciudad de Florencia en los siglos XV-XVI. Nacido el 8 de noviembre de 1453, Rodolfo fue recibido entre los *priori*

de la ciudad en 1486, y en 1487 pasó como condestable a la torre en Livorno. Como toda la familia, Rucellai fue de índole religiosa y competía en piedad con su primo Pandolfo de Juan Rucellai, discípulo ferviente de Savonarola, como lo habían sido dos hermanas de Pandolfo, Magdalena y Marieta. Pandolfo Rucellai, uno de los «diez» de Florencia, habiendo sido designado en 1494 como embajador ante Carlos VIII, rey de Francia, para felicitarle por sus triunfos, renunció a la honrosa embajada y se retiró al silencio del claustro de San Marcos, de Florencia, donde el 2 de junio de 1495 vistió el hábito dominico, tomando el nombre de fray Sante, para morir allí bien pronto —el 23 de mayo de 1497—, consumido por las más austeras mortificaciones.

No fue el único a quien la palabra ardiente de Savonarola convirtió a la vida dominicana en este tiempo. Muchos le habían precedido y muchos le seguirían de entre los principales ciudadanos, de cualquier edad y calidad, nobles y hombres de reputación, cautivados todos por la fama y la veneración del gran profeta de San Marcos. Entre ellos hay que contar también a Rodolfo de Felipe Rucellai, esposo de nuestra Beata; ésta se llamaba en el siglo, antes de tomar el hábito religioso, Camila Bartolini. Después de un sermón de Savonarola en Florencia, en 1494, y quizá influido por el ejemplo de su primo Pandolfo, decidió hacerse fraile en San Marcos. Camila, su esposa, accedió y se separo de él en un acto solemne el 8 de marzo de 1496.

Rodolfo recibió poco después el hábito dominicano de manos de Savonarola y tomó en religión el nombre de fray Teófilo. Por su parte, Camila Rucellai-Bartolini, que estaba en buena relación con Savonarola —en 1492 había profetizado, para consuelo del reformador, que Pico de la Mirándola vestiría el hábito de su Orden; esto sucedió en los últimos años de Pico, en 1494—, se agregó a la Orden dominica, abrazando el estado de terciaria de la Penitencia en Santo Domingo, cambiando su nombre por el de sor Lucía. Se retiró a vivir en una casita cercana a San Marcos, en la calle del Cocomero, que pertenecía a las tres hijas de Cosme Rosellini, quienes quisieron vivir con ella. Pero entretanto fray Teófilo, poco estable en su resolución, volvió al siglo e instigo a su esposa a hacer lo mismo y a reanudar

la vida conyugal. En vano. Sor Lucía no accedió a ello, y fray Teófilo, de nuevo Rodolfo Rucellai, debió de seguir la vida civil él solo hasta su muerte, en 1517. Entonces maduró en la mente de sor Lucía la idea de fundar un convento de terciarias dominicas de vida común, como existían ya en todas partes. En estos días había conocido la fama de santidad de dos terciarias dominicas, sor Beatriz y sor Dorotea, fundadoras del monasterio de Santa Catalina de Siena, en Ferrara, monasterio donde las terciarias vivían en comunidad siguiendo la regla de la Orden Tercera de Santo Domingo. Calcada sobre esta última, la nueva fundación comenzó el 31 de septiembre de 1500 con la bendición de la primera piedra por el prior de San Marcos, fray Mateo de Marco-Strozzi, previa la autorización de fray Joaquín Torriani, maestro general de la Orden. Monseñor Benedicto Pagagnotti procedió a la consagración de la iglesia el 3 de febrero de 1506. En este tiempo fray Jerónimo de Savonarola había muerto, pero las hermanas guardaban una gran veneración por él, considerándole como fundador indirecto de su monasterio. Conservan de él con esmero muchos recuerdos, entre ellos su breviario.

Esta gratitud se tradujo, sobre todo, en su fidelidad a la vida regular y observante, en el anhelo ferviente de una vida siempre más perfecta. En efecto, poco tiempo después pensaron consagrar su vida a Dios de una manera más absoluta que la prevista por la regla de la Orden Tercera y quisieron emitir los tres votos de religión: el de pobreza, el de castidad y el de obediencia. El papa Julio II se lo otorgó con su breve de 1509 y ordenó al maestro general de la Orden, Tomás de Vío Cayetano, que las admitiese a la profesión. Así, de simples terciarias pasaron a ser hermanas de la Orden Tercera regular. Al mismo tiempo, y justamente el 14 de octubre de 1509, recibieron de Roberto Ubaldini, el famoso cronista del convento de San Marcos, prior entonces del convento de Santa María del Sasso, una especie de regla, o más bien un «directorio», que debía adaptar más de cerca la vida de las hermanas a la de los hermanos de Santo Domingo; este documento recibió la aprobación del maestro Cayetano, que se encontraba de paso en aquella fecha por el convento de San Marcos de Florencia. En 1513 el papa León X

renovó los privilegios concedidos por su antecesor Julio II, informado de las loables cualidades de esta comunidad religiosa; le era tanto más afecto cuanto que entre las hermanas se encontraba sor Agustina, hija del conde de los Médicis, que perteneció a su casa. Para mayor firmeza y decoro les concedió más tarde, 13 de mayo de 1521, el privilegio de llevar también el escapulario blanco a la usanza de las hermanas de la Orden Segunda de Santo Domingo. Pero sor Lucía no pudo gozar de este último privilegio; murió poco antes, en 29 de octubre de 1520.

En este cuarto de siglo en que sor Lucía vivió en el monasterio de Santa Catalina de Florencia fue un modelo de todas las virtudes y dirigió con su edificante vida y ejemplo a sus 70 hermanas. A pesar de sus méritos en la fundación del monasterio y en su acrecentamiento, no quiso nunca ser priora; prefirió vivir en la sencillez y en la humildad. Servía al Señor con abstinencias y vigilias. Dicen los cronistas que dormía sobre tablas y que bajo su cabeza tenía un saco de paja. Tuvo también el espíritu de profecía y predijo, entre otras cosas, a su esposo todo lo que iba a sucederle a él en su vida. El pueblo, después de su muerte, la inscribió inmediatamente entre las «beatas» de la ciudad de Florencia. Sus imágenes tuvieron culto público —su cuerpo fue sepultado entre los de otras monjas— en las iglesias de las hermanas de Santo Domingo, especialmente en las de las hermanas de Santa Catalina de Siena, en Florencia, donde murió y fue sepultada. Su culto como *ab immemorabili* fue confirmado por Benedicto XIV. Si su memoria no conoce hoy la veneración de los siglos pasados, debe atribuirse, sin duda, a la profanación del monasterio, acaecida en 1808.

RAIMUNDO CREYTENS, OP

Bibliografía

BROCHI, G. M., *Vite de santi e beati fiorentini* (Florencia 1761) 2.ª parte.
PASERINI, L., *Genealogía e storia della famiglia Rucellai* (Florencia 1861) 130-131; 151.
RICHA, G., *Notizie istoriche delle chiese fiorentine,* VIII (Florencia 1759).
RIDOLFI, R., *Vita di Girolamo Savonarola* (Roma 1952).
RUCELLAI, F. M., *Memorie e notizie istoriche del vener., insigne monistero di S. Caterina da Siena della città di Firenze fondato dalla beata suor Lucia Rucellai, con vari documenti riguardanti gli uomini illustri della medesima nobilissima famiglia de Rucellai,* mss. Biblioteca Nacional de Florencia.
SER, R., *Vite dei santi e beati del s. Ordine dei frati Predicatori* (Florencia 1577; Palermo 1605).

SANTOS DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

3 de octubre

SAN VIRILA DE LEYRE

Abad († s. X)

En el navarro monasterio benedictino de Leyre, se venera con piadoso y cariñoso recuerdo la figura señera de un santo abad, salido de entre sus filas y que rigió sus destinos allá por el siglo X. Como tantos otros santos, de su vida ignoramos casi todo y conocemos lo principal: su santidad, sus virtudes, su culto. Durante años se ha desconfiado de su existencia, creyéndolo una creación fantasmagórica y medieval. Esta figura es San Virila, a quien dedicamos estas páginas con sumo cariño y piadosa veneración. ¿Qué menos podemos hacer quienes nos hemos beneficiado siempre de su figura, de sus reliquias y de su intercesión?

Hoy nadie duda de su historicidad y con todo orgullo podemos afirmar que San Virila es un personaje real, perfectamente situado en tiempo y espacio. Fue abad del monasterio de San Salvador de Leyre (Navarra) y su culto, como confesor, público y continuado desde su muerte hasta nuestros días. En este aspecto, pocos santos del medioevo superan los testimonios de autenticidad que goza nuestro santo. Se ha escrito que negar su historicidad equivale a dejar sin efecto las bases más sólidas que dispone la crítica histórica para sus deducciones, así como tirar por tierra muchas verdades admitidas sin reserva.

Al igual que acontece con otros muchos santos inscritos en el *Martirologio romano,* de San Virila se ignoran los detalles más esenciales de su vida, pero se nos presenta un santo a la veneración y un sepulcro concreto donde se guardan sus huesos en culto público. San Virila, pues, tiene garantizada su veracidad con pruebas muy solventes.

Lo que le ha ocurrido a San Virila es que su nombre ha ido siempre ligado a una encantadora leyenda que ha paseado su nombre por todos los confines de Europa y que ha sido recogida en casi todos los libros de ejemplos piadosos y narraciones. Veamos, pues, ante todo, el contenido de esta leyenda, tal y como se ha expuesto desde siempre en el Monasterio de Leyre:

> Eran los primeros años del siglo X. Un viejo abad regía los destinos de la abadía: Dom Virila. Un alma sencilla, sin complicaciones. Solamente una duda atormentaba su espíritu. Él no podía comprender el misterio de la eternidad, ese camino interminable de días y días y años y siglos sin fin. Y ese coro de bienaventurados cantando: Santo, Santo, Santo [...] con un martilleo obsesionante de miríadas de siglos. No. No era posible que los santos estuviesen toda la eternidad en el paraíso alabando a Dios sin aburrirse.
>
> Una mañana de primavera, después del oficio de vigilias, salió al bosque a meditar el viejo abad. Caminaba despacio por los senderos del monte, pensando en la eternidad. De pronto, entre las frondas de los encinos, oye los trinos melodiosos de un ruiseñor. Sus arpegios le dejan ensimismado. El ruiseñor va saltando de rama en rama y el viejo abad lo sigue hipnotizado. Se internan en lo más enmarañado del bosque. Allí hay una fuente cristalina, una pequeña roca y un rincón delicioso donde crecen los bojes gigantes, el acebo, los robles y encinas milenarias que arañan con sus raíces descarnadas las grietas de las piedras. Allí crecen los tilos y las plantas parasitarias de los muérdagos se abrazan a las ramas de los árboles. El viejo abad se sienta fatigado. El ruiseñor sigue arpegiando sus melodías. Dom Virila cae en un profundo sueño y sigue oyendo los cantos del pájaro encantado. Después, al cabo de un rato, el abad despierta del extraño éxtasis. Todo le parece que ha cambiado; se ha debido perder. No encuentra el sendero de la abadía. Apartando con su báculo las ramas de los bojes y los espinos, sale penosamente del bosque y desciende despacio por la ladera, camino del viejo monasterio. Pero... debe estar soñando: la pequeña iglesia se ha convertido en un gran templo con sus bóvedas y su torre. El monasterio ha crecido misteriosamente. El abad llama al portalón de la abadía:
>
> —Deo gratias, responde desde dentro la voz del monje ostiario.
>
> Y en seguida se recorta en la oscuridad del portal la silueta blanca de un monje cisterciense.
>
> — ¿Qué deseáis, padre?
>
> Dom Virila cree despertar de un sueño; no puede comprender lo que ven sus ojos.
>
> — Pasad, padre, debéis estar fatigado. ¿Venís de muy lejos?
>
> — Pero... yo... soy el abad... de este monasterio.

— Debéis estar equivocado de camino. Pasad, padre; nuestro abad es dom fray Domingo.

— No puedo comprender; yo soy el abad Virila. Salí hace un momento al bosque a meditar. Yo no sé lo que ha pasado; la iglesia era más pequeña, el monasterio más pobre, los monjes vestían de negro...

El monje marcha corriendo a buscar al abad.

— Padre, un monje peregrino que acaba de llegar dice que es el abad del monasterio, que se llama Virila, que...

En el archivo del monasterio un sabio monje hojea febrilmente los documentos de los antiguos abades: Dom Félix..., Dom Fortún..., Dom Sancho Gentúlez. ¡Dom Virila! ¡Eh, Dom Virila! El abad que desapareció una mañana en el bosque... ¡hace trescientos años!

El monje sale del archivo monacal gritando: ¡Milagro, milagro!

Todos los monjes se reúnen en el templo para dar gracias a Dios. Y mientras están cantando en el coro el salmo que dice: «Mil años ante tus ojos son como el día de ayer, que ya pasó», entra en la iglesia un ruiseñor con un anillo abacial en el pico y lo coloca en el dedo de Dom Virila.

El Señor se aparece al viejo abad. «Mira, hijo, es infinitamente mejor ver a Dios cara a cara, que recrearse con la avecilla y oír su canto».

Esta deliciosa leyenda ha recorrido toda la Europa medieval. Casi todos los libros de ejemplos y narraciones a partir del siglo XIII, han recogido el apólogo del monje que estuvo 300 años oyendo el canto de un pajarito. La primera localización que se conoce es en el monasterio belga de Afflighem, entre 1122-1195. Se trata de la famosa *Vissio Fulgentii.* En Francia fue traducida por Maurice Sully, obispo de París. Alfonso X el Sabio dedicó una ingenua *Cantiga en honor de Nuestra Señora,* al monje devoto de la Virgen que quiere conocer las delicias del Paraíso. Jacobo de Vitry († 1240) el ilustre prelado de las cruzadas, hace también una deliciosa narración: «Del abad que pensaba de qué modo podía estar en el Paraíso sin tedio».

El dominico Jacobo Varaggio (1230-1290) en su *Leyenda aurea,* recoge también el ejemplo, que luego se difundió por todas las naciones a través de *Alphabeta exemplorum, Alphabeta Nationum, Disciplina clericorum* de Rabí Maseh Sephardí, judío converso de Huesca.

En el siglo XIV, el monje Félix en Alemania, se hace ya eco del apólogo de San Virila.

En España se ha localizado en varias partes, especialmente en los monasterios gallegos de Samos y Armenteira. En este último se trata del relato del fabuloso abad San Ero.

Sin embargo hay que admitir que la tradición de Leyre no resulta una localización más; data del siglo XIII. Probablemente se trata de la localización más antigua y, desde luego, la más difundida.

Según una antiquísima tradición, no corroborada documentalmente, San Virila nació en la villa aragonesa de Tiermas, hoy casi desaparecida y sumergida en buena parte bajo las aguas del pantano de Yesa. En su juventud ingresó en el monasterio de San Salvador, muy próximo y vinculado a su pueblo natal. Sus cualidades de emprendedor, prudente, virtuoso, hicieron que a la muerte del abad Sancho Gentúlez, fuera elegido abad del monasterio. Por el único texto viriliano anterior al siglo XI que ha llegado hasta nosotros, el *Libro gótico del monasterio de San Juan de la Peña,* conocemos algún hecho o intervención de San Virila. En el año 928 —algunos lo adelantan al 924— el obispo de Pamplona Don Galindo lo llama como testigo en un litigio que ha de dirimir entre los pueblecitos de la falda de la montaña de Leyre, Benasa y Catamesas. Este dato denota que Virila debía ser un hombre prestigioso y de un sentido estricto de la justicia. La fama de sus virtudes y su prudencia debieron ser notables.

Asimismo la figura de San Virila ha pasado a la historia como un formidable campeón de la reforma monástica en el siglo X. Varios son los monasterios en los que deja notable huella como restaurador. Poco después del litigio entre Benasa y Catamesas, lo encontramos en el monasterio de San Juan del señorío de Peña, cerca de Sangüesa, organizando la vida monástica. Allí recibe a unos emisarios del rey Ordoño II de León, que le piden venga a Galicia a dirigir la restauración del monasterio de San Julián de Samos. San Virila parte para Galicia. Lleva a cabo con éxito la restauración del monasterio Samonense. Se granjea la amistad de los reyes de León, que le encargan la restauración de la vida monástica en la región gallega. Uno de los monasterios reorganizados por él, debe ser el de San Pedro y San Pablo de Triacastella. En un acto solemne se encuentra entre los con-

firmantes de una donación a este monasterio, el nombre del abad Berila.

En medio de todos estos avatares, Virila no olvida su amado monasterio de Leyre. Y así reúne a los monjes para que elijan un abad. Él, determina marchar en peregrinación a la ciudad santa de Roma y después de muchas aventuras y sufrimientos retorna, ya muy anciano, a su viejo cenobio legerense. La gente de los pueblos colindantes que le ve de nuevo entre ellos después de tantos años, deja correr el piadoso rumor de que ha estado 30 años perdido en el bosque, oyendo el canto misterioso de un ruiseñor. La fantasía medieval se encarga después de abultar la cuenta de los años y enriquecer con detalles encantadores la leyenda.

El culto de San Virila, si bien nunca ha sido confirmado por Roma, es uno de los más venerables de Navarra. Poco más de medio siglo después de su muerte, ya hay constancia de él en la diplomática legerense y no se ha interrumpido hasta hoy. El P. Argáiz nos ofrece detalles interesantes y ciertos al respecto, cuando afirma que los monjes de Leyre tienen pintado y esculpido en diferentes partes de la iglesia, claustros y piezas públicas el milagro: en unas el santo elevado entre los árboles y la avecilla cantando junto a él; en otras delante de los monjes y el ave trayéndole el anillo de la dignidad en el pico, declarándolo todo a los huéspedes que van a ver las grandezas del monasterio.

De capital importancia para probar su culto, son las referencias al santo contenidas en los diplomas regios con ocasión de concesiones, donaciones y prebendas y que garantizan la historicidad y el culto público de San Virila en la abadía de San Salvador.

Hasta la desamortización de 1836 los monjes conmemoraron su fiesta el día 1 de octubre, así como en la villa de Tiermas. Los cistercienses le nombraban en el Oficio después de San Roberto, fundador del Císter y varios de ellos adoptaron su nombre en la profesión monástica. El abad Dom Alderico Álvarez de Eulate, poco después de su nombramiento el 18 de enero de 1725, dedicó un altar a San Virila en el que colocó el precioso lienzo del santo del siglo XVII, que desde 1836 hasta 1979 figuró

en el museo de Navarra en Pamplona y hoy se puede contemplar en la escalera principal del monasterio.

Asimismo ha recibido culto solemne en la catedral de Pamplona, en donde se guardaron sus reliquias desde 1836 hasta 1979; en el pueblo de Tiermas (Zaragoza) hasta su desaparición y en el monasterio de Samos (Lugo).

Con motivo de la reinstauración de la vida benedictina en Leyre en el año 1954, el culto al santo abad Virila pudo ser restituido. Al principio de manera más bien un tanto discreta. Pero diversos acontecimientos posteriores, hicieron aumentar la simpatía y el culto al santo legerense: el 7 de mayo de 1964, al desaparecer la antigua villa de Tiermas, víctima del progreso, se recibía en el monasterio con toda solemnidad la escultura del santo, del siglo XVII, y la reliquia insigne del brazo, que los fervorosos vecinos de Tiermas guardaron y veneraron en su iglesia parroquial desde el 7 de junio de 1825, por concesión del entonces abad de Leyre Dom fray Manuel Zubiri. Poco antes de esta fecha, San Virila fue declarado Patrono de la Asociación «Amigos de Leyre». Otras fechas señaladas irían jalonando el recuerdo y la devoción hacia San Virila; en el año 1979, tras largas y prósperas gestiones, se cumplieron dos grandes y sonadas realidades: el retorno desde el museo de Navarra del precioso lienzo que representa el éxtasis del santo abad, obra del siglo XVII y poco después, el arzobispo y cabildo catedral de Pamplona devolvían personal y honoríficamente, la urna con los restos del santo abad, llevada a la catedral en el año 1836, al quedar definitivamente abandonado el monasterio. Ello supuso un nuevo timbre de gloria y de gozo, por ver nuevamente entronizado a San Virila en su casa, interceciendo por sus intereses espirituales y temporales y prosiguiendo la ya gloriosa y multisecular historia legerense. Poco después, la diócesis de Pamplona y la abadía de Leyre reorganizaron sus propios calendarios y se dotó de oficios y misas propios a los respectivos santos. En este sentido San Virila resultó muy beneficiado.

Su fiesta, definitivamente fijada para el 3 de octubre, se presenta con formularios propios tanto en la misa como en el oficio. Los vecinos de la antigua villa de Tiermas, patria del santo, repartidos hoy por diversas localidades navarro-aragonesas, se

dan cita cada primer domingo de octubre, en torno a su santo paisano, seguros de su intercesión y rememorando tiempos pasados. Para los monjes benedictinos legerenses y para cuantos deseen profundizar en el misterio de la eternidad, la encantadora figura de San Virila les servirá de estímulo y ejemplo. Así lo expresa la hermosa oración colecta de la misa del santo con la que concluimos el presente trabajo:

> «Oh Dios, Padre Todopoderoso y eterno, que diste a San Virila, abad, la gracia de habitar en tu casa para la contemplación de las cosas divinas; concede a tus hijos, mientras peregrinamos, sentir tu presencia amorosa en nuestra mente y corazón y, después, gozarla cara a cara eternamente».

JOSÉ ANTONIO X. PEDROARENA, OSB

Bibliografía

LOPEZ, C. M., OSB, *La aventura de los santos* (Pamplona 1969) 11-14.
—*Leyre. Historia, arqueología, leyenda* (Pamplona 1962) 154-165.
MORAL CONTRERAS, T., *Mil años en tu presencia... Evocación de San Virila* (Estella 1991).
PEREZ GOYENA, A., SI, *La santidad en Navarra* (Pamplona 1947) 14-18.
VALLEJOS, J. X., *Viñetas antiguas* (Madrid 1926) 173-185.

26 de octubre

SANTOS VALENTÍN Y ENGRACIA

Mártires († 715)

La diócesis de Segovia celebra el 26 de octubre la memoria de los santos Valentín y Engracia, mártires, pero el *Martirologio romano* engloba esta memoria en el día de hoy con la de San Frutos, ermitaño, a quien se presenta como hermano de ambos mártires. La biografía de San Frutos la tiene el lector entre las biografías extensas del día 25 (cf. *supra);* señalemos algunos datos referentes a los otros dos santos. En esa biografía extensa se señala cómo los tres hermanos renunciaron a todas las comodidades del mundo para vivir en la soledad cada uno en una ermita distinta entregados por completo a la meditación de las cosas divinas, hasta que llegó la fecha de la invasión musulmana de

España. Muere Frutos hacia el 715 y sus hermanos lo entierran en su misma ermita y ese mismo año los dos hermanos supervivientes son hallados por los invasores musulmanes que los decapitan. Sus cuerpos fueron tomados por los fieles y enterrados junto al de San Frutos. Como dice Rafael Jiménez Pedrajas en *Bibliotheca sanctorum* (t.XII, col.902-903), los martirologios mozárabes no señalan la memoria de estos mártires, siendo por consiguiente muy tardía la tradición que asegura su existencia. En 1076 el rey Alfonso VI encomendó la ermita con la reliquia de los tres santos a la abadía de Silos, que construyó allí un priorato. Una parte de las cuales fue llevada luego a la catedral de Segovia, y tras haberse perdido su memoria, se encontraron hacia 1461, un 25 de noviembre, invención que tuvo luego memoria litúrgica. Ahora los tres santos figuran en el *Martirologio romano,* como queda dicho, bien que Segovia celebre a Frutos el 25 de octubre como solemnidad por ser el patrono, y el día 26 a los otros dos santos como memoria.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

29 de octubre

SAN NARCISO
Mártir († s. IV)

El día 29 de octubre celebra la ciudad de Gerona la fiesta de San Narciso con rango de solemnidad. Ese día celebra el *Martirologio romano* a San Narciso, obispo de Jerusalén y no a un San Narciso, obispo de Gerona. Pero el anterior *Martirologio* sí contenía la reseña de San Narciso, obispo de Gerona, y lo conmemoraba el 18 de marzo. Decía así el antiguo *Martirologio romano:*

> «En Augsburgo, San Narciso, obispo, el primero que predicó el evangelio a los pueblos de Recia; pasó después a España, y, convertidos en Gerona muchos infieles a la fe de Cristo, allí mismo, en la persecución del emperador Diocleciano, juntamente con el diácono Félix recibió la palma del martirio».

Este elogio y aun la propia conmemoración de este San Narciso han desaparecido del nuevo *Martirologio.* Esto puede deberse a que no es hasta el siglo VIII en el documento llamado *Conversio sanctae Afrae* cuando se habla de un San Narciso en relación con ella, no diciéndose que fuera obispo de Gerona, lo que se dijo sólo posteriormente. Tenido hoy por apócrifo el sermón de Oliva, obispo de Vich y abad de Ripoll, sobre el santo, la primera noticia cierta del culto de San Narciso en Gerona es la petición del abad de los santos Ulrico y Afra, de Augsburgo, solicitando al obispo Berenguer Wifredo de Gerona una reliquia del santo (año 1087). Se conserva el texto de la respuesta del obispo. Esta carta demuestra que ya en el siglo XI había culto a San Narciso en Gerona y se conservaba allí su cuerpo. Contesta el obispo que la reliquia que puede mandarle procede del vestido y estola con que está cubierto en su sepulcro su gloriosísimo padre y obispo San Narciso, mártir de Cristo, pero que no puede enviarle nada del cuerpo porque éste se encontraba entero e incorrupto. Se ve claro que ya entonces el culto al santo era antiguo y completamente consolidado y que el santo estaba tenido como el iniciador de la fe en aquella comunidad cristiana. ¿Cómo se conservó el santo cuerpo durante la invasión musulmana? Se ha respondido a eso que fue escondido y que se encontró luego durante el episcopado de Mirón (970-984), pero no parece que esto tenga verdadero fundamento histórico. Desde luego los antiguos martirologios que conocemos no mencionan a un obispo Narciso de Gerona.

El cardenal Baronio, en nota a la mención de San Narciso entre los santos del 18 de marzo de su *Martirologio,* habla de cómo en relación con la conversión de Santa Afra se ha confundido al obispo de Jerusalén con el obispo Narciso que convirtió a la pecadora en una mujer sinceramente cristiana, pero señala igualmente que esta conversión también se ha atribuido a un San Narciso, obispo de Augsburgo, y que a este San Narciso unos lo confunden y otros lo distinguen del San Narciso de Gerona, y cuenta la tradición que cuando los franceses asaltaron Gerona en tiempos de Pedro III de Aragón (8 de septiembre de 1286), y profanaron el sepulcro del santo, de este sepulcro salieron moscas que atacaron a los profanadores. Este llamado mila-

gro de las moscas se dice que vuelve a repetirse en otras ocasiones bélicas, incluyendo la Guerra de la Independencia. Una nueva profanación del sepulcro tuvo lugar en 1936.

La tradición más general lo presenta como obispo de Gerona a finales del siglo III, donde animaba a los fieles a permanecer firmes en la fe hasta el martirio. Por una revelación del Señor, marchó a Augsburgo a evangelizar, convirtiendo a la meretriz Afra y a otras personas. De allí volvió a Gerona por orden de Dios, y luego de haber sabido el martirio de Afra y de otros cristianos, él mismo fue martirizado el 29 de octubre del 307 con el diácono San Félix.

La ciudad de Gerona lo tiene desde muy antiguo por su patrono principal. El rey Carlos II obtuvo que su fiesta se celebrase en todos los reinos de su corona. La Junta Superior del Principado de Cataluña, reunida en congreso en la ciudad de Manresa, con todos los representantes de los corregimientos y partidos de Cataluña, con unánime voto el 24 de noviembre de 1809 aprobaron el nombramiento que había hecho Gerona el año anterior de Generalísimo y Protector. En el pontificado de Pío IX se obtuvo para el obispado de Gerona la declaración de San Narciso como patrono suyo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

BENEDICTINE MONKS OF ST. AUGUSTINE'S ABBEY, Ramgate, *The Book of the Saints* (Londres 1989).
Bibliotheca sanctorum. IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.722-727.
CROISSET, J., SI, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año...*, III (Barcelona 1853) 302s.
Martyrologium romanum ad novam Kalendarii rationem et Ecclesiasticae Historiae veritate restitutum... (Roma 1598).
RELLES, O., *Historia apologética de la vida y martirio de San Narciso* (Barcelona 1679).
El santo de cada día, V (Zaragoza 1947) 592s.

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 2	En Osma-Soria, San Saturio.
Día 3	En Albacete, Almería y Guadix, Beato Marcos Criado, presbítero y mártir.
Día 5	En León y Lugo, San Froilán, obispo.
	En Zamora y Tarazona, San Atilano, obispo.
Día 6	En Burgos, Beato Diego de San Vítores, presbítero y mártir.
	En Madrid, Beata María Ana Mogas, virgen.
Día 7	En Zamora, San Martín Cid.
Día 8	En Valencia, San Luis Beltrán, presbítero.
Día 9	En Asidonia-Jerez, San Dionisio Areopagita.
	En León, San Vilfrido, religioso y mártir.
	En Santander, santos Augusto Andrés y Compañeros, mártires.
	En Sigüenza-Guadalajara, San Marciano José y compañeros, mártires.
	En Mondoñedo-El Ferrol, San Inocencio de la Inmaculada y compañeros, mártires.
Día 10	En España, Santo Tomás de Villanueva, obispo.
	En Ceuta, santos Daniel y compañeros, mártires. (Solemnidad).
Día 11	En España, Santa Soledad Torres Acosta, virgen.
Día 12	En España, Nuestra Señora del Pilar.
Día 13	En Córdoba, santos Fausto, Jenaro y Marcial, mártires.
Día 19	En España, San Pedro de Alcántara, presbítero.
Día 21	En Burgos, Santa Úrsula, virgen y mártir.
Día 22	En Huesca, Pamplona y Tudela, santas Nunilo y Alodia, vírgenes y mártires.
	En Santiago de Compostela, Santa María Salomé.
Día 23	En Cádiz y Mérida-Badajoz, santos Servando y Germán, mártires.
Día 24	En Córdoba, San Rafael Arcángel.
Día 25	En Segovia, San Frutos, ermitaño.
	En Tarragona y Vich, San Bernardo Calvó, obispo.
Día 26	En Segovia, santos Valentín y Engracia, mártires.
	En Vich, santos Luciano y Marciano, mártires.
Día 27	En Ávila, santos Vicente, Sabina y Cristeta, mártires.
Día 29	En Gerona, San Narciso, mártir.

En Leon, San Marcelo, martir
En Sevilla, San Francisco Diaz, presbitero y martir
En Teruel-Albarracin, San Joaquin Royo y compañeros, martires

Día 31 En Calahorra-La Calzada Logroño, santos Jeronimo Hermosilla y Valentin Berriochoa, martires
En Mallorca, San Alonso Rodriguez, religioso

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. **Santos y beatos**

Abercio, San († s. III), día 22, 569-575.
Abrahán (anacoreta), San († 366), día 29, 747.
Abrahán (patriarca), San, día 9, 232-244.
Adalberón, San († 1090), día 6, 180-183.
Alberto Marvelli, Bto. († 1946), día 5, 156-166.
Alejandrina María da Costa, Bta. († 1955), día 13, 346-355.
Alejandro (María) Sauli, San († 1592), día 11, 312-318.
Alejandro Zaryzkyj, Bto. († 1963), día 30, 762-763.
Alfredo (Jaime) Pellicer Muñoz, Bto. († 1936), día 4, 104-105.
Alodia, Sta. († 846), día 22, 576-585.
Alonso Rodríguez, San († 1617), día 31, 770-777.
Álvaro Sanjuán Canet, Bto. († 1936), día 1, 43.
Amable, San († 475), día 18, 492.
Ambrosio Francisco Ferro, Bto. († 1645), día 3, 87.
Ambrosio León (Pedro) Lorente Vicente, Bto. († 1936), día 23, 638-640.
Ana María (María Agustina) Erraux, Bta. († 1794), día 23, 631-634.
Ana María Aranda Riera, Bta. († 1936), día 14, 369-370.
Ana Schäffer, Bta. († 1925), día 5, 128-137.
Anastasio, San († 666), día 11, 323.
Anastasio de Cluny, San († 1085), día 16, 423.
Andrés Calibita, San († 767), día 20, 552.
Andrés Yakichi, Bto. († 1622), día 2, 71-72.
Andrés Yoshida, Bto. († 1617), día 2, 41.
Angadrisma, Sta. († 695), día 14, 368.
Ángel (de Castrovillari), San († 1227), día 10, 278-282.
Ángel de Acri, Bto. († 1739), día 30, 751-759.
Ángel Ramos Velázquez, Bto. († 1936), día 11, 326.
Ángeles Custodios, Stos., día 2, 44-52.
Aniceto Adolfo (Manuel) Seco Gutiérrez, San († 1934), día 9, 257-271.
Aniceto Koplinski, Bto. († 1941), día 16, 424-425.
Antonino de Milán, San († 661), día 31, 777.
Antonio Baracho (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Antonio Chevrier, Bto. († 1879), día 2, 52-60.
Antonio Daniel, San († 1648), día 19 (memoria), 493-498.
Antonio María Claret, San († 1870), día 24, 641-653.
Antonio Rewera, Bto. († 1942), día 1, 24-33.
Antonio Vilela Cid (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Antonio Vilela el joven y su hija (Uruaçu), Btos. († 1645), día 3, 87.

Apolinar de Valence, San († 520), día 5, 167.
Aretas, San († 523), día 24, 664.
Arnoldo (Julio Nicolás) Rèche, Bto († 1890), día 23, 606-619.
Artoldo de Belley, San († 1206), día 6, 204-205
Atilano, San († 919), día 5, 120-123.
Augusto Andrés (Román) Martín Fernández, San († 1934), día 9, 257-271.
Augusto, San († 560), día 7, 218.
Áurea, Sta († 666), día 4, 102-103.

Baltasar Ravaschieri de Chiavari, Bto († 1492), día 17, 469.
Bartolomé de Bragancia, Bto († 1271), día 27, 706-710.
Bartolomé Longo, Bto. († 1926), día 5, 137-144.
Bavón de Gante, San († 654), día 1, 35.
Benito de Jesús (Héctor) Valdivieso Sáez, San († 1934), día 9, 257-271.
Benjamín Julián (Vicente) Alonso Andrés, San († 1934), día 9, 257-271.
Bernardo Calvó, San († 1243), día 25, 671-677.
Bertrán de Cominges, San († 1123), día 16, 423-424.
Bienvenida Boiani, Bta. († 1292), día 30, 760.
Bruno, San († 1001), día 6, 174-179.
Bruno el Grande, San († 965), día 11, 305-312.
Buenaventura de Potenza, Bto. († 1711), día 26, 698-702.

Calixto, San († 222), día 14, 358-365.
Carlos Garnier, San († 1649), día 19 (memoria), 493-498.
Cayetano Errico, Bto. († 1860), día 29, 740-746.
Cayo (de Alejandría), San († s. III/IV), día 3, 82-83
Cedda, San († 664), día 26, 689-694.
Cerbonio de Populonia, San († 575), día, 295-296.
Cipriano de Toulon, San († ca.546), día 3, 84-85.
Cirilo Bertrán (José) Sanz Tejedor, San († 1934), día 9, 257-271.
Claudio (de León), San († 303/304), día 30, 760.
Comgán, San († s. VIII), día 13, 357.
Contardo Ferrini, Bto. († 1902), día 17, 464-468.
Cornelio (centurión), San, día 20, 529-538.
Crescencio García Pobo, Bto. († 1936), día 3, 87-88.
Crisanto, San († 253), día 25, 684.
Crispín, San († s. III), día 25, 684.
Crispiniano, San († s. III), día 25, 684.
Cristeta (abulense), Sta. († 305), día 28, 728.
Cristóbal Buxton, Bto. († 1588), día 1, 35-38.
Cristóbal de Romagnola, Bto. († 1272), día 31, 778.

Damián Furcheri, Bto. († 1484), día 26, 694-698.
Daniel (de Belvedere), San († 1227), día 10, 278-282.
Daniel Comboni, San († 1881), día 10, 282-290.
Daría, Sta. († 253), día 25, 684.
Día de acción de gracias y de petición, día 5, 106-115.
Diego Pereira (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Dionisio Areopagita, San († s. I), día 3, 76-82.
Dionisio de París, San († 258), día 9, 245-247.

Diosdado de Montecasino, San († 834), día 9, 272-273.
Dodón, San († 750), día 29, 748.
Domingo Collins, Bto. († 1602), día 31, 779-780.
Domingo Loricato, Sto. († 1060), día 14, 365-368.
Donato Escoto, San († 874), día 22, 586-587.
Donnino (de Montalcino), San († 1227), día 10, 278-282.

Eata de Hexham, San († 686), día 26, 704.
Eduardo Campion (Geraldo Edwards), Bto. († 1588), día 1, 35-38.
Eduardo Detkens, Bto. († 1942), día 10, 298.
Eduardo James, Bto. († 1588), día 1, 38-40.
Eduvigis, Sta. († 1243), día 16, 398-401.
Eleuterio (de París), San († 258), día 9, 245-247.
Elías Carbonell Mollá, Bto. († 1936), día 2, 74.
Engracia (de Segovia), Sta. († 715), día 26, 797-798.
Enrique Morant Pellicer, Bto. († 1936), día 4, 103.
Esteban Machado de Mirando y sus dos hijas (Uruaçu), Btos. († 1645), día 3, 87.
Eufrasio del Amor Misericordioso de Celis Santos, Bto. († 1936), día 23, 635-638.
Eusebio (de Alejandría), San († s. III/IV), día 3, 82-83.
Evaristo (papa), San († 108), día 27, 710.
Ewaldo el Blanco, San († 695), día 3, 85.
Ewaldo el Negro, San († 695), día 3, 85.
Farón de Meaux, San († 670), día 28, 729.
Fausto (de Alejandría), San († s. III/IV), día 3, 82-83.
Fausto (de Córdoba), San († s. III/IV), día 3, 356-357.
Felicísimo, San († s. III), día 26, 702-703.
Felipe (el diácono), San († s. I), día 11, 299-305.
Felipe de Heraclea, San († 303), día 22, 585.
Felipe Howard, San († 1595), día 19, 511-520.
Félix de Como, San († ca.390), día 8, 229.
Fidel Fuidio Rodríguez, Bto. († 1936), día 17, 473.
Flora de Beaulieu, Sta. († 1347), día 5, 168.
Florencia Caerols Martínez, Bta. († 1936), día 1, 42.
Florencio Martín (Álvaro) Ibáñez Lázaro, Bto. († 1936), día 23, 638-640.
Foilano, San († 655), día 31, 777.
Francisco Carceller Galindo, Bto. († 1936), día 2, 72-73.
Francisco de Asís, San († 1226), día 4, 88-96.
Francisco de Bastos (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Francisco Díaz del Rincón, San († 1748), día 28, 718-723.
Francisco Hunot, Bto. († 1794), día 6, 205-206.
Francisco Isidoro Gagelin, San († 1833), día 17, 472-473.
Francisco Javier Seelos, Beato († 1867), día 4, 97-101.
Francisco Mendes Pereira (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Francisco Phan Van Trung, San († 1858), día 6, 206-207.
Francisco Serrano, San († 1748), día 28, 718-723.

Francisco Yakichi, Bto. († 1622), día 2, 71-72.
Frideswida, Sta. († ca.735), día 19, 526-527.
Froilán, San († 905), día 5, 115-120.
Frutos (de Segovia), San († 715), día 25, 667-670.
Fulco, San († 1229), día 26, 705.

Gabriel Lalemant, San († 1649), día 19 (memoria), 493-498.
Galo, San († ca.645), día 16, 410-415.
Gaspar Hikojiro, Bto. († 1617), día 1, 41.
Gaudencio de Brescia, San († 410), día 25, 685-686.
Gaudencio de Gniezno, San († ca.1012), día 11, 323-324.
Gauderico, San († 900), día 16, 423.
Gaudioso de Abitine, San († 452), día 27, 710.
Geraldo de Aurillac, San († 909), día 13, 357-358.
Gerardo de Brogne, San († 959), día 3, 86-87.
Gerardo Mayela, San († 1755), día 16, 415-420.
Gerino, San († 679), día 2, 70-71.
Germán, San († 303), día 23, 628.
Gilberto el Grande, San († 1167), día 17, 468-469.
Gonzalo de Lagos, Bto. († 1422), día 15, 377-385.
Grato, San († s. VI), día 19, 526.
Guillermo Hartley, Bto. († 1588), día 5, 170-171.
Guntero, San († 1045), día 9, 273-274.

Hermes, San († 303), día 22, 585.
Hija de Francisco Díaz el joven (Uruaçu), Bta. († 1645), día 3, 87.
Hilarión, San († 371), día 21, 554-558.
Honorato (Andrés) Zorraquino Herrero, Bto. († 1936), día 23, 638-640.
Honorato de Vercelis, San († 415), día 29, 746-747.
Honorino de la Virgen Dolorosa Carracedo Ramos, Bto. († 1936), día 23, 635-638.
Hugo de Génova, San († ca.1233), día 8, 220-227.
Hugolino (de Cerisano), San († 1227), día 10, 278-282.

Ignacio de Antioquía, San († 107), día 17, 426-434.
Ignacio de Constantinopla, San († 877), día 23, 602-605.
Ildefonso de la Cruz (Anatolio) García Nozal, Bto. († 1936), día 23, 635-638.
Inés de Jesús Galand, Bta. († 1634), día 19, 521-525.
Inocencio de la Inmaculada (Manuel) Canoura Arnau, San († 1934), día 9, 257-271.
Isaac Jogues, San († 1649), día 19 (memoria; pasión: día 18), 493-498.
Isidoro Bover Oliver, Bto. († 1936), día 2, 72-73.
Isidoro de San José de Loor, Bto. († 1916), día 6, 194-204.

Jenaro (de Córdoba), San († s. III/IV), día 13, 356-357.
Joaquín Royo, San († 1748), día 28, 718-723.
Joel (profeta), San, día 19, 504-511.
Jorge Edmundo René, Bto. († 1794), día 2, 72.
José Baldo, Bto. († 1915), día 24, 660-664.
José Canet Giner, Bto. († 1936), día 4, 104.
José de Porto (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.

José González Huguet, Bto. († 1936), día 12, 340-341.
José Jankowski, Bto. († 1941), día 16, 424-425.
José Le Dang Thi, San († 1860), día 24, 665-666.
José Llosá Balaguer, Bto. († 1936), día 7, 219-220.
José María de Jesús Cuartero Gascón, Bto. († 1936), día 23, 635-638.
José Ramón Ruiz Bruixola, Bto. († 1936), día 28, 731-732.
Josefa de la Purificación (Ramona) Masiá Ferragut, Bta. († 1936), día 25, 677-684.
Josefina (Ana Josefa) Leroux, Bta. († 1794), día 23, 631-634.
Juan Adams, Bto. († 1586), día 8, 230-231.
Juan Alcover, San († 1748), día 28, 718-723.
Juan Ángel Porro, Bto. († 1506), día 23, 629-630.
Juan Bautista Carbonell Mollá, Bto. († 1936), día 2, 74.
Juan Beyzym, Bto. († 1912), día 2, 60-64.
Juan Buoni, Bto. († 1249), día 23, 628-629.
Juan Dat, San († 1798), día 28, 729-730.
Juan de Brebeuf, San († 1649), día 19 (memoria), 493-498.
Juan de Bridlington, San († 1379), día 10, 296-297.
Juan de Capistrano, San († 1456), día 23, 588-598.
Juan de la Lande, San († 1646), día 19, 493-498.
Juan de Silveira (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Juan Hewett, Bto. († 1588), día 5, 170-171.
Juan Hunot, Bto. († 1794), día 7, 218-219.
Juan Leonardo, San († 1609), día 9, 247-251.
Juan Lostau Navarro (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Juan Lowe, Bto. († 1586), día 8, 230-231.
Juan Martín y siete jóvenes (Uruaçu), Btos. († 1645), día 3, 87.
Juan Miguel Langevin, Bto. († 1794), día 30, 762.
Juan Robinson, Bto. († 1588), día 1, 40.
Juan Slade, Bto. († 1583), día 30, 760-761.
Judas Tadeo (apóstol), San, († s. I), día 28, 713-717.
Julián Alfredo (Vilfrido) Fernández Zapico, San († 1934), día 9, 257-271.
Justina de Padua, Sta. († s. III/IV), día 7, 217.
Justiniano de San Gabriel de la Virgen Dolorosa Cuesta Redondo, Bto. († 1936), día 23, 635-638.

Laura de Santa Catalina de Siena Montoya y Upegui, Bta. († 1949), día 21, 558-565.
Leodegario, San († 679), día 2, 70-71.
León (de Carigliano), San († 1227), día 10,
León Nowakowski, Bto. († 1639), día 31, 780.
León Wetmanski, Bto. († 1941), día 10, 297-298.
Leonardo Olivera Buera, Bto. († 1936), día 23, 619-628.
Leotadio de Auch, San († s. VII), día 22, 586.
Longinos, San († s. I), día 16, 421.
Lucas (Evangelista), San (s. I), día 18, 475-483.
Lucas Alonso Gorda, San († 1633), día 19, 527-529.
Lucía, Bta. († 1622), día 2, 71-72.
Lucía Bartolini, Bta. († 1520), día 29, 11, 787-790.

Luciano (de Vich), San († 250), día 26, 702.
Lucio (de Alejandría), San († s. III/IV), día 3, 82-83.
Lucio, San († 160), día 19, 525-526.
Luis Bertrán, San († 1581), día 9, 252-256.
Luis Guanella, Bto. († 1915), día 24, 655-660.
Luis María Monti, Bto. († 1900), día 1, 13-23.
Luis Yakichi, Bto. († 1622), día 2, 71-72.
Lulo, San († 786), día 16, 422.
Lupercio (de León), San († 303/304), día 30, 760.

Madre de Dios de Begoña, día 11, 781-787.
Magdalena de Nagasaki, Sta. († 1634), día 15, 385-395.
Magdalena de Panatieri, Bta. († 1503), día 13, 343-346.
Maglorio, San († 575), día 24, 665.
Manuel Rodrígues Moura y su mujer (Uruaçu), Btos. († 1645), día 3, 87.
Marcelo de Tánger, San († 298), día 30, 749-751.
Marcial (de Córdoba), San († s. III/IV), día 13, 356-357.
Marciano (de Vich), San († 250), día 26, 702.
Marciano José (Filomeno) López López, San († 1934), día 9, 257-271.
Marcos (papa), San († 336), día 7, 217-218.
Margarita María de Alacoque, Sta. († 1690), día 16 (memoria; tránsito: día 17), 402-410.
María Agustina del Sagrado Corazón (María Magdalena) Déjardin, Bta. († 1794), día 17, 470-472.
María Ángela (Sofía Camila) Truszkowska, Bta. († 1899), día 10, 290-295.
María Antonina Kratochwil, Bta. († 1942), día 2, 75.
María Bertila (Ana Francisca) Boscardin, Sta. († 1922), día 20, 538-547.
María Clotilde Ángela de San Francisco de Borja (Clotilde Josefa) Paillot, Bta. († 1794), día 23, 631-634.
María Córdula Josefa de Santo Domingo (Juana Luisa) Barré, Bta. († 1794), día 23, 631-634.
María de Jesús (Vicenta) Masiá Ferragut, Bta. († 1936), día 25, 677-684.
María Escolástica Josefa de Santiago (María Margarita) Leroux, Bta. († 1794), día 23, 631-634.
María Faustina (Elena) Kowalska, Sta. († 1938), día 5, 145-156.
María Felicidad Masiá Ferragut, Bta. († 1936), día 25, 677-684.
María Francisca (Maria Lievina) Lacroix, Bta. († 1794), día 23, 631-634.
María Francisca de las Cinco Llagas (Ana María) Gallo, Sta. († 1791), día 6, 183-190.
María Guadalupe (María Francisca) Ricart Olmos, Bta. († 1936), día 2, 64-69.
María Lorenza de San Estanislao (Juana Regina) Prin, Bta. († 1794), día 17, 470-472.
María Luisa de San Francisco (María Genoveva) Ducrez, Bta. († 1794), día 17, 470-472.
María Natalia de San Luis (María Luisa Josefa) Vanot, Bta. († 1794), día 17, 470-472.
María Restituta Elena Kafka, Bta († 1943), día 30 (memoria), 762.
María Rosa (Eulalia) Durocher, Bta. († 1849), día 6, 180-193.

María Soledad (Manuela) Torres Acosta, Sta. († 1887), día 11, 318-322.
María Teresa Ferragut Roig, Bta. († 1936), día 25, 677-684.
María Úrsula de San Bernardino (Jacinta Agustina Gabriela) Bourla, Bta. († 1794), día 17, 470-472.
María Verónica (Joaquina) Masiá Ferragut, Bta. († 1936), día 25, 677-684.
Mariano Skrzypczak, Bto. († 1939), día 5, 172-173.
Márires de Najran, Stos. († 523), día 24,
Martín Cid, San († 1152), día 7, 213-216.
Martiniano, San († s. V), día 16, 421-422.
Mártires de la persecución de los vándalos, Stos. († 483), día 12, 338-339.
Mártires de Uruaçu, Btos. († 1645), día 3, 87.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Segundo grupo de Manzanares), Btos. († 1936), día 23, 635-638.
Mateo (Juan Francisco) Carreri, Bto. († 1470), día 5, 169-170.
Mateo Kohioye, San († 1633), día 19, 527-529.
Mateo Moreira (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Máxima, Sta. († s. V), día 16, 421-422.
Maximiano de Bagai, San († 410), día 3, 83-84.
Meinardo, San († 1196), día 11, 324.
Miniato, San († s. III), día 25, 685.
Moderano de Rennes, San († 730), día 22, 586.
Monón, San († 645), día 18, 492.
Narciso (de Gerona), San († s. IV), día 3, 798-800.
Narciso Basté y Basté, Bto. († 1936), día 15, 396-397.
Narciso de Jerusalén, San († 222), día 29, 732-736.
Nicecio de Tréveris, San († 566), día 1, 34-35.
Nicolás (de Saxoferrato), San († 1227), día 10, 278-282.
Noel Chabanel, San († 1649), día 19, 493-498.
Nuestra Señora de Begoña, día 11,
Nuestra Señora del Pilar, día 12, 331-338.
Nuestra Señora del Rosario, día 7, 208-213.
Nunilo, Sta. († 846), día 22, 576-585.

Oseas (profeta) San, día 17, 434-444.

Pablo (de Alejandría), San († s. III/IV), día 3, 82-83.
Pablo de la Cruz, San († 1775), día 19 (memoria; tránsito: día 18), 499-504.
Pablo Tong Viet Buong, San († 1833), día 23, 634-635.
Pacífico (Pedro) Salcedo Puchades, Bto. († 1936), día 12, 341-342.
Paulino de York, San († 644), día, 275-278.
Pedro Capucci, Bto. († 1445), día 21, 567.
Pedro de Alcántara, San († 1562), día 19 (memoria; tránsito: día 18), 483-491.
Pedro de Ímola, Bto. († 1320), día 5, 167.
Pedro de la Natividad de María Casani, Bto. († 1647), día 17, 445-454.
Pedro Le Tuy, San († 1833), día 11, 325-326.

Pedro Yu Taechol, San († 1839), día 21, 567-568.
Pelagia, Sta. († 302), día 8, 228-229.
Petronio de Bolonia, San († ca.445), día 4, 102.
Proclo de Constantinopla, San († 446), día 24, 653-655.
Ptolomeo, San († 160), día 19, 525-526.
Publia, Sta. († s. IV), día 9, 272.

Queremón (de Alejandría), San († s. III/IV), día 3, 82-83.

Radagenfredis, Sta. († s. VIII), día 8, 229-230.
Raimundo de Capua, Bto. († 1399), día 5, 124-127.
Ramón Esteban Bou Pascual, Bto. († 1936), día 17, 473-474.
Recaredo Centelles Abad, Bto. († 1936), día 25, 688-689.
Renato Goulpil, San († 1642), día 19 (memoria), 493-498.
Roberto Dibdale, Bto. († 1586), día 8, 230-231.
Roberto Sutton, Bto. († 1588), día 5, 170-171.
Roberto Widmerpool, Bto. († 1588), día 1, 35-38.
Roberto Wilcox, Bto. († 1588), día 1, 35-38.
Rodolfo Crockett, Bto. († 1588), día 1, 38-40.
Rodrigo Aguilar Alemán, San († 1927), día 28, 723-728.
Rogaciano, San († s. III), día 26, 701-703.
Román el Meloda, San († 550), día 1, 33-34.
Román Lysko, Bto. († 1949), día 14, 370-371.
Román Sitko, Bto. († 1942), día 12,
Rukem de Waldonna, cf. Santiago de Strepa, Bto.
Rústico (de París), San († 258), día 9, 245-247.
Rústico de Narbona, San († 461), día 26, 703.

Sabina (abulense), Sta. († 305), día 28, 728.
Salvador Damián Enguix Garés, Bto. († 1936), día 28, 730-731.
Salvador Mollar Ventura, Bto. († 1936), día 27, 711-712.
Samuel (de Castrovillari), San († 1227), día 10, 278-282.
Santiago Burin, Bto. († 1794), día 17, 454-463.
Santiago de Sarug, San († 521), día 29, 736-740.
Santiago de Strepa, Bto. († 1411), día 20, 552-553.
Santiago Griesinger de Ulma, Bto. († 1491), día 11, 324-325.
Santiago Kern, Bto. († 1924), día 20, 548-551.
Santiago Laigneau de Langellerie, Bto. († 1794), día 14, 368-369.
Santos de Cori, Bto. († 1392), día 5, 169.
Saturiano, San († s. V), día 16, 421-422.
Saturio, San († 568), día 2, 69-70.
Serafín de Montegranaro (Félix de Nicola), San († 1604), día 12, 327-331.
Servando, San († 303), día 23, 628.
Severino Boecio, San († 524), día 23, 599-602.
Severo de Tréveris, San († ca.455), día 15, 396.
Simón Correia (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Simón el Zelotes (apóstol), San, († s. I), día 28, 713-717.

Tadeo Machar, Bto. († 1492), día 25, 686-688.
Társila Córdoba Belda, Bta. († 1936), día 17, 474.
Tecla de Kitzingen, Sta. († 790), día 15, 396.

Telquilde, Sta. († 667), día 10, 296.
Teodario, San († 575), día 29, 747-748.
Teófilo de Antioquía, San († s. II), día 13, 356.
Terencio Alberto O'Brien, Bto. († 1651), día 30, 761-762.
Teresa de Jesús, Sta. († 1582), día 15, 371-377.
Teresa del Niño Jesús, Sta., Bto. († 1897), día 1, 4-12.
Tomás Bellaci de Florencia, Bto. († 1447), día 31, 778-779.
Tomás Bullaker, Bto. († 1642), día 12, 339-340.
Tomás del Santísimo Sacramento Cuartero Gascón, Bto. († 1936), día 23, 635-638.
Tomás Helyas, Bto. († 1257), día 19, 527.
Tomás Thwing, Bto. († 1680), día 23, 630-631.
Tranquilino Ubiarco Robles, San († 1928), día 5, 171-172.

Úrsula, Sta. († s. IV), día 21, 566.
Utón, Bto. († 829), día 3, 85-86.

Valentín (de Segovia), San († 715), día 26, 797-798.
Viator, San († 481), día 21, 566-567.
Vicente (abulense), San († 305), día 28, 728.
Vicente de Souza Pereira (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Victoriano Pío (Claudio) Bernabé Cano, San († 1934), día 9, 257-271.
Victorio (de León), San († 303/304), día 30, 760.
Virila de Leyre, San († s. X), día 3, 791-797.
Vital de Salzburgo, San († 730), día 20, 551.
Witta, San († 760), día 26, 704-705.
Wolfgango, San († 994), día 31, 764-770.

2. Colaboradores

Alcántara Martínez, P. de 483-491.
Aldea Vaquero, Q. 115-120.
Alonso Hernández, M. 120-124.
Asensio, F. 475-483.

Beitia Aldazábal, E. 44-52.
Bilbao Arístegui, P. 371-377.
Borges Morán, P. 88-97.

Carro Celada, J. 282-290 548-551 655-660 736-740.
Chico González, P. 257-271 445-454 606-619.
Creytens, R. 787-790.

Díaz Fernández, J. M. 327-331 602-605 749-751..
Dionisio de Felipe 415-420.

Echeverría, L. de 208-213 464-468.

Ferri Chulio, A. de S. 64-69 180-183 343-346 521-525 677-684 706-710.

Gadulf Blasco, V. 252-256.
García Hernando, J. 667-670.
González Chaves, A. J. 145-156 290-295 346-355 751-759.
González Rodríguez, M.ª E. 13-23 128-137 183-190.
González y Martínez de Olaguíbel, A. 174-179.

Huerga, Á. 718-723.

Jiménez Delgado, J. 569-575.
Jiménez Duque, B. 4-12.

Langa, P. 220-227 377-385 385-395 511-520.
Llabrés y Martorell, P.-J. 52-60 97-101 312-318 558-565.
Llorca, B. 358-365.

Mañaricúa, A. E. de 781-787.
Martín Abad, J. 137-144 278-282 538-547.
Martín Artajo, A. 588-598.
Martín Nieto, E. 713-717.
Martínez, J. J. 402-410.
Morta Figuls, Á. 124-127.
Múnera, J. 554-558.

Núñez Uribe, F. 60-64 398-401 660-664 698-702.

Palacio Atard, V. 493-498.
Paulino Alonso de la Dolorosa 499-504.
Pedroaerena, J. A. X. 576-585 791-797.
Peraire Ferrer, J. 156-166 194-204 689-694 723-728 764-770.
Pérez Suárez, L. M. 106-115 275-278 305-312.
Portero, L. 318-322.

Repetto Betes, J. L. 24-43 69-88 102-105 167-173 204-207 213-220 228-231 245-247 272-274 295-298 323-326 338-342 356-358 368-371 396-397 421-425 454-463 468-474 492 525-529 551-553 566-568 585-587 628-640 664-666 684-689 694-698 702-705 710-712 728-736 740-746 760-763 777-780 797-800.
Rodríguez, J. V. 190-193 653-655.

Sáinz Rodríguez, P.
Sendín Blázquez, J. 365-368 410-415 599-602.

Tabera Araoz, A. 641-653.
Tarragó, J. 671-677.

Useros, Carretero, M. 247-251.

Vaca, C. 426-434.
Velado Graña, B. 232-244 299-305 434-444 504-511 529-538.

Yzurdiaga Lorca, F. 331-338.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «AÑO CRISTIANO. OCTUBRE», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 21 DE ABRIL DEL AÑO 2006, FESTIVIDAD DE SAN ANSELMO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA, EN LOS TALLERES DE SOCIEDAD ANÓNIMA DE FOTOCOMPOSICIÓN, TALASIO, 9. MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI